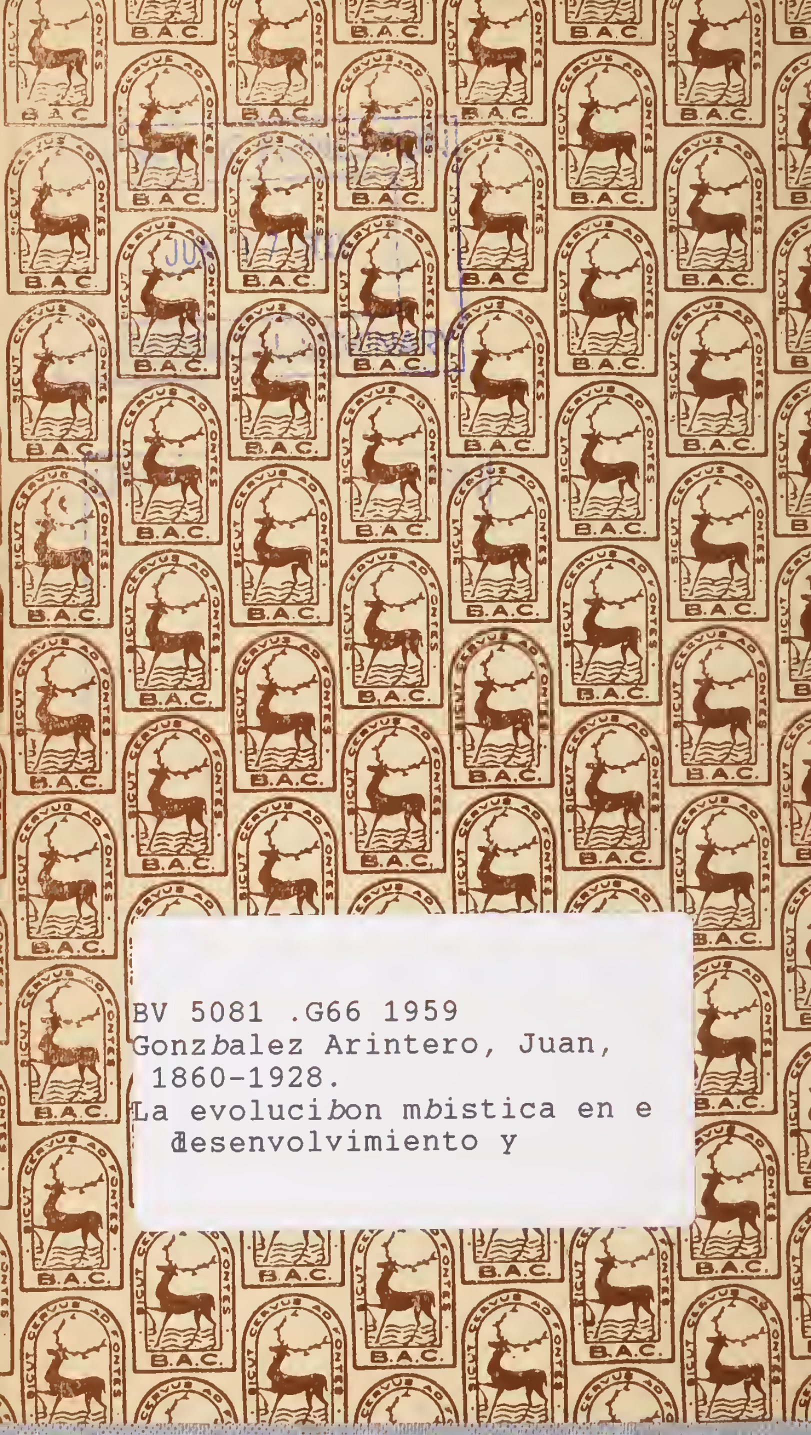
LA EVOLUCION MISTICA


SICUT CERVUS AD FONTES
B.A.C.


SICUT CERVUS AD FONTES
B.A.C.

La Evolución Mística

BIBLIOTECA

DE

AUTORES CRISTIANOS

Declarada de interés nacional

LA EDITORIAL CATOLICA, S. A. APARTADO 466

MADRID · MCMLIX

LA EVOLUCIÓN MÍSTICA

EN EL DESENVOLVIMIENTO Y VITALIDAD DE LA IGLESIA

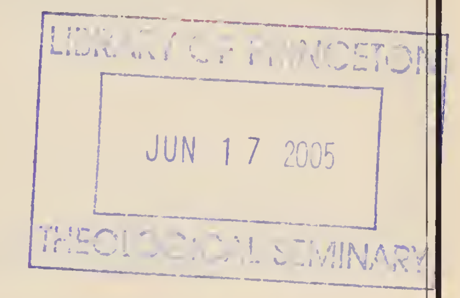
POR EL PADRE MAESTRO

JUAN G. ARINTERO, O. P.

INTRODUCCION DEL PADRE

SABINO M. LOZANO, O. P.

REIMPRESION



BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS

MADRID - MCMLIX

Nihil obstat: Fr. Bernardino Marina, O. P., Lector S Teol :
Fr. Armando Bandera, O. P., Lector S Teol

Imprimi potest: Fr. Aniceto Fernández, O. P., Prior Prov

Imprimatur: † Fr. Francisco, O. P., Obispo de Salamanca
Madrid, 7 septiembre 1952.

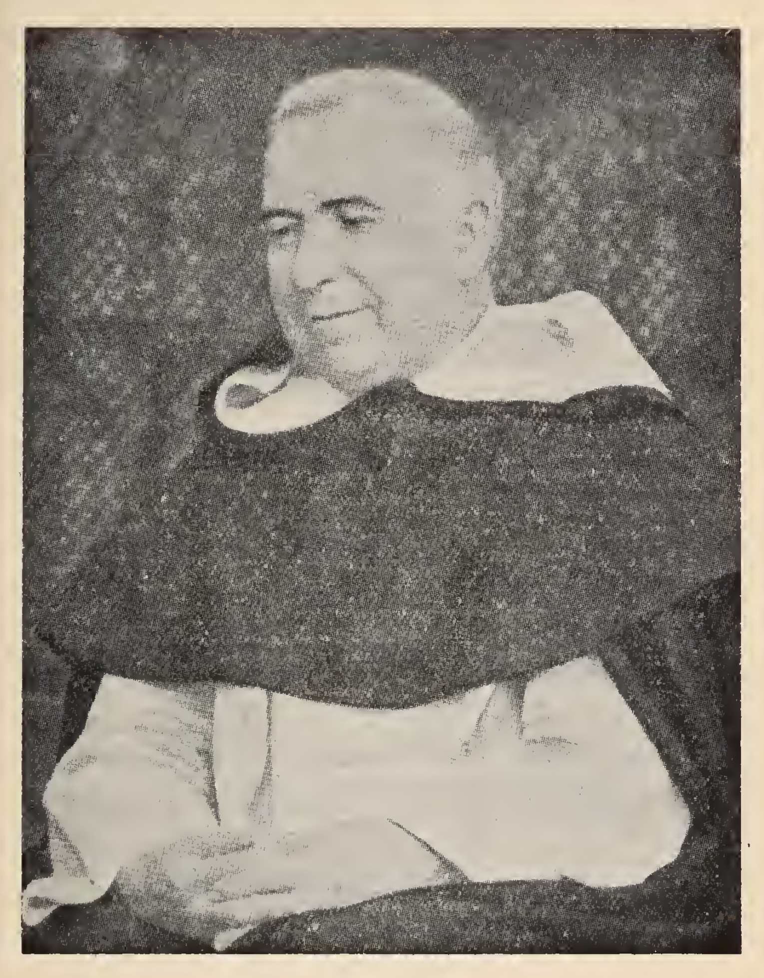
PROTESTAS DEL AUTOR

1.ª Todas nuestras opiniones van sometidas a la corrección y al infalible dictamen de la Santa Madre Iglesia católica, cuyo sentido es el nuestro, y en cuyo seno queremos vivir y morir.

2.ª En conformidad con los decretos pontificios, las calificaciones de *santo* o *venerable* y otras análogas no tienen más valor que el de una piadosa apreciación privada, sin ánimo de prevenir el inapelable fallo de la misma Iglesia.

Nota de los editores.—Cosa semejante hemos de advertir sobre las apreciaciones que se hacen en la *Introducción* sobre la santidad del P. Arintero.

Depósito legal: M. 8.395.—1959



P. Arintero



INDICE GENERAL

INDICE GENERAL

PÁGS

SEGUNDA PARTE

Evolución mística individual

PÁGS.

PÁGS.

PÁGS.

PÁGS.

TERCERA PARTE

EVOLUCIÓN MÍSTICA DE TODA LA IGLESIA

INTRODUCCIÓN

INTRODUCCIÓN

EL P. ARINTERO

1. El hombre

El P. Arintero nació en Lugueros, pueblecito de la montaña de León, en 1860. Sintió de pequeñito la vocación religiosa, y la realizó en la Orden de Santo Domingo. En Corias (Asturias) vistió el santo hábito en 1875, y allí hizo el noviciado, los estudios de Filosofía y parte de los de Teología; parte, porque otra parte hubieron de dispensársela para que siguiese la carrera de Ciencias en la Universidad. En la de Salamanca cursó, con notable aprovechamiento, del 1881 al 1886. La Universidad dejó honda huella en el espíritu del P. Arintero. También la dejó la comunidad de dominicos franceses, que, expulsados de Francia, en el celebérrimo convento de San Esteban, de Salamanca, tuvieron refugio. Del superior mayor, más tarde general de toda la Orden, Rvmo. Cormier, está ya hecho el proceso de beatificación.

De 1886 a 1898 es profesor y escritor de Ciencias, primero en el colegio de segunda enseñanza de Vergara (Guipúzcoa) y después en una casa de estudios de la Orden: Corias. Por entonces el P. Arintero creía que en las Ciencias, hablando humanamente, estaba la salvación de la religión y de las almas.

El 98 le mandan dejar las Ciencias naturales y venirse a Salamanca a enseñar Teología. El 90 es trasladado a Valladolid para fundar un colegio superior apologista, todavía a base de Ciencias.

Pero ya en el espíritu de este hombre se habían iniciado grandes evoluciones. En Corias fué confesor de una comunidad de religiosas que allí inmediata tiene la Orden, y alguna de ellas se encargó de mostrarle que había otros fenómenos

más interesantes que los de las Ciencias naturales. Por entonces empezó a tratar a «la santina», como él decía: María Reina de los Apóstoles, reparadora. Pero en Valladolid, sobre todo, fué donde fermentó místicamente el espíritu del P. Arintero.

Cuando el 1903 vuelve a enseñar a Salamanca, su espíritu era una caldera en alta tensión de cosas espirituales. Entonces concibió su gran obra *Vitalidad y desenvolvimiento de la Iglesia*, de la que ésta—EVOLUCIÓN MÍSTICA—forma parte. Había encontrado su camino, y por él siguió fidelísimamente.

Todos esos años, del 1903 al 1928, en que muere, doctrinal y prácticamente, se da con todas las veras de su alma a las cosas de Dios, importándole las otras cada vez menos, hasta los últimos años, que puede decirse que no le importan absolutamente nada.

¡Qué labor tan profunda de libros, de revistas, de hojas de propaganda, de dirección de almas, que de todas partes del mundo acuden a él! No creemos que haya habido hombre más santamente tenaz y aprovechador de tiempo para bien de muchos.

Y mientras tanto (y, lo que es bueno, sin advertirlo él), su alma iba madurando. Todo ese mundo sobrenatural de almas de oración, algunas verdaderamente extraordinarias, que él movía hacia Dios, a su vez le movían a él. La vida interior del P. Arintero puede decirse que fué vida común con sus dirigidas. El las impulsaba y las dirigía, y ellas le *dirigían* e impulsaban a él.

Un señor obispo, el Dr. Frutos Valiente, que le vió en la Asamblea Mariana de Covadonga, en 1926, dijo: «Este hombre poco puede vivir». ¡Tan lleno de Dios le hallaba!

Un religioso de su propia Orden muy conocido en la república de las letras, cuando le veía por Madrid, solía decir: «Si viviese nuestro P. Santo Domingo, ¿de qué otra manera podría vivir de como vive el P. Arintero?»

Murió santísimamente en este convento de San Esteban, de Salamanca, el 20 de febrero de 1928.

En estos días—primeros de 1952—se ha abierto en esta diócesis de Salamanca el proceso informativo para su beatificación.

2. Hombre providencial [1].

«No es nada ordinario el caso de hombres tempranamente encuadrados en su individual vocación y que con avara mano hayan quemado los mejores tercios de la vida en exaltación y triunfo de la única empresa suya. Lo usual y corriente, por el contrario, es que, o no se acierte del todo, o se acierte allá muy tarde con ese personalísimo destino de cada cual, siguiéndose de ahí el grave percance de que tampoco se le aplique el hombro sino con grandes demoras, intermitencias y reservas. Esto nos revela hasta qué punto sea verdad que casi todos pasamos a lo eterno poco menos que inéditos, o sea, con la tremenda responsabilidad de los talentos desaprovechados.

Cuando, empero, Dios se propone sacar adelante una idea para con sus frutos beneficiar épocas señaladas de la Historia, no acostumbra conceder tanta mano a la ciega concurrencia de las cosas ni a la libre determinación de los sujetos; antes con suavidad, que consiste en no violentar ni sacar de quicio el modo de ser y obrar de los agentes naturales, El mismo los encauza y empuja fuertemente en la dirección única de sus adorables designios. De aquí nacen, justamente, los llamados «hombres providenciales», de que está llena la Historia; como que ellos, en verdad, fueron siempre los propulsores magnos del humano progreso, así como constituyen una prueba clarísima de que Dios, desde su invisible trono, toma palpablemente el volante del gobierno mundanal cada y cuando le amenazan peligros serios o bien se digna otorgarnos algún beneficio soberanamente grande. A la buena memoria de quien fué para mi largo tiempo Padre muy querido y Maestro insigne, háseme pedido una contribución—modesta por ser mía—, la cual quiero hacer consistir en presentar al M. Rvdo. P. Arintero como el hombre providencial que Dios nos envió para el actual reverdecer de la Teología espiritual en España.

Mis recuerdos más notables acerca de este venerable religioso se remontan a la época en que, entretenido aún con lo que más tarde llamará él «bagatelas de niño», regentaba en Vergara la cátedra y museo de Historia Natural. Al cabo de los días mil, y después de su famosa *vuelta de campana*—no sin el cla-

[1] Copiamos el artículo que con este mismo título publicó en *La Vida Sobrenatural*, de Salamanca (enero-febrero de 1947), el P. Tomás Echevarría, C. M. F.

ro sonido de cierta obra inmortal—, volvimos a vernos en la capital de Vizcaya, adonde le traía, ahora hace veintiséis años. el desempeño de unas conferencias espirituales a puerta abierta.

¿Habré de revelar aquí que sus primeras tareas en este Bilbao (que siempre se tuvo por devoto y hasta místico) causaron extrañeza y estupor aun en gentes profesionales de la piedad e incluso en personas familiarizadas con el magisterio de las conciencias? Aquel entrar de rondón en el asunto de sus charlas; aquel fraternizar de súbito con sus desconocidos oyentes; aquel presentarles los misterios de nuestra fe como ramas vivas nacidas del tronco de la cruz y sobre nosotros curvadas para alimentarnos de sus frutos; aquella idea, rayana en tembloroso sentimiento, de que Dios, antes de todo, es amantísimo Padre de las almas redimidas; aquel concepto incitante y confortador de que nosotros, a nuestra vez, podemos llamarnos a boca llena verdaderos hijos adoptivos de tan gran Padre; aquella insistencia regaladamente machacona de que cada alma en posesión de la gracia no es menos que el verdadero cielo en que la Trinidad inhabita; aquella ponderación y encarecimiento de la amistad divina que implica la gracia santificante—participación física de la naturaleza de Dios en el hombre—; aquel sabrosísimo hablar del Espíritu Santo como huésped dulcísimo de nuestras almas; aquella exposición sublime del hecho de nuestra invisceración con Cristo, bien al recibirlo eucarísticamente, bien al estar incorporados a El, como miembros a la cabeza; aquel enaltecer a la excelsa Madre del Verbo y Madre nuestra *iluminándola cenitalmente*, es decir, de arriba abajo, deduciendo la valía del estuche por el primor y preciosidad de la joya allí encerrada..., esto y más, y todo ello transmitido por la vía directa e inalámbrica de una oratoria sin oratoria—porque así campeara más el valor fulgente de las ideas desnudas—, penetraba en los ánimos con tal delicia de frescor y tamaña fuerza cautivadora, que, siguiéndole los oyentes con pérdida de noción de tiempo y espacio, sentíanse como transportados por ensalmo al hechizo auroral de una religión nueva.

Con doblada razón, si cabe, acontecía lo propio cuando del deletreo de tales carteles teológicos era visto pasar a temas más estrechamente unidos con la especialidad del *género* que *viajaba* el buen Padre. ¡Qué manera de alumbrar el escondido tesoro de la oración mental, pintándola lo más fácil y deleitosa, por ser conversación amorosa del alma con Dios! ¡Cómo se esforzaba en hacer ver que la santidad—desarrollo normal último de la vida cristiana—tiene que resultar posible y obligato-

ria para todos! ¿Quién no quedaba convencido cuando añadía que dicha santidad se reducía, en fin de cuentas, a un limpio, elevado y perseverante amor a Dios y al prójimo? Mayormente que el principio de tal amor de santidad estaba en la entraña misma de la virtud teologal de la caridad; que como nadando se aprende a nadar y escribiendo a bien escribir, así el divino amor que acaba en *flamma carburens montes* se inicia en las chispitas que el Espíritu Santo despierta en nuestro corazón, las cuales bien conservadas y acrecentadas con el ejercicio terminan por convertirse en inflamado horno. Mas donde a sí mismo se excedía el bendito Padre era al exhibir la caja de los bienes celestiales encerrados en la contemplación infusa. No conocía cansancio ni daba paz al alma en tratándose de ella. Si se le veía *charlando* en algún convento, seminario o simple reunión de personas piadosas, podía darse por cierto que departía sobre su habitual idea fija... Dificultará alguien, por ventura, el que asuntos tan socorridos como los dichos pudieran ser parte a causar interés, ni menos extrañeza, en un auditorio ilustrado. Pero ¿quién no sabe que eso de «ilustrado» es calificación muy elástica e imprecisa donde caben grados y matices sumamente variados o progresivos? Así, los estudios ascético-místicos el día de hoy marchan prósperamente y a pedir de boca, como si la bizarría de los buenos ingenios se hubieran apellidado a hacerlos florecer, lucir y aumentar por modo extraordinario. A su impulso, la tierra con tanta solicitud por ellos labrada, no sólo comenzó a reverdecer y vestirse de hermosura, mas acudió con variedad y dulzura de frutos, que es decir con nuevos y grandes acrecentamientos de espiritual enseñanza para las almas... Todo, a la verdad, ha revivido, florecido y enriquecídose al romper de esta primavera esplendorosa; las mismas gentes que, tiempos atrás, se contentaban con rezar cantidad de devotas preces, a leer, cuando mucho, en algún manual de pías meditaciones, blasonan hoy de un razonable equipo o matalotaje de conocimientos ascético-místicos; por donde hanse dificultado, por ganar más alto nivel público la Teología espiritual, lo mismo la ciencia de la dirección, que la oratoria sagrada, que, sobre todo, el arte de bien escribir sobre tales materias. El reparo alegado, pues, tendría ahora positivo valor y estuviera muy en su punto; así como, sacado de este tiempo y referido al de entonces, carece absolutamente de fuerza probatoria, convirtiéndose de argumento en mera argucia.

Porque ¿cómo ignorar el estado de postración y abatimien-

to en que se hallaban los estudios ascético-místicos en España treinta o cuarenta años hace? En los centros docentes no había cátedra creada para ellos; en el movimiento científico nacional apenas se registraba publicación de esta índole; revistas de Teología espiritual no se conocía una sola; congresos destinados a depurar e incrementar dicha ciencia no entraban en el propósito de nadie; la dirección espiritual tampoco inquietaba mayormente los espíritus ni aun en el claustro mismo; la oratoria sagrada cebábase en floreos de cuestiones sociales, con peligrosas escapadas al campo político; en las mismas pláticas espirituales, ¡qué poco se mentaba la gracia, la filiación divina, la inhabitación de la Beatísima Trinidad, la contemplación infusa...!

Estas y otras deficiencias mayores en orden a la perfección de los estudios ascético-místicos entre nosotros denunciábalas y deplorábalas un día y otro aquel varón desengañado de todo lo que no fuera gloria divina y santificación de las almas. Tal vez hubiera algún encarecimiento y un si es o no es de exageración en su lengua y pluma al pregonarlas a voz en cuello; pero lo que no cabe poner en tela de juicio es que había también mucho de triste realidad en la pintura a brochazos que él nos brindaba para despertar a los suyos de aquel marasmo.

Es fama que se consagró a empresa tan esclarecida por particular moción de lo alto; pero lo cierto es que, avisado o no de voces celestiales, él se decidió un buen día a turbar y agitar las dormidas aguas, metiendo en tal demanda todas las velas de su constancia y laboriosidad proverbiales. No le faltaba disposición personal para tan alto empeño. Preparación teológica exquisita, práctica cuidadosa de la oración mental, ejercicio continuo de interior recogimiento, ocupación asidua en la dirección de las conciencias, curiosidad nunca saciada de lecturas espirituales, conocimiento y trato con personas doctas y virtuosas, viajes instructivos por diversidad de provincias y reinos; la formación de una crecida librería de obras ascético-místicas; el consejo, aprobación y aliento de parte de superiores y prelados; vagar y desasimiento de ocupaciones impeditativas de su principal anhelo... He aquí los afluentes circunstanciales que uno tras otro fueron desembocando en el gran río de su capacidad de trabajo, bien que la turbina misma no la movieran más que impulsos puramente sobrenaturales.

Así recibido el clásico espaldarazo, siempre más se creyó el bendito Padre el caballero andante y el apóstol nato para quien

el cielo tenía reservada la generosa empresa arriba dicha. Asombra conocer lo que él sudó, habló, escribió, peregrinó, gozó y padeció por los caminos infinitamente variados de su propaganda, tal vez sembrados de flores, pero muchas más de cardo heridor y espina aguda... Torpe de oído, de habla insegura, con exigua voz, muy poco gentil hombre..., hubiérase creído que Dios lo desarrimaba de todo a fin de que se viera más claro el doble milagro del socorro del cielo y de su laboriosidad invencible; y cierto es que no contó jamás con otros recursos para asentar, firmemente asentado en lo alto del monte, el enorme peñasco de Sísifo... con que se atreviera. Digámoslo en obsequio de la verdad: la labor asendereada del ilustre dominico de San Esteban podrá ser mejor o peor enfocada; cabrá discusión, aunque no fácil, sobre sus métodos e ideas; admitirán ampliación y mejoramiento determinados puntos de vista suyos; hasta habrá que morder con la lima la herrumbre de algunos desahogos suyos, que él propio reconoció y desautorizó en vida...

En cuanto a nosotros—legión numerosa y bien unida—, con la mano puesta sobre el rimero de libros que escribió el insigne Maestro y con los ojos fijos en la transformación gloriosa que a ellos se siguió después de algunos años, nos permitimos adjudicarle el *Nulli secundus* de las empresas heráldicas; lo cual, traducido al caso presente, equivale a decir que, en la historia contemporánea de la Teología espiritual, en España él forma, ciertamente, la cumbre de la montaña granítica que la divide en dos vertientes bien diferenciadas: la postración de ayer y el florecimiento de hoy día.»

3. El gran orientador [2]

«Un aspecto muy importante de la gran figura del P. Arintero fué su gran labor de orientación; labor necesaria y apremiante, que él supo iniciar con valiente gesto y llevar adelante con tesón y feliz éxito cual valeroso heraldo e intrépido dictador... Empresa delicada, arriesgada y difícil, capaz de hacer desmayar al pecho más esforzado, si no contara con el auxilio de lo alto, sintiéndose movido por superior impulso.

Son hoy ya innumerables las almas que se sienten benefi-

---

[2] Artículo publicado en *La Vida Sobrenatural* (febrero de 1930) por don Francisco Arnau, Pbro. U. A.

ciadas por tan saludables doctrinas, las cuales les han servido de orientación y guía en las escarpadas sendas de la perfección cristiana; y esas almas con sus directores bendicen a Dios por haberles dado como un astro de primera magnitud que guíe sus pasos, para que no anden en tinieblas y como a tientas, sino que brille en ellas la luz de la vida.

Y no es que sea él la luz, sino que vino, como otro Precursor, «para dar testimonio de la luz» y decirnos dónde está la verdad.

Todos los grandes hombres traen al mundo alguna misión especial, y el P. Arintero ha sido uno de esos enviados de Dios que el cielo nos regala de tarde en tarde con un encargo, con un mensaje, con una gran misión en bien de nuestra decaída sociedad. Esa misión que Dios le encomendara ha sido la de desvanecer errores y prevenciones muy corrientes respecto de la vida espiritual, esclareciendo los caminos de la perfección cristiana y restaurando así la verdadera mística tradicional.

Necesidad de esta restauración. — Para comprender la gran obra del P. Arintero hay que darse cuenta del estado de decadencia de la doctrina espiritual en nuestros últimos tiempos. El jansenismo, el quietismo, el iluminismo, con sus reacciones contrarias, sacando la doctrina tradicional de sus verdaderos cauces, infundían sospechas, temores y prevenciones acerca de todo lo que oliese a sobrenaturalismo o misticismo. *Quoniam defecit sanctus, diminutae sunt veritates a filiis hominum.* Aun entre las almas buenas reinaba la mayor desorientación, a la cual muchas veces contribuían los directores, engañados también y llenos de temor ante todo lo que trascendiese a una virtud puramente humana.

De aquí que muchas almas llamadas a ser águilas no pasasen nunca de sapos, temiendo levantar el vuelo y dejar de arrastrarse sobre la tierra. *Viae Sion lugent, eo quod non sit qui veniat ad solemnitatem.* Por todas partes reinaba gran obscuridad respecto de los caminos de Dios, tan claros en sí mismos; de donde procedía cierto pesimismo y depresión de ánimo, porque se presentaba la piedad como cosa lóbrega y demasiadamente austera, sin encantos ni atractivos, sin nada que hablara íntimamente al corazón y le mostrara cuán bueno y «cuán suave es el Señor». De este modo, la piedad resultaba repulsiva, y las personas que a ella se daban eran consideradas como seres excéntricos, huraños e insociables.

Y nada tiene esto de extraño, pues se contaba demasiado

con el esfuerzo propio y muy poco con el Espíritu Santo, consolador, santificador y vivificador de las almas. Con ese sistema, el yugo del Señor, que en sí mismo es suave, se tornaba áspero y pesado, y a las veces, insoportable; las purgaciones se prolongaban extraordinariamente; los escrúpulos, los temores excesivos, las desconfianzas, retardaban la marcha, y se aumentaban sin motivo los sufrimientos; razón por la cual muchas almas se desanimaban a mitad del camino, siendo poquísimas las que pasaban adelante, pues gran parte de ellas, faltas de luz y dirección, daban algún paso en falso y torcían la senda o se arredraban y volvían atrás.

Santo optimismo.—Mas todo esto, afortunadamente, ha pasado ya. Con los escritos del P. Arintero, los caminos de Dios aparecieron claros; las enseñanzas de los antiguos místicos (en mal hora abandonadas), diáfanas y luminosas; la empinada vereda de la más alta perfección, nada fatigosa, y la santidad, posible, fácil, al alcance de la menor fortuna, pues en esta travesía no se ha de bogar tanto a fuerza de remos cuanto desplegando las velas de nuestra nave al perenne soplo del Espíritu Santo.

Los genios, mejor, los santos, arrastran en pos de sí falanges numerosas. Colocados en la altura, descubren más amplio horizonte y, viendo las ventajas de sus ascensiones, se compadecen del vulgo que permanece en el lóbrego valle, se abajan hasta los más débiles y les animan diciendo: «Subid, subid, y veréis lo que yo veo y gozaréis de un ambiente más puro y confortante. Esa es la senda; no desmayéis, aunque os parezca áspera y empinada; un poquito de esfuerzo, y bien pronto sentiréis que una mano invisible os sostiene, y empuja. y allana ante vosotros las escabrosidades del camino; querer es poder, y, si queréis de veras, ninguna cosa os cortará el paso y bien pronto llegaréis...»

Así, nuestro buen P. Arintero, al ver el buen resultado de sus lucubraciones en busca de la verdad sobrenatural, y más aún, de sus esfuerzos por practicarla y vivirla, llegando a esas alturas, tiende sus miradas compasivas a tantas almas buenas, bien dispuestas y ganosas de perfección, pero desorientadas por falta de luz, descuidadas por falta de alientos, que en vano buscan en sus rastreros métodos e inútilmente mendigan a guías más ciegos que ellas... A todas esas almas se dirige para mostrarles el *único y verdadero camino*, que él ha descubierto con su prolongado y hondo estudio de la tradición cristiana y con

la experiencia propia y ajena, esto es, de las muchas almas por él dirigidas que escalaban las cumbres de la santidad. «*Venite*, dice a todas, *et ascendamus in montem Dei, et docebit nos vias suas, et ambulabimus in semitis eius*. No temáis poner alta la puntería; aspirad a cosas grandes, aunque seáis muy pequeñas: *Aemulamini carismata meliora*, porque esta obra no tanto ha de ser vuestra cuanto del Espíritu Santo. Sed perfectos..., sed santos, porque así Dios nos lo manda... Daos a la oración..., vivid en recogimiento..., llevad una vida seria y mortificada..., y veréis cómo el Señor os infunde sus preciosos dones, su celestial sabiduría, con la cual os vendrán todos los bienes: *Venerunt mihi omnia bona pariter cum illa...*»

Es una idea dominante en todos los escritos del P. Arintero y norma constante en su dirección de las almas que el Espíritu Santo es el verdadero Santificador, el que realiza en nosotros esta gran obra de *divinización*, incorporándonos a Cristo; para lo cual no tenemos más que ponernos bajo su influjo divino, quitar estorbos, romper lazos de criaturas, escuchar atentamente sus voces calladas, apagando el ruido de las cosas de afuera y encerrándonos en nuestro interior, y, finalmente, seguir con docilidad esas voces e impulsos del divino Espíritu, que tan amorosamente nos *recrea*. De esta grandiosa concepción de la santidad brotan luces esplendorosas, que iluminan mil cuestiones laberínticas e intrincadas, las cuales no pueden resolverse sino desde esta altura; manan alientos titánicos para salvar las almas débiles, bien penetradas de su propia miseria y su propia *nada*; pues, lejos de ser esto un obstáculo para la santidad, es la precisa disposición para que el Señor se la confiera, si permanecen en su *nada* y abren plenamente su corazón al Espíritu Santo. Así pudo él muy bien en su gran obra *Cuestiones místicas* poner como subtítulo: *Las alturas de la contemplación, accesibles a todos*; porque, como dice el Angélico Maestro, «lo que podemos por el amigo, en cierto modo por nosotros lo podemos», y el Espíritu Santo es el Amigo fiel que está dispuesto a abrir siempre que llamemos a su puerta: «Llamad y se os abrirá».

Así, las palabras del P. Arintero, salidas de la abundancia de su corazón, caldeadas en el fuego de su caridad, abrasan y elevan más a las almas ya aventajadas, animan a los débiles y apocados, despiertan y estimulan a los tibios y perezosos, pues su corazón generoso no le permitía guardar encerrado el tesoro que ha encontrado ni esconder bajo el celemín las luces que el Espíritu Santo le comunicara; antes, como el Sabio, nos

EVOLUCION MISTICA

PRÓLOGO

Habiendo estudiado el desarrollo de la Iglesia en su organización exterior y en las más visibles manifestaciones de su vitalidad—cuales son los crecientes progresos de su disciplina, de su liturgia, de sus santas prácticas y de toda su doctrina maravillosa—réstanos ahora examinar y considerar detenidamente el interno y misterioso desenvolvimiento de su vida íntima. Este aspecto es el fundamental y el más importante de todos; puesto que de la vida, o de las exigencias del proceso vital, se derivan a la vez el desarrollo de la doctrina y el de la organización; siendo ésta una condición necesaria para que se manifieste la interna virtualidad, y expresando aquélla la ley de las relaciones orgánicas y vitales. Así, el progreso exterior—sea orgánico o doctrinal, disciplinar o litúrgico—revela un progreso interior, un incremento de vida; y éste es el esencial y fundamental, de que los otros dependen y al cual se ordenan y se subordinan, tanto que sin él serían vanos; siendo como es la íntima vida de la Iglesia causa final y motriz de todos sus desarrollos.

Sin el ardor de la caridad—que es como la propiedad característica y el índice seguro de esa vida—todo lo demás de nada sirve (1 Cor. 13). La ciencia hincha y no edifica (Ib. 8, 1); la letra mata (2 Cor. 3, 6); quien añade ciencia vana, añade trabajo y dolor (Eccle. 1, 18); y el simple aumento de órganos, sin la correspondiente energía vital, no haría más que aumentar las necesidades y dolencias: *Multiplicasti gentem, non magnificasti laetitiam* (Is. 9, 3). Mas si «la carne de nada aprovecha», el Espíritu de Jesucristo «lo *vivifica* todo»; y las palabras de nuestro Salvador todas son *espíritu y vida* (Io. 6, 64).

El Hijo de Dios vino al mundo para incorporarnos consigo y hacernos vivir de El como El mismo vive del Padre, a fin de que tengamos vida eterna y de que ésta se manifieste en nosotros cada vez más plenamente: *Ut vitam habeant, et abundan-*

tius habeant (Io. 10, 10; cf. 6, 55-58). Esta misteriosa vida es la de su *gracia,* verdadera *vida eterna,* en la cual nos manda San Pedro *crecer,* diciendo (2 Ep. 3, 18): «Crezcamos en gracia y conocimiento de Nuestro Señor y Salvador Jesucristo».

Mas este progreso o incremento de la vida de la gracia es lo que constituye la EVOLUCIÓN MÍSTICA.

Esta misteriosa evolución, por la cual *se forma en nosotros el mismo Cristo* (Gal. 4, 19), es, pues, el fin principal de la divina Revelación, y la razón capital de todas las evoluciones y de todos los progresos. A ella se ordena la luz divina de la fe, a ella todo el Evangelio, a ella la fundación de la Iglesia y aun la misma Encarnación del Verbo divino. Pues la fe se ordena a la caridad, que es vínculo de *perfección;* y así los dogmas de nuestra santa fe, como dice muy bien un moderno apologista, no son tanto para hallar satisfacciones intelectuales, cuanto para movernos a buscar el *don de Dios,* el *agua viva* del Espíritu y la virtud de su gracia vivificante. El Evangelio fué escrito «para que, creyendo en Jesús, tengamos vida en su nombre» (Io. 20, 31). El fin de la Iglesia es la santificación de las almas. Y el Verbo vino a este mundo y se hizo hijo del hombre, para hacer a los hombres hijos de Dios, y colmarlos de su misma vida, restaurando y recapitulando de este modo todas las cosas al atraerlas todas a Sí (Io. 1, 12; 3, 16; 12, 32).—Por eso nos dijo que «venía a poner fuego a la tierra, y no quería sino incendiarla» (Lc. 12, 49). Y este fuego es el del Espíritu Santo, que ha de animarnos, inflamarnos, purificarnos, renovarnos y perfeccionarnos, transformándonos hasta el punto de DEIFICARNOS...

De aquí se deduce la soberana importancia de estos estudios, en que se trata de buscar la margarita preciosa y desenterrar el tesoro escondido del Evangelio, de descorrer de algún modo el velo de los grandes misterios del Reino de Dios en las almas y descubrir la razón suficiente de las variadísimas y esplendentes manifestaciones de la vida y virtualidades infinitas de la Santa Iglesia Católica; de esa inefable vida sobrenatural que la anima y la sostiene y que, a pesar de la malicia o de la dejadez de los hombres, de las hostilidades de afuera y de las incurias, inercias y pesadeces de adentro, le da un ser imperecedero y autónomo, y la llena de indecibles encantos, llevándola con seguridad infalible por las sendas divinas de la verdad y del bien, mientras las sociedades humanas parecen obstinadas en moverse en el mismo ciclo de errores y vicios.

Si algún estudio hay que sea edificante e instructivo en su-

mo grado, a la vez que apologético, es ciertamente el de la *evolución mística*, el de esa portentosa expansión de la gracia, como principio vital de un orden divino, y el de sus múltiples manifestaciones y gloriosos efectos en la Iglesia, como organismo biológico-social, y en cada uno de los verdaderos fieles, como miembros de ese cuerpo místico [1]. Hasta el más humilde cristiano aprenderá a tener en el debido aprecio su imponderable dignidad de hijo de Dios, y a proceder en todo conforme a ella, menospreciando las engañosas grandezas del mundo [2]; aprenderá a estimar el don divino, a amarlo con toda su alma y cultivarlo. con todo el esmero posible; y por lo mismo, a detestar de todo corazón, no sólo el pecado grave, que lo despoja de esa dignidad y le hace caer miserablemente en el poder de las tinieblas, sino también el leve, que pone óbices a la amistad de Dios y a los continuos efluvios de su gracia, disponiéndole para una irreparable caída. Así se animará al sacrificio para desarraigar hasta el último germen del mal y adquirir las divinas virtudes y dejarse invadir y transformar por el místico *fermento* evangélico; y hasta se resolverá generosamente al pasar *per ignem et aquam*, para acabar de purgarse de toda escoria terrena, y abandonarse de lleno en las manos de Dios para convertirse como hermosamente dice San Gregorio Nacianceno [3], en afinadísimo instrumento músico, de donde el mismo Espíritu Santo arranca melodías divinas: *Instrumentum musicum a Spiritu pulsatum, divinamque gloriam et potentiam canens.*

El sacerdote que, ya desde el púlpito, ya desde el santo tribunal de la Penitencia, debe adoctrinar y dirigir las almas, aprenderá a informarlas en el verdadero espíritu de Jesucristo, a preservarlas de los extravíos del espíritu privado y de los innumerables lazos que el mundo, el demonio y la carne les tienden, y a orientarlas, estimularlas y animarlas cuando, impulsadas del divino Huésped, emprenden la vía dolorosa y gloriosa a la vez de la configuración con el Salvador. Así podrían los ministros de Dios confortarlas y dirigirlas, en vez de paralizarlas neciamente, desconcertarlas o precipitarlas como, por desgracia, sucede tantísimas veces; siendo cierto que la ignorancia y falta de espíritu de los directores es causa de la ruina de muchísimas

---

[1] Véase el interesante artículo *Deificación* (en *Ideales*, jul. y ag. 07), por el P. Fr. José Cuervo; a quien, con este motivo, debo manifestar mi gratitud por lo mucho que en esta obra me ayudó.

[2] *Disce sanctam superbiam: scito te illis maiorem* (S. JERÓNIMO, *Epist.* 9).

[3] *Orat. ad Popul.* 43, n. 67.

almas: de que unas se estacionen o se extravíen, de que otras no acierten con la senda de la vida mística, y de que las más generosas padezcan con escaso provecho indecibles angustias y torturas interiores, viéndose incapacitadas para *andar*, porque Dios quiere llevarlas de otro modo, y no atreviéndose a *volar* al soplo del Espíritu, porque la imprudencia de los ciegos directores les ata las alas. ¡Cuántas veces no ocurre que *los pequeñuelos piden el pan* de la palabra divina, *y no hay quien se lo parta* (Thren. 4, 4); buscan *en los labios del sacerdote la ciencia* de los caminos de Dios, y sólo encuentran las engañosas luces de la prudencia carnal; y, creyéndose en manos de un guía experimentado, se dejan conducir de un ciego, que las lleva al precipicio! (Mt. 15, 14). Así es como se resfría la piedad y se pierde la misma fe por falta de maestros que sepan *hablar con gracia* (Col. 4, 6) *y exhortar en doctrina sana* (Tit. 1, 9).

¿De dónde procede que nuestra santa Religión tenga cada vez menos arraigo en el pueblo, y que de *espíritu y vida* que es, venga tantas veces a reducirse a vanas exterioridades, a prácticas rutinarias y a un simbolismo muerto? ¿De dónde esa glacial indiferencia con que la generalidad de los que se dicen cristianos miran las cosas sagradas?... Es indudable que una de las causas más poderosas es el ser hoy tan escasos los que sienten al vivo y conocen a fondo y tratan de dar a conocer en la forma conveniente los grandes misterios del reino de Dios en las almas y las maravillas que en ellas obra el *Espíritu vivificante* [4]. Se miran con desdén los estudios de la *vida mística*, y se viene a ignorar o desfigurar totalmente el fondo mismo de la *vida cristiana*: y siendo poquísimos los que hablan al pueblo con un lenguaje llano, sencillo, sentido y no artificial, que salga del corazón abrasando e iluminando—como aquel decir vivo, animado y palpitante de los Apóstoles y de los Padres—no es de extrañar que tantísimos fieles, a semejanza de los famosos discípulos de Efeso (Act. 19, 2), apenas hayan oído ni sepan que existe el Espíritu Santo santificando las almas... [5]

---

[4] Por más alta que sea la doctrina, advierte San Juan de la Cruz (*Avisos*, 192), «no hará de suyo ordinariamente más provecho que tuviere el espíritu de quien la enseña».

[5] Si los nobles, según el mundo, tanto se interesan en revolver los pergaminos de su ilustre abolengo, ¿cómo es posible, pregunta el padre Terrien, S. I. (*La grâce et la gloire*, intr.) que los cristianos, siendo por el bautismo del mismo linaje de Dios, hijos suyos de adopción y hermanos de Jesucristo, ignoremos o conozcamos tan mal las grandezas y glorias que en estos títulos se encierran? «Preguntad no ya a los cristianos de puro nombre, sino a muchos de los que se glorian de

Así mal podrán «estar preparados», como nos manda a todos San Pedro—y como a todos nos es hoy tan indispensable—«para dar razón de nuestra fe a cuantos por ella nos pregunten»: y mal podrán «proceder con celestial sabiduría ante los de fuera», como desea San Pablo (Col. 4, 5; Eph. 5, 15-16). Y no sabiendo responder, en vez de atraerlos, los repelen, y a sí mismos se ponen en gran peligro; y, no procediendo con esa sabiduría que «no es vencida de la malicia», fácilmente son arrastrados por las sendas de la perdición. Antes, la casi generalidad de los fieles, hondamente penetrados de los divinos misterios, al ser interrogados acerca de ellos, respondían *divinamente;* porque en realidad «no eran ellos los que hablaban, sino el Espíritu del Padre, que respondía por boca de ellos» (Mt. 10, 20). Nada extraño que con su encantador lenguaje cautivasen a los enemigos.

Hoy, por desgracia, se han trocado los papeles, y son muchísimos los cristianos que, en vez de cautivar, quedan seducidos *per philosophiam, et inanem fallatiam secundum traditionem ho-*

---

profesar su fe y aun de practicarla, cómo entienden su *filiación divina* y el *estado de gracia*, el más estimable después del de la gloria; y al oír sus respuestas, veréis con cuánta razón podría Jesucristo repetirles: *¡Si conocierais el don de Dios!* Lo más que suelen figurarse es que viven en paz con El, que tienen perdonados los pecados y que, si no cometen otros nuevos, irán un día a gozar de la felicidad eterna. Mas en cuanto a esa tan maravillosa y divina *renovación* que se verifica dentro de los corazones; a esta *regeneración* que transforma hasta en lo más íntimo la naturaleza y las facultades de los hijos adoptivos; a esta *deificación* que hace del hombre un dios...; estas cosas ¡cuán pocos son los que las conocen y meditan! Y lo que de ahí resulta es que estimen muy poco lo que tan mal conocen, y que no se esfuercen por adquirir, conservar y acrecentar este tesoro ignorado...

»Si el pueblo fiel vive en tanta ignorancia de los tesoros con que tan liberalmente fué enriquecido por el Padre de las misericordias, la culpa recae en gran parte sobre aquellos que, por su vocación, están encargados de instruirle... Apenas hablan de estos misterios, y cuando lo hacen suele ser de una manera tan vaga y con unos términos tan ambiguos, que el auditorio más bien puede quedar encantado del lenguaje que penetrado de los pensamientos. Y no se diga, como a veces sucede, que estas materias son demasiado elevadas para que puedan ponerse al alcance de los simples fieles... No procedieron así los Apóstoles. Las Epístolas de San Pablo—aun prescindiendo de las otras—¿qué son sino una constante predicación de los misterios de la gracia y de la filiación divina? Y, sin embargo, iban dirigidas a todos los cristianos... Decir que los de hoy carecen de la cultura necesaria para entender estas cosas, es olvidar la acción del divino Espíritu, que interiormente abre la inteligencia de los fieles para que comprendan las verdades que se les anuncian, y «conozcan los dones que Dios nos ha hecho» (1 Cor. 2, 12).

minum, secundum elementa mundi (Col. 2, 8); porque en sus corazones falta la verdadera *luz de vida,* y de sus labios, la palabra de la sabiduría saludable [6]. Si el corazón del sabio conoce el tiempo y sus exigencias (Eccle. 8, 5), los ignorantes de las cosas de Dios, no conociendo siquiera lo que son, mal se cansarán en estudiar la mentalidad de sus adversarios, para adaptarse a ella cuando es menester; y no sacrificándose en «hacerse todo para todos, por ganarlos a Jesucristo...», es como vienen a perderse ellos mismos, por falta de discreción y de celo *secundum scientiam.*

Es indudable que con el creciente prestigio de las ciencias naturales, que tan rápidos progresos hicieron, con los hondos prejuicios acerca de la suficiencia y completa autonomía de la razón humana, y aun con los mismos estragos que a ésta causa el criticismo, va perdiendo para muchos su divino encanto, y hasta aparecido como repulsivo el maravillosísimo orden sobrenatural, cuando tantos se lo figuran, por una parte, como destructor o perturbador del de la misma razón, como una imposición extraña y violenta que paralizaría todas nuestras actividades; y por otra, como imposible de comprobar con los raciocinios *extrinsecistas* que suelen estar más en boga. De ahí que no pocos sabios sinceros lleguen a mirarlo con aversión o con desdén, por la falsísima idea que de él se han formado; a la cual, por desgracia, contribuyeron no pocos apologistas ignorantes, que hablan de lo que no entienden.

¿Cómo podremos abrir brecha en estas y otras muchísimas almas que, por ignorancia o por malicia, cierran sus oídos a la palabra de Dios y sus corazones a los influjos de la gracia, temerosas de recibir la muerte precisamente donde está la vida que necesitan?... ¿De qué método podremos valernos para conducir, a los sabios engreídos con su «autonomía inalienable» y con su ciencia aparatosa, al humilde servicio de Cristo y a la santa *locura de la cruz?*

El método apologético más universal, más eficaz, más suave y más en armonía con las actuales condiciones del pensamiento, es la exposición *positiva,* viviente y palpitante de los misterios de la vida cristiana y de todo el proceso de la deificación de las

---

[6] «Vos, oh divino Verbo, exclama Santa María Magdalena de Pazzis (*Obras*, trad. franc. de Bruniaux, 3.ª p., c. 5), dais a quien os sigue una *luz vivificante*, glorificante y eterna, que da la vida al alma que la posee y vivifica todos sus pensamientos, sus palabras y sus acciones. Así, una palabra de esta alma es como una flecha de fuego que atraviesa los corazones de las criaturas».

almas: es mostrar prácticamente que lo sobrenatural no viene a nosotros como una imposición exterior y violenta, que nos oprima o nos desnaturalice, sino como un *aumento de vida*, libremente aceptado, que nos liberta y engrandece. No nos priva de ser hombres y nos hace *sobrehumanos*, hijos de Dios y *dioses* por participación. «Así amó Dios al mundo, que llegó hasta darle a su Unigénito Hijo, para que cuantos creen en El no perezcan, sino que tengan *vida eterna*» (Io. 3, 16). El Dios vivo y verdadero, el Dios de infinita bondad no viene, pues, a nosotros para matarnos ni paralizarnos, sino para *deificarnos*, haciéndonos participantes de su misma vida, virtud, dignidad, felicidad, potestad y soberanía absolutas. Comunicándonos su Espíritu, nos da la única autonomía y libertad verdaderas, la gloriosa libertad de los hijos de Dios. *Ubi Spiritus Domini, ibi libertas* (2 Cor. 3, 17).

¡Oh, si pudiéramos dar a conocer bien estas sublimes verdades! ¡A cuántas almas no cautivarían! ¡A cuántos podría decirse lo que el Salvador dijo a la Samaritana! (Io. 4, 10): *¡Si conocieras el don de Dios!*... A buen seguro que muchísimos de los que tanta aversión muestran tener a la vida espiritual, si supieran los indecibles encantos y las inefables delicias que, en medio de sus apariencias tristes y de sus amarguras, encierra, la desearían con toda su alma y procurarían muy de veras consagrarse del todo a ella, correspondiendo a la gracia con que Dios los invita.—«¡Venid, pues, a las aguas de la vida todos los que estáis sedientos; probadlas, y veréis cuán deliciosas son! ¡Oíd la invitación divina; y vivirán vuestras almas!» (Is. 55, 1-3) [7]. «¡Con cuánto gozo recibiréis las aguas que manan de las fuentes del Salvador!» (Is. 12, 3).

Si lo que en nosotros no puede ser asimilado y vivido, nos parece cosa violenta y odiosa, o por lo menos inútil, en cambio

---

[7] Pero *si no creéis, no podréis entender* (Is. 7, 9); y si no *experimentáis* la verdad, no llegaréis a verla.—«Las cosas espirituales, dice Santo Tomás (*In Ps.* 33), hay que gustarlas antes de verlas, pues nadie las conoce si antes no las gusta. Por eso se dice: *Gustad y ved*».

«Seguid, dice el V. Palafox (*Varón de deseos*, Exhort.), la vida de Dios, que está llena de verdadera vida, de unos deleites seguros, de una alegría permanente... Gustad y veréis la dulzura del trato interior de Dios, aquellas secretas influencias, aquellas suaves inspiraciones, aquellos dulces impulsos, aquellas admirables luces, aquella paciencia en Dios al sufrir, aquel amor al guiar, aquella liberalidad al socorrer, aquella largueza al premiar. Mirad qué tierno que ama, qué suave enamora, qué fuerte defiende, qué fino que obliga».—Fuera de Dios, «no hallaréis alegría, ni aun buena correspondencia... Son lazos las que parecen prendas, y las aficiones, ficciones».

lo que cede en aumento de verdadera vida a todos es provechoso, amable y deseable. Expuesta así nuestra santa Religión, *positivamente,* según el gusto moderno, como un foco de luz infinita y como una fuente inagotable de vida, ¡cuántos de sus enemigos no la estimarían y se interesarían por ella, a pesar de que, viéndola presentada de otro modo, ni aun oírla mencionar quieran! ¡Cuántos sabios hay hoy que, con permanecer inalterables ante los argumentos de la apologética extrinsecista—aunque forjados éstos con la dialéctica de mejor temple—abrirían, sin embargo, con efusión sus hambrientos corazones a lo sobrenatural, si lo vieran presentado como es en sí, como una irradiación de la vida y del amor infinito de un Dios enamorado de nuestras pobres almas! ¡Cuántos nobles ingenios, amantes de lo bueno y de lo grandioso, que se sacrifican buscando la verdad y la virtud, pero demasiado tocados del criticismo—y exacerbados quizá por las agresiones de apologistas improvisados que se mueven en planos muy distintos del de la mentalidad contemporánea—con resistir obstinadamente a razones hoy apenas entendidas ni atendidas, prestarían, sin embargo, oídos atentos si vieran que se les hablaba candorosamente, con aquel acento de amor y de sinceridad de los Apóstoles y los Santos Padres, ese lenguaje vivo y palpitante, con el cual, diciendo lo que *sentían*—lo que les salía del fondo del alma—parecían infundir en los corazones el espíritu de que ellos estaban llenos! Ese lenguaje divino, esas palabras de vida, confirmadas con el ejemplo, con las obras de luz que glorifican al Padre celestial, les haría comprender que no podemos ser hombres cabales, sin ser perfectos cristianos; ya que, según la hermosa frase de San Agustín, «no hay más hombres perfectos que los verdaderos hijos de Dios».

Cuando así llegaran a conocer de algún modo el *don divino,* y descubrir el *tesoro escondido,* luego trocarían por él todo cuanto tienen. Y quejándose de nosotros, porque tardamos tanto en manifestarles tan incomparable bien, entre inefables consuelos, mezclados con dulces lágrimas, exclamarían con aquel gran convertido [8]: «¡Oh Hermosura tan antigua y tan nueva, cuán tarde te conocí, cuán tarde te amé!» Y ¡cómo se lamentarían entonces de haberse *desvanecido en sus pensamientos,* avergonzándose de haber podido poner en duda la verdad objetiva de nuestros sacrosantos dogmas!... Y si esto podía acaecer a muchos de los que pasan por enemigos, con más razón acaecerá a tantísimos cristianos como viven en completa ignorancia de es-

[8] SAN AGUSTÍN, *Confesiones,* l. 10, c. 27.

tas verdades. ¡Cuántos pecadores se convertirían y cuántos tibios se enfervorizarían y se resolverían a seguir con valor las sendas de la virtud si conocieran bien la incomparable dignidad del cristiano, como hijo de Dios, hermano de Jesucristo y templo vivo de la Trinidad, que en tantos corazones mora sin que ellos lo adviertan ni le hagan caso! ¡A buen seguro que muchos de los que andan tan afanados en busca de los fugaces bienes del mundo, procurarían vivir santamente si comprendieran bien cuánto les importa cuidar y cultivar el tesoro divino, y cuán obligados están a desarrollar el místico germen de vida eterna, que en sus corazones tienen enterrado sin dejarle fructificar! Pero, desgraciadamente, son muy pocos los que conocen la rica y gloriosa herencia que Jesucristo tiene depositada en sus santos (Eph. 1, 18), y el riguroso deber que todos, por el mero hecho de estar bautizados en El, tenemos de revestirnos de El mismo y configurarnos a su imagen, aspirando de veras, como a único fin, a *santificarnos en la Verdad* (cf. Rom. 8, 29; Eph. 1, 4; Io. 3, 3; 17, 17-26, etc.).

«Jesucristo, observa el P. Weiss [9], no fundó su Iglesia sino para que fuese santa (Eph. 5, 26). La verdadera sociedad de los fieles debe ser un pueblo santo (Petr. 2, 9). Cuantos acepten la fe cristiana son llamados a la santidad (Rom. 1, 7; 1 Cor. 1, 2). O bien se debe aspirar a ella, o se debe renunciar al nombre de cristiano, al título de *santo*. Pues lo que Dios quiere es nuestra santificación» (1 Thes. 4, 3).

Las mismas almas espirituales podrían hallar en estos estudios muchas luces que en parte supliesen la escasez de directores, de que tanto se lamentan, estímulos poderosísimos que las confortaran para subir su Calvario, solución para muchas dificultades y tranquilidad y gozo inexplicables cuando vieran que son del todo ciertos sus tímidos presentimientos acerca de la inefable obra de la deificación que en ellas se realiza, de la íntima acción vivificadora del Espíritu santificante, de la adorable presencia de toda la Trinidad y de las amorosas y dulcísimas relaciones con que se sienten ligadas con cada una de las tres divinas Personas. ¡Cómo se animan, en efecto, cuando reconocen las fases sucesivas por que les es menester pasar para llegar a la íntima unión y transformación, a la perfecta configuración con Cristo, al momento solemne en que, del todo impresas ya de su divino sello, puedan decir con el Apóstol: *Mihi vivere, Christus est!*... [10]

---

[9] *Apología del Cristianismo*, t. 9, conf. 4.

[10] Las almas contemplativas, dice Alvarez de Paz (*De inquisitione*

A todos, pues, se dirigen estas humildes páginas; á todos deseamos servir en ellas, diciéndoles con el Salmista (Ps. 33, 13): *¿Cuál es el hombre que desea la verdadera vida y ansía por ver días felices?* Este hallará aquí, si no todo lo que desea sobre la materia, ni menos lo que podría decirse—que es interminable—siquiera algunas indicaciones del camino que debe tomar para satisfacer su hambre y sed de justicia, de vida, de verdad y de amor. Esta es, por otra parte, la mejor apología que podemos hacer de la Iglesia y el mejor medio de precaver todos los extravíos y de evitar y remediar los daños de esas tendencias exageradas del *especulativismo* y del *sentimentalismo*, del *tradicionalismo* y del *modernismo*, que hoy tantas agitaciones, confusiones, discusiones y lamentables deserciones ocasionan.

Sin una exposición, siquiera breve, del fondo de la vida sobrenatural y del desarrollo de la perfección cristiana, la defensa de nuestra Religión sería siempre incompleta y defectuosa [11]. Para hacer amable la Iglesia de Dios, no hay como mostrar los inefables atractivos de su vida íntima. Presentarla sólo en su aspecto rígido exterior, es casi desfigurarla, haciéndola desagradable; es como despojarla de su gloria y de sus principales encantos. *Omnis gloria eius, ab intus.* Hoy más que nunca, según nota Blondel, para atraer los hombres a la Iglesia, hay que manifestarles los celestiales resplandores de su alma divina.

Presentada tal como es, sin disfraces ni atenuaciones y sin rebajarla ni desfigurarla con bajas y estrechas apreciaciones humanas, ella misma—como llena de gracia y de verdad, a imitación de su Esposo—da perpetuo testimonio de su divina misión, y es su mejor apología. La verdad divina no necesita defenderse: le basta ser presentada con su nativo esplendor y su fuerza irresistible.

Estudiando en el libro 1 la divina constitución de la Santa Iglesia, hemos visto los numerosos y variados símbolos con que

---

pacis, l. 5, p. 3, introd.), «egent aliqua hujus sapientiae cognitione, ne timeant, ne se illusas, cum non sint, aut deceptas defleant, vel e contra aliquo dolo adversarii innexae, ac si non essent, illusae gaudeant: et ut dona quae accipiunt, agnoscant, et pro illis gratias agant, et se ad vitae puritatem his donis correspondentem accingant».

[11] «En una apología del cristianismo, en cuanto es espíritu y vida, dice el P. Weiss (*Apol.* 9, intr., 3), debe figurar a todo trance la doctrina de la perfección». «Las principales causas, añade (n. 6-9), de la frialdad espiritual y parálisis de estos tiempos, es la falta de inteligencia de esta saludable doctrina y la indiferencia respecto a la santidad. Lo que nuestra época necesita más que nada son los verdaderos santos, los hombres nuevos y completos, los verdaderos cristianos, interiores, perfectos».

es figurada y representada ésta, que bien merece llamarse «primogénita de las criaturas» y «obra maestra de la eterna Sabiduría».—Según uno de esos símbolos, aparece como *casa y ciudad de Dios,* puerta del cielo y templo vivo del Espíritu Santo.—Según otro, como una familia divina, «una raza escogida, sacerdocio regio, que es gente santa y pueblo adquirido para anunciar las divinas grandezas» (1 Petr. 2, 9); pueblo donde reina el mismo Dios, tratando familiarmente con todos sus vasallos, que son otros tantos hijos.—Otras veces figura como el *jardín* de las divinas delicias, donde florece toda virtud y santidad; o como un campo, donde crece y fructifica la divina palabra; o como un rebaño, cuyas ovejas conocen a su pastor y le siguen, y él las llama por su nombre y les da vida eterna.

Aparte de estos tres símbolos—que hemos llamado *arquitectónico, sociológico* y *agricológico*—hay otros dos aún más apropiados, que nos permiten penetrar más hondo y remontarnos más arriba en la consideración de los divinos misterios; y ésos son el *sacramental* y el *orgánico-antropológico,* según los cuales la Iglesia aparece, respectivamente, como *Esposa* del Cordero de Dios que quita los pecados del mundo, y como *Cuerpo místico de Jesucristo.* Y a estos dos procuraremos aquí atenernos con preferencia, aunque sin excluir los otros cuando vienen al caso.

Estos símbolos, según queda dicho en su lugar, son tan diversos y tantos, para que veamos que ninguno de ellos, ni todos reunidos, son capaces de representar adecuadamente una realidad tan soberana, que rebasa sobre todas las formas de nuestro pobre lenguaje y sobre todos los moldes de nuestro limitado pensamiento, trascendiendo sobre las más altas apreciaciones e intuiciones de nuestra razón vacilante y débil. Cada uno indica sólo algún aspecto de esa realidad inefable que de algún modo se adivina, pero que en ninguna manera se precisa ni se puede definir convenientemente. Y todos juntos se completan para darnos una idea más cabal, obligándonos a prescindir en gran parte de las formas que mutuamente parecen excluirse como incompatibles, y a remontarnos sobre nuestras tímidas cavilaciones y apreciaciones para sentir con el *sentido de Cristo,* admirar en silencio, contemplar con la luz y gracia del Espíritu Santo y apreciar así *divinamente* lo que no se puede proferir con palabras ni aun concebir con pensamientos humanos.

Y si ningún símbolo puede agotar la inmensa virtualidad de la Iglesia, si esta admirable realidad no puede caber en sistema ninguno, el querer precisarla demasiado con tecnicismos, pro-

pios de una época o de una filosofía, cuando tan indudablemente trasciende sobre todos los sistemas y conceptos humanos, es rebajarla y aun desnaturalizarla como de propósito. Más vale, pues, dejar flotantes los conceptos para admirar su plasticidad y riqueza, que no reducirlos a la estrechez de nuestras miras: más vale contemplar en silencio los tesoros de vida y de ciencia divina encerrados en el cuerpo místico de Jesucristo, y ponderarlos con esas atrevidas e inspiradas frases de las divinas Escrituras y de los grandes santos, que sentían estas cosas muy a lo vivo, que no *sistematizarlos* con exageración, queriendo encajarlos por fuerza en los reducidos moldes de nuestro pensamiento; los cuales, si nos permitieran *comprender*, mostrarían, por el mismo hecho, *desfigurar* lo que de suyo es *incomprensible*. Si es locura el medir con una concha la capacidad del Océano, mucho mayor lo es el medir con una cabeza humana los inagotables tesoros de la divina Sabiduría.

El prestigio del orden sobrenatural sólo se restablecerá presentándolo, no tal como lo suponen malamente cuantos lo denigran, ni como nosotros mismos a nuestro modo nos lo figuramos, sino tal como es en sí, como plugo a Dios encarnarlo en su Santa Iglesia. Y conociendo bien lo que ésta es, se reconocerá cuáles deben ser sus miembros. Y éstos aprenderán mejor a apreciar el don de Dios, a corresponder a la divina gracia, procurando vivir en todo como hijos de la luz, desarrollando el germen de vida divina y de gloria perdurable que en sí mismos contienen. ¡Cuánto no se elevaría el nivel ordinario de la vida cristiana, y cuán excelente apología de la Religión constituirían las obras de la generalidad de los fieles, si todos procurásemos de veras conocer y apreciar «la vía nueva y viviente que nos inició Jesucristo mediante el velo de su carne» (Hebr. 10. 20), y el divino *cuerpo místico* a que pertenecemos y de cuya Cabeza estamos incesantemente recibiendo maravillosos influjos!...

Las cosas que ahora vamos a tratar no es posible explicarlas cumplidamente: la belleza, la sublimidad, el sabor celestial que en sí tienen exceden los moldes de la palabra humana. La naturaleza íntima de la vida sobrenatural, su excelencia sobre todo lo creado, el modo como se vive, las fases por que sucesivamente van pasando las almas sufriendo y gozando lo increíble hasta «despojarse por completo del hombre viejo y vestirse del nuevo»; todo esto es verdaderamente «inefable»: *de quo nobis grandis sermo, et ininterpretabilis ad dicendum* (Hebr. 5, 11).

Esta empresa no sólo es difícil, sino que casi parece temera-

ria; porque si los grandes místicos, llenos del Espíritu Santo —como «muertos que estaban al mundo, y con una vida escondida con Cristo en Dios»—con todo eso apenas aciertan a decir nada, ¿qué podremos decir los profanos?... Estas son cosas tan sublimes, tan indecibles, tan incomprensibles, tan inexplicables que, aun sintiéndolas, apenas se logra concebirlas, ni menos comprenderlas, y, aun comprendiéndolas de algún modo, es imposible decirlas por falta de términos.

Mas no por eso debemos dejar de decir lo que se pueda, ya que el progreso místico es el fin principal de la divina Revelación y la razón de todos los otros progresos de la Santa Iglesia; y, por lo mismo, el que más debemos todos procurar [12]. Preciso es, pues, recordar siquiera algo de lo enseñado por los grandes teólogos místicos que tuvieron la suerte de sentir y experimentar los misterios de esa portentosa vida y de poder notar y describir de algún modo sus maravillosos progresos [13], si bien debemos ceñirnos a extractar, ordenar o traducir en lenguaje hu-

[12] «El deseo de la indivisible Trinidad, que es fuente de vida, dice San Dionisio, el Pseudo-Areopagita (*Hier. Eccles.* c. 1, n. 3), es la salvación de todas las criaturas intelectuales. Y la salud se encuentra en la *deificación:* es decir, en la perfectísima asimilación y unión con Dios».

«No puede dejar de lastimarme mucho, dice Santa Teresa (*Moradas* 6, c. 4), ver lo que perdemos por nuestra culpa. Porque aunque es verdad que son cosas que las da el Señor a quien quiere, si quisiéramos a Su Majestad como El nos quiere, *a todas las daría:* no está deseando otra cosa sino tener a quien dar, que no por eso se disminuyen sus riquezas».—«Ay, hija mía, le dijo una vez Nuestro Señor (*Vida* c. 40), ¡qué pocos me aman con verdad!, que, si me amasen, no les encubriría yo mis secretos».—«Ansí que, hijas, dice ella (*Camino de perfección* c. 16), si queréis que os diga el *camino para llegar a la contemplación,* sufrid que sea... un poco larga..., que *yo os aseguro a vosotras y todas las personas que pretendieren este bien, que lleguéis a verdadera contemplación*».—«*Dispóngase* para si Dios le quisiere llevar por ese camino: cuando no, para eso es la humildad, para tenerse por dichosa en servir a las siervas del Señor» (*ib.* c. 17).—«Es mi intención, añade en otro lugar (*Vida* c. 18), *engolosinar* las almas de un bien tan alto».

[13] Sin alguna manifestación, por imperfecta que sea, de los inefables misterios de la vida divina en las almas, dice Santa Catalina de Génova (*Diálogos espir.* 1, 3, 12), «no habría en la tierra sino confusión y mentira. Por eso el alma ilustrada con la luz de lo alto no puede callarse. El amor la abrasa hasta el punto de hacerla superar todos los obstáculos para poder derramar en torno suyo los frutos de paz inefable que en ella produce el Dios de toda consolación (2 Cor. 1). Y lo hará mucho más al ver a los hombres locamente perdidos en busca de los placeres terrestres, incompatibles con su futura e inmortal glorificación».

mano lo que ellos—y muy en particular los autores inspirados—nos dijeron con el suyo, verdaderamente divino.

Y para confirmar nuestras apreciaciones particulares procuraremos aducir, en apéndices o notas, algunos textos comprobantes, tomados de los grandes maestros de espíritu y de las almas que mejor supieron o saben referir las inefables impresiones de la Realidad infinita. Y como son tan variados los toques del Espíritu—y cada cual los experimenta y los traduce a su modo y según un aspecto especial—procuraremos que esos textos sean también muy variados para que, en vista de ellos, pueda formarse una idea más cabal de ese fondo inenarrable, y para que cada alma que empiece a sentir estas cosas pueda notar y reconocer algo de lo que por ella pasa. Aunque no fuera más que a una sola a quien pudieran servir de verdadero provecho espiritual, daríamos por muy bien empleados nuestros esfuerzos y sudores. Si, pues, alguien, a pesar de nuestra incompetencia, encuentra aquí luz y aliento, dé gracias al Padre de todas las luces, que de tan inútiles instrumentos sabe valerse; y ofrezca una plegaria para que se convierta en «concha»—según la frase de San Bernardo [14]—el pobre autor, que hasta ahora no es más que un simple *canal*.

Trataremos, pues, con el auxilio divino, 1.°, de la *vida sobrenatural* y de sus principales elementos; 2.°, del desarrollo de esta vida en los particulares, o sea de la *evolución mística individual*; y 3.°, de la *evolución mística de toda la Iglesia.*

---

[14] *Serm.* 18 *in Cant.*

PRIMERA PARTE

La vida sobrenatural en sí misma, en sus operaciones y su crecimiento

CAPITULO I

Idea general de la vida mística

§ I.—La mística y la ascética.—Breve idea de las vías llamadas «ordinarias» y «extraordinarias»; la niñez y la adolescencia espiritual; la renovación y la transformación perfecta.

Místico es lo mismo que *recóndito*. *Vida mística* es la misteriosa vida de la gracia de Jesucristo en las almas fieles que, muriendo a sí mismas, con El viven *escondidas en Dios* (Col. 3, 3); o más propiamente: «es la íntima vida que experimentan las almas justas, como animadas y poseídas del Espíritu de Jesucristo, recibiendo cada vez mejor y sintiendo a veces claramente sus divinos influjos—sabrosos y dolorosos—y con ellos creciendo y progresando en unión y conformidad con el que es su Cabeza, hasta quedar en El transformadas».

Por EVOLUCIÓN MÍSTICA entendemos todo el proceso de formación, desarrollo y expansión de esa vida prodigiosa, «hasta que se forme Cristo en nosotros» (Gal. 4, 19), y «nos transformemos en su divina imagen» (2 Cor. 3, 18).

Esta vida puede vivirse *inconscientemente*, como vive un niño la vida racional, o propiamente humana; y así la viven los principiantes y en general todos los que se llaman simples *ascetas*, o sea los que caminan a la perfección por las «sendas ordinarias» de la consideración laboriosa de los divinos misterios, la mortificación de las pasiones y el ejercicio metódico de las virtudes y de las prácticas piadosas. Y puede vivirse también *conscien-*

temente, con cierta experiencia íntima de los misteriosos toques e influjos divinos, y de la real presencia vivificadora del Espíritu Santo; y así la suelen vivir la generalidad de las almas muy aprovechadas que han llegado ya al perfecto ejercicio de las virtudes, y también otras privilegiadas a quienes Dios libremente escoge desde mucho antes para llevarlas más aprisa, como en sus brazos, por las *vías extraordinarias* de la *contemplación* infusa. Las almas que así viven más o menos conscientemente de la vida divina, suelen llamarse *místicas* o *contemplativas*; *místicas*, por razón de la íntima *experiencia* que tienen de los ocultos misterios de Dios; *contemplativas*, porque su modo de oración habitual suele ser esa *contemplación* que el mismo Dios amorosamente infunde a quienes quiere, cuando quiere y como quiere, sin que sea parte el ingenio humano para alcanzarla, ni perfeccionarla, ni aun para prolongarla; mientras el de los *ascetas* es la *meditación discursiva* que, con la gracia ordinaria que a nadie se niega, todos la podemos lograr y aun perfeccionar hasta verla convertida insensiblemente en la llamada *oración de simplicidad*, que es ya como una suerte de *contemplación* medio *infusa* y medio *adquirida*, y que suele ir acompañada de cierta *presencia amorosa* de Dios, causada por un singular influjo del Espíritu Consolador, para realizar la transición gradual del *estado ascético* al *místico*.

La ciencia que enseña los llamados *caminos ordinarios*—o sea los rudimentos, o primeros grados—de la perfección cristiana —y muy particularmente el modo de hacer bien la meditación para adquirir las virtudes y desarraigar los vicios, y *ejercitarse* en todas las prácticas de la *vía purgativa* con algunas de la *iluminativa* y la *unitiva*—suele llamarse *Ascética* (de ασκητης = *ejercitante*), reservándose el nombre de *Mística* propiamente dicha—aunque ésta en general abarque toda la vida espiritual— para la «ciencia experimental de la vida divina en las almas elevadas a la contemplación» [1].

---

[1] «La teología mística, dice Gersón, tiene por objeto un conocimiento *experimental* de las cosas de Dios, producido en la íntima unión del amor». Este conocimiento se logra principalmente con el *don* de *sabiduría*; el cual, como advierte Sauvé (*Etats mystiques* p. 120), «tiene por carácter hacer *saborear* las cosas de fe. Entonces, en efecto, parece que el alma las *gusta* y las *siente*, y las *toca* y las *experimenta*, en vez de entreverlas de lejos o de conocerlas como de oídas».—Conforme a lo cual Santo Tomás enseña (*In I Sent.* dist. 14, q. 2, a. 2 ad 3) que «ex dono... efficitur in nobis coniunctio ad Deum, secundum modum

Esta ciencia es esencialmente *esotérica*, como lo es la óptica para los ciegos: nadie puede comprenderla ni apreciarla bien sin estar *iniciado* con la propia experiencia. Pero así y todo, lo que los grandes místicos lograron traducir en lenguaje *exotérico* —aunque nos parezca a los profanos tan enigmático como lo es al ciego lo relativo a los colores—todavía vale más, o nos da mejor a conocer los inefables misterios de la vida espiritual, que cuanto puede enseñarnos una teología especulativa, que los mira como por de fuera y sólo a través de los enigmas de la razón [2]. «Las cosas de Dios nadie las conoce sino el Espíritu del mismo Dios» (1 Cor. 2, 11); «y aquel a quien el Hijo quisiere *revelarlas*» (Mt. 11, 27). Así esas misteriosas nociones que pueden lograrse sin experiencia propia, y constituyen la parte *exotérica* de la *Mística*, por incompletas que sean, ofrecen grandísimo interés para poder reconocer en lo posible los inefables misterios de la vida espiritual y ver esa maravillosa evolución de la gracia que termina en la gloria [3]. Además son indispensables a todo director espiritual, si quiere cumplir su deber guiando y no extraviando las almas. Quien, con verdadero espíritu de piedad, vaya teniendo algo de *sentido cristiano*, aunque por falta de experiencia no comprenda bien estas cosas, a buen seguro que no las tendrá por increíbles ni se espantará de ellas, como hacen los de poco espíritu, imitando a los incrédulos. *Animalis homo*

---

proprium illius personae, sc. por amorem, quando Spiritus Sanctus datur. Unde *cognitio* ista est quasi *experimentalis*». Así viene a ser como un preludio de la gloria. «Internus *gustus divinae sapientiae* est quasi quaedam praelibatio futurae beatitudinis» (*Opusc.* 60, c. 24).

[2] La *Teología Mística*, escribe el V. Fr. Bartolomé de los Mártires, O. P. (*Compendium mysticae doctrinae* c. 26), «consistit in excelsa contemplatione, in ardenti affectione, in raptibus, mentalibusque excessibus; quibus omnibus ad cognitionem Dei facilius venire possimus quam per humana studia. Versatur igitur haec arcana Theologia in *experimentalibus de Deo notitiis*, quae variis nominibus a sanctis nuncupantur, sicut reipsa variae sunt. Videlicet: *Contemplatio, extasis. raptus, liquefactio, transformatio, unio, exultatio, iubilus, ingressus in divinam caliginem, gustatio Dei, amplexus*, sive *osculum Sponsi*. Quae omnia ab his qui ea numquam experti sunt, dignosci nequeunt, sicut numquam efficere poteris ut caecus colorem concipiat... De his enim dixit Dominus (Mt. 11): *Abscondisti haec a sapientibus, et revelasti ea parvulis*».

[3] «Lo que los místicos dicen de nuestra transformación en Dios es aplicable a toda la vida sobrenatural. Pues la *vida mística* no es otra cosa sino la *vida de la gracia, hecha consciente, y conocida experimentalmente*, así como la vida del cielo es la misma de la gracia, desarrollada, perfecta, llegada al término de su lenta y obscura *evolución*» (BAINVEL, *Nature et surnaturel* [París 1903], p. 76).

non percipit ea quae sunt Spiritus Dei... Spiritualis autem iudicat omnia: et ipse a nemine iudicatur (1 Cor. 2, 14-15)[4].

Los simples ascetas—como niños todavía en la virtud—aunque a veces *sientan* o perciban de algún modo las manifestaciones sobrenaturales, no *advierten* aún claro lo que son, no tienen bastante conciencia de ellas para saber discernirlas de las naturales. Sus ordinarios principios de operación, con que se ejercita y manifiesta en ellos la vida espiritual, son las virtudes infusas; y éstas, con ser sobrenaturales, obran de un *modo connatural*, o sea *humano*. Los dones del Espíritu Santo—con que se obra *supra modum humanum*, ejercitando los misteriosos *sentidos espirituales*—aun no influyen sino raras veces o en un grado muy remiso; y por eso apenas es posible distinguir y reconocer lo sobrenatural más que en sus efectos, en esos que se llaman «milagros de la gracia». en los cambios que a veces casi repentinamente un alma experimenta cuando, de tibia que era, frágil, propensa al mal y dificultosa para el bien, sin saber cómo, se encuentra fervorosa, firme, llena de valor y de santos deseos.

Obrando así, *humanamente*, tienen que esforzarse en caminar como por su pie, en excitar las propias iniciativas para ejercer bien la virtud y superar las dificultades, guiándose por la obscura luz de la fe y según las normas de la prudencia cristiana, sin notar apenas los continuos influjos del divino Consolador, que ocultamente los mueve, sostiene y conforta. Mas cuando, consolidados en la virtud, venciéndose a sí mismos, van conformando más y más su voluntad con la de Dios, luego empiezan a *sentir* y *notar* ciertos deseos, impulsos o instintos del todo nuevos y verdaderamente *divinos*, que no provienen ni pueden provenir de ellos mismos—puesto que les llevan a algo desconocido, a un nuevo género de vida y de perfección muy superior—y que no les dejan reposar hasta ponerlos fielmente por obra y hasta encenderse con esto mismo en otros aun más altos y ardientes deseos. Y conforme van las almas siguiendo con docilidad estos impulsos del Espíritu, así van sintiendo cada vez más claramente sus toques, notando su amorosa presencia y reconociendo la vida y virtudes que les infunde. De ahí que poco a poco vengan a obrar principalmente por medio de los dones, que se manifiestan ya en alto grado y como algo *sobrehumano*; y de este modo vienen a tener verdadera *experiencia íntima* de lo sobrenatural en sí, y entran de lleno en el *estado místico*. En ese venturoso estado. la oración habitual suele producirla noto-

[4] Cf. S. Th., *in h. l.*

riamente el divino Consolador, que «pide por nosotros con gemidos inenarrables», y nos hace orar como conviene; influyen aquí ya frecuentemente y muy a las claras todos sus dones, y especialmente el de *sabiduría*—con que se *gusta* y *experimenta* lo divino—y el de *entendimiento*, con que se *penetra* en los profundos arcanos de Dios: aunque a veces predominen el de temor. o el de piedad, el de fortaleza, el de ciencia o el de discreción.

Por lo mismo que «el Espíritu inspira donde quiere, y deja oír su voz, sin que sepamos de dónde viene y adónde va» (Io. 3. 8), ciertas almas *privilegiadas* empiezan a sentir muy pronto sus delicados toques; pero lo común es no sentirlos claramente como *sobrenaturales* hasta hallarse ya muy adelantadas en la senda de la virtud y tan unidas con la voluntad divina, que ya no apaguen ni ahoguen la voz del Espíritu, ni resistan a sus impulsos, sino que le sigan con docilidad, dejándole obrar libremente en ellas.

Así, pues, esta misteriosa vida divina la vivimos primero *inconscientemente*, a manera de niños, sin darnos cuenta del nuevo *principio vital*, que es el mismo Espíritu Santo; el cual, *vivificando* nuestras almas y renovando nuestros corazones, nos hace ser verdaderamente *espirituales* y vivir como dignos hijos de Dios. Gran multitud de cristianos, y aun de religiosos—aunque comprometidos a caminar muy de veras a la perfección evangélica—nunca salen de esa fase de la *niñez espiritual*, que es la propia de *ascetas* y principiantes. Y ¡ojalá que muchos de ellos entraran ahí siquiera, «convirtiéndose y haciéndose como niños, para poder ser admitidos en el reino de los cielos!». A esos *niños* que aun no advierten que son hijos de Dios—y que, con vivir de El, obran según sus propias miras y sus caprichos, teniendo al Espíritu como aprisionado—hay que tratarlos «como a *carnales* y no como a varones *espirituales*» (1 Cor. 3, 1); pues aun se dejan mover más según las miras de la *prudencia humana* —que suelen participar mucho de la *prudentia carnis*—que no según las de la *cristiana* que, unida al don de consejo, constituye la *prudentia spiritus*.

Mas si, ejercitándose de veras en la virtud, van entrando en la madurez de «varones perfectos», luego empezarán a lucir en sus frentes la luz y discreción del Espíritu de Jesucristo, según la sentencia del Apóstol: *Surge qui dormis, et illuminabit te Christus* (Eph. 5, 14). Y sometiendo de veras la prudencia de la carne—que «es muerte»—a la del espíritu—que es «vida y paz»— comenzarán a vivir como «espirituales» = *pneumáticos*, que se mueven a impulsos del divino Consolador y *sienten* más o me-

nos sus influjos vivificantes. Y entonces, viéndose movidos del Espíritu de Cristo, reconocen ya que son hijos de Dios, pues ese mismo Espíritu de adopción que los anima, les da de ello claro testimonio cuando así los mueve a llamar PADRE al Dios Omnipotente (Rom. 8, 6-16). Esa moción confiada la produce muy desde luego el don de *piedad*: llamamos a Dios con ese amoroso nombre sin advertir que su mismo Espíritu de amor es quien a ello nos mueve.

Cuantos son así inconscientemente movidos del Espíritu, con ser por lo mismo verdaderos hijos de Dios, todavía no son más que simples *ascetas*; pues aun no tienen clara *experiencia íntima* de lo divino. Esa la dan los dones de *ciencia, consejo* y *entendimiento*, que nos hacen entrar en la edad de la *discreción espiritual* y tener conciencia de lo que somos; y muy particularmente el de *sabiduría* que, con ayuda de los diversos *sentidos espirituales*, nos permite reconocer los toques del Espíritu, y *sentir*, *gustar* y *ver* cuán suave es el Señor [5].—Entonces es cuando de lleno se entra en la *vida mística*, sin perjuicio de tener que volver a los ejercicios ordinarios de la *ascética*, siempre que cesa el soplo y la suave moción de ese Espíritu que inspira donde quiere y cuando quiere, sin que ordinariamente sepamos adónde va; por más que, así y todo, soplando suavemente nos lleva a vela llena hasta el puerto seguro. Cuando cesa este soplo hay que navegar a fuerza de remos, so pena de ser arrastrados por las olas. Pero, según se va entrando en alta mar, se van notando cada vez mejor las perennes y tranquilas corrientes del Océano del *agua viva* y van siendo más continuas las mociones e inspiraciones. Entonces «el ímpetu del río de la gracia alegra la ciudad de Dios», y el soplo del Espíritu Santo suele ya mostrar de dónde viene y hacia dónde nos lleva.

De ahí la portentosa elaboración de la gracia que se realiza en gran parte durante la noche del sentido, para someter éste a la recta razón ilustrada por la prudencia cristiana, y así practicar bien las virtudes sobrenaturales, uniéndose el alma a Dios con perfecta conformidad de quereres, dispuesta a secundar sus mociones, que van haciéndose cada vez más continuas; pero se realiza todavía mejor en la *noche del espíritu*, que somete la misma razón sobrenaturalizada a la suprema y única norma infalible de la dirección casi absoluta del divino Consolador. Entonces es cuando «a obscuras y segura—por la secreta escala disfrazada» experimenta esa misteriosa renovación o *metamorfosis*

[5] S. AG., *Conf.* 10, 27.

que la hace pasar de la simple *unión conformativa*, en que aun persistía más o menos la iniciativa propia y la propia dirección, a la *transformativa*, donde ya hace Dios *omnia in omnibus*, único director y regulador ordinario de nuestra vida. Allí está el alma como la crisálida encerrada en su capullo, inerte, aprisionada, a obscuras, para salir hecha otra, con órganos a propósito para una vida aérea, y no rastrera como la de antes, debiendo apacentarse ya siempre del néctar de las flores, y no de cosas groseras. Tal es la hermosa imagen de que se valió Santa Teresa [6] para expresar lo que entonces pasa en el alma, que sale del todo *renovada* y *transformada*, y como con nuevos *órganos espirituales*, para no vivir ya sino según el Espíritu. Así parece otra, con deseos, instintos, sentimientos y pensamientos que no tienen ya nada de terrenos ni aun de humanos, y que son en todo rigor *divinos*, pues el mismo Espíritu de Dios es quien los provoca y ordena. Y entonces el alma nota y comprende que no sólo *obra* con la virtud de Cristo, sino que el mismo Jesucristo, con quien está ya del todo configurada (habiendo *muerto* y *resucitado* con El, y recibiendo la perfecta impresión de su *Sello* viviente), es quien *obra* y *vive* en ella y por ella y con ella; y así con plena verdad dice: *Vivo, mas no yo, sino Cristo es quien vive en mí*, pues su vivir es el mismo Cristo, cuyo Espíritu le anima en todo, reinando en su corazón con señorío absoluto.

§ II.—La vivificación del Espíritu Santo y la deificación.—Valor infinito de la gracia; excelencia de la justificación; realidad de la adopción y filiación divinas; regeneración y crecimiento espiritual; progreso incomparable; dignidad del cristiano.

Por lo dicho se comprenderá ya la suma importancia de esta evolución misteriosa que, de virtud en virtud, nos lleva hasta la mística unión con Dios y hasta la transformación deificante. Jesucristo dijo que venía a poner fuego a la tierra, y no quería sino verla incendiada. Y este fuego es el del Espíritu Santo, que ha de animarnos, inflamarnos, purificarnos y perfeccionarnos, transformándonos hasta el punto de *deificarnos*.

Esta *deificación*, o *theopoiesis* (θεοποίησις) tan celebrada de los Padres—aunque hoy, desgraciadamente, muy echada en olvido—es el punto capital de la vida cristiana, que debe ser toda ella un continuo progreso, y tan portentoso, que tenga por término una perfección verdaderamente divina; puesto que debe-

[6] *Moradas* 5, 2; 7, 3.

mos llegar a asemejarnos a Dios como un hijo a su padre: «Sed perfectos como vuestro Padre celestial» (Mt. 5, 48). Esto se dice a los hijos del reino, que, por lo mismo, lo son ya de Dios; porque «sin renacer para El del agua y del Espíritu Santo nadie puede entrar en su Reino». Pero el mismo Verbo encarnado, «a cuantos le recibieron y creyeron en su nombre, les dió el poder de hacerse hijos de Dios, renaciendo de El», por la gracia santificante (Io. 1, 12-13; 3, 5).

Esta gracia, en efecto, no es, como algunos se figuran, una simple perfección accidental que, a semejanza de las virtudes infusas, se reciba en nuestras potencias en orden a la operación; se recibe en la misma substancia del alma, y es por tanto una perfección substancial, o mejor dicho, *sobresubstancial*, una segunda naturaleza que nos hace ser una *nova creatura*, y así nos transforma y nos *diviniza*; pues nos da una manera de *vida* verdaderamente *divina*, de donde dimanan ciertas facultades y energías también divinas, con que realmente participamos de la vida, virtud y méritos de Jesucristo; y así podemos practicar sus mismas obras, proseguir su divina misión, completar en cierto modo la obra de la Redención y la edificación de la Iglesia y hacernos, por tanto, como verdaderos hermanos y miembros suyos, sus legítimos coherederos, merecedores de su gloria y vida eterna [7]. Esta—que, como San Juan enseña (1 Ep. 3, 2), consiste en «*ser* semejantes a Dios y verle tal como es»—no viene a ser otra cosa más que la simple expansión o desarrollo de la misma vida de la gracia, no difiriendo de ella sino sólo como difiere el adulto del embrión, pues «la gracia, dice Santo Tomás [8], es el germen que, desarrollado, se convierte en vida eter-

[7] Cf. S. Th., *De verit.* q. 27, aa. 5 y 6; *De virt. in comm.* q. un., a. 10; 1-2, q. 110, a. 4.

[8] «Gratia, escribe (2-2, q. 24, a. 3), nihil est aliud quam quaedam inchoatio gloriae in nobis». Y en otro lugar (1-2, q. 114, a. 3 ad 3) añade: «Gratia... etsi non sit aequalis gloriae in actu, est tamen aequalis in virtute, sicut semen arboris, in quo est virtus ad totam arborem».—Por tanto, con la vida de la gracia «somos ya hijos de Dios, participamos de la vida divina, tenemos al Espíritu Santo en nuestro corazón. San Juan nos habla de la vida eterna que mora en nosotros (1 Ep. 3, 14). La gloria no es más que la gracia hecha exterior y sensible y manifestada por de fuera».—Por eso dice San Pablo (Rom. 8, 18): «Los sufrimientos presentes no son comparables con la gloria futura que *se manifestará en nosotros*».—Así, «cuanto más intenso es el sentimiento de lo sobrenatural y más desarrollada está esa vida divina, tanto más tiene ya el alma de la vida de ultratumba y habita de antemano en el cielo.—Esa vida nos hace pasar casi sin sacudidas de esta existencia a la futura. *Nostra enim conversatio in caelis est* (Phil. 3, 20).—Broglie, *Le Surnaturel* (París 07) 1, p. 38-40.

na. Es la misma vida eterna incoada, y por eso ya merece llevar su nombre: *Gratia Dei, vita aeterna* (Rom. 6, 23).

En la gracia se resumen y son *uno* los tres que dan testimonio sobre la tierra (1 Io. 5, 8): el *Espíritu* que nos vivifica y nos mueve y dirige hacia la Patria; la *sangre* que nos redimió y nos mereció tener vida; y el *agua* que nos regenera en Jesucristo, sepultándonos con El para con El resucitar a una vida nueva. Por eso sin El no podemos absolutamente nada en cuanto se refiere a la vida sobrenatural, y con El todo lo podemos. El mismo, por la comunicación de su Espíritu vivificante, es nuestra verdadera *vida*, que nos da el *ser* de hijos de Dios y el *poder* de conducirnos como tales: «Pues los que son movidos del Espíritu de Dios, ésos son los hijos de Dios». Este divino «Espíritu de adopción que hemos recibido y que en nosotros mora —que según Dios pide por los santos, ayudando nuestra flaqueza y enseñándonos a orar como conviene, ya que nosotros no lo sabemos, y que está pidiendo por nosotros con gemidos inexplicables—es quien nos hace exclamar: *Abba* (Padre). Porque el mismo Espíritu atestigua a nuestra conciencia que somos hijos de Dios. Y, si hijos, también herederos: herederos ciertamente de Dios, y coherederos de Cristo [9]; pero si padecemos con El, para ser también con El glorificados». Así, «no estamos en la carne, sino en el espíritu; si es que el Espíritu de Dios habita en nosotros. Mas quien no tiene el Espíritu de Cristo, ese tal no es de El» (Rom. 8, 9-27). Pues, sin la comunicación del Espíritu vivificante. está muerto a la vida sobrenatural, y no puede tener parte con Cristo.

De aquí el que la pérdida de la gracia sea la mayor calamidad que puede suceder a un hombre, y su adquisición la mayor ventura. Con ella nos vienen todos los bienes, pues viene el mismo Autor de todos ellos; sin ella todo está perdido, ya que de la excelsa e incomparable dignidad de hijos de Dios, se desciende a la vil y abominable condición de hijos de muerte, de perdición y de ira [10]. Por eso enseñan los santos que la justificación—por

[9] «Effudit Filius Spiritum suum in nos..., in ipso clamamus: *Abba, Pater*. Quare pueros Dei et Patris nos vocat, utpote *regenerationem per Spiritum* habentes, ut et *fratres* eius qui natura vere est Filius nuncupemur. Dixit enim voce Psalmistae: *Anunciabo nomen tuum fratribus meis*» (S. CIRIL. ALEJ., *In Is*. l. 1, 5).

[10] «Suele Dios mostrarme muchas veces, decía la V. M. Francisca del Santísimo Sacramento (*Vida*, por LANUZA, l. c., 1), cuál está un alma en pecado mortal. Es una cosa terrible la fealdad y horribilidad que tiene: no hay monstruo en el mundo a qué compararla. También suele mostrarme lo que es estar un alma en gracia: esto es cosa muy

la cual, recibiendo el divino ser de la gracia, queda el alma *creada en Jesucristo*—es una obra mayor que la misma creación del cielo y de la tierra [11].

«Cuando el alma está privada de la gracia santificante, dice Bellamy [12], se encuentra en un estado análogo al de la primitiva materia: puede decirse de ella en verdad que es un abismo donde no hay más que tinieblas y confusión. Muerta a la vida sobrenatural, necesita que el Espíritu de Dios venga a depositar en su seno los gérmenes de resurrección y fecundarlos con su acción omnipotente. Sólo entonces podrá el alma encontrar el orden, la hermosura y la vida, frutos de la organización divina. Mas la gracia nos constituye hijos de Dios, y esta filiación divina no es otra cosa que una reproducción, al menos lejana, de la filiación eterna del Verbo. Es, pues, consiguiente que nuestra vida sobrenatural sea imagen y representación de Aquel que es *esplendor del Padre y figura de su substancia». En El habita la plenitud de la Divinidad, y de su plenitud todos recibimos.*

Así esta filiación divina no es impropia, metafórica o simplemente *moral*, como si fuera debida a una pura *adopción* análoga a las humanas; es muy *verdadera* y *real* en un sentido inexplicable, pero más propio y más elevado de lo que se piensa, puesto que se asemeja—aun más fielmente que la filiación natural con que un hombre procede de otro—a la eterna con que el Verbo nace del Padre, *ex quo omnis paternitas in caelo et in terra nominatur*. En la adopción moral, el hijo no renace del padre adoptivo, ni, por tanto, participa de su ser, de su vida o de su espíritu, ni es interiormente movido de él; mas el «Espíritu de adopción que hemos recibido» nos da no sólo el honroso *título*, la inconcebible *dignidad* y los inestimables *derechos*, sino también la misteriosa e inefable *realidad de hijos de Dios*, como *renacidos* de El a imagen de su Verbo eterno, por obra de su mismo Espíritu de amor [13]. Pues tal caridad nos mostró el Padre, y tal poder y misericordia ejercitó con nosotros, que no se contentó con levantarnos de nuestra pobre y servil condi-

---

deleitable; y su hermosura y belleza, ni con el sol ni con cuanto hay criado tiene comparación».

[11] «Maius opus est iustificatio impii, quae terminatur ab *bonum aeternum divinae participationis*, quam creatio caeli et terrae, quae terminatur ad bonum naturae mutabilis» (S. Th., 1-2, q. 113, a. 9).

[12] *La vie surnaturelle*, 2.ª ed. (1895), p. 72.

[13] «Filiatio adoptiva, dice Santo Tomás (3.ª p., q. 23, a. 2 ad 3), est quaedam *similitudo filiationis aeternae*... Adoptio appropiatur Patri ut auctori, Filio ut exemplari, Spiritui Sancto ut *imprimenti in nobis huius exemplaris similitudinem*».

ción a la de hijos adoptivos, sino que, al adoptarnos, supo y quiso hacer que fuésemos sus hijos *verdaderos*, renaciendo realmente de El (Io. 1, 13) por la gracia y comunicación de su Espíritu, y quedando así *incorporados* con su Unigénito, del cual todo redunda a nosotros, como de la cabeza a los miembros. Somos, pues, verdaderamente *hijos de Dios—participantes de su divina naturaleza*, y *animados de su mismo Espíritu*—si es que el Espíritu de Dios habita en nosotros. Por tanto, al comunicarnos este su Espíritu de adopción, e incorporarnos con su Verbo, *tal caridad nos mostró el Padre, que hizo que nos llamemos hijos suyos, y que realmente lo seamos* (1 Io. 3, 1). Porque, como observa San Agustín [14], *renacemos del mismo Espíritu de que nació Jesucristo* [15].

Por Jesucristo, en quien está la plenitud de la Divinidad, dice muy bien a este propósito Lesio [16], «a todos los que se le adhieren, como los sarmientos a la vid, los adopta Dios y los *hace* hijos suyos. Pues tan pronto como uno se adhiere a Cristo y es en El injertado por el bautismo, queda como animado y vivificado por el Espíritu de Cristo, que es su Divinidad, y por tanto se hace hijo de Dios. Puesto que vive con el mismo espíritu con que vive Dios y con que vive Cristo, Hijo natural de Dios, aunque se le comunique de diverso modo. Somos, pues, hijos de Dios, *proprie et formaliter*, no tanto por algún don creado, cuanto por la inhabitación y posesión del divino Espíritu que vivifica y rige a nuestras almas» [17]. Así es como, según añade Bacuez [18], «este título de hijos de Dios, no es un nombre vano, ni una simple hipérbole... Indica una dignidad real, sobrenatural, *esencial* a todos los justos, la cual es fruto de la redención y prenda de la salvación. Al recibirla con la gracia santificante, por adopción venimos a ser en cierto modo para con Dios lo que su Hijo es por esencia. Sin identificarnos o confundirnos con El, sin suprimir nuestra naturaleza, Dios nos asocia a la suya, nos hace participar de su Espíritu, de sus luces por la fe, de su amor por la caridad, de sus operaciones por la virtud de su gra-

---

[14] «Ea Gratia fit quicumque christianus, qua Gratia factus est Christus. De ipso Spiritu est hic renatus, de quo est ille natus» (S. AG., *De Praedest.* 31).

[15] «Nec alio modo possunt filii fieri cum ex natura sua sint creati, nisi Spiritum eius, qui est naturalis et verus Filius, acceperint» (S. ATAN., *Orat.* 2 *contra Arian.*).

[16] *De perfect. divin.* 12, 74, 75.

[17] «Ipso dono gratiae gratum facientis, observa Santo Tomás (1.ª p., q. 43, a. 3), Spiritus Sanctus *habetur*, et inhabitat hominem».

[18] *Manuel Biblique* t. 4, 8.ª ed., p. 216, n. 587.

cia; poniendo en nuestra alma un nuevo principio de actividad, el *germen* de una *vida superior*, sobrenatural, *divina*, destinada a *crecer* y *desarrollarse* en el tiempo para ostentarse plenamente en la eternidad, donde participemos de su gloria y su reino».

Por aquí se verá cuán maravillosa es esta *mística evolución* que ha de realizarse en nosotros a consecuencia de nuestra regeneración y del impulso de la nueva vida que Dios nos infunde. y que nos hace *crecer* espiritualmente *en gracia y en conocimiento* y en toda perfección, hasta asemejarnos por completo al mismo Unigénito del Padre, que para ser nuestra *vida*, nuestra *luz* y nuestro *modelo* «apareció entre nosotros lleno de gracia y de verdad». A la vista de este progreso que así tiende a engolfarnos en el piélago infinito de la Divinidad y enriquecernos con los tesoros de las perfecciones divinas, todos los progresos humanos, por relumbrantes que sean, son oropel y sombra. El buen cristiano, por más que le tachen de «oscurantista y retrógrado»—porque justamente menosprecia los falsos progresos que, sacrificando lo moral por lo material y lo divino por lo humano, pervierten y degradan—de tal manera ama el progreso legítimo, que no se sacia con todas las perfecciones posibles, si son limitadas; pues con todo el ardor de su alma debe tender a una perfección infinita y divina, a ser *perfecto como su Padre celestial* [19].

El cristiano es, pues, una nueva y celestial raza de hombres, una estirpe divina, un *divinum genus*, un hombre *divinizado*, hijo de Dios Padre, incorporado con el Verbo hecho hombre, animado del mismo Espíritu Santo, y cuya vida y conversación debe ser toda celestial y divina [20]. «Si Dios se humilló hasta hacerse hombre, advierte San Agustín [21], fué para engrandecer a los hombres hasta hacerlos dioses». Y los hace «deificándolos con su gracia; pues, al justificarlos, los *deifica*, haciéndolos hijos de Dios y por lo mismo *dioses*» [22].

«¡Reconoce, pues, oh cristiano, tu dignidad!, exclama San León [23], y, hecho participante de la naturaleza divina, no quieras

[19] «¿Es posible, pregunta Fonsegrive (*Le catholicisme et la relig. de l'esprit*, p. 19), proponer al hombre una vida más elevada, más estable, más activa que la del mismo Dios?—No hay peligro de que el ideal católico nos atrofie...»

[20] «Qui ergo se tanti Patris filium esse credit et confitetur, respondeat vita generi, moribus Patri, et mente atque actu asserat quod caelestem consecutus est per naturam» (S. PEDR. CRISÓL., *Serm.* 72).

[21] *Serm.* 166.

[22] «Homines Deus dicit *deos*, ex gratia sua deificatos... Qui enim iustificat, ipse deificat; quia iustificando filios Dei facit... Si filii Dei facti sumus, *et dii facti sumus*» (S. AG., *In Ps.* 49, 2).

[23] *Serm.* 1 *de Nativ.*

degradarte con una conversación indigna y volver a la antigua vileza. ¡Recuerda quién es tu cabeza y de qué cuerpo eres miembro!»

§ III.—Sublimes ideas de los antiguos Padres acerca de la deificación. La impresión de la imagen divina; el sello, la unción y las arras del Espíritu; el fuego divino que transforma, el Huésped que santifica y deifica: amistad, sociedad y parentesco con Dios. Anonadamiento del Verbo y engrandecimiento del hombre.—Resumen: Dios, vida real del alma.—La unión con el Paráclito y la filiación verdadera.—Funesto olvido y feliz renacimiento de esta doctrina.

Tan corrientes eran estas ideas acerca de la *deificación,* que ni los mismos herejes de los primeros siglos se atrevían a negarlas; y así los Santos Padres sacaron de ellas un admirable partido para probar, contra los arrianos y macedonianos, la divinidad del Hijo y del Espíritu Santo. Las Escrituras, decían, nos los presentan como vivificando, santificando y *divinizando* por sí mismos a las almas en que habitan y a quienes se comunican, imprimiéndoles la divina imagen, y haciéndolas participantes de la misma naturaleza divina; y sólo Dios, que es Vida, Santidad y Deidad por naturaleza, puede por Sí mismo, por su propia comunicación, vivificar, santificar y deificar.

Para habitar en el alma, vivificarla y reformarla, es preciso penetrarla substancialmente; lo cual es propio y exclusivo de Dios [24]. Ninguna creatura, observa Dídimo, puede penetrar en

[24] «Nulla enim creatura, enseña Santo Tomás (*Contra Gent.* l. 4, c. 17), spirituali creaturae infunditur, cum creatura non sit participabilis, sed magis participans; Spiritus autem Sanctus infunditur sanctorum mentibus, quasi ab eis participatus». Por eso, como añade (*Ib.* e. 18), «cum diabolus creatura sit, non implet aliquem participatione sui, neque, potest mentem inhabitare sua participatione, vel per suam substantiam, sed dicitur aliquos implere per effectum suae malitiae... Spiritus autem Sanctus, cum Deus sit, per *suam substantiam mentem inhabitat,* et *sui participatione* bonos facit, ipse est enim sua bonitas, cum sit Deus; quod de nulla creatura verum esse potest. Nec tamen per hoc removetur quin per effectum suae virtutis sanctorum impleat mentes». Pero no se contenta con comunicarnos sus dones, sino que con ellos viene El mismo en persona. El santo doctor, tan moderado siempre en sus apreciaciones, tiene por manifiesto error decir lo contrario: «*Error* dicentium Spiritum Sanctum non dari, sed eius dona»; añadiendo en seguida (1.ª p., q. 43, a. 3): «In ipso dono gratiae gratum facientis Spiritus Sanctus *habetur,* et *inhabitat hominem*».—Lo que explica por estas significativas palabras: «Illud solum *habere* dicimur, quo libere possumus uti, vel frui... Per donum gratiae perficitur creatura rationalis ad hoc quod libere non solum ipso dono creato utatur, sed ut *ipsa divina persona fruatur*».—«*Solus Deus*—añade en otro lugar (3.ª

la misma esencia del alma: las ciencias y virtudes que la adornan no son substancias, sino accidentes que perfeccionan sus potencias. Mas el Espíritu Santo habita substancialmente en ella, con el Padre y con el Hijo [25].

El Espíritu Santo, advierte San Cirilo, es quien nos imprime la imagen divina; y si no fuera más que un puro dispensador de la gracia, entonces resultaríamos hechos a imagen de la misma gracia, y no a imagen de Dios [26]. Pero no: El mismo es el sello que imprime en nosotros esa divina imagen, y así nos reforma, haciéndonos participar de la misma naturaleza divina [27]. Este divino sello o carácter que se nos imprime, dice San Basilio, es *viviente*: nos moldea por fuera y por dentro, penetrando hasta lo más íntimo del corazón y del alma; y así es como nos reforma y hasta nos hace *vivas imágenes* de Dios [28]. Y así nos *unge*, a la vez que nos *sella*, y constituye en nosotros una *prenda viva* de la herencia celestial, conforme decía el Apóstol [29].

---

p., q. 64, a. 1) hablando de la virtud de los sacramentos—operatur interiorem effectum sacramenti, quia *solus Deus illabitur animae*, in qua sacramenti effectus existit».

[25] «Disciplinas quippe, virtutes dico et artes..., in animabus habitare possibile est; non tamen ut substantivas, sed ut accidentes. Creatam vero naturam in sensu habitare impossibile est... Cum ergo Spiritus Sanctus, similiter ut Pater et Filius, mentem et interiorem hominem inhabitare doceatur..., impium est eum dicere creaturam» (DIDYMUS, *De Spiritu Sancto* n. 25).

[26] «A. Quod divinam nobis imprimit imaginem et signaculi instar supramundanam pulchritudinem inserit, nonne Spiritus est?—B. At. non tanquam Deus, sed tanquam divinae gratiae subministrator. A. Non ipse itaque in nobis, sed per ipsum gratia imprimitur?... Oportet igitur imaginem gratiae, non imaginem Dei vocari hominem» (S. CIRIL. ALEJ., *De Trin.* diál. 7).

[27] «Signati estis Spiritu promissionis Sancto, qui est pignus (*arras*) haereditatis nostrae» (Eph. 1, 13-14). — «Si Spiritu Sancto signati ad Deum reformamur, quomodo erit creatum id per quod divinae essentiae imago et increatae naturae signa nobis imprimuntur? Neque enim Spiritus Sanctus, pictoris instar, in nobis divinam essentiam depingit...; sed quod ipse sit Deus... in cordibus eorum qui ipsum suscipiunt velut in cera invisibiliter instar sigilli imprimitur, et naturam suam per communicationem et similitudinem sui ad archetypi pulchritudinem depingit, Deique imaginem homini restituit» (S. CIRIL., *Thesaurus*, ass. 34).

[28] «Quomodo ad Dei similitudinem ascendat creatura, nisi divini characteris sit particeps? Divinus porro character non talis est, cuiusmodi est humanus, sed *vivens* et vere existens imago, imaginis effectrix, qua omnia quae participant, imagines Dei constituuntur» (S. BAS., l. 5, *Contra Eunom.*).

[29] «*Unxit* nos Deus, qui et *signavit* nos, et *dedit pignus* Spiritus in *cordibus nostris*» (2 Cor. 1, 21-22).

Es como un bálsamo divino que, con su *unción*, nos compenetra y transforma (*spiritualis unctio*), y nos hace exhalar el buen olor de Cristo, cuando con el mismo Apóstol podemos decir: *Christi bonus odor sumus* (2 Cor. 2, 15); y así lo que recibimos es su misma divina substancia, y no el simple olor del bálsamo [30].

Es un fuego que nos compenetra hasta lo más íntimo, y, sin destruir nuestra naturaleza, la hace ígnea y le da todas las propiedades del fuego [31]. Es una luz que, ilustrando las almas, las vuelve luminosas y resplandecientes, radiantes de gracia y caridad, como verdaderos soles divinos; pues las hace semejantes al mismo Dios, y, lo que más es, las hace *dioses* [32]. Es un dulcísimo huésped—*dulcis hospes animae*—que viene para conversar familiarmente con nosotros y alegrarnos con su presencia, y consolarnos en nuestros trabajos, alentarnos en las dificultades, aconsejarnos e inclinarnos al bien y enriquecernos con sus preciosos dones y frutos. Habitando en nosotros nos hace santos y vivos templos de Dios; y, tratándonos familiarmente, nos hace amigos suyos y, por tanto, sus iguales en cierto modo [33] y dignos del nombre de dioses [34]. Y si por morar en nosotros el Es-

[30] «Si aromatum fragantia propriam vim in vestes exprimit, et ad se quodammodo transformat ea in quibus inest; quomodo non possit Spiritus Sanctus, quandoquidem ex Deo naturaliter existit, divinae naturae participes illos facere per se ipsum in quibus insit? (S. CIRIL. ALEJ., l. 11 *In Ioan.* c. 2).—«Affluit fidelibus suis, non iam per gratiam visitationis et operationis, sed per praesentiam maiestatis, atque in vasa *non iam odor balsami, sed ipsa substantia* sacri defluxit unguenti» (S. AG., *Sermo* 185 *de Temp.*).

[31] «Si ignis per ferri crassitudinem interius penetrans, totum illud ignem efficit..., quid miraris si Spiritus Sanctus in intimos animae recessus ingrediatur?» (S. CIRIL. JEROS., *Cathec.* 17).—«Sicut ferrum quod in medio igne iacet, ferri naturam non amisit, vehementi tamen cum igne coniunctione ignitum, quum universam ignis naturam acceperit, et colore, et calore, et actione ad ignem transit; sic sanctae virtutes ex communione quam cum illo habent, qui natura sanctus est, per *totam suam substantiam* acceptam et quasi innatam sanctificationem habent. Diversitas vero ipsis a Spiritu Sancto haec est, quod Spiritus natura sanctitas est, illi vero participatione inest sanctificatio» (S. BASILIO, *op. cit.* l. 3).

[32] «Spiritus cum anima coniunctio non fit appropinquando secundum locum. Eis qui ab omni sorde purgati sunt illuscescens per communionem cum ipso *spirituales* reddit; et quemadmodum corpora nitida, ac perlucida, incidente eis radio, fiunt et ipsa splendida, et alium fulgorem ex sese profundunt; ita animae quae Spiritum in se habent illustranturque a Spiritu, *fiunt et ipsae spirituales, et in alios gratiam emittunt*... Hinc cum Deo similitudo, et, quo nihil sublimius expeti potest, *ut deus fias*» (S. BASILIO, *De Spiritu Sancto*, c. 9, n. 23).

[33] «Amicitia, aut pares invenit, aut facit» (SÉNECA).

[34] «Eam ob rem *dii* nuncupamur, non gratia solum ad supernaturalem

píritu Santo—advierten San Epifanio y San Cirilo—somos templos de Dios y el mismo Dios habita en nosotros, ¿cómo puede El menos de ser Dios? [35]

«Preciso es que sea Dios, dice San Gregorio Nacianceno [36], para que pueda *deificarnos*».

«No se concibe, en efecto, observa San Cirilo [37], que ninguna criatura *deifique;* esto es propio del mismo Dios que, comunicando su Espíritu a las almas de los justos, los hace conformes al Hijo natural, y, por tanto, dignos de llamarse *hijos* y aun *dioses*... Pues el Espíritu es quien nos une con Dios, y al comunicársenos nos hace participantes de la naturaleza divina... Si no tenemos al Espíritu Santo, de ningún modo podemos ser hijos de Dios. ¿Cómo podríamos, pues, serlo y participar del consorcio divino si no estuviera Dios en nosotros y nosotros no quedáramos unidos a El por el mero hecho de recibir su Espíritu?»—Para deificarnos, en efecto, no basta la conformidad de voluntades; se requiere la de naturaleza; y la tendremos si nos revestimos del Hijo, cuya viva imagen nos imprime el Espíritu Santo [38].

---

gloriam evecti, sed quod Deum iam in nobis habitantem atque diversantem habeamus... Alioqui quomodo templa Dei sumus, iuxta Paulum, inhabitantem in nobis Spiritum habentes, nisi Spiritus sit natura Deus?» (S. CIRIL., *In Ev. Ioan.* 1, 9).

[35] «Si templum Dei ob illam Sancti Spiritus habitationem, vocemur, quid Spiritum repudiare audeat, et a Dei substantia reiicere, cum diserte hoc Apostolus asserat, templum nos esse Dei, propter Spiritum Sanctum, qui in dignis habitat?» (S. EPIFAN., *Haeres.* 74, n. 13).

«Sola inhabitatio Dei, templum Dei facit» (S. TH., *In.* 1 *Cor.* 3, 16, lec. 3).

[36] *Orat.* 34: «Si non est Deus Spiritus Sanctus, prius Deus efficiatur; atque ita demum me deificet».—Pero no basta estar deificados para poder deificar: sólo quien es Dios por naturaleza puede comunicar una participación de la Divinidad. «Necesse est, dice Santo Tomás (1-2, q. 112, a. 1), quod solus Deus *deificet*, communicando *consortium divinae naturae*».

[37] *De Trin.*, dial 7: «Nunquam concipietur creatura deifica; verum id soli Deo tribuendum est qui sanctorum animabus immittit suae proprietatis illam per Spiritum participationem, per quam conformes facti naturali Filio, *dii* secundum ipsum et *filii* vocati sumus Dei... *Spiritus enim est qui nos coniungit*, atque, ut ita dicam, *unit cum Deo, quo suscepto, participes et consortes naturae divinae reddimur*... Si nos forsan expertes Spiritus essemus, filii Dei omnino non essemus. Quomodo igitur assumpti sumus, aut quomodo naturae divinae consortes redditi sumus, si neque Deus in nobis est, neque nos illi adhaeremus per hoc quod vocati sumus ad participationem Spiritus? Atqui participes et consortes cuncta exsuperantis substantiae, et templa Dei nuncupatur».

[38] *Ib.* dial. 5: «Neque enim nos eadem solum cum Patre voluntas ad imaginem et similitudinem eius naturalem efformarit, sed hoc praestite-

Revistiéndonos de Jesucristo, y hechos a imagen suya, venimos a formar verdadera sociedad con El (1 Cor. 1, 9): somos sus amigos, sabedores de sus divinos secretos (Io. 15, 15), sus hermanos (Io. 20, 17) y, lo que más es, miembros suyos: ¡tan estrecha es la unión de esta divina sociedad! De este modo es como nos da potestad de hacernos hijos de Dios (Io. 1, 12) y dioses por participación. Mas quien por sí mismo puede darnos tan excelsa potestad tiene que ser el mismo Dios en persona, que, rebajándose hasta nosotros, nos asocia a su divina vida, y así nos eleva de nuestra condición servil de puras creaturas a la incomparable dignidad de dioses, y nos permite llamar a boca llena al Eterno y Omnipotente, ante quien se estremecen los cielos, no ya con el terrible nombre de *Señor*, sino con el dulcísimo de *Padre* [39].

Lo que las más excelsas criaturas no hubieran jamás podido soñar, exclama San Pedro Crisólogo, lo que llenaría de asombro y de espanto a las más encumbradas virtudes celestes, lo decimos confiados todos los días: *¡Padre nuestro, que estás en los cielos!* Así se establece entre el Creador y la creatura un maravilloso comercio, haciéndose El igual a nosotros, para que nosotros subamos a ser en cierto modo iguales a El [40]. ¡Quién hubiera podido jamás sospechar tal dignación y tal exceso de amor, que Dios se hiciera hombre para que el hombre se hiciese Dios, y el Señor se convirtiera en siervo, para que el siervo fuera hijo, estableciéndose así entre la Divinidad y la humanidad

---

rit etiam sola naturae similitudo et ex ipsa substantia prodiens per omnia conformitas... Quod inhabitantem Filium habemus, et characterem divinum in nobis suscepimus, eoque ditati sumus; per ipsum enim conformati sumus ad Deum. Species autem illa omnium suprema, nimirum Filius, *per Spiritum nostris animabus imprimitur*».

[39] «Creatura serva est, Creator dominus; sed creatura quoque Domino suo coniuncta a propria conditione liberatur et in meliorem traducitur... Si ergo nos per gratiam dii et filii sumus, erit Verbum Dei, cuius gratia dii et filii Dei facti sumus, reipsa vere Filius Dei. Non enim potuisset, si per gratiam quoque Deus esset, ad similem gratiam nos exaltare. Non enim potest creatura quod a se non habet, sed a Deo, aliis propria potestate donare» (S. CIR., *In Ioan.* l. 12, c. 15).

[40] «O admirabile commercium! Creator generis humani, animatum corpus sumens... *largitus* est *nobis* suam *Deitatem*» (*Offic. Purif. B. V.*) «Ut Dominus induto corpore factus est homo, ita et nos homines ex Verbo Dei deificamur» (S. ATAN., *Serm.* 4 *contra Arianos*).—«Descendit ergo ille ut nos ascenderemus, et manens in natura sua factus est particeps naturae nostrae, ut nos manentes in natura nostra efficeremur participes naturae ipsius. Non tamen sic; nan illum naturae nostrae participatio non fecit deteriorem; nos autem fecit naturae illius participatio meliores» (S. AG., *Epist.* 140, *ad Honorat.* c. 4).

un inefable y sempiterno *parentesco!* Por cierto que no sabe uno qué admirar más, si el que Dios se rebajara hasta nuestra servidumbre, o el que se dignara elevarnos a su dignidad [41].

Más difícil parece aún, observa San Juan Crisóstomo, que Dios se hiciese hombre, que no que el hombre llegue a ser hijo de Dios; pero no se abajó El tanto, sino para engrandecernos. Nació según la carne, para que nosotros naciésemos en el Espíritu; nació de mujer para hacernos hijos de Dios [42]. Quiere, pues, que nos conduzcamos como tales, dice San Agustín, que dejemos de ser hombres, ya que desea hacernos dioses [43].

Estas admirables e inconcebibles relaciones que Dios se dignó establecer y estrechar con nosotros, no son, pues, puramente *morales*, sino muy *reales* u *ontológicas*, en un sentido más alto y más verdadero de lo que se piensa, y aun de lo que se puede decir y pensar. Los santos lo *sienten* en cierto modo; pero no hallan fórmulas capaces de traducir pensamientos tan altos: las más atrevidas les parecen aún puras sombras de tan excelsa realidad; y sin embargo no cesan de hablarnos de la «participación de la misma naturaleza divina», de la «transformación en Dios» y de la «¡deificación!» [44]

[41] «Stupent Angeli, pavescunt Virtutes, supernum caelum non capit... *Pater noster, qui est in caelis!* Hoc est quod pavebant dicere...; hoc est quod neque caelestium neque terrestrium quemque sinebat servitutis propriae conditio suspicari: caeli et terrae, carnis et Dei tantum repente posse provenire commercium, ut Deus in hominem, homo in Deum, Dominus in servum, servus verteretur in filium, fieretque Divinitatis, et humanitatis ineffabili modo una et sempiterna cognatio. Et quidem deitatis erga nos dignatio tanta est ut scire nequeat quid potissimum mirari debeat creatura: utrum quod se Deus ad nostram deposuit servitutem, an quod nos ad divinitatis suae rapuit dignitatem» (S. PEDRO CRISÓL., *Serm.* 72).

[42] «Quantum ad cogitationes hominum pertinet, multo est difficilius Deum hominem fieri, quam hominem Dei filium consecrari. Cum ergo audieris quod Filius Dei filius sit et David et Abrahae, dubitare iam desine quod et tu qui filius est Adae, futurus sis filius Dei. Non enim frustra nec vane ad tantam humilitatem ipse descendit, sed ut nos ex humili sublimaret. Natus est enim secundum carnem, ut tu nasceres spiritu; natus est ex muliere, ut desineres esse filius mulieris... ut te faceret filium Dei» (S. CRISÓST., *In Math.* hom. 2).

[43] «Hoc iubet Deus ut non simus homines... Ad hoc vocatus es ab illo qui propter te factus est homo: *Deus enim deum te vult facere*» (S. AG., *Serm.* 166).—«Factus est Deus homo, ut homo fierit Deus» (*Serm.* 13 *de temp.*).

[44] San Cirilo (*De Trin.* diál. 4) declara enérgicamente que una simple unión moral resultaría ilusoria, y que realmente, participando por el Espíritu Santo la naturaleza divina, estamos en el Hijo *como El está en el Padre*: «Agnoscamus autem quomodo sit Filius in Patre, naturaliter nimirum, non autem iuxta fictam illam ab adversariis ex eo

. Animados realmente del Espíritu de Jesús, que en nosotros mora como en su templo vivo, viviendo por Jesús como El vive por el Padre (Io. 6, 58), y hechos así participantes de la misma naturaleza divina, somos realmente hijos de Dios y hermanos y coherederos de Jesucristo. El mismo Espíritu de adopción que hemos recibido, a la vez que nos anima con la vida de la gracia, nos purifica, nos reforma y perfecciona, produciendo en nosotros y con nosotros la obra de nuestra santificación: así, haciéndonos vivir una vida divina, nos deifica, siendo El mismo «vida de nuestra alma, como el alma es vida del cuerpo», según las enérgicas frases de San Basilio y de San Agustín, por no decir de todos los Padres [45].

---

quod diligit ac diligitur relationem. *Similiter* et nos *eodem modo* in ipso et ipse in nobis... Divinae naturae participes habitudine ad Filium per Spiritum *non sola opinione, sed veritate sumus*... Numquid mysterium illud quod sit in nobis fraus erit et spes inanis, nudamque, ut videtur, vocabulo tenus opinionem habens et impostura profecto atque apparentia?»—«Templa autem Dei, pregunta después (diál. 7), adeoque dii quamobrem vocamur et sumus? Interroga adversarios, utrum simus reipsa nudae et subsistentia carentis gratiae participes. At ita res non est: nullo modo. Templa enim sumus existentis et subsistentis Spiritus; vocati autem sumus propter ipsum etiam dii, praesertim cum divinae eius et ineffabilis naturae coniunctione cum ipso simus participes... Spiritus nos per seipsum deificat... Quod enim Deus non est, quomodo deitatem aliis indat?»

[45] «El Espíritu Santo no se separa de la vida que comunica a las almas: así la misma vida divina, que El tiene por naturaleza, la gozan ellas por participación: *Vitam quam ad alterius productionem Spiritus emittit, ab ipso minime separatur... Et ipse in seipso vitam habet, et qui participes ipsius sunt, divinam caelestemque possident vitam*» (SAN BAS., *Adv. Eunom.* l. 5). Y en otro lugar (*De Spiritu Sancto* c. 26, n. 61) llega hasta decir que el mismo Espíritu hace de *principio formal* en esa vida divina, siendo al alma lo que la virtud visiva al ojo: «Quatenus Spiritus Sanctus vim habet perficiendi rationales creaturas absolvens fastigium earum perfectionis, *formae* rationem habet. Nam qui iam non vivit secundum carnem, sed *Spiritu Dei agitur*, et filius Dei nominatur, et conformis imagini Filii Dei factus est, *spiritualis* dicitur. *Et sicut vis videndi in sano oculo, ita est operatio Spiritus in anima munda*».

San Agustín está aún más terminante al afirmar que Dios es *formalmente* la vida del alma: «Dicam *audacter*, fratres, sed tamen *verum*. Duae vitae sunt, una corporis, altera animae: *sicut vita, corporis anima, sic vita animae Deus*: quomodo si anima deserat, moritur corpus, sic anima moritur si deserat Deus» (*Enarrat. in Ps.* 70, serm. 2). «Unde vivit caro tua?—pregunta en otra ocasión (*Serm.* 156, c. 6, n. 6)—. De anima tua. Unde vivit anima tua? De Deo tuo. Unaquaeque harum secundum vitam suam vivat: caro enim sibi non est vita, sed anima carnis est vita; anima sibi non est vita, sed *Deus est animae vita*».—Casi idéntica es la sentencia de San Macario (*De libert. mentis* 12): «Qui

«Así, para ellos, como advierte el P. Froget, O. P. [46], el Espíritu Santo es el gran don de Dios, el huésped interior que, dándosenos a sí mismo, nos comunica al propio tiempo una participación de la naturaleza divina, y nos hace hijos de Dios, seres divinos, hombres espirituales y santos. Por eso se complacen en designarle como *Espíritu santificador, principio de la vida celeste y divina.* Algunos llegan hasta llamarle *forma* de nuestra santidad, *alma* de nuestra alma, lazo que nos une con el Padre y con el Hijo y por quien estas divinas Personas habitan en nosotros. Semejante insistencia en atribuir la inhabitación por la gracia, así como la obra de nuestra santificación y de nuestra filiación adoptiva a la tercera Persona de la augusta Trinidad, ¿no será una prueba de que el Espíritu Santo tiene con nuestras almas relaciones especiales y un modo de unión propio que no se extiende a las otras Personas?»

Así lo suponen—de acuerdo con Petau—Scheeben, Tomassin, Ramière y otros varios teólogos modernos; los cuales, apoyados en la tradición patrística, sostienen con muy sólidas razones, que esa obra no es—como afirma la opinión corriente—del todo *común* a las tres divinas Personas, y sólo *apropiada* al Espíritu Santo, sino que le es verdaderamente *propia*; que El es quien directamente se une con las almas para vivificarlas y santificarlas, y que si las otras dos Personas moran y obran en ellas a la vez, es por *concomitancia, inmanencia* o *circuminsesión,* mientras El se les *comunica* de un modo inmediato y personal, aunque no hipostáticamente [47].

---

bus divini Spiritus supervenit gratia, his sane *Dominus vice animae est.* O bonitatem et dignationem indultam depressae malitia hominum naturae!»

[46] *De l'habitation du Saint Esprit dans les âmes justes* 2.ª ed., p. 197-8.

[47] «In homine iusto, dice Petau (*De Trin.* l. 8, c. 6, n. 8), tres utique personae habitant. Sed solus Spiritus S. quasi *forma est sanctificans,* et adoptivum redens *sui communicatione* filium... Relegantur Patrum testimonia et Scripturae loca:... inveniemus eorum pleraque testari per Spiritum S. hoc fieri, velut *proximam causam,* et, ut ita dixerim *formalem*».—Así parecen indicarlo, en efecto, muchos de los ya citados testimonios. Y en particular los de San Agustín, San Cirilo Al., San Macario y San Basilio.—Este enseña expresamente cómo «*per hunc* Spiritum *quilibet sanctorum deus est*; dictum est enim ad eos: *Ego dixi, dii estis, et filii Excelsi omnes.* Necesse est autem *eum qui* diis *causa est ut dii sint,* Spiritum esse divinum et ex Deo» (S. Bas., *Contra Eunom.* l. 5).—S. Ireneo (*Adv. Haer.* 5, 6) llega hasta afirmar que el hombre perfecto según Dios, consta de *cuerpo y alma* y del *Espíritu* vivificante; y que cuando este todo sea perfectamente conforme con la imagen del Hijo, entonces se glorificará Dios en su obra: «Glorificabi-

Pero sea de esto lo que fuere, siempre resultará incuestionable la interesantísima verdad de la *deificación* de las almas, y que todos los Padres a una enseñan o reconocen la verdadera *filiación real,* como fundada en una participación ontológica de la misma naturaleza divina. «Patres igitur, diremos con Passaglia [48], confirmant *divinae naturae consortium,* quod inter *maxima et pretiosa promissa* Petrus recenset, consortium esse *non affectus* dumtaxat atque *morale,* sed *ontologicum* et *substantiae.* Imo contendere non dubitaverim, ne unum quidem allegari posse veterem Ecclesiae doctorem, qui participationem divinae naturae intra fines limitesque unionis societatisque moralis circumscripserit».

«Las *grandes y preciosas promesas* de que aquí se trata, observa Bellamy [49], nos obligan a entender esta participación de la naturaleza divina en el sentido más riguroso que cabe, supuesta la diferencia esencial de Dios y la creatura... Nada hay que pueda dar al cristiano más alta idea de su grandeza, ni que tan elocuentemente le recuerde sus deberes».

Mas por desgracia, según advierte Cornelio a Lápide [50], estas sublimes y consoladoras doctrinas están muy echadas en olvido; pues «pauci illud beneficium tantae dignitatis esse sciunt; pauciores illud ponderant eo pondere quod meretur. Sane quisque in se illud venerabundus admirari deberet, ac doctores et praedicatores illud populo explicare et inculcare, ut fideles et sancti sciant se esse *templa animata Dei, seque Deum ipsum in corde portare, ac proinde divine cum Deo ambulent, et digne cum tanto hospile conversentur*».

Sin embargo, el eco de la voz unánime de los Padres todavía repercute en los teólogos modernos. En medio del común olvido o de las frecuentes y... ¿por qué no decirlo...? vergonzosas atenuaciones, todavía se dejan oír algunas voces imponentes y autorizadas. Sobre todo después de las sabias amonestaciones de León XIII sobre la devoción al divino Paráclito, consuela

tur Deus in suo plasmate, conforme illud et consequens suo Puero adaptans. Per manus enim Patris, id est per Filium et Spiritum, fit homo secundum similitudinem Dei, sed non pars hominis... *Perfectus* autem *homo commixtio est et adunatio animae assumentis Spiritum Patris, et admixta ei carni* quae est plasmata secundum imaginem Dei... Neque enim plasmatio carnis ipsa secundum se homo perfectus est... Neque et anima ipsa... neque Spiritus, homo... Commixtio autem et *unitio horum omnium perfectum hominem efficit*».

[48] *Comment.* 5, p. 43.

[49] *O. c.* p. 166.

[50] *In Os.* 1, 10.

·r los muchos escritores que empiezan ya a emplear de nuevo casi el mismo lenguaje animado, sentido, viviente y palpitante ie los Padres y de los grandes místicos; lo cual augura un feliz renacimiento de estas fundamentales doctrinas, que son como el alma y el aliento de la vida *cristiana.*

«Parece ya llegado el tiempo, escribía el P. Ramière [51], en que el gran dogma de la incorporación de los cristianos con Cristo volverá a tener en la enseñanza común de los fieles la misma importancia que ofrece en la doctrina apostólica; en que no se tendrá por accesorio un punto en que San Pablo fundaba todas sus enseñanzas; en que se comprenda que esta unión, representada por el divino Salvador bajo la figura de los sarmientos unidos con la vid, no es una vana metáfora, sino una *realidad*; que por el bautismo nos hacemos realmente participantes de la vida de Jesucristo; que recibimos en nosotros, no en figura, sino en realidad, al divino Espíritu, que es el *principio de esta vida*, y que, sin despojarnos de nuestra personalidad humana, nos hacemos miembros de un cuerpo divino, adquiriendo por lo mismo fuerzas divinas».

En efecto, estas vitalísimas y consoladoras verdades, que tanto a maban, encendían y fortalecían a los primeros cristianos [52], empieza ya, por suerte, a llamar hondamente la atención de muchos apol

[51] *Esperances de l'Eglise* 3.ª p., c. 4.

[52] Las actas de los mártires y las costumbres de los primeros siglos nos ofrecen de ello interesantes testimonios. Los cristianos de entonces apreciaban, sentían y vivían de tal modo la vida sobrenatural, que gustaban llamarse *Teóforos* o *Cristóforos*, como hacía San Ignacio. Por eso, cuando Trajano le preguntó: «¿Quién es ese Teóforo?», respondió: «Es aquel que lleva a Cristo *en su corazón*». «¿Luego tú llevas a Cristo?» «Sin la menor duda, porque escrito está: *Haré en ellos mi morada*».—«San Ignacio, dice Tixeront (*Hist. Dogm.* 1, pp. 144-146), nos presenta la vida cristiana como él mismo, en el ardor de su amor, procuraba vivirla. Jesucristo es el principio y el centro de ella: El es nuestra vida, no sólo porque nos trajo la vida eterna, sino también porque mora personalmente en nosotros, y en nosotros es verdadero e indefectible principio de vida (*Eph.* 3, 2; 11, 1; *Mag.* 1, 2; *Smyrn.* 4, 1; *Trall.* 9, 1). Habita en nosotros y somos templos suyos; es nuestro Dios en nosotros (*Eph.* 15, 3; *Rom.* 6, 3). De ahí el nombre de *teóforos* que el Santo se da a sí mismo en el título de sus cartas, y los epítetos de θεοφόροι ναοφόροι, χριστοφόροι, αγιοφόροι, que da a los efesinos (9, 2); de ahí la unión que desea a las iglesias con la carne y el espíritu de Jesucristo (*Mag.* 1. 2). «La fe y la caridad, dice (*Eph.* 14, 1), son el principio y el fin de esta vida...; todo lo demás de ahí deriva para la buena conducta». Esta ardiente caridad le lleva al amor de los sufrimientos y a la sed del martirio, y le inspira estos acentos apasionados: «Mi amor está crucificado, y no hay fuego que me consuma; pero hay una *agua viva* que habla y me dice interior-

gistas y teólogos, que conocen a fondo las necesidades y exigencias de la época, y desean buscar a tantos males como afligen y amenazan a la Religión el oportuno remedio. En vista de esa plaga general del indiferentismo dominante, de esa dejadez y frialdad escépticas —que a tantas almas conducen a la defección, a la ruina y aun a la traición y la ruda y encarnizada oposición a la verdad—y atendidas también las condiciones del criticismo subjetivista, que parece avasallar el pensamiento moderno, el remedio de las necesidades y la satisfacción legítima de las exigencias de nuestros tiempos están precisamente en despertar la conciencia y el sentimiento de los fieles para que sepan apreciar, sentir, vivir y ponderar como conviene la vida que Jesús nos trajo del cielo. De estar adormecido en tantos cristianos el sentimiento de su dignidad sublime, proviene esa tibieza o frialdad con que viven y el poco aprecio en que la tienen, llegando acaso hasta avergonzarse de ella, con lo cual hacen que nuestro nombre resulte como repulsivo para los extraños; siendo así que la íntima vida de la Iglesia Católica está llena de encantos para los de dentro y de atractivos para los que de afuera lo miren con sinceridad. A éstos, manifestándoles y descubriéndoles, como dice Blondel, el alma, y hablándoles, como ordena el Apóstol (Col. 4, 5-6), un lenguaje lleno de gracia y sabiduría, mostrándoles la hermosura, la felicidad, las delicias y grandezas de esta *vida divina*, los iríamos atrayendo y ganando en vez de repelerlos. Y a los que tanto nos tachan de «obscurantistas y retrógrados» bastaría, para taparles la boca, y aun para hacerles cambiar de opinión, hablarles un poco, oportunamente y a estilo de los Santos Padres, de la portentosa *deificación* de las almas cristianas, donde todo es armonía, continuidad y lógica vital sin que haya la menor inconexión, incoherencia ni heteronomía. Por eso creemos oportuno exponer algo más detalladamente—según lo permitan nuestras fuerzas—unas doctrinas de tanta importancia, tan mal propagadas y conocidas aun entre nosotros y tan esenciales a una obra sobre la *vida y la evolución* de la Santa Iglesia. ¡El Señor nos ilumine para proceder con acierto!

Trataremos, pues, de indicar ahora: 1.º, la naturaleza, elementos y condiciones de la vida sobrenatural; 2.º, sus principios de operación, o sea las energías y facultades divinas; y 3.º, los principales medios de acrecentamiento espiritual. Luego, en la segunda parte, examinaremos las disposiciones y preparaciones que exige, los obstáculos que tiene que superar, las vías que sigue en su desarrollo, los medios de fomentarla y purificarnos para no impedirla, los principa-

---

mente: Ven al Padre. *Amor meus crucifixus est, et non est in me ignis. Aqua autem quaedam in me manet, dicens mihi: Vade ad Patrem*» (Rom. 7, 2).—San Andrónico respondió al juez que le amenazaba: «Habeo Christum in me»; y Santa Felícitas: «Habeo Spiritum Sanctum, qui me non permittit vinci a diabolo, et ideo secura sum».—Del mismo modo Santa Lucía, al juez que le preguntaba: «Estne in te Spiritus Sanctus?», le respondió con llaneza: «Caste, et pie viventes, templum sunt Spiritus Sancti».

les grados que recorre y las fases que presenta, los fenómenos que en ellas normalmente ofrece y los epifenómenos que suelen acompañarla. Y después de patentizar sus inapreciables riquezas y mostrar la perfecta continuidad que existe entre la *vida ascética* y la *mística*, podremos indicar por último, en la tercera parte, cómo se desarrolla, manifiesta y perfecciona esta vida divina en todo el cuerpo místico de la Iglesia.

CAPITULO II

La vida divina de la gracia

Considerando ahora y sintetizando en lo posible los admirables datos de la Escritura, de la tradición patrística y de la continua experiencia de las almas espirituales que sienten estos misterios, veamos cuáles son los principales elementos de la vida sobrenatural, para que, conociendo más a fondo la grandeza de los dones recibidos, podamos mejor apreciarlos, cultivarlos y tratar de desarrollarlos.

Ese mayor conocimiento, en nuestro humilde sentir, no se logra analizando y *sistematizando* esta misteriosa doctrina de modo que queramos hacerla caber en nuestras pobres cabezas, reduciéndola del todo al orden de nuestros habituales conceptos para que así encaje en los sistemas humanos. Esto sería como desfigurarla de propósito, vaciándole ese inefable sentido que se admira en su plenitud viviente, rebosando sobre todas las fórmulas, sobre todas las expresiones y sobre todos los sistemas habidos y por haber. Estos, bien empleados, sirven para darnos alguna representación *analógica;* pero querer *precisar y sistematizar* con rigor lo que es de suyo absoluto e indefinible, y sutilizar lo que con su imponderable grandeza nos aplasta y reduce al silencio, es quitarle sus divinos encantos, y dar a las almas, en vez de la inefable verdad que las embelesa, mezquinas apreciaciones humanas que dejan fríos los corazones y casi llegan a hacer despreciables los divinos misterios. De ahí el escaso interés que suscita lo sobrenatural cuando así es presentado en frías y abstractas fórmulas; mientras las animadas y palpitantes expresiones de la Escritura y de los santos que sentían estas cosas muy a lo vivo, con carecer de precisión, hieren todas las fibras del alma; y cuanto más vacilantes y ambiguas parecen, tanto más alta idea nos dan de las incomprensibles realidades que trascienden sobre toda fórmula y sobre nuestras más sublimes apreciaciones. Por eso no queremos *precisar* ni menos *sistematizar* demasiado, sino sólo presentar con cierto orden, a las almas sedientas de luz y verdad, los maravillosos datos de la Tradición católica acerca de la vida divina en las almas. Y reconociendo nuestra ceguera, de todo corazón rogamos al Padre de las luces que nos ilumine, diciéndole con el Salmista (42, 3): *Emitte lucem tuam, et*

veritatem tuam: ipsa me deduxerunt et adduxerunt ad montem sanctum tuum et in tabernacula tua.

Según las Escrituras y los Santos Padres, en la vida sobrenatural o *cristiana* figuran por de pronto estos elementos: *Adopción, regeneración, justificación, renovación, deificación, filiación divina, nuevo vivir* y *nuevas energías, desarrollo* y expansión del germen divino de la gracia, *inhabitación del Espíritu Santo* y de toda la Trinidad, *relación amistosa* e íntima con las tres divinas Personas, etc., etc. [53] Estos elementos vamos a considerarlos primero reunidos en globo, y luego cada uno en particular, fijándonos en él con preferencia, aunque sin excluir los otros; porque la separación—o sea la excesiva abstracción—sería como una disección *in vivo*, que destruye la misma vida que se trata de investigar.

ARTICULO I

Concepto de la vida sobrenatural

§ 1.—El orden sobrenatural como participación de la vida divina.—Realidades inefables.—La incorporación con Cristo.

Por la divina Revelación y por la íntima experiencia de las almas santas sabemos que hemos recibido el Espíritu de adopción con que piadosamente nos atrevemos a llamar a nuestro Creador con el dulcísimo nombre de Padre. El Eterno Padre, en efecto, nos llamó a participar de la condición de su Hijo, trasladándonos de muerte a vida y de las tinieblas a su luz admirable, para que entremos en íntimas relaciones de vida y sociedad con El mismo, de modo que nuestra conversación esté en los cielos, viviendo en amoroso trato familiar con las divinas Personas.

Tal es el verdadero orden sobrenatural, del todo inconcebible aun para las más encumbradas inteligencias, si el mismo Dios no se hubiera dignado revelarlo y manifestarlo como un hecho; tal es en realidad, y no tal como nosotros pudiéramos rastrearlo o sospecharlo por analogía con el natural existente; pues, como calcado por necesidad en él, cualquier otro que nosotros fingiéramos, aunque pareciera o fuera en rigor *más elevado*, resultaría al fin *natural* en su género, no pudiendo fundarse sino en simples relaciones de creatura a Creador.

Este, en su vida íntima e inescrutable, es algo más que el

[53] Cf. Broglie, *Le Surnaturel* 1, p. 14 ss.; 2, p. 7.

Incognoscible, trascendente y solitario, cuya existencia rastrea la misma razón natural; es el inefable *Yahvé,* el verdadero *Dios Fuerte* y *Vivo,* Uno y Trino, inaccesible aun a las miradas más penetrantes y a los sentimientos y deseos más hondos y atrevidos [1]; y que sin embargo, por un inconcebible exceso de amor y bondad, pudo y quiso como adaptarse al nivel de sus pobres creaturas racionales para hacerlas participar de su vida y de su felicidad infinitas, abajándose en cierto modo para realzarlas a ellas y hacerlas como sus iguales, a fin de que así puedan vivir eternamente con El en íntimas relaciones de estrecha y cordial amistad. El verdadero orden sobrenatural consiste, pues, en rebajarse Dios al nivel de la creatura y elevarse ésta en lo posible al nivel de su Creador; consiste, en suma, en la *encarnación* o *humanización* de *Dios,* y la *deificación* del hombre. ¡Tal es el orden sublime a que, por la divina liberalidad, hemos sido encumbrados!

Por nacimiento éramos hijos de ira; no ya simples creaturas, que no tienen ningún derecho ante su excelso Hacedor y Señor absoluto, y que son del todo incapaces de verle y tratarle, sino criaturas culpables que llevan el estigma de su degradación, de su ingratitud y deslealtad, y que no merecían ser de El miradas sino con abominación. Mas, por un portento de su infinita misericordia, no sólo nos quita el estigma que nos hacía abominables, sino que nos ennoblece hasta el punto de hacernos objeto digno de sus complacencias. Para eso nos infunde una participación de su mismo ser, y nos configura a imagen de su Unigénito, a fin de que seamos un vivo esplendor del Verbo divino, así como éste es el *eterno esplendor de su gloria e imagen de su substancia* (Hebr. 1, 3). De esta suerte, viendo resplandecer en nosotros a su propio Hijo, se ve a Sí mismo en nosotros y puede mirarnos con aquella infinita complacencia que eternamente tiene y no puede menos de tener en sus adorables y absolutas perfecciones. Tal es el misterio de la vida sobrenatural, traslado y participación de la íntima vida de Dios, Uno y Trino. El augusto misterio de la Trinidad de personas en la Unidad de la naturaleza divina es la misma *vida sobrenatural* por esencia; la *deificación* —y aun podríamos añadir, la *trinificación*—de la criatura racional es la vida sobrenatural participada en nosotros [2]. Tal es la

[1] *Qui lucem inhabitat inaccessibilem, quem nullus hominum vidit, sed nec videre potest* (1 Tim. 6, 16).

[2] La vida de la gracia, dice Mgr. Gay (*Vida y virt. crist.,* trad. G. Tejado, 2.ª ed., t. 1, p. 67), es «la vida santa, radiante, beatífica, que es la inefable circulación de la Divinidad entre el Padre, el Hijo y el

vida eterna que estaba en el Padre, y que se nos manifestó en el Verbo encarnado, para que de ella gocemos, entrando en íntimo trato amoroso con las tres adorables Personas (1 Io. 1, 2-3).

Para eso nos dió a su Unigénito, para eso nos infundió su Espíritu de adopción, *para que tengamos vida, y cada vez en más abundancia.* Por eso también su adopción es *real* y no puramente *jurídica,* dándonos junto con los derechos y honores la realidad de verdaderos hijos; pues tal fué su dignación, que quiso que no sólo nos llamásemos, sino que verdaderamente fuéramos hijos suyos, a imagen de su Unigénito, de quien venimos a ser coherederos y hermanos; puesto que el mismo Verbo, encarnándose, nos mereció el *poder hacernos hijos de Dios* (Io. 1, 12).

Para que seamos tales, el Padre Eterno realmente nos *regenera,* comunicándonos una *nueva vida,* y una vida *divina* y *eterna,* haciendo que participemos de un modo inefable de la misma eterna generación de su Verbo de vida; y ambos juntamente nos infunden su *Espíritu vivificante,* de modo que penetre hasta lo más hondo de nuestras almas, para animarlas, renovarlas, transformarlas y deificarlas, haciéndolas gozar de la eterna aspiración de su mutuo amor, que es el mismo Espíritu Santo, término substancial y personal de las operaciones *ab intra,* y lazo de unión de la Tríada adorable.

Así es como el alma regenerada y deificada entra en íntima *comunicación* vital con todas y cada una de las tres divinas Personas, y en ella repercute el misterio de las operaciones *ad intra,* encerrado desde los siglos en el seno impenetrable de la Divinidad: misterio de luz y de amor, que ninguna criatura hubiera podido reconocer, ni sospechar, ni soñar o desear nunca, si no fuera por esta maravillosa efusión de la misma luz y caridad divinas [3]. De ahí que, según el alma se purifica y cesa de poner obstáculos a esa deificadora influencia—y procura ir creciendo en Dios, *llenándose de su plenitud*—, así va completando su regeneración y reproduciendo más al vivo la encantadora imagen del divino Verbo; así se llena más y más del Espíritu de amor,

---

Espíritu Santo. Es decir, cristianos, que el hombre puede y aun debe ser un dios, y vivir, aun aquí abajo, la vida de un dios, sin que para eso haya menester otra cosa que vivir unido a Cristo..., aunque nada fuere y nada hiciere para ser ni parecer lo que el mundo llama un *hombre grande*».

[3] El bien que Dios nos tiene prometido, dice Santo Tomás (*De verit.* q. 16, a. 11), de tal manera excede a nuestra naturaleza, que, lejos de poder conseguirlo, nuestras facultades naturales no acertarían a sospecharlo ni desearlo.

uniéndose a Dios de tal suerte, que en El mismo viene a quedar «transformada y absorbida» [4], como *hecha un solo Espíritu con El* (1 Cor. 6, 17).

La razón humana desfallece ante tan incomprensibles misterios; pero los corazones iluminados *sienten* y *experimentan*, desde esta misma vida, esa realidad inefable que no puede caber en palabras ni en conceptos ni menos en sistemas humanos. Lo que estas almas logran balbucear desconcierta nuestras débiles apreciaciones: ellas multiplican los términos que parecen más exagerados, sin quedar ni aun con eso satisfechas; pues siempre ven que se quedan muy cortas y que la realidad es incomparablemente mayor de cuanto pudiera decirse. Mas lo que dicen es tal, que si no fuera por el vivo sentimiento que muestran de su propia *nada* y de la completa distinción de naturalezas y de *yos*, creeríamos que afirmaban una identidad panteística o una unión verdaderamente hipostática, como la de la sagrada Humanidad de Jesús con el Verbo... Por eso los acostumbrados a mirar y medir las cosas más altas por el nivel de su capacidad, fácilmente se escandalizan de ese lenguaje semidivino, que confunde su soberbia; y así no reparan en acusar de exageradas y aun de panteísticas esas palpitantes afirmaciones de un corazón abrasado e iluminado, que no hace sino expresar lo mejor que puede lo que tan al vivo experimenta [5].

Quedando a salvo dichas distinciones de *naturalezas* y de *personas*, la transformación que esas almas endiosadas sufren y la plenitud de vida divina que reciben son increíblemente mayores de cuanto pudiera sospecharse. Profundamente sumergidas en aquel piélago de luz, de amor y de vida, de tal modo quedan marcadas con los caracteres y propiedades de las divinas Personas, que en ellas mismas se reproduce y resplandece el misterio adorable de la Trinidad [6]. Por eso decía Santa Catalina

[4] B. Nicolás Factor.

[5] Sucede con frecuencia, advierte el Cardenal Bona (*Principia et doct. vitae christ.*, p. 2.ª, c. 48), que un hombre de pueblo, que no sabe leer, hable más doctamente de Dios y de las cosas divinas que un doctor célebre que pasa toda su vida entre los libros. Esto proviene de que la experiencia sobrepuja a la especulación, y el amor a la ciencia, y de que nos unimos con Dios más íntimamente con los afectos del corazón que con las meditaciones del espíritu».

[6] Si alguien pudiera ver claramente todo el interior de un alma *deificada*, vería en ella no ya un verdadero cielo, sino también los más augustos misterios divinos. Así dice Blosio (*Institutio spirit.*, append. c. 2)—repitiendo la sentencia de Taulero—que sucedía en la Santísima Virgen: «El fondo de su alma y todo su interior era tan *deiforme*, que si alguno hubiera podido mirar su corazón, vería allí a

de Siena que si tuviéramos ojos para ver la hermosura de un alma en gracia, aun cuando fuera la ínfima, la adoraríamos creyendo que era el mismo Dios, incapaces de concebir mayor nobleza y gloria...

Sin embargo, la deificadora gracia aumenta con cada obra buena animada de la caridad divina; y la gloria correspondiente a cada aumento de gracia es tal, que por lograrla deberían darse por bien empleados todos los trabajos del mundo [7]: ¡cuántos bienes se pierden los que pasan la vida en naderías, pudiendo en cada momento configurarse más y más con nuestro Salvador, acumulando tesoros de gracia y de gloria perdurables!

La adopción divina nos *deifica*, pues, realmente, nos da un *ser divino*, nos *regenera*, nos *crea* de nuevo en Jesucristo, nos hace participar de su mismo Espíritu, y de este modo nos comunica una nueva y misteriosa *vida*, con toda una larga serie de potencias y energías proporcionadas con que podemos vivir, crecer y obrar como verdaderos hijos de Dios, llamados del imperio de las tinieblas a la participación de su eterna luz, con la cual conocemos los caminos de la vida, y podemos llegar a gozar de su deleitosa presencia [8].

¿En qué consiste esa vida y en qué esas potencias?... Si con toda precisión pudiéramos definirlas, no serían *sobrenaturales*, ni menos *inefables*. Si a fuerza de sutilizarlas, viniesen a caber en los moldes del pensamiento humano, serían tan humanas como

---

Dios con toda claridad, y vería la misma procesión del Hijo y del Espíritu Santo. Pues jamás su corazón, ni por el más breve momento, salió fuera de Dios».

[7] «Si me dijesen cuál quiero más, declara Santa Teresa (*Vida* c. 37), estar con todos los trabajos del mundo hasta el fin de él, y después subir un poquito más en gloria, o sin ninguno irme a un poco de gloria más baja, de muy buena gana tomaría todos los trabajos por un tantico de gozar más, de entender más las grandezas de Dios; pues veo que quien más lo entiende, más le ama y le alaba».

[8] «*Notas mihi fecisti vias vitae, adimplebis me laetitia cum vulto tuo: delectationes in dextera tua usque in finem* (Ps. 15, 11). Para la eternidad hay dos caminos: uno que lleva a la eterna muerte por el desprecio de la virtud y por la ignorancia de la Divinidad; otro lleva a la eterna vida por el conocimiento fructuoso del Altísimo... El camino de la muerte siguen infinitos necios (Eccle. 1, 15), que ignoran su misma ignorancia, presunción y soberbia... A los que llamó su misericordia a su admirable lumbre (1 Petr. 2, 9), y los reengendró en hijos de la luz les dió en esta generación el nuevo ser que tienen..., que los hace suyos y herederos de la divina y eterna fruición; y, reducidos al ser de hijos, les dió las virtudes que se infunden en la primera justificación para que, como hijos de la luz, obren con proporción operaciones de luz, y tras ellas tiene prevenidos los dones del Espíritu Santo» (AGREDA, *Mística Ciudad de Dios* 1.ª p., l. 2, c. 13).

ellos. Y si sabiendo que son inefables y divinas, con todo nos empeñamos en amoldarlas a nuestra capacidad, reduciéndolas a un sistema cualquiera, las deformamos en vez de esclarecerlas; y, con pretexto de hacerlas más comprensibles, nos contentamos con estériles fórmulas, casi vacías de realidad y de sentido, y que por lo mismo dejan frío el corazón, por más que halaguen y satisfagan a la inteligencia. La vida de la gracia es tal como nos la comunicó y, según lo permite nuestra pobre capacidad, nos la dió a conocer el divino Verbo, que apareció entre nosotros *lleno de gracia y de verdad,* y no tal como nuestra curiosa razón quisiera representársela. Para apreciarla, pues, debidamente, atengámonos a las misteriosas imágenes y maravillosas expresiones con que nos la representan y explican las Sagradas Escrituras y las grandes almas que más divinamente pudieron sentirla y expresar los vitales influjos que de Jesucristo reciben; y, sobre todo, a la voz de la Santa Iglesia, su Esposa y órgano auténtico de su infalible verdad. Y teniendo siempre a la vista las definiciones solemnes que nos marcan la senda luminosa y nos preservan de extravíos, estemos ciertos de que esos admirables símbolos y esas atrevidas expresiones en que la misma Iglesia con todos sus dignos miembros aparece divinizada y hecha una cosa con Jesucristo, lejos de exageraciones, son pálidos reflejos—ya que no cabe otra representación—de la realidad inefable.

Por eso en el libro 1 [9] hemos querido exponer ampliamente los principales símbolos con que es aquélla figurada en la Escritura y en la Tradición, para que, a través de todos ellos, podamos mejor adivinar, presentir y admirar sus divinas excelencias. Y por eso los Santos Padres y los grandes místicos, en vez de atenerse a simples fórmulas especulativas y abstractas—no siendo que la necesidad de excluir algún error les aconseje otra cosa—, se complacen, como advertía ya San Basilio y como hizo notar Bossuet, en multiplicar esas expresiones concretas y palpitantes, tan llenas de vida, que hacen vibrar todos los corazones capaces de sentir estos misterios; por más que a veces nos llenen de estupor y dejen frustrada la curiosidad de la *razón raciocinante* [10].

[9] C. 1.

[10] «Hay que adorar, dice Bossuet (*Lettre à une dem. de Metz*), la sagrada economía con que el Espíritu Santo nos muestra la sencilla unidad de la verdad con la diversidad de expresiones y figuras... Así en cada una de éstas hay que notar su rasgo particular, para luego refundirlos en una consideración integral de la verdad revelada. Luego debemos remontarnos sobre todas las figuras para reconocer que en

De estos símbolos hemos visto que los más adecuados eran, por una parte, el *sacramental*, que representa a la Iglesia como casta *Esposa* de Jesucristo, hecha un solo corazón y un solo espíritu con El, para criarle nuevos hijos de Dios; y por otra, y muy particularmente, el *orgánico*, que la representa como un grandioso *cuerpo viviente*, cuya cabeza es el Salvador, cuya alma es su divino Espíritu y cuyos miembros son todas las criaturas intelectuales que participan de la *vida*—o a lo menos de la *moción vital*—que ese Espíritu de amor comunica. Y esta vida divina que así cada miembro animado recibe, es la *gracia santificante*, ser divino que nos hace vivir de la misma vida de Jesucristo, Nuestro Señor y Salvador, reproducir su divina imagen, participar de sus méritos y obrar con su virtud y bajo su impulso, como miembros suyos, para perpetuar su misma misión en la tierra; y las misteriosas facultades o energías que el divino Espíritu, junto con esa vida, nos infunde, son como las *potencias* de nuestro *ser sobrenatural*, con las cuales podemos obrar como hijos de Dios, *creados en Jesucristo en obras buenas* (Eph. 2, 10). Las mociones transitorias del divino Consolador son sus *gracias* que se dicen *actuales*. Ciertas facultades o energías permanecen habitualmente aun en los miembros muertos, para mantenerlos así y todo unidos al organismo, orientarlos hacia la vida eterna, y disponerlos para recobrarla de nuevo, resucitando de muerte a vida; y tales son la *fe* y la *esperanza informes*. Las funciones orgánicas que conservan y acrecientan la vida en todo el organismo, reparan las pérdidas y reaniman los órganos dañados, son las sacramentarias, que al efecto hacen circular por todo este místico cuerpo la sangre del Cordero divino, que quita los pecados del mundo.

De este modo el Eterno Padre nos adopta y regenera en Jesucristo, su Unigénito, y nos *convivifica* y *conresucita* y *conglorifica* por la virtud de su Espíritu (Rom. 6, 4-5; 8, 11; Eph. 2, 5-6, etc.), haciéndonos participar de su misma natura-

---

ella hay algo aún más íntimo, que todas esas figuras, unidas o separadas, no podían mostrarnos; y de este modo llegamos a perdernos en la profundidad de los secretos de Dios, donde no se ve otra cosa sino que la realidad es muy otra de la que nos figurábamos». Casi lo mismo había dicho San Basilio (*De Spiritu Sancto*, ad Amphil., c. 8). Cf. B. E. SUSÓN. *La unión divina* c. 7; SANTA TERESA, *Moradas* 7, 1.

«Si las fórmulas que expresan el misterio de nuestra deificación, observa Terrien (*o. c.* 1, p. 56), son tan numerosas y varían hasta lo infinito, es porque los dones de Dios son tan inestimables y sus munificencias tan superiores a nuestros derechos y a nuestros conceptos, que todas las formas del lenguaje humano no bastan para darnos de ellas una idea que corresponda a su sublimidad».

leza, renovándonos y transformándonos de modo que seamos semejantes a El—como verdaderos hijos—y así podamos entrar en íntima amistad y familiaridad con El, verlo tal como es y ser legítimos herederos de su eterna gloria.

Por eso el Verbo encarnado, como dice admirablemente Santa María Magdalena de Pazzis, es la clave de todo el orden sobrenatural; porque plugo al Eterno Padre *restaurar*, o como dice el texto griego, *recapitular* todas las cosas en Cristo, Cabeza de los hombres y de los ángeles, y de toda la Iglesia terrestre y celeste, pacificando por la sangre de su cruz tanto lo del cielo como lo de la tierra (Col. 1, 18-20; Eph. 1, 10. 22, etc.). Y por eso el mismo Salvador dijo que, al ser levantado en la cruz, atraería a Sí *todas las cosas*. Y, atrayéndonos con los lazos de su amor, nos conduce a la vida eterna, nos alumbra y nos fortalece para caminar, siendo a la vez *camino*, *verdad* y *vida*; de tal suerte que, *si no es por El, nadie puede ir al Eterno Padre* (Io. 14, 6).

De este modo, y no del que, según nuestras groseras apreciaciones, nos figurásemos, es como hemos sido elevados al orden sobrenatural y a la participación de la misma naturaleza divina, pudiendo vivir de la vida que amorosamente nos infunde el Espíritu de Jesucristo. Así es como este dulcísimo Consolador, siendo *Espíritu de la Verdad*, nos la da a conocer verdaderamente [11] y nos hace llamar a Dios con el nombre de PADRE: así nos imprime el *sello* divino y nos configura a imagen del Unigénito de Dios, y El mismo nos *unge*, haciéndonos verdaderos *Cristos-ungidos* a semejanza de Jesucristo; y morando en nosotros—aunque sea muy ocultamente—como *principio vivificador*, constituye las *arras* de la vida eterna [12]. De este modo, sin destruir nuestra naturaleza ni nuestra personalidad, sino realzándolas, nos renueva, nos transforma y nos deifica, haciéndo-

---

[11] «Quia enim Spiritus Sanctus est Spiritus Veritatis utpote a Filio procedens, qui est Veritas Patris, his quibus mittitur inspirat veritatem, sicut et Filius a Patre missus notificat Patrem, secundum illud (Mt. 11): *Nemo novit Patrem nisi Filius, et cui voluerit Filius revelare.* Deinde... probat (Apostolus) quod per Spiritum Sanctum sit Sapientia hominibus revelata» (S. THOM., *In 1 Cor.* 2, lect. 2).

[12] «*Unxit* nos Deus, qui et *signavit* nos, et dedit *pignus* Spiritus in cordibus nostris» (2 Cor. 1, 21-22). «*Signati* estis Spiritu promissionis Sancto, qui es *pignus* (arras) haereditatis nostrae» (Eph. 1, 13-14). Las *arras*, a diferencia de la simple *prenda*, son de la misma naturaleza o substancia que la cosa prometida. «Qualis res est, si pignus tale est! Nec *pignus*, sed *arrha* dicendus est. Pignus enim quando ponitur, quum fuerit res ipsa reddita, pignus aufertur. Arrha autem de ipsa re datur quae danda promittitur, ut res, quando redditur, impleatur quod datum est, non mutetur» (S. AG., *De verb. apost.* serm. 13).

nos una cosa con Jesucristo nuestro Salvador, como miembros de su Cuerpo místico, que viven una misma vida. Esta reside plenamente en El como Cabeza, y de allí, según la medida de su donación y las disposiciones en que se hallan los distintos miembros, se deriva y redunda en todos ellos. Y cuando éstos, quitados todos los obstáculos, la reciben en gran abundancia, el mismo Espíritu que los anima les da claro testimonio de que son hijos de Dios y, como tales, coherederos de Jesucristo (Rom. 8, 16-17).

Y, en efecto; «renacen, como observa San Agustín [13], del mismo Espíritu de que Jesucristo nació»; siendo para nosotros, según añade San León, «el seno de la Iglesia lo que para El fué el de la Santísima Virgen». De ahí que San Ireneo se atreviera a llamar al Espíritu Santo semilla de Dios: *semen Patris*; porque en realidad nacemos para la vida eterna, *no de semilla corruptible, sino de una incorruptible por la Palabra de Dios* (1 Petr. 1, 23); el cual *voluntariamente nos engendró por el Verbo de la Verdad* para que seamos un rudimento, un comienzo de criatura suya: *initium aliquod creaturae eius.* Y así es como el Verbo encarnado *nos dió el poder hacernos hijos de Dios, naciendo, no de la carne y la sangre, por voluntad humana, sino de Dios mismo* (Io. 1, 12-13).

Sabemos, en efecto, que, por el bautismo de la regeneración, morimos al mundo para vivir en Jesucristo: somos con El sepultados para salir de aquellas aguas, fecundadas con la virtud de su Espíritu, resucitados con la nueva y gloriosa vida que El nos mereció; somos injertados en El para producir frutos gloriosos y no terrenos; somos incorporados con El en su Santa Iglesia para vivir como dignos miembros suyos, carne de su carne y hueso de sus huesos; para vivir, en suma, nosotros de El y El en nosotros, continuando, por medio de todos sus fieles como por verdaderos órganos suyos, las místicas funciones de la vida con que sigue viviendo y obrando en su Iglesia, completando la obra de la reparación humana y de la salvación del mundo. Así, viviendo de su savia divina, podemos producir frutos que no son humanos; recibimos incesantemente los influjos de su Espíritu, que nos ponen en íntima unión con el Padre y que estrechan la real solidaridad que nos liga con los demás miembros de la Iglesia; y por medio de las funciones sacramentarias hace El circular por nuestras venas su preciosísima Sangre, que nos purifica, reanima y robustece [14].

[13] *De praedest.* 31.

[14] Desde que podemos considerarnos como miembros de Jesucristo.

Incorporados, pues, con Jesucristo, animados de su Espíritu vivificador, alimentados de su carne y sangre y lavados con el agua de su precioso costado, ¿qué extraño es que—siendo fieles a su gracia y procurando tener nuestra conversación en los cielos y nuestra vida escondida con la suya en Dios—vivamos por El como El mismo vive por el Padre (Io. 6, 58), y que ambos estén en nosotros para que seamos consumados en la unidad y amados con el mismo amor con que mutuamente se aman las divinas Personas? (Io. 17, 23). Así, pues, a medida que poseemos este amor substancial del Padre, y que nos configuramos con Cristo—según que el divino Consolador derrama su caridad en nuestros corazones—venimos a formar los órganos más *sensibles* y más *vitales* del Cuerpo místico de Jesucristo y, por tanto, los que más luz y energías divinas reciben y los que con ellas más pueden influir en la salud, bienestar, prosperidad y acrecentamiento general. Las almas llenas del Espíritu Santo, que sienten al vivo los divinos misterios y los misteriosos influjos de Jesucristo en sus fieles y de unos fieles en otros, ésas constituyen como el *corazón* de la Santa Iglesia, desde donde el Espíritu Santo ejerce una oculta, pero salubérrima influencia sobre todos los otros órganos, aun sobre los más elevados, para que desempeñen dignamente sus importantes funciones; sobre los enfermizos y débiles, para que sanen y se reanimen, y sobre los mismos que están del todo muertos, para que mejor puedan recobrar la vida de la gracia. Por eso el divino Espíritu, con ser *alma*, es a veces considerado como *corazón* de la Iglesia; porque, en efecto, aunque El mismo no es *órgano* de este *cuerpo*, en esos verdaderos órganos donde tan a manos llenas derrama su caridad, es donde ocultamente acumula más energías vitales para bien de todos [15].

---

observa el P. Weis (*Apol.* 10, conf. 16), «dejamos de ser hombres naturales y nos elevamos por encima de nuestra debilidad; porque entonces nos revestimos de El, y son nuestros sus bienes y sus fuerzas. El vive en nosotros y nosotros en El, que es nuestra misma vida (Io. 15, 5; Gal. 2, 30; 3, 27; Rom. 13, 14; Col. 3, 4; Phil. 1, 21). Nuestras acciones son acciones de Jesucristo, cuya vida se manifiesta en nosotros (2 Cor. 4, 10-11); nuestra debilidad se hace victoriosa e invencible: hallamos fácil lo difícil, ligero el yugo más pesado (Mt. 11, 30), y producimos frutos en abundancia (Io. 15, 5), no sólo para el tiempo, sino para la eternidad».

[15] «Caput, dice Santo Tomás (3.ª p., q. 8, a. 1 ad 3), habet manifestam eminentiam respectu exteriorum membrorum; sed *cor* habet quamdam influentiam occultam. Et ideo cordi comparatur Spiritus Sanctus, qui invisibiliter Ecclesiam *vivificat* et *unit*; capiti comparatur ipse Christus *secundum visibilem naturam*».

En esas almas así deificadas, verdaderamente repercuten todos los sentimientos del adorable Corazón de Jesucristo, así como también sus pensamientos irradian y lucen con luz de vida en los *iluminados ojos del corazón* que, con el Espíritu de inteligencia, penetran en los misterios más augustos (Eph. 1, 18; 1 Cor. 2, 10). Si estuviéramos llenos del Espíritu Santo, «sentiríamos en nosotros lo que sentía Jesucristo, que, siendo Dios, se anonadó tomando forma de siervo, obedeciendo hasta la muerte, y muerte de cruz, por nuestro amor» (Phil. 2, 5-8). Así debemos también nosotros humillarnos y anonadarnos, haciéndonos todo para todos y sacrificándonos por nuestros hermanos, hasta derramar, si es menester, nuestra sangre por ellos (1 Io. 3, 16). Tal es el misterio de nuestra vida sobrenatural, que los Padres supieron sintetizar en esta inaudita palabra: ¡DEIFICACIÓN!

§ II.—La deificación y la unión con Dios.—Prodigios de nuestra elevación: distinción y harmonía de lo sobrenatural y lo natural: la vida divina en sí y en nosotros.—La imagen y semejanza de Dios: restauración y reelevación: progreso en ambas.—La senda del Calvario y la transfiguración.—Las palabras de vida y su incomprensibilidad.

Considerada del todo humanamente, la obra de nuestra deificación parecería no ya una exageración, propia de soñadores o ilusos, sino una verdadera locura. ¿Quién podría concebir, en efecto, este portentoso encumbramiento del hombre, que así viene como a identificarse con la Divinidad, y ese inconcebible abajamiento del mismo Dios a comunicarse por vía de *igualdad* y aun de *identidad* con sus creaturas, y tener sus delicias entre ellas, haciéndose hombre—y aun el desecho de los hombres—para hacer a los hombres *dioses?*... El mayor prodigio de la infinita Bondad y Sabiduría no podía menos de parecer necedad a la egoísta razón infatuada. Pero toda la cordura mundana es necedad ante Dios. Y nadie puede conocer la profundidad de estos misterios de un amor infinito, escondidos aun a las más penetrantes inteligencias, sino los corazones puros y sencillos, a quienes se los revela y hace sentir el mismo Espíritu de Amor (Mt. 11, 25-27; 1 Cor. 1-2). Y cuando ven estos prodigios de luz y bondad quedan arrebatados ante tan soberana harmonía; y, percibiendo las razones de la suprema Verdad, comprenden cuán estrechas y mezquinas son todas las miras humanas, y que lo que nos parecía insensatez es un portento de sabiduría.

«Los apóstoles, dice Bainvel [16], nos hablan de la vocación cristiana como de un gran misterio escondido en Dios, superior a toda inteligencia, donde sólo puede penetrar el Espíritu divino que escudriña las profundidades del mismo Dios: se trata, pues, de algo *divino* (1 Cor. 2; Eph. 1, 3; Col. 1). La representan como una *adopción* y una *filiación* divina. Dios no sólo nos perdona, sino que *nos hace* hijos suyos y quiere que le llamemos *Padre*. Al espíritu de temor, que convenía al esclavo, sucede el de amor filial. Por naturaleza éramos esclavos; por gracia *somos hijos* de casa, herederos del cielo, coherederos de Jesucristo, con quien venimos a formar una sola cosa... (Eph. 1 y 2; Gal. 4; Rom. 8). Nos lo muestran como el nuevo Adán, cabeza sobrenatural de la humanidad regenerada, como tipo ideal de todo predestinado, como nuestra paz con Dios, como nuestro hermano primogénito y como nuestra misma vida... Jesús es la cabeza, la Iglesia su cuerpo místico, y nosotros los miembros de este cuerpo, viviendo de la vida de la cabeza y formando con ella un solo todo. Jesús es el Esposo, y la Iglesia la Esposa, y lo mismo cada alma fiel». Bajo estas imágenes se descubren sublimes y admirables realidades. Toda esta vida sobrenatural se ordena al bien supremo, a la vista y posesión del mismo Dios, que «habita en una luz inaccesible, y a quien ningún hombre vió ni podría ver jamás» (1 Tim. 6, 16). San Pedro nos dice la última palabra, la más profunda que podríamos oír: *Divinae consortes naturae*. Esto es lo que «explica nuestra filiación divina y nuestra comunidad con Jesús y por El con el Padre, y nuestra vida que en cierto modo viene a formar una sola con la de Jesús, y nuestro destino a participar de la gloria de que goza el Hijo único que está en el seno del Padre, a ver a Dios cara a cara y conocerlo como El mismo se conoce. ¿Qué tiene de extraño todo esto, si participamos de la naturaleza divina?»

Pero, como no la participamos aún plenamente, todos nuestros esfuerzos deben ordenarse a participarla cada vez mejor, a unirnos y configurarnos cada vez más con Jesús, viviendo en todo según su Espíritu. Por esta razón, ese no se qué de divino que hay en nosotros y que solemos llamar *gracia santificante*, San Juan nos lo presenta como un germen divino (1 Ep. 3, 9). Es el mismo pensamiento de San Pedro, pero con una idea accesoria, la de una vida que comienza, que no está aún desarrollada. Desde ahora, nos dice el discípulo amado, somos hijos de Dios, pero nuestro desarrollo futuro no se conoce aún: *Nondum apparuit quid erimus*. Cuando aparezca, le seremos semejantes viéndole

[16] *Nature et surnat.* pp. 66-69.

como es (ib. 1-3). Así la gracia no es aún la gloria, es sólo el germen de ella; tenemos en nosotros la vida divina, pero ésta no tendrá hasta el cielo su pleno *desarrollo* [17]. Ahora es la transformación del *hombre viejo* en el *nuevo*, el esfuerzo para formar a Jesús en nosotros, para poner nuestra acción al unísono del principio divino que debe animarla, para *vivir* conforme a lo que *somos*. Tal es el fondo de la moral cristiana, y lo que esencialmente la distingue de la natural». Por eso los apóstoles, a continuación de tales testimonios, encaminan sus exhortaciones a que huyamos del mundo, evitemos la conversación terrena, nos purguemos de toda falta e imperfección y procuremos en todo vivir como *cristianos*, es decir, como *hombres divinos*, vivas imágenes, hermanos y aun miembros del mismo Cristo, animados de su Espíritu [18].

San Pablo, hablando de los escogidos, dice, en efecto, que Dios «los predestinó para ser *conformes a la imagen de su Hijo*, a fin de que El sea el primogénito entre muchos *hermanos*»

[17] «Esta vida divina, dice Lejeune (*Man. de Theol. myst.* p. 175), habita en nuestras almas sin que nosotros tengamos directamente conciencia de ella. Su presencia se nos descubre a veces por la energía sobrehumana que nos comunica, por las victorias que nos hace alcanzar. Pero, mientras dura nuestra existencia terrestre, no percibimos (por lo común) directa ni indirectamente estas realidades divinas. El velo no se descorrerá por completo hasta la gloria. Entonces solamente, según la expresión de Bossuet, reconoceremos que «la vida de la gracia y la de la gloria es una misma, por cuanto no hay entre ellas otra diferencia que la que existe entre la adolescencia y la edad madura. La gloria no es otra cosa que una manera de descubrimiento que se hace de nuestra vida escondida en este mundo, pero que debe mostrarse plenamente en el otro». «Dios, dice el P. Froget (*L'habitation du St. Esprit* p. 159), está real, física y substancialmente presente al cristiano que está en gracia; y esto no es una simple presencia material, es una verdadera *posesión*, acompañada de un comienzo de *fruición*; es una unión incomparablemente superior a la que tienen con su Creador las otras creaturas, y que no es sobrepujada sino por la unión de las dos naturalezas divina y humana en la persona del Verbo encarnado; una unión que, llegando a cierto grado, es ya un anticipado gusto de los gozos eternos, una incoación o preludio de la bienaventuranza. Así Santo Tomás no duda afirmar que hay desde esta vida en los santos un comienzo imperfecto de la futura felicidad, comparable a los frutos que van apareciendo»: *per quamdam inchoationem imperfectam futurae beatitudinis in viris sanctis etiam in hac vita... cum iam primordia fructuum incipiunt apparere* (S. Th., 1-2, q. 69, a. 2).

[18] «Haec autem mira coniuctio, quae suo nomine *inhabitatio* dicitur, conditione tantum seu statu ab ea discrepat qua caelites Deus beando complectitur» (León XIII, encycl. *Divinum illud Munus*). Por eso la vida de la gracia es ya un verdadero comienzo de la de la gloria. «*Gratia* nihil aliud est quam *inchoatio gloriae in nobis*» (S. Th., 2-2, q. 24, a. 3 ad 2).

(Rom. 8, 29). Así es como, siendo fieles, «nos vamos transformando en su misma imagen, subiendo de claridad en claridad, como animados de su Espíritu» (2 Cor. 3, 18). Por eso debemos procurar siempre *revestirnos de Jesucristo*, y de tal modo que lleguemos a ser *una misma cosa con El*. De esta suerte, como dice San Crisóstomo [19], «participamos del mismo *parentesco* del Hijo de Dios y nos hacemos del mismo *linaje*; puesto que lo poseemos a El y estamos transformados en su semejanza. Aún más; el Apóstol no se contenta con decir que *nos hemos revestido de Jesucristo*, sino que añade que *somos una sola cosa en El*; es decir, que tenemos la misma forma, el mismo tipo: ¿puede haber cosa más estupenda y más digna de ponderación? El que antes era un pagano, un judío o un esclavo, lleva ahora la imagen, no de un ángel o de un arcángel, sino del Señor de todas las cosas, representando a Cristo».

Esta prodigiosa unión del Dios infinito con los seres finitos no es como la absurda derivación gnóstica, o como la repugnante confusión panteística: es una inefable comunicación amorosa y libre, pero íntima e inconcebible, de la vida divina a las criaturas racionales, donde lo sobrenatural y lo natural, lo divino y lo humano, se juntan, se harmonizan y se compenetran, sin que por esto se confundan. Dios permanece siendo el mismo, el Dios inmutable; mas el hombre, sin dejar de ser hombre, queda *deificado*... Permanece su naturaleza íntegra, pero en otra forma; pues no sólo es purificada y reintegrada en su nativa hermosura, sino realzada y encumbrada hasta la altura de la Divinidad, irradiando con verdadero esplendor divino, a semejanza del hierro que, metido en el horno, pierde toda su escoria, y sin dejar de *ser hierro*, queda *hecho fuego*. La razón humana sería incapaz de sospechar siquiera esta maravilla de amor; y por eso, al tener ya de ella cierta idea vaga, y querer explicarla a su modo, incurrió en tantísimas aberraciones.

Mas la divina Revelación harmoniza los extremos sin confundirlos, ni menos destruirlos; y así extiende y esclarece inmensamente nuestros horizontes. Nos hace ver cómo la vida íntima de Dios no es la de un Dios *uno* y *solitario*, cual aparenta ser el *Dios absoluto* de los filósofos, conocido tan sólo por el reflejo de la unidad de la naturaleza divina en las obras de la creación, sino la del verdadero *Dios vivo* que, siendo *uno* en naturaleza, es *trino* en Personas... Este admirable misterio de la vida divina en sí, a que jamás hubiera podido la filosofía

[19] *In Gal.* 3.

llegar—por lo mismo que las obras *ad extra* por ella estudiadas, siendo comunes a toda la Trinidad, sólo pueden indicarnos de algún modo la unidad de Poder y de Esencia—es la base de todo el orden sobrenatural, fundado, no en las simples relaciones de *causalidad*—como son las que ligan la creatura al Creador soberano—, sino en las de una *amistad* cordial e íntima, que presupone verdadera *semejanza.* Todo cuanto se refiera a ese orden de *relaciones amistosas*, aunque sean las obras más insignificantes—como, por ejemplo, fregar un plato, servir a un enfermo o lavar los pies a un pobre por amor a Jesucristo—, pertenece de lleno al *orden sobrenatural*; mientras que las más altas especulaciones de un filósofo sobre las maravillosas e infinitas perfecciones del «Ser Supremo, del Ser Absoluto e Incognoscible, que trasciende *sobre toda la naturaleza*», si no van alumbradas de la divina luz de la fe, son puramente *naturales,* sin el menor valor meritorio para la vida eterna.

Así es como se distinguen los dos órdenes, a pesar de compenetrarse; y así vemos cómo lo sobrenatural no es una *imposición violenta* ni una *interpolación* de lo natural, destructora de su continuidad y harmonía; sino que es una encumbración de la misma naturaleza que, sin perder nada de sus verdaderas perfecciones, queda en todos sus aspectos revestida de maravillosos encantos y virtudes, como realmente *deificada,* o sea elevada hasta un *orden divino.* Lo sobrenatural no es, pues, ningún *trastorno* de lo natural, sino una *sobreordenación*; no es una cosa extraña y violenta, sino una realidad íntima, confortadora y harmónica, un nuevo modo de vida que todo lo compenetra, lo reintegra, lo ennoblece y lo realza, así como la vida racional ennoblece y realza la sensitiva, y ésta a la simplemente orgánica.

La *participación* que tengamos de la *vida íntima de Dios,* ésa es nuestra *vida sobrenatural.* Las nuevas relaciones que por ella nos ligan con El y con nuestros prójimos, son como un reflejo de las que median entre las tres adorables Personas [20]. La Trinidad divina—dijimos—es la vida sobrenatural por esencia; la gracia santificante que nos hace hijos de Dios, coherederos de Cristo y templos vivos del Espíritu Santo, es la vida sobrenatural redundando en nosotros por participación. Dios es la misma *Vida,* y esa vida es *luz de los hombres* (Io. 1). Nuestro Dios no es una abstracción filosófica: es el *Dios Vivo,* el *Viviente* por excelencia: *Vivens Pater.* Mas su vivir es conocer y amar; el conocimiento y amor son su misma vida; y el término adecuado

[20] Sta. M. Pazzis, *Obras* 4.ª p., c. 9.

de sus acciones es su misma Divinidad. En El hay una simplicidad absoluta, con perfecta identidad entre el ser y el obrar, entre el principio y el término de la acción, y entre unos atributos y otros, el ser es vivir, el vivir es obrar, y sus acciones no sólo son *vitales,* sino que son *Vida.* Y, sin embargo, hay en El distinción personal: Dios Padre, viviendo la plenitud de la vida, se conoce eterna e infinitamente, y conociéndose produce o profiere *ab aeterno* el *Verbo* de su sabiduría, fiel representación viviente y personal de su ser infinito; y esta dimanación del Verbo, así proferido por vía de inteligencia y *semejanza,* es su eterna *generación*: el Verbo es verdaderísimamente *Hijo* de Dios Padre, *ex quo omnis paternitas in caelo et in terra nominatur,* y, por lo mismo, es a su vez ejemplar de toda *filiación.* Mas el Padre y el Hijo se contemplan y se aman infinitamente en la plena comunicación de la misma Esencia; y el término de este ímpetu o *aspiración* con que se aman, el eterno abrazo con que se estrechan, es un *Amor* infinito, personal a la vez que consubstancial... Misterio de vida inefable, que la razón humana nunca podría descubrir, ni aun manifestado podrá comprenderlo; pero cuya realidad nos la atestigua infaliblemente la fe, y la *sienten* con plena certeza, aun en este mundo, las almas iluminadas [21].

¡Pues de esta portentosa vida nos hace Dios participar al sobrenaturalizar la nuestra *deificándonos!* Por su dignación, entramos en sociedad con las mismas Personas divinas, de tal modo que siempre esté repercutiendo en nosotros ese inefable misterio, reproduciendo el Padre su Verbo en nuestros corazones, e infundiéndonos y aspirándonos ambos juntamente su Espíritu de Amor [22]. Así cada Persona nos imprime su propiedad y nos hace participar de algo suyo: el Padre, dándonos su *ser divino*; el Espíritu Santo, *vivificándonos* y *santificándonos* al derramar su caridad en nuestros corazones; y muy particularmente el Verbo, directamente *desposado* con nuestra naturaleza por la Encarnación, y con toda la Iglesia y cada una de las almas justas, por la gracia de su Pasión sacratísima, haciendo que con El nos *configuremos*; ya que el Padre nos *predestinó para ser conformes a la imagen de su Hijo* (Rom. 8, 29), y a ese fin nos llama y nos justifica, dándonos el Espíritu de adopción y de promisión. Así, morando en nosotros la *Caridad* del Padre, vienen también a morar el Padre y el Hijo (Io. 14-23; 1 Ep. 4, 13. 16); y somos templos vivos de toda la Trinidad, y un pequeño cielo donde Dios reina y es glorificado y se glorifica a la

[21] Cf. STA. TERESA, *Morada* 7, 1.
[22] Cf. TAULERO, *Div. Inst.* c. 33-34.

vez en nosotros, dejando irradiar sobre nuestras almas los resplandores íntimos de su claridad eterna (Io. 17, 22) para que seamos una cosa con El mismo; y así cada Persona divina influye según su propiedad especial en la obra de nuestra deificación. Quien tiene el Espíritu de Amor, tiene la vida eterna inmanente en sí mismo; y ésta es la misma vida que estaba en el Padre, y se nos manifestó en el Verbo (1 Io. 1, 2-7; 3, 15; 4, 12-13; 5, 11-12).

Si tantos cristianos que procuran vivir en gracia no se dan cuenta de su propia dignidad y de esta gloriosa *herencia de los siervos de Dios*, es porque viven muy tibiamente y no estudian de continuo en el *libro de la vida*, que es Jesucristo nuestro Salvador, modelo y verdadera luz de los hombres (cf. Is. 54, 17; 55, 1-6). Si lo estudiaran y lo imitaran, a buen seguro que, a través de su santa Humanidad, irían descubriendo los inefables misterios de la Divinidad y de toda la Trinidad (Io. 14, 9-21; 1 Ep. 5, 20); llegarían a saber los *tesoros de ciencia y de amor que en El están encerrados*, y vendrían a quedar *llenos de la misma plenitud de Dios* (Col. 2, 2-3; Eph. 3, 17-19).

Si en nosotros no puede existir la absoluta simplicidad e identidad entre el ser, el obrar y el término de la acción—porque Dios respeta y no destruye la naturaleza por El formada para que sea sujeto de la gracia—no por eso deja de existir *real* y *físicamente* una participación de su misma vida, que reproduciéndose en nosotros, cuanto es posible, en harmonía con la nuestra, sin privarnos de ser hombres, antes haciéndonos *hombres perfectos*, nos deja a la vez *deificados*. Esta deificación es tan profunda, que penetra hasta lo íntimo de nuestra substancia, y tan intensa y extensa que eleva al orden de lo divino nuestro ser, con nuestras facultades y acciones.

Ya por naturaleza éramos de algún modo—aunque sólo analógica y remotamente—imágenes de Dios. Nuestra alma es espiritual, y conoce y ama la verdad y el bien, en lo cual ofrece como un vestigio de la Trinidad adorable. Pero toda nuestra felicidad natural consistiría en el más perfecto conocimiento y amor que pudiéramos tener contemplando los divinos resplandores sólo a través de las maravillas de la creación. Así, por perfectos que fueran ese amor y conocimiento, ¡qué distancia y qué abismo tan infranqueable no quedaban para siempre entre el soberano Hacedor, tal como es en Sí mismo, y nosotros, pobres creaturas suyas!... Si hubiéramos permanecido en el puro orden natural, sin ser elevados a la *vida*, al *conocimiento* y *amor* sobrenaturales, no poseeríamos formal y físicamente un

er divino ni tampoco tendríamos *facultades* ni fuerzas o *virtudes* y *energías divinas*; y entonces nuestro conocer y amar no alcanzarían jamás a Dios en Sí mismo, y no podríamos abrazarlo con estos dos actos, que son los brazos con que ahora nos es dado estrecharlo. La *intuición espiritual* y el entrañable y amistoso amor de *caridad* nos serían del todo imposibles. En vez de gozar de Dios substancial y amorosamente comunicado a nuestras almas para hacerlas participantes de su misma felicidad, estaríamos eternamente separados de El tal como es en Sí, contemplaríamos una pura abstracción, una simple *idea* de Dios, en vez de su *cara* amorosa; y amaríamos un bien separado de nosotros, en vez del *Dios de nuestro corazón*, y *nuestra herencia eterna.*

Mas El, por un prodigio de amor que nunca podremos suficientemente admirar—ni menos debidamente agradecer—se dignó *sobrenaturalizarnos* desde un principio, elevándonos nada menos que a su misma categoría, haciéndonos participar de su *vida*, de su *virtud* infinita, de sus *acciones* propias y de su eterna *felicidad*: quiso que fuésemos *dioses... hijos del Excelso* (Ps. 81, 6), *domésticos, familiares, amigos y herederos* suyos (Rom. 8, 17; Eph. 2, 19; Io. 15, 14-15), con quienes conversa afablemente, a quienes se manifiesta (Sap. 6, 13-14; 8, 3; Jn. 14, 17-23; 1 Jn. 4, 7), y que, por lo mismo, de verdad le conocen y le aman a El en Sí, y no se contentan con sólo una vaga *idea* de lo divino. Para esto bastaría la *gracia elevante*, que transformaba y deificaba la naturaleza pura e íntegra.

Mas por el pecado perdimos totalmente la *herencia* divina, con la dignidad de hijos de Dios, perdiendo su gracia y amistad. Y no sólo quedamos *despojados de los dones gratuitos,* sino también *dañados en los naturales*, puesto que la desobediencia atentó contra el mismo orden natural. Así no sólo desapareció de nosotros la sobrenatural imagen divina que nos deificaba, sino que se desfiguró casi hasta borrarse la que por naturaleza teníamos. Y de este modo nacemos a imagen del hombre prevaricador, hijos de ira, con tendencia al mal e incapacitados para practicar todo el bien que la misma razón natural propone, y aun para conocerlo y amarlo con la perfección naturalmente requerida. De ahí que, para restablecer el primitivo orden, no baste una gracia como aquélla, que se reduzca a *elevarnos*; se requiere una tal, que nos *sane y reintegre* en el primitivo ser, a la vez que nos *transforme* y *eleve* al orden divino. Es menester *restaurar* los rasgos borrosos de la *imagen* natural de Dios para que sobre ellos pueda imprimirse su verdadera *semejanza* sobrenatural. Así

el hombre, «creado a imagen y semejanza de Dios», tiene que ser de nuevo *reformado* según aquella *imagen*, y *creado* según esta divina *semejanza.*

Y el Señor, en su infinita misericordia, en vez de abandonarnos como a los ángeles rebeldes, tuvo compasión de nuestra flaqueza terrena, y quiso que «donde abundó el delito *sobreabundara* la gracia» (Rom. 5, 20), determinando realizar la maravilla de los siglos, haciendo que su Verbo no sólo encarnara para deificarnos (Jn. 1, 12) [23], sino que padeciera para sanarnos, purificarnos, fortalecernos, aleccionarnos, pagar nuestras deudas y colmarnos de tales méritos, que, de deudores, quedemos convertidos en acreedores, elevándonos así a una altura mucho mayor que la primitiva [24]. Vino, pues, el Verbo de Dios a *restaurar* la naturaleza y *realzar* la gracia, lavándonos con su Sangre en el baño de la regeneración para que renazcamos y resucitemos gloriosos y vencedores de la muerte. Así somos de nuevo «*creados* en Jesucristo en obras buenas», a imagen y semejanza de este hombre celestial y divino, después de haber nacido a imagen y semejanza del terreno. De ahí la necesidad de despojarnos de éste para revestirnos de aquél (1 Cor. 15, 47-49). Esta gracia, que nos sana y reintegra, para curar tan hondas llagas tiene que obrar de un modo muy doloroso; pero, cuanto más dolorosa, tanto más gloriosa: haciéndonos «crucificar nuestra carne con sus vicios y concupiscencias, para proceder en todo según el Espíritu de que vivimos, como miembros de Cristo» (Gal. 5, 24-25), nos va llevando progresivamente a la perfecta configuración con nuestro Salvador y modelo. Así se verifica esa elaboración penosa y venturosa en que, «renovándonos según el Espíritu de nuestra mente, nos despojamos de los hábitos del hombre viejo para

---

[23] S. Agustín, *Serm.* 13 y 166; *Epist.* 140 *ad Honor.* c. 4; S. Atanasio, *Serm.* 4 *contra Arian.*

[24] Tanto de parte de la criatura como del Creador agraviado, decía el Padre Eterno a Santa Magdalena de Pazzis (*Obras* 3.ª p., c. 3), «la Redención fué una obra más grande que la Creación. Por ella la criatura (humana) no sólo recobró la inocencia perdida, sino que obtuvo unas ventajas que no tenía antes... Al quedar unida a la Divinidad, gracias a los méritos del Verbo, se hizo digna de la visión beatífica... De ahí que ciertas criaturas conozcan mejor que los mismos ángeles la Esencia divina, mi Ser eterno y el modo de unión contraída por el Verbo con la humanidad, modo completamente ignorado y oculto para los hombres; y eso en recompensa de su virtud, que sobrepuja a la de los ángeles. Pues éstos... no tuvieron que sufrir para conservar la gracia; mientras la criatura no se conserva en ella sino a fuerza de sufrimientos y trabajos. Y justo es que alcance mayor recompensa».

revestirnos del nuevo, creado, según Dios, en verdadera santidad y justicia» (Eph. 4, 22-24).

Y si—por vivir según la carne, y no mortificarnos, conforme pide el Espíritu (Rom. 8, 13)—tenemos la desgracia de *morir*, perdiendo por nuestra fragilidad y malicia esa inapreciable vida de la gracia, podemos recobrarla de nuevo, rociándonos con la Sangre de Jesucristo, por la Penitencia, no ya para *renacer*, pues no se nace para la gracia como tampoco para la naturaleza más que una vez sola, sino para *resucitar* de muerte a vida. Y cuando, sin llegar a perder esta vida por culpas graves, la debilitamos, enfermando, por las leves, ese mismo baño nos sana y nos restablece, a la par que nos ayuda a renovarnos, purificándonos de los resabios del *hombre viejo*[25].

En suma, si no fuera por el pecado—que trastornó el mismo orden de la naturaleza—no se necesitaría nada más que la *gratia elevans* para deificarnos; y por medio de las buenas obras que, con esa gracia y las consiguientes virtudes e influencias divinas, gustosamente practicaríamos, creceríamos alegres y venturosos en la vida sobrenatural hasta llegar a la madurez de poder ver a Dios cara a cara, entrando de lleno en su gloria. Mas, por causa de la primitiva caída y de la creciente degradación proveniente de los nuevos pecados, tenemos a la vez que *levantarnos*, rehabilitarnos y *regenerarnos*, renaciendo para Dios y *reintegrando* la pureza natural, mediante la nueva gracia *sanans et elevans* de nuestro Redentor y Salvador, pelícano celestial que nos rocía con su sangre para que tengamos vida y una vida copiosa, de modo que seamos verdaderamente *santos e inmaculados en presencia de Dios*. A este fin se nos ofrece por guía, por modelo y aun por alimento, siendo *camino, luz y vida*, ya que *nadie puede ir al Padre sino por El* (Io. 14, 6).

Pero, como verdadero y vital modelo, si nos vivifica sin trabajo nuestro—cuando no estamos aún en condición de cooperar, como sucede en los niños—no excluye, sino que exige nuestra plena cooperación en cuanto podemos prestarla, a fin de que nos configuremos con El y podamos, por la virtud de su Sangre, remontarnos a gran altura. Como El padeció por nuestro amor, quiere que, a semejanza suya, padezcamos por amor de El y mayor provecho nuestro. Así, el curar nuestras llagas, el despojarnos del hombre viejo y vestirnos del nuevo no se hace sin gran violencia y dolor. Y aun el crecer en gracia y conocimiento de Dios, mediante la contemplación de su vida y la imitación de

[25] Cf. SANTA CATALINA DE SIENA, *Epist.* 52, 57, 58, 60, 106, etc.

sus obras, y el subir por las escarpadas sendas de la perfección cristiana—inclinados como estamos al mal—no puede hacerse sin fatigas y sin penosos esfuerzos, por lo menos hasta que logremos arrancar como de raíz las malas inclinaciones. De ahí que ahora *el Reino de Dios padezca violencia, y solamente los esforzados puedan arrebatarlo* (Mt. 11, 12); porque nuestro Dios reina desde la cruz: *Regnabit a ligno Deus*; y, para unirnos plenamente con El, tenemos que seguirle por las dolorosas y ensangrentadas sendas del Calvario [26].

Pero allí levantado es donde precisamente atrae a sí todas las cosas, y por eso, siguiéndole como a modelo y verdadera luz del mundo, «no andamos en tinieblas, sino que tendremos eterna *luz de vida*», con la cual conoceremos al Padre. Y conociéndole, viendo en su Luz la misma Luz de su cara, sentiremos las corrientes de *vida* perdurable que con esa luz nos vienen, y beberemos en la fuente de agua viva, en el torrente de las divinas delicias, oyendo la dulcísima voz del buen Pastor que conoce a sus ovejas y se las da a conocer, las llama por su nombre y les da vida eterna (Io. 10; Ps. 35, 9-10).

Así, pues, si nos aprovechamos de la gracia de nuestro Salvador, en esta misma vida seremos deificados, tendremos el reino de Dios en nuestros corazones, viviremos en íntima sociedad con El, le poseeremos y seremos de El poseídos, y mereceremos el nombre de *dioses*; pues realmente nos hacemos dioses e hijos de Dios vivo, capaces de obrar *divinamente*, conociéndole y amándole en Sí mismo, por la gracia que se dignó comunicarnos como una participación de su misma vida que Jesucristo nos mereció: *Gratia Dei vita aeterna, in Christu Iesu* (Rom. 6, 23).

La *deificación* que, como dice San Dionisio [27], es la más perfecta posible asimilación y unión con Dios—*Ad Deum quanta fieri possit assimilatio, et unio*—implica, pues, por una parte, la inmanencia de esa misteriosa gracia que, como *forma interna* de nuestra justificación, nos purifica, transforma, santifica y deifica; por otra, la presencia íntima y substancial de toda la Trinidad reinando en nuestras almas y dándoles vida eterna; y, por último, la comunicación amistosa con todas y cada una de las

[26] «Las consecuencias del pecado, que el bautismo no destruye, las transforma dándoles virtud expiatoria, uniéndolas con las satisfacciones de Jesucristo; quien así, después de sufrir en el cuerpo real, sufre en el místico, hasta en el niño recién nacido a la gracia» (JAFFRÉ, *Sacrifice et Sacrement* p. 235).

[27] *Eccl. Hier.* c. 1, n. 3.

divinas Personas, mediante las operaciones de esa vida de la gracia; cuales son los actos de conocimiento, sentimiento, tendencia y amor que tienen a Dios en Sí por objeto inmediato.

A discurrir filosóficamente, nos convendría ahora examinar en particular cada una de estas cosas, para precisar en qué consisten y poder luego formarnos una más cabal idea del conjunto. Pero como ese todo inefable sólo puede apreciarse o admirarse debidamente considerándolo en su integridad y plenitud, al querer examinar cada cosa aparte, se desvanece el indefinible concepto que debíamos formarnos; y así, cuando logramos precisar y formular algo a nuestro gusto, hemos despojado esas nociones de su contenido divino, y, en vez de la siempre misteriosa vida sobrenatural, ponemos nuestras estériles apreciaciones, que nos dejan tanto más fríos e insensibles cuanto más claras y comprensibles nos parecen. Por eso dice muy bien Santa Teresa [28] que, a diferencia de las misteriosas palabras del Evangelio, que tanto la impresionaban, «los libros muy concertados» le repugnaban y hasta le hacían *perder la devoción*. Y es porque, como notaba muy bien Ollé-Laprune [29], «el exceso de la abstracción fácilmente nos hace perder de vista el todo real y viviente que somos» [30]. Preferiremos, pues, imitar en lo posible el método de los Padres en no abstraer ni menos *separar* unos conceptos de otros, sino estudiar siempre—aunque desde diversos puntos de vista—la mismísima *realidad*, multiplicando los aspectos y las imágenes sólo para ver mejor el inefable *todo* vital que con ninguna suerte de términos ni de consideraciones puede agotarse. Esto tiene el inconveniente didáctico de obligar a repetir muchas veces una misma idea, hablando, por ejemplo, de la inhabitación al tratar de la gracia en sí, y de la regeneración y adopción al estudiar la santificación, y de la gracia santificante al considerar la caridad y lo dones, etc. Pero así sucede en las Escrituras, en los antiguos Padres y aun en los grandes místicos, que dicen lo que *sienten*; y siempre sienten el mismo fondo inefable, aunque cada vez en uno nuevo de sus

[28] *Camino de perfec.* c. 21.
[29] *La vitalité chrét.* p. 149.
[30] Por eso vemos que las hagiografías que se reducen a ponderar cada virtud en particular—fuera de sus cuadros naturales, sin progreso histórico y sin el vigor y realce que unas a otras se comunican—en vez de cautivar, más bien producen como una impresión monótona y molesta, donde no se percibe nada vital, nada que sea propio y característico del biografiado. Mientras la sencilla exposición de los hechos en concreto, con su debido orden, donde en harmonía concurren y se desarrollan todas las virtudes juntas, y se deja ver lo que es propio de cada uno de los siervos de Dios, nos cautiva y embelesa con una impresión indeleble. Aquéllas carecen de animación y de vida y son como notas aisladas; mientras una buena biografía de un santo debe tratar como de estereotipar en lo posible el sublime concierto de sus maravillosas acciones, tal como fué producido por el divino Artista.

inagotables aspectos. Y por esto su lenguaje, si no halaga las inteligencias que aspiran a *comprender*—las cuales se figuran oír siempre la misma canción ininteligible—, en cambio conmueve todos los corazones profundamente cristianos, que *viven* intensamente de esa inefable realidad, cuya contemplación nunca sacia, sino que siempre excita nueva hambre... *Qui edunt me adhuc esurient*... A eso nos atendremos, aun a trueque de ser pesados, en la seguridad de que esas repeticiones podrán ser útiles a muchas almas.

ARTICULO II

La gracia de Dios y la comunicación del Espíritu Santo

§ I.—La gracia santificante.—Sus efectos: da nueva vida, transeleva en el orden del ser y deifica la substancia del alma.—La regeneración y el renacimiento; la transformación y la renovación; la gracia y la naturaleza.—Nuestra creación en Jesucristo: la gracia en sí y la gracia participada.

La gracia, diremos con el Catecismo, es *un ser divino que hace al hombre hijo de Dios y heredero del cielo*. Con esto está dicho todo cuanto puede decirse: el caso es apreciar debidamente los términos de esta admirable definición, teniéndola más bien por un pálido reflejo de tal realidad, que no por una exageración atrevida.

La gracia santificante nos da verdaderamente un *ser divino*, puesto que nos *deifica*; y un ser *substancial* o *esencial*, y no *accidental*—como muchos lo suponen—puesto que nos *transforma* hasta en lo más hondo, haciéndonos *ser* realmente—y no sólo parecer—*semejantes* a Dios, como hijos suyos de verdad y no de puro nombre o de meras apariencias [1]. Es verdadera vida divina: *Gratia Dei, vita aeterna*, y la vida es algo *substancial* y *esencial;* y así la infusión de una nueva manera de vida nos eleva en el mismo orden del *ser*, y no puramente en el del obrar, ni menos en el de aparentar: *Vivere in viventibus*, dice Santo Tomás, *est ipsum esse*.

Si la gracia puede llamarse *accidental* con respecto al *hombre*—porque puede unírsele y quitársele sin que él deje de ser

[1] «La gracia, escribe el V. Granada (*Guía de pecadores* l. 1, c. 14), tiene esta maravillosa virtud de *transformar al hombre en Dios*; de tal manera, que, sin dejar de ser hombre, participe en su manera las virtudes y pureza de Dios.»

lo que es—con respecto al buen *cristiano*, al *homo divinus*, tan *esencial* es, que sin ella queda *muerto* y reducido a la tierra del viejo Adán; pues ella es lo que le hace ser hijo de Dios y miembro vivo de Jesucristo [2].

No puede, pues, ser en sí un mero *accidente*, porque los accidentes, aunque nos hagan aparentar muy distintos, nos dejan, sin embargo, con el mismo ser, y por eso pueden variar en un mismo sujeto. No es tampoco reductible al orden de las *propiedades* porque éstas dimanan del ser, y lo *suponen*; como *inamisibles* lo *caracterizan*, mas no lo *constituyen*. Luego, según nuestro modo humano de apreciar las cosas, la vida de la gracia pertenece necesariamente al orden *substancial*, y tiene por *propiedades* la caridad y demás virtudes y hábitos que siempre la acompañan y con ella desaparecen. Estas propiedades que de ella dimanan —y por lo mismo con ella las recibimos como en germen—vienen a constituir las *potencias operativas* de la misma gracia; los verdaderos *accidentes* de este orden son todos los aspectos cambiantes, todos los influjos transitorios y todas las peripecias de la vida sobrenatural.

Por lo mismo que es algo substancial y que nos eleva en el orden del *ser*, la recibimos, conforme enseña Santo Tomás, en la misma *esencia* o *substancia* del alma para transelevarla, no en sus potencias: en éstas se reciben tan sólo las virtudes y energías operativas que las corroboran y transforman, ordenándolas al fin sobrenatural y haciéndolas capaces de obras divinas [3]. Que así se recibe en la esencia del alma, para *deificarla*,

[2] Si es cierto que, como dicen los teólogos, «lo que está en Dios substancialmente viene a estar *accidentaliter* en el alma», diremos que este «ser divino», *quoad animam humanam, est quid accidentale*: *quoad vero animam viventem supernaturaliter, est ipsa vita.*

«Licet gratia non sit principium esse naturalis, est tamen *principium esse spiritualis*, per quod naturale *perficitur*» (S. Th., *In II Sent.* d. 26, a. 4 ad 1).

[3] «Infunditur divinitus homini ad peragendas actiones ordinatas in finem vitae aeternae primo quidem gratia per quam habet *anima* quoddam spirituale *esse*» (S. Th., *De virt. in comm.* q. un., a 10). Esa gracia está «in *essentia animae*, perficiens ipsam, in quantum dat ei quoddam *esse spirituale*, et facit eam per quamdam assimilationem *consortem naturae divinae*, sicut virtutes perficiunt potentias ad recte operandum» (Id., *De verit.* q. 27, a. 6).—«Immediatus effectus gratiae est conferre *esse spirituale*, quod pertinet ad informationem subiecti...; sed mediantibus virtutibus et donis est elicere actus meritorios» (Id., *ib.* a. 5 ad 17). «Sicut per potentiam intellectivam homo participat *cognitionem divinam* per virtutem fidei, et secundum potentiam voluntatis *amorem divinum* per virtutem charitatis; ita etiam per *naturam animae* participat... *naturam divinam*, per quamdam *regenerationem* sive *recreationem*» (S. Th., 1-2, q. 110, a. 4).

es hoy generalmente admitido [4]. Egidio Romano—que es uno de los mejores discípulos del Angélico Doctor—lo probó ya con muchas e irrecusables razones [5].

«¿Cómo se realiza, pregunta Froget [6], esta *deificación?* ¿De qué modo maravilloso se hace esta inoculación de la vida divina?—Ordinariamente por el bautismo, constituyendo una verdadera *generación* que termina en un *nacimiento real.* Esta nueva generación de que tantas veces se habla en las sagradas Letras, este segundo nacimiento tan celebrado por los Padre e incesantemente recordado en la Liturgia: generación incomparablemente superior a la primera, puesto que en vez de una vida natural y humana, nos transmite una sobrenatural y divina; nacimiento

[4] Pourras (*Theol. sacram.* p. 179) resume la doctrina escolástica en estos términos: «La gracia habitual es la *vida divina* comunicada al alma. Como adherida a la misma *substancia* de ésta para *deificarla,* se llama *gracia santificante,* y como adherida a las facultades para hacerlas capaces de obrar sobrenaturalmente se identifica con las virtudes infusas, con las cuales se relacionan los dones del Espíritu Santo. La gracia santificante, las virtudes y los dones constituyen la *gracia habitual*: todos los sacramentos sin excepción la producen».

[5] «Ipsum *esse spirituale* quod habet homo, habet a gratia, iuxta illud Apostoli *ad Cor.*: *Gratia Dei sum id quod sum...* Cum esse respiciat essentiam, sicut posse potentiam... Christus dicit nos *regeneratos* esse per aquam et Spiritum S... Sed ista generatio est per gratiam...; per gratiam enim generamur filii Dei... Sicut igitur non dicitur aliquid generari naturaliter, nisi accipiendo *substantiam* et *naturam*; ita non dicitur aliquid generari spiritualiter secundum animam, nisi accipiendo *aliquid spirituali in ipsa substantia animae et natura.* Sicut ergo per generationem naturalem accipimus esse naturale, ita, per generationem spiritualem accipimus *esse spirituale...*

»Sicut non potest aliquid habere operationem talem, nisi habeat esse tale, sic non possumus habere *operationem divinam,* nisi habeamus *esse divinum.* Virtutes ergo theologicae quae sunt in potentiis animae et faciunt operationes divinas... non possunt facere illas operationes, nisi habeamus *esse divinum,* quod est per gratiam. Sicut ergo illae virtutes sunt in potentiis per quas *spiritualiter agimus,* ita gratia est in ipsa essentia animae per quam *spiritualiter sumus...* Nam nec agere nec pati possumus spiritualiter nisi simus *essentiati spiritualiter...*

»Sicut imago creationis est in essentia animae et in tribus potentiis, quia homo creatus est ad imaginem Dei, et in eo est una essentia animae et tres potentiae vel tres vires, sicut in Deo est una essentia et tres personae; sic in homine est imago *recreationis,* prout gratia est in essentia animae, et tres virtutes theologicae sunt in tribus potentiis...

»Sicut Deus in actu creationis prius producit naturam et essentiam rei, postea producit accidentia propria et naturalia; sic in actu recreationis prius *perficit essentiam animae* per gratiam, et postea perficit naturales potentias per virtutes» (Egid. Rom., *In 2 Sent.* d. 26, q. 1, a. 3).

[6] P. 274.

admirable que hace de cada uno de nosotros ese *hombre nuevo,* de que habla el Apóstol, «creado según Dios en la verdadera justicia y santidad» (Eph. 4, 24): generación del todo espiritual, y sin embargo *real,* cuyo principio no es la carne ni la sangre ni la voluntad de varón (Io. 1, 13), sino el libre querer de Dios, *voluntarie genuit nos verbo veritatis* (Iac. 1, 18); nacimiento misterioso que proviene no de semilla corruptible, sino de una incorruptible por la palabra de Dios (1 Petr. 1, 23); generación y nacimiento tan indispensables para vivir la vida de la gracia, como lo son los ordinarios para la natural. Pues la misma Verdad es quien dice: El que *no renazca del agua y del Espíritu Santo no puede entrar en el reino de Dios. Lo que nace de la carne, carne es, y lo que nace del Espíritu, espíritu es* (Io. 3, 5-6). Mas ¿cuál es la naturaleza de este elemento divino y regenerador que el bautismo deposita en nuestras almas y nos hace *deiformes?* ¿En qué consiste este principio radical de vida sobrenatural que un sacramento nos comunica y otros están destinados a mantener, a desarrollar y a resucitar si hemos tenido la desgracia de perderlo? Y puesto que este don precioso, causa formal de nuestra justificación y de nuestra deificación, es la misma gracia santificante, ¿qué cosa es esta gracia?»

He aquí el gran problema que nunca podrá nuestra pobre razón resolver, y que sólo se puede apreciar debidamente contemplándolo y admirándolo a través de los sagrados símbolos de la Revelación y de las sublimes sentencias divinamente inspiradas, o consagradas por la Iglesia. La gracia santificante es vida eterna en Jesucristo... y es también el *don de Dios,* el *agua viva* que apaga toda sed, y que se convierte en las almas en una fuente de vida y energías divinas. Mas «esto lo dijo Jesús del Espíritu que habían de recibir sus creyentes» (Io. 7, 37-39). Así, este divino Espíritu es quien animándonos, y como informándonos, nos hace vivir divinamente con la gracia de su misma comunicación y con la comunicación de su gracia [7].

[7] San Pablo desea a los fieles «la gracia de nuestro Señor Jesucristo y la comunicación del Espíritu Santo», «queriendo, sin duda, indicarnos con esas palabras, observa Santa Gertrudis (*Recreac.* 5), que la «comunicación del Espíritu Santo se confunde en sus principios con la gracia del Salvador. Sabemos que el Espíritu Santo se nos da en el Bautismo y en la Confirmación... Hay, pues, en nosotros el cuerpo y el alma, elementos de la vida natural, y el Espíritu Santo, principio de la vida sobrenatural. Y he aquí por qué San Pablo nos dice también que somos «templos del Espíritu Santo» (cf. S. TH., *In 3 Sent.* d. 13, q. 2, a. 2). Petau (*De Trin.* l. 8, c. 4 ss.) trata de probar con multitud de textos magníficos de los Padres esta propo-

Y esta gracia comunicada, en sí misma, subjetiva e intrínsecamente, es decir, según la frase del Concilio Tridentino [8], esa «*iustitia Dei, non qua ipse iustus est, sed qua nos iustos facit, qua videlicet renovamur spiritu mentis nostrae; et non modo reputamur, sed vere iusti nominamur et sumus*», ésa viene a ser como la misma *impresión* del «sello divino» en nosotros, la *unción* que nos compenetra, nos ablanda y hermosea y santifica, y nos llena de fragancia, haciéndonos exhalar el buen olor de Jesucristo y ser gratos a Dios; es, en suma, la *transformación* o *renovación interior* que en nuestra misma naturaleza se produce con la comunicación, animación o presencia vivificadora del Espíritu santificante [9].

Esta gracia excede infinitamente a toda facultad creada y a todas las exigencias naturales de cualquier creatura, por excelsa que sea; por lo mismo que es una participación de la íntima vida, santidad y justicia divinas [10]. Mas para pasar de la simple vida humana a una tan superior necesitamos la animación de un nuevo *principio vital*—de un orden trascendente—que nos dé un nuevo ser substancial, una como segunda naturaleza con sus respectivas facultades o potencias para poder vivir y obrar divinamente y producir frutos de vida eterna. Esa segunda naturaleza la constituye la misma gracia santificante, que radica en el alma transformada, así como esas potencias son las virtudes teologales y los dones del Espíritu Santo, que nos dan nuevos poderes o facultades, a la vez que elevan nuestras propias energías para que con ellas podamos producir obras sobrenaturales, según la moción del espíritu que nos anima y cuya virtud les da todo el valor y mérito que tienen [11]. Y todas las demás virtudes infusas, así como las mociones y *gracias actuales* son otras tantas disposiciones o fuerzas superiores que confortan nuestra nativa flaqueza y nos ayudan a obrar según Dios [12].

sición: «Spiritus Sancti substantia ipsa donum est quod ad iustos et adoptivos Dei filios efficiendos divinitus infunditur, ut sit *formae cuiusdam instar*, qua status supernaturalis constat».

[8] Sess. 6, c. 5.

[9] S. Th., 3.ª p., q. 7, a. 13.

[10] «Donum gratiae excedit omnem facultatem naturae creatae, cum nihil aliud sit quam quaedam *participatio divinae naturae*... Sic enim necesse est quod solus Deus *deificet, communicando consortium divinae naturae*» (S. Th., 1-2, q. 3, a 1).

[11] «Valor meriti attenditur secundum virtutem Spiritus Sancti moventis nos in vitam aeternam, secundum illud Io. 4: «*Fiet in eo fons aquae salientis in vitam aeternam*» (S. Th., 1-2, q. 114, a. 3).

[12] «La gracia, dice Froget (pp. 360-363), hace en el orden sobrenatural el oficio de *alma*. Así como de la unión de ésta con el cuerpo

Mas no se contenta el divino Consolador con renovarnos, hermosearnos, enriquecernos y fortalecernos con sus gracias, virtudes y dones preciosísimos; sino que hasta se nos comunica y entrega a Sí mismo para ser como el verdadero principio superior de nuestra felicidad y de nuestra nueva vida [13]: el Espíritu de Jesucristo quiere ser la verdadera *vida* de todas las almas cristianas [14]. Así, a la elevación y transformación que en nosotros producen los dones sobrenaturales, se añade una unión inefable con el mismo Dios. El donador viene con sus dones. Pues así como al darnos el ser natural quedó con nosotros como autor del orden natural—por *esencia, presencia* y *potencia*—así al darnos el ser sobrenatural se queda como autor de este orden, cual padre amoroso, cual fiel amigo, cual verdadero esposo del alma y dulce huésped, que en ella mora como en su templo predilecto y en ella tiene sus delicias; y aun cual verdadero principio de esa *vida divina* que le comunica. De su íntima presencia, comunicación y acción vivificadora, resulta en ella la *gracia santificante*, con que la enriquece y hermosea, la renueva y la deja transformada y graciosa hasta en lo más profundo de su misma substancia, penetrándola y envolviéndola como el fuego al hierro y como un rayo de luz a un purísimo cristal [15].

resulta de una materia vil e inerte un ser viviente y humano, así la gracia, verdadera *forma* de un orden superior, comunica a quien la recibe un nuevo ser, un ser espiritual y divino que hace del hombre un cristiano y un hijo de Dios. Y puesto que el ser es la perfección propia de la esencia, así como la operación lo es de las potencias, la gracia es recibirla en la misma esencia del alma, haciéndola participante de la naturaleza divina, mientras las virtudes que la acompañan se reciben en las distintas facultades para elevarlas y perfeccionarlas... Las virtudes infusas están, pues, implantadas en nosotros para elevar y transformar las energías de la naturaleza y hacerlas capaces de operaciones meritorias de vida eterna, como el injerto hace que una planta silvestre produzca frutos preciosos».

[13] «In ipso dono gratiae gratum facientis, Spiritus Sanctus *habetur*, et *inhabitat* hominem. Unde ipsemet S. S. *datur* et *mittitur*».—«Habere dicimus id quod libere possumus uti vel frui ut volumus... Et sic divinae personae competit *dari* et esse *donum*» (S. Th., 1.ª p., q. 43, a. 3; q. 38, a. 1).

[14] «Est vita cuius principium est Christus; est vita Christi qui in ipso Paulo et per ipsum operatur, ideoque in ipso vivit: *Vivit in me Christus*, id est Christus est principium interius, *per Spiritum suum*, mearum cogitationum et actionum» (Palmieri, *Comment. in Gal.* p. 89).

[15] «La creatura, como limitada, no puede comunicarse substancialmente, advertía el B. Enrique Susón (*Unión* c. 5); mas Dios, que infinitamente sobrepuja las comunicaciones de las creaturas, se comunica en esencia, de tal modo que a su infinita e íntima comunicación

Al mismo tiempo le infunde las virtudes y dones sobrenaturales, que perfeccionan y transforman las potencias donde radican, para que así produzcan frutos de vida eterna. De este modo, ella misma es quien, así renovada, enriquecida y transformada, obra ya como hija querida de Dios, aunque todo el valor y el mérito provienen de la virtud del Espíritu que la anima. Todo esto se aclara mucho, según observa el P. Bainvel (pp. 154-6), con la comparación del injerto. «El árbol injertado produce frutos que él solo no producía; sin embargo, los produce por el jugo de la savia y de todas sus energías naturales, como si fueran suyos; el injerto los hace mejores, pero necesita de la planta; y sabido

---

corresponde su misma substancia, comunicada con distinción de Personas».

«El alma, decía Fr. Juan de los Angeles (*Triunfos del amor de Dios* 2.ª p., c. 12), es hecha participante del mismo Dios por un *ilapso deiforme*, esto es, por la gracia, que es don divino que se deriva o resbala de Dios en nosotros y nos *deifica*».

«La gracia, escribe el P. Hugón (*Rev. Thomiste*, mars 05, p. 45), es una efusión del ser divino en nosotros, pues sólo Dios puede comunicarnos su naturaleza y su vida».

«La presencia natural de Dios, observa el P. Monsabré (*Conf.*ª 18, 1875), nada añade a la naturaleza del ser; pero su presencia sobrenatural la transforma. Aquélla deja a las potencias naturales en su actividad propia; mas la sobrenatural las eleva a una manera divina de obrar. Por aquélla comunica el ser natural a la criatura, mas por esta otra presencia sobrenatural hácela participante de su propio ser, de su naturaleza y de su vida... La gracia es al alma lo que ésta es al cuerpo, esto es, una forma que hace del alma un ser sobrenatural, como el alma hace del cuerpo un ser humano... Por la gracia se nos comunica y obra en nosotros la misma substancia divina; pero nosotros somos sus cooperadores, y, por lo mismo, merecedores. Que la gracia sea cualidad o substancia, no importa; lo que sabemos de cierto es que es un don permanente que modifica la misma esencia del alma, y haciéndola realmente participar de la naturaleza y de la vida divina, hace del hombre un verdadero hijo de Dios, y le confiere una belleza y una grandeza incomparables... Dios crea en nosotros, por su eficaz presencia, una vida nueva; y propio es de la vida el ser un principio estable como la substancia que vive... ¡Oh, misterio admirable! Yo estoy todo penetrado de Dios, y verdaderamente participo de su naturaleza y de su vida... ¿Cómo podría yo negarlo..., si *su semilla está en mí..., y la virtud de su generación es la que me conserva?* (1 Io. 3, 9; 5, 18)... Poco es lo que podemos decir; y más vale atenernos al lenguaje de la Escritura y escuchar las sublimes interpretaciones de los Santos Padres... ¡La gracia! es Dios, que se une a nosotros como el fuego se une al hierro y lo hace semejante a sí... Es Dios, que penetra en nosotros como la luz en los cuerpos diáfanos, a los cuales comunica sus propiedades... El hombre mediante la gracia, produce acciones divinas: luego éstas valen más que todas las que proceden de la naturaleza sola».

es que la condición de ésta no deja de influir en el sabor del fruto».

Los teólogos resumen todo esto diciendo que la gracia está en nosotros como una segunda *naturaleza,* cuyas potencias operativas son las virtudes o dones sobrenaturales. Así, contra lo que suponen los protestantes, la misma naturaleza es la que, con la gracia y las virtudes, queda renovada y transformada, de modo que con ellas produzca lo que era incapaz de producir por sí sola. Según ellos, nuestra naturaleza está esencialmente viciada y corrompida, y de ella, ni con ayuda de la gracia, puede salir nada bueno. De ahí que tengan por inútil y aun imposible toda cooperación del hombre al acto sobrenatural. Pero entonces la culpa habría penetrado más hondo que la gracia, y no sería ésta la que *sobreabunda,* como enseña el Apóstol (Rom. 5, 20). La reparación sería no sólo incompleta, sino nula. Y en vano se nos recomendarían con tanto empeño las buenas obras [16]. Mas de querer absorber la naturaleza en la gracia, han tenido que venir a parar al extremo contrario. Dejaron al injerto solo sin la planta: a la gracia sin el concurso de la naturaleza; y así el divino *injerto* se secó, o mejor dicho, no pudo prender en almas impías [17] que no quieren renovarse en el Espíritu, ni aspiran más que a una justicia nominal, imputada y ficticia [18]; y de este modo sólo les podían quedar los frutos naturales. De ahí que hayan venido a parar a un puro naturalismo a pesar de seguir llamándose *cristianos* y «cristianos reformados» [19].

---

[16] «Cum metu et tremore vestram salutem operamini» (Philip. 2, 12).—«Abundantes in opere Domini semper, scientes quod labor vester non est inanis in Domino» (1 Cor. 15, 58).—«Satagite ut per bona opera certam vestram vocationem, et electionem faciatis» (2 Petr. 1, 10).

[17] «In malevolam animam non introibit sapientia, nec habitabit in corpore subdito peccatis» (Sap. 1, 3).

[18] «Spiritus enim sanctus disciplinae effugiet fictum..., et corripietur a superveniente iniquitate» (Sap. 1, 5).

[19] El famoso doctor protestante Sabatier, a semejanza de los puros racionalistas, no queriendo ya reconocer esa misteriosa vida divina que viene a restaurar y realzar la humana, llegó hasta ridiculizar «la vieja e inútil antítesis de lo natural y sobrenatural». Mas con eso, observa Fonsegrive (*Le Catholic.* pp. 34-45), «este *discípulo* de Jesús se condena al naturalismo y racionalismo, dejando evaporarse el sentido de la doctrina de la salvación, absorbiendo toda religión en la moral natural, y sin ninguna idea de lo que él llama *reino de Dios*... El catolicismo profesa que el reino de los cielos no es otra cosa sino la *divinización;* y en esta fundamental creencia se apoya toda la doctrina de lo sobrenatural...Claro está que el hacerse participante de la divina naturaleza no puede ser natural al hombre. De ahí la

Mas en todo el Nuevo Testamento se nos habla con frecuencia de la nueva vida que Jesús nos trajo, para llenarnos de ella y así *restaurarnos* y *convivificarnos.* Desde el principio de su Evangelio, San Juan nos muestra la vida contenida en el Verbo, como una fuente infinita que se derrama a torrentes sobre «todos los que creen en su nombre y lo reciben», puesto que «les da el poder hacerse hijos de Dios. Así es como *hemos sido trasladados de la muerte a la vida* (1 Io. 1, 12), y no a una vida cualquiera, sino a la *vida eterna que en nosotros permanece* (ib. 3, 14-15); de modo que *estando muertos nos convivificó el Señor, perdonándonos nuestros pecados* (Col. 2, 13). A esto vino Jesús, *para que tengamos vida y una vida cada vez más abundante* (Io. 10, 10). «Tanto nos amó Dios, que nos dió a su Unigénito para que no perezcamos, sino que tengamos vida eterna; a esto lo envió al mundo: *ut salvetur mundus per ipsum* (ib. 3, 16-17).

Este principio de vida sobrenatural, que así se nos infunde, se llama ora una *semilla de Dios,* ora una *participación de la naturaleza divina,* y constituye una *filiación real* (1 Io. 3, 1. 2. 9; 2 Petr. 1, 4). Así «la vida divina viene a ser para el alma, dice Bellamy [20], lo que ésta es al cuerpo, y aun algo más. La distinción de naturalezas no impide que la gracia sea realmente *inherente al alma* justificada. Jamás se probará que la justificación, en vez de ser una *renovación interior,* sea—como quieren los protestantes—un simple favor extrínseco de Dios, una imputación convencional de los méritos de Jesucristo. Hay en nosotros una *verdadera vida* de orden superior al de la natural: la Escritura nos habla a cada paso de una *renovación espiritual* y de una *regeneración* (Eph. 4, 23; Tit. 3, 14), con que el cristiano es *constituído* en justicia, y *posee en su corazón* al Espíritu Santo,

---

necesidad de la gracia y, supuesta la caída, de la redención; la eficacia de los sacramentos que, por virtud divina, introducen, mantienen o reintegran en el reino de la gracia; la necesidad del sacerdocio y de la Iglesia y la superioridad de la religión sobre la moral, puesto que la completa y perfecciona. Por la caridad, don de la gracia, la vida divina es ya la que hace circular por las venas del cristiano la savia misteriosa de Jesucristo: *Yo soy la vid, vosotros los sarmientos.*—Antes, Lutero absorbía la naturaleza en la gracia, hoy los protestantes absorben la gracia en la naturaleza y hacen desaparecer lo sobrenatural. Mas el catolicismo proclamó siempre la existencia distinta y sobrepuesta de la gracia y la naturaleza. Nuestros padres lucharon contra Lutero en favor del libre albedrío y de la naturaleza; nosotros tenemos hoy que defender, contra los hijos de Lutero, el dominio de lo sobrenatural».

[20] P. 56, 57.

y lleva *en sí el sello*, la *unción* y aun la *participación de la naturaleza divina* (Rom. 5, 19; 8, 11; Io. 3, 9; 2 Cor. 1, 21-22; 2 Petr. 1, 4). O estas expresiones enérgicas carecen de sentido, o designan, conforme enseña el Concilio Tridentino, algo inherente al alma regenerada».

Así es como tenemos un nuevo ser: «*creati* in Christo Iesu» (Eph. 2, 10), «ex Deo *nati*» (Io. 1, 12-13). Ese es el principio vital que permanece latente en los niños, para ser en los adultos una fuente de actividad: «*gratia illuminationis et iustificationis in parvulis inseritur... eis datur principium vitae quamvis latenter, quod in adultis prorrumpit ad actus*» [21].

Esta vida sobrenatural no quita nada a la naturaleza, ni la impide desarrollarse plenamente, antes al contrario, la sana, la completa y perfecciona; la restaura de la postración en que se encuentra, la corrobora y realza sus energías, dirigiéndolas a un fin incomparablemente más alto. Nos facilita el obrar bien y nos mueve a hacer mejor y por más nobles razones las mismas obras que por ley natural estábamos obligados a hacer; y a la vez nos permite obrar *divinamente*, produciendo frutos de vida eterna, conformes a nuestro superior destino.

No es, pues, la gracia—como falsamente suponen la generalidad de los protestantes—una especie de *manto* que nos haga aparentar revestidos de Jesucristo, quedando en nuestro interior con todas las manchas del pecado y toda la hediondez de la naturaleza viciada; no es tampoco—según algunos de ellos se figuran—la mera presencia del Espíritu Santo, que nos hace *resplandecer* con su divina santidad y justicia, *sin tenerlas* nosotros realmente; sino que, por nuestra misma parte, es algo íntimo, substancial y personal, que se ha hecho verdaderamente *nuestro*, que nos purifica y justifica y renueva y reforma y transforma, y nos regenera y *recrea*, haciéndonos ser semejantes a Dios, como hijos suyos, y por tanto, verdaderamente *justos*, no con la misma justicia *incomunicable* con que El lo es, sino con la *participada* con que nosotros mismos venimos a *serlo*, porque El nos ha hecho tales [22].

[21] S. AGUSTÍN, *De peccat. remiss.* l. 1, c. 9.

[22] Si el Espíritu Santo es la verdadera *alma* que da vida y unidad al Cuerpo místico de la Iglesia, y anima y dirige concertadamente a todos los miembros que en ella *viven*, la gracia es la misma *forma interna* y *propia* de cada uno de estos elementos que constituyen ese cuerpo vivo, donde quedan íntimamente transfigurados según el grado de comunicación y animación del divino Espíritu; el cual, como dice Santo Tomás (3 *Sent.* d. 13, q. 2, a. 2), *est ultima perfectio et principalis totius corporis mystici.*—«Cum datur nobis S. S., decía Ale-

Así como por la *creación* recibimos el *ser natural* y la *vida humana*, así por la *regeneración* recibimos el *ser sobrenatural* y la nueva *vida cristiana*, que es *vida divina*. Por eso la *justificación* es una manera de *creación* sobreañadida—una *recreación*—que nos da un nuevo ser, no ya humano, sino divino: realmente hemos sido creados en Jesucristo, para vivir otro género de vida: *Creati in C.-I. in operibus bonis, quae praeparavit Deus ut in illis ambulemus* (Eph. 2, 10). Mas la *creación* claro está que se refiere al fondo del *ser substancial* y no a los *accidentes*, ni menos a las *apariencias*.

Hemos recibido, pues, con la gracia una nueva realidad aún más que substancial, *sobresubstancial*, que en el mismo orden del ser nos eleva más todavía de lo que pudiera elevar la infusión de un alma en un cadáver, o sea en un cuerpo inerte y mineralizado. Sin la gracia éramos, con respecto al vivir divino. como hediondos cadáveres o como minerales inertes; y por ella somos trasladados de *muerte* a *vida*, del reino de las tinieblas al de la divina luz. Eramos *piedras* brutas y toscas—y, lo que es peor, desgajadas o deformadas—de la cantera de Adán; pero de ellas supo Jesucristo suscitar verdaderos hijos de Dios: *Potens est Deus de lapidibus istis suscitare filios Abrahae* (Mt. 3, 9; Lc. 3, 8).

Por lo mismo que la gracia nos *regenera*, nos hace *ser* hijos de quien por ella nos *adopta*; por ella recibimos esa nueva vida, no humana, sino divina, como eterna que de suyo es. Ella constituye *formaliter* el nuevo *ser* que tenemos, y nos hace ser lo que en Jesucristo *somos*: *Gratia Dei sum in quod sum* (1 Cor. 15, 10). Siendo perfectos cristianos, podemos decir que no somos ya tan propiamente hijos del antiguo Adán, como del nuevo; pues ya no estamos configurados a imagen del hombre terreno, sino a la del celestial, habiendo sido *renovados* y *transformados* (2 Cor. 3, 18). Como *regenerados, renacemos* para Dios a una nueva vida, en que todo se renueva y reforma (Apoc. 21, 5; 2 Cor. 5, 17): para eso recibimos el Espíritu de renovación y santificación, para «renovarnos según el espíritu de nuestra mente, despojándonos del hombre viejo»; pues somos ya una *nueva creatura*, o por lo menos el *germen* o rudimento de una creatura divina: *Initium aliquod creaturae eius*. Y así como la vida ra-

---

jandro de Hales (*Summ.* p. 3.ª, q. 61, m. 2, a. 1-2), *transformat* nos in divinam speciem ut sit ipsa anima assimilata Deo... Ibi est *forma transformans*, et haec est gratia increata; similiter ibi est *forma transformata*, quae derelinquitur... in anima ex transformatione, et haec est gratia creata».

cional, con manifestarse más tarde, nos da un ser más esencial o substancial aún que el sensitivo, sin destruir éste, sino subordinándolo; así también la del Espíritu Santo nos da uno tan superior al racional, como lo es a lo humano lo divino. De este modo nos *recrea, regenera y deifica* [23].

Mas como Dios está infinitamente elevado sobre nuestra humilde naturaleza—y aun sobre toda la naturaleza posible—para deificarnos, hacernos semejantes a El, y verdaderos hijos suyos, tiene que obrar en nuestro ser una *renovación y transformación* profundísima; y esa *forma interna* y *propia*, que nos hace ser —y no sólo reputarnos o aparentar—*justos* y *deiformes*, es lo que, a falta de otro nombre, suele impropiamente llamarse *gracia* o justicia *creada*, para distinguirla de aquella *qua Ipse iustus est*, y que únicamente se nos *imputaría*, y no se nos *comunicaría*. Pero esa denominación—aunque útil a veces para evitar los yerros del protestantismo y ciertos escollos panteísticos—es con mucha frecuencia, por tomarse en todo rigor, ocasión de grandes equivocaciones que rebajan hasta el nivel de nuestra pobre capacidad el don inapreciable de Dios. Si esa gracia fuera propiamente *creada*, entraría por necesidad en las condiciones esenciales a toda *creatura*: sería parte de la misma *naturaleza*, o sea de la *creación natural*, y así mal podría *deificarla*. Al recibir nosotros esa nueva *forma*, tendríamos a lo sumo la participación de otra *naturaleza superior* a la nuestra, de otra simple *creatura*, y no esa inefable participación de la misma *vida divina*. No es, pues, ella creada, sino nosotros según ella; puesto que, al recibirla, recibimos un nuevo ser, somos *creados en Jesucristo*, quedando en El *hechos deiformes*, y siendo *transformados* y *renovados* por el Espíritu Santo.

Lo creado puede ser aniquilado o destruído: la gracia, como *vida eterna* que es, no puede perecer, como ni tampoco la caridad, propiedad suya que la acompaña siempre; la cual, como vínculo de *perfección*, «*non evacuatur*»; a diferencia de la fe

[23] El Apóstol, dice Fr. J. de los Angeles (*Conquista* diál. 1, § 5), «se atrevió en carne mortal a decir: *Vivo yo, ya no yo: vive en mí Cristo*, que es como si dijera: En lo espiritual, lo accidental tengo de hombre; mas lo substancial de Dios. Tales nos quiere Su Majestad para sí, que *accidentalmente seamos hombres y substancialmente dioses*, regidos por su Espíritu y conformes con su beneplácito... El alma transformada en Dios por amor, más vive para Dios que para sí... Está más donde ama que donde anima..., es más de la cosa amada que suya. Y en este sentido se puede decir que los justos accidentalmente son hombres y substancialmente dioses, pues por su divino Espíritu son *regidos* y *viven*».

y la esperanza que, como de suyo imperfectas, se desvanecen en la gloria. Y por eso mismo no son *propiedades inseparables* de la gracia, siendo las únicas virtudes infusas que pueden subsistir sin ella, suscitando en nosotros el Espíritu Santo los correspondientes actos *semivitales*, aunque no tengamos *vida* [24], para disponernos con eso a recibirla: *Accedentem ad Deum oportet credere.*

§ II.—La comunicación del Espíritu Santo y la santidad comunicada.— La vida de la Cabeza y la de los miembros: dignidad de los hijos de Dios: la filiación adoptiva y la natural: la participación real del mismo Espíritu de Jesucristo.

Para que mejor se comprenda la contraposición de la gracia que se dice *creada*, y la *increada*, que es el mismo Espíritu Santo—aunque mejor se diría: entre la *gracia participada* y la *gracia en sí*—nos conviene recordar el compendioso y significativo *símbolo orgánico*. Esta última gracia que, *cum sit una, omnia potest, et in se permanens, omnia innovat*, y que nos hace amables a los ojos de Dios (Sap. 7, 27); esa gracia que, siendo en sí *vida eterna*, apareció entre nosotros y se nos manifestó en el tiempo, se nos comunica o *participa* al ser incorporados con Nuestro Señor Jesucristo. En El estaba la vida; y esta vida, que es nuestra luz, nos vivifica e ilumina al recibirle y seguirle, haciéndonos ser *hijos de Dios, participantes de la naturaleza divina* (2 Petr. 1, 4), y, por lo mismo, *dioses* [25], *hijos de la luz y luz del mundo* [26]. En Jesucristo, como Cabeza, reside la ple-

[24] Cf. S. TH., 3.ª p., q. 8, a. 3 ad 2.

[25] *Si filii Dei facti sumus, et Dii facti sumus* (S. AG., *In Ps.* 49).

[26] «Si la gracia apareció en Jesucristo, observa Santa Gertrudis (*Recreac. esp.* 5), es que existía ya... Hay que considerar, cuando se habla de la gracia, dos estados: el de la gracia increada, por el cual ésta se confunde con Dios, y el de gracia creada (comunicada), por el cual venimos a participar de Dios... La gracia es, en sí misma, la comunicación que Dios nos hace de lo que El es por naturaleza; o, en otros términos, cuando recibimos la gracia creada, es por una participación con la gracia increada, que es Dios. Entonces venimos a ser *participantes de la naturaleza divina*».

La *substancia* del alma, dice San Juan de la Cruz (*Llama* canc. 2, v. 6), aunque no es substancia de Dios... estando *unida* con El y *absorta* en El, es *Dios por participación*. Lo cual acaece en el estado perfecto de vida espiritual...»

«Puede la *substancia divina*, advierte el P. Godínez (*Teol. Míst.* l. 4, c. 11), estar tan íntimamente como *embebida en el alma*, que ésta obre como con remedo a lo divino, entienda y ame a lo divino; y

nitud del Espíritu, que de allí *redunda* en todos los miembros que no ofrecen resistencia, quedando así *convivificados* en Cristo. Mas una cosa es la *vida participada*, propia e íntima de cada miembro—recibida de la Cabeza, según una donación especial— y otra la *vida plena* de la misma Cabeza, Cristo, dador y comunicador de las gracias. Y, sin embargo, toda esta gracia es *vida eterna en Jesucristo*, «de cuya plenitud recibimos todos». Y así cuantos realmente viven de la vida de la gracia pueden decir —con tanta más verdad cuanto más intensamente vivan—que su vivir es Cristo, y que ya no son ellos quienes viven, sino Jesucristo en ellos.

Por eso el mismo Salvador quiere que todos sus fieles sean una misma cosa con El (Io. 17, 11-26). Y así se cumplió en los primitivos, de quienes se escribe (Act. 4, 32) que *tenían una sola alma y un solo corazón*. Sin embargo, todos ellos vivían y eran justos, no con aquella misma *gracia capital*, con que El vive y es justo y justificador, sino con la que, derivada de El, como Cabeza, informa y vivifica los diversos miembros que en El y por El viven.—La gracia de Dios llega a nosotros con la comunicación del Espíritu Santo, del Espíritu de la Verdad, que mora plenamente en Jesús, y que es *su Espíritu*, y esta comunicación nos justifica y vivifica, nos renueva, espiritualiza y santifica, no con la misma santidad con que el divino Consolador es eterna y absolutamente *Espíritu Santo*, sino con la que, animados de El, quedamos vivificados, renovados, santificados y hechos *espirituales*; con esa fe viva con que purifica los corazones y los hace miembros vivos de Cristo, que *crecen en templo santo de Dios en el Espíritu* (Eph. 2, 21-22), para incremento del mismo Dios humanado (Col. 3, 19) [27].

Todos bebemos, pues, del mismo Espíritu, que es la «fuente de agua viva que desde nuestros corazones salta a la vida eterna»; y todos debemos vivir de la vida de Cristo, como sarmientos injertados en esta cepa divina, para crecer en El y fructificar en abundancia; puesto que, si no recibimos su savia, nos secaremos y sólo valdremos para el fuego (Io. 15, 6). Cada miembro u órgano, no siendo quizá algunos más vitales e indispensables—como los que constituyen el corazón y parte del cerebro—

---

entonces es Dios como *alma* asistente de unestra alma..., que produce unos actos tan aquilatados, que ni la gracia habitual, ni la caridad..., fuera de esta unión, los puede producir».

[27] «Grande es la diferencia, exclama S. Agustín (*Conf.* l. 12, c. 15), entre la Luz iluminante y la luz iluminada; entre la Sabiduría creatriz y la sabiduría creada; entre la *Justicia justificante* y la *justicia obrada* por la *justificación*».

pueden degenerar y morir a esa vida de la gracia; y pueden luego recobrarla, *resucitando*. Pero esa misma gracia que reciben *no muere* ni resucita, se *retira*, por decirlo así, y de nuevo vuelve a comunicarse cuando no halla obstáculos, siendo en *sí vida eterna*, aunque *comunicada* o retraída *in tempore*; así como la luz no se destruye propiamente porque deje de resplandecer en algún cuerpo. Cuando éste se le substrae o le pone óbices, ella sigue su curso o se refleja; y él es el que cesa de ser *lúcido* aunque pueda volver a serlo recibiéndola. Cosa análoga viene a suceder con la *gracia participada*, la cual, según la expresión del Angélico [28], *causatur in homine ex praesentia Divinitatis, sicut lumen in aëre ex praesentia solis*.

La *animación* santificante es obra propia y peculiar del Espíritu de Jesucristo: lo propio nuestro es el ser *santificados*, recibiendo su comunicación vivificadora—o sea, la participación de su gracia—y el dejar de serlo por nuestra malicia, y el poder volver a serlo por su bondad y misericordia. La gracia *participada* en nosotros mientras tengamos la suerte de ser miembros vivos de la Iglesia—cuerpo místico, cuya alma es el mismo Espíritu Santo—no pudiendo ser destruída ni contaminada, y teniendo virtud para deificarnos, mal podrá contarse entre las cosas creadas: no es creatura, sino más bien como una *emanatio claritatis omnipotentis Dei sincera*; *et ideo nihil inquinatum in eam incurrit. Candor est enim lucis aeternae, et speculum sine macula Dei maiestatis, et imago bonitatis illius*... (Sap. 7, 25-26). Pues resulta en nosotros de la vivificadora presencia del Sol de justicia; y no se destruye cuando El, obligado por nosotros, se retira; sino que se retira con El, quedando así nosotros en *tinieblas* o, al menos, en *sombras de muerte* (Lc. 1, 79) [29].

Ya hemos visto algunas de las comparaciones de que se valen los santos doctores que más al vivo la sintieron. San Basilio—y con él San Bernardo, Taulero y la generalidad de los místicos—compara el alma deificada con el hierro metido en el horno, donde, sin dejar de ser hierro, queda todo incandescente. Y, sin embargo, una cosa es el fuego o calor participado con que íntimamente se hizo *ígneo* y otra el del horno que lo enrojeció. Saliendo de éste, ese hierro pierde su condición ígnea; pero mientras la posee, no sólo aparenta o se reputa ígneo, por estar

[28] 3.ª p., q. 7, a. 13.

[29] «Entrando Dios en el alma hay calor y *vida*; y en faltando, frío, amargura y *muerte*» (Fr. J. DE LOS ANGELES, *Diálogos sobre la conquista del Reino de Dios* 10, § 7).

allí presente, sino que en realidad lo es. Débil imagen, aunque para nuestra capacidad una de las más significativas, de la misteriosa operación del divino Espíritu, fuente de vida y fuego del divino Amor, que derrama su caridad en nuestros corazones y con su unción amorosa los renueva: *Fons vivus, ignis, charitas, et spiritualis unctio.*

San Cirilo Alejandrino dice que nos deifica imprimiéndosenos por dentro y por fuera como un sello viviente que reproduce en nosotros la verdadera semejanza del Unigénito de Dios. Y el mismo San Basilio [30] lo representa ora como un escultor que va haciendo resaltar en las almas esa divina imagen; ora como un sol que las penetra y las pone radiantes de su misma luz, como doradas nubes, derramando en ellas la vida, la inmortalidad y la santidad verdadera; ora como un preciosísimo ungüento, cuya substancia misma está compenetrada en nosotros, haciéndonos exhalar realmente el buen olor de Jesucristo [31]. San Ambrosio [32] lo considera también como un pintor que copia en las almas la viva imagen del Verbo... Pero nadie expresó ni tan exacta ni tan profunda y gráficamente lo que es la gracia santificante como los dos gloriosos príncipes de los apóstoles cuando la llaman, San Pedro, una *participación de la naturaleza divina,* en la cual se resumen los más preciosos y magníficos dones; y San Pablo: *vida eterna.*

Así es como la gracia santificante recae sobre nuestra misma substancia para deificarla. Puesto que la naturaleza de Dios es pura vida, al participar de ella no podemos menos de participar del vivir divino, de la misma *vida eterna* que, estando en el Padre, se nos manifestó precisamente para comunicársenos. Y teniendo vida divina, debemos tener operaciones conformes a ella, *divinas* también, para proceder como verdaderos hijos de Dios. Así se comprenderá la prodigiosa *renovación* que en nosotros ha de causar el Espíritu de Jesucristo que constituye las *arras* de la vida eterna; y el misterioso *renacimiento* del agua y del Espíritu Santo, que tan chocante le parecía a Nicodemus.

Esto nos eleva a una dignidad tal, que casi parece confundirse con la del Unigénito del Padre, a cuya imagen nos configuramos, como hermanos y coherederos suyos, y que por eso se llama también «*Primogénito* entre muchos *hermanos*»; ya que por *su gracia* venimos a ser en cierto modo lo que El es *por naturaleza.* Mas aquí está la distancia infinita que tan humildes

[30] *Adv. Eunom.* 1, 5.
[31] Cf. supra, c. 1, § 3.
[32] *Hexaem.* l. 6, c. 7 y 8.

mantiene a los santos, quienes, a fuerza de crecer en Dios, logran sentir más al vivo lo que representan su propia *nada* y el *todo* divino, sus nativas miserias y las inagotables misericordias de nuestro amorosísimo Salvador, que tanto se anonadó para engrandecernos [33].

La divina filiación de Jesucristo, como Verbo del Padre, es natural y necesaria: la nuestra es resultado de una adopción libre y gratuita. El nació Dios de Dios ante todos los siglos, y por El fueron hechas todas las cosas; nosotros, después de haber nacido de Adán, renacemos de Dios y para Dios en el tiempo señalado por su piedad y liberalidad. El, como consubstancial al Padre, es eterno *esplendor de su gloria y perfectísima imagen de su substancia*: y nosotros, a medida que—desnudándonos del hombre viejo—perdemos felizmente la forma terrena, nos vamos transformando en la suya, y haciéndonos más semejantes a El, progresando de claridad en claridad, según nos vamos dejando llevar, moldear e informar del Espíritu que nos hace ser hijos adoptivos de Dios [34]. El es *ab aeterno* «engendrado y no hecho», como Dios por naturaleza; nosotros somos con el tiempo *reengendrados* y *hechos dioses* por participación. Así El es eternamente Dios, porque no puede menos de serlo: nosotros somos en cierta medida *deificados* por gracia de adopción, de la cual podemos degenerar por nuestra desgraciada malicia [35].

[33] «Lo que el Hijo de Dios no era por naturaleza, en virtud de su primer nacimiento, escribe San Fulgencio (*Epist.* 17), vino a serlo por gracia en virtud del segundo; a fin de que nosotros seamos por la gracia de nuestro segundo nacimiento lo que naturalmente por el primero no éramos. El nacer Dios del hombre es una gracia que nos hace; y un favor del todo gratuito es también el que recibimos cuando, por la munificencia de un Dios nacido de la carne, venimos a ser participantes de la naturaleza divina».

«Quamvis enim ex una eademque pietate sit quidquid creaturae Creator impendit, minus tamen mirum est homines ad divina proficere, quam Deum ad humana descendere» (S. León M., *Serm. in Nat. Dom.* 4).

[34] «Et si quidem perfecta sit similitudo erit perfecta filiatio tam in divinis quam in humanis. Si autem sit similitudo imperfecta, erit etiam filiatio imperfecta... Homines qui *spiritualiter formantur a Spiritu Sancto* non possunt dici filii Dei secundum perfectam rationem filiationis. Et ideo dicuntur filii Dei secundum filiationem imperfectam, quae est secundum similitudinem gratiae» (St. Th., 3.ª p., q. 32, a. 3, c. et ad 2).

[35] «Cuando por su *deificencia* deiforme, dice San Dionisio (*Div. Nom.* 11), muchos se hacen dioses según la capacidad de cada cual, parece que hay como división o multiplicación de un solo Dios. Pero El es el principio de esta deificación... y supraesencialmente Dios único e indiviso».

Por el bautismo nos ha incorporado consigo y nos ha hecho miembros suyos; así quedamos como injertados en El para con su virtud producir frutos de gloria, obras meritorias de vida eterna. Siendo El nuestra Cabeza, obramos bajo su continuo influjo y participamos de su misma divinidad, de su infinita virtud, de su vida y de su Espíritu; esto es lo que da una energía divina a nuestras potencias y un valor infinito a nuestras acciones [36]. Jesús, como Cabeza, tiene la plenitud del Espíritu, que a nosotros nos comunica según la medida de su donación, para que nos dejemos siempre mover de El en las obras de nuestro particular ministerio, sin resistirle ni contristarlo nunca, sino secundando en todo sus amorosos impulsos y cooperando fielmente a su acción para ser consumados en todo. Pues en tanto somos cristianos e hijos de Dios, en cuanto estamos animados y nos dejamos regir y mover del Espíritu de Jesucristo.

«Es incuestionable en teología, dice Mgr. Gay [37], que Nuestro Señor, en cuanto hombre, nada hacía que no fuera a impulso del Espíritu Santo y bajo su dependencia... Nosotros también, en Jesús, por Jesús y como Jesús, tenemos en nosotros y para nosotros al Espíritu Santo, que viene a ser nuestro espíritu, nuestro espíritu propio y característico, según que está escrito (1 Cor. 6, 17): «*Quien se adhiere al Señor, es ya un espíritu con El*». Y en otro lugar (Rom. 8, 9): «*Quien no tiene el Espíritu de Cristo, no pertenece a Cristo*; al contrario, los verdaderos cristianos, los verdaderos hermanos y miembros de Cristo, «los verdaderos hijos del Padre, son aquellos a quienes el Espíritu de Dios anima y gobierna» (Rom. 8, 14). El Espíritu Santo está en nosotros como fondo viviente y permanente de nuestro ser sobrenatural, y viene a ser el principio de todas las obras que este santo estado debe producir».

«El Espíritu Santo, añade Bellamy [38], es en cierto modo el Espíritu propio y personal de Jesucristo, que dispone de El como Dios y como Hombre [39], constituye, por decirlo así, su

---

[36] La Iglesia dice en la misa: «Oh Dios, haznos participantes de la divinidad de aquel que quiso revestirse de nuestra humanidad». Y en el oficio del Santísimo Sacramento repite las palabras de San Atanasio, citadas por Santo Tomás: «El Hijo de Dios tomó nuestra naturaleza para hacernos *dioses*».

[37] *Vida y virt. crist.* tr. 10.

[38] P. 248.

[39] «Dare gratiam, aut Spiritum Sanctum, convenit Christo secundum quod est Deus, auctoritative; sed instrumentaliter convenit etiam ei secundum quod est homo in quantam sc. eius humanitas fuit instrumentum Divinitatis» (S. TH., 3.ª p., q. 8, a. 1 ad 1).

bien de nacimiento; es como el consagrador nato de su santa Humanidad, a la cual se comunica para siempre cuanto es posible fuera de la unión hipostática. En nosotros, al contrario, es siempre un *huésped* de origen forastero, cuya venida puede ser tardía y la partida acaso muy temprana. Se nos da, o mejor, se nos entrega con mucha largueza, pero sin embargo, con cierta medida, fijada por el divino dador, que es el único que le conoce. Lejos de ser perfecta desde un principio, esta medida puede aumentar incesantemente en maravillosas proporciones, según que nosotros mismos nos entreguemos a El más por el amor. Hay innumerables grados en la unión divina, cuyos lazos pueden irse estrechando indefinidamente. Esta unión, cada vez más íntima, se traduce por un aumento de gracia santificante, o sea por una asimilación real y cada vez más perfecta con Dios. Cualquiera que sea el origen de esta gracia y el modo como se manifieste, va siempre acompañada de una comunicación más íntima y más abundante del Espíritu Santo. Así, entre El y el alma justa, se produce un nuevo modo y un nuevo grado de unión, llamada por Santo Tomás una *misión invisible del divino Paráclito* [40]. Nuestra unión con el Espíritu Santo es, pues, *progresiva*».

ARTICULO III

La adopción y la justificación

§ I.—La adopción divina.—Sus excelencias sobre la humana: realidad, liberalidad, preciosidad y singularidad.—Prodigios de la dignación del Padre.—Nobleza que obliga.

Aunque nuestra filiación es adoptiva y no natural, sin embargo, esta adopción no es puramente jurídica—o como dicen, una *fictio iuris*—, sino muy real; puesto que es cierta *participación de la misma filiación eterna*. Dios sabe hacer lo que dice: su decir es obrar y, al llamarnos hijos, hace que en rigor lo seamos [1].

El primer distintivo de esta divina adopción es precisamente

[40] 1.ª p., q. 43, a. 6.

[1] «Sicut per actum creationis communicatur bonitas divina omnibus creaturis, secundum quamdam similitudinem, ita per actum adoptionis *communicatur similitudo naturalis filiationis hominibus*» (S. Th., 3.ª p., q. 23, a. 1 ad 2).

su *realidad*. Al adoptarnos, dice el Doctor Angélico [2], Dios nos hace *aptos* para disfrutar de su eterna herencia; y por eso nos hace renacer de su mismo Espíritu y pasar así de la simple vida natural a la de la gracia, que es germen de la gloria y verdadera participación de la misma naturaleza divina [3].

El segundo distintivo es ser más *espontánea, liberal* y *amorosa*. Los hombres adoptan porque carecen de hijos en quienes se complazcan; mas Dios Padre tenía en su Unigénito infinitas delicias y complacencias: tenía ese Hijo tan amado, tan amable y tan amante, que el término del mutuo amor con que ambos eternamente se aman, es el mismo *Amor* personal—la *Caridad* de Dios, el Espíritu de Amor—lazo de su amor infinito. Y, sin embargo, para que esas delicias inagotables redundaran también en nosotros, quiso comunicarnos este mismo Espíritu de Amor como prenda de nuestra adopción real, y nos amó hasta el extremo de darnos a su Unigénito para que en El tengamos vida eterna (Io. 3, 16).

El tercero es ser más *rica, preciosa* y *fructuosa*, puesto que nos hace coherederos del mismo Cristo (Rom. 8, 17); y nos da plenos derechos a su herencia, que no es limitada, miserable y perecedera, sino eterna e infinita, puesto que es el mismo *Reino de Dios* [4], o mejor dicho, el mismo Dios: *Ego merces tua mag-*

[2] 3.ª p., q. 23, a. 1.

[3] «Si somos hijos adoptivos de Dios, dice Terrien (1, pp. 78, 98), no de cualquier manera, sino renaciendo de El, ¿cómo es posible que la adopción no implique en nosotros cierta realidad divina? ¿Puede haber generación sin cierta comunicación de naturaleza entre el padre y el hijo? ¿Y cuál podrá ser aquí ésa sino alguna *transfusión* de la substancia infinita en los hombres regenerados?» «Tal es en su realidad suprema la perfección constitutiva de los hijos de Dios; es una *irradiación* que en nosotros se hace de lo más elevado, íntimo, profundo y naturalmente *incomunicable* que hay en la *substancia divina*. Así, quien está en gracia de Dios, como hijo suyo, está encumbrado sobre toda la naturaleza creada».

«¡Cuánto excede esta adopción a la de los hombres!, exclama el P. Monsabré (conf. 18, 1875). Toda la ternura del corazón humano es impotente para transformar la naturaleza del hijo adoptivo, que por dicha o por desdicha suya conserva en sus venas la sangre de sus progenitores. Nada puede cambiarse en esta adopción; y lo más que puede concederse al hijo adoptivo es un título con sus anejos derechos. Pero Dios va más allá, pues obra en lo más íntimo de nuestra substancia, y nos engendra sobrenaturalmente, comunicándonos su propia naturaleza... Somos llamados hijos suyos, porque de verdad lo somos: *Nominamur et sumus*... De ahí el título de *dioses*, según la bella frase de San Agustín: *Si filii Dei facti sumus, et dii facti sumus*» (*In Ps*... 49).

[4] «Per gratiam homo consors factus divinae naturae adoptatur in filium Dei, cui debetur haereditas ex ipso iure adoptionis, secundum illud (Rom. 8, 17): *Si filii, et haeredes*» (S. TH., 1-2, q. 114, a. 3).

na nimis (Gen. 15, 1). Tal es la *herencia de los siervos del Señor*: la plena posesión de sus riquezas, de su felicidad y de su mismo Espíritu (Is. 54, 17; 55, 16). Y esta herencia no nos la reserva sólo para más adelante, sino que nos la da desde luego y nos permite ya de algún modo gozarla en sus primicias. *El Reino de Dios está dentro de nosotros mismos*; no tenemos más que ahondar en el centro de nuestros corazones, en el ápice de nuestras mismas almas, para hallar al mismo Dios con todas sus infinitas riquezas [5]. Allí brota la eterna fuente de agua viva que apaga toda sed terrenal, allí reposa dulcemente el amoroso Consolador, prenda y arras de la vida perdurable, en el cual—una vez hallado—«hallaremos todos los tesoros juntos y una indecible honestidad que de sus manos nos viene» (Sap. 7, 11), quedando así *llenos de gracia y de verdad*, a semejanza de nuestro Mayorazgo y Modelo (Io. 1, 14).

El cuarto es ser más *general* y más *singular* a la vez. La adopción humana, cuando hay ya un heredero legítimo, no puede hacerse sin disgustarle y perjudicarle con la disminución de la herencia y del afecto paterno. Mas la caridad del Hijo de Dios es tal, que, lejos de no querer coherederos, los adquirió a costa de su propia sangre; y las riquezas de su gloria tan inagotables y copiosas, que, en vez de disminuir en cada heredero, parece como que se acrecientan al ser participadas por otros [6]. El mismo, con tener la felicidad absoluta en el seno de su Eterno Padre,

[5] «Contémplame en el fondo de tu corazón, decía Nuestro Señor a Santa Catalina de Siena (*Vida* 1.ª p., 10), y verás que soy tu Criador, y serás dichosa».—«Ciertamente que Dios escogió para sí un especial lugar en el alma, que es la misma esencia o mente, de donde promanan las fuerzas superiores... Allí resplandece la imagen divina, en la cual es tan semejante a su Criador, que el que a ella la conoce, lo conocerá a El. En este fondo, o mente, está Dios presentísimo; y allí sin intermisión engendra a su Verbo, porque donde está el Padre es menester que lo engendre: y aun nos engendra también a nosotros para que seamos por gracia de adopción hijos suyos. De este fondo proceden toda la vida, la acción y el mérito del hombre, las cuales tres cosas obra el mismo Dios en él... Mas para *sentir* este *nacimiento* y presencia de Dios, de modo que produzcan abundantes frutos, es menester recoger las potencias a su origen y fondo, donde tocan la misma desnuda esencia del alma; pues allí conocen y hallan presente a Dios, y con este conocimiento desfallecen y en cierto modo se divinizan; por lo cual todas las obras que de ahí manan se hacen también divinas» (TAULERO, *Instituciones* c. 34).

[6] «Tanta est charitas in illo haerede, ut voluerit habere cohaeredes... Haereditas autem in qua cohaeredes Christi sumus, non minuitur copia possessorum, nec fit angustior numerositate haeredum; sed tanta est multis quanta paucis, tanta singulis quanta omnibus» (S. AG., *In Ps.* 49, n. 2).

recibe como un complemento o redundancia en el de sus hermanos; puesto que *tiene sus delicias en morar con los hijos de los hombres* (Prov. 8, 31). Y éstos—a su vez—de tal modo «se embriagan con la abundancia de la casa paterna, bebiendo en el torrente de las divinas delicias», que su gozo aumenta a medida que llegan nuevos hermanos a beber en la fuente de la vida, y a ver la Luz en la Luz» (Ps. 35, 9-10).

Si los bienes materiales disminuyen y se agotan al ser repartidos, los espirituales, aun en este mundo, más bien se acumulan y completan. Un buen maestro no pierde nada de su ciencia por comunicarla toda a sus discípulos; antes la pone de realce y aumenta su prestigio y su felicidad al verlos hechos por él grandes sabios que perpetúan su propio renombre y hacen fructificar su doctrina. ¿Qué sucederá, pues, con los bienes espirituales, infinitos y eternos? Si la felicidad esencial de los santos es, como San Bernardo dice, poseer a Dios, *verle, estar con El y vivir de El* —porque ahí están todas sus glorias y riquezas—esta felicidad, en vez de disminuir, la posee cada uno tantas veces cuantos sean aquellos amabilísimos coherederos, a quienes ama como a sí mismo, mientras los ve disfrutarla íntegra en unión con El. Además en cada uno de ellos, deificados como están y del todo radiantes con la luz infinita, todos ven otros tantos espejos clarísimos, donde al vivo se reproduce aquella eterna Hermosura que los tiene en perpetua admiración, y que los tendría siempre absortos con sólo verla reflejada cada cual en sí mismo y de tan variadas maneras en todos los demás. Así, aquel inefable gozo, en vez de disminuir, repercute de unos corazones en otros con ecos interminables...

He aquí, pues, el gran misterio de nuestra deificación por la gracia; he aquí cómo «el mayor de los dones, según la frase de San León, es el poder llamar a Dios verdaderamente con el dulce nombre de *Padre*, y a Jesucristo con el de *Hermano*» [7]. En virtud de nuestra *adopción* se restablece o reintegra la remota imagen divina que por naturaleza teníamos, y se nos comunica, por la vida de la gracia, otra nueva imagen tan fiel que, en realidad, quedamos *deificados* y hechos como vivas reproducciones o representaciones del Dios vivo, participantes de su misma naturaleza, de su Espíritu y de su divino vivir. Así es como somos sus verdaderos hijos, y podemos en rigor ser llamados *dioses*: *Ego dixi*: *Dii estis, et filii Excelsi* (Ps. 81, 6). Pero dioses *hechos*: El solo es el vivo y eterno *Yahvé* que, siendo Dios por na·

[7] «Omnia dona excedit hoc donum, ut Deus hominem vocet filium, et homo Deum nominet Patrem» (S. LEÓN M., *Serm. 4 de Nativ.*).

turaleza, puede hacernos a nosotros *dioses* por *participación* [8]. «El es el *Dios deificador*, nosotros los *dioses deificados*» [9].

Mas por lo mismo que debemos gloriarnos de esa dignidad inefable, tenemos que proceder conforme a ella, a fin de que Dios sea glorificado en nosotros, así como nosotros nos glorificamos en El, según observaba San León [10]. Debemos obrar y resplandecer en todo como hijos de Dios, para que nuestra misma luz ilustre a los demás hombres, y por nuestras buenas obras glorifiquen al Padre celestial (Mt. 5, 16) [11].

§ II.—La santificación y la justificación.—Poder de la gracia: sus manifestaciones; elevación y restauración, transformación y destrucciones dolorosas.—Falsedad de la justicia imputada: necesidad de la purificación y renovación: la vida progresiva.—La cooperación humana.—Los dogmas católicos y el verdadero progreso: el camino para ir a Dios: el espíritu cristiano y el mundano.

Por lo dicho se verá ya claramente cómo por la filiación adoptiva, la vivificación del Espíritu Santo y la inhabitación de toda la Trinidad en el alma, queda ésta sobrenaturalizada, traselevada, transformada y—al menos inicialmente—*deificada* en su esencia íntima y en todas sus facultades. La que antes no podía realizar otras funciones que las de simple vida terrena, y muchas de ellas con dificultad e imperfección, se encuentra ahora con tendencias divinas y con energías bastantes para hacer obras gloriosas, y llevar una vida verdaderamente celestial, cuyo término connatural sea la plena visión y posesión de Dios.

Así la gracia santificante que nos eleva a la dignidad de hijos del Altísimo es como un perenne manantial de energías que

[8] «Homines dixit deos, ex gratia sua deificatos, non de substantia sua natos» (S. AG., *In Ps.* 49, n. 2).

[9] «Dios, escribe un discípulo de San Anselmo (EADMERO, *De Similit.* c. 66), hace dioses. Pero de tal suerte que El sólo es el *Dios deificante*, y nosotros los *dioses deificados*». «Dios, decía San Agustín (*Serm.* 166), quiere hacerte dios: no por naturaleza, como su Hijo, sino por gracia y adopción... Deja, pues, de ser hijo de Adán: revístete de Jesucristo, y ya no serás hombre; y, dejando de ser hombre, tampoco serás mendaz».

[10] *Serm.* 25 *in Nativ.* c. 3.

[11] «El hijo de adopción cuyas obras correspondan a su nacimiento, observa Terrien (1, p. 272), bien puede aplicarse, no para ensalzarse a sí mismo, sino a Aquel que ha hecho en él tan grandes cosas, las palabras del Unigénito (Io. 16, 9): *Quien me ve, conoce a Dios, mi Padre.* Pues yo soy un espejo donde resplandece la cara divina: un retrato suyo que El mismo ha hecho comunicándome su gracia.»

nos permiten remontarnos de la tierra al cielo, de lo humano a lo divino, es la mística *fuente de agua viva* que nos prometió y mereció el Salvador, la cual, a manera de un surtidor de presión infinita, desde nuestros mismos corazones, *salta hasta la vida eterna.* Así Nuestro Señor Jesucristo que, infundiéndonos su gracia, nos da ese poder inestimable de hacernos hijos de Dios, es aquel simbólico *puente* que veía Santa Catalina de Siena [12], puesto entre la tierra y el cielo, por el cual podemos pasar todos y llegar hasta las inaccesibles alturas de la Divinidad, donde se ve la cara del Padre y se trata cordialmente con las divinas Personas; aunque la generalidad de los hombres son tan ciegos e insensatos que, invitados a pasar por él, cierran los oídos y los ojos, y prefieren perecer asfixiados o andar anémicos y hediondos arrastrándose en el fango de la corrupción humana, entre «tinieblas y sombras de muerte», antes que remontarse con un poquito de violencia a respirar aires sanos y refrigerantes en aquellas sublimes regiones de la luz y de la vida.

La gracia es, pues, como dice San Juan, *semilla de Dios,* que nos regenera para que podamos ya desde ahora vivir como *dioses*; es una *participación* real y formal de la misma *naturaleza divina,* según la expresión de San Pedro; es, como San Pablo la llama, verdadera *vida eterna,* que empieza ahora a desarrollarse para florecer perpetuamente en la gloria cuando, manifestado ya lo *que somos,* aparezcamos del todo *semejantes a Dios,* viéndole tal como es y conociéndole como de El somos conocidos...

De esta misteriosa deificación—que es más para sentir, agradecer y admirar en silencio, que no para balbucearla—poco más tendríamos que decir si nuestra naturaleza se hallara en su integridad primitiva, como estaba en Adán. Mas como por el pecado quedó toda ella desconcertada, llagada y corrompida, para deificarse necesita ser a toda costa no sólo *traselevada,* sino *restaurada,* curada, purificada y restituída a su antigua pureza, a fin de que en ella vuelva a brillar con todo esplendor la natural *imagen* del Creador, sobre la cual ha de introducirse la perfecta *semejanza* del Dios vivo, Uno y Trino, tal como en sí mismo es. De ahí que no baste la gracia puramente *elevans,* sino que se requiere una de tal condición, que a la vez *eleve* y *sane.* Y de ahí también esa laboriosa y fructuosísima obra de nuestra *purificación* y *renovación,* que debe acompañar todo el proceso de la *deificación,* o sea de la *iluminación* y la *unión,* aun después de haberlo preparado largamente, y que tan dolorosa se hace aun

[12] *Diálogos* c. 21-31.

a los más valerosos santos. Pues nadie hay que deje de sentir indecibles dolores y angustias al tratar de veras de «despojarse del hombre viejo con sus malos hábitos para vestirse del nuevo», purgándose de todo vestigio del antiguo fermento de maldad e iniquidad», para quedar y proceder como «ázimos de sinceridad y de verdad» (Col. 3, 9-10; 1 Cor. 5, 7-8).

Sin esta obra, que tan encomendada se halla a nuestra cooperación y a nuestros más generosos esfuerzos, no tendríamos más que crecer suavemente, como niños bien nutridos y sanos, recibiendo y secundando—sin resistencia ni dificultad ninguna, antes con gran satisfacción y placer—los benéficos y deliciosos influjos del Espíritu vivificante. Mas ahora, a la par que se gustan y saborean, cada vez más intensamente, esas influencias vitales, hay que sentir las amarguras y dolores del desprendimiento de los hábitos viciosos y de todos los gérmenes del mal; pues tan arraigados los tenemos, que no pueden arrancarse sin llevar carne viva. Y sobre todo al principio, cuando aun estamos llenos de ellos, necesitamos hacernos suma violencia siquiera para que no nos dominen, y morir verdaderamente a nosotros mismos, para lograr vivir sólo para Dios. Y únicamente después de habernos purgado mucho de todos los gustos terrenos es cuando logramos tener un paladar bastante sano para sentir, apreciar y saborear los divinos [13].

Y puesto que la gracia es *vida eterna,* la introducción de esta nueva vida no puede menos de producir en nosotros una profunda *renovación* y *transformación.* Es indudable que *morimos* a la vida sobrenatural si tenemos la incomparable desdicha de cometer una culpa grave; y que *resucitamos* de muerte a vida cuando por una sincera penitencia volvemos a la amistad de Dios. Pues si por el bautismo *renacemos,* por la penitencia *resucitamos,* recobrando la vida perdida y volviendo a ser vivos miembros de Cristo, templos santos de Dios y bienaventurados de un modo inicial.

Por razón del pecado, que pone obstáculo a la gracia, y que tiene que ser destruído por la *justificación,* aparece más de relieve la infinita bondad y misericordia del Padre que, aun viéndonos enemigos suyos, quiso deificarnos, y está pronto a ofrecernos la vida después que tan ingratamente renunciamos a ella (Eph. 2, 5). Esto nos obliga a corresponderle con un amor más ferviente y desinteresado, viendo el que así nos muestra El en ofrecernos tantas veces y con tal facilidad el perdón y convidarnos con su misma gloria. Pero así y todo, quiere que realmente

---

[13] Cf. SAN AGUSTÍN, *Conf.* 7, c. 16.

la merezcamos, aunque de El nos viene el poder merecerla; pues al coronar nuestros trabajos, como dice San Agustín (*Ep.* 194, n. 19), corona sus propios dones.

Por más que la gracia nos vivifica de un golpe y, de las *sombras de muerte*, nos traslada al reino de la luz, destruyendo el pecado que nos hacía enemigos capitales de Dios, no por eso destruye por completo el *fomes peccati*, la desordenada concupiscencia que nos inclina al mal: ésa debemos nosotros mismos, a fuerza de luchar con ayuda de la gracia, someterla y domarla, expurgando y arrancando todo fermento de maldad, todo resto de vicios y todo germen de pecados y corrupción. Y como los hábitos viciosos están en nosotros tan arraigados y connaturalizados, de ahí lo doloroso que es desterrarlos totalmente; de ahí los continuos desvelos y sacrificios que entraña la obra de nuestra *purificación*; y de ahí que no podamos progresar en santidad y justicia, sino haciéndonos extremada violencia para quitar todos los obstáculos.

Bien poco conocen estos misterios de la renovación y los gritos de dolor, en ella arrancados aun a las más generosas y heroicas almas, esos desdichados herejes que reducen todo el oficio de la gracia a *encubrir* nuestros pecados con el manto de Cristo; y la justificación a una petrificación en los ficticios moldes uniformes de una santidad imputada y no real. Según ellos, la restauración justificadora es una simple *amnistía* concedida a cuantos confían en los méritos del Salvador; de tal modo que, sin cambiar las internas disposiciones del pecador, se le perdona la merecida pena y se le concede entrar en la sociedad de los hijos de Dios, a pesar de seguir él siendo en el fondo siervo del pecado y quedar, como blanqueado sepulcro, con la misma hediondez y corrupción de antes, con todos sus malos deseos y mala vida.

Mas, no viviendo realmente en Jesucristo, mal podrán *crecer* en El; no teniendo en sí verdadera *justicia*, mal han de poder acrecentarla con las buenas obras y el fiel ejercicio de las virtudes cristianas. Y así fueron consecuentes en el error al negar la necesidad de las buenas obras y tenerlas por inútiles y aun por derogatorias de los méritos de Jesucristo.

Cuán contrario sea todo esto a la divina Revelación y a la experiencia cristiana, no hay por qué cansarse mucho en ponderarlo, que bien a la vista está. El Salvador vino a este mundo para que tengamos *vida eterna*, para que podamos *hacernos* hijos de Dios, *renaciendo* de El y viviendo con una vida cada vez más divina (Io. I, 3. 10, etc.). Así nos *trasladó* de la muerte a la vida,

del poder de las tinieblas y de la esclavitud del pecado al reino de la luz y a la gloriosa libertad de los hijos de Dios (Col. 1, 13; 1 Petr. 2, 9), haciéndonos ser hijos verdaderos y no de puro nombre (Io. 3, 1-11). Esta filiación nos *transforma* interiormente hasta *deificarnos*; y la deificación es imposible sin la real e íntima *justificación* que destruya el pecado, el cual ponía *división* irreductible entre Dios y nosotros (Is. 59, 2). Así por la gracia de la justificación de enemigos e hijos de ira, nos hacemos verdaderos amigos e hijos del Eterno Padre, en quienes El puede tener ya sus complacencias; pues «la amistad divina, dice el Angélico [14], nos hace realmente *buenos*, infundiéndonos la *bondad*».

Por tanto, «la justificación, conforme enseña el Concilio Tridentino [15], no es la mera remisión de los pecados, sino que es también la santificación y renovación del hombre interior». De ahí que, según la sentencia de San Agustín [16], «quien nos *justifica*, a la vez nos *deifica*; porque al justificarnos hácenos hijos de Dios». Por eso el divino Cordero, que «*quita* los pecados del mundo» (Io. 1, 29), «nos *purifica* de ellos», y «con su propia sangre *limpia* nuestras conciencias de las obras *muertas*, para servir al Dios vivo» (Hebr. 1, 3; 9, 14). Pues había de venir a *exterminar* la prevaricación y poner fin al pecado, a *borrar* la iniquidad y *establecer* la justicia sempiterna» (Dan. 9, 24). Por eso también debemos *arrepentirnos* y *convertirnos*, para que se *borren* nuestros pecados (Act. 3, 19); porque entonces el Señor, que es quien «por su misericordia *borra* nuestras maldades» (Is. 43, 25), derramará sobre nosotros agua pura y nos *purificará* de todas ellas» (Ez. 36, 20). Así es como los mismos santos piden que «los lave más y más de su maldad, y los acabe de *limpiar* de su pecado», sabiendo que «los *lavará* hasta dejarlos más *blancos* que la nieve»—«*creando* en ellos un *corazón puro* y *renovándolos* con su Espíritu recto—para colmarlos de salud y alegría» (Ps. 50; cf. Is. 1, 18). Con el ardor de la caridad «se *disipan* los pecados, como el hielo ante el sol» (Eccli. 3, 17). El Señor «los *arroja de nosotros* y los lanza al abismo» (Mich. 7, 19), dejándolos «tan *apartados* de ellos, como lo está el Oriente del Occidente» (Ps. 102, 12).

De este modo el Apóstol, después de recordar a los fieles el estado lastimoso en que antes se hallaban, les añade (1 Cor. 6, 11): «Esto fuisteis; pero habéis sido *lavados*, *santificados*, *jus-*

[14] 1 a p., q. 20, a. 2.
[15] S. 6, c. 7.
[16] *In Ps.* 49, 2.

tificados en el nombre de Nuestro Señor Jesucristo y en el Espíritu Santo». Y este divino Espíritu de santificación—por el cual somos *creados* para la vida eterna, recibiendo el *ser divino* de su gracia—prosigue siempre *renovando* la faz de nuestros corazones (Ps. 103, 32). De ahí que tanto se nos encargue «renovarnos en el Espíritu de nuestra mente con la santidad del hombre nuevo» (Eph. 4, 23-24), y «asegurar nuestra salvación por medio de las buenas obras» (2 Petr. 1, 10), cooperando todo lo posible a nuestra renovación [17]. De este modo, utilizando el riego de la gracia, que nos lava y fertiliza, creceremos frondosos como el árbol plantado junto a la corriente de las aguas, que da a su tiempo los debidos frutos (Ps. 1, 3), y floreceremos como palmas y nos acrecentaremos como los cedros del Líbano (Ps. 91, 13). Así fructifica en nosotros y por nosotros la divina Sabiduría (Eccli. 24, 15-32; 29, 17-19), y así es como llegamos a exhalar, no el hedor de los sepulcros blanqueados, sino el buen *olor de Cristo* (2 Cor. 2, 15): cuya gracia apareció enseñándonos a todos a renunciar a la impiedad y a los deseos mundanos, para que vivamos sobria y píamente en este siglo» (Tit. 2, 11-12).

Así, pues, *renaciendo* del Espíritu Santo—y renovándonos según El—seremos verdaderamente *espirituales* (Io. 3, 6); «despojándonos del hombre viejo y revistiéndonos más y más del nuevo», «contemplando la gloria de Nuestro Señor, llegaremos a configurarnos a su imagen» (2 Cor. 3, 18), de tal modo que ya pueda El decir a nuestras almas: *Toda hermosa eres, amiga mía, y en ti ya no hay mancha alguna* (Cant. 4, 7).—*Y creciendo en todo según El*, vendremos a quedar *llenos de toda la plenitud de Dios* (Eph. 3, 19) [18].

[17] «Transformaos por la renovación del Espíritu» (Rom. 12, 2) «despojaos del hombre viejo con todas sus obras y revestíos del nuevo, creado según Dios en santidad y justicia verdaderas» (Col. 3, 9-10; Eph. 4, 24): pues «sois una raza escogida, un sacerdocio regio, una nación santa, un pueblo adquirido para anunciar las virtudes y perfecciones de Aquel que de las tinieblas os llamó a su luz admirable» (1 Petr. 2, 9).

[18] «El hombre, decía San Agustín (*De peccat. mer. et rem.* l. 2, n. 9-12), *es hijo adoptivo de Dios en la medida que posee la novedad del Espíritu*, es decir, que se renueva en el hombre interior a imagen de quien lo creó (Col. 3, 10). Salir de las aguas bautismales no es despojarse de todas las flaquezas del hombre viejo. La renovación comienza por la remisión de los pecados, y por el gusto de las cosas espirituales en quien le posee. Todo lo restante está más o menos en esperanza, hasta la plena renovación que experimentaremos en la resurrección de los muertos. Por eso Nuestro Señor da a ésta el nombre de *regeneración*, no porque lo sea como la del bautismo, sino porque termina en los cuerpos lo que se había comenzado en las almas... Ahora las pri-

Tal es y debe ser el proceso de nuestra deificación. No estamos momificados bajo la cubierta ilusoria de una justicia imputada, ni estamos tampoco petrificados en un molde invariable, sino obligados a cooperar con la gracia que nos vivifica, para poder acrecentarla y hacer que fructifiquen los dones recibidos. Pues debemos crecer en gracia y conocimiento de Dios, debemos morir más y más a nosotros mismos para vivir cada vez más perfectamente en El; debemos renovarnos de día en día [1], purificarnos de continuo de los resabios del antiguo fermento de maldad, y limpiarnos del polvo terreno que insensiblemente se nos pega; y cooperando de veras a la acción de la gracia que nos sana, purifica y deifica, bañándonos y embriagándonos con la Sangre de Cristo, en los sacramentos de la Peni-

---

micias del bautismo han bosquejado la semejanza; pero las desemejanzas persisten en los restos de nuestra *vejez*... Al fin la adopción se apoderará de todo nuestro ser, y el hombre pecador desaparecerá completamente en nosotros, y nadie podrá ya verlo.»

«Cuando el alma, advierte San Juan de la Cruz (*Subida del Monte Carmelo* l. 2, c. 5), quitare de sí totalmente lo que repugna y no conforma con la voluntad divina, quedará transformada en Dios por amor... Por eso se ha de desnudar el alma de toda criatura, acciones y habilidades suyas; conviene a saber, de su entender, gustar y sentir, para que, echando todo lo que es disímil y desconforme a Dios, venga a recibir semejanza de Dios: no quedando en ella cosa que no sea voluntad de Dios, y así se transforme en El... De donde aquella alma se comunica a Dios más, que más aventajada está en amor, lo cual es tener más conforme su voluntad con la de Dios. Y la que totalmente la tiene conforme y semejante, totalmente está unida y transformada en Dios sobrenaturalmente... Está en ella morando esta divina luz del ser de Dios... En dando, pues, lugar el alma (que es quitar de sí todo velo y mancha de criatura...) luego queda esclarecida y transformada en Dios. Porque le *comunica El su ser sobrenatural* de tal manera, que *parece al mismo Dios*, y tiene lo que tiene el mismo Dios; y se hace tal unión cuando Dios hace al alma esta merced soberana, que todas las cosas de Dios y el alma son una transformación participante, y el alma *más parece Dios que alma*, y aun es *Dios por participación*: aunque es verdad que su ser natural se lo tiene tan distinto del de Dios como antes, aunque está *transformada*... Y como no puede haber perfecta transformación si no hay perfecta pureza, *según la pureza será la ilustración, iluminación y unión del alma con Dios*».

«Transformado y elevado sobre todas las imágenes, dice Fr. J. de los Angeles, citando a Taulero (*Triunfos* 2.ª p., c. 7), y desamparado de su propia forma, llega a un estado que carece de representaciones y figuras de cosas criadas, y en todo es deificado, que todo lo que es y obra se diga serlo y obrarlo Dios en él. Tanto que lo que Dios es por naturaleza, es hecho él por gracia, y aunque no deja de ser criatura, queda todo *deiforme* o *endiosado*, y *parece Dios*... Aquí se derrite el espíritu creado y se zambulle en el Espíritu increado... Ya no hay allí sino una pura divinidad y esencial unidad».

tencia y de la Comunión, y asociándonos a sus padecimientos, podremos reparar los males de nuestra caída [2] y llegar, por la virtud de esa preciosísima Sangre, a una altura mucho mayor de la que podríamos alcanzar en el estado de la inocencia [19], en que el Verbo divino, aun cuando encarnara—como muchos santos suponen—para deificarnos y servir de clave al orden sobrenatural [20], no hubiera padecido para redimirnos; ni por lo mismo podíamos tener la dicha de asociarnos a sus triunfos, tan sublimes como sangrientos y tan gloriosos como dolorosos, recorriendo esforzados en pos de El las difíciles sendas del *Calvario* [3].

En vez de ser, pues, nuestros dogmas, según hoy se les acusa, incompatibles con el progreso legítimo, suponen y entrañan —como verdaderas *leyes de vida eterna*—un progreso tan portentoso, que no tiene otro límite sino la *deificación*, el hacer a los hombres semejantes a Dios en el ser, en el vivir, en el conocer, en el amar y en el obrar, y así unirlos a El de tal modo, que en El queden engolfados y como transformados: *In eamdem imaginem transformamur* (2 Cor. 3, 18).

Esa acusación sólo puede hacerse a los disidentes que reducen la justificación a la imputación de los méritos de Cristo, sin que las buenas obras puedan contribuir en nada a aumentarla, ni las malas—por horrendas que sean—a impedirla, con tal de que haya fe: como si ésta, sin las buenas obras hechas con la misma virtud del Espíritu Santo, no estuviese *muerta* (Iac. 2, 26).

Más el catolicismo, «en vez de dar a sus héroes la inmovilidad de estatuas fundidas en el molde de una justicia imputada, uniforme e inmutable, provoca incesantemente su actividad, estimula sus más generosos esfuerzos, y alentándolos en la lucha, no teme alejar, aun de los más perfectos, el ideal infinito de la santidad» [21].

---

[19] Cf. B. ENRIQUE SUSÓN, *Eterna Sabiduría* 7.

[20] «Unirnos no solamente a las obras de Dios, al ideal, al recuerdo de Dios, sino a Dios en Sí mismo; establecer relaciones vitales entre nuestra alma y la vida íntima de Dios, tal es de hecho, dice Sauvé (*Le culte du C. de J.* élév. 24), el fin de la Encarnación y del amor del Hijo de Dios en este misterio. Para hacer posible esta unión, estas relaciones vitales con Dios en Sí mismo, con la Santísima Trinidad, es para lo que quiso El, la Vida infinita en el seno del Padre, unirse a una naturaleza humana, que vino a su vez a ser la fuente de toda vida divina.»

[21] BELLAMY, *La vie surnaturelle* p. 284: «Si hay una doctrina, añade, que favorezca el desarrollo legítimo de la actividad humana e imprima a la libertad un movimiento constantemente ascensional hacia el Bien supremo, ésa es ciertamente el dogma católico de la justifica-

Por eso a todos les manda siempre, con San Pablo (Col. 1, 10), «proceder dignamente, fructificando en toda suerte de obras buenas y crecer en la ciencia de Dios». Quiere que el «justo se justifique aún más», que «el santo prosiga santificándose» (Apoc. 22, 11), y que todos santifiquen a Cristo en sus corazones» (1 Petr. 3, 15). El Apóstol nos amonesta diciendo (Eph. 5, 8-15): «Fuisteis algún día tinieblas, y ahora *sois luz* en el Señor: andad como hijos de la luz; cuyos frutos consisten en *toda bondad*; y en justicia y en verdad, atendiendo al divino beneplácito y a no participar de las infructuosas *obras de las tinieblas*». «Porque si viviereis según la carne, moriréis; mas si con el espíritu mortificareis las inclinaciones de la carne, viviréis». Viviremos así con la gracia de Dios que su Espíritu nos comunica, la cual es «vida eterna en Cristo Jesús»; y viviendo con Jesús, animados de su mismo Espíritu, seremos miembros suyos y verdaderos hijos de Dios (Rom. 6, 23; 8, 13-14).

Y obrando como tales, se desarrollará prósperamente en nosotros el germen de vida eterna, continuaremos la obra de Jesús, seremos otros *Cristos*, o mejor dicho, el mismo Jesucristo reproducido en nosotros, y haremos que crezca y se complete ese Cuerpo místico a que pertenecemos; pues como dice San Agustín [22]: «Los hijos de Dios son el Cuerpo de su único Hijo: Él es la cabeza, y nosotros los miembros, y *uno* el Hijo de Dios». Por donde con razón exclama en otro lugar [23]: «Admirémonos y alegrémonos; pues hemos llegado a ser Cristo; ya que la Iglesia, como dice el Apóstol (Eph. 1. 23), es *su cuerpo y su plenitud*».

Con todo, el famoso profesor de teología protestante en la Sorbona, Sabatier, no cesaba de pregonar «la quietud y esterilidad del catolicismo», y el progreso y fecundidad del protestantismo», en su soñada «unión directa con Dios, sin necesidad de la Iglesia ni de trabas de buenas obras». Y su progreso individual consistió... en lo que lógicamente podía consistir, en romper descaradamente con el Hijo de Dios, una vez que no podía

---

ción desigual y de la santidad progresiva, sin otros límites que la del Infinito. La gracia merece entonces verdaderamente el nombre de *vida sobrenatural*, teniendo sus fases de crecimiento y de virilidad. Se parece a un edificio en que cada buena obra es una piedra y cuyos pisos van siempre subiendo, esperando que la cumbre toque en el cielo».

«Somos tan sólo «*principio* de criatura divina»; y hay que ofrecer a Dios lo que somos, para llegar a ser lo que aun no somos» (Jaffré, *Sacrifice et Sacrement* pp. 135-6).

[22] *In Io.* tr. 10, 3.

[23] Ib., tr. 21.

participar la vida de su Cuerpo místico. En un principio reconocía la divinidad del Salvador, como «dogma fundamental, sin el cual el cristianismo se reduciría a un puro sistema filosófico». Mas al fin llegó a desconocerla, y se contentó con Dios Padre... Pronto, por el camino en que iba, hubiera renegado también del Padre, como hacen muchos de sus cofrades, los protestantes racionalistas; pues ya la idea que de El tenía era más panteística que cristiana [24].

«Nadie, en efecto, puede llegar a conocer al verdadero Dios Padre, sino por el Hijo»; así como tampoco nadie oye al Hijo, si no oye a su Iglesia (Lc. 10, 16) [25]: la cual «anuncia a todos, con San Juan, la vida eterna que estaba en el Padre, y se nos manifestó... para que todos puedan formar sociedad con nosotros, y *nuestra sociedad sea con el Padre y con su Hijo Jesucristo*». Así «quien tiene al Hijo, tiene la vida eterna que nos dió el Padre; quien no lo tiene, no tiene vida» (1 Io. 1, 1-3; 5, 11-12).

Sabatier celebra al protestantismo porque se compagina con el modo de ser, obrar y pensar del mundo. Mas el verdadero espíritu cristiano es incompatible con el *mundano*. «Sabemos que somos de Dios, y que todo el mundo está en manos del espíritu maligno, y que el Hijo de Dios vino a darnos *sentido* para que conozcamos al *verdadero Dios* y estemos en su verdadero Hijo...; y así sabemos que los nacidos de Dios no pecan, sino que la generación de Dios los conserva, y el maligno no les toca... Tal caridad nos dió el Padre, que por ella nos llamemos hijos de Dios y lo seamos. Por lo cual el mundo no nos conoce; por lo mismo que no lo conoce a El» (Ib. 18-20; 3, 1).

«Habiéndonos dado, pues, por su Hijo tan excelentes y tan preciosos dones, que por ellos lleguemos a ser *participantes de la misma naturaleza divina*, debemos huir y evitar con toda di-

[24] En 1868, aspirando a una clase de teología, decía que la divinidad del Señor es la cuestión capital que separa el Evangelio de lo que no lo es. «Si Jesucristo es un puro hombre, por grande que se le haga, el cristianismo pierde su carácter de verdad absoluta, y resulta una filosofía. Si Jesús es el Hijo de Dios, el cristianismo es una revelación... Yo creo y confieso, con San Pedro, que Jesús es Cristo, Hijo de Dios vivo» (*Rev. de Théol.* 1 mayo, 97). Mas después que llegó a ser profesor de teología protestante, dejó de creer en El y confesarle: «*Ignoro*, escribía (*Relig. et cult.* p. 192), de dónde viene Jesucristo y cómo entró en este mundo...»

[25] «La voz de Dios y la de la Iglesia son una misma cosa, puesto que El es quien habla por boca de la Iglesia nuestra madre en las enseñanzas, órdenes y consejos que Ella nos da» (TAULERO, en DENIFLE, *La Vie spirit.* c. 7).

ligencia la corrupción de las concupiscencias del mundo», y ejercitarnos en toda suerte de virtudes y buenas obras, para con ellas glorificar al Padre, resplandeciendo con su luz, y no aparecer «vacíos y sin fruto» en presencia de Jesucristo; pues quien esto olvida, «es un ciego que no ve siquiera que tiene que purgar los antiguos delitos». Por lo cual debemos «ser muy solícitos para hacer cierta nuestra vocación y elección mediante las *buenas obras*; porque, haciendo esto, jamás pecaremos» (2 Petr. 1, 4-10). Mas la simple fe, sin obras muy opuestas a las del mundo, no sólo está *muerta*, sino que servirá para mayor condenación. Los que con ella se contentan, reniegan de Dios en la práctica, mostrándose del todo mundanos. Por eso hablan tanto del mundo, y el mundo los oye, en vez de aborrecerlos y perseguirlos como a los buenos católicos. Los protestantes no merecen esa honra, propia de los siervos de Cristo: *Ipsi de mundo sunt: ideo de mundo loquuntur, et mundus eos audit* (1 Io. 4, 5).—*Nos autem non spiritum huius mundi accepimus, sed Spiritum qui ex Deo est, ut sciamus quae a Deo donata sunt nobis: quae et loquimur non in doctis humanae sapientiae verbis, sed in doctrina Spiritus, spiritualibus spiritualia comparentes* (1 Cor. 2, 12-13).

Todas las cosas del Reino de Dios son misterios escondidos que los sabios de este mundo ni conocen ni pueden conocer; pero nosotros, los católicos, procediendo como hijos de Dios, las conocemos y las experimentamos, porque «Dios nos las reveló y nos las hace sentir por su Espíritu, que todo lo penetra»; para que así no nos dejemos seducir de los engaños del mundo, ni nos inficionemos de las nocivas influencias mundanas. Al mundo, que carece de *sentido*, esas altísimas verdades que constituyen la vida y la experiencia de la Iglesia le parecen locuras, necedades o extravagancias; y la verdadera locura está en él (Cor. 1-2), que va perdido tras de vanas apariencias, tras de ilusiones y engaños, y no acierta a ver la *Verdad*, ni a descubrir la *Luz del mundo* ni menos a hacer el *unum necessarium*. Mas quien tiene la suerte de poseer la verdadera fe y esperanza vivas, «procura santificarse, así como Dios es santo» (1 Io. 3, 3), para ser perfecto como el Padre celestial» (Mt. 5, 48).

APÉNDICE

[1] *La incorporación con Cristo y la renovación progresiva.*—Nuestra incorporación con Cristo, escribe el P. Prat [26], no es sólo una transformación y una metamorfosis, sino que es también una verdadera *creación*, la producción de un ser nuevo, con nuevos derechos y deberes. «¿Ignoráis, pregunta el Apóstol (Rom. 6, 3-8), que todos los que hemos sido bautizados en Jesucristo, lo fuimos en su muerte? Para señal de muerte hemos sido consepultados con El por el bautismo, a fin de que, como El resucitó de entre los muertos por la gloria del Padre, también nosotros llevemos una vida nueva. Pues si hemos sido injertados en El por la semejanza de su muerte, también lo seremos por la de su resurrección: sabiendo que nuestro hombre viejo fué crucificado juntamente, para que el cuerpo del pecado quedase destruído y ya no sirvamos más al pecado. Pues muriendo quedamos limpios de él. Y si hemos muerto con Cristo, creemos que en su unión hemos de vivir».

Según San Pablo, pues, como observa el citado autor [27], el bautismo nos sepulta con Jesucristo, haciéndonos morir a nosotros mismos para resucitar con El a nueva vida: nos injerta en El para que podamos participar de su divina savia en la unidad de su Cuerpo místico. En el baño de la regeneración hay, pues, una muerte y una resurrección, un entierro y un retorno a la luz. Y estas cuatro cosas, producidas por el rito que las simboliza, deben durar siempre y proseguir en aumento. La *muerte* al pecado es de suyo definitiva, porque Jesús al morir rompió el cetro del pecado, y haciéndonos vivir con El nos asocia a su triunfo. Pero, a diferencia de la muerte física, la espiritual es capaz de incremento, y no basta conservarla, es menester completarla: «Estáis *muertos*, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios... *Mortificad*, pues, los miembros terrestres...» (Col. 3, 5). Así el cristiano debe llevar cada vez más adelante la *mortificación de Jesús*. Del mismo modo, la vida de la gracia debe no sólo conservarse, sino también desarrollarse, corroborarse y renovarse: «Si habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba..., aspirad a ellas y no a las terrestres» (Col. 3, 1-2). Nuestra *sepultura* en Cristo debe seguir un progreso análogo: así después de decirnos el Apóstol que «si hemos sido bautizados en Cristo, nos hemos revestido de El», no se cansa de recomendar que «nos revistamos—más y más—de Nuestro Señor Jesucristo» (Gal. 3, 27; Rom. 13, 14). Finalmente, aunque el bautismo es una iluminación, San Pablo implora para los neófitos nuevas luces cada vez más vivas, y les invita a marchar de claridad en claridad (Eph. 1, 18; 2 Cor. 3, 18).

El nuevo ser que recibimos en el bautismo entraña una nueva serie de operaciones; y la nueva naturaleza establece en nosotros cuatro

---

[26] *Revue pratique d'Apolog.* 1 mayo 07, p. 140.
[27] *Ib.* pp. 141-6.

relaciones nuevas, con sus correspondientes deberes: 1.ª relación filial para con el Padre; 2.ª relación de consagración para con el Espíritu Santo; 3.ª, de identidad mística con Jesucristo; 4.ª, de solidaridad sobrenatural para con los otros miembros de Cristo. De la relación filial resulta el deber de honrar e imitar al Padre como hijos amados, procurando ser perfectos y santos a semejanza de El, para complacerle y glorificarle, y así hacernos acreedores a su eterna y gloriosa herencia. De poseer el Espíritu de adopción resulta el deber de no contristarle ni extinguirle, y sobre todo de no destruir ni profanar su templo; en cambio, El nos enriquece con sus carismas, sus dones, sus frutos y las gracias sacramentales y propias de cada estado: derrama en nosotros su unción y sus luces, y graba con indelebles caracteres de amor la ley divina en nuestros corazones, convirtiéndola en norma interna y autónoma. Así se explica esta sentencia enigmática: «Si sois llevados del Espíritu, ya no estáis bajo la ley» (Gal. 5, 18). El cristiano puede obedecer a la ley sin estar *debajo* de ella; porque la ley ya no es para él un yugo exterior, sino un principio íntimo que le anima y le mueve. Lejos de esclavizarle y oprimirle, «la ley del Espíritu de vida le libra de la ley de la muerte y del pecado» (Rom. 8, 21). Por eso dice San Agustín [28] que debemos «morir a todo lo que es *muerte*, para poder vivir sólo de la verdadera vida».

La relación de identidad mística con Cristo nos lleva a conformarnos en todo con El y estar en perfecta harmonía con los demás miembros.—Si San Pablo no quiere ya conocer a Jesucristo según la carne, es porque prefiere considerarlo en su vida divina, y así nos exhorta no sólo a *imitarle* en sí mismo y en sus santos y fieles imitadores (1 Cor. 11, 1), sino a *moldearnos* y *transformarnos* en El, revistiéndonos del mismo Jesucristo y llenándonos de sus propios sentimientos, hasta realizar perfectamente este sublime ideal: *Vivo yo, mas no yo, sino Cristo es quien vive en mí* (Gal. 2, 20). Revestirse de Jesucristo, transformarse en su imagen, vivir en El (Rom. 6, 11) y en El crecer (Eph. 4, 15) son expresiones diversas de una misma idea, que indican, aún más que la simple imitación de Jesucristo, el esfuerzo para asimilarnos más y más la savia divina del Redentor.—Describiendo la constitución de ese Cuerpo místico cuya cabeza es Jesús y cuya alma el Espíritu Santo, y mostrando que le es necesaria la diversidad de miembros en la unidad de vida, deduce de ahí los deberes recíprocos de caridad, de solidaridad y justicia, con la obligación que cada uno tiene de contribuir al bien común (1 Cor. 12, 12-27; Rom. 12, 4-5; Eph. 4, 12-16; Col. 2, 19), y a la edificación general, procurando todos llegar a la perfección de su Cabeza. Pues «para que haya en el Cristo místico harmonía y proporción, cada fiel debe esforzarse por crecer según la medida de Jesucristo, proponiéndose como ideal su misma plenitud» [29].

---

[28] *Conf.* l. 8, c. 11, n. 25.

[29] PRAT. *Rev. Apol.* l. c.: «La morale de St. Paul».

[2] *La adoración y la reparación.*—«Si no fuera el pecado, advierte Sauvé [30], todo se reduciría a adorar. Mas aquél desoló la tierra y nuestra alma, y así hay que *reparar.* Y no basta reparar por nosotros mismos... El alma que no se preocupa de reparar por los otros, poco es lo que ama: no comprende al Corazón de Jesús... La reparación por nosotros puede ser obra del temor; la hecha por los demás es obra de amor, y si algún temor la inspira es el de la caridad. Con razón debemos temblar por tantos desgraciados pecadores sobre los cuales está para descargarse el golpe de la divina justicia». Los santos se horrorizan ante la desolación producida por el pecado, y buscan un medio eficaz de repararlo cuanto antes: «Cuando yo vea cometer cualquier falta contra la caridad, la humildad y demás virtudes, decía Santa Margarita María [31], ofreceré al Eterno Padre una virtud del Corazón de Jesús opuesta a esa falta para repararla». Y con eso unía los propios actos de la misma virtud.

[3] *La creación y restauración en el Verbo y la intervención de la Virgen.*—«He aquí un misterio que quiero revelaros, decía el Eterno Padre a Santa Magdalena de Pazzis [32]. Aunque Adán no hubiera pecado, el Verbo se habría encarnado igualmente. Mas no gozaría del título de triunfador, ni por tanto de los honores del triunfo. La gloria que entonces recibieseis sería en parte merecida..., y no resplandecerían tanto mi bondad y misericordia. Además, no se os concederían en tan alto grado la gloria eterna y la visión beatífica, con todos los bienes que de ahí se siguen; puesto que la Sangre del Verbo, derramada sobre vuestras almas, las ha vuelto mucho más hermosas y puras, y por lo mismo más aptas para la unión divina. Y la vista de esa sangre me mueve a mostraros más amor y comunicaros un mayor conocimiento y un más perfecto goce de mi Divinidad... Cuánta es la diferencia que hay entre los méritos del Redentor, que son el único fundamento de vuestras esperanzas, y los méritos de los hombres, otra tanta vendría a haber entre la gloria que ahora os doy y la que os daría si mi Verbo no hubiera muerto en satisfacción de vuestros pecados. Por ahí verás, hija mía muy amada, y esposa querida de mi Unigénito, cuán útil os ha sido María con la paz que dió al Verbo; pues fué para vosotros fuente de tantas bendiciones».—«Esta, añade la misma Santa, es una paz de unión por la cual entra la criatura a participar de la Divinidad... Atrévome a decir que la operación de María en el Verbo ha sido mayor que la del mismo Verbo en la criatura. Pues María al dar su consentimiento a la Encarnación, unió a Dios con el hombre: y el Verbo unió al hombre con Dios. Y es cosa mayor unir la grandeza con la bajeza, que no la bajeza con la grandeza».

«Se determinó en primer lugar, escribe la V. Agreda [33], que el

[30] *Le Culte du C. de J.* élév. 52.
[31] *Obras* t. 1, p. 84.
[32] 3.ª p., c. 3.
[33] *Mística Ciudad de Dios*, 1.ª p., l. 1, c. 4.

Verbo divino tomase carne y se hiciese visible... Esta unión hipostática de la segunda Persona de la Santísima Trinidad con la naturaleza humana, entendí era como forzoso fuese la *primera obra* y objeto adonde saliese el entendimiento y voluntad divina *ad extra*... Era conveniente, si Dios quería criar muchas criaturas, que las criase en harmonía y subordinación, y que ésta fuese la más admirable y gloriosa... *cabeza* y suprema a todas, y cuanto fuese posible inmediata y unida con Dios, y que por ella pasasen todos y llegasen a su Divinidad... Sólo en el Verbo humanado se pudo satisfacer a la dignidad de las obras de Dios, y con El había hermosísimo orden en la naturaleza, y sin El no lo hubiera».—Luego viene el decreto y predestinación de la Madre del Verbo humanado; porque entendí fué ordenada esta pura criatura antes que hubiese otro decreto de criar otra alguna. Y así fué primero que todas concebida en la mente divina». En siendo criados los ángeles para gloria de Dios, «fueron ordenados para que asistiesen, glorificasen y honrasen... a la humanidad deificada en el Verbo eterno, reconociéndole por *cabeza*, y en su Madre Santísima Reina de los mismos ángeles». Por último, «vióse la caída de Adán y de todos en él, fuera de la Reina, que no entró en este decreto; y ordenóse el remedio y que fuese posible la Humanidad santísima».

ARTICULO IV

La inhabitación del Espíritu Santo

§ I.—La gracia y la inhabitación divina.—Inmanencia de Dios en el alma justa: La vida y conversación en los cielos: Acción vivificadora del Espíritu Santo: misión, donación e inhabitación especiales.

La doctrina de la gracia se esclarece con la de la inhabitación del Espíritu Santo, Señor y Vivificador de las almas. Sabemos que la gracia santificante no sólo nos justifica y vivifica —borrando nuestras maldades y llamándonos de muerte a vida— sino que realmente nos santifica y deifica, creándonos de nuevo a imagen de Jesucristo; y que esa vida que nos da, aunque todavía esté como en germen, para ser desarrollada con nuestra fiel cooperación, es verdadera *vida eterna*. La cual, si no nos transforma en Dios de tal modo que también en nosotros sean una misma cosa el ser, el obrar y el objeto de nuestra acción —porque esto es imposible dada nuestra naturaleza—, por de pronto, trae al mismo Dios, con todos sus tesoros, a reinar en nuestros corazones, para que gocemos de El y de ellos, si que-

remos aprovecharnos de tal dignación; y para que uniéndonos cada vez más con El en su trato *amistoso*, con los lazos de un conocimiento verdadero e íntimo y de un amor filial, abrasados en el fuego de su caridad, logremos purgarnos de toda escoria terrena y, transformándonos de claridad en claridad, vengamos a unirnos y hacernos una misma cosa y *un mismo Espíritu* con El (1 Cor. 6, 17).

De este modo, viviendo en Dios y de Dios, podemos tener ya toda nuestra conversación en los cielos; pues ejercitamos desde ahora—y podemos ir realizando cada vez mejor—las funciones características de la vida eterna, cuales son *conocer* a Dios como es en Sí y *amarle* con el mismo amor con que El se ama y nos ama; poseerle como El se posee y engolfarnos en aquel abismo de su eterna felicidad [1].

No tendemos ya, en efecto, hacia Dios como hacia algo que esté fuera de nosotros: en el fondo le poseemos, aquí mismo, como esperamos poseerle en la gloria. Para gozarle de un modo beatífico nos basta desarrollar ese germen de vida eterna que en nuestras almas llevamos sembrado, remover la tierra que lo encubre, y quitar los obstáculos que le impidan a él crecer y a nosotros fijar en él toda nuestra atención [2]. Entremos dentro

---

[1] «In quantum homines per charitatem *deiformes* efficiuntur, sic sunt supra homines, et eorum conversatio est in caelis» (S. TH., *In 3 Sent.* d. 27, q. 2 a 1 ad 9).

[2] «Unánimemente, dice Sauvé (*Le Culte du C. J.* élév. 27), es la gracia llamada por los teólogos *germen de la gloria*: bástale expansionarse y florecer divinamente bella a la vista de Dios, y con eso el alma que la posee estará en el cielo. Somos ya hijos de Dios, por más que nuestra filiación aun no se manifieste. Aunque todas estas riquezas no hayan de resplandecer hasta la gloria, cuando, perfectamente semejantes a Dios, le veamos cara a cara, tal como es y como El se ve a Sí mismo; sin embargo, ya desde ahora está en nuestra alma este misterio de filiación, de semejanza divina y de unión con el mismo Dios. Las divinas Personas habitan en nosotros y se nos unen de espíritu a espíritu, de corazón a corazón; y esto es ya un cielo, aunque velado. ¡Mucho *nos importa tener conciencia* de esta situación tan noble y tan deliciosa!»

«Estando Dios omnipotente dentro de nosotros, o más cerca de nosotros que nosotros mismos, ¿cuál es la causa de que no lo *sintamos?* La causa es porque su gracia no puede obrar en nosotros; y no puede obrar porque no la deseamos devota e íntimamente con humilde corazón; porque no amamos a Dios con todo él y con todos nuestros sentidos; porque el ojo de nuestra inteligencia está lleno de polvo y lodo de las cosas transitorias...; porque no queremos morir a nuestra sensualidad, y convertirnos de todo nuestro corazón a Dios: ésta es la razón de que no obre la luz de la divina gracia en nosotros» (TAULERO, *Instituciones div.* c. 6).

de nosotros mismos, penetremos muy hondo a conversar con el *Dios de nuestro corazón, que es nuestra herencia para siempre,* y veremos que *nuestra felicidad está en unirnos con El,* y *desfalleceremos de amor* (Ps. 72, 26-28), descubriendo en nuestros corazones su glorioso Reino, y bebiendo en la *fuente de agua viva que salta a la vida eterna.* Esta fuente es el mismo Espíritu que hemos recibido (Io. 7, 39) y de quien incesantemente fluyen todas las gracias con que se riegan, hermosean, purifican y fertilizan nuestras almas [3].

Si Dios está y no puede menos de estar en todas partes—por *potencia,* por *presencia* y por *esencia*—como Creador, Motor y Conservador de todo, no en todas está por inhabitación amorosa—como *amigo*—sino sólo en las criaturas racionales que aceptaron su divina familiaridad (Io. 1, 11-12). Esta exige una portentosa elevación que les permita tratarle, no como abatidas esclavas a su excelso y potentísimo Señor—o como simples hechuras a su supremo Hacedor—, sino en cierto modo, como a igual, como a verdadero amigo y dulce huésped, o como a Padre o Esposo amantísimo. Es, pues, menester que salgan del orden de la esclavitud, para entrar en el de esta amistad y familiaridad. «Y no sólo no habita Dios en todos aquellos en quienes está, dice San Agustín [4], sino que en los mismos en que habita no habita lo mismo». ¿De dónde proviene la mayor o menor perfección de los santos, sino de que en ellos mora Dios más o menos perfectamente?

Y tanto más grata y más plena es esta morada de Dios en los santos, cuanto más animados están de su Espíritu y más encendidos en el fuego de su caridad, que se traduce en buenas obras. «Si alguien me ama, dice el Salvador (Io. 14, 23), guardará mi palabra, y mi Padre le amará, y a él vendremos, y en él haremos nuestra mansión». «Si nos amamos mutuamente, añade el discípulo amado (Io. 4, 12-16), Dios mora en nosotros, y es perfecta nuestra caridad. Y conoceremos que *moramos en El y El en nosotros,* en que nos ha hecho participar de su Espíritu... Dios es caridad, y quien está en caridad en Dios mora, y Dios en él». Así, la «caridad, como observa el Angélico Doctor [5], no es virtud del hombre en cuanto tal, sino en cuanto

[3] «Buscaros, Dios mío, es buscar mi felicidad y bienaventuranza: debo buscaros para que mi alma viva; porque Vos sois su vida, así como ella es la que da vida al cuerpo» (SAN AGUSTÍN, *Conf.* 10, c. 20).
[4] *Epist.* 187, *ad Dard.* n. 41.
[5] *De charit.* q. un., a. 2 ad 3.

está hecho Dios; *Non est virtus hominis, ut est homo, sed in quantum per participationem gratiae fit Deus*».

A los que aman y sirven a Dios con tibieza no los puede El tolerar, y comienza a *vomitarlos* (Apoc. 3, 15); porque también ellos lo poseen sólo a medias... Sin embargo, Dios está incesantemente llamando a las puertas de todos, deseando que de todo corazón le reciban, para celebrar con ellos el banquete de la amistad (ib. 20). Y si los más le cierran las puertas, haciéndose sordos a la dulce voz que les dice: *Dame tu corazón*, a cuantos le reciben los hace conciudadanos de los santos y, lo que más es, domésticos y verdaderos hijos suyos.

Esa inhabitación amorosa, aunque común a las tres Personas divinas—que nunca pueden estar separadas—se *atribuye* de un modo singular, tanto en las Escrituras como en los Padres, al Espíritu Consolador, como si en ella ejerciera alguna *misión* especialísima, y el Padre y el Hijo asistieran como por concomitancia [6]. Así nos lo indica San Juan en el pasaje citado; y así lo dió a entender el mismo Salvador cuando dijo (Io. 14, 15-21): «Si me amáis, guardad mis mandamientos, y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que *more eternamente* en vosotros: el Espíritu de la verdad que el mundo no puede recibir, porque no lo ve ni lo conoce. Mas *vosotros lo conoceréis, porque en vosotros estará*». De este modo, añade, «no os dejaré huérfanos: vendré a vosotros..., que en Mí viviréis... Cuando el mundo ya no me vea, conoceréis que yo estoy en el Padre, y vosotros en Mí, y yo en vosotros». Y poco después (16, 7): «En verdad os digo que os conviene que Yo me vaya; porque si no me fuere, no vendrá a vosotros el Consolador; pero si me voy, os lo enviaré».

Así el divino Espíritu que mora eternamente en los fieles, es quien les da testimonio de la verdad (ib. 15, 26-27), y condena los extravíos del mundo (16, 8), y testifica que Jesús es la misma verdad (1 Io. 5, 6). Y si animados y movidos por El, escuchamos su voz y no le contristamos, El mismo nos testificará también que somos hijos de Dios, y, por tanto, herederos; puesto que su misma comunicación nos da ese divino ser de tales (Rom. 8, 14-17), y nos deifica, imprimiéndonos la misma imagen del Verbo (2 Cor. 3, 18). El es el «Espíritu, Señor y Vi-

[6] «Puede decirse sin arrogancia, afirma Santa Magdalena de Pazzis (1.ª p., c. 32), que por el Bautismo nos hacemos hijos de Dios; y puesto que la tercera Persona de la Santísima Trinidad desciende a nosotros, como está inseparablemente unida a las otras dos, síguese que toda la Santísima Trinidad habita y se complace en nosotros.»

vificador», en quien creemos y cuya comunicación, derivándose de nuestra divina Cabeza, Jesucristo, nos hace vivos miembros de la Iglesia y templos santos de Dios (1 Cor. 3, 16-17; 4, 19). El es el Espíritu de adopción en quien confiadamente podemos llamar a Dios *¡Padre!* y que nos hace vivir y obrar como conviene, según la dignidad de hijos (Rom. 8, 9-16; Gal. 4, 5. 7). Comunicándosenos El mismo, nos dispensa la divina caridad (Rom. 5, 5) [7], nos hace guardar fielmente el sagrado depósito (2 Tim. 1, 14), y como Espíritu de *revelación* y de *inteligencia*, nos descubre los más altos misterios de Dios y las imponderables grandezas de Jesucristo, y nos enseña los caminos de la vida (1 Cor. 2, 10; Eph. 1, 17; 3, 5-19; Ps. 142, 10). El, en fin, está en nosotros como prenda viva de la vida eterna y como preservativo de la corrupción y germen de nuestra resurrección e inmortalidad (2 Cor. 1, 22; 5, 5; Rom. 8, 11).

Todos estos y otros muchos pasajes análogos—cuyo sentido obvio debe mantenerse a todo trance mientras no ofrezca notorios inconvenientes—parecen dar muy claramente a entender que el Espíritu Santo mora en las almas de un modo *propio* y singularísimo. Y los Santos Padres, según hemos podido ya notar, en vez de atenuar ese sentido, más bien procuran realzarlo, mostrando la acción vivificadora del divino Consolador [8].

Muy conforme a esto, las almas puras y sencillas que, con los *iluminados ojos del corazón*, logran penetrar de algún modo en estos misterios del amor divino, *sienten* y *notan* cómo el Padre y el Hijo están reinando y descansando dulcemente en nosotros, como en su templo santificado, y complaciéndose en ver la obra renovadora que va produciendo su Espíritu; a quien quieren que atendamos como a Director, Consolador, Consejero y Maestro que, a la vez que derrama en nosotros la caridad divina, nos inspira, sugiere y enseña toda verdad [9].

---

[7] «Dicitur charitas et Deus et Dei donum: Charitas enim dat charitatem, substantiva, accidentalem. Ubi dantem significat, nomen est substantiae; ubi donum, qualitas» (S. BERN., *Ep.* 11 *ad Guidon.* n. 4). «In iustificatione duplex charitas nobis datur, scilicet creata et increata illa qua diligimus, et illa qua diligimur» (S. BUENAV., *Compl. Theol. verit.* l. 1, c. 9).

[8] «Confiesan todos los doctores santos, dice el V. Granada (*Guía* l. 1, c. 5, § 1), que el Espíritu Santo, por una *especial manera*, mora en el ánima del justificado... Entrando en la tal ánima, la hace templo y morada suya: y para esto El mismo la limpia, y santifica, y adorna con sus dones, para que sea morada digna de tal Huésped.»

[9] «Vos sois verdadera luz y divino fuego, Maestro de las almas... como Espíritu de verdad nos enseñáis con vuestra comunicación todas las verdades» (S. AGUSTÍN, *Soliloquios* c. 32).

Además, la misma Escritura dice repetidas veces que el Espíritu Santo nos es *enviado*, casi del mismo modo que se dice del Hijo (Io. 14, 26; 15, 26; 16, 7; Gal. 4, 6, etc.); y la *misión*, observa Santo Tomás, implica, junto con la *procedencia* original, un nuevo y muy especial modo de *presencia* de la Persona enviada en quienes la reciben. Otras veces se dice que es *dado* (Io. 14, 15; Rom. 5, 5, etc.) ; y esta *donación* supone también una *posesión* muy singular en quienes la aceptan, de tal modo que libremente puedan gozar del don recibido. Por lo cual, como advierte dicho santo Doctor [10], «en el mismo don de la gracia santificante, que nos hace gratos a Dios, *poseemos* al Espíritu Santo, que habita en nosotros; y por eso es *dado* y *enviado*». «Se dice que nos es *dado*, añade [11], aquello de que libremente podemos disfrutar... Y así a esta Persona divina le compete ser *dada* y ser *don*» [12].

También dice expresamente la Escritura que este divino Espíritu *habita* en nosotros, como Dueño absoluto, y nos hace templos santos de Dios, que no pueden ser violados sin incurrir en la indignación divina: «¿No sabéis, escribe el Apóstol (1 Cor. 3, 16-17), que sois templos de Dios y que el Espíritu divino habita en vosotros? Si alguien viola el templo de Dios, será exterminado. Pues santo es su templo y lo constituís vosotros mismos». «¿Ignoráis, añade (6, 19), que vuestros miembros son templo del Espíritu Santo que está en vosotros, pues lo habéis recibido de Dios; y que ya *no sois vuestros?*»

Para hermosear ese templo, el mismo divino Espíritu derrama la caridad de Dios en nuestros corazones; y para consagrarlo y agrandarlo—como *Santificador* y *Vivificador* que es—nos *deifica* y nos *coedifica*, de modo que podamos «*crecer* para digna morada de Dios *en el Espíritu Santo*» (Eph. 2, 22).

Y puesto que este divino Donador viene a nosotros junto con los preciosísimos dones con que nos enriquece—y éstos adornan, fortalecen y deifican nuestras potencias, mientras El *vivifica* y *deifica* nuestra misma alma—parece ya indudable que, según el sentido más natural de los Padres y de las mismas Escrituras, debemos admitir una *misión*, una *donación* y una *inhabitación* propias y especialísimas del Espíritu Santo: *Don* por exce-

---

[10] 1.ª p., q. 43, a. 3.

[11] Ib. q. 38, a. 1.

[12] «Ad fruendum eo quo fruendum est, dice S. Buenaventura (*l. c.*) requiritur praesentia fruibilis, et etiam dispositio debita fruentis; unde requiritur praesentia Spiritus Sancti, et eius donum, scilicet amor quo inhaereatur *ei*.»

lencia, que mora en nosotros no sólo como Consolador y dulce Huésped, sino como perenne *fuente de agua viva*, como *Santificador* y *Vivificador*, que se nos ha dado para poseernos y para que le poseamos; y de este modo realiza en nosotros muy singularmente la mística obra de nuestra *deificación* [13]. Poseyéndole, pues, poseemos la misma *caridad* de Dios, que es la que santifica su morada; podemos guardar fielmente sus mandamientos, amándole con verdadero amor filial; y entonces seremos amados del Padre con el mismo amor con que ama a su Hijo y ambos *vendrán* a nosotros para hacer en nuestros corazones su morada gloriosa (Io. 14, 23). Así, «quien permanece en la caridad, en Dios permanece, y Dios en él» (1 Io. 4, 16). Y el Espíritu de caridad nos libra de la esclavitud de los vicios y pecados y nos da la libertad verdadera que sólo puede estar donde El está: *Ubi Spiritus Domini ibi libertas* [14].

§ II.—La presencia amorosa de la Trinidad.—El alma justa, hecha un pequeño cielo: Deberes de gratitud.—Perniciosa ignorancia de esta doctrina: La devoción al Espíritu Santo y la renovación de la piedad.—El decoro de la casa de Dios.

Aunque esa inhabitación o presencia vivificadora del Espíritu Santo, como propia y especial, sea aún muy discutida, lo cierto es que, de todos modos, El habita en nosotros como dulce Huésped, y con El—directamente o por concomitancia—toda la Santísima Trinidad.

Así, pues, conforme observa Santa Teresa [15], en nuestros corazones hay un verdadero cielo; pues allí mora el mismo Dios

[13] «La participación del Espíritu Santo, dice San Atanasio (*Ep. ad Serap.* 1, n. 24), es una participación de la naturaleza divina... Si descendió sobre los hombres es para *deificarlos*».

[14] «El Espíritu Santo, dice el P. Gardeil (*Les Dons* p. 8), no causa en nosotros el amor divino como un agente exterior que resulta extraño cuando acaba de obrar. Lo produce como una causa interna que reside en ese mismo amor; porque *nos ha sido dado*, dice el Apóstol. Su actividad es como la de un *alma* siempre presente, que no abandona su obra. Cuando el justo ama a Dios, no lo hace él solo: tiene en el fondo de su corazón al divino Espíritu, que es quien, con toda verdad y eficacia, le hace proferir el nombre del amor filial: *¡Padre mío!*

Así la ley de Cristo viene a ser para el *cristiano* lo que es para el *hombre* la ley natural: no una imposición exterior, sino una condición inherente al mismo ser; no un yugo que oprime, sino una norma interna de salud y de vida, una exigencia del legítimo desarrollo.

[15] *Camino de perf.* c. 28.

con toda su gloria [16]. Y aunque un Señor de tan infinita majestad se digna «hacerse a nuestra medida», también «trae consigo la libertad» con el poder que tiene de agrandar este palacio. La Santa se maravilla y lamenta, a ejemplo de San Agustín, de haber tardado tanto en advertir y reconocer este inapreciable tesoro que en sí misma encerraba [17]; de no haber sabido conversar amorosamente con tan amable compañía, «tratando a Dios como a Padre y como a Hermano, como a Señor y como a Esposo»; y de haberse descuidado, por lo mismo, de tenerle bien preparada esta habitación de su gloria [1].

¿Qué deberemos decir de la generalidad de los cristianos, que nunca han pensado en este encantador misterio?... Muchos quizá pudieran exclamar, como los célebres efesinos: *Ni aun siquiera oímos que existía* en nosotros *el Espíritu Santo!...* Porque, en efecto, muchas veces, aunque los pequeñuelos deseen el pan de la doctrina, apenas hay quien se lo reparta (Thren. 4, 4). Antes hasta los niños sabían que eran templos vivos del Señor y que debían vivir como tales; pues esto era lo que con más insistencia se les inculcaba para informarlos como convenía en el verdadero espíritu de Jesucristo. Hoy apenas se habla de este dogma tan fundamental en la vida cristiana; y así se va extinguiendo el espíritu en tantas almas como ignoran las *palabras de vida eterna.* En un principio, según ya indicamos, era muy frecuente entre los fieles el llamarse *cristóforos, teóforos, agióforos,* etc., es decir: *portadores de Cristo,* de *Dios,* del *Espíritu Santo.* Pero hoy, hasta muchos eclesiásticos y religiosos hay que, cuando leen u oyen que somos *miembros* de Jesucristo, y que su Espíritu *mora* en nosotros, toman estas expresiones en un sentido figurado, para no hacer caso del divino Huésped que nos está sugiriendo y enseñando toda verdad, y con eso no intenta nada menos que *deificarnos* ... [18]

---

[16] *Caelum es, et in caelum ibis,* decía Orígenes (*In Hierem.* hom. 8, n. 2).

[17] «Anduve errante como oveja perdida, buscándoos en las cosas exteriores, estando Vos en mi interior; y me fatigué mucho buscándoos fuera de mí, siendo así que estáis dentro de mí, como tenga deseo de Vos. He dado muchas vueltas por las calles y plazas de la ciudad de este mundo para buscaros, y no os he podido hallar; porque mal buscaba fuera lo que estaba dentro de mi alma» (S. AGUSTÍN, *Soliloquios* c. 31).

[18] «Cuando el Salvador, observa el P. Weiss (*Apol.* 9, conf. 3, apéndice 1), dice que por la gracia viene El mismo a nuestro interior, con el Padre y el Espíritu Santo, y establece su morada en nosotros (Io. 14, 23), no debe entenderse esto en sentido figurado, ni como si la Divinidad obrase en nuestro corazón sólo por medio de sus dones; sino

Mas esto exige nuestra cooperación amorosa; pues *el que te creó a ti sin ti*, dice San Agustín, *no te salvará sin ti*, ni menos te hará perfecto, si tú no le correspondes. Por eso con tanto amor se nos dice (Prov. 23, 26): *Dame, hijo mío, tu corazón y atiendan tus ojos a mis caminos.* Pues mal podremos secundar como conviene los impulsos del Espíritu Santo, si muy de corazón no le amamos y le atendemos, o si no tenemos de El claras noticias. Por esta causa cerramos los oídos a sus santas inspiraciones y le resistimos cuando dulcemente nos lleva a la soledad para hablarnos al corazón y criarnos, cual amorosa madre, a sus divinos pechos (Os. 2, 14; Is, 66, 12).

Con gran razón, pues, lamentan las almas espirituales la falta de devoción al Espíritu Santo, sin la cual es imposible que reflorezca la verdadera piedad. Y por eso, desde que León XIII, en su encíclica *Divinum illud Munus*. trató de remediar este mal, llamando la atención de los teólogos, apologistas y predicadores para que con el mayor celo promuevan una devoción tan saludable y necesaria, según va siendo mejor conocida y apreciada la vital acción del divino Paráclito, se va notando como una gran renovación espiritual.

Esta especialísima *misión, donación, inhabitación* y *animación* del Espíritu Santo y esa *amigable* y substancial presencia o inmanencia de toda la Santísima Trinidad en nosotros, es indudable que no pueden provenir de ningún cambio en el mismo Dios, que es necesariamente inmutable, sino sólo del que por El se realiza en nosotros al ser regenerados y renovados, justificados y santificados. Y este cambio, en lo *substancial*, se debe a la gracia santificante que nos deifica; en cuanto a las *propiedades*, lo constituyen las virtudes, los dones y demás

que Dios mismo, no contento con otorgarnos sus dones, viene a morar en nosotros de un modo singular. Antes, hasta las jovencitas y aun los niños, se hallaban tan convencidos de esta inhabitación de Dios, que la miraban como la cosa más sencilla, según se ve en las vidas de Santa Lucía, Santa Inés y Santa Agueda. Mas ahora, apenas si entre los mismos teólogos hay quienes comprendan bien esto. Cuando leemos en el Apóstol que «Jesucristo es nuestra cabeza y cada uno de nosotros un miembro de su cuerpo», parécenos una maravilla exclamar: ¡Qué bella imagen! Mas para los siervos de Dios era esto la más completa verdad.» El Espíritu Santo, añade (apénd. 2), es foco, centro, manantial y corazón del pensamiento y de la vida sobrenaturales. Muéstrase a cada paso como guía a quien desea penetrar en el fondo de lo sobrenatural. Y solamente quien con El se familiariza puede orientarse en ese mundo sublime. Sin conocer su acción, el hombre no ve en las verdades sobrenaturales nada más que fragmentos sueltos e incomprensibles. Sólo a quien trata de orientarse a la luz de ese sol bienhechor, se le descubre un mundo nuevo, más elevado, lleno de unidad y de vida.

energías infundidas a modo de hábitos con que podemos obrar divinamente; y en lo *accidental*, las gracias *gratis datas* y los diversos influjos transitorios. Con estos auxilios divinos y el continuo ejercicio de las virtudes cristianas, acrecentamos los talentos que el Señor nos confió, crecemos en gracia y conocimiento suyo, contribuímos al desarrollo del Cuerpo místico del Salvador, y «somos coedificados, creciendo en templos santos y vivos de Dios en el Espíritu Santo».

La vida de la gracia, el ardor de la caridad y el esplendor de todas las demás virtudes, constituyen el decoro de la casa de Dios. Y El mora allí con tanta más complacencia, cuanto más deificada la ve y cuanto más radiante está con su eterna claridad. Y cuando esa morada divina—esa *nueva ciudad de Dios*—llegue a la perfección que requiere, ya no brillará en ella otra luz sino la que dimana de las llagas del Cordero, que quita los pecados del mundo: *Lucerna eius est Agnus*...

Los santos se extasían y desfallecen contemplando ese decoro inapreciable de la habitación de Dios, que les hace exclamar: *Quam dilecta tabernacula tua, Domine virtutum!* (Ps. 83, 2). Decoro verdaderamente divino que no puede ser otro sino la gracia de nuestro Salvador y la comunicación de su mismo Espíritu, con que realmente venimos a ser gratos a los ojos del Padre; pues, estando así decorados y deificados, a Sí mismo se ve resplandecer en nosotros. ¿Cómo no podremos por menos de amar y procurar lo que tanto aprecio merece al mismo Dios todopoderoso? Digamos, pues, muy de veras con las almas que tienen viva experiencia de estas verdades: «¡Señor, amé la hermosura de tu casa y el lugar de la habitación de tu gloria!: *Dilexi decorem domus tuae*...

Y ese lugar venturoso donde podemos gozar de Dios en la tierra, es el centro de nuestros corazones, el *fondo* de nuestras mismas almas [19]. Entremos dentro de nosotros mismos, cerre-

---

[19] Ese *fondo* o *centro* del alma, donde mora Dios, ha recibido muy diversos nombres que importa conocer. Los principales son éstos:

Apex totius affectus (S. BUENAVENTURA, *Itinerar.* c. 7); *vertex animae seu mentis* (S. TH., *De veritate* q. 16, a. 2 ad 3); *fundus vel centrum animae* (τὸ τῆς ψυχῆς οἷον κέντρον) (PLOTINO, *Enn.* 6, 9, 8); *intimus affectionis sinus* (RIC. DE S. VICT., *Benjamin mai.* 4, 16: MIGNE, 196, 154 d); *cordis intima* (*ibid.* 4, 6, p. 139 d); *mentis summum, mentis intimum* (*ibid.* 4, 23, p. 167 a); *cubiculum v. secretum mentis* (RIC. DE S. VÍCT., *In Cantic.* c. 8: MIGNE, 196, 425); *claustrum animae* (HUGO DE FOLIETO, *Claustrum animae* 3, 1: MIGNE, 176, 1.087 c). Cf. BON., *Via Compendii* 20; BLOSIUS, *Institut. spir.* c. 12, 4; SANDAEUS, *Clavis* s. v. anima, centrum, fundus, culmen; SURIN, *Catechisme*

mos las puertas de nuestros sentidos a todas las vanidades terrenas, atendamos a la voz que nos llama a este dulce retiro, y hallaremos el reino de Dios, y veremos su gloria... Dios está allí presente, con su amorosa y gloriosa presencia, con tal que permanezcamos en verdadera caridad: es inmanente en nuestro ser y en nuestro obrar, como principio y término inmediato de nuestra vida sobrenatural y de todas sus funciones características. Y a medida que éstas se perfeccionan y se purgan de resabios del hombre viejo, aumentando incesantemente la luz y quitando los obstáculos que nos impiden ver, al ser verdaderamente renovados en el Espíritu, hallaremos que *Dios lo es todo en todos.*

APÉNDICE

[1] *El reino de Dios dentro de nosotros.*—«Importa mucho, dice Santa Teresa [20], no sólo creer esto, sino *procurarlo entender por experiencia*... No ha menester para hablar con su Padre Eterno ir al cielo, ni para regalarse con El. Por poco que hable, está tan cerca que nos oirá, ni ha menester alas para ir a buscarle, sino ponerse en soledad, y mirarle dentro de sí, y no extrañarse de tan buen huésped, sino con gran humildad hablarle como a padre, pedirle como a padre, contarle sus trabajos, pedirle remedio para ellos, entendiendo que no es digna de llamarse hija. Déjese de unos encogimientos que tienen algunas personas, y piensan que es humildad... ¡Donosa humildad... que me tenga yo al Emperador del cielo y de la tierra en mi casa, que se viene a ella por hacerme merced, y por holgarse conmigo, y que por humildad ni le quiere responder, ni estarme con El, ni tomar lo que me da, sino que le deje solo!... Mirad que os va mucho en tener entendida esta verdad, que está el Señor dentro de vosotras, y

---

spirit. 5, 4; 13, 7..., etc.—Todos éstos los cita el sabio P. Weiss, O. P., en su incomparable *Apología del Cristianismo* t. 9, conf. 2.

«El divino Blosio, Rusbrochio, Taulero y otros, escribe Fr. Juan de los Angeles (*Diálogos sobre la conquista del Reino de Dios* 1, § 3 y 4), dicen que este *centro* del alma es más intrínseco y de mayor altura que las tres facultades o fuerzas superiores de ella, porque es origen y principio de todas... El *intimo* del alma es la simplicísima *esencia* de ella, sellada con la imagen de Dios, que algunos santos llaman *centro,* otros *íntimo,* otros *ápice* del espíritu, otros *mente*; San Agustín *sumo,* y los más modernos la llamaron *hondón*». «Este íntimo retraimiento de la mente ninguna cosa criada le puede henchir ni dar hartura, sino sólo el Criador con toda su majestad y grandeza; y aquí tiene El su pacífica morada como en el mismo cielo».—Este *ápice* del alma es a lo que San Francisco de Sales llama «punta fina del espíritu».

[20] *Camino de perf.* c. 28.

que allí nos estemos con El. Este modo de rezar, aunque sea vocalmente, con mucha más brevedad recoge el entendimiento, y es oración que trae consigo muchos bienes. Llámase *recogimiento,* porque recoge el alma todas las potencias, y se entra dentro de sí con su Dios, y viene con más brevedad a enseñarla su divino Maestro, y a darle oración de *quietud,* que de ninguna otra manera... Las que se pudieren encerrar en este cielo pequeño de nuestra alma, adonde está el que le hizo a él y a la tierra, y se acostumbraren a no mirar ni estar adonde se distrayan estos sentidos exteriores, crean que llevan excelente camino, y que *no dejarán de beber el agua de la fuente,* porque caminan mucho en poco tiempo... Y aunque al principio no se entienda esto, por no ser tanto—que hay más y menos en este recogimiento—mas si se acostumbra... y nos hacemos esta fuerza, verse ha claro la ganancia, y entenderá en comenzando a rezar, que se vienen las abejas a la colmena y entran en ella para labrar la miel... Como no hay embarazo de lo exterior, estáse el alma sola con su Dios... Pues hagamos cuenta que dentro de nosotros está un palacio de grandísima riqueza... y que en este palacio está un gran Rey, y que ha tenido por bien ser nuestro huésped, y que está en un trono de grandísimo precio, que es nuestro corazón... Tengo por imposible, si trajésemos cuidado de acordarnos de que tenemos tal huésped dentro de nosotros, que nos diésemos tanto a las cosas del mundo; porque veríamos cuán bajas son para las que dentro poseemos... Si, como ahora entiendo que en este palacio pequeñito de mi alma cabe tan gran Rey, entonces lo entendiera, no le dejara tantas veces solo, alguna me estuviera con El, y más procurara que no estuviera tan sucia... Como es Señor, trae consigo la libertad; y como nos ama, hácese de nuestra medida. Cuando un alma comienza—por no la alborotar de verse tan pequeña para tener en sí cosa tan grande—*no se da a conocer hasta que va ensanchando esta alma* poco a poco, conforme a lo que entiende es menester para lo que pone en ella. Por eso digo que trae consigo la libertad, pues tiene el poder de hacer grande este palacio. El punto está en que se le demos por suyo, con toda determinación, y le desembaracemos para que pueda poner y quitar como en cosa propia».

«No creas, decía al B. Susón [21], que te basta pensar en mí cada día una sola hora. Quien desea oír interiormente mis dulces palabras, y comprender los secretos y misterios de mi Sabiduría, debe estar siempre conmigo, siempre pensando en mí... ¿No es vergonzoso tener en sí el reino de Dios, y salir de él para pensar en las criaturas?»

[21] La *Eterna Sabiduría* 15.

ARTICULO V

La gracia y la gloria

§ I.—La vida eterna incipiente y consumada.—Sus funciones características: La felicidad de los santos en esta vida, comparada con la de la gloria.—El ser y el obrar.—La visión facial en el Verbo de la Sabiduría por la virtud del Espíritu de inteligencia.—La unión del amor gozoso.

Sabemos que Dios está tan íntimo a nosotros como puede estarlo nuestra misma alma, y aún más, puesto que, según los santos le llaman, es «vida de nuestra alma, y alma de nuestra vida». *In Ipso enim vivimus, et movemur, et sumus* [1]. Y deificados por la vital comunicación de su Espíritu y la participación de su divina naturaleza, podemos y debemos procurar vivir y obrar *divinamente*, como hijos de la luz.

Puesto que «el obrar sigue al ser», el modo de obrar característico del justo, en cuanto posee a Dios y está revestido de su divino *ser*, es un conocimiento y un amor cuales corresponden a esa *vida eterna*, que es la divina gracia, de modo que por ellos toque, *abrace* y *posea* al mismo Dios en su propia substancia, y no ya en una remotísima y casi vana representación analógica, que es el único medio de poseerlo por el conocimiento y amor naturales [2]. Pero si la simple creatura racional no puede conocer a su Hacedor trascendente sino por inducción, rastreando el reflejo de sus atributos en las maravillas de la Naturaleza, sin poder verlos en sí mismos, una vez elevada al orden divino, ya puede de algún modo percibir directamente las mismas realidades divinas. Estando deificados y hechos hijos del mismo Dios, podemos de un modo o de otro ejercer las funciones propias de la vida eterna que, como a tales, nos competen; puesto que con la participación de la naturaleza divina, y en la misma proporción que ella, se nos comunican sus

---

[1] «El está muy cerca de nosotros, y nosotros estamos muy lejos de El; El habita en el centro de nuestra alma, y nosotros en la superficie. Es familiar nuestro, y, sin embargo, le tratamos como a extraño» (ECKHART, en DENIFLE, *La Vie spirit.* c. 2).

[2] «In sanctis, dice Santo Tomás (*In* 2 *Cor.* 6, 16), est (Deus) per ipsorum operationem qua *attingunt* ad Deum, et quodammodo *comprehendunt* ipsum, quae est diligere et cognoscere».—«*Attingit ad ipsum Deum* (*creatura*) *secundum substantiam suam* consideratum, añade en otro lugar (*In I Sent.* d. 37, q. 1, a. 2)..., quando fide adhaeret ipsi primae veritati, et charitate ipsi summae bonitati».

operaciones características, a fin de que no permanezca ociosa ni la poseamos en vano, sino que, como germen de gloria, se desarrolle y fructifique. Luego tan real, física y ontológicamente como participemos el *ser* divino, participamos el *obrar* correspondiente, y como aquella participación es real y formal, también debe serlo esta última.

Ahora bien, las operaciones propias de Dios, según nuestro pobre modo de entender y de expresarnos, son conocerse y amarse tal como es en Sí mismo, en su absoluta Unidad y en su Trinidad inefable; por tanto, las de la vida divina participada en nosotros también deben alcanzar, en la debida proporción, como a único objeto digno, a la divina Esencia, tal como es en sí, y no en una vana abstracción, *tocando* al mismo Dios Uno y Trino, estrechándole realmente con esos dos poderosos brazos sobrenaturales del conocimiento y amor que al efecto se dignó comunicarnos.

Para *conocer* de algún modo las verdades sobrenaturales que tanto exceden nuestra capacidad, nos basta ser confortados con la divina luz de la fe que nos las propone, aunque entre tinieblas y enigmas, como *hechos* innegables. Mas para *apreciarlas* debidamente, es menester, además, penetrarlas bien, sentirlas y experimentarlas por medio de una fe viva, acompañada de los dones de inteligencia y de sabiduría: lo cual requiere un alto grado de purificación [3].

Así, pues, para suplir, en cuanto cabe, la insustituíble experiencia de los *estados místicos* en que, por medio de esos preciosísimos dones, se goza ya como un preludio de la gloria, consideremos a nuestro modo lo que acerca de ésta nos dicen la misma fe y la sana teología [4]. Pues si llegamos a formarnos alguna idea aproximada de lo que es la vida de la gracia en su *pleno desarrollo,* tal como se muestra en el cielo, colegiremos cuál debe ser en este laborioso período de expansión que aquí le precede [5].

El ejercicio de la *vida eterna* consiste en conocer y amar a Dios Padre y a Jesucristo su enviado: es decir, en contemplar a las claras los más augustos y profundos arcanos de la divinidad y los inefables misterios de nuestra reparación y deificación.

---

[3] Cf. S. JUAN DE LA CRUZ, *Noche obscura* 2, 16.

[4] «Entre las comunicaciones ordinarias de la gracia santificante y las de la gloria eterna, están las de los estados místicos, que parecen un preludio de las comunicaciones del cielo» (SAUVÉ, *Etats mystiques* p. 2).

[5] *Gratia nihil aliud est quam inchoatio gloriae in nobis* (S. TH., 2-2, q. 24, a. 3 ad 2).

Tal es la ocupación perenne de los bienaventurados que, gozando de los infinitos tesoros de la herencia paterna, contemplando el abismo sin fondo de la Hermosura increada, y amando la absoluta Bondad, quedan como en un perpetuo éxtasis, anegados en el piélago de las divinas delicias, como entre las más gratas sorpresas que pudieran concebirse, descubriendo en cada momento nuevos e indecibles encantos, sin poder hallar suelo ni cabo en aquel insondable abismo de maravillas.

Mas los bienaventurados *son* tales en la medida en que *están deificados*: *son* eternamente *felices*, porque han sido hechos *dioses*, y se hallan ya en el venturoso término de su mística evolución, donde llega a toda su expansión gloriosa el misterioso germen de vida eterna que en la regeneración recibieron: están ya totalmente renovados y transformados de hijos de Adán en hijos del Altísimo, por la virtud del Espíritu santificante que los configuró con el Verbo y los hizo del todo semejantes a Dios. La bienaventuranza *esencial* consiste no sólo en el *obrar*, sino también—y más que en nada—en el *ser*: el *obrar divinamente* es consecuencia espontánea del *ser divino* que ya tienen con la debida perfección [6]. Deificados ya en realidad, realmente poseen al sumo bien, y pueden conocerle, verle, gustarle y gozarle a su placer, amándole y abrazándole tal como es en Sí mismo, aunque en la proporción en que están *deificados*. La visión intuitiva en que se resumen los actos de sabiduría y de inteligencia, y el amor gozoso que necesariamente la sigue, son las dos *funciones características* de la vida eterna en su plenitud. Sin esto los santos *serían* felices sin *saber* apenas que lo eran, sin *gozar* de su propia felicidad, ni *disfrutar* del bien que ya *poseían* [7]. Mas las funciones propias de la vida son un complemento necesario de ella. Así, aunque se puede poseer a Dios, sin conocerlo aún bastante—por causa de los muchos obstáculos que aquí nos impiden verlo—éstos desaparecen totalmente cuando el alma, libre del «cuerpo corruptible que tanto la agrava, y de la conversación terrena que deprime sus sentidos» (Sap. 9, 15), haya acabado totalmente de purificar los ojos de su inteligencia.

Aun aquí mismo, los santos muy deificados *son* realmente *felices* en medio de todas sus penas y amarguras, de su pobre-

[6] Cf. S. Dion., *Eccles. Hier.* c. 2.

[7] «Prima coniunctio sine secunda ad beatitudinem non sufficit: quia nec ipse Deus beatus esset, si se non cognosceret et amaret: non enim in seipso delectaretur, quod ad beatitudinem requiritur» (S. Th., *Qq. disp. de Verit.* q. 29, a. 1).

za, lágrimas, hambre, sed, persecuciones, etc. Mas aunque los consuelos y gozos sobreabunden de tal modo que, en su comparación, merezcan ser tenidas en nada todas las penas, éstas, sin embargo, son bastante opresivas para impedirles gozar en la medida en que están santificados. Pueden ellos ser ya iguales y aun superiores a muchos moradores del cielo, superándolos en caridad, al menos *radicaliter*, y por tanto, en gracia, en *deificación* y unión esencial con Dios [8]. Pero no *gozan* tanto, porque no viéndole, como ellos, cara a cara, no pueden aún conocerle en la medida en que le aman y le poseen. De ahí ese amor ciego, instintivo, *alogo*, inefable que, como inconscientemente, sienten en grado tan alto, que parece irresistible en sus fogosos ímpetus: los cuales, siendo tan dolorosos como deleitables, mil veces les quitarían la vida, si no fueran confortados por quien todo lo puede.

De ahí el increíble valor de todas sus acciones, por pequeñas y humildes que aparenten; pues, siendo santos, santifican y hacen grandes las cosas más naturales y más viles; así como los tibios desvirtúan y envilecen las que de suyo serían muy grandes [9]. Y de ahí también el que, como dice un gran místico, no debamos atender tanto a lo que *hacemos* como a lo que *somos*; porque según sea nuestro *ser* será el valor de nuestro *obrar* [10]. Por eso decía San Francisco de Sales que un gran

---

[8] «Aliqui homines etiam in statu viae sunt maiores aliquibus Angelis, non quidem *actu*, sed *virtute*, in quantum sc. habent charitatem tantae virtutis, ut possint mereri maiorem beatitudinis gradum» (S. TH., 1.ª p., q. 117, a. 2 ad 3).

[9] Dios, enseñan a una todos los maestros de espíritu, mide nuestras obras única o principalmente por el afecto o espíritu con que se hacen.

[10] «Verdaderamente, observa el V. Juan Taulero (*Divinas Instit.* c. 14), que los hombres deberían atender, no a lo que hacen, sino a lo que son: porque, si en su interior fuesen buenos, fácilmente lo serían también sus obras; si en su centro fueran justos y rectos, sus obras justas y rectas serían. Muchos ponen su santidad en *hacer*; mas no es esto lo mejor: la santidad consiste y debe consistir en el *ser*. Por muy santas que sean nuestras obras, no nos santifican en cuanto obras, sino al contrario, cuanto nosotros somos santos y tenemos el centro y la intención santa, tanto santificamos nuestras obras. Todo nuestro estudio y diligencia y todo cuanto hacemos o dejamos de hacer, a esto debe ordenarse siempre: a que Dios sea magnificado, esto es, *hecho grande* en nosotros; y cuando mejor esto lográremos, tanto serán todas nuestras obras mayores y más divinas».

«Yo quiero los corazones de mis siervos humildes, pero magnánimos, decía el Señor al P. Hoyos (*Vida* p. 97). La santidad más segura es la que más se asemeja a la mía: y Yo siempre traté con los hombres como uno de tantos, haciéndome todo a todos, aunque era infinitamente superior a todos en las obras. No está el mérito en hacer mucho,

santo puede merecer más en la ínfima ocupación, que un imperfecto en las más nobles y gloriosas [11]. Aun durmiendo pueden los muy siervos de Dios amar y merecer más que otros orando o trabajando en bien de las almas; porque sus corazones deificados aun durante el sueño velan, orando y amando intensamente, aunque sin darse cuenta; pues el Espíritu que los anima pide por ellos con gemidos inenarrables [12]. Y por de pronto, como están más unidos con El, no pueden menos de complacerle en todo [13].

Ahora bien, sabemos ciertamente—pues está definido como verdad de fe—que todos los justos después de la muerte y acabadas sus purgaciones, confortados con el *lumen gloriae,* ven a Dios cara a cara; es decir, que, intuitivamente y sin ningún obs-

---

sino en amar mucho: a veces se hace mucho y era mejor se hiciera menos y se amara más.»

«No todo depende, observa el P. Weiss (*Apol.* 9, conf. 12), de la austeridad de la vida ni de la multitud de acciones exteriores. De otro modo, los obreros de las fábricas se nos adelantarían mucho en el camino de la santidad. Tampoco depende ésta de la cantidad de ejercicios piadosos, sino del espíritu y la perfección interior con que se hacen. *Andad según el espíritu,* se nos dice a los cristianos (Gal. 5, 16); porque Dios es espíritu, y por eso *quiere verdaderos adoradores en espíritu* y *en verdad* (Io. 4, 23). De lo interior, del espíritu, debe infundirse la vida, por las obras externas. Así es como los santos procedieron, y así obtuvieron tan magníficos resultados. ¿Por qué viven en continuo silencio? ¿Por qué tienen constantemente los ojos bajos? Porque llevan en su interior su mundo, sus relaciones y sus principales esferas de actividad. Allí, en su interior, tienen mucho que hacer, no consigo mismos, sino con el Espíritu Santo, que ha hecho de ellos su templo.»

[11] *Tratado del amor de Dios* l. 9, c. 5.

[12] Un alma que está del todo unida con Dios, decía Nuestro Señor al beato Susón (*Eterna Sabiduría* c. 28). «me alaba de continuo. Cualquier cosa que haga interior o exteriormente, ya medite, ya ore, ya trabaje, ya coma, ya duerma, ya vele, su más pequeña acción es una alabanza pura y agradable a Dios».

[13] «Imagínate, dice el mismo San Francisco de Sales (ib. l. 7, c. 3), que San Pablo, San Dionisio, San Agustín, San Bernardo, San Francisco, Santa Catalina de Génova o la de Siena están aún en este mundo y duermen rendidos con los muchos trabajos en que por amor de Dios se ocuparon; represéntate por otra parte una alma buena, pero no tan santa como ellos, que al mismo tiempo estuviese en oración de unión. ¿Quién te parece que está más unido, estrechado y enlazado con Dios, esos grandes santos que duermen o esta alma que ora? Ciertamente que esos amables amantes; pues tienen más caridad, y sus efectos, aunque de alguna manera dormidos, están de tal modo entregados y apegados a su Dueño, que son inseparables .. Esa alma aventaja en el *ejercicio* de la unión, y aquéllos en la *misma unión*; están unidos y no se unen, puesto que duermen, y ella se une con ese ejercicio o práctica actual de la unión.»

táculo ni intermedio, contemplan la misma *Esencia divina.* La existencia de ese *lumen* fué declarada en el Concilio de Viena contra los begardos [14]. Pero en qué consiste esa misteriosa *luz* y cómo se realiza en ella la *visión,* aun lo discuten los teólogos.

Sin embargo, convienen en que no se ve a Dios mediante ninguna *especie*—imagen o representación—*creada,* que como objetivamente lo ofrezca a la inteligencia; porque esa imagen distaría siempre infinito de la realidad; y así, como advierte Santo Tomás [15], «decir que se ve a Dios por una *representación,* es decir, que no se ve la misma Esencia divina». Para verla, pues, realmente—ya que la inteligencia no puede conocer sin una idea representativa—es preciso que la misma Divinidad se le una tan íntimamente que le sirva como de *idea.* Y así se dice que la misma Esencia divina hace las veces de *forma inteligible* [16]. Por otra parte, para que nuestra inteligencia pueda recibir esa *idea* divina, es menester que su capacidad se agrande como hasta lo infinito : de otro modo le sería desproporcionada, y según el principio: *Quidquid recipitur ad modum recipientis recipitur,* vendría a quedar la realidad divina desfigurada y rebajada al nivel de nuestra capacidad. «Imposible es, dice el mismo santo Doctor [17], que un ser se eleve a operaciones que excedan las suyas si previamente no recibe un aumento *proporcionado* de virtualidad y de energías. Y como ninguna inteligencia creada es de suyo capaz de ver Dios en sí mismo, para poder verlo necesita un complemento muy superior». Y ¿cuál podrá ser éste, sino la misma virtud intelectual divina?... Cualquier otra, por alta y noble que fuera, no sería «muy superior a toda virtualidad creada», y nos dejaría en la misma *desproporción.* Así, pues, para la visión beatífica es menester, como dice Terrien [18], que la inteligencia creada sea hecha a imagen de la increada, por una asimilación que exceda a cualquier otra luz intelectual». Y una asimilación tan perfecta que resulte adecuada a la visión del mismo Dios, nadie puede hacerla sino la infinita virtud de su Espíritu que nos anima, deificando el alma con todas sus potencias. Lo hemos recibido precisamente *para conocer los dones que Dios nos hace* (1 Cor. 2, 12); y con su don de inteligencia conforta la nuestra de tal modo, que

[14] Prop. 5.
[15] 1.ª p., q. 12, a. 1.
[16] *Qq. disp. de Verit.* q. 8, a. 1; *Suppl.* q. 92, a. 1 ad 8.
[17] *Contra Gent.* l. 3, c. 53.
[18] 2, p. 164.

la hace *penetrar en lo más profundo de Dios* (ib. 10). He aquí, pues, la soberana virtualidad que, *poniendo ascensiones en nuestro corazón*, subjetivamente *nos eleva de virtud en virtud, hasta poder ver a Dios* en Sí mismo (Ps. 83, 6-8)[19].

Y objetivamente, ¿cuál puede ser la *Idea* divina, fiel expresión de la divina Esencia, sino el mismo Verbo de Dios?... ¿Qué es el Verbo, sino la perfectísima y adecuada *Imagen*, la *Idea* eterna, la *Palabra* viviente, la *Cara* misma de Dios y su manifestación substancial? El es eterno *esplendor de la gloria del Padre y figura de su substancia.* Luz de Luz, verdadera *Luz de la Gloria*, en quien desean los ángeles mirar, y es la única *Lumbrera* de la ciudad de Dios, donde ninguna otra hace falta.

Así, pues, el mismo Verbo, a cuya imagen se configuran las almas, unido inmediatamente a las inteligencias es la eterna *Luz* que objetivamente las alumbra, el verdadero *Lumen Gloriae* en que ven la *Cara de Dios:* El es la *Idea* absoluta y adecuada en que fielmente y sin ningún intermedio ven la misma *Esencia divina.* Mas para poder verla así, y recibir tal imagen, es menester, repetimos, que nuestra misma inteligencia sea subjetivamente confortada, y realzada su capacidad; y para percibirla como es y apreciarla debidamente, nuestra misma alma, con todas sus facultades tiene que ser ya *deiforme*[20]. Y esto

[19] Muy conforme con esto, Santo Tomás (3 *Sent.* d. 23, q. 1, a. 3 ad 6) dice: «*Visio* quae fidei succedit ad *intellectus donum perfectum* pertinet». «*Intellectus*, añade (*ib.* d. 34, q. 1, a. 4), cuius est spiritualia apprehendere, in patria *ad divinam Essentiam pertinget eam intuendo*». Y en otro lugar (2-2, q. 8, a. 7): «Duplex est visio: Una quidem perfecta, per quam videtur Dei Essentia. Alia vero imperfecta... Et *utraque Dei visio pertinet ad donum intellectus* consummatum secundum quod erit in patria, secunda vero ad donum intellectus inchoatum, secundum quod habetur in via.» «Donum intellectus, reconoce a su vez Juan de Santo Tomás (*In 1-2*, q. 68, disp. 18, a. 4, n. 2), datur ad cognoscenda et penetranda spiritualia ex instinctu Spiritus Sancti per experimentalem cognitionem ipsius Dei, et mysteriorum eius. Sed *summa experientia* et clarissima est *ipsa visio Dei*».

[20] «El medio proporcionado para la visión y posesión de la Esencia divina, dice el P. Monsabré (conf. 18-1875), no puede ser otro que la Esencia divina misma... Si estamos llamados a ver y poseer a Dios y ser felices en El y por El, no podemos conseguirlo sino por una transformación de nuestra naturaleza, participando de la naturaleza y de la vida de Dios... Para ser divinamente felices, no basta un auxilio transeúnte, es necesario un *estado divino* que pueda producir una *operación divina*... Es preciso que participemos de esa divina virtud por la cual Dios se posee inmediata y naturalmente a Sí mismo, y mediante la cual se eleva la criatura, en alguna manera, hasta el Ser divino, y se hace en más o menos alto grado participante de la naturaleza divina (S. TH., 1-2, q. 112, a. 1). Es preciso que *llevemos*

no puede serlo por ninguna virtud creada, que estaría en la misma condición o incapacidad que ella, sino sólo por la divina, es decir, por la del amoroso Espíritu que *interiormente* nos conforta y suple nuestra flaqueza. Deificados por la *animación* del divino Paráclito, podemos fijar nuestra vista en el Verbo de la sabiduría divina que se une íntimamente a las inteligencias puras y santas; y así en el Verbo de Dios ven éstas la misma divina Esencia, y ven las eternas razones de todas las cosas. Viendo al divino Verbo, ven la *Cara* misma de Dios y, como en un espejo infinito y sin mancha, ven reflejadas todas las cosas mucho mejor que si las miraran en sí mismas. Así, en la eterna Luz de Dios, ven al Dios eterno: *In Lumine tuo videbimus Lumen*: y lo ven todo en el Verbo; *Omnia in Verbo vident*[21]. Cuando estén, pues, ya perfectamente *limpios* nuestros corazones, por la virtud del Espíritu de renovación y de inteligencia que los purifica, ilumina y vivifica, lograremos ver a Dios *cara a cara*. Le veremos tal como es, porque ya seremos del todo semejantes a El, y porque tan unidos le estaremos, que vendremos a ser una misma cosa—*un mismo Espíritu*—con El. «Cuando aparezca, pues, lo que ya somos, seremos del todo semejantes a Dios, nuestro Padre; puesto que lo veremos como *Es*» (1 Io. 3, 2)[22].

Tal parece ser el verdadero sentir de los Santos Padres, los cuales, como notaba Petau[23], nunca hablaron de ninguna suerte de *luz creada* para explicar la visión beatífica[24], y toda su doc-

---

en nosotros la vida de Dios, como principio de un nuevo ser, y que esta vida sea en nuestro ser la raíz de todas nuestras operaciones sobrenaturales, como la naturaleza lo es de todas las naturales.»

[21] «Vos sois, exclama San Agustín (*Solil.* c. 36), aquella luz en que hemos de ver la luz: esto es, a Vos os hemos de ver en Vos mismo con el resplandor de vuestro rostro... Conocer vuestra Trinidad es veros cara a cara. Conocer la potencia del Padre, la sabiduría del Hijo, la clemencia del Espíritu Santo y la única e indivisible Esencia de la misma Trinidad es ver la cara de Dios vivo».

[22] «Sabemos que *seremos semejantes a El, porque le veremos como es*. De donde todo lo que ella (el alma) es, será semejante a Dios: por lo cual se llamará y lo será *Dios por participación*» (S. JUAN DE LA CRUZ, *Noche* 2, 20).—«Llenos de Dios, decía San Agustín, verán divinamente»: *Divine videbunt, quando Deo pleni erunt* (*Sermo.* 243 *in d. Paschal.* 14, n. 5).

[23] *Theol. dogm.* t. 1, de Deo, l. 7, c. 8, n. 3.

[24] «Cum intellectus creatus videt Deum per essentiam, ipsa essentia Dei fit forma intelligibilis: unde oportet... quod ex divina gratia superaccrescat ei virtus intelligendi. Et hoc augmentum virtutis intellectivae *illuminationem* intellectus vocamus... Et illud est lumen de quo dicitur Apoc. 21, quod *claritas Dei illuminabit eam*, sc. societatem

trina, según Thomassin [25], se resume en estas dos afirmaciones: La idea inteligible en que el alma ve a Dios es el mismo Verbo; de ahí la expresión corriente: *Ver a Dios en el Verbo.* Y la virtud interior con que lo pueden ver es la del Espíritu Santo, unido íntimamente a la inteligencia, vivificándola y confortándola. «Así, añade, es como por Dios ven a Dios, puesto que el Espíritu Santo es la potencia con que se le ve, y el Hijo la especie en que se le ve».

De este modo se cumple fielmente que nadie se allega al Padre, sino por el Hijo, que es *camino, verdad* y *vida* (Io. 14, 6), ni logra *conocerlo* sino aquel a quien el mismo Hijo se digne manifestarlo (Mt. 10, 27). Y lo manifestará, *manifestándose a Sí mismo* a cuantos le aman, pues *quien le ve a El, ve a su Padre* (Io. 14, 9. 21). Así, configurados y unidos con el Verbo de Dios por la virtud de su Espíritu, les dará El la misma *claridad* y la misma *dilección* que recibe eternamente del Padre, para que sean consumados en la unidad como las divinas Personas (Io. 17, 21-26); puesto que, unidos así a Dios, vienen a tener el mismo Espíritu que El, y Dios lo será todo en todos. «Entonces, cuando la obra de nuestra edificación esté ya completa y acabada, observa el P. Froget [26], seremos perfectamente semejantes a Dios, y del todo divinos, estando totalmente penetrados de Dios y embebidos en El... *Veremos* lo que habíamos creído, poseeremos lo esperado y buscado, y gozaremos plena, segura y eternamente del sumo Bien».

Así, Dios mismo, por su misma Esencia, estará en lo más interior de nuestra mente, concurriendo de un modo inefable —que en vano trataríamos de explicar—a la producción de ese acto por excelencia *vital*, e intenso, e íntimo en sumo grado —cual es el de la *visión beatífica*—siendo a la vez principio—o *comprincipio*—y *término inmediato* de esa nuestra acción. ¿Podría concebirse una presencia más íntima y más real que esa de Dios en nuestro entendimiento? ¿Con cuánta razón podremos decir que lo tocamos, lo estrechamos y lo abrazamos dulcemente en su misma Esencia y nos compenetramos con él por ese acto venturoso de la visión beatífica?...

beatorum Deum videntium. Et secundum hoc lumen efficiuntur *deiformes*, id est Deo similes» (S. TH., 1.ª p., q. 12, a. 5).—«Sic anima *intellectu transcenso*, dice Blosio (*Inst. spir.* c. 12, 4), revolat in *ideam suam*, et principium suum Deum, ibique efficitur *lumen in lumine*... Nam quando lux increata exoritur, lux creata evanescit. Ergo lux animae creata *in aeternitatis lucem commutatur*».

[25] *De Deo* l. 6, c. 16.

[26] P. 150.

Aun es mayor, si cabe, la unión producida por el amor. Pues éste no sólo corresponde de lleno al conocimiento, sino que de suyo es *más unitivo* que él [27]. Y así el alma abrasada en el fuego del amor divino se compenetra del todo, se inunda, se abisma y se pierde dulcemente en el piélago inmenso de la Divinidad; y puesto que el amor gozoso del cielo implica la absoluta carencia de todo mal y la plena e inamisible posesión del sumo Bien, amado con toda el alma, por eso allí se canta ya sin el menor sobresalto: *Inveni quem diligit anima mea. Tenui Eum, nec dimittam...* (Cant. 3, 4).

«Allí, observa nuestro sabio y amable hermano y buen amigo el P. Gardeil [28], Dios lo es todo en todos: no ciertamente el Dios de los filósofos, Causa primera, Ser perfecto, sino Dios tal como es en Sí mismo; tal como a Sí mismo se conoce y ama. Dios Padre, Dios Hijo, Dios Espíritu Santo. El bienaventurado asiste al maravilloso espectáculo de la eterna generación del Verbo—que procede del seno del Padre—y al de la Procesión del Espíritu Santo, amor común del Padre y del Hijo... Ve la íntima esencia de la Divinidad, y ve en su primer origen concentradas y en su plenitud todas esas perfecciones que tanto nos encantan—aunque esparcidas y atenuadas—en las criaturas... A la vista de este espectáculo, ábrensele de par en par los ojos y el corazón, y en ellos penetra sin dificultad el Infinito. Así penetra Dios en lo íntimo del bienaventurado, y en él habita y permanece... Tal es la vida sobrenatural en su plenitud».

§ II.—Identidad esencial de la vida gloriosa y la de la gracia.—La unión de caridad y la de fe y esperanza vivas y completadas con los dones.—La gloria presente de los hijos de Dios: la inmanencia de toda la Trinidad y la íntima amistad y familiaridad con las divinas Personas.—El conocimiento experimental de Dios y las dulzuras del trato divino.

Lo que se dice de esa íntima comunicación de Dios en la gloria, puede aplicarse, en menor grado, a la de la gracia; pues ésta es como el germen de aquélla, y para mostrarse en su plenitud no necesita ningún cambio esencial, sino sólo acabar de desplegar su virtualidad latente y de manifestar a las claras lo que ya es. La vida sobrenatural, en su íntimo fondo, es idéntica en este destierro y en la patria. La unión substancial de

[27] S. TH., 1-2, q. 28, a. 1 ad 3.
[28] *Les dons du Saint Sprit dans les Saints dominiq.* p. 41-43.

Dios, comunicado por la gracia a la esencia del alma, seguirá siendo eternamente la misma que al terminar la vida; pues desde entonces ya no puede aumentar. La de caridad también es idéntica, pues esta virtud no se disipa como la fe y la esperanza, sino que persevera como eterno lazo de unión, sin disminuir ni aumentar tampoco después de la muerte.

Así es como puede haber en la tierra almas en mayor grado de gracia y de caridad, y, por tanto, de unión íntima con Dios, que muchas de las que ya están en su gloria. Esta se reduce a manifestar lo que ya éramos, y gozar plenamente y sin obstáculos del Bien poseído. Sólo es menor la unión de conocimiento, y, por tanto, el gozo consiguiente a ella. Pues la fe, junta con la esperanza, aunque va derecha al mismo Dios en su realidad, nos lo muestra como de lejos y entre nieblas y enigmas. Pero así y todo, completada con el don de *inteligencia*, *penetra* ya desde aquí en lo profundo de Dios, desvaneciendo en parte las nebulosidades; y con el de *sabiduría* y las diversas formas del *sensus Christi*—que son como expansiones de este precioso don—podemos en cierto modo *sentir*, *tocar*, *ver* y *gustar* a Dios en Sí mismo [29]. Con el desarrollo de la vida cristiana, el conocimiento de la fe tiende como de suyo a completarse con el de esos y otros dones y sentidos espirituales.

Atenuemos, pues, el colorido del misterioso cuadro de la gloria, y tendremos el de la vida de los hijos de Dios en la tierra. Pues, como añade el P. Gardeil (p. 43-47), «lo que es la vida eterna en el orden de las cosas perfectas y acabadas, es la presente vida sobrenatural en el de las que no llegaron aún a su total desarrollo, por más que a él tiendan eficazmente. Una misma realidad constituye el fondo de la vida sobrenatural en el cielo y en la tierra, aunque allí la poseemos al descubierto e inamisiblemente, y aquí de una manera velada y con el triste poder de perderla. Pero en ambos casos—prescindiendo de la diferencia que hay entre la fe y la visión—esa posesión es igualmente real. Porque tan realmente mora Dios en nuestros corazones como en el de un bienaventurado; ya que en realidad amamos a Dios, y el amor que le tenemos ahora no cambiará cuando entremos en el cielo. La caridad no muere, dice San Pablo. Así, pues, el justo, el santo de la tierra, ejerce ya desde ahora con respecto a Dios la misma acción victoriosa, por la cual en el cielo ha de poseerle. Dios mora ya en su corazón, y éste es un verdadero cielo, aunque invisible a todas

[29] Cf. JUAN DE SANTO TOMÁS, *In 1-2*, q. 68, disp. 18, a. 2.

las miradas, sin exceptuar la suya»—hasta que el Espíritu de revelación descorra un poco los velos del arcano—. «Tal es, en su profunda realidad, la vida sobrenatural en la tierra... Dios hace participantes a los santos del amor con que se ama a Sí mismo. El acto divino y el del bienaventurado llegan a identificarse cuanto es posible; como el Padre y el Hijo se aman por el Espíritu Santo, el bienaventurado ama a Dios *por el Espíritu Santo.* Y como el amor de los bienaventurados a Dios se muestra ya en nosotros en estado de tendencia eficaz, es necesario que Dios se abaje también hasta nuestra pequeñez para hacernos participantes del acto con que a Sí mismo se ama, y encumbrar nuestro pobre amor a la altura de su corazón infinito; es menester que el Espíritu Santo, amor consubstancial del Padre y del Hijo, esté de alguna manera en lo más íntimo de nuestro amor. Porque, para decirlo de nuevo, amamos realmente a Dios, y sólo podemos amarle así *por el Espíritu Santo.* De ahí que este divino Huésped *habite en nosotros de un modo particular.* Si toda la Santísima Trinidad mora en nuestras almas como *objeto* a que eficazmente se dirigen nuestra fe y nuestro amor, el Espíritu Santo *añade a esta suerte de inhabitación,* de suyo tan íntima, *otra especial manera*; puesto que reside en el fondo de nuestro corazón sobrenaturalizado, como *principio del movimiento* con que éste tiende hacia la Santísima Trinidad; es, por decirlo así, el *corazón de nuestro corazón.* Y así como éste se manifiesta en el hombre por una inclinación que lo arrastra, por cierto peso que lo orienta y enégicamente lo atrae hacia su centro, que es el bien, asimismo el Espíritu Santo, *peso inmanente de nuestra caridad,* nos orienta, nos atrae y nos arrastra hacia la Trinidad Beatísima, centro común de las aspiraciones de los bienaventurados del cielo y de los justos de la tierra. Con la expansión de esta fuerza oculta en nuestros corazones se relacionan los dones del Espíritu Santo, por los cuales ejerce El de la manera más divina su actividad en las almas justas».

Así, pues, la caridad y la fe viva—por ella informada y acompañada de los dones del Espíritu Santo—entrañan la substancial y amorosa presencia de la Trinidad en nuestras almas como en las del cielo. La caridad, en efecto, es un amor de *amistad* íntima entre Dios y los hombres; y este amor reclama continuo trato y comunicación afectuosa y desinteresada de pura y fiel *benevolencia.* Así nos trata Dios nuestro Señor, cuyo amar es hacer bien. Nos ama no por interés, sino por pura bondad y liberalidad para colmarnos de sus inagotables riquezas [30]. Si nos

[30] Cf. S. Th., 1.ª p., q. 44, a. 4 ad 1.

pide nuestro amor y todo nuestro corazón (Prov. 23, 26), es para que no seamos desgraciados, sino que hallemos en él nuestro descanso y bienaventuranza [31]; y si tiene en nosotros sus delicias (Prov. 8, 31), es porque ya nos ve participando de su misma bondad. Pues como «la amistad supone semejanza o la crea», Dios, que todo lo puede, quiere asemejarnos a El mismo, comunicándonos su vida íntima—su Espíritu de Amor—de suerte que vengamos a ser participantes de su misma Divinidad [32]. Así es como establece con nosotros una amistad tan estrecha y cordial como la del Padre, Esposo y Hermano, y tan firme, que por parte de El jamás se rompería si nosotros, desgraciadamente, no pudiéramos romperla pecando. Y como la verdadera amistad tiende a la presencia y comunicación más íntimas que caben, la de Dios—que tan incomparablemente excede a las humanas—entraña esa inefable comunicación del Espíritu de Amor, que es quien derrama en nosotros la caridad divina para que podamos amar a Dios con el mismo amor con que El nos ama y con que se aman las tres adorables Personas [33].

---

[31] «¡Oh, quién pudiera descansar en Vos!, exclama San Agustín (*Conf.* 1, 5). ¿Cuándo tendré la dicha de que vengáis a mi corazón y le poseáis enteramente y lo embriaguéis de vuestro Espíritu para que olvide yo todos mis males y me abrace y una estrechamente con Vos, que sois mi único Bien? ¿Qué soy yo para Vos, que me mandáis que os ame, y si no lo ejecuto os enojáis conmigo y me amenazáis con la mayor infelicidad? ¿Acaso es pequeña la misma de dejar de amaros?... Pues decid a mi alma: *Yo soy tu salud.* Y decídselo de modo que lo oiga bien... Que al oír esta voz corra yo siguiéndola y me abrace con Vos».

[32] «El amor, no encontrándonos iguales, nos iguala; y no encontrándonos unidos, nos une» (S. FR. DE SALES, *Amor de Dios* l. 3, c. 13).

[33] «El Espíritu Santo, dice el B. Susón (*Unión* c. 5), es el amor espiritual que reside en la voluntad como un lazo y un *peso divino* que aficiona y arrastra: es la caridad de Dios... En El son transformados los que aman a Dios y son atraídos hacia la luz de una manera tan íntima, que no puede saberse ni entenderse sino experimentándola. Venid, pues, a este Dios trino y uno...; pero venid sin mancha, sin interés, con un amor purísimo. Pues para los pecadores es un Dios terrible; para los que le sirven por la esperanza de la recompensa es un Dios liberal, pero omnipotente y majestuoso; mas para los que destierran el temor servil y le aman con puro amor es un amigo tierno y complaciente, un hermano, un esposo. Para uniros con El tenéis que preparar vuestro espíritu y vuestro cuerpo, renunciando a la carne y la sensualidad, sujetando los sentidos, aficionándoos del todo a las cosas del espíritu y perseverando en el recogimiento y la oración; tal es el medio de llegar al Espíritu superior, que es Dios, y uniros a El. Entonces *sentiréis* que este divino Espíritu os *inspira*, os llama, os *invita*, os *atrae*, y os *iluminará* con su incomprensibilidad. Cuando veáis que no lo podéis percibir, despojaos de vosotros mismos...; re-

Por eso la Escritura tantas veces repite (Io. 14,23; 1 Io. 3, 2-4; 4, 12-16, etc.) que si amamos a Dios El estará en nosotros, y nosotros en El, entrando así en sociedad amistosa con la soberana Tríada. Y como Dios puede salvar todos los obstáculos que impiden la unión a que esa amistad tiende, síguese que, en cuanto es de su parte, tratará de estrechar la comunicación y presencia de inhabitación todo lo posible. Así, la caridad, como dice el Angélico Maestro [34], supone en nosotros la posesión de Dios ya presente; pues es una comunicación tan íntima, que hace que El esté en nosotros y nosotros en El. Por ella está en nosotros como alma de nuestra vida sobrenatural, y como principio y término inmediato de ese acto vital por excelencia, que no cesa ni con la muerte misma, y que permanecerá idéntico por toda la eternidad.

También lo poseemos de algún modo ya como presente por el mismo conocimiento que de El nos permiten tener la fe viva y los dones intelectuales. Pero si, como dice San Agustín, *hoc est Deum habere, quod nosse,* este conocimiento no ha de ser como quiera, sino *vital* y como *experimental.* No basta un simple conocimiento especulativo, frío y abstracto, que se pare en una idea estéril; se requiere uno tan vivo y palpitante, que toque en la misma realidad. Así Dios habita en los niños cristianos, y no en los grandes filósofos paganos, y mora con gran complacencia en humildes mujercillas sin ilustración, y no en famosos teólogos, engreídos con su aparatosa dialéctica y su hinchada ciencia. Si no viven en Dios y de Dios, *no lo conocen* como es en Sí (1 Io. 2, 4; 4, 9), ni saben tratarle amigablemente, ni estar en buenas relaciones con El [35]. Pues si no lo estrechan en sus corazones por la caridad, no pueden *poseerle* en verdad, por más conocimientos teológicos que tengan. De ahí que para que Dios more en nosotros y le poseamos realmente, no basten los actos de una fe muerta, aunque parten de un in-

---

signaos y abandonaos de todo corazón en Dios y en su virtud... para arrojaron a El con amorosa confianza y quedar en El sepultados, olvidándoos y perdiéndoos por completo, no en cuanto a la esencia de vuestro espíritu, sino en cuanto a la sensualidad y la propiedad de vuestro cuerpo y vuestra alma. Y cuando así seáis elevados, abismados en la inmensidad de la Esencia divina, quedaréis *unidos* y *transformados* en un solo Espíritu con Dios.»

[34] *Contra Gentes* l. 4, c. 21. *Amor charitatis est de eo quod iam habetur* (1-2, q. 66, a. 6).

[35] «El que quiera tener conocimiento de Dios, ame, y le conocerá. En vano se pone a leer, a meditar, a predicar o a orar el que no ama a Dios» (SAN AGUSTÍN, *Manual* c. 20).

flujo semivital del Espíritu Santo y se ordenan a Dios [36]; es preciso ante todo *vivir* de El por la gracia, poseerle como principio interno, inmanente, de *acción* y de *vida*; y entonces con esos mismos actos se harán más íntimas y completas la inhabitación y la posesión: «*Est praesens se amantibus*, dice Santo Tomás [37], *per gratiae inhabitationem*».

El acto de una fe viva y ardiente hace *sentir* de algún modo la presencia amorosa y adorable de la suma Verdad que ya se posee. Y a medida que, con estos actos de viva fe y amorosa presencia de Dios, se desarrolla o manifiesta el don de sabiduría, se empieza a «*gustar* y *ver* cuán suave es el Señor» y cuán dulce su conversación y su trato íntimo, que no tiene por qué causarnos hastío ni amargura, sino gozo y alegría: *Non habet amaritudinem conversatio Illius, nec taedium convictus Illius: sed laetitiam et gaudium* (Sap. 8, 16).

§ III.—Continuación.—La vida sobrenatural como vida divina y reino de Dios en la tierra.—Esencia, funciones y manifestaciones progresivas.—Las ansias por la disolución y la unión con Dios.

Ahora comprenderemos cómo la vida sobrenatural es *vida eterna* y *vida divina*, y por qué se llama también *Reino de los cielos* y *Reino de Dios* en la tierra. «Vida y Reino, dice muy bien el P. Hugueny—en un notable artículo [38], cuyas ideas más importantes conviene consignar—, tienen una fase de desarrollo que comienza aquí en el tiempo para tener su plena expansión el día del advenimiento glorioso de Cristo y de la renovación del mundo». Así se colige de aquellas palabras: *Llegó a vosotros el Reino de Dios.—Está ya entre vosotros* o *dentro de vosotros.—Venid, benditos de mi Padre, a poseer el reino que os está preparado* [39].

El hombre entero participa de esta vida, aunque la recibe en el alma; pues con ella entra en unión tan íntima con Dios, que la vida de El llega a hacerse suya [40], y así es como a los

[36] Por esta fe, la luz del Verbo «luce en las tinieblas, sin que éstas la *comprendan*» (Io. 1, 5).

[37] 2-2, q. 28, a. 1 ad 1.

[38] *A quel bonheur sommes nous destinés*, en «Rev. Thom.», enero 1905.

[39] Mt. 12, 28; 25, 34; Lc. 17, 20.

[40] «Gratia habitualis, dice Santo Tomás (3.ª p., q. 2, a. 10 ad 2), est solum in anima; sed gratia, id est, gratuitum Dei donum, quod est *uniri divinae personae*, pertinet ad totam naturam humanam, quae

resucitados se les atribuyen los tronos, el reinado, el juzgar..., que son cosas propias de Dios. Las imágenes del Apocalipsis: el fruto del árbol de la vida, el maná escondido, el nombre nuevo, conocido de sólo aquel que lo recibe, que es el nombre de Dios mismo, etc., «nos pintan el inefable característico de la *Vida Eterna*, que es ser *la misma vida de Dios*». Si el hombre entra tan plenamente a participar los atributos divinos, es porque se hace realmente hijo de Dios; y las prerrogativas que ante todo se reivindica el Hijo, antes que los tronos, etc., es el conocimiento y amor del Padre. Así la «*filiación divina*, la *visión* y el *amor* de Dios *constituyen la esencia y las operaciones de la Vida Eterna*».

San Pablo nos hace ver el lazo íntimo y natural que existe entre esa vida y la del cristiano. La vida que éste tendrá cuando a vista de todo el mundo reciba la corona de justicia, no será verdaderamente nueva; es la simple manifestación, la libre y gloriosa expansión de la vida divina que aquí misteriosamente obra en el alma del justo. La vida nueva que el creyente recibió el día en que, después de haber sido crucificado y sepultado con Cristo en el bautismo, salió resucitado de las aguas bautismales, es la vida de Cristo resucitado, una vida del todo animada del Espíritu de Dios, que es también el Espíritu de Cristo. Mas por activa que desde un principio sea, esta vida no recibe desde luego su completo y manifiesto desarrollo. «Quitó a la vida natural—vida del pecado, de la carne, del hombre viejo—la dirección de la actividad del fiel, y en este sentido la *mató*, puesto que una vida que ha perdido el poder de dirigir su actividad, no es ya verdaderamente una vida, dejando de ser primer principio del movimiento» [41]. Mas el organismo que a esta nueva vida preside está aún impregnado de las terrenas influencias de su principio carnal, y permanece sometido a las limitaciones e impotencias del mundo de corrupción (Rom. 6, 3-20; 8, 9-18; Gal. 2, 20; 4, 1-17). En estas condiciones la vida divina del fiel sigue encerrada y velada, así como está oculta la vida del mismo Cristo, trabajando misteriosamente en la realización de su

componitur ex anima et corpore. Et per hunc modum dicitur plenitudo divinitatis in Christo *corporaliter* habitare».

[41] «En realidad, dice Bacuez (*Manuel Biblique* t. 4, 8.ª ed., p. 388, n. 733), la vida natural no queda ahogada en el bautismo, pero la cristiana debe predominar de tal modo, que parezca existir ella sola».—«Así como las estrellas, sin perder su luz, dejan de lucir en presencia del sol, así también, observa San Francisco de Sales (*Amor de Dios* 6, 12), el alma santa, sin perder su vida por la unión con Dios, deja de vivir, por decirlo así, y Dios es quien vive en ella».

reino en este mundo, sin manifestar nada de la gloria y esplendor que le pertenecen: *Estáis muertos, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios.* Pero vendrá el día de la gran manifestación del Hijo del hombre, y entonces la vida de sus fieles recibirá todo su desarrollo y esplendor: *Mas cuando se manifieste Cristo, vuestra vida, entonces también vosotros apareceréis con El en la gloria* (Col. 3, 3).

Así, pues, como nos enseña San Juan (5, 24-29; 1 Ep. 5, 11-13), la vida eterna, lo mismo que el reino, comienza en este mundo [42]: hemos pasado de muerte a vida por una resurrección espiritual, de la que será consecuencia y manifestación, al fin de los tiempos, la misma resurrección corporal. Entre tanto, aunque privada de las prerrogativas gloriosas, la vida cristiana es ya *vida eterna*, pues «está constituída por el elemento *esencial*, que es la *filiación divina*, de la cual será una simple revelación la gloria futura». Por eso ahora *toda la creación espera con ansiedad la gloriosa revelación de los hijos de Dios* (Rom. 8, 19).

Esta filiación divina no es, pues, un simple afecto de amorosa confianza de la creatura al Creador, ni aun la mera comunicación de un don superior a la condición natural y a todas las fuerzas creadas: es «una comunicación de la misma vida de Dios *bajo la acción inmediata del mismo Espíritu*, que es la vida de Dios y la vida de Cristo (Rom. 8, 14-16). La vida recibida en esta filiación es una participación tan íntima de la vida divina, que su producción no se llama ya creación, sino *generación* (Io. 1, 13; 3, 3-8; 1 Ep. 2, 29; 3, 9; 4, 7; 5, 4; 1 Petr. 1, 3-4; 2, 2; Iac. 1, 18). San Pablo afirma que esa filiación es tan íntima, que nos da sobre los bienes de Dios los mismos derechos del Hijo eterno: *Si hijos, también herederos, coherederos de Cristo* (Rom. 8, 17). Ahora, entre los bienes reservados a los herederos de Dios, los más característicos, los que son tan exclusivos del Hijo que sólo se comunican a los que El quiere hacer participantes de sus privilegios, son un *conocimiento* y un *amor* de Dios, como el que tiene el Padre al Hijo: *Nadie conoce al Hijo, sino el Padre; y nadie conoce al Padre, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo quiere revelar-*

[42] San Juan, reconoce el mismo Loisy, a pesar de sus errores (*L'Evang.* p. 190), «asocia la idea de la vida de Dios con la de la vida en el reino; y concibe así la vida eterna como futura y ya presente. Esta vida es una *deificación* del hombre... realizada por la comunicación parcial del mismo Espíritu divino que se hace a los creyentes, unidos a Dios en Cristo como el mismo Cristo lo está al Padre».

lo (Mt. 11, 27). Este conocimiento es operación característica de la *Vida Eterna*, así como la *filiación divina es su constitutivo*». *La vida eterna* es *para conocerte a Ti, solo Dios verdadero* (Io. 17, 3). Este conocimiento de Dios, propio del hijo que está ya en pleno ejercicio de sus derechos y en plena posesión de su herencia, es la visión intuitiva del mismo Dios, que tendremos cuando se manifieste lo que somos, y seamos semejantes a El, viéndole tal como es y conociéndole como El nos conoce (1 Io. 3, 1-3; 1 Cor. 13, 10-12). Ahora le conocemos amándole: *Quien no ama a Dios, no lo conoce, porque Dios es amor. Mas quien le ama, nació de El y lo conoce* (1 Io. 4, 7-8).

«El amor del Padre nos pone desde ahora en posesión de la vida y de la dignidad de hijos de Dios; mas esta vida no aparece aún a los ojos del mundo: el día de la gran revelación se acentuará de tal manera esa semejanza, que redunde al mismo cuerpo una vida y una gloria tales que la hagan manifiesta. Este brillo exterior no es el elemento esencial de nuestra semejanza con Dios, pues ésta la exige una actividad más elevada, una operación imposible a quien no entre en comunicación trascendente con el Ser divino. *Le veremos tal como es*; y para esto es menester que *seamos semejantes a El*; participando de su misma naturaleza. Por eso los únicos que pueden conocerle, esto es, sus hijos, no pueden menos de ser amor como El. Es imposible que sigan siendo hijos suyos, y no le amen con amor filial, y no tengan por alimento el cumplir la voluntad del Padre (Io. 4, 32-34), y no traten de purificarse, así como El es puro, y no se sacrifiquen por la salud de sus hermanos, con un amor como el que Dios nos tuvo dándonos a su Hijo (Io. 3, 3; 4, 9-11). Este amor es una operación característica de la vida eterna, así como el conocimiento filial, sea *fe* o *visión*. Mientras el cristiano no renuncie a esa vida, nada hay que pueda separarle de la caridad de Dios que está en Jesucristo (Rom. 8,38) [43].

A fin de no perder esa vida, sino fomentarla y desarrollar el *germen divino* (Io. 3, 9), «cercamos siempre nuestro cuerpo de la mortificación de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal...; sabiendo que quien lo resucitó a El nos resucitará también a nosotros con El. Por tanto, no desmayamos, pues aunque este nuestro hombre exterior se debilite, el interior se renueva de día en día. Y la tribulación momentánea y ligera produce maravillosamente en nosotros un eterno peso de gloria. Sabemos, en efecto, que si nues-

[43] HUGUENY, l. c., pp. 662-672.

tra casa terrestre, simple tienda, es destruída, tenemos en el cielo una morada eterna, que es obra de Dios».—Esta firme esperanza de la resurrección es la que nos consuela en nuestra disolución temporal. «Por eso gemimos, deseando revestirnos de nuestro domicilio celeste, sin desnudarnos—si posible fuera—del terrestre. Pues mientras estamos en este tabernáculo, gemimos agobiados; porque no queremos ser despojados, sino revestidos (*supervestiri*); para que lo mortal quede absorto en la vida. Quien nos hizo para esto es Dios, que nos dió las arras del Espíritu. Por eso, como mientras estamos en el cuerpo andamos ausentes del Señor—puesto que andamos a la luz de la fe y no a la de la visión—, nos llenamos de confianza y preferimos ausentarnos del cuerpo y estar presentes al Señor (2 Cor. 4 10-17; 5, 1-8).

Esta separación del cuerpo es un mal, pero con todo, para el Apóstol, es preferible a la privación de la vista de su Señor por quien tan ardientemente suspira. Estas ansias van siendo en él, como en todos los santos, cada vez mayores, a medida que siente mejor lo que estorban a su ardiente caridad las trabas de la carne. Así es como exclamará después (Rom. 7, 24): «¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?» Pero también a medida que más se identifique con Cristo, y más viva de la vida del mismo Cristo, tanto más se resignará y se conformará con su santa voluntad, aunque tenga que seguir ausente de El. Por eso a los Filipenses (1, 22-25) les dice: «Mi vida es Cristo, y el morir, mi ganancia. Pero si el vivir en carne hace que mi obra sea más fructuosa, entonces no sé que escoger. Pues me veo estrechado por ambas partes, deseando la disolución para estar con Cristo, que me sería mucho mejor. Mas el permanecer en carne es necesario para vosotros, y permaneceré para vuestro adelantamiento» [44].

[44] «El alma pura, dice San Agustín (*Tr. 9 in Ep. Ioan.*), desea la venida de su Esposo; y pide sus purísimos abrazos. No tiene ya que luchar consigo para decir: *Venga a nosotros tu reino.* Antes el temor le hacía decir eso con miedo; mas ahora dice ya con David (Ps. 6, 4-5): «Hasta cuándo, Señor, retrasaréis vuestra venida? Venid a mí, Señor, y dad libertad a mi alma», y gime de ver cómo se dilata el cumplimiento de sus deseos. Hay muchos que mueren con paciencia; mas el que es perfecto, lleva con paciencia el vivir, complaciéndose en morir, *Patienter vivit, et delectabiliter moritur.* Así el Apóstol sufría la vida con paciencia .. Aprended, pues, hermanos, a desear ese día venturoso; que hasta que se comience a desear, no se mostrará una caridad perfecta . Un alma abrasada en el fuego del amor divino, no podrá menos de suspirar por la posesión de su Dios; y será menester que El mismo le mitigue el ardor de estos deseos. No soy yo quien

Así es como «los hombres espirituales—según la frase de San Ireneo—viven para Dios: puesto que tienen en Sí al Espíritu de Dios, que los eleva a una vida divina».

«Nacer de Dios y hacerse hijos suyos, tal es el origen de este sublime estado: vivir una vida divina en Dios y con Dios, tal es su desarrollo. ¿Cuál será su término sino ver a Dios y quedar transformados en El?» [45]

ARTICULO VI

RELACIONES FAMILIARES CON LAS DIVINAS PERSONAS

§ I.—El trato íntimo con Dios y la participación de su misma vida.—Las obras de la gracia y las de la naturaleza: relaciones singulares que aquélla establece: La propiedad y la apropiación en lo divino: La obra de cada Persona en la adopción y deificación: La inhabitación de Dios y la consagración o unción de su Espíritu.—La Paternidad divina: Títulos y oficios de cada Persona.

Puesto que por la fe conocemos a Dios en su vida íntima, y no ya sólo en los atributos que se reflejan en las criaturas, y por los dones de *entendimiento* y de *sabiduría* podemos *penetrar* en los divinos misterios y *gustarlos*, y, en fin, puesto que la caridad nos pone en íntima comunicación con las tres divinas Personas y nos permite conocerlas y tratarlas como conviene; de ahí que por la gracia entremos en relaciones singularísimas con cada una de ellas, y no sólo con toda la Trinidad o con la Unidad de la naturaleza divina. Pues mal podríamos reconocerlas en particular y comunicarnos con ellas, sin entrar en relación con los propios atributos en que se distinguen.

Las obras de la gracia no son como las naturales. Estas, como realizadas *ad extra*, se refieren a la absoluta unidad de la Omnipotencia divina; y así son del todo comunes a las tres Personas, por más que a veces—según nuestro modo de hablar—se *apropien* a una de ellas. Mas las de la gracia, una vez que nos hacen *entrar en el gozo del Señor*—en la vida íntima y secreta de la Divinidad y en amistosa y familiar *sociedad con el Padre y con el Hijo en el Espíritu Santo*—nos elevan a participar

habla a esa alma: el mismo Dios es quien la consuela, mientras la ve sufrir con paciencia el vivir».

[45] BROGLIE, *Surnaturel* 1, p. 34.

de las inefables comunicaciones que se realizan *ad intra* en el seno mismo de Dios; y así unas deben ser del todo *propias*, y otras, a lo menos, *muy singularmente apropiadas*.

La ordinaria *apropiación* consiste en atribuir especialmente a una Persona—por razón de la semejanza o analogía que dicen con sus atributos personales—las acciones y propiedades que en realidad son comunes a todas tres. Así atribuímos al Padre la *eternidad*, la *omnipotencia* y la *justicia*; al Hijo la *belleza*, la *sabiduría* y la *misericordia*, y al Espíritu Santo la *caridad*, *bondad*, *paz* y *felicidad*, etc., siendo así que estos atributos son en cierta manera *comunes* a las tres Personas—y sólo como *apropiados* a una de ellas—por pertenecer a la *unidad* de la naturaleza divina en cuanto cognoscible por las criaturas, y no al recóndito misterio de las relaciones personales. Mientras lo tocante a éstas sólo nos es conocido por revelación, aquellos atributos puede la simple razón natural rastrearlos y reconocerlos de algún modo en virtud de las obras *ad extra*, comunes a las tres Personas. Mas cuando digo: El Padre Eterno—*ex quo omnis paternitas in caelo, et in terra nominatur*—es *Padre de Nuestro Señor Jesucristo* y también *nuestro Padre*, que está en los cielos, y que el Hijo es *Verbo* del Padre, *esplendor eterno* de su gloria e *imagen* de su substancia, *Sabiduría* increada, *Unigénito* que está en el seno del Padre, y a la vez *Primogénito* entre muchos hermanos, y, por lo mismo, *Hermano* nuestro; o bien, que el Espíritu Santo es el *Amor* personal, la *Caridad subsistente* de Dios, el gran *Don* del Padre y del Hijo, etc.; estas denominaciones son del todo *propias* de cada Persona, como lo son los mismos nombres de *Padre*, *Hijo* y *Espíritu Santo*. Y lo mismo debe suceder también con otros títulos íntimamente ligados con éstos y atribuídos casi constantemente en las Escrituras y en la Tradición a una sola Persona, por no convenir a las otras sino de otro modo o en sentido *menos propio*. Así creemos que sucede, por ejemplo, al llamar al Espíritu Santo dulce *Huésped*, íntimo *vivificador*, *santificador*, *director* e *inspirador del alma* [1].

---

[1] «Quamvis Sanctissimae Trinitatis opera, quae *extrinsice* fiunt, tribus personis communia sint, ex iis tamen *multa Spiritui Sancto propria tribuuntur*, ut intelligamus illa in nos a Dei immensa *charitate* proficisci... Perspici potest eos effectus, qui *proprie ad Spiritum Sanctum referuntur*, a summo erga nos Dei amore oriri» (*Catech. Rom.* p. 1.ª, a. 8, n. 8).

«La *santificación*, dice Broglie (*Surnat.* 1, p. 30), es siempre atribuída al Espíritu Santo.» «Aunque estas efusiones, observa Mgr. Gay (*Elévat. sur N. S. J. C.* 12), son obra y don de toda la Trinidad, sin

En estas constantes *apropiaciones*, sin duda, debe haber algo especialísimo, que no sabremos precisar, ni aun indicar: algo que, de tan inefable como es, no puede decirse, y que, sin embargo, sirve de fundamento a relaciones singularísimas, que nos permiten *conocer* y *tratar* amorosamente a *cada una* de las divinas Personas, con quienes entramos en esa misteriosa sociedad de la vida eterna, de esa vida que *estaba en el Padre, y se nos manifestó para que tengamos sociedad con El y con su Unigénito* (1 Io. 1, 2-3). De este modo los grandes santos—con los iluminados ojos de su corazón abrasado en caridad y con la sabrosa experiencia que les da el don de sabiduría—*ven, sienten y palpan* (ib. 1): *Quod vidimus oculis nostris, quod perspeximus, et manus nostrae contrectaverunt de Verbo vitae*), aunque por ser tan inefable no puedan decir el *cómo*, que *cada Persona* divina *hace* en el alma su *propia obra*, influyendo según su personal carácter en nuestra santificación [2]; de tal suerte que, en su alma ya muy deificada, repercute y se ve resplandecer todo el adorable misterio de la Trinidad Beatísima [3].

---

embargo es fácil ver que cada una de ellas toma y *reviste algo del carácter propio* de una de las tres Personas, de suerte que puede y debe serle regularmente apropiada.—Así es como en el Símbolo se apropia la creación al Padre, la redención al Hijo y la santificación al Espíritu Santo.»

[2] Las almas fervorosas que se resignan totalmente en las manos de Dios, sin más deseos que los de agradarle, «reciben tres señalados favores de las tres Personas divinas: *del Padre* una *fortaleza* como invencible en la acción, en el sufrimiento y en las tentaciones; *del Hijo* los *resplandores* de la verdad que incesantemente brillan en sus almas, y *del Espíritu Santo* un *fervor* y una *dulzura* y *consuelo* encantadores» (LALLEMANT, *Doctr. spir.* pr. 2, sec. 2, c. 2).

[3] En estas almas, escribe Taulero (*Inst.* c. 33), Dios Padre perfeccionará sin cesar la eterna generación de su Verbo y hará que inefablemente dentro de sí mismas la sientan. «En esta generación su espíritu experimentará cierta mudanza, elevación y exaltación de sí mismo en la singular presencia de la quieta eternidad, y un apartamiento de las criaturas y cosas perecederas. Empezarán a serle desabridas todas las cosas que de este nacimiento no procedan; todo se trocará en él conforme a esta generación eterna, y su fondo y toda su multiplicidad se reducirán a la unidad».—Cf. *Ib.* c. 34; BLOSIO, *Inst. spirit.* append. c. 2; SANTA MAGDALENA DE PAZZIS, 1.ª p., c. 28.

«De la generación y filiación de Dios, decía al B. Susón la *Sabiduría Eterna* (c. 32), procede el verdadero abandono interior y exterior de los escogidos.—Siendo hijos de Dios..., participan por gracia de la naturaleza y de la acción divina; porque el Padre produce siempre un hijo semejante a sí en la naturaleza y en la acción.—El justo que se entrega a Dios, por esta unión con el que es eterno, triunfa del tiempo y posee una vida bienaventurada que le transforma en Dios... Por una renuncia perfecta, puede el alma llegar a perderse en Dios con

La deificación, en efecto, establece entre el alma y Dios una multitud de relaciones verdaderamente *inefables*, que los Padres, ya que no pueden formularlas adecuadamente con ninguna expresión, las tratan de explicar con muchas y muy variadas, a fin de que entre todas ellas nos den una idea más aproximada y fiel, y de que nos remontemos sobre todos estos símbolos a ponderar y admirar en silencio lo que es imposible decir con palabras ni representar con ninguna suerte de imágenes. Pero algunos de estos términos que nos permiten reconocer el *carácter* de cada Persona, sin duda implican algo *propio*, aunque otros sólo indiquen cierta *apropiación* más especial que las ordinarias. Pues si las operaciones *ad extra* de la naturaleza, siendo comunes, se *apropian* tan sólo por alguna remota analogía, las de la gracia, como *vitales*, participan de la vida y comunicaciones *ad intra*, y como *sociales*, pueden ser del todo *propias* o *muy apropiadas* de suyo, refiriéndose más directamente a cada Persona en particular, que no a la Unidad de Naturaleza, o a una Persona que a las otras [4].

---

infinita ventaja, a *sepultarse en la divina Esencia, donde ya no se distingue de Dios, ni conoce por las imágenes, luz y formas creadas sino por El mismo*... Es un cambio maravilloso, en que el alma, en el abismo de la Divinidad, se transforma en la unidad de Dios para perderse a sí misma y confundirse con El, no en cuanto a la naturaleza, sino en cuanto a la vida y las facultades ».—La vida de la gracia, escribe Mgr. Gay (*Vida y vir. crist.* t. 1, p. 67), «es la inefable circulación de la Divinidad entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo».

[4] «Oportet quod omne id quod Deus in nobis efficit sit, *sicut a causa efficiente*, simul a Patre et Filio et Spiritu Sancto; *verbum tamen sapientiae, quo Deum cognoscimus* nobis a Deo immissum, est *proprie repraesentativum Filii; et similiter amor, quo Deum diligimus, est proprium repraesentativum Spiritus Sancti*» (S. TH., *C. Gent.* 4, c. 21).

«Quando Spiritus Sanctus *datur*, observa el mismo santo Doctor (*In 1 Sent.* d. 14, q. 2, a. 2 ad 3), efficitur in nobis *coniunctio ad Deum secundum modum proprium illius personae*, sc. *per amorem*... Unde cognitio ista est quasi *experimentalis*». «Oportet, añade (1.ª p., q. 43, a. 5 ad 2), quod fiat *assimilatio ad divinam personam quae mittitur*, per aliquod gratiae donum. Et quia Spiritus Sanctus est amor, *per donum charitatis anima Spiritui Sancto assimilatur*... Filius autem est verbum, non qualecumque, sed spirans amorem... Non igitur secundum quamlibet *perfectionem intellectus* mittitur Filius, sed *secundum talem... qua prorrumpat in affectum amoris*... Signanter dicit Augustinus, quod *Filius mittitur, cum a quoquam cognoscitur atque precipitur. Perceptio* autem *experimentalem* quamdam notitiam significat: et haec proprie dicitur *sapientia*, quasi *sapida scientia*».

De este modo toda la Trinidad es *causa eficiente* de la encarnación del Verbo: «quia inseparabilia sunt opera Trinitatis *Solus tamen Filius* formam servi accepit in singularitate personae» (*Symb. fidei* Conc. Tolet. 11). Así podríamos decir también que toda la Trinidad

Cuáles sean las *propias* y cuáles las simplemente *apropiadas*, no nos atrevemos a decirlo con precisión—ya que tampoco se atrevieron los que mejor hubieran podido hacerlo—, no sea que por querer precisar demasiado se incurra en un peligroso *intelectualismo*. Nos contentaremos, pues, con indicar algunas de las principales en que más insistieron los santos, a fin de que las almas que empiezan a sentir la realidad de estas portentosísimas comunicaciones, reconozcan y aprecien mejor la verdad, y no se asusten, viendo que a la bondad y sabiduría de Dios es muy posible y muy fácil lo que a ellas las deja atónitas de tan excelente y divino como es, pareciéndoles excesiva y aun imposible una comunicación que, por otra parte, se les impone con la tangible evidencia de un *hecho*.

El fundamento de todas estas relaciones es la *filiación adoptiva*, que puede decirse *común* a las tres divinas Personas, por cuanto todas ellas contribuyen a esta misteriosa obra, aunque *cada cual a su modo*. Esta filiación, así como la deificación consiguiente, no es cosa instantánea e invariable, sino continua y progresiva. Vamos siendo tanto más propiamente *hijos de Dios*, cuanto más nos parezcamos a su Unigénito, con quien debemos configurarnos [5]. Y en esta continua operación, aparte de lo que haya de común en cuanto obra *ad extra*—cual es influir sobre una pura *creatura* para encumbrarla al orden divino—hay en el término de este encumbramiento algo que es característico de cada Persona; ya que cada una de ellas, según la corriente expresión de los místicos, *hace su obra* en nuestra continua renovación y santificación.

Si el *hacer* o producir un *efecto natural* en la creatura es *obra común* de toda la Trinidad [6], el «hacernos» *hijos de Dios* no es como producir un efecto así, sino que es *deificarnos*, comunicándonos esa *íntima* participación de la misma Divinidad, ese *divino ser* por el cual somos de nuevo *creados* en Jesucristo, *renaciendo* no de cosa extraña a Dios, o sea de «semilla corruptible, sino de una incorruptible»: es decir, de un *germen* del Padre Eterno. Y ese místico *germen* que *permanece en nosotros*,

---

es *causa eficiente* de nuestra justificación; y sin embargo, sólo el Hijo es *causa meritoria*, y el Espíritu Santo causa *quasi formalis*. Y así es cómo puede haber pecados que van directamente *contra el Padre, contra el Hijo o contra el Espíritu Santo*, como son respectivamente los de *flaqueza, ignorancia o malicia*; y estos últimos—mientras subsiste el espíritu opuesto al de Dios—son del todo *imperdonables* (Mt. 12, 31-32; Lc. 12, 10).

[5] Cf. S. AGUSTÍN, *De Peccat. mer. et rem.* l. 2, n. 9-10.

[6] St. TH., 3.ª p., q. 23, a. 2; *In Rom.* 8, lect. 3.

preservándonos del pecado (1 Io. 3, 9; 5, 18), bien podremos decir que es el mismo *Espíritu vivificador*, pues se nos comunica, según la atrevida y enérgica expresión de San Ireneo, como *semilla viviente y vivificadora del Padre*. Y a El, en efecto, se atribuye esta nueva *creación* y *renovación* (Ps. 103, 30).

Recibiendo el *ser divino* al ser *regenerados* por el agua y el Espíritu Santo y *nacer* del mismo Dios (Io. 1, 13; 1 Io. 3, 9; 4, 7; 5, 1-18), es como podemos nosotros, con el poder que nos mereció y nos concedió Jesucristo, *hacernos*, es decir, *llegar a ser* verdaderos *hijos de Dios*. Mas a ese *renacimiento* nuestro y a esta transformación que experimentamos al pasar de hijos de Adán a la condición de hijos del Altísimo, no corresponde por parte de El una *acción* cualquiera, sino una *comunicación* tan íntima y tan *vital*, que sea verdadera participación de la *generación eterna*. Y esto no es propiamente *hacer* u *obrar* un simple cambio en nosotros al modo que *hace* o *produce* Dios un efecto en las criaturas, sino que es *engendrarnos* a imagen de su Unigénito. Así, aunque el Evangelio dice (Io. 1, 12) que *nos hacemos* hijos de Dios—*Dedit eis potestatem filios Dei* FIERI—, no por eso se lee jamás en él, ni en toda la divina Escritura, que Dios *nos hace* tales, sino que nos *adopta*, *engendra* (Deut. 32, 18; Iac. 1, 18; 1 Io. 5, 1) o *regenera* por Jesucristo. Y de este modo es como *renacemos de una incorruptible semilla por la palabra de Dios: quien nos engendró en el Verbo de la verdad*. Y por eso la filiación adoptiva viene a ser una participación de la eterna del Verbo, que es «engendrado y no hecho». Como engendrado *ab aeterno*, es verdaderísimamente *Hijo* y Modelo de todos los hijos, y como *Primogénito entre muchos hermanos* (Rom. 8, 29), requiere que éstos sean en cierto modo, a semejanza suya, también *engendrados y no hechos*: de otra suerte, El no sería *Primogénito*. Y al modo como en la obra de la Encarnación, a pesar de terminarse *ad extra* y de concurrir a ella las tres divinas Personas, sólo el Verbo es quien tomó carne humana, y sólo el Padre es Padre de Nuestro Señor Jesucristo, aun en cuanto hombre, así en la de nuestra adopción y regeneración, no obstante lo que tiene de *ad extra*, debemos reconocer algo que es también *propio* de aquel Eterno Padre *ex quo omnis paternitas in caelo et in terra nominatur*. Y de igual modo, en la *unción* de Jesucristo y la nuestra, otra obra *propia* a su vez del Espíritu *consagrador* y santificador (Lc. 4, 18; Act. 10, 38; 2 Cor. 1, 21; 1 Io. 2, 20).

El *Hijo* por naturaleza y excelencia, que es nuestro *Salvador* y Modelo, como verdadero *Mediador* entre Dios y los hombres,

es quien nos *mereció* esta comunicación del Espíritu Santo, habiéndose hecho participante de nuestra naturaleza, para que nosotros podamos participar de la suya y entrar *en sociedad* con El [7]; y así es como nos *da el poder de hacernos hijos de Dios,* renaciendo de su Espíritu, a medida que nos renovamos en este Espíritu de adopción y santificación, según nos despojamos del hombre terreno (Io. 1, 12-13; 3, 5-8; Eph. 4, 22-24; Col. 3, 9-10) [8]. Mas el Padre es quien más propiamente *nos adopta* y nos constituye en hijos suyos *por* Jesucristo; pues El es quien «voluntariamente nos *engendró por* el Verbo de la verdad» (Iac. 1, 18). Ese acto de engendrar es *propio* de la Persona del Padre [9], y también debe serlo el correspondiente de *adoptar* por el Hijo, «*per quem* multos filios in gloriam adduxerat» (Hebr. 2, 10-11). Y así nos predestinó y nos adoptó y nos bendijo en El y por El; *por quien* recibimos su *gracia* y *caridad en* el Espíritu de santificación [10].

En suma, el Padre nos *regenera,* para la vida eterna (1 Petr.

[7] «Si el Verbo se hizo carne, y el Hijo eterno de Dios vivo vino a ser hijo del hombre fué, dice S. Ireneo (*Haer.* l. 3, c. 19, n. 1), para que el hombre *entrando en sociedad con el Verbo,* y recibiendo la adopción, viniera a ser hijo de Dios».

[8] Io. 1, 12-13; 3, 5-8; Eph. 4, 22-24; Col. 3, 9-10. «Como si dijera, observa S. J. de la Cruz (*Subida* l. 2, c. 5): dió poder para que puedan ser hijos de Dios, esto es, se puedan *transformar en Dios,* solamente a aquellos que *no de las sangres,* esto es, no de las complexiones y composiciones naturales son nacidos, ni tampoco *de la voluntad de la carne,* esto es, del albedrío de la habilidad y capacidad natural...: no dió poder a ninguno de éstos para poder ser hijos de Dios *en toda perfección,* sino a *los que son nacidos de Dios,* esto es, a los que renaciendo por gracia, muriendo primero a todo lo que es hombre viejo, se levantan sobre sí a lo sobrenatural, recibiendo de Dios la tal *renacencia y filiación,* que es sobre todo lo que se puede pensar... *El que no renaciere del Espíritu Santo, no podrá ver este reino de Dios,* que es el estado de perfección; y renacer en el Espíritu Santo en esta vida *perfectamente,* es estar una alma *asimilada a Dios* en su pureza, sin tener en si alguna mezcla de imperfección; y así se puede hacer pura transformación por participación de unión, aunque no esencialmente».

[9] S. Th., 3.ª p., q. 23, a. 2.

[10] «Benedixit nos (*Pater*) in omni benedictione... *in Christo.* Sicut *elegit* nos *in ipso ante mundi constitutionem,* ut essemus sancti et immaculati in conspectu eius *in Charitate.* Qui praedestinavit nos in adoptionem filiorum *per I. C.* in laudem gloriae *Gratiae suae, in qua gratificavit* nos *in dilecto Filio suo*» (Eph. 1, 3-6). «Nobis tamen unus Deus, Pater *ex quo* omnia, et nos *in illum;* et unus Dominus Iesus Christus, *per* quem omnia, et nos *per* ipsum» (1 Cor. 8, 6). «Quoniam *per* ipsum habemus accessum ambo *in* uno Spiritu *ad* Patrem» (Eph. 2, 18).

1, 3-4), haciéndonos participar de su naturaleza misma para configurarnos a imagen de su Unigénito (Rom. 8, 29); el Hijo *nos da el poder* de *hacernos* hijos de Dios y, por tanto, hermanos y coherederos suyos, y ambos nos llaman y trasladan de muerte a vida, comunicándonos su propio Espíritu de Amor (1 Io. 3, 14), que nos vivifica con esa vida de la gracia que es *germen de la gloria*, y nos imprime el *sello* de Cristo [11]. Así esta obra es en cierto modo común a toda la Trinidad; y, sin embargo, como advierte el Angélico Doctor [12], *se atribuye* al Padre, como *autor*; al Hijo, como *merecedor* y *modelo*, y al Espíritu Santo, como *vivificador* y *deificador*, que nos imprime la viva imagen del Verbo: *Appropiatur Patri ut auctori, Filio ut exemplari, Spiritui Sancto, ut imprimenti in nobis huius exemplaris similitudinem.* Pero en general se atribuye muy singularmente al Padre, por lo mismo que está en más íntima relación con su carácter personal [13].

Así en rigor parece que se debe decir que el *adoptarnos* es *propio* del Padre *por* el Hijo, *por quien* recibimos la *gracia*; y la «Gracia» por excelencia, que es la comunicación del *Espíritu de adopción*: *Praedestinavit nos* (Pater) *in adoptionem filiorum* per *I. Christum... in quo habemus redemptionem... et credentes signati estis Spiritu promissionis sancto, qui est pignus haereditatis nostrae* (Eph. 1, 5-14). Por eso damos gracias al Padre—*ex quo omnia*—; al Hijo, que es hermano mayor, modelo, cabeza y mediador—*per quem omnia*—y al Espíritu Santo, vida común de amor—*in quo omnia*— [14].

---

1 «El Hijo de Dios, dice S. Cirilo Alej. (*In Io.* l. 1), vino para darnos el poder llegar a ser por gracia lo que El es por naturaleza y hacer que sea común lo que le era propio: ¡tanta es su benignidad para con los hombres, tanta su caridad!... Hechos participantes *del Hijo por el Espíritu Santo*, hemos recibido el *sello* de su semejanza, y venimos a ser conformes a la imagen divina... Somos, pues, hijos de Dios por adopción y por imitación: mientras El lo es por naturaleza y según la plenitud de la verdad. De este modo subsiste la oposición: por un lado está la dignidad natural, y por otro el favor de la gracia... *Recibieron el poder de hacerse hijos de Dios, y lo recibieron del Hijo*; por donde se ve manifiestamente que *nacieron* de Dios por adopción y por gracia; y que El es el Hijo por naturaleza».

12 *L. c.* ad 3.

13 *In 3 Sent.* d. 10, q. 2, a. 1 ad 2.

14 «Yo os invoco, Trinidad gloriosa, Padre, Hijo y Espíritu Santo: Dios, Señor, Consolador... *Fuente, río y riego*: uno *de quien* proceden todas las cosas; uno *por quien* fueron hechas; uno *en quien* tienen ser todas; vida viviente, vida del que vive, y *vivificador* de los vivientes: uno de sí propio, uno de este uno, y uno que de entrambos procede..., *de quien, por quien y en quien* son bienaventuradas todas las co-

Si el poder llamar a Dios con el nombre de *Padre*, es, según dice San León, el mayor de todos los dones, es porque en él están compendiados todos, y todos se ordenan a esta *filiación*.

Y si la *adopción*, con ser común, no conviene igualmente a las tres Personas, otro tanto podemos decir de la consiguiente *inhabitación*. El Padre, en unión con el Hijo que está en su seno, mora en nosotros como en templos suyos, *santificados por la comunicación de su Espíritu de Amor*, que con su *unción* nos *consagra* [15], y con su caridad nos *coedifica* y nos hace *crecer* para digna morada de Dios (Eph. 8, 21-22); la cual viene de este modo a quedar formada de *piedras vivas*, que son otros tantos *dioses* deificados por el Eterno [16].

Así el amoroso Consolador y *Santificador* de las almas (1 Petr. 1, 2), tiene con ellas una manera de unión muy singular, conforme—explícita o implícitamente—van ya reconociendo los teólogos más avisados, o más experimentados [17]. No basta decir que no es *posible* haya con una Persona divina otra manera de unión especial fuera de la *hipostática*, pues como estas realidades inefables no caben en nuestras pobres cabezas, tampoco toleran nuestras distinciones habituales, y—no siendo quiénes para declararlas *imposibles*—si queremos apreciarlas debidamente, debemos atenernos, no a lo que a nosotros nos parezca más razonable o menos chocante, sino a los testimonios de la divina Escritura y de los Santos Padres y a la experiencia íntima de la Santa Iglesia, que nos presentan siempre al Espíritu Santo como *consagrador* y *vivificador*, que mora en nosotros como *vida de nuestras almas* y como alma de nuestra vida [18]. Esta unión, con ser tan íntima, que nos hace a todos

---

san que son» (S. AGUSTÍN, *Medit.* c. 31).—«Gloria sea al Padre que nos *hizo*, gloria al Hijo que nos *redimió*, gloria al Espíritu Santo que nos *santificó*, gloria a la altísima e individua Trinidad, cuyas obras son inseparables» (*Ib.* 33).

[15] «Templum, dice Sto. Tomás (*Comm. in 2 Cor.* 6, 16), est locus Dei *ad inhabitandum* sibi *consecratus*».

[16] «*Templum Dei*, decía S. Agustín (*Enchirid.* c. 56), *aedificatur ex diis quos fecit non factus Deus*».

[17] Cf. Ramière, Gay, Broglie, Bellamy, Prat, Weis, Gardeil, Hugueny, etc., *l. c.*—«*Inhabitatio*, enseña el mismo León XIII (enc. *Divinum illud munus*), tametsi verissime efficitur *praesenti* totius Trinitatis numine..., attamen de *Spiritu Sancto tanquam peculiaris praedicatur*».

[18] «Como el orden sobrenatural, observa el P. Gardeil (*Les Dons* p. 25), es gratuito en todos sus grados, las más altas razones de conveniencia no pueden equivaler a la más mínima palabra de Dios».

una sola cosa en Cristo y *un mismo Espíritu* con Dios, no es hipostática, como tampoco lo era la que tenía con el mismo Jesucristo, en quien residía plenamente y de quien redunda, según la conveniente donación, a todos los miembros vivos de su Cuerpo místico. Y si podemos tener—e indudablemente tenemos—con el Verbo encarnado esta mística unión tan *singular*, como la de los *miembros con la cabeza*, y la real sacramental que logramos recibiéndole dignamente en la Sagrada Eucaristía también es directa con El—y, por tanto, se hace *inmediata* con su Persona—sin ser por eso *hipostática*, ¿por qué no hemos de tener con su Espíritu, que es como el alma divina de la Iglesia, la correspondiente relación parecida a la de los *miembros con la misma alma?* [19]

Esta mística unión con Dios, que nos deja recibir y sentir sus vitales influjos; esta amorosa *inhabitación* y dulce *convivencia* de Dios en las almas que nos pone en relación familiar con toda la Trinidad, *en sociedad con el Padre y con su verdadero Hijo*, por la comunicación del Espíritu Santo, hácenos participar realmente de la vida, de la acción y de las virtudes divinas. Por eso las funciones características de la vida de los hijos de Dios, cuales son *conocerle y amarle* como es en Sí, no tienen únicamente por objeto la Unidad de Naturaleza, ni a la misma Trinidad en común, sino también a *cada una* de las *Personas*: *Haec est autem vita aeterna. ut cognoscant Te, solum Deum verum, et quem missisti I. Christum... Vos autem cognoscetis Eum* (Paraclitum), *quia apud vos manebit, et in vobis erit* (Io. 17, 3; 14, 17). Y este conocimiento sabroso, que no es ya de oídas, sino como de intuición y de experiencia íntima, entraña relaciones muy particulares [20].

Así, pues, el Padre Eterno—*ex quo omnis paternitas in caelo et in terra nominatur*—es nuestro verdadero *Padre*, a quien todos debemos saludar, diciéndole: *Padre nuestro*, que estás en los cielos..., reina en nuestros corazones de modo que siempre hagamos tu santa voluntad, y que tu nombre sea en nosotros santificado. Este reino de Dios, que está dentro de nosotros mismos, es la comunicación de su Espíritu [21], y el *pan cuotidiano* que le pedimos es el *Pan de vida* que nos envió del cielo, y a quien realmente *comemos*.

El Salvador y sus apóstoles nos enseñan a darle siempre ese amoroso nombre de *Padre*, como se ve por estos ejemplos:

[19] Cf. Dom Guéranger, *L'Anné liturg.*: La Pentecôte.
[20] Cf. Sta. Teresa, *Moradas* 7.ª, c. 1.
[21] Cf. S. Th. 1-2, q. 69, a. 2 ad 3.

«Vete a decir a *mis hermanos* que subo a *mi Padre* y *vuestro Padre*» (Io. 20, 17). «Bendito sea Dios *Padre* de Nuestro Señor Jesucristo, que nos *regeneró...*» (1 Petr. 1, 3). «Ved qué *Caridad* nos dió el *Padre*, para que nos llamemos y seamos hijos suyos» (Io. 3, 1). «Y, puesto que somos hijos, envió Dios el Espíritu de su Hijo, por el cual decimos: *Padre*» (Gal. 4, 6). Así el Apóstol solía saludar a los fieles, diciéndoles (Eph. 1, 2): *Gratia vobis et pax a Deo* PATRE *Nostro et Domino I. C.*—*Gratia vobis... secundum voluntatem Dei* PATRIS NOSTRI (Gal. 1, 3-4).

Por eso la Iglesia lo invoca siempre con ese dulce nombre por medio de su Unigénito y con la virtud de su Espíritu; ya que nadie puede ir al Padre sino con el Hijo, ni tampoco, según dice San Ireneo, conocer al Hijo, sino por el Espíritu Santo, por este Espíritu de Verdad y de Caridad que da testimonio de El. Mas ni al Hijo ni al Espíritu Santo, en cuanto tales, se les suele dar, sino raras veces y como en sentido menos propio, el nombre de *Padre*. Al amoroso Paráclito sólo una vez se lo da la Iglesia, en la *prosa de Pentecostés*, diciéndole: «*Veni pater pauperum*...» Como *Consolador*, más bien hace de *Madre*, que nos acaricia y regala a sus *pechos* para hablarnos al *corazón* (Is. 66, 11-12; Os. 2, 14); y, como el águila, nos protege bajo sus alas, y nos excita a volar (Ps. 16, 8; 35, 8; 56, 2; 60, 5; 62, 8; Deut. 32, 11). Por lo demás, bien sabido es que en hebreo el Espíritu de Dios—*Ruaj-Elohim*—es femenino [22]. Al Hijo tampoco suele darle la Iglesia el título de Padre, sino el de Señor y Salvador; pero como Esposo de la misma Iglesia, es «*Padre* del siglo venidero» (Is. 9, 6), y *padre* de todos los fieles cristianos (Mt. 9, 15), *aunque no estén en gracia*, en el mismo sentido en que ella es verdadera *madre* de justos y pecadores, ya que con ella nos regenera en las aguas del bautismo, por la virtud de su Espíritu vivificante.

Mas el Padre nos *envía* y nos da a su Unigénito para redimirnos, convivificarnos y adoptarnos (Io. 3, 16-17; Gal. 4, 4-5; Eph. 1, 5; 2, 5-6). Así el Hijo es el *Enviado* de Dios—*Mesías*—*Redentor*, *Mediador*, *Salvador*, *Maestro*, *Modelo*, «camino, verdad y vida», *Pastor* de nuestras almas, *Cordero* de Dios, que

[22] Además, en cierto modo, hemos *nacido* del mismo Espíritu Santo, según la sentencia del Señor (Io. 3, 5-8): «Nisi quis renatus fuerit *ex aqua et Spiritu Sancto*. Quod natum est ex carne caro est; quod natum est *ex Spiritu*, spiritus est. Sic omnis qui *natus est ex Spiritu*». Sobre lo cual dice Aimón: «Sicut caro carnem procreat, ita quoque Spiritus spiritum *parit*».

quita los pecados del mundo, *Cabeza* del cuerpo místico de la Iglesia, *Piedra* angular de esta casa de Dios, etc., etc. [23]

Y el mismo Hijo nos *envía* y nos *da*, en unión con el Padre, al Espíritu que de ambos procede (Io. 14, 15-18; 15, 26-27; Rom. 8, 15; 1 Cor. 6, 19; Gal. 4, 6, etc.). Así el Espíritu Santo es el gran *Don* de Dios y el perpetuo *Consolador* que el Padre y el Hijo nos han *dado* y nos *envían*, para que nos aliente y nos vivifique y nos sugiera y enseñe toda verdad.

§ II.—Relaciones con el Verbo.—Jesucristo como hermano, pastor y esposo de las almas, y como piedra angular de la casa de Dios y cabeza del cuerpo místico.—El crimen de la disolución de sus miembros.

Si del Eterno Padre se deriva y denomina toda *paternidad* en el cielo y en la tierra, de su Unigénito, el Verbo divino, por su *filiación eterna* se deriva y denomina toda *filiación*. La suya, en efecto, como natural, es prototipo de la nuestra, adoptiva: *Filiatio adoptiva*, dice Santo Tomás [24], *est quaedam similitudo filiationis aeternae*. Y por eso nuestra filiación se le atribuye al Hijo *ut exemplari*, según la sentencia del Apóstol (Rom. 8, 29): *Praedestinavit* (nos) *conformes fieri imagini Filii sui, ut sit Ipse Primogenitus in multis fratribus.*

Así, aunque tan excelente es su filiación sobre la nuestra —pues la suya es eterna, natural y necesaria, y la nuestra temporal, gratuita y libre—siendo El *Dios por naturaleza*, y nosotros *hombres deificados* por gracia; sin embargo, con ser El, por esa infinita superioridad, *Unigénito* (Io. 1, 14), quiso ser también *primogénito*, no desdeñándose de tenernos y reconocernos por *hermanos suyos* (Hebr. 1, 6; 2, 11; Io. 20, 17). «Quien llama al Padre de Jesucristo *nuestro Padre*, observa San Agustín (tr. 21 *In Io.* n. 3), ¿cómo ha de llamar a Cristo sino *nuestro Hermano*?» Esta nobilísima fraternidad con Jesucristo nos obliga ser fieles imitadores suyos, participantes de sus acciones gloriosas, a fin de glorificar con ellas al común Padre [25]. Por eso debemos configurarnos a El, como a verda-

---

[23] En *Los Nombres de Cristo*, por Fr. Luis de León, y en *Elévations sur les grandeurs de Dieu*, por el P. Cormier (c. 2), pueden verse otros muchos títulos, tales como los de *Doctor, Legislador, Juez, Rey, Sacerdote, Víctima, Médico, Abogado, Vid, Retoño de Jesé*, etc., que expresan también sus maneras de *relaciones*.

[24] 3.ª p., q. 22, a. 1 ad 3.

[25] «*Frater* noster voluit esse, et, cum Deo dicimus *Pater noster*,

dero ejemplar, ajustando nuestra vida y conducta a las suyas, hasta copiar en nosotros fielmente su divina imagen, y reproducir todos sus sagrados misterios [26].

Y si, por su filiación eterna, es ya hermano mayor de todos los hijos de Dios—bien sean hombres o ángeles—por la temporal, mediante la asunción de nuestra naturaleza y no de la angélica, se hizo doblemente hermano nuestro, estrechando del modo más amoroso los lazos de esta fraternidad, al aparecer del todo semejante a nosotros (Hebr. 2, 14-17). Este anonadamiento del Hijo de Dios, que así confundió la soberbia de Lucifer —el cual decayó por no querer adorarle en forma humana— debe a nosotros llenarnos de un noble orgullo que nos excite a eterno agradecimiento y a la más fiel correspondencia a tal dignación; ya que, como dice San Agustín [27], «bajó El para que nosotros subiéramos; y, permaneciendo en su naturaleza, se hizo participante de la nuestra, para que nosotros, permaneciendo en la nuestra, nos hiciésemos participantes de la suya. Sólo que El no empeoró descendiendo, mientras nosotros mejoramos ascendiendo». Así, pues, «al modo que el Señor, dice San Atanasio [28], revistiéndose de un cuerpo humano, se hizo hombre, así nosotros, los hombres, nos *deificamos* revistiéndonos del Verbo de Dios» [29].

---

hoc manifestatur in nobis. Qui enim dicit Deo *Pater noster*, Christo dicit *Frater*. Ergo qui *patrem* Deum et *fratrem* habet Christum, non timeat in die mala» (S. Aug., *Enarr. in Ps.* 48, serm. 1).

[26] «Quien quiere volver a Dios y hacerse hijo del Eterno Padre, decía la *Eterna Sabiduría* al B. E. Susón (c. 30), debe abandonarse a sí mismo y convertirse enteramente en Jesucristo, a fin de llegar a la unión beatífica... Entre mis escogidos tengo almas piadosas que viven en un completo olvido del mundo y de sí mismas, y conservan una virtud estable, inmudable y, por decirlo así, *eterna* como Dios. Están ya por gracia transformadas en la imagen y unidad de su principio; y así no piensan ni aman ni desean otra cosa más que a Dios y su beneplácito».

«La perfección del cristiano consiste, escribe Bacuez (l. c., p. 212, n. 587), en despojarse lo posible de todo cuanto tiene de Adán pecador, y revestirse por el contrario, animarse y llenarse de las virtudes, dones y perfecciones que el Salvador se digna comunicarle... Si todos los fieles correspondieran a su vocación, Jesucristo viviría en ellos, reproduciendo en cada uno, junto con sus sentimientos y sus virtudes, una imagen de sus misterios; de suerte que cada miembro del Salvador podría decirse que está, como su Cabeza y Modelo, crucificado, muerto al mundo, sepultado, resucitado y glorioso».

[27] Ep. 140, *ad Honorat.* c. 4.

[28] *Serm.* 4 *Contra Arian.*

[29] «¿Cómo llamáis, Señor, a las almas que os son caras?—Te he dicho: *Sois dioses e hijos del Altísimo* (Ps. 81).—¡Oh, Amor!, con

La misma encarnación realizada en el seno de la purísima Virgen por obra del Espíritu Santo—*Incarnatus est de Spiritu Sancto ex María Virgine*—es la razón y fundamento de nuestra regeneración realizada por obra del mismo Espíritu, y bajo el amparo de la misma Virgen, en el seno de la Iglesia, por ella simbolizada, como segunda Eva, madre de los verdaderos vivientes. Por eso tuvo que recibir la Santísima Virgen, así como también la Santa Madre Iglesia, una plenísima comunicación del Espíritu Santo, de modo que redunde a nosotros [30]. Y puesto que el Padre nos «predestinó a ser conformes a la imagen de su Hijo, a fin de que éste fuera Primogénito entre muchos hermanos», también «nos predestinó a recibir la adopción por medio de Jesucristo, en quien quiso restaurar—o recapitular—todas las cosas en la plenitud de los tiempos» (Eph. 1, 5-10). Y así nos lo envió por medio de la Mujer, para redimirnos y darnos la adopción de hijos (Gal. 4, 4-5). De este modo recibimos del Verbo encarnado el poder de hacernos hijos de Dios, renaciendo en el sacramento de la regeneración, por virtud de su Espíritu vivificante que mora eternamente en su Iglesia (Io. 1, 11; 3, 5-6; 6, 64; 14, 16-18). Por eso, para justificarnos y deificarnos, debemos renacer en El y vivir en el seno de ella: *Nisi in Christo renascerentur*, enseña el Concilio Tridentino [31], *nun-*

esta palabra destruís cuanto hay de terrestre en los que os aman, y los levantáis hasta Vos. Desaparece el hombre, y vivís Vos solo... Sed eternamente bendito, Dios mío, que así nos *divinizáis*... Y como vuestro nombre es el *Todopoderoso* (Ex. 6), hacéis que se realice también en nosotros la profecía anunciada para vuestro Cristo: *No tendrá otra voluntad que la de su Padre* (Is. 53). Sí, Señor, como llamados por Vos a continuar a vuestro Cristo, a ser otros Jesucristos, debemos también nosotros esforzarnos por no hacer sino lo que vos queréis. ¡Oh, qué admirable es el poder de este amor que cambia en Dios a su pobre y débil creatura! ¡Qué hermoso es este dominio del amor, que reina por la suavidad y la gracia, para librarnos de la servidumbre de la corrupción, hacernos entrar en la libertad de su gloria (Rom. 8), revestirnos de su fuerza, grandeza y majestad, y hacernos participar de su felicidad, vivir de su vida, en cierto modo, como El mismo, y brillar a su lado como estrellas en la eternidad gloriosa!» (Dan. 12) (SANTA CATALINA DE GÉNOVA, *Dial.* 3, 9).

[30] Si los dones, dice Agreda (*Mist. Ciud.* 1.ª p., l. 2, c. 13), «estaban en Cristo como en fuente y origen, estaban también en María, su digna madre, como en estanque o en mar de donde se distribuyen a todas las criaturas, porque de su plenitud superabundante redundan a toda la Iglesia. Lo cual, añade, dió a entender Salomón en los Proverbios (9, 1-2), al decir que la sabiduría edificó para sí una casa sobre siete columnas, etc., y en ella preparó la mesa, mezcló el vino y convidó a los párvulos y insipientes para sacarlos de la infancia y enseñarles la prudencia».

[31] Ses. 6, c. 3.

quam justificarentur; cum ea renascentia per meritum passionis eius, gratia, qua iusti fiunt, illis tribuatur. «Si somos, pues, hijos de Dios, es por la fe en Jesucristo. Y cuantos hemos sido bautizados en Cristo, de El nos hemos revestido» (Gal. 3, 26-27).

De esta suerte, por el bautismo, quedamos injertados en Jesús, como en verdadero árbol de vida, para producir, con su savia divina, frutos de virtud y de gloria (Rom. 6, 5; 11, 24; Io. 15, 5). E incorporados así con El, con El son nuestras almas *desposadas* en la fe y la caridad, para ser en todo una sola cosa con El, como animadas y selladas de su mismo Espíritu.

Mas como esta comunicación del Espíritu Santo puede y debe ir siempre en aumento, cuando el Salvador—ya glorioso después de su Pasión y ausentado de nosotros para ejercitar nuestra fe—nos vea suspirando por El y deseosos de imitarle, nos lo *enviará* de nuevo y más plenamente, para transfigurarnos y conglorificarnos. Por eso al despedirse de sus discípulos les decía: «Os conviene que Yo me vaya, porque si no me voy, no vendrá a vosotros el Consolador; pero si me voy, os lo enviaré... Cuando venga aquel Espíritu de la Verdad, os enseñará toda verdad... y me glorificará» (Io. 16, 7-14). Así, a quien cree y vive verdaderamente en El, le promete la comunicación de su Espíritu en tal plenitud, que «de sus mismas entrañas brotarán ríos de agua viva. Pero aun no estaba así *dado* el Espíritu, porque todavía no estaba Jesús glorificado» (Io. 7, 38-39) [32].

Como buen *Pastor*, que expone la vida por sus ovejas, cuida celoso de nuestras almas, les deja oír su dulce voz y su amoroso silbido, que las llama al *recogimiento* de la contemplación, y allí las apacienta con las vivas palabras que proceden de la boca del Padre, y se les manifiesta y les da vida eterna; pues vino para que tuvieran vida, y cada vez más en abundancia (Io. 10, 10-28). Así, a la vez que Pastor, es *Puerta* por donde se entra en el redil, o sea en la *casa de Dios*, y es *pasto* de que se

[32] «Era preciso, observa el P. Lallemant (*Doctr. spirit.* pr. 4, c. 2, a. 4), que el Verbo encarnado entrase en la gloria antes de enviar al Espíritu Santo como *Consolador*. Pero el interior consuelo del Espíritu Santo es mucho más provechoso de lo que hubiera sido la corporal presencia del Hijo de Dios... Por eso dijo a sus discípulos: *Os conviene que Yo me vaya*... La unción que el Espíritu Santo derrama en las almas las anima y fortalece y las ayuda a alcanzar la victoria. Suaviza sus penas, y les hace hallar delicias en las mismas cruces».—«Una sola gota de los divinos consuelos, decía Ricardo de San Víctor, puede hacer lo que no pueden todos los placeres del mundo. Estos nunca sacian el corazón; y una sola gota de la dulzura interior que el Espíritu Santo derrama en el alma la extasía y le causa una santa embriaguez».

alimentan—como *Pan de vida que bajó del cielo*—, y es «camino, luz y vida».

Es, además, como fundamento de nuestra fortaleza, *Piedra angular* del templo vivo de Dios. Y con su misma sangre y la caridad de su Espíritu junta y unifica todas las demás piedras, que somos nosotros, si en El crecemos en santificación, «coedificándonos para morada de Dios en el Espíritu Santo» [33].

Así se *desposa* con nuestras almas, y con plena comunicación de su Espíritu ratifica ese místico desposorio, convirtiéndolo en el maravilloso «matrimonio espiritual», haciendo que ellas ya no tengan otro querer que el suyo, uniéndolas del todo a Sí y transfigurándolas de tal suerte en su divina imagen, que vengan a ser una sola cosa con El.

De este modo no sólo se *desposa* con nuestras almas, sino que nos *incorpora* tan íntimamente consigo como lo están con la vid los más frondosos sarmientos, y nos hace *vivos miembros* suyos, en los cuales El mismo vive y obra. Es, en efecto, *Cabeza* de todo el cuerpo místico de la Iglesia: *Caput supra omnem Ecclesiam, quae est corpus Ipsius, et plenitudo Eius, qui omnia in omnibus adimpletur* (Eph. 1, 22-23). Por muchos que seamos los cristianos, somos *un solo cuerpo* en Jesucristo, y miembros unos de otros (Rom. 12, 5; 1 Cor. 10, 17; 12, 12-27). Y viviendo como tales, venimos a ser consumados en la unidad, estando El en nosotros y nosotros en El, para ser amados del Padre con el mismo amor que ama al Hijo, y poder dar al mundo testimonio de la verdad (Io. 17, 23), pues quedamos convertidos en el mismo Cristo; siendo El la Cabeza y nosotros los miembros de un mismo cuerpo: *Ecce Christus facti sumus*, exclamaba San Agustín [34]. *Si enim caput ille, nos membra*; *totus homo, ille et nos.*

De El, como *tronco*—retoño de la raíz de Jesé—en que estamos injertados, nos viene toda la savia que nos nutre y vivifica, como de la vid a los sarmientos; de El, como *Cabeza,* nos vienen todos los santos impulsos e inspiraciones, pensamientos, movimientos e instintos que presiden el desarrollo de la vida cristiana; de El todos los misteriosos influjos que su propio Espíritu nos comunica; de El toda la virtud de los sacramentos, órganos transmisores de la Sangre divina que nos lava, nos purifica, nos vivifica, nos sana, nos fortalece, nos resucita, restablece y conforta, y nos alimenta y hace crecer en

---

[33] Cf. Santa Catalina de Siena, *Ep.* 34; Santa Magdalena de Pazzis, *Obras* 3.ª p., c. 4; infra 3.ª p., c. 2, § 3.

[34] *Tr.* 21 *in Ioan.* n. 9.

deificación *para aumento de Dios* (Col. 2, 19); pues somos *carne de su carne y hueso de sus huesos*, y, en suma, *una sola cosa* con El.

La Iglesia es su *esposa* verdadera y santa, por ser su cuerpo místico, y El, *Esposo* de ella y de todas las almas justas, por ser Cabeza que las dirige y da vida: *Sponsus in capite, sponsa in corpore,* dice San Agustín; pero juntos constituyen un solo organismo. Así, esta unión con El es tan íntima, que venimos a ser un solo Espíritu y un solo cuerpo, de modo que donde El está, allí estén sus miembros y ministros (Io. 12, 26), y lo que nosotros hagamos, El es quien por nosotros lo hace. Si, pues, la simple unión que tiene como *Esposo* podría aparecer poco íntima a los profanos—que no sienten, ni sospechan, ni aun aciertan a creer las inefables comunicaciones de su finísimo amor—completada con la del símbolo orgánico, nos obliga a reconocer una intimidad superior a todo lo imaginable. Y si la unión de ese desposorio excede, según veremos, incomparablemente a la de los esposos humanos, la que tiene como *Cabeza* del cuerpo místico es también, en cierto modo, aún más íntima que la natural de nuestra cabeza con el cuerpo. Es la verdadera «Cabeza de toda la Iglesia, que es *su cuerpo y su plenitud*; y lo hace todo en todos sus miembros» (Eph. 1, 22-23). En El está la fuente de la gracia y de la vida (Ps. 35, 10); y *de su plenitud recibimos todos* el grado de vida y de energías que nos corresponden (Io. 1, 16). Y de este modo, *en su luz vemos la luz*, y unidos con El *tenemos la luz de vida.*

Pero si tiene en Sí mismo esa *gracia capital* o *fontal*, no la tiene para actualizarla y desplegarla toda en Sí mismo y por Sí mismo, como *Cabeza*, sino para derivarla por todo su *Cuerpo* y manifestarla muy diversamente según conviene en la serie de los tiempos y lugares, en la diversidad de miembros que al efecto van apareciendo bajo el continuo influjo de su Espíritu renovador (Sap. 7, 27), y en los cuales de nuevo se forma El mismo [35]. Así todos estos órganos nuevos por los cuales hace y padece lo que personalmente no pudo, son su propio *Cuerpo* y su *plenitud*; pues El es quien hace y sufre en ellos, en cuanto

[35] Cuando somos reengendrados y crecemos en la vida divina, Jesucristo es, dice Terrien (1, p. 300), *quien renace* y *crece* en nuestras almas: *Hijitos míos, a quienes de nuevo estoy dando a luz, hasta que se forme Cristo en vosotros,* decía el Apóstol a los Gálatas (4, 19). «Cada uno de nosotros se forma, pues, en Cristo, y a imagen de El, observa San Cirilo Alejandrino (*In Is.* l. 4), *por la participación del Espíritu Santo...* Este es *quien forma* a Cristo en nosotros cuando, por la santificación y la justicia, nos imprime la divina imagen. Así es como res

tienen de cristianos, ya que El les da el *ser* y el *obrar* y aun el *sufrir* de tales. Por eso el Apóstol *completó en su carne lo que aun faltaba en los padecimientos de Cristo para bien de la Iglesia,* y todos debemos hacer otro tanto para que por nuestra parte no quede ese progresivo engrandecimiento y la mayor prosperidad de este Cuerpo místico. «Aunque estaban muy completos, dice San Agustín [36], los padecimientos de Cristo en la cabeza, faltaban los de su cuerpo. Y nosotros somos este cuerpo de Cristo y sus miembros». «La plenitud de Jesucristo, añade [37], es la Cabeza *con todos los miembros*» [38].

Por tanto, «la Iglesia, como dice Bossuet [39], es Jesucristo, extendido, comunicado: Jesucristo todo, es decir, Jesucristo hombre perfecto, Jesucristo en su plenitud». Por lo mismo, sus fieles son algo suyo, parte de su cuerpo que merece llamarse *Cristo.* «¡Cuán grande es, pues, la excelencia del cristiano, exclama San Anselmo [40], que tales progresos puede hacer en Cristo, que lleve su propio nombre!» Pero el buen cristiano es no sólo como otro Cristo, sino el mismo Jesucristo; porque no hay nada más que un *Cristo* solo, y llevar dignamente su nombre es ser miembros vivos de su mismo cuerpo; y éste, con la Cabeza, es un solo Cristo: *Quia caput cum corpore*, añadía el mismo San Agustín [41], *unus est Christus*».

Y puesto que el cuerpo de la Iglesia y todos sus miembros reciben de Jesucristo el ser divino que tienen, la vida de la gracia, la comunicación del Espíritu Santo con la caridad de Dios, y todas las energías sobrenaturales con que obran y padecen; y como por El son lo que son, y pueden y merecen cuanto merecen y pueden, síguese que esa divina Cabeza les es más esencial, más influyente, más íntima aún de lo que puede ser a un cuerpo humano la propia, ya que ésta no es principio del organismo, y Jesucristo sí. Todo lo que somos y podemos ser como cristianos, como hijos de Dios y miembros de la Iglesia, lo somos por nuestro Salvador: por El, siendo muchos y tan diversos, venimor a formar *un solo Cuerpo* viviente (Rom. 12, 5); y por El

---

plandece en nuestras almas el carácter de la substancia de Dios Padre, *por el Espíritu,* cuya virtud santificante nos reforma según aquel divino Modelo.»

[36] *Enarr. in Ps.* 86, n. 5.
[37] *Tr.* 21 *in Ioan.* nn. 8-9.
[38] Vide infra, 3.ª p., c. 2.
[39] *Letre à une dem. de Metz.*
[40] *Medit.* 1, n. 6.
[41] *Serm.* 14 *de verbis Domini.*

llegaremos a ser *consumados en la unidad*, al modo què El mismo es una cosa con el Padre (Io. 17, 21-23).

Tanto quiere estrechar esta unión, que de continuo está fomentándola, morando en nuestros corazones por viva fe y dándonos cada vez más plenamente la comunicación de su Espíritu (Eph. 3, 17). Y de este modo, siguiendo sus dulces impulsos, y no resistiendo a su gracia, nos uniremos con El hasta el punto de ser en todo carne de su carne y hueso de sus huesos y tener el mismo Espíritu que El [42]. Aún más; por la continua acción de este Espíritu vivificante—que nos imprime su divina imagen y, de claridad en claridad, nos configura con ella—, quedamos *transformados en El* y hechos una sola cosa (2 Cor. 3, 18).

Así se forma continuamente Jesucristo en nosotros, y nosotros nos transformamos en El y según El, despojándonos de nosotros mismos y revistiéndonos de El, hasta ser como una simple expansión o continuación de El mismo (Gal. 2, 30; 3, 27; 4, 19; Rom. 6, 3-11; Eph. 1, 28) [43]. De este modo venimos a ser todos una cosa en El, formando esa portentosa unidad tan sublimemente anunciada por su divina boca en el sermón de la Cena (Io. 17).

De ahí la maravillosa *comunicación de idiomas*, junto con

---

[42] De este beneficio tan «maravilloso», como es «hacerse todos los justificados miembros vivos de Cristo», escribe el V. Granada (*Guía* l. 1, c. 5, § 1), «procede que el mesmo Hijo de Dios los ama como a sus miembros, y mira por ellos como por sus miembros, y tiene solícito cuidado de ellos como de sus propios miembros, e influye en ellos continuamente su virtud como cabeza en sus miembros, y, finalmente, el Padre Eterno los mira con amorosos ojos; porque los mira como miembros vivos de su unigénito Hijo, unidos e incorporados con él *por la participación de su Espíritu*: y así sus obras le son agradables y meritorias, por ser obras de miembros vivos de su Hijo, el cual obra en ellos todo lo bueno. De la cual dignidad procede que, cuando los tales piden mercedes a Dios, las piden con muy grande confianza; porque entienden que no piden tanto para sí, cuanto para el mesmo Hijo de Dios, que en ellos y con ellos es honrado. Porque... el bien que se hace a los miembros se hace a la cabeza».

[43] «En cada alma se reproduce como en miniatura el misterio de Cristo, tipo absoluto de quien las almas cristianas son otras tantas copias fieles.» Así está toda la Santísima Trinidad «formando a Cristo en nosotros, y a nosotros formándonos en Cristo, o sea, haciendo de nosotros verdaderos Cristos, como quiera que cada cristiano, al ser tal, se hace miembro y abreviada imagen del Cristo absoluto y soberano, objeto único de todas las complacencias, razón única de todas las obras y medio único de todas las operaciones de Dios» (GAY, *Vida y virt. crist.* 2.ª ed., t. 1, pp. 60, 64).

ta de la *vida*, *obras*, *tesoros* y *méritos*, porque todo lo suyo se nos ha comunicado: *Omnia vestra sunt* (1 Cor. 3, 22), y todo lo nuestro es suyo. El vino al mundo y vivió y murió por nosotros, y nosotros vivimos, obramos y morimos en El y por El (Rom. 14, 7-8), participando, como miembros suyos, de su mismo Espíritu vivificador y distribuidor de las gracias.

De esta amorosísima unión se sigue la enormidad del crimen de la herejía o del cisma, que despedaza el cuerpo de nuestro Salvador y disloca sus miembros. Quien así separa los fieles de la Iglesia, dice muchas veces San Agustín, desgarra no la túnica inconsútil, sino la misma carne de Nuestro Señor. Así este crimen es mayor que el de homicidio, pues derrama la sangre de las almas y arranca al mismo Jesucristo sus miembros [44].

§ III.—El divino Esposo.—Las delicias de Dios con los hombres; desposorio del Verbo con la humanidad y con las almas de los fieles; Jesucristo se entrega totalmente a éstas para ser su alimento, su vida y sus delicias.—Caracteres singulares, intimidad y frutos de esta unión.—Las vírgenes del Señor; su importancia en la Iglesia; unión singular de los votos religiosos; conveniencia de renovarlos. La celebración del místico desposorio.

No hay cosa que tanto pueda llenarnos de admiración y de asombro, y encendernos a la vez en vivos deseos de corresponder al amor divino, como estos portentosos misterios de la unión con Dios. Parece que tales delicias tiene El en morar con los hijos de los hombres (Prov. 8, 31), que quiso contraer con nosotros todas las relaciones posibles, y en especial las más cordiales y más íntimas que pudieran imaginarse. No contento con ser el Padre más misericordioso, el amigo más fiel y el hermano más tierno y amable, quiso ser el dulce Esposo de las almas, que «las desposa consigo para siempre en la fe y en la justicia» para que le conozcan y le amen con amor purísimo, y así cooperen a su obra de «misericordia y bondades» (Os. 2, 19-20) [45], y una

[44] Cf. infra 3.ª p., c. 2, § 2, ap., supra l. 1, c. 1, § 6.

[45] Nuestro Señor, dice Santa Magdalena de Pazzis (2.ª p., c. 13), «está a la diestra del Padre como Dios y como hombre; y está también en nuestras almas como esposo, como rey, como padre o como hermano, según la pureza, el amor y las disposiciones particulares que en cada una de ellas encuentra».

El alma, observa el P. Massoulié (*Tr. de l'amour de Dieu* 2.ª p., c. 14), considera a veces a Dios como *Padre* que le está preparando la herencia eterna, y se dirige a El confiada, pidiéndole que le dé su reino; y al verse alejada de El se le queja amorosamente, rogán-

vez purificadas de todo afecto terreno y de toda mancha, les prodiga las finezas del más exquisito amor y las embriaga con los torrentes de sus divinas delicias [46]. Y pareciéndole aún poco todas estas relaciones que caben entre los hombres, y no contento con llamar a las almas hijas, amigas, hermanas, esposas, huéspedes, moradas y templos vivos, etc., quiere formar un solo cuerpo con nosotros para que realmente seamos «carne de su misma carne y hueso de sus huesos» (Eph. 5, 30); quiere ser nuestra cabeza, nuestra vida, nuestra luz y aun nuestro alimento mismo, entregándosenos totalmente para ser así nuestras delicias, nuestro todo y todo nuestro. Mas si Dios quiso llamarse Esposo de las almas, este dulce título conviene sobre todo al Hijo, que es quien hipostáticamente se unió a la naturaleza humana para unirnos a nosotros con la divina [47]. Por eso nuestra unión con el Verbo es tantas veces comparada con la matrimonial; y así en los estados místicos el *matrimonio espiritual* representa el supremo grado de unión con Jesucristo y la mayor transformación en Dios que en esta vida puede lograrse.

El mayor de los profetas fué el primero que supo dar al Salvador ese nombre de *Esposo*. «San Juan Bautista, dice Bos-

dole que no la abandone, sino que la aconseje y la defienda. Otras veces considera al Verbo Eterno como *amigo fiel*, y trata de aprender de El las leyes de la verdadera amistad. Por fin lo considera como *Esposo* y, consagrándole los más tiernos afectos, le jura una eterna fidelidad; suspirando por poseerle plenamente se arroja a sus pies, con Magdalena, los besa y abraza y los riega con sus lágrimas, pidiéndole perdón de todas sus infidelidades. Así va teniendo perfecta confianza en El, y considerando todas las mercedes recibidas, besa la mano liberal que se las ha prodigado. Y como su amor y deseos aumentan de día en día, se atreve a pedirle que no le niegue ya los mayores testimonios de su amor y la una tan íntimamente consigo, que no pueda más separársele. Por eso trata de asemejarse a El en todo: así renuncia a las vanidades, tiene horror a los placeres y se aficiona cada vez más a imitar su humildad, su mansedumbre y paciencia, sabiendo que esta perfecta conformidad la convertirá en verdadera esposa; pues, cuando no tenga ya más voluntad que la del Esposo, vendrá a hacerse un solo espíritu con El.—Y así es como podrá cooperar con El a la salvación de muchas almas.

[46] «Te he hecho juramento y he hecho pacto contigo, dice el Señor Dios; y tú has sido hecha mi esposa. Te lavé con agua, te limpié de tu sangre y te ungí con óleo y te revestí con vestidos de muchos colores» (Ez. 16, 8-10).

[47] «Quien se hace el verdadero esposo de las almas, dice Ribet (*Mystique* t. 1, p. 311), es el Verbo revestido de nuestra humanidad. Esta unión del Verbo encarnado con las almas es la extensión y la conclusión de su unión con la naturaleza humana; pues no se unió a la carne sino para unirse a las almas, hacerlas participantes de su vida y reducir por ellas y con ellas toda la creación a su Padre».

suet [48], nos descubre un nuevo carácter de Jesucristo, que es el más tierno y el más dulce: y es el de *Esposo*... Se desposó con las almas santas colmándolas de dones y de castas delicias; gozándose en ellas y entregándose a ellas, dándoles no sólo todo lo que tiene, sino todo lo que es». El mismo se da ese título y se compara al hijo de un rey, venido al mundo a desposarse con las almas (Mt. 9, 15; 22, 2); y el Discípulo amado cantará más tarde las bodas eternas del Cordero, comenzadas por la gracia y consumadas en la gloria (Apoc. 19, 7).

Tan llena está la Escritura de este asunto, que todo un libro está consagrado a cantar el recíproco amor de Jesús y el alma santa. «Considérense, dice Bellamy [49], esas inspiradas páginas del Cántico de los Cánticos y, viendo las ardientes efusiones de un amor que no es de la tierra, se comprenderá algo de la misteriosa unión que hace que el alma justa viva de la vida de Jesucristo...: en el fondo, es el poema alegórico de la gracia santificante».

Esta mística unión de Jesucristo con las almas—simbolizada por la del matrimonio humano—es sin comparación más íntima y amorosa que ella, como obra de un amor no humano, sino divino. Aquel amor hace que «dos sean una misma carne»: éste hace que muchos sean «un solo espíritu» [50]. Por eso dice San Pablo a los Efesios (5, 28) que «este sacramento es grande, pero en Cristo y su Iglesia». Y en la primera a los Corintios (11, 2) advierte que «a todos—como a una virgen casta—los desposa con Jesucristo». Porque de todas las almas justas y de todas las iglesias particulares—que son las delicias del Rey de la gloria—se hace una sola Reina, dice San Agustín [51], pues a todas las ama con un amor indiviso, como a su propio cuerpo, amando a cada una en particular—según experimentan con asombro los grandes místicos—como si no existiera más que ella sola en el mundo, y dispuesto a derramar toda su sangre por ella [52]. Así, con ser tantas las *hermanas* y *esposas* que *hieren su Corazón* (Cant. 4, 9), una sola es su *inmaculada palo-*

[48] *Elév. sur les myst. sem.* 24, 1.

[49] P. 219.

[50] En estas palabras: *un solo espíritu*, tenemos, dice Bellamy (p. 221), «bajo apariencias atrevidas, la fórmula exacta de nuestras relaciones con Jesucristo. Esta unión es tan íntima, que de algún modo se acerca a la hipostática».

[51] *Enarr. in Ps.* 44, n. 23.

[52] «Yo soy, decía el Señor al B. Susón (*Et. Sabid.* XII), el amor infinito que no es limitado por la unidad, ni agotado por la multitud: amo en particular a cada alma como si fuera única. Te quiero y me

ma (ib. 6, 7-8). La *Esposa* en general, dice San Bernardo [53], es la alma enamorada. «Todos, añade en otro lugar [54], hemos sido llamados a estas bodas espirituales en que Jesucristo es el Esposo, y la esposa nosotros mismos; todos somos esa Esposa, y cada alma es esposa. Muy inferior es al Esposo; sin embargo, por amor de ella descendió de su gloria y dió la vida el Hijo del Rey eterno... ¿De dónde a ti tanto honor que vengas a ser esposa de aquel en quien desean contemplar los ángeles y cuya hermosura admiran el sol y la luna? ¿Qué darás al Señor por este beneficio tan inestimable de asociarte a su mesa, a su reino y a su lecho? ¿Con qué brazos de caridad recíproca has de amar y estrechar a quien tanto te estimó que te reformó de su costado, cuando por ti durmió el sueño de muerte en la cruz?»

El amor de los esposos humanos es nada comparado con éste, que se funda, no en la carne, que «de nada aprovecha», sino en el espíritu, «que todo lo vivifica» (Io. 6, 64). Así es tan íntima su unión, que establece una comunión perfectísima de vida y obras y méritos. «En su inmenso deseo de unirse más estrechamente con nosotros, escribe el P. Terrien [55], el Verbo divino se revistió de nuestra naturaleza, a fin de celebrar estas misteriosas bodas. Y para que la esposa no fuera tan indigna de El, la formó de su costado, de su corazón abierto en la cruz. De allí salió ella vivificada desde su nacimiento por la sangre del Esposo; de allí recibió todo lo que la hace ser lo que es, gloriosa, santa, inmaculada: carne de su carne y hueso de sus huesos. He ahí la esposa, y he ahí el cuerpo de Cristo; esposa porque es su mismo cuerpo».

Tomó ese nombre de Esposo, advierte San Bernardo, porque no había otro más propio para indicar las dulzuras de su amor y de los mutuos afectos de esa unión, en que todo es común [56]. Mas no pensemos en nada terreno cuando se trata de

---

ocupo de ti como si no amara a otros, como si estuvieras tú solo en el mundo.»

«El alma, advierte San Juan de la Cruz (*Llama de amor viva* canc. 2, v. 6), siente a Dios aquí tan solícito en regalarla, y con tan preciosas, y delicadas y encarecidas palabras engrandeciéndola y haciéndola una y otras mercedes, que le parece que no tiene otra en el mundo a quien regalar, ni otra cosa en que se emplear, sino que todo es para ella sola. Y así lo confiesa en los Cantares (2, 16): *Dilectus meus mihi, et ego illi*».

[53] *Serm.* 7 *in Cant.* n. 3.

[54] *Serm.* 2 *Dom.* 1 *post oct. Epiph.* n. 2.

[55] *La Grâce et la Gloire*, 1, p. 338.

[56] «Nec sunt inventa aeque dulcia nomina quibus Verbi animaeque dulces exprimerentur affectus, quemadmodum *sponsus* et *sponsa*;

este amor todo espiritual y divino, puro como la misma caridad de Dios, y cuyos frutos son frutos de gloria y honestidad, pues son los mismos del Espíritu Santo, que es lazo de esta unión. Este amor era el que inspiraba a la admirable virgen Inés cuando, a la edad de trece años, despreciadas las seducciones del mundo, exclamaba gozosa ante los tiranos: «Otro Amador tengo que me dió su anillo por prenda de su fe, y me adornó con riquísimas joyas. Desposada estoy con Aquel a quien sirven los ángeles: amándole, soy casta; tocándole, soy pura; poseyéndole, soy virgen... Esperar que me doblegue, sería injuriar a mi Esposo; El me amó primero, y de El soy. ¿Por qué aguardas, verdugo? ¡Perezca el cuerpo que puede ser de ojos carnales amado!»

En la unión de Jesucristo con las almas se encuentran, dice Bellamy [57], los principales caracteres de la matrimonial. El Salvador nos concede los tres dones esenciales que todo esposo entrega a su esposa, cuales son, su nombre, sus bienes y su persona misma. El nombre de *cristianos* de El nos viene; y al hacernos cristianos, nos hacemos además, como dice San Agustín, el mismo Cristo; pues en El somos a la vez hombres de Cristo y Cristo mismo, ya que Jesucristo completo consta de la cabeza y los miembros [58]. Por eso, conforme advierte Le Camús [59], «los cristianos vienen a formar la ilustre familia, la viva imagen y la indefinida expansión de Cristo a través de las edades: *Christianus alter Christus*».

Así, con su nombre, nos da sus más ricos dones, cuales son todos los frutos de su redención. Estos dones son tan preciosos que, como enseña San Pedro, *por ellos nos hacemos participantes de la misma naturaleza divina*. De este modo los recibimos todos juntos como una herencia indivisa, de la cual cada alma puede disponer como dueña, aunque no en el mismo grado, sino en la medida de la donación de Cristo. Si no sacamos de ellos el debido fruto, culpa nuestra es; pues tantas veces correspondemos a su generosidad con ingratitud e indiferencia,

---

quippe omnia communia sunt, nil proprium, nil a se divisum habentibus. Una utriusque haereditas, una domus, una mensa, unus thorus, una etiam caro» (S. Bern., *In Cant.* serm. 7, n. 2).

[57] P. 230-3.

[58] «Admiramini et gaudete ecce *facti sumus Christus*. Ille caput, et nos membra; *totus* homo, *ille et nos*» (S. Agust., *In Ioan.* 21).—Y en otro lugar (*Enarr.* 2 *in Ps.* 26): «Apparet Christi corpus nos esse; quia omnes ungimur et omnes in illo *et Christi et Christus sumus*: quia quodam modo *totus Christus caput et corpus est*».

[59] *Oeuvre des Apôtres* c. 1[illegible].

no procurando cultivar los dones recibidos y no contribuyendo al bien común con lo que está de nuestra parte; y así estamos aflojando los amorosos brazos que con Jesús nos unen.

Mas «no se contenta El con darnos todos sus bienes, sino que se da a Sí mismo. Por la gracia nos da su divinidad, y por la Eucaristía, que es como el coronamiento de la gracia, nos da además su humanidad santa, es decir, toda su sagrada persona, con las dos naturalezas en que subsiste. Aquí está la perfección del amor, y San Juan Crisóstomo tiene derecho a llamarla [60] una especie de consubstancialidad que, manteniendo sin duda la distinción de personas y de naturalezas, lleva su unión todo lo lejos posible. ¿Podríamos soñar aquí abajo una cosa más íntima que esta misteriosa alianza en que, según la hermosa expresión de San Pablo (Gal. 2, 20), ya no es el cristiano quien vive, sino Jesucristo en él?» [61]

Así, los tres bienes del matrimonio cristiano—*fides, proles et sacramentum*—se hallan sublimados hasta lo increíble en este de Cristo con las almas justas. La *fe* no puede flaquear por parte de El, que, lejos de romper el vínculo o aflojarlo, está siempre dispuesto a reanudarlo y estrecharlo más, recibiendo de nuevo a la esposa prevaricadora que reconoce sus yerros, y colmando de caricias a la que empieza a servirle con más fervor. Y por parte de ella, si desea corresponder, ni con la misma muerte se le romperá ese dulce vínculo; antes se consolidará de modo que sea eterno. Y lo que sucede con esta corporal casi viene a suceder igualmente con la *muerte mística*. Las almas que, habiendo muerto por completo al mundo y a sí mismas, han merecido contraer el indisoluble *matrimonio espiritual*, reciben, según veremos, una seguridad grandísima de perseverar eternamente unidas con su divino Esposo.

Aquí la procreación o fructificación no mata, ni aja, ni debilita, ni menos hace perder el mutuo afecto, antes lo acrecienta y robustece, a la par que aumenta el vigor de la esposa y le da

[60] *In Hebr.* hom. 6.

[61] «Preciso es, amadísimo Esposo, exclama Santa Magdalena de Pazzis (*Obras* 4.ª p., c. 5), que yo me alimente de vuestro Cuerpo y de vuestra Sangre; allí está el lazo de unión que nos une. ¡Oh unión, unión!, ¿quién podrá comprenderla? La sola idea de una unión, en la cual lo perfecto se une a lo imperfecto para hacerlo semejante a sí, bastaría para llenar de estupor a las celestiales jerarquías... ¡Oh dulce unión por la cual el alma viene a ser otro Vos mismo por la participación de vuestra Divinidad! Pues la unión hace de dos cosas una sola, conservando a cada una su propio ser... Cuando el alma llega a descubrir estas operaciones admirables no cesa de lamentarse de que tan poco conocidas y admiradas sean».

nuevos encantos, manteniéndola en una perpetua juventud, cada vez más florida. Cuanto más fecunda es el alma en buenas obras y más fructifica para Dios, tanto más vigorosa, más bella y más radiante de gloria aparece y tanto más grata es a su divino Esposo. Y cuanto más se acrecienta el amor con sus frutos de gloria, tanto más vivos y vehementes serán los mutuos afectos y tanto más se estrecha y se consolida esta unión, hasta que el alma logre oír eternamente estas regaladas palabras: *Toda hermosa eres, amiga mía, y ya en ti no hay mancha alguna. Ven del Líbano, esposa mía, ven y serás coronada... Heriste mi corazón, hermana mía, esposa* (Cant. 4, 7-9). Es *hermana*, por ser ya digna hija del Eterno Padre; y sólo así, *deificada*, podrá aspirar al ósculo del Verbo de Dios.

Y cuando, poniéndole a El mismo por sello en su corazón y en sus brazos, el amor se haya hecho fuerte como la muerte, y las muchas aguas de la tribulación, lejos de apagar la caridad, la aviven (ib. 8, 6-7), entonces, abrasada en el celo de la gloria de su Esposo, no perdonará trabajos ni sacrificios por ganarle almas en que pueda tener sus divinas complacencias, y darle nuevos hijos y nuevas esposas que solícitamente le sirvan y le bendigan, le adoren, le alaben y le amen. Muy lejos de querer ser única, duélese en gran manera de que todos los corazones de las criaturas no sean bastantes para amar como merece la suma bondad del Esposo. Las nuevas esposas no le causan celos, ni en lo más mínimo la privan del afecto de su Amado: antes por ambas partes se acrecienta el recíproco amor. Ella es tanto más amada, honrada y glorificada, cuanto más numerosas y mejores sean las compañeras que en pos de sí atrae para llevarlas a la presencia del Rey celestial (Ps. 44, 15-16). Y se enciende tanto más en su amor, cuanto más encendidas estén las otras almas, en las cuales sólo ve resplandecer la adorada imagen del común Esposo; y así la caridad aumenta en *intensidad* con la misma *extensión* del objeto amado [62].

Esta unión merece, pues, el nombre de *matrimonio*, por el cual es tantas veces representada: sólo que le excede como la realidad suele exceder a la figura. Pues, conforme enseña Santo Tomás, «cuanto aventaja al signo la cosa significada, otro tan-

---

[62] «¡Oh amor poderoso de Dios, exclama Santa Teresa (Exclam. 2), cuán diferentes son tus efectos a los del amar al mundo! Este no quiere compañía, por parecerle que le han de quitar lo que posee. El de mi Dios, mientras más amadores entiende que hay, más crece... Y así el alma busca medios para buscar compañía, y de buena gana deja su gozo cuando piensa será alguna parte para que otros le procuren gozar».

to sobrepuja el amor unitivo de Dios para con las almas, al que media entre los esposos... En este matrimonio la fe es más inviolable, la indisolubilidad mayor, y el fruto más útil... Mayor la fidelidad de Dios para con el alma, según lo que se dice en Oseas (c. 2): *Te desposaré conmigo en la fe*; y en los Cantares (c. 2): *Mi amado para mí, y yo para El.* Es más fiel que ningún esposo, pues lo es hasta con el alma que le falta a la fe... Y así como la especie no se aminora porque la participen muchos individuos, así, oh alma mía, Dios te ama de una manera tan maravillosa, como si todo su amor se reservara para ti... En los matrimonios humanos cabe separación, al menos por la muerte; mas en el que Dios celebra contigo en el bautismo, ratificado con una vida santa y consumado en la gloria, no cabe separación. Debes, pues, ya decir con el Apóstol: *¿Quién nos separará de la caridad de Cristo?...* A las almas *arrebatadas* y *unidas* les cuadra lo que sigue: *Cierto estoy de que nada habrá que pueda separarnos de esa caridad.* La prole, que es el fruto de las buenas obras, es más útil y variada. Esa prole procede de Dios y del alma unidos, de la gracia y del libre albedrío, y no de uno de ellos sólo... Esta es la útil prole que, lejos de acarrear daño a la madre, le granjea vida eterna» [63].

Esta misteriosa unión del desposorio con el Verbo divino es tan *real* como *inefable*; en la vida mística se experimenta con indecibles delicias que no son para ponderar, sino sólo para admirar en silencio, pues no caben en lengua humana. El alma descubre los infinitos encantos de su celestial Esposo y recono-

[63] «Tantum res significata praecellit signum, tantum amor et unitas Dei ad animam, amorem sponsi ad sponsam... In hoc coniungio fides inviolabilior, inseparabilitas maior, proles utilior... Non diminuitur in individuo species, licet ipsam participent plures... Sic miro modo Deus, te, o anima mea, diligit, totus totam, ut non minus diligat te, diligens tecum et aliam, unam autem tecum in charitate... Necessario separantur (vir et mulier), quia necessario moriuntur: verum inter te, o anima mea, et Deum, matrimonium quod in baptismo initum, in bona vita ratum, in patria fuerit consummatum, impossibile est divortium. Veruntamen et modo dic cum Apostolo: *Quis nos separabit a charitate Christi?...* Quod subiungitur, *rapto* et *unito* congruit: *Certus sum enim quod neque mors, neque vita*, etc., *poterunt nos separare...* Item proles utilior et multiplicior, bonorum sc. operum. Foecundat enim Sponsus Sponsam, Deus animam per gratiam: progrediturque proles ambobus unitis, non altero tantum... non a gratia sola, nec a libero arbitrio solo... Haec utilis proles quae matrem non perimit, sed ei vitam aeternam acquirit» (S. TH., *Opusc.* 61, c. 13).—Debemos advertir que, aunque este opúsculo figura entre los del santo Doctor, no parece ser auténtico de él; pero así y todo es de mucha autoridad como fundado en su doctrina...

ce los tesoros de vida y de gloria con que El la enriquece, y advierte la intimidad de esta unión y comunicación, y goza de las infinitas dulzuras del amor con que es regalada.

«El alma y Jesús, dice Mgr. Gay [64], son dos en un solo espíritu y forman una comunión perfecta: la vida toda entera del Esposo se transfunde en la de la esposa, con todos sus estados, con todos sus misterios, con todos sus títulos, con todas sus excelencias, virtudes y acciones, con todos sus padecimientos y merecimientos, haciendo de todo ello una especie de acervo de bienes gananciales, de propiedad común a entrambos cónyuges, por más que la esposa no disponga de ellos sino con la venia del Esposo. Esta es cabalmente la escondida significación de las divinas palabras: *Con El cenaré y El conmigo*» (Apoc. 3, 20).

Y si todas las almas justas son verdaderas *esposas* de Jesucristo, este dulce nombre lo reserva la Iglesia católica para darlo con preferencia a las santas vírgenes—que son su más perfecta imagen—y muy en particular a las consagradas a Dios con los votos religiosos, que son tres amorosos lazos que las unen aún más estrechamente con el Redentor. Viviendo con El crucificadas, contraen una unión singularísima que sólo puede ser bien apreciada de los corazones encendidos e iluminados que sienten al vivo la excelencia de estos misterios.

De ahí que estas almas se complazcan en renovar con frecuencia y con toda la solemnidad posible sus compromisos sagrados para estrechar y consolidar los vínculos del amor: sabiendo lo mucho que con esa ratificación agradan al divino Esposo, y los bienes que a sí mismas se reportan ofreciéndose de nuevo a Dios en holocausto [65].

---

[64] L. c. p. 58.

[65] «Inexplicables son, dice el V. Hoyos (cf. *Vida* por el P. URIARTE [1888], p. 99), los bienes que recibe el alma con esta renovación de los votos. Todas las virtudes se le aumentan: la gracia se le multiplica conforme a la disposición, la caridad recibe nuevos quilates, y auméntase la unión, según la que antes tenía el alma. Es además de gran gloria de la Santísima Trinidad, y de sumo placer a las tres divinas Personas, pues con los tres votos hace el alma una unión con Dios con cierto remedo a las tres divinas Personas, *uniéndose con cada una por cada voto*, de un modo que yo no sé explicar. La sacratísima Humanidad de Cristo muestra indecible gozo y agrado, viendo le siguen por sus pisadas: la Santísima Virgen recibe gloria accidental, y se regocija como si en cierto modo renovase su voto de virginidad».

Nada extraño que un alma abrasada en el amor de Dios (M.ª de la Reina de los Apóstoles), escribiera no ha mucho (abril 1903), dando cuenta de su profesión religiosa: «No os puedo dar ni la más pe-

Como estas almas así consagradas son la bendición del mundo y las delicias y el recreo de aquel celestial Amador que *se apacienta entre azucenas*, nada extraño es que sean tan menospreciadas de los malos como apreciadas de los buenos. Siguiendo de verdad las sangrientas huellas del Crucificado, no pueden menos de participar de las mismas simpatías que El, y también de los mismos odios. Pero quien las aborrece está juzgado, y quien las ama, en ellas ama a Jesucristo. Por eso la Santa Iglesia miró siempre a las vírgenes del Señor como las niñas de sus ojos, y celebra su consagración religiosa—figura de las eternas bodas del Cordero—con una solemnidad que compite con la de la consagración de sus sacerdotes, como órganos dispensadores de los más divinos misterios [66]. Así se explica que desde San Dionisio [67] hasta San Pedro Damiano [68] se considerara la profesión religiosa—hoy tan odiada de muchos cristianos de puro nombre—como una suerte de *sacramento*, o como un orden *quasi sacramental.*

Y cuando el fiel cumplimiento de los deberes que esa profesión implica, o la constante práctica de las ordinarias virtudes de la vida cristiana, llevan a la perfecta *unión de conformidad* con la voluntad divina, entonces el amantísimo Esposo de las

---

queña idea de lo que fué para mí el acto de ayer; pues es una feliidad tan grande la que Nuestro Señor me ha concedido!... *¡Se siente tan de veras que Dios acepta el sacrificio, y que en cambio El se da en recompensa!*... Verdaderamente, que estas *locuras* del amor de un Dios no se pueden comprender ni menos explicar».

Y en efecto, el alma pura que así se une con el Verbo divino viene a quedar inefablemente llena de la plenitud de El, cuyas cosas las mira y las *siente* como si ya fueran del todo suyas. Así es como esa misma sierva de Dios escribía poco después: «He pasado la Navidad más feliz de mi vida, por ser el primer año en que he podido instalarme en el portal de Belén como *en mi casa*. Esta unión con Nuestro Señor que dan los votos, no se puede explicar».

«Quien culpe de pesada o dificultosa la obediencia, decía conforme a esto el V. J. TAULERO (*Inst.* c. 13), manifiesta que no ha llegado a gustar qué sea obediencia. Cuanto el sabor divino excede a todo natural sabor, tanto la obediencia es más sabrosa que toda propiedad; porque Dios *paga consigo mismo* todas las cosas que se hacen o dejan de hacer por El».

[66] En la consagración de las vírgenes (*Pontificale Rom.*), les dice el obispo: «Yo te desposo con Jesucristo, Hijo del Eterno Padre... Recibe, pues, este anillo, como sello del Espíritu Santo, para que, permaneciendo fiel a tu celestial Esposo, recibas la eterna corona». Y las vírgenes cantan: «Desposada estoy con Aquel a quien sirven los ángeles... Mi Señor Jesucristo me ha dado su anillo por prenda de su amor, y con su corona me adorna como a esposa».

[67] *De Eccl. Hier.* c. 6.

[68] *Serm.* 69.

almas, viéndolas ya del todo animadas de su Espíritu y, como verdaderas hijas de Dios, dóciles a sus amorosos impulsos, es cuando empieza a descubrirles muy a las claras los misterios de la íntima unión que con El han contraído, y para que mejor los comprendan se digna celebrar, como luego veremos, visiblemente, ante la corte celestial, con una solemnidad que no es propia de la tierra, las simbólicas ceremonias de este *místico desposorio.*

Mas para eso tienen que llegar a un alto grado de pureza, despojándose completamente del hombre viejo para resplandecer ya con la imagen del celestial y divino, y muriendo de veras a sí mismas, a fin de poder vivir sólo para Dios. Mientras no lleguen a ese feliz estado, el Señor las visitará tan sólo como *médico* para curar sus llagas y sanarlas de sus dolencias y flaquezas, o, a lo sumo, como Padre amoroso para consolarlas y animarlas; mas no les prodigará esas inefables comunicaciones, reservadas para las fieles esposas [69]. No espere ningún alma gozar de los consuelos propios del *desposorio*, sin haberse configurado con Aquel que es verdadero *Esposo de sangre* (Ex. 4, 25). Mas la que esté resuelta a no negarle nada, cueste lo que costare, ésa persevere firme y confiada, que sus esperanzas no se le frustrarán.

APÉNDICE

Excelencias de esta unión.—«Es muy digna de consignar, dice Fray Luis de León [71], la maravillosa blandura con que ha tratado Cristo a los hombres; que con ser nuestro *padre*, y con hacerse nuestra *cabeza*, y con regirnos como *pastor*, y curar *nuestra* salud como *médico* y alle-

[69] «Verbum, dice S. Bernardo (*Serm.* 32 *in Cant.*), quasdam visitat animas tamquam medicus afferens unguenta, et remedia salutaria, sc. animas *imperfectas.* Alias visitat tamquam sponsus osculans, et amplectens, idest, suavissime interius astringens, ineffabili unitivi amoris dulcedine et splendore, sc. eas quae perfectiores existunt. *Sentiunt*, enim hae in ipso sponsi amplexu, se totas sancti amoris suavitate deliniri... *Osculis et amplexibus Sponsi sola illa anima fruetur, quae multis vigiliis, et precibus, multo labore et lacrymarum imbre Sponsum quaesierit*: et licet inventus, subito, dum tenere te existimas, elabitur; si rursum lacrymis et precibus occurras, facile comprehendi patitur; nec tamen diu retineri vult, sed subito quasi e manibus evolat: tu tamen fletibus insta, *reditum eius certissime expectans*».

[70] *Nombres de Cristo* l. 2, c. 4.

[71] Cf. también NIEREMBERG, *Amor de Jesús* c. 22.

garse a nosotros y ayuntarnos a sí con otros mil títulos de estrecha amistad; no contento con todos añadió a todos ellos aqueste ñudo y aqueste lazo también, y quiso decirse y ser nuestro ESPOSO. Que para lazo, es el más apretado lazo, y para deleite el más apacible y dulce, y para unidad de vida, el de mayor familiaridad, y para conformidad de voluntades el más uno, y para amor el más ardiente y más encendido de todos. Y no sólo en las palabras, mas en el hecho es ansí nuestro *Esposo*; que toda estrechez de amor y de conversación y unidad de cuerpos, que en el suelo hay entre dos, marido y mujer, comparada con aquella con que se enlaza con nuestra alma este Esposo, es frialdad y tibieza pura. Porque en el otro ayuntamiento no se comunica el Espíritu, mas en éste su mismo Espíritu de Cristo se da y se traspasa a los justos... Allí no recibe vida el un cuerpo del otro; aquí vive y vivirá nuestra carne por medio del ayuntamiento de la carne de Cristo... Ayuntando su cuerpo a los nuestros, los hace de las condiciones del suyo, hasta venir a ser con él casi un cuerpo mismo .. Lanza en nosotros su virtud obradora, y dejándonos llevar della nosotros sin le hacer resistencia, obra él, y obramos con él y por él lo que es debido al ser suyo que en nuestra alma está puesto, y a las condiciones hidalgas y al nascimiento noble que nos ha dado; y hechos ansí otro él, o por mejor decir, envestidos en él, nasce dél y de nosotros una obra misma, y ésa cual conviene que sea la obra de Cristo... Esta misma carne y cuerpo suyo que tomó de nosotros, lo ayunta con el cuerpo de su Iglesia, y con todos los miembros della que debidamente lo reciben en el Sacramento del altar allegando su carne a la carne dellos, y haciéndola, cuanto es posible, con la suya una misma»[72].

¡Unión íntima y profunda!, exclama el P. Froget, que excede indeciblemente a la matrimonial, puesto que la naturaleza no es más que sombra de la gracia. Si los esposos humanos son dos en una carne (Gen. 2, 24), el alma que se une con Dios hácese un mismo espíritu con El (1 Cor. 6, 17). Unión llena de dulzura y suavidad, donde todo es grande, elevado y duradero; todo lleno de gloria, de pureza, de ternura y de tan inefables delicias, que ni la lengua puede expresarlas ni el mismo corazón contenerlas.—Unión fecunda, de donde nacen los santos pensamientos, los generosos afectos, las valientes empresas y todo ese conjunto de obras perfectísimas, comprendidas en las bienaventuranzas y los frutos del Espíritu Santo.—Comenzada en la tierra esta unión bendita, será consumada en la gloria.—Ya desde ahora el alma justa está desposada con Jesucristo (2 Cor. 11, 2), que le da por arras su mismo Espíritu; el cual la reviste de gracia y de gloria, haciéndola resplandecer con la luz y hermosura divinas y brillar con el oro de la caridad y las piedras preciosas de las virtudes y los dones. «Sólo falta que el Esposo divino conceda a su esposa el inefable dote de la visión, comprensión y fruición, con que será consumada su felicidad... Entonces habrá terminado el penoso trabajo de la transforma-

[72] P. 297-8.

ción sobrenatural que constituye la trama de la vida cristiana en este mundo, siendo ya perfecta la asimilación con Dios. Deificada en su esencia por la gracia, en su inteligencia por la luz de la gloria, en su voluntad por la caridad consumada, entonces el alma contemplará sin velos y poseerá con pleno gozo a quien es la suprema Verdad y el soberano Bien».

§ IV.—Relaciones con el Espíritu Santo.—Propiedades, misiones, nombres y símbolos de este divino Huésped, Consolador y Vivificador, Renovador y Santificador de las almas.—Resumen: la vida divina dimanando del Padre y comunicándosenos por el Hijo en el Espíritu Santo.

Por lo dicho se comprenderá ya de algún modo cuán numerosas son las inefables relaciones que el alma justa tiene con el divino Espíritu; cuya obra misteriosa no es posible manifestar con palabra, porque no cabe siquiera en conceptos humanos: sólo puede colegirse o adivinarse en cierta manera por los singulares títulos que El mismo, por boca de sus profetas y santos, continuamente se atribuye.

El es el *Amor* personal, la *Caridad* de Dios, la *Paz* del Señor que debe estar siempre con nosotros, la *Santidad* hipostática y santificante, la *Gracia* increada, la *Unción* divina, el *Sello* de Jesucristo, el *Espíritu* de *adopción* y de *revelación*, *creador*, *renovador*, *regenerador*, *vivificador*, *iluminador*, *consolador*, *director* y *transformador* de las almas; y así es el gran *Don* por excelencia.

Es el *Amor personal*; porque si Dios es *Caridad*—así como es *Sabiduría*—, esa *Caridad* personificada es el Espíritu Santo; lo mismo que la *Sabiduría* personificada es el Hijo de Dios, Verbo eterno de la inteligencia divina. Pero el Hijo no es un verbo como quiera, dice Santo Tomás [73], no es un verbo huero, abstracto y frío, como suele tantas veces serlo el de la razón humana; sino un Verbo que respira Amor: *Est verbum, non qualecumque, sed spirans amorem*. Pues el Padre y el Hijo, conociéndose infinitamente, no pueden menos de amarse con un *Amor* infinito; y «lanzando, escribe San Francisco de Sales [74], con una misma voluntad, con un mismo ímpetu... una respiración, un *espíritu de amor*, producen y expresan un soplo, que es el Espíritu Santo». Así, este soberano Espíritu es la eterna expresión del mutuo amor del Padre y del Hijo, el fruto per-

[73] 1.ª p., q. 43, a. 5 ad 2.

[74] *Serm. pour la Pentec.*

fecto de su perfecta dilección, el estrecho abrazo que eternamente los une, el inefable beso que eternamente se dan.

«Lo comunicó el Salvador a sus discípulos, advierte San Bernardo [75], en forma de un soplo, que era como un ósculo suyo, para que comprendamos que procede del Padre y del Hijo como un verdadero beso común».

Este es, pues, el dulcísimo *beso de su boca* que con tanto ardor el alma enamorada pide al Esposo divino; porque con El se une amorosamente por esta inefable comunicación de su mismo Espíritu, en el cual se compendian todas las maravillas de la caridad de Dios [76].

De ahí la antigua costumbre de la Iglesia de dar a los fieles *la paz del Señor* en forma del simbólico *beso de paz*, que representa la mutua comunicación del Espíritu Santo; el cual nos hará ser consumados en la unidad, a semejanza de las divinas Personas [77].

Como *Espíritu de Amor*, está simbolizado por la *paloma*, emblema del amor fiel, puro, sencillo y fecundo. Y al alma santa la llama el Esposo *paloma mía*, porque la ve llena y radiante del purísimo amor de su Espíritu. Este es aquella «*Dilección* de Dios que, según San Ireneo [78], por el Verbo nos conduce al Padre». Ya que «por el Espíritu Santo subimos al Hijo, y por el Hijo al mismo Padre» [79]. Es aquel «amor fuerte como la muerte, cuyos *ardores*—según dice el texto hebreo (Cant. 8, 6)—son

[75] *In Cant.* serm. 8, n. 2.

[76] «Por cierto, dichosa es el alma, dice Fr. J. de los Angeles (*Triunfos* 2.ª p., c. 14) y mil veces dichosa, en aquel beso de Dios, cuando sin ningún medio la junta a Sí, es transformada y deificada y, muriendo a sí y a todo lo que no es Dios, vive sólo lo que es Dios... Muchos fueron arrebatados a la dulcedumbre del *beso de Dios*, y en este rapto fueron todos *deificados*».

[77] «Ansí como en la Divinidad, dice Fr. Luis de León (l. c. 2, c. 4), el Espíritu Santo, inspirado juntamente de las personas del Padre y del Hijo, es el amor y, como si dijésemos, el ñudo dulce y estrecho de ambas: ansí El mismo, inspirando a la Iglesia, y con todas las partes justas della enlazado, y en ellas morando, las vivifica, y las enciende, y las enamora, y las deleita, y las hace entre sí y con El una cosa misma».

«La caridad, decía el Eterno Padre a Santa Magdalena de Pazzis (4.ª p., c. 9), es como una cadena de oro que me une a las almas y las une a ellas en Mí con una unión semejante a la de las tres Personas divinas. Esta es la gracia que con tanto fervor pedía mi Verbo para ellas en su último discurso sobre la caridad: *Que sean uno, como nosotros lo somos*».

[78] *Haeres.* l. 4, c. 2.

[79] *Ib.* l. 5, c. 36.

ardores de divino fuego, *llamas* de Yahvé». ¡Cuán al vivo lo sienten las almas que están en El abrasadas! [80]

«El *Amor* que es de Dios y que es Dios, dice San Agustín [81], es el mismo Espíritu Santo, por quien está derramada en nuestros corazones la caridad de Dios, que nos hace huéspedes y templos de la Trinidad. He ahí por qué el Espíritu Santo es también justísimamente llamado el *Don de Dios*. Y este Don, ¿cuál es sino esa *Caridad* que conduce a Dios, y sin la cual ningún otro don podría conducirnos a El?»

Así este amoroso Espíritu, que nos hace exclamar: *¡Padre!...*, es aquel *Don* por excelencia en que se cifran todos los dones divinos. Si conociéramos el *Don de Dios*, ¡cómo podríamos menos de apreciarlo sobre todos los tesoros del mundo! *Si scires Donum Dei!...* Si bien lo conociéramos, a buen seguro que con toda el alma desearíamos saciarnos en la fuente de *agua viva* que quita toda sed terrenal y da vida eterna; a buen seguro que pediríamos a Dios muy de veras que nos diese esta misteriosa «agua», y la conseguiríamos. Esta *agua viva* y *vivificante*—de que hablaba el Señor—, no ya a los muy aprovechados, sino a la Samaritana (Io. 4, 10-14), es el Espíritu que nos da vida perdurable. Por eso añadió, dirigiéndose a todo el mundo (ib. 7, 37-39): «Si alguien tiene sed, venga a Mí y beba; y de su seno correrán ríos de agua viva. Y esto lo decía del Espíritu que habían de recibir sus creyentes».

Es *agua viva*, porque sacia, refrigera, lava, purifica, renue-

---

[80] «Por medio de este Espíritu, añade Santa Magdalena de Pazzis (1.ª p., c. 33), transformáis en Vos, Señor, las almas, de suerte que ya no se encuentran, por decirlo así, en sí mismas, puesto que, habiéndolas transformado el amor en Vos, y a Vos en ellas, han venido a ser un mismo Espíritu con Vos. ¡Oh grandeza del Verbo! ¡Oh privilegio de la criatura! ¡Oh gracia inefable del Espíritu Santo! ¡Si esta gracia fuera conocida, excitaría la admiración general y todos querrían unirse así con Vos!»

«¡Oh santo Amor, exclamaba Santa Catalina de Génova (*Dial.* 3, 11), tú nos enciendes en tus llamas hasta cambiarnos—¿quién lo creería?—en Ti! ¡Qué prodigio! ¡Ya no somos más que amor contigo, sin que tengamos que darnos cuenta de esta obra sobrehumana, inefable y del todo divina! Eramos *terrestres* y venimos a ser *celestes*... (1 Cor. 15). Perdemos la naturaleza que teníamos de Adán, y no tenemos otra vida que la de Jesucristo... Somos *espirituales* con este divino Salvador; y como el espíritu es de suyo indivisible, el hombre se encuentra unido de tal suerte a Dios por el amor, que no necesita saber ni dónde está ni adónde va, mientras dure esta peregrinación de aquí abajo. Bástale estar sumergido en los ardores de la caridad que *le impulsa*» (2 Cor. 5).

[81] *De Trin.* l. 15, c. 32.

va y da vida, vigor y lozanía. Como *agua viva* lo considera el Apóstol cuando dice (1 Cor. 12, 13): «Todos hemos *bebido* del mismo Espíritu». Se llama también *Don de Dios, Don del Altísimo,* o simplemente el *Don*—según aquellas palabras de San Pedro (Act. 2, 38): *Recibiréis el Don del Espíritu Santo*—. porque según su mismo carácter personal, dice Santo Tomás, le conviene ser *dado* y ser *Don* por excelencia». «Procede, en efecto, observa San Agustín [82], no como *nacido,* sino como *dado*, y, por lo mismo, no se dice *hijo,* porque su origen no es un *nacimiento,* sino una *donación*». Y por ser la Donación primordial que las comprende todas, con sólo ese nombre solía designarlo la primitiva Iglesia. «En su bondad, escribía San Ireneo [83], Dios nos ha hecho un Don, y este Don, superior a todos los dones, porque los comprende todos, es el Espíritu Santo». Así, como a Don primordial, y como a Espíritu de Amor, se le *atribuyen* los demás dones, las gracias, los carismas, las inspiraciones, los divinos impulsos, las luces, el fervor, la conversión, el perdón, la regeneración, renovación y santificación, y, en suma, la adopción y la inhabitación con todas las obras de amor y bondad en general [84].

Como *Caridad* personal, es la *Santidad hipostática santificante*, y por eso mismo se llama *Espíritu Santo* [85]. Se denomina *Santo*, enseña León XIII [86], porque, siendo el supremo Amor, dirige las almas hacia la santidad verdadera, que consiste pre-

[82] *De Trin.* l. 5, c. 14.

[83] *Haer.* 4, 33.

[84] Cf. TERRIEN, t. 1, p. 408. «Si el Espíritu Santo viene a nosotros, dice el P. Froget (p. 248-9), es para obrar, porque Dios es esencialmente activo. Y así, muy lejos de ser infructuosa la unión del Espíritu santificador con las almas es, por el contrario, sumamente fecunda. Arrancarnos del poderío de las tinieblas y trasladarnos al reino de la luz; crear en nosotros el hombre nuevo y renovar la faz de nuestra alma revistiéndola de justicia y santidad; infundirnos con la gracia una vida infinitamente superior a la natural, hacernos participantes de la naturaleza divina, hijos de Dios y herederos de su reino; ensanchar nuestras potencias, añadiendo nuevas energías a las nativas, colmarnos de sus dones y hacernos capaces de obras de vida eterna; en suma, trabajar eficaz, incesante y amorosamente en la santificación de la creatura: *ad sanctificandam creaturam* (S. AG., *De Trin.* l. 3, c. 4), he ahí el objeto de su misión, la gran obra que se propone y que llevará a feliz término si no resistimos a sus inspiraciones y le prestamos la cooperación que nos exige».

[85] Los más célebres Padres griegos, dice Petau (*De Trin.* l. 8, c. 6, n. 7), consideran «la propiedad *santificante*—o *vivificante*—como tan personal del Espíritu Santo como lo es del Hijo la filiación y del Padre la paternidad».

[86] Enc. *Divinum illud munus.*

cisamente en el amor de Dios». «Porque es *Santo* por esencia, advertía San Basilio [87], es la fuente de toda santidad. Ya se trate de los ángeles, de los arcángeles o de todas las potestades celestes, todo es santificado por el Espíritu, que tiene la santidad por naturaleza y no por gracia: por eso lleva singularmente el nombre de *Santo*».

Y santificándonos, purifica y alumbra los ojos de nuestros corazones para que puedan ver la divina verdad. Así, conforme añade el mismo Doctor [88], «el camino para llegar al conocimiento de Dios va de un solo Espíritu por un solo Hijo a un solo Padre. Y, en orden inverso, la bondad natural y la *esencial santidad* se derivan del Padre por su único Hijo hasta el Espíritu Santo». Por eso San Cirilo Alej. [89] le llama «la virtud santificante que procediendo naturalmente del Padre da la perfección a los imperfectos». Así nos lo representa transformándonos e imprimiendo en nosotros los rasgos del Verbo del Padre y la viva imagen de la divina Esencia [90]. De este modo es vivificador, renovador e iluminador: es *vida de nuestras almas*, como le llaman San Agustín [91] y San Basilio [92], porque, animándolas con la gracia de su misma comunicación, hace las veces de *forma*, o sea de alma superior y verdaderamente divina. pues El es «la misma *Vida* que estaba al principio en el Verbo, y que es Luz de los hombres» (Io. 1, 4) y origen de toda acción sobrenatural. «Nos hacemos participantes del Verbo, dice San Atanasio [93], *en* el Espíritu Santo; *por quien* participamos de la naturaleza divina y somos renovados».

---

[87] *Ep.* 8, n. 10; 159, n. 2.

[88] *De Spiritu Sancto* n. 47.

[89] Cf. *Thes. PP. Gr.* t. 75, p. 597.

[90] «Transformando de algún modo en sí mismo las almas, el Espíritu de Dios les imprime una semejanza divina, y esculpe en ellas la imagen de la substancia suprema» (S. CIRIL. AL., l. 11 *In Ioan.* 17).

Y para mejor configurarnos con quien es nuestra cabeza y modelo, quiere formarnos, como a El, en unión con la Santísima Virgen. Así, el Beato Griñón de Monfort (*Orat.* en *Vraie devot à la S. V.*) exclama: «Acordaos, oh Divino Espíritu, de producir y formar hijos de Dios, en unión con vuestra fiel Esposa María. Con Ella y en Ella habéis formado a Jesucristo, cabeza de los predestinados, y con Ella y en Ella habéis de formar a todos sus miembros. Vos no engendráis ninguna persona divina en la Divinidad; pero formáis, fuera de la Divinidad, a todas las personas divinas; y todos los santos que han sido y serán hasta el fin del mundo, son otras tantas obras de vuestro amor unido a María».

[91] *Serm.* 156, c. 6, n. 6.

[92] *De Spir. Sancto* c. 26.

[93] *Ep.* 1 *ad Serap.* n. 22-24.

El comunica el poder *regenerador* a las aguas del bautismo: y allí *nos crea* en Dios, nos da el *ser* divino de la gracia y nos hace *renacer* para la vida eterna [94].

Para entrar en el reino de Dios, o para que este reino entre en nosotros mismos, tenemos que *renacer del agua y del Espíritu Santo* (Io. 3, 5-6). La liturgia nos lo recuerda muy al vivo el Sábado Santo, diciendo [95]: «Oh Dios omnipotente... enviad vuestro Espíritu de adopción para *recrear* los nuevos pueblos que la fuente del bautismo os engendra. Mirad a vuestra Iglesia, y multiplicad en ella los *renacimientos*... y haced que reciba del Espíritu Santo la gracia de vuestro Hijo único. Que este mismo Espíritu, por una mezcla secreta de su divinidad, *fecunde* estas aguas preparadas para la *regeneración* de los hombres, a fin de que, del seno inmaculado de la fuente divina, salga, como una creatura *renaciente y renovada*, una *estirpe celestial, concebida* en la santidad, y que la *gracia, su madre*, engendre para una nueva infancia a los que se distinguen en la edad y en el sexo... Que la virtud del Espíritu Santo descienda sobre la plenitud de esta fuente y llene de una *virtud regeneradora* toda la substancia de estas aguas, y que todos los que entren en este misterioso sacramento de la regeneración renazcan como niños con la perfección de la inocencia» [96].

---

[94] «El Espíritu Santo es quien nos llama de la *nada* al *ser*... El restablece la imagen de Dios cuando imprime sus rasgos en nuestras almas y las transforma, por decirlo así, en su propia cualidad» (S. CIRIL. AL., l. 2 *In Io.* 3).—«Jesucristo, añade el mismo Santo (l. 4 *Orat.* 2 *in Is.* c. 44), se forma en nosotros en virtud de una forma divina, que el Espíritu Santo nos infunde por la santificación».

De este modo las almas llenas del Espíritu Santo, que, abrasadas en el celo de la gloria de Dios, trabajan por convertir a los pecadores, contribuyen a esa *creación* espiritual, o a esa *formación* de Jesucristo. Por esto decía Sta. María Magdalena de Pazzis (1.ª p., c. 6), que cada alma celosa «*recrea* a Dios en las que le han perdido, porque el retorno de estas almas a Dios es como una nueva creación de Dios en ellas».

[95] *Oratio ad bened. Fontis.*

[96] «*Nada tan instructivo*, dice el P. Terrien (*La grâce* t. 1, p. 24), como las fórmulas y símbolos que desde un principio empleó la Iglesia para explicar el renacimiento espiritual de sus hijos. Al bautismo lo llamaba *regeneración*; los bautizados de cualquier edad que fuesen, eran para ella niños recién nacidos: *infantes, modo geniti infantes* (1 Petr. 2, 2); calificación que vemos aplicada en las inscripciones cristianas a hombres de treinta o cuarenta años. (Cf. MABILLÓN, *De re diplom.* suppl. 5; MARTIGNI, *Antiq. chrét. Baptême,* 3.) En ciertos lugares se les daba de comer después del bautismo miel mezclada con leche, es decir, una comida de niños... Las instrucciones que el obispo les dirigía eran sermones a los *niños*: *Ad infantes*».

Así El es quien fecundiza las aguas bautismales y comunica a la Santa Iglesia el poder regenerador, conforme dice esta preciosa inscripción grabada por orden de Sixto III en el baptisterio de San Juan de Letrán: *Gens sacranda polis hic semine nascitur almo—Quam foecundantis Spiritus edit aquis.—Virgineo foetu genitrix Ecclesia natos—Quos, spirante Deo, concipit amne parit.—... Fons hic est vitae qui totum diluit orbem,—Sumens de Christi vulnere principium...*

Por eso San Ireneo [97] se atrevió a llamarle «semilla viviente y vivificadora del Padre»; porque nos hace renacer de El, y su misma comunicación nos da el ser verdaderos hijos de Dios[98]. Puesto que, según la expresión de San Agustín, *renacemos del mismo Espíritu de que nació Jesucristo*, «siendo para nosotros, como dice San León, la fuente bautismal lo que para El fué el seno virginal» [99].

Y puesto que el Espíritu Santo nos da el *ser divino* que nos hace hijos de Dios—ya que el ser tales consiste en estar animados de El—, es también *Espíritu de adopción* que nos hace llamar a Dios con el nombre de *Padre* (Rom. 8, 14-16; Gal. 4, 6-7) [100]. El es, dice Terrien [101], quien formándonos a imagen del Verbo, nos hace hijos adoptivos del Padre... El quien, uniéndose a nuestras almas, nos hace obrar como hijos de Dios; El quien, con su presencia íntima y sus operaciones, nos da testimonio de que no en vano llevamos ese glorioso título, y su posesión es lo que nos hace conocer que permanecemos en Dios, y que Dios mora con nosotros (1 Io. 4, 13) [102].

[97] *Haer.* 4, 31.

[98] «Considerandum est, dice Santo Tomás (*In Rom.* 8, 14, lect. 3), quomodo illi *qui Spiritu Dei aguntur sint filii Dei.* Et hoc est manifestum ex similitudine filiorum carnalium, qui per semen carnale a patre procedens generantur.—*Semen autem spirituale a Patre procedens est Spiritus Sanctus. Et ideo per hoc semen aliqui homines in filios Dei generantur* (1 Io. 3): *Omnis qui natus est ex Deo peccatum non facit, quia semen Dei manet in eo*».

[99] «Omni homini renascenti aqua baptismatis instar est uteri virginalis, eodem Spiritu replente fontem qui replevit et Virginem». «Factus est (Filius) homo nostri generis, ut nos divinae naturae possimus esse consortes. Originem quam sumpsit in utero Virginis, posuit in fonte baptismatis; dedit aquae quod dedit matri: virtus enim Altissimi et obumbratio Spiritus Sancti quae fuit ut Maria pareret Salvatorem, eadem facit ut regeneret unda credentem» (SAN LEÓN M., *Serm. in Nativ. Dom.* 4 et 5).

[100] «Spiritus Sanctus in tantum dicitur *Spiritus adoptionis*, inquantum *per eum* datur nobis similitudo Filii naturalis» (S. TH., 2-2, q. 45, a. 6 ad 1).

[101] 1, p. 388.

[102] «El ser *santos* e *hijos* de Dios, advierte Santo Tomás (3.ª p.,

Es el *Sello viviente* de Cristo, que, imprimiéndose en nuestras almas, nos hace vivas imágenes de Dios, y es también la mística *Unción* que nos compenetra de la misma divina substancia, y transforma nuestros corazones en otros tantos santuarios de la Divinidad, en templos vivos de Dios, donde El mismo habita como en su propia morada, y donde «*con* El y *por* El, según escribe Terrien [103], vienen a habitar el Padre y el Hijo». ¿Ignoráis, pregunta el Apóstol (1 Cor. 3, 16-17; 6, 19), que sois templos de Dios, y que el divino Espíritu habita en vosotros?... ¿Ignoráis que vuestros miembros son templos del Espíritu Santo?...» Esta *unción* y consagración suaviza, purifica, ilumina y enciende nuestros corazones, los preserva del error, les descubre la verdad (1 Io. 2, 20. 27) y los hace dóciles y hábiles para oírla y practicarla.

A El hay que atribuir necesariamente, añade Terrien [104], todos los dones de la gracia y todo cuanto se refiere a nuestra santificación, y hace que Dios se acerque a nosotros, y nosotros a El, según puede verse considerando su acción en Jesucristo, como cabeza, y en los fieles, como miembros. Es admirable ver con qué minucioso cuidado nos muestra el Evangelio la influencia del divino Espíritu en la misión del Salvador; El lo formó en las inmaculadas entrañas de la Virgen; El lo anunció, como a Rey tanto tiempo esperado, por Isabel, Ana y Simeón (Luc. 1, 35-68; 2, 25, etc.); El descendió visiblemente en el bautismo a dar testimonio oficial ante el Precursor y ante el pueblo (Mt. 3, 16; Io. 1, 29-34); El lo condujo al desierto a que se preparase para la gran obra de su apostolado (Lc. 4, 1); y por El obró sus milagros el Dios hecho hombre, de tal suerte, que el resistir a ellos con obstinación es pecar contra el Espíritu Santo (Mt. 12, 28; Lc. 11, 20). Aún más, si Jesucristo se ofrece por nosotros en hostia sangrienta, es por el Espíritu Santo (Hebr. 9, 14); si continúa en el mundo su obra de redención por el testimonio de los apóstoles, este testimonio lo da el Espíritu Santo (Io. 15, 26); en fin, si deja la Iglesia para que perpetúe su misión hasta la consumación de los siglos, también la funda, la forma, la conserva y la hace perpetuamente fecunda por su Espíritu (Act. 1, 2, etc.). Así, desde el principio hasta el

q. 32, a. 1), se *atribuye* al Espíritu Santo. «Nam *per ipsum* efficiuntur homines filii Dei... Ipse est etiam Spiritus *sanctificationis*, ut dicitur Rom. 1. Sicut ergo alii *per Spiritum Sanctum sanctificantur* spiritualiter *ut sint filii Dei* adoptivi; ita Christus per S. S. est in sanctitate conceptus ut esset Filius Dei naturalis».

[103] 1, p. 408.

[104] *Ib.*

fin, el Espíritu Santo preside en Jesucristo a la realización de su obra de gracia, de amor, de restauración y de salud. Y si de este modo influye en la cabeza, ¿podrá no hacerlo en los miembros?... Aun antes de que Dios haya tomado posesión de un alma, pertenece al Espíritu Santo el prepararle la entrada: a esto se ordenan esas ilustraciones interiores y esas inspiraciones, llamadas gracias prevenientes, con que toca los corazones [105]. Pero no cesan ahí su acción y sus beneficios. De toda esa infinita variedad de gracias que tan liberalmente nos prodiga la divina Bondad, no hay ni una sola que no sea de El (1 Cor. 12; Hebr. 2, 4). Cuando, hechos ya hijos de Dios, somos transformados de claridad en claridad, El es quien obra esta maravilla (2 Cor. 3, 18). Los inefables gemidos con que alcanzamos la misericordia y tocamos el corazón de Dios (Rom. 8, 26), todos los actos saludables que constituyen nuestros méritos (ib. 14); la caridad, el gozo, la paz, la paciencia, la benignidad; toda santidad, toda piedad, toda mansedumbre (Gal. 5, 22-23), son otros tantos efectos y frutos de su presencia en lo íntimo de las almas. Allí está renovando la misma novedad (Tit. 3, 5), activando nuestra vida espiritual, ayudando nuestra flaqueza, consolándonos en nuestras aflicciones, y entristeciéndose por nuestras infidelidades; allí está como principio y prenda de nuestra futura bienaventuranza (Rom. 8, 14-26; Act. 9, 31; Eph. 4, 30; 2 Cor. 7, 22) [106].

Toda la tradición de Oriente y de Occidente está de acuerdo en atribuir al Espíritu Santo de un modo *muy singular* la *inhabitación* divina y en afirmar que *en El* y *por El* es como se unen el Padre y el Hijo a las almas para morar en ellas [107].

---

[105] Conc. Trid. s. 6, c. 5.

[106] «¿Qué cosa más rica ni más para desear, pregunta el V. Granada (*Guía de pecadores* l. 1, c. 5, § 2), que tener dentro de sí tal huésped, tal gobernador, tal guía, tal compañía, tal tutor y ayudador, El cual, como sea todas las cosas, *todo lo obra en las ánimas donde mora*. Porque El primeramente como *fuego* alumbra nuestro entendimiento, inflama nuestra voluntad y nos levanta de la tierra al cielo. El otrosí como *paloma* nos hace sencillos, mansos, tratables y amigos unos de otros... Como *nube* nos defiende de los ardores de la carne.. Como *viento vehementísimo* mueve e inclina nuestra voluntad a todo lo bueno, y apártala y desaficiónala de todo lo malo .. *Todos nuestros bienes y todo nuestro aprovechamiento se deben a este Espíritu divino*: de tal manera que si nos apartamos del mal, por El nos apartamos; y si hacemos bien, por El le hacemos; y si perseveramos en él, por El perseveramos; y si nos dan galardón por este bien, el mesmo es el que lo da».

[107] ¡Oh *Amor* divino de la Deidad suprema, *comunicación* santa del Padre todopoderoso y de su Hijo beatísimo!... Yo creo que a cual-

«*Por el Espíritu Santo,* dice San Atanasio [108], participamos del Verbo y entramos en comunicación con Dios Padre... Y así es manifiesto que la *Unción* y el *Sello* que *está* en nosotros, no es cosa creada, sino de la misma naturaleza del Hijo, puesto que éste nos une al Padre *por el Espíritu Santo,* que en El está». «*Poseyendo* al Espíritu Santo, añade [109], que es el Espíritu de Dios, estamos verdaderamente en Dios, y Dios, por lo mismo, habita en nosotros». «La unión con Dios, afirma San Basilio [110], se hace *por el Espíritu Santo,* pues Dios envió a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo para hacernos exclamar: ABBA—*Padre*—». «*Por el Espíritu Santo,* enseña a su vez San Agustín [111], habita en nosotros toda la Trinidad... Pues este Espíritu que nos ha sido dado *es quien hace* que moremos en Dios y que Dios more en nosotros... El mismo es la *Caridad de Dios,* y quien permanece en caridad, en Dios permanece y Dios en él: *Dilectio igitur quae ex Deo est, et Deus est, proprie Spiritus Sanctus est, per quem diffunditur in cordibus nostris Dei charitas, per quam nos tota inhabitat Trinitas*» [112].

El nos unge, pues, con su misma comunicación, convirtiéndonos en *ungidos* del Señor, en verdaderos *Cristos,* y así nos *sella* invisiblemente con la imagen del Verbo, *impresionando*

---

quiera en quien os dignareis habitar de asiento, juntamente le *hacéis templo* y morada del Padre y del Hijo. ¡Dichoso el que merece hospedaros!, pues *por Vos* en él se aposentarán el Padre y el Hijo. Venid ya, benignísimo *Consolador* de un alma afligida... Venid, *santificador* de los pecadores y *médico* de nuestras dolencias. Venid, *maestro* de los humildes, destruidor de los soberbios... y singular *gloria* de los que viven» (S. AGUSTÍN, *Meditaciones* c. 9).

[108] *Epist. ad Serap.* 1, n. 23-24.

[109] *Or.* 3 *contra Arian.* n. 23.

[110] *De Spiritu Sancto* c. 19.

[111] *De Trin.* l. 15, c. 18.

[112] «Nuestro retorno a Dios lo obra el Salvador *mediante la participación de su Espíritu* y la santificación. Pues el Espíritu es *quien nos une* a Dios; recibirlo es hacernos *participantes de la naturaleza divina.* Y lo recibimos *por el Hijo* y en el Hijo recibimos al Padre» (S. CIRIL. ALEJ., l. 12 *In Ioan.* 17).

«Sois admirable, oh Verbo divino, exclama Santa Magdalena de Pazzis (4.ª p., c. 2), en el Espíritu Santo que enviáis al alma, y *por medio del cual* el alma se une a Dios, concibe a Dios, gusta a Dios y no se regocija ya sino en Dios. Esta efusión del Espíritu Santo es tan necesaria al alma, que sin ella sería como un demonio, se nutriría del pasto del demonio y gustaría lo que él gusta. ¡Oh cuánto abundan estos demonios encarnados, que a tantos peligros exponen a vuestros siervos!... Derramad en todos los corazones esta efusión de vuestro Espíritu; y si es necesario que haya siempre en el mundo malos para ejercicio de los buenos, haced que esos mismos malos sean ejercitados por otros y que la adversidad acabe por reducirlos a Vos».

con ella—como verdadera «luz de vida»—la *placa sensible* de nuestros corazones para irla *revelando* poco a poco con los enérgicos *reactivos* de los padecimientos de Jesucristo, a fin de que, *muriendo* con El, podamos también *resucitar* con El gloriosos, perdiendo la imagen del hombre terreno para llevar la del celestial (Rom. 6, 3-11; 1 Cor. 15, 45-49; 2 Cor. 3, 18; 4, 10-14; Col. 2, 2-12; Eph. 4, 23-24; Phil. 3, 10-11) y resplandecer con su caridad divina.

Así este soberano Espíritu que con su misma substancia vivificante nos *unge* y nos *imprime* el místico *Sello*—para irlo manifestando cada vez más—es preservativo de la corrupción, germen de inmortalidad, prenda y arras de la gloria, y causa de nuestra futura resurrección, según aquella sentencia apostólica (Rom. 8, 11): *Quod si Spiritus eius, qui suscitavit Iesum a mortuis, habitat in vobis: qui suscitavit I. Christum a mortuis, vivificabit et mortalia corpora vestra*, propter inhabitantem *Spiritum eius in vobis*». De este modo, a la vez que *unción* y *sello vivo*, es *prenda* segura, y como principio y germen de la gloriosa inmortalidad, constituyendo las *arras* de la vida y herencia eternas [113], ya que las arras son algo de la substancia misma que se promete y asegura: *Unxit nos Deus*; *qui et signavit nos, et dedit pignus Spiritus in cordibus nostris* (2 Cor. 1, 21-22).

Así, morando en los santos, los constituye en «amigos de Dios y profetas, y permaneciendo el mismo, lo renueva todo» (Sap. 7, 27; cf. 2 Cor. 5, 17). Hace *amigos*, porque es la misma Caridad de Dios, y esta caridad la difunde El en nuestros corazones, de modo que con ella podemos amar a Dios con el mismo amor con que El nos ama, con un amor de verdadera *amistad divina*. Y así es como estamos en Dios y El en nosotros. Y pues la amistad es un amor de benevolencia, de ésta nacen, por una parte, el *perdón*, y por otra, la *adopción*, que por lo mismo se atribuyen al Espíritu Santo, con cuya virtud se perdonan las ofensas hechas a Dios (Io. 20, 23), y por cuya comunicación somos adoptados y *hechos hijos*, como El mismo nos lo testifica. *Accepistis Spiritum adoptionis filiorum, in quo clamamus: Abba, Pater. Ipse enim Spiritus testimonium reddit spiritui nostro, quod sumus filii Dei* (Rom. 8, 15-16). El fiel amigo comunica sus secretos y hace participar de todos sus propios bienes: de ahí que el Espíritu de Amor sea *revelador* de los misterios divinos (1 Cor. 2, 10; Eph. 1, 17-19), prenda de la herencia de

---

[113] «Cuando el Espíritu de Dios entra en un alma, dice San Basilio (*Adv. Eunom.* l. 5), derrama en ella la *vida*, la *inmortalidad* y la *santidad*.»

Dios (Rom. 8, 17; Eph. 1, 14) y dispensador de todas las gracias (1 Cor. 12); por medio de las cuales *renueva* todas las cosas (Ps. 103, 32; Sap. 7, 27). Por eso se nos manda «corroborarnos en la virtud por el Espíritu Santo en el hombre interior» y «renovarnos en el Espíritu de nuestra mente, vistiéndonos del hombre nuevo» (Eph. 3, 16; 4, 23-24), con lo cual quedaremos llenos de energías espirituales con que podamos obrar divinamente, subyugando nuestras pasiones y gozando de la gloriosa libertad de los hijos de Dios (Rom. 8, 21; 2 Cor. 3, 17) [114].

Al renovarnos, hace expeditas aún las lenguas de los niños para que puedan proferir los grandes misterios, o mejor dicho, los profiere El mismo por boca de sus profetas: *Spiritu loquitur mysteria* (1 Cor. 14, 2).—*Non enim vos estis qui loquimini: sed Spiritus Patris vestri, qui loquitur in vobis* (Mt. 10, 20).—*Qui locutus est per prophetas* [115].

Como distribuidor de todos los dones y gracias de Cristo, comunicando a cada uno de los fieles—según la medida de la donación de nuestra Cabeza—la vida, virtud y fortaleza divinas, organiza y desarrolla el Cuerpo místico de la Iglesia, del cual es alma, según la sentencia de San Agustín [116]: *Quod est anima corpori, hoc est Spiritus S. corpori Christi, quod est Ecclesia.* Y siendo verdadera alma de este portentoso organismo, y vida superior y divina de cada uno de los miembros que no están en pecado, en El está puesta toda la virtud de las funciones vitales, comunes y privadas, de todo el conjunto y de cada uno de los órganos; y así El es quien produce toda la maravillosa obra

[114] Cuando ha llegado uno a dominar sus pasiones, observa el padre Grou (*Manuel des âmes inter.* p. 36), «se ve ya independiente en realidad de todo lo que no es Dios, y deliciosamente goza de la libertad de sus hijos. Tiene lástima de los miserables esclavos del mundo, y se congratula de estar libre de sus cadenas. Tranquilo en la playa, los ve arrastrados de las olas de este mar de iniquidades, agitados de mil vientos contrarios, y siempre a pique de perecer en la tempestad. Goza de una profunda calma, es dueño de sus deseos y de sus acciones, pues hace lo que quiere hacer. Ninguna ambición, codicia ni sensualidad le seduce; ningún respeto humano le detiene; y ni los juicios de los hombres, ni sus críticas, burlas y desprecios son capaces de separarle un punto de la vía recta. Las adversidades, los sufrimientos, las humillaciones y todas las cruces, sean las que fueren, no tienen ya nada por qué ser espantosas ni temibles. En suma, está uno elevado por encima del mundo, de sus errores y atractivos. ¿Qué cosa es ser libres, si esto no lo es? Aún más, es uno libre con respecto a sí mismo; porque, no dejándose llevar de la imaginación ni de la inconstancia, está firme en sus maduras resoluciones».

[115] Cf. SANTO TOMÁS, *Contra Gent.* l. 4, c. 21.

[116] *Serm.* 266 *in Pent.* c. 4.

de nuestra justificación, santificación y deificación, desde el principio hasta el fin [117]. El nos dispone con santas inspiraciones para recibir la vida de la gracia, y El la introduce, la conserva, la desarrolla y la va manifestando por grados, a medida que *nos transforma de claridad en claridad* (2 Cor. 3, 18).

Considerando ahora el adorable misterio de la Trinidad Beatísima, veremos que el origen primordial de la vida está en el Eterno Padre: *ex quo omnis paternitas*, y *ex quo omnia*—en quien está la fuente de la vida—*Quoniam apud Te est fons vitae*—. De El pasa por el Hijo—*per quem omnia*—en quien está la misma vida: *In Ipso vita erat*; y va toda al Espíritu Santo —*in quo omnia*—; el cual la derrama en nuestras almas, haciéndolas participantes de la naturaleza divina, y difundiendo en nuestros corazones la misma caridad de Dios [118].

Y así es como entramos en comunicación con la vida íntima de toda la Trinidad y en relación con cada una de las tres adorables Personas.

Mas esa vida divina que el Espíritu de Amor nos inocula e infunde, tiene como un depósito animado—un organismo humano divino—con órganos y canales para distribuirla biológicamente, desempeñando las debidas *funciones*, y ese depósito y organismo es Jesucristo con su Iglesia, y los canales vivificadores son los sacramentos.

El Espíritu Santo empieza su misión santificadora en la Encarnación de Nuestro Señor, en la formación de su sagrado cuerpo, la unión con el alma y la infusión de las gracias *capitales o fontales*, pues sabido es que este misterio fué realizado en el seno de la Virgen por obra del Espíritu Santo. Pero además de la formación del *cuerpo natural* de Cristo, formó, a imagen de El, su *cuerpo místico* que es la Santa Iglesia, de la cual es

[117] «¡Qué efectos más admirables, Señor, exclama Santa María Magdalena de Pazzis (1.ª p., c. 28), no produce en el mundo vuestro divino Espíritu, reformándolo y dándole nueva vida! El os ensalzó... penetrando en los corazones de vuestros escogidos. Pues, uniéndose a ellos, les hace realizar vuestras operaciones de modo que seáis en ellos ensalzado cuanto podéis serlo, puesto que en ellos venís a ser otro Vos mismo, gracias a la íntima unión que con este divino Espíritu tienen. Sois particularmente ensalzado en todos vuestros sacerdotes que poseen este Espíritu; puesto que ellos vienen a ser como otros tantos Verbos y Dioses en Vos (Ps. 81, 6). Si no hay más que un solo Dios por esencia, hay millares por comunicación, participación y unión».

[118] «El Padre, dice San Atanasio (*Epist. ad Serap.* 1, n. 19), es la *fuente*, el Hijo es el *río*, y el Espíritu Santo es a *quien bebemos*. Pero bebiendo al Espíritu, bebemos a Cristo». Cf. S. AGUSTÍN, *Meditaciones* c. 31.

como alma, ejerciendo todas las funciones vitales que son menester para reproducir en los diversos miembros que la integran toda la serie de los misterios de la vida, pasión, muerte y resurrección del mismo Salvador, a fin de que, «donde El esté, estén también sus siervos»[119].

El cuerpo natural, habiendo alcanzado toda su plenitud y consumado su obra propia, subió ya glorioso a los cielos: el *místico* se halla aún—y proseguirá mientras dure el mundo—en vías de desarrollo, debiendo *crecer en todo* según Jesucristo, por la virtud de su Espíritu de Amor (Eph. 4, 7-24).

Así ambos a dos, el Verbo divino y su Espíritu, influyen *inmediata* y *directamente*, pero cada cual *a su modo*, o sea, respectivamente, como cabeza y alma, en este progresivo desarrollo del conjunto y en la incorporación, vivificación, purificación, iluminación, santificación y deificación de cada uno de los miembros y órganos vivos de la Santa Iglesia Católica.

APÉNDICE

La maravillosa obra del Espíritu Santo.—En un manuscrito, que acertamos a ver cuando ya estaban para publicarse estas páginas—y que fué compuesto por una persona sin letras, pero muy experimentada en las cosas de Dios (V.)—hallamos estas hermosas consideracio-

[119] «Generatio enim Christi origo est populi christiani... Omnes Ecclesiae filii temporum sint successione distincti, universa tamen summa fidelium, fonte orta baptismatis, sicut in Christo in passione crucifixi, in resurrectione resuscitati, in ascensione ad dexteram Patris collocati, ita cum ipso sunt in nativitate congeniti... Quisquis enim... regeneratus in Christo, intercisо originalis tramite vetustatis, transit in novum hominem renascendo: nec iam in propagine carnalis patris, sed in germine Salvatoris; qui ideo Filius hominis est factus, ut nos filii Dei esse possimus» (S. León M., *Serm. in Nativ. Dom.* 6).

[120] «Tenemos ¡ay! que sufrir la burla con que Renán—renovando una frase de Feurbach—se compadece de esa Persona divina tan olvidada de sus adoradores... Si nos acordáramos más del Espíritu Santo, nos veríamos bien pronto recompensados con tales progresos espirituales, que ni siquiera de ellos tenemos idea.—Quien no cierra los ojos a la luz, comprende que todo el poder de la Iglesia, su corazón, su sangre, su calor vital y todas las manifestaciones de su vida, no son otra cosa que el Espíritu Santo obrando en ella. El es quien vive y obra en los sacramentos, en cuanto son canales de vida, instrumentos de la gracia y medios de salvación y santificación» (Weiss, *Apol.* 9; cf. 3, apénd. 1).—«La vida espiritual, añade este eminente apologista (ib. ap. 2), no podrá reflorecer sin que el Espíritu Santo sea mejor conocido y más amado».

nes que, piadosamente interpretadas, pueden aclarar algunos puntos aquí indicados; y así creemos podrán ser útiles a nuestros lectores:

«Voy a hablar, dice, de lo mucho que debemos al Espíritu Santo, la tercera Persona de la Santísima Trinidad, la menos amada, la menos conocida.., siendo así que de poco nos hubiera valido que el Padre nos criara y conservara la vida, y que el divino Verbo nos redimiera y sacara de la esclavitud, nos alcanzara el perdón de nuestros pecados, nos abriera las puertas eternales... y nos quisiera levantar a la dignidad de hijos de Dios, si el Espíritu Santo no hubiera venido y siguiera viniendo hasta la consumación del mundo, a *vivificarnos* y *santificarnos* con su gracia y sus dones [121]. Esta gran obra, mayor en su principio que todas las de la creación entera..., fué iniciada por el Padre y continuada por el Hijo, que en bien de ella empleó todos los instantes de su vida desde el mismo de su Encarnación..., todas las fatigas, sudores y desvelos de su vida pública, todos los desprecios, afrentas, calumnias, dolores y agonías de su pasión, y la misma muerte que tuvo que sufrir..., en el mayor desamparo de su único Padre. Sufrimiento que no podemos entender las criaturas y que ni aun las inteligencias más privilegiadas se lo pueden figurar; sobrepuja a todos los demás sufrimientos, como los profundos mares a los arroyuelos que cubren las praderas. Las almas que llegan a la más íntima unión con Dios..., son las únicas que tienen idea cierta..., de tan terrible sufrimiento... Pues con todo esto que Jesucristo sufrió por nuestro bien, no lo hubiera logrado si el divino Espíritu no viniese a enseñarnos con su luz, a alentarnos con su gracia, a comunicarnos sus dones; con los cuales nos santifica y nos pone como el Sello de predestinación, que habíamos desmerecido por la culpa... y nos es nuevamente dado..., mediante los méritos de nuestro Redentor adorable.

»Todas las obras divinas son hechas en unión por las tres Personas de la Trinidad augusta: por el Padre son empezadas, por el Verbo continuadas y por el Espíritu Santo concluídas y rematadas... Por eso decía Jesús a sus discípulos: *Conviene que yo me vaya*.. Bien sabía que—a pesar de todos los trabajos que se había impuesto por enseñar a los hombres..., y de todos los medios de que se valía para hacerles entender la verdad y amarla—no lograría ver el fruto mientras no descendiera sobre nosotros este divino Espíritu. Por eso deseaba ir a su Padre, para que viniera el Espíritu Santo y conquistara para Sí aquellos hombres de inteligencia tan obscurecida y de corazón tan materializado... Así sucedió; porque, aunque le vieron por su propia virtud resucitado y subir a los cielos, no salieron de su ignorancia y ofuscación, hasta que vino sobre ellos este Consolador prometido. ¿Y cómo podría no ser así, si es el Espíritu que de los dos procede, si es como la esencia de la misma Esencia divina [122], si es—dígolo

[121] En efecto, es la *Caridad de Dios, y Dios es Caridad.*

[122] «Movido de misericordia envió Dios a este mundo a su Hijo para *redimir* a sus siervos; y envió también al Espíritu Santo para

así para darme a entender—como las arcas donde están encerrados todos los tesoros de Dios? Y por ser como el dueño de las riquezas que en sí encierra la divina Esencia, por eso Jesucristo ansiaba tanto el ir a asentarse a la diestra de su Padre, para que este divino Espíritu, que de los dos procede, descendiera cuanto antes a concluir y rematar la obra..., por El continuada, mas no por El *concluída;* porque esto se lo reservaba para Sí, como cosa *propia* que le pertenece, este divino Espíritu.

»Triste, y muy triste, es ver una grandiosa obra empezada y continuada con grandes fatigas, trabajos y desvelos, y no poder disfrutarla por no estar concluída. Pues ésta era la causa por qué decía el divino Redentor que tenía gana de ser bañado en el *bautismo de sangre,* para subir a aquel madero santo de la cruz, y allí conquistarnos, no el cielo, que nos había sido dado ya tan anticipadamente al redimirnos, sino otra cosa mayor que el mismo cielo. Para redimirnos bastaba una sola lágrima derramada en favor del hombre, un solo suspiro de aquel Corazón amante. Pues si basta esto, ¿cómo subió a la cruz a sufrir tantos tormentos, si nosotros en esto no le habíamos de imitar? Y si subió y se vió crucificado, ¿por qué dilató su vida tres horas, en cada una de las cuales sufrió más que en los treinta y tres años que llevaba sobre la tierra?... ¡Oh Bondad suma, Sabiduría inmensa!... Subió a la cruz para lograr en ella el levantarnos de nuestra caída con inmensas ventajas... Permaneció allí tres horas hasta conseguir de su Eterno Padre el que no fuéramos ya mirados los descendientes de Adán como criaturas, obras de sus manos; sino que nos adoptara por hijos, y como hijos de adopción fuéramos mirados y tratados. Lo consiguió sin dilación alguna. Mas aquel Corazón amante, sediento de nuestro bien, como estaba ya en las agonías, próximo a expirar: *Sed tengo, exclamó...* Bien sabía la bendita Madre que no era la sed corporal la que su Hijo quería apagar, sino aquella sed divina de hacer bien al hombre, levantándole a la mayor dignidad a que puede llegar la criatura..., bien sabía, por comunicación del Verbo, lo que su Hijo trataba y pedía. Y de pie, los ojos puestos en El, juntas las manos, llena de fortaleza, se une a su Hijo bendito para rogar con El por los hombres y alcanzar con El lo que El deseaba. ¿Y qué podía conseguirnos que fuese más que el ser *hijos de Dios* por adopción? Sí, más deseaba aquel apasionado amor que a los hombres tenía: deseaba que fuéramos *dioses* por gracia, ya que no lo podíamos ser por naturaleza; y deseaba ardientemente que de esta gracia pudiéramos disfrutar ya en la presente vida; que para esto nos fuera dado el que ya en vida mortal pudiéramos tener vínculos de unión con la divina Esencia; y que nos fueran gratutita-

---

adoptarlos por hijos; al Hijo le dió en *precio* de nuestro rescate, al Espíritu Santo en *prenda* de su amor, y, finalmente, a Sí propio se ha de dar en *herencia* de los hombres que adoptó por hijos... Para que los hombres naciesen de Dios, y se hiciesen hijos suyos por gracia, nació antes Dios de los hombres, tomando su misma naturaleza» (SAN AGUSTÍN, *Manual* c. 26).

mente comunicados los dones del Espíritu de Dios. Y como nosotros no teníamos nada que mereciera tales gracias—antes al contrario, teníamos muchas causas, y las estábamos en aquella actualidad haciendo, para ser de Dios aborrecidos—Cristo Jesús entonces, deshecho en amor hacia toda la raza humana, de lo íntimo de su alma bendita exclamó: *¡Padre mío, perdónalos, que no saben lo que hacen!* Y olvidado de sí en tan terribles sufrimientos, pide e insta a su Eterno Padre le conceda lo que le pide. Mas como este que sufre era el Verbo hnmanado, veía y tenía delante de sí la justicia de Dios, que justamente se oponía a que fuera esta gracia concedida a todos los hombres, por el desprecio que de ello habían de hacer, y la mofa con que lo habían de mirar. Entonces Cristo Jesús tendió su mirada amante sobre el *corto número* de los escogidos; y encerrándolos todos en sí aquella alma hambrienta de salvar a todos los hombres, los presenta a su Padre y dice: «Sean congregados en mí cuantos aquí os presento; ellos formen desde ahora un solo cuerpo, siendo yo su *cabeza*, y el *alma* que lo vivifique y anime sea nuestro Espíritu. Y a cuantos con buena voluntad a este cuerpo místico se agreguen, séales dado *vivir nuestra vida* en el tiempo y en la eternidad. Mas para todos los hombres, séales concedido lo que entrañablemente os suplico: ¡Padre mío! antepóngase el atributo de misericordia, que reside en mí, al de justicia que reside en ti; y así, mientras les dure la vida mortal obre siempre en su favor mi atributo, y después de su muerte obre el tuyo». Cuanto deseaba le fué concedido...

»Y allí, en el madero santo de la cruz, antes de que Cristo expirase, quedó establecida su Iglesia santa; y quedó desde entonces este divino Espíritu (en) que El había de ser el *alma* y *vida* de esta Iglesia, y que le daría sus dones para que con ellos dieran los fieles frutos con que la hermoseasen; y les daría *su misma caridad* para que con ella se ligasen en la unión más íntima y perfecta las almas por El congregadas; y las haría participantes de sus riquezas sin tasa ni medida. Conseguido todo esto, ensanchándose por la fuerza del amor aquel pecho moribundo, exclamó: *Todo está consumado. ¡Padre mío!, en tus manos encomiendo mi espíritu*. Dilató con milagro su vida hasta conseguir para el hombre lo que tanto deseaba: que no fué sólo el redimirnos—que esto un solo suspiro del Dios humanado bastaba para conseguirlo—: lo que pretendía, y era como lo substancial de su deseo, era hacernos *dioses* por gracia, consiguiendo del Padre celestial que nos enviara acá a la tierra aquel divino Espíritu.

»Habiendo ya continuado y concluído la parte que al Dios hecho hombre por amor al hombre le tocaba hacer, subió a sentarse a la diestra de su Padre. Resta al Espíritu Santo del todo concluírla y rematarla. Sin El, este cuerpo místico de la Iglesia, cuya Cabeza es nuestro divino Redentor, no podía tener vida en sí; por ser el Espíritu de Dios el *alma y vida de este cuerpo*. Tampoco podemos los miembros ir a Jesucristo y unirnos con El, aunque es nuestra Cabeza, sin el Espíritn Santo... Decía Jesucristo que no podíamos ir a su Padre si no era por El; y a El no podemos ir sin la ayuda del

Espíritu Santo. ¡Tan destronada quedó la raza humana por el pecado del primer hombre! ¡Tan débil y sin fuerzas!... ¡Tan obscurecida su inteligencia! ¡Tan muerta esta hermosa vida del alma!... ¡Tan imposibilitados quedamos para el bien, que fué completa y mortal nuestra ruina! Por Cristo Jesús se nos perdonó la culpa; fuimos ya nuevamente por El herederos de la gloria; pero la debilidad en que quedamos cuando fueron despojados de la gracia nuestros primeros padres..., y el poderío y el dominio en que quedaron nuestras pasiones, antes sujetas a la razón..., ¡ah!, son los despojos de Satanás, cuando nos arrancó la gracia. Como ésta no nos fué quitada forzosamente..., por eso no nos ha sido dado de nuevo aquel primer estado de inocencia... Pero ¿no nos será dado el recobrarlo por algún medio? ¡Oh, santo y divino Espíritu! Tú nos has sido dado..., para este fin; y no sólo para recobrar ese estado..., sino uno más glorioso para nuestro Padre celestial y más provechoso para nosotros. Mediante tu gracia y tus dones, que Tú, divino Espíritu, *no niegas a ningún hijo de Adán* siempre que con entera voluntad te lo pidamos y estemos dispuestos para recibirlos—mediante esta gracia y estos dones y el que estemos unidos a este Cuerpo místico, cuya Cabeza es Cristo—*condición sumamente necesaria* para este estado conseguir — nos das el que podamos real y verdaderamente *aspirar* y *conseguir* el celebrar nuestro desposorio y nuestras bodas formales con el Rey de la eterna gloria, el Hijo único de Dios vivo..., que es consubstancial al Padre..., y ante quien los poderes todos de la tierra y del cielo son como si no fueran. Si no es el ser dioses por naturaleza, no podemos aspirar ni a cosa más grande, ni a más gloriosa, ni a más perfecta; y todo esto, el conseguirlo, y el poseerlo y después de poseerlo no perderlo, está en nosotros. El que quiera esto conseguir, no tiene más que pedir de corazón y constantemente al Espíritu Santo que venga a ser su Maestro; y sin duda alguna lo consigue, porque este divino Espíritu está como hambriento de hacernos bien; y tan pronto como uno de corazón le empieza a llamar, no se hace esperar: al punto es atendido. Y mirad que sus enseñanzas no son para llevarnos paso a paso por los caminos de Dios, sino que se da tales trazas su caridad, que en muy poco de tiempo nos hace correr y como volar por ellos. Y si hay docilidad en nosotros para seguir en todo sus enseñanzas, nos hace emprender la *vía del amor puro, desinteresado,* por donde el más fino de los amantes, Cristo Jesús, queda al instante enamorado y como aprisionado por este amor, y no descansa, ni cesa de poner sus ojos en cada acción que hacen las almas que van por esta vía; y ya sea la acción más pequeña, todo tiene para este fino amante como imán que le atrae, porque como El es todo amor, esto es lo que busca, esto lo que quiere, esto en lo que más se gloría; y donde halla amor no hay para El acción pequeña ni menos meritoria. Porque..., no mira la acción por lo grande que es, ni por el sacrificio que lleva; sino que la medida que El tiene para medir lo grande o lo pequeño, no es lo grande que le damos, sino el amor con que lo hacemos y el amor que allí le damos...

»Estaba diciendo que no podemos nada sin el Espíritu Santo. Heredamos de nuestros primeros padres el estado tristísimo de desolación en que quedaron al perder la inocencia. Nuestra inteligencia, obscurecida y ofuscada, ya no puede ver ni conocer (suficientemente) la verdad: para verla y conocerla, y distinguirla y no confundirla entre el error y la mentira, necesitamos la luz del Espíritu Santo, con la cual recobra, y con ventajas, nuestra inteligencia aquel conocimiento perfecto que ellos tenían antes de la caída. Con este estado de desolación heredamos también la gran ruina de nuestra voluntad, quedando tan débiles en ella, que no podemos por nosotros mismos ir a Dios si no somos llevados por este divino Espíritu; tan propensos a mal obrar, que, si no somos por El enseñados, no sabemos ni podemos por nosotros mismos hacer cosa agradable a Dios. Somos como niños que no atinamos a llamar a nuestro Padre celestial, ni a pedirle el perdón de nuestros pecados ni cuanto necesitamos pedirle, sin que el divino Consolador venga en nuestra ayuda. Si no fuera por El, ¡qué desacierto en nuestras peticiones! Siempre iríamos a la presencia de Dios como un tierno niño que aun no sabe balbucear; el cual, por no saber pedir ni buscar lo que necesita, ¡cuántas necesidades no sufre!... Mas si este niño, tan inútil para todo, está puesto al cuidado y solicitud de su cariñosa madre, ¡cómo le enseña ella a balbucear para que pronto aprenda a pedir lo que necesita! Y le coge en sus brazos, y lo trae a andar innumerables veces; y luego..., ¡con qué solicitud vela para que él siempre ande en su presencia!, porque sin ella en todas partes corre riesgo. Y cuando llorando se hace sentir (que a quien no sea su madre tanta molestia causa), ¡cómo recibe su llanto como una señal de hambre y sed, que ella con mil caricias refrigera! Y cada vez lo hace con más gusto y solicitud, sin jamás darse por vencida. Y cuando él sea mayor, ¡con qué amor le aconseja, le habla al corazón y le dice lo que ha de buscar y querer que le sea más provechoso! .. Pues esta *madre* tan necesaria en la vida natural, no lo es menos en la espiritual. Y esto hace y desempeña, sobrepujando a todas las madres más solícitas del bien de sus hijos, y lo hace con todos los miembros del cuerpo místico de la Iglesia, el Espíritu Santo. Mas para ello es de todo punto necesaria la docilidad de parte del alma, como lo es en la vida natural la de los hijos, para que sus padres reciban los consoladores frutos del trabajo que en ellos pusieron».

CAPITULO III

Las participaciones de la actividad divina

§ I.—La operación de la gracia.—Necesidad de energías infusas que transformen las naturales. Dos suertes de principios operativos y de energías correspondientes; la razón reguladora y las virtudes subordinadas; el Espíritu Santo y sus dones.—Psicología maravillosa.

No se limita la divina caridad a deificar nuestra naturaleza, sino que extiende esta deificación a todas nuestras facultades, para que nuestro mismo obrar sea divino, y así procedamos, o podamos proceder en todo, como dignos hijos de la luz, hermanos y fieles imitadores de Cristo, Sol de justicia, produciendo copiosos frutos de vida eterna y resplandeciendo de modo que por nuestras obras sea glorificado el Padre celestial (Mt. 5, 16; Eph. 5, 8; Col. 1, 10).

Si la vida de la gracia se nos comunicara en toda su plenitud definitiva, o, por el contrario, simplemente como prenda de la gloria, nos bastaría *conservarla* en el mismo estado, para ser acreedores a la herencia paterna. Esto es lo que pasa en los cristianos que mueren antes del uso de la razón, o bien en el momento de quedar justificados, sin haber podido hacer que fructificase la gracia recibida. Pero una vez que ésta se nos da como en germen, para que se desarrolle de modo que no sólo tengamos vida, sino una vida cada vez más próspera y abundante (Io. 10, 10), si por nuestra culpa no se desarrolla, nos hacemos indignos de ella, y quedaremos despojados del talento divino que habíamos tenido sepultado y ocioso, debiendo esforzarnos por hacerlo fructificar para Dios (Mt. 25, 24-30; Rom. 7, 4). Mientras vive el hombre, debe ejecutar acciones correspondientes a su naturaleza y ordenadas a su último fin, y la gracia es

como una segunda naturaleza, principio radical de otro orden superior de acciones, cuyo último fin es la vida eterna [1].

De ahí la obligación ineludible en que estamos de «obrar para con todos el bien—y el bien sobrenatural—mientras tenemos tiempo» (Gal. 6, 10); de «labrar con temor y temblor nuestra salud» (Phil. 2, 12), sabiendo que podemos perderla por desidia, y de «asegurar, mediante las buenas obras, nuestra vocación y elección, para preservarnos del pecado y merecer entrar en el reino del Salvador (2 Petr. 1, 10-11). Debemos, pues, «abundar siempre en la obra de Nuestro Señor, sabiendo que nuestro trabajo no es vano en su presencia» (1 Cor. 15, 58), ya que *cada uno ha de recibir un premio proporcional a su trabajo* (Ib. 3, 8).

«La vida eterna, enseña el Concilio Tridentino [2], se nos propone a la vez como una gracia misericordiosamente prometida a los hijos de Dios por Jesucristo, y como recompensa y premio de nuestros méritos y buenas obras. Esta es la corona de justicia que el justo Juez tiene reservada para cuantos hubiesen legítimamente combatido». Así, conforme decía San Agustín [3], *el que te creó a ti sin ti, no te justificará sin ti.*

Estamos, pues, obligados a cooperar a nuestra justificación y santificación, porque Dios quiere coronar nuestros méritos coronando su misma gracia, o sea el poder que para hacerlos nos comunica. Si hemos recibido el divino ser de hijos suyos, lo recibimos como un preciosísimo germen de vida para desarrollarlo y no dejarlo perecer. Empezamos la vida de la gracia como en estado de «niños recién nacidos, que necesitan desear ansiosamente la leche razonable, a fin de *crecer* para su salud» (1 Petr. 2, 2), hasta llegar a la medida del varón perfecto, y así debemos desarrollarnos y agrandarnos en todo según Jesucristo (Eph. 4, 13-16), de tal suerte que El mismo venga a formarse de nuevo en nosotros (Gal. 4, 19). Si, pues, no tratáramos de crecer, muy luego pereceríamos por contrariar los planes de la divina Providencia.

«Entra, en efecto, en el orden de la providencia de Dios, observa Terrien [4], el que ningún ser reciba desde su primer ins-

---

[1] «La gracia, dice Mgr. Gay (*Vida y virt. cr.* t. 1, p. 65), es ante todo un principio de acción; es vida, y la vida nos es dada para vivir; es fuerza, y la fuerza nos es dada para ejercitarla; es semilla, y la semilla nos es dada para que fructifique...»

[2] Ses. 6, c. 16.

[3] *De Verb. Apost.* serm. 15, c. 11; serm. 170, c. 2.

[4] *O. c.*, t. 1, p. 154.

tante la perfección final que debe alcanzar. En todos es menester que haya crecimiento, con tendencia hacia un estado mejor. Todo está aquí abajo, sometido a esta ley; todo debe subir de lo menos perfecto a lo más, de la bondad comenzada a la consumada; así sucede en las obras de la naturaleza, en las producciones del arte y en las maravillas de la misma gracia... Esta *ley del progreso* rige en cuantas cosas han salido de las manos de Dios».

Mas para progresar en vida divina, debemos ejecutar operaciones y realizar funciones también divinas, y para esto necesitamos a todo trance energías del mismo orden, que al efecto nos son dadas en raíz con esa misma vida. Pues así como en el orden natural poseemos todo un conjunto de potencias o facultades cognoscitivas y afectivas—racionales y sensibles—que se derivan de la esencia del alma como otros tantos principios inmediatos de operación que nos permiten desempeñar todas las funciones de la vida propiamente humana; así también en el orden sobrenatural debemos poseer otro conjunto de potencias correspondientes a la nueva vida de la gracia, por las cuales pueda ésta manifestarse de modo que obremos y procedamos ya como verdaderos hijos de Dios y no como puros hombres [5].

De ahí que con el ser sobrenatural recibamos toda una serie de facultades nuevas, que en cierto modo brotan de la misma gracia, como *propiedades* suyas, las cuales no sólo perfeccionan y ennoblecen las potencias naturales, sino que las elevan, las transfiguran y deifican, dándonos un poder del todo nuevo y unas energías trascendentes que de ningún modo poseíamos, y así nos permiten realizar operaciones superiores a las fuerzas de nuestra pobre naturaleza, y aun a las de cualquier naturaleza posible. Esas potencias y energías son—junto con las *gracias actuales* o influjos transitorios—las *virtudes infusas* y los *dones del Espíritu Santo*, con que *habitualmente* podemos obrar como hombres *deificados*, y aun como órganos animados del mismo Espíritu de Dios [6]. Así estas potencias no son como cier-

[5] «Sicut ab essentia animae effluunt eius potentiae, quae sunt eius operum principia; ita etiam ab ipsa gratia effluunt virtutes in potentias animae, per quas potentiae moventur ad actus» (S. TH., 1-2, q. 110, a. 4 ad 1.

[6] «La naturaleza de los hijos de Dios, observa el P. Terrien (*ib.* p. 156), no es ya puramente humana... Es una naturaleza elevada y transfigurada por la gracia, una *naturaleza deiforme*, cual conviene a un ser *divinizado*... Y el conocimiento de un hijo de Dios debe estar a la altura del ser que tiene por gracia».—Y recíprocamente, «puesto que tenemos, decía S. Cirilo (*Thesaur.* l. 2, c. 2), la misma operación con Dios, preciso es que participemos de su naturaleza».

tas virtualidades propias, pero latentes, que la misma naturaleza posee en germen para irlas desarrollando y manifestando con el tiempo; no, son del todo *nuevas* y tan superiores, que sólo Dios podía comunicárnoslas. Y El es quien nos las comunica y quien las manifiesta en nosotros a medida que nos renueva: *Ecce nova facio omnia* (Apoc. 21, 5). De este modo desempeñan en nosotros *connaturalmente* las funciones y operaciones de la vida de la gracia, y nos ordenan a la felicidad eterna, así como las naturales desempeñan las de la humana y nos ordenan a la felicidad temporal.

Cierto es que bastaría un influjo divino transitorio para estimular y confortar las facultades y virtudes naturales y hacerlas producir un acto de algún modo *sobrenatural*. Pero entonces éste no sería *connatural*, ni menos *vital*, pues no partía en rigor, en cuanto tiene de divino, de un principio íntimo, cual es la vida de la gracia. Y no brotando de ésta, no tendería de suyo a acrecentarla, ni sería *per se* meritorio de *vida eterna*, así como no puede llamarse *nuestro*, ni por lo mismo *meritorio*, un impulso que con violencia se nos impone, sin que nosotros lo *asimilemos*. Por eso necesitamos poseer esas energías como *propias* y *connaturalizadas*, a fin de que sus actos sean verdaderamente nuestros, a la vez que dependientes en todo de la gracia, para que de suyo cedan en *mérito* y aumento de gloria. Así la misma fe y esperanza, si están *muertas*, con ser hábitos infusos y connaturalizados, no son capaces de mérito; pues aunque con un misterioso influjo del Espíritu Santo producen actos que disponen al pecador para recobrar la vida, mientras éstos no sean *vitales*, propios de hijos de Dios, no merecen su gloria [7].

Y como la gracia no destruye la naturaleza, ni se le opone, sino que la perfecciona acomodándose a ella, y así la rectifica y la completa a la par que la eleva y la transfigura; de ahí qne esas energías sobrenaturales, para mostrarse en todo su esplendor, supongan el debido desarrollo de las naturales mismas, a las cuales han de dar un nuevo lustre, y sobre las cuales han de implantar virtualidades y poderes muy superiores para realizar las obras de vida eterna.

---

[7] «Si queremos ser divinamente felices, hagamos obras dignas de Dios (Col. 1, 10), obremos de una manera *divina*. Mas para obrar divinamente no basta, según la elevada doctrina de San Dionisio (*Eccl. Hier.* c. 2), un auxilio transeúnte, es necesario un *nacimiento* divino, una *existencia* divina, un *estado* divino que pueda producir una *operación divina*. Es preciso que participemos de esa virtud por la cual Dios se posee inmediatamente a Sí mismo» (MONSABRÉ, *Conf.* 18, 1875).

Y como ésta se acomoda a la natural, así las potencias, energías y virtudes sobrenaturales guardan cierta analogía con las humanas. En la vida natural, aparte de la facultad *aumentativa*, tenemos potencias *cognoscitivas*, *afectivas* y *operativas*, las cuales se desarrollan y perfeccionan con el recto *ejercicio* y la consiguiente adquisición del *hábito* de las virtudes sintetizadas en las cuatro que se llaman *cardinales*, y además tenemos ciertos *instintos* comunicados por el mismo Autor de la naturaleza para realizar todos aquellos actos indispensables que no podrían ser bien dirigidos por nuestro propio conocimiento. Pues bien, en la vida de la gracia tenemos, en lugar de eso y sobre eso, las tres nobles virtudes *teologales*, que son como las tres grandes *potencias* de esa vida, con que nos dirigimos y ordenamos a Dios, conociéndole en Sí mismo, tendiendo a El, deseándole y amándole con toda el alma, y tenemos las cuatro principalísimas virtudes infusas, correspondientes a las cardinales, que ordenan el proceso de nuestra vida, en relación con los medios y con nuestros prójimos, hacia el fin sobrenatural [8]; y tenemos también una suerte de *instintos* con que Dios mismo nos mueve y dirige hacia la vida eterna en todo aquello que no podría ser bien ordenado por nosotros mismos con la simple luz de la fe y las normas de la prudencia ordinaria; tales son los *dones del Espíritu Santo*, con los cuales se completa la obra de las virtudes, y se hacen plenas las comunicaciones de Dios y las maravillosas efusiones de su amor infinito.

El conocimiento de este mecanismo de la vida sobrenatural nos llenaría de admiración, de asombro y encanto. Pues si tan vivo interés ofrece al fisiólogo el estudio de nuestra vida orgánica y racional, «¿cuál no debería ofrecer al cristiano, dice el P. Froget [9], el conocimiento de los órganos, de las funciones, de los fenómenos y, en suma, de todos los medios empleados por el Espíritu Santo para causar y promover la santificación

[8] «El alma, dice Sauvé (*Le culte du C. de J.*, élév. 25), vive naturalmente de la luz por los ojos, de las vibraciones de la Naturaleza por el oído, de los alimentos por la boca, y de todo por el tacto, etc... Las virtudes y los dones son las facultades del hombre nuevo; por ellas vive del mismo Dios: ahí es donde echa sus raíces... A El, Verdad infinita, percibe nuestra fe; en El, Bondad infinita e infinitamente favorecedora, echa su áncora la esperanza, y a El, Bien eterno, es a quien la caridad abraza y ama por Sí mismo... Mas como el alma en gracia debe de continuar viviendo en la Naturaleza y en la sociedad por medio de sus facultades naturales, tenemos las otras virtudes para regular y deificar nuestras relaciones con los hombres y con las cosas».

[9] P. 360.

de su alma?» Pero más bien se adivina y se presiente, que se dice; porque es tan inefable como admirable, y de ningún modo puede caber en palabras ni aun en conceptos humanos. Y si por exigencias imperiosas de nuestra condición natural, tenemos muchas veces que apelar a ciertos sistemas, no ha de ser para rebajar lo divino hasta plegarlo a ellos, sino sólo para ayudarnos a explicarlo y darlo a conocer *pro nostro modulo, errores eliminando contrarios*, como decía Santo Tomás [10], cuando la fe piadosamente *busca la inteligencia*, a fin de que *nuestro obsequio sea razonable*. Por eso no debemos atenernos demasiado a lo material de nuestras expresiones; esta materialidad servil de la letra que *mata* (2 Cor. 3, 6), es una de las causas que contribuyeron a que sean tan mal apreciados y con tan escaso interés mirados esos encantadores misterios. Sus vitales encantos no pueden traducirse y apreciarse con la debida exactitud a través de los sagrados símbolos en que de un modo vago y como vacilante nos los representa y ofrece la divina Revelación. La cual los propone así, precisamente para que no nos peguemos a materialidades, sino que nos atengamos al espíritu que debajo de ellos palpita, y que se nos va manifestando cada vez más en la experiencia cristiana bajo la interna dirección del divino Paráclito y la exterior de la Santa Madre Iglesia.

Así, pues, atendiendo al *símbolo orgánico*, veremos cómo de ese amorosísimo Espíritu que nos vivifica, se derivan en nuestras almas dos principios inmediatos de operación: uno lo constituyen las verdades infusas, que elevan y transforman las naturales energías, haciéndolas capaces de obras meritorias de vida eterna. Pero con ser sobrenaturales, estas virtudes vienen a quedar tan *connaturalizadas*, que se ejercitan de un *modo humano*, bajo la norma directora de la razón ilustrada por la fe viva, sin que el alma pueda advertir claramente la luz, calor y energías que el Espíritu divino por medio de ellas le infunde, pues oculto allá en lo más hondo de la misma alma, no le descubre su dulce presencia, y la deja en plena libertad de acción en el ejercicio de esas virtudes, como si le fueran cosa propia y natural, y así parece la propia razón ser la que en todo obra, dirige y gobierna.

Mas el otro principio de acción que el Espíritu Santo nos infunde, lo constituyen sus preciosísimos *dones*, que son como una suerte de *instintos divinos* con que nos hace aptos para recibir y secundar sus más altas influencias, dóciles para corres-

[10] *C. Gent.* l. 1, c. 2.

ponder a sus dulces llamamientos y hábiles para seguir y realizar sus amorosos impulsos, en que ya se deja descubrir El de alguna manera; y así con los dones se obra *supra modum humanum,* pues más bien que nosotros, que no hacemos sino seguir su moción, El mismo es quien entonces obra en nosotros y por nosotros comunicándosenos de un modo portentoso y divino [11].

De la presencia y animación del Espíritu Santo y del ejercicio de sus *dones* en unión con las *virtudes*, resultan los doce sabrosos *frutos* que produce en las almas, y que permiten recono-

[11] «Toda energía superior, observa el P. Gardeil (p. 47-51), tiene dos medios de obrar. Puede, desde luego, suscitar ciertos órganos permanentes y fijos que, bajo su dirección, se repartirán las diversas suertes de actividades necesarias para lograr el fin propuesto... Y entonces, dejándolos obrar según la ley que les impuso, parece amoldarse a la condición de cada uno de ellos. Y de este modo el Espíritu Santo, residiendo en el amor, origen de toda nuestra actividad, crea los órganos de su operación, que son las virtudes cardinales, y todas las otras secundarias...; y se contenta con unificarlas y vivificarlas, dejándolas desempeñar sus funciones según la respectiva manera de obrar..., por más que de El reciben el destino y la misma energía con que obran. Todos conocen esta forma de la vida cristiana, que constituye el fondo de la vida del justo, que sin ruido y como connaturalmente produce obras de un orden divino, puesto que originalmente dimanan del Espíritu Santo.—Pero si la fuerza vital de un germen, como sumergida en la materia, se agota con esta primera manifestación, no sucede lo mismo con una fuerza vital independiente y por necesidad trascendente, como es la divina; ésta rebosa sobre toda la actividad de los órganos que tuvo a bien crear para manifestarse... Como Señor absoluto, el Espíritu Santo no está obligado a valerse de subalternos para realizar su voluntad, y así es como puede a veces intervenir directamente en el gobierno de las almas; ya para ayudar a las mismas virtudes en los casos difíciles, ya para producir en nosotros ciertas obras excelentes que superan la medida ordinaria, ya simplemente porque puede y quiere. Y en esas intervenciones es donde sirven como base de operación los dones del Espíritu Santo. Cierto que Dios podría obrar en nosotros sin nuestra cooperación, empleándonos como simples *instrumentos* de su obra».—Y así sucede hasta cierto punto en las gracias *gratis datas* que, en orden a la santificación de los demás, se manifiestan a veces en pecadores.—«Pero como aquí se trata de nuestra santificación personal, no ha querido Dios que permaneciéramos sin cooperación y, por lo mismo, sin mérito, aun mientras influye sobre nosotros directamente, sin transmitir su actividad por los órganos ordinarios; y para esto el germen santificante hace brotar en nuestras almas dichos dones; con los cuales queda como duplicado nuestro organismo sobrenatural, y se *aclimata* en nosotros de alguna manera lo *extraordinario* y *divino*... Los dones no son, pues, las mismas intervenciones del Espíritu Santo, sino las habituales disposiciones depositadas en nuestra alma, que la inclinan a consentir con facilidad a esas inspiraciones».

cerle, y como remate y coronamiento de los frutos maduros, resultan las ocho *bienaventuranzas*, que son cada una de ellas la perfecta y estable posesión de alguna de las principales virtudes evangélicas en unión con los dones y frutos correspondientes, o mejor dicho, son otros tantos aspectos de la felicidad que los hijos de Dios logran gozar en medio de todas sus penas y amarguras; en las cuales se tienen por tanto más venturosos y vivos, cuanto más desdichados y muertos aparentan a los ojos mundanos. Porque a la sombra bendita de la cruz de Cristo, saborean los inmortales frutos del árbol de la vida (Cant. 2, 3)

¿Quién podrá ahora describir las divinas influencias que de continuo sienten y la vital energía y el vigor que reciben bajo el soplo vivificador del Espíritu Santo? «Cosa verdaderamente inefable es, dice Mgr. Gay [12], esta irradiación activa y benéfica de Dios en la criatura en quien habita. *Irradiación* la llamamos, por cuanto tal es, en efecto, la existencia de sus dones, que... emanan originariamente de la substancia misma de Dios, y no sólo se reflejan, sino que, según la expresión de los Santos Padres, se *imprimen y esculpen* en nuestras almas. Tal es el misterio que se realiza en nosotros, en lo más íntimo de nuestro ser..., donde está el reino de Dios... Esta irradiación y operación divina se realiza ante todo en la esencia misma del alma, derramando allí la gracia radical que llamamos *santificante*, la cual, siendo a la vez condición y primer efecto de su presencia sobrenatural, nos autoriza y dispone para recibir todos sus demás beneficios. Por esta gracia redime y libra al alma de la esclavitud del pecado, la reintegra, la renueva, la rejuvenece y purifica, y la franquea a todas las influencias con que la favorece y a todos los impulsos que le comunica. Por esta gracia toma Dios, por decirlo así, las raíces del alma, e injertándola en El mismo, la hace capaz de saturarse de su savia suavísima y de difundirla por todas sus magníficas potencias, por las cuales se dilata como por sus ramas el tronco. Estas potencias naturales, tan numerosas, tan varias y ya de suyo tan maravillosas, adquieren por aquella difusión interna, y cada cual según su orden, oficio y fin propio, una perfección divina, pues todas reciben nuevas cualidades superiores, esencialmente sobrenaturales, que las hacen a la par flexibles y enérgicas, dóciles y fuertes, transparentes y focos de irradiación, dotando al alma de mayor pasividad para recibir la acción de Dios, y de más actividad para servirle y cumplir su querer. Tales son, en pri-

---

[12] *Vida y virt. crist.* tr. 1, 2.

mer lugar, esas virtudes supremas que llamamos teologales..., que son como un primer reflejo o una expansión inmediata de la gracia. Luego vienen las virtudes infusas, intelectuales y morales, y vienen también los dones del Espíritu Santo..., los cuales ponen al alma en condiciones de ejercitar divinamente las virtudes, y se le convierten en fecundos gérmenes de los frutos que Dios quiere recoger en nosotros. Pues aunque sólo el sacramento de la Confirmación comunica la plenitud de estos dones sagrados, el mero estado de gracia implica ya la presencia de ellos en el alma; y, en efecto, no hay justo que de hecho no los posea en mayor o menor grado».

«Hasta los mismos niños bautizados en la aurora de la vida, añade el P. Froget [13], aunque incapaces aún de actos buenos ni malos, reciben, sin embargo, con la gracia todo ese cortejo de virtudes sobrenaturales, como otras tantas semillas que el Espíritu Santo deposita en sus almas, a fin de que, tan luego como despierte el uso de la razón, estén prontas para entrar en ejercicio y fructificar.»

§ II.—Las virtudes sobrenaturales.—Nombres y división; oficio e importancia de las teologales y de las morales.—Necesidad de las naturales y de las infusas; desarrollo y consolidación de éstas y adquisición de aquéllas; su modo de obrar respectivo.

Las virtudes propias de la vida cristiana se llaman *infusas*, por lo mismo que, siendo nosotros del todo incapaces de *adquirirlas* por muchos esfuerzos que hiciéramos, el mismo Dios se digna comunicárnoslas junto con la gracia, a fin de que por ellas podamos realizar obras *divinas*. Y así con la misma gracia crecen y se desarrollan, y también desaparecen, a excepción de la *fe* y la *esperanza*, que perseveran en el pecador como últimas raíces para poder recobrar la vida, y que no se pierden sino por pecados graves del todo opuestos a ellas. Se llaman *cristianas*, por ser propias de los miembros de Jesucristo, y por lo mismo no se muestran en todo su esplendor sino en los cristianos perfectos. Y se llaman también *sobrenaturales*, porque exceden las exigencias y alcances de toda la naturaleza, y son implantadas en nosotros para elevar y transformar las energías naturales, y hacerlas capaces de producir frutos de vida, o sea, obras dignas de gloria perdurable; «al modo que en una

[13] P. 359.

planta silvestre, observa el P. Froget [14], se injerta una especie muy noble, y la savia natural de aquélla, al pasar por el injerto, se purifica hasta el punto de producir frutos que no son ya groseros y amargos como antes, sino exquisitos y dulces». De este modo nuestra pobre naturaleza puede admirarse de llevar unos frutos tan ricos y tan extraños y unas flores tan primorosas que ella misma, sin saber cómo, produce: *Miraturque novas frondes, et non sua poma.* Y sin embargo, con no ser naturales, no dejan de serle cosa *propia,* que de ella misma en alguna manera procede, puesto que la naturaleza forma, en unión con la gracia, un todo perfecto y como un solo principio de acción [15].

Esas virtudes pueden ser *teologales*, que nos ordenan directamente a Dios, y *morales*, que nos ordenan acerca de los medios de alcanzar nuestro último fin, cumpliendo fielmente todos los deberes de nuestra vida. Las primeras son: la *fe*, con la cual, aceptando la divina revelación, conocemos a Dios en Sí mismo, como principio y término de nuestra vida sobrenatural; la *esperanza,* con que tendemos a El como a nuestro último fin, y confiados en sus promesas nos alentamos a alcanzarlo, y la *caridad,* con que sobre todas las cosas le amamos y deseamos como a Padre amoroso, en quien está todo nuestro bien. Así estas virtudes tienen por objeto, según queda dicho, unirnos con Dios y poseerlo, realizando, en cuanto es posible en esta vida, las operaciones características de la eterna. La caridad sigue siendo la misma. La fe es cierto que nos lo representa aún como remoto o velado, y sólo nos deja verlo enigmáticamente, como a través de símbolos y representaciones o analogías humanas, pero se completa con los dones de *ciencia, entendimiento* y *sabiduría,* con los cuales se alcanza, se toca y se saborea la misma Realidad divina. La esperanza, como tendencia a cosa aún lejana, desaparece al llegar al término, y se trueca en pleno goce y *posesión*, como la fe en *visión facial*; pero entre tanto nos sirve de áncora firme, echada a lo interior del cielo, para que las tempestades de esta vida no puedan apartarnos de Dios: *Spem*, dice el Apóstol (Hebr. 6, 19), *sicut anchoram habemus animae tutam ac firmam, et incedentem usque ad interiora velaminis.*

Las *morales* se reducen todas a las cuatro llamadas *cardina-*

---

[14] P. 363.

[15] «El principio completo de la operación, dice el P. Terrien (1, p. 292), no es la gracia sola ni la naturaleza sola, sino la naturaleza transformada y vivificada por la gracia; en una palabra: la naturaleza racional divinizada». *Non ego sed gratia Dei mecum* (1 Cor. 15, 10).

les, por lo mismo que sobre ellas giran y en ellas se compendian todas las demás. «Las virtudes que deben dirigir nuestra vida, dice San Agustín [16], son cuatro... La primera se llama *prudencia*, y nos hace discernir el bien del mal. La segunda, *justicia*, por la cual damos a cada uno lo que le pertenece. La tercera, *templanza*, con la cual refrenamos nuestras pasiones. La cuarta, *fortaleza*, que nos hace capaces de soportar lo penoso. Estas virtudes nos son dadas por Dios con la gracia en este valle de lágrimas.»

Así tenemos siete principalísimas virtudes infusas a las cuales corresponden otros tantos dones del Espíritu Santo.

Que las tres teologales son en realidad divinamente infundidas es cosa indudable; pues así lo ha declarado el Concilio Tridentino [17]. Para atender debidamente al fin sobrenatural, necesitamos, conforme advierte Santo Tomás [18], conocerle, desearle y amarle, y ese deseo entraña la firme confianza de obtenerle, fundada en las divinas promesas que por la fe conocemos. Así ésta es, según el Tridentino [19], el principio de nuestra salud: *Fides est humanae salutis initium, fundamentum, et radix omnis iustificationis: sine qua impossibile est placere Deo, et ad filiorum eius consortium pervenire*. Por eso el Apóstol la llama (Hebr. 11, 1) *substancia* y *fundamento* de las cosas que esperamos. Sin la luz de la fe, el movimiento hacia la vida eterna no sería en nosotros connatural, libre y autónomo, porque no nos movemos racionalmente sino a lo que de algún modo nos es conocido. Y como se refiere a cosas que tanto exceden nuestra capacidad, tiene que sernos infundida sobrenaturalmente, como lo son también la firmísima confianza con que las esperamos y el amor invencible con que debemos buscarlas. Pero como ese conocimiento está *connaturalizado* en nosotros, se produce de un *modo humano*, es decir, por imágenes, representaciones y analogías, y por eso resulta *enigmático*, y no intuitivo como el de la gloria. Y por lo mismo que allí habrá de desaparecer trocándose por el *facial*, no está de suyo tan ligado con la gracia que no pueda a su vez persistir sin ella. De este modo en los pecadores permanece esa fe *muerta* o *informe*, como una luz esterilizada o «atermana» que no puede brotar de adentro—del mismo fondo vital, que no existe—, sino que es toda producida de afuera por el divino Espíritu que así de continuo, sin morar

[16] *In Ps.* 83, n. 11.
[17] Ses. 6, c. 7.
[18] *De verit. in comm.* q. un. a. 12.
[19] Ses. 6, c. 8.

en el alma ni encender por lo mismo los corazones, alumbra las inteligencias para orientarlas hacia el bien, y fundar la esperanza mediante la recuperación de la caridad y la práctica de las buenas obras.

Así estas dos virtudes sobrenaturales, que persisten en el pecador como prendas de la bondad y misericordia con que Dios le invita de nuevo a la salud, lo preparan con sus actos a fin de que pueda recobrar la gracia si él no resiste. Pero por sí solas no pueden salvarle, por lo mismo que están *muertas*; antes le motivarían, si no las quiere revivificar, una condenación más terrible; pues «el siervo que, conociendo la voluntad del Señor, no la cumple, será mucho más azotado» (Lc. 12, 47; cf. Iac. 4, 17). Esta fe informe presenta a Dios como muy remoto, y no como principio interno de vida; pero a la vez lo muestra como sumo Bien, no sólo amable y deseable en extremo, sino también asequible mediante sus mismos auxilios, y así excita a desearlo de veras y a confiar en su infinita bondad. Y si entonces el alma extraviada procura ser dócil a estas insinuaciones y ajustar su conducta a la norma evangélica, no resistiendo a la gracia que Dios no niega a quien no le pone obstáculos, sino pidiéndola como debe, luego le será infundida de tal modo que vivifique esas tendencias y las haga eficaces con el calor de la caridad. Y cuando ésta nos inflama, nos impele, *nos urge* (2 Cor. 5, 14) y nos atrae enérgicamente hacia Dios, como único centro de todas nuestras aspiraciones, entonces es cuando ya de veras caminamos y corremos hacia la gloria.

Teniendo caridad estamos ya en Dios, y El en nosotros. Así, ella es la mayor de todas las virtudes (1 Cor. 13), pues nos hace poseer a Dios como Rey de nuestros corazones, y nos une a El de tal suerte, que esta amorosa unión será eterna si nosotros mismos, por nuestra malicia, no la rompemos [20]. La misma muerte natural, que rompe todos los otros vínculos, no puede romper el de la caridad: antes lo estrecha, lo afianza y lo hace indisoluble. Esta virtud no tiene en sí nada de imperfecto que pueda hacerla, como a la fe y la esperanza, una virtud propia de viadores. Pertenece lo mismo a viadores y comprensores, y así es como puede haber en el mundo no pocas almas obscuras y despreciadas que, sin embargo, tengan más fondo de caridad—y por lo mismo sean más amantes y más

[20] «Charitas est maior aliis: nam alia important in sua ratione quamdam distantiam ab obiecto; est enim fides de non visis, spes autem de non habitis: sed *charitas est de eo quod iam habetur*» (S. Th., 1-2, q. 66, a. 6).

amadas de Dios—que muchos santos y aun ángeles del cielo. Sólo que éstos la tienen inamisiblemente, en el término de su respectiva evolución, y así no la pueden ya acrecentar, mientras que en nosotros es a la vez *amisible* y *progresiva.* Y por eso debemos acrecentarla con el continuo ejercicio, so pena de exponernos a perderla [21]. La caridad es la medida de la santidad y de la gracia y el foco de toda la actividad espiritual, meritoria de vida [22]. Por ser como una emanación del mismo Amor increado con que se aman las divinas Personas, es virtud propia no de hombres, sino de *dioses* [23].

Por estas tres virtudes que se dicen *teologales,* nos hacemos participantes de las acciones vitales de Dios, así como por la gracia lo somos del Ser divino [24]. Por ellas nos ordenamos convenientemente a nuestro último fin sobrenatural, y podemos cumplir nuestros principales deberes. Pero así y todo, aun nos falta ordenarnos acerca de los medios conducentes a ese fin y habilitarnos para cumplir los demás deberes que tenemos para con el prójimo y con nosotros mismos, y esto se consigue por medio de las virtudes *morales* que ordenan todo el proceso de nuestra vida, y muy particularmente por medio de las *cardinales,*

---

[21] «La caridad, dice San Agustín (*Tr.* 5 *in Epist. Ion.*), nace para ser perfeccionada; y así una vez nacida se alimenta; alimentada se corrobora; corroborada se perfecciona, y cuando llega a su perfección, ¿qué es lo que dice?: *Mi vida es Jesucristo y la muerte es mi ganancia*».

[22] «En la *caridad,* dice el P. Gardeil (p. 5-9), se compendia toda nuestra psicología sobrenatural... Por medio de esta virtud, morando ya Dios por la gracia es la esencia del alma, invade las potencias y dirige las operaciones de las demás virtudes infusas. Y así, por el corazón es por donde empieza la *deificación* de nuestra inteligencia y de nuestra voluntad... Las otras virtudes transforman la actividad de las potencias en que están injertadas y cuya savia aspiran... Mas la caridad las aventaja a todas por ser el efecto *propio* del Espíritu Santo... Si ellas obran bajo el influjo del amor divino, es porque el Espíritu Santo —alma de nuestra caridad—las emplea como otros tantos canales para derramar por todas las potencias del hombre el amor que inspira al corazón del justo».

Por eso la virtud moral, como decía San Agustín (*De morib. Eccles.* c. 15), es el orden del amor: «*Virtus est ordo amoris*... Quare definire etiam sic licet, ut *temperantiam* dicamus esse *amorem Dei* se integrum, incorruptumque servantem; *fortitudinem, amorem* omnia propter Deum facile perferentem; *iustitiam, amorem* Deo tantum servientem, et ob hoc bene imperantem caeteris quae hominis subiecta sunt; *prudentiam, amorem* bene discernentem ea quibus adiuvetur in Deum, ab iis quibus impediri potest».

[23] «Charitas non est virtus hominis ut est homo, sed quantum per participationem gratiae *fit deus*» (S. Th., *De charit.* q. un., a. 2 ad 3).

[24] Cf. S. Th., 1-2, q. 110, a. 4.

que son como el núcleo de las demás. Pues así como las tres teologales ordenan nuestra inteligencia y nuestro corazón a Dios, así la prudencia cristiana nos ordena con respecto a nosotros mismos y a nuestros prójimos, para que sepamos en cada caso lo que conviene hacer u omitir, y logremos tratar a los otros como Dios quiere que sean tratados. La justicia nos induce a dar a cada cual lo suyo. Y la fortaleza y la templanza nos ayudan a triunfar de las asechanzas de nuestros tres enemigos, mundo, demonio y carne, y a superar los obstáculos que nos impedirían proseguir nuestra marcha hacia el cielo. A estas cuatro se subordinan otras virtudes secundarias o parciales que contribuyen, cada cual en su propia esfera, a regular y santificar hasta los menores detalles de nuestra vida. Entre ellas figuran principalmente la *piedad* y *religión* que—como partes de la justicia—nos enseñan a tratar a los prójimos como hermanos, y a tributar a Dios, como Padre y Señor, el culto debido [25]. Pero todas ellas, para contribuir de suyo a nuestra santificación, deben ser *sobrenaturales*, y por tanto *infusas*, pues de otra suerte mal podrían producir frutos de vida, tan superiores a toda la naturaleza.

Es cierto que algunos teólogos—tales como Scoto—viendo que a todas las virtudes morales que ordenan la vida sobrenatural correspondían otras del mismo nombre que ordenan la humana y, con la simple repetición de actos, son *adquiridas* aun por los mismos gentiles, creyeron que no era necesaria al cristiano la infusión de nuevas virtudes que parecen tener el mismo objeto que las naturales, sino que bastaba que estas mismas, aunque adquiridas con nuestros propios esfuerzos, quedaran informadas por la caridad divina, para que sus actos resultaran de suyo meritorios de vida eterna.

Mas aunque la caridad santifica todas nuestras acciones, por ínfimas que sean, y las hace meritorias, si éstas nacen de un principio natural, no por eso dejan de ser *intrínsecamente naturales*, y por lo mismo desproporcionadas de suyo para el fin sobrenatural e incapaces de producir efectos propiamente divinos.

De ahí que—aun cuando no conste por una definición expresa de la Iglesia—la doctrina hoy generalizada es que, además de las virtudes morales, naturalmente *adquiridas*, están otras

[25] «La religión y la piedad nos llevan ambas al culto y servicio de Dios; pero la religión lo considera como *Creador* y la piedad como *Padre*: por lo cual la última es más excelente» (LALLEMANT, *Doctrine spirit.* pr. 4, c. 4, a. 5).

infusas que llevan el mismo nombre y que, si aparentan tener *materialiter* el mismo objeto, lo tienen *formaliter* muy distinto, produciendo de suyo actos de un orden trascendente. Así lo enseña San Agustín en el texto ya citado, y así lo da a entender el Sabio cuando dice (Sap. 8, 7) que «la divina Sabiduría nos enseña la templanza, la prudencia, la justicia y la fortaleza, que son lo más útil en la vida». En otros pasajes de la Escritura (p. ej.: Prov. 8, 14; Gal. 5, 22-23; 2 Petr. 1, 4-7) se hacen indicaciones análogas, y el *Catecismo* de San Pío V, que de tanto crédito goza en la Iglesia, dice [26] que, «con la gracia, *divinamente se infunde* en el alma *todo* el nobilísimo cortejo de las virtudes».

Para que el orden de los efectos corresponda al de las causas y pueda haber harmonía entre la vida sobrenatural y la natural, advierte el Doctor Angélico [27], así como todas las virtudes morales que naturalmente podemos adquirir para regular nuestra vida, están contenidas en germen en los principios de nuestras facultades racionales, así en el orden de la gracia—donde en vez de esos principos tenemos infundidas las virtudes teologales—, es menester que en éstas se hallen contenidos otros hábitos virtuosos que sean a las virtudes teologales, lo que son los humanos a los naturales principios de donde proceden. Sólo así podía quedar *deificada* toda nuestra vida moral. De otra suerte, como las virtudes humanas no son proporcionadas a las teologales, resultaría, conforme observa el P. Terrien [28], «la extrañeza de que un hombre, transfigurado en su *ser* y hecho deiforme por la gracia, quedara incompletamente deificado en su vida moral, y debiendo ésta reflejar la dignidad de los hijos de Dios, sería excluída de esta gloriosa transformación, puesto que los principios inmediatos serían puramente naturales, como lo son en los pecadores... Si los hijos de los hombres tienen sus virtudes propias, ¿no tendrá un hijo de Dios las que a su nuevo género de vida convienen? Estando sobrenaturalizado por la fe, la esperanza y el amor en su inmediata tendencia al último fin, ¿podrá no estarlo en sus tendencias a los fines próximos e intermedios, tan indispensablemente unidos con la caridad?... Así, pues, revestido como está de un nuevo ser, que le hace *dios*, es necesario que su vida moral corresponda al ser que tienen, y que por lo mismo proceda de principios más elevados que la actividad natural».

---

[26] 2.ª p. *De Bapt.* n. 51.
[27] 1-2, q. 63, a. 3.
[28] 1 p. 163.

Puesto que «con la gracia, dice a su vez Scaramelli [29], nos da Dios un nuevo ser, por el cual somos reengendrados a una vida divina, con ella se nos deben dar también no solamente los hábitos infusos de las virtudes teologales, sino los de todas las morales; porque es muy conveniente que esta naturaleza sobrenaturalizada esté provista de las potencias y virtudes con que pueda el hombre ejercitarse de un modo connatural en los actos proporcionados a la nobleza de su ser».

Así, pues, en el buen cristiano debe haber *dos órdenes de virtudes morales*: las puramente *humanas, adquiridas* con la repetición de actos, y que regulan nuestra vida según la simple norma de nuestra razón, y las *sobrenaturales* no adquiridas, sino *infundidas* por Dios con la gracia—con la cual se conservan, se desarrollan o se pierden—y que regulan la vida cristiana según la norma de la razón sobrenaturalizada, o sea ilustrada por la fe e inspirada en el Evangelio. Estas, como *infundidas* así, no son propiamente *adquiridas* por nuestra industria, ni aun cooperamos a recibirlas sino con la simple aceptación. Mas puesto que se nos implantan como en germen, o sea en estado virtual, queda a nuestro cargo el cultivarlas y desarrollarlas con el recto ejercicio, y mediante los riegos de la divina gracia, así como también el afianzarlas luchando contra las dificultades. Y por empezar así en estado embrionario, con ser aún más reales que las otras, no excluyen como ellas los hábitos opuestos y las dificultades de la práctica; para esto es menester que, con el ejercicio y la lucha, se «organicen» también a su modo (según que el espíritu va sometiendo a la carne e imponiéndole otros hábitos virtuosos incompatibles con las tendencias viciosas).

Aunque estas virtudes puedan a veces tener el mismo *objeto material* que las naturales, lo transfiguran y le dan nuevo *ser*, por lo mismo que ellas tienen un *origen*, un *fin*, unas *energías* y un *modo* de obrar muy superiores y de distinto orden. Aquéllas, como adquiridas con nuestra industria, no confieren ningún nuevo poder, sino tan sólo, con el *hábito* contraído, la mayor *facilidad* en el bien obrar conforme al orden de la razón. Mas éstas, como infundidas por Dios, nos dan un *poder* del todo nuevo, con que se acreciente y se transforme el de nuestras energías, haciéndonos aptos para producir *connaturalmente* frutos de vida eterna. Basta recordar, en prueba de esto, cuán otra es la *prudencia humana*—tantas veces asociada a la

---

[29] *Directorio místico*, tr. 1, n. 51.

mundana o sea la *prudentia carnis*, que conduce a la muerte—de la *prudencia cristiana*, siempre unida a la del *Espíritu*, la cual es *vida y paz* (Rom. 8, 6). La *justicia natural* da a cada uno lo suyo; la *cristiana* vuelve bien por mal o da doble medida. La *fortaleza natural*, atendiendo a miras humanas, logra vencer ciertas dificultades que impiden el cumplimiento del deber; mas la *cristiana* permite acometer—sin otras miras que las de la gloria de Dios—las más difíciles empresas, y logra así triunfar de todos los enemigos, incluso el más disimulado, que es el amor propio [30]. En fin, la *templanza humana* tiende a mantener el equilibrio de la salud natural y la subordinación indispensable de los apetitos a la razón; mas la *cristiana*—como se ordena a la salud eterna—no se contenta con moderar los placeres groseros del «hombre animal», sino que los rechaza y menosprecia y, no satisfecha con gobernar el cuerpo, lo *castiga y reduce a servidumbre* (1 Cor. 9, 27), y llega hasta domar la misma razón orgullosa para someterla dócilmente al Espíritu (2 Cor. 10, 5) [31]. «Sus delicias, escribe Terrien [32], están en la cruz, y su mayor ambición es la pureza angélica. Vivir en la carne como si no hubiera carne, he ahí a donde llega la templanza de los hijos de Dios. Cierto que para llegar a esta renuncia hay que recurrir a la caridad; pues solamente las almas poseídas del amor divino son capaces de actos tan heroicos. Pero si el amor los ordena, no los realiza él mismo: cada virtud tiene su propio objeto».

Estas virtudes sólo puede enseñarlas aquella Sabiduría que *no es vencida de la malicia* (Sap. 7, 30), y que *no se encuentra en la tierra de los que viven con regalo* (Iob 28, 13). Y así son del todo propias de los cristianos justos, mientras las naturales pueden hallarse en los pecadores y aun en los infieles, y hasta ser practicadas por ellos, al parecer, con más perfección—o con menos dificultad—que por muchos fieles recién justificados o que viven con tibieza. De ahí que algunos impíos se vanaglorien de poseer ciertas virtudes humanas mejor—en apariencia—que muchos buenos católicos; de donde a veces se siguen ciertos escándalos de pequeñuelos o de fariseos.

Mas las virtudes infusas no *reemplazan* ni *suplen* a las naturales, sino que las *suponen* o mueven a adquirirlas para luego

---

[30] «Iustorum quidem fortitudo est, carnem vincere, propriis voluntatibus contraire, delectationem vitae praesentis extinguere, et mundi huius blandimenta contemnere» (S. GREGORIO MAGNO, l. 7, c. 9).

[31] Cf. S. TH., 1-2, q. 63, a. 4.

[32] P. 165.

perfeccionarlas, completarlas y transfigurarlas. Por lo mismo, no dispensan del trabajo de esa adquisición, siempre penosa, sino que lo imponen más severamente, a la vez que nos alientan para soportarlo. Y quien de veras no trate de adquirir y consolidar las virtudes naturales, muy expuesto se halla a perder las sobrenaturales junto con la gracia [33]. Así los viciosos, cuando llegan a convertirse, reciben por infusión las virtudes sobrenaturales, pero no las naturales, y para *desarrollar* y acrecentar las primeras—puesto que las reciben como en germen—necesitan esforzarse por *adquirir* laboriosamente, con la continua repetición de actos, las segundas, que les sirven como de apoyo y defensa para vencer las dificultades y destruir los vicios a unas y otras.

De ahí el que algunos infieles puedan practicar ciertos actos de virtudes humanas con más facilidad que muchos justos aún poco adelantados, que todavía no lograron desarraigar los malos hábitos, pues éstos no se arrancan sino a fuerza de actos contrarios, con los cuales se adquieren y consolidan los de dichas virtudes. Así, los que antes de convertirse recibieron una buena *educación* en que adquirieron muchos hábitos virtuosos, se encuentran luego con más facilidad para practicar el bien que los que reciben la gracia en un natural tosco, grosero, inculto y lleno de tendencias viciosas. Con la gracia y las virtudes infusas se nos da el poder vencer las malas inclinaciones, hasta abatirlas y desterrarlas a fuerza de luchas; pero, por lo común, aunque las amortigüen, no las quitan de raíz hasta que las hayamos resistido mucho. Pues sólo se desarraigan con los buenos actos contrarios a ellas y mediante los cuales se *adquiere* el *hábito* de las *virtudes naturales* y se *desarrolla* el infuso de las *sobrenaturales*, y así *crece* en unas y otras a la vez.

De este modo hay que emplear gran parte de la vida—y muy particularmente al empezar la *purgativa*—en arrancar vicios e implantar las virtudes naturales, para poder progresar en las sobrenaturales. Y como aquéllos tantas veces retoñan, aun después que parecían bien desarraigados, y la naturaleza viciada por todas partes descubre nuevos gérmenes de corrupción, y las virtudes humanas siempre pueden seguir creciendo y consolidándose para obrar más perfectamente y superar mayores dificultades; de ahí que en todo el transcurso de la vida espiritual haya que proseguir corrigiendo los defectos de la naturaleza y perfeccionándola en su orden, a la vez que se completa

[33] Cf. Sta. Teresa, *Mor.* 7, c. 1.

y se eleva con las virtudes sobrenaturales y se reintegra y transfigura con los continuos influjos de la gracia divina. Con ayuda de ésta, puede llegar a restablecerse en su primitivo vigor, a la vez que se realza y deifica: sin la gracia, es del todo imposible la verdadera perfección de la misma virtud *natural*; pues sólo el divino Médico de las almas puede curar las llagas y restituir la plena salud a la pobre naturaleza de Adán tan decaída como está.

De ahí que no pueda haber más *hombres* íntegros que los *perfectos cristianos*. Pues, como decía San Agustín [34], para vivir como hombres cabales hay que ser hijos de Dios. *Non vivunt bene filii hominum, nisi effecti filii Dei*. Los hijos de este mundo, por bien y fácilmente que parezcan practicar algunas virtudes, siempre las vician con grandes defectos ocultos... y, sobre todo, con el de la presunción y la vanagloria. Por muy buenos e incorruptos que aparenten, no pasan de ser *sepulcros blanqueados*.

En las grandes conversiones, como la del mismo San Agustín, con la abundancia de gracias se comunican en alto grado las virtudes, de modo que hacen ya fácil y deleitosa la práctica del bien y la fuga del mal. Pero aunque amortigüen los vicios y los hagan tan abominables como al Santo le parecían [35], no los desarraigan por completo hasta que experimenten las grandes luchas que suelen seguir a los primeros fervores sensibles; porque esos vicios inveterados, según acabamos de decir, no suelen destruirse sino con la repetición de actos contrarios, que introducen el correspondiente *hábito* de virtud natural. Y como éste pudo, hasta cierto punto, adquirirse sin la gracia, de ahí que no se pierda al perderla, como se pierden los de las virtudes sobrenaturales. De ahí también el que los cristianos algo adelantados en la perfección, si tienen la desgracia de caer en culpa grave, al volver en sí y *resucitar* por la penitencia, no encuentran por lo común tantas dificultades en la práctica del bien como las que sentían al principio de la vida espiritual. Puesto que, a pesar de su caída, conservaron los buenos *hábitos naturales* que ya habían *adquirido*. Y como estas virtudes adquiridas van en unión con las sobrenaturales—pues deben estar informadas por ellas, obrando como un solo principio de acción—de ahí que tantísimas veces nos sea muy difícil discernir si tal acción es *natural o sobrenatural*, ordenada a un simple fin hu-

[34] *Contra Ep. Pelag.* l. 1, n. 5.
[35] *Confes.* 9, 1.

mano, y producida por un principio humano, o informada por alguna virtud infusa y *subordinada a algo divino.* Pues todas las virtudes cristianas, como connaturalizadas en nosotros, se ejercitan al *modo humano,* bajo la forma de nuestra razón tal como se halla, sin que caiga en el campo de nuestra conciencia el elemento divino, en cuanto tal, que es el que ocultamente debe informarlo todo para que nuestras acciones sean dignas de vida eterna.

§ III.—Los dones del Espíritu Santo.—Su acción comparada con la de las virtudes: la dirección inmediata del Espíritu Santo y de la razón natural.—Los dones y la vida mística: transformaciones que requieren.—Necesidad de una moción superior del Espíritu Santo y de la posesión de sus dones.

Como *racional,* es el hombre señor de sus actos y puede determinarse en su propia esfera—*in suo ordine, sc. sicut agens proximum* [36]—a hacer esto o aquello. Por eso sus acciones son capaces de *moralidad* porque son *libres.* Mas no nos basta el libre albedrío para proceder en todo con la rectitud deseable: para que nuestras facultades estén ordenadas al bien, de tal modo que puedan practicarlo *pronta, fácil* y *constantemente,* necesitan estar perfeccionadas por los respectivos hábitos virtuosos que las hagan dóciles al imperio de la razón. Y esto es lo que hacen, en el orden natural, las virtudes adquiridas, y en el sobrenatural, las infusas. Así, la misma razón—sola o ilustrada por la fe y dirigida por la prudencia cristiana—es, respectivamente, la motora y reguladora de nuestra vida moral, bien sea puramente *humana,* bien *cristiana,* en su sentido *ordinario,* por contraposición a la *vida espiritual* o «pneumática».

En la vida cristiana *ordinaria*—o *psychica*—las virtudes teologales, según queda dicho, nos ordenan con respecto a Dios, como nuestro último fin; la prudencia infusa nos permite regular los actos particulares según el justo medio, y las demás virtudes infusas perfeccionan, completan y transfiguran las naturales de modo que con los continuos influjos de la gracia podamos proceder en todo rectamente, en paz con nuestros hermanos y con nosotros mismos, superando los obstáculos que se oponen a nuestra marcha hacia el cielo. Mas a pesar de esa gracia de Dios, que nos inunda por dentro y por fuera y nos vivifica, y de tantas virtudes y energías o influencias divinas,

[36] S. TH., 1-2, q. 9, a. 4 ad 3.

como son las que nos confortan para practicar el bien, nuestra misma razón parece ser la que regula la marcha, presidiendo como señora todo el curso de nuestra vida. Dios mora realmente como Padre amoroso y como Rey y Señor en lo íntimo de nuestras almas, que son templos suyos, y con su gracia las vivifica. Mas su presencia adorable se substrae a la mirada de nuestra conciencia, como se nos substrae también de la propia alma, y hasta la misma acción se nos oculta tras de las virtudes infusas, que tenemos asimiladas para usar de ellas como propias.

De ahí que, aun estando llenos de vida y de energías divinas, no podamos, «sin una *revelación* especial» [37], saber con plena certeza *si somos dignos de amor o de odio* (Eccle. 9, 1), si estamos en gracia o en enemistad con Dios; esto no lo sabe «el hombre», sino sólo el *Espíritu* que *todo lo penetra*, y puede, como le place, dar testimonio de esta verdad (1 Cor. 2, 10-12; Rom. 8, 16). Nosotros sólo podemos cerciorarnos *moralmente* de ella por la tranquilidad de la conciencia, el horror al pecado, el amor a la virtud, al sacrificio y a las cosas santas, la conformidad con la voluntad divina y resignación con las disposiciones de la Providencia, etc. [38] Pero, sin que el mismo Dios nos lo muestre *divinamente*, no podemos saber con toda seguridad que lo poseemos. Habita en nosotros no sólo como *Dios escondido* (Is. 45, 15), sino como un Dios *prisionero de amor*, puesto que podemos disponer de sus dones y de El mismo, junto con las gracias y virtudes que nos comunica, como si fueran cosa propia, ya que, según la enérgica expresión de Santo Tomás (1.ª p., q. 43, a. 3), en el mismo don de la gracia santificante se nos da el Espíritu Santo, para que libremente disfrutemos de El. Y así es como podemos usar de tales tesoros sin advertir siquiera que los poseemos.

«El Espíritu Santo, que mora en la caridad, observa el P. Gardeil [39], obra en nosotros en conformidad con las virtudes humanas, *amoldándose* al modo de obrar de nuestras facultades. Y así el mismo justo, enriquecido como está con las

[37] Cf. C. Trident. ses. 6, c. 9; S. Th., 1-2, q. 112, a. 5.

[38] El primer indicio de estar en gracia de Dios, dice Santo Tomás (o quien sea el autor del *Opusc.* 60, *de human. Christi*, c. 24), «est testimonium conscientiae (2 Cor. 1, 12). Secundum est verbi Dei auditus non solum ad audiendum, sed etiam ad faciendum: unde (Io. 8, 47): *Qui ex Deo est, verba Dei audit*... Tertium signum est internus *gustus divinae sapientiae*, quae est quaedam praelibatio futurae beatitudinis».

[39] P. 11, 16.

verdades infusas, sigue siendo el verdadero y principal autor de sus operaciones sobrenaturales. El es quien dirige los movimientos de su inteligencia y de su corazón, y su razón permanece al frente de toda su psicología sobrenatural. Mediante las virtudes, el divino Espíritu penetra en nuestras potencias fuerte y suavemente a la vez, como un fuego que calienta de un modo insensible, como una luz que alumbra sin manifestar el foco de donde dimana, como un óleo que se difunde por los miembros suavizando las articulaciones y fortaleciendo las junturas... Pero nada se cambia en el *modo ordinario* que tenemos de funcionar, por más que todo haya cambiado por razón del *fin* a que tendemos y del *vigor* con que aspiramos a él. Tal es la obra del Espíritu Santo según se ejerce por medio de las virtudes». Si nunca interviniera con sus dones, no sería El mismo el regulador inmediato de nuestra vida sobrenatural. De ahí la obscuridad de nuestra fe y las deficiencias de nuestra misma caridad, en cuanto está regulada por ese obscuro conocimiento. Y «el Espíritu Santo quiere hacerse prisionero de las imperfecciones de nuestro amor». Por lo que hace a las virtudes morales, «la altura del fin sobrenatural eleva el *justo medio*, pero no lo suprime... *Hallar este justo medio*, en relación al fin divino, señalado por la fe, deseado por la esperanza y querido por la caridad; he ahí el oficio de la prudencia infusa. *Realizar*, en el dominio de las acciones voluntarias y de las pasiones, ese justo medio determinado por la prudencia, es lo que pertenece a la justicia, fortaleza y templanza... Todo este orden moral práctico es regulado por la prudencia, así como el de la conciencia y de las intenciones lo es por la fe. La *obscuridad* y el *justo medio* son, pues, los dos velos humanos con que encubre su acción el divino Espíritu».

Mas no siempre la encubre de este modo, pues su misma caridad le mueve a manifestar muchas veces su bondadosa mano, y hasta descubrir su divino rostro. Nuestra pobre razón, aun disponiendo de ese noble cortejo y glorioso ejército de virtudes sobrenaturales, no basta para guiarnos con seguridad al puerto: no basta para salvar los más graves obstáculos, vencer las dificultades extraordinarias y descubrir y evitar los ocultos lazos que a todas horas nos tienden nuestros astutos enemigos; ni menos para remontarnos bastante arriba por las sublimes cumbres de la perfección, donde ya brillan los resplandores de la luz eterna... Y el amoroso Consolador—que en nosotros mora ordinariamente escondido, vivificándonos con su gracia y calentándonos con su caridad—sabe y puede y quiere

remediar nuestra flaqueza nativa, suplir nuestras deficiencias y corregir nuestras ignorancias, inspirándonos, moviéndonos, enseñándonos, aconsejándonos, disuadiéndonos, alentándonos, conteniéndonos, enseñándonos a orar y obrar como conviene, y pidiendo y obrando en nosotros y por nosotros. Todo esto lo hace cuando quiere y como quiere durante todo el proceso de nuestra vida espiritual, sintiendo nosotros su dulce soplo y delicado impulso, sin advertir apenas de quién nos viene y adónde nos lleva. Y sabe y quiere también en ocasiones—cuando bien le place y cuando las circunstancias o el curso de nuestra deificación así lo reclaman—tomar inmediatamente en sus manos las riendas de nuestro gobierno, suplir con gran ventaja la dirección y normas de nuestra razón, y mostrarse más o menos a las claras, no ya como *aprisionado* en nuestra misma caridad, sino tal como quien es y como la Santa Iglesia lo aclama: como verdadero *Señor* y *Vivificador nuestro,* que quiere obrar por nosotros como por otros tantos órganos suyos, al modo que se dignó *hablar* por sus santos profetas. Esto lo hace con unos antes y con otros después, según su divino beneplácito; pero bien podemos decir que no deja de hacerlo *quasi normaliter* cuando la dirección humana, permaneciendo fiel a la gracia, ha dado ya de sí cuanto podía dar, llevando hasta donde se lo permitían las luces y fuerzas divinas que tenía asimiladas, y que será, a lo sumo, hasta cierto grado de *unión* como la que llaman de *conformidad.* Para llegar a mayor perfección es preciso que El mismo nos dirija y nos mueva [40].

[40] «El hombre *perfecto,* dice el P. Surin (*Catéchisme spirit.* 1.ª p., c. 1), es aquel que habiendo adquirido gran *pureza de corazón,* con una verdadera *unión y familiaridad* con Dios, sigue en todo los movimientos de la gracia y la *dirección del Espíritu Santo.*»

«Donde menos apetitos y gustos propios moran, advertía San Juan de la Cruz (*Llama* canc. 4, v. 3), es donde El más solo, más agradado y más como en su casa propia mora, *rigiéndola* y *gobernándola*; y mora tanto más secreto, cuanto más solo..., con tanto más íntimo, interior y estrecho abrazo, cuanto ella está más pura y sola de otra cosa que Dios... Pero a la misma alma en esta perfección *no le está secreto,* que *siempre lo siente en sí*: si no es según estos recuerdos, que cuando los hace le parece al alma que recuerda el que estaba dormido antes en su seno, que aunque lo sentía y gustaba, era como el Amado dormido... ¡Oh cuán dichosa es esta alma que *siempre siente estar Dios reposando* y descansando *en su seno!* ¡Oh cuánto le conviene apartarse de cosas, huir de negocios, vivir con inmensa tranquilidad, porque una motica no inquiete ni remueva el seno del Amado! Allí está de ordinario como dormido en este abrazo con el alma: al *cual ella muy bien siente* y de ordinario muy bien goza... Si estuviese en ella como recordado..., ya sería estar en gloria... En otras almas

Cuando el alma, pues, llega a este feliz estado en que, rotos ya los lazos de sus pasiones y todos los vínculos terrenos que la esclavizaban, empieza a gozar de la dulce libertad de los hijos de Dios, viviendo en todo según el Espíritu y no teniendo otro querer ni no querer que el divino; habiendo *muerto* a sí misma y entregado a Dios toda su voluntad, advierte con grata sorpresa que está *viviendo* de una vida muy superior, y que Dios, dignándose aceptarle ya la sincera y total entrega que tantas veces le ha hecho, se le constituye amorosamente en dueño y posesor absoluto. Entonces suele ella *sentir* unos violentos y dulcísimos impulsos, que la llevan sin saber adónde, pero seguramente a unas alturas para las cuales no bastan la luz, la fuerza ni la dirección ordinarias. Siente unos ímpetus amorosos que sabrosamente la *hieren* y la *llagan* como penetrantes dardos de fuego divino, los cuales sanan y vivifican al mismo tiempo que abrasan, destruyendo con su ardor cuanto pueda haber aún de terreno. Vese como forzada a volar sin saber aún que tiene alas, y en la estrechez y apuro en que se encuentra, *desea con grandes ansias, y le es dado el sentido, invoca y viene sobre ella el Espíritu de Sabiduría*, y prefiriéndolo a todos los reinos y tesoros del mundo (Sap. 7, 7-8), luego ve muy a las claras que este *Espíritu bueno de Dios la conduce al puerto de salvación* (Ps. 142, 10) y la *vivifica y enseña a hacer en todo la voluntad divina*. Y cuando estaba pidiendo *alas como de paloma para volar y descansar*, nota que le han dado mucho más de lo que pedía, pues se encuentra ya llena de fortaleza y con otras alas aun más vigorosas para remontarse como águila por las encumbradas y serenas regiones de la luz divina, y volar más y más, sin nunca desfallecer, viviendo ya siempre engolfada en aquel piélago etéreo de infinitas dulzuras [41].

Mas para esto tiene que experimentar la mística *metamorfosis*, que es una transformación tan prodigiosa, que todo lo renueva, alcanzando hasta lo más íntimo. Así es como se convierte de torpe *oruga* rastrera, que andaba tan lenta y penosa-

---

que no han llegado a esta unión (del matrimonio espiritual), aunque no está desagradado..., mora secreto, porque no lo sienten de ordinario».—Sin embargo, observa el B. JUAN DE AVILA (tr. 1 *Del Espíritu Santo*) «el Espíritu Santo tiene esta condición, que no puede estar encubierto; y El mismo da testimonio, si tienes ahora a Jesucristo; que dice El en el Evangelio (Io. 14): *Cuando el Parádito viniere..., ése dará testimonio de mí, ése os enseñará de mí*».

[41] «Los que esperan en el Señor cambiarán de fortaleza: tomarán alas como de águila, y correrán sin fatigarse, adelantarán y no desfallecerán» (Is. 40-31).

mente y se alimentaba de cosas terrenas, en ágil mariposa brillante y aérea, pues se encuentra animada de otros instintos del todo celestiales [42].

Esta hermosa comparación de Santa Teresa es la que mejor puede darnos a conocer el misterio realizado en el alma que así abandona—o por ley vital se ve como forzada a abandonar—las normas de la razón por las del Espíritu, y que así se configura con Cristo completamente, trocando del todo la imagen del hombre terreno por la del celestial, a fin de vivir en todo como éste y no como aquél [43]. Esta renovación se prepara

---

[42] «Ya no tiene en nada, dice SANTA TERESA (*Morada* 5, c. 2), las obras que hacía siendo gusano... Hanle nacido alas. ¿Cómo se ha de contentar, pudiendo volar, de andar a paso? Todo se le hace poco cuanto puede hacer por Dios, según son sus deseos. No tiene en mucho lo que pasaron los santos, entendiendo ya por experiencia cómo ayuda el Señor, y transforma un alma, que no parece ella ni su figura; porque la flaqueza que antes le parecía tener para hacer penitencia, ya la halla fuerte: el atamiento con deudos y amigos o hacienda..., ya se ve de manera que le pesa estar obligada a lo que, para no ir contra Dios, es menester hacer. Todo la cansa: porque ha probado que el verdadero descanso no le pueden dar las criaturas... No hay que espantar que esta mariposita busque asiento de nuevo ansí como se halla nueva de las cosas de la tierra. ¿Pues adónde irá la pobrecita?... ¡Oh Señor..., y qué nuevos trabajos comienzan a esta alma! ¿Quién dijera tal, después de merced tan subida? En fin, en fin, de una manera o de otra ha de haber cruz mientras vivamos. Y quien dijere que después que llegó aquí siempre está en descanso y regalo, diría yo que nunca llegó... ¡Oh, grandeza de Dios, que pocos años antes estaba esta alma (y aun quizá días) que no se acordaba sino de sí! ¿Quién la ha metido en tan penosos cuidados?...»

[43] El alma transformada en Jesucristo, observa el devoto P. SURÍN (*Catech.* p. 1.ª, c. 7), «resulta una creatura del todo nueva, semejante a un hombre resucitado con nuevos instintos y nuevos movimientos y con todas sus facultades rehabilitadas. Dios inunda todas sus potencias, incluso las inferiores, llenándola toda de sus dones, de tal suerte que el mismo cuerpo viene a quedar como embalsamado, y todo el hombre lleva una vida celestial. La imaginación está llena de especies sobrenaturales; el apetito, de los divinos impulsos que el Espíritu Santo le comunica; el entendimiento, radiante de luces; la memoria, ocupada en cosas divinas, y la voluntad, como un brasero siempre encendido que hace al mismo cuerpo ágil y dócil al espíritu. Tal es el estado del hombre en esta divina transformación. Sus virtudes son ya muy distintas: la fe es elevada, la esperanza viva y la caridad ardiente; las virtudes morales están divinizadas, y en él ya no hay nada de terreno...

«El principio de las operaciones divinas que entonces se realizan en el alma es el mismo Espíritu Santo, que en ella obra por sus dones; los cuales vienen a reemplazar los instintos naturales, que quedan como aniquilados por la gracia; y así El les imprime todos sus movimientos. El sujeto de esas operaciones son las facultades interiores;

en la *noche del sentido*, en que, sometiéndose éste a la razón, se empiezan ya a notar con bastante frecuencia los superiores influjos del Espíritu Santo. Pero cuando cesa este soplo divino —que es muchas veces y por largo tiempo—, el alma, así abandonada del Espíritu de Dios, desfallece y se ve obligada a volver a su vida rastrera y ordinaria, teniendo que andar por su pie, con el solo apoyo de las virtudes, y dirigirse a la obscura luz de la fe, según las normas de la prudencia. Pero vuelve a soplar el Espíritu, y ella se encuentra como *creada* de nuevo según ve renovarse la faz de su pobre corazón (Ps. 103, 29-30). Y cuando esta renovación es total, como sucede después de pasar por la *gran tiniebla*, el dulce soplo del Espíritu Santo la refrigera incesantemente, y el ímpetu del río de su *agua viva* alegra para siempre a esta ciudad de Dios, cuando el Altísimo ha santificado ya su morada para no abandonarla (Ps. 45, 5-6). Así, fecundando e incubando como al principio de la creación, ese tenebroso caos, el amoroso Espíritu hace que brille en el alma la divina luz.

Para realizar plenamente este feliz tránsito, en que pasa a tan nueva y tan venturosa vida, tiene ella que encerrarse, quiera o no quiera, en el místico *capullo* que se le fabrica en la obscurísima *noche del espíritu*, donde, en medio de las más pavorosas tinieblas, inerte, inmóvil e incapacitada para toda iniciativa propia, *muriendo* del todo a sí misma, *revive* para Dios; sepultada allí con Jesucristo—mientras aparenta destruirse y experimenta como una total disolución—está de continuo acumulando nuevas energías divinas, y según va perdiendo los vestigios de su marcha terrena, desarrolla los nuevos órganos espirituales con que luego ha de ser agitada y del todo llevada y dirigida del divino Espíritu para proceder ya siempre, bajo apariencias de esclavitud, con la gloriosa libertad de los hijos de Dios. Pues los que así son *agitados* y llevados del Espíritu de Dios, ésos son sus fieles hijos (Rom. 8, 14-21). Y para que, con las mismas piadosas iniciativas de su prudencia, no resistan, sin querer, a las mociones del Espíritu Santo, debieron ser sometidos a aquella penosa *incapacidad* para todo, donde, entre mortales angustias, quedan plenamente renovados y hecho *pneumáticos*, «espirituales».

---

pero animadas como están del divino Espíritu, quedan como fuera de sí mismas y del todo poseídas de El, que es quien las mueve y las anima, sirviéndose de ellas como de insrumentos, aunque no muertos, sino vivos».

«¡Oh, pues, alma espiritual!, advierte San Juan de la Cruz [44], cuando vieres escurecido tu apetito, tus aficiones secas y apretadas, e inhabilitadas tus potencias para cualquier ejercicio interior, no te penes por eso, antes lo ten a buena dicha; pues que te va Dios librando de ti misma, quitándote de las manos la hacienda; con las cuales, por bien que ellas te anduviesen, no obrarías tan cabal, perfecta y seguramente como ahora que, tomando Dios la mano, te guía a obscuras como a ciegos, a donde y por donde tú no sabes, ni *jamás por tus ojos y pies, por bien que anduvieras, atinaras a caminar*».

Si, pues, para seguir dócilmente el gobierno de la razón cristiana, necesitamos disponernos con los hábitos de toda esta larga serie de virtudes morales, adquiridas e infusas, claro está que, para no contrariar sino aceptar convenientemente la moción y dirección del mismo Espíritu Santo, necesitamos, como advierte Santo Tomás [45], otros *hábitos* muy superiores y acomodados a El, y éstos son los de sus mismos *dones*, los cuales nos disponen para recibir y nos habilitan para secundar y llevar a efecto sus inefables impulsos, inspiraciones e instintos [46].

Que la simple razón cristiana, aunque pueda dirigirnos muchas veces, y aun ordinariamente, no basta, sin embargo, para llevarnos con seguridad hasta el puerto de la vida eterna, lo prueba el santo Doctor [47], por lo mismo que no poseemos esa vida con sus respectivos principios de operación de un modo perfecto, y así necesitamos una moción y dirección superiores, que suplan nuestras deficiencias y nos lleven con toda seguridad a ese feliz término que la fe nebulosamente nos propone: *In ordine ad finem ultimum supernaturalem*, dice, *non sufficit ipsa motio rationis, nisi desuper adsit instinctus et motio Spiritus Sancti; quia sc. in haereditatem illius terrae beatorum nullus potest pervenire nisi moveatur et deducatur a Spiritu Sancto.* Y puesto que necesitamos esta moción, necesitamos los hábitos que disponen a recibirla: *Et ideo ad illum finem consequendum necessarium est homini habere donum Spiritus Sancti*».

Informada como está de las virtudes teologales, nuestra razón, observa el P. Froget [48], puede empezar a encaminarnos hacia las playas eternas; pero como no tiene suficientes conoci-

[44] *Noche* 2, 16.
[45] 1-2, q. 68, a. 1.
[46] «Dona sunt quaedam perfectiones quibus homo disponitur ad hoc quod bene sequatur *instinctum Spiritus Sancti*» (S. Th., ib. a. 3).
[47] Ib. a. 2.
[48] P. 419.

mientos ni tampoco fuerzas bastantes para ejecutar todo lo que necesita..., no está en su mano el superar eficazmente todos los obstáculos y vencer todas las dificultades que pueden ocurrir, y así no puede conducirnos eficazmente al cielo sin una especial asistencia y, por tanto, sin los dones del Espíritu Santo. ¡Cuántas veces, en efecto, no se halla un cristiano enfrente de grandes dificultades, y sin poder saber qué resolución le conviene tomar para asegurar su salvación! Es, pues, necesario que quien todo lo sabe y lo puede se encargue de dirigirlo y protegerlo» [49].

Así los dones vienen como en auxilio de las virtudes en los casos difíciles, y siempre que necesiten obrar con divino heroísmo, y las suplen con gran ventaja donde ellas no pueden ya obrar. Por lo mismo, las exceden en el *alcance* y en el *modo* de funcionar, y las completan y perfeccionan, dándoles un lustre divino. Por de pronto aventajan a las morales, en que nos ordenan directamente a Dios, y nos unen en cierto modo con El, aunque no lo mismo que las teologales, y estas mismas las superan en cuanto al *modo divino* que tienen de obrar, constituyéndonos en órganos vivos del Espíritu Santo, y así es como pueden darles un nuevo realce [50]. Los dones, prosigue Froget [51], «avivan la fe, animan la esperanza, inflaman la caridad y nos dan el gusto de Dios y de las cosas divinas... Perfeccionan la acción de las virtudes morales y las suplen cuando es menester... La prudencia recibe del don de consejo las luces que le faltan; la justicia..., se perfecciona con el don de piedad, que

[49] «¡Oh alegre Consolador! ¡Oh soplo bienaventurado, que llevas las naos al cielo! Muy peligroso es este mar que navegamos; pero con este aire y con tal Piloto seguros iremos. ¡Cuántas naos van perdidas! ¡Cuántos contrarios vientos corren y grandes peligros! Mas en soplando este piadoso Consolador, las vuelve a puerto seguro. ¿Y quién podrá contar los bienes que nos hace y los males de que nos guarda? De allá sale el viento y allá vuelve al Padre y al Hijo: de allá lo espiran, y allá espira El a sus amigos: allá los guía, allá los lleva, para allá los quiere... Bendígante, Señor Dios todopoderoso, los cielos y la tierra. ¡Cuántos testigos veremos en el día postrero de esto, que sus naos iban ya para se perder, iban a se hacer pedazos, estaban para se hundir, y soplándolos tu soplo fueron salvos, y llegaron con tranquilidad y seguridad al puerto! ¡Cuántos, perdida toda esperanza de vida, resucitó su espíritu, y dió vida y deseos nuevos, y alegró y confirmó con nueva esperanza! ¿Quién hace todo esto? El Espíritu Santo que sopló y llevó hasta Dios sin resistir» (B. JUAN DE AVILA, tr. 4 *Del Espíritu Santo*).

[50] «Omnia dona ad perfectionem theologicarum virtutum ordinantur» (S. TH., 2-2, q. 9, a. 1 ad 3).

[51] P. 421.

nos inspira sentimientos de ternura filial para con Dios y nos da entrañas de misericordia para con nuestros hermanos. El de fortaleza nos hace superar intrépidamente todos los obstáculos que podrían apartarnos del bien, nos afianza ante el horror de las dificultades, y nos inspira el valor necesario para emprender los más rudos trabajos. En fin, el de temor sostiene a la templanza contra los violentos asaltos de la carne. Los dones producen, pues, una acción más enérgica y unos esfuerzos más heroicos, y así, como dice Santo Tomás, «perfeccionan las virtudes elevándolas a un modo de obrar *sobrehumano*» [52]. Con ellos puede remontarse hasta las altas cumbres de la *perfección* el alma que, con las virtudes infusas, se había hecho apta para practicar las obras ordinarias de la vida cristiana. Por eso los maestros de la vida espiritual los comparan con las alas de un ave y las velas de un navío [53]. Y puesto que es un hecho que la razón humana, aun apoyada en las virtudes infusas, no puede conducirnos eficazmente a nuestro último fin, sin una moción especial del Espíritu Santo, síguese que necesitamos de este divino impulso, y por consiguiente de los dones, ya que no constantemente, de cuando en cuando, *en todo el curso de nuestra*

[52] S. TH., *De charit.* q. un., a. 2 ad 17. «Como si a la piedra, observa AGREDA (*Míst. Ciud.* 1.ª p., l. 2, c. 13), sobre su gravedad le añaden otro impulso, se mueve con más ligero movimiento, así en la voluntad, añadiéndole la perfección e impulso de los dones, los movimientos de las virtudes son más excelentes y perfectos. El don de *sabiduría* comunica al alma cierto gusto, con el cual gustando conoce lo divino y humano sin engaño, dando su valor y peso a cada uno contra el gusto que nace de la ignorancia...; pertenece este don a la *caridad*. El don de *entendimiento* clarifica para penetrar las cosas divinas. El de *ciencia* penetra lo más obscuro y hace maestros perfectos contra la ignorancia; y estos dos pertenecen a la *fe*. El don de *consejo* encamina y endereza y detiene la precipitación humana contra la imprudencia... El de *fortaleza* expele el temor desordenado y conforta la flaqueza... El de *piedad* hace benigno el corazón, le quita la dureza y le ablanda..., pertenece a la virtud de la *religión*. El de *temor de Dios* humilla amorosamente contra la soberbia; y se reduce a la *humildad*».

[53] «Mientras no participemos en abundancia de los dones del Espíritu Santo, dice en efecto LALLEMANT (*Doctr.* pr. 4, c. 3, a. 2), tenemos que trabajar y sudar en la práctica de la virtud. Somos semejantes a los que navegan a fuerza de remos contra viento y marea. Pero llegará un día, si Dios quiere, en que, recibiendo esos dones, navegaremos a vela llena y viento en popa; ya que por medio de ellos el Espíritu Santo dispone nuestra alma para dejarse fácilmente llevar de sus divinas inspiraciones. Con ayuda de los dones llegan los santos a tal perfección, que hacen sin trabajo cosas que nosotros no nos atreveríamos siquiera a pensar; pues el Espíritu Santo les allana todas las dificultades y les hace superar todos los obstáculos».

existencia: más o menos veces, según las dificultades que se presenten, los actos grandiosos que haya que realizar, el grado de perfección a que somos llamados y también según el beneplácito de Aquel que, siendo dueño de sus dones, los distribuye como le place. No hay época en la vida, ni estado ni condición humana que pueda pasar sin los dones y sin su divina influencia». Pues, como advierte el mismo Santo Tomás [54], «las virtudes infusas no nos perfeccionan de tal modo que no necesitemos *siempre* ser además movidos de un *instinto* superior: *Per virtutes theologicas et morales non ita perficitur homo in ordine ad finem ultimum, quin semper indigeat moveri quodam superiori instinctu Spiritus Sancti*».

Sin esa moción, en mayor o menor grado, no podríamos siquiera ser verdaderos hijos de Dios, pues lo somos en la medida en que estamos animados, movidos, *agitados* (*aguntur*) de estos divinos impulsos (Rom. 8, 24), «sin los cuales, como decía San Gregorio M. [55], no se puede llegar a la vida, y por los cuales el divino Espíritu mora siempre en sus escogidos». Pero los mueve así, observa San Agustín [56], no para que permanezcan ociosos e inertes, sino para hacerlos obrar con mayor energía: *Aguntur enim ut agant, non ut ipsi nihil agant.*

§ IV.—Existencia de los dones en todos los justos.—Importancia, nombres, condición y naturaleza que tienen; excelencias en cuanto a la dirección, el modo y la norma del obrar.—La rara discreción y profunda sumisión de los santos.

La Escritura nos muestra al Salvador, no sólo lleno, sino movido, agitado y conducido por el Espíritu Santo [57]: *Plenus Spiritu Sancto... agebatur a Spiritu* (Lc. 4, 1). *Ductus est in desertum a Spiritu* (Mt. 4, 1). En los Hechos Apostólicos (8, 39; 10, 19; 13, 2; 16, 6-7, etc.) se ven innumerables ejemplos de mociones análogas, las cuales vuelven a reaparecer con suma frecuencia en las vidas de los santos y, en general, en las de todas las almas llenas de Dios. El divino Huésped se hace, pues, cuando le place—o cuando el curso de nuestra vida lo pide—

[54] 1-2, q. 68, a. 2 ad 2.
[55] *Mor.* l. 2, c. 28.
[56] *De corrept. et grat.* c. 2, n. 4.
[57] «Nos convendría acostumbrarnos a notar en los Evangelios los dones del Espíritu Santo y lo que por medio de ellos hacía Nuestro Señor. Las parábolas pertenecen a la *inteligencia*, y el sermón de la cena, al don de *sabiduría*» (LALLEMANT, *Doctrine* pr. 4, c. 3, a. 2).

motor y *regulador inmediato* de nuestras acciones, supliendo el oficio o las deficiencias de nuestra propia razón y constituyendo así una norma de conducta muy superior a la *humana.*

Y como para que una moción no sea violenta, sino connatural y vital, se requiere la conveniente proporción o adaptación entre el motor y el móvil, de ahí que para recibir connaturalmente y secundar con docilidad y facilidad esa moción y dirección divinas, necesitemos las correspondientes disposiciones, o sea, ciertas cualidades infusas que nos habiliten y hagan aptos para ser gobernados, movidos y enseñados del mismo Dios, según como está escrito: *Erunt omnes docibiles Dei* (Io. 6, 45; Is. 54, 13). Y tales son aquellos preciosos dones o *espíritus* que están comprendidos en el místico septenario anunciado por Isaías (11, 2-3), cuando dice que el Espíritu septiforme descansará sobre el *Retoño* de Jesé: *Et requiescet super eum Spiritus Domini: spiritus sapientiae, et intellectus, spiritus consilii, et fortitudinis, spiritus scientiae, et pietatis, et replebit eum spiritus timoris Domini.* E injertados en Jesucristo, participamos de los dones que en El, como Cabeza, reposan plenamente, y de El redundan en nosotros según la proporción que a cada cual conviene, y en la medida o intensidad con que en El vivimos y le estamos adheridos. Pues El es nuestro arquetipo a que debemos configurarnos para ser otros tantos *cristos*, otros *ungidos* del Espíritu Santo, o más bien para ser el mismo Jesucristo viviendo en nosotros. Y por medio de estos dones recibimos una viva impresión de su imagen, y de tal modo nos transformamos en El, que, si no le ofrecemos resistencia, ya no somos nosotros los que obramos, sino más bien El quien lo obra todo por nosotros, como por verdaderos órganos suyos [58].

Estos *dones* se llaman así no sólo por ser *gratuitos*, sino también por su misma elevación, ya que se nos infunden para estar prontos a seguir las *inspiraciones* divinas cuando éstas vienen y no cuando nosotros las deseemos. Así los tenemos como

[58] «Jamás ceso de haceros semejantes a Mí, decía Nuestro Señor a Santa Catalina de Siena (*Vida* 1.ª p., 11), con tal que vosotros no pongáis obstáculo. Lo que en mi vida hice, quiero renovarlo en vuestras almas».

Los dones del Espíritu Santo parecen ser los siete místicos *sellos* del Apocalipsis (5, 1-8); los cuales, según se van abriendo por el *León vencedor*—único que para ello tiene potestad—permiten al alma leer y copiar en sí los misterios del *Libro de la vida*, que es el mismo Cordero divino, en quien están encerrados todos los tesoros de la ciencia y sabiduría de Dios, y que con su muerte mereció comunicárnoslos, y así por grados nos los comunica».

prestados, no pudiendo usarlos a nuestro arbitrio, como usamos las virtudes infusas, sino sólo cuando al mismo Espíritu le place ponerlos en acto. De ahí que podamos tener oración *ordinaria* siempre que queremos (Ps. 41, 9; 54, 17-18)—aunque no siempre *como queremos*—; pues para tenerla suficientemente bastan las virtudes teologales y los ordinarios auxilios de la gracia, y que no podamos tener verdadera *contemplación infusa*, si no somos *llevados* a ella, porque es obra de los dones—y principalmente del de sabiduría y de inteligencia—que sólo entran en acción cuando el Espíritu Santo *mueve* (Eccli. 39, 8-10) [59]. Y de ahí el que ese estado de oración, y en general todos los correspondientes a los dones, se llamen por excelencia *sobrenaturales*, pues lo son hasta en el *modo*, remontándose sobre el *ordinario* de la misma vida sobrenatural [60].

Pero con no actuar sin una moción especialísima, los dones no son simples *actos* transeúntes, sino *hábitos*, disposiciones y virtualidades permanentes. Pues el divino Espíritu *reposa y habita* con todos sus dones en el alma del justo: *Et requiescet super eum Spiritus Domini*; *spiritus sapientiae...—Apud vos manebit.* — Y ella necesita estar siempre *habituada y habilitada* para recibir y seguir con docilidad los divinos impulsos. De esta suerte, los siete principales dones la hacen apta para *secundar*

---

[59] «Ista dona, dice Juan de Santo Tomás (*In 1-2*, q. 68, disp. 18, a. 2, n. 13), deserviunt ad considerandum de mysteriis fidei, et de rebus divinis ex aliquo occulto instinctu Spiritus Sancti afficientis, et unientis nos ad se, et facientis intelligere, et iudicare recte de his mysteriis secundum affectum ipsum ad divina, et experientiam, et convenientiam eorum. Unde et in exercitio istorum donorum maxime fundatur *Theologia Mystica*, id est, affectiva, quatenus ex affectu, et unione hominis ad divina crescit intellectus cognitio quasi *experimentum internum*... Ex ista autem interiori illustratione et experimentali gustu divinorum..., inflammatur affectus ad hoc ut altiori modo tendat ad obiecta virtutum, quam per ipsasmet ordinarias virtutes».

[60] La vía *sobrenatural, mística* o «extraordinaria», dice el P. SURIN (*Catéch.* p. 3.ª, c. 3), «es un estado en que el alma ya no obra por sí misma, sino bajo la dirección del Espíritu Santo y la especial asistencia de su gracia. Llámase *sobrenatural*, para distinguirla de la *ordinaria*, en que esa operación de la gracia no se ve manifiestamente... A esta vía llama Dios cuando y como le place; lo único que la criatura puede hacer es *disponerse* con su fidelidad. En esta vía hay tres estados progresivos. El primero es aquel en que el alma, prevenida del Espíritu Santo y conducida de su operación, obra en todo por su gracia. El segundo es aquel en que muere a su acción y aparenta no hacer nada, para dar pleno lugar a la obra del Espíritu Santo. El tercero es aquel en que recibe nueva vida, como resucitando con Jesucristo con más energía que nunca».

divinamente la moción y dirección del Espíritu Santo, al modo que las siete principales virtudes, teologales y cardinales, nos habilitan para seguir *humanamente* la norma evangélica, según la percibe y propone nuestra razón cristiana [61]. Por eso a todas estas virtudes corresponde algún don que las realce y complete, y así, la misma proporción viene a haber entre los dones y la norma del Espírito, que entre las virtudes y la norma directriz de la razón.

De ahí la excelencia que de suyo tienen los dones sobre las virtudes, indicada ya en el mismo nombre de *espíritus* con que la Escritura los designa. Porque *espíritu* quiere decir aquí *inspiración*, mientras que *virtud* es como una energía *interior* cuyo acto sale notoriamente de nosotros mismos. Y así los dones son, como dice Santo Tomás [62], «*altiores perfectiones*, secundum quas sit (homo) dispositus ad hoc quod divinitus moveatur», y tan elevadas y nobles son estas perfecciones, que nos convierten en órganos o instrumentos del mismo Espíritu Santo [63]. Por eso vienen a perfeccionar y completar las virtudes, supliendo

---

[61] Aunque se dicen *siete* los dones del Espíritu Santo, este místico número, como observa el P. Gardeil (p. 52-53), «no agota los infinitos recursos de la divina Bondad. Siempre que figura el número perfecto *siete* para designar las obras de Dios, no indica tanto un límite como una *plenitud*. Hay siete sacramentos, siete virtudes teologales y morales, siete órdenes sagrados... Cuantas veces se derrama sobre la tierra la plenitud de los tesoros divinos, reaparece ese número... Comprendemos el misterio... y así no intentamos encerrar el poder divino en los límites de nuestra capacidad. Hay siete dones del Espíritu Santo; pero los medios que Dios tiene para influir en nosotros y movernos en orden a la vida eterna son infinitos».

[62] 1-2, q. 68, a. 1.

[63] «Estos nobilísimos dones, decía la Virgen a la V. Agreda (l. c.), son la emanación por donde la Divinidad se comunica y transfiere en las almas santas; y por esto no admiten limitación de su parte, como la tienen del sujeto donde se reciben. Y si las criaturas desocupasen su corazón de los afectos y amor terreno, participarían sin tasa el torrente de la Divinidad infinita por medio de los inestimables dones del Espíritu Santo. Las virtudes purifican a la criatura de la fealdad y mácula de los vicios, si los tenía, y con ellas comienza a restaurar el orden concertado de sus potencias, perdido primero por el pecado original y después por los actuales propios; y añaden hermosura, fuerza y deleite en el bien obrar. Pero los dones del Espíritu Santo levantan a las mismas virtudes a una sublime perfección, ornato y hermosura, con que se dispone, hermosea y agracia el alma para entrar en el tálamo del Esposo, donde por un admirable modo queda unida con la Divinidad en un espíritu y vínculo de la eterna paz. Y de aquel felicísimo estado sale fidelísima y seguramente a las operaciones de heroicas virtudes; y con ellas se vuelve a retraer al mismo principio de donde salió, que es el mismo Dios; en cuya sombra

sus deficiencias, dándoles una actividad y viveza extraordinarias y haciendo lo que ellas de ningún modo podrían [64]. Y como a la vez que disponen para recibir la divina moción, son energías y habilidades que permiten secundarla y cooperar con ella, de ahí que nos hagan a la vez que *pasivos*, *activos* en sumo grado, como *agitados y animados* de una actividad verdaderamente divina, la cual, aparentando esclavizar, nos da la más gloriosa de las libertades, que es la del Espíritu que nos hace hijos de Dios. «Y ninguna cosa mejor podría hacer nuestra libre voluntad, dice San Agustín [65], que *dejarse hacer* de aquel que no puede hacer nada mal».

Y puesto que con los dones obramos como impulsados, animados y dirigidos por el mismo Dios, nuestro obrar no es ya entonces humano, sino *sobrehumano* y verdaderamente *divino*. Por eso añade Santo Tomás [66] que para secundar esa moción del Espíritu Santo necesitamos hallarnos en mayor grado de perfección: *Ad altiorem motorem oportet maiori perfectione mobile esse dispositum*. De ahí esa manera de obrar que distingue los dones de las virtudes, las cuales «perficiunt ad actus *modo humano*, sed dona *ultra humanum modum*» [67].

Al ejercitar las virtudes, en efecto, obramos de un *modo connatural*, como si fuera del todo propia esa energía infusa con que obramos. Así, nuestro connatural modo de conocer las cosas espirituales y divinas es remontarnos de lo visible a lo invisible, contemplándolas a través del espejo de las criaturas materiales y en el enigma de las analogías: *Connaturalis enim modus humanae naturae est ut divina non nisi per speculum creaturarum et aenigmate similitudinum percipiat* [68]. Y la fe sobrenatural, con proponernos los divinos misterios a que no podían llegar las luces de nuestra razón, nos lo da, sin embargo, a conocer de este modo *enigmático* y *obscuro* que nos es connatural; ensancha el campo de nuestros conocimientos, mas no

descansa sosegada y quieta, sin que la perturben los ímpetus furiosos de las pasiones».

[64] «Innumera enim sunt opera ad quae nos Deus per instinctum Spiritus Sancti movet, quae sub virtutibus infusis non cadunt... Cum homo operatur ex instinctu Spiritus Sancti, potius agitur quam agit... : caeterum iam motus a Spiritu Sancto libere consentit et effective concurrit ad operationem sapientiae, et intellectus», etc. (MEDINA, *In 1-2*, q. 68, a. 8).

[65] *De Gestis Pelag.* c. 3, n. 5.

[66] L. c., a. 8.

[67] S. TH., *In 3 Sent.* d. 34, q. 1, a. 1.

[68] Id., ib.

altera el *modo* de nuestro conocer. Pero con el don de inteligencia empiezan a descorrerse los velos y desvanecerse los enigmas, y nos es dado hasta cierto punto *ver* la verdad al descubierto: lo cual nos eleva sobre nuestro modo connatural de percibir las cosas divinas: «Fides... est inspectio divinorum in speculo et aenigmate. Quod autem spiritualia quasi *nuda veritate* capiantur, *supra humanum modum* est; et hoc facit donum intellectus» [69]. Este don es el que tantas veces comunica a inocentes niños y a personas del todo incultas, pero dóciles al Espíritu Santo, esa portentosa *intuición* de los divinos misterios, ese profundo *sentido de la fe*, y esa perspicacia con que a primera vista descubren el veneno del error en expresiones que quizá a los ojos de muchos teólogos podrían parecer inofensivas (Eccli. 37, 17). Solamente con ese don podía Santa Juana Francisca Chantal, a la edad de cinco años, dejar maravillado, desconcertado y confundido a un sabio hereje que negaba la verdad de la Eucaristía [70].

En el orden práctico, el connatural modo de obrar, que es propio de las virtudes, consiste, en cuanto a la prudencia, por ejemplo, en examinar bien las cosas y circunstancias a la luz de la razón, pensando el *pro* y el *contra* de todo, conjeturando por lo que comúnmente suele acaecer. Pero ocurren a veces gravísimas dificultades: hay que tomar una pronta resolución, y todas parecen arriesgadas, y aun después de consultar a las personas más prudentes, se queda uno con la misma perplejidad. Si al ver que no nos bastan las luces ordinarias, invocamos de corazón al Espíritu de consejo, y sintiéndonos impulsados a tomar una resolución imprevista, hallamos que resulta muy hacedero lo que sin una moción superior sería desatinado, entonces obraremos de un *modo sobrehumano*, siendo llevados por el don de *consejo* a un resultado felicísimo en que no hubiéramos podido soñar: «*Modus humanus* est quod procedatur inquirendo et conieturando ex his quae solent accidere», dice Santo Tomás [71]. «Sed quod homo accipiat hoc quod agendum est, quasi *per certitudinem a Spiritu Sancto* edoctus, *supra humanum modum est*; et ad hoc perficit *donum consilii*» [72].

[69] Ib. a. 2.

[70] Vid. Bougaud., *Hist. de S. Chantal* t. 1, c. 1; cf. S. Th., *C. Gent.* l. 1, c. 6.

[71] 3 *Sent.* d. 34, q. 1, a. 2.

[72] «Lux ista (donorum), dice Alvarez de Paz (*De Inquis. Pacis* l. 1, p. 3.ª, c. 2), fidei cognitionem ac sinceritatem non tollit, sed eam perficit, et mirum in modum notitiam eorum quae cogitamus, et

Entonces el alma, por experiencia, conoce que, *yendo gobernada por Dios, nada le faltará* (Ps. 22, 1). Y siendo así, no tiene por qué examinar qué es lo que más le conviene; esto pertenece a quien la gobierna. A ella bástale cerciorarse de que realmente es movida del Espíritu Santo y estar pronta a seguirle con docilidad. Pues el «juzgar y ordenar no es propio del que es movido, sino del motor» [73]. Bien es verdad que en un principio—y aun por bastante tiempo—los divinos impulsos no suelen ser tan claros que excluyan prudentes dudas, y por eso las almas piadosas con tanto cuidado suelen pedir consejo a sus directores, para «no creer fácilmente a cualquier espíritu y probar que son movidas del de Dios» (Io. 4, 1-6). Pero con el tiempo, según se purifican los ojos del corazón, llegan a hacerse tan claras las mociones divinas, que se imponen con avasalladora evidencia, y muchas veces no sólo previenen toda deliberación, sino que no dan lugar a reflexiones, de suerte que, cuando uno se da cuenta, ya está hecho, y muy bien hecho, lo que el Espíritu Santo le sugería. En estos casos, y cuando la cosa urge y no hay a quien consultar, como la gloria de Dios se interese en la pronta ejecución, debe uno atenerse a la sentencia del Salvador que nos dice: «No penséis entonces lo que habéis de hablar; porque ya se os sugerirá, pues no sois vosotros los que habláis—al dar testimonio de Mí—, sino el Espíritu de vuestro Padre es quien habla por vosotros» (Mt. 10, 19-20). Y este modo de proceder es indudablemente *sobrehumano*.

La virtud de la *fortaleza* consiste en afrontar las dificultades en la medida que lo permiten nuestras fuerzas: ir más allá por iniciativa propia es *temeridad*. Pero si, llevado de un ins-

---

ponderationem auget. Aliquando enim res divinas viri spirituales tam perspicue intelligunt, ac si ipsas res clare intuerentur, et tam sapida notitia percipiunt, ac si mel palato gustarent: et hoc facit donum sapientiae. Aliquando hebetudo mentis omnis ex parte obtunditur, ac mysterium cognitum subtilissime, et quasi usque ad intima penetrat, et hoc praestat donum intellectus. Aliquando quid in unaquaque re agendum, quid omittendum sit; quanta puritate vivendum, quam ex corde omnia terrena despicienda, ingente quadam satisfactione cognoscunt; et hoc pertinet ad donum scientiae. Aliquando tandem non iam in generali sed in eventibus particularibus quomodo procedendum sit, intelligitur; et hoc ad consilii donum expectat... Solet ergo Spiritus hic veritatis, mediis his donis, iustum in oratione positum de mysteriis fidei perfectissima cognitione docere, et ad altissimam quamdam sapientiam sublimare. Quae eos ita incitat, ita impellit, ut quasi vehementissimo impetu in omnem virtutem tendant, et rebus humanis se proripiant».

[73] S. TH., 1-2, q. 68, a. 1.

tinto sobrenatural, emprende uno y realiza una obra manifiestamente superior a él, sabiendo cierto que no podrá lograr nada sino con el poder divino, entonces, dice Santo Tomás [74], obrará de un *modo sobrehumano,* tomando por medida la divina virtud, y no la propia.

Y puesto que los dones exceden a las virtudes en el *modo* de obrar, también deben excederlas en la *norma* que las regula. La virtud—*qua recte vivitur secundum regulam rationis*—tiene por norma la razón ilustrada por la fe; mas los dones, como perfecciones más elevadas que Dios nos comunica *in ordine ad motionem ipsius* [75], no teniendo a la razón por *motora* ni por *directora,* mal pueden tenerla por *reguladora.* La norma de estos actos es la infalible sabiduría de quien los sugiere [76]. Así, la humana razón, aun ayudada de la fe y de la prudencia infusa, no podría justificar ciertas acciones de los santos, las cuales, sin embargo, por sí mismas se justifican, mostrando muy a las claras obedecer a otra razón sublime que no podemos menos de aplaudir y admirar tanto más, cuanto menos la comprendemos. Si estas obras exceden los límites de nuestra prudencia, «no por eso dejan de ser buenas, y con una bondad superior. No son temerarias, porque tienen al mismo Dios por consejero y apoyo. Y están justificadas por lo mismo que Dios no está obligado como nosotros a contenerse en los límites de nuestra imperfección. Por eso satisfacen más de lo que sería menester a los datos de la prudencia» [77]. Y aunque la nuestra no las autorizaría, las autoriza la del Espíritu Santo. Este divino Espíritu de la Verdad no necesita pedirnos consejo ni permiso para inspirarnos y movernos según sabe que nos conviene, y como su norma nunca puede fallar, bástanos seguirla fielmente para ser conducidos a un feliz éxito: *Spiritus tuus bonus deducet me in terram rectam* (Ps. 142, 10).

Lejos de poder estas mociones ser reguladas por la razón, «previenen, como observa el P. Froget [78], nuestras deliberaciones, se adelantan a nuestros juicios, y nos llevan, como de un modo instintivo, a obras en que no habíamos soñado y que ver-

---

[74] 3 *Sent.* d. 34, q. 1, a. 2.

[75] S. Th., 1-2, q. 68, a. 1 ad 3.

[76] «Cum dona sint ad operandum supra humanum modum, oportet quod donorum operationes mensurentur ex altera regula humanae virtutis, quae est ipsa Divinitas ab homine participata suo modo, ut *iam non humanitus,* sed quasi *Deus factus* participatione, operetur» (S. Th., 3 *Sent.* d. 34, q. 1, a. 4).

[77] *L'Ami du Clergé* (1892) p. 391.

[78] P. 411.

daderamente pueden llamarse sobrehumanas, ya porque exceden a nuestras fuerzas, ya porque se producen fuera del modo y proceder ordinarios de la naturaleza y de la gracia».

Y este *modo* singular, que consiste en el *imperio* y la soberana *eficacia* con que el divino Huésped nos mueve y dirige como le place—y como a órganos suyos, para obrar o hablar por nosotros—es lo que más distingue los dones de las virtudes. Pues como hasta en las menores obras puede movernos así a veces el Espíritu Santo, síguese que no es tanto la excelencia ni el heroísmo de una acción, como el realizarse de un *modo sobrehumano*, lo que distingue en general el acto de los dones del de las virtudes [79].

Cuando las santos hacen cosas del todo extraordinarias que no sólo chocan con las miras de nuestra prudencia, sino que parecen atentar manifiestamente contra la salud y la vida, y, sin embargo, resulta que procedieron muy bien y con sumo agrado de Dios, a buen seguro que obran con unas miras y bajo una dirección sobrehumanas. Así, cuando el Beato Enrique Susón, O. P., grababa, como añade Froget [80], profundamente en su pecho el nombre de JESÚS, y se entregaba a unas maceraciones que asustan a nuestra delicadeza; cuando Santa Apolonia, amenazada de ser quemada viva si no renunciaba a Jesucristo, adelantándose a los verdugos, se arroja ella misma en las llamas; cuando los estilistas y otros tantos santos abrazaban un género de vida que parecía un perpetuo atentado contra la naturaleza, ¿podían conducirse según las reglas de la prudencia cristiana? Claro está que no; y, sin embargo, los milagros obrados en confirmación de su santidad, prueban que ese proceder obedecía a un impulso divino. Todos esos heroísmos de fe, mansedumbre, paciencia y caridad que de un modo conmovedor nos refiere la hagiografía cristiana, las obras extraordinarias emprendidas para la gloria de Dios y la salvación de los prójimos, las más elevadas y excelentes manifestaciones de la vida espiritual no son otra cosa sino efectos de los dones del Espíritu Santo. Partiendo de un principio superior a las virtudes, ¿qué extraño es que excedan su medida?»

Y no vaya a creerse que estas cosas extraordinarias sólo figuran en las vidas de los antiguos santos: del mismo modo

---

[79] «Dona excedunt communem perfectionem virtutum, non quantum ad *genus* operum..., sed quantum ad *modum operandi*, secundum quod movetur homo ab altiori principio» (S. TH., 1-2, q. 68, a. 2 ad 1).

[80] P. 402.

—y aun si se quiere con más divina delicadeza—figuran en los modernos y se reproducen entre nosotros y seguirán reproduciéndose hasta el fin del mundo en todos los grandes siervos de Dios que estén verdaderamente llenos y poseídos de su Espíritu. El referido hecho del Beato Susón lo han reproducido después muchas almas santas, llevadas de un superior impulso a que no pudieron resistir, como, por ejemplo, Santa Chantal y Santa Margarita María, etc. Y bien recientemente—en 1904—la angelical M. María de la Reina de los Apóstoles se vió también precisada a grabar profundamente en su pecho, con fuego, el anagrama JHS entre las iniciales M. R., en letras tan grandes como la palma de la mano, y a renovarlo cuando empezaban a cicatrizar, de tal suerte que, después de muerta, se lo encontraron en carne viva, y tan hondo que dejaba ver los huesos. Preguntada por mí mismo, a ultima hora (en que tuve el consuelo de oír de sus benditos labios los maravillosos secretos de su alma), cómo había hecho ese *disparate,* me respondió candorosamente: «No podía menos; Nuestro Señor me exigía ese sacrificio, y con tal violencia me impulsaba a él, que yo me veía ahogada: era imposible resistir... Si la M. Superiora tarda más en concederme su permiso, creo que me hubiera muerto en aquella opresión». Y al preguntarle en seguida cómo había tenido valor para trazar tales letras con un punzón incandescente—siendo ella antes tan sensible y delicada—, añadió: «Créame, Padre; puedo decirle que no lo sentí; lo que sentía era un gran alivio y desahogo; ese dolor exterior no era nada comparado con el de la opresión interior que se me quitaba». De este modo, según me refirió también, con sólo recibir permiso para reanudar sus terribles penitencias, empezaba a mejorar o recobraba la salud, así como la perdía cuando la impedían hacerlas. Por lo cual sus superioras, al verla como en peligro de muerte, se veían precisadas—según una de ellas me declaró—a permitirle los más extraños rigores, ya que lo que para otros sería quizá mortal, para ella era el único remedio.

Por aquí se ve cómo la norma del Espíritu Santo se justifica por sí sola, y cómo, a pesar de eso, no excluye la perfecta subordinación a la legítima autoridad, pues el Espíritu de Dios siempre es sumiso (1 Cor. 14, 32-40; 1 Io. 4, 6) y suave, a la par que eficaz e imperioso (Sap. 8, 1), y se ve también cómo las almas fieles, aun sintiendo clarísimamente la moción divina —mientras da lugar—piden *consejo* para ponerla por obra, y,

sobre todo, *licencia*, cuando la propia profesión la reclama [81]. De este modo se cercioran de que la inspiración viene de Dios, y de que no es prudente resistirla, pues, constando que viene de tan arriba, ya no tiene por qué entrometerse la pobre razón humana, como si quisiera dar consejos al Espíritu Santo. Esto sería «contristarle» y *extinguir* sus vivificadores influjos (Eph. 4, 30; 1 Thes. 5, 19).

§ V.—Psicología pneumática.—La inspiración y moción de Dios según la filosofía pagana y según la cristiana.—La vivificación e inspiración del Espíritu Santo y la posesión y sugestión del maligno.—La conciencia de la inhabitación divina y el verdadero estado místico: las tendencias e instintos divinos.—Penosa actividad de la meditación y fructuosa pasividad de la contemplación; el andar y el volar.

Ya el mismo Aristóteles, en su *Moral a Nicómaco* [82] admitía estas *inspiraciones divinas* en que la razón debe someterse y no ponerse a juzgar lo que tanto excede a sus alcances, ni menos querer constituirse en norma de una acción tan superior a la suya. Así explica las inspiraciones artísticas y la de ciertos hechos heroicos que trascienden sobre las reglas de la prudencia humana. La misma filosofía reconoce, pues, la posibilidad y conveniencia de que Dios, como «razón de nuestra razón», se haga regla inmediata de nuestra conducta, e inspirador de acciones sobrehumanas.

Mas para los filósofos gentiles esa intervención divina tenía que ser transitoria, pasajera y fortuita, y así no requería en el alma ninguna disposición habitual que le sirviera como de base perenne, pues ellos no podían siquiera sospechar esa misteriosa, íntima y constante comunicación vital de Dios con el alma justa. Esta inhabitación amorosa—que es a la vez una

[81] La dirección del Espíritu Santo, observa el P. LALLEMANT (*Doctr. pr.* 4, c. 1, a. 3), «lejos de apartar de la obediencia, la favorece y facilita su ejecución... Dios quiere que procedamos como los santos, los cuales con su sumisión merecieron ser más encumbrados de lo que hubieran sido si se apegaran a sus propias revelaciones. Sólo es de temer que los superiores se dejen a veces llevar demasiado de la prudencia *humana* y, sin más discernimiento, condenen las luces e inspiraciones del Espíritu Santo, teniéndolas por sueños e ilusiones... Aun en este caso se debe obedecer. Pero Dios sabrá algún día corregir el error de estos hombres *temerarios* y enseñarles, muy a costa suya, a no condenar estas gracias *sin conocerlas* y *sin ser capaces de juzgarlas*».

[82] L. 7.

vivificación continua—sólo podía constarnos por la fe y la experiencia sobrenatural. Y mediante éstas, el filósofo cristiano halla y reconoce una base firme y constante para recibir esas divinas influencias que, a los ojos de los paganos, aparentaban ser raras y casuales. «Encuéntrase, dice el P. Gardeil [83], con un hombre poseído ya de la Divinidad, en quien habitualmente reside la Divinidad, y de quien la misma Divinidad es como el alma. Y es propio de ésta el hacer surgir en el ser que vivifica todos los órganos necesarios». Y de ahí esos hábitos divinos que se llaman dones, espíritus, instintos o tendencias sobrenaturales, que nos vienen para *facilitar* por nuestra parte el impulso y gobierno de Dios, y *habilitarnos* para seguirlo dócilmente. «Claro está que Dios no necesita de estos apoyos para movernos; pero los necesitamos nosotros para proceder en el orden de las mociones divinas con la misma perfección que en el de las racionales. Preciso es que las inspiraciones del Espíritu Santo se hallen en nosotros en estado *habitual,* como lo están los dictados de la razón. No cedemos a las insinuaciones de Dios violentamente y como forzados, sino como cede a su razón el virtuoso, que lo hace fácil y prontamente, con el desembarazo que le da el hábito de la virtud». Así es como podemos decir con Isaías (50, 5): «El Señor me ha abierto el oído, y yo estoy pronto a escucharle: no quiero resistirle ni retroceder».

Para el Angélico Doctor «toda la doctrina referente a los dones se compendia en estas palabras: *Spiritus, dona.* Como *soplos* o inspiraciones del Espíritu Santo, requieren la autonomía de su principio, y como *dones*, tienen un punto de apoyo habitual en nuestras almas. Aunque es necesario que una gracia actual despierte en nosotros la voluntad de usar el don, estas gracias son como el aire que respiran las almas justas y fervorosas», sobre las cuales influye constantemente el Espíritu vivificador, como perenne manantial de actividad y de vida. Y como *alma* de un orden más elevado y realmente *divino,* su *posesión* no es ninguna manera de *intrusión*, ni su *moción* y *dirección* se parecen en nada a una *imposición* extraña y violenta, pues en realidad son influencias íntimas, vivificadoras, vitales y, por lo mismo, autónomas, ya que El, como razón de nuestra razón y vida de nuestra alma, es más íntimo a nosotros que nosotros mismos. Así es como, bajo su acción, nos sentimos más libres y más activos que nunca.

[83] P. 29-32.

Por aquí se ve cuánto distan esta divina *vivificación* e *inspiración* de la *posesión* diabólica y la *sugestión* satánica. Si el demonio penetra en algún desventurado, es para hacerle violencia, seducirle e impulsarle al mal y dañarle cuanto pueda. Como no es causa del alma, no puede penetrar en ella, y lo que hace es paralizarla y perturbar su actividad [84]. En la *posesión* tiraniza las potencias, manejando a su gusto y violentando por dentro y por fuera de los órganos corporales de que ellas necesitan valerse para funcionar, y en la *sugestión* fascina como por de fuera, con imágenes ilusorias, queriendo remedar muchas veces las inspiraciones divinas que *salen de adentro*, como del ápice de la misma alma, donde reina Dios. Pero sabiendo el pérfido engañador disfrazarse en forma de *ángel de luz*, no siempre es fácil distinguir, sino por los efectos, sus instigaciones maléficas de las santas inspiraciones, hasta que el alma tiene ya mucha experiencia y va sintiendo muy a las claras y reconociendo desde luego la voz de su dulce Pastor (Io. 10, 27-28). Por eso entre tanto hay que *probar los espíritus*, mientras aun caben dudas, para ver si vienen de Dios o del enemigo.

Mas cuando el alma haya llegado ya a la verdadera *unión*, entonces, como advierte Santa Teresa [85], logrará sentir tan claramente los suavísimos toques de su Amado, que se le disiparán todas las dudas. El mismo Espíritu que en ella mora como en su habitación predilecta, a la vez que le da claro *testimonio de que es hija de Dios*, la certifica de ser El quien la inspira, la dirige y la mueve, sin hacerla violencia, antes causándole sumo gozo, suavidad y dulzura y dándole en todo vigor y facilidad [1]. Como razón y norma de nuestra misma razón, subordina sin avasallar, por puro amor, con atractivos infinitos, y, como vida de las almas, reina en ellas, comunicándoles la más dulce libertad y autonomía: *Ubi Spiritus Domini, ibi libertas* (2 Cor. 3, 17). El alma sigue con indecible placer la moción de Dios, porque todo su gusto es seguirla; tiene conciencia de estar poseída de Aquel a quien se abandonó totalmente, y por experiencia sabe ya que, bajo ese amoroso gobierno, *nada puede faltarle*: pues también El se le comunica sin reserva [86]. Y así ella viene a

[84] Cf. S. Th., *Contra Gent.* 4, 18.
[85] *Morada* 5, 1.
[86] Por los dones del Espíritu Santo, dice Juan de Santo Tomás (*In 1-2*, q. 70, disp. 18, a. 1, § 9), no contento el Señor con darnos sus gracias, toma posesión de nosotros para enriquecernos con gracias mayores: «Hoc enim proprie spectat ad haec dona Spiritus Sancti, in quibus ita Deus dat hominibus et distribuit dona sua, quod per ea

poseer al mismo Dios con sus tesoros infinitos, tiene a *su Dios* y *su todo*—al *Dios de su corazón y su herencia eterna*—en la proporción en que es de El poseída [87].

Esta *conciencia* de la vida sobrenatural y de las inefables operaciones de Dios en el alma es lo que en cierto modo caracteriza y lo que mejor nos permite reconocer el *estado místico* sobre el cual tanto se discute hoy, y tanto se yerra al hablar de *mística pagana*, o de *mística musulmana*, etc... El verdadero *estado místico* implica, junto con la *inhabitación vivificadora* del Espíritu Santo, su *moción* y su *dirección habitual*, supliendo o completando la de la razón sobrenaturalizada y enriquecida con las virtudes infusas. Sin los dones del Espíritu Santo no caben ni pueden caber sino vanas apariencias de *mística*. Los que no están siquiera en gracia de Dios, y sobre todo los que carecen hasta de la misma luz de la verdadera fe, mal pueden poseer al Espíritu Santo, y mal pueden sentir el influjo de sus dones, que son el todo en el proceso de la *vida mística*, y que, en el alto grado en que obran ya cuando se hacen *sentir*, suponen una muy intensa *vivificación*. Los gentiles pudieron a veces experimentar ciertas inspiraciones divinas, siendo como exteriormente *movidos* o *ilustrados* del Espíritu Santo, sin estar por El *habitados* ni *vivificados*—puesto que la divina *Luz luce en las tinieblas, sin que éstas la comprendan* (Io. 1, 5)—; pero esa moción o inspiración, faltando el sentido vital, el *sensus Christi*, no puede en realidad ser percibida como la perciben los verdaderos *místicos*, que están llenos de vida divina y *conocen la verdad libertadora*. A lo sumo constituiría algo parecido al *acto*, mas no al *estado místico*. Pero esas sensaciones son de muy diverso orden.

El alma justa se halla en realidad poseída e informada del Espíritu septiforme que tiende a configurarla con el Varón ce-

---

subiicit sibi homines, et reddit bene mobiles a Spiritu suo: et ita cum reliqua dona accipiant homines a Deo, in istis donis etiam *homines ipsos Deus accipit*, et in ipsis hominibus captis sibique subiectis, etiam dona sua iterum accipit, et sua facit, utique cum usura et foenore».

[87] Por las virtudes tenemos al Espíritu Santo como a nuestras órdenes: *Utimur Spiritu Sancto*, según la gráfica expresión de los teólogos. Mas por los dones El mismo es quien dispone de nosotros, *poseyéndonos* a la vez que es *poseído*. Esta posesión recíproca, como obra del divino amor, harmoniza perfectamente la libertad con la servidumbre, la subordinación con la autonomía. Así es como las almas espirituales, según observa el P. Gardeil (p. 34), «aunque *pasivas* en presencia del Espíritu Santo, le *poseen* a su vez y usan de la influencia de su huésped, siendo esclavas y libres a un mismo tiempo. Tal es la rara antinomia, cuya solución nos ofrece el don divino» [2].

lestial, imprimiéndole su sello, despojándola de las fealdades y manchas del hombre terreno, y llevándola de claridad en claridad hasta las regiones de la luz eterna. Y como a cada forma, según advierte Santo Tomás, sigue una *tendencia* o inclinación acomodada [88], de ahí que resulten en nosotros de la misma inhabitación del Espíritu Santo esos *instintos* o *impulsos* divinos que llamamos *dones*, los cuales son como una *herencia* sobrehumana, una suerte de *sangre divina* que corre por nuestras venas y que, a manera de una nobilísima *forma orgánica hereditaria*, nos impele a acciones nobles y heroicas, dignas de los hijos de Dios, comunicándonos al efecto esos instintos celestiales, propios de una estirpe divina [89]. Esta es la mística «herencia de los siervos de Dios», en la cual mora aquella sabiduría que en todos desea reposar, aunque de tantos es groseramente rechazada [90].

Los dones empiezan en realidad a manifestarse muy pronto, aunque obscuramente, en forma de ocultos *instintos* que nos llevan—y cada vez con más energía—a donde la razón ni sabe ni puede llevarnos. Y a fuerza de purificar nuestras almas para no impedirlos y seguirlos dócilmente, y de comprobar sus magníficos resultados, van aclarándose y manifestándonos lo que son, de quién provienen y hacia dónde nos llevan [91]. Y así, quienes tienen ya suficientemente limpios e iluminados los *ojos del corazón*, empiezan a *ver a Dios* (Mt. 5, 8; Eph. 1, 18), a reconocer la presencia y la benéfica acción del *Dedo* de su diestra—*Dextrae Dei Tu digitus*—del amoroso Paráclito, dulcísimo Huésped del alma, que obra en nosotros y por nosotros para remediar nuestra flaqueza, dar nuevo realce a las mismas virtudes que El nos ha infundido y hacer fácil y perfectísimamente, por medio de sus inestimables dones, lo que con ellas de ningún modo podríamos, o sólo haríamos a medias y con suma dificultad.

Para convencerse de esto, bastaría leer a Santa Teresa [92], mostrando cuán laboriosamente obra el alma por el único medio

---

[88] «Quamlibet *formam* sequitur aliqua *inclinatio*» (1.ª p., q. 80, a. 1).

[89] «Cuando uno lleva en sus venas sangre de héroes, dice el padre Hugón (*Rev. Thom.* sept. 06, p. 420), se abalanza como por instinto a las grandes acciones. Los dones del Espíritu Santo hacen eso y mucho más; nos preparan y disponen para lo sublime: son en nosotros como una semilla cuya flor ha de ser el heroísmo.»

[90] «Haec est haereditas servorum Domini» (Is. 54, 17).—«In omnibus requiem quaesivi, et in haereditate Domini morabor» (Eccli. 24, 11).

[91] Cf. S. JUAN DE LA CRUZ, *Llama de amor viva* canc. 4, v. 3.

[92] *Vida* c. 11-16.

de las virtudes, esforzándose por *sacar* con prolongadas *meditaciones* algunas gotas de *agua* del *pozo* hondo de la gracia... Cuando el divino Espíritu empieza como disimuladamente a ayudarla, entonces ella nota con sorpresa que «saca más agua» y con menos trabajo; pues las mismas virtudes obran con mucha más facilidad y energía bajo el oculto soplo de los dones. Luego éstos preponderan, como cuando esa mística *agua* de la gracia viene toda del río, aunque el alma, con ayuda de las virtudes, todavía conserva el poder de *dirigirla* y distribuirla. Después le baja toda del cielo, ya bien distribuída, y no le da más que hacer que beberla y saturarse de ella... Por fin se le quita este mismo trabajo de tragarla, y ella sola se le introduce en el corazón, y por dentro y por fuera la inunda y la sacia y la embriaga en el torrente de divinas delicias... Aquí cesa toda *iniciativa* propia: cuando menos lo piensa y lo procura, el alma se ve toda llena de Dios, inundada y saciada en el piélago de *agua viva*, y todo lo que con su iniciativa quisiera entonces hacer no le serviría sino para poner obstáculos a la misteriosa acción del divino Espíritu [93].

Debe, pues, atenerse a secundarla con todas sus fuerzas, y de este modo, aparentando *ociosa*, en aquella *pasividad* se encuentra más *ocupada* y más viva y *activa* que nunca, rebosando en vigor y energías divinas [94].

Así lo podrá reconocer y comprobar, por los buenos efectos, el mismo director—y se lo hará constar a ella cuando convenga para tranquilizarla—si es que está dotado de la luz y discreción que para este caso se requieren; que si no, juzgando según las simples miras de la prudencia humana, en vez de apoyar y desengañar, se convertirá en rémora, y no hará sino estorbar y desorientar. Quien tenga luz y experiencia notará que si el alma se empeña—como suele hacer muchas veces—en obrar por sí

---

[93] «De tal manera pone Dios al alma en este estado, dice San Juan de la Cruz (*Noche obscura* 1, c. 9), que si ella quiere obrar de suyo y por su habilidad, antes estorba la obra que Dios en ella va haciendo, que ayude: lo cual antes era muy al revés. La causa es porque ya en este estado de *contemplación*, que es cuando *sale del discurso a estado de aprovechados*, ya Dios es el que *obra* en el alma».

[94] «En este estado, advierte Santa J. Chantal (*Opus.* ed. PLON., t. 3, p. 278), Dios es quien *dirige y enseña*; y el alma no hace más que *recibir* los bienes espiritualísimos que se le dan, que son a la vez la *atención* y el *amor divino*... Debe, pues, ir a El con un corazón confiado, sin particularizar otros actos más que *aquellos a que se siente movida*... Si trata de obrar y salir de esta simplicísima *atención amorosa* que Dios le reclama, no hará más que impedir los bienes que por medio de ella se le comunican».

misma del modo acostumbrado, no podrá adelantar e impedirá los buenos efectos de la acción divina, y que, en cambio, adelantará muchísimo mientras se mantenga con una simple *intuición* o *vista amorosa*, atendiendo y consintiendo a aquella obra delicadísima que Dios quiere en ella realizar [95].

Aquí el oficio del director se reduce a observar la operación misteriosa del Espíritu Santo, y aconsejar al alma que permanezca en esta santa *ociosidad*, mientras se sienta atraída, o a desengañarla cuando realmente se quede como *abobada* de modo que no saque fruto. Pero, viéndola animada del buen Espíritu, no se meta a indicarle el camino que le conviene seguir, pues entonces ya tiene ella adentro quien la dirija y la encamine, y cualquier intromisión no haría de suyo más que impedir o perturbar esa obra tan prodigiosa como silenciosa [3].

Tal es el tránsito gradual e insensible de la *meditación* a la *contemplación*, y tal es el proceso de ésta; la cual, aunque nunca, con solos nuestros propios esfuerzos, hubiera podido ser

---

[95] Como el alma no sabe sino obrar por el sentido, observa San Juan de la Cruz (*Llama* canc. 3, v. 3, § 16), «acaecerá que esté Dios porfiando por tenerla en aquella quietud callada, y ella porfiando por vocear con la imaginación y por caminar con el entendimiento: como a los muchachos, que llevándolos sus madres en brazos, sin que ellos den paso, van gritando y pateando por irse por su pie; y así ni andan ellos ni dejan andar a las madres. O como cuando el pintor está pintando una imagen, que si ella está meneándose, no le deja hacer nada. Ha de advertir el alma que, aunque entonces no se sienta caminar, mucho más camina que por sus pies, porque la lleva Dios en sus brazos. Mucho más se hace que si ella lo hiciera, porque Dios es el obrero».

Esto es lo que entonces deberían decirle sus directores, a fin de tranquilizarla y animarla a perseverar. Mas, desgraciadamente, aquí es donde muchísimos—por falta de espíritu y de ciencia santa—fracasan y hacen fracasar, aumentando los temores del alma, o queriendo obligarla a obrar e impedir así los frutos de esta oración secreta.

«Así como en llegando al puerto cesa la navegación, y alcanzando el fin cesan los medios, así, dice Molina (*Orac.* tr. 2, c. 6, § 1), cuando el hombre, mediante el trabajo de la meditación, llega al reposo y gusto de la contemplación, debe por entonces atajar los discursos y consideraciones; y contento con una simple vista de Dios y de sus verdades, descansar mirándole y amándole, y admirándole, o gozándose, o ejercitándose en otros afectos... En cualquier tiempo de la oración que el hombre sienta este recogimiento interior, y a la voluntad aficionada y movida con algún afecto, no le debe desechar por codicia de proseguir otras consideraciones o puntos que lleva prevenidos, sino detenerse en aquello lo que le durare, aunque sea todo el tiempo del ejercicio. Mas en pasándose aquella luz y afecto, y sintiendo el alma que se distrae, o se seca, debe volver a su meditación y al curso ordinario de sus ejercicios».

alcanzada, se concede a manos llenas a cuantos de veras y con pureza de corazón la buscan y perseveran pidiéndola (Eccli. 6, 18-37; Prov. 2, 3-5; 8, 17; Is. 51, 1-9, etc.; Mt. 11, 25; Iac. 1, 5), y tan maravillosamente empieza y con tanto vigor y fruto se desarrolla bajo la moción del Espíritu Santo, siempre que ésta es bien recibida y secundada. Asi el alma, que en un principio tan penosa y lentamente iba avanzando hacia el puerto de la salud, a fuerza de remos, temiendo quedar envuelta en las profundas olas del tempestuoso mar de este mundo y dar en ocultos escollos o caer en manos de corsarios, ahora, sin trabajo, y aun casi podemos decir sin peligro, navega rápidamente a vela desplegada, bajo el soplo del Espíritu Santo que la dirige y la preserva de contratiempos, a la vez que la mueve. Antes tenia que andar por su pie, pesadamente, como ave rastiera que está expuesta a caer en las garras del halcón; ahora le han nacido ya vigorosas alas con que sin cansancio vuela y se remonta hasta las alturas del cielo. Pero este tránsito tiene que realizarse penosamente a lo largo de las dos *noches* en que, temiendo ella encontrar la muerte, halla la renovación y la vida, saliendo de su bajo proceder humano para emprender un modo de obrar del todo celeste y divino [4].

APÉNDICE

[1] *La moción e inspiración divina.*—«Homo spiritualis, dice Santo Tomás [96], non solum *instruitur* a Spiritu Sancto quid agere debeat, sed etiam cor eius a Spiritu Sancto *movetur*... Illi enim agi dicuntur, qui quodam superiori instinctu moventur... Homo spiritualis non quasi ex motu propriae voluntatis *principaliter*, sed *ex instinctu Spiritus Sancti inclinatur ad aliquid agendum*».

«En las almas que plenamente se abandonan a Dios, se cumple puntualmente lo que dice San Juan: *No necesitáis que os instruyan, pues la unción divina os instruye en todo.* Para saber lo que Dios les pide en cada caso, les basta escuchar lo que al corazón les dice. La acción divina les revela sus designios no por una idea expresa, sino por instinto... A juzgar por las apariencias, nada habría más vacío de virtud que este proceder incierto, donde no se ve nada fijo, uniforme y concertado, y, sin embargo, ahí está el sumo grado de virtud, a que no se suele llegar sino después de prolongados ejercicios. La virtud de ese estado es la virtud en toda su perfección y pureza».—Sucede aquí lo que en el arte: un buen artista procede con toda perfección, sin nece-

[96] *In Rom.* 8, 14.

sidad de fijarse en las reglas; y produce obras tanto más acabadas, cuanto más se deja llevar del impulso de su inspiración. Y si luego se examinan sus producciones, se ve que están maravillosamente ajustadas a unas reglas en que no pensaba, pero que las tenía asimiladas.—«Así también el alma, después de muy ejercitada en la práctica de la virtud, siguiendo los métodos ordinarios para secundar a la gracia, contrae insensiblemente el hábito de obrar en todo por *instinto divino*. Y entonces lo mejor que puede hacer es lo primero que se le ocurre, sin emplear ya las reflexiones de que antes necesitaba.—Parece obrar a la ventura, no pudiendo menos de seguir la inspiración de la gracia que no la puede engañar. Lo que así obra con esa aparente sencillez resulta maravilloso para quien sabe entender las cosas. Nada podría hacer con más exactitud y concierto, con más profundidad y eficacia, armonía y circunspección; a pesar de que aparenta obrar sin regla ni medida, sin previsión y sin esfuerzos» [97].

[2] *El estado ascético y el místico.*—«En el *estado ascético*, observa Sauvé [98], diríase que el alma obra sola; aunque en realidad Dios obra siempre con ella, pues de otra suerte no podría hacer nada de sobrenatural, ni aun pronunciar el nombre de Nuestro Señor. En los *estados místicos*, por el contrario, parece que Dios obra solo; pero en el fondo, el alma entregada a su acción obra mejor, y es más influyente que nunca. Una acción particular de Dios hace irradiar los dones del Espíritu Santo en el espíritu y en el corazón, y hasta infunde en el alma nuevas ideas que le permiten, si ella es fiel, transfigurar más rápida y más perfectamente su vida...

«Puede decirse que en los *estados ordinarios* Dios está a merced del hombre, es decir, a merced de la pobreza y de la flaqueza; y así, a pesar de su omnipotencia, ¡cuán pobres, débiles e *imperfectos* vienen a ser los actos!... Mas en los *estados místicos,* por su amor se truecan los papeles; y cuanto más perfectos son esos estados, más libremente está la criatura a merced de Dios, que es la actividad misma, y tanto más perfectamente activa será .. El alma libremente a merced de Dios: he ahí los estados místicos. Y cuanto más se disponga ella con el recogimiento, la mortificación y la fidelidad en las virtudes. para recibir la acción divina, tanto mejor desplegará Dios en ella su actividad. ¡Cuánto se yerra acerca de los contemplativos! Son los que más hacen, porque son los que libremente están más *actuados* por Dios. Son los verdaderos hijos suyos, por estar así animados de su Espíritu (Rom. 8, 14). Esto nos dice que, cuanto más nos abandonemos a la acción divina, tanto más verdaderamente activos y libres seremos».

[3] *La dirección del Espíritu Santo.—Modo de proceder bajo ella y de disponernos para lograrla.*—«Dios en ese estado—en que cesan los actos discursivos—dice San Juan de la Cruz [99], es el agente con particularidad que infunde y enseña, y el alma la que recibe, dándole bienes

---

[97] CAUSSADE, *L'abandon à la Providence divine* l. 3, c. 2.
[98] *La culte du C. de J.* élév. 26.
[99] *Llama* canc. 3, v. 3, §§ 5-7.

muy espirituales en la contemplación, que son noticia y amor divino..., sin que el alma use de sus actos y discursos; porque no puede ya entrar en ellos como antes.—De donde en este tiempo totalmente se ha de llevar al alma por modo contrario del primero. Que si antes le daban materia de meditar, y meditaba, ahora antes se la quiten, y que no medite, porque, como digo, no podría aunque quisiera, y distraerse ha. Y si antes buscaba jugo y fervor, y le hallaba, ya no le quiera ni le busque; que no sólo no le hallará por su diligencia, mas antes sacará sequedad, porque se divierte del bien pacífico y quieto que secretamente le están dando en el *espíritu*, por la obra que ella quiere hacer por el *sentido*; y así, perdiendo lo uno, no hace lo otro; pues ya los bienes no se le dan por el sentido como antes.—Y por eso en este estado *en ninguna manera le han de imponer en que medite*... porque sería poner obstáculo al principal agente que es Dios: el cual oculta y quietamente anda poniendo en el alma sabiduría y noticia amorosa, sin mucha diferencia, expresión o multiplicación de actos... Si el alma quiere entonces obrar de suyo, habiéndose de otra manera más que con la advertencia pasiva..., pondría impedimento a los bienes que le está Dios comunicando en la noticia amorosa.—Lo cual es en el principio en *ejercicio de purgación*... y después en más *suavidad de amor*... Así no ha de estar asida a nada, ni a cosa de meditación ni sabor, ahora sensitivo, ahora espiritual. Porque requiere el espíritu tan libre y aniquilado, que cualquiera cosa que el alma entonces quisiese hacer... la impediría e inquietaría, y hará ruido en el profundo silencio que conviene que haya... para que oiga tan profunda y delicada audición de Dios, que habla al corazón en esta soledad, como lo dijo por Oseas (2, 14); y en suma paz y tranquilidad escuchando y oyendo el alma, como David (Ps. 84, 9), lo que habla el Señor Dios, porque habla esta paz en ella. Lo cual, cuando así acaeciere, que sienta el alma ponerse en silencio y escuchar aun la advertencia amorosa, que dije, ha de ser sencillísima, sin cuidado ni reflexión alguna, de manera que casi la olvide, para estar toda en el *oír*; porque así el alma se quede libre para lo que entonces la quiere el Señor...

»Esta manera de ociosidad y olvido siempre viene con algún absorbimiento interior. Por tanto, en ninguna sazón ni tiempo, ya que el alma ha comenzado a entrar en este sencillo y ocioso estado de *contemplación*, ha de querer traer adelante de sí meditaciones, ni arrimarse a jugos ni sabores espirituales; sino estar desarrimada y en pie sobre todo esto, el espíritu desasido, como dijo el profeta Habacuc: *Estaré en pie sobre la guarda de mis sentidos, y afirmaré mi paso sobre la munición* de mis potencias, y *contemplaré lo que se me dijere*... Porque ya habemos dicho que la contemplación es recibir, y no es posible que esta altísima sabiduría... se pueda recibir sino en un espíritu callado y desarrimado de jugos y noticias particulares. Porque así lo dice Isaías (28, 9): *¿A quién enseñará la ciencia, y a quién hará entender el oído? A los destetados de la leche y a los desarraigados de los pechos*; esto es, de los arrimos de noticias particulares. Quita, oh espiritual, la mota y la tiniebla..., y lucirte ha el sol claro, y verás».

«Cuando un alma se abandona a la dirección del Espíritu Santo, escribe el devoto P. Lallemant [100], va elevándola El poco a poco y se encarga de gobernarla. Al principio no sabe aún ella adónde va, pero luego se va ilustrando con la luz interior, la cual le hace ver todas sus acciones y el gobierno de Dios en ellas, de suerte que apenas le queda otra cosa que hacer más que dejar que Dios obre en ella y por ella lo que le agrada: así es como adelanta maravillosamente.

»Los principales medios de llegar a esta dirección del Espíritu Santo son éstos: 1.º Obedecer fielmente a las voluntades de Dios que ya conocemos... Cumpliendo ésas, El nos irá manifestando otras. 2.º Renovar muchas veces el propósito de seguir en todo la voluntad divina y afianzarse bien en esta resolución. 3.º Pedir incesantemente esta luz y fortaleza del Espíritu Santo, para cumplir en todo la voluntad de Dios... 4.º Observar cuidadosamente los diversos movimientos de nuestra alma. Con esta diligencia llegaremos poco a poco a reconocer lo que es de Dios y lo que no lo es. Aquello es apacible y tranquilo; mientras lo que viene del demonio es violento y trae turbación y ansiedad» [101].

A los que dicen que esta dirección y ansiedad sería contraria a la obediencia y aun a la prudencia, les responde el piadoso autor [102] que, lejos de mover a nada contrario a aquélla, el instinto del Espíritu Santo la facilita; y asimismo nos mueve a consultar a las personas ilustradas y a seguir sus pareceres [103]. Y a los que se quejan de no poder lograr ni aun reconocer esa dirección, les advierte: 1.º «Que las *luces* e *inspiraciones* más necesarias para obrar el bien y evitar el mal, *a nadie se niegan*, y menos a los que están en gracia». Y 2.º «Que viviendo disipados, sin entrar casi nunca en sí mismos... ni examinar el estado y disposición de su alma y los movimientos de su corazón, no es maravilla que no conozcan las delicadas insinuaciones del Espíritu Santo. ¿Cómo han de conocerlas, si ni siquiera conocen los propios defectos que libremente cometen? Pero *infaliblemente llegarán a reconocer esa dirección, si se disponen como es debido*: 1.º Sean fieles en seguir la luz que se les ha dado; y ésta irá siempre en aumento. 2.º Quiten los pecados e imperfecciones que, como otras tantas nubes, les impiden verla; y la verán cada vez mejor. 3.º No den libertad a sus sentidos, dejándolos mancharse. 4.º En lo posible, no salgan de su interior, y estén atentos a lo que allí pasa; y notarán los movimientos de los diferentes espíritus que nos inducen a obrar. 5.º

---

[100] *Doctr. spir.* 4 princ., c. 1, a. 1.

[101] Ib. a. 2.

[102] Ib., a. 3.

[103] «El Espíritu Santo es Ayo de niños: ¡y qué bien enseñado será el niño que de tal Ayo saliere enseñado!... El Espíritu Santo quiere que vaya a tomar parecer de quien más sabe, y El le dará en voluntad que lo vaya a preguntar y le dirá lo que ha de preguntar, y le dará gracia al otro que responda lo que ha de responder» (B. JUAN DE AVILA, *Del Espíritu Santo* tr. 3).

Descubran sinceramente todo su corazón al padre espiritual. Un alma que tiene ese candor y sencillez, apenas deja de ser favorecida con la dirección del Espíritu Santo».

Cierta persona me decía no ha mucho que de ningún modo era llamada a sentir esa mística *dirección*; porque «en vano la había pedido muchas veces y con toda su alma».—Pero ví que era demasiado inmortificada, inconstante, vanidosa y antojadiza, para lograr tan pronto lo que pedía, quizá movida de su misma vanidad y curiosidad.

«Bien claramente les respondéis a *todos*, dice San Agustín [104], pero no todos oyen vuestras respuestas claramente... Os consultan según su inclinación...; y el mejor de vuestros siervos es aquel que no atiende tanto a oír de Vos lo que él desea y quiere, como a querer y ejecutar lo que de Vos oyere».

«La consolación del Espíritu Santo, advierte el B. Juan de Avila [105], es muy delicada, y poca cosa le hace estorbo... : no se da a los que admiten consolaciones humanas... Con mucha razón quiere el Espíritu Santo ser deseado... Debes asentar en tu corazón que si estás desconsolado, y llamas al Espíritu Santo, y no viene, es porque aun no tienes el deseo que conviene para recibir tal huésped... No es porque no quiera venir..., sino para que perseveres en este deseo, y, perseverando, hacerte capaz de El, ensancharte ese corazón, hacer que crezca la confianza: que de su parte te certifico que *nadie lo llama que salga vacío de su consolación*... Llamarán tus pensamientos, palabras y obras al Espíritu Santo, que sobrevendrá en ti sin que tú sepas cómo..., y hallarlo has dentro de tu corazón aposentado: hallarás dentro de tu ánima una alegría grande, un regocijo tan admirable, tan lleno, que te hará salir de ti... Oirás al Espíritu Santo... que te hablará en tu oreja y te mostrará todo lo que debes hacer.—El mismo que tiene por oficio consolar, tiene por oficio exhortar; y ese mismo que te consuela, te reprende... Y, pues por los merecimientos de Jesucristo se da el Espíritu Santo, *no ceses de pedirlo, no dejes de desearlo con gran deseo*, sintiendo dél que vendrá a tu ánima; y será tanto consuelo para ti, que nadie bastará a quitártelo».

[4] *Aprietos del alma y cambio venturoso.*—«En pobreza y desarrimo de todas las aprehensiones de mi alma, dice San Juan de la Cruz [106], esto es, en escuridad de mi entendimiento y aprieto de mi voluntad, en aflicción y angustia de la memoria, dejándome a escuras en pura fe..., salí de mi bajo modo de entender y de mi flaca suerte de amar, y de mi escasa y pobre manera de gustar a Dios, sin que la sensualidad ni el demonio me lo estorben... Salí de la escasa operación dicha a la operación y trato con Dios. Es a saber, mi entendimiento salió de sí, *volviéndose de humano en divino*, porque, uniéndose por medio de esta purgación con Dios, ya no entiende con el modo limitado y corto que antes, sino *por la divina Sabiduría* con

---

[104] *Conf.* 10, c. 26.
[105] *Del Espíritu Santo* tr. 1.
[106] *Noche* l. 2, c. 4.

que se unió. Y mi voluntad salió de sí *haciéndose divina*: porque, unida con el divino Amor, ya no ama con la fuerza y vigor limitado que antes, sino *con fuerza y pureza del divino Espíritu*; y así la voluntad ya acerca de Dios *no obra humanamente*, y ni más ni menos la memoria se ha trocado en aprehensiones eternas de gloria. Y, finalmente, todas las fuerzas y afectos del alma, por medio de esta noche y purgación del hombre viejo, se *renuevan* con temples y deleites divinos».

Así, la vida que desde entonces se emprende es ya tan otra y tan superior, que el alma a sí misma no se conoce y se admira de verse tan felizmente trocada: —«Es otro libro nuevo de aquí adelante, digo otra *vida nueva*», escribe Santa Teresa [107] al describir el cambio en ella realizado: «la de hasta aquí era *mía*; la que he vivido desde que comencé a declarar estas cosas de oración es que *vivía Dios en mí*, a lo que me parecía; porque entiendo yo era imposible salir en tan poco tiempo de tan malas costumbres y obras. Sea el Señor alabado, que me libró de mí. Pues comenzando a quitar ocasiones y a darme más a la oración, comenzó el Señor a hacerme las mercedes, como quien deseaba, a lo que me pareció, que yo las quisiese recibir...»

«Dios, dice el P. Caussade [108], da vida al alma que se le abandona, por los mismos medios que parecían causarle la muerte... Cuando El quiere tomar ya las riendas del alma, entonces todas las propias ideas, luces, industrias, indagaciones y raciocinios son manantial de ilusiones. Y después que ella experimenta bien las tristes consecuencias de querer obrar por sí misma, reconoce al fin la inutilidad de esos medios, y ve que Dios la incapacita así para que se contente con El solo. Y convencida de su propia nada, y de que todo cuanto pueda sacar de su propio fondo le es perjudicial, se abandona a El sin reserva. Y Dios viene a ser para ella una fuente de vida..., y lo es por la realidad de sus gracias escondidas bajo las más extrañas apariencias, que el alma, sin poder conocerla, recibe su vivificadora influencia donde temía encontrar su ruina. No halla remedio para esta su obscuridad, y tiene que abismarse en ella: y allí se le comunica Dios con todos sus tesoros en la obscuridad de la fe. El alma es entonces como un enfermo que ignora la virtud de las medicinas, y sólo advierte su amargura. Teme que le vayan a causar la muerte: y al experimentar las crisis, se confirma en sus temores. Sin embargo, fiado en la palabra del médico, bajo estas apariencias de muerte viene a recibir la salud. Así las almas abandonadas a Dios no se preocupan por sus enfermedades, no siendo que sean evidentes y por su naturaleza obliguen a guardar cama. Su languidez e incapacidad son como ilusiones y quimeras que deben despreciar generosamente, confiando en Dios que se las envía para probar su fe y confianza: en las cuales se encontrará el verdadero remedio. Sin hacer caso de nada deben proseguir animosas su camino, en medio de las aflicciones y padecimientos

---

[107] *Vida* c. 23.
[108] *Aband.* l. 3 c. 8.

que Dios les envía sirviéndose del cuerpo como de un caballo de alquiler. Esto da mejor resultado que los regalos, los cuales indudablemente perjudican al vigor. Esta fortaleza de espíritu tiene no sé qué virtud que sostiene a un cuerpo débil; y al fin, un año de esta vida noble y generosa vale más que un siglo de vanos temores. Hay que acostumbrarse a proceder en todo bajo las manos de Dios con el candor y confianza de un niño. Con tal guía nada hay que temer, y nada se debe traslucir al exterior que no sea grande y heroico. Los objetos espantosos con que El dispone que se encuentren, nada son; y si las pone en aprietos es para embellecer su vida con gloriosas hazañas. Verdad es que a veces se encuentran en tales apuros, que la prudencia humana no ve salida ninguna y siente todo el peso de su flaqueza. Pero entonces es cuando más resplandece la providencia amorosa que Dios tiene de los suyos, salvándolos como por encanto..., conduciéndolos con habilidad portentosa por entre muertes y peligros, monstruos, infiernos, demonios y lazos. Así es como eleva Dios hasta el cielo a estas almas que luego han de ser objeto real de esas historias místicas, algo más bellas y curiosas que cuantas pudiera fingir la huera fantasía humana. Vamos, pues, alma mía: arrostremos los peligros, que esos monstruos no pueden dañarnos mientras vayamos conducidos de la mano invisible, pero omnipotente, de la Providencia; vayamos con paz y alegría cantando victorias; para luchar y vencer estamos bajo las banderas de Jesucristo.—*Exivit vicens ut vinceret*... Todo cuanto tengamos que hacer o sufrir no es para nuestro daño, sino para ofrecernos los materiales de esa Escritura santa que se acreciente todos los días».

§ VI.—Continuación.—La obra especial de cada uno de los dones: respectivo orden de dignidad y de manifestación progresiva.—Resumen: excelencias de este modo de obrar; la vida espiritual y el sentido de lo divino; el símbolo orgánico y la psicología pneumática.

El *don de sabiduría* hace sentir y gustar con delicias inefables las sublimes verdades que la fe nos presenta como envueltas en enigmas, y que al pecador le suelen parecer tan áridas y obscuras. ¡Dichosa el alma que está llena de este don, porque con él será divinamente sabia y poseerá el cúmulo de todos los bienes, gozando ya de una anticipada gloria! (Sap. 7, 7-14). Adquiere un conocimiento experimental, tan positivo y tan seguro de las cosas de Dios, que se le imponen con la evidencia de un hecho tangible [109]. Mas lo que así conoce y siente es tan

[109] «Cum donum sapientiae, escribe Juan de Santo Tomás (*In 1-2*, q. 68-70, disp. 18, a. 4), non quaelibet sapientia sit, sed Spiritus sa-

inefable, que por lo común la obliga a enmudecer para adorarlo en silencio y no profanarlo con lengua humana.

El de *inteligencia* nos permite penetrar con «los ojos del corazón iluminado» en los augustos secretos de la Divinidad [110]; con él se descorre de algún modo el velo de los enigmas y aparece al descubierto la divina Verdad, con sus adorables encantos que no pueden referirse, y con él se oyen las palabras recónditas que no es lícito al hombre hablar, y que sólo son conocidas de quienes las reciben: *Nemo scit, nisi qui accipit* (Apoc. 2, 17).

«Por el don de entendimiento, dice Fr. Juan de los Angeles [111], hallan los hombres un conocimiento tan alto, tan celestial y divino y sentidos tan profundos, que ningún doctor, por inquisición y estudio propio, los pudiera hallar, porque son inefables las cosas con que la humana mente es ilustrada. Y más hay en ello: que muchas veces el entendimiento humano así es enriquecido de este conocimiento, que recibe el ánima tantos y de tantas maneras ocultos y profundos sentidos en las Escrituras... cuantas son sus palabras; los cuales todos endereza y ordena para fomentos del divino amor... El don de entendimiento... pide un *hombre interior* y muerte de los sentidos y de todas las imágenes de ellos, y que muera todo a la naturaleza y viva en espíritu» [112].

El de *consejo* nos hace proceder de un modo maravilloso que desconcierta las estrechas miras de la prudencia humana,

---

pientia, idest, ex affectu, et spiritu, et donatione ipsa qua experimur in nobis, quae sit voluntas Dei bona..., oportet quod ratio formalis qua donum sapientiae attingit... causam divinam sit ipsa *notitia, quae habetur experimentaliter de Deo,* quatenus *unitur nobis et inviseratur* et *donat seipsum nobis...* Ex hac enim unione quasi *connaturalizatur* anima ad res divinas, et per *gustum* ipsum discernit eas».

[110] «Lo que la fe nos hace creer simplemente, el don de *inteligencia* nos lo hace *penetrar...* Parece que hace *evidente* lo enseñado por la fe: de modo que se maravilla uno de que haya quienes lo nieguen o lo pongan en duda» (LALLEMANT, *Doctr.* pr. 4, c. 4, a. 2).

[111] *Vida perfecta* diál. 4, § 6.

[112] «Donum intellectus, dice Alvarez de Paz (*De inquis. Pacis* l. 5, p. 2.ª, c. 4), superadditur intellectui humano, ut per illud res fidei subtilius adprehendat et in earum interiora penetret... Hoc dono iustus se intime agnoscit, et ad sui despicientiam provocat; Deum ac divina purius et profundius intelligit, et ad admirationem et amorem excitat; perfectionem divinorum mandatorum aperit, et menti ab erroribus purgatae sensus abditissimos Scripturae detegit. Et iuxta illud: *Cantate Domino canticum novum,* licet milies Psalmum unum repetam, quia nobis nova mysteria revelantur facit ut quasi novum canticum decantemus» .

y así nos hace triunfar, sin saber cómo, de las astucias de nuestros enemigos, y por los medios menos pensados conduce facilísima y prontamente al puerto de salvación [113].

El de *fortaleza* mueve a ejecutar valerosamente lo que dicta el de consejo, y a no perdonar trabajos ni sacrificios por la gloria de Dios y bien de las almas, haciendo para eso acometer empresas difíciles y arriesgadas que manifiestamente superan las fuerzas ordinarias y que sólo podrán realizarse con la virtud divina [114].

El de *ciencia* nos hace ver la mano de Dios y su providencia amorosa aun en los acontecimientos que parecen más ordinarios: en todas las cosas descubre el oculto sentido divino que tienen en el orden sobrenatural, obligándonos así a remontarnos sobre las bajas miras humanas y las apreciaciones rastreras de los «insensatos», que no saben reconocer la misión que Dios aquí les confía, y enseñándonos a desempeñar bien la nuestra. Quien posee este don en alto grado, fácilmente se remonta de las creaturas al Creador, viendo en todas las obras de Dios el sello divino [115]. Al mismo tiempo logra manifestar convenientemente las verdades sobrenaturales por medio de símbolos y analogías, adaptándose a todas las capacidades e inteligencias y desvaneciendo como por instinto cualquier suerte de dificultades que los enemigos le opongan. Este don caracte-

---

[113] «Lo que la *ciencia* enseña en general, el don de *consejo*, dice Lallemant (*ib.* c. 4, a. 4), lo aplica a los casos particulares... A este don se oponen por una parte la precipitación, y por otra la lentitud... Conviene usar de madurez en las deliberaciones. Mas una vez que, según la luz del Espíritu Santo, se ha tomado una resolución, conviene ejecutarla pronto bajo el movimiento del mismo Espíritu; porque si se dilata, podrán cambiar las circunstancias y perderse las ocasiones».

«Donum consilii perficit intellectum, advierte Alvarez de Paz (ib. c. 4), ut se ad dictamina Dei mobilem se praebeat... Deus iustum cum magna certitudine et satisfactione de singulis rebus docet .. Unde Bonaventura ait (*De donis S. S. in Consilio* c. 2): Consili. Dei sunt perfectissima: valent enim ad vitandum omne malum, et ad consequendum omne bonum perfectissime, et ideo ducunt per itinera arctissima... Perfecti autem viri stimulis amoris agitati vehementer amplectuntur, ut perfectius et citius inveniatur quod amatur et creditur et quaeritur. Deus ergo liquide et aperte tamquam ille qui optime omnia novit, nos de singulis ad perfectionem spectantibus consulit, et vires ad exsequendum praebet».

[114] «Por el don de fortaleza, escribe Terrien (1, p. 198), el alma, apoyada en el Espíritu Santo, desafía con una confianza invencible los trabajos, los suplicios y la misma muerte, cuando la gloria de Dios lo reclama».

[115] Cf. CAUSSADE, *L'Abandon à la Providence* l. 2, c. 1.

riza a los santos doctores y predicadores, que deben explicar y precisar bien las cosas de fe y distinguirlas de las que no lo son [116]; y, en unión con el de consejo, a los verdaderos directores de almas [117].

«El don de ciencia, escribe Lallemant [118], nos hace ver pronta y ciertamente lo que se refiere a nuestra conducta y a la de los otros... Por él conoce un predicador lo que debe decir a sus oyentes, y un director, el estado de las almas, sus necesidades y remedios, los obstáculos que ponen a su perfección y el camino más corto y seguro para conducirlas a ella... Un superior conoce cómo debe gobernar. Los que más participan de este don... ven maravillas en la práctica de las virtudes: descubren grados de perfección ignorados de los demás; de una mirada ven si las acciones son inspiradas por Dios y conformes a sus designios, o si se apartan lo más mínimo de los caminos de Dios. Notan imperfecciones donde los otros no pueden descubrirlas, y no se dejan sorprender de las ilusiones de que está el mundo lleno... Cuando hacen una exhortación a personas religiosas se les ocurren los pensamientos más conformes a las necesidades de esas almas y al espíritu de la respectiva orden. Cuando se las proponen dificultades de conciencia, las resuelven de un modo excelente, y, sin embargo, no saben dar razón de sus respuestas, puesto que las conocen por una luz superior a todas nuestras razones» [119].

---

[116] «Scire quid credendum, pertinet ad donum *scientiae*. Scire autem ipsas res creditas secundum seipsas *per quamdam unionem ad ipsas*, pertinet ad donum *sapientiae*» (S. TH., 2-2, q. 9, a. 2 ad 1).

[117] El don de ciencia, observa Alvarez de Paz (l. c., p. 2.ª, c. 4), es necesario al entendimiento: 1.º, «ut res fidei per creaturas similitudinibus proportionatis intelligat et in illis non haerens ad Deum contemplandum... transcendat; 2.º, ut summam perfectionem cuiusque virtutis agnoscat, et cunctas virtutes et earum actus in maximo pretio habeat, et illa interius exercere et postulare non desinat. Haec scientia non inflat, sed potius aedificat, quia non est aliena a caritate... Unde Rupertus exponens illud: *Scientia inflat, caritas vero aedificat* (1 Cor. 8, 1), sic ait: «Non sic ductum suum intelligi voluit, ut scientiam caritati opponat, sed apponat. Nan scientia, subauditur, sine caritate, inflat: caritas vero, subauditur, cum scientia, aedificat».—Haec itaque scientia... sanctorum iustis data est, ut perfectius... omnia agenda et cavenda cognoscant, ut quotidie sanctius et perfectius vivant».

[118] *Ibid.* a. 3.

[119] Este don es el que tan admirable hace a Santa Teresa, como doctora y directora, permitiéndole reconocer y declarar las vías del espíritu y adaptarse a la capacidad de todos. Otras grandes almas—como Santa Catalina de Siena, Santa A. de Foligno y San Juan de la Cruz—resplandecen sobre todo con el de sabiduría y el de inteligencia; con

El de *piedad* nos mueve a tratar las cosas de Dios, o que a El nos ordenan, con ese interés y afecto con que se miran las de *familia*, y a El mismo con ese cariño tierno, esa confianza y llaneza verdaderamente *filiales* y aun *infantiles*, como el niño más cariñoso al más dulce de los padres, y como la esposa a su esposo. Este don es el que sugiere a las almas enamoradas esos dulces desahogos y esos nobles atrevimientos que extrañan a los profanos, y que a Dios tanto complacen, como excitados que están por su Espíritu de *adopción* [120].

El de *temor de Dios*, como principio de esta celestial Sabiduría—ignorada de los mundanos y nunca hallada de los comodones y regalados—lleva a practicar grandes austeridades, para arrancar de raíz las malas inclinaciones y evitar lo que pudiera ofender aun remotamente los ojos del Padre celestial [121]. El alma poseída de este don quiere a toda costa destruir cuanto antes el «cuerpo del pecado», viviendo siempre cercada de la mortificación de Jesucristo, para que también en su misma carne mortal se manifieste la vida del Salvador (Rom. 6, 6; 8, 13; 2 Cor. 4, 10). Por eso con tanto fervor pide ser crucificada y traspasada con los clavos del temor santo, para no incurrir en las iras divinas: *Confige timore tuo carnes meas: a iudiciis enim tuis timui* (Ps. 118, 120).

Estos preciosísimos dones, así enumerados por Isaías en orden de perfección descendente—como convenía refiriéndose al Salvador—, suelen irse manifestando en nosotros por orden inverso, según la mayor importancia práctica o necesidad que tienen en la vida cristiana. Empieza el de *temor* inspirando la aversión al mal, para poder practicar mejor el bien, y haciendo de-

---

los cuales se remontan en tan alto vuelo, que se pierden de vista; y así, siendo aún más admirables, suelen ser menos admiradas.

[120] «La piedad filial para con Dios, dice el P. Gardeil (p. 89), es uno de los rasgos más característicos del cristianismo .. El paganismo y la filosofía honraron al Creador, al Juez, a la Providencia; nosotros adoramos al Padre consubstancial de Nuestro Señor Jesucristo, que es también, por adopción, nuestro Padre».

[121] Este santo temor no es desterrado por la perfecta caridad, sino que crece y se perfecciona con ella. Los santos se horrorizan y se estremecen con la vista, y aun con sólo la idea o el nombre del pecado; porque este monstruo, destructor de la santidad, está en lucha abierta con los atributos divinos. Cuanto más deificados, mejor sienten y notan por experiencia la suma aversión que Dios le tiene; y esto es lo que tanto les hace temblar y consternarse y buscar reparaciones, al ver en sí o en sus prójimos la menor cosa que desdice o pone división entre ellos y el sumo Bien.—«Cuando oigo hablar de pecados, decía el V. Olivier (*Esprit* t. 1, p. 206), siento unos afectos que me aplastan y aniquilan y que son imposibles de expresar».

testar la arrogancia, la soberbia y la doblez (Prov. 8, 13), para asentar en las bases de la humildad y de la sencillez evangélica, la ciencia sublime del propio conocimiento, que nos lleva directamente al de Dios y a la práctica fiel de todas las virtudes cristianas (ib. 14). Conociendo bien nuestra *nada*, sabremos despreciarla como conviene y apreciar mejor el *Todo* divino, y desearemos arrancar de nosotros cuanto nos aparte del Sumo Bien, y purificarnos plenamente y ejercitarnos en los divinos mandatos, para poder llegar a la venturosa *unión* con el Dios de toda santidad y justicia. Luego el de *piedad* va sugiriendo los medios más eficaces, las devociones más tiernas y fructuosas para complacer al Padre celestial, al Esposo divino y al dulce Huésped y Consolador del alma.

El de *ciencia* enseña la de los santos, que consiste en conformarse totalmente con la divina voluntad, acatando de corazón las disposiciones de la Providencia, encaminadas todas para nuestro aprovechamiento. Así nos muestra el verdadero «camino de la sabiduría y nos conduce por las sendas de la justicia, para correr por ellas sin tropiezo» (Prov. 4, 11-12).

El de *fortaleza* anima a superar los mayores obstáculos y a no reparar en trabajos ni dificultades cuando *urge la caridad de Cristo* (2 Cor. 5, 14), y abrasa el celo de su gloria y de la salud de las almas. Este es el que lleva a los misioneros a propagar a todo trance el reino de Dios y su justicia, y el que alienta a las almas devotas a perseverar en el camino de la oración a pesar de las arideces y dificultades y de todos los consejos de la prudencia carnal, de la falsa humildad y de la cobardía [122].

[122] «Para adelantar en la perfección y ser capaces de grandes cosas, es preciso, dice Lallemant (l. c. a. 6), ser magnánimos e intrépidos. Sin el don de fortaleza no pueden hacerse notables progresos en la vida espiritual; pues la mortificación y la oración, que son sus principales ejercicios, reclaman una determinación generosa a pasar por encima de todas las dificultades que en este camino se encuentran .. Así como el don de fortaleza va acompañado del de consejo, así la prudencia humana va unida a la timidez, para apoyarse y justificarse mutuamente. Los que se guían según esta prudencia son sumamente tímidos. Este defecto es muy común en los superiores que, por evitar ciertas faltas, no hacen la mitad del bien que debían. Mil temores nos detienen a todas horas y nos impiden adelantar en el camino de Dios, y hacer los muchos bienes que haríamos si siguiéramos la luz del don de consejo y procediéramos con el valor que nos da el de fortaleza. Pero tenemos demasiadas miras humanas, y todo nos mete miedo».

A esta timidez se junta la falsa humildad que cierra los ojos a los beneficios divinos, llevando así a la ingratitud, a la necedad y a la pusilanimidad, mientras la verdadera es tan generosa, discreta y magnánima. Piensan algunos, dice Santa Teresa (*Vida* c. 10), que es hu-

El de *consejo* inspira los medios de realizar *divinamente* grandes empresas, procediendo con una habilidad y prudencia sobrehumanas. Y así, sabiendo elegir—en cuanto nuestro estado y condición lo permiten—«la mejor parte» o *el todo* (la vida contemplativa o la plenitud de la apostólica), purificados los *ojos del corazón* y refinados los *sentidos espirituales*, empezaremos a descubrir los divinos arcanos y saborear las infinitas dulzuras de Dios, mediante los dos sublimes dones de *entendimiento* y de *sabiduría* [123].

En suma: los dones del Espíritu Santo exceden a las virtudes infusas en cuanto al *principio motor* y *director*, y en cuanto al *modo* y la *norma* de obrar. Son para el hombre, en sus relaciones con el divino Paráclito, lo que las virtudes morales son a la voluntad con respecto a la razón natural, y lo que las infusas le son en orden a la misma razón ilustrada por la fe. En las simples virtudes, sean naturales o infusas, la razón misma, guiada de sus propias luces o ayudada de las evangélicas, es la

mildad «no entender que el Señor les va dando dones. Entendamos bien, bien como ello es, que nos los da Dios sin ningún merecimiento nuestro, y agradezcámoslo a su Majestad; porque si no conocemos que recibimos, no nos despertamos a amar; y es cosa muy cierta que, mientras más vemos estamos ricos, sobre conocer somos pobres, más aprovechamiento nos viene, y aun más verdadera humildad; lo demás es *acobardar el ánimo*». Es amigo el Señor, añade (c. 13), de almas animosas, «como vayan con humildad y ninguna confianza en sí; y no he visto ninguna déstas que quede baja en este camino; y ningún alma cobarde, aun con amparo de humildad, que en muchos años ande lo que estos otros en muy pocos. Espántame lo mucho que hace en este camino *animarse a grandes cosas*... Quiere (el demonio) hacernos entender que todo nos ha de matar y quitar la salud; hasta en tener lágrimas nos hace temer de cegar... Como soy tan enferma, hasta que me determiné en no hacer caso del cuerpo, ni de la salud, siempre estuve atada... Mas como quiso Dios entendiese este ardid del demonio..., después que no estoy tan mirada y regalada, tengo mucha más salud».

[123] «El don de sabiduría, dice Lallemant (*Doctr.* pr. 4, c. 4, a. 1), es un conocimiento sabroso de Dios, de sus atributos y de sus misterios. Mientras la inteligencia concibe y penetra, la sabiduría... hace ver las razones y conveniencias; nos representa las divinas perfecciones... como infinitamente adorables y amables, y de este conocimiento resulta un *gusto* delicioso, que hasta se extiende a veces al mismo cuerpo... Así, a este don pertenecen los dulzuras y *consolaciones espirituales* y las *gracias sensibles*... Este *gusto* de la sabiduría es a veces tan delicado, que permitirá distinguir en seguida una *proposición inspirada* por Dios de otra formada por la razón... En un principio las cosas divinas son insípidas y cuesta trabajo gustarlas; pero luego se van haciendo tan dulces y sabrosas, que se gustan con placer; y al fin éste llega a ser tal que nos hace mirar todo lo demás con hastío. Al contrario, las de la tierra, en un principio halagan..., pero al fin nos llenan de amargura».

norma reguladora de todo: ella dirige y orienta aún esas luces y energías que el Espíritu Santo ocultamente le infunde. Mas con los dones, el mismo divino Espíritu se constituye en dulce *Dueño* del alma con todas sus facultades, fuerzas y virtudes, y en supremo regulador, que subordina y ordena a la misma razón ilustrada como está ya con la prudencia infusa, para que, sin miras humanas que puedan desconcertarla, remonte su vuelo hasta las serenas regiones de la luz eterna. Ni aun sobrenaturalizada con la gracia y las virtudes, como no participa plenamente de la condición divina, no puede ordenar perfectamente a la vida gloriosa. De ahí que, para llegar a ella, sea menester que—al menos de cuando en cuando—el mismo Espíritu de Dios se constituya en director y gobernador, y que al efecto nos comunique ciertos instintos o impulsos divinos, con las correspondientes energías y facilidades, a fin de que podamos *cooperar divinamente* a su acción.

De ahí la imponderable excelencia de los dones sobre las virtudes, puesto que las superan en todo y las perfeccionan, y hasta realzan, aquilatan y *ordenan* la misma caridad que nunca muere, pero que así y todo se aviva con el resplandor del Espíritu Santo que es quien la derrama en nuestros corazones[124]. Cuando son introducidas las almas santas en la mística «bodega de los vinos», embriagadas con las infinitas dulzuras de la eterna Sabiduría, ven cómo en ellas se *ordena la caridad* (Cant. 2, 4).

Y aunque solamente por los dones podemos hacer obras divinamente heroicas, también con ellos logramos practicar con más perfección y espíritu aun las más ordinarias y vulgares, y podemos hacer otras muchas en que en absoluto podrían bas-

---

[124] La caridad con los dones, observa el P. Gardeil (p. 34-35), «no es ya aquel suave calor y aquel ardor de las virtudes que penetraba ocultamente en nuestro organismo moral, adaptándose a las formas de nuestro conocimiento y amor naturales. Es un foco tan encendido que todo lo inflama, rutilando como un sol: es la misma luz de la cara de Dios, que resplandece con sus siete irradiaciones... ¡Sí, divino Espíritu, esa caridad es el resplandor de tu fisonomía! Y esta luz resplandece en nosotros: *Signatum est super nos lumen vultus tui, Domine*. Y, no sólo al interior, sino también al exterior: *Signatum est super nos*; no iluminando aún, es cierto, nuestra frente, ni fascinando nuestra mirada como en la visión beatífica, sino envolviendo nuestro corazón; el cual viene a quedar convertido en un sol cuyas irradiaciones, mantenidas y renovadas por vuestra actividad, clarifican todo nuestro mundo interior, la verdad y el amor, la esperanza y la justicia, las mismas pasiones, y en fin, todo, porque está a su manera sometido al imperio directo de Dios: *Ut Deus sit omnia in omnibus*».

tarnos las virtudes; pero no para hacerlas en tales circunstancias, ni menos de ese modo tan propio de hijos de Dios, cual es el de ser movidos de su mismo Espíritu. Este solo puede llevarnos felizmente al puerto de la salud, a la plena unión y transformación deífica. Y por eso no se realizará ésta en nosotros sin que de lleno entremos en el *estado místico*. Entonces es cuando «*contemplando* a cara descubierta la gloria del Señor, nos vamos transformando en su divina imagen, de claridad en claridad, como *movidos de su Espíritu*» (2 Cor. 3, 18).

Con las virtudes infusas nos da ocultamente el *poder obrar nuestra salud*, el producir actos dignos de vida eterna; pero aunque El mismo nos mueva así a obrar, obramos *a nuestro modo*, y como por pura iniciativa propia, deliberando y pensando bien los motivos para proceder con acierto. Mas por los dones, suele prevenir nuestra misma deliberación, y dirigiéndonos El, obramos con más perfección y facilidad, aunque a veces sin *advertir* apenas lo que hacemos, procediendo como por intuición instintiva (Rom. 8, 26-27). Por las virtudes *ponemos* connaturalmente los actos saludables y obramos como buenos *cristianos ordinarios* o «pequeñuelos»; por los dones *recibimos* y *seguimos* connaturalmente el *impulso* e instinto divino y procedemos como *espirituales* o «adultos». «*Homo spiritualis*, dice Santo Tomás [125], *non quasi ex motu propriae voluntatis principaliter, sed ex instinctu Spiritus Sancti inclinatur ad aliquid*».

Así vemos que, por la simple *prudencia cristiana*, todavía procede el hombre como *principiante*, de un *modo* casi siempre demasiado *humano*, pues como la tiene asimilada y la usa como propia, aun se le resiente de los propios defectos, viciándose con los resabios de la natural y aun de la carnal. Mas por el *don de consejo*, el mismo Espíritu Santo es quien mueve y dirige sin dar lugar a *miras humanas*, y así entonces el hombre obra *divinamente*, llevado de ese *instinto* o *inspiración* de Dios. Pero, así como para comprender y seguir con provecho las altas explicaciones de un sabio profesor se requiere más preparación intelectual que para las de un maestro ordinario, así también para ser aventajados discípulos de este soberano Espíritu de la Verdad, necesitamos toda una larga preparación divina y adecuada a El, que nos haga verdaderamente «espirituales»—*pneumáticos*—y así nos permita entender su misterioso lenguaje y oír sus más delicadas insinuaciones, con que, prácticamente, con su *unción* divina, nos ilustra, enseña y sugiere *toda ver-*

---

[125] *In Rom.* 8, 14, lect. 3.

dad (Io. 14, 26; 16, 13; 1 Io. 2, 20-27)[126]. Y esta preparación que nos permite decir con el Salmista: *Oiré lo que habla en mí el Señor, mi Dios*, consiste en el recogimiento, la guarda de los sentidos y la vigilancia en procurar la perfecta pureza de corazón y el desapego a toda suerte de gustos y consuelos; pues así es como se aprende la *ciencia de los santos* y se facilita el ejercicio de esos místicos dones, con que nos hacemos verdaderamente *espirituales* y *divinos* en todo nuestro modo de obrar, conocer, amar y apreciar las cosas[127], ya que, con la facilidad y habilidad crecientes para *sentir* las mociones e insinuaciones de Dios, se nos dan energías para realizarlas.

El hombre carnal y aun el simplemente racional—*psychico*—no podrá entender estas cosas; le parecerán enigmas o tonterías, como a un niño de escuela se lo parecería una profundísima explicación de altas matemáticas. Nada entiende y nada puede apreciar; las tiene por insensateces, por carecer él del sentido que es necesario para percibirlas: *Vir insipiens non cognoscet, et stultus non intelliget haec* (Ps. 91, 7). Mas el *espiritual* entiende y aprecia como conviene las cosas del Espíritu, porque tiene *sentido* para percibirlas y examinarlas. Así es como no puede ser bien juzgado por los que no sean también *espirituales* (1 Cor. 2, 12-16)[128]. De ahí que ciertos superiores *psychicos*, aunque muy prudentes según el mundo, por no procurar vestirse de Jesucristo para sentir y juzgar según El, en vez de alentar y encaminar a sus súbditos más fervorosos, hagan cuanto pueden por paralizarlos y extraviarlos, contradiciéndoles neciamente para obligarlos a resistir a las vitales mociones del Consolador. No otra cosa pueden hacer los que, ignorando

---

[126] «No somos bien instruídos, dice el P. Caussade (*Aband.* l. 2, c. 8), sino mediante las palabras que Dios pronuncia expresamente para nosotros. La ciencia de Dios no se aprende en los libros... Lo que nos instruye es lo que nos va sucediendo en cada instante... Lo que se sabe perfectamente es lo aprendido por experiencia en el sufrimiento y en la acción. Esta es la escuela del Espíritu Santo, que habla al corazón palabras de vida; y de esta fuente debemos sacar lo que hemos de comunicar a los otros. Sólo en virtud de esta experiencia se convierte en ciencia divina lo que leemos o vemos... Para ser doctos en la teología virtuosa, que es del todo práctica y experimental, se necesita atender a lo que Dios nos dice en cada instante. No nos cuidemos de lo que se dice a los demás, atendamos a lo que va con nosotros».

[127] «¿A quién le enseñará Dios su ciencia y a quien hará oír su palabra? A los destetados de la leche, arrancados ya de los pechos» (Is. 28, 9).

[128] Cf. S. Th., *in h. l.*

la ciencia de los caminos de Dios, quieren juzgarlo todo según las miras de la prudencia humana (Apoc. 3, 22). Mas los que tienen oídos oyen lo que el Espíritu dice a las Iglesias [129]. Y las fieles ovejas de Cristo conocen su voz, y le siguen y reciben vida eterna de El, aun a pesar de los pastores mercenarios que las abandonan o no saben guardarlas y apacentarlas (Io. 10, 1-28).

Para que mejor se comprenda esta misteriosa psicología sobrenatural, que tanto les importa conocer a los pastores y directores de almas, y se vea la transición insensible que hay de la fase incipiente, «psichyca» o *racional*—en que se procede *humanamente*, según las normas de nuestra razón—y la definitiva y perfecta, del todo *espiritual* = «pneumática»—, en que se procede ya *divinamente*, según la norma y dirección del divino Espíritu—, nos conviene fijarnos de nuevo en el compendioso *símbolo orgánico* de la Iglesia, donde cada fiel es como un *órgano elemental*, con su vida propia y autónoma, aunque subordinada a la superior del conjunto, del cual recibe como un nuevo ser substancial de un orden superior y divino. Ahora bien, así como cada célula orgánica conserva cierta autonomía en su manera de vida propia, con las funciones más indispensables para su crecimiento y conservación, sin perjuicio de vivir subordinada a la vida integral y superior de todo el organismo; y como la vida orgánica persiste en el animal subordinada a la sensitiva, y ambas a dos deben persistir en el hombre—so pena de causarle graves trastornos—subordinada a la racional; otro tanto viene a suceder con la misma vida racional, propia de cada uno de los fieles, al ser incorporados con Jesucristo y recibir la vida superior de su Espíritu, como alma de la Iglesia, donde cada uno de ellos son como otras tantas células orgánicas. Cuando alguna de éstas, rompiendo con sus vecinas, atiende sólo a sus propias tendencias, o tomándose demasiadas iniciativas no recibe bien las influencias de los órganos reguladores y de la vida superior del conjunto orgánico, se produce cierto desequilibrio en que ella misma al fin saldrá perdiendo, y hasta llegará a perecer por anemia, mientras que, estando bien subordinada, vive plenamente de la vida integral, y aunque tenga que sacrificarse algo por las otras, con eso mismo saldrá luego ganando, pues recibirá beneficios en la proporción que los hace. Y así cuanto más correlacionada esté y mejor siga los impulsos superiores, tanto más vida recibe y más vigorosa se encuen-

[129] Cf. LALLEMANT, pr. 4, c. 1, a. 3.

tra. Pues cosa análoga sucede a los fieles como miembros vivos de Cristo: cuanto más se sacrifiquen por sus prójimos, y más se nieguen a sí mismos, *muriendo* a sus propias tendencias por seguir los impulsos del Espíritu Santo, tanto más intensamente viven la vida divina, tanto más felices son con la paz y dulzura que gozan en la unidad del Espíritu, y por esclavizados que aparenten estar, viviendo ligados con los dulces vínculos del amor de Dios, notan que han recobrado la libertad verdadera, que consiste en romper los lazos de los vicios y pasiones que nos dominan y avasallan [130]. Y cuando tratan de obrar con falsa independencia, siguiendo las propias inclinaciones o guiándose de las estrechas miras de la prudencia humana, cortan la corriente a los suaves influjos del Espíritu Santo, y a fuerza de contristarle y resistirle, irán poco a poco extinguiendo la vida que de El reciben.

Con esa vida nos da las facultades y energías necesarias para conservarla y fomentarla por los actos correspondientes. Y ésas son las virtudes y gracias que confortan y completan las potencias naturales para elevarlas al orden sobrenatural y constituir, en unión con ellas, como un solo principio de acción, en que la misma razón humana es la que dirige, sin tener aún conciencia clara de que produce acciones de otro orden y de que está animada de un principio superior. Tal es la *niñez espiritual*, en que se vive del Espíritu Santo sin notar su presencia vivificadora, ni tener por lo mismo conciencia de la vida que se vive. Esta no puede menos de ser aún muy imperfecta mientras se vive de ese *modo humano*. Pero así y todo, con el recto ejercicio, guardando bien los mandamientos, procurando practicar las virtudes con la perfección posible, solícitos siempre de conservar la unidad del Espíritu con los vínculos de la paz—como la *fe* nos enseña—, se irá creciendo espiritualmente, se nos desarrollarán las *potencias cognoscitivas* de la vida espiritual, y llegados a la *edad de la discreción*, renovados en el espíritu de nuestra mente, lograremos adquirir *conciencia* de lo que somos y de la vida que vivimos. Así, pues, obrando conforme a la fe y

[130] «Si los santos logran librarse de la esclavitud de las criaturas, dice Lallemant (*Doctr.* pr. 4, c. 3, a. 2), es mediante los dones, cuya efusión abundante borra en los ánimos la estima, recuerdo e idea de las cosas terrenales y destierra de sus corazones el afecto y deseo de ellas; de ahí que los santos apenas piensen sino en lo que quieren y como quieren. Y no sienten la importunidad de las distracciones, ni las inquietudes y apresuramientos que antes los turbaban; y estando ya perfectamente reguladas todas sus potencias, gozan de una imperdurable paz y de la libertad de los hijos de Dios».

demás virtudes infusas, se crece en todo según Jesucristo, y a medida que se purifica el corazón, se fomenta o prepara el buen ejercicio de los dones del Espíritu Santo, que antes estaban como aprisionados bajo las imperfecciones de la iniciativa propia, así como la vida racional lo está en la niñez bajo los efectos de la orgánica y de la sensitiva. Mas al llegar a la madurez espiritual, en que se gustan ya y se sienten y se conocen las cosas del Espíritu (Rom. 8, 5; 1 Cor. 2, 12-16; Col. 3, 2), han adquirido los mismos dones un desarrollo suficiente para que podamos sentir en nosotros mismos lo que Jesucristo sentía (Phil. 2, 5), y proceder como dignos miembros suyos, es decir, como «espirituales» y no como «carnales», o pequeñuelos en Cristo, que necesitan aún la leche de los consuelos y fervores *sensibles*, porque todavía son incapaces de cosas superiores (1 Cor. 3, 1-2; 13, 11; Hebr. 5, 12-15). Y acostumbrados a guiarse según su gusto, parecer o capricho, tienen que ser atraídos a Dios con estos regalos que el mismo Espíritu de piedad y de sabiduría les hace, acomodándolos a su paladar delicado. De ahí que tengan que moderar muchas veces estos fervorines sensibles; porque, con provenir de los dones, están aún sometidos a la defectuosa norma de la razón y a la dirección de la simple *prudencia cristiana*. Así, estos dones primero aparecen en forma de *instintos* obscuros o de ciegos *impulsos* que deben ser bien *regulados* o comprobados, hasta que más adelante, con el ejercicio y desarrollo, se convierten en *intuiciones* claras, ya que muestran bien de quién vienen y adónde conducen [131]. Entonces, purificado el corazón con el fuego de la caridad, y limpio de los vicios y apegos que impedían el recto ejercicio de los dones, empieza el Espíritu Santo a tomar por sí mismo las riendas de nuestro gobierno, constituyéndose en director, maestro y regulador de la vida espiritual, y para que el alma no le resista, le da claro testimonio de que, como a hija de Dios, El mismo es quien la anima, la rige, la enseña, la mueve y la conduce con seguridad a la gloria del Padre: *¡Dichoso el hombre que así es instruído, enseñado, consolado y dirigido por el mismo Dios!* (Ps. 93, 12).

Esto es lo que con toda propiedad constituye el *estado místico*, mientras la *niñez espiritual*, en que principalmente obran las virtudes, y éstas de una manera muy imperfecta—como del todo *connaturalizadas*, o sólo ayudadas de los dones incipientes que empiezan a obrar casi cual bajo nuestra dirección—es

[131] Cf. S. Th., 2-2, q. 171, a. 5.

lo que constituye el *estado ascético*, en que el Espíritu está aún como *aprisionado* [132].

Los más de los cristianos, por nuestra culpa, nunca salimos de esa *niñez*, si es que entramos en ella, y debiendo crecer *per omnia in ipso qui est Caput, Christus*, permanecemos inertes, teniendo sepultados sus preciosos *talentos* que son los dones del Espíritu Santo. Estos se nos han dado para que con ellos podamos producir gloriosos frutos de vida: y por eso, no ahogándolos con nuestros apegos, defectos y malas inclinaciones, están siempre pululando y excitándonos ocultamente a emprender una vida mejor, en que el divino Espíritu sea nuestro guía y maestro (Is. 63, 14) [133].

Por eso todos los que, con ayuda de la gracia ordinaria, han purificado sus potencias y sentidos y procurado ejercitarse y consolidarse bien en las virtudes cristianas, si de veras buscan a Dios en la soledad, con ferviente oración y pureza de alma, en medio del silencio de las pasiones y apetitos sentirán—si no la *voz* de Dios que en lenguaje misterioso les habla al corazón—al menos los secretos *instintos* del Espíritu, que suavemente los llama a una vida interior más perfecta, dándoles *sed* de beber en la *fuente de agua viva*, y ansias de *comparecer ante la cara de Dios* (Ps. 41, 3). Y si no le resisten ni le contristan, lograrán de seguro entrar hasta el *lugar del tabernáculo admirable* (ib. 5). Porque *¿quién es el que sube al monte del Señor o el que vive en su santuario, sino el inocente y limpio de corazón? Este sin duda recibirá sus bendiciones y misericordias* (Ps. 23, 3-5) [134].

---

[132] «Los principiantes en la virtud y en el recogimiento, escribe Fr. J. de los Angeles (*Diálogos* 10, § 11), son como niños para Dios que, como *alma suya*, mora y está en las de ellos, encogidos y fajados los brazos y como envuelto en pañales y mantillas; empero como el alma va *creciendo* y se va entregando toda al Esposo divino, desocupada ya de las cosas de la tierra y de sí misma, El también se *extiende y crece*, y *toma* en ella el *gobierno*, y es el *alma del alma*, y *espíritu del espíritu*, y *vida de la vida*, y viene a verificarse lo que dice San Pablo: Que vivía más Cristo en él que él en sí mismo».

[133] «Los dones, advierte Lallemant (pr. 4, c. 3, a. 1) no subsisten sin la caridad y crecen en proporción con la gracia. De ahí que sean muy raros y no lleguen a sobresalir sin una ferviente y perfecta caridad. Los pecados veniales y aun las menores imperfecciones, los tienen como atados, y no les dejan obrar. El medio de aventajarse en la oración es aventajarse en los dones».

[134] «El pecado, decía Santa Magdalena de Pazzis (1.ª p., c. 33), impide al alma oír vuestra voz, Señor, y le cierra así las puertas de la fe... Vuestro verdadero conocimiento lo recibimos del Espíritu de pureza que purifica las almas... Tan pronto como son purificadas de sus vicios, no sólo oyen vuestras palabras, sino que hasta penetran vuestras

Y para que más totalmente se le abandonen y fielmente sigan estos sus divinos impulsos, y no los ahoguen, ni aun sin querer, acostumbra El a privar de las luces ordinarias a los ya algo aprovechados, a fin de que, en esa terrible obscuridad y sequedad en que quedan en la penosa *noche del sentido*, vean y palpen su incapacidad absoluta para dirigirse ya a sí mismos según les es menester, y de este modo se le entreguen sin reserva para ser de El conducidos y gobernados.

Los que así se hallan animados y agitados del divino Espíritu —*qui Spiritu Dei aguntur*—éstos son los verdaderos hijos de Dios, los hijos en el Espíritu, como les llama Santa Angela de Foligno [135]. Los que de El carecen totalmente son extraños para Dios, pues no son de Jesucristo (Rom. 8, 9-14). Y los que poseyendo realmente el Espíritu de adopción filial, lo llevan como aprisionado, usando de El a su gusto, sin dejarse llevar y gobernar de El, ésos *viven del Espíritu* y no *proceden según El* (Gal. 5, 25); son todavía muy niños en la virtud, *pequeñuelos en Cristo*, a los que hay que tratar con cierta delicadeza, «como a carnales y no como a espirituales», pues aun están llenos de miras y pasiones y miserias humanas (1 Cor. 3, 1-2; Hebr. 5, 12-14) [136]. Así aun no sienten, ni conocen, ni gustan las cosas del Espíritu, y están muy expuestos a perecer, juzgando según la carne (Rom. 8, 5-6). Su estómago delicado pide consuelos sensibles, que son como la leche de la infancia, y no tolera ni acierta aún a digerir el alimento sólido del varón perfecto, que consiste en el total abandono en las manos del Padre, para ser de El tratados como lo fué su Hijo, que decía: *Ego cibum habeo manducare quem vos nescitis... Meus cibus est, ut faciam voluntatem eius qui misit me, ut perficiam opus eius* (Io. 4, 32-34). Y no conociendo aún las ocultas dulzuras de la cruz de Cristo, no pueden apenas gozar de la verdadera paz y felicidad que a la sombra de este nuevo árbol de vida disfrutan las almas *espirituales*. *Si vivimos*, pues, *del Espíritu, procuremos proceder en todo según el Espíritu*, y gozaremos de sus preciosísimos frutos, viviendo *libres* de la ley del pecado (Gal. 5, 16-25) [137].

---

intenciones, y adivinan lo que Vos queréis que hagan para expiar sus pasadas culpas, y escuchan vuestra voz que a sus corazones dice: *Lavaos, sed puros*».

[135] *Visiones e instr.* c. 69.

[136] Cf. S. TH., *in h. l.*; SANTA CATALINA DE SIENA, *Epist.* 106.

[137] Cf. S. TH., *in h. l.*

§ VII.—Los frutos del Espíritu Santo y las bienaventuranzas.—Relación de éstas con los dones; los estados de perfección.—La obra del Espíritu Santo en las almas; insinuaciones suyas y resistencias nuestras.

De la gracia, como divina semilla sembrada en el fondo de nuestras almas, procede todo el árbol glorioso de nuestra santificación, que da frutos de vida eterna. El justo es como el árbol plantado junto a la corriente de las aguas. Su místico riego lo produce la continua influencia, manifiesta u oculta, del Espíritu vivificante, verdadera *fuente de agua viva* que, manando en nuestros mismos corazones, llena de vigor el alma con todas sus potencias. De El mismo, como principio de vida, y de su gracia santificante, con que venimos a quedar renovados, justificados y deificados, brotan según San Buenaventura—como otras tantas ramas que proceden de un mismo tronco—, las virtudes y los dones con que se vivifican, transfiguran y deifican todas nuestras facultades para que puedan producir frutos de verdadera justicia, que son obras dignas de los hijos de Dios. Tales son los preciosos *frutos del Espíritu Santo.*

Nuestro Señor Jesucristo «nos eligió y nos puso en el cuerpo místico de su Iglesia, para que prosperemos y *fructifiquemos, y nuestro fruto permanezca*» (Io. 15, 16). En estas breves palabras se compendia toda la vida espiritual, que debe estar siempre creciendo, desarrollándose, progresando y haciéndose más copiosa, para dar cada vez más abundantes y exquisitos frutos de vida, los cuales al fin se hagan *permanentes* de modo que a la vez nos sirvan de prenda y de preludio de la eterna felicidad.

«El camino del justo debe ser como el esplendor del sol, que *progresa* y *crece* hasta el perfecto día» (Prov. 4, 18). El que no crece se paraliza y degenera, y el que a todo tiempo no fructifica, es como la higuera estéril que, aun siendo precozmente frondosa, fué maldecida del Señor. Y aquel cuyos frutos no llegan a la madurez, permaneciendo siempre en agraz, no logra que Dios tenga en él sus delicias, ni por lo mismo gozará de una felicidad verdadera. En cambio, es ya bienaventurado el varón que huye de toda maldad y evita los malos consejeros, las malas compañías y toda influencia dañosa, para meditar de continuo en la ley del Señor y tener en ella puesta toda su voluntad; porque, a «semejanza del árbol plantado junto a un arroyo, que da fruto a su tiempo, vivirá siempre lozano y pros-

perará en todas sus obras» (Ps. 1, 1-4). Es dichoso el que «*mora* de asiento en la Sabiduría, y sensatamente obra según el consejo divino, y piensa amorosamente en las vías de Dios, y reposa en sus santas moradas» (Eccli. 14, 22-27): dichoso el que se encuentra sin mancha, y no confía en vanidades ni ansía cosas transitorias, pues ése tiene establecidos en Dios todos sus bienes (ib. 31, 8-11). En suma, es bienaventurado en el camino de la patria, el que teme disgustar en lo más mínimo al Señor, deseando con vivas ansias cumplir en todo la divina voluntad. Porque este santo temor es ya principio de la verdadera sabiduría, con la cual todos los bienes se logran; quien lo tiene producirá copiosos frutos de bendición y vivirá colmado de gloria y riquezas espirituales (Ps. 111, 1-3; 118,1-2; Prov. 1, 7; Eccli. 1, 16; Sap. 7, 11).

Estos frutos de vida y prendas de bendición y felicidad son innumerables, pues debemos fructificar en toda suerte de obras buenas, para proceder dignamente y complacer a Dios en todo creciendo en ciencia divina (Col. 1, 10), y poder así ser dichosos e inmaculados, marchando por la ley de Dios y buscándole con todo el corazón (Ps. 118, 1-2). Pero todos ellos pueden reducirse a los doce más principales que enumera el Apóstol diciendo (Gal. 5, 22-23): *Fructus autem Spiritus est: charitas, gaudium, pax, patientia, benignitas, bonitas, longanimitas, mansuetudo, fides, modestia, continentia, castitas.* Por estos frutos se reconoce en nuestras acciones la influencia saludable del Espíritu de Dios; por ellos podremos discernir siempre al verdadero de los falsos espíritus, y a los fieles siervos o enviados de Jesucristo, de los impostores hipócritas, que vienen en piel de oveja y por dentro son lobos: *por sus frutos los conoceremos* (Mt. 7, 15-20). Por eso con tanto empeño nos encarga San Juan no dar crédito ligeramente a cualquier espíritu, a cualquier impulso o inspiración que sintamos, sino probarlos para ver si vienen de Dios. Y se prueban por los efectos o frutos que producen. Si causan turbación, envidias, discordias, insubordinaciones, inquietud, tristeza mortífera (2 Cor. 7-10), desabrimiento, aspereza, volubilidad, inmodestia, etc., es evidente que, por buenos que pretendan ser, son en realidad carnales, mundanos o diabólicos, y no divinos. El soplo y riego del Espíritu Santo hacen que el justo produzca todos sus místicos frutos, pues «por ambos lados del río del agua viva, que procede del trono de Dios y del Cordero, está el árbol de la vida dando sus doce frutos, cada mes lleva el suyo, y todo su porte y aspecto exterior, sus mismas hojas (símbolo de vigor y lozanía que co-

munica el espíritu de oración), son medicina y salud de las gentes» (Apoc. 22, 1-2).

Estos frutos, dice Santo Tomás [138], son todas las buenas obras que nos causan deleite: *quaecumque virtuosa opera in quibus homo delectatur.* Y así como en el orden sensible, las flores de un árbol, por vistosas que fueran, resultarían vanas si no se convirtiesen en frutos, asimismo sucede en el espiritual con las más aparatosas flores de virtud y de santos deseos, si a su tiempo no llegan a convertirse en frutos de buenas obras. Sólo entonces es cuando la mística esposa consagra de verdad todo su corazón al Esposo divino [139]. Así, aunque entre los frutos parece enumerar el Apóstol las virtudes: *caridad, paz, mansedumbre,* etc., entiende por ellas su *perfecto ejercicio,* con las obras de vida que producen.

Y si estas obras son *perfectas, abundantes* y *permanentes,* de modo que se halle uno como en *estado* de producirlas con facilidad y perfección, entonces son tan gozosas y deleitosas, que constituyen como un preludio de la eterna felicidad; pues, aunque causen o cuesten molestias y tribulaciones, producen en nosotros un gozo inefable que no es como los de esta vida, sino como los del cielo: *Aeternum gloriae pondus operatur in nobis* (2 Cor. 4, 17). Y la permanente suavidad de los más exquisitos frutos de las virtudes y los doncs, viene a causar los diversos *estados* de felicidad real que caben en la tierra y que merecen el nombre de *bienaventuranzas.* Estas son preciosísimos frutos con respecto a esta vida, y flores incomparables que presagian la gloria: «*Opera nostra,* dice Santo Tomás [140], in quantum sunt *effectus* quidam *Spiritus Sancti in nobis operantis,* habent rationem *fructus*; sed in quantum ordinantur ad finem vitae aeternae, sic magis habent rationem *florum*; unde dicitur (Eccli. 24, 23): *Flores mei fructus honoris et honestatis*».

Estos frutos de buenas obras pueden parecer muy amargos cuando aun no están maduros; pero a medida que se desarrollan y maduran van haciéndose tan deleitosos que apenas se echa de ver el trabajo de producirlos, ni se repara en los sudores y lágrimas que cuestan, pues todo contribuye a su mayor dulzura. Si al principio esta celestial sabiduría parece tan *áspera,* como suele parecer a los mundanos, y si por eso mismo «los

---

[138] 1-2, q. 70, a. 2.

[139] *Videamus si floruit vinea, si flores fructus parturiunt...* : *ibi dabo tibi ubera mea... Omnia poma, nova et vetera, dilecte mi, servavi tibi* (Cant. 7, 12-13).

[140] Ib. a. 1.

necios no permanecen en ella», a poco que se cultive seriamente «se recogen sus frutos sabrosos, y al fin se convierte en placer y descanso, y es la hermosura de la vida» (Eccli. 6, 19-32). «Cuando por largo tiempo, dice Lallemant [141], se ha ejercitado uno en las prácticas de las virtudes, adquiere la facilidad de producir sus actos, y ya no siente las repugnancias de antes. Entonces sin luchas ni violencias se hace con placer lo que antes se hacía con trabajo... Cuando los actos de la virtud han llegado a su madurez, tienen, como los frutos maduros, un gusto delicioso, y por estar inspirados del divino Espíritu, se llaman *frutos del Espíritu Santo.* Los de ciertas virtudes son producidos con tal perfección y suavidad, que merecen llamarse *bienaventuranzas*, porque hacen que Dios posea plenamente al alma, y... por lo mismo, que ella esté más cerca de su felicidad».

«El mundo, añade el P. Froget [142], no comprende estas delicias; porque, como anotaba San Bernardo [143], ve la *cruz*, y no la *unción*: *Crucem vident, sed non unctionem.* Las aflicciones de la carne, la mortificación de los sentidos y los rigores de la penitencia causan horror a los mundanos, porque no los perciben sino bajo el aspecto penoso; por el contrario, las almas santas gustosamente dicen con la Esposa de los Cantares (2, 3): *Sentéme a la sombra de Aquel a quien yo había deseado, y su fruto es dulce a mi paladar.*

A la sombra bendita del árbol de la cruz, hallan los justos el reposo y la felicidad que el mundo no puede conocer, y que cada día se acrecientan con los mismos trabajos, puesto que, en medio de todos ellos, *sobreabundan en gozo y consuelos divinos*, pudiendo ya decir con el Apóstol (2 Cor. 7, 4): *Repletus sum consolatione*; *superabundo gaudio in omni tribulatione nostra.* Cada suerte de trabajos produce una especial manera de consuelos, y las principales virtudes con que se sobrellevan vienen así a constituir como un estado parcial de felicidad, es decir, una de las *bienaventuranzas*, las cuales consisten en esos *estados* en que ya es copiosa y constante la producción de frutos exquisitos que tienen cierto sabor de gloria. Siéntese ya el alma feliz en medio de sus penas y hasta se gloría por lo mismo en sus tribulaciones, porque desde que empiezan a mostrarse los frutos perfectos, comienza ella a gustar como un preludio de la eterna felicidad: *Per quamdam inchoationem imperfectam*

[141] Pr. 2, c. 5, a. 1.
[142] P. 431.
[143] *Serm.* 1 *de Dedicat.*

futurae beatitudinis..., cum iam primordia fructum incipiunt apparere [144]. Mas no podrá llamarse en ningún modo *bienaventurada,* mientras que, a semejanza de la mística Esposa, no esté como *de asiento* gustándolos a la sombra del muy *Deseado,* y no podrá llegar a ser *perfecta* mientras no goce más o menos de todas y cada una de las bienaventuranzas, ya que todas ellas pertenecen a la perfección de la vida espiritual [145], y por tanto, pueden ser merecidas de *condigno* [146].

Así, no todos los frutos son bienaventuranzas, porque éstas suponen en ellos perfección, excelencia y cierta estabilidad en su posesión y goce. Y por referirse a frutos tan perfectos, abundantes y permanentes, corresponden aún más de lleno a los dones del Espíritu Santo que no a las virtudes [147]. Por eso quien se contenta con la práctica *ordinaria* o *metódica* de éstas, sin purificarse y abnegarse de modo que venga a ser en todo gobernado y conducido por Dios mediante sus místicos dones, ése no logrará disfrutar de las dulzuras de una felicidad verdadera [148]. Cada uno de los dones, bien desarrollado, nos hace gus-

---

[144] S. TH., 1-2, q. 69, a. 2.

[145] «Cum beatitudo sit actus virtutis perfectae, *omnes beatitudines ad perfectionem spiritualis vitae pertinent*» (S. TH., 2-2, q. 19, a. 12 ad 1).

[146] Cf. S. TH., 1-2, q. 69, a. 2.—«Haec bona quae ex speciali Dei auxilio et providentia conceduntur hominibus iustis, ut procedant *de virtute in virtutem, donec videatur Deus in Sion,* cadunt sub *merito de condigno*» (MEDINA, *In 1-2* q. 114, a. 10).

[147] S. TH., 1-2, q. 70, a. 3.—«*Fructus spiritus,* advierte el mismo Santo Tomás (*In Gal.* 5, lect. 6), dicuntur opera virtutum, et quia habent in se suavitatem et dulcedinem, et quia sunt quoddam ultimum productum *secundum convenientiam donorum.*—Accipitur autem differentia donorum, beatitudinum, virtutum et fructum ad invicem hoc modo: In virtute enim est considerare habitum et actum. Habitus autem virtutis perficit ad bene agendum. Et si quidem perficiat ad bene operandum *humano modo* dicitur *virtus.* Si vero perficiat ad bene operandum *supra modum humanum,* dicitur *donum.* Unde philosophus, supra communes virtutes, ponit *virtutes* quasdam *heroicas... Actus* autem virtutis, vel est *perficiens,* et sic est *beatitudo,* vel est *delectans,* et sic est *fructus*».

[148] «Los que tienden a la perfección por la vía de las prácticas y de los actos metódicos, dice el P. Lallemant (pr. 4, c. 5, a. 1), sin abandonarse a la dirección del Espíritu Santo, no tendrán nunca esta *madurez* y *suavidad* de la virtud que es propia de sus *frutos.* Siempre sentirán dificultades y repugnancias; y siempre tienen que luchar, siendo no pocas veces derrotados, incurriendo en faltas; mientras que los que van bajo la divina dirección por la vía del simple recogimiento, practican el bien con un fervor y un gozo dignos del Espíritu Santo, y sin combatir, alcanzan gloriosas victorias; y si necesitan luchar, lo hacen con gozo. De ahí se sigue que las almas tibias tienen en la prác-

tar y gozar como de un aspecto parcial de la gloria, y según sobresalga un alma en los frutos propios de un don o de otro, así gozará con preferencia de la correspondiente bienaventuranza que cabe en esta peregrinación; hasta que en la patria, unificándose y completándose estos aspectos parciales—o estados transitorios de felicidad incipiente—lleguen a su plenitud y pierdan todo lo amargo y desabrido, convirtiéndose en una *bienaventuranza* plena, inamisible, eterna; cuando el alma, ya deificada y pura, entre de lleno en el gozo de Dios y quede embriagada en el torrente de las divinas delicias. Allí «enjugará Dios las lágrimas de sus siervos: y ya no habrá muerte, ni clamores, ni llantos, ni ningún dolor, porque todo esto desapareció» (Apoc. 21, 4).

Mas por ahora la vida del justo tiene que estar mezclada de pena y de gozo, para merecer y no desfallecer. Y así, las lágrimas que el santo *temor de Dios* le hace derramar, están llenas de tanto consuelo, que no las trocaría él por todos los placeres del mundo: los siervos de Dios, aun *llorando*, son *felices*, porque tienen dentro de sí al divino *Consolador*.

La *piedad* que este dulcísimo Huésped les inspira y con que tan cordial y amorosamente tratan a Dios como a Padre y a sus prójimos como a hermanos, les hace producir abundantes frutos de caridad, paz, gozo, benignidad, bondad y paciencia, en la cual *poseen sus almas* (Lc. 21, 29), y procurando así conservar la unidad de Espíritu con los vínculos de la paz, gozan los *pacíficos* de la gloriosa libertad de los *hijos de Dios* [149].

El don de *ciencia* enseña a conocer y preparar los caminos del Señor y a menospreciar lo terreno para hacer en todo la voluntad divina, buscando con fe y continencia no los propios intereses, sino los de Dios: su reino y su justicia, y los que tienen hambre y sed de justicia son saciados con inefable gozo

tica de la virtud doble trabajo que las fervorosas que a ella se entregan sin reserva; porque éstas tienen el gozo del Espíritu Santo, que se lo hace todo fácil, y aquéllas tienen que combatir sus pasiones, y sienten las debilidades y flaquezas naturales que impiden la suavidad de la virtud y hacen que sus actos sean difíciles e imperfectos».—Con razón decía la M. María de la Reina de los Apóstoles: «El que no se entrega a Dios más que a medias, es el que peor lo pasa».

[149] «Al don de piedad, nota Fr. Juan de Jesús M.ª (*Escuela de oración* [1616] tr. 9, 6), se atribuyen muchas cosas extraordinarias que hacían los santos para honrar a la Divina Majestad, saliendo en público y no pudiendo sufrir que el honor que era debido a sólo Dios y Padre nuestro se diese a los ídolos; y asimismo no sufriendo que se negase el honor debido a las sagradas imágenes y otras cosas santas, sino antes bien reprendiendo públicamente a los tiranos y herejes».

en las fuentes del Salvador, quien, con su reino, les da todo lo demás por añadidura.

El Espíritu de *fortaleza* nos lleva a soportar no sólo con paciencia, sino hasta con alegría y magnanimidad, por la gloria de Dios, cualquier suerte de trabajos, y a triunfar de nuestros enemigos, y en particular del mayor de ellos, que es el amor propio, y vencido éste con la continua abnegación, modestia, continencia, paciencia, longanimidad y mansedumbre, los verdaderos *mansos* y humildes, a imitación del Cordero divino, gozan del fruto de esa difícil victoria, en el completo señorío de sí mismos y de todas sus pasiones: así conquistan el místico reino y *poseen la tierra* [150].

El don de *consejo*, en unión con el de piedad, nos mueve por una parte, a tratar a nuestros hermanos en todo, y particularmente en sus desgracias, como desearíamos ser tratados de ellos, y, por otra, a huir del trato con los malvados e impíos, buscando sólo el de los buenos y perfectos, y a honrar como conviene a los santos amigos de Dios e invocarlos para que sean nuestros abogados y protectores, y los *misericordiosos* tienen el consuelo de *hallar* pronto la divina *misericordia.*

El Espíritu de *inteligencia* alumbra y purifica los ojos del corazón, y la perfecta purificación, aunque tan dolorosa, quitando los obstáculos que impiden ver la irradiación del Sol de justicia, nos permite gozar ya de algún modo de la luz de la gloria. Los verdaderamente *limpios de corazón* luego son iluminados hasta el punto de *ver a Dios* y penetrar en los más augustos misterios. *In hac etiam vita*, dice Santo Tomás [151], *purgato oculo per donum intellectus, Deus quodammodo videri potest.*

El don de *sabiduría*—haciendo *aprecia*r las cosas según lo merecen—nos lleva a la verdadera pobreza de espíritu, al desprecio y olvido de nosotros mismos, al total desprendimiento de todo lo que no sea Dios, o no conduzca a El, y al completo desapego de los mismos consuelos espirituales; mas el que así se entrega a Dios con este sabio desinterés, se le entrega y comunica también el mismo Dios sin reserva [152]. El verdaderamente *pobre de espíritu* goza de una gloria anticipada, poseyendo ya desde ahora el *reino de los cielos.*

[150] Se cumple lo que dicen los Proverbios (16, 32): «Melior est patiens viro forti: et qui dominatur animo suo, expugnatore urbium».

[151] 1-2, q. 69, a. 2.

[152] «Cui *sapiunt* omnia prout sunt, non ut dicuntur aut aestimantur, hic vere sapiens est, et doctus, magis a Deo quam ab hominibus» (KEMPIS, 2, 1).

El padecer persecuciones por Jesucristo—en que se resumen las otras siete bienaventuranzas—es la mayor gloria y felicidad que en esta vida pueden tener sus fieles imitadores. En lo que estas bienaventuranzas tienen de meritorio, son flores de gloria, aunque cercadas de espinas, y en lo que tienen de premio, añade Santo Tomás [153], son ya gloria incipiente. Por ellas empezó el divino Maestro su predicación, porque en ellas se contiene el fin de la nueva ley y se recogen para la eternidad los más preciosos frutos de la vida evangélica: *Et fructus vester maneat, ut quodcumque petieritis Patrem in nomine meo det vobis.* Y más que frutos, y frutos permanentes, indican otros tantos *estados de perfección* en que abundan ya tanto esos frutos más sabrosos, que su posesión y goce constituyen un comienzo de la vida de la gloria, en que *Dios es todo en todos,* y a todos deja satisfechos [154]. Y a esos tan varios estados de perfección invitaba a sus fieles discípulos, y aun a todos sus oyentes, para que cada cual, siguiendo el impulso de su Espíritu, y según su vocación particular, le imitara con preferencia en una cosa, a fin de que entre todos reprodujeran al vivo su divina imagen y perpetuaran su preciosa vida, tan llena de frutos de bendición.

Así fructifica en el alma justificada el Espíritu de Jesucristo [155]. Entra en ella a morar en unión con el Verbo y con el Padre; se le entrega a Sí mismo, que es el *Don* por excelencia, y adorna ese templo vivo con el esplendor de su gracia, virtudes y dones. Con esto la purifica y justifica, y la transforma y renueva hasta deificarla y hacer de ella un objeto digno de las divinas complacencias. Y con esa vida divina que le comunica,

---

[153] L. c.

[154] «El estado de aquellos a quien Cristo llama bienaventurados, dice Fr. Juan de Jesús M. (*Escuela de oración* tr. 9, 12), es tal, que con la pobreza de espíritu, que es la humildad... producen ciertos actos de altísimo desprecio de sí mismos, en el cual desprecio gustan del reino de los cielos... No se ha de entender que todos los frutos o bienaventuranzas sean propiamente actos, porque algunas excelencias hay entre ellos que no son propiamente actos, sino un no sé qué del cielo y de la bienaventuranza de allá, que sigue y acompaña a los actos, como la paz entre los frutos y la pureza de corazón entre las bienaventuranzas».

[155] «La noticia, pues, y consideración de las bienaventuranzas y también de los frutos, prosigue el mismo autor (n. 13), ha de servir para consuelo de las personas espirituales, las cuales, sabiendo el bien inestimable que el Señor comunica a sus amigos *aun en esta vida,* han de alentarse a trabajar e ir adelante en el camino de la perfección cristiana».

le da también actividades divinas, con que pueda vivir y obrar como hija de Dios: y ésas son las virtudes infusas y los dones del mismo Espíritu Santo, gérmenes fecundos de los frutos que Dios quiere recoger en nosotros, y cuya posesión nos hace ya dichosos desde esta misma vida.

Oíd, pues, almas cristianas, la voz del Espíritu Santo. Secundad sus inspiraciones, y, «como rosal plantado junto al agua viva, fructificad; exhalad un aroma suave como el del Líbano. Producid flores puras y fragantes como la azucena, creced lozanas y graciosas, y entonad un cántico de alabanzas al autor de tales maravillas» (Eccli. 39, 17-19).

Para llegar seguramente a la patria celestial, debemos seguir el impulso del Espíritu que derrama en nosotros su caridad a fin de abrasarnos en amor de Dios y en santos deseos, y nos excita e ilustra y conforta con sus dones para que podamos volar al objeto de nuestro amor. «¿Quién podrá contar, dice Froget [156], los santos pensamientos que suscita, los buenos movimientos que provoca y las saludables inspiraciones de que es origen? ¿Cómo se explica, pues, el que tantos cristianos poseedores de la gracia y de las energías divinas que la acompañan, vivan, sin embargo, tan flojos y cobardes en el servicio de Dios, tan inclinados a la tierra, tan olvidados del cielo, tan propensos al mal y tan descuidados de su propio aprovechamiento, sino porque de continuo están poniendo obstáculos y resistencias a la benéfica acción del Espíritu Santo? Por eso el Apóstol nos exhorta a *no contristarle* por nuestra infidelidad a la gracia: *Nolite contristare Spiritum Sanctum Dei* (Eph. 4, 30), y, sobre todo, a *no extinguirlo* en nuestros corazones: *Spiritum nolite extinguere* (1 Thes. 5, 19). Otra causa de que tan escaso fruto produzca una tan rica semilla, es lo mal que la conocen, y por lo mismo la poca estima en que la tienen y el poco trabajo que se toman para hacerla fructificar. Y, sin embargo, ¡qué esfuerzos, qué generosidad, qué respeto de sí mismos, qué vigilancia y qué consuelo no les inspiraría el pensamiento continuo de que el Espíritu Santo mora en nuestros corazones! Allí está como protector, para defendernos de nuestros enemigos, apoyarnos en la lucha y asegurarnos la victoria. Está como amigo fiel, siempre dispuesto a escucharnos, y *lejos de causar amargura su conversación ni tedio su trato amistoso, causa gozo y alegría* (Sap. 8, 16). Allí está como testigo de todos mis esfuerzos y sacrificios, contando todos los pasos que doy por su amor,

---

[156] P. 440-2.

para recompensarlos... ¡El Espíritu Santo habita en mi corazón! Soy su templo, templo de la santidad por esencia: preciso es que yo también sea santo, porque así conviene que sea la casa de Dios: *Domum tuam, Domine, decet sanctitudo* (Ps. 92, 5), y que procure adornarme con todo género de virtudes, diciendo con el Salmista: «*Señor, amé la hermosura de tu casa* (Ps. 5, 28). ¡Qué cosa más eficaz que estas reflexiones para resolvernos a vivir, como dice San Pablo (Col. 1, 10), *de una manera digna de Dios, procurando complacerle en todo, fructificando en toda suerte de obras buenas y creciendo en ciencia divina!*» [1].

Atendamos, pues, a la dulce voz del Espíritu que dentro de nosotros está sugiriéndonos toda verdad, y cual tierna madre nos dice (Prov. 4, 4-13): «Reciba tu corazón mis palabras; guarda mis preceptos y vivirás... El camino de la sabiduría te mostraré, y te guiaré por las sendas de la justicia: en las cuales, una vez que hayas entrado, no se estrecharán tus pasos, y corriendo no tropezarás. Vela por atender a mis instrucciones, y no las dejes: guárdalas, porque ellas son tu vida» [2].

APÉNDICE

[1] *¿Por qué no fructifican en muchas almas los dones?*—«¿Qué quiere decir, pregunta el P. Fr. Juan de J. M.ª [157], que todos los que están en estado de gracia tienen el don de la sabiduría, siendo tan raros los que tienen el don de la contemplación?—Respondo que puede haber muchas causas desta esterilidad, como son la poca pureza de vida, dando lugar a muchos pecados veniales, las muchas ocupaciones, la poca estima de la divina comunicación, y otras cosas semejantes... Es de notar que a todos los justos sirve el don de la sabiduría cuanto es necesario para la salud... Pero son poquísimos los que vienen con tanta guarda del corazón, que lleguen a propia contemplación divina y gocen aquella dulcísima comunicación de Dios Nuestro Señor que es como un principio de la felicidad de la gloria; aunque es verdad que no son tan pocos los que llegan a otros grados inferiores de contemplación».

Así, añade [158], el que desea aquel preciosísimo don de la contemplación atienda a orar como se debe, haciendo una vida mortificada y humilde, y absteniéndose de las cosas que impiden la quietud interior y la comunicación divina. Esta doctrina debería mover grandemente a

157 *Escuela de oración* tr. 8, d. 12.
158 Ib., d. 13.

las personas espirituales a vivir con gran mortificación y no perdonar trabajo alguno por llegar a cualquiera de los grados de contemplación, aunque fuese de los mínimos, no tanto por la íntima consolación dellos, cuanto por la perfección de vida que se alcanza, y por el gusto que recibe la divina Majestad de la estrecha comunicación con los hombres».

[2] *«Educación y enseñanzas que el Espíritu Santo da a toda alma que con docilidad quiera ser por El instruída y enseñada, y que con entera voluntad quiera, cueste lo que costare, adquirir aquel primer estado que nuestros primeros padres perdieron.*—Este divino Espíritu, que sabe perfectamente el modo que Dios tiene de obrar—por ser El Dios como el Padre y como el Verbo—nos va llevando y encaminando por allí .. por donde hemos de obrar según el querer de Dios.—Siempre empieza Dios a poner los remedios por donde nos vinieron los males. Y como el mal nos vino a toda la raza humana por la desobediencia, por la soberbia y por la gula, por aquí este Maestro sapientísimo, para la grande obra de la justificación y santificación, empieza por quitar esos tres grandes inconvenientes que han quedado en nosotros aun después de haber sido redimidos. Con ellos no puede Dios, aun siendo quien es, rematar esa obra de nuestra justificación: obra que empezó, como hemos dicho, el Padre, continuó el Hijo y concluye y remata el Espíritu Santo.—Bien debía saber que así era aquella inteligencia privilegiada que exclamó: *El que te crió sin ti, no te salvará sin ti.*—Sin nuestra ayuda (cooperación), no puede el divino Espíritu por sí solo quitar estos grandes obstáculos que a nuestra santificación se oponen. ¿Pues, cómo le hemos de ayudar a quitarlos? Con la docilidad: haciendo lo que El nos aconseja; creyendo todo cuanto El nos enseña, y separando de nuestro corazón lo que El nos prohibe tener. ¿Qué cosa más justa que pedirnos Dios y exigirnos que pongamos el remedio por donde nos vino el mal, la ruina y la muerte? Esto es justísimo, y tanto más justo, cuanto que lo que nos pide es para poner a raya las pasiones, y con esto volverlas a sujetar a la razón; ya que es, el no estar así, la causa principal de nuestra ruina. Con el ayuno y la penitencia—hecha de la manera que enseña este divino Espíritu—lograremos no sólo poner a raya nuestras pasiones, sino el morir a nosotros mismos; con cuya muerte nos viene la mayor dicha que podemos lograr en esta vida y en la otra. Y no está el mérito en sólo la acción de ayunar, sino en hacerlo con las condiciones necesarias para que sea a Dios agradable y a nosotros provechoso, y sirva para lo que el Espíritu Santo se propone. Por eso no es agradable a Dios todo ayuno, ni toda penitencia; porque, con el desborde que llevan nuestras pasiones, lejos de buscar a Dios en todo, nos buscamos a nosotros mismos. Somos en esto como tiernos niños que, por sí solos, no saben hacer cosa alguna de provecho.

»Pues para esto evitar, viene en nuestra ayuda la acción del Espíritu Santo, que nos encamina y ampara más que una tierna madre a su hijo, cuando, cogiéndole del brazo, le lleva por los senderos fáciles para evitarle que dé un mal paso o una grave caída; y así, aquella ac-

ción tan hermosa como es el andar, sin la ayuda de su madre se le trocaría en grave daño. Y esto en lo fácil de hacer, como es el ayuno y penitencia.—¿Pues cómo podría el alma por sí sola hacer tantas y tantas cosas como le son necesarias en la vida espiritual? Es esta vida el más vivo retrato de un caminante ansioso de llegar a su patria y que, por haberse criado en tierra extranjera, ignorase el camino recto que a la suya conduce. ¿Qué le sucedería, si, no conociendo los grandes peligros que tiene de perderse, quisiera ir por sí solo? Podía evitarlos todos, llevando guía experimentado, natalicio de aquella patria querida adonde cuanto antes desea llegar. Mas si, llevando este guía de toda confianza, no quiere él caminar por los senderos estrechos por donde tiene que ir, y escuchando a su timidez y a su natural apocado, se acobarda y dice: «Yo por ahí no paso, que apenas se ve a nadie que por estas sendas camine; quiero ir por donde va tanta gente alegre y contenta; aquí todo es pena, congoja, privaciones, obscuridades, fieras, fantasmas y tempestades horribles; no veo más que despeñaderos, y no sé qué aires se respiran; mientras por donde van esas muchedumbres todo es llano y espacioso»; y con esto, y sin atender a razones, se anda por allí extraviado, ¿qué le sucederá?... El guía, con todo cariño, trata de alentarle y desengañarle; con toda certeza, le asegura que no tiene por qué temer a las fieras ni a nada, porque el camino que tan estrecho parece va siendo cada vez más fácil, derecho y seguro, y las fieras huyen de los caminantes esforzados, y sólo dañan a los descuidados y perezosos que, olvidados de su viaje, se entretienen en coger flores, o escuchan los cánticos de extrañas aves de rapiña que no buscan sino el engañar a los incautos para que no den un paso más y, quedándose por allí, sean despedazados por un león y tengan ellas donde cebarse. Si a pesar de eso no quisiera ir por la senda que va derecha a su patria, y no haciendo caso del guía natalicio que con tanta seguridad podía conducirle, se queda por allí a coger las pintadas flores de aquellas agradables praderas..., y al fin cae en los peligros que con tanta claridad se le indicaban, ¿quién tuvo la culpa sino su temeridad? ¿Qué dirían de él los prudentes y discretos y cuantos por allí pasasen? [159] ¿No dirían que de todo se hizo culpable por seguir su propio juicio y parecer, y que voluntariamente puso en riesgo su vida, puesto que, llevando tal guía, quiso obrar como si caminara solo?

«Pues esto exactamente sucede a los miembros del Cuerpo místico de la Iglesia que desconocen o desoyen al Espíritu Santo, guía el más sabio que podemos tener, y que el mismo Dios nos puede dar, y que nos lo da únicamente por los méritos de nuestro Redentor en aquellas

---

[159] «Buscando mis amores,
iré por esos montes y riberas;
ni cogeré las flores
ni temeré las fieras,
y pasaré los fuertes y fronteras».

(S. J. DE LA CRUZ, *Cant. espir.* 3.º)

tres horas que pendiente estuvo de la cruz: a unos, porque no conocen a este divino Espíritu; a otros, porque no le llaman, aunque le conocen; y El tiene dicho que desea darnos sus gracias, pero quiere que se las pidamos. ¿En qué consiste que, siendo todos los miembros de este Cuerpo místico elegidos por el mismo Dios para ser templos vivos del Espíritu Santo, haya tan pocos que lleguen a levantar con perfección ese templo; por lo cual en tan pocas almas habita y mora aquella Trinidad benditísima de la manera que ella nos lo tiene prometido? ¡Oh!, es que no es de todos conocido este divino Espíritu... Conocen que Jesucristo es el camino; pero ignoran que por este camino el hombre por sí solo no puede caminar, y que el que nos ha de conducir por él es el Espíritu Santo [160].

»¡Oh miembros todos de este místico Cuerpo, cuya cabeza es Jesucristo! Si así como todos reconocemos a Jesús, reconociéramos también a su Espíritu por maestro y guía de nuestras almas... ¡oh!, entonces, ¡cuántos templos vivos habría en esta Iglesia militante donde pudiera morar a la manera que mora en la triunfante aquella Trinidad benditísima! Ella, por un acto de su infinita bondad para con nosotros, así lo quiere y desea; que no haya más que una sola cosa en que nos diferenciemos los de la Iglesia militante con los de la triunfante. Lo que nos distinga sea únicamente el que nuestra acción es mediante la fe y la esperanza; viva la fe, demostrando su viveza en cada acto que hagamos, para con ella más y más merecer; y con esa esperanza, firme esperar que llegue el día en que se nos dé este cielo..., esta bienaventuranza que hace al alma tan dichosa en esta vida, triste, de llanto y de amargura—por los asaltos que se padecen de poder perder aquel cielo de los mismos cielos—; causa única que nos distingue de los que habitan en la triunfante Iglesia; que ellos viven sin fe y sin esperanza, gozando, mientras Dios sea Dios, de aquello que creyeron y esperaron; y tanto creyeron y esperaron, tanto les ha sido dado en eterna posesión. Mas de todo lo substancial que se goza en la posesión de Dios—en cuanto es el único bien que puede tener el alma, por haber sido criada para solo Dios—se puede ya aquí gozar. Que aunque hay inmensos bienes, pues como dice San Pablo: *Ni ojo vió, ni oído oyó, ni entendimiento humano es capaz de comprender lo que Dios allí tiene para los que le sirvan y amen*; como digo, de todo lo substancial del cielo, de aquello que es cielo de los mismos cielos, que es el conocimiento del sumo y único Bien—y única cosa digna de ser amada y amarla—podemos gozar ya. Este sumo Bien ama al alma con amor infinito, y con la plenitud con que Dios sabe amar; que parece que a cada uno ama como si no hubiera otra cosa que amar,

[160] «Aunque es verdad, observa el B. Juan de Avila (*Del Espíritu Santo* tr. 1), que con la muerte de Jesucristo se abrió el cielo y se cerró el infierno, ¿qué te aprovechará si no recibes al Espíritu Santo? Sin gracia de Dios, mira qué te puede aprovechar lo demás; y si al Espíritu Santo recibes en tu corazón, todo te aprovechará y dará consuelo... ¡Oh si os pudiera yo pegar la devoción con el Espíritu Santo!»

y, por no haberla, amara a una sola alma con aquella plenitud de caridad y amor infinito que Dios en sí encierra. Pues esto que no puede el alma conocer qué cosa es verse así amada de Dios, y verse así amada ante todos los moradores de la celestial Jerusalén..., y verse por cada uno de ellos amada también como si fuera una sola alma, las solas complacencias de Dios; que por esto solo es de todos amada con predilección inmensa (y así es amado cada uno por todos los moradores de aquella patria querida); pues todo esto, por la estrecha unión que existe entre la Iglesia militante con la triunfante, *se experimenta ya en esta vida* por la fe y mediante la unión de caridad que el Espíritu Santo hace con el Verbo humanado y el alma, donde la hace *sentir, gustar* y en cierta manera *poseer* la bienaventuranza anticipada de la gloria que tienen en posesión ya los miembros todos de la triunfante Iglesia; quienes, por la caridad que en ellos reina, se gozan viendo cómo llega también a la tierra la plenitud de la gracia divina sobre aquellos que, mediante la acción del Espíritu Santo, son desposados con Cristo Jesús, Redentor dulcísimo de las almas. El cual, para aquellas a quienes la acción de su divino Espíritu embellece, es amante apasionado y Esposo regalado y dulce, sobre todo regalo y dulzura, como son todas las perfecciones de la caridad de Dios, que en este Jesús, el más fino de todos los amantes, se encierra. Y mediante los dones del Espíritu Santo, también el alma es para Jesucristo esposa regalada y dulce, por los sabrosos y sazonados frutos que en ella brotan con esos dones que el divino Espíritu le da» [161].

«La contemplación divina en las almas, dice Fr. Juan de Jesús María [162], las muda maravillosamente sobre todo lo que se puede explicar con lengua mortal... Un cuarto de hora de contemplación suele hacer más impresión en un alma, que muchos de oración ordinaria. Porque el alma que sólo una vez goza deste favor... queda de tal manera enamorada de la divina hermosura, que desprecia luego todas las cosas amables de la tierra, y se ejercita con gran resolución en mortificar la carne, en humillarse, en ofrecerse a todas las ocasiones de mayor gloria de Dios, sin curar de vida ni de muerte, ni de algún bien, sino sólo de la divina Majestad.

---

[161] V. manuscrito citado.

[162] *Escuela de oración* tr. 8, n. 12.

CAPITULO IV

El crecimiento espiritual

§ I.—Necesidad de crecer en Dios como particulares y como miembros de la Iglesia.—El mérito y el crecimiento; funciones aumentativas y medios de realizarlas individual y socialmente.—Dignidad del cristiano.

Puesto que renacemos para Dios como habíamos nacido para el mundo—es decir, en el estado de niños—necesitamos crecer en gracia y conocimiento de Dios (2 Petr. 3, 18), y «en todo», hasta llegar a la medida del *Varón perfecto*, que no se alcanzará plenamente hasta la gloria. Si no creciéramos, pereceríamos como niños endebles. Por eso, «como los recién nacidos, debemos codiciar el acomodado alimento de la leche espiritual, que nos haga crecer en salud» (1 Petr. 2, 2), «hasta que se forme Cristo en nosotros» (Gal. 4, 19). Así nos encarga tantas veces el Apóstol crecer en ciencia de Dios, en caridad, en frutos de buenas obras y en *todas las cosas* según Jesucristo, para quedar *llenos de plenitud de Dios* (Col. 1, 9-10; Eph. 4, 12-16).

«El crecimiento, dice el P. Terrien [1], es una ley a que están sujetos los hijos de Dios, mientras no hayan llegado al estado perfecto de la plenitud de Cristo. En el orden espiritual nos hallamos en vía de formación... Por eso la Iglesia es siempre nuestra madre; porque nos dió en el bautismo la vida de la gracia, y porque está encargada por Jesucristo, su divino Esposo, de velar sobre su crecimiento, ayudarlo y dirigirlo. En la vida sobrenatural viene a suceder lo que en la natural; recibimos desde un principio los constitutivos de nuestro ser, pero éstos requieren tiempo para desarrollarse». El mismo Jesucristo, según refiere San Lucas (2, 52), *progresaba en sabiduría y en edad y*

---

[1] 2, p. 3.

en gracia ante Dios y ante los hombres. Y nosotros, a semejanza suya, debemos progresar y *crecer en todo*, hasta en el grado de la filiación divina, puesto que el mismo Salvador decía a sus discípulos (Mt. 5, 44-45): «Haced bien a los que os aborrecen, para que seáis hijos de vuestro Padre celestial». Ya eran hijos de Dios, cuando se les podía decir: *Vuestro Padre*, y, sin embargo, añade Terrien [2], «era preciso que llegaran a serlo por el amor a los enemigos. ¿Qué es esto sino decir que un hijo de Dios puede ir siéndolo siempre en más alto grado a medida que hace obras más dignas de este Padre, y se vuelve más semejante a la divina bondad?... Como la gracia santificante puede y debe ir siempre en aumento, la inhabitación de Dios en las almas va siendo más íntima y, por lo mismo, más estrecha la unión de este Padre con sus hijos adoptivos» [3].

Así, pues, no hay razón que excuse ni impida el estar siempre creciendo en todo según Jesucristo, caminando incesantemente y aspirando cada vez a mayor perfección: ni la gracia en sí, que es vida eterna y participación de la misma vida divina; ni el sujeto de ella, que mientras más recibe, más apto se hace para recibirla mejor; ni la causa física, que es la comunicación del Espíritu Santo; ni la meritoria, que es la pasión de Jesucristo; nada de esto se opone a un crecimiento indefinido que sólo cese en el término de nuestra carrera. El Salvador quiso que todos aspirásemos a *ser perfectos como el Padre celestial*, y que tuviésemos cada vez más abundancia de vida. Y la tendremos si no ponemos obstáculos a su desarrollo, pues cada acto vital que producimos acrecienta esta vida nueva en vez de agotarla. Todo el conocimiento y amor sobrenaturales que en este mundo podemos tener no *llenan*, antes *ensanchan* nuestra capacidad y nos disponen para recibir más luz y más fuego divino. Así, una gracia está siempre llamando otra nueva gracia, y el no disponerse a recibir más es exponerse a perder lo ya recibido [4]. Por eso el Apóstol (Phil. 3) olvidaba lo andado para atender tan sólo a lo que aun le quedaba por andar, puesto que el no avanzar sería retrocedcr [5]. Se nos han dado los divinos

---

[2] P. 6-7.

[3] Cf. S. TH., 2-2, q. 24, a. 7.

[4] Las mercedes divinas son prendas de nuevos favores: *Beneficia Dei*, decía San Agustín, *beneficia et pignora.* Y San Pablo (2 Cor. 6, 1-2) nos exhorta: *Ne in vacuum gratiam Dei recipiatis.* Ait enim (Is. 49, 8): *Tempore accepto exaudivi te.*—Cf. AGREDA, *Míst. Ciudad* 1.ª p., l. 1, c. 20.

[5] «Si no procuráis virtudes y ejercicio dellas, dice Santa Teresa (*Mor.* 7, c. 4), siempre os quedaréis enanas, y aun plega a Dios que

talentos de las potencias espirituales, es decir, las virtudes infusas y los dones, para que fructifiquen, y no para que estén ociosos, y sólo haciéndoles fructificar podremos entrar en el gozo del Señor (Mt. 25, 21-23). El mal siervo *perezoso* e *inútil*, es despojado de sus talentos y lanzado a las tinieblas exteriores (ib. 26, 30).

En cambio, todos los esfuerzos vitales que hagamos por acrecentar como debemos el tesoro divino, producen un aumento de vida y son meritorios de gloria [6].

---

sea sólo no crecer; porque ya sabéis que quien no crece, descrece, porque el amor tengo por imposible contentarse de estar en un ser donde le hay».—Cf. RODRÍGUEZ, *Ejercicio de perfección* 1.ª p., tr. 1, c. 6 y 7.

[6] «El deber de tender hacia la perfección, observa Mgr. Turinaz (*Vida divina* c. 5, § 1), obliga a todos los cristianos; los mandatos divinos que imponen este deber no hacen excepciones; son universales, absolutos, sin restricción ni reserva. Ya la antigua Ley, que era sólo preparación para el Evangelio, decía (Deut. 18-13): *Sé perfecto y sin mancha en presencia de tu Dios. Camina en mi presencia y sé perfecto* (Gen. 17, 1). San Pablo nos dice (2 Cor. 13, 11): «Hermanos, sed perfectos». «Dios nos ha elegido para que por la caridad seamos santos e inmaculados en su presencia» (Eph. 1, 4...) ¿Por ventura no está indicado ese gran deber en el «camino del justo, semejante a la luz de la aurora, que progresa y crece hasta el perfecto día» (Prov. 4, 18); y en la obligación general de trabajar en la obra de los santos, hasta llegar a la plenitud según la cual ha de formarse en nosotros Jesucristo? (Eph. 4, 12-15). ¿Acaso el adelanto en la perfección y el progreso en la vida cristiana no responden a esas aspiraciones hacia lo grande, lo perfecto, lo infinito, por el mismo Dios impresas en nuestros corazones? ¿No es todo testimonio de la gratitud que debemos mostrarle por los beneficios recibidos sin la cual resultarían inútiles todos los dones destinados a nuestra santificación? ¿No están los amigos e hijos adoptivos de Dios obligados a manifestar con obras la excelencia de su dignidad? ¿No nos impone esa misma vida divina que se nos ha comunicado, uniéndonos íntimamente con el Dios de toda santidad, el deber de realizar nuestra perfección?»

«No vale imaginarse, advertía San Agustín (*Serm.* 47 *de divers.* c. 7), que aquellas palabras de Jesucristo: *Sed perfectos como lo es vuestro Padre celestial*, se dirigían solamente a las vírgenes y no a los casados, a las viudas y no a las esposas, a las religiosas y no a las que tienen familia, a los clérigos y no a los laicos. La Iglesia entera debe seguir a Jesucristo; y todos los miembros de ella, a ejemplo del Maestro, deben llevar la cruz y practicar sus enseñanzas».

Este deber de aspirar a la perfección se cumple abrazando nuestras propias cruces y siguiendo al Salvador en cumplir todas las voluntades del Padre. El cual ante todo quiere *nuestra santificación* (1 Thes. 4, 3), que consiste en estar totalmente animados y dirigidos del Espíritu Santo. Nos *santificaremos en verdad*, como el Señor pidió en la última Cena, si procuramos cumplir fielmente todos los mandamientos graves y *leves*, con todos los deberes de nuestro estado, y seguir con entera docilidad aquellas internas ilustraciones que nos marcan en cada hora

El C. Tridentino enseña [7] que los fieles de Cristo, «una vez justificados y hechos amigos y domésticos de Dios, *caminan diariamente* de virtud en virtud..., y por la guarda de los mandamientos de Dios y de la Iglesia, *crecen en la justicia* recibida, y van quedando *cada vez más justificados*. Pues está escrito: *El que es justo, que se justifique siempre más*. Y en otro lugar: *No temas progresar en la justicia hasta la muerte*... Este acrecentamiento pide la Iglesia a Dios cuando dice: *Dadnos, Señor, un aumento de fe, esperanza y caridad* [8]. Y en la misma sesión lanza el *anatema* contra los que osen decir que «la justicia no se conserva ni *crece* con las buenas obras, y que éstas son sólo frutos y no *causas de crecimiento*»; o que «no son en realidad meritorias... de un aumento de gracia y de gloria».

Así, pues, todo acto de un hijo de Dios, en cuanto tal, es meritorio de vida eterna [9], pues no hay en él acciones voluntarias que puedan serle indiferentes: las que no merecen, por el mismo hecho ya son malas; porque el justo que no obra conforme al «hombre nuevo», mereciendo para adelantar, obra conforme al «viejo», y decae y desmerece. Para que un acto sea meritorio, es menester que vaya informado por la gracia y la caridad; aquélla le da vida, lo hace ser *vital*, es decir, propio de hijos de Dios; ésta lo ordena expresa y directamente a El, como a último fin, cuyo orden debe informar todas nuestras obras para que sean del todo buenas, pues cuanto se separen o

---

lo que Dios quiere de nosotros: sin esto mal podríamos cumplir el mandamiento de amar a Dios con todo el corazón, con toda el alma, con toda la mente y con todas nuestras fuerzas; y por lo mismo con todos los dones y gracias recibidas. Mas para esto es preciso tener en gran estima los consejos evangélicos y todos los demás medios de santificación, y aplicarlos oportunamente según como nuestro estado los permita y requiera. Por eso, «es gran pecado, decía San Francisco de Sales (*Amor de Dios* l. 8, c. 8), despreciar las aspiraciones a la perfección cristiana, y más aún, despreciar la amonestación con que el Señor nos llama a ser perfectos; y es impiedad insoportable menospreciar los consejos y los medios que Jesucristo nos da para llegar a esa perfección».

[7] S. 6, c. 10.

[8] «El comienzo de la caridad, dice San Agustín (*De natura et gratia* c. 13), es comienzo de la justificación: el progreso de la caridad es progreso en la justificación, y una perfecta caridad es la justificación perfecta».

[9] «Cum ipse C. I.—dice el C. Tridentino (s. 6, c. 16)—tamquam caput in membra et tamquam vitis in palmites, in ipsos iustificatos iugiter influat, quae virtus bona eorum opera semper *antecedit*, et comitatur et subsequitur, et sine qua nullo pacto Deo grata et meritoria esse possent».

tuerzan de ese orden, tanto tienen de malas o desordenadas, aunque en el fondo sean buenas, por ser *vitales* [10]. Cuanto mayores sean la vida de la gracia y el orden y fervor impulsivo de la caridad, tanto más meritorias son todas nuestras acciones. Pues la gracia y la caridad son las dos principales fuentes del mérito. Pero no se requiere un acto explícito de caridad para informar y orientar nuestras buenas obras: basta, para que puedan ya merecer, la orientación general en virtud de un acto de caridad precedente que persevera *virtualiter* en toda acción cristiana; por más que la renovación de actos explícitos las haría más puras y meritorias.

La vida sobrenatural aumenta, pues, aun por el acto más insignificante, más natural y más vil, con tal que sea hecho en gracia y vaya ordenado por la caridad, o a lo menos subordinado a un fin sobrenatural [11]. Y como cada acto meritorio produce un aumento de gracia, y cuanto mayor sea ésta más meritorias son todas nuestras obras, de ahí que el mérito y la gracia progresen como a porfía [12]. Y de ahí también que, haciendo por amor de Dios y con rectitud de conciencia aun la vida más ordinaria, ocupada casi toda ella en oficios viles y menospreciados, pueda el alma fiel, con sólo ofrecer a Dios eso mismo que hace y renovar la pureza de intención, llegar a muy alto grado de santidad. Así es como en todos los oficios necesarios a la vida humana—aun en los que más refractarios parecen a la perfección evangélica—ha habido grandes santos;

---

[10] «Per *charitatem ordinatur actus omnium aliarum virtutum* ad ultimum finem; et secundum hoc ipsa dat *formam* actibus omnium aliarum virtutum» (S. Th., 2-2, q. 23, a. 7).

[11] «Es imposible, dice Sauvé (*Le culte* élév. 27), ganar el cielo y merecer la vista y posesión de Dios sin estar divinizados; pero desde el momento en que el alma, por la gracia santificante y la caridad, está injertada en Dios, como sarmiento de vid cuya cepa es Jesucristo, produce naturalmente frutos divinos, con tal de que sus actos no sean malos».—«Como el justo, advierte San Francisco de Sales (*Amor de Dios* 11, c. 2), está plantado en la casa del Señor, sus hojas, sus flores y sus frutos son dedicados para el servicio de la divina Majestad».—«Mientras el hombre no tiene la gracia santificante, escribe Santo Tomás (2 *Sent.* 27, q. 1, a. 5 ad 3), como no participa aún del *ser divino*, las obras que hace no guardan ninguna proporción con el bien sobrenatural que trata de merecer. Pero una vez que por la gracia recibe este ser divino, los mismos actos adquieren la dignidad suficiente para merecer el aumento o perfección de la gracia».

[12] «Cuando un alma es más santa, es más capaz de amar a Dios; por este amor más grande y más ardiente, se hace capaz de una mayor santidad: y ésta conduce a un amor más intenso» (Turinaz, ib. c. 4, § 2).

para que nadie pueda excusarse de no serlo [13]. Así, pues, «obrando en caridad la verdad», es decir, ejercitando todas las virtudes propias de nuestro respectivo estado, «procuremos crecer en Jesucristo, nuestra Cabeza—por el influjo continuo de su gracia—en todo», hasta asemejarnos e identificarnos a El cuanto nos sea posible.

Según esto, veremos que la vida espiritual crece, por una parte, recibiendo nuevos efluvios vitales, nuevos aumentos de esa gracia que, procediendo de Jesucristo como Cabeza, está circulando de continuo por los canales ordinarios para distribuirse por todo el organismo, y comunicarse a todos los miembros que no ofrecen resistencia, aunque por lo demás no adviertan esa vitalidad que así reciben; y por otra, ejercitando positivamente las virtudes y los dones, para que con el mismo ejercicio se desarrollen hasta producir tales frutos de vida, que nos constituyan como en un estado de perfección y de bienaventuranza incipiente. Así es como «adelantamos, y fructificamos y *permanece* nuestro fruto», y logramos *tener una vida cada vez más abundante.*

Los medios de desarrollarla y fomentarla son, pues, todos cuantos de un modo o de otro, directa o indirectamente, contribuyan a favorecer esos divinos efluvios o activar este ejercicio nuestro, excitando las energías ya recibidas, a fin de que fructifiquen, y facilitando y preparando la comunicación de otras nuevas, o bien quitando los impedimentos que a unas y otras se oponen. De esta suerte podremos ir estrechando cada vez más la unión contraída con Jesucristo, nuestra divina Cabeza, y crecer en todo según El. Pero si no nos purificamos quitando los obstáculos que impiden su acción, o no procuramos cooperar a ella en cuanto está de nuestra parte, siempre viviremos débiles y raquíticos, sin producir apenas frutos de vida [14].

Podemos, pues, crecer en El como *hermanos* y *discípulos suyos,* imitándole con el continuo ejercicio de sus virtudes y sus dones, y como *miembros* vivos de su Cuerpo místico, participando de las funciones necesarias para la vida del conjunto, y para que todos y cada cual obren en perfecta harmonía y en

[13] Pueden verse muchos ejemplos en BUTIÑÁ, *La luz del menestral.*
[14] Así es como nuestra disipación y negligencia en regular nuestro interior «son causa, conforme dice el P. Lallemant (*Doctrine* pr. 5, c. 3, a. 1), de que los dones del Espíritu Santo estén en nosotros casi sin efecto y de que permanezcan también estériles las gracias sacramentales».

unión de caridad, conservando con el vínculo de la paz la unidad del Espíritu. El Cuerpo místico de la Iglesia tiene sus funciones vitales—como son las de los sacramentos—que, dimanando de la Cabeza, se realizan por virtud del Espíritu Santo mediante los órganos *sellados* y *consagrados* para desempeñarlas; los cuales pueden así incorporar nuevos miembros, corroborarlos, sanarlos, alimentarlos y agrandarlos, especializarlos con la visible distribución de gracias sacramentales (aparte de la invisible de los carismas con que el Espíritu Santo consagra a muchas almas para otras funciones tan importantes como ocultas), y, en fin, disponerlos para el tránsito a mejor vida borrando los últimos vestigios del hombre terreno. De este modo, no oponiendo resistencia, sino más bien cooperando o respondiendo cada cual según su capacidad, a estas funciones vitales, conductoras de vida y de gracias, cada miembro—*ex opere operato*—las recibe si no las tiene, o las acrecienta si ya las poseía; aparte de las que él mismo se merezca—*ex opere operantis*—por lo que contribuya por el buen ejercicio de su actividad especial.

Mas para poder obrar así—aun en particular—como hijos de Dios y miembros vivos de Jesucristo, y merecer en el orden de la gracia, es necesario que tengan no sólo esa *vida,* sino también potencias, habilidades y energías *divinas*, para ser capaces de producir actos sobrenaturales y frutos de vida eterna. Y esas energías y potencias con que por sí mismos—aun aparte del influjo que reciben de las funciones colectivas o sacramentarias—pueden vivir y crecer en mérito, son las gracias *actuales* y *habituales*, las *virtudes infusas* y los *dones del Espíritu Santo*, en la medida que a cada cual se comunican. Así es como hay *funciones de la vida colectiva* y *operaciones de la individual*: aquéllas producen la gracia *ex opere operato*; éstas, *ex opere operantis.*

La vida sobrenatural, en efecto, como dice Santo Tomás [15], guarda cierta analogía con la humana, en la cual hay funciones *sociales* e *individuales*; éstas se ordenan directamente al bien particular, perfeccionando a los individuos o quitándoles los obstáculos que le impiden su mejoramiento; aquéllas, al bien común, proveyendo al buen orden de las sociedades y a su propagación y conservación. Así, en la vida cristiana hay también nacimiento espiritual, crecimiento, señales de virilidad, alimentos, medicinas para las enfermedades del alma y medios de

[15] 3.ª p., q. 5, a. 1.

convalecencia; además hay orden social, jerárquico, y hasta la misma propagación natural, como ordenada al culto y gloria de Dios, está santificada en la Iglesia.

Para todas estas principales funciones—privadas o colectivas—de la vida cristiana, hay un sacramento: *renacemos* por el *Bautismo,* nos *alimentamos* y *crecemos* por la *Eucaristía,* nos *corroboramos* con el carácter de la virilidad—que nos hace soldados de Cristo—por la *Confirmación,* curamos nuestras enfermedades espirituales y hasta podemos recobrar de nuevo la vida, por la *Penitencia*; purgamos los resabios que ésta no borró, y nos disponemos así para comparecer ante el Juez supremo, con la *Extremaunción,* mientras por el *Orden* se provee al gobierno espiritual y a la dispensación de los divinos misterios, y por el *Matrimonio,* a la santificada propagación del pueblo cristiano [16].

Estas *funciones sociales,* como necesariamente exigen cierta cooperación, siempre son *colectivas,* y por lo mismo reclaman a toda costa el respectivo sacramento. Mas las otras puede realizarlas cada individuo en particular, mereciendo así *ex opere operantis,* aunque pudiera hacerlas mejor con manifiesta dependencia de la colectividad de modo que mereciese también a la vez *ex opere operato,* por la virtud sacramental. Cada uno en particular puede, en efecto, *renacer, crecer, sanar* y aun *resucitar* por la caridad y la gracia, individualmente, cuando no puede recibir los respectivos sacramentos y está resuelto a recibirlos a su hora; pero todo eso lo haría mucho mejor y más plenamente recibiéndolos, con lo cual de lleno y visiblemente comunica con la vida de todo el Cuerpo místico, y la recibe a torrentes si no pone obstáculos. Pues de Jesucristo, como fuente, se deriva por medio de esos canales, que son como las arterias de su Cuerpo místico que a todos los órganos llevan su preciosa Sangre para reanimarlos, renovarlos y purificarlos.

Cada uno de los sacramentos tiene su especial objeto, cual es el regenerar, alimentar, purificar y corroborar con el sello

[16] «*Per matrimonium Ecclesia corporaliter augetur*» (Concil. Florent., *Decret. pro Armen.*).—«Podemos decir, escribe Hettinger (*Apolog.* conf. 31), que el matrimonio es *una Iglesia en la carne,* en que los padres y madres tienen una especie de misión sacerdotal, la de dar hijos e hijas al Cuerpo de Cristo, propagar el reino de la redención en las generaciones venideras y trabajar en la edificación de la gran ciudad de Dios sobre la tierra. Así como los padres son miembros de Cristo, así deben serlo también sus hijos, que en cierto modo son ya santos, puesto que antes de su nacimiento están separados de los gentiles. La unión conyugal depende así de la Cabeza de la Iglesia, y tiene sus raíces en un suelo sobrenatural».

de la milicia de Cristo, o con el carácter ministerial, o con la gracia de estado que es propia del Matrimonio, o como el último remedio contra nuestras flaquezas. Así, entre todos ellos, la Eucaristía—que, como alimento del alma, se ordena directamente al crecimiento espiritual y a aumentar la unión con Cristo—y la Penitencia, que nos purifica y sana, y aun, si es menester, nos resucita, son los que más importancia tienen en el desarrollo de la vida sobrenatural. Pues como el adelanto cristiano consiste en *crecer en gracia y expurgar el antiguo fermento*, y el proceso ordinario de la vida, en *asimilar y eliminar* convenientemente, de ahí que esos dos sacramentos sean los medios más poderosos para fomentar el progreso espiritual.

De este modo vivimos y crecemos unidos a Dios en el ser, en el obrar y en el cooperar a su mística acción: en el *ser*, por la gracia santificante; en el *obrar*, por las virtudes infusas, y especialmente por las teologales, y en el *cooperar*, por los dones del Espíritu Santo. Las virtudes morales en general perfeccionan la voluntad y el apetito para que obedezcan fielmente a la recta razón cristiana, y las intelectuales perfeccionan y ordenan la misma razón, y, unidas unas y otras a los dones, nos hacen dóciles a las mociones e ilustraciones del Espíritu Santo.

Ahora podremos comprender o vislumbrar la inestimable dignidad del cristiano que así está *deificado* en su *ser*, en sus *facultades*, en sus *acciones*, en su *fin* y en *todo*. Tiene en su corazón a la *Trinidad* soberana: es *hijo* verdadero del Eterno Padre; *hermano* y *miembro* del Verbo encarnado, y *templo vivo* del Espíritu Santo que lo anima y vivifica como el alma a su propio cuerpo... Como miembro de Jesucristo, el mismo Cristo se continúa en él por un lazo físico, real, que es la vida de la gracia: la cual se acrecienta por medio de las *buenas obras* y de los *sacramentos*, que hacen circular por nuestras venas la Sangre del Redentor... ¡Cuán sublime es el considerar esta corriente de vida, brotando desde el seno del Padre, y por los méritos del Hijo y la virtud de su Espíritu, derivándose a nosotros, *vivificándonos, renovándonos, purificándonos y deificándonos!*... ¡Y cuán consolador, ver cómo se nos comunica por medio de los sacramentos, desde el Bautismo que nos hace hijos de Dios... hasta la Extremaunción que nos dispone para entrar en la gloria de Dios Padre!

§ II.—Crecimiento individual y funciones particulares.—Medios de adquirir cada cual la perfección cristiana; la presencia de Dios y su trato familiar; la oración y las devociones; las obras exteriores de misericordia y de piedad; la vida interior y la actividad exterior; condiciones del mérito.—Las prácticas piadosas.—La purificación y las mortificaciones; la humildad y la penitencia; el examen general y particular; la moderación y la buena dirección; condiciones y deberes del director.—La abnegación y la obediencia; los votos religiosos.—Las santas amistades, las conversaciones piadosas y las lecturas espirituales.

Sabido es que las virtudes que directamente nos unen con Dios, y por cuyo ejercicio, participando de las operaciones características de la vida eterna, crecemos en gracia y santidad, son las teologales, las cuales se completan y realzan con los respectivos dones que nos ordenan también a El y estrechan esa mística unión. Estos ya hemos visto que no depende de nosotros el ejercitarlos, hasta que el divino Consolador haga sentir sus impulsos; aunque sí el disponernos para oír su voz y no contristarle haciéndonos sordos a sus inspiraciones, que piden gran pureza de corazón y de alma y mucho recogimiento. Mas el ejercicio de las virtudes está a nuestro arbitrio, y así, con la simple gracia ordinaria, podemos practicarlas cuantas veces queramos. Y las practicarémos debidamente, procurando tener *nuestra conversación en los cielos,* andando de continuo en la *presencia de Dios*, considerándole con viva fe en todas partes, y muy particularmente en nuestros mismos corazones, como templos suyos adonde a todas horas y en todos los lugares—aun en medio del bullicio de las criaturas y del desempeño de nuestras obligaciones—podemos entrar a conversar con El, darle gracias, pedirle mercedes y dirigirle amorosos afectos y tiernas súplicas, con lo cual, en vez de perder tiempo—como muchos suponen—, cobramos fuerzas y habilidad para todo; ya que *la piedad para todo es útil* (1 Tim. 4, 8) [17]. Y así renovamos la

[17] «No hay que creer, observa el P. Grou (*Manuel* p. 70), que los deberes de nuestro estado, ni los quehaceres domésticos, ni las disposiciones de la Providencia, ni las obligaciones y conveniencias sociales puedan *de suyo* perjudicar al recogimiento: éste se puede y se debe conservar en medio de todo. Y después que, con algún trabajo, se ha ejercitado uno en conservarlo, se le hace tan natural, que aún sin notarlo se conserva de modo que casi nunca se sale de él».

«Nuestro Señor—dice Lallemant (pr. 2, c. 2, c. 4, a. 1)—dará al alma por una sola oración, una virtud y aun varias en más alto grado que pudieran adquirirse en varios años con medios externos».

pureza de intención que tan meritoria nos es para que nuestras buenas obras tengan todo su mérito, no sea que, por olvidar el fin sobrenatural a que deben ir subordinadas, las viciemos con miras terrenas hasta el punto de que el Señor pueda decir: *Recibieron ya su salario.*

Estas frecuentes *introversiones,* acompañadas de fervientes aspiraciones y *jaculatorias,* son como dardos de fuego celestial que dulcemente hieren el corazón divino, y de allí repercuten en el nuestro colmándole de gracias [18]. Los santos las recomiendan como medios eficacísimos para llegar en breve y con facilidad a muy alta perfección, pues suplen los defectos y aun la involuntaria brevedad de la oración ordinaria, disponen para sentir los toques del Espíritu Santo, y entrar así en contemplación infusa, excitan el ardor de la caridad para que dé realce a todas nuestras obras, y hacen contraer poco a poco el hábito de la presencia de Dios, mediante la cual, a pesar de todas nuestras ocupaciones, cumplimos lo que tan encarecidamente nos encarga el Apóstol, cual es el orar en todas partes (1 Tim. 2, 8) y de continuo, dando en todo gracias a Dios: *Sine intermissione orate. In omnibus gratias agite* (1 Thes. 5, 17-18). Y el mismo Salvador nos había dicho (Lc. 18, 1): *Conviene orar siempre y no desfallecer* [19].

Mas para que no desfallezcamos en ese interior recogimiento, es menester que a horas determinadas, nos recojamos también exteriormente, a fin de insistir con más eficacia en la oración, sin obstáculos que puedan distraernos (Col. 4, 2), ocupándonos sólo en conversar con Dios y meditar en su santa ley,

---

[18] Cuánto gusta el Señor del trato con las almas puras, de verlas en su presencia y escuchar la expresión de sus ardientes deseos, sus gemidos y oraciones, lo muestra muy bien en aquellas palabras de los Cantares (2, 13-14): «Levántate, amiga mía, hermosa mía, y ven: paloma mía, en los agujeros de la piedra, muéstrame tu cara, suene tu voz en mis oídos; pues tu voz es dulce y tu cara hermosa».

[19] «Los varones perfectos, escribe Taulero (*Inst.* c. 26), nunca se apartan de esta interior *conversación,* sino en cuanto parece lo pide la flaqueza humana o la mudanza del tiempo, por las cuales dos cosas se interrumpe por brevísimo espacio. Pero tan pronto como lo advierte, dando de mano a todo, de nuevo se recogen en este verdadero y esencial fondo, en este solo estudio ocupados con todas sus fuerzas, sin buscar ni esperar ninguna otra cosa, sino dar lugar a los amorosos influjos de la Divinidad; y en preparar y allanar el camino dentro de sí al mismo Dios, para que pueda en ellos perfeccionar su operación gozosísima: y el mismo Padre celestial pueda sin medio alguno hablar y producir su paternal Palabra, engendrada por El *ab aeterno,* y gozar el efecto de su divina voluntad en todo lugar, tiempo y modo». Cf. BLOSIO, *Inst.* c. 3-5.

para que así se reanime el fervor y se encienda el fuego de la caridad: *In meditatione mea exardescet ignis* (Ps. 38, 4). *Esa* oración se hace elevando al Señor nuestra mente y todas las potencias con actos de fe, amor, confianza, agradecimiento, alabanza, adoración, etc., rindiéndole el debido culto interior—que debe informar siempre al exterior—, dándole gracias por sus beneficios y pidiéndole los favores, luces y fuerzas que necesitamos para servirle fielmente y cumplir bien los santos propósitos que de allí saquemos [20]. Para ser eficaz nuestra oración, ha de ser *humilde, confiada, perseverante y fervorosa,* debiendo salir de la íntimo del corazón y hacerse con toda el alma y «con todas las entrañas», como decía Santa Angela de Foligno [21]. Si oramos con vacilación, nada debemos esperar (Iac. 1, 6-7), y si voluntariamente nos ponemos a orar sólo con los labios, eso no es orar, sino provocar a Dios con nuestra irreverencia [22]. Por eso no hay verdadera oración *vocal,* si no va de algún modo acompañada de la *mental,* aunque ésta, por el contrario, puede ser más ferviente y más eficaz sin aquélla, cuando logramos que toda la energía del alma se concentre en el corazón, para *orar y cantar con el espíritu y la mente* [23]: así es la que mejor dispone para entrar en aquel místico reposo a que somos llamados. Pero hay muchas personas que no aciertan a conversar con Dios, sin proferir con la boca todos sus sentimientos; de tal modo que, si cierran los labios, parece que se les apaga todo el fuego interior. Sin embargo, hasta esas mismas, perseverando fervorosas en sus oraciones vocales, y aun contentándose con la del *Pater noster,* pueden ser elevadas de re-

---

[20] «Aquéllos medran más en la vida espiritual, dice el P. Godínez (*Theol. mist.* l. 1, c. 6), que en la oración mental sacan más propósitos y los procuran ejecutar: éstos, en breve tiempo, llegan a ser muy santos... La oración mental especulativa ni quita vicios ni planta virtudes».

[21] *Visiones e instruc.* c. 62: «En esta época, advertía el B. Susón (*Disc. spir.* 2), hay muchos que sólo por ser útiles a los demás viven tan ocupados en cosas exteriores, que apenas les queda un momento libre para su reposo. Estos sigan mi consejo: tan pronto como en medio de sus trabajos tengan una hora libre, váyanse inmediatamente a Dios, entréguensele por completo y escóndanse en su Corazón; y en estos momentos procuren redimir con su celo y fervor todos los años perdidos en la vida de los sentidos o disipados en los negocios. Diríjanse a Dios no con palabras estudiadas, sino desde lo íntimo de su alma y con toda la energía de su corazón, hablándole de espíritu a espíritu, para adorarle, como el Señor manda, *en espíritu y en verdad*».

[22] Cf. S. AGUSTÍN, *Manual* c. 29.

[23] *Orabo spiritu, orabo et mente: psallam spiritu, psallam et mente* (1 Cor. 14, 15).

pente a muy alta contemplación, cuando el Señor—como advierte Santa Teresa—, tomándoles la palabra, las suspende para hacer El su obra divina [24]. Y todos pueden mientras no se hallen incapacitados, o sea en *estado pasivo*, remediar las distracciones y aun la sequedad que involuntariamente padecen, apelando a la repetición de breves y ardientes *afectos* y *súplicas*, en que está lo esencial de la *oración*. Esta es el gran medio de que a todas horas disponemos para mejorar nuestra vida y alcanzar y acrecentar la divina gracia: *Pedid y recibiréis*, nos dice el Señor (Mt. 7, 7; Lc. 11, 8), *llamad y se os abrirá*. Al cristiano sin oración los santos lo comparan con un soldado sin armas, que nunca podrá resistir al enemigo [25]: preciso es *velar y orar para no caer en la tentación* (Mt. 26, 41). La oración es nuestro escudo y el arma de nuestra milicia, con que rechazamos y confundimos al tentador y logramos la eterna corona. Y cuanto más árida sea, yendo acompañada de grandes deseos de agradar a Dios, tanto más eficaz y meritoria es; pues la *devoción* no consiste en el fervor sensible, sino en la prontitud y firmeza de la voluntad.

También se acrecienta el mérito—y con él la vida de la gracia—con el recto *ejercicio de las virtudes cristianas* que, informadas de la caridad, nos ordenan con respecto a nuestros pró-

[24] «Es muy posible, dice la Santa (*Camino* c. 25), que estando rezando el *Pater noster*, os ponga el Señor en *contemplación perfecta*...; que por estas vías muestra su Majestad que oye al que le habla... atajándole el pensamiento y tomándole, como dicen, la palabra de la boca, que aunque quiere no puede hablar... Entiende que sin ruido de palabras le está enseñando este Maestro divino, suspendiendo las potencias; porque entonces antes dañarían que aprovecharían si obrasen. Gozan sin entender cómo gozan; está el alma abrasándose en amor y no entiende cómo ama; conoce que goza de lo que ama, y no sabe cómo lo goza...: mas en pudiendo entender algo, ve que no es este bien que se pueda merecer con todos los trabajos que se pasan juntos por ganarle en la tierra: es don del Señor della y del cielo, que en fin da como quien es... En la contemplación... su Majestad es el que todo lo hace».

«Por el ejercicio de la oración, dice Molina (*De la Orac.* intr., c. 2), se llega a la perfecta contemplación y unión del alma con Dios, y estar hecha un espíritu con El y toda deificada y poseída de Dios, transformada en El de manera que viene a ser un hombre todo espiritual y divino... Es la mayor bienaventuranza a que se puede llegar en esta vida; y es como un noviciado de la gloria del cielo».—«Tengo por cierto, añade (tr. 2, c. 6, § 4), que no se niega a ninguno que perseverare en hacer todo lo que es de su parte».

[25] Cf. A. Molina, *Excelencia, provecho y necesidad de la oración*, intr.; V. Granada, *Orac. y consider.* 1.ª p., c. 1; Rodríguez, *Ejerc. de perfec.* 1.ª p., tr. 5, c. 2.

jimos y nos ayudan a disponer lo más conducente a nuestro fin, guardando en todo el *justo medio* de la prudencia, las normas de la justicia, el valor de la fortaleza y la moderación de la templanza [26]. Así lograremos cumplir fielmente nuestros deberes, dando a Dios, con la virtud de la religión—que es parte de la misma justicia—el culto debido, y practicando por amor de El las obras de caridad y misericordia, aparte de dar a cada uno lo que es suyo; mientras con la templanza y la fortaleza procuramos vencernos a nosotros mismos, sacrificarnos por Dios y por nuestros hermanos, domando nuestras pasiones para que no contradigan a la razón, moderando a ésta misma para que se someta al Espíritu, y esforzándonos por vencer las dificultades y superar los obstáculos que se opongan a nuestra renovación y perfección interior, que es a lo que debemos subordinar toda nuestra conducta.

Algunas personas piadosas, llevadas de un celo indiscreto—y quizá también de cierta vanidad—se consumen en obras exteriores, persuadiéndose de que, con eso y nada más, se colman de méritos y avanzan rápidamente en la perfección cristiana. Pero ésta consiste, como ya dijimos, en el íntimo *ser* más que en *el obrar exterior.* Y el valor y mérito de nuestras obras corresponden al grado de renovación y santificación de nuestras almas: si somos muy santos, procediendo siempre inflamados de la caridad divina, lograremos que sean a los ojos de Dios muy grandes y de mucho valor y eficacia todas nuestras obras, aunque exteriormente parezcan humildes y aun despreciables, al paso que las que salen de un fondo pobre, pobres tienen que ser por necesidad, aunque aparenten grandiosas y llenas de gloria [27]. Y si nuestra perfección es nula—por hallarnos muertos a la vida de la gracia—, nada pueden valer ante Dios las más excelentes obras que emprendamos; por ruidosas que puedan ser, resultan muertas y vanas [28]. Cuanto más vivos estemos en Jesucristo, y más llenos de su Espíritu, tanto más propiamente seremos *hijos de Dios,* y tanto más divinas y meritorias

---

[26] «Per virtutem perficitur homo ad actus quibus in beatitudinem ordinatur» (S. TH., 1-2, q. 62, a. 1).

[27] «Hay almas, dice el P. Huby (*Maximes* § 12), que todo lo empequeñecen, porque ellas son muy pequeñas. Empequeñecen las mayores acciones, porque las hacen con un corazón muy pobre... Hacer con poca voluntad un bien grande, es hacer tan sólo un pequeño bien; y hacer con gran voluntad un pequeño bien, es hacer un bien grande. Lo que da a nuestras acciones el ser pequeñas o grandes ante Dios, es la voluntad con que se hacen».

[28] Cf. S. TH., *In 2 Sent.* d. 27, q. 1, a. 5 ad 3.

vendrán a ser nuestras acciones. Pues, como advierte Santo Tomás [29], *«un acto es tanto más meritorio,* cuanta mayor es la gracia de que está informado». Y a igualdad de gracia, mientras más informadas estén nuestras obras por la *caridad actual,* más puras y vitales son, más libres de polvo terreno y más capaces de acrecentar la gracia y la gloria. «De ahí que pueda tener más valor, como dice San Francisco de Sales [30], una pequeñísima virtud en un alma abrasada en el amor sagrado, que el mismo martirio en otra cuyo amor es lánguido, débil y lento». Por eso en el alma santa, que está ardiendo en caridad, todo hiere el corazón del Esposo divino, a quien se entregó sin reserva: le hiere con su dulce y sencilla mirada y hasta con uno de sus cabellos, porque es *toda para su Amado, que se apacienta entre azucenas, y El para ella* [31]. Si trabaja en oficios viles, sus manos destilan mirra preciosa, porque sus obras son fruto de la caridad y de la propia abnegación, y aunque duerma, como *está su corazón velando,* complace tanto al Esposo, que El repetidas veces conjura a las hijas de Sión para que no la despierten (Cant. 2, 7-16; 3, 5; 4, 9; 5, 2-5; 6,2; 8, 4). En fin, cuanto más elevada y noble es la virtud, que va informada de la caridad, tanto más meritorias y excelentes son de suyo todos sus actos. De ahí que la virtud de la religión prepondere sobre todas las morales, y que las de la vida contemplativa o interior valgan más que las de la exterior, aunque todas son necesarias a su tiempo y todas se apoyan mutuamente, y la completa perfección está en saberlas harmonizar.

Pero lo interior vale por sí solo, mientras lo exterior sin lo interior es cosa estéril y muerta. Así, las muchas obras exteriores, sin la rectitud de intención y pureza de corazón que las limpien del polvo terreno, o sin el espíritu de oración que las fecundice con el riego de la gracia y el ardor de la caridad, son de muy escaso valor ante Dios, por más que sean muy apreciadas del mundo y de ciertos modernistas. Y aun pueden resultar del todo vanas y hasta dañosas, si de tal modo absorben, que dejen agotarse la fuente de las energías y sólo sirven de pábulo del amor propio y fomento de la vanidad [32]. Si las muchas per-

[29] Ib., d. 29, q. 1, a. 4.

[30] *Tratado del amor de Dios* 11, c. 5.

[31] «Este cabello suyo, dice San Juan de la Cruz (*Cánt. esp.* 30), es la voluntad de ella y el amor que tiene al Amado... Dice un cabello sólo y no muchos, para dar a entender que ya su voluntad está sola en El.»

[32] «Estemos bien persuadidos, dice Lallemant (*Doctr.* pr. 5, c. 3, a. 2, § 5), de que el fruto que hemos de producir en nuestro ministe-

sonas que llevadas de buenos deseos se entregan hasta un exceso de acción exterior, dedicaran la mitad de ese tiempo que las consume a cuidar de su alma y renovar su espíritu, en sólo la otra mitad—dicen con San Juan de la Cruz [33] todos los grandes maestros espirituales—harían doble fruto y con mucho menos trabajo [34].

Sin embargo, el mismo fervor y la devoción se fomentan —sobre todo a los principios—con las buenas obras exteriores y con todas las prácticas piadosas que merecen la aprobación de la Iglesia, y que cada alma fiel procura hacer en particular según el tiempo de que dispone y el especial atractivo que sienta bajo la suave moción del Espíritu Santo. Mas en ellas debe preservarse de ciertos sentimentalismos hueros y de sabor protestante, así como de muchas rutinas que fácilmente se introducen, y que son del todo opuestas al espíritu cristiano y a los deseos de la Iglesia, que quiere sirvan como de preparación y no de obstáculo a la inspiración divina [35].

Para adelantar de veras en la oración y devoción es menester que éstas vayan bien apoyadas en la continua mortificación de nuestros sentidos y pasiones [36]. El alma regalada es incapaz de conocer el camino de la divina Sabiduría. Si no mortifica todos sus sentidos y no refrena todas sus pasiones hasta reducirlas al silencio, no logrará oír la dulce voz del Espíritu que le quiere hablar al corazón palabras de paz, ni podrá sentir las delicadas mociones e inspiraciones con que le está sugiriendo y enseñando toda verdad y guiando por las sendas de la justicia

---

rio será proporcionado a nuestra unión con Dios y a nuestro olvido del propio interés... Para trabajar útilmente en provecho de otros, se necesita haber hecho grandes progresos en la propia perfección. Hasta que se haya adquirido una virtud perfecta se debe atender muy poco a la acción exterior. Y si los superiores la imponen con exceso, se debe confiar en la Providencia, que dispondrá de tal modo las cosas, que disminuya la carga y que todo redunde en mayor bien de los súbditos virtuosos».

[33] *Cánt. espirit.*, anotac. a la canc. 29.

[34] «De dos personas que se consagran al mismo tiempo al servicio divino, y la una se entrega a las buenas obras y la otra se aplica totalmente a purificar su corazón y quitar de él todo lo que se opone a la gracia, esta última llegará a la perfección doble antes que la primera» (LALLEMANT, pr. 4, c. 2, a. 1).

[35] «Algunos, añade el P. Lallemant, (ib.), tienen hermosas prácticas exteriores y hacen gran número de actos externos de virtud, atendiendo del todo a la acción material. Esto es bueno para los principiantes. Pero es mucho más perfecto el seguir el interior atractivo del Espíritu Santo y dejarse llevar de sus impulsos».

[36] Cf. RODRÍGUEZ, *Ejercicio de perfección* 2.ª p. tr. 1. c. 1.

y de la vida. Por eso dicen todos los santos a una que, sin gran aprecio de las austeridades, es imposible que haya verdadero espíritu de oración; porque ésta exige una gran pureza de cuerpo y de alma, y, por lo mismo, una larga serie de purificaciones. Cuanto se adelante en la purificación, tanto se facilitará y fomentará la obra del divino Espíritu y tanto se progresará en la iluminación, unión y renovación.

La *pureza exterior* se logra con la virtud de la templanza, que domina a los sentidos y pasiones corporales, para que nunca traten de avasallar a la razón, y a ese fin apela, cuando es menester, a grandes rigores y asperezas *castigando al cuerpo para reducirlo a servidumbre* (1 Cor. 9, 27). La *interior* se consigue con el ejercicio de la humildad, de la abnegación y de la penitencia y con la continua vigilancia sobre los más íntimos deseos, movimientos y sentimientos, para ahogar en ellos todo lo que desagrade a Dios. La humillación nos hace reconocer el vacío de nuestra nada, disponiéndonos así a recibir la gracia divina, que se da a los humildes mientras se niega a los soberbios, y con ayuda de esa gracia el humilde logra sujetar a la misma razón para que nunca presuma de sí, y *abnegándose* y renunciando al propio parecer y querer, se somete dócil a la dirección del Espíritu Santo, con que en breve podrá subir a una perfección encumbrada [37].

La *penitencia* nos hace dolernos amargamente de nuestras culpas y buscar los medios de conseguir el perdón, de reparar el mal y satisfacer por las ofensas hechas a Dios y a los prójimos y de corregirnos para lo futuro. El perdón se logra desde luego con una contrición perfecta, que pone al alma totalmente en las manos de Dios; la reparación y satisfacción, con austeridades, oraciones y sacrificios y con todas las obras de piedad y misericordia, y la corrección con el frecuente *examen de conciencia*, donde buscamos las causas de nuestros defectos y vicios internos y externos para precaverlos y corregirlos, quitándolas y apartándonos de toda ocasión de mal. Y como esos defectos son muchos, y si atendemos a todos ellos a la vez nunca lograremos desarraigarlos, de ahí la necesidad del *examen particular* sobre la falta dominante, que debe acompañar al *general* para que sea más fructuoso. Atendiendo con preferencia a una falta sola, podemos llegar pronto a corregirla, y si ésa

[37] «La profunda sumisión de una humildad santa, el menosprecio de sí mismos y el verdadero conocimiento de nuestras bajezas nos harán no ya subir, sino volar hasta la cumbre de la perfecta unión con Dios» (B. ENRIQUE SUSÓN, *Unión* 2).

es dominante, con ella se quitan como de raíz otras muchas [38]. Así es como en poco tiempo queda muy aprovechada y mejorada el alma que vela sobre sí misma para no resistir ni poner obstáculos a la misteriosa acción renovadora del divino Espíritu [39].

Mas si la continua abnegación, o sea la interior mortificación de los sentidos y pasiones no ofrece peligro alguno, y cuanto mayor sea es mejor, la mortificación corporal—que sólo tiene mérito estando subordinada a aquélla—debe siempre ser moderada de modo que no dañe a la salud y no nos impida ejercitar las virtudes en vez de ayudarlas. Así vemos que hay ciertas personas que viven con mucha austeridad exterior, poniendo todas sus miras en los grandes rigores corporales, como si con sólo éstos lograran un alto grado de perfección y conquistaran la santidad a fuerza de puños, y, mientras pierden así inútilmente las fuerzas y se incapacitan para cumplir sus deberes, están por dentro llenas de orgullo y presunción y del todo dominadas de sus pasiones, porque en realidad no buscaron el vencerse a sí mismas, sino el conquistar el aplauso mundano con esas vanas apariencias de santidad [1].

Para precaver tamaños extravíos, abatir el amor propio, negar la propia voluntad y evitar los engaños del propio parecer, y puesto que la virtud ha de guardar el justo medio de la prudencia y nadie es buen juez en su propia causa, resulta necesario un buen *director espiritual* a quien dócilmente nos sometamos en todo, a fin de que nos enseñe el modo de ejercitarnos en la oración y de practicar bien todas las virtudes. El nos ayudará a vencer nuestras dificultades, nos alentará a superar los obstáculos y nos preservará de las astucias de nuestros enemigos. Y cuando ya esté uno tan adelantado en la virtud que empiece a sentir los influjos del Espíritu, que con sus dones le mueva a un nuevo modo de oración y de vida, lejos de ser ya inútil la dirección humana, entonces es cuando más falta hace. Porque en esos principios de la contemplación, en que tantas y tan nuevas dificultades ocurren, desconcertando al

[38] «Pronto seríamos perfectos, dice el KEMPIS (1, c. 11), si corrigiésemos un defecto cada año.»

[39] Sin mortificaciones *extraordinarias*, ni acciones exteriores que podrían sernos motivo de vanidad; con sólo velar sobre nuestro interior haríamos excelentes actos de virtud y adelantaríamos maravillosamente en la perfección; así como, por el contrario, descuidando nuestro interior, experimentamos pérdidas inconcebibles (LALLEMANT, *Doct. espirit.* pr. 5, c. 3, a. 1).

alma y dejándola perpleja—por no saber aún ella discernir las mociones divinas de las que no lo son—se verá muy expuesta a resistir a las buenas y desfallecer o seguir falso rumbo, si no tiene quien la apoye, aconseje y desengañe, y así entonces es cuando más necesita de quien sepa probar su espíritu y alentarla en medio de sus abatimientos, penas y arideces, e ilustrarla entre tantas obscuridades y desolaciones.

Ese guía, como advierte San Juan de la Cruz [40], muy difícil es hallarlo cual conviene, pues debería ser a la vez *sabio, celoso, discreto* y *experimentado,* o por lo menos muy versado en la ciencia de los caminos de Dios. De otra suerte, como ciego que se pone a guiar a otro tal, hará más daño que provecho; lo extraviará y llevará al precipicio (Mt. 15, 14; Lc. 6, 39), asustándose de todo por juzgar inverosímiles aun las cosas que en estas vías suelen ser más ordinarias, y no ser él capaz de sentir las complacencias que Dios tiene en sus fieles siervos; o bien por querer llevar a todas las almas por la única senda que él conoce, cuando aquí quien las lleva es el divino Espíritu que mueve a cada cual según le place, de modo que apenas se encontrarán dos personas que en todo procedan lo mismo [41].

Por eso cuando el Espíritu Santo empieza a tomar las riendas, queriendo ser el único guía, incapacita al alma para seguir

---

[40] *Aviso* 195.

[41] Llamamos maestros o guías del espíritu, dice el P. Gracián (*Itinerario* c. 7, § 2), «a los que—*aunque no sean confesores*—pueden guiar el alma en el mejor modo de proceder... Han hecho gran daño en la Iglesia de Dios algunos muy espirituales y devotos sin letras, porque quieren llevar a todos por el mismo camino que ellos van». Pero, «con solas las letras no se entiende bien este camino; antes letrados indevotos han hecho mucho daño y estrago, menospreciando las mercedes grandes que Dios suele hacer a las almas humildes y poniendo muchas veces mácula, dolo y escrúpulo en lo que es muy seguro y aventajado». Por eso, «los grandes doctores escolásticos, según dice el P. Godínez (*Míst.* l. 8, c. 13), si no son espirituales o no tienen alguna experiencia de estas cosas, no suelen ser buenos para maestros espirituales».

«Yerran muchos, advierte Santa Teresa (*Vida* c. 34), en querer conocer espíritu sin tenerle. No digo que quien no tuviere espíritu, si es letrado, no gobierne a quien le tiene: mas entiéndase en lo exterior e interior que va conforme a *vía natural* por obra de entendimiento, y en lo sobrenatural que mire vaya conforme a la Sagrada Escritura. *En lo demás no se meta,* ni piense entender lo que no entiende, *ni ahogue los espíritus*; que ya, *cuanto en aquello, otro mayor Señor los gobierna,* que no están sin superior. No se espante, ni le parezcan cosas imposibles: todo es posible al Señor. Procure esforzar la fe y humillarse de que hace el Señor en esta ciencia a una viejecita más sabia por ventura que a él, aunque sea muy letrado.»

las ordinarias normas de nuestra prudencia, o los métodos especiales que el director se empeñe en proponerle, y no le da facilidad sino para estarse con cierta advertencia amorosa, atendiendo como *embebida*—no *abobada*—a lo que El íntimamente le sugiere o le hace sentir. Si, a pesar de eso, ella se esfuerza entonces por meditar como antes, pretenderá un imposible y no logrará otra cosa que ahogar la moción interior, obscurecerse más y más e incapacitarse para todo. Y aquí es donde los malos directores, por no conocer las vías del Espíritu, fracasan y hacen fracasar a las almas que no sean bastante animosas y dóciles a la voz interior. Pensando que están ociosas mientras así tan ocultamente reciben la actividad y dirección del Espíritu Santo, oblíganlas a resistirle e impedir lo que tan amorosamente está El obrando en ellas.

Si el alma busca a Dios con resolución y desinterés, todo cederá en su mayor aprovechamiento, pues El sabrá llevarla, a pesar del director y de los inocentes ensayos propios, al modo de oración que El le está infundiendo [42]. Pero si no es bastante generosa irá decayendo poco a poco, abandonando esa vida interior en que tantas obscuridades y dificultades encuentra, y entregándose a otros ejercicios más conformes a su propio gusto o al de sus imprudentes directores. Estos, si fueran lo que debían, procurarían enterarse bien de si esa *quietud* u *ociosidad* es obra del buen espíritu, y conocido esto—que no es tan difícil de reconocer por los *frutos*—guardaríanse de poner inútilmente leyes o trabas a la inspiración divina. No toca al director humano señalar los caminos por donde Dios ha de llevar al alma, sino tan sólo el velar por que ella no se extravíe, llevada de su juicio privado, ni se detenga por vanas timideces; refrenándola cuando la ve precipitada, estimulándola si es perezosa, y contentándose con alentarla, tranquilizarla y mantenerla en la humildad cuando vaya como conviene. Querer meterse en detalles y determinarle la vía que ha de seguir, es como atarla para que resista en vano al Espíritu Santo [43]. Y una vez

[42] Cuando Dios cautiva las facultades, dice un *Anónimo*, citado por Sauvé (*Etats myst.* p. 74), el querer resistirle «es una lucha que acaba ordinariamente por el triunfo de Dios. Si por obedecer al confesor las almas resisten, es a costa de los mayores sufrimientos; y Dios las recompensa, ya elevándolas más en el arrobamiento, ya dejando el cuerpo a un lado, como sucede en el éxtasis».

[43] «Más fuerte es mi vocación que la suya, decía el Señor a un alma (cf. *Espinas del alma*, en «Suma espirit.», por el P. LA FIGUERA, tr. 3, diál. 7); y así aunque ellos llamen las almas por un camino, de poco le sirve si yo las llamo por otro; salvo de traerlas arrastra-

comprobado que va movida de El, no se han de repetir así como quiera las *pruebas*, sin que ocurran muy serias dudas, pues no servirían sino de daño y desconcierto. Así lo indicaba ya con gran prudencia, en el siglo I, la *Didajé* o *Doctrina de los Apóstoles*.

Cuando el alma comprenda, pues, que su director la impide aprovechar, debe buscar otro mejor, o a lo menos consultar a alguno más ilustrado y discreto, las veces que lo halle, a fin de hacer lo que esté en su mano para proceder con acierto. Y si no halla lo que busca, no olvide que, como dice Santa Teresa, le vale más estar sin director que no ser mal dirigida, y, en todo caso, invoque de corazón al Padre de las luces, que da sabiduría en abundancia a cuantos se la piden (Iac. 1, 5), y confíe en su divino Espíritu que sabe suplir con gran ventaja la falta y las deficiencias de la dirección humana, y hacer que las mismas imprudencias de ésta cedan en mayor provecho del alma fiel que de todo corazón busca la luz y permanece firme en las pruebas.

Pero hallando uno bastante bueno, debe hacer por seguirle con toda docilidad—a no ser en casos excepcionales en que sea preferible el parecer de otro mejor—, no sea que, por consultar a muchos, al fin se deje llevar del propio capricho. Con la rendida obediencia al director, sacrifica su juicio y voluntad y santifica todas sus acciones, que vienen entonces a ser como otras tantas victorias que sobre sí mismo alcanza el varón obediente. La menor cosa hecha por obediencia, dicen a una los santos doctores, vale más a los ojos de Dios que la más importante y gloriosa—aunque sea la misma evangelización de todo el mundo—emprendida por propia voluntad [44].

---

das y en tormento, queriendo ellas seguir su doctrina como humildes y obedientes, y no pudiendo por otra parte resistir la fuerza de mi Espíritu, que las pone en otro camino. Esta es la causa de que después de quebrarse la cabeza en llevar al alma por temor, al fin obra siempre por amor; que por demás es llamar a considerar las postrimerías a quien yo llamo por amor; y por demás es llamar a la meditación de mi Humanidad, si yo consumo y abraso el alma en el fuego de mi Divinidad; ni podrá nadie levantar a contemplación a la que yo regalo y enternezco con la meditación».

[44] «Con la resignación de ésta, dice Taulero (*Inst.* c. 12), todas las obras abundan en gracia: al contrario, en las que el hombre virtuoso hace por su propio juicio, es dificultoso discernir si proceden de la gracia o de la naturaleza... Para aquel que renuncia a la propia voluntad está cerrado el camino del infierno..., donde, como dice San Bernardo, no arde otra leña que la propia voluntad... Donde el hombre se deja y sale de sí, allí entra Dios. ¡Oh, cuántos religio-

Este sacrificio de abnegación llega hasta el heroísmo cuando se hace por toda la vida y se sanciona con el voto de obediencia, que es el principal de los tres que constituyen el *estado religioso*, en que el alma solemnemente se compromete a guardar—junto con los *preceptos*—los principales *consejos* evangélicos para no contentarse con una vida cualquiera, sino aspirar siempre a mayor perfección, marchando de continuo por las ensangrentadas huellas del Crucificado. Con sus tres votos renuncia totalmente a las tres grandes concupiscencias que dominan al mundo (1 Io. 2, 16), se consagra completamente a Dios, vive crucificada con Cristo y se une a El de un modo singular como con tres vínculos indisolubles. El mérito de los votos lo comparan los santos doctores con el del martirio, y las almas que sienten las cosas de Dios notan muy bien cuánto vale esta amorosa unión que así con El contraen. Por eso tienen tanto interés en renovarlo, porque saben cuán grata es al Señor la sanción de un acto tan heroico, que sólo podría ser sugerido del Espíritu de fortaleza. A cada voto corresponde por lo menos una de las principales bienaventuranzas: los limpios de corazón luego empiezan a ver a Dios; a los que todo lo dejan por Cristo, les toca sentarse con El en tronos gloriosos para juzgar al mundo; de los pobres de espíritu, que renuncian a todo apego a las criaturas y hasta a su propio juicio y voluntad, es el reino de los cielos, donde el obediente celebra sus victorias. De ahí la gran importancia que en la Iglesia tienen las almas consagradas a Dios. Las santas vírgenes siempre fueron miradas como perfectas imágenes de la misma Iglesia, y apreciadas como sus propios ojos y aun como parte muy principal de su mismo corazón, lleno como está del Espíritu Santo e iluminado para ver la cara divina. De ahí que entre ellas se recluten la mayoría de las almas realmente *contemplativas* que logran remontar su vuelo hasta las sublimes esferas de la luz increada.

El trato con estas almas fervorosas y llenas de Dios—que son verdaderamente *sal de la tierra y luz del mundo*—, el oír su conversación celestial y ver sus admirables ejemplos es uno de los medios más poderosos para encender los corazones en el santo amor divino. Frecuentar la comunicación de tales almas es participar de sus luces y aun del ardor de su caridad. Sus palabras

---

sos son mártires sin fruto ni mérito! Porque, llenos de su propia voluntad, se hacen guías de sí mismos, en sus grandes ejercicios merecen muy poca o ninguna gloria; mientras que si los hicieran en obediente resignación, vendrían a ser grandes santos».

son palabras de vida eterna, palabras del mismo Dios, que se digna hablar por sus labios, y el buen olor de Cristo, que sus virtudes exhalan, preserva a muchos de la corrupción del mundo [45]. Y como el mismo Salvador prometió estar con los que en su nombre se congregan, de ahí la gran importancia que tienen las santas conversaciones y las amistades piadosas, para animarse e ilustrarse mutuamente los siervos de Dios. Hoy, sobre todo, cuando tanto cunde el veneno de la propaganda impía, y por todas partes se infiltran las deletéreas influencias mundanales o satánicas, éste es uno de los medios más eficaces para atraer de nuevo a Dios muchas almas extraviadas, encender en su amor a las tibias y preservar de la tibieza y de muchos peligros a las buenas y fervorosas. Esto puede suplir en los particulares la escasez o carestía de la *palabra de Dios* cuando son muy raros los que la predican con el verdadero espíritu. Mas si el predicador está lleno de santo celo y de unción evangélica, su *misión* dará nuevo realce y vigor a su palabra santa, y así el ministerio de la predicación es un medio poderosísimo—y aun indispensable en la Iglesia—para el general aprovechamiento.

Mas la falta de esta *palabra viva*—sea *ministerial* o *carismática* de personas santas—pueden suplirla, en cuanto cabe, las almas deseosas de la perfección, con piadosas lecturas que respiren unción y santidad, donde aprenden el buen camino, descubren los engaños del tentador y reconocen las propias faltas y negligencias, a la vez que se llenan de santos pensamientos que las preservan de los vanos y peligrosos, y reciben las luces e inspiraciones que completan las de la oración y meditación. Por eso la oración y la lectura espiritual se apoyan mutuamente y son como las dos alas con que el alma puede remontarse hasta Dios [2].

APÉNDICE

[1] *Breves reglas de perfección.*—«Escucha en pocas palabras, decía al B. Susón la *Eterna Sabiduría* (c. 23), la regla de una vida pura y perfecta: Mantente separado y alejado de los hombres: desecha las imágenes y noticias de cosas humanas y terrenas: guárdate de cuanto

[45] Cf. STA. MAG. DE PAZZIS, 3.ª p., c. 5; *supra*, pról.—De Santa Catalina de Siena, escribe el B. Raimundo de Capua (*Prol.* 1) que «eran sus palabras como hachas encendidas, y ni uno solo había que, oyendo aquel hablar abrasado, no sintiera sus efectos... Jamás nadie se acercó a oírla, aunque fuera con mala intención de mofarse de ella, que no se volviese más o menos compungido y enmendado».

pueda turbarte el corazón, cautivarte el afecto y ponerte en las penas e inquietudes del mundo, de la carne y de la naturaleza. Levanta tu espíritu a una contemplación santa, en que Yo sea el objeto continuo de tus pensamientos, y ordena a este fin todos los ejercicios espirituales, las vigilias, los ayunos, la pobreza, las austeridades de la vida, las mortificaciones del cuerpo y de los sentidos, no practicándolos sino en cuanto pueden ayudarte y excitarte a la presencia de Dios. Así es como llegarás a una perfección que no alcanzan de mil personas una, porque la mayor parte de los cristianos se imaginan que todo está en las prácticas exteriores; en las cuales se agitan años y años sin hacer progresos, permaneciendo lo mismo, siempre alejados de la verdadera perfección... Te digo esto para que al menos te esfuerces por llegar a esa continua presencia de Dios, y la desees, y de ella hagas la regla de tu conducta, consagrándole todo tu corazón y tu espíritu. Cuando notes que te has alejado de este fin, distrayéndote de esta contemplación, piensa que te privas de la misma bienaventuranza; y vuelve en seguida al fin que te has propuesto... Y si no puedes permanecer constantemente aplicado a la contemplación de mi Divinidad, vuelve a ella sin cesar por el recogimiento y la oración... Pon, hijo mío, todos tus cuidados en tu Dios y tu alma, y procura no olvidarte jamás de tu interior. Sé puro y desembarázate de todas las ocupaciones que no son necesarias. Levanta tus pensamientos al cielo, y fíjalos en Dios, y te sentirás cada vez más iluminado, y conocerás al soberano Bien».

«La perfección, escribe el P. Caussade [46], consiste en cooperar fielmente a lo que Dios obra en nosotros para asemejarnos a El. Esta obra se produce, se acrecienta y se consumará en secreto y sin que la advirtamos».—«Toda nuestra ciencia consiste en conocer lo que Dios dispone de nosotros en el momento presente. La lectura que no se haga en conformidad con esa disposición, resultará dañosa... Lo que era mejor hace un momento, deja de serlo desde que Dios dispone otra cosa de nosotros... Si la divina voluntad es que leamos, esta lectura producirá en nuestra alma maravillosos efectos; y si nos manda dejar la lección por la contemplación, ésta formará el hombre nuevo, mientras aquélla resulta perjudicial. Y si la divina voluntad nos aparta de la contemplación para que nos dediquemos a una ocupación exterior, ésta es la que debe formar a Jesucristo en nuestros corazones, y toda la dulzura de la contemplación no serviría entonces sino para impedir este efecto. La divina voluntad va manifestándose en nosotros bajo mil apariencias que sucesivamente constituyen nuestro *deber actual*, y hacen que crezca y llegue a su plenitud el *hombre nuevo*... Esta misteriosa obra se produce y se completa en la sucesión de nuestros deberes presentes... donde no hay como dejarse hacer y abandonarse con plena confianza en la divina voluntad... Esta es la que da a todas las cosas, cualesquiera que sean, eficacia para formar a Jesucristo en nuestros corazones» [47].

[46] *L'Abandon à la Providence* l. 1, c. 4.
[47] Id. c. 5.

«Cuando la disposición divina exige obrar, la santidad está en la actividad. Aparte de los deberes del propio estado, puede Dios exigir otras acciones, y en éstas el atractivo y la inspiración son las señales de la voluntad divina. Lo más perfecto para las almas así conducidas por Dios, es añadir a las cosas *mandadas*, las *inspiradas*... El fiel cumplimiento de los propios deberes y la aceptación de las disposiciones de la Providencia, es la suerte común de todos los santos .. Aparte del deber exterior, hay que ser fieles a la *ley interior* que el Espíritu Santo graba en los corazones» [48].

[2] *La dirección espiritual y la libertad de los hijos de Dios.*—«¡Oh maestro espiritual!, exclama San Juan de la Cruz [49]; mira que a esta libertad y ociosidad santa de hijos llama Dios al desierto. Procura desarraigar el alma de todas las codicias de jugos, gustos y meditaciones, y no la inquietes con cuidado y solicitud alguna... Porque cuanto más presto llegare a esta ociosa tranquilidad, con tanta más abundancia se le va infundiendo el Espíritu de la divina Sabiduría amoroso, tranquilo, solitario, pacífico, suave, robador del espíritu; sintiéndose a veces robado y llagado serena y blandamente, sin saber de quién, ni de dónde, ni cómo... Estos bienes... no más que con tantica obra que el alma quiera hacer... se turban e impiden. Lo cual es *grave daño* y gran dolor y lástima .. Y con ser este daño más que se puede encarecer, es *tan común*, que *apenas se hallará un maestro espiritual que no lo haga* en las almas que de esta manera comienza Dios a recoger en *contemplación*. Porque cuantas veces está Dios ungiendo al alma con alguna unción muy delgada de noticia amorosa, serena, pacífica, solitaria y muy ajena del sentido, y de lo que se puede pensar... vendrá uno que no sabe sino martillar y macear como herrero, y porque él no enseña más que aquello, dirá: anda, dejaos de eso que es perder tiempo y ociosidad...: es menester que hagáis de vuestra parte actos y diligencias, que esotros son alumbramientos... No advierten que aquellos actos... y aquel caminar con discurso, está ya hecho...; y cuando ya... está andado el camino... caminar sería volver a alejarse del término... Y así no advirtiendo que aquella alma está ya en la vida del espíritu (en la cual no hay disculpa y el sentido cesa, y es Dios con particularidad el agente y el que habla secretamente al alma solitaria)... quitan la soledad y recogimiento y, por consiguiente, la subida obra que Dios en ella pintaba. Y así el alma ni hace lo uno ni aprovecha tampoco en lo otro.

»Adviertan estos tales y consideren que el Espíritu Santo es el principal agente y promovedor de las almas; que nunca pierde el cuidado de ellas y de lo que las importa para que aprovechen y lleguen a Dios con más brevedad y mejor modo y estilo; y que ellos no son los agentes, sino instrumentos solamente para enderezar las almas por la regla de la fe y ley de Dios, según el espíritu que Dios va dando a cada uno. Y así su cuidado sea no acomodar al alma a su modo y

[48] Id. ibid. c. 8.
[49] *Llama de amor* canc. 3, v. 3, §§ 7-9.

condición propia de ellos, sino mirando si saben por donde Dios las lleva; y *si no lo saben, déjenlas y no las perturben.* Y conforme a esto procuren enderezar el alma en mayor soledad y libertad y tranquilidad, dándoles anchura para que no aten el espíritu a nada, cuando Dios las lleva por aquí .. Dios está como el sol sobre las almas para entrar: conténtense los que las guían con *disponerlas* según las leyes de la perfección evangélica, que consiste en la desnudez y vacío del sentido y del espíritu; y no quieran pasar adelante en el *edificar*, que ese oficio *sólo es del Señor,* de donde desciende toda dádiva excelente» (Iac. 1, 17).

§ III.—El crecimiento colectivo y las funciones sacramentales.—Oficio de cada sacramento: importancia de la Eucaristía y de la Penitencia en el progreso espiritual; el sacramento y la virtud de la Penitencia: la dirección del confesor y la de personas espirituales.—Los sacramentales; el oficio divino; el culto de los santos y la mediación de la Virgen; los tesoros de la Iglesia y su omnipotencia santificadora.

Aparte de los referidos medios de adquirir el aumento de la gracia por el espíritu de caridad con que cada uno los practica y se pone en comunicación directa con Dios, están los que la Santa Iglesia tiene para difundir la vida por todos los miembros de Cristo, haciéndola partir de esta divina Cabeza a través de los órganos jerárquicos. Y estos medios no sólo por el espíritu con que se utilizan, sino por razón de la misma obra hecha—*ex opere operato*—confieren la gracia o la aumentan, aunque por causas involuntarias falte la devoción y aun la intención actual. Tales son los sacramentos, canales divino-humanos o arterias vivas por donde, a impulsos de la caridad del Espíritu Santo, circula la Sangre del Redentor para reanimar, purificar, vigorizar, sanar o revivificar los diversos miembros que no oponen resistencia. Las funciones sacramentales consagran y santifican toda la vida individual y social de los buenos cristianos.

Entre todos los sacramentos, los más indispensables para cada uno de los fieles en particular son *el Bautismo, para comenzar la vida espiritual, y la Eucaristía, para perfeccionarla y completarla,* conforme enseña el Doctor Angélico [50]; aquél tiene por objeto directo el darnos la vida y no el aumento de ella; el hacernos *nacer,* no *crecer*; el establecer los lazos que nos unen con Jesucristo, y no el estrecharlos; aunque, *per accidens,* con-

[50] 3.ª p., q. 79, a. 1.

ferido a un catecúmeno que esté en gracia, se la aumenta. Mas la Eucaristía tiene por objeto propio el conservar la gracia y acrecentarla. Y por eso, «si no recibimos este alimento espiritual, donde se come la carne y se bebe la sangre del Hijo de Dios, no podemos vivir espiritualmente» (Io. 6, 54). ¡Cuán de lamentar es el que tantos cristianos tarden años y años en recibirle o le reciban rarísimas veces, cuando sin él es imposible conservar por mucho tiempo la vida!... Aun está casi de moda el considerar la comunión de los niños como el *coronamiento* de toda su educación y formación religiosa, debiendo ser el *principio* y el *medio* más a propósito para fomentarla. Se reviste, sí, de gran solemnidad el acto de la primera comunión, pero se le da una significación muy otra de la que le corresponde. Debiendo ser la introducción a una vida nueva, del todo *divina*, viene a ser como la «presentación del niño en sociedad», es decir, su introducción real en la vida *mundana*, donde olvidará las pocas prácticas religiosas que hasta entonces tenía.

La Eucaristía es el sacramento más indispensable después del Bautismo. La misma Penitencia, con ser tan provechosa, no es del todo necesaria a quien no haya cometido faltas graves. Tampoco lo es absolutamente, mientras no amenacen peligros extraordinarios, la Confirmación, que nos sella como soldados de Cristo para poder confesarlo en nombre de la Iglesia, a pesar de la gran importancia que tienen los carismas que a ese místico *sello* acompañan. Pero sí lo es el *alimentarnos* para vivir y crecer. Aquélla, una vez recibida, nos imprime un *carácter militar* que ha de durar para siempre; mas la alimentación espiritual debe ser continua y, hasta podemos añadir, cada vez más copiosa. Ambos sacramentos nos robustecen, pero no del mismo modo. «La Confirmación, dice Santo Tomás (l. c. ad 1), aumenta en nosotros la gracia para fortalecernos contra los enemigos exteriores de Cristo; mientras que, en la Eucaristía, el aumento de la gracia y de la vida espiritual tiende a hacer al hombre perfecto en sí mismo por una unión cada vez más íntima con Dios». Los demás sacramentos confieren una gracia especial; ésta, en la Penitencia, es *reparatriz, curativa, medicinal o revivificativa*, y en la Extremaunción—último y supremo remedio contra las dolencias y flaquezas espirituales—*lenitiva y confortativa*, a la vez que *purificativa*... Sólo en la comunión es de suyo *aumentativa y unitiva*. Los otros dos sacramentos se ordenan a la vida social de la Iglesia: el Matrimonio confiere a los contrayentes la gracia necesaria para que su unión sea fiel, santa y fructuosa, a imagen de la de Jesucristo con su Igle-

sia, y el Orden consagra a los ministros de Dios como órganos dispensadores de sus sagrados misterios y distribuidores de sus gracias (1 Cor. 4, 1), proveyendo así a la perpetuidad de estas funciones del Cuerpo místico y confiriendo una gracia muy especial para que se desempeñen digna y santamente. Este sacramento no puede reiterarse, por lo mismo que imprime *carácter*. Tampoco el Matrimonio, mientras no se rompa el vínculo por la muerte de uno de los cónyuges, ni la Extremaunción, mientras no ocurra una nueva enfermedad grave, o en la misma no se reproduzca un nuevo peligro extraordinario.

Sólo la Penitencia y la Eucaristía son reiterables a nuestro arbitrio; y así son los dos sacramentos que directamente se ordenan a nuestro progreso espiritual, y los dos medios más eficaces de fomentarlo con las especialísimas gracias que confieren, el uno purificando y sanando y el otro alimentando, fortaleciendo y haciendo crecer en la caridad y en la unión deífica [51]. La Eucaristía, dice Suárez, tiene un carácter propio que no conviene a ninguno de los otros sacramentos, cual es el dirigirse directamente a nutrir la caridad para que crezca y nos una más íntimamente con Dios. Cada uno de los otros tiene su fin especial, en vista del cual confiere auxilios particulares con un aumento de gracia; mas ella se ordina directamente a completar la unión de los fieles con Cristo y su Cuerpo» [52]. «Es, decía San Buenaventura [53], el *sacramento de la unión*: su primer efecto es *unir*, no produciendo la primera unión, sino es-

---

[51] «Se llama gracia sacramental, dice Lallemant (*Doctr.* pr. 5, c. 3 a. 1), el derecho que cada sacramento nos da a recibir de Dios ciertos auxilios que conserven en el alma el respectivo efecto. Así, la del bautismo es un derecho a recibir las luces e inspiraciones necesarias para llevar una vida sobrenatural, como miembros de Jesucristo, animados del Espíritu Santo. La de la confirmación es un derecho a recibir fortaleza y constancia para luchar con nuestros enemigos como soldados de Jesucristo, y alcanzar de ellos gloriosas victorias. La de la penitencia nos lo da para recibir un aumento de pureza de corazón. La de la comunión para recibir auxilios más abundantes y eficaces para unirnos con Dios con amor ferviente. Cada vez que nos confesamos y comulgamos en buen estado, crecen en nosotros estas gracias sacramentales y los dones del Espíritu Santo; si no se ven sus efectos en nuestra conducta es por causa de nuestras pasiones inmortificadas, de nuestros apegos, de nuestros afectos desordenados y de nuestros defectos habituales..., con que tenemos aprisionados esos dones y gracias, sin dejarles producir sus propios frutos... La culpa está en no entrar en nosotros mismos para reconocer nuestro estado interior y corregir nuestros propios desórdenes».

[52] SUÁREZ, *De Euchar.* d. 63, s. 1.

[53] *In IV* d. 12, a. 1, q. 2.

trechando la ya contraída». «El efecto de la Eucaristía, enseñaba el Concilio Florentino [54], es unir a los hombres con Jesucristo. Y puesto que la gracia es la que con El nos incorpora y nos une a sus miembros, de ahí que este sacramento produzca en nosotros un aumento de gracia y virtudes.

Si, pues, la vida de la gracia se recibe con el Bautismo, y se corrobora en la Confirmación, con la Eucaristía se conserva, se desarrolla y perfecciona, y así en ella está, como dice Santo Tomás, el *complemento de la vida espiritual.* Y puesto que es el pan de esta vida divina, todos los efectos que el alimento ordinario produce en la natural—cuales son *nutrir, agrandar, reparar* y *deleitar*—ella los produce en la espiritual, según enseñó, con nuestro santo Doctor, el citado Concilio.

Y nada extraño, pues el mismo Salvador lo afirmó terminantemente al decir: *Mi carne verdaderamente es comida,* y *mi sangre bebida.* Lo notable es que sólo éste sea designado de una manera expresa en el Evangelio como sacramento de *vida,* y esto con una insistencia que no puede carecer de misterio. «Yo soy, dice Jesús (Io. 6, 51-58), el pan *vivo,* que he bajado del cielo. Si alguien come de este pan, *vivirá* eternamente; el pan que yo daré para *vida* del mundo es mi carne... Si no coméis la carne del Hijo del hombre y no bebéis su sangre, no tendréis *vida* en vosotros; quien come mi carne y bebe mi sangre tiene *vida eterna,* y yo lo *resucitaré* en el último día... *Así como me envió el Padre viviente, y yo vivo por el Padre, así el que me come vivirá por mí*».

«Todo el génesis de la vida sobrenatural, advierte Bellamy [55], se contiene en estas últimas palabras, asombrosamente profundas. Dios Padre, que es el Viviente por excelencia, *Pater vivens,* es el manantial infinito de esa vida, y la comunica en su plenitud soberana al Verbo y con El al Espíritu Santo, que viven eternamente de la misma vida del Padre. En la Encarnación la vida divina corre, por decirlo así, del seno de la adorable Trinidad para derramarse en la Humanidad de Jesucristo en toda la abundancia posible: *Et ego vivo propter Patrem.* Y de esta augusta fuente, derivada de la infinita, es de donde brotan a nuestra alma, cuando comulgamos, torrentes de vida sobrenatural: *qui manducat me, et ipse vivet propter me.* Así es como nos llega en línea recta, desde las inaccesibles alturas de la Santísima Trinidad, por intermedio del Verbo encarnado, siempre

[54] *Decret. pro Armenis.*
[55] P. 220 ss.

presente en la Eucaristía, la vida de la gracia. La comunión es, pues, *el sacramento de vida*, de la propia vida de Dios, misteriosamente comunicada al alma humana» [56].

La Eucaristía tiene, pues, una virtud especial para comunicarnos la vida divina. Cierto que ésta es idéntica, de cualquier modo que la recibamos, pues siempre consiste en participar de la divina naturaleza y asimilarnos con Dios; pero como aquí el alma se acerca de una manera tan íntima al divino Modelo, es justo suponer que reciba en el fondo de su substancia una impresión más clara de la Divinidad. Una misma es la vida que recibimos en el Bautismo, con que renacemos en Dios, y en la Eucaristía donde crecemos, porque en ambos sacramentos Dios nos comunica algo de su propia naturaleza; pero hay entre ellos la diferencia de que el uno es el simple comienzo de esa vida, mientras el otro es su desarrollo. En el primero se recibe la vida del niño; en el segundo, la del hombre adulto, destinada a progresar incesantemente, porque en sí misma no conoce ni declinación ni desfallecimiento. Como fuente eterna de juventud y de madurez, la Eucaristía es el coronamiento de la vida sobrenatural [57].

Mas la privación involuntaria de la comunión sacramental, o el no poder recibirla cuantas veces deseamos, se suple en gran parte con la *espiritual*, que se puede renovar a todas horas, y que, por el amor con que se hace y las ansias que muestra de recibir realmente el pan de vida, produce un gran aumento de gracia [1].

Pero no sólo necesitamos *crecer*, sino que estamos obligados a *renovarnos* de día en día, *purificándonos* de nuestras imperfecciones, lavándonos las manchas que contraemos, curando nuestras dolencias espirituales, y revivificándonos en seguida, si tuviéramos la inmensa desdicha de perder la vida de la gracia: y todo esto se logra por el sacramento de la Penitencia.

---

[56] «Eam sempiternam vitam atque divinam quam Deus natura sua habet, Christus, ut homo, per coniunctionem cum divinitate hypostaticam habuit, per quam quaecumque Dei erant, in humanam naturam derivata sunt: nos vero per eam coniunctionem habemus qua, sumpto corpore et sanguine Christi, cum eo unum quiddam efficimur. Sicut enim per unionem illam hypostaticam fit, ut vita illa divina et feliciter immortalis humanae Christi naturae facta sit, sic per coniunctionem nostram cum corpore eius efficitur nostra» (MALDONAT., *In Ioan.* 6, 58).

[57] «Per Baptismum datur primus actus vitae spiritualis..., sed per Eucharistiam datur complementum spiritualis vitae» (S. TH., 4 *Sent* d. 8, q. 1, a. 2; q. 5, a. 2).

Como nadie, sin un privilegio singularísimo como el de la Virgen, puede pasar la vida sin que se le pegue el polvo terreno y sin viciarse con muchos defectos veniales, por lo menos inadvertidos, de ahí la gran importancia que va teniendo cada vez más en la Iglesia este sacramento que, después de la comunión, es el principal medio que pueden emplear las almas para fomentar, directa o indirectamente, su progreso espiritual, quitando los óbices de la gracia y aumentándola, cuando menos en su aspecto *medicinal*, con que nos hacemos más firmes para no caer en nuevas faltas y más vigorosos para excluir los gérmenes del pecado; pues, recibida en gracia, la absolución sacramental acrecienta la vida, al mismo tiempo que sana, purifica y vigoriza. Verdad es que este sacramento se puede suplir en gran parte (como se suplió en los primeros siglos de la Iglesia, mientras regía la disciplina de la «exomologesis pública y única») con la frecuencia de la Eucaristía y la *virtud* de la Penitencia [58]. Esta siempre es indispensable para corregir todas nuestras faltas tan pronto como las advirtamos. sin aguardar al día de recibir la absolución. Pero con esta última se corrigen las deficiencias de aquélla, y así la simple *atrición* se convierte en *contrición*, y la misma satisfacción adquiere un valor mucho más grande, revistiendo la eficacia sacramental. Por eso las almas devotas, no contentas con hacer diariamente el examen general de su conciencia—con el particular de la falta que más las domina y les importa corregir—e imponerse en *satisfacción* muchas penitencias y privaciones para castigarse a sí mismas y corregirse (todo lo cual son medios poderosos de adelantamiento), procuran purificarse en la confesión de sus culpas, por lo menos todas las semanas, teniendo confesor. Y como éste es el que a la vez suele hacer de director y regulador de las penitencias privadas, de ahí la necesidad que hoy tiene de estar muy impuesto en la ciencia de los caminos de Dios [59].

Mas cuando las almas espirituales no hallen un buen sacerdote que, con la absolución, sepa darles—como ministro oficial de la Iglesia—el pan de la doctrina saludable, harán muy bien en buscarla en cualquier persona en que la encuentren, sea del estado y condición que fuere; que en personas de todos estados, sexos y edades han encontrado almas muy grandes—y aun sabios teólogos e insignes prelados—una excelente dirección que en otras partes no hallaban; así puede verse en las vidas de

[58] Cf. supra, l. 1, c. 3, a. 2, § 1.
[59] Cf. San Ligorio, *Práctica del Conf.* 4.

Santa Catalina de Siena, Santa Brígida, Santa Angela de Foligno, Santa Catalina de Ricci, Santa Teresa, Beata Osana de Mantua..., y en las Venerables Marina de Escobar, Micaela Aguirre, Agreda, etc.

Después de los sacramentos vienen los *sacramentales*, que ordenan o preparan con respecto a ellos, y el uso de todas las cosas que la Iglesia consagra para fomentar la piedad cristiana y la santificación y purificación de los fieles, y para estrechar la relación de los miembros de las tres iglesias. Entre esas cosas figura el devoto empleo del agua bendita, que, recibida con verdadero espíritu, tanta importancia tiene para purificarnos y preservarnos de las infestaciones diabólicas; la recitación del *Padrenuestro*, la confesión general, la bendición sacerdotal, el oír la divina palabra, las indulgencias, el culto de los santos gloriosos, los sufragios por las ánimas del purgatorio, las devociones aprobadas (entre las cuales, por su eficacia y su universalidad, merece un singular aprecio la del santísimo rosario), y, sobre todo, después del sacrosanto sacrificio—ofrecido por vivos y difuntos—el *oficio* que por excelencia se llama *divino*, porque es propio de los ángeles y de los hijos de Dios estar en continua alabanza del Padre celestial, de Jesucristo nuestro Redentor y del Espíritu vivificador.

La Iglesia, como animada de ese divino Espíritu, quiere que día y noche haya almas consagradas a bendecir y alabar al Padre de las misericordias y al Salvador de los hombres, para que nunca falte quien oficialmente ore por tantos como viven descuidados de su salvación eterna y olvidados de los beneficios divinos. ¡Ay de ellos, si no hubiera quien con sus oraciones continuas los amparase!... Estas almas así escogidas tienen por propio *oficio* y deber principal el ocuparse en las divinas alabanzas, y a ese fin, y para que no se mezclen en otros cuidados y negocios, reciben de los demás fieles las limosnas necesarias para su sustento, para que también ellas sustenten a todos con sus oraciones y sacrificios. Y a estas almas que así—con *oración oficial*—oran en representación de la Iglesia, se asocian muy de corazón todos los fieles de verdadero espíritu; los cuales, mientras sus ocupaciones se lo permiten, siempre han preferido a todas sus devocioncillas privadas—que fácilmente degeneran en sentimentalismos vanos—tomar parte en las del culto público de la Santa Iglesia, asistiendo a los divinos oficios. En estos mismos figura el culto y devoción a los santos, a quienes debemos honrar y venerar como a amigos de Dios ya deificados y conglorificados con Jesucristo. A ellos debemos tomar

por intercesores sobre todo cuando veamos cerrados otros caminos; porque el mismo Salvador así lo desea para honra de ellos y provecho nuestro: *Donde Yo estoy,* dice (Io. 12, 26), *allí estarán mis ministros,* a los cuales hace participantes de la misma claridad que El recibe del Padre [60].

En este culto sobresale, como indispensable a todos los fieles, el de la gloriosa Madre de Dios y Madre nuestra, «Madre de la gracia y de la misericordia». Como corredentora asociada al Redentor desde la Encarnación hasta la Ascensión, y desde el pesebre hasta el Calvario, es canal de todas las gracias y dispensadora de todos los tesoros divinos [61], y como fiel «Esposa del Espíritu Santo», con El coopera a toda la obra de nuestra renovación y santificación [62]. «En ella está toda la gracia de la *Vía* y la *Verdad,* en ella toda esperanza de *vida* y de *virtud.* El que la hallare propicia alcanzará la vida y la salvación, y todos los que la aborrecen, aman la muerte» (Eccli. 24, 25: Prov. 8, 35-36). Ella es el *asiento de la Sabiduría,* y, como *llena* que está *de gracia,* puede hacernos participar a todos de su plenitud. Por eso la verdadera devoción a la Virgen—que consiste en honrarla de corazón e imitarla de verdad—es una de las más ciertas señales de predestinación (Eccli. 24, 31). Sin esta mediación es muy difícil, si no imposible, el salvarse, ya que, en el Cuerpo místico de la Iglesia, María es como el cuello que une la Cabeza con todos los miembros y les hace llegar todos los divinos influjos [63].

[60] Debemos venerar a los santos, dice Santo Tomás (3.ª p., q. 25, a. 6), «tamquam membra Christi, Dei filios et amicos, et nostros intercessores». Y debemos venerar también sus cuerpos, «quae fuerunt templa et organa Spiritus Sancti in eis habitantis et operantis, et sunt corpori Christi configuranda per gloriosam resurrectionem».

[61] «Sabed, hijos míos, y creedme, decía San Felipe Neri: Yo lo sé que no hay medio más poderoso para alcanzar la gracia de Dios que la Santísima Virgen.»

[62] Véase nuestro opúsculo *Misión cosantificadora de María* (Memoria al Congreso Mariano Montfortiano de Barcelona), reproducido en *La verdadera mística tradicional,* apéndice.

[63] Por eso, en una exposición completa de la perfección cristiana, según observa el P. Weiss (*Apol.* t. 10, conf. 23, n. 3), es del todo indispensable hablar de María, como lo es el hablar de Jesucristo; porque, a semejanza de El, «es para nosotros mucho más que un modelo acabado de virtudes. Como Madre de la fuente de toda gracia, es, y así la llaman las letanías, verdaderamente la Madre de la gracia divina. Del mismo modo que sin ella no podíamos poseer al Dueño de la gracia, así tampoco recibimos ninguna gracia sino por ella. De intento decimos *por* ella y no *sin* ella, porque no sólo con su intención nos procura la gracia, sino que en realidad por su mano recibimos todas las gracias

Así es como los mayores santos se distinguieron siempre por esta tierna y filial devoción a la Santísima Virgen, y no hay alma que marche segura por las sendas de la virtud y llegue a la mística unión sin estar bajo el amparo de aquella única *Inmaculada,* en pos de la cual van todas las vírgenes a presentarse al Rey de la gloria.

Aparte de estos más indispensables, la Iglesia, en su omnipotencia santificadora, tiene otros muchísimos medios de favorecer el progreso general y particular de todo el Cuerpo místico y de cada uno de sus órganos, y los va rodeando y adaptando oportunamente para emplear los más acomodados a la condición de los tiempos y necesidades de las almas, entonando siempre a Dios un *cántico nuevo.* Ya hemos dicho lo suficiente sobre el progreso general de las devociones [64], y no tenemos por qué insistir. Sólo insistiremos ahora sobre la divina Eucaristía, cuya eficacia siempre es nueva y cuya importancia en la vida espiritual va en aumento, en vez de disminuir.

---

que nos mereció el Redentor. Así como ella fué el canal por donde llegó a nosotros Jesucristo en forma humana, para realizar la obra de la Redención, así también es la vía por donde nos llegan los frutos de esa obra (S. Alberto Magno, *De laudibus B. Mar.* 9, 15; S. Bernardo, *Nativ. Mar.* n. 4; Petrus Cellens., *De panibus,* c. 12). María es la intendente y dispensadora de todo lo que pertenece a la familia divina. Ella tiene la llave de todos los tesoros de la casa de Dios (S. Bernardo, *Anunciat.* 3, 7; S. Alberto Magno, l. c., 10, 17). Ahora bien, las gracias constituyen esos tesoros, y no se le han confiado para que ella sola goce de ellos; si está llena de gracia, es también para nosotros. Así como un esposo se complace en honrar a su esposa, haciendo pasar por sus manos los beneficios que quiere dispensar, así procede también con María, su esposa sin mancilla, el Espíritu Santo, distribuidor de las gracias. Jesucristo es la fuente de ellas, María el depósito, al cual dirige el Espíritu Santo los arroyos que manan de las llagas del Salvador, a fin de que todos puedan vivir de él (Agreda, *Míst. Ciud.* 1, n. 600, 603). Así, pues, quien pida gracias a Dios, debe dirigirse a María, pues por medio de ella obtenemos lo que recibimos de El (S. Bernardo, *Nativ. Mar.* n. 7-8).

[64] L. 1, c. 2.

§ IV.—Singular importancia de la Eucaristía para acrecentar la vida espiritual y producir la unión y transformación.—Su poder como sacramento de amor y como alimento del alma; la incorporación eucarística y el matrimonio espiritual; total entrega de Jesús a las almas; correspondencia de los santos: unión más estrecha con el Padre, con el Espíritu Santo y con la Madre del Amor Hermoso.—Frutos de la Eucaristía en el alma y en el cuerpo.

Por la Eucaristía, sacramento de los sacramentos, nos *alimentamos* de Jesucristo, *crecemos* en El, *vivimos* de su misma vida, y nos *unimos* con El hasta el punto de hacernos una sola cosa y quedar así en El *transformados*.

Para crecer como hijos de Dios, necesitamos un alimento divino. Este, en absoluto—si no fuera por nuestra flaqueza nativa—podría consistir simplemente en *hacer la voluntad del Padre, para completar su obra* (Io. 4, 34). Pero como somos tan débiles y remisos en cumplirla, debemos corroborar nuestra flaqueza y reparar las pérdidas revistiéndonos físicamente de la fortaleza del Verbo, y esto lo hacemos *comiendo su carne y bebiendo su sangre*, sin lo cual *no podemos conservar la vida* (Io. 6, 54) [65]. Mas con ese divino alimento nos hacemos tan vigorosos, que podemos llegar *hasta el monte santo de Dios* y *vivir eternamente*. Con sólo recibir su cuerpo, recibimos a la vez su sangre, su alma, su misma Divinidad y, en suma, a Jesucristo todo, tal como es, y así se une e incorpora con nosotros, o mejor dicho, nos une e incorpora consigo, asimilándonos y transformándonos por completo. «Al mismo Dios y Hombre verdadero comemos y bebemos, decía San Efrén, y en El quedamos absorbidos para vivir de El: *Te, Domine, comedimus, Te bibimus, non ut consumamus Te, sed ut per Te vivamus*» [2].

Así, como alimento del alma, la Eucaristía supone la vida espiritual: los *muertos* no comen; y el alimento en ellos ingerido, lejos de vivificar, aceleraría la corrupción. Esto es lo que pasa a quien se atreve a comulgar en pecado: *Iudicium sibi manducat*... Sin embargo, si lo hace de buena fe, creyéndose en gracia y teniendo sincero dolor de todas sus culpas, este sa-

[65] «El Verbo, exclamaba Clemente Alejandrino (*Pedagog.* l. 1, c. 6), lo es todo para el infante que ha engendrado: es padre, madre, preceptor y nodriza. *Comed mi carne*, dice El, *y bebed mi sangre*. El Señor nos ofrece este alimento adaptado a nuestra condición, de tal suerte que nada nos falte para nuestro crecimiento... El solo dispensa a los hijos la leche del amor. Dichoso mil veces quien se cría a estos pechos divinos».

cramento de amor, no hallando obstáculos de afecto al pecado, trocará la atrición en contrición, causará un verdadero amor filial, y con él, la vida; de suerte que, estando de suyo destinado a aumentar la gracia, puede también *per accidens*, producirla. Que es sacramento de vida, ordenado directamente a conservarla y acrecentarla, lo dice su misma institución; donde aparece como *pan vivo* bajado del cielo para dar vida eterna (Io. 6, 48-58). Con tal insistencia lo presenta así el Salvador, que no se cansa de repetir esa idea capital, como la más propia de este sacramento. Si también los otros pueden mantener y acrecentar la gracia, es como de una manera indirecta, mientras que éste tiene por objeto primario el darnos un aumento de vida y promover nuestro progreso íntimo. Porque «la carne de Jesucristo, como dice San Cirilo [66], no sólo es viva, sino *vivificadora*». Es fuente de vida, y así, uniéndonos materialmente con ella, podemos recibir los torrentes de su plenitud [67]. Aquí es donde «con sumo gozo se recogen las aguas que manan de las fuentes del Salvador» (Is. 12, 3) [3].

Aumentando la vida de la gracia, aumenta la caridad y la unión con Dios y se estrechan los lazos que nos ligan con nuestra divina Cabeza y con los demás miembros del Cuerpo místico en la unidad del Espíritu. Y puesto que los sacramentos hacen lo que significan, y éste, ofreciéndose en forma de alimento, simboliza la *unión* de los fieles, de ahí que la produzca de un modo análogo, aunque en orden inverso a la del alimento ordinario que es convertido en nuestra propia substancia. *Quien come mi carne y bebe mi sangre*, dice el Señor (Io. 6, 57), *permanece en Mí y Yo en él*. La señal de que un hombre come de verdad el cuerpo del Salvador, observa San Agustín [68], es si habita y mora en Cristo, y Cristo en él: *Si manet et manetur*; *si habitat et inhabitatur*. Y si la unión e inhabitación corporal es transitoria, la espiritual a que va ordenada debe ser perpetua. Jesús, dice Bossuet [69], viene a nuestros cuerpos para unirse

[66] L. 4 *Contra Nestor.*

[67] Si todos los sacramentos, dice el P. Weiss (*Apol.* 10, conf. 16), son fuentes de gracia, el más sublime de todos es, sin duda alguna, el que contiene al autor y dador de la misma gracia. Por este sacramento nos convertimos en un solo cuerpo con El (CIRIL. JER., *Cat.* 22, 3; CRISÓSTOMO, *Hebr. hom.* 6, 2). Por tan íntima comunicación circula El por nuestros corazones como torrente de fuego, no para agotarse, sino para atraernos hacia El y transformarnos en El (GERTR., *Leg. div. piet.* 3, 26). Porque no cambiamos este alimento en nosotros, como sucede con el ordinario, sino que El nos cambia en Sí mismo».

[68] *In Ioan.* tr. 27, n. 1.

[69] *Serm.* 1 *Nat. S. V.*

a nuestras almas. Lo que ante todo busca son los corazones, y cuando éstos no se le entregan de lleno, se le hace violencia: —*Vis infertur corpori et sanguini*, como decía San Cipriano [70]— y se le obliga a contener el impetuoso río de gracias con que quiere inundarnos.

Este sacramento es obra de aquel prodigioso amor con que Jesús *nos amó hasta el extremo*, y con que trajo a Sí todas las cosas para divinizarlas [71]. Pues el amor, como dice San Dionisio [72], es esencialmente *unitivo*. Por eso en el sermón de la cena pidió el Salvador y reclamó con tanta insistencia la perfecta unión de los fieles entre sí y con El (Io. 17, 10-23). San Pablo lo recuerda muy bien cuando dice (1 Cor. 10, 16-17) *que somos un mismo cuerpo todos los que participamos de un mismo pan*. Y por eso el Concilio Tridentino [73] llama a la Eucaristía «emblema de la unión del Cuerpo místico, señal de unidad, lazo de caridad y símbolo de paz y concordia» [74]. Así, es un banquete de unión familiarísima, donde sólo pueden tomar parte los íntimos amigos: *Comedite amici..., et inebriamini charissimi* (Cant. 5, 1). Los primeros invitados fueron los apóstoles cuando

---

[70] L. *De lapsis*.

[71] «Haciéndose hombre y tomando su puesto en la creación, el Verbo de Dios, dice Hettinger (*Apol.* conf. 32), ha glorificado y deificado a todas las criaturas... En el hombre la materia ha sido elevada a la vida del espíritu: y en Cristo es toda la creación elevada a la vida de Dios y la humanidad colocada en el trono divino. Y lo que se verificó en la Cabeza por la Encarnación debe continuarse, completarse y extenderse, por el banquete sagrado, a todos los miembros del Cuerpo en un círculo cada vez más vasto, a fin de que todos vuelvan a Dios por este Mediador, y sean una misma cosa con El y disfruten de su gloria. Estaba ya unido a la naturaleza humana de una manera muy íntima, cual sólo su sabiduría era capaz de inventar, su amor de desear y su omnipotencia de cumplir; ahora se une con cada miembro de la humanidad de una manera tan perfecta en el misterio de la Eucaristía, que sólo El podía concebir la idea de semejante unión. Esta unión, esta penetración mutua, esta fusión del hombre con Jesucristo es tan íntima, tan inefable, que sólo se puede comparar con la unión del Padre Eterno con su Hijo único, según testimonio del mismo Señor... En la Encarnación remontó hacia Dios a todo el género humano: en el banquete sagrado se apodera individualmente de cada hombre para transportarlo al seno de Dios.»

[72] *De div. nomin.* c. 4.

[73] S. 13, c. 8.

[74] «El Santísimo Sacramento es el lazo divino-humano, visible e invisible, que une a todos los miembros de la Iglesia con Jesucristo y entre sí: es, en el Cuerpo de la Iglesia, el *corazón* que da impulso a la vida sobrenatural y hace circular las olas de salvación por todos los miembros» (HETTINGER, l. c.).

ya merecían el nombre de *amigos*, sabedores de los secretos de Dios (Io. 15, 14-15). Y así y todo, el Señor quiso lavarles los pies, como para indicarles la extrema pureza de vida que este convite requiere. Nadie, so pena de condenación, puede presentarse a él sin el vestido nupcial de la caridad (Mt. 22, 11-13). Los manchados son excluídos del banquete de las bodas del Cordero (Apoc. 19, 9; 22, 15). Pero los que con limpieza de alma y decoro de virtudes asisten con frecuencia a este convite divino, crecen maravillosamente en unión de caridad. Mientras los primeros discípulos «perseveraban en la doctrina de los apóstoles, en la oración y en la común *fracción del pan*», como dice San Lucas (Act. 2, 42-46; 4, 32), *tenían una sola alma y un solo corazón.*

Mas no se contenta con producir esa *unión de conformidad*: produce poco a poco una total *transformación* de las almas en Jesucristo. Pues precisamente para producir esa transformación viene El aquí en forma de *alimento*: sólo que, como divino, éste es más fuerte que nosotros, y nos transforma en él, en vez de transformarse en nuestra propia substancia. Así lo prometió a San Agustín, cuando le decía [75]: «Soy el manjar de los grandes: crece, y me comerás. Pero no me mudarás en ti, como sucede al manjar de tu cuerpo, sino que tú te mudarás en Mí». «Como este pan celestial excede incomparablemente en virtud a quienes lo toman, decía San Alberto Magno [76], los cambia en sí mismo». «La participación del Cuerpo y sangre de Cristo, enseñaba San León [77], no hace otra cosa sino que vengamos a ser eso mismo que recibimos». «Quien con pureza se acerca al divino convite, decía San Dionisio [78], consigue, con su participación, el quedar transformado en la Divinidad». «El efecto propio de este sacramento, observa a su vez Santo Tomás [79], es la conversión del hombre en Jesucristo, de tal modo que pueda con verdad decir: *Vivo, mas no yo, sino Jesucristo es quien vive en mí*». «Porque el Señor, según añade un opúsculo [80] atribuído al mismo santo Doctor, hace al fiel que dignamente lo recibe miembro de su cuerpo. Se lo incorpora por unión de caridad, y lo asimila a imagen de su bondad soberana... Así como una gota de agua caída en un gran vaso de vino

[75] *Conf.* 1, 7, 10.
[76] *In. IV* d. 9, a. 4 ad 1.
[77] *Serm.* 62 *de pass.* 12, c. 7.
[78] *Eccl. Hier.* c. 3, § 1.
[79] *In IV Sent.* d. 12, q. 2, a. 1 ad 1.
[80] *De Sacram. Alt.* c. 20.

se transforma en vino..., así también la inmensidad de la gran dulzura y virtud de Cristo, apoderándose de nuestro pobre corazón, lo transforma de tal modo, que en nuestros pensamientos, palabras y obras ya no nos parecemos a los hombres mundanos ni a nosotros mismos, sino a Jesucristo» [81]. Por aquí se ve cómo los santos doctores atribuyen muy singularmente a la Eucaristía la virtud de transformar a los cristianos en el mismo Cristo, incorporándolos perfectamente con El.

Por esta amorosa unión y transformación se consuma en los mismos cuerpos el místico matrimonio del Verbo con las almas. Eran ya éstas de algún modo esposas suyas por la gracia, mas por la Eucaristía se hacen *concorporales* y *comparticipantes* de los mismos bienes [82]: gozan de El y lo poseen, a la vez que son

[81] «Habéis querido dejar al alma vuestro Cuerpo y vuestra Sangre, dice Santa Magdalena de Pazzis (1.ª p., c. 11), a fin de que ella pueda continuamente permanecer en Vos y verse en cierto modo deificada y transformada por esta comunicación y unión continua. ¡Oh, qué deliciosos coloquios tiene con Vos esta alma cuando descansa en vuestro corazón y Vos en el suyo, por poco amor que tenga! ¿Y cómo no ha de quedar abrasada en las llamas ardientes de vuestra caridad y en el brasero de amor que encendéis en ella cuando en su seno entráis de un modo tan maravilloso y tan afectuoso?... ¿Qué hacéis, en efecto, allí? Nos preparáis pensamientos que yo no puedo llamar sino pensamientos de amor, pues los que os reciben participan hasta cierto punto de vuestra capacidad y de vuestras divinas comunicaciones... Vos sois aquel camino nuevo de que habla el Apóstol: *Initiavit nobis viam novam et viventem per velamen, id est, carnem suam* (Hebr. 10, 20)... Así como las aguas que caen en la mar pierden en seguida su nombre y su existencia propia, así también cuando entramos en este océano de la Divinidad... ¿qué sucede? *He dicho*: *Sois dioses* (Ps. 81, 6)... *Quien se une a Dios hácese un espíritu con El* (1 Cor. 6, 17). Además, en esta unión el Esposo viene a nosotros a tomar parte en nuestro convite y ordenar en nosotros la caridad. Entonces es cuando tienen lugar aquellos puros y castos abrazos, que se pueden ofrecer en unión con los que se dan las divinas Personas en la unidad de la esencia de la Santísima Trinidad, y de los cuales aquéllos no son más que una imagen o figura. ¡Oh cuán dulces son las delicias que gustamos en la complacencia de la unión de las tres divinas Personas!» San Juan Damasceno (*De fide orthod.* l. 4, c. 14) compara este divino sacramento con el carbón encendido que vió en espíritu Isaías (6, 6). «Porque así como ese carbón está todo lleno de fuego, así también este Pan vivificante lleva consigo la Divinidad para que, al recibirlo, quedemos no sólo incendiados, sino deificados: *Ut igniamur et deificemur*». Por eso Santo Tomás dice que este sacramento, además de ser prenda, es en cierto modo consecución de la gloria: *Pignus aeternae gloriae*, le llama en un lugar (*Offic. S. Sacr.*), y en otro (3.ª p., q. 79, a. 2) añade: *Effectus huius Sacramenti, adeptio gloriae.* El mismo sacramento representa al vivo la eterna fruición de Dios: *Est praefigurativum fruitionis Dei, quae erit in patria*» (ib. q. 73, a. 4).

[82] «¿Para qué recibimos la sagrada Eulogía, sino para que Jesu-

de El poseídas, pudiendo ya decir: *Mi Amado es para mí, y yo para mi Amado, que se apacienta entre azucenas* (Cant. 2, 16). Por eso con razón decía San Efrén [83] que «en los divinos misterios es donde se verifica la unión consumada de las almas con el Esposo inmortal». De ahí que los frutos de esta dulcísima unión se extiendan a nuestros mismos cuerpos, que vienen así a participar de la pureza, santidad, gloria e incorruptibilidad del de Jesucristo [84]. «Si, pues, hay un sacramento que merezca el nombre de *matrimonio espiritual*, ése es seguramente, dice Bellamy [85], la Eucaristía, donde se consuma aquí abajo nuestra unión con el Salvador. Lo que, en efecto, constituye el matrimonio es la recíproca donación personal de los esposos, y la Eucaristía es la que en el orden sobrenatural realiza esto plenamente, puesto que en ella se nos entrega el mismo Jesucristo todo entero y sin ninguna reserva». Y se entrega así a las almas a fin de que ellas se le entreguen de igual modo, para que hallando en El todo su sustento, vivan ya sólo en El y de El, con una vida tan cristiana que queden como transformadas en el mismo Jesucristo, siendo ya El quien vive en ellas. La Eucaristía es, pues, como «el nudo del lazo matrimonial que nos une con el Verbo encarnado, dándonos algo más que los otros sacramentos, al procurarnos, si no una participación más abundante de la naturaleza divina, a lo menos una unión del todo especial con la Humanidad de Nuestro Señor».

---

cristo habite en nosotros corporalmente? El Apóstol, escribiendo a las naciones, divinamente les decía que habían venido a ser *concorporales, comparticipantes* y *coherederas* de Cristo (Eph. 3, 6). ¿Y cómo se hicieron *concorporales*, sino por la participación de la mística Eulogía?» (S. Cirilo Alej., l. 4 *Contra Nest.*: PG 76, 193).

[83] *De Extr. Iud. et compunct.*

[84] «De cada una de las almas que os reciben, bien puede decirse, añade Santa Magdalena de Pazzis (1.ª p., c. 33), lo que la Iglesia dice de María: *Recibiste en tu seno a quien los cielos no pueden contener.* Y así como María, según la visión de San Juan, se mostró vestida de sol, así también el alma que os ha recibido queda también revestida del Sol de justicia, que sois Vos mismo. Diré más, es revestida, hasta cierto punto, del sol de vuestra *visión*, aunque éste se halla velado por una nube que le oculta gran parte de vuestra caridad divina. Ella no puede gozar de esa visión como los bienaventurados en el cielo, sino como las almas privilegiadas en la tierra; es decir, con una semiluz que yo no sé definir y que no puede ser comprendida sino de Aquel que la da y de quien la recibe.» «Una de las operaciones que Dios hace en el alma, dice Santa Angela de Foligno (*Vis.* c. 27), es el don de una inmensa capacidad, llena de inteligencia y de delicias, para *sentir* cómo viene Dios en el sacramento del altar con su grande y noble cortejo».

[85] P. 268-9.

«Su cuerpo, dice Bossuet [86], no es ya suyo, sino nuestro, y el nuestro ya no es nuestro, sino de Jesucristo. Este es el misterio del goce, el misterio del Esposo y de la Esposa; porque escrito está (1 Cor. 7, 4): *El cuerpo del Espòso no está en su poder, sino en el de la Esposa.* ¡Oh santa Iglesia, casta Esposa del Salvador, oh alma cristiana que lo has escogido por Esposo en el bautismo, en fe y con mutuas promesas; ahí le tienes, es el cuerpo sagrado de tu Esposo; ahí lo ves en la santa mesa donde acaba de ser consagrado! No está en su poder, sino en el tuyo: *Tomad*, dice (Lc. 22, 19), vuestro es; *es mi cuerpo entregado por vosotros*: tienes sobre él un derecho real; pero también tu cuerpo ya no es tuyo: Jesús quiere poseerlo. Así estaréis unidos cuerpo a cuerpo, y seréis dos en una carne, que es el derecho de la esposa y la perfecta realización de este casto y divino matrimonio».

Nada extraño que los santos, que más alta idea tenían de los misterios de esta divina unión, se distinguieran por su ardentísimo amor al Santísimo Sacramento, por las ansias de recibirle todos los días, para fortalecerse con este Pan celestial, reanimarse y renovarse en esta fuente de vida, y embriagarse con las delicias del amor divino [87]. Lo más admirable de las maravillosas historias de los grandes amigos de Dios, es lo referente a su devoción al Santísimo Sacramento [88]. «Por instinto y por una suerte de intuición infalible, comprendían, añade Bellamy [89], que todo el mundo sobrenatural gravita aquí abajo en torno del sol eucarístico, centro universal de atracción de las almas que quieren vivir de la gracia. Así es como, sin olvidar los otros sacramentos, buscaban con preferencia en la sagrada comunión el secreto de esta semejanza y esa unión que constituyen la esencia misma de la vida sobrenatural. Deseosos ante todo de imitar a Jesucristo y grabar su imagen en el fondo del alma, los santos pensaban con razón que el mejor medio de

---

[86] *Médit. sur l'Evang. La Cène* 24.

[87] «Ex virtute huius Sacramenti anima spiritualiter *reficitur*, et *delectatur*, et quodammodo *inebriatur* dulcedine bonitatis divinae, secundum illud (Cant. 5): *Comedite, amici, et bibite, et inebriamini charissimi*» (D. THOM., 3.ª p., q. 79, a. 1 ad 2). Así, los *muy amados* y amantes se *embriagan* con esas dulzuras divinas que los simples amigos no hacen más que *gustar*.

[88] De Santa Angela de Foligno, dice su confesor, Fr. Arnoldo (Prol. 2): «Jamás comulgó sin recibir una gracia inmensa y cada vez una nueva gracia.» «Este es el tiempo más feliz que tienen los mortales», oyó el P. Hoyos decir una vez a los ángeles cuando acababa de comulgar.

[89] P. 272.

llegar a la reproducción del sublime modelo era acercarse a Él en el sacramento de su amor, para ser formados más directamente por la mano y el corazón del divino Artífice». No es, pues, de extrañar que los santos tanto se parezcan, siendo como son copias de un mismo Ejemplar eterno que en persona viene a imprimirles su divina imagen [90].

Al estrechar así en este sacramento de amor los dulcísimos lazos que nos unen con el Hijo, se estrechan igualmente los que nos relacionan con el Padre y con el Espíritu Santo; pues siendo el alma santa a la vez hija de Dios Padre, esposa del Hijo y templo del divino Espíritu, a medida que aumenta una de estas relaciones, aumentan todas las otras. Al participar mejor de la imagen del Verbo y de la plenitud de vida que en Él reside, más se participa de la naturaleza del Padre y más hijos suyos somos, y más se participa también del amor, gracia, santidad y comunicación del Espíritu que en las almas mora como principio inmediato de vida y santificación.

«De ahí se sigue, como advierte al autor citado [91], que nuestra misma filiación divina no alcanza toda su plenitud sino por el sacramento que da la plenitud de la vida. Convenía, en efecto, que esta filiación recibiera de Jesucristo completo su más acabada expresión; pues, como hijo de Dios por naturaleza, le conviene la prerrogativa de ver modelarse a su imagen a todos los que se hacen hijos de Dios por gracia». Por eso dice San Cirilo Alejandrino que «no seríamos hijos adoptivos de Dios, sin aquel que, siendo verdaderamente su Hijo por naturaleza, nos sirve de arquetipo para formarnos a su semejanza». Y en este sacramento es donde el Verbo encarnado comunica directamente al alma justa algo de su doble naturaleza, pues nos hace participar de la divina, al mismo tiempo que recibimos la humana. Cierto que la sagrada Humanidad influye también en

---

[90] «La frecuente comunión, observa el devotísimo P. Lallemant (pr. 4, c. 5, a. 1), es un excelente medio para perfeccionar en nosotros las virtudes y adquirir los frutos del Espíritu Santo; porque uniendo Nuestro Señor su cuerpo al nuestro y su alma a la nuestra, abrasa y consume en nosotros las semillas de los vicios, y nos va comunicando poco a poco su divino temperamento y sus perfecciones, según que nos dispongamos y nos dejemos reformar.» «Espantábame, dice Santa Teresa (*Vida* c. 39), cómo en llegando a este fuego (del amor de Dios que sintió en un rapto después de comulgar) parece que consume al hombre viejo de faltas, y tibieza, y miseria...; ansí queda hecha otra el alma después; con diferentes deseos y fortaleza grande; no parece es la que antes, sino que comienza con nueva puridad el camino del Señor.»

[91] P. 266-8.

los otros sacramentos; pero la «Eucaristía junta apretadamente a Cristo con el cristiano, ajusta la copia al modelo, y une sin intermedios el alma humana con el cuerpo y la sangre del Salvador: de ahí que nuestra alma, quedando más perfectamente poseída por el divino Esposo, reciba en esta unión misteriosa e inefablemente apretada, como un nuevo rasgo de la filiación divina, puesto que queda más marcada por la efigie de Cristo».

Y como todo aumento de gracia va acompañado de una mayor efusión del divino Espíritu, es claro que donde tanto aumenta la vida de la gracia, debe aumentar proporcionalmente la comunicación del Espíritu vivificador. Este, por otra parte, reside plenamente en la sagrada Humanidad de Jesucristo, como en su morada predilecta, donde tiene sus complacencias. Mas allí «espera, sin embargo, consumar la obra de amor, que es unir la Cabeza con los miembros, a Cristo con el cristiano. Comunicando, pues, con el cuerpo y sangre del Salvador, estrechamos doblemente los lazos que nos unen al Espíritu Santo, puesto que nuestra participación de la Eucaristía realiza todos sus deseos, a la vez que nos une a su divina Persona, eternamente fija en la Humanidad de Jesús» [4].

Aun hay otra relación notable, que de un modo singular se fortalece y se estrecha en ese admirable sacramento, y ésa es la que tenemos con la Santísima Virgen, «madre del amor hermoso» y *madre de la divina gracia.* Si a medida que crezca ésta debe completarse aquélla, mucho más acaecerá cuando esa gracia se nos comunique directamente por la sagrada carne tomada de esa bendita Señora. Y esto es precisamente lo que tiene de especial la Eucaristía, al hacernos participar de la naturaleza divina por intermedio de la carne y sangre del Salvador. Pues el vehículo directo de la vida divina, no es, en este sacramento, el alma de Jesucristo, sino su cuerpo adorable y su sangre preciosa: según la liturgia misma lo pone de relieve, diciendo: *El cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo te guarde para la vida eterna.* Con su sacratísima carne inmolada, quiere el Hijo de Dios salvar, en el altar como en la cruz, la carne perdida y corrompida [92]. Así «uno de los aspectos misteriosos

[92] «Todo lo que pasó en el Calvario se repite constantemente sobre el altar. El altar es todos los días el monte del dolor, de la sangre, del sacrificio y de la redención» (MONSABRÉ, *Medit. para el rosario* t. 2, p. 258). Por aquí se ve con qué amor y reverencia debemos asistir al santo sacrificio, donde se perpetúa la obra de nuestra reparación, y con qué afectos debemos allí asociarnos al Salvador para que su Sangre resulte provechosa para nosotros y para todos.—Cf. EMMERICH, *Vida de Nuestro Señor Jesucristo* t. 1, introd., § 4.

de la Eucaristía consiste precisamente en esta transmisión de la vida por la muerte, puesto que aquí la vida divina se nos comunica por el cuerpo adorable de Cristo, que recibimos en el estado de víctima».

Por aquí se ve cómo la Santísima Virgen no puede ser ajena a este aumento de vida que por la Eucaristía recibimos, habiendo sido ella quien nos dió, en el doble misterio del pesebre y de la cruz, el cuerpo y sangre de Jesucristo. «¿Acaso no tenemos de ella estos maravillosos instrumentos de la vida divina? La Eucaristía es, pues, su bien de naturaleza, sobre el cual esta incomparable Madre conserva todos sus derechos. Puede en cierto modo decirse que ella es quien nos da el divino alimento de nuestras almas. Allí está ella seguramente, en su condición de Madre, siempre pronta a comunicar la vida de la gracia a sus hijos de adopción. Y, cosa notable, por el hijo de sus entrañas alimenta a los adoptivos: tan cierto es que fué hecha Madre de Dios para serlo de los hombres. Recibiendo la comunión se nota, mejor que en todo lo demás, cuán estrechamente asociada está la Santísima Virgen a la gran obra de la vida sobrenatural» [93].

Nada extraño que, cuanto desdeñan a esta venturosa Señora los herejes que rechazan el dogma de la Eucaristía, la amen y reverencien como a tiernísima Madre todas las almas cuyas delicias están en la comunión; el amor al Santísimo Sacramento corre parejas con el de la purísima Virgen; cuantos se distinguen en uno de estos amores, sobresalen también en el otro. Si los más señalados favores de la vida mística suelen recibirse durante la comunión, en casi todos ellos interviene la Virgen, a quien, como a Madre piadosísima, acuden los verdaderos místicos en todas sus necesidades, dificultades y obscuridades. Aunque para esto no tuviera ella los honrosos títulos que la Iglesia le da, de «asiento de la Sabiduría» y «Madre de la gracia y de la misericordia», bastaba el que le dan los evangelistas, de *Madre del Señor*, o *Madre* por excelencia, y bastaba el que le dan los corazones iluminados, llamándola *Madre del amor hermoso... y de la santa esperanza.*

Como obra maestra de la caridad del Salvador, el principal fruto que en las almas bien dispuestas produce la Eucaristía es un gran aumento de caridad, no sólo habitual, sino también *actual*, y esta caridad actual es la que a su vez produce la

[93] BELLAMY, l. c., p. 270-1.

íntima unión y transformación y los consiguientes frutos secundarios.

Estos son la remisión del pecado venial, y a veces—*per accidens*—del mortal, la corrección de faltas e imperfecciones, la remisión de la pena temporal, el fervor, gozo y dulzura, pureza, moderación de la concupiscencia, prontitud para el bien, incendio en santos deseos, etc., todo lo cual es efecto de la excitación de la caridad. Por lo mismo, nos importa mucho disponernos para recibir este adorable sacramento con todo el amor y candor que podamos, a fin de no impedir, sino más bien fomentar la producción de tan ricos frutos [94]. Si éstos resultan escasos, es señal de que nuestras disposiciones son muy defectuosas [95].

El fruto producido en los cuerpos se puede notar bien en las vidas de los santos que más visiblemente han quedado configurados con Jesucristo, de cuya santísima carne dimana y redunda en nosotros una virtud que sana nuestras enfermedades y remedia nuestras flaquezas [96]. Si en los santos esa virtud se

---

[94] «Effectus Eucharistiae, dice el cardenal Bona (*Tr. Asceticus de Missa*, c. 6, § 7), sunt praeservare a peccatis, augere gratiam, terrenorum odium infundere, ad aeternorum amorem mentem elevare, illuminare intellectum, succendere affectum, conferre animae et corpori puritatem, conscientiae pacem et laetitiam, atque inseparabilem cum Deo unionem... Purganda est anima a delectationibus carnis et sensuum, a tepeditate, ab omni affectu ad creaturas, ut possit Divinum Sacramentum suos in ea effectus operari.»

«Auméntense las fuerzas de mi alma con la dulzura de vuestra presencia... ¡Oh fuego que siempre luce y amor que siempre arde, dulce y buen Jesús!... Santificadme para que os reciba dignamente; vaciad toda la malicia de mi corazón y llenadlo de gracia..., para que coma yo el manjar de vuestra carne para salud de mi alma, de modo que, alimentándome de Vos, viva de Vos, camine por Vos, llegue a unirme con Vos y en Vos descanse» (San Agustín, *Manual* c. 11).

[95] «Si post communionem, dice San Buenaventura (*De praepar. ad Missam*), refectionem aliquam spiritualem non sentias, non leve indicium est spiritualis aegritudinis vel mortis. Ignem posuisti in ligno, et non calescit? Me habens ore, non sentis dulcedinem? Depravatae valetudinis certissimum esse signum non dubites.»

[96] A veces, después de recibir la Eucaristía, dice el P. Surin (*Catech. spir.* p. 7.ª, c. 8), «el alma siente a Jesucristo que está como difundido en ella, comunicándole su propia vida para que pueda obrar en todo por El... Siente esta comunicación de vida en su hablar, obrar, orar y en todo, pareciéndole que aun en las mismas acciones naturales está animada y apoyada por El». De Santa Catalina de Siena escribe el B. Raimundo (*Vida* 2.ª p., 1), que «sentía de una manera extraordinaria el deseo de la sagrada comunión, no sólo para unir su alma a su Esposo, sino también para unir su cuerpo al divino...; el cual alimenta el de quien lo recibe».

traduce tantas veces en ciertos resplandores divinos y celestiales aromas, etc., en los demás el efecto ordinario es refrenar la concupiscencia, ya por el aumento de caridad, que regula toda la vida, ya porque nos da fuerza para vencerla, haciéndonos respirar un ambiente del cielo que la amortigua»[97]. «¿Quién será capaz de resistir a este monstruo?, dice San Bernardo [98]. Confiad, pues tenéis el socorro de la gracia. Y para darnos mayor seguridad, ha puesto Dios a nuestra disposición el sacramento del cuerpo y sangre del Señor, que produce en nosotros dos efectos admirables: en los ataques menores disminuye el sentimiento y en los mayores quita del todo el consentimiento». «La Eulogía sagrada que debe librarnos de la muerte, decía San Cirilo [99], es también un remedio eficaz contra nuestras enfermedades. Estando en nosotros Jesucristo, calma en nuestros miembros la ley de la carne, mortifica las pasiones turbulentas, vivifica nuestro amor a Dios, y cura todos nuestros males». Por eso es con tanta razón llamada la Eucaristía «medicina de nuestras llagas» y *vino que cría vírgenes* (Zach. 9, 17).

Y purificando, rectificando y sanando nuestra carne, es en ella preservativo de la corrupción y germen o prenda viva de resurrección [100]. La participación de este admirable sacramento comunica a los cuerpos humanos un esplendor divino que persistirá eternamente y dará una gloria singular a los justos que con más frecuencia le hayan recibido [101].

---

[97] «Las almas que dignamente os reciben, dice Santa Magdalena de Pazzis (1.ª p., c. 9), ven caer ante Vos, por efecto de vuestra presencia, todos los malos deseos y todos los desordenados hábitos de su vida pasada, y en lugar de tantos ídolos como antes adoraban con sus pecados, levantan otros tantos altares para adoraros en cada una de sus potencias».

[98] *Serm. de Coena Domini* n. 3.

[99] L. 4 *In Ioan.* 6, 57.

[100] «Alimentada del cuerpo y sangre del Señor, nuestra carne, dice San Ireneo, se hace incorruptible, participa de la vida y obtiene la esperanza de la resurrección».

[101] Una operación admirable de la Sabiduría es, añade Santa Magdalena de Pazzis (ib., c. 21), «la glorificación y exaltación de tantas almas transformadas en Dios por su íntima unión con el Verbo en el santísimo sacramento del altar..., tan frecuentado de los fieles de la primitiva Iglesia. Por esta unión quería el Salvador deificar en cierto modo la carne del hombre en la persona de tantos cristianos como habían de recibir dignamente su sagrada carne, y quería también comunicar a las almas su gracia y a los cuerpos resucitados una virtud que debía hacerlos participar de la claridad del suyo glorioso. Pues—sabedlo bien—los que frecuente y dignamente hubieren recibido este divino alimento gozarán en su carne resucitada de una gloria accidental ma-

Por eso debemos alentarnos a recibirlo diariamente y con el mayor fervor y pureza posibles, ya que el aumento de salud y fuerzas, de caridad, gracias y frutos de vida es proporcional a las disposiciones y frecuencia con que se recibe. De este modo lograremos vivir de veras en Cristo, comprenderemos lo que vale estar bien incorporados a Él y nos encenderemos en vivos deseos de llegar cuanto antes a una unión y posesión plenísimas [102]. «Los fieles, dice San Agustín [103], conocen el cuerpo de Cristo, si no se descuidan de pertenecer a él. Vengan a ser el cuerpo de Cristo, si quieren vivir del Espíritu de Cristo; porque nadie vive de su Espíritu, si no forma parte de su cuerpo» [104]. «Quien quiera vivir, había dicho antes, tiene dón-

yor que la de los que no merecieron recibirlo con tanta frecuencia, aunque por lo demás sean iguales en méritos... ¡Quién hubiera podido imaginar una obra semejante, es decir, que Dios se haga creatura, y la creatura se haga Dios de esta manera inexplicable y por medio de esta doble comunicación!»

«Por este sacramento somos transformados en Dios, y nos juntamos con El en unión felicísima, de manera que todas sus cosas se hacen nuestras y su cuerpo y corazón uno con el nuestro. Quien con frecuencia lo recibe, tan íntimamente será unido con Dios, como una gota de agua echada en una tinaja de vino; de suerte que ninguna criatura podrá hallar distinción o distancia entre Dios y su alma... Si se hallasen dos igualmente santos en toda su vida, el uno de los cuales recibiese con más digna disposición este sacramento, por esta recepción más perfecta, como resplandeciente sol lucirá eternamente más que el otro y se juntará con Dios en unión más admirable» (V. JUAN TAULERO, *Divinas instituciones* c. 38).

[102] «¿Será posible, escribe el P. Massoulié (*Tr. amour de Dieu* 3.ª p., c. 7, § 3), que las delicias que un alma gusta en este sacramento, la preciosa prenda que recibe y esta posesión oculta y velada no le hagan suspirar por la posesión plena y manifiesta? La fe le hace considerar a Jesucristo, a través de las especies que lo ocultan, como la esposa de los Cantares (2, 9) consideraba a su divino Esposo *detrás de una pared*, donde se le ocultaba para no dejarse ver y desde donde la *miraba como a través de celosías*. Es un artificio de su amor, dice un Padre: hácese presente para dejarse poseer y se oculta para hacerse desear. Está presente para moderar los dolores de su ausencia y está como ausente para hacer desear su presencia: *Ut praesentia absentiae suae, et dolorem leniat, et amorem augeat.*»

[103] Tr. 36 *In Ioan.* n. 13.

[104] Puesto que *quien come de este Pan vivirá vida eterna*, «el que come de él muchas veces, advierte el P. Monsabré (l. c., pp. 272-9), mucho adelantará en la perfección. Porque el adelantamiento espiritual es el aumento de la vida divina y la perfección es la sobreabundancia de esta vida... Toda unión íntima con Jesucristo nos pone en relación con su Espíritu... Las grandes obras de la vida cristiana... ¿a quién se deben sino a esta respiración misteriosa de Jesucristo? Dondequiera que ella sea suspendida o debilitada, vemos que dichas obras desaparecen o decaen. Las sectas que han suprimido la Eucaristía, como carecen

de vivir y de qué vivir: acérquese, crea, sea incorporado, para quedar vivificado. No desdiga del conjunto de los miembros, no sea corrompido ni monstruoso, que merezca ser amputado o sirva de confusión a los demás: sea hermoso y bien adaptado, adhiérase al Cuerpo, y viva para Dios de Dios» [105].

Este sacramento de amor, centro de los corazones santos y foco de las bendiciones divinas, reclama todo nuestro amor, todo nuestro agradecimiento y nuestras continuas adoraciones y reparaciones [106]. Pero el amor de Jesús sacramentado debe ser como el que allí El mismo nos muestra: un amor no *beatífico*, sino *complaciente y abnegado o crucificado*; pues El está allí en forma de *víctima*, y no como triunfador glorioso. Así nos pide y nos causa un amor lleno de sacrificios, con que nos asociemos al suyo [107]. Y como este amor es meritorio en sumo grado, de ahí que en la Eucaristía se reúnan las dos más ricas

---

del principio activo de la vida espiritual, sólo tienen obras vulgares de beneficencia puramente natural, sin expansión, y condenadas a la esterilidad». Y no basta recibir este divino alimento alguna que otra vez para poder conservar la vida y aumentarla. Como no se pueden pasar sin el alimento corporal, tampoco, por ley ordinaria, se puede pasar mucho tiempo sin el espiritual. Por algo debemos pedir a Dios este *Pan cuotidiano*. «¿Podrá llamarse así, dice San Agustín, si sólo se come una vez al año? Recíbelo todos los días, pues todos los días puede aprovecharte».

[105] Tr. 26.

[106] «¿Cómo estáis tan solo, Señor mío?», exclamaba una vez la V. Mariana de Jesús, al ir a adorarle. Y el Señor le respondió: *Estoyte aguardando*. Por eso la santa baronesa de Hoogvorst (después M. María de Jesús), al tener a veces que presenciar las cortesías y ceremonias que se hacen a los grandes de la tierra, no podía menos de lamentarse diciendo: *¡Y* EL *tan solo! ...¡Abandonado en el tabernáculo!*—Para remediar en lo posible este abandono en que los malos cristianos dejan al Rey del cielo y reparar las continuas ofensas que se le hacen, se vió inspirada a fundar el admirable Instituto de María Reparadora, encargado de hacer ante el sagrario el oficio de la Virgen al pie de la cruz: a fin de que siempre haya almas puras y abrasadas en caridad que, a manera de serafines, puedan hacer la corte a Nuestro Señor. Ese Instituto, decía ella, «se propone reparar en cuanto pueda las ofensas hechas a la Divina Majestad y remediar los males causados al hombre por el pecado. En lo cual intenta seguir las huellas de la Santísima Virgen, corredentora del género humano por Jesucristo».

[107] Con mucha razón, advertía la mencionada V. M. María de Jesús, que «la buena Reparadora necesita un corazón que sea todo de Nuestro Señor; una generosidad tan grande y amorosa que no rehuse sacrificios ni sufrimientos; una humildad profundísima ante Dios y sus representantes; un abandono total en el divino beneplácito; una obediencia que la haga morir a sí misma para gozar de la verdadera libertad...; de modo que la dulzura y caridad de Jesús se hallen siempre en sus labios y en su corazón. Debe saber que la Reparadora

fuentes del *mérito*, las dos grandes causas del *crecimiento espiritual*, cuales son el alimento divino y el amor que se sacrifica por cumplir la voluntad de Dios.

Con estos dos medios principalmente, aunque apoyados en todos los demás, crece el Cuerpo místico de Jesucristo y se santifican y perfeccionan sus diversos miembros, desarrollando el germen de vida eterna que al ser incorporados reciben.

APÉNDICE

[1] *La comunión frecuente.*—«Ven a Mí, decía la *Eterna Sabiduría* al B. Susón (c. 26, 27), con el respeto y humildad que mi Divinidad merece; tenme en tu alma, sin perder nunca de vista mi presencia; mírame y trátame como a esposa querida de tu corazón. Que el hambre de este celestial alimento te haga recibirlo con frecuencia. Un alma que quiere darme la hospitalidad de una vida retirada y gozar de las efusiones de mi intimidad, debe estar pura y libre de toda preocupación estéril, muerta a sí misma y a todas las aficiones, hermoseada con las virtudes y adornada con las rosas encarnadas de la caridad, las fragantes violetas de una humildad profunda, y las blancas azucenas de una pureza inviolable... Cántame los cánticos de Sión para celebrar las maravillas de mi bondad en tan gran sacramento, y tus alabanzas sean arranques de amor; que por mi parte te pagaré fineza con fineza: te haré gozar de una verdadera paz, de una clara vista de Mí mismo, de una alegría sin mezcla, de una dulzura inefable, de un preludio de la eterna felicidad. Mas estas gracias se conceden tan sólo a mis amigos que en la embriaguez de estos secretos favores, exclaman: *Verdaderamente sois un Dios escondido* (Is. 45, 15). ¿Qué cosa mejor tengo que a Mí mismo? ¿Qué puede uno desear cuando está unido al objeto de su amor? ¿Y qué puede negar el que a sí mismo se da? En este sacramento me entrego a ti, y te quito de ti: Tú me encuentras, y te pierdes para quedar trocado en Mí mismo... Soy un bien tanto mayor cuanto más íntimo y oculto. Los seres crecen, y tú no ves su desarrollo hasta que está realizado. Mi virtud es secreta, mis gracias son insensibles: y se reciben mis dones espi-

---

es una víctima, y las víctimas no se reservan ni se economizan, sino que se sacrifican».

«La vida de la Iglesia, dice Hettinger (*Apolog.* conf. 32), es vida sacrificada, cuyo sacrificio se une con el de la Hostia sin mancilla La inmolación del verdadero cuerpo de Cristo exige también la de su cuerpo místico: el sacrificio real de la Cabeza sirve de norma y de modelo al místico sacrificio de sus miembros.»

«Eucharistia, advierte Santo Tomás (3.ª p., q. 73, a. 3 ad 3), est sacramentum passionis Christi, prout homo perficitur in unione ad Christum passum.» Véase supra, l. 1: *Evol. orgánica* p. 186.

rituales sin notarlos ni verlos. Soy un pan de vida para las almas bien dispuestas: un pan inútil para los negligentes, y para los indignos, una plaga temporal y una ruina eterna... Si sientes aumentar en ti la gracia y el deseo de este alimento divino, debes recibirlo con más frecuencia. Y si crees que nada adelantas recibiéndolo, y sientes sequedad, frialdad e indiferencia, no te turbes; sino prepárate lo mejor posible, y no dejes la comunión; porque cuanto más unido me estés, mejor te enmendarás. *Más vale comulgar por amor que abstenerse por temor*; y la salud del alma se asegura más en la simplicidad de la fe, las sequedades y penas interiores, que en las dulzuras y delicias espirituales».— «No te retires, dijo una vez el Señor a la V. Micaela Aguirre: que me impides mis deleites, y tengo pocos en quien descansar» [108].—Estando una vez para comulgar la V. Mariana de Jesús, y no atreviéndose en vista de su indignidad y bajeza, decía amorosamente [109]: «Señor mío, mucho más limpio y hermoso es ese sagrario en que estáis». Pero el Señor la respondió: *No me ama*. «De lo cual, añade ella, entendí cuánto más gusta de aposentarse en nuestras almas, que no en el oro ni en la plata, ni en piedras preciosas, que son criaturas muertas, y no capaces de su amor»

[2] *Maravillas de este sacramento.*—«Este es, dice el V. Granada [110], aquel altísimo sacramento en el cual es Dios recibido corporalmente, no para que El se mude en los hombres, sino para que los hombres se muden en El. Así como por virtud de las palabras de la consagración, lo que era pan se convierte en sustancia de Cristo, así por virtud de esta sagrada comunión, el que era hombre se viene, por una maravillosa manera, a transformar espiritualmente en Dios. ¡Oh maravilloso sacramento!... Tú eres vida de nuestras ánimas, medicina de nuestras llagas, consuelo de nuestros trabajos, memorial de Jesucristo, testimonio de su amor, manda preciosísima de su testamento, compañía en nuestra peregrinación, alegría de nuestro destierro, brasas para encender el fuego del amor divino, medio para recibir la gracia, prenda de la bienaventuranza y tesoro de la vida cristiana. Con este manjar es unida el ánima con su Esposo, con éste se alumbra el entendimiento, despiértase la memoria, enamórase la voluntad, deléitase el gusto interior, acreciéntase la devoción, derrítense las entrañas, ábrense las fuentes de las lágrimas, adormécense las pasiones, despiértanse los buenos deseos, fortalécese nuestra flaqueza y toma con él aliento para caminar hasta el monte de Dios».

[3] *Cómo es fuente de bendiciones.*—«Me hizo ver el Señor, escribía la V. M. Sacramento, fundadora de las Adoratrices [111], las grandes y especiales gracias que desde los sagrarios derrama sobre toda la tierra, y además sobre cada individuo según la disposición de cada

[108] Cf. *Vida*, por el V. Pozo, l. 3, c. 12.
[109] Cf. *Vida*, por Salvador, l. 2, c. 3.
[110] *Oración y Consider.* 1.ª p., c. 10, § 1.
[111] Cf. *Vida*, por el P. Cámara, l. 3, c. 26.

uno... Me hizo comprender de un modo admirable cómo participaba toda la tierra de esta influencia, y cómo se acerca más el que mejor se dispone para recibirla. Ví como una gradación la influencia de pueblos a pueblos y ciudades, hasta llegar a sus iglesias y a sus sagrarios; y hasta cuando le sacan para los enfermos va como derramando perlas preciosas de beneficios; y si se viera correría la gente por aspirar aquel ambiente... Sí, yo vi, sin que me quede duda, el torrente de gracias que el Señor derrama en el que le recibe con fe y amor como si derramaran piedras preciosas de todos colores de virtudes, según que cada uno las necesita, las quiere y las pide al Señor... De este modo se renovó el deseo de trabajar para las iglesias pobres, y tener alguna parte en ellas, para que esté el culto del Señor con más decencia y decoro».

«El Santísimo Sacramento es el complemento de la obra de la redención, de la obra del amor. Por su nacimiento, se hizo el Verbo de Dios nuestro compañero y nuestro guía; por su muerte, es la víctima expiatoria, sacrificada por nuestros pecados; y por su presencia sacramental, es nuestro consuelo, nuestro alimento, nuestras delicias, nuestro cielo en la tierra... No es solamente una gracia, sino el origen de las gracias, el camino de la gloria y la gloria misma... Junto a este manantial de santo amor crecen las azucenas de la virginidad que se unen exclusivamente y para siempre a Jesucristo. Allí se inspiran los corazones en el valor de hacerse pobres con Jesucristo; allí los hermanos aprenden a amarse como El les ama... Allí se curan todas las heridas y se maduran las grandes resoluciones; de allí parten todas las acciones de un heroísmo santo y vencedor del mundo; y el fiel jamás se aparta de allí sin haber oído una voz llena de misterio, sin ser enriquecido de una fuerza sobrenatural, sin llevar en su alma un deseo profundo de volver a visitar el lugar de su reposo» [112].

[4] *La herencia eterna y la virtud de la Sangre del Verbo.*—«La herencia de que pongo al alma en posesión por medio de mi Verbo encarnado y del Espíritu Santo, decía el Eterno Padre a Santa Magdalena de Pazzis [113], soy Yo mismo. Aquí encuentra el alma la confianza y la seguridad en este mundo, y la gloria y eternidad en el otro. La grandeza de esta herencia es tal, que sólo la Trinidad puede conocerla... Y esta herencia preciosa se adquiere por la virtud del Verbo encarnado y los méritos de su Sangre, derramada en la cruz... Ahora que está sentado a mi diestra, esa misma Sangre se derrama sobre vosotros por los canales de los sacramentos..., que os llevan la gracia que el Verbo os mereció. Esta infusión de la gracia produce en vosotros diferentes efectos: hace *germinar, alimenta, embriaga, transforma y glorifica.* Hace germinar en torno de una hermosa fuente olorosas azucenas, entre las cuales se esconde el mismo Verbo, *qui pascitur inter lilia.* Y allí inspira a sus esposas un ardiente amor y de-

[112] HETTINGER, *Apología del Cristianismo* conf. 32.
[113] 4.ª p., c. 19.

rrama continuamente en sus corazones la virtud de su Sangre, que las hace morir completamente a sí mismas; pues de tal modo se sumergen en esta Sangre preciosa, que ya no ven, ni conocen ni gustan más que sangre; sólo viven en Mí y para Mí, y en todas sus obras no buscan sino mi gloria y la salud de las almas; lo cual no puede venir sino de la caridad... La fuente junto a la cual crecen estas fragantes azucenas está compuesta de sangre y agua: de sangre, para embellecerlas; de agua, para purificarlas. Y esta mezcla de sangre y agua es lo que les da ese color suave que hacía decir al Apóstol: *Somos buen olor de Cristo*. La infusión de su Sangre que hace el Verbo en medio de estas azucenas, produce en el alma un dolor extremado, tanto por sus faltas pasadas como por la ausencia en que se ve de su Amor; y, sin embargo, en ese dolor encuentra inefables delicias. De ahí el arroyo de dulces lágrimas que se mezclan con esa sangre... Ahí se purifica el alma y se ve tal como es: ahí es a donde van a bañarse, como inocentes palomas, las almas puras, a fin de purificarse más; y con el uso continuo de ese baño adquieren la radiante pureza que tan amables las hace al Esposo, y esa caridad ardiente, cuyas llamas abrasan a las demás criaturas y las atraen a Mí; y por estas dos virtudes se me parecen principalmente, pues así como Yo lo contengo todo en Mí, así estas almas privilegiadas llevan en las entrañas de su caridad a todas las criaturas.

»Después de hacer *germinar* las azucenas de la pureza, la Sangre del Verbo *alimenta* al alma de la medula de su Divinidad, es decir, del conocimiento y amor de la Esencia divina que comunica al alma esos gustos deliciosos y la une a Mí de una manera tan inseparable, que puede decir con San Pablo: *¿Quién me separará de la caridad de Cristo?...* Luego viene la *transformación* del alma en el objeto amado y recíprocamente. Y esa transformación yo la obro. . Me transformé en vosotros en la Encarnación, cuando mi Verbo tomó por vuestro amor la forma de esclavo; y de ahí procede la transformación de vosotros en Mí. Esta se hace principalmente por la unión del alma con mi Verbo en el sacramento de la Eucaristía..., donde recibe una cualidad nueva y un ser divino que la hacen aparecer muy otra de la que era... Así como el hierro que sale de la fragua brilla, centellea y quema como fuego..., así sucede al alma en este horno de amor, al unirse a mi Verbo, que es fuego que abrasa, y vino al mundo a poner fuego en la tierra, deseando encender todos los corazones. En medio de este horno, que el soplo del Espíritu Santo hace cada vez más ardiente, se abrasa el alma de tal modo, que de humana que era viene a parecer del todo divina, del todo transformada en Mí y hecha por caridad una cosa conmigo. Vese más perfecta en sus obras, más elevada en sus conceptos, más ardiente en su amor, de suerte que basta mirarla para ver que me pertenece y reconocer en ella al autor de su transformación .. Transfórmese el alma en lo que quiera, que nunca recobrará la primitiva perfección de su ser, sino transformándose en Mí; pues solamente entonces viene a ser conforme a la idea que de ella me formé al crearla».

CAPITULO V

Resumen y conclusiones

§ 1.—Concepto de la vida de la gracia.—Elementos y condición: regeneración, renacimiento, filiación real, semejanza y participación de la naturaleza divina: sociedad y relaciones con las tres divinas Personas. El verdadero orden sobrenatural y la vida eterna: la unión cristiana de lo finito con el Infinito.

Resumiendo ahora toda la doctrina expuesta, veamos brevemente en qué consiste la vida sobrenatural, cuáles son sus elementos y condiciones, cuál su naturaleza íntima, cuáles sus propiedades y funciones características y cuál, por fin, su desarrollo hasta la última y plena manifestación en las almas.

La verdadera vida sobrenatural, como observa Broglie [1], supone la *adopción* divina, la *regeneración*, el nuevo *nacimiento* y la *formación* del *hombre nuevo* con la dignidad y el título de *hijo de Dios* y con derecho a la herencia eterna; a esto se añade la *habitación* de Dios en el corazón del hombre, la presencia íntima de las Personas divinas, la *sociedad* con el Padre y el Hijo y la *participación* de la *divina naturaleza*; y, por último, como término de este maravilloso estado progresivo, la visión y posesión de Dios y la transformación en El. «*Nacer* de nuevo es recibir una *segunda naturaleza*; ser *creados* en Jesucristo, cuando ya existimos, es recibir una *vida superior*, una *segunda vida*, sobrepuesta a la natural. Pero ¿de quién es hijo el hombre regenerado?, ¿de quién recibe el principio de la nueva existencia?» No de la carne y sangre, ni de voluntad humana, sino de Dios, que quiso «que nos llamásemos hijos suyos y que realmente lo *fuéramos*».

El término de *hijos de Dios*, correlativo de *regenerados*, expresa, como éste, una realidad, y no es una simple metáfora, ni significa una pura adopción. «La adopción terrestre no es más

[1] *Surnat.* 1, p. 12-24.

que una unión moral; confiere nuevos derechos, pero no cambia la naturaleza del adoptado ni le comunica nada de la del padre adoptivo. Mas la adopción divina no sólo implica el nombre, sino también la *realidad* de la filiación»: *ut filii Dei nominemur, et simus.* San Juan no se contenta con este término, ni con decir que hemos *nacido de Dios*: *Ex Deo nati,* sino que emplea otro aún más chocante y expresivo, cual es el de *semilla divina*: ὅτι σπέρμα (θεοῦ, ἐν αὐτῷ μένει: *semen ipsius* (*Dei*) *in eo manet* (1 Io. 3, 9). Lo mismo dice San Pedro (1 Ep. 1, 23): *Reengendrados,* no de semilla corruptible, sino de una incorruptible por la palabra de Dios: *Ex incorruptibili semine per verbum Dei vivi.* «Dios nos ha engendrado voluntariamente, afirma Santiago (1, 18), por la palabra de la verdad». Es un nacimiento nuevo mediante la infusión de una vida divina, que nos hace realmente hijos de Dios, si bien siempre adoptivos, porque una nueva vida está sobreañadida a la propia y natural».

Por naturaleza somos simples siervos, mas por gracia somos elevados a la dignidad de amigos de Dios, sabedores de sus íntimos secretos [2], y aun a la de verdaderos hijos [3], reengendrados de su Espíritu y con derecho a su eterna herencia [4], recibiendo como garantía de ella la *unción,* el *sello* y las *arras* del mismo Espíritu en nuestros corazones (2 Cor. 1, 21-22; Eph. 1, 13-14).

Y puesto que la idea de generación implica la de semejanza entre el padre y el hijo, de ahí que, como dice San Juan (1 Ep. 3, 2), cuando aparezca lo que somos en cuanto hijos de Dios, resultaremos semejantes a Él. Este es un nacimiento del todo espiritual, «una renovación que el Espíritu Santo produce en lo interior del alma; pero con todo es un nacimiento tan *real* como el de la entrada en este mundo». Y puesto que el Eterno Padre es el tipo de toda paternidad: *Ex quo omnis paternitas in caelis et in terra nominatur* (Eph. 3, 15), «el nuevo nacimiento de los hijos de Dios se aleja menos del tipo eterno que el primero o natural. Por eso el Espíritu Santo habla de ese nuevo nacimiento de los hijos de Dios con un lenguaje tan

[2] «Iam non dicam vos *servos*: quia servus nescit quid faciat Dominus eius. Vos autem dixi *amicos*: quia omnia quaecumque audivi a Patre meo, nota feci vobis» (Io. 15, 15).

[3] «La oposición entre la naturaleza y la gracia, dice Broglie (*Surnat.* 2, p. 50), es la oposición entre la creatura temblando ante su Señor absoluto y el hijo que se acerca familiarmente a su padre.»

[4] «Los que por naturaleza son criados, no pueden hacerse hijos de Dios sin recibir el Espíritu de aquel que es hijo de Dios por naturaleza», dice San Atanasio.

absoluto y tan sencillo; por eso dice siempre que los regenerados son verdadera y realmente hijos de Dios». Esta nueva vida de hijos de Dios, entraña «una relación íntima no sólo con su esencia única, sino con *cada una* de las tres divinas Personas; pues al alma justa vienen el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo» [5].

Por naturaleza, ninguna creatura puede llegar a conocer más que—hasta cierto punto, y sólo por *analogía*—la Unidad esencial de Dios, como autor soberano del universo, y por lo mismo Señor absoluto, que trasciende sobre toda la creación, y ante quien todos los hombres serían menos aún que vilísimos esclavos siempre temblorosos... Mas por su gracia y liberalidad infinita, hemos sido elevados nada menos que a la dignidad de hijos suyos, y así podemos tratarle con amor y confianza filiales como a Padre de las misericordias. Y hechos semejantes a El, por los méritos de su Unigénito, por la virtud de su Espíritu penetramos en los secretos de su vida íntima, siendo admitidos a formar sociedad con las tres adorables Personas que comunican en la Unidad de la divina Esencia, y contrayendo así esas inefables relaciones que con todas y con cada una de Ellas en particular nos ligan. Sólo por esta admirable gracia es como podemos llegar a conocer el augusto misterio de la Trinidad.

Y esto es precisamente lo que constituye el *orden sobrenatural*, la manifestación de la vida eterna: el entrar así en sociedad o relación familiar y amistosa con Dios, participando de la comunicación de su vida y de sus íntimos secretos. Ese orden no es, pues, el que nuestra razón pudiera de algún modo rastrear *por analogía* con el natural, ni es cierto orden *superior*, pero *naturalizado* a nuestro modo. Tampoco es simplemente «un orden que excede a todas las *exigencias naturales* de las creaturas existentes y posibles», como algunos, que creen profundizar más, lo definen. Un orden así aun está en cierta manera calcado sobre el natural, y podría ser un complemento gratuito de él, una *perfección sobreañadida,* sin *transubstanciarlo* ni menos *deificarlo*. El verdadero orden sobrenatural, el único que realmente existe en unión con el natural, es aún más que todo eso: no sólo excede a las exigencias naturales, sino que trasciende sobre todas las suposiciones y aspiraciones racionales: es un orden que nadie hubiera podido conocer por analogía, ni sospechar ni aun soñar siquiera, si el mismo Dios, a la vez que nos elevó a él, no se hubiera dignado manifestárnoslo. «Ni el ojo vió ni el oído oyó, ni pudo caber en corazón

[5] BROGLIE, *Surnat.* 1, pp. 21-32.

humano lo que Dios preparó para sus fieles amantes» (1 Cor. 2, 9; Is. 64, 4). Es el gran *misterio escondido*, que nadie podría adivinar si el mismo Espíritu de Dios no nos lo manifestara. No es algo de lo incognoscible, cuya *existencia* es reconocida por la misma razón natural. Es el secreto adorable de la bondad, sabiduría y magnificencia de Dios que, por una libre disposición de su voluntad santísima, determinó elevarnos a la increíble participación de su misma vida y de su infinita felicidad, rebajándose El y como *naturalizándose*, para encumbrarnos a nosotros, *sobrenaturalizarnos* y hacernos en cierto modo sus *iguales*, a fin de que podamos entrar en amistosa *sociedad* con El. Esta *familiaridad* con las divinas Personas es lo que constituye el fondo de la vida y del orden sobrenatural. Para eso se hizo Dios hombre, para hacer a los hombres dioses y tener con ellos sus delicias, asociándolos a su misma felicidad y gloria, y tratándoles no como a *siervos*—porque el siervo ignora los *secretos* de su señor—, sino como amigos que reciben sus confidencias íntimas, no como a simples *creaturas*, que sólo participan de las operaciones *ad extra*, sino como a verdaderos *hijos*, configurados a su Verbo, sellados de su mismo Espíritu, que entran en el gozo de su Señor a participar de las misteriosas influencias de cada una de las divinas Personas en las sobrerecónditas operaciones *ad intra*... Esta es la maravilla de las maravillas posibles. «Así amó Dios al mundo que le dió a su mismo Unigénito, para que cuantos creen de veras en El tengan *vida eterna*»; que es la vida íntima de la sacrosanta Trinidad en las inefables comunicaciones de las tres Personas. Pues todas tres, y cada una a su modo, contribuyen a la obra de nuestra deificación. Por eso siempre que se habla de *adopción, regeneración, santificación, habitación de Dios en el alma*, etc., se mencionan expresamente las Personas divinas. El Padre es quien nos adopta, el Hijo quien nos hace sus hermanos y coherederos, el Espíritu Santo quien nos consagra y nos hace templos vivos de Dios; y así viene a morar en nosotros en unión con el Padre y el Hijo. Suponer que ciertas creaturas privilegiadas sean llamadas por gracia a penetrar en los divinos arcanos, «a conocer el secreto divino, a conversar familiarmente con las divinas Personas, a estar en sociedad con el Padre y su Hijo Jesucristo, y con el Espíritu Santo, es, dice Broglie [6], ver ya los esplendores del orden sobrenatural. Entonces se comprenderá que estos seres privilegiados sean llamados *hijos de Dios* y que, iniciados en los secretos de su Padre, no merezcan ya el nom-

[6] *Surnat.* 2, p. 59.

bre de siervos, sino el de amigos», y que así hayan entrado a participar en la naturaleza divina [7]. Se comprenderá por qué promete San Juan a los fieles desde ahora esa «vida eterna que estaba desde el principio con el Padre y que se nos ha manifestado para que nuestra sociedad sea con El y con su Hijo»; esa vida soberana cuyo ejercicio consiste en «conocer al sólo Dios verdadero y a Jesucristo su enviado», y por qué, «*conociendo* y *amando* a Dios íntimamente, asociándose a estos dos actos infinitos y fecundos que producen las Personas divinas, queda el alma elevada sobre sí misma, unida a Dios y hecha Dios por gracia, según la expresión de los Padres».

Esta transición cristiana de la finito a lo infinito, no es, pues, como en los sistemas gnósticos, una caída o degeneración del Infinito, ni tampoco, como en el panteísmo moderno, una producción absurda de lo Infinito por lo finito; es una unión libre entre estos dos extremos, una elevación de la creatura que, sin perder su esencia ni su personalidad, se acerca al Creador y se une con El tan íntimamente, que viene a quedar deificada.

«Si Dios nos enseña, dice Bainvel [8], que viene en nuestra

[7] «Unigenitus siquidem Dei Filius, suae Divinitatis volens nos esse participes, nostram naturam assumpsit: *ut homines deos faceret, factus homo*» (S. Th., *Opusc.* 57). De este hermoso texto, que la Iglesia hace suyo (*Offic. Corporis Christi*), parece deducirse claramente que la *deificación de la criatura*, aunque no hubiera pecados que reparar, exige a toda costa la Encarnación del Verbo para que sirva de base al orden sobrenatural, como *Primogénito* de todos los hijos de Dios, en quien y por quien todos ellos, sean hombres o ángeles, se han *constituído* en esa dignidad divina y reciben la gracia, la verdad y la gloria, pues todos han tenido que ser *creados en Cristo*, que *es ante todos* y de *quien todos dependen*, como de verdadera cabeza y principio de toda la Iglesia, *para que en todo tenga El la primacía*. Pues en El habita la plenitud de la Divinidad y sólo de El y por El puede redundar a los otros (Col. 1, 15-19; Io. 1, 16-17). Así es como *todas* las *bendiciones espirituales* nos vienen de El y por El, en quien hemos sido *elegidos antes de la constitución del mundo*—y por lo mismo, antes de la caída—para ser santos en la Caridad, estando *predestinados a la adopción por Jesucristo*, y a ser *conformes a su divina imagen*, mediante la gracia con que hemos sido gratificados en El, a fin de que El mismo sea primogénito entre muchos hermanos (Eph. 1, 3-6; Rom. 8, 29). Así se cumple lo que dice el mismo Santo Tomás (*in Ioan.* 1, 16), que todas las gracias con que fueron enriquecidos los ángeles se derivan, lo mismo que las de los hombres, del Verbo humanado, que es su común Cabeza: «Plenitudo gratiae, quae est in Christo, est causa *omnium gratiarum*, quae sunt in *omnibus* intellectualibus creaturis» Y así todos tuvieron que creer *siempre* en el misterio de la Encarnación, como única vía de salud, mientras que, en el de la Pasión, sólo después del pecado (ib., 2-2, q. 2, a. 7).

[8] P. 80-83.

ayuda con su gracia para hacernos capaces de producir desde aquí actos sobrenaturales y divinos, que pone en nuestra naturaleza algo que la transforma en imagen suya y la *diviniza*, comprenderemos que esta transformación no cambia nuestra naturaleza, y que esta maravillosa comunicación de Dios a nuestra alma no es la imposible y absurda fusión de la naturaleza divina con la humana... De lo que es esta participación no tenemos experiencia en los estados ordinarios, y los místicos, que parecen tenerla de algún modo, no pueden describirla sino con analogías y comparaciones que tienen por muy imperfectas. Estas son las ya empleadas por los Padres, del hierro convertido de algún modo en fuego, sin dejar de ser hierro; del cristal penetrado por los rayos del sol y hecho luminoso y parecido a un sol. Pero nada hay que dé tan alta idea de esta maravillosa elevación como la que se desprende de los mismos textos de la Escritura. Hijos adoptivos de Dios, pero con una adopción que alcanza hasta el *fondo* de la *naturaleza, para transformarla*, de suerte que tenemos en nosotros como un *germen divino*, y que somos hijos de Dios no sólo de nombre, sino en realidad; participantes de la divina naturaleza hasta el punto de ser capaces de *operaciones divinas*, las cuales, a su vez, van completando nuestra semejanza con Dios hasta que llegue la transformación final, en que le seremos del todo semejantes, pues lo veremos tal como es; hermanos, en fin, y coherederos de Nuestro Señor Jesucristo, ¿qué más se puede pedir y cómo expresar mejor estas divinas realidades que con la palabra *deificación?* Esta no quita nada de la distinción de naturalezas, ni de la infinita distancia que separa al Creador de las creaturas... En qué consiste, lo veremos cuando veamos a Dios cara a cara. Entre tanto, hay que contentarse con saber que así es, y procurando formarnos de ella alguna idea, agrupando los datos de la Revelación, aclarándonos con las aanlogías de la fe, y en particular con la de la unión de la naturaleza divina y la humana en la persona de Jesucristo, y valiéndonos de las comparaciones que nos ofrecen los santos, nos diremos que la realidad es aún infinitamente más bella y más sublime de lo que podemos concebir».

Por cso la tradición patrística, lejos de atenuar las sublimes palabras de la Escritura, aun las acentúa más, puesto que al interpretarlas las traduce por *divinización* (θεωισς), *deificación* (θοεποιήσις), *unidad con Dios* (ἕνωσις πρός θεον), llegando a decir que el hombre se hace *dios por gracia*: θ[illegible]χὰ [illegible]άκ [illegible]

§ II.—Esencia, funciones y desarrollo de la vida sobrenatural.—La deificación y el conocimiento y amor sobrenatural; la ciencia divina experimental.—La gloria de los hijos de Dios y su manifestación progresiva: la unión y la iluminación.—Las fases de la vida mística.

Nuestra elevación al orden sobrenatural nos permite conocer al Eterno Padre, al solo Dios verdadero, junto con el Verbo enviado para nuestra salud y el Espíritu santificador, y conociéndoles, entrar en su sociedad, pasar de la triste condición de siervos a la de verdaderos amigos, y lo que es más, a la de huéspedes, hijos, hermanos, madres, esposas y vivos miembros, y participar así no sólo de los bienes, sino también de la íntima vida, felicidad y operaciones de Dios, siendo semejantes a El y conociéndole, amándole y confiando en El—como familiares suyos—con la luz, caridad y piadosa seguridad que, como a tales, nos infunde.

Así, pues, la *esencia* de la vida sobrenatural consiste en la *deificación*, en ser ya de algún modo semejantes a Dios e ir siéndolo cada vez más, como verdaderos hijos suyos, según van estrechándose los lazos de esta filiación divina. Al recibir del Verbo encarnado la potestad de hacernos hijos de Dios empieza a desarrollarse en nosotros el precioso germen de la *vida sobrenatural.*

Las *funciones* y *operaciones* esenciales o características de esta vida son un conocimiento y un amor *divinos*, como causados en nosotros por el Espíritu que penetra en los insondables misterios de la Divinidad, cuya caridad derrama en nuestros corazones para que amemos a Dios con el mismo amor con que Jesús nos amó y con que se aman recíprocamente las divinas Personas. Ese amor ha de ser filial para con el Padre; fraternal, esponsal y aun como fisiológico-vital para con el Hijo, nuestro mayorazgo, Esposo de nuestras almas y Cabeza del Cuerpo místico de la Iglesia, y, por fin, familiar, de amistad entrañable, y, por decirlo así, experimental y *vital* (como lleno de sentimiento y de vida y de íntimos afectos) para con el Espíritu Santo, nuestro Huésped, Ayo, Maestro, Director, Motor, Gobernador, Consolador, Santificador y Vivificador.

El conocimiento con que ha de ir acompañado ese amor no es abstracto, sino concreto y cada vez más *experimental*, como de un hecho admirable e incomprensible, pero, así y todo, *vivido* y experimentado; pues para eso tenemos la *vida*, el *sentido* y la

luz de Cristo, que nos descubre los secretos del Padre, comunicándonos cse Espíritu de Amor que todo lo escudriña, hasta los más recónditos misterios (1 Cor. 2, 10-16). «A Dios nadie lo vió jamás, sino el Hijo y quienes del Hijo reciban esa manifestación» (Io. 1, 8; Mt. 11, 27). Y «quien tiene y conoce al Hijo, también tiene y conoce al Padre (Io. 14, 6-10; 1 Ep. 2, 23; 5, 12-20).

Así, la luz de la fe se completa con la de los dones del Espíritu Santo, y cuando la vida llegue a su plena expansión y manifestación, aquélla se trocará por el *Lumen gloriae,* con el cual, mostrándose lo que somos, aparecemos del todo semejantes a Dios, y así podremos verle tal como es. Ahora con la fe lo vemos todavía entre tinieblas, obscuridades y cnigmas y como de lejos: lo cual nos hace suspirar por El y buscarle con la santa esperanza. *Vemos* y aun *sentimos* en cierto modo con el *sentido de Cristo* (1 Io. 5, 20; 1 Cor. 2, 16) estas sublimes realidades de que vivimos, y por esto no nos causan ninguna extrañeza ni constituyen esa «heteromanía» que tanto asusta a los incrédulos; antes nos parecen llenas de harmonía y como la cosa más natural y más fácil de admitir; conforme nos lo parecen, y en realidad lo son, todos los hechos vitales. Pero, así y todo, en un principio las vivimos y sentimos *inconscientemente,* sin darnos apenas cuenta ni razón de ellas, y aun sin *advertir* que así las vemos y sentimos *sobrenaturalmente,* puesto que la fe obra de un *modo connatural,* o sea *humano.*

Mas cuando con el fiel ejercicio de las virtudes sc llega a poseer en alto grado los sublimes dones de *sabiduría* y *entendimiento,* con los cuales *advertidamente* se obra *supra modum humanum* [9], entonces las almas privilegiadas *gustan* ya y *experimentan* esas verdades *como del todo divinas,* teniendo así no sólo el *sentido,* sino también a veces la clara *conciencia* de que están *sintiendo* y disfrutando esa portcntosa vida que Dios, siendo vida de las almas, lcs comunica, y los amorosos y delicadísimos toques del Consolador que en ellos mora. Porque aquí empieza a cumplirse puntualmente que *el mismo Espíritu da testimonio a nuestra conciencia de que somos hijos de Dios* (Rom. 8, 16). Así es como este *conocimiento* divino *experimental,* que constituye los *estados místicos,* viene a ser un intermedio entre el de la simple fe viva y el del verdadero *Lumen gloriae,* pues con él empieza ya a manifcstarse la oculta gloria de los hijos de Dios. Y este conocimiento *sabroso* va aumentando

[9] D. Th., *In III Sent.* d. 34, q. 1, a. 1; d. 35, q. 2, a. 3.

continuamente a medida que se completa la penosa *purgación del alma* y se va avanzando por las gloriosas vías de la *iluminación* y la *unión.*

En los últimos grados de ese maravilloso progreso, que lleva a la *deificación*—o sea a «la más perfecta posible asimilación, unión y transformación en Dios»—ya parecen gustarse como unos preludios de la gloria eterna, o como una verdadera gloria anticipada, y según se van descorriendo los sagrados velos y manifestándose los augustos misterios del reino de Dios, la luz con que los ven más parece ya la misma del cielo, que no la de la fe ordinaria.

Por eso los místicos nos ofrecen unas ideas tan sublimes, tan deslumbradoras, a la vez que tan exactas, de esa portentosa vida de Dios en las almas justas, de esos inefables misterios del Reino que se obran dentro de ellos mismos, y de todo ese maravillosísimo proceso de la *deificación,* ideas con que muchas personas sencillas, y al parecer ignorantes, dejan asombrados y confusos a los más eminentes teólogos especulativos, y con que se aclaran, se completan, se precisan y se avivan y aquilatan, en contacto con la viva realidad, las frías especulaciones de una teología abstracta. Nada extraño que estos altísimos conocimientos los tengan principalmente muchas almas que aparentan ser rudas e incultas; porque estos augustos misterios del Reino los esconde Dios a los sabios que presumen de su ciencia y su prudencia, y los revela únicamente a los pequeñuelos, humildes, sencillos y limpios de corazón. Nada extraño, pues, que estas felices almas, aunque carezcan de toda instrucción humana, hablen de Dios y de sus más profundos misterios con una seguridad y una precisión y exactitud asombrosas: puesto que, según la expresión de Santa Teresa, hablan de ello no como de oídas—es decir, no como de cosa estudiada o leída—, sino como de un hecho visto, sentido y palpado en su realidad portentosa. Por eso su testimonio, como fundado en la propia experiencia íntima, nos es tan útil para estimar y dar a conocer del mejor modo posible la naturaleza inefable de la vida sobrenatural y el misterioso proceso de su evolución y expansión [10].

[10] Esta *unidad de la vida sobrenatural,* y sobre todo esta *identidad de la vida mística con la de la gracia,* no ha dejado de influir en la formación de la idea de lo sobrenatural. Los místicos, en efecto, tienen cierta *experiencia* de las mismas realidades sobrenaturales que están en nosotros por la gracia, del amor inefable de las tres divinas Personas y de su presencia especial en el alma del justo; y precisamente en esta *experiencia de lo sobrenatural* es en lo que parecen consistir los *estados místicos.* De ahí proviene que, para describir estas cosas, ha-

«Lo sobrenatural, dircmos, pues, con Broglie [11], es una elevación gratuita de la creatura por encima de su propia naturaleza, en virtud de la cual participa de la vida íntima de Dios, se le hace semejante entre la sociedad de las tres Personas de la Santísima Trinidad y es llamada a gozar de la visión intuitiva de Dios y de su felicidad misma».

Crecemos en esa vida divina, cumpliendo la voluntad dcl Padre cclestial, ejercitando fielmcnte las virtudes infusas y los dones y carismas del Espíritu Santo, y recibiendo los vitales influjos del Salvador por medio de sus sacramentos.

Tal es la esencia y tales las funciones de la vida sobrenatural; vida divina, vida eterna y reino de Dios en las almas. El modo como se desarrolla hasta llegar a su plena expansión y a su manifestación gloriosa, es en un principio algo sombrío, triste y en extremo doloroso, hasta que el alma vaya *desnudándose del hombre viejo* y *revistiéndose del nuevo, creado, según Dios, en santidad y justicia verdaderas*. Pero luego que ha probado esta *agua viva*, mientras más la bebe más sed tiene de ella, y ve que «con ella le vienen todos los bienes y una indecible honestidad», que «quien la halla, halla la vida y bebe la salud del Señor, y los que la aborrecen aman la muerte» y a sí mismos se aborrecen. Con ella ve en sí misma que tiene una fuente de vida eterna, y que empieza a vivir una vida desconocida de los mundanos, y se le abren horizontes infinitos donde todo es luz y fragancia celestial y donde se disfrutan ya las delicias de la gloria de Dios.

«Sabido es, dice Méric [12], con qué arte prepara el Espíritu Santo y moldea y transfigura a estos predestinados. La primera hora es triste y sangrienta. Que vivan en el claustro, como Santa Teresa, o en el mundo, como Santa Rosa de Lima, deben pasar invariablemente por las mismas crisis desesperadas y gloriosas de la *vida purgativa*, y aun hoy, a través de los siglos, oímos

---

llen expresiones, si no más exactas, más *vivientes* y más concretas que las fórmulas teológicas: encuentran analogías e imágenes que, aunque imperfectas, son las más aptas y las que mejor suplen a la experiencia misma. Esto es un gran recurso para la teología; pues de este modo el teólogo se pone en contacto con la *realidad*. Tal palabra de San Bernardo o de un monje desconocido sobre el *silencio* del alma en presencia de Dios, sobre el *toque divino* en lo más íntimo del ser, sobre el misterioso paso de Dios, como un relámpago en la noche profunda, hace entrever más que las fórmulas abstractas y sirve singularmente para vivificarlas» (BAINVEL, *Naturel et Surnaturel* p. 77).

[11] 2, p. 62.

[12] *Manuel de Thèol. Myst.* de LEJEYNE, p. 6-8.

resonar el eco de sus infinitos sollozos. Serán oprimidos, atormentados con tentaciones, temores, desesperaciones y abandonos terribles de Aquel que les niega aún las manifestaciones de sus divinas ternuras; sentirán los castigos que crucifican el cuerpo y las angustias que ahogan el alma. Desde lo alto de la cruz enrojecida con su sangre, implorarán piedad, pedirán la gota de agua que apague su sed devoradora en la hora cruel en que se creen abandonados de Dios y de los hombres: *Sitio!* Y en este martirio es donde saldrá a la luz el *hombre nuevo.*

«Y en verdad es una *nueva criatura* la que acaba de nacer. En adelante, dueña de sí misma, inquebrantable en sus propósitos, muerta a las concupiscencias del mundo, ha pasado ya el terrible desfiladero de la vida *purgativa*, y se prepara a saborear los goces de la *iluminativa* y de la *unitiva* que le sirve de coronamiento. Estos goces serán interrumpidos aún por los sufrimientos que conservan y completan la semejanza del alma con Jesucristo; la *nueva criatura* jamás perderá el amor a las expiaciones voluntarias y a las inmolaciones sangrientas. Mas en medio de esos padecimientos ardientemente deseados, el alma que ve ya claramente a dónde la quiere llevar Dios, siente unos gozos tan profundos como indecibles: su vista abarca el inmenso horizonte de las realidades que no pasan, y queda fortalecida y ensanchada con los esplendores celestes. Esta alma, así unida a Dios por la gracia, oye su voz, percibe su imagen viviente y conmovedora; participa en cierto modo de su vida, por una maravillosa familiaridad: *familiaritas stupenda nimis*; desconcierta a los místicos que quieren explicar este divino comercio con palabras humanas; eleva la humanidad a incomparables alturas; en torno suyo brillan los continuos prodigios que obra, y así nos muestra cómo, por encima de las leyes conocidas que presiden a la harmonía de las cosas terrestres, hay otras leyes aún desconocidas que presiden a la harmonía de las cosas divinas: estas leyes son la expresión singular de la sabiduría y de la ternura de Dios».

Como el proceso de esta renovación espiritual es tan admirable y tan digno de ser conocido de todos los fieles, y en particular de los directores de almas, nos es menester examinarlo ahora aparte y detalladamente. Para esto debemos atenernos a lo que nos enseñan las almas experimentadas que se remontan a las grandes alturas de la vida mística. Esas almas, dice el padre Monsabré [13], pueden de algún modo «contarnos lo que ven,

[13] *Orac.* c. 5, § 3.

lo que sienten y lo que gustan. Preguntémoslas, leamos sus escritos, y nos dirán cómo se ha rasgado el velo de la naturaleza para dejarlas ver las misteriosas perfecciones de la Divinidad...; cómo han llegado a la ciencia de la verdad santa...; cómo se han inflamado sus corazones en el amor divino...; cómo, sacándolas de la servidumbre de todas las sensaciones, las ha tomado Dios en sus brazos, para hacerles gustar las dulzuras de una unión que no tiene nombre en lengua humana».

SEGUNDA PARTE

Evolución mística individual

CAPITULO I

Proceso general de la renovación y deificación

§ I.—La renovación y mortificación.—Purificación progresiva.

Acabamos de ver en qué consiste la divina vida de la gracia que del cielo nos trajo Nuestro Señor Jesucristo, cuáles son sus nobilísimas operaciones y cuáles los medios de fomentarla en cada uno de los miembros del Salvador y en todo el místico cuerpo de su santa Iglesia. Ahora vamos a estudiar en lo posible la maravillosa historia de la *deificación individual,* o sea el proceso del desarrollo del divino germen de la gracia en cada corazón cristiano, para que, conociéndolo en toda su amplitud, podamos fomentarlo convenientemente, secundándolo con todas nuestras fuerzas, quitando a tiempo los obstáculos que lo impiden o dificultan, y velando para que, en los muchos períodos críticos, no vengan a malograrse por nuestro descuido o desfallecimiento. Así, creciendo siempre en caridad y gracia, podremos contribuir muy eficazmente a la edificación de todo el cuerpo místico.

Conocido ya el *Don de Dios*, nos toca desearlo con toda el alma, y pedir incesantemente que se nos dé a beber la misteriosa *agua viva* [1], que riegue y fecundice el jardín de nuestros

[1] «Si scires donum Dei... forsitan petisses ab eo, et dedisset tibi aquam vivam» (Io. 4, 10). «¿Para qué pensáis, hijas mías, escribe Santa Teresa (*Camino* c. 19), que he pretendido declarar el fin y mostrar el premio de la batalla, con deciros el bien que trae consigo llegar a beber desta *agua viva?* Para que no os congojéis del trabajo y contradicción que hay en el camino... Mirad que convida el Señor a *todos*... los que

corazones [2]; hallado el místico tesoro escondido, debemos disponernos para trocar por él todos los bienes del mundo (Mt. 13, 44-46), y enriquecidos con los divinos talentos es nuestro deber cultivarlos, emplearlos bien y negociar con ellos para acrecentarlos en servicio de Nuestro Señor y provecho de nuestras almas (Mt. 25, 14-30) [3]. Por eso hemos de pedirle que nos dé acierto en todo y nos llene de su Espíritu de sabiduría con que podamos apreciar dignamente sus dones [4]. Y para emplearlos bien, mucho nos importa saber en qué consiste la «buena negociación» que El nos pide, y velar para que «de noche no se apague nuestra lámpara» (Prov. 31, 18).

Necesitamos, pues, estudiar el orden que suele seguir el desarrollo del preciosísimo germen de la gracia divina y ver qué cuidados exige en cada caso particular, y cómo se le prepara y cultiva el campo de nuestro corazón, donde está sembrado, arrancando de él toda mala yerba para que no sofoque a la buena, y disponiéndolo de modo que ésta crezca con prosperidad.

Todo el proceso de la vida sobrenatural consiste en *despojarnos del hombre viejo, con todos sus actos, y vestirnos del*

---

no se quedaren en el camino, no les faltará esta *agua viva.*» «A nadie quitó—prosigue (c. 20)—que *procurase* venir a esta fuente de vida a beber. ¡Bendito sea siempre, y con cuánta razón me lo hubiera quitado a mí! Y pues no me mandó lo dejase..., a buen seguro que *no lo quita a nadie*, antes públicamente nos llama a voces; mas como es tan bueno no nos fuerza, antes da muchas maneras de beber a los que le quieren seguir, para que ninguno vaya desconsolado... Desta fuente caudalosa salen arroyos... y charquitos para niños, que aquéllos los basta, y más sería espantarlos... Estos son los que están en los principios.»

«A los que *quieren ir hasta el fin*, que es llegar a beber esta agua, añade (c. 21), digo que importa mucho y el todo una *grande determinación de no parar hasta llegar a ella*, venga lo que viniere... Si no nos dejamos vencer, saldremos con la empresa... Por poca ganancia que saquen saldrán muy ricos. No hayáis miedos que os deje morir de sed el Señor, que nos llama a que bebamos desta fuente.»

[2] «Dixi: Rigabo hortum meum plantationum, et inebriabo prati mei fructum. Et ecce factus est mihi trames abundans, et fluvius meus appropinquavit ad mare» (*Eccli.* 24, 41-42).

[3] «De aquí nace, decía la Virgen a la V. Agreda (*Míst. Ciud.* 1.ª p., l. 1, c. 20), la solicitud y cuidado de no perder lo que se tiene de gracia, antes obrar con diligencia por conservarlo, y aumentar el talento, pues se conoce ser éste sólo el medio para no perder lo que tenemos en depósito, y que se da a la criatura para que devuelva el retorno y trabaje en la gloria de su Hacedor».

[4] «Optavi, et datus est mihi sensus; et invocavi, et venit in me Spiritus sapientiae; et praeposui illam regnis et sedibus, et divitias nihil esse duxi in comparatione illius... Infinitus enim thesaurus est hominibus» (Sap. 7, 7-14).

nuevo (Col. 3, 9-10). Ese *hombre viejo,* en sí mismo, es Adán caído y degenerado, y el *nuevo* es Jesucristo, Hijo de Dios y nuestro Salvador, *Varón perfecto,* principio de nuestra vida sobrenatural y restaurador de la humanidad (Rom. 5, 12; 6, 6-12; 1 Cor. 15, 45-49; Eph. 4, 23-24). En nosotros el *hombre viejo* es la naturaleza viciada con el pecado de Adán y con los innumerables defectos que se le han acumulado, dejándola tan torcida, tan propensa al mal, tan avasallada de perversas inclinaciones, que se siente incapacitada para cumplir la misma ley natural; el *nuevo* es la naturaleza regenerada, rectificada, realzada y reanimada por el Espíritu de Jesucristo. Todo nuestro progreso espiritual consiste en procurar la más perfecta *pureza de corazón* y la más completa sumisión y *docilidad a las mociones* e *insinuaciones del Espíritu Santo,* que nos sugiere e inspira los sentimientos de nuestro Salvador, y nos va imprimiendo su divina imagen, y de este modo, si no le resistimos con nuestra indocilidad, ni ahogamos e impedimos su acción con la impureza de nuestros mundanos deseos, renovará la faz de nuestra tierra y nos irá transformando de claridad en claridad. El ideal del cristiano es, pues, desprenderse de sí mismo para reproducir la viva imagen del *hombre nuevo,* portándose en todo como verdadero hijo de Dios, viviendo y obrando según su Espíritu y siguiendo sin la menor resistencia su moción y dirección; pues en tanto mostrará ser fiel hijo de Dios, en cuanto proceda animado de su Espíritu (Rom. 8, 14) [1].

Mas para llegar a esta verdadera y gloriosa libertad de los hijos de Dios, hay que romper las pesadas cadenas de las malas inclinaciones que nos esclavizan, desarraigar todos los vicios y hábitos pecaminosos, domar y refrenar por completo las pasiones rebeldes o desordenadas, velar sobre los más ocultos movimientos y sentimientos de nuestros corazones y enderezar todo lo torcido, resistir a todas las sugestiones del mal y ahogar todas las concupiscencias del amor propio, de modo que ya no tengamos otro querer ni otros intereses que los de Jesucristo [5].

[5] «Un hombre bien resignado, dice el B. Susón (*Unión* c. 2), debe desechar las frivolidades y las imágenes de las criaturas y tratar de imprimir a Jesucristo en su corazón y transformarse en su Divinidad. Quien está muerto a sí mismo y vive la vida de Jesucristo, todo lo toma bien, y quiere que cada cosa siga en su respectivo orden. Quien está recogido en sí mismo, fácilmente nota sus defectos a la luz de la Verdad. Conoce el amor desordenado que puede tener a las criaturas, y los lazos que le impiden lograr su perfección. Cuando interiormente le reprende Dios, con docilidad se humilla y reconoce que aun no está libre de las criaturas y de sí mismo... Cuando el hombre quiere recogerse

Así, uniéndonos amorosamente con El con esta perfecta conformidad de voluntades, vendremos a quedar transformados y hechos una sola cosa con El, viviendo en todo de su Espíritu (1 Cor. 6, 17). Y cuando así reine en nosotros el Espíritu de Nuestro Señor, gozaremos ya de la plena y verdadera libertad, porque *ubi Spiritus Domini, ibi libertas* (2 Cor. 3, 17).

Por aquí se comprenderá cuán larga y laboriosa ha de ser nuestra *preparación del camino del Señor* (Is. 40; Mt. 3, 3), que lleva a la felicísima unión con Dios y a la plena manifestación de su vida en nosotros.

El es la misma pureza y santidad por esencia, la rectitud y simplicidad absoluta. Y nosotros «desde la planta de los pies hasta la coronilla de la cabeza, no tenemos cosa derecha ni sana» (Is. 1, 6): todo está más o menos contaminado con la culpa original, con los vicios hereditarios que se fueron acumulando, y muy especialmente con los pecados personales que, por leves que sean o parezcan, contaminan y pervierten la misma alma (Prov. 8, 36). Sabido es que, como dicen los fisiólogos, con cada acto vicioso o desordenado se «organiza una mala asociación de neuronas», y se forma «un circuito» que tiende luego a reproducir automáticamente el mismo acto con independencia de nuestra voluntad, y con la repetición de actos, esas asociaciones viciosas se consolidan y llegan a hacerse hereditarias. Así es como con cada acto vicioso de nuestros progenitores, y sobre todo con los propios, se agravan los estragos de la primera culpa y se va reforzando y agrandando la onda del mal [6]. Cuando se consideran estos actos—por leves que puedan aparentar muchos de ellos—acumulando sus efectos en millares de años, comprenderemos cuán cierto es que *no hay en nosotros cosa sana*, que las desordenadas tendencias han arraigado hasta en lo más profundo de nuestro ser, y que no hay en todo nuestro organismo ni el más ínfimo elemento sensitivo o motor que no se halle de algún modo contaminado, viciado, torcido o mal inclinado. Y esos vicios del cuerpo repercuten y se dejan sentir en las mismas potencias del alma, si es que no radican en ellas principalmente, como sucede con las faltas voluntarias.

---

en sí mismo, y unirse a la Verdad, debe elevarse por encima de los sentidos para transformarse en Dios y ver si hay aún algún obstáculo que quitar entre Dios y el alma: y si ya no se busca en nada, gozará la divina Esencia en la luz de su unión, y por ello lo olvidará todo. Cuanto más se aleje de sí mismo y de las criaturas, tanto más unido a Dios vivirá y tanto más feliz será.»

[6] Vid. nuestra obra *La Providencia y la evolución* t. 1, p. 145-150.

De ahí que para purificar, rectificar, simplificar y santificar todo nuestro ser, renovando y ordenando ese complicado laberinto según las simplicísimas normas divinas—de modo que los sentidos y apetitos se sometan a la razón y ésta al divino Espíritu, y así pueda ser perfecta nuestra unión con Dios—, hay que hacerse en todo ello una violencia extremada, para que todo se enderece y se corrija, y, volviendo a su puesto normal, esté en condición de ser realzado y transfigurado. Así este *mortificar* no es *matar*, sino *sanar*, rectificar y renovar. Si la naturaleza estuviera del todo sana y equilibrada, espontáneamente se sometería a la norma superior que tanto la ennoblece, como se someten las energías físicas al plan vital, la vida orgánica a la sensitiva y ésta a la racional en un organismo perfecto. Mas cuando hay alguna imperfección, las energías inferiores fácilmente se insubordinan, y de la relativa autonomía de que gozan tienden a la soberanía y aun a la tiranía, y, por lo mismo, es menester avasallarlas para que se sometan al orden. Y como en el hombre todos los apetitos inferiores están insubordinados y levantados contra la razón—por lo mismo que ella también se insubordinó aspirando a ser «autónoma»—, por eso hay que hacerles violencia a ellos, y aun a ella misma *in obsequium fidei* (2 Cor. 10, 5), para que en todo reine de nuevo el Espíritu de Dios [7].

Los racionalistas—aunque se llamen cristianos *reformados*—como sólo viven y sueñan en un puro *naturalismo,* no comprenden estas negociaciones y violencias hechas a la *naturaleza,* a la cual procuran en todo justificar como si estuviera tan recta como salió de las manos de Dios. Mas a poco que se fijasen en nuestra naturaleza, tal como la tenemos, notarían innumerables tendencias desordenadas e indómitas que tienen más de *bes-*

---

[7] «Para comprender cuán necesaria es la purificación del corazón, es preciso, dice el P. Lallemant (*Doctr.* pr. 3, c. 1, a. 2), conocer nuestra corrupción natural. Hay en nosotros una malicia infinita que no vemos, porque nunca entramos de veras en nosotros mismos. Si lo hiciéramos, hallaríamos una infinidad de deseos y apetitos desordenados, de honras, placeres y comodidades, que hierven sin cesar en nuestro corazón. Tan llenos estamos de ideas falsas y de juicios erróneos, de desórdenes, pasiones y malicias, que si nos viéramos tales como somos, nos avergonzaríamos de nosotros mismos. Pero así como, a fuerza de sacar basura de un pozo, se logra que dé agua pura y cristalina, así también, purificando incesantemente nuestra alma,.. va apareciendo su fondo, donde Dios descubre su presencia con maravillosos efectos para bien de ella y de otros. Cuando el corazón está ya bien purificado, llena Dios el alma y todas sus potencias de Sí mismo y de su amor. Así, la *pureza de corazón conduce a la unión divina.*»

tiales que de *racionales*, y comprenderían la necesidad de violentarse para poder vivir no ya como cristianos, sino como verdaderos hombres [8]. Sometidas esas tendencias a la razón, ésta misma, que en tantas cosas tiene que sentir sus flaquezas, deficiencias y extravíos, dejaría por su propio bien de aspirar a una autonomía quimérica y destructora, y aceptaría gustosa las infalibles normas de la Razón suprema. Y al acercarse a Dios y quedar iluminada, iría viendo en sí misma otras miles de imperfecciones e impurezas que antes no advertía y, reconociendo que ante la santidad absoluta no hay criatura ninguna bastante limpia, vendría a comprender la necesidad de que Dios mismo la purifique con el fuego de su virtud y la fortalezca con la virtud de su Espíritu renovador. Así la naturaleza, tal como está, no puede canonizarse, y lo que en ella violentamos no es propiamente el fondo bueno, salido de manos de Dios, sino las torcidas tendencias connaturalizadas por culpa humana. Domadas éstas, se purifica la misma vida natural de modo que pueda desplegarse sin resistir al Espíritu y sin impedir el desarrollo de la sobrenatural. No tratamos de destruir o sepultar los dones naturales que hemos recibido de Dios, sino de restaurarlos en su pureza nativa para que se desarrollen mejor, a la

[8] A pesar de las mortificaciones, observa Fonsegrive (*Le cathol. et la relig. de l'esprit* p. 19-21), «no hay miedo de que el ideal católico nos atrofie o disminuya la vida». Por más que digan que «ese ideal esperamos realizarlo más tarde, y entre tanto dejamos la presa por la sombra»; el caso es que todos tienen que mortificarse de un modo o de otro, quieran o no quieran, por lo mismo que es imposible satisfacer todas nuestras tendencias, deseos y caprichos. Por eso «todos los moralistas reconocen que hay que luchar contra las pasiones, y que para lograr el silencio interior, condición de la verdadera vida, hay que huir del mundo y del ruido de los sentidos. El librepensador Ed. Clay hace ver en su *Alternative* cómo «no hay más remedio que escoger entre hacerse hombre o dejarse hacer bestia». Y no se puede refrenar la bestia y hacer que viva el hombre si no es sufriendo: sólo en las ásperas cumbres del Calvario es donde se recoge la flor sublime de la humanidad. El camino de la cruz es el único que conduce a la verdadera vida».—Sabatier condena la mortificación como «una forma inferior y reprobable de la disciplina moral». Y así estos nuevos *discípulos* de Jesús corrigen la plana al divino Maestro, que con ejemplos y palabras tanto la recomendó. Pero si el médico puede recomendar el ayuno para facilitar las funciones fisiológicas, ¿por qué no ha de ser conveniente o necesario para facilitar las espirituales? Y si aquél ordena muchos remedios dolorosos, «¿por qué no ha de poder el alma ordenar al cuerpo otros remedios análogos, si son necesarios o útiles para reducirle a la obediencia y hacerle dócil al espíritu?»—Cf. RODRÍGUEZ, *Ejercicio de perfección* 2.ª p., tr. 1, c. 9.

vez que, transfigurados con la gracia, se elevan a un orden divino y producen frutos de vida eterna [9].

El primer paso que debemos dar en nuestra renovación es, pues, el de violentarnos para renunciar a todos nuestros desordenados gustos y apetitos, sujetando y mortificando nuestros sentidos para que no nos induzcan al mal, y castigando nuestro cuerpo y reduciéndolo a servidumbre, para que no codicie contra el espíritu. Sólo así es como podremos emprender de veras el camino espiritual.

Esta continua mortificación, hoy tan odiada y despreciada de los mundanos—y aun tan poco apreciada de algunos que, presumiendo de espirituales, creen que con ella atentan contra la vida—, es del todo indispensable para reformarnos y rectificarnos; para desarraigar nuestros malos hábitos y torcidas inclinaciones; para purificar y reintegrar nuestra misma naturaleza, a fin de que viva sana como Dios la crió, y no viciada como la dejó el pecado; para arrancar por completo la mala semilla, a fin de que no fructifique ni ahogue la buena; para destruir el germen de la *concupiscencia* y librarnos de la esclavitud del pecado: *ut destruatur corpus peccati, et ultra non serviamus peccato* (Rom. 6, 6); para cultivar y preparar bien la tierra de nuestro corazón, a fin de que así crezca en ella sin obstáculos y fructifique en abundancia el germen divino; en suma, para domar y subyugar nuestros cuerpos con todas sus potencias sensitivas, a fin de que no resistan, sino que obedezcan a la razón, y ordenar la misma razón de modo que en todo se someta al Espíritu. Sólo así lograremos *no contristar al Espíritu Santo, que mora en nosotros*, sino obedecerle y secundar en todo su acción y sus amorosos impulsos, con que hemos de quedar renovados. Con esto, lejos de perder, la misma naturaleza mortificada saldrá ganando al revivir sana y pura y real-

[9] «Vos, Señor mío, decía Santa María Magdalena de Pazzis (*Obras* 1.ª p., c. 9), no exigís de mí, ni de ninguna otra de vuestras esposas, que, para mejor aniquilarnos, destruyamos los dones naturales que hay en nosotros; porque os pertenecen a Vos, que nos los habéis concedido. Habéis dado a uno dos talentos, a otro tres y a otro cinco (Mt. 25). Y es una locura rechazar los dones naturales, puesto que pueden servirnos para vuestra honra y gloria.»

«Quede entendido, observa Santa Teresa (*Fundaciones* 6), que todo lo que nos sujetare de manera que entendamos no deja libre la razón, tengamos por sospechoso, y que nunca por aquí se ganará la libertad de espíritu; que una de las cosas que tiene es hallar a Dios en todas las cosas y poder pensar en ellas: lo demás es sujeción de espíritu, y dejado el daño que hace al cuerpo, ata al alma para no crecer.»

zada con la gracia. Pues Dios no intenta *matarnos*, sino *revivificarnos*; que «no quiere la *muerte* del pecador, sino que se convierta y *viva*», y por eso envió a su Hijo a *buscar y salvar lo que había perecido* (Lc. 19, 10). De este modo, lo que por de fuera parecía triste y amargo, resulta alegre, consolador, deleitoso y lleno de inefables delicias.

Poco importa que los mundanos y carnales no entiendan ni quieran entender esto: lo entienden muy bien los espirituales. Y la presuntuosa sabiduría de aquéllos, como pura necedad, es enemiga de Dios, a quien no es posible agradar viviendo según la carne. «La prudencia carnal es muerte, mientras la del Espíritu es vida y paz». Por eso «si queremos vivir según la carne, moriremos; mas si, obedeciendo al Espíritu, mortificamos las tendencias de la carne, viviremos [10]. Pues quien resucitó a Jesucristo de entre los muertos vivificará también nuestros cuerpos mortales, por su Espíritu que en nosotros mora» (Rom. 8. 5-13). También los médicos, para curarnos de una enfermedad corporal, nos obligan a dietas y purgas y molestas medicinas, cuando no al uso del hierro y del fuego. Así «quien ama desordenadamente su vida, ése la pierde, y el que aparenta perderla por Jesucristo es quien logra encontrarla»; al modo que «la del grano de trigo, no se acrecienta ni se renueva y multiplica, sino desapareciendo en la tierra» (Io. 12, 24-25) [11].

---

[10] «En oposición a la carne, el espíritu, dice Bacuez (n. 587), significa la parte superior del alma, en cuanto animada por el Espíritu de Dios y participante de sus disposiciones (Rom. 8, 4-10; Cor. 2, 4; 6, 17; 14, 14-15; Gal. 3, 3; 5, 16; 6, 8). Debe reinar sobre la parte inferior, rectificarla y completarla..., ser su luz, su freno, su dirección, su regla, asimilándosela de tal modo, que parezca de la misma naturaleza y una misma cosa con él.»

[11] «Ni la pepita, observa Taulero (*Inst.* c. 22), puede convertirse en árbol, ni la flor en fruto, si aquello que parece ser primero no muere y se acaba... Pero cuanto más la flor se marchita, falta y perece, tanto más se muestra y crece el fruto. Así también el que a sí mismo y a todas las cosas con diligencia se niega y muere, permaneciendo muerto a todo, empieza a estar en Dios más verdadera, esencial y fructuosamente.»

«Sin mortificación, observa el P. Weiss (*Apol.* 9, cf. 9), no puede haber fuego duradero, ni consuelo, ni devoción; no hay energía en las tentaciones, ni puede haber victoria en las luchas. Sin mortificación no cabe firmeza ni progreso. La mortificación es la muerte de las pasiones, el remedio contra el placer pecaminoso, el golpe dado a la raíz del mal: es el alimento del celo, aceite de la oración, camino de la unión con Dios. Aprende a estimar y practicar la mortificación, y bien pronto verás el cambio que Dios habrá en ti realizado... Cada paso hacia la perfección les cuesta a los santos una penosa lucha

Si esta mortificación y la guarda continua de nosotros mismos parecen y son en un principio costosas, luego se van haciendo poco a poco fáciles y hasta sabrosas con el auxilio de la gracia; porque ésta torna en suave lo áspero, en ligero lo pesado, en fácil lo difícil y hasta en dulce todo lo amargo; mostrando a los que ya tienen alguna experiencia, cuán suave es el yugo del Señor y cuán ligera su carga (Mt. 11, 13). Todo es empezar de una vez con resolución y denuedo; porque *el reino de los cielos padece violencia, y los esforzados son quienes lo arrebatan* (Mt. 11, 12)[12]. Buscándole ante todo, con ardor

---

y comprar a gran precio cada uno de los consuelos de su unión con Dios.»

«No nos dais nada de balde, ¡Señor!—exclama Santa Catalina de Génova (*Diál.* 3, 12)—. Para hallaros es menester buscaros con laboriosos esfuerzos (Prov. 8), y nos prometéis la vida a condición de que consintamos en morir... Así como os sacrificasteis Vos mismo para darnos la salud, así también queréis que el hombre, a vuestro ejemplo, sepa inmolarse en cuerpo y alma para cumplir vuestra amable y todopoderosa voluntad. De la *desnudez* del corazón y del espíritu no sabemos sino balbucear... Y, sin embargo, se trata de un prodigio de la gracia que deberíamos manifestarlo si fuera posible. Trátase de un inestimable tesoro, con el cual no merecen compararse todas las riquezas del mundo. Quien lo encuentra, siéntese humanamente desengañado, despojado, privado de todo, y sobrenaturalmente posee la plenitud de la *sabiduría*, de la *ciencia* y *todos los dones de Dios*» (Is. 33).

Para los mundanos, todo esto son enigmas o locuras; mas las almas espirituales lo comprenden muy bien. «El sabio, dice Oseas (14, 10), *entenderá* estas cosas, y el experimentado las *sabrá*, porque los caminos del Señor son rectos, y por ellos andarán los justos; mas los prevaricadores en ellos encuentran su ruina.»

[12] Santa Catalina de Ricci (cf., *Vida*, por el Rmo. P. MARCHESI, c. 24), vió una vez como en una gran pradera una hermosísima fuente, en la cual tenía Nuestro Señor su trono, rodeado de muchos ángeles y santos. Estos exhortaban a sus religiosas a que se acercaran al divino Esposo, que amorosamente las llamaba. Mas para llegar hasta El tenían que pasar por un estanque de agua muy profundo, lo cual les infundía mucho miedo. Con todo, las más animosas, a la primera señal que el Señor les hacía, sin pensar más que en complacerle, se lanzaban al agua, y aunque les costaba no poco trabajo salir, y parecían como en peligro de ahogarse, por fin salían muy alegres, hermosas y coronadas de flores. Otras, acobardadas, mostraban gran dificultad para entrar, y necesitaban que los santos las animases y persuadiesen. Y también éstas, aunque con más trabajo, iban saliendo hermosas; pero no coronadas de flores, sino de espinas. Quedando maravillada la Santa, el Señor se dignó explicarle esta visión, diciéndole que, para llegar a la felicidad de su gloria, era menester pasar por las aguas de muchas tribulaciones, en las cuales, quien por amor suyo permaneciere con paciencia, por más que se vea como ahogado, sale coronado de flores; porque en tales se le convierten los mismos trabajos, no sintiendo pena por

y con amor, luego se ve que con él viene lo demás por añadidura [13].

Cuanto trabajemos en nuestra abnegación y aniquilamiento, tanto avanzaremos en el camino espiritual; pues todo el aprovechamiento consiste en vaciar y purificar nuestros corazones para dejarnos invadir del divino Espíritu, que ha de producir nuestra renovación y transformación, y El sólo se comunica y obra plenamente donde encuentra un corazón vacío y limpio que no le cierre la puerta con la hinchazón del amor propio, ni con sus vicios o impurezas le impida morar, ni le resista con apegos terrenos y tendencias desordenadas. Por eso la primera lección que se aprende en la escuela de Jesucristo es el *niégate a ti mismo, toma tu cruz y sígueme* (Mt. 16, 24; Lc. 9, 23). Necesitamos, pues, por una parte, hacernos suma violencia para resistir a las malas inclinaciones y desarraigar todos los vicios, y por otra, resignarnos con la voluntad de Dios, aceptando gustosos todas esas crucecillas que en cada hora nos envía, y que son otras tantas medicinas con que cura las llagas de nuestra alma, y otras tantas lecciones con que alumbra nuestra inteligencia y nos preserva de los engaños del mundo, enseñándonos suavemente a practicar con toda perfección las virtudes ordinarias y preparándonos para las extraordinarias [14], pues la cruz es nuestra salud y nuestra luz, nuestra vida y resurrección [2].

---

ellos. Mas quien entra allí como por fuerza, sale coronado de espinas; porque siente todo el dolor y aspereza de las tribulaciones.

«En cuestión de sacrificios, decía el B. Cura de Ars, lo que cuesta es sólo el primer paso». «Considerad, dice Lallemant (pr. 2, sec. 1, c. 1, a. 2), a dos religiosos: uno que desde el principio se entrega totalmente a Dios, resuelto a no perdonar medio de santificarse, y otro que va paso a paso y sin ánimos para vencer la mitad de las dificultades: comparad la vida del uno con la del otro, digo, toda la vida, no parte de ella, y veréis que el tibio habrá tenido que sufrir mucho más que el fervoroso. *Todo es aflicción y desdichas en sus caminos,* dice el Real Profeta hablando de los cobardes que no se entregan a Dios generosamente. *No conocen el camino de la paz.*»

[13] «Lo primero que Yo ordené buscar en el Evangelio, decía el Salvador a Santa Gertrudis (*Legatus divinae pietatis* 3, 90), es el reino de Dios y su justicia (Lc. 12, 31), es decir, el progreso interior. No he dicho que en segundo lugar haya necesidad de buscar lo exterior, pero he prometido darlo por añadidura. Que todos los que quieran ser amigos de Dios, y en especial los religiosos, pesen la importancia de estas palabras.»

[14] «Algunas veces, dice Santa Teresa (*Mor.* 7, c. 4), nos pone el demonio deseos grandes por que no echemos mano de lo que tenemos a mano para servir a Nuestro Señor en cosas posibles y quedemos contentas con haber deseado las imposibles».

Atendiendo así a la acción de Dios sobre nosotros, que es la expresión de su santa voluntad, y a la voz de su Espíritu que de continuo nos está dictando en el fondo de nuestros corazones lo que más nos conviene hacer y omitir en cada momento [3], podremos *seguir* con fidelidad las huellas del Salvador, que era en todo llevado y guiado del divino Espíritu, y lograremos imitar sus ejemplos admirables, aprendiendo de El mansedumbre y humildad de corazón, y abrazando con amor nuestra cruz cuotidiana, le acompañaremos camino del Calvario, donde ha de realizarse plenamente la obra de nuestra reparación [15].

Hay que acompañar a Jesucristo en los padecimientos para poder resucitar con El a nueva y gloriosa vida, donde podamos gustar las cosas de lo alto (Col. 3, 1-2). Por eso debemos *siempre cercar nuestro cuerpo de la mortificación de Jesucristo para que también la vida de Jesucristo pueda manifestarse en nuestra carne mortal* (2 Cor. 4, 10), cuando ésta quede del todo pura y sana. De ahí los rigurosos ayunos, los ásperos cilicios, las duras disciplinas, las penosas vigilias y todas las demás austeridades con que las almas penitentes se purifican de sus culpas y arrancan sus malas inclinaciones, sabiendo que es menester que *los miembros que sirvieron a la concupiscencia para producir frutos de muerte, sirvan a la justicia para producir los de santificación y de vida* (Rom. 6, 19-22; 7, 4-5). En la escuela de la mortificación y abnegación cristianas es donde se aprende la *ciencia de los santos,* que se cifra toda en la *locura de la cruz* [4]. Jesús crucificado, «escándalo para los judíos y necedad para los gentiles», es para los escogidos la misma *virtud y sabiduría de Dios* (1 Cor. 1, 18-24). Quien sigue a Jesucristo en todas sus penalidades, *no anda en tinieblas, sino que tiene luz de vida* (Io. 8, 12).

Así la abnegación y mortificación llevan directamente a la iluminación y vivificación. La ciencia de la salud, la prudencia del espíritu, la inteligencia de las verdades eternas y la sabiduría

---

[15] «Quise, decía Nuestro Señor a Santa Catalina de Siena (*Vida* 1.ª p., 11), instruiros con mi ejemplo, enseñándoos a triunfar por el camino de la cruz. Si quieres hacerte fuerte contra el enemigo, toma la cruz como salvaguardia... Abraza, pues, las penas y aflicciones; no te contentes con sobrellevarlas con paciencia; abrázalas con amor; son verdaderos tesoros. Quien mejor las sufre por Mí, más semejante se me hace... Mira, pues, hija querida, en atención a Mí, las cosas dulces como amargas, y las amargas como dulces, y ten seguro que así serás siempre fuerte.»

celestial *no se encuentran en la tierra de los que viven con regalo* (Iob 28, 13).

Por eso los carnales no comprenden esta mortificación rigurosa. Mas los verdaderamente espirituales—que lo juzgan todo con acierto—no sólo la comprenden, sino que con tal ardor la practican, que más pueden en este punto necesitar de freno que de estímulo. Pues tal odio suelen concebir contra este cuerpo corruptible que *agrava al alma y deprime el sentido* (Sap. 2, 15), y con tal rigor querrían castigarle, que si sus directores no les sujetaran, o el Espíritu de consejo no les asistiera, llegarían a incapacitarse para el divino servicio. Y por otra parte, tales encantos van descubriendo en la vida interior, que para sentirlos y gozarlos de lleno, querrían *morir* plenamente a la vida ordinaria de los sentidos; así toda su ambición es *o padecer o morir*. De este modo procuran con gran diligencia escudriñar los repliegues de su corazón para ver si hay allí algún vicio que purgar o algún apego que quitar, velando siempre sobre sus más ocultos movimientos para violentarse y negarse en todo lo que no esté plenamente conforme con la voluntad divina; muriendo así continuamente a sí mismos, a fin de vivir sólo para Dios [5]. Con esta total abnegación tienen mortificadas y domadas las pasiones, y a medida que se despojan del *hombre viejo y de todas sus obras*—con todas las apreciaciones y miras terrenas y egoístas—así resplandecen como la imagen del *nuevo* y *celestial*; hasta que al fin, como resucitados con El, emprenden una vida nucva, cuya conversación está ya toda en los cielos [16].

Con el fervor sensible que Dios suele comunicar en un principio a las almas generosas, éstas empiezan a tener hastío y asco a todo lo terreno. y sólo aspiran a lo divino. Sus delicias están en la oración, en la frecuencia de sacramentos, en las pláticas y lecturas espirituales y en las más tiernas devociones que sugiere la piedad cristiana; y cuando no, en ocuparse en obras de caridad y misericordia o en cosas propias del servicio de Dios. La conversación mundanal y todo lo que respira un ambiente profano se les hace insoportable. Y con tal celo, fervor y facilidad practican sus obras, y tales progresos van haciendo en la virtud, que ya parecen tocar la cumbre de la santi-

---

[16] «A fuerza de despojarse del hombre viejo y de sus obras (Col. 3), el alma, observa Santa Catalina de Génova (*Diál.* 1, 15), llcga a no tener en cierto modo el sentimiento de su cxistencia sino en la completa abnegación de su propia voluntad. La de Dios sola pone todo su ser en acción, y es en todas las circunstancias como la respiración de su vida.»

dad y vivir allí como endiosadas. Y así sucede algunas raras veces cuando desde luego han procurado negarse de veras, morir en todo a sí mismas y velar por vivir recogidas en su interior, procurando la perfecta pureza de corazón, la fidelidad a la gracia y la docilidad a todas las insinuaciones del Espíritu Santo. Pero las «almas que en el principio caminan en esa manera de perfección, según nota San Juan de la Cruz [17], son las menos». Lo común es que conserven por mucho tiempo ciertos apegos a que no acaban de renunciar, los cuales las hacen vivir con tirantez y violencia, impidiéndoles seguir de veras los impulsos del Espíritu y exponiéndolas a cometer en todo muchísimas imperfecciones [6]. Y aun a pesar de todas las propias diligencias, siempre quedan vicios ocultos, muy difíciles de conocer y aun más de desarraigar. sin una luz y fuerza superiores; y con los cuales es imposible hacer notables progresos. De ahí el estacionamiento en que suelen quedar tantas almas por no abandonarse de lleno a la acción de Dios, y el retroceso de las que positivamente le resisten con sus apegos voluntarios [18].

Si el divino Renovador, en efecto, no edifica la casa espiritual de nuestros corazones, destruyendo en ella todo lo que es deleznable, todo lo que está mal edificado, para reemplazarlo El con su propia obra; si no consume con el fuego de su caridad todas nuestras impurezas y no nos enriquece con sus dones; en vano trabajaremos en edificarle una morada a su gusto. Y no llevará a cabo esa obra, si nosotros no nos abandonamos a ciegas en sus manos, para que destruya y edifique a su placer. Quien no se le abandone de lleno, por mucho fervor sensible que muestre y por grandes virtudes que practique, ¡cuánto le falta aún para llegar a la verdadera santidad! [19] Todo lo que

[17] *Noche* l. 1, c. 2.

[18] «Cuando Dios se apodera de nuestros corazones, los quiere sin división. Santamente celoso de su omnipotente soberanía, no tolera que la criatura pueda atribuirse la menor partecilla de lo que a El solo pertenece» (Id. ib.).—Cf. SANTA CATALINA DE SIENA, *Vida* 3.ª p., 4.

La santidad divina, dice Fenelón (*Sent. de piété*), «quiere poseer nuestro corazón entero, sin que le falte nada, y considera como enemigos suyos declarados a cuantos lo tienen dividido. Permite que se use de las criaturas, pero a condición de que no se les tenga ningún apego».—Por eso, «nunca es tan necesario abandonarse en manos de Dios como cuando parece que El nos abandona. Recibamos su luz y consolación cuando nos la da; pero sin apegarnos a ella humanamente. Cuando nos sumerge en la noche de la pura fe, dejémonos llevar y suframos amorosamente esta agonía».

[19] «La santidad, dice el P. Grou (*Manuel des âmes inter.* 901, p. 24), se comienza con nuestros esfuerzos ayudados de la gracia, y se ter-

con sus penitencias, privaciones voluntarias y buenas obras pudo conseguir no es nada para lo que Dios pretende y se requiere en la perfecta unión. Por grandes que sean las *purgaciones activas*, son muy superficiales: y el desorden penetra hasta los tuétanos. Si un alma fervorosa desde el primer momento parece escalar ya las cumbres de la santidad, no por eso deja de ser aún muy niña en la virtud: sus virtudes, con parecer tan hermosas, son muy tiernas, carecen de firmeza y necesitan consolidarse en la tribulación: sus malas inclinaciones están encubiertas, pero no arrancadas, y sus obras buenas están viciadas de miles de imperfecciones que inadvertidamente comete. Si servía a Dios con tanto fervor, era por los regalos sensibles con que El la atraía, y porque en servirle y sacrificarse por El encontraba más consuelo que en todas las cosas del mundo. De ahí que, con cierta presunción, aspire a obras heroicas, muy superiores a sus fuerzas, mientras descuida sus obligaciones, o no acepta cruces ordinarias; de ahí que esté aún llena de apegos que la apartan de Dios y la hacen buscarse en todo a sí misma, causándole mil inquietudes, impaciencias, faltas de conformidad, enojos y envidias disimuladas, y de ahí, en fin, que con el mismo fervor sensible presuma de sí, teniéndose en algo, y aun se prefiera a los muy aprovechados que no dan muestra de ese fervor.

Para que esa alma se corrija de tales vicios ocultos que tanto le impiden aprovechar, es preciso que el divino Médico se los descubra, y poniéndole la mano en la llaga se los haga sentir muy al vivo. Y El misericordiosamente lo hace al verla ya bastante fuerte para resistir esa curación dolorosa. Cuando

---

mina y se completa por la operación divina. El hombre va levantando el edificio cuanto puede; pero como en este edificio hay algo de humano, destruye Dios la obra del hombre para reemplazarla con la suya, donde la criatura se atiene a dejarle hacer. No obra, sino que padece, puesto que en ella obra Dios; y así no se hace violencia, sino que la sufre; y este estado puramente pasivo es sin comparación más penoso. Mientras obraba, se sentía con fuerza, se apoyaba en su propia acción y satisfacía algo al amor propio, atribuyéndose en parte a sí misma la victoria. Ahora obra Dios solo, quitándole la facultad de obrar; y así el alma ve que Dios obra en ella, sin poder ella misma hacer nada; y nada se apropia. Además, la operación de Dios consiste entonces—a juicio de la misma alma—en destruir y trastornar, despojándola y reduciéndola a una perfecta desnudez; y no exige de ella otra cosa sino la aquiescencia a este total despojo... ¡Oh cuán grande y cuán difícil obra es esta destrucción, este aniquilamiento de la criatura! ¡Cuánto no hay que luchar años y años!... ¡Y cuánto valor no es menester para llevar a cabo esa guerra contra sí mismos, y más aún para dejarse aplastar bajo la omnipotente mano de Dios!»

on los mismos favores sensibles esté bien desprendida del mundo y aficionada a las cosas de Dios, entonces suele El privarla de todos esos gustos y regalos, para que así ella aprenda a buscarle con desinterés, amándole por Sí mismo y no por sus dones [20]. Y para que mejor se conozca y no acierte a presumir más de sí, le hace sentir el peso de su flaqueza y su nada. A este fin permite o dispone que sea tentada y probada de mil maneras, para que por experiencia quede bien instruída y fundada en la humildad, y con la lucha, se consolide en la virtud y triunfe de veras de sus malas inclinaciones [21]. Estas, que con el fervor sensible estaban como adormecidas, pero no abatidas, al desaparecer aquél y ser provocadas del enemigo, se desencadenan mostrándose más indómitas y furiosas que nunca. Y la que se creía algo, hallándose así de repente como al borde del abismo, confusa y despavorida, se ve obligada, para no sucumbir, a luchar y violentarse en extremo, y a desconfiar de sí y poner en Dios toda su confianza [22].

---

[20] Para eso necesita otra manera especial de abnegación. «La de los principiantes, dice el P. Lallemant (*Doctr.* pr. 3, c. 2, a. 6), consiste en apartarse de las ocasiones del pecado, en mortificar las pasiones, la propia voluntad y el propio parecer. La de los aprovechados, en no apegarse a los dones de Dios. Por más que confesemos que los hemos recibido de El, solemos obrar como si de nosotros mismos tuviéramos lo que se nos ha dado por pura misericordia... Para impedir esta apropiación, nos retira a veces sus gracias y nos quita la facilidad que nos había dado para practicar la virtud. Así, nos parece que nos hemos vuelto soberbios y sensuales y que sentimos tanta repugnancia a humillarnos y mortificarnos, como sentíamos en un principio. Mas lo que Dios hace es para nuestro bien: hay que dejarle hacer: quiere entonces obrar El mismo, y que aprendamos a soportar su acción: *Ut simus patientes divina.* Nos priva de los consuelos y de la devoción sensible, para probar nuestra fidelidad y ponernos en esa perfecta desnudez de espíritu en que deben estar las almas que el Espíritu Santo quiere colmar de sus dones. Lo que debemos hacer por nuestra parte, es conservarnos en la mayor pureza posible, evitando con diligencia hasta las menores faltas, y por lo demás abandonarnos a Dios, sometiéndonos a todas las disposiciones de la Providencia.»

[21] «Quien no ha sido tentado, ¿qué sabe?... No estando experimentado, poco es lo que conoce» (Eccli. 34, 9-10). El alma tentada y probada repetirá con Jeremías (31, 18): *Castigásteme, y aprendí.—De lo alto envió el fuego en mis huesos, y me enseñó* (Thren. 1, 13).

[22] En un principio, observa el P. Grou (*Man.* p. 40), cuando el alma experimenta los efectos sensibles de la gracia, y se ve llena de luces y fuerzas, es natural que se crea capaz de hacer y sufrir por Dios cualquier cosa: y así es como llega a pedirle hasta las mayores cruces y humillaciones, creyéndose ya bastante fuerte para todo. «Esta suerte de presunción—como nacida sólo de la falta de experiencia, bajo la misma impresión que produce el sentimiento de la gracia—no desagra-

Como nota muy bien la escasez de sus fuerzas, si ha de ser fiel, no puede menos de recurrir continuamente a la oración a implorar muy de veras el auxilio divino.

Pero aquí mismo les aguardan a estas probres almas otras pruebas aún mayores: donde antes tenían su consuelo, y ahora esperaban su remedio, hallan su más cruel martirio [23]. Todo es hastío, aridez, obscuridad y dificultades: parece que Dios las abandona y las arroja de su presencia: y las mismas tentaciones arrecian en vez de aflojar. Y para mayor confusión suya, se verán atormentadas de escrúpulos y enfermedades, y en vez de consuelo y apoyos, por todas partes hallarán desprecios, persecuciones, burlas y calumnias: todos parece que se conjuran como para apartarlas del buen camino. Los más fieles amigos se les vuelven contrarios o se les convierten en malos consejeros; los mismos directores suelen muchas veces desconcertarlas y así todo su gozo se les convierte en llanto. Si no son muy fieles, magnánimas y generosas, muy expuestas están, entre tantas dificultades como se les acumulan—y cada vez en mayor número—, a seguir los malos consejos que las disuaden de perseverar en la oración, como si ésta no fuera para ellas, y con especiosos pretextos empezarán a abandonarla y a renunciar al trato y comunicación con Dios, cuando no llegan a desertar y volverse a los gustos mundanos. Pero Dios «les dispuso esa gran batalla no para que así desfallezcan, sino para que salgan vencedoras y reconozcan que la Sabiduría es más poderosa que todo» (Sap. 10, 12). Por eso no permite que seamos tentados más de lo que con su gracia podemos, y, graduando los trabajos

---

da mucho a Dios cuando el alma es sencilla y recta, que no advierte lo que hace, ni tiene vana complacencia en sí misma. Pero así y todo quiere El curarla de esa buena opinión que de sí tiene. Para esto le basta retirarle la gracia sensible y dejarla como abandonada a sus fuerzas. Entonces ya no sentirá más que disgusto y repugnancia: en todo verá obstáculos y dificultades, y la que se creía ya superior a los mayores peligros, vendrá a sucumbir en las más ligeras ocasiones: una mirada, un gesto, una palabrita bastan para desconcertarla. Así viene a pasar al extremo opuesto: en todo teme, de todo desconfía, y cree que no podrá llegar a vencerse en nada... Y Dios la tiene así hasta que, con reiteradas experiencias, se convenza de su incapacidad para todo lo bueno, y de la necesidad que tiene de no apoyarse más que en El».—Las que no son tan sencillas y fervorosas, están en mayor peligro y muy expuestas a cometer faltas notables, conforme advierte San Juan de la Cruz.

[23] Así pueden decir, y dicen a veces, con Job (30, 20-26): *Clamo ad te, et non exaudis me... Mutatus es mihi in crudelem... Expectabam bona, et venerunt mihi mala...*

según las edades de cada cual, no suele enviar esas pruebas sino después que el alma está ya bastante desprendida del mundo [24]. Si a pesar de ello ella flaquea, es porque no busca a Dios con toda sinceridad, y no se resuelve a negarse del todo a sí misma. Y lo que El pretende es que ella se conozca a fondo y, viendo su propia nada, se le abandone sin reserva, fiándose sólo de su providencia amorosa. Así el alma fiel y perseverante sacará provecho, aun de las mismas faltas que entonces por descuido y flaqueza cometa. Estas la excitarán a velar con más cuidado por alcanzar la perfecta pureza de corazón y vivir en un total abandono en las manos divinas [7]. Mas las que no tienen esa generosidad, y queriendo pasar por espirituales no se entregan a Dios más que a medias, buscándose a sí mismas y huyendo de lo que pueda ser penoso en el servicio divino: ésas en todo encontrarán el peso de sus propias miserias [25]. Volviendo así la vista atrás, después de poner la mano en el arado, se incapacitan para entrar desde este mundo en el reino de los cielos: o llevan una vida semimundana, o por huir de la aridez de la oración se dedican sólo a obras exteriores, y viven con mucha tibieza, sin recogerse apenas a purificar sus corazones, ni merecer por lo mismo entrar nunca en las íntimas comunicaciones divinas; o dominadas del amor propio, constituyen esos falsos devotos que, por desgracia, tanto abundan para descrédito de la virtud, y que sólo sirven para martirio de las almas piadosas, a quienes constantemente persiguen con sus envidias y sus críticas, dándose tono de maestros consumados, cuando nunca fueron siquiera buenos discípulos [8].

[24] Esto, dice San Juan de la Cruz (*Noche* 1, c. 8), a las personas recogidas acaece más en breve; «por cuanto están más libres de ocasiones para volver atrás, y reforman más presto los apetitos de las cosas del siglo, que es lo que se requiere para comenzar a entrar en esta feliz noche del sentido... Y todos *los más entran en ella,* porque comúnmente los verán caer en estas sequedades».

[25] «El que no se entrega a Nuestro Señor más que a medias, decía la M. María de la Reina de los Apóstoles (ag. 03), es el que lo *pasa peor*... No debemos aspirar más que a esta paz que consiste en la verdadera unión de nuestra voluntad con la de Dios, y aquí, y sólo aquí, encontraremos la verdadera felicidad: entonces los sufrimientos se nos hacen dulces». Esta conformidad con las disposiciones divinas nos permite mirarlo todo con los *anteojos color de rosa*—que debemos pedir a Dios—, los cuales «tienen la gran ventaja de endulzar los sufrimientos sin quitar el mérito».

APÉNDICE

[1] *La pureza de corazón y la docilidad al Espíritu Santo.*—«Los dos elementos de la vida espiritual, dice el P. Lallemant [26], son la *purificación del corazón* y la *dirección del Espíritu Santo*... La perfección que se alcanza es proporcional al grado de pureza que se adquiere y a la fidelidad con que se siguen los impulsos divinos... Puede decirse que el compendio de la vida espiritual está en notar las vías y mociones del Espíritu de Dios en nuestra alma, y afianzarnos en la resolución de seguirlas, ordenando a eso los ejercicios de la oración, etc., y la práctica de las virtudes... El objeto a que debemos aspirar después de habernos ejercitado mucho en purificar el corazón, es el estar de tal modo poseídos y gobernados del Espíritu Santo, que venga a ser El solo quien conduce todas nuestras potencias y todos nuestros sentidos, y quien regula todos nuestros movimientos interiores y exteriores, abandonándonos enteramente a nosotros mismos con una total renuncia a nuestros deseos y satisfacciones. Así ya no viviremos en nosotros, sino en Jesucristo, por una fiel correspondencia a las operaciones de su divino Espíritu».

[2] *Las cruces ordinarias, y la felicidad temporal y eterna.*—«Si comprendiéramos, advierte el P. Caussade [27], que las cruces que nuestro estado en cada momento nos ofrece, nos abren un camino más corto y más seguro para llegar a un alto grado de perfección que las obras más extraordinarias; y que la sumisión a las disposiciones de Dios cambia en oro divino todas nuestras ocupaciones, molestias y penas, ¡cuán dichosos seríamos! ¡Qué consuelo y qué valor no nos inspiraría el ver que para adquirir la amistad de Dios y todas las glorias del cielo no necesitamos hacer más de lo que hacemos ni sufrir más de lo que sufrimos; y que lo que dejamos perderse por tenerlo en nada, bastaría para alcanzarnos una santidad eminente!... Así como el bueno y el mal ladrón no tenían distintas cosas que hacer y sufrir para ser santos, así sucede con un alma espiritual y otra mundana... Esta se condena sufriendo de mala gana y con murmuración lo que la otra sufre resignada santificándose con su perfecta sumisión a la divina voluntad... No necesitáis hacer más de lo que hacéis, ni sufrir más de lo que sufrís: basta que cambie vuestro corazón. Y este cambio consiste en aceptar lo que Dios nos envía. Sí, la santidad del corazón consiste en un simple *fiat*... ¿Hay cosa más fácil?»

«Todos debemos sufrir en este mundo, decía San Ligorio; quien sufre con paciencia sufre menos y se salva; quien sufre con impaciencia sufre más y se condena». «No es la más pesada la cruz abrazada», observa la V. Mariana de Jesús.—«Quien huye de una cruz, advertía San Felipe Neri, se encuentra luego con otra mayor. Los que

[26] *Doctr. spir.* pr. 4, c. 2, a. 1.
[27] *Abandono* l. 1, c. 8.

sufren sus tribulaciones con paciencia, viven en el cielo: los que sin ella, en el infierno».

[3] *La voz de la conciencia y la fidelidad en lo poco.*—«Lo que llamamos voz de la conciencia, escribe el P. Grou [28], es la voz del mismo Dios, que nos avisa, nos reprende, nos ilustra y nos dirige. El caso es estar atentos a ella y serle fieles. No se oye en la disipación y el tumulto, sino en la soledad, en la paz, en el silencio de las pasiones y de la imaginación. El mayor paso que puede dar un alma hacia su perfección es el de habituarse a estar atenta a la voz divina, cuidando de mantenerse en la paz y evitar toda disipación». A esto debe ordenar por mucho tiempo el examen particular y la misma oración diaria, donde «se ha de ocupar únicamente en estar en la divina presencia, hablando a Dios no de boca a boca, sino de corazón a corazón y atendiendo a escucharle».

«Con respecto a Dios, añade [29], no hay cosas pequeñas... Una que nos parezca serlo en sí misma, puede traer tales resultados, que de ella dependa nuestra perfección y aun nuestra salvación. Dios relaciona sus gracias con lo que bien le place, y nosotros no podemos conocer las consecuencias, buenas o malas, de una acción que nos parece de poca importancia. Ignoramos cuáles son las gracias de que nos privará el descuidarla o que nos procurará el hacerla; y en esta incertidumbre, el único partido es la más perfecta fidelidad. Las grandes cosas y las grandes ocasiones se presentan raras veces: las pequeñas se nos presentan a cada caso. Y si aguardamos por aquéllas, ¿cuándo demostraremos a Dios nuestro amor?... Además, el deseo de hacer o sufrir cosas grandes es casi siempre una ilusión del amor propio... El alma que desea grandes cruces sucumbe ante las más ordinarias que se le presentan. No deseemos nada, y nada escojamos, sino tomemos las cosas como Dios nos las envía... En las grandes fácilmente se mezcla el amor propio..., en las pequeñas no suele haber ese peligro, y es más fácil conservar la humildad; pues en ellas no hay por qué compararse ni preferirse a nadie. La práctica de estas cosas es, sin comparación, más segura y más propia para conducirnos insensiblemente a la perfección, que consiste en morir por completo a nosotros mismos. Estas pequeñas cosas van destruyendo el amor propio sin que él advierta los golpes que se le dan... Negar a Dios deliberadamente una cosa, con pretexto de que no vale nada, es faltar al amor en un punto esencial; es renunciar a la íntima familiaridad y unión con Dios..., que no permite que la criatura tenga por cosa ligera el agradarle o desagradarle en lo más mínimo».

[4] *La sabia locura de la cruz.*—«Hay una locura, advierte el P. Lallemant [30], que es verdadera sabiduría ante Dios [31]. Amar la

[28] *Manuel* p. 12.
[29] Pp. 98-102.
[30] *Doctrine* pr. 4, c. 4, a. 1.
[31] «Se llama *locura,* dice Santo Tomás (*In 1 Cor.* 1), no porque se

pobreza, los desprecios, las cruces y persecuciones, es ser loco según el mundo. Sin embargo, esa sabiduría, que es don del Espíritu Santo, en esto consiste, en gustar lo que Jesucristo gustó. El cual dejó en las cosas que le acompañaron toda su vida un olor suave y un gusto delicioso, que si pocas almas los perciben, es porque son también muy pocas las que tienen sus sentidos bastante purificados para sentir cosas tan sobrenaturales. Mas los santos *corrieron en pos del olor de estos perfumes*... Si gustamos de los honores y alabanzas, somos locos ante Dios; y tanto tendremos de cuerdos cuanto amemos la humillación y la cruz. Es monstruoso ver que aun en la religión hay personas que no gustan sino de lo que les da importancia a los ojos del mundo... Este lastimoso estado merecería llorarse con lágrimas de sangre. ¿De qué perfección serán capaces semejantes religiosos, y qué fruto podrán hacer en las almas?... Como no tienen gusto a la devoción, tratan sus prácticas de bagatelas y entretenimientos propios de espíritus débiles; y no sólo se conducen a sí mismos según estos erróneos principios de la sabiduría mundana o diabólica, sino que comunican a otros sus sentimientos, enseñándoles unas máximas del todo contrarias a las evangélicas; cuyo rigor tratan de mitigar con interpretaciones forzadas, conformes a las inclinaciones de la naturaleza corrompida, fundándose en otros pasajes de la Escritura mal entendidos, sobre los cuales edifican su propia ruina, como por ejemplo: *Curam habe de bono nomine. Corporalis exercitatio ad modicum valet. Rationabile obsequium vestrum...*, etc.»

Desecha todo gusto y satisfacción de los sentidos, enseñaba la *Eterna Sabiduría* (c. 4) al B. Susón; evita toda curiosidad de los oídos y los ojos; y haz lo que te repugna, que mi amor te lo hará dulce y agradable. Niega constantemente a tu cuerpo todo regalo; no encuentres placer ni descanso sino en Mí; sufre con mansedumbre y humildad los defectos de los otros; ama los desprecios, combate todos tus apetitos, pisotea y destruye tus deseos; que tales son las lecciones que se aprenden en la escuela de la Sabiduría; y se leen en el libro abierto de mi cuerpo crucificado».

«Aprendamos, dice el V. Taulero [32], a abrazar por amor de Dios el más abatido modo de vivir; y puesto que tantos, ¡ay dolor!, reprueban este estudio de la vida despreciada, los amigos de Dios, por el amor que le tienen, le deben volver a restaurar, y mostrarle en el vestido, en su aparato y en todas sus acciones, procurando con todas sus fuerzas que en todas estas cosas sólo resplandezca la verdadera humildad y el perfecto menosprecio del mundo».

«La perfecta mortificación, dice el P. Huby [33], debe hacerme en lo exterior sordo, ciego y mudo; y en lo interior insensible a todo aquello en que no se interesa la gloria de Dios... Quien así huye de la vida de los sentidos camina hacia el día; porque adelanta en la

---

aparte de la verdadera sabiduría, sino porque excede las miras de la prudencia humana.»

[32] *Inst.* c. 23.

[33] *Maximes* § 5.

vida de la gracia, que es vida de espíritu y luz. Mientras los que siguen los sentidos, se sumergen cada vez más en la noche y en las tinieblas... Hay que tomarse la pena de apartarse de los sentidos, puesto que ésa es menor que la que hay en seguirlos, y cuanto más se aleje uno de ellos, tanto más disminuye esa pena».

«El camino de la penitencia, y de mis mandamientos, decía Nuestro Señor a Santa Catalina de Siena [34], parece por de pronto duro y penoso; pero, a medida que por él se avanza, se trueca en dulce y fácil. En el camino del mal, por el contrario, los primeros instantes son halagüeños; pero luego viene la pena y el peligro». «Vos tenéis dispuesto, y puntualmente se cumple, afirma San Agustín [35], que todo ánimo desordenado sea verdugo de sí mismo».

[5] *Necesidad de un continuo morir a nosotros mismos para vivir en Dios.*—«Los que se entregan a Dios con firme voluntad de servirle, advierte el B. Susón [36], deben examinar con cuidado todos los repliegues de su corazón para ver si tienen algún oculto apego, algún afecto desordenado a las criaturas, y si lo tienen, renunciar a él y purificarse en seguida... Mil veces al día deben renovar la resolución de renunciar a sí mismos y a todas las criaturas; porque en esta renuncia y en esta muerte consiste la verdadera perfección. Hay almas que, después de pasar cuarenta años haciendo grandes cosas en servicio de Dios..., ocupadas en los ejercicios de la vida espiritual, cuando piensan haber llegado ya a la perfección, se encuentran tan lejos de ella como en un principio. y es porque no basta morir una vez a sí mismos, sino que es preciso renovar incesantemente esta muerte hasta el fin de la vida. Nunca se muere tan perfectamente a sí mismo y al mundo, que no quede algo en que podamos abnegarnos y mortificarnos aún; y por eso están en gran error los que se figuran que pueden en esta vida llegar a un desprendimiento tan completo, que ya no necesiten mortificarse. Cuanto mayores progresos haya hecho un siervo de Dios en esta muerte de sí mismo, tanto más debe procurarla para morir cada vez más. ¡Oh, cuántos son los que, después de haberse entregado verdaderamente a Dios, vuelven sobre sí mismos de una manera deplorable y se apropian lo que ya no les pertenece!»

«Hallaréis a veces ciertas personas que se creen muy adelantadas y llenas de luces, observa el P. Lallemant (pr. 4, c. 4, a. 3), y, sin embargo, están llenas de errores y de imperfecciones groseras; porque han querido subir demasiado arriba antes de purificar su corazón. Si les decís vuestro parecer, se tendrán por muy espirituales y os creerán ignorantes de las vías místicas. Sin embargo, es menester imponerlas en los primeros rudimentos de la vida espiritual, es decir, en la guarda del corazón, como el primer día, si se quiere que hagan algún progreso».

---

[34] *Vida* 1.ª p., 9.
[35] *Conf.* 1, c. 12.
[36] *Disc. esp.* 3.

«¿Quién se tendrá ya por muy limpio, dice San Bernardo [37], que crea que ya no le queda nada por purgar? Apenas se ha terminado la poda, cuando aparecen nuevos retoños... Así, pues, siempre hallarás algo que limpiar y podar en ti. Por grandes que sean tus progresos, te engañas si crees que están muertos todos tus vicios».

[6] *Imperfecciones y apego de los principiantes.*—«Porque les da Dios su pecho de amor tierno, dice San Juan de la Cruz [38], su deleite tienen en pasarse grandes ratos en oración y por ventura las noches enteras: sus gustos son las penitencias, sus contentos los ayunos y sus consuelos usar de los sacramentos y comunicar en las cosas divinas. En las cuales... se han muy flaca e imperfectamente. Porque como son movidos..., por el consuelo y gusto que allí hayan; y como no están habilitados por ejercicio de fuerte lucha en las virtudes, acerca de éstas sus obras espirituales tienen muchas faltas e imperfecciones».

«Como estos principiantes, prosigue el Santo [39], se sienten tan fervorosos y diligentes..., por su imperfección les nace muchas veces cierto ramo de soberbia oculta, de donde vienen a tener alguna satisfacción de sus obras y de sí mismos. Y de aquí también les nace cierta gana , harto vana, de hablar de cosas espirituales delante de otros, y aun a veces de enseñarlas más que de aprenderlas, y condenan en su corazón a otros cuando no los ven con la manera de devoción que ellos querrían, y aun a veces lo dicen de palabra, pareciéndose en esto al fariseo (Lc. 18, 11-12)... A éstos muchas veces les aumenta el demonio el fervor para que les vaya creciendo la soberbia... Y a tanto suelen llegar algunos de éstos, que no querrían que pareciese otro bueno sino ellos solos; y así, con la obra y con la palabra cuando se ofrece, los condenan y detraen: mirando la motica en el ojo ajeno y no considerando la viga que está en el suyo (Mt. 7, 7)... A veces también, cuando sus maestros espirituales no les aprueban su espíritu..., juzgan que no los entienden, y que ellos no son espirituales... Y así luego desean y procuran tratar con otro que cuadre con su gusto... Presumiendo mucho de sí mismos, suelen proponer mucho y hacer poco... Siempre gustan de decirle—al confesor—lo bueno, y a veces por términos que parezca más de lo que es... Algunos tienen en poco sus faltas, y otras veces se entristecen demasiado por verse caer en ellas, pensando que ya habían de ser santos... Son enemigos de alabar a otros y amigos que los alaben... De estas inperfecciones, algunos... tienen menos y otros más, y algunos sólo los primeros movimientos... Por eso pone Dios en la noche oscura a los que quiere purificar..., para llevarlos adelante».

[7] *La total entrega en manos divinas.*—«Mientras más parece que perdemos con Dios, dice el P. Causade [40], más ganamos: y cuanto

[37] *In Cant.* serm. 58, 10.
[38] *Noche* l. 1, c. 1.
[39] C. 2.
[40] *Aband.* l. 3, c. 4.

más se nos quita de lo natural, tanto más se nos da de lo sobrenatural. Se le amaba algo por sus dones; pero una vez que éstos se nos ocultan, venimos a amarle sólo por Sí mismo; y por la aparente substracción de sus favores sensibles, nos dispone para recibir éste que es el más precioso de todos. Las almas que se hayan sometido totalmente a la acción divina, deben interpretarlo todo favorablemente, aunque sea la pérdida de los mejores directores o la repugnancia que sienten para con aquellos otros que se ofrecen más de lo que era de desear».

«Déjanos Dios tentar, advierte Santa Catalina de Siena [41], para prueba de las virtudes y para acrecentamiento de gracia; no para que seamos vencidos, sino para que salgamos vencedores, confiando no en nuestras fuerzas, sino en el auxilio divino, diciendo con el Apóstol: *Todo lo podré en Cristo crucificado,* que está en mí y me fortalece. Haciéndolo así, queda el demonio confuso y vencido; y las armas con que se vence son despojarse cada uno de su propia volnntad y vestirse de la de Dios, juzgando que todo lo que El permite es por nuestro bien; porque ninguna cosa hay que dañe al alma sino la propia voluntad».

«Nuestro Señor nos pone muchas veces en apuros, decía la M. María de la Reina de los Apóstoles (jun. 01), para que aprendamos a no apurarnos; y cuando ve que ya ha sacado lo que quería de nosotros, y que ya (después de poner los medios) descansamos en El, abandonándonos por completo entre sus manos, *entonces* nos concede lo que deseamos». Por eso, añadía (en. 02): «No hay como el no preocuparse por nada, ya que tenemos al que todo lo puede y tanto nos ama, que se ocupa de nosotros y que siempre premia nuestro abandono en sus manos con darnos mucho más de lo que pudiéramos desear».

«Tiene Dios Nuestro Señor, escribe otra persona muy experimentada (V.), un modo particular de probar, que lo usa con aquellas almas que llegan a la perfección a que son llamadas; y es que no pide la acción, la obra o el sacrificio, sino sólo la aceptación voluntaria: es decir, que el alma, apenas vea la proposición divina, la acepte con entera voluntad, sin que la detengan ni humillaciones, ni desprecios, ni sacrificios ni nada..., cueste lo que costare, la voluntad de Dios cumplida, y nada más. Viendo Dios al alma con esta disposición..., nunca llega a tener realización el sacrificio pedido; porque, aceptado que haya sido con entera voluntad, detiene Dios al alma, y no la deja pasar más adelante con su obra. No quiere Dios de aquel que a la perfección llega el sacrificio, sino el rendimiento perfecto a sus disposiciones».

«Lo que me regocija, decía el Señor a Santa Catalina de Siena [42], no es el veros penar, sino la voluntad que lo soporta».

[8] *Los falsos devotos.*—«Nada más común, dice el P. Grou [43], que

[41] *Ep.* 55.
[42] *Vida* 1.ª, p., 11.
[43] *Manuel* p. 6.

esa justicia farisaica, enemiga capital de todas las almas buenas. Los falsos justos que crucificaron a Jesucristo siguen crucificándole todos los días en sus más fieles imitadores. Desde que una persona se entrega de veras a Dios, dedicándose a la vida interior, puede dar por cierto que ha de atraer sobre sí primero la envidia y las críticas, y luego las calumnias y persecuciones de los falsos devotos».

«Apenas podía Santa Catalina de Siena, dice el B. Raimundo [44], hacer en público un ejercicio de piedad sin excitar calumnias y atraerse persecuciones de aquellos mismos que debían defenderla y alentarla». Lo propio sucedió después a la B. Catalina de Racconigi y a la B. Osana de Mantua, etc. «Y nadie se extrañe de esto—añade aquel varón tan experimentado—: las personas religiosas que no han destruído en sí mismas el amor propio se dejan arrastrar de una envidia más maligna, aunque disimulada, que las mismas personas del mundo».

§ II.—Proceso de la iluminación, unión y transformación.

Muchos son los llamados a los caminos de Dios para seguir a Jesús, que es *camino, verdad y vida*; pero pocos vienen a resultar escogidos o *segregados* para seguirle hasta llegar a la iluminación y renovación total, porque muy contados son los que permanecen firmes en las pruebas, los que de veras se niegan a sí mismos y reducen sus pasiones al silencio que es necesario para oír con fruto la voz de su Redentor y entender bien sus *palabras de vida eterna*, y resolverse a abrazar sinceramente la propia cruz de modo que puedan seguirle con toda fidelidad por sus huellas ensangrentadas [45]. Poquísimos son los que prescinden por completo de los engañosos juicios y pareceres humanos y renuncian a todos sus propios gustos y apegos para seguir con docilidad las insinuaciones y mociones del Espíritu Santo. Mas los pocos esforzados que así se niegan, los que abandonándose totalmente a las disposiciones divinas reciben con resignación las cruces que Dios les envía, y permanecen firmes en seguir al que es la *Luz del mundo*, ésos—aunque se crean a obscuras y medio muertos—*no andan en tinieblas, sino que tienen luz de vida.* Como se acercan a Dios, quedan iluminados y vivificados, y son defendidos contra el poder de la muerte (Ps. 33, 6; Mich. 7, 8).

---

[44] *Vida* 3.ª p, 6.

[45] *Qui non accipit crucem suam, et sequitur me, non est me dignus* (Mt. 10, 38; cf. Lc. 14, 27; Mc. 8, 34-35). Cf. SAN JUAN DE LA CRUZ, *Noche* 1. c. 11, § 1; *Llama* canc. 2; *Subida* 2, c. 6.

Por lo mismo que se ven muy tentados y atribulados, procuran *velar* más sobre sí mismos, y *orar de continuo para no caer en tentación.* El espíritu está dispuesto para todo, por más que flaquee la carne. Puestos en agonía, para no desfallecer oran más prolijamente (Lc. 22, 43), y a pesar de todas las sequedades, tentaciones y repugnancias que sienten en la oración, aunque no pueden meditar, ni leer, ni prorrumpir en ningún afecto, perseveran levantando los ojos a lo alto, de donde les ha de venir el auxilio (Ps. 120, 1), y esta oración muda e inconsciente, que sale del fondo de las entrañas despedazadas, es la más eficaz ante Aquel que oye los más ocultos deseos del corazón. Los que así confían en El, en todo andarán seguros bajo sus alas, y de todo saldrán triunfantes [1].

Los fieles seguidores de Cristo por nada abandonan su acostumbrada oración, y a pesar de haber perdido toda luz y fervor sensibles, la prolongan en vez de abreviarla, se acostumbran a permanecer constantemente ante Dios con una vista amorosa, sin apartar de El los ojos del corazón ni aun entre las mayores ocupaciones. Y en medio de la obscuridad y silencio de todas sus potencias, van sintiendo como una delicadísima luz superior que los vivifica, los conforta y los atrae de modo que sus corazones están siempre donde su único tesoro. Así están amando de continuo y como escuchando lo que adentro les dice el Señor (Ps. 84, 9), que precisamente para hablarles al corazón los pone en esa mística *soledad* (Os. 2, 14). Como ovejas fieles de Cristo, oyen su voz y le conocen y siguen. Y El se digna manifestárseles claramente cuando se ven en mayor peligro (Io. 10, 27; 14, 21). A veces notan su dulce presencia, por más que aun no se les descubre; mas el corazón lo presiente como a través de un muro y queda cautivo de amor (Cant. 2, 9). Otras veces, en medio de la obscuridad, pasa como un clarísimo relámpago que disipa las tinieblas y les descubre hermosuras no conocidas de los mortales, y los deja embelesados, aunque vuelvan a quedar de nuevo envueltos en la obscuridad. A veces esa iluminación y esa atracción son tan delicadas y repentinas, que el alma apenas puede darse cuenta más que de los saludables efectos que con estos favores recibe; pero otras son tan claras, que le es imposible dudar que su dulce Amor y no otro fué quien así la embelesó y cautivó dejándola en un momento consolada, reanimada y del todo cambiada.

Con esto se alienta para seguir más firme en las pruebas, viendo cuán provechosas le son, y se resuelve firmemente a no

abandonar la oración por nada. Y con la misma luz sutilísima que allí recibe, al verse de nuevo incapacitada para meditar y tener los tiernos afectos de antes, reconoce su nada y su impotencia, y comprende ya que lo único que puede y debe hacer es *dejarse hacer* y tallar por el divino Artífice: y así con este aniquilamiento se dispone para lo que Dios quiera obrar en ella, sin osar resistirle ni perturbar con inútiles esfuerzos la misteriosa y saludable acción divina. Dejándose, pues, llevar del suave soplo del Espíritu, comienza a salir de sí misma «a obscuras y segura», para remontarse en breve «por la secreta escala disfrazada». Luego va viendo que aquella luz espiritualísima que, aun siendo como imperceptible, la atraía, se le hace más clara y aumenta a medida que disminuye la de los sentidos, y ve que la *noche* de éstos es una *iluminación llena de delicias* (Ps. 138, 11); pues en aquellas tinieblas que antes le parecían tan temibles, estaba escondido su único Bien, y así toda esa obscuridad se desvanece en un punto, y la noche se convierte en clarísimo día cuando de repente el Sol de justicia se digna descubrir sus resplandores.

Entonces el alma queda ilustrada, renovada y como transformada; se ve libre de las ataduras terrenas que la tenían presa, y desprendida de sí misma y unida con toda su inteligencia a la hermosura divina por que tanto suspiraba. Y llena de felicidad y de un gozo inefable y purísimo que no es como los de esta vida, da por muy bien empleados todos los trabajos y pruebas que tanta dicha le merecieron, y por volverla a disfrutar un solo momento, no dudaría en ofrecerse a todos los trabajos del mundo. Comprende ya cómo, para mérito de los fieles, *finge Dios trabajo en sus preceptos* (Ps. 93, 20), cuando en realidad *su yugo es suave y su carga ligera* (Mt. 11, 30) para los que le aman. Ve que la cruz es su salud, y que los sufrimientos no tienen comparación con los inefables consuelos que producen: aquéllos son como un sueño en la noche, donde a pesar de ciertos pavores molestos, se reparan las fuerzas; mientras los gozos del Señor son como la realidad del día. Cuando el alma despierte de su *sueño*, no podrá menos de admirar y celebrar las maravillas que Dios ha obrado en ella [2]. Por eso bendice aquella feliz *noche* que tanto bien le trajo, y exclama con San Juan de la Cruz: *¡Oh noche que guiaste!—¡Oh noche amable más que la alborada;—Oh noche que juntaste—Amado con amada,—Amada en el Amado transformada!*

Pero esta transformación es todavía muy incompleta y casi

del todo incipiente: se reduce a la *inteligencia* que, por ser la facultad más sana que poseemos, es también la primera que se purifica lo bastante para quedar cautiva y como poseída de Dios, y ser así *iluminada* al *unirse* a la suma Verdad. De este modo, pasadas las principales fases de la *purificación activa* y *pasiva*, empieza de lleno la *iluminación clara y distinta*—pues antes, en la *noche del sentido*, era muy oculta y confusa—, y con esto se prepara, se inicia y se empieza a *sentir* la *mística unión* y aun de algún modo la deífica *transformación*.

Esta notoria iluminación del entendimiento, que así queda absorto en la contemplación de la divina hermosura y como poseído de ella, es lo que constituye el *primer grado* de la *unión mística*, o sea la primera suerte de oración en que el alma reconoce ya muy a las claras que le es infundida sobrenaturalmente: y se llama por eso de *recogimiento infuso*. Cuando ella menos lo piensa y lo procura, se ve favorecida con unas luces tan altas, que en toda su vida, por más que trabajase en meditar, no hubiera podido lograrlas con sus esfuerzos. Cautivo así el entendimiento, se purifica más y más con las mismas luces que recibe, y de este modo se dispone para recibir una iluminación más intensa y más frecuente, que al fin vendrá a resultar casi del todo continua.

Con estas luces, atraída la voluntad, se purifica de modo que venga a quedar asimismo *cautiva* del sumo Bien y *unida* a su Dios en la oración que llaman de *quietud*, donde reposa dulcemente en el centro de su amor y se deshace poseyendo y amando al único objeto digno de todos sus deseos y afectos. Tal es el *segundo grado* de esta *unión*.

Cautiva la voluntad, va atrayendo poco a poco las potencias sensitivas, que antes, como incapaces de tanto bien, andaban en busca de sus respectivos objetos, molestando al alma o perturbando algo su reposo, aunque no la distraían de modo que lo impidiesen. Mas ahora va redundando a ellas mismas el gozo espiritual, y quedan a su manera cautivas y embelesadas, y así todas las facultades del alma vienen a estar unidas con Dios y a sentir el *contacto* divino, de tal modo que la misma alma reconoce ya claramente no ser ella la que obra, sino Dios en ella y por ella; pues ya conoce muy bien que no tiene otro querer que el de Dios. Y éste es el *tercer grado de unión mística*, que por excelencia se llama simplemente *oración de unión*, porque aquí toda la actividad del alma se halla ya tan

de acuerdo con la divina, que parece como identificada con ella [46].

Esto es lo sumo a que puede llegar la simple *unión de conformidad* de voluntades, que aun no logró traducirse en la íntima *transformación*. Cuando esa unión no es muy intensa, las facultades sensitivas están como atónitas, mas no perdidas: y así pueden percibir de algún modo sus respectivos objetos, y aun ocuparse en ellos, si la voluntad las deja. A veces las acompaña el mismo entendimiento, pudiendo así una persona estar ocupada en santas obras, mientras su alma prosigue en esa íntima unión de la voluntad, juntándose la vida contemplativa y la activa. Pero cuando la unión es muy intensa, las potencias sensitivas desfallecen, no pudiendo soportar tanta luz y tanto ardor: se pierde el uso de los sentidos y el cuerpo queda como muerto, para no impedir al alma gozar de las inefables delicias de que se ve inundada, y de las inestimables luces que entonces se le comunican. Esto es lo que constituye la *unión plena* o *extática*, donde el alma se dispone para sufrir la total *renovación* y *transformación*.

Aquí, en efecto, en los *éxtasis* y *raptos*, es donde empieza a sentir unos tan delicados *toques divinos*, tan fuertes y tan penetrantes, que la *hieren* en lo más vivo y la *llagan*, sanándola y renovándola. Estos toques misteriosos, con las consiguientes *heridas de amor*, causan a la vez *muerte* y *vida*, produciendo unos dolores insoportables junto con un placer inefable, que es propio de la gloria. Son toques de vida eterna, que destruyen todo lo terreno y hacen morir verdaderamente a los gustos del mundo, para vivir en Cristo una vida divina. De las almas que esto sienten bien puede decirse: *Muertas estáis, y vuestra vida escondida está con Cristo en Dios* (Col. 3, 3). Su vivir es ya tan inefable, que no hay lengua que lo pueda explicar: ellas mismas no aciertan muchas veces a darse cuenta de las secretas maravillas que con gran asombro y anonadamiento suyo sienten y experimentan [47].

---

[46] «No estando ya el alma dividida como antes entre la voluntad, prendada de Dios, y el entendimiento, la memoria y la imaginación —que seguían con su ruido y sus movimientos— quedará completamente unida a El en todas sus facultades: y de ahí sin duda el nombre de *unión*, de *unión pura y simple*, que recibe este estado» (SAUVÉ, *Etats myst.* p. 71).

[47] Muerte y vida a un mismo tiempo
Diéronme por dicha mía:
Nada y *Todo*. ¡Qué contraste!
Explicarlo no sabría...

Pero llegan a ver muy a las claras que Dios no sólo está *obrando*, sino también *viviendo* íntimamente en ellas, y que no son ellas mismas ya quienes *viven*, *sino* que en ellas *vive* el mismo Jesucristo, y así Dios viene a ser ya *todo en todo*, y ellas, *aniquiladas* por completo, penosa y dulcemente a la vez, sin poder decir ni aun comprender lo que les pasa, se pierden en el abismo de la inmensidad divina [48].

Mas para que la transformación sea plena tienen que someterse a otra prueba más terrible, sin comparación, que las pasadas. Cada fase de la iluminación y de la unión exige nuevas purgaciones, que van siendo tanto más fructuosas cuanto más exquisitas y dolorosas. El alma fiel las acepta prontamente, sabiendo el provecho que le hacen, y en medio de sus penas sobreabunda de gozo [3]. Nada desea tanto como acabar de negarse a sí misma para poder configurarse con Cristo en todos los sagrados misterios de su vida, pasión y muerte. Y si hasta ahora le acompañó en su pasión, ahora, para pasar de la simple *unión conformativa* a la *transformativa*, debe acompañarle en la misma agonía de la cruz, y acabar de *morir y ser sepultada místicamente* con El para merecer resucitar con El a nueva vida, y subir a los cielos, y ver a las claras la Luz de Dios, que nadie puede ver sin *morir* (Ex. 33, 20). Y esta *muerte y sepultura* las sufre en la terribilísima *noche del espíritu*, donde, en un total abandono de las criaturas y del mismo Dios, tiene que sufrir que le arranquen y destruyan hasta los íntimos repliegues del amor propio y hasta los últimos vestigios del hombre terreno. Allí la inteligencia sufre una obscuridad pavorosa en el abismo de la *gran tiniebla* divina; la voluntad viene a palpar

---

Es un gozar y un sufrir,
No como los de esta vida...
Este sentir no sintiendo,
¿Qué lengua lo explicaría?

(M.ª DE LA R. APÓSTOLES.)

48 Si no sé dónde me hallo,
Si mi alma está *perdida*
En este aniquilamiento,
¿Qué es lo que decir podría?
Si este *nada* tan atroz
Me reduce a la agonía,
Si no hay a qué compararlo,
¿Cómo mi lengua hablaría?...
Dentro de Dios pasa todo,
Mas ¡pasa tan a escondidas!
Que, por más que yo quisiera
Hablar de eso, no podría.—ID.

su incapacidad absoluta, y todo su ser natural queda aplastado y como aniquilado para salir reformado. La naturaleza se exaspera al ver esta destrucción horrorosa, mas cuando el alma, entre indecibles angustias, quede muerta a todo y como aniquilada, entonces aparecerá totalmente renovada y revivificada, hecha otra, con un vivir, unos pensamientos y unos sentimientos no humanos, sino divinos, como propios de un hijo de Dios. Tales son los maravillosos misterios de esta *unión transformativa* que se inicia en el místico *desposorio,* y se completa y consuma, haciéndose estable y perpetua, en el *matrimonio espiritual,* en que el alma, unida inquebrantablemente y hecha una sola cosa en el Verbo humanado, ofrece al vivo su divina imagen, y parece ser el mismo Jesucristo, Hijo de Dios vivo, viviendo en la tierra.

Tal es el ideal realizable de todas las almas verdaderamente cristianas: la TRANSFORMACIÓN DEÍFICA [4].

A los que tanta aversión tienen a lo sobrenatural—por verlo en ciertos autores tan desfigurado y rebajado—, si procediesen de buena fe y no endurecieran sus corazones, les bastaría verlo así tan encarnado y viviente en estas almas privilegiadas, para quedar prendados de su divina hermosura y sentirse como obligados a glorificar al Padre de todas las luces, de quien tan magníficos dones proceden. Les bastaría oírles hablar ese lenguaje del cielo, ver las gracias divinas que en ellas resplandecen y, sobre todo, esa luz portentosa con que, sin más libros que el crucifijo, asombran y desconciertan a los mejores maestros. Les bastaría, en fin, cualquier roce con estas almas, para que, teniendo amor a la verdad, vinieran a reconocer este resplandor divino y quedaran inflamados en aquel celo de Dios que a ellas las devora.

Cuando con la perfecta fidelidad a la gracia y la resignación en las durísimas pruebas de la *noche del espíritu,* ha conseguido ya el alma aquel temple que es menester para la unión estable, entonces, celebrando el indisoluble matrimonio con el Verbo de Dios, es admitida a vivir como en perpetua *sociedad* con las tres divinas Personas, que de continuo le descubren sus infinitos encantos y la dejan del todo cautiva. Desapareciendo las alternativas de luz y obscuridad, viene a quedar, mediante este irrevocable pacto y esta *revelación* sobreexcelente, como *confirmada en gracia y segura de su salvación,* gozando ya en cierto modo de la *Luz eterna.* Y esta Luz no la hace desfallecer como antes; en vez de privarla del uso de los sentidos, como

cuando éstos aun no estaban bien purificados, los conforta de modo que puedan obrar con toda perfección, atendiendo fielmente al desempeño de los deberes ordinarios de la vida, mientras el alma está engolfada en Dios. Así, aun en medio de las mayores ocupaciones, conservan los que a ese feliz estado llegaron, una vista más o menos clara de la Santísima Trinidad, con quien conversan de continuo. De modo que, aunque las manos trabajen y la lengua hable en bien de los prójimos, el corazón está siempre en los cielos. Y allí se recogen todos los momentos libres para poder gozar de una vista más clara. Esto no les hace ya descuidar sus obligaciones, pues aun sin pensar en ellas, en el momento preciso acuden siempre con suma presteza y habilidad a desempeñarlas.

Semejante facilidad para ocuparse en obras exteriores sin disiparse en ellas—y a veces conservando una más viva presencia de Dios que si estuvieran orando en secreto—suele empezar desde la *simple unión*. Así es como estas almas, aunque antes vivieran muy recogidas, temiendo de su flaqueza, siéntense ahora como impelidas a sacrificar su dulce quietud por ocuparse en procurar el bien de sus prójimos (Cant. 5, 2). Y quien a eso las mueve, las preserva de disipaciones y peligros.

Durante este largo proceso de la iluminación y la unión se presentan una porción de fenómenos muy notables, tales como el *sueño* místico, la *embriaguez* espiritual, los *éxtasis*, los *raptos*, las *heridas de amor* y los ímpetus dolorosos, etc., con que el alma va quedando ilustrada, fortalecida, renovada y del todo inflamada en el fuego de la caridad, sin poder contener sus ardores y violencias, hasta que al fin, del todo transformada y espiritualizada, pueda ya recibir otras comunicaciones altísimas sin que nada se le traduzca al exterior [49].

---

[49] «El alma que por la mortificación ha curado el mal de sus pasiones y por la pureza de corazón alcanzó una perfecta salud, entra en unos conocimientos de Dios tan admirables y descubre tan grandes cosas, que ya no le es posible el uso de los sentidos. De ahí proceden los raptos y los éxtasis: los cuales, sin embargo, producen como cierta impresión de que quien los padece aun no está lo bastante purificado o acostumbrado a las gracias extraordinarias. Pues a medida que el alma se purifica, el espíritu se fortalece de modo que ya puede experimentar las operaciones divinas sin emoción ni suspensión de los sentidos, como sucedía a Nuestro Señor y a la Virgen» (LALLEMANT, *Doctr. spir.* pr. 4, c. 4, a. 1).

Las comunicaciones de los que no han llegado a la unión transfor mativa, decía San Juan de la Cruz (*Noche* 2, 1), «ni pueden ser muy fuertes, ni muy intensas, ni muy espirituales... por la flaqueza y co

La iluminación se hace por una serie de ilustraciones e inspiraciones con que inadvertida y como instintivamente va aprendiendo toda la ciencia de la salud. Estas instrucciones confusas se aclaran muchas veces con ciertas *locuciones* y *visiones* distintas, ora *sensibles*—como más acomodadas al estado y condición del alma—, ora del todo *intelectuales*. Con unas y otras la instruye Dios en todo lo que ella necesita saber, a la vez que la llena de aliento o de consuelo. Así queda ella muy animada y confortada para proseguir en medio de las mayores dificultades, pues una sola palabra divina basta para desvanecer como por encanto todos los temores y llenar de una fortaleza invencible. Por eso, bien empleados y recibidos con humildad y desapego, todos esos favores son provechosísimos y muy dignos de agradecerse. Pero a veces, cuando son sensibles, puede el alma abusar de ellos, cobrándoles apego e incapacitándose así para aprovechar, o exponiéndose a caer en funestas ilusiones.

Por eso son mucho más apreciables y provechosas en general las comunicaciones puramente *intelectuales*, que no se prestan ni a apegos ni a vanidad ni a ilusión, y en que sin ruido de palabras exteriores ni interiores, ni aparato de formas ni figuras, la simple inteligencia *oye* o *ve* con suma claridad y distinción unas verdades tan altas que rara vez las puede expresar con la lengua, porque trascienden completamente sobre todas las nociones relacionadas con los símbolos de nuestro lenguaje [50]. Con estas comunicaciones el alma queda ilustradísima: percibe los mismos objetos materiales más fielmente que si los viera con los ojos y los palpara, y a veces con una sola idea compendiosa y simplicísima, que así recibe, se hace sabia de repente, aprendiendo de un golpe toda una ciencia. Estas ilustraciones son de suyo más eficaces que las sensibles, y a la vez del

---

rrupción de la sensualidad, que participan en ellas. Y de aquí vienen los arrobamientos y traspasos y descoyuntamientos de huesos, que siempre acaecen cuando las comunicaciones no son puramente espirituales: como son las de los perfectos, purificados ya por la noche segunda del espíritu, en los cuales cesan ya estos arrobamientos y tormentos de cuerpo, gozando ellos de la libertad del espíritu, sin que se anuble y trasponga el sentido».

[50] «Aquella sabiduría interior, observa San Juan de la Cruz (*Noche* 2, 17), es tan sencilla, tan espiritual, que no entró al entendimiento envuelta ni paliada con alguna especie o imagen sujeta al sentido...: de aquí es que el sentido e imaginativa... no saben dar razón ni imaginarla, de manera que puedan decir bien algo de ella, aunque claramente ve el alma que entiende y gusta aquella sabrosa y peregrina sabiduría.»

todo seguras, pues ni la naturaleza ni el demonio pueden contrahacerlas.

Así son los fieles hijos de Dios enseñados, dirigidos, consolados y aconsejados por el mismo Dios: así es como el Espíritu de la verdad que en ellos mora los inflama y abrasa en el amor divino según les va sugiriendo y enseñando toda verdad [51], y de este modo da un testimonio perpetuo de que Jesucristo es la misma verdad (Io. 6, 45; 14, 26; 15, 26-27; 16, 13; 1 Io. 5, 6), la cual sólo puede hallarse en su santa Iglesia. Al ver en ella, en efecto, a tantísimas almas iletradas que, con

[51] «En la vida perfecta, dice el P. Surín (*Catech.* p. 2.ª, c. 7), abrasa Dios las almas en su amor, descubriéndoles en el fondo mismo de sus corazones su Esencia y su bondad divina y manifestándoles sus atributos, con lo cual enciende en ellas un ardentísimo fuego que dulcemente las consume. Quiere el celestial Esposo ostentarles su hermosura y sus riquezas, es decir, sus atributos, tocándolas cuándo con uno, cuándo con otro: así les muestra sus diversas perfecciones, su poder, su inmensidad, su majestad, su dulzura y todas las demás excelencias de su *Ser* divino, con lo cual el alma queda asombrada y tan encendida en amor, que vive como en un continuo éxtasis. Estos toques de la gracia son tan penetrantes, que la dejan perfectamente instruída y como substancialmente enseñada por el mismo Esposo, sabiendo no ya de oídas, sino por experiencia, cuán suave es el Señor. A veces puede llegar a un estado que es como una perpetua experiencia de la bondad de Dios y un continuo goce de sus riquezas: y ése es el que los santos comúnmente llaman las *bodas espirituales.*»

«Es muy cierto, escribe la Beata Osana de Mantua (*Epist.* 2; cf. BAGOLINI y FERRETI, ap. p. 5), que ya a la edad de seis años infundió Dios en mi alma una luz tal, que todo cuanto veía u oía me representaba en mi mente al mismo Dios, y con tanto conocimiento, gusto, sentimiento y dulzura divina, que muchas veces mi espíritu quedaba absorto en Cristo. Esto me hacía pronta y solícita en la santa oración y meditación, en las abstinencias, vigilias, penitencias y obras de piedad, confesiones, comuniones, lágrimas y lecciones, sin que ninguna humana criatura me enseñara tales cosas... Una vez fué mi alma puesta de modo que vió una gran claridad, no del sol ni de luz ordinaria, y conocí quién era el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. ¡Oh gran Dios!, no hay lengua humana que pueda decir ni explicar esto: no sé cómo pude conservar la vida: con sólo recordarlo empiezo a desfallecer».

La Venerable Madre María de Jesús, pasando largas horas ante el Santísimo, decía: «Encontraba yo allí el sosiego y la vida de mi alma. Este íntimo trato con Nuestro Señor me hacía la vida ligera, porque de todo le hablaba, y todo, hasta lo más mínimo, se lo consultaba. Si era mi Señor, también era mi amigo y consejero universal. Muchas gracias me concedía, y tan extraordinarias, que apenas podía yo creerlas. Los consuelos con que me inundaba eran tales, que pasaba horas enteras sin darme cuenta de dónde ni cómo estaba... Mi amadísimo Esposo divino me revelaba entonces su grandeza, santidad, omnipotencia, justicia y misericordia y la pureza que desea en las almas que le están consagradas».

esa portentosa luz que en la contemplación reciben, quedan como transformadas de repente, llenas de una ciencia superior con que confunden a los mayores sabios, ¿quién podrá sinceramente negar que ahí está de alguna manera el dedo de Dios?... ¡Con qué facilidad, propiedad y precisión no hablan de las más escabrosas cuestiones teológicas que nunca estudiaron y de que por ventura no tenían antes la menor noticia, mientras los mejores teólogos, estudiándolas toda la vida, a nada que se descuiden en medir bien sus palabras, incurren en confusiones o inexactitudes!... ¿Quién les da esa luz y esa seguridad portentosa? [52]

---

[52] «Est magna differentia, sapientia illuminati et devoti viri, et scientia litterati et studiosi clerici.—Multo nobilior est illa doctrina, quae de sursum ex divina influentia manat, quam quae laboriose humano acquiritur ingenio» (KEMPIS, l. 3, c. 31).—Cf. *Exposic. mística del Cant.* 2, 3, p. 181.

«El que posee la gracia santificante con sus virtudes y dones, advierte el P. Marín-Sola, O. P. (*La Ciencia Tomista*, marzo 1920, p. 169-70), posee y lleva dentro de sí mismo, a modo de *naturaleza*, el objeto mismo de donde nacen y sobre el cual versan todos los enunciados de la fe, y de donde brotan y de donde sólo pueden brotar todos los desarrollos dogmáticos... El creyente, pues, y mucho más el santo, poseen dentro de sí un *nuevo sentido*... Los dones sobre todo de sabiduría, de entendimiento y de ciencia, son... *segundas naturalezas* que llevamos injertadas en lo que hoy llamaríamos *subconsciencia* de nuestro mismo ser, y por las cuales podemos percibir, juzgar y desarrollar por vía connatural, por vía intuitiva... aquellas verdades sobrenaturales que el teólogo especulativo no percibe sino por vía... de estudio... Así sucede con frecuencia... que antes que la teología especulativa haya deducido, y aun a veces ni siquiera vislumbrado una conclusión o desarrollo dogmático, un alma santa... haya sentido o presentido su desarrollo.»

Lo cual prueba con numerosos textos de Santo Tomás, que dicen cómo por el don de sabiduría se juzga rectísimamente por cierta *connaturalidad, experiencia* y *gusto* de lo divino: «Quod homo illis causis altissimis uniatur transformatus in earum similitudinem... ut sic ex intimo sui de aliis iudicet..., hoc per sapientiae donum efficitur» (*In 3 Sent.* d. 34, q. 1 ad 2).—«Procedit enim sapientiae donum ad quamdam deiformem contemplationem et quodammodo explicitam articulorum, quae fides sub quodam modo involuto tenet secundum modum humanum» (ib. d. 35, q. 2, a. 1, sol. 1 ad 1).

«El teólogo que sabe que cualquier hombre que está en gracia de Dios tiene muchos hábitos infusos en el entendimiento, inseparables de la divina gracia, que sirven o para penetrar las cosas divinas... o para contemplar divinamente, advierte el P. Fr. Juan de J. M.ª (*Escuela de orac.* tr. 9, 8), tendrá fundamento de ciencia teológica para juzgar de los conocimientos sublimes interiores, y de los gustos divinos que el Señor comunica a las almas puras por medio del nobilísimo don de la sabiduría, el cual de tal manera ilustra el entendimiento, que sirve para inflamar la voluntad que gusta el sabor de Dios.»

Y lo que aun debe causarnos más maravilla es ver los sublimes esfuerzos que hacen, luchando con lo imposible, para expresarse de algún modo, cuando la obediencia les obliga a decir algo de lo que inefablemente perciben allá en el abismo de la divina Esencia. Ven la verdad a las claras: la conocen, y no la pueden expresar: todas las palabras conocidas se les resisten: aun las más elevadas les horrorizan como si fueran blasfemias... Las ideas se les acumulan, mas la lengua se les paraliza. Y al verse imposibilitadas de decir lo que es verdaderamente *indecible,* apelan a la pura negación diciendo: No es esto que suponemos, ni lo otro, ni nada de lo que pudiéramos sospechar o de cuanto puedan decir los hombres y aun los ángeles. Yo les desafío a todos, decía Santa Angela de Foligno, a que no podrán decir nada. Porque esa realidad excede infinitamente a cuanto se pudiera decir y pensar, y siempre es nueva y como diversa, siempre admirable e inefable... Y, contemplándola en silencio y amándola inefablemente, gozan ya de una anticipada gloria...

Los que piensan que la vida de los místicos es sombría y triste, como llena de obscuridades sensibles y sembrada de cruces, ésos no saben lo que es felicidad. Las mismas cruces, llevadas por amor de Aquel que las ennobleció con su Sangre, son más dulces que todas las dulzuras terrenas, y esas aparentes obscuridades que se encuentran como en el vestíbulo de la luz divina, resultan más claras y alegres que todas las luces humanas. Y las inefables consolaciones y admirables ilustraciones que entre las pruebas se intercalan y se prolongan cada vez más, no tienen en todos los placeres del mundo juntos nada que les sea comparable; pues son ya presagios de la gloria eterna [53]. Por gozarlas un solo momento se darían por bien empleados todos los trabajos que pueden caber en esta vida... Las tristezas de los místicos están todas sazonadas con unos gozos tan hondos y tan inefables, que el alma no las trocaría por ningún consuelo terreno, mientras las de los mundanos están llenas de pura hiel [54]. Las cruces, que a nadie faltan, no siendo llevadas por

---

[53] «Si los hombres ciegos y sensuales—decía el Señor a Santa Catalina de Siena en medio de sus éxtasis (*Vida,* supl. del Beato Caffarini, 5)—probaran las dulzuras de la caridad con que tenéis abrasado mi corazón, no apetecerían, no, los mundanos placeres, sino que ansiosos y sedientos correrían a saciarse en la fuente de vuestra suavidad.»

[54] *Malo y amargo es el haber abandonado al Señor* (Ier. 2, 19).

Cristo, nada tienen que las suavice, y las alegrías que no se fundan en Dios todas se amargan muy pronto y paran en llantos [55].

El justo vive alegre y consolado en medio de sus amarguras y penas, y en todas sus muchas tribulaciones *sobreabunda en gozo*, pues sabe, y a su modo siente y experimenta, que *una tribulación momentánea produce un peso inmenso de gloria.* Así espera sereno y alegre la muerte, no como una triste *disolución*, sino como una verdadera *transfiguración*, como la ansiada *manifestación de la gloria de los hijos de Dios*, hasta entonces encubierta con los velos de la carne mortal: *¡Preciosa es ante el Señor la muerte de sus santos!*

Veamos, pues, más detenidamente—que el asunto bien merece examinarse despacio—cómo va realizándose por grados esa progresiva renovación que lleva a la perfecta iluminación y a la plena unión y transformación deíficas [5].

APÉNDICE

[1] *La oración continua e inconsciente.*—Es un engaño, advierte el P. Grou [56], el suponer que no hay más oración que la explícita y formulada de que nos damos cuenta. No pierde uno el tiempo, ni mucho menos, cuando está en ella recogido, aunque sin poder notar ni sentir nada. Dios *oye*, como dice David, *la preparación de nuestros corazones.* Antes de que se manifieste en palabras ni aun en pensamientos, nuestra oración está ya en presencia de Dios, en los íntimos deseos de nuestra voluntad, que aun no han sido objeto de nuestra reflexión consciente. San Antonio decía que la mejor oración es aquella que se hace sin advertir. Es ésta una excelente manera de orar que se puede tener sin interrupción, y sin que la vicie el amor propio. «Así la oración continua no es difícil; si es rara, es por no estar los corazones bien dispuestos ni ser bastante generosos y fieles para perseverar en ella. No se comienza a entrar en esta oración hasta que uno se entregue a Dios por completo. Y hay muy pocas almas que así se le entreguen sin reserva: en esta donación suele haber unas secretas restricciones del amor propio, que luego van manifes-

[55] «Si habéis de padecer en los trabajos temporales, padeced por Dios haciéndolos espirituales, y los haréis felicidad. Lo mismo que padecéis, con santa disposición, es corona: sin ella, es tormento... ¿Qué son las penas de la vida espiritual sino gustos sin disgusto?... No dará el espiritual el día más penoso por el más deleitoso del perdido y relajado. En la vida del espíritu, el penar no es penar, sino gozar» (PALAFOX, *Varón de deseos* exhort.).

[56] *Man.* pp. 224-5.

tándose. Pero, *cuando la donación es plena y sincera, la recompensa Dios al momento, dándose también a Sí mismo.* Establécese El en el corazón, y allí forma esa oración continua que consiste en la paz, el recogimiento, en la atención a Dios dentro de nosotros mismos, aun en medio de las ocupaciones ordinarias. Este recogimiento es sensible en un principio: se goza y se advierte. Luego se hace del todo espiritual, y se tiene sin sentirlo. Y si uno se duele de la pérdida de aquel sentimiento dulce y consolador, es por causa de su amor propio».

[2] *Artificios del amor divino: confiado abandono y sueño del alma fiel.*—«Las desolaciones con que Dios prueba al alma, dice el P. Caussade [57], son amorosos artificios de que ella misma se regocijará algún día. Las almas que caminan en la luz, cantan el cántico de la luz; las que están en obscuridad cantan el de las tinieblas... Cuando Dios asusta al alma, forzoso es que ella tiemble: cuando la amenaza, la llena de terror. Pero no hay como dejar que se desarrolle la operación divina, que consigo lleva el mal y el remedio. Llorad, almas queridas, temblad y permaneced en la desolación y agonía; no os esforcéis por trocar estos divinos terrores, estos celestiales gemidos. Recibid en vuestro corazón esos arroyos del mar de amarguras que inundaron a Jesús. Proseguid sembrando lágrimas mientras el soplo de la gracia las hace correr, que él mismo a su tiempo se encargará de enjugarlas. Las nubes se dispersarán, el sol derramará su luz y la primavera os convidará con sus flores... Las almas santas, vueltas en sí y en plena libertad de juzgar, no se cansan de admirar los artificios, las invenciones, finezas y amorosas astucias del Esposo. Comprenden cuán impenetrables son sus caminos, y cuán imposible es adivinar sus enigmas, descubrirle en sus disfraces y admitir consuelo cuando El quiere llenar de terror y de alarma... ¡No despertéis a la esposa, *espíritus inquietos!*... Dejadla gemir, temblar, correr y andar buscando, Verdad es que el Esposo la engaña disfrazándose; ella sueña, y sus penas son penas de una noche; pero dejadla dormir: dejad al Esposo obrar en esta alma, y representar en ella la imagen que El solo sabe pintar: dejadle desarrollar esa representación, que El la despertará cuando sea hora».

[3] *El secreto de adelantar mucho en poco tiempo.* — Refiere el V. Taulero [58], que preguntada una santa doncella por qué medios había llegado a tanta perfección, respondió con humilde obediencia que por estos diez: 1.º, dijo, «en viendo que me buscaba en algo, al punto me dejaba a mí misma; 2.º, no me excusaba de lo que falsamente de mí se decía; mas dejaba siempre a la verdad que volviese por mí; 3.º, siempre procuré la pobreza; y me aparté del consuelo de las criaturas; 4.º, huí siempre de que me honrasen, pero donde me sucedía alguna afrenta, allí permanecía; 5.º, nunca vinieron sobre mí tantas penas, dolores y angustias, que no las desease mayores,

---

[57] *Aband.* l. 3, c. 3.
[58] *Inst.* c. 24.

aunque juzgándome indigna de ellas; 6.º, a ninguna luz ni a ninguna verdad infundida por Dios me asía, complaciéndome en ella; ni jamás quise descansar en los dones, sino sólo en el Dador de todos ellos; 7.º, continuamente me inclinaba con gran amor hacia aquel inmenso Bien, que es el mismo Dios; 8.º, cuando notaba que alguno decía o hacía algo contra la verdad, viendo el perpetuo daño que se causaba, corregía y reprendía sus defectos con pura dilección; 9.º, después de haber entrado por el camino de mi salvación nunca volví los ojos atrás para mirar a las inestables criaturas; 10.º, dentro y fuera me he ejercitado en modo excelentísimo en toda virtud; porque debajo del cielo, y en el cielo entre los ángeles y los santos, he vivido igualmente, como si fuera un honesto varón conocido en su familia; por lo cual todas las veces que me recojo a lo interior, hallo en mí misma la imagen de la Soberana Trinidad, en la cual conozco que somos una misma cosa con Dios. Y este conocimiento no es menor en mí que la noticia de todos mis miembros».—Y como le aconsejaran que en adelante se tratara con más blandura, a fin de que el debilitado cuerpo no pusiera impedimento alguno al espíritu, ella respondió: «No lo permita Dios... Cosa justísima es seguir hasta la muerte a mi Señor Jesucristo en toda pobreza, miseria, hambre, sed, frío, calor, penas e ignominias».

«El fin de toda perfección, prosigue Taulero [59], es unir el alma y todas sus potencias con Dios». Por lo cual, cada uno debe procurar apartar de su corazón cualquier afecto que de El lo separe a fin de conservarlo en verdadera pureza; limpiar su entendimiento de vanas fantasías, y levantarlo a la contemplación; preservar su voluntad de las solicitudes terrenas, y ejercitarla en santos y fervientes actos de amor al supremo Bien. No tenga apego a nada creado; y cualquiera suerte de bienes, así espirituales como temporales que tenga «con verdadera pobreza de espíritu los posea». Procure, además de esto, tener su memoria elevada a lo alto, y fíjela en aquel sumo, esencial e increado Bien, de tal suerte, que toda su alma con todas sus potencias y fuerzas, recogida en Dios, se haga un espíritu con El, y así por divina dilección suavemente duerma en la dulzura divina, y en aquella íntima quietud escuche lo que le hablare el Señor. Y luego que advierta que Dios le quiere llevar a cosas más íntimas y elevadas, dejando todas sus consideraciones y particulares ejercicios, pase, por un exceso de la mente, a la oscuridad de un erudito *silencio*; donde ya más adelante será llevada de Dios al conocimiento de su propia *nada* y de todas las criaturas en aquella sobresubstancial-indeficiente y paternal luz, en la cual verdaderísimamente está el mismo Dios... La principal causa de que tan pocos lleguen a este feliz estado, es el no perseverar en solicitarle. Los más gastan el tiempo y las fuerzas en medios de poco fruto; y pasan muchos años vanísimamente, sin aprovechar nada en el espíritu, y menospreciando miserablemente este bien incomparable».

[59] C. 25.

[4] *Compendio de la vida espiritual.*—«He aquí en pocas palabras, dice el B. Susón [60], los grados que debe recorrer el alma para llegar a su unión con Dios. Debe ante todo purificarse de todos los vicios, y apartarse generosamente de todos los placeres del mundo, para allegarse a Dios con continuas oraciones, con su aislamiento de todas las criaturas y con los santos ejercicios que de continuo sujetan la carne al espíritu. Y debe ofrecerse voluntaria y valerosamente a los dolores y a las innumerables pruebas que pueden venirle de Dios o de las criaturas. Luego debe imprimir en su corazón la Pasión de Jesucristo crucificado; grabar en su espíritu la dulzura de sus preceptos evangélicos, su humildad profunda y la pureza de su vida, a fin de amarlo e imitarlo: porque sólo en compañía de Jesús es como se puede pasar adelante y llegar a la vía unitiva. Para entrar en ésta, hay que dejar toda ocupación exterior, encerrarse en una paz silenciosa, resignarse en Dios de tal modo, que esté uno completamente muerto a sí mismo y a sus quereres, desear sobre todas las cosas la honra de Jesucristo y de su Padre y tener el mayor afecto a todos los hombres, amigos y enemigos. El que en un principio estaba en la vida activa, del todo ocupado con sus sentidos exteriores, deja estas operaciones, aplicándose a los ejercicios interiores de una sencilla contemplación, en que el espíritu va poco a poco llegando al abandono de las facultades naturales de su inteligencia y voluntad. Entonces comienza a experimentar interiormente una asistencia sobrenatural y divina, que le conduce a una más elevada perfección, quedando su espíritu libre de toda afición propia y de toda actividad natural de su entendimiento y voluntad. En este estado perfecto, libre el alma del peso de sus imperfecciones, elévase por la divina gracia a una luz interior, donde incesantemente goza de la abundancia de los consuelos celestiales, y donde aprende a conocer con sabiduría y ejecutar con prudencia cuanto piden la razón y Dios. Entonces el espíritu es arrebatado más allá de los tiempos y del espacio en una dulce y amorosa contemplación de Dios: pero aun no es éste el más alto grado, porque aquí se distingue de Dios todavía, y conoce las criaturas por su particular naturaleza. Quien sabe desprenderse aún más de sí mismo y penetrar más íntimamente en Dios, experimenta un rapto divino... por una gracia superior que arrastra su espíritu creado hacia el Increado... En esta situación el alma no conoce ya formas, ni imágenes ni multiplicidad: encuéntrase en un olvido e ignorancia de sí misma y de todas las criaturas, porque ya no ve, ni conoce ni siente más que a Dios: y así, sin ningún esfuerzo sin ningún cuidado, atraída por Dios sólo y confundida con El por su gracia, se eleva sobre sí misma y queda absorta y sepultada en el abismo de la Divinidad, donde gusta todas las delicias de la bienaventuranza. Pero, ¡ay!, todas mis palabras no son más que figuras e imágenes tan desproporcionadas con esa unión sublime, misteriosa e incomparable, que difieren de ella, como de la luz del sol la oscuridad de la noche».

[60] *Tr. de la unión* c. 7.

[5] *Las tres vías.*—«Para asemejar Dios al alma a Sí, dice el P. Tomás de Jesús [61], primero le quita las desemejanzas, que son los pecados, purgándola por contrición; luego la hace semejante adornándola con la perfección de las virtudes; y asemejada, la une y transforma en Sí mismo». Conforme a estos tres grados puso San Buenaventura tres operaciones de la gracia, que llama: *Vigor virtutis, splendor veritatis* y *fervor charitatis.* A la *vía purgativa* «pertenece purgar y perfeccionar el sentido, a la *iluminativa* la razón, a la *unitiva* el espíritu o mente, que es la parte superior del alma... El fin de la purgativa es la pureza del ánima, de la iluminativa la verdad, de la unitiva el amor. La purgativa se atribuye al Padre a quien se suele también atribuir el poder y la justicia; la iluminativa al Hijo, lo uno porque es la sabiduría del Padre, lo otro porque principalmente consiste esta vía en la imitación de Cristo; la unitiva al Espíritu Santo, cuyo efecto propio es ardor y fuego de caridad. En la purgativa se conoce el hombre a sí mismo, en la iluminativa conoce a Dios, en la unitiva trata de unirse y transformarse en El. Todos los ejercicios se reducen a estos tres puntos, como dice San Buenaventura: *Quién es Dios, y quién soy yo, y cómo seremos una misma cosa por amor*».

[61] *Tr. orac. ment.* c. 6.

CAPITULO II

La vía purgativa

§ I.—La purificación y la mortificación y abnegación.—La humildad, base de la santidad: la propia nada y el todo divino.—Necesidad que tenemos de abnegarnos y mortificar nuestro cuerpo.—Frutos de esta purgación activa.—El camino de la cruz.

Nuestra purificación consiste en limpiar bien los corazones de todas las manchas del pecado; en satisfacer por nuestras culpas y arrancar de raíz todas las malas inclinaciones, desterrando con ellas todo lo que pueda estorbarnos en el recto ejercicio de las virtudes, o impida en nosotros las operaciones de la gracia y comunicaciones del Espíritu Santo. De ahí la necesidad de mortificarnos para destruir o rectificar nuestros gustos depravados y de negarnos en todo y renunciar por completo a nosotros mismos—como llenos de vicios, flaquezas y engaños—para poder quedar renovados con la misma virtud, fortaleza y verdad de Dios, que nos libra de nuestras esclavitudes.

Para levantar el edificio de una santidad verdadera y sólida, es preciso asentar bien las bases de una profunda y sincera humildad, destruir el pernicioso amor propio, que todo lo corroe y lo vicia, y en todo nos engaña y nos ciega, haciendo que nos tengamos en algo, siendo pura nada (Gal. 6, 3); que presumamos de nuestro saber, poder y virtud, sin más títulos que nuestra ignorancia, fragilidad y miserias, y que, en fin, nos busquemos inconscientemente a nosotros mismos, aun cuando más creemos buscar tan sólo la gloria de Dios. Y como El resiste a los soberbios y da su gracia a los humildes (1 Petr. 5, 5; Iac. 4, 6; Prov. 3, 34), de ahí que con nuestra oculta presunción estemos siempre poniendo óbices a la amorosa acción del Espíritu Santo que trata de levantar el edificio espiritual sobre nuestra «nada», *creando* en nosotros un corazón puro y *creán-*

donos así en Jesucristo, en obras buenas. Preciso es reconocer la nada que de nosotros mismos somos, para que El venga a serlo *Todo*, llenando nuestro *vacío* con su *plenitud* [1]. Tenernos en algo es prescindir de El, cuando está morando en nosotros no sólo como *Consolador*, sino también como *Señor* y *Vivificador*, y por lo mismo es contristarle, resistirle, ahogarle y hacer que nos abandone. Para que El—como Espíritu de la Verdad que viene a santificarnos en la misma Verdad, que es la palabra de Dios (Io. 15, 26: 17, 17)—more y obre a su gusto en nuestra alma, debe encontrar la morada libre y *vacía*, y la vaciaremos reconociendo con sincera humildad nuestro *no ser*, nuestra *nada*, sobre la cual ha de obrar El, como *Ser* absoluto, y procurando proceder en todo conforme a esta convicción [2].

---

[1] «Bajad para que subáis, dice San Agustín (*Conf.* 4, c. 12), y subid tanto, que lleguéis hasta Dios; porque verdaderamente caísteis subiendo contra El.»

[2] «Has de saber, hija mía, dijo Nuestro Señor a Santa Catalina de Siena (cf. *Vida*, por el Beato RAIMUNDO, 1.ª p., 10), lo que eres tú y lo que soy Yo... Tú eres *la que no es*, y Yo soy *El que soy*. Si tu alma se penetra de esta verdad, jamás te engañará el enemigo, triunfarás de todos sus ardides, nada harás contra mis mandamientos, y adquirirás fácilmente la gracia, la verdad y la paz.» «Cuando el alma, dice la Santa a su vez (*Epíst.* 46)), advierte que por sí misma es *no ser*, y que obra como quien *no es*, conviene a saber el mal, luego se torna humilde ante Dios, y ante toda criatura por Dios, y conociendo que todo le viene de la divina liberalidad, va quedando llena de tanta bondad y justicia, que por amor de El y odio de sí, quiere tomar de sí misma venganza y que la tomen también todas las criaturas... Quien es anegado en este amor, ya no se ve a sí mismo, ni sus penas, ni advierte las injurias que se le hacen, pues sólo atiende a la gloria de Dios y a la salud de las almas. Y reputándose indigno de las dulzuras y consolaciones divinas, cuando Dios le visita le dice con San Pedro: *Apartaos, Señor, de mí, que soy hombre pecador.* Y entonces Jesucristo se le une más perfectamente y le hace pescador de almas.»

«En la humildad, observa la Beata Angela de Foligno (*Visiones e instruc.* c. 63), es donde hay que apoyarse y echar raíces, como miembros unidos a la cabeza, con unión verdadera y natural, si deseáis el descanso de vuestras almas... La condición de la paz es la humildad... Esta es una maravillosa y brillante luz que abre los ojos del alma sobre la nada del hombre y la inmensidad de Dios. Mientras más conozcáis su bondad inmensa, más conoceréis vuestra nada, y cuanto mejor veáis vuestra nada y la desnudez propia, tanto más se elevará en vuestra alma la alabanza del inefable: la humildad contempla la bondad divina, y hace que fluyan de Dios las gracias con que florecen las virtudes. La primera de éstas es el amor de Dios y del prójimo, y la luz de la humildad es la que da origen al amor. Viendo su nada, y a Dios inclinándose sobre esa nada, y las entrañas divinas estrechando esa nada, el alma se inflama, se transforma y adora... Cuando busco la fuente del silencio, la encuentro en el doble abismo, donde la Inmensi-

Sabiendo que en la vida espiritual nada absolutamente podemos sin El—que es nuestra vida y nuestra fortaleza—y que con El todo lo podemos, a El solo nos hemos de abandonar sin reserva, para no resistir ni en lo más mínimo a su acción amorosa, sino secundarla siempre con todas las veras y la energía que El mismo a ese efecto nos comunica.

Por eso cuando el alma empieza a sentir en sí un inmenso *vacío* que con nada creado se llena—por lo mismo que sólo Dios puede llenarlo—, es cuando de veras principia a dejarse en manos del divino Huésped, y así este *vacío espiritual* es el punto de partida de los admirables progresos de la vida mística. La sincera humildad es ya prenda de amor de Dios, porque es imagen de su Verdad y fruto de su Espíritu de temor y de ciencia y consejo y sabiduría [3], y así es como esa virtud cautiva y atrae los ojos divinos [4].

Siendo la perfecta unión con la voluntad divina la norma de nuestra vida espiritual y el norte seguro de sus progresos, debemos renunciar en todo a nuestros propios intereses, a nuestros medros personales, a nuestras miras humanas, a nuestros caprichos, gustos y comodidades y a la propia voluntad, sin tener ya otro deseo, otro gusto, ni otro querer ni no querer que el divino [5].

---

dad divina está frente a frente con la nada del hombre. Y la luz del doble abismo es la misma humildad. Humildad, luz, silencio, ¿qué camino lleva a vosotros sino el ya indicado? Os encuentra la oración, la oración ardiente, pura, continua, la oración hija de las entrañas.» En ella, en efecto, es donde nos conocemos, y conocemos a Dios, y vemos lo que nos falta, para estar conformes con El, y aprendemos a pedirle y procurar de veras el remedio de nuestra flaqueza. «El que sabe lo que le falta, dice San Agustín (*Spir. et litt.* 36, 64), ha hecho ya un gran progreso.» Por lo cual San Gregorio advierte (*Mor.* 22, 46), que «el primer grado del progreso consiste en alejarnos de nosotros mismos para acercarnos a Dios».

[3] «El humilde—decía la V. Mariana de Jesús—nunca es necio, ni el que es soberbio es discreto.» *El que se tiene en algo, siendo nada, a sí mismo se engaña*, advierte el Apóstol (Gal. 6, 3).

[4] Considerando por qué razón era Nuestro Señor tan amigo de la humildad, dice Santa Teresa (*Mor.* 6, c. 10), «púsoseme delante que es porque Dios es suma verdad; y la humildad es andar en verdad, que lo es muy grande no tener cosa buena de nosotros, sino la miseria y ser nada. Y quien esto no entiende, anda en mentira; y quien más lo entiende, agrada más a la suma verdad, porque anda en ella».

[5] «Se llega a Dios, dice el devoto P. Huby (*Maximes spir.* § 1), por el aniquilamiento de sí mismos. Manteneos tan abajo, que ya no os encontréis ni os veáis. Y a medida que desterréis de vosotros todo lo que no es Dios, quedaréis llenos de Dios... La práctica del perfecto

Quien esto hiciere, lo tiene ya casi todo logrado, pues con ello las almas quedan en todo poseídas del divino Espíritu, y así *reciben alas como de águila para volar sin cansancio y adelantar sin desfallecer*, ni tomar el menor reposo [6]. La condición para no retroceder en este camino es el progresar siempre, y para no desmayar, el mirar a lo mucho que aun falta y no fijarse nunca en lo andado, y para no cansarse, el apresurarse, violentándose a sí mismo, sin tomar en este viaje descanso ninguno.

El no ir adelante es volver atrás [7]. Por eso la abnegación

---

aniquilamiento consiste en morir enteramente a nosotros mismos y a todas nuestras propias operaciones para dar lugar a que Dios viva y obre en nosotros... ¡Oh rica nada! Mientras más se aniquile un alma, tanto más preciosa se hace... Cuanto menos tenga de humano, tanto más viene a tener de divino.» «Donde uno se busque a sí mismo, enseña el Kempis (l. 3, c. 5), decae en el amor de Dios.»

[6] *Assument pennas sicut aquilae, current et non laborabunt, ambulabunt et non deficient* (Is. 40, 31).—«Considera bien, hija mía estas palabras del Espíritu Santo, decía el Padre Eterno a Santa Magdalena de Pazzis (3.ª p., c. 2). Significan que, en esta escala, es más fácil y menos molesto correr y volar con rapidez que andar lentamente, porque en el camino espiritual no hay cosa que más fatigue que la pesadez y pereza. La gracia del Espíritu Santo no conoce dilaciones. *Nescit tarda molimina Spiritus Sancti gratia*, ha dicho uno de mis siervos (San Ambrosio)... Los que corren (¡oh, qué raros son!), están del todo muertos a sí mismos..., con una perfecta conformidad en mi voluntad: así me encuentran sin aparentar que me buscan, porque todas sus aficiones están concentradas en Mí... La rapidez del curso material está en proporción con la vitalidad del corredor. En este curso espiritual sucede lo contrario: es tanto más rápido cuanto más muertos están los corredores. Mas esta muerte es la verdadera vida, que les conduce hasta mi seno.»

[7] En este caminar hacia Dios nadie debe detenerse un punto, ni volver atrás la vista, ni menos figurarse que ya ha andado lo suficiente para ser viajero perfecto; porque el que se para, retrocede, como le sucedería a un barco navegando contra corriente; el que mira a lo andado, se desvanece y olvida lo mucho que aun le queda por andar; y el que se cree ya perfecto, por muy encumbrado que se halle, decae de su estado, que es el de una perfección progresiva.—«Quien no crece ni va adelante, dice Santa Catalina de Siena (*Ep.* 122), mengua y vuelve atrás».—«La vida interior, añade el V. Juan Taulero (*Inst.* c. 34), no consiente holgura ni admite ocio».—La virtud del hombre aquí abajo, observa el P. Weiss (*Apol.* 10; cf. 18), tiene un objeto, pero no un fin (BERNARD., *Ep.* 254, 2). Por consiguiente, nadie es perfecto si no quiere llegar a ser más perfecto... Los viajeros perfectos son únicamente aquellos que avanzan constantemente (AGUST., *Nat. et grat.* 12, 13). Nuestra perfección en la tierra consiste en un *progreso continuo*. Jamás debemos detenernos. Nada creado permanece en el mismo ser. Sólo Dios puede decir: *Soy Dios, y no cambio* (Mal. 3, 6). Pero en nosotros el cambio forma parte de nuestra naturaleza (AGUST., *Nat. boni*, 1;

que más debemos procurar y practicar siempre, junto con la del amor propio—para nunca volver la vista a nuestros gustos y comodidades—, es la de la propia voluntad, sabiendo que el colmo de la perfección es hacer en todo la divina, prosiguiendo firmes por los caminos de Dios, sin reparar en dificultades ni repugnancias; porque quien hiciere siempre la voluntad del Padre celestrial, ése entrará y será grande en el reino de los cielos (Mt. 7, 21; 12, 50).

Pero como a este sacrificio del amor propio y propia voluntad se oponen todas nuestras inclinaciones, por lo mismo que todas ellas están más o menos desordenadas o viciadas, de ahí la necesidad de mortificarlas y negarnos en todas sin exceptuar ninguna, pues un hilito de la menor afición propia que nos deje atados a la tierra basta para impedirnos volar al cielo: si no le rompemos, es como si fuera un cable.

De ahí la gran necesidad de mortificar todas nuestras pasiones e inclinaciones, que tan desordenadas se muestran, y de tener que apelar no sólo a la continua guarda y sujeción de los sentidos internos y externos, sino también a las mismas asperezas corporales, tan odiadas de los mundanos como amadas de los santos. ¿Con qué ardor no las buscaban éstos, crucificando sus cuerpos con ayunos, vigilias, cilicios, disciplinas y otros rigores y austeridades que con exquisita habilidad y disimulo se procuraban para domarlo con ese freno y tenerlo siempre a raya, a fin de que nunca «codiciara contra el espíritu», sino que en todo se le sometiera dócil? De este modo, negándole hasta las cosas más lícitas si no son necesarias para la vida o la salud, lo vencen y lo dominan, acostumbrándole a no inclinarse a lo ilícito. Así se purifican y enderezan y se consolidan en la virtud, a la vez que ofrecen a Dios un grato sacrificio expiatorio; que en el horno del dolor es donde se templan y se acrisolan las almas y se hacen dignas hostias, vivas, santas, agradables y capaces de conocer por experiencia cuál sea en cada caso la santa voluntad de Dios (Rom. 12, 1-2) [8]. Por eso todos los maes-

---

S. TH., 1, q. 9, a. 2). Así, pues, cambiamos en mejor o en peor, o bien avanzamos, o bien retrocedemos (BERNARD., *Ep.* 91, 3; DOROTEO, *Doct.* 12, 5). No avanzar significa retroceder. Desde que uno deja de avanzar, inmediatamente retrocede» (LEÓN M., *Serm.* 60, 8; AGUST., *Serm.* 169, 18; Ps. 69, 8; BERNARD., *Ep.* 254, 4; 385, 1; *Diver. serm.* 35, 2).

[8] Cf. S. Th., *in h. l.*—*Tamquam aurum in fornace probavit illos, et quasi holocausti hostiam accepit illos... Fulgebunt iusti... Iudicabunt nationes* (Sap. 3, 6-8).—«El dolor, dice Bellamy (*La vie surnat.* 2.ª ed., p. 11), es el aprendizaje natural de la generosidad y del sacrificio; porque pone en juego todos los resortes de la voluntad después de

tros de espíritu a una les aconsejan que nunca se fíen de un director enemigo de las penitencias corporales; porque este tal juzgaría según la carne y no según el espíritu [9].

Cierto que esta mortificación exterior no es la más esencial, ni siempre se ha de emplear con la misma aspereza. Puesto que se ordena a la interior, debe aplicarse en la medida que contribuya a fomentarla y favorecer así el progreso, y nunca de modo que lo impida. Por eso hacen muy mal los que ponen todo su cuidado en matarse con austeridades, como si con sólo eso fueran perfectos, y lo que hacen es convertirlas en pábulo de vanidad e incapacitarse para toda obra buena, y así, creyéndose mejores que nadie, andan llenos de orgullo, de impaciencia y de envidia, con lo cual, en vez de adelantar, van retrocediendo y empeorando siempre. Estos son unos pobres ilusos, que abandonan el fin por los medios [10].

Pero con ser *medios*, no por eso dejan de ser casi siempre indispensables, si bien regulados en orden al *fin*. Un cuerpo débil, enfermizo o bien domado y oprimido con trabajos necesi-

---

comprimirlos... El sufrimiento da a las almas el temple necesario para los combates de la vida. Es en sí una prueba, como puede ser un castigo. Perfecciona la virtud, como expía el crimen. Suponer (con Bayo) que es necesariamente de carácter expiatorio, es falsear su naturaleza y su alcance.

[9] «El cuerpo purificado por los sufrimientos, advierte Santa Catalina de Génova (*Diál.* 3, 10), no usará ya de regalos, sino en perfecta conformidad con el querer divino. Poco a poco va agotándose en él la vida sensual; y a las imperfecciones que antes se mezclaban en el comer, beber, obrar, dormir y descansar, sucede una renuncia severa y absoluta, y cuando llegue a su término, después de haber trabajado como siervo fiel (Mt. 25), podrá el alma presentarlo como una hostia consumida en el sacrificio. Y ella misma será transfigurada en esta continua inmolación que la identifica, no menos que al cuerpo, con la Hostia del Calvario. Sumérgese, en cierto modo, en la sangre de la víctima, que ella misma hizo correr con la mortificación, convirtiéndola en baño de inocencia, y espera tranquila la hora suprema que debe juntarla con Dios para siempre, mientras el cuerpo aguarda en la tumba a su feliz resurrección.»

[10] No ha querido Dios, observa Santa Catalina de Siena (*Epist.* 173), «que se use de la penitencia más que como instrumento. Muchos penitentes he visto que no eran pacientes ni obedientes, porque trataban de matar el cuerpo y no la voluntad; a esto lleva la indiscreción, y el hacer la penitencia al propio arbitrio, y no según el parecer de otros. Indiscretamente quieren medir todos los cuerpos con una misma medida; si los quieren apartar de esto, resisten con dureza. Y con esta perversa voluntad, en el tiempo de la prueba, de una tentación o de una injuria, se muestran más flacos que una paja. Porque en su mortificación no aprendieron a refrenar sus pasiones».

tará muchas menos asperezas que uno descansado, robusto, indómito o mal domado, y tan débil y abatido puede estar, que sólo le servirían muchas veces de impedimento o de objeto de vanagloria. Mas según la salud las permita y hagan falta, todos debemos emplearlas y aun empezar por ellas, pues quien no avasalla un cuerpo indómito, mal tratará de domar los apetitos internos que no chocan tanto, y que son aún más difíciles de dominar [11].

Por eso todos los santos, como juzgaban según el espíritu, las abrazaban con tanto ardor, porque a ello les movía aquel temor saludable que es principio de la sabiduría (Prov. 1, 7; Eccli. 1, 16; Ps. 110, 10). En ellas ven un medio de satisfacer por las faltas pasadas y de precaver las futuras y de prepararse para la divina unión [12]. Con ellas empiezan a vencerse a sí mismos, a purificar y rectificar la naturaleza viciada, a arrancar los malos hábitos e implantar en su lugar virtudes, y, en suma, a negarse en todo lo que ven que desagrada a Dios, para lograr hacer más fielmente lo que le agrada, por molesto que sea. De este modo, viviendo no conforme a los gustos y pareceres del mundo, sino según los de Dios, preparan el alma para no sofocar, sino fomentar cuanto pueda el desarrollo de la vida sobrenatural. Y al ir comprendiendo cada vez mejor cuánto desagradan a Dios nuestras faltas e imperfecciones, se encienden en grandes deseos de aplacar a la divina Justicia, tomando por sus propias manos venganza de las culpas cometidas y ofreciéndose en sacrificio expiatorio para desagraviar a la suma Bondad. De ahí que, a medida que crecen en amor, se enciendan en nuevos

---

[11] «Quien mortifica la naturaleza y la tiene sometida en los límites de lo verdadero, dice el Beato Susón (*Unión* c. 2), bien pronto logra dirigirla como quiere, y la hace ejecutar con rectitud y sin flaqueza las obras exteriores. Mas quien se derrama en las cosas temporales, jamás podrá hacer nada bien. La pureza y la virtud perfeccionan y enriquecen la naturaleza.»

[12] El primer grado de la *vía purgativa* es *deploratio miseriae, et imploratio divinae misericordiae*; dolerse y arrepentirse de los pecados y pedir a Dios perdón. Cuando la contrición es muy perfecta, dice el P. Tomás de Jesús (*Tr. oración ment.* c. 7), nace de ella un profundo *conocimiento* y *desprecio* de sí mismos, con que el hombre, si le fuera dado, se quisiera despedazar por satisfacer lo que ha ofendido a Dios». Y así «se trata como a un enemigo, no perdonando en cosa ninguna ni a su gusto, ni a su regalo, ni aun a su honra cuanto la divina ley lo consiente. Y haciéndose guerra en todo, mortifica todas las siniestras y malas inclinaciones». De ese conocimiento y desprecio viene el segundo grado, que es el *aniquilamiento*, y de aquí el tercero, que es el *amor* y *agradecimiento* a nuestro Redentor y el ardiente deseo de imitarle, con que se entra ya de lleno en la *vía iluminativa*.

deseos de reparar la mala correspondencia al Amado, y de abatir por completo lo que pueda ser causa de volverle a ofender [13].

Con ese vivo deseo, cuando las pobres almas aun no han recibido la suficiente luz de consejo y discreción, están muy expuestas—si se dejan llevar de ellos sin atender bastante a la obediencia que debe en todo moderarlos—a dar en el extremo de perjudicar gravemente la salud y hasta inutilizarse para todo [14]. Mas si son fieles y dóciles, pronto van adquiriendo la prudencia necesaria para conocer que Dios nos manda *mortificarnos*, no para *matarnos*, sino al contrario, para *vivificarnos*, destruyendo los gérmenes de corrupción y de muerte y renovando los de vida. Y por eso van prefiriendo cada vez más la mortificación interior; porque, tras de no acarrear peligros de la salud ni ser ocasión de vanidad, en ella está todo el fomento de nuestra renovación espiritual. Así «la ley del Espíritu vivificador en Cristo Jesús las libra de la ley del pecado y de la muerte» (Rom. 8, 2).

Cuando el alma haya logrado ya renovarse hasta cambiar de vida, mortificar sus sentidos exteriores e interiores, renunciar a todas las vanidades mundanas y vencerse a sí misma —negándose y tomando sinceramente su cruz para en ella crucificar todo afecto pecaminoso, todo el *corpus peccati*, y seguir de veras a Jesucristo—luego empieza a saborear los frutos de

[13] «El amor de Dios, decía Santa Catalina de Siena (*Vida* 1.ª p., 10), engendra naturalmente el odio del pecado, y cuando el alma ve que el germen del pecado está en la parte sensitiva y allí echa raíces, no puede menos de aborrecerla y esforzarse, no en destruirla, sino en aniquilar el vicio que en ella está; lo cual no puede lograr sin grandes trabajos ni mortificaciones... ¡Oh hijos míos!, tened este santo odio de vosotros mismos... Este odio os hará humildes, os dará paciencia en los trabajos, moderación en la prosperidad, circunspección en vuestra conducta; os hará amables a Dios y a los hombres... ¡Desdichada el alma que no tiene este santo odio!, pues donde no lo hay, necesariamente reina el amor propio, causa de todo pecado y fuente de todos los vicios.»

[14] Santa Brígida (*Revel.* l. 4, c. 2) oyó de labios de la gloriosa virgen y mártir Santa Inés estos consejos: «Sé fiel, y no retrocedas más de lo justo. No debes, por querer imitar a otros, emprender lo que excede tus fuerzas; pues Dios quiere que en todo se guarde discreción y medida. Mas el enemigo sugiere a veces ayunar más de lo que se puede y aspirar a imposibles, para que, continuando por vergüenza en lo mal emprendido, se desfallezca más pronto por propia flaqueza. Atiende al consejo de personas timoratas, y no quieras pasar por lo que no eres, ni envidies lo que no puedes. Algunos llegan hasta el error de creer que con sus propios méritos han de alcanzar el cielo, y con sus obras satisfacer dignamente por sus pecados.»

estas primeras victorias, sintiéndose con tanto fervor, consuelo, suavidad y dulzuras, que le hacen desabrido y amargo todo lo terreno. Y es porque, para mejor desprenderla de las cosas del mundo, el «Padre de las misericordias y Dios de toda consolación» la regala como a niña delicada, y la atrae hacia Sí con los suaves lazos de un amor tan tierno y tan deleitoso, que ella, al gustar un sabor tan exquisito en las cosas de Dios, no sentirá sino hastío, repugnancia, asco y horror a todos los gustos mundanos [15].

Entonces, como hija mimada de Dios, empieza ya a ver de algún modo y sentir por experiencia cuán verdaderamente felices son los pobres de espíritu, que en sólo Dios tienen su tesoro y su corazón; los mansos como el divino Maestro, que logran dominarse y ser señores de sí mismos; los pacíficos, que recibieron la paz divina del cielo, en la cual mora el Espíritu Santo, atestiguándoles que son hijos de Dios [16]; los misericordiosos que así encuentran la divina misericordia; los que tienen hambre y sed de la justicia, pues de tal modo se sacian en la fuente de la vida eterna, que les hace amargo todo lo transitorio [17], y los mismos que lloran y padecen injusta persecución, pues reciben ya los consuelos del Reino, y sobre todo los limpios de corazón, porque, viendo a Dios, nada les puede faltar. ¡Oh si los mundanos supieran cuán sabrosos son los frutos de la cruz y cuán dulce es gustar en secreto del *don divino!*... ¡Cómo abandonarían entonces sus miserables pasatiempos, y se apre-

---

[15] «Quam suave mihi subito factum est carere suavitatibus nugarum! et quas amittere metus fuerat, iam dimittere gaudium erat. Eiiciebas enim eas a me, vera tu et summa suavitas: eiiciebas, et introibas pro eis omni voluptate dulcior... Iam liber erat animus meus a curibus mordacibus... et garriebam tibi claritati meae, et divitiis meis, et saluti meae, Domino Deo meo» (S. AGUST., *Conf.* l. 9, c. 1).

[16] «El divino Salvador, advierte Santa Magdalena de Pazzis (3.ª p., c. 4), nos ha dado la paz, pero no como la da el mundo... Aun en medio de las mayores aflicciones se gusta esta paz divina, porque el Espíritu Santo acaba de darnos testimonio de que somos hijos de Dios; lo que equivale a decir: *Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados*, no sólo en lo por venir, sino en lo presente; pues sus mismos lloros son un consuelo, así como la lucha que se sostiene por Dios es una verdadera paz.» Esta *paz*, que nos anunciaron los ángeles y que el Salvador nos trajo del cielo, es la verdadera *margarita preciosa*, y el *tesoro escondido*, que simbolizan el reino de Dios (Mt. 13, 44-46). En ella está la *fuente de agua viva*, porque en ella mora el Espíritu Santo.—*Factus est in pace locus eius* (Ps. 75, 3).

[17] «Qui biberit ex aqua, quam ego dabo ci, non sitiet in aeternum: sed aqua quam ego dabo ei, fict in eo fons aquae salientis in vitam aeternam» (Io. 4, 13-14).

surarían a trocarlo todo por los inestimables tesoros que se ocultan en las *bienaventuranzas!* [1].

Mas para que esta felicidad sea duradera y se perfeccione y acreciente de continuo, es necesario aprender bien de una vez y poner finalmente por obra la primera y compendiosa lección de los seguidores de Cristo: «Si alguien quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cuotidiana y sígame» (Lc. 9, 23; Mt. 16, 24). En negarse uno constantemente a sí mismo, para seguir en todo con perfecta docilidad las mociones del Espíritu de Jesús, está compendiado todo el fomento de la vida espiritual: quien en esto sea fiel, en breve hará grandísimos progresos; quien no lo sea, por mucho que trabaje en otras cosas, irá muy despacio, si es que no se estaciona y retrocede, pues, como dice Kempis (l. 1, c. 25): *Tanto aprovecharás, cuanta sea la violencia que te hicieres.* Y quien no se hace violencia, no puede menos de decaer por el peso de su propia fragilidad [18]. Al contrario, según nos violentemos por corregir

---

[18] «Querría yo persuadir a los espirituales, escribe San Juan de la Cruz (*Subida* 2, c. 7), cómo este camino de Dios no consiste en multiplicidad de consideraciones, ni modos, ni gustos, aunque sea necesario a los principiantes, sino en una sola cosa necesaria, que es *saberse negar de veras,* según lo interior y exterior, dándose al padecer por Cristo, y *aniquilarse en todo.* Porque ejercitándose en esto, todo esotro y más que ello se obra y se halla aquí. Y si de este ejercicio hay falta, que es el total y la raíz de las virtudes, todas esotras maneras es andar por las ramas y no aprovechar, aunque tengan muy altas consideraciones y comunicaciones. Porque el aprovechar no se halla sino imitando a Cristo.»

«El reino de los cielos, advierte San Agustín (*Manual* c. 16), padece la violencia de conquistarse con nuestras obras... No quiere menos precio que a ti mismo: tanto te ha de costar cuanto tú eres... Cristo se entregó a Sí mismo para ganarte a ti y hacerte reino de Dios Padre...: entrégate también tú a tu Dios, para que seas reino suyo, y no reine en tu cuerpo mortal el pecado, sino el Espíritu del Señor.» «Cuando te dejes a ti mismo en todas las cosas, dice Taulero (*Inst.* c. 14), otro tanto, y no más ni menos, entrará Dios con todas sus riquezas en lo más íntimo de tu alma; y cuanto mueras a ti mismo, tanto vivirá Dios dentro de ti. Cuanto tienes y puedes, gástalo, pues, todo en tu abnegación, y así, y no de otra manera, gozarás de verdadera paz.» «Fili, oportet te dare totum pro toto, et nihil tui ipsius esse» (KEMPIS, l. 3, c. 26). «Non potes perfectam possidere libertatem, nisi totaliter abneges temetipsum» (ib. l. 3, c. 32).

«Haz propósito firme de tener desde aquí lo amargo por dulce, y lo dulce por amargo, y verás la paz grande que posees; y espera la luz cuando estás en tinieblas, y las tinieblas cuando estás en luz» (LA FIGUERA, *Suma esp.* tr. 3, diál. 1). «Es preciso, decía la V. sor Bárbara (cf. *Vida*, por el P. ALVAREZ, 2.ª ed., p. 445), aborrecerse a sí mismo, para amarse bien; cegarse, para ver mejor; renunciar a la li-

nuestras imperfecciones, así nos dejaremos en manos del divino Espíritu para que a su gusto obre en nosotros y fructifique en abundancia toda suerte de virtudes y obras buenas; según sea nuestra abnegación, así será nuestra rectitud y pureza de intención y nuestra «solicitud y diligencia para proceder en todo dignamente, conservando y fomentando, con el vínculo de la paz, la unidad y uniformidad del espíritu, dejando ya de ser como niños volubles y caprichosos y procurando asemejarnos completamente al *Varón perfecto* [19]. Así es como *creceremos* según El en todo, y hasta contribuiremos, con el vigor de la caridad, a la edificación e incremento del cuerpo místico de la Iglesia; renovándonos siempre en el Espíritu que nos anima, y revistiéndonos más y más del hombre nuevo, hecho a imagen de Dios en verdadera justicia y santidad» (Eph. 4, 3-24). De este modo es como correremos por las sendas de la perfección evangélica, subiendo de virtud en virtud, para ser perfectos como el Padre celestial y poder ver a Dios en su monte santo.

Mas esto exige una extremada pureza, que nunca podríamos lograr con todos nuestros esfuerzos y que, por lo mismo, tiene que ser producida en nosotros por el fuego del Espíritu renovador [2].

APÉNDICE

[1] *La aniquilación y el engrandecimiento.*—«La humildad, dice Santa Magdalena de Pazzis [20], es como un imán por el cual el alma atrae a Dios hacia sí. Pues cuando El ve que el conocimiento de la propia nada le hace perder, por decirlo así, su propio ser, le comunica un ser nobilísimo y perfectísimo, un ser en cierto modo sin principio ni fin, un ser del todo divino, y que—Vos lo habéis dicho, Señor—no es otro sino el vuestro: *Quien se une a Dios hácese un espíritu con El*; no ciertamente por la identidad de naturaleza, sino por la unión de la voluntad; pues el alma unida a Vos de esta ma-

---

bertad, para ser libre; dejar las riquezas, para ser rico; padecer, para no padecer, y hacerse siempre guerra, para vivir en paz.»

[16] «El camino más corto y más seguro para llegar a la perfección, dice el P. Lallemant (*Doct.* pr. 3, c. 1, a. 2, § 2), es dedicarnos a la pureza de corazón más aún que al ejercicio de las virtudes; porque Dios está pronto a hacernos toda suerte de gracias con tal que no le pongamos obstáculos. Y purificando nuestro corazón es como quitamos todo lo que impide la operación divina. Así, quitados los impedimentos, son increíbles los efectos maravillosos que Dios obra en el alma.»

[20] 4.ª p., c. 23.

nera no tiene otro conocimiento ni otra voluntad que la vuestra; obra con Vos sin notar que obra por sí misma, de suerte que todo cuanto hace le parece venir de Vos más bien que de ella, aunque preste su concurso a la acción; pero su obra os pertenece más que a ella, porque Vos sois el principio, el medio y el fin, y vuestra gracia y vuestro amor es lo que principalmente obra en ella, aunque no sin ella. Cuando el alma llega a este grado de humildad complácese de tal modo en su *nada*, que la agranda para hacer en ella su habitual mansión. Mas la que no posea este anonadamiento, no puede aspirar a la unión divina; porque siendo Dios esencialmente dichoso en Sí mismo, y no necesitando de nada, si se uniese a un alma que no estuviese aniquilada totalmente, parecería necesitar de algo. En la creación del universo Dios trabajó sobre la nada, y de la nada sacó las criaturas, a que quiso unirse, dándoles el ser y la participación de sí mismo, según sus capacidades. Del mismo modo, para que se una de nuevo al alma y la colme de sus favores, es preciso también que vuelva a encontrar en ella la *nada*... De tal modo se complace Dios en un alma así aniquilada, que permanece continuamente unido a ella, y por esta unión le comunica, en cuanto la criatura es capaz, sus divinas perfecciones».

«El alma que ve su nada y sabe que todo su bien está en el Criador, decía Santa Catalina de Siena [21], se abandona tan perfectamente y se sumerge de tal modo en Dios, que toda su actividad a El se dirige y en El se ejercita. Ya no quiere salir más del centro donde ha hallado la perfección de la felicidad; y esta unión de amor, que cada día aumenta, la transforma en Dios, por decirlo así, de tal modo, que no puede tener otros pensamientos, ni otros deseos, ni otro amor que El; pierde todos los recuerdos; nada ve sino en Dios, y no se acuerda de sí ni de las criaturas sino en El... Este es el legítimo amor que no puede perdernos, porque el alma sigue entonces la voluntad divina, y nada desea y nada hace fuera de Dios».

[2] *Ventajas de anonadarse y abnegarse.*—«Quien lo quiera ganar todo, que se aniquile y se desprenda de sí mismo y de todas las cosas. ¡Dichoso aquel que persevera en este camino! ¡Con qué facilidad podrá elevarse a las cosas celestes!» [22] «¿Quién podrá explicar jamás, añade el mismo Beato [23], los inestimables tesoros que están encerrados en esa convicción íntima de nuestra *nada?*... Un solo año pasado en este aniquilamiento vale más que cincuenta de una vida religiosa disipada y hecha estéril con la ignorancia de sí mismos. ¿De qué os servirán las penitencias, los cilicios, los ayunos a pan y agua, los estudios, las peregrinaciones y todas las demás obras exteriores sin el *non sum?* Este es el más corto camino para llegar al cielo».

«De esta santa consideración y convicción de la propia nada, dice Blosio [24], depende toda la salud del hombre.—«Sin un continuo y di-

[21] *Vida* 1.ª p., 10.
[22] Beato Susón, *Unión del alma* c. 2.
[23] *Disc. spir.* 1.
[24] *Inst.* c. 2, § 4-5.

ligente estudio de la mortificación y abnegación, no es posible aprovechar en ninguna parte. En la verdadera y total mortificación se oculta el verdadero y gozosísimo camino. Quien siempre está muriendo a sí mismo, siempre comienza a vivir con nueva vida en Dios; a quien no se le puede ofrecer nada más grato que la resignación de la propia voluntad, por lo mismo que no hay cosa más estimada del hombre... No podrá sentir perfectamente a Dios en el fondo de su alma, mientras no muera cuanto haya de desordenado. Esta mortificación en un principio es ciertamente difícil y molesta, más perseverando en ella varonilmente, luego, con la ayuda de Dios, se hace del todo fácil y sumamente amable».

«El hábito de negarse y morir a sí mismos, observa el P. Grou [25], va haciéndose cada vez más fácil, y al cabo de cierto tiempo se maravilla uno de ver que ya no le cuesta ningún trabajo lo que antes le parecía intolerable y tanto nos asustaba. La causa de que tan duros sean de llevar los desprecios, las calumnias y las humillaciones, es nuestro orgullo... : he aquí lo que nos agita, nos indigna y nos hace amarga e insoportable la vida. Trabajando, pues, seriamente por aniquilarnos, no dando ningún pábulo al orgullo ni al amor propio, y aceptando de corazón las pequeñas contradicciones, venimos poco a poco a no inquietarnos por lo que se piensa o se dice de nosotros, ni por el modo como se nos trata».

§ II.—Las purgaciones pasivas.—Su razón de ser: diversidad y orden.—La pureza de corazón y la iluminación.—La paz de los hijos de Dios.—La fidelidad y sus pruebas; la leche de la infancia y los alimentos varoniles; las impurezas del amor propio y la privación de luz y consuelos.

Como nuestra pobre naturaleza se encuentra tan gravemente llagada y viciada, y su mal es tan extenso y tan hondo que todo lo invade y penetra hasta lo más íntimo, de ahí que, para «expurgar de nosotros todo fermento de maldad e iniquidad y convertirnos en ácimos de sinceridad y de verdad» (1 Cor. 5, 7-8); para curar nuestros vicios, desarraigar las malas inclinaciones, ordenar todo lo que está desordenado y restituirnos a la primitiva rectitud y pureza, no nos basten todas nuestras mortificaciones y abnegaciones; es preciso que nos abandonemos sin reserva a la acción divina, para que el fuego del Espíritu Santo nos purifique y renueve según es menester para la perfecta unión con Dios. Las purgaciones que necesitamos deben penetrar hasta el fondo mismo del alma y extenderse a todo, ya que

[25] *Manuel* p. 163.

a todo alcanzó el desorden de la culpa, y tienen que ser tanto más variadas y enérgicas, cuanto más numerosas y más fuertes sean las malas inclinaciones; tanto más violentas y dolorosas, cuanto mayor sea la gravedad y el número de las propias faltas, y, en fin, tanto más delicadas e íntimas, cuanto más honda esté la raíz del mal. Y como la mala inclinación y la falta de rectitud y pureza llegan hasta lo más profundo y oculto, para restablecer éstas y desarraigar bien aquélla no bastan ni pueden bastar todos nuestros esfuerzos, diligencias, cuidados, mortificaciones y penitencias imaginables, pues hasta somos incapaces de conocer la grandeza del mal y, por tanto, de descubrirlo todo y buscarle el debido remedio.

Por aquí se ve cuán descaminados andan los que con sola su industria, y sin contar con auxilios de nadie, pretenden restablecer el orden y llegar a la perfección: lo que hacen es aumentar el desorden, cerrando los ojos al mal y llenándose de presunción y soberbia.

Hasta en las cosas que nos parecen más puras, rectas y santas, cometemos mil imperfecciones inadvertidas, las cuales de ningún modo podríamos descubrir sin una luz superior, ni menos corregir, sin una fuerza superior que venga en nuestra ayuda. Y como nada viciado ni manchado puede juntarse, sin desdecir, chocar y repugnar, con la suma Pureza, Santidad y Justicia, de ahí que, para llegar a la perfecta unión y a la divina perfección, sea menester que el mismo Dios ponga mano en la obra de nuestra purificación y rehabilitación. Así, de poco nos servirían todas las mortificaciones y purgaciones *activas* que nosotros emprendemos, si El mismo no las perfeccionara y completara con las *pasivas* a que nos somete en su misericordia, pues éstas son las que alcanzan hasta lo más hondo, y nos descubren y corrigen innumerables faltas e imperfecciones que nosotros ni aun podríamos notar, cuanto menos remediar. El mismo Dios piadosamente se las oculta a las almas muy fervorosas, a fin de que no se dejen abatir ni se desalienten, y sólo se las descubre por grados, a medida que necesitan purificarse y someterse a nuevas pruebas[26].

[26] «El alma penetrada de los sentimientos del amor puro es, dice Santa Catalina de Génova (*Diál.* 3, 8), tan delicada y sensible, que no podría tolerar ni la sombra de un defecto. La vista de la menor imperfección sería para ella tan insoportable como la del infierno mismo. Por eso Dios le oculta en parte las malas inclinaciones a que el hombre está sujeto; pues si viera claramente el estado de depravación a que nos redujo el pecado, se desalentaría. No le descubre sus

Estas *purgaciones pasivas* se dividen en *sensibles* y *espirituales*, según que se refieran principalmente al cuerpo y a la naturaleza sensitiva—para sujetarla a la razón—o bien a lo más profundo del alma y de la vida que llamamos racional para sujetarla al Espíritu. Las primeras deben preceder y acompañar a la *iluminación*, así como ésta en parte precede y en parte acompaña a la perfecta *unión* [27]. Las segundas empiezan de lleno después de la *unión imperfecta* o *conformativa*, debiendo preceder siempre a la *unión perfecta*, o *transformativa*, del *matrimonio espiritual*. De ahí que las tres vías llamadas *purgativa*, *iluminativa* y *unitiva*, o mejor dicho, estas tres fases o secciones del camino de la perfección, no estén del todo deslindadas, sino que se compenetren, aunque en cada momento predomine una de las tres.

Los que, con Rousseau, se quejan de que Dios no se haya dignado hablarles a ellos mismos, como a los profetas, por cierto que, en su ciega presunción, no sueñan siquiera en las difíciles pruebas a que necesitan someterse y ser sometidos para poder oír con fruto la voz divina [28]. Nadie puede ver a Dios, ni aun oír su divina voz, sin morir a sí mismo (Ex. 33, 20).

Para ser iluminados hay que acercarse al mismo Dios en la santidad y pureza de vida, y para llegarse a El hay que descalzarse, como Moisés, o sea desnudarse de los viles afectos terrenos. Mas no basta haberse purgado ya de algún modo de las inclinaciones groseras del «hombre animal»: para oír la voz de Dios en el fondo de nuestras conciencias y recibir las luces divinas como conviene, se necesita gran recogimiento y atención, y una sencillez y pureza sobrehumanas [29]. Dios lleva

---

flaquezas sino, en cierto modo, una a una; y el horror que le causan a la luz de la divina justicia, le obliga a decir muchas veces con el profeta: *Dignaos, Señor, librarme. Guardadme y dadme la salud* (Ps. 39). Si creyera haber contraído la menor mancha, aunque involuntariamente, no descansaría hasta purificarse de ella con las más rudas penitencias.»

[27] «Esta *iluminación* de que aquí se trata, observa el P. Weiss (*Apol.* 10, cf. 18), no es sólo de la inteligencia, sino de todo el hombre.» El pecado es el que constituye las tinieblas propiamente dichas, del mismo modo que la luz verdadera es la luz de la justicia. Quien está separado de Dios, no puede conocerse a sí mismo, ni conoce el camino que conduce a la paz, y mientras no se acerque uno a Dios, permanecerá en tinieblas (S. GREG. M., *Mor.* 5, 12-13; 11, 58; 29, 32). Cuanto más aumente nuestra caridad, más aumentan las luces de nuestra inteligencia (S. GREG. NAC., *Or.* 40, 5).

[28] Cf. Sap. 1, 3-5.

[29] «Simplicitas debet esse in intentione, puritas in affectione. Sim-

el alma a la soledad para hablarle al corazón (Os. 2, 14), y esta alma debe ser del todo pura y sencilla, y estar recogida y atenta para sentir y entender ese divino lenguaje. Debe huir de «el mundanal ruido» de las criaturas, de todo el tumulto de las pasiones y los vanos cuidados terrenos, y hasta de sí misma, desnudando su imaginación y memoria de todo recuerdo y pensamiento humano, si quiere sentir aquel suave y silencioso *susurro* del divino Espíritu, que nos está hablando la *palabra escondida* (Iob 4, 12); y a la vez debe tener una rectitud de intención, unos ojos tan limpios y cándidos, que toda sea transparente y sin la menor doblez para que no se repliegue sobre sí misma, atribuyéndose nada de lo que Dios dice y obra en ella; porque esto sería el «mal ojo», el *oculus nequam,* del amor propio, que todo lo vicia y lo pervierte, volviéndolo tenebroso [30], mientras con el ojo sencillo todo queda «iluminado» (Mt. 6, 22-23; Lc. 11, 34-36) [31].

Mas este profundo recogimiento y esta extremada pureza, rectitud y simplicidad que son menester para quedar inundados de la luz divina y poder notar nuestras imperfecciones, no puede ser obra sino del mismo Dios en nosotros: El solo, que posee esas perfecciones por esencia, puede comunicárnoslas en el grado preciso [32].

---

plicitas intendit Deum, puritas apprehendit eum, et gustat... Si rectum esset cor tuum, tunc omnis creatura speculum vitae, et liber sanctae doctrinae esset... Cor purum penetrat caelum et infernum» (KEMPIS, l. 2, c. 4).

[30] Preguntaba Santa Catalina de Siena al Señor por qué no trataba ya tan familiarmente con los hombres. Y El le respondió: Porque no son bastante sencillos, y se apropiarían las luces y dones que yo les comunicase. En vez de oírme como Maestro, querrían que Yo les oyese como discípulo.

[31] Sin una perfecta sencillez y sinceridad en todo, sería imposible adelantar en las vías del Señor; pues el Espíritu de sabiduría huye del menor disfraz (Sap. 1, 5) y comunica sus secretos a los sencillos (Prov. 3, 32; 11, 20). Así, «el que anda con sencillez, camina con seguridad» (ib. 10, 9; 28, 18); pero «el de corazón doblado perecerá» (Os. 10, 2). Pues «el hombre de ánimo doble es inconstante en todos sus caminos» (Iac. 1, 8); mientras que «la justicia del hombre sencillo dirigirá sus pasos» (Prov. 11, 5).

[32] «El alma que quiere poseer la pureza, decía Nuestro Señor a Santa Magdalena de Pazzis (2.ª p., c. 15), debe estar del todo muerta y fuera de sí misma. No ha de tener entendimiento, ni ciencia, ni voluntad propia, es decir, que no debe entender, saber ni querer sino lo que Yo quiero. Preciso es que en todo y por todo pierda su ser para revestirse, en cuanto es posible, del mío, y que muera completamente en sí misma para no vivir sino en Mí, que soy su Creador y su Dios. Las almas de este temple con razón son llamadas ángeles terrestres, por

Entonces, a esa luz, el alma descubre cómo de suyo no es más que un abismo de maldad, de nada, obscuridad y miserias, y que si algo tiene de bueno, todo es pura misericordia divina, y se enciende en vivos deseos de unirse para siempre a aquel sumo Bien, en quien está la fuente de todas las perfecciones y que en Sí encierra todos los tesoros de luz y bondad, de sabiduría y hermosura. Pero al mismo tiempo vese llena de innumerables faltas o imperfecciones que antes no advertía o que le parecían muy pequeñas—porque no tenía ojos para verlas o porque lo eran sólo en comparación de las que llamamos graves—, pero que en sí resultan enormes en presencia de la Santidad infinita, y no pueden menos de impedir la unión tan deseada. Vese aún llena de miras e intereses personales, y que todas sus intenciones, aun las más puras, sencillas y rectas le parecían estaban envueltas en repliegues inconscientes de amor propio... Y comprende que, para *simplificarse* de veras y purificarse de modo que pueda unirse a la plena Santidad y Justicia, necesita un terrible purgatorio en esta vida o en la otra [33]. Y el ansia ardiente que tiene de unirse a su Dios cuanto antes y verse libre de las miserias que la afean y de los defectos que a El tanto le desagradan la obliga a exclamar con ardor: «Pruébame, Señor, y tiéntame; abrasa mi corazón y mis entrañas. Y mira no quede en mí ningún germen de maldad, y que entre yo por tu camino recto» (Ps. 25, 2; 138, 23-24). Y así se somete gustosa a todas las pruebas que el Padre celestial quiera enviarle. Y si entre ellas se siente desfallecer, luego procurará resignarse, acudir a la oración y decir: «Hágase tu voluntad

---

causa de su gran pureza, pues poseen esta virtud en el grado más perfecto y sublime que es posible llegar en esta vida.»

[33] «Dios me hace ver, dice Santa Catalina de Génova (*Purgatorio* c. 8), que por su parte a nadie cierra las puertas del cielo, y todos los que quieren entrar, entran...; pero su divina Esencia es de una pureza tan grande y tan incomprensible, que el alma que en sí tiene *el más pequeño átomo de imperfección*, antes se precipitaría en mil infiernos que presentarse así ante tan santa Majestad. Por eso, viendo que el purgatorio fué establecido por Dios para purificar las almas de sus manchas, gustosa se arroja en él, y considera como una gran misericordia el encontrar ese medio de destruir el obstáculo que la impide echarse en los brazos divinos. El purgatorio es tal, que no hay lengua que de él pueda hablar dignamente, ni espíritu que pueda comprenderlo. Sólo veo que, en cuanto a la magnitud de la pena, iguala al infierno, y, sin embargo, el alma que tiene *la menor mancha* acepta esa pena como una gran misericordia de Dios y tiene a nada todo cuanto sufre, comparándolo con el dolor de las manchas que le impiden seguir los ímpetus de su amor.»

y no la mía. Santificado sea tu bendito nombre, y venga a mí tu deseado Reino». Y cobrando aliento, encendida en nuevas ansias de purificarse, dice: «Lávame más y más todas mis maldades, rocíame con tu Sangre, y quedaré más blanca que la nieve. Crea en mí un corazón puro y renueva en mis entrañas un espíritu recto. Pero no me arrojes de tu amorosa presencia ni me quites tu santo Espíritu» (Ps. 50). Ve con Santa Catalina de Siena [34] que *no podemos tener fuego sin sangre, ni sangre sin fuego*; es decir, ardiente caridad sin espíritu de sacrificio, como tampoco verdadera abnegación sin ferviente caridad. Y para llenarse de un amor fuerte como la muerte, que destierre el temor servil, trata de anegarse con la consideración y la imitación de los padecimientos de Cristo en aquella Sangre preciosa que borró nuestras maldades, nos reconcilió con Dios y nos dió poder para triunfar de todos nuestros enemigos [35].

---

[34] *Ep.* 52.

[35] «Volviónos a crear Dios por la gracia en su Sangre, dice Santa Catalina de Siena (Ep. 57). Y en la sangre hallamos la fuente de la misericordia; en la sangre, la clemencia; en la sangre, el fuego, y en la sangre, la piedad. En la sangre se hizo la justicia de nuestras culpas, y en la sangre se ablanda nuestra dureza, y las cosas amargas se vuelven dulces y las grandes y pesadas cargas se tornan ligeras, y porque en la sangre se maduran las virtudes, por eso el alma se embriaga y se anega en la sangre por honra de Dios.» «Embriaguémonos, añade (Ep. 58), con esta preciosa Sangre, y con afectuoso amor de virtud desearemos dar la sangre y la vida por amor de la vida. Con este deseo, en virtud de la sangre serán destruídas y quitadas de nosotros todas nuestras maldades y nada habrá que pueda estorbarnos ni quitarnos nuestra alegría. Esta Sangre nos hará llevar y sufrir todas las penas con santa paciencia, hasta gloriarnos con San Pablo en las tribulaciones, deseando conformarnos con Cristo crucificado y vestirnos de sus oprobios por la honra de Dios y por la salud de las almas. ¡Oh cuán dichosa es aquella alma que así dulcemente pasa este amor tempestuoso y las angustias del mundo con vigilia, con humildad y continua oración, encendida en el fuego, embriagada con el santo deseo y anegada en la Sangre de Cristo crucificado! Con esta Sangre, en lo último de nuestra vida recibiremos el fruto de nuestros trabajos. Esta Sangre quita toda pena y da todo deleite; priva al hombre de sí mismo y le hace encontrarse en Dios... Este tal no siente fatiga, porque tiene muerta la propia voluntad; y así en esta vida gustan las arras y gozos de la eterna. Siempre tiene paz y quietud, porque ha quitado de sí aquel enemigo que le daba guerra. Por tanto, debemos tener continuamente en la memoria aquella Sangre derramada con tanto fuego de amor... Bien gusta aquí la vida eterna este tal, viéndose por gracia y no por deuda haber recibido la vida de la Sangre, conformando su voluntad con la dulce voluntad de Dios.»

«Quiero, prosigue (Ep. 60), que seáis anegados en la Sangre del Hijo de Dios y abrasados en el fuego de la caridad divina; porque aquí se pierde todo temor servil y queda sólo el reverencial. Pues ¿qué

Mas antes de llegar a estas vivas ansias y a estos puros y ardientes deseos de nuevas purgaciones, por terribles y dolorosas que sean, necesita ser muy confortada y purificada con luces, regalos, consuelos y fervores sensibles, proporcionados a su condición habitual—que no se halla aún en estado de sentir las luces del todo espirituales—y debe esmerarse mucho en procurar la pureza de corazón para que, con el salutífero baño de aquella Sangre, que todo lo purifica, vigoriza y renueva, le sane el paladar de modo que pueda apreciar las dulzuras de la cruz, y así vaya cobrando cada vez más gusto a todo lo divino y más aversión a lo terreno, y se le alumbren los ojos de la inteligencia para descubrir y admirar las maravillas divinas y los infinitos tesoros de ciencia y sabiduría encerrados en Jesucristo (Col. 2, 2-3; Eph. 1, 17-20; 2, 19)[36].

---

pueden hacer en el mundo el demonio y sus siervos a quien se halle en este amor tan sin medida que se propone por objeto la Sangre de Cristo crucificado? Nada por cierto; antes son instrumentos para darnos y probarnos la virtud... Queriendo pena, tienes deleite, y queriendo deleite, tienes pena; por tanto, mejor nos es anegarnos en la Sangre de Cristo y matar en ella, sin compasión alguna, nuestras perversas voluntades, para conservar un corazón libre ante Dios. Entonces será colmado nuestro gozo y trabajaremos sin cansancio. Por ninguna obediencia que se nos imponga debemos sentir pena, sino deleite; porque ninguna puede apartarnos de Dios: antes nos hacen adquirir la paciencia y correr más aprisa a abrazarnos con la cruz... ¡Oh cuán deleitable sería ser perseguidos por Jesucristo crucificado! En esto quiero que os deleitéis, de cualquier modo que Dios os dé cruces y penas, no eligiéndolas vosotros a vuestro modo y parecer, sino al modo y parecer de quien os las da. Este es el camino que siguieron los santos...»

[36] «¡Oh gloriosa Sangre, exclama la misma Santa (Ep. 65), que nos das vida, que lo invisible nos lo hiciste visible, y nos manifestaste la misericordia divina, lavando el pecado de la desobediencia con la obediencia del Verbo de Dios!» «Si quieres conocer y contemplar mi Divinidad, decía la *Eterna Sabiduría* (c. 1-2) al Beato Susón, comienza a conocerme y amarme en los tormentos de mi dolorosa Humanidad.» «No se llega a las grandezas de mi Divinidad sino por las humillaciones de mi Humanidad. Quien pretenda elevarse sin la ayuda de mi Sangre, mientras más esfuerzos haga, más miserablemente cae en las tinieblas de la ignorancia. La puerta luminosa que tú deseas es mi Humanidad ensangrentada.» «No temas desfallecer, añade (c. 3), en el camino de mi cruz. A quien ama a Dios de todo corazón, la misma cruz se lo hace del todo tan ligero, tan fácil y tolerable, que ni siquiera se ve tentado a quejarse. *Nadie es tan consolado como quien comparte mi cruz*; pues mis dulzuras se derraman en abundancia en el alma que bebe en el cáliz de mis amarguras. Si la corteza es amarga, el fruto es dulcísimo; y no se sienten las penas cuando se piensa en el premio... Quien empieza a combatir conmigo, ya casi está victorioso.»

Santa Angela de Foligno (*Vis.* c. 47) vió cómo eran purificados

Cuando con la mortificación exterior e interior, la continua guarda de los sentidos y la vigilancia sobre los más íntimos movimientos y afectos parece que tiene ya bien dominadas las pasiones que nos avasallan y el mismo Dios la va confortando y purificando con ciertas luces y fervores sensibles, entonces, según queda dicho, casi llega a creer que lo tiene conseguido todo, y que ha alcanzado ya la perfección verdadera, pues empieza de algún modo a sentir las inefables dulzuras de la paz y de la gloriosa libertad de los hijos de Dios. Por experiencia, va conociendo cómo esa libertad consiste precisamente en romper los lazos de las pasiones y saber conformarse con la inefable norma del deber, cual es la voluntad divina; y así, llena de gozo, exclama con San Agustín: *¡Servir a Dios es reinar!* Pues con esa venturosa paz que los justos disfrutan, se sienten ya como verdaderos ciudadanos del pacífico Reino, donde Dios les trata como a hijos regalados, colmándoles de favores y adelantándose a darles gusto; ya que *cumple la voluntad de los que le temen, y escucha sus peticiones* (Ps. 144, 19). De ahí que las mismas penitencias y austeridades se les tornen sabrosas, por los dulces consuelos que traen y las amorosas y fervientes ansias que despiertan. Cada vez que por amor de Dios se vencen, gozan el fruto de la más difícil victoria, cual es la alcanzada sobre sí mismos. Por cada obstáculo que remueven, el divino Paráclito los enciende en nuevas llamas de caridad, y les va disponiendo en el corazón escalas de firmes propósitos, por donde, con nuevas y más vivas ansias y renovados esfuerzos, *subirán de virtud en virtud hasta ver a Dios en Sión* (Ps. 83. 6-8) [37].

---

sus hijos espirituales, y que Nuestro Señor les decía: «Yo soy Aquel que quita los pecados del mundo... Esta Sangre que veis es el baño de la purificación verdadera... Este Corazón es el lugar de vuestra morada. No temáis, hijos míos, manifestar con vuestras palabras y acciones esta verdad de mi camino y mi vida, que los malos combaten; pues Yo estoy siempre con vosotros para ayudaros y socorreros.» «Vi, añade, que esta purificación tenía tres grados, que consisten en evitar fácilmente el mal, practicar alegremente el bien y quedar por fin transformada el alma en Dios. En cada grado recibían aquéllos una hermosura singular. La del tercero era inefable: sólo puede decirse que se pierden de vista las almas de puro abismadas que están en Jesucristo, y sólo se ve a El, ora sufriendo, ora glorificado en ellas (cf. infra, c. 8, § 2).

[37] «La inflamación de amor, dice San Juan de la Cruz (*Noche*, l. 1, c. 11), comúnmente, a los principios no se siente... por la impureza del natural... Mas a veces con eso y sin eso comienza luego a sentirse alguna *ansia* de Dios, y cuanto más va, más se va sintiendo el alma

Entonces, «viniendo a ver las obras de Dios, que tales prodigios obra en la tierra» (Ps. 45, 9), y *gustando* y *viendo* por experiencia *cuán suave es el Señor,* comprenden que sólo puede ser *dichoso quien cifra en El sus esperanzas* (Ps. 33, 9). Y cobrando horror a los placeres del mundo, que antes les parecían tan gratos, sólo hallan sus delicias en buscar al único Amado y fiel Amador de sus almas, que las purifica y hermosea con sus divinas virtudes, y en vivir en la soledad donde puedan gozar siempre de aquel dulcísimo Bien «a solas sin testigo» [38]. Y al sentir allí sus inefables toques de amor y sus divinas ca-

aficionada e inflamada en amor de Dios, sin saber ni entender cómo le nace el tal amor y afición, sino que le parece crecer tanto en sí a veces esta llama e inflamación, que con ansias de amor desea a Dios; según David... lo dice de sí (Ps. 72, 21): «*Quia inflammatum est cor meum*...: Porque se inflamó mi corazón, también mis gustos y aficiones se mudaron; y yo fuí resuelto en nada, y no supe.» Porque, sin saber el alma por dónde va, se ve aniquilada acerca de todas las cosas de arriba y de abajo que solía gustar; y sólo se ve enamorada sin saber cómo. Y porque a veces crece mucho la inflamación de amor en el espíritu, son las ansias por Dios tan grandes en el alma, que parece se le secan los huesos en esta sed... La cual también David tenía y sentía cuando dice (Ps. 41, 3): *Sitivit anima mea ad Deum vivum*... La cual sed, por ser viva, podemos decir que mata de sed... A los principios, comúnmente no se siente este amor, sino la sequedad y el vacío, y entonces en lugar de este amor que después se va encendiendo, lo que trae el alma... es un ordinario cuidado y solicitud de Dios, con pena y recelo de que no le sirve: que no es para Dios poco agradable sacrificio ver andar el espíritu atribulado y solícito por su amor. Esta solicitud y cuidado pone en el alma aquella secreta contemplación, hasta que, habiendo purgado el sentido..., va encendiendo en el espíritu este amor divino.» «Es de notar, añade el mismo Santo (*Llama* canc. 3, v. 3), que estas cavernas de las potencias, cuando están purgadas y limpias de toda afición de criatura, no sienten el gran vacío de su profunda capacidad. Pero cuando están vacías y limpias, es intolerable la sed y hambre y ansia... Y este gran sentimiento comúnmente acaece hacia los fines de la iluminación y purificación del alma, antes de que llegue a unión perfecta, donde ya se satisface. Porque como el espiritual está vacío y purgado..., llega el penar y sed más que a morir; mayormente cuando por algunos visos o resquicios se le trasluce algún rayo divino y no se le comunica. Y éstos son los que penan con amor impaciente, que no pueden estar mucho sin recibir o morir.»

[38] «Dios mío, verdadera y perfectísima vida, de quien, por quien y en quien viven todas las cosas que verdaderamente viven...; de quien el apartarnos es caer, convertirnos a Vos es levantarnos, y permanecer en Vos es estar en pie firmes y seguros; Dios, a quien nadie pierde sino engañado, nadie busca sino advertido, nadie halla sino *purificado*: el *conoceros es vivir, serviros es reinar, alabaros es gozo y salud del alma*... Yo os suplico humildemente que arranquéis de mi alma todos los vicios y plantéis en ella todas las santas virtudes.» «Concededme... la pureza de corazón y alegría del alma para que, amándoos perfec-

ricias, derrítense en deseos de corresponderle, y comienzan antes de tiempo a cantar la amorosa canción de la esposa que tiene ya *su casa sosegada*. Quiere Dios que entonces empiecen a saborear los doce frutos de su Espíritu y a gozar de algún modo de las bienaventuranzas (Cant. 1, 3; 2, 3)[39].

Pero no suelen durar mucho esos fervores sensibles y esos regalos prematuros; que el celoso Amante de las almas, para poder comunicárseles de lleno y sin reserva, las quiere aun sin comparación más puras, y a fin de que lo sean, somete a duras y terribles pruebas la fidelidad y rectitud de intención con que le aman, y las hace pasar por fuego y por agua y sufrir otras purgaciones enérgicas para borrar y destruir las impurezas del amor propio que les impedían llegar al deseado refrigerio (Ps. 65, 12).

Esa alma, que por Dios suspira con tan dulce amor y lo busca con ansias tan fervorosas, que practica ya, al parecer con heroísmo, las virtudes cristianas, que subía por las sendas de la perfección a pasos agigantados, tan aprisa como si no anduviera, sino que volara; no volaba realmente, que no le habían aún nacido alas; era llevada en brazos como niña mimada o atraída con caricias. Dista mucho de ser perfecta: es todavía muy débil en la virtud. Su delicado estómago aun no resiste los nutritivos alimentos sólidos del varón perfecto, que son los grandes trabajos sufridos a secas y sin consuelo ninguno, sino

---

tamente y dignamente alabándoos, perciba, guste y experimente cuán dulce sois» (S. AGUSTÍN, *Medit.* c. 32-34).

39 «Las almas que se entregan a Dios plenamente, que le ofrecen todo su corazón y que no se dejan llevar del amor propio y del propio interés, ésas, dice el P. Grou (*Manuel* p. 46-47), desde el primer momento de su conversión, empiezan a gustar cuán bueno es Dios y cuán favorablemente acoge al pecador sinceramente convertido... Mas esta paz que el alma goza en un principio no es nada en comparación de la que Jesucristo le promete, aun en *esta misma vida*, si continúa siendo generosa y fiel. El término de la vida espiritual es una unión inmediata y central con Dios; y no sólo es *unión*, sino que es *transformación* y *unidad*; es la expresión de la adorable unidad que reina en las tres Personas divinas: así lo dijo expresamente Jesucristo en la última oración que por sus escogidos dirigió a su Padre... En el Apocalipsis expresa la íntima familiaridad de este comercio entre Dios y el alma, diciendo: *Cenaré con él y él conmigo*... El alimento del alma será el mismo de que Dios se sustenta. Dios pasará, pues, a su criatura y la criatura pasará a Dios, y tendrá una misma vida y un mismo principio de vida. He aquí lo que al alma se le promete ya desde aquí abajo, y lo que bajo el velo de la fe comienza a gozar... Esta comunicación es tal, que la misma alma que la experimenta ni la conoce ni podría concebirla.»

sólo por puro y desinteresado amor de Dios. Los consuelos y fervores sensibles en que abundaba, y con que todo se le hacía fácil, son la *leche de la infancia*, con que Dios la regalaba y la atraía a Sí para que fuese cobrando amor a las cosas de su divino servicio y horror y asco a los viles y engañosos gustos del mundo [40]. Si tanto huía de éste, y con tal ardor buscaba a Dios, era en gran parte, aunque ella no lo advirtiese, porque en las cosas divinas hallaba sin comparación mayores y más dulces consuelos (Cant. 1, 1-3); era por el sutil y disfrazado amor propio con que se buscaba a sí misma, buscando su propio gusto, y que le hacía no amar a Dios puramente por sí mismo, sino por sus dádivas [41]. Por otra parte, la misma facilidad que hallaba en las cosas de Dios y en la práctica de la virtud le era a veces motivo de una oculta presunción con que se tenía ya en algo, si es que no llegaba a preferirse a otros muchos más perfectos, que sirven a Dios con más trabajo y más mérito, por lo mismo que no gozan ya de estos fervorines.

Así, pues, cuando con la ayuda de éstos tienen las almas ya suficiente desapego del mundo y apego al divino servicio, y co-

[40] «Deseo veros—decía Santa Catalina de Siena (Ep. 106) al Beato Raimundo—hecho ya hombre varonil, y no niño que aun gusta de la leche de los consuelos; porque éste no está dispuesto a pelear por Dios. Quien aun está en amor propio, no se deleita en gustar otra cosa sino la leche de las propias consolaciones espirituales y temporales, entreteniéndose, como niño, con otros como él. Pero, cuando ya se ha hecho hombre, y ha dejado la ternura y el amor propio, come el pan con la boca del santo deseo, masticándolo con los dientes del odio y del amor, de tal manera, que cuanto es más duro, tanto más en él se deleita. Hecho fuerte, busca como tal la conversación de los fuertes..., corre juntamente con ellos a la batalla, y ya no se deleita en otra cosa sino en pelear por la verdad, gloriándose con San Pablo de sufrir por ella muchas tribulaciones... Estos tales relucen con las llagas de Jesucristo; y siguiendo su doctrina, están en el mar tempestuoso, y siempre tienen bonanza, y en la amargura hallan grandes dulzuras. Cuanto más despreciados son del mundo, tanto más perfectamente se recogen y unen con Dios; cuanto más perseguidos de la mentira, más se gozan en la verdad; y padeciendo hambre, desnudez, injurias y descortesías, más perfectamente engruesan con el manjar inmortal y son revestidos del fuego de la caridad, libres de la desnudez del amor propio, que priva de toda virtud: así en las ignominias y desprecios hallan su gloria.»

[41] «El asceta, dice Blosio (*Inst.* c. 12, § 3), no ha de buscar en los dones de Dios su propia conveniencia, sino sólo la gloria divina... Esté preparado siempre a carecer de los consuelos que Dios le da. Pero nunca rechace ni impida los dones de Dios, sino recíbalos con humildad y gratitud, admirando la bondad divina que a un tan indigno hace tales favores... Debe cuidar también no sea que con excesivas austeridades, tomadas a su arbitrio, ponga óbice a la gracia y a la operación de Dios.»

nocen que *su bien está en adherirse a Dios, y poner en él toda su esperanza* (Ps. 72, 28), entonces les conviene perderlos para acostumbrarse a amar al Señor con un amor más puro, firme y sincero. Y El, por su misma piedad, se les esconde para ver cómo le buscan a secas, sin ningún atractivo sensible. Y así, para que le busquen con más veras y le sirvan a propia costa, por puro amor y no con ánimo interesado, aunque ocultamente las atrae—y aun las tiene de la mano para que no caigan—las deja andar como por su pie, a solas, a obscuras y sin rumbo cierto (Cant. 3, 1-2) [42].

Entonces, ante esa novedad tan inesperada, se maravillan y desconciertan y no saben qué hacerse. Ven cuán difícil y molesto les es dar ya un solo paso, cuando poco antes corrían y casi volaban, pues no advierten que entonces eran llevados en brazos ajenos. A la hermosa y radiante luz que brillaba en sus almas, suceden espesas tinieblas; al ardiente fervor, una frialdad glacial. Todo se les hace difícil, y aun en las cosas más sencillas y entretenidas van sintiendo cada vez más repugnancia y hastío. Todo es aridez, desganas y aun aversión para lo que antes les era deleitoso: no tienen gracia para nada; todo cuanto ven les parece insoportable, y si se encierran en sí mismas se encuentran más insoportables aún que las muchas resistencias y contradicciones de fuera; pues en medio de aquellas tinieblas, cada vez más densas, y de la creciente aridez y dificultad para lo bueno, sólo ven destacarse la fealdad de las malas inclinaciones y el desorden de las pasiones, al parecer más indómitas que si nunca las hubieran domado. No aciertan a darse razón de lo que les pasa; es un desconcierto para ellas verse tan de repente caídas del altísimo estado en que se suponían, en la aparente miseria y desgracia en que se ven.

Temen si todo aquello sería una ilusión o un engaño del enemigo, si habrían aspirado a una vida para la que no eran llamadas, si Dios las desecha ya como indignas, si ya no podrá haber remedio para sus males... Y todo son temores y tristes pensamientos con que atormentan sus cabezas. Por mucho que reflexionan, no pueden comprender la causa de tal abandono

[42] «Quisiera que mis elegidos se convenciesen, decía el Señor a Santa Gertrudis (*Insinuat, seu Revel.* l. 3, c. 18), de que cuando más me agradan es cuando me sirven a sus expensas, es decir, cuando careciendo del sabor de la devoción, con todo perseveran fielmente en sus oraciones y buenas obras, confiando de mi piedad que se las aceptaré. Hay muchos que con el fervor y los consuelos perderían en mérito y no aprovecharían.»

y del rigor con que Dios las trata. Cuando empezaban a servirle y amarle de veras, ¡entonces es cuando las deja sepultadas en el olvido y entregadas a su propia flaqueza!... Temen si le habrán ofendido sin advertirlo, y vuelven y revuelven sus conciencias para ver en qué; y aun cuando no pueden ver nada claro, como se encuentran en tal desconcierto entre el desorden de las malas inclinaciones, creen que en todo consienten, que viven en pecado, y justamente están ya reprobadas. Mas el oculto amor de Dios las contiene para no caer en desesperación. Quieren volverse a El de veras, pero se encuentran sin valor ni fuerzas para nada, y además ven cerrados todos los caminos. La oración, que es el más derecho, y donde antes tenían sus delicias, les parece imposible: van a ella como a un martirio, pues no aciertan a tener allí ya ningún pensamiento santo, ni a sentir afectos que las alienten; antes se encuentran más tentadas y más a obscuras que nunca. Entonces es el lamentarse con el Profeta de los dolores: «¡Cómo ha cubierto el Señor de tinieblas a la hija de Sión y arrojado del cielo a la tierra a la escogida de Israel!... Ahora conozco mi pobreza en la vara de su indignación. Me amenazó y me trajo a las tinieblas y no a la luz... Me cercó de amarguras y trabajos... Agravó mis cadenas, cerró mis caminos con piedras cuadradas y todas mis sendas destruyó... ¡Aun cuando clame y ruegue, desecha mis clamores!... ¡Me aplastó y me desamparó; soy el escarnio y la irrisión de todos!... ¿Se frustrará mi fin y acabará mi esperanza? ¡Acuérdate, Señor, de mi pobreza y de mis amarguras! No apartaré de mí este recuerdo, y mi alma se deshará en penas... Mi suerte es el Señor, y en El esperaré. Bueno es para los que en El esperan y de verdad le buscan. Y bueno es esperar en silencio la salud de Dios... Me sentaré en soledad y callaré para siempre... Pero ¡ay!, ha puesto una nube por delante para que no pase tu oración...» (Thren. 2, 1; 3, 1-44). Así tienen que perseverar esforzándose y confiando un día y otro día, «con la boca puesta en el polvo y la lengua pegada al paladar», resignándose en la voluntad de Dios y esperando su misericordia. Y el que así perseverare hasta el fin, clamando con el corazón, ya que no puede con la lengua, ése será salvo; que *en el silencio y la esperanza está toda su fortaleza* [2].

§ III.—Terrible crisis y segregación.—Necesidad de un buen director y daños que causan los malos.—Las almas cobardes y las esforzadas; las tibias y las fervorosas, las interiores y las disipadas; temporal separación gratuita de siervos fieles en ascetas y contemplativos; la perfección y la vida mística.

En estas pruebas, si no hay quien con mucha prudencia dirija y con caridad anime a las pobres almas así atribuladas, como ellas no sean muy fieles y generosas, muy expuestas se hallan a ir poco a poco abandonando con especiosos pretextos el recurso a la oración, que es su *único recurso* [43]. Pues en vez de creerla tanto más meritoria cuanto más dificultosa, y tanto más necesaria cuanto mayor es la tentación, fácilmente se persuaden, con la molestia que allí sienten, que ese ejercicio no es ya para ellas y que sólo les sirve para ofender más a Dios [44]. Así es como tantos desgraciados la van dejando poco a poco para entregarse a otros ejercicios menos molestos, donde al fin acaban por disiparse y perder aquel oculto afecto que de continuo los atraía hacia Dios y que tanto los atormentaba o los tenía preocupados.

Bien conocen, o pueden por ahí conocer, por más que aun no comprendan bien esa íntima operación divina, que los está el Señor llamando a una vida más perfecta, más interior y mortificada, y que serán muy culpables ante El si, endurecido el corazón, se hacen sordos a tan fuerte y dulce llamamiento [45]. Por eso son inexcusables si le resisten o no quieren atender a esa misteriosa voz interior que con insistencia los llama [46], y ten-

---

[43] «Si deja la oración, que es la que ceba el amor divino, fácilmente sin ella podrá volverse de interior, exterior, y de exterior, relajado, y de relajado, perdido» (PALAFOX, *Varón de deseos* intr.).

[44] «Los que no están sobre aviso, decía Santa Catalina de Siena (*Vida* 1.ª p., 11), viéndose privados de los consuelos ordinarios, abandonan sus ejercicios espirituales... Por este camino desfallecen y regocijan a Satanás; el cual no desea otra cosa que desproveerlos de las armas de Jesucristo que los hacen invencibles. Cuando el cristiano se sienta entibiar, debe continuar sus ejercicios y aun multiplicarlos, en vez de abandonarlos.»

[45] A la V. Francisca del Santísimo Sacramento (*Vida* l. 2, c. 9, n. 27) se le apareció el alma de cierta señora, pidiéndole oraciones con extraños gemidos, y diciéndole que «estaba en grande purgatorio por no haber ejecutado unos vivos impulsos de ser religiosa.»

[46] «Cuando estoy en la oración, decía la V. Sor Bárbara (4 en. 1869; *Vida* p. 213, 4), a pesar de experimentar cada vez más sequedad, más tedio, más desolación, con todo siento yo una *inclinación* muy grande a hacer muchas mortificaciones... No me sé explicar: pero lo que yo

tando así a Dios, tendrán que ser excluídos de aquel divino y delicioso *descanso* con que El los convida (Ps. 94, 11; Hebr. 3, 12-19; 4, 1-11; cf. Mt. 11, 29).

Esta es la terrible crisis donde se decide la suerte de muchísimas almas que no sólo han sido llamadas a servir a Dios, sino que han tenido la suerte de gustar las dulzuras de su trato y sentarse a su mesa. Muchas son las que quieren acompañar a Jesús en los triunfos y consuelos, mas no en las penalidades, y ésas muy pronto lo pierden de vista: uniéndose a las turbas que por pura curiosidad le siguen, tan pronto lo aclaman como lo maldicen, o se avergüenzan de El y lo abandonan. A éstos, por más que a ciertas horas lo bendigan y alaben, no se comunicará íntimamente Aquel que conoce muy bien la inconstancia o doblez de sus corazones (Io. 2, 24). Hay que padecer con El, para ser con El glorificados; hay que acompañarle en todos sus caminos para poder gozar de su intimidad; hay que tomar su yugo, para hallar su descanso; hay que abrazar con amor las cruces cuotidianas y seguirle con resolución y perseverancia, para no andar nunca en tinieblas y tener siempre *luz de vida*; hay que seguir la *estrecha senda* de la mortificación y abnegación y *entrar por la angosta puerta* de una total renuncia a sí mismos, para poder vivir plenamente de Jesucristo. Los que quieran caminar—como vulgarmente y con mucha prudencia carnal se dice—«no por veredas extrañas, difíciles y *peligrosas*, sino por la *carretera*, por el camino llano y trillado», ésos, por muy seguros que se crean «huyendo de *singularidades* [47] y siguiendo la vía *ordinaria* por donde van los demás», no dejan de caminar a ciegas hacia su perdición; a ella conduce ese camino espacioso y tan trillado. Por eso nos manda Nuestro Señor entrar por la *angosta puerta* (Mt. 7, 13). Quien no se determina a pasar por ella, no se queje de no poder encontrar el místico reposo [48].

---

siento... es lo mismo que sentía cuando nuestro buen Dios me hizo la gracia de darme vocación al estado religioso; pues entonces, si no hubiera correspondido, no hubiera podido vivir... Es una fuerza que yo no puedo desentenderme de ella.»

[47] Esa «singularidad» que consiste en ser fieles en todo, aunque los demás no lo sean, es indispensable para agradar a Dios, por más que desagrade a los disolutos que la tildan de «rareza». Por eso dice San Bernardo que nadie sino el *singular* puede ser santo; puesto que no hay cosa más *rara* que la verdadera santidad.». La *singularidad* censurable es la que se sale de la ley para seguir el propio capricho.

[48] «Es ancho el camino que lleva al pecado, dice el P. Huby (*Maximes* § 15); porque se va por él concediendo toda libertad a los sen-

¡Muy angosta es la puerta y muy estrecho el camino que conduce a la vida, y por eso son tan pocos los que la encuentran! (Mt. 7, 14). Jesús mismo es esa puerta y ese camino: los que por El entran se salvan, hallan la abundancia, la amplitud y la libertad de los hijos de Dios y llegan a conocer los secretos del Padre (Io. 10, 9; 14, 6). Mas quien se resuelva a seguirle, debe abnegarse, tomar su cruz y morir a todo por El y su Evangelio: el que así muere, halla la verdadera vida; quien no, perecerá (Mc. 8, 34-35). Pues *el que ama su vida, la pierde,* y *el que* santamente *la aborrece en este mundo, la gana y conserva* (Io. 12, 25). Por eso quien no acepta de veras sus cruces para seguir valerosamente al Salvador, *no es digno de El* (Mt. 10, 38). Y *quien no renuncia a todo*—es decir, a todos sus apegos—, *no puede ser verdadero discípulo de Jesucristo* (Lc. 14, 33) [1].

Así es como tantos devotos, que oyen con gusto la palabra de Dios, pero sin generosidad bastante para practicarla como El les exige, acaban por ser del todo desechados o, al menos, excluídos de la íntima familiaridad divina. De este modo llevan siempre una vida tibia y lánguida, sirviendo a Dios como esclavos por puro temor, o como mercenarios, por el propio interés, más bien que por amor, como hijos [49]. En efecto, las al-

tidos y a la naturaleza. El que lleva a la perfección es estrecho, porque no se puede andar por él sino mortificando los sentidos y violentando las inclinaciones naturales... Mas esa vía ancha de la libertad de los sentidos conduce a un estado de esclavitud, de obscuridad y de miserias... Al contrario, por la estrecha vía de la mortificación se llega a una región dilatada, luminosa y deliciosa, que es el estado de perfección, donde el alma, libre de los lazos de los sentidos, y fuerte e invencible para todos sus adversarios, vive con Dios en una santa libertad y en la abundancia de los bienes verdaderos y sólidos.»

[49] «El alma que anda con temor servil, dice Santa Catalina de Siena (Ep. 38), no es perfecta en ninguna obra: en cualquier estado que sea, así en las cosas pequeñas como en las grandes, viene a menos, y no llega a su perfección lo que ha comenzado. ¡Oh, cuán peligroso es este temor! El corta los brazos del santo deseo, y ciega al hombre, no dejándole conocer y ver la verdad; porque este amor procede de la ceguedad del amor propio.»

San Bernardo (*Serm.* 3 *de div.* n. 9), explicando el cántico de Ezequías, distingue tres clases de fieles, o tres estados en el progreso de las almas: el de los *siervos*—que se mueven principalmente por temor—, el de los *mercenarios*—que buscan sus propias conveniencias—, y el de los *hijos*—que sólo se mueven por amor de Dios y deseo de su gloria y alabanza—. «Servus dicit: *Vadam ad portas inferi.* Mercenarius: *Non videbo Dominum Deum.* Filius: *Psalmos nostros cantabimus.*» Mas a los hijos les revela el Padre su verdad, que está oculta para los siervos y los mercenarios: *Pater filiis notam faciet veritatem*

mas pusilánimes, las de poca fe y de menos generosidad y resignación, las interesadas, llenas de amor propio, que servían a Dios por miras humanas, buscándose en todo a sí mismas, y, en una palabra, las que no tienen la magnanimidad y firmeza propias de un amor y fervor sincero, viendo en apariencia cerradas todas las puertas para ir a Dios, no se cansan mucho en llamarle y sufrir repulsas: y así se entretienen en fruslerías para hacer su gusto, si es que no marchan como el hijo pródigo *in regionem longinquam*, olvidadas por completo de la casa paterna [50]. No comprenden que el amor es invencible y no desmaya, antes se enciende con las mismas dificultades. Y olvidan también que la oración humilde y perseverante penetra las nubes y todo lo alcanza (Eccli. 35, 25), y por eso tan fácilmente se persuaden de que Dios ya no quiere oírlas, cuando tanto desea que persistan con amor *llamando*, para abrirles la puerta, y *pidiendo*, para colmarlas de dádivas (Mt. 7, 7). Dicen que ese camino de la oración no es para ellas—¡como si no fuera para todos los fieles!—y pensando que, hecha con tanta aridez, no tiene mérito ninguno, la abandonan poco a poco hasta que, sin virtud que las sostenga ni fuerza oculta que las atraiga a las cosas divinas, se acuerdan de las ollas de Egipto, y entregadas como están a su propia flaqueza, se dejan de nuevo arrastrar de las pasiones y tornan a los gustos y placeres del mundo pasando pronto de lo lícito a lo ilícito, hasta hacerse peores que antes, mostrando al volver así la vista atrás, que «no son aptas para el reino de los cielos». ¡Oh, cuántas almas se pierden en esta crisis, o por lo menos se incapacitan para hacer después serios progresos y llegar al grado de perfección a que el Señor las llama! ¡Cuántos religiosos que pasaron con fervor gran parte de su noviciado, al empezar a sentir la aridez—en

---

(Is. 38, 19). «No se manifiesta a los siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor. No pueden contemplarla tampoco los mercenarios, porque no buscan sino su propio interés. Sólo se revela a los hijos, que no tienen otro querer que el del Padre.—Se revela, pues, al siervo el poder, al mercenario la felicidad, y al hijo la verdad: *Revelatur itaque servo potestas, mercenario felicitas, filio veritas.*—Cf. Santa Catalina de SIENA, *Diálogos* c. 60-61.

[50] ¿Adónde se fueron cuando huyeron de vuestra presencia? ¿Adónde podrán irse que Vos no los halléis? Pero huyeron por no veros a Vos, que los estáis viendo a ellos, y ciegos vinieron a tropezar con Vos; pues nunca los perdéis de vista...: con que ellos se conviertan a Vos y vuelvan a buscaros, ya estáis dentro de su corazón: si lloran sus extravíos que les han sido tan penosos, Vos suavemente les enjugáis sus lágrimas, y esto hace que las derramen más copiosas y con más gusto» (S. AGUSTÍN, *Confesiones* 5, 2).

vez de aprovechar más, sacando de ella el partido que Dios quería—, se inutilizan para la vida espiritual, decayendo en un lamentable estado de tibieza y disipación! Estas almas vienen a conducirse en todo según las miras de una prudencia humana, sin atender a la del Espíritu, cuyas voces ahogan continuamente, con gran peligro de caer en faltas graves. Mas viviendo en ese descuido, si tardan en volverse a Dios de todo corazón, resueltas a seguir sus santas inspiraciones y a proveerse bien del óleo de la caridad, muy expuestas están a encontrar, como las vírgenes necias, las puertas cerradas, y a no oír más que un *nescio vos*: «No os conozco» [2]. Y dado que por fin sean admitidas a las bodas del Cordero, será a fuerza de importunar y sufrir otras pruebas sin comparación más penosas que las que antes hubieran sufrido perseverando (cf. Lc. 13, 24-27; 14-24). Por eso, algunas más advertidas, al ver el peligro a que se exponen cuando imprudentemente empiezan a buscar consuelo en las criaturas, vuelven en sí, y arrepentidas de veras, hacen fuerzas de su flaqueza, se humillan y se confunden, y avivan su fe y confianza, diciendo al Señor, con San Pedro: *¿Adónde iremos, si tienes palabras de vida eterna?* Y desconfiando ya por completo de sí mismas, perseveran esforzadas pidiendo el auxilio divino, *velando y orando para no caer* de nuevo *en la tentación.* Mientras así perseveran, están bien seguras. Pero si se descuidan un poco, luego les sugiere el enemigo que busquen algún solaz donde se disipen; y entonces, abandonando aquellos ejercicios piadosos que les eran más molestos, comienzan a desfallecer, hasta que de nuevo adviertan el peligro y reconozcan su engaño [51].

Así pasan no pocas de estas almas la vida entre alternativas de firmeza y flojedad, de fervor y de tibieza, si de una vez no se resuelven a seguir al Salvador camino del Calvario o no le vuelven por completo la espalda y se entregan al mundo. Las que acierten a tener un buen director, celoso e instruído, que las enseñe a permanecer en silencio ante Nuestro Señor con sólo una vista amorosa y un íntimo deseo de complacerle (mientras no puedan meditar, ni pedir, ni prorrumpir en afectos), ésas,

[51] «El demonio no querría otra cosa sino privarnos y apartarnos de la santa oración, o por compasión de nosotros mismos y de nuestros cuerpos, o por flojedad o fatiga del espíritu. Mas por ninguna de estas cosas debemos dejar ese santo ejercicio, sino vencer nuestra flaqueza pensando en la bondad de Dios.—Escondeos, hijos míos, en las llagas de Cristo crucificado: amaos unos a otros por Cristo crucificado: y no temáis cosa que venga; porque todo lo podréis en El, que estará en vosotros y os confortará» (SANTA CATALINA DE SIENA, Ep. 60).

si le son dóciles, con sus consejos y estímulos irán poco a poco superando los obstáculos y saldrán felizmente de este terrible período de pruebas. Sin un director así, muy expuestas están [52]. Y si el que tienen es—como tantas veces sucede por desgracia—«un ciego que se pone a guiar a otros ciegos», no hará más que acabar por precipitarlas en el abismo, tratándolas de «escrupulosas», y aconsejándoles que dejen la oración, que era su único refugio, o bien obligándolas a meditar, cuando les es del todo imposible, porque Dios las pone en otro modo de oración, tanto más elevado, cuanto más sutil y oculto a los sentidos, y lo único que lograrían, esforzándose entonces por meditar, sería disiparse más, aumentar la aridez y repugnancia y ahogar la voz del Espíritu Santo. Pero si ellas son fieles a Dios, y perseveran, como deben, sirviéndole con amor y velando por andar siempre en su dulce presencia y ser dóciles a sus inspiraciones, El las tendrá de su mano para que no caigan y suplirá con exceso los defectos del director, de modo que, a pesar de éste y de todos los peligros, saldrán pronto victoriosas. De un mal director deben huir y desentenderse discretamente, y si no pueden hallar otro, más les vale, como dice Santa Teresa, quedar sin ninguno—confiando en Dios, que así lo permite—que no guiarse de un ciego [53].

La crasa ignorancia de los caminos de Dios, las continuas imprudencias y temeridades, la falta de celo—y quizás sobras de celos—y las miras bajas y rastreras de tantos malos directores, que ni sienten, ni saben, ni aun quieren saber las cosas del espíritu, son responsables ante Dios de que la inmensa mayoría, el 99 por 100, según el P. Godínez [54], de las almas que se encuentran en esta aridez, en vez de pasar de lleno al estado de contemplación a que Dios las llama con insistencia, decaigan lastimosamente de su primer fervor en una tibieza habitual, o vuelvan a la vida mundana, y de que otras permanezcan largo tiempo en estas pruebas con muchísimo trabajo y muy escaso

[52] «En este tiempo, advierte San Juan de la Cruz (*Noche* 1, c. 10), si no hay quien las entienda, vuelven atrás, dejando el camino o aflojando, o a lo menos estorban de ir adelante, por las muchas diligencias que hacen de ir por el camino primero de meditación y discurso... Lo cual les es ya excusado, porque las lleva ya Dios por otro camino, que es el de la contemplación, diferentísimo del primero, porque... no cae en imaginación ni discurso.»

[53] «Es una gran desdicha para un alma, dice el P. Lallemant (*Doctr.* pr. 4, c. 4, a. 3), el venir a caer en manos de un director que no se conduce sino según la prudencia humana, y que tiene más política que unción» (c).

[54] *Teol. míst.* l. 7, c. 1.

fruto, por resistir constantemente—aunque de buena fe—al Espíritu Santo, que las quiere tener en esa contemplación obscura, mientras ellas, siguiendo imprudentes consejos, se esfuerzan en vano por meditar como en un principio [3].

Otras almas—sin abandonar el buen camino ni dejar de recurrir cuanto pueden a la oración, y estarse con ella en silencio, según ven que les pide el Espíritu—procuran suplir lo que por excesiva aridez no pueden en ella, ejercitándose en lecturas piadosas y otras santas ocupaciones, siguiendo prudentes consejos, hasta que con ello van recobrando la luz y volviendo con más ánimo a la oración [55]. Pero las más esforzadas—mientras la salud se lo permite—, lejos de aflojar con la aridez, ni menos con la tentación, entonces es cuando más procuran prolongar sus oraciones como Jesús en el huerto, pues confundidas, viendo tan palpablemente su nada y su flaqueza, comprenden que entonces más que nunca necesitan velar y orar para no caer en la tentación. En sus mortales angustias se acuerdan de las del Señor, y se ofrecen a seguir fielmente sus huellas y a servirle en todo como El guste, «con arrimo y sin arrimo». Protestan de veras que le buscan a El solo y no sus regalos, ni menos a sí mismas, y que a trueque de agradarle y no ofenderle, pasarán gustosas la vida en este martirio o en cualquier otro que se sirva enviarles. Así rectificada su intención, afianzadas firmemente en la fe y en la humildad, y desconfiando por completo de sí mismas, ponen ya siempre en sólo Dios toda su confianza, y mientras más parece que les cierra El las puertas, tanto con mayor insistencia le buscan del todo confiadas en su infinita misericordia y clamando sin cesar: *¡Señor, sálvanos, que perecemos!* Y así esperan siempre «al único que puede salvarlas de la pusilanimidad de espíritu y de la tempestad» (Ps. 54, 9), animándose a sí mismas a esperarle, sabiendo que no se les hará esperar demasiado: *Si moram fecerit expecta illum, quia veniens veniet*; *et non tardabit* (Hab. 2, 3; Hebr. 10, 37). Y así, viviendo de la fe, sus íntimas aspiraciones y sus santos deseos son una continua y eficacísima oración que todo lo alcanza [56].

---

[55] Cf. Sta. Teresa, *Vida* c. 37; *Moradas* 6, c. 1; V. Bartolomé de los Mártires, *Comp. myst. doctr.* c. 18, § 5.

[56] «El santo deseo del alma, decía el Señor a Santa Catalina de Siena (*Diál.* tr. 2, c. 66), es una continua oración, y lo es también todo cuanto por Dios y el prójimo se hace con afecto de caridad. Pero esos afectos se deben elevar a Mí a ciertas horas por una devoción actual. Y sabe, hija, que el alma que persevera en humilde y fiel oración alcanza todas las virtudes. Por lo cual de ningún modo se ha de omitir o descuidar el ejercicio de la oración por las contrariedades, distracciones y

Almas tan resueltas y generosas, que tan de veras y con tan puro y sincero amor sirven a Dios, no tardan en encontrarlo, pues ¡tan adentro le tienen ya! Estas, en breve tiempo, llegan a una santidad encumbrada.

Aquí es, pues, donde se hace la *segregación* de las almas, y se aquilata su fe, amor, fidelidad y firmeza. Unas, como inútiles, son desechadas por haber vuelto los ojos al mundo. Otras continúan sirviendo a Dios, pero con mucha tibieza y flojedad, por lo cual, si no se enfervorizan, serán *vomitadas* (Apoc. 3, 16). Otras le sirven con cierto fervor, pero sin renunciar por completo a sí mismas, y conservando aficiones terrenas y un excesivo amor a pasatiempos que las disipan y aun las ponen en serios peligros. La generalidad de los que algún día fueron bastante devotos, aunque sigan pasando por buenos cristianos o por religiosos observantes, en realidad viven con mucha flojedad y tibieza. Por huir de la aridez y dificultades que sienten en la oración, se contentan con la menos que pueden—con la que la obediencia les impone—y aun esa poca la tienen de cualquier modo, procurando pasar gran parte de ella en la lección. Por su gusto se dedicarían casi del todo a la *vida activa,* y derramados en obras exteriores—sin guardar silencio, ni refrenar los sentidos, ni procurar el recogimiento que es menester para andar en la presencia de Dios y atender a las mociones, insinuaciones y operaciones del divino Espíritu—vienen a vivir cada vez más disipados [57]. Como no oran bien, no pueden vivir bien [58]. Apenas se atreven a entrar en sí mismos, por temor a sus propias miserias, y no queriendo reconocerlas, mal pueden remediarlas. Su *piedad*—puesto que ahogan los impulsos del Espíritu renovador—tiene que reducirse al fin a formulismos rutinarios, y no esforzándose constantemente en procurar la perfecta pureza de corazón, nunca llegan a tener los ojos bastante limpios para ver lucir el Sol de justicia [59]. Como no perseve-

---

tentaciones que en ella se sientan. El enemigo las provoca entonces para impedirla, sugiriendo astutamente que una oración así es inútil, y procurando que el alma la abandone como molesta, y se prive de esa arma tan poderosa contra todas las asechanzas. ¡Oh cuán útil es al alma y cuán agradable a mí, esa oración que con amor se hace pensando en mi bondad y en la propia vileza!»

[57] «Quien se tiene por religioso y no refrena su lengua, dejando que su corazón quede seducido, vana es su religión» (Iac. 1, 26).

[58] *Recte novit vivere, qui recte novit orare* (S. AGUSTÍN, *Serm.* 90.)

[59] «La vida exterior de los religiosos que se emplean en el servicio del prójimo es, dice Lallemant (pr. 5, c. 2, a. 1), muy imperfecta, y hasta peligrosa si no va acompañada de la vida interior. Los que se ocu-

ran en buscar a Dios en la soledad, no pueden oír la voz de su eterna Palabra, ni descubrir los misterios de su reino, que está dentro de nosotros [60]. Y así, por mucho que crean trabajar para gloria del Señor, y por grandes servicios exteriores que presten a su Iglesia, no pueden entrar en sus íntimas comunicaciones, reservadas a los fieles hijos que, para complacerle en todo, perseveran siempre a su lado, atendiendo a sus más mínimas insinuaciones. He aquí la causa de que tantos cristianos de vida edificante y muchísimos religiosos en apariencia ejemplares, por no ser almas interiores, ni entregarse por lo mismo a Dios totalmente, no acaban de entrar en la verdadera contemplación [61].

---

pan en las obras de caridad y de celo, sin cuidarse del recogimiento del alma, nunca harán grandes progresos... Harán cosas que parecerán muy grandes: predicarán, trabajarán en las misiones, se expondrán a grandes peligros y aun a la misma muerte por la salud del prójimo, y con todo eso apenas avanzarán en la *vía purgativa.* Sus acciones están llenas de miras naturales... Caerán siempre en los mismos defectos...; pues como en todo se ocupan menos en conocer los desórdenes de su corazón, apenas se cuidan de purificarlo: y así están llenos de pecados y miserias que debilitan el alma y al fin acaban por ahogar la devoción y el espíritu. Menos podrán llegar a la perfección de la vía iluminativa, que consiste en reconocer en todas las cosas la voluntad de Dios, y sólo los hombres interiores pueden en todo reconocerla. Mis superiores, mis reglas y los deberes de mi estado pueden dirigirme en lo exterior e indicarme lo que Dios quiere que yo haga en tal tiempo y lugar; pero no *pueden enseñarme el modo como Dios quiere que lo haga...*»

[60] «No quieras, alma mía, hacerte vana siguiendo la vanidad, cuyo ruidoso tumulto hará ensordecer los oídos de tu corazón. Oye al Verbo eterno, que clama para que vuelvas a El, donde está tu quietud, en que nunca el amor es despedido si él mismo no se despide primero» (S. AGUSTÍN, *Conf.* 4, c. 11).

[61] «Cuando no nos damos a Su Majestad con la determinación que El se da a nosotros, dice Santa Teresa (*Cam. de perf.* c. 16, 32), harto hace en dejarnos en oración mental, y visitarnos de cuando en cuando, como a criados que están en la viña; mas estotros son hijos regalados: no los quería quitar de cabe sí, ni los quita: porque ya ellos no se quieren quitar: siéntalos a su mesa, dales de lo que come...» «Sin dar nuestra voluntad del todo al Señor, para que haga en todo lo que nos toca conforme a ella, nunca deja beber de esta *agua*: esto es, *contemplación perfecta*».—«Somos tan caros, añade (*Vida* c. 11), y tan tardíos en darnos del todo a Dios, que como su Majestad no quiere gocemos de cosa tan preciosa sin precio, no acabamos de disponernos. Bien veo que no le hay con que se pueda comprar tan gran bien en la tierra; mas si hiciésemos lo que podemos, en no nos asir de cosa della, sino que todo nuestro cuidado y trato fuese en el cielo, creo yo, *sin duda, muy en breve se nos daría este bien*».—Quienes siguiendo sus propias inclinaciones, por irse «a trabajar al campo», o con otros pretextos, se excusan de aceptar la invitación divina, serán excluídos de la *mística cena,* entrando en su lugar muchos ciegos y tullido

Aunque a todos nos dice el Señor tan encarecidamente (Mt. 7, 13-14): *¡Entrad por la angosta puerta que conduce a la vida!* y «esforzaos a entrar» (Lc. 13, 24), son muy pocos los que aciertan a *encontrarla,* por ser tan escasos los que perseveran en hacerse la violencia que es menester para seguirle fielmente por la *estrecha senda* de la cruz y poder ser iluminados por El, viéndole *lleno de gracia y de verdad* [4].

Mas los pocos que perseveran en este estrecho camino, según el grado de fidelidad y constancia con que a sí mismos se niegan para seguir a Jesucristo, abandonándose sin reserva a la voluntad del Padre, y andando siempre en su presencia con un corazón puro, buscando el modo de complacerle cada vez más, se templan y se fortalecen, se rectifican y se afianzan, se iluminan y se enfervorizan, dilatándoseles el corazón para hacer y padecer por la gloria de Dios; y, siguiendo fielmente sus inspiraciones, logran gozar de su familiaridad y sus favores y pueden así correr y volar por sus vías misteriosas hasta subir la cumbre de su monte santo [62].

(Lc. 14, 16-24). «Disce exteriora contemnere, et ad interiora te dare: et videbis regnum Dei ad te venire». «Ideo enim pauci inveniuntur contemplativi, quia pauci sciunt se a perituris et creaturis ad plenum sequestrari... Plures reperiuntur contemplationem desiderare: sed quae ad eam requiruntur, non student exercere» (KEMPIS, l. 2, c. 1; l. 3, c. 21).

[62] «Cuando Dios pone al alma en las místicas tinieblas donde queda privada de sus luces ordinarias, dilata el entendimiento y la voluntad, haciéndolos capaces de producir actos de una perfección eminente. Para llegar a este grado se requiere una virtud generosa, una fiel correspondencia a la gracia, desprenderse de sí mismos y entregarse a Dios sin reserva. Y como son tan fiojos, de ahí que sean tan pocos los que tienen suficiente valor para llegar hasta ahí, y poquísimos los que pasan más adelante; porque esto exige un total desprendimiento de las criaturas» (LALLEMANT, *Doctr.*, pr. 7, c. 4, a. 8).—«Cuando Dios quiere exigir de un alma grandes sacrificios, observa el P. Grou (*Man.*, p. 168-9), le da una gran generosidad, y le ensancha el corazón para que sienta y vea cuánto es lo que El merece... Entonces ella ve claramente que aún no ha hecho nada por Dios, y concibe un deseo inmenso de sacrificarse toda por El; y como todo cuanto puede hacer y padecer no es digno de tan alta Majestad, le ruega que El mismo se glorifique en ella del modo que le place, y a este fin se le entrega sin reserva. Desde entonces su corazón se ensancha y, en cuanto es posible a una criatura, se hace apto para los grandes designios de Dios. El yugo de los preceptos y aun el de los consejos, que tan pesado y molesto parece a los cristianos ordinarios, parécele a ella suave y ligero, y maravillada de que Dios le pide tan poca cosa, querría hacer por su amor mil veces más.»

Esto sentía David cuando decía: *Corrí por el camino de tus mandamientos cuando dilataste mi corazón.*—«La verdad es—decía, confor-

Entre estos esforzados suele el mismo Dios hacer al principio una *selección* del todo gratuita: a unos los elige para que lleguen casi hasta cierta *unión de conformidad, andando* o *corriendo* por las sendas *ordinarias* de la *ascética*—«trilladas» *de todos sus siervos*—procurando ejercitarse fielmente en todas las prácticas de la virtud, apoyados en la *oración discursiva*, o de *meditación*, aunque mezclada con algo de la *afectiva* y aun con la de *vista amorosa*: por lo cual esta fase muestra ya al fin ser como de transición, o sea *ascético-mística*. A otros quiere El mismo llevarlos mucho antes, como en sus brazos o bajo el soplo de su Espíritu, para que así suban más aprisa y más arriba —aunque a veces acaso también con más peligro de desvanecerse—, haciéndolos desde muy temprano *volar* en alas de la *contemplación* por las altas regiones de la vida *mística*, pero resuelto a quitarles pronto esa gracia, si no la utilizan bien.

En el fondo, la santificación será idéntica en unos y otros, consistiendo siempre en la *renovación* interior (Eph. 4, 24), en irse «revistiendo del hombre nuevo a medida que se desnudan del viejo», «llenándose del conocimiento divino, y fructificando en toda suerte de obras buenas, según crecen en la ciencia de Dios» (Col. 3, 9-10; 1, 9-10). Pero esta ciencia va siendo mucho más clara y completa en los místicos, los cuales, de un modo o de otro, *sienten* a veces y *experimentan* los admirables misterios de la *purificación*, *renovación* e *iluminación* y de los progresos de su *unión* con Dios.

En los verdaderos ascetas—o tenidos por tales—que, sin descuidar la oración y el recogimiento, suelen dedicarse con gran preferencia y aun con algún exceso a la vida activa, esas pruebas interiores que los acrisolan y aquilatan, no son por lo común tan penosas y duraderas. Las tinieblas no son tan obscuras, y a poco que perseveren con valor en ellas, suele aparecer algún rayo de luz que los reanime para seguir meditando y cobrando alientos, y despegarse de los consuelos sensibles, a fin de buscar a Dios sólo por ser quien es y no por sus dones. Con estas alternativas de luz y de obscuridad van purificándose, con-

---

me a esto, en cierta ocasión (abril 03) la sierva de Dios M. María de la Reina de los Apóstoles—que me pide Nuestro Señor un sacrificio mayor de lo que puedes figurarte; pero si se empieza por mirar al que lo pide, se queda una en eso, sin acordarse de nada. Delante de un Dios que se me ha dado, desaparece todo lo que pueda pedirme... No me cabe la menor duda de que ahora Nuestro Señor no me niega nada.» «Desde que me he consagrado a El—añadía (julio 03)—ha *ensanchado mi corazón* de modo que ni yo misma lo conozco.»

solidándose en la virtud y creciendo en la ciencia y la caridad de Dios, que se traducirán al exterior por toda clase de obras buenas, con que ejercen en la sociedad donde viven una influencia saludable. La presencia del Espíritu consolador que los anima no la *sienten* ni conocen *directamente*, sino sólo por los frutos, los efectos y cambios que en sí mismos notan, pues se ven hechos muy otros sin advertir cómo, hasta que al fin, llegando aunque con dificultad a cierta manera de *unión*, quedan poseídos de El, e iluminados con los preciosos dones de inteligencia y sabiduría, empiezan a descubrir la oculta gloria de los hijos de Dios, entrando así ya también de lleno en la *vida mística*, que es la propia de los cristianos perfectos [63].

Si nunca logran entrar es sin duda alguna por su culpa, por no proceder con todo el fervor que deben y con la fidelidad que para eso es menester, o por fiar más de su prudencia que de las luces divinas, sin las cuales es imposible llegar a la verdadera *iluminación* propia de los muy *aprovechados*, ni menos al *estado unitivo*.

APÉNDICE

[1] *Cómo debemos buscar a Dios.*—«Debemos, advierte Taulero [64], buscar a Dios en nuestra alma, sentirle presente y confiar en El. Cuantas veces uno se halla destituído de la divina presencia, que de ningún modo la siente, no sosiegue hasta que merezca *sentirla*; porque no desdice poco de un bombre virtuoso si deja pasar una breve hora sin *experimentar* dentro de sí la presencia de Dios... Mientras lo conserva fijo en su mente, camina seguro por cualquier parte, y obra en todo bien; pero sin El jamás tendrá seguridad ninguna dondequiera que estuviere. Suele muchas veces el Señor como esconderse; y si entonces buscamos en otra parte consuelo y no cuidamos de su Majestad, se retira más lejos y aparta por más tiempo la dulzura de su presencia y apenas nos infundirá consolación. El solo, pues, ha de ser buscado y pretendido; el que mira a otra cosa no pretende a Dios. En El no se ha de buscar principalmente sus dones, o gracias o cualquier otra cosa deseable...; sino a El mismo, anegándonos totalmente en su divino beneplácito. Y así nos acostumbraremos a tenerle siempre presente y *sentirle de continuo.* La vida interior no consiente holgura ni admite ocio. Todas las demás artes alguna vez piden descanso y cesación; mas esta arte o ciencia celestial requiere todo el tiempo

[63] Cf. *Cuestiones místicas*, 4.ª; *Ciencia Tomista*, marzo 1919.
[64] *Inst.* c. 34.

del hombre... No permite buscarse a sí propio, sólo quiere se tenga por blanco a Dios, que en cada cosa, lugar y tiempo está presente, en lo mínimo como en lo grande».

[2] *La prudencia humana y las vías del Espíritu.*—«Hay pocas almas perfectas, dice el P. Lallemant [65], porque pocas hay que sigan la dirección del Espíritu Santo. La causa de que se llegue tan tarde o no se acabe nunca de llegar a la perfección, es el seguir casi en todo la naturaleza y el sentido humano, y que apenas se atiende al Espíritu Santo, a quien pertenece ilustrar, dirigir y enfervorizar. La mayor parte de los religiosos—aun de los buenos y virtuosos—no se guían, tanto en su conducta como en la de los demás, sino por la razón y el buen sentido. Esta regla es buena, pero insuficiente para llegar a la perfección cristiana. Estos tales suelen conducirse según el común sentir de aquellos con quienes viven, y como éstos son imperfectos—aunque no sean malos—, pues el número de los perfectos es muy reducido, de ahí que nunca lleguen a las sublimes vías del espíritu. Viven como la generalidad, y gobiernan de un modo imperfecto. El Espíritu Santo espera por algún tiempo a que entren en sí mismos y observando las operaciones de la gracia y las de la naturaleza, se dispongan para seguir su dirección. Pero como ellos abusan del tiempo y favores que se les conceden, al fin los abandona a sí mismos, dejándolos en esa *oscuridad* y esa *ignorancia afectada*, en que vivirán *con gran peligro de su salvación.* Con verdad puede decirse que hay poquísimas personas que se mantengan firmes en los caminos de Dios. Muchas se apartan de ellos sin cesar: el Espíritu Santo las llama con sus inspiraciones. Pero como ellas son indóciles, y están llenas de sí mismas, apegadas a sus pareceres y engreídas con su saber, difícilmente se dejan conducir; y así raras veces entran en la vía de los designios de Dios, y apenas permanecen en ella... De este modo apenas adelantan; y la muerte las sorprende cuando han andado sólo veinte pasos, mientras que si se hubieran entregado a la dirección del Espíritu Santo, habrían andado diez mil. Por el contrario, las verdaderamente interiores que se conducen por la luz del Espíritu... van a pasos agigantados y vuelan, por decirlo así, en las vías de la gracia».

«Cuando un cristiano aun no está plenamente convertido, dice Fenelón [66], hay que recomendarle siempre el ser discreto; pero después es de temer que lo sea demasiado; y así hay que recomendarle esa otra cordura sobria de que habla el Apóstol. Y si luego quiere avanzar en el camino de Dios, debe perderse para encontrarse, domando esa prudencia propia que sirve de apoyo a la naturaleza desconfiada. Debe tragar el amargo cáliz de la locura de la cruz, que hace las veces del martirio en las almas generosas que no están destinadas a derramar su sangre. El suprimir esos retornos inquietos e interesados sobre sí mismo pone al alma en una paz y libertad inexplicables, propios de la verdadera sencillez... Déjase uno mover en todos senti-

---

[65] *Doct.* pr. 4, c. 2, a. 2.
[66] *Sent. de piété. Simplic.*

dos, y no se cuida de lo que de él piensan los demás, aunque por caridad evita el escandalizarlos. Lo hace todo lo mejor que puede, con una atención tranquila, sin preocuparse del éxito. No se juzga a sí mismo, y no teme ser juzgado. Tendamos a esta amable simplicidad... Cuanto más lejos estemos de ella, tanto más necesitamos buscarla. La mayor parte de los cristianos, lejos de ser sencillos, ni aun siquiera son sinceros... Son disimulados con el prójimo y aun consigo mismos» [67].

[3] *Los malos directores.*—Muy de ponderar son las siguientes palabras de San Juan de la Cruz [68]: «No entendiendo estos maestros espirituales a las almas que van ya en esta contemplación quieta y solitaria... porque *el hombre animal,* esto es, que no pasa del sentido, *no entiende las cosas que son de Dios* . les turban la paz de la contemplación, y les hacen meditar y discurrir. Lo cual, no pudiendo ellas hacer como antes, porque ya pasó ese tiempo y no es ése su camino, desasosiéganse doblado pensando que van perdidas... No saben bien éstos qué cosa es espíritu. Hacen a Dios gran injuria y desacato, metiendo su tosca mano donde Dios obra. Porque le ha costado mucho a Dios llegar a estas almas hasta aquí, y precia mucho haberlas llegado a esta soledad y vacío de sus potencias y operaciones, para poderlas hablar al corazón, que es lo que El siempre desea: tomando ya El la mano... apacentándolas ya en espíritu, y no en operación de sentido; porque el sentido ni su obra de él no es capaz de espíritu. Y cuánto El precia esta tranquilidad... échase de ver en aquella conjuración tan notable y eficaz que hizo en los Cantares (3, 5), diciendo: «Conjúroos, hijas de Jerusalén, por las cabras y ciervos campesinos, que no recordéis ni hagáis velar a la amada hasta que ella quiera».. Pero éstos no quieren que el alma repose ni quiete, sino que siempre trabaje y obre de manera que no dé lugar a que Dios obre; y que lo que El va obrando, se deshaga y borre con la operación del alma, no echando las raposillas que destruyeron esta florida viña (Cant. 2, 15). Y por eso se queja por Isaías (3, 14), diciendo: *Vosotros habéis destruído mi viña...* Por ventura yerran con buen celo, porque no llega a más su saber. Pero no por eso quedan excusados en los consejos que *temerariamente* dan sin entender primero el camino y espíritu que lleva el alma; y si no lo entienden, entremeten su tosca mano en cosa que no saben, no dejándola para quien mejor lo entienda. Que no es cosa de pequeño peso y culpa hacer a un alma perder inestimables bienes por consejo fuera de camino, y dejarla bien por el suelo. Y así *el que temerariamente yerra,* estando obligado a acertar—como cada uno lo está en su oficio—*no pasará sin castigo,* según el daño que hizo. Porque los negocios de Dios con mucho tiento y muy a ojos abiertos se han de tratar, mayormente en cosa tan delicada y subida, donde se aventura casi infinita ganancia en acertar, y casi infinito en errar».

Y aun está el Santo más severo con esos maestrillos *celosos* que a

[67] Cf. S. FR. DE SALES, *Directorio* c. 26-27.
[68] *Llama de amor viva* canc. 3, v. 3, § 11.

la ignorancia añaden la fatuidad de no permitir que las almas busquen en otros las luces de que ellos carecen. Ninguna excusa puede tener, prosigue [69], «el que tratando un alma jamás la deja salir de su poder por los respetos e intentos vanos que él sabe que no quedarán sin castigo. Pues es cierto que habiendo de ir aquella alma más adelante... ha de tener necesidad de otra doctrina ya más alta que la suya, y otro espíritu... ¿Te tienes por tan consumado, que nunca esa alma habrá menester más de ti? Y dado caso que tengan para alguna alma... es como imposible que tengan para todas las que no dejas salir de tus manos... porque apenas se hallará un espíritu que en la mitad del modo que lleva convenga con el otro... Y tú de tal manera *tiranizas* las almas... que no sólo procuras que no te dejen, mas lo que peor es, que si acaso sabes que alguna fué a pedir consejo a otro—o la llevaría Dios para que le enseñase lo que tú no la enseñas—te hallas con ella (que no lo digo sin vergüenza) con las contiendas de celos... que no son sino celos de tu soberbia presunción. Porque ¿cómo puedes tú saber que aquella alma no tuvo necesidad de ir a otro?... Deben, pues, estos tales dar libertad... que no saben ellos por dónde aquella alma la quiere Dios aprovechar, mayormente cuando ya no gusta de su doctrina, que es señal... de que ha menester otro maestro, y ellos mismos se lo han de aconsejar».

«En la perfección de la vida, decía a Santa Teresa San Pedro de Alcántara [70], no se ha de tratar sino con los que la viven; porque no tiene ordinariamente alguno más conocimiento ni sentimiento de cuanto bien obro». Por eso la Santa observa, a su vez [71], que «a quien el Señor lleva por este estado, no hay placer ni consuelo que se iguale a topar con quien le parece le ha dado el Señor principios de esto».

[4] *Por qué son tan pocos los escogidos.*—«Muchos son los llamados a la contemplación, decía al B. Susón la *Eterna Sabiduría* [72], pero ¡cuán pocos son los escogidos!»—«Has de saber que muchísimas veces, cuando visito las almas, soy de ellas rechazado y tratado como extraño. Mas a las que me aman, no sólo vengo con efusión y ternura, sino que en ellas permanezco y habito, y en ellas fijo mi secreta morada; pero nadie lo nota sino el corto número de los que viven solitarios, alejados de las cosas del mundo, y con el corazón puesto en Mí para conocer mis deseos y seguirlos».

«Pocas personas, dice el P. Lallemant [73], llegan a las gracias que Dios les tenía destinadas, o las recobran una vez perdidas. Las más carecen de valor para vencerse y de fidelidad para emplear bien los dones recibidos. Cuando entramos en el camino de la virtud, andamos en un principio a oscuras; pero, si seguimos fiel y constantemente la gracia, *infaliblemente* llegaremos a una gran luz que nos sirva para nosotros

[69] Ib. § 12.
[70] Cf. *Vida*, por el P. Al. de San Bernardo, l. 1, c. 25.
[71] *Vida*, c. 30.
[72] C. 8-13.
[73] Pr. 4, c. 2, a. 1, § 4.

y para los demás. Querríamos ser santos en un solo día: y no tenemos paciencia para aguardar el curso ordinario de la gracia. Esto proviene del orgullo y flojedad. Seamos fieles en cooperar a las gracias que Dios nos ofrece y no dejará El de llevarnos a la realización de sus designios».

«Son muy pocos, advierte San Juan de la Cruz [74], los que sufren y perseveran en entrar por esta *puerta angosta* y por el *camino estrecho que conduce a la vida,* como dice nuestro Salvador. Porque la angosta puerta es esta noche del sentido, del cual se despoja y desnuda el alma para entrar en ella... El cual camino, por ser tan estrecho, oscuro y terrible, son muchos menos los que caminan por él, pero son sus provechos también mucho mayores».

---

[74] *Noche,* 1, 1.

CAPITULO III

Albores de la contemplación

§ 1.—La noche del sentido.—Su necesidad y condiciones: el norte seguro de la fe: la desolación y la resignación: la aridez y dificultades y la magnanimidad y constancia.—La oración de simple vista amorosa: señales de contemplación.—El silencio y sueño espirituales y sus saludables efectos.

Cuando Dios trata de introducir ya un alma en el secreto camino de la contemplación, suele arreciar previamente las pruebas con que la acrisola y prepara. Así en los *místicos* de primera hora, las purgaciones pasivas son por lo común más terribles y prolongadas que en los otros siervos de Dios, que por largo tiempo han de permanecer en el estado de *ascetas*. Por lo mismo se hallarán también a veces más expuestos a rehusarlas, desmayando y haciéndose indignos de los bienes que con ellas lograrían, o por lo menos, a no sacar, por falta de fe, resignación y valor, todo el fruto debido. Por eso tanto nos aconseja el Eclesiástico (6, 18-29), «perseverar en el estudio de esta sabiduría—para los indoctos tan áspera—en la cual no permanecen los flojos y descuidados». Pero los animosos, que con toda resolución «la buscan y perseveran en sus caminos, encuentran en ella su felicidad, su gozo y su descanso».

Como Dios intenta llevar ya esas almas como en sus brazos, de modo que en todo sean movidas y guiadas de su divino Espíritu, quiere antes pulirlas, suavizarlas y hacerlas tan dóciles, que no le ofrezcan la menor resistencia; como va a levantarlas muy alto, para que al verse volar no se desvanezcan, las obliga a reconocer bien su propia nada y flaqueza, de modo que nunca acierten a presumir de sí mismas; en fin, como pretende inundarlas por completo de luces divinas, con que empiecen ya en este mundo a ver y sentir de algún modo los misterios del Reino, tiene que purificarles ante los ojos de toda escoria te-

rrena y de las ilusiones de la débil luz humana, que impedirían percibir los purísimos destellos de la divina. Por eso las ciega primero, para que después mejor vean. Es preciso que desaparezcan o se encubran estas luces inferiores para poder ver los destellos del alto cielo.

Las somete, pues, a una *obscuridad* espantosa y prolongada para que así se dispongan de modo que luego perciban las delicadas irradiaciones con que va a iluminarlas, y para que, entre tanto, convencidas por experiencia de que nada aciertan a ver rectamente con su propia razón, se dejen en todo llevar de una obediencia ciega y rendida a quien con la debida autoridad las dirige y gobierna, y así estén más prontas para seguir la dirección y normas del Espíritu Santo. De ahí la gran necesidad que tienen de un celoso director, bien versado en la mística. Siguiendo sus prudentes consejos, logran acertar y marchar prósperamente, y si en algo pretenden guiarse por sí mismas, luego tropiezan y desaciertan. Así aprenden a fiarse sólo de las promesas divinas; y, acostumbrándose a no mirar más que a la obscura luz de la fe, poco a poco van distinguiendo cada vez con más claridad sus rayos sutilísimos, y luego observan cómo pueden guiarse con toda seguridad, atendiendo a esa pálida luz, como a la única «lámpara que luce en lugar tenebroso, hasta que el día amanezca y brille en sus corazones el Lucero divino» (2 Petr. 1, 19). Pues, en efecto, guiadas de ella, y casi sin advertirlo, creyéndose a obscuras logran no tropezar donde otros, llenos de ciencia aparatosa, vacilan (Eccli. 37, 18). Así sucede que, aunque todos de buena fe se engañen creyendo lícito y seguro lo que no lo es, ellas, en medio de sus *tinieblas,* tienen un tino tal que no se dejan llevar de las ilusiones de otros, y, a pesar de su extrema docilidad, ante un consejo peligroso se mantienen firmes, diciendo: *Non licet.* Por donde se ve cómo es el verdadero Espíritu de ciencia y consejo el que así las rige; pues, aunque aparenta ser obscuro, en realidad es «claro, sutil, cierto, seguro, santo, incoinquinado» (Sap. 8, 22-23). Este las anima, conforta y dirige para marchar firmes entre tan espantosas tinieblas, y vivir resignadas, muriendo con terribles angustias en tanta desolación y sequedad de espíritu, siempre resueltas a sobrellevar con valor y con amor todas las pruebas a que su Amado quiera someterlas [1]. Y así con toda confianza

[1] Nuestro divino Maestro, dice Santa Catalina de Siena (*Ep.* 34), «sabe bien lo que necesitamos, y ninguna otra cosa quiere sino nuestra santificación. Todo lo que da y permite es por nuestro bien; conviene a saber, o para purgación de nuestros pecados o para aumento de per-

se entregan en manos del divino Artista, para que las purifique y las desbaste, las corte, las talle y las pulimente a su gusto, como a vivas piedras destinadas a encajar perfectamente en el debido puesto de la Jerusalén celestial, y, lejos de resistir, ellas mismas cooperan en cuanto está de su parte a esta obra maravillosa de su pulimentación [2] [1].

Con la mortal aridez y dificultades que sienten en todo lo bueno, lejos de desmayar y aflojar, se animan de nuevo a pedir ayuda, clamando y gimiendo con lo íntimo del corazón, y si ni aun esto pueden, porque *la lengua se les pega al paladar* (Thren. 4, 4), y no son capaces siquiera de exhalar un suspiro, con todo esperan silenciosas y resignadas, con los ojos del corazón puestos ante el Señor, como los del enfermo ante el médico que puede sanarle, como los del pobre ante el rico y como los de la esclava en manos de su señora, hasta que se compadezca de ellas (Ps. 122), sin apartarlos de El jamás, por mucho que tarde en oírlas, sabiendo que en El sólo pueden encontrar remedio. No reparan en desdenes ni en rigores: *Aunque me matare*, dicen resueltas con Job (13, 15), *en El esperaré*. Y esperan resignadas y silenciosas, advirtiendo que *en el silencio y la esperanza está toda su fortaleza* (Is. 30, 15). De esta suerte, *enmudecen y son*

fección y de gracia». «Dichoso el que sufre la tentación; porque, en siendo probado, recibirá la corona de la vida.» (Iac. 1, 12.)

[2] Todos estamos obligados a pulirnos y tallarnos según el modelo de la suma *Piedra angular*. A Santa Rosa de Lima (cf. *Vida*, por HANSEN, l. 1, c. 12), poco después de haberse vestido el hábito dominicano, le mostró el Señor esta obra en una magnífica visión. Presentósele hermosísimo para desposarse con ella, pero venía en traje de escultor, y le encargó tallar ciertos bloques de mármol. Como ella no pudiera acabar tan penosa obra, se le excusó muy bien diciendo que sabía coser e hilar, pero no tallar piedras. «¿Crees tú, le replicó El, que eres la única obligada a ocuparse en tan rudo trabajo?» Y le mostró un inmenso taller donde había multitud de jóvenes empleadas en la misma tarea, y quecon gran habilidad y celo manejaban, no la aguja, sino el cincel y el martillo. Y a fin de acelerar su obra y de que las piedras resultasen más brillantes, regábanlas con muchas lágrimas. Algunas piedras estaban aún por terminar; pero otras muchas aparecían labradas con tanta finura y delicadeza, que ya no les quedaba ni el menor defecto. Y en medio de tan rudos trabajos todas aquellas jóvenes aparecían engalanadas con sus trajes de fiesta, y en vez de estar manchadas con el polvo, resplandecían con belleza sobrenatural. Todos somos esas piedras duras, llenas de asperezas y de impurezas, que se deben labrar y pulir con gran cuidado, y todos estamos llamados a la misma tarea de labrar y grabar con sudores y lágrimas esta piedra bruta de nuestro natural, para convertirla en obra maestra donde resplandezca con toda perfección la imagen de Jesucristo.

humilladas, y guardan silencio en los bienes, y se renueva su dolor (Ps. 38, 3) [2].

¿Quién podrá decir las mortales angustias y sobresaltos que entre tanto padecen, y sentir hasta dónde llega lo acerbo de sus penas? Buscan a Dios de continuo y con toda su afligida alma, y piensan que se les esconde enojado. En la oración, donde antes tenían todas sus delicias, encuentran su más terrible martirio: necesitan hacerse gran violencia para ir a ella, y se la hacen y van; porque, si no, estarían sin remedio perdidas. Mas se ponen a meditar como de costumbre y se encuentran del todo a obscuras, sin ocurrírseles ni una sola idea ni un pensamiento bueno, y, en cambio, se les ocurren—porque el enemigo se los sugiere—muchos horribles, de blasfemia, desesperación y de todo lo malo, con que acaban de consternarse. Sin embargo, perseveran velando y orando con los deseos del corazón, y apelando a los medios que pueden para recogerse y vencer al enemigo [3]. Acuden a la lectura, y ésta, a veces, les consuela un momento. Pero cierran el libro y se les olvida todo. Les es imposible discurrir: la razón está allí como ciega e incapacitada y, a lo mejor, leyendo y todo, por más que se fijen, ni entienden lo que leen ni saben siquiera lo que hacen [4]. Entonces, si pueden, claman y suspiran desahogando su corazón con tiernos afectos o con lastimeros ayes, en lo cual encuentran grande alivio. Pero a veces ni eso pueden: tan árida está la tierra del corazón, que ningún afecto exhala: secas del todo, nada aciertan a decir ni aun a sentir. Y así tienen que resignarse a vivir en silencio cuanto Dios quiera, orando y suspirando sólo con el corazón, estándose con una *vista amorosa* y reposada atendiendo a la mis-

---

[3] «A fin de abreviar la prueba, dice Poulain (*Grâces d'oraison*, 3.ª ed., p. 214), conviene velar por mantener el recogimiento, y pedir a Dios con insistencia que nos saque de ella para llegar pronto a la deseada unión. Mas, por desgracia, cuesta trabajo pedir la curación, pues la aridez paraliza y entorpece para toda suerte de súplicas, y el demonio disuade para tener las almas en este estado de sufrimientos y tinieblas y llevarlas, si pudiera, a la tibieza o a la desesperación, pues tiembla al ver que pueden llegar a la unión mística.»

[4] Por aquí se comprenderá cuán gravemente erró el P. Hahn al afirmar que las obscuridades que experimentara Santa Teresa y su incapacidad para entender a veces lo que leía, eran señales de *histerismo*, y cuán irreverentemente la llamó *patrona de histéricos*. Con gran justicia fué puesto en el *Indice* el trabajo (*Phénom. hyster. et révél.*) en que tan extrañas afirmaciones se hacían, reduciendo a desequilibrios nerviosos estos fenómenos *sobrenaturales*, propios de la *noche del sentido*, y que de un modo o de otro ocurren a todos los siervos de Dios (cf. JOLY, *Psychol. des Saints*, c. 3).—Pero, aunque en la oración se sientan así incapacitados, no suelen estarlo en lo demás.

teriosa obra que El está ocultamente realizando en ellas, y confiando en que no las abandonará [5] [3].

Lo que entonces más les aflige es el temor de que esta aridez sea culpable, y que el no sentir ya ningún consuelo en las cosas de Dios provenga de sus negligencias y de la indiferencia y frialdad con que le sirven [6]. No advierten que esta inquietud

[5] Para acelerar esta obra del Espíritu Santo procuren acercarse con frecuencia a los dos grandes medios de renovación y purificación que la sangre de Cristo nos ofrece en los admirables sacramentos de la Eucaristía y la Penitencia. Si en aquélla pueden recibir todos los días nueva vida y nuevos alientos, en ésta hallan la mística «fuente, que está abierta en la casa de David para los moradores de Jerusalén», en la cual se lava el pecador y se limpian todas las impurezas que el alma contrae mientras esté aún viciada con la sangre del viejo Adán y de Eva (Zach. 13, 1). «Cuanto más se confiesa uno, dice el P. Lallemant (pr. 2, sec. 2, c. 6, a. 3), tanto más se purifica, pues la gracia propia de este sacramento es la pureza de conciencia. Así, cada confesión, además del aumento de la gracia habitual y de los dones, comunica una nueva gracia sacramental, es decir, un nuevo derecho a recibir de Dios los auxilios que son menester para librarnos cada vez más del pecado».

Procuren también traer siempre en la memoria los padecimientos del Salvador para animarse a seguir sus huellas; que asociándose a El, recibirán de su preciosa sangre alientos para perseverar y, con ellos, la misma pureza que necesitan.—«Aunque mi justicia no puede dejar impune el pecado, decía la *Eterna Sabiduría* (20) al B. Susón, pueden, sin embargo, las almas, meditando mi Pasión y aplicándose los méritos de ella, librarse en poco tiempo de todas las faltas y de todas las penas merecidas y llegar a tal grado de pureza, que al morir puedan ir derechas al cielo sin pasar por el purgatorio. ¡Ya ves qué frutos se sacan de meditar mi pasión!»

Resígnense, pues, y perseveren, velando y orando, seguras de que Dios les dará en breve la paz o lo que más les convenga.—«En la verdadera resignación, en una aflicción sin consuelo, aunque no dure más que una hora, advierte Taulero (*Inst.* c. 11), puede ser que el alma alcance más alto grado de perfección, que perseverando un año en buenas obras... Si no hallas luego en la oración, en que ofreces a Dios tu cruz, el esfuerzo que deseas, no te extrañes: persevera con insistencia orando, porque el Señor quiere limpiar aún más el vaso de tu corazón antes de derramar en él el precioso bálsamo de sus divinos consuelos».

«Déjame hacer lo que yo quisiere, que yo te daré a gustar en cada hora y momento el manjar que más te convenga, si tú con humildad y resignación lo quisieres recibir». «En llegando un alma a este soberano abandono en mi beneplácito y voluntad, luego al punto, sin saber cómo, eres anegada y absorta en el abismo de mi Divinidad, de manera que desfalleces en mi presencia» (La Figuera, *Suma espir.* tr. 3, diálogos entre el Esposo y el alma, 2 y 4).

[6] Así exclaman con San Bernardo: «Enojado el Señor se ha retirado de su siervo; de ahí la esterilidad de mi alma, y la falta de devoción que me aflige. ¡Cómo se ha secado así mi corazón, coagulándose como la leche y quedando como la tierra sin riego! No puede ya verter

amorosa o atenta solicitud en que viven, es efecto del amor y no de la indiferencia, y que esa aridez, tan obstinada como inmotivada, es una de las señales de que empiezan ya a tener otra manera superior de oración en que no caben afectos sensibles. Lo temible sería una sequedad que no causara ansiedad de Dios y amor al retiro, sino indiferencia para lo bueno e inclinación a buscar consuelos humanos [7] [4].

Las verdaderas *señales de que Dios llama a la contemplación* son precisamente éstas: 1.ª, la misma *obscuridad* y *sequedad* que incapacitan al alma para la meditación, donde antes hallaba luz y consuelo, pues le impiden discurrir y sentir ningún afecto deleitoso; 2.ª, el horror que al mismo tiempo tiene a las distracciones y a la disipación, de modo que ni con éstas ni con la libertad de los sentidos haya dado motivos culpables a la sequedad; 3.ª, que, lejos de desear para alivio alguna honesta recreación, tenga cada vez más deseos de recogimiento y soledad, sintiéndose como atraída muy ocultamente por Dios, con una continua ansia amorosa y la dolorosa solicitud que tiene de hallarlo, sin poder apenas quitar de sí este cuidado y pensamiento ansioso. De ahí que los mismos recreos, que no puede evitar, sólo le sirvan para aumentar la tristeza y el amor al retiro, adonde la está atrayendo como cierto poder oculto; 4.ª, que sienta en el corazón un gran *vacío* de todo: de lo humano, porque le hastía; y aun de lo divino, porque está privada de luces y afectos sensibles, y todavía es incapaz de sentir y gustar los puramente espirituales aunque, sin sentirlos, le atraen con una fuerza invisible: de ahí ese continuo pensamiento que la tiene inquieta, como haciéndole buscar el norte seguro. Este pensamiento, este inquieto deseo, esta perenne orientación hacia Dios y esa vista quieta, sencilla y amorosa, con que quiere estarse de continuo en la presencia divina, sin ocuparse en discurrir ni en afectos sensibles, y sin pensar en nada especial sino amar en silencio y atender a la acción de Dios, son la señal cierta de que es ya llamada a la contemplación y llegará

---

lágrimas de compunción: ¡tanta es su dureza! No hallo ya gusto en los Salmos, ni tengo ganas de leer, ni me deleito en la oración, ni acierto a meditar como acostumbraba. ¿Qué se ha hecho de aquella embriaguez de espíritu, de aquella serenidad de alma y de aquella paz y gozo en el Espíritu Santo?» (San Bernardo, *Serm.* 54 *in Cant.* n. 8).

[7] «Ordinariamente, dice San Juan de la Cruz (*Noche* 1, 9), trae la memoria en Dios con solicitud y cuidado penoso, pensando que no sirve a Dios, sino que vuelve atrás... Que en esto se ve no sale de flojedad y tibieza este sinsabor y sequedad: porque de razón de la tibieza es no se le dar ni tener solicitud interior de las cosas de Dios.»

bien pronto a sentirla muy claramente, si procura no ahogar estos impulsos, sino fomentarlos con un continuo recogimiento y con frecuentes introversiones y encendidas aspiraciones [8]. Así, al ponerse en oración, aunque no pueda pensar nada en particular, queda, en medio del gran vacío que siente, como poseída de una *vista general, vaga y amorosa* que la tiene absorta y sin saber lo que pasa; pero que la deja llena de muy saludables efectos, tanto más firmes cuanto más imperceptibles [9]. Y así, aunque sin saberlo, está ya en verdadera contemplación infusa [5].

Con esto se aviva ese pensamiento, que es la obscura y delicada luz que le sirve de guía, y a la que debe atender sin descanso si no quiere perderse. Foméntelo cuanto pueda con la continua presencia de Dios, persevere en la oración clamando y esperando, sin reparar en sequedades ni en repulsas; que, si por esto la deja, se le irá luego extinguiendo la luz con que se guiaba, y cuando quiera volver a llamar tardarán más en oírla, si es

---

[8] «Persiste, dice Taulero (*Inst. div.* c. 22), en esta interna cautividad y abandono, atendiendo con diligencia a no desear cosa alguna sin necesidad, ni salir de casa sin ella, ni pensar en cosas vanas, ni hablar sino lo preciso. En todos tus propósitos y obras, con anticipada consideración atiende y observa lo que de ti quiere Dios, y cómo lo quiere, y sea tu oración perpetua, a la que no añadas ni quites un punto, el decir: *Hágase tu voluntad*... Deja todo cuidado y solicitud interior y exterior, procura solamente que, celebrando un perpetuo *Sábado* al Señor Dios tuyo, no pongas a su Divina Majestad impedimento que embarace perfeccionar dentro de ti su obra y, cuando es necesario hacer algo exterior, procura en la misma hora tener una vigilante presencia de Dios.» «Procure el asceta sin descanso, dice Blosio (*Inst. espir.* c. 3) la santa *introversión*. Evite la divagación de la mente, pues con ella sería imposible llegar a la unión con Dios... Diríjase a El, no con violencia, sino tranquila, sencilla y amorosamente. Y cuando se vaya acostumbrando a este ejercicio, verá que ya no es difícil, y al fin logrará atender a Dios y las cosas divinas con la misma facilidad con que respira y vive. Considérelo presente en todas partes, pero muy particularmente en el fondo del alma, donde permanece oculto a los sentidos, como *Dios escondido* que es (45, 15). Y de nigún modo abandone este ejercicio por su incapacidad ni por la molestia que en un principio le cause». Y a fin de hacerse apto para esta santa introversión, añade (c. 4), ejercítese en frecuentes y ardientes jaculatorias. «Las continuas aspiraciones y los ardientes deseos, prosigue (c. 5), unidos a la verdadera mortificación y abnegación, son un compendio certísimo para llegar fácil y prontamente a la perfección y a la mística unión divina».

[9] «Esta *noticia general*, dice San Juan de la Cruz (*Subida* l. 2, c 14), es a veces tan sutil y delicada, mayormente cuando ella es más pura, sencilla y perfecta, y más espiritual e interior, que el alma, aunque esté empleada en ella, no la echa de ver ni la siente. Y esto acaece más, como decimos, cuando ella es en sí más clara, pura y sencilla..., más limpia y ajena de otras noticias particulares, en que podía hacer presa el entendimiento o sentido.»

que de una vez no le cierran las puertas. Ore, pues, con magnanimidad y *perseverancia*, conformándose en todo con la voluntad divina, con *indiferencia* para los consuelos y las penas, sin buscar otra cosa que agradar a Dios [10]. Por eso las almas fieles, desde lo íntimo de su corazón afligido, exclaman sin cesar: *Hágase, Señor, tu voluntad y no la mía*, y *enséñame tus caminos*. Y en sus mayores penas, en vez de buscar consuelos humanos, se encierran en su corazón para purificarse más y más, repitiendo con el Salmista: «Mi alma rehusó consolarse; acordéme de Dios y me llené de placer, y, ejercitándome, desfalleció mi espíritu. Reflexioné de noche en mi corazón, y, ejercitándome, purificaba mi alma» (Ps. 76, 4-7).

Y cuando, así y todo, se encuentran como abandonadas, secas, frías, mudas, sin ningún afecto y aun sin acertar siquiera a exhalar un suspiro, levantan al cielo sus ojos entenebrecidos y, fijas en la obscura luz de la fe, se quedan silenciosas esperando misericordia [11]. Y esperando, se encuentran dulcemente embebidas y como olvidadas de todo, sin decir palabra, y sin oír, ver ni sentir cosa alguna, en un largo y profundo *silencio* que, a veces, se convierte en un misterioso *sueño*. Así pasan hasta horas enteras, que no les parecen largas porque allí encuentran un especial atractivo. En medio de la *obscuridad* y *silencio* que les impide ver nada concreto o *detallado*—cuando no vean de repente cruzar como un relámpago clarísimo que, disipando las tinieblas por un momento, las deja llenas de consuelos inefables—, por lo menos ven un no sé qué, así como una luz tenue, vaga y sutilísima, que les da a conocer lo mucho que deben a Dios y cuánto les importa resignarse para recoger el copioso

[10] «Tristatur aliquis vestrum? oret. Aequo animo est? psallat» (Iac. 5, 13).

[11] «Cuanto más pura, sencilla y desnuda es la fe, dice Taulero (*Instit.* c. 8), tanto es sin comparación más loable, noble y meritoria. Esta fe merece que, con admirables modos, el mismo Dios en Sí, en su divina *Esencia*, se le manifieste». «Como el alma se acabe bien de purificar y vaciar de todas las formas e imágenes aprehensibles, advierte San Juan de la Cruz (*Subida del M. Carmelo*, II, c. 15), se quedará en esta pura y sencilla luz, transformándose en ella en estado de perfección. Porque esta luz *siempre está aparejada a comunicarse al alma*; pero por las formas y velos de criaturas, con que el alma está cubierta y embarazada, no se le infunde, que si quitase estos impedimentos..., luego el alma ya sencilla y pura se transformaría en la sencilla y pura Sabiduría divina, que es el Hijo de Dios. Porque faltando lo natural al alma, ya enamorada, *luego se infunde lo divino sobrenaturalmente*; que Dios no deja vacío sin llenar». Por eso «a los aprovechantes—según empieza diciendo en este capítulo—es a los que Dios comienza a poner en esta noticia sobrenatural de *contemplación*».

fruto de todas estas pruebas, y sin detallarles nada las deja en todo instruídas para acertar en sus deberes y, con parecerles tan tenue, las abrasa en el celo de la gloria de Dios y bien de las almas. Así, aunque temían perder el tiempo y estar allí realmente dormidas, por los efectos notan que nunca debieron estar más despiertas ni con mayor actividad, pues salen reanimadas y con grandes bríos para cumplir en todo la voluntad divina.

Este es, después de largas fases de *obscuridad* y *silencio espiritual*, el primer *sueño místico* de la *obscura noche del sentido*, con el cual se fortalecen las almas, cobrando nuevo vigor y vida, y se preparan como conviene para cuando llegue la aurora: así se animan a seguir padeciendo las terribles pruebas que les esperan aún en esta obscuridad prolongada, entre los sobresaltos y *temores nocturnos* (Cant. 3, 8).

§ II.—Otras pruebas y contrariedades.—Tentaciones, contradicciones, desprecios y tribulaciones: el creciente amor a los trabajos: la lucha interior y la exterior.—Variedad y acerbidad de estas penas.—La cruz, escándalo de los mundanos y salud de los cristianos.—Las fuentes de la fortaleza.—La luz de la aurora.

Según van progresando las almas en la iluminación y la unión y se van haciendo más fuertes, así suelen ir muchas veces arreciando las pruebas con que acaban de purificarse de sus manchas y vestigios del polvo terreno; pero, como más esforzadas y más instruídas también en la ciencia de los Santos, no andan ya tan vacilantes ni están por lo común tan expuestas a perecer, extraviarse o desfallecer como en un principio. Si el enemigo las persigue obstinadamente, ora inquietándolas con sugestiones de desconfianza, ora halagándolas con vanas presunciones o con engañosas promesas; si el mundo las convida con sus falaces placeres, o las estigmatiza con burlas y menosprecios, y las condena con todas las especiosas razones de la prudencia carnal; y hasta las propias pasiones se desencadenan y se muestran más vivas y agitadas que nunca; cuanto mayor es el peligro, tanto con más íntimas ansias, fijos los ojos en la luz de la fe, claman con el corazón despedazado: *Sálvanos, Señor, que perecemos* (Mt. 8, 25).

A veces el sapientísimo médico divino, para que aun reconozcan mejor su propia fragilidad y miseria, en vez de tenderles su mano piadosa, las deja así, en medio de la tormenta, andar o arrastrarse como por sí solas, permitiendo que tropiecen

y vacilen y hasta den una pequeña caída, aunque teniéndolas ocultamente para que el daño sea levísimo y les ceda en gran provecho, ya que «a los amadores de Dios todo coopera a su bien» (Rom. 8, 28). Mas entonces les aviva la fe para que vean y reconozcan cuán grandes y abominables son realmente aun las mínimas faltas cometidas contra un Dios tan santo y tan amable, y hasta permitirá que otros las vean con ojos de lince, y sin piedad les censuren esos defectos o descuidos, para que así se desprecien de veras, viendo cómo son despreciadas y tratadas según merecen, y se reconozcan al ver cómo sus miserias son concidas y censuradas de todos [12] [6].

Con esto, confundidas, se afianzan en el propio conocimiento, y aprendiendo a poner en sólo Dios toda su esperanza, lejos de desmayar, como los presuntuosos y los pusilánimes, se encienden en más puro amor de aquel sumo Bien a quien han ofendido, y en ardentísimos deseos de desagraviarle y complacerle. Así, mientras más airado se les muestre, más le reverencian y aman con sincero amor filial, doliéndose de sus culpas y cobrándose un odio santo a sí mismas que tan mal obraron y tan despreciables son. Por lo cual, a fin de satisfacer como puedan, además de castigarse con penitencias durísimas, aceptan gustosas toda suerte de menosprecios y burlas, de contradicciones, calumnias, persecuciones y malos tratamientos que, sin saber cómo, por qué ni de dónde, les vienen en abundancia, pareciéndoles todo poco con las vivas ansias que tienen de desagraviar al Señor y reparar el mal. Así es como adquieren la verdadera paz interior, en la cual, lejos de huir los trabajos y desprecios, los desean y aun los buscan como el avaro un tesoro [13]. Mas no necesitan cansarse en buscarlos, que mejor les es aceptar con toda resignación esas cruces que la Providencia les envía, ya que tan copiosamente suelen encontrarlas aun donde menos las esperan [14]. El mismo ardiente deseo que tienen de cumplir con

---

[12] «Ello es cierto, observa San Agustín (*Conf.* 9, c. 8), que así como los amigos adulando nos pervierten, así muchas veces los enemigos injuriando nos corrigen. Pero Vos, Señor, les daréis el pago que corresponde a la voluntad e intención que ellos tuvieron y no el que corresponde a lo que Vos mismo por medio de ellos hacéis».

[13] «Si llegas al desprecio de ti mismo, entonces gozarás de una paz abundante» (KEMPIS, l. 3, c. 25).

[14] «Todos cuantos quieren vivir piadosamente en Jesucristo, dice el Apóstol (2 Tim. 3, 12), padecerán persecución». Y el mismo Señor, como dice el Kempis (l. 3, c. 3), viene a ser un «fuerte probador de todos los devotos».

Así, pues, «quien está resuelto a llevar una vida interior y sólidamente espiritual, debe estar seguro de que, al llegar a cierto grado, no

toda fidelidad sus obligaciones, y el continuo pensamiento en Dios—en ese estado psicológico tan especial en que entonces se hallan—las hace a veces descuidarse inadvertidamente, olvidar ciertos detalles y aun cometer algunas faltas de que no acaban de corregirse por más que se esfuerzan, con que darán abundante materia a murmuraciones y severísimas reprensiones, y donde sufren atrozmente por creerse ellas mismas culpables y verse incapaces de remediar esos ligeros descuidos, pues el ansia de remediarlos no hace sino agravarlos. Aquí lo que más les importa es no desmayar por eso, sabiendo que la santificación no es obra de un solo día, sino de toda la vida, y que no se logra, como dicen, a fuerza de puños, sino a fuerza de humildad y paciencia, de perseverancia en la oración y de confianza en Dios [15]. Así, mientras más incapaces por sí mismas se sientan, tanto más deben redoblar su magnanimidad, fiándolo todo de Aquel que sólo aguarda a que acabemos de reconocer nuestra *nada* y nos abandonemos sin reserva en sus brazos para hacerlo El todo en nosotros, aunque no sin nosotros [16] [7].

---

faltará quien clame contra él, y que ha de tropezar con adversarios y contrariedades; pero también lo debe estar de que al fin Dios le dará la paz y hará que todo ceda en su provecho y mayor adelantamiento» (LALLEMANT, *Doctr.* pr. 5, c. 2, a. 1).

«Primero que Dios deje de prevenir y disponer al alma, que tan amorosamente eligió para sí, permitirá, dice Taulero (*Inst.* c. 11), que por su ocasión cien mil hombres reciban algún daño; o, por mejor decir, cerrará los ojos a mil hombres santos para que ignorantemente con sus pesados juicios labren este vaso de elección; pero, en estando bien limpio, aparta El el velo de sus ojos, y mira sus defectos con misericordia; porque todo lo que hicieron fué por oculto juicio, en un modo admirable, y entonces conocen con luz divina que este vaso está dorado y cubierto de piedras preciosas... Por no dejar a este vaso impuro, enviará, si es menester, un ángel del cielo para que, por medio de las tribulaciones, lo prepare.»

[15] Los que querrían ser santos en un día, dice San Juan de la Cruz (*Noche* 1, c. 5), «proponen mucho, pero como no son humildes y confían de sí, cuantos más propósitos hacen, tanto más caen y tanto más se enojan, no teniendo paciencia para esperar a que se lo dé Dios cuando fuere servido...; aunque algunos tienen tanta paciencia y se ven tan despacio en esto de querer aprovechar, que no querría Dios ver en ellos tanta».

[16] «Los más santos, observa el P. Grou (*Man.* p. 106, 8), no son los que cometen menos faltas, sino los que tienen más valor, más generosidad y más amor para hacerse violencia a sí mismos... Los maestros espirituales advierten que Dios deja a veces aun a los mayores santos ciertos defectos de que, por más que hacen, no logran corregirse, para hacerles sentir su propia flaqueza y ver lo que serían sin la gracia, y así impedir que se envanezcan con los favores que reciben... El niño que cae por andar solo, vuelve a su madre con más ternura y aprende

Pero lo que las aflige es el temor de ser culpables, no los malos tratamientos; antes en ellos se alegran, y no porque ya se atrevan a «gloriarse en la tribulación» (Rom. 5, 3; 2 Cor. 12, 9) sufrida por Cristo, pues no se creen dignas de tanta honra, sino por verse al fin tratadas como merecen y reconocidas y tenidas en lo que de suyo son. Con esta sencillez, sin darse cuenta, triunfan de todos sus enemigos, desconciertan los cálculos de la prudencia humana y se atraen las simpatías y aun la admiración y los aplausos de muchos corazones sinceros [17].

---

a no separarse de ella... Cuando Dios nos pide una cosa, no debemos negarnos con pretexto de las faltas que podríamos cometer al hacerla. Más vale hacer el bien con imperfección, que omitirlo.»

No debemos, pues, inquietarnos ni entristecernos demasiado por las faltas que no podemos remediar—como hacen los presuntuosos, que se turban y desmayan al ver su propia flaqueza—, sino sacar de esta misma nuevas fuerzas para no agravar una falta con otras mayores. La verdadera humildad es pacífica y confiada, excitando tranquilamente a poner en Dios la confianza que no podemos tener en nosotros mismos. En las faltas inadvertidas, decía un alma muy experimentada (J.), «con la misma facilidad me levanto con la intención de antes morir que reincidir; pero sin turbación ni pena de despecho: ¡es tan caritativo Nuestro Señor para esta clase de faltas! Creo haber entendido que una mirada amorosa, y seguir tranquila y alegre, le mueve más que la demasiada congoja, que encierra a veces mucho amor propio». Aprende, dice el Señor en las *Espinas del alma* (diál. 4), «a sacar humildad de tus faltas y no amargura y desasosiego; que me das más pena y me ofendes más con el desasosiego que recibes de ellas, que con ellas mismas». «La humildad verdadera, advierte Santa Teresa (*Vida* c. 30), aunque da pena ver lo que somos, no viene con alboroto, ni desasosiega al alma, ni la obscurece, ni da sequedad, antes la regala, y es todo al revés, con quietud, con suavidad, con luz... En estotra humildad que pone el demonio no hay luz para ningún bien».

[17] El modo de superar las contradicciones, emulaciones, etc., decía el Beato Diego de Cádiz (*Vida inter.* 3.ª p., c. 10), ha de ser *non resistendo, sed perferendo.* «Más de temer es, advierte el P. Caussade (*Aband.* l. 3, c. 6), nuestra propia acción y la de nuestros amigos, que no la de los contrarios. No hay prudencia que iguale a la de sufrir a los enemigos sin resistirles ni oponerles más que un sencillo abandono en las manos de Dios. Esto es como navegar viento en popa, permaneciendo tranquilos; pues ellos mismos nos sirven como de galeotes, que a fuerza de remos nos conducen al puerto. La mejor cosa que podemos oponer a la prudencia de la carne es la sencillez; ésta elude maravillosamente todas las astucias sin conocerlas ni aun pensar en ellas. Tener que habérselas con un alma sencilla, es como luchar con Dios, que está velando por ella... Así la acción divina le inspira y le hace tomar unas medidas tan prudentes, que con ellas desconcierta a los que trataban de sorprenderla». Por otra parte, «acaece muchas veces, observa el Beato Susón (*Unión* c. 2), que, quitándole la felicidad y los consuelos, las mismas criaturas obligan al hombre a unirse más santa e íntimamente con Dios».

Mas esto mismo es otra durísima prueba, pues su mayor tormento lo encuentran en ser estimadas y alabadas; esto las horroriza, porque justamente les parece un robo sacrílego que les atribuyan cosa buena, viendo que si alguna tienen es prestada por Dios y deben responder de ella [18].

Así es como adquieren una humildad sincera y sólida y no superficial como era la de un principio; así se purifican de veras de la escoria del amor propio, y se arraigan y robustecen en todas las virtudes, y en especial en la mansedumbre y la modestia, para hacerse semejantes a Aquel que fué verdaderamente *manso* y *humilde de corazón*. Y llevando su yugo hallan el *descanso del alma* (Mt. 11, 29).

Esto lo consiguen con la formidable lucha interna que de continuo sostienen para dominar sus pasiones, las cuales parecen indómitas e irresistibles, y, sin embargo, raras veces logran traslucirse afuera, ni aun en la menor inmutación del rostro. Quien vea a estas almas pacíficas, siempre afables y cariñosas (nunca adustas como las de virtud ficticia) y, aunque a veces hondamente tristes, con una sincera y modesta sonrisa en los labios, las creerá poco menos que insensibles, pues ni aun con los mayores agravios se alteran, y estará muy lejos de sospechar sus interiores luchas. Pero, en realidad, lejos de ser insensibles, tienen una sensibilidad más exquisita y delicada que nadie, pues el mismo Dios se la aviva para que aprendan a vencerse de veras, resistiéndose siempre, y a domar las malas inclinaciones, combatiéndolas y arrancándolas de raíz. La menor cosa les excita la ira. «Si me dejara llevar de ese natural de fiera, decía a su confesor la V. sor Bárbara de Santo Domingo [19], a cada momento despedazaría a las hermanas». Y, con todo, éstas la creían impasible, pues ni con las más duras pruebas exteriores e interiores se daba por sentida ni se inmutaba [20].

Estos continuos triunfos que sobre sí mismas alcanzan, con ser tan gloriosos como difíciles, no las envanecen, antes las confunden; pues ellas atienden sólo al trabajo y al peligro, sin fijarse en el mérito. Así, con el santo temor de Dios, que las

[18] Cf. SANTA TERESA, *Morada* 6, 1; HANSEN, *Vida de Santa Rosa de Lima* 1, c. 8; BRENTANO, *Vida de Emmerich* 9; ALCOBER, *Vida del Beato Diego de Cádiz* 1.ª p., c. 10.

[19] Carta de 8 jul. 1868; cf. *Vida* p. 218.

[20] Sobre las terribles pruebas y tentaciones que esta admirable religiosa sufrió en su *purgación sensible*, véase la misma *Vida* 2.ª p., c. 2. Mas, como advierte Santa Teresa (*Mor.* 6, 1), no siempre les es dado a estas almas el disimular, y a veces se les conoce tanto su amargura interior, que hasta se traduce en ciertas impaciencias, etc.

mantiene mansas, modestas y humildes, velando sobre sí mismas con firme resolución de practicar bien todas las virtudes, asientan el principio firme de la verdadera sabiduría. Entonces, conociéndose a fondo y despreciándose como merecen, tienen ya bastante limpios e iluminados los ojos del corazón (Eph. 1, 18) para ver cuán amable es Dios, y empiezan a amarle con un amor puro, sincero y desinteresado.

Así labra el Señor y purifica a las almas privilegiadas, para hacerlas dignas confidentes de los misterios de su amor. Como amante puro y celoso, no tolera en ellas la menor mancha ni la menor afición que no vaya dirigida a El [21]. Por eso, antes de comunicárseles de lleno, las somete al crisol de la tentación y a la piedra de estas pruebas y contradicciones, para que salgan más puras y radiantes de luz que el oro y que el diamante, labrados y limpios de toda escoria [22]. Y cuanto a más alto grado de santidad las destine, o cuanto más delicada sea la misión que quiere confiarles, tanto más variadas y rigurosas serán esas pruebas [23].

---

[21] «Menos os ama, Señor, dice San Agustín (*Conf.* 10, c. 29), el que juntamente con Vos ama otra cosa sin amarla por Vos».

[22] «Comprendamos bien de una vez—advierte Santa Catalina de Génova al terminar su *Purgatorio*—que el Dios buenísimo y grandísimo, antes de admitir una alma en su presencia, aniquila en ella todo cuanto tenga de humano, y la purifica enteramente, para transformarla en Sí y deificarla».

«¡Oh santidad adorable de mi Dios, exclama Fenelón (*Sentim. de piété*), cuán rigurosa sois! No reconocéis a los vuestros, por poco que tengan en oposición con vuestra pureza, y llamándolos con una mano —con el amor que para atraerlos encendéis en sus corazones—con la otra los detenéis mediante los rigores de vuestra justicia. Pero, Señor, esas almas os aman y Vos queréis que sufran. Su suplicio no disminuye en nada el amor que las tenéis, ni el que ellas os tienen disminuye en nada sus penas. ¡Cuán amable y cuán santo sois, oh Corazón divino! ¡Quién podrá subsistir en presencia de un Dios tan puro y santo! Esta misma santidad es la que ve a los santos, en la tierra, abatidos con enfermedades, padecimientos y persecuciones, y, mientras los reconoce por suyos, los mira con una paz inalterable, pudiendo siempre aliviarlos, y negándose a hacerlo muchas veces; pudiendo sacarlos de la opresión, y dejándolos en ella sepultados; y, en medio de todo, este corazón magnánimo no halla cosa mejor con que expresar el amor que tiene a sus amigos que con estos rigores».

[23] «Sucederáles también a muchas almas, dice Palafox (*Varón de deseos* 3.ª p., sent. 8), ausentárseles la guerra no sólo meses enteros, sino años, y cuando están más descuidadas, y tal vez más fervorosas, se encenderá tan sangrienta y cruel como si dieran el primer paso... Aunque les haga novedad al principio, sentirán gran ánimo si han servido al Señor en la vida pasada con verdad... Porque todos los pasos que ha dado en sus ejercicios el alma en tiempo de paz, han sido

Toda la purgación lograda con las voluntarias penitencias y austeridades que en los primeros fervores abrazaron, y aun con los verdaderos martirios que ellas mismas se causan en la desolación y sequedad—para ver si con ellos aplacan la ira divina, castigándose tan severamente por sus faltas—es nada para lo que Dios pretende. Por eso, aplicando El mismo la mano a la llaga, las somete como El sabe hacerlo a ese «baño de sangre y fuego», que dice Santa Catalina de Siena (Ep. 52), a todo ese cúmulo de *purgaciones pasivas*, donde se ven metidas como en una prensa, oprimidas por todas partes, sin poder respirar, sin hallar el menor alivio ni ver por dónde les puede venír el remedio, padeciendo así vivas no ya como en un potro, sino como en un infierno de dolor [24]. Aunque éste se dirija aún principalmente a la parte sensitiva del alma, en realidad no hay pena exterior ni interior que no sufran: a la aridez y desganas, a la obscuridad, angustias y agonías de muerte, añádense enfermedades, calumnias, persecuciones [25], abandono de los buenos y aun los más fieles amigos, falta de guías experimentados o manifiesta oposición de los directores que, en vez de animarlas y tranquilizarlas, acaban de llenarlas de obscuridad y terror

disposiciones y defensas que ha prevenido a la guerra que le dará de allí adelante el cuerpo. El permitir Nuestro Señor esta guerra a las almas, es para utilísimos efectos», cuales son «*humillarla, probarla, ejercitarla, mortificarla, retirarla y guardarla, coronarla y perfeccionarla*».

[24] Así *desfallece en dolores su vida; y se pasan sus años en gemidos* (Ps. 30, 11); no pudiendo a veces disimular tal cúmulo de amarguras.

«¡Oh Jesús!, exclama Santa Teresa (*Mor.* 6, c. 1). ¡Qué es ver un alma desamparada de esta suerte, y cuán poco le aprovecha ningún consuelo de la tierra!... Si reza, es como si no rezase, para su consuelo... para mental (meditación) no es este tiempo en ninguna manera... Ansí por muy mucho que se esfuerce, anda con un desabrimiento y mala condición en lo exterior, que se le echa mucho de ver... Lo que ha es indecible, porque son aprietos y penas espirituales que no se saben poner en nombre. El mejor remedio (no digo para que se quite, que no lo hallo, sino para que se pueda sufrir) es entender en obras de caridad exteriores, y esperar en la misericordia de Dios, que nunca falta a los que en El esperan».

[25] «Hasta ahora, decía Nuestro Señor al Beato Susón (*Vida* c. 23), te azotabas con tus propias manos, y dejabas de hacerlo cuando te tenías compasión; pero desde ahora te dejaré en manos de otros, que te maltratarán sin que puedas defenderte; ellos te harán llevar una cruz algo más dolorosa que la erizada de puntas de hierro con que atormentabas tus espaldas. Hasta hoy eras admirado y alabado por tus mortificaciones voluntarias, mas en lo venidero, en medio de tus penas, serás pisoteado, despreciado y puesto en ridículo, para que así de veras te aniquiles».

diciéndoles que van engañadas [26]; en fin, todo lo terrible que puede imaginarse, cuando menos lo piensan llueve de repente sobre ellas, haciéndoles sufrir por Dios, sin que nadie apenas lo note ni se compadezca, un espantoso y prolongado martirio [27].

Esto escandaliza a los mundanos, porque el mundo es incapaz de entenderlo: *Stultitia enim est illi, et non potest intelligere.* Pero es moneda corriente en los caminos del espíritu. Pues *por muchas tribulaciones tenemos que pasar para entrar en el reino de Dios* (Act. 14, 21). ¿Para qué envía el Señor tales penas, preguntan, a unas almas tan fieles y que tan de veras le aman? Se las envía: 1.º, para mejor mostrarles su divino amor, pues a los que más ama les hace más semejantes a Sí en los padecimientos, a fin de que también lo sean en la gloria [28].

---

[26] Quejándose la venerable M. Francisca del Santísimo Sacramento (*Vida*, por LANUZA, l. 1, c. 10) de no tener con quién comunicar las cosas de su espíritu, se le apareció su santa Madre Teresa y la consoló de este modo: «Hija, mucho más padecerías si las comunicases: que por eso padecí yo tanto, pues, por mucho que sepan los hombres, no alcanzan cuán largo es Dios en comunicarse a sus criaturas».

[27] Estas penas interiores, dice el Beato Susón (*Disc. spir.* 4), «hacen hasta cierto punto que los que perseveran en sufrirlas sean contados en el número de los mártires y gocen de sus prerrogativas, pues más querrían los siervos de Dios dar de una vez su cabeza y su sangre por Jesucristo, que sufrir interiormente esas tentaciones tan penosas durante meses y años». «Esta obra magnífica es propia del santo amor; ningún otro podría realizarla. Pero, oh hombres, si os fuera dado conocer por qué torturas pasa la *humanidad* en medio de estas indescriptibles pruebas, no dudaríais en afirmar que es imposible sufrir tanto... Estos dolores, sin embargo, están a vuestra vista, y, lejos de considerarlos, preferís las más de las veces no creerlos, porque teméis medir con el pensamiento su grandeza... No los queréis compadecer, porque son llevados en silencio y sólo por amor de Dios» (SANTA CATALINA DE GÉNOVA, diál. 3, 10). «Sé que son grandísimos, observa Santa Teresa (*Vida* c. 11), y me parece que es menester más animos que para otros muchos trabajos del mundo; mas he visto claro que no deja Dios sin gran premio, aun en esta vida; porque... con una hora de las que el Señor me ha dado de gusto de Sí, me parece quedan pagadas todas las congojas que en sustentarme en la oración mucho tiempo pasé. Tengo para mí que quiere el Señor dar muchas veces al principio, y otras a la postre, estos tormentos... para probar a sus amadores... antes que ponga en ellos grandes tesoros, y, para bien nuestro, creo nos quiere Su Majestad llevar por aquí, para que entendamos bien lo poco que somos; porque son de tal dignidad las mercedes de después, que quiere por experiencia veamos antes nuestra miseria... porque no nos acaezca lo que a Lucifer».

[28] «¿Por qué camino vienen los llamados? —Por el de la tribulación—se me respondió... Comprendí el orden y la razón de estas cosas... Vi cómo los sufrimientos se convierten en acciones de gracias. No se entiende en un principio, pero luego se agradece. Vi el camino común de los elegidos a la vida eterna, y no hay otra vía. Mas los in-

2.º Para que puedan seguir adelante y acaben de conocerse, purificarse, iluminarse y prepararse para la plena unión y transformación [29].

Estas almas, al parecer tan fervorosas, lo eran con un *fervor sensible*, el cual, tras ser mudable y no resistir a las desolaciones, es impedimento, como impetuoso y desmesurado que es, para la tranquila e íntima acción de Dios. Para que puedan sentir la luz pura espiritual deben hallarse vacías de la sensible; así como más adelante, para poder resistir la purísima luz increada, deben quedar antes a obscuras de toda la creada, por

---

vitados que beben el cáliz del Señor son aquellos que quieren conocer la voluntad de su Padre... Así para estos hijos la amargura de las tribulaciones se convierte toda en gracia, en dulzura y en amor; porque *sienten* cuánto valen sus lágrimas. Son oprimidos, pero no afligidos, porque, cuanto más sientan la tribulación, más sienten a Dios y más crece su gozo. Si el hombre siente ansiedad al principio de la penitencia, yo sé qué gozos le esperan cuando haya avanzado» (SANTA ANGELA DE FOLIGNO, c. 50).

«Si considerásemos, dice Santa Catalina de Siena (*Ep.* 64), el gran provecho que nos viene de sufrir mientras peregrinamos en esta vida, siempre correríamos al término de la muerte sin huir de ninguna pena. Muchos son los bienes que nos siguen de ser atribulados. El uno es que así nos conformamos con Jesucristo. ¿Y qué mayor tesoro que el de ser vestida de sus oprobios y penas, puede tener un alma? El otro es purificarnos aquí de los pecados y defectos para acrecentar la gracia y llevar guardado el tesoro para la vida eterna». «Si acaso Dios disimula darte adversidades, no hace esto, observa Taulero (*Inst.* c. 11), por tu mucha bondad y fortaleza, sino porque conoce muy bien cuán indigno eres de ser soldado de Cristo».

«Conozcan todos, dijo Nuestro Señor a Santa Rosa de Lima (HANSEN, 1, c. 18), que la gracia sigue a la tribulación; sepan que sin peso de aflicciones no se llega al colmo de la gracia, y que a medida de los trabajos aumentan los carismas. No quieran errar ni engañarse: ésta es la única escala del paraíso y, fuera de la cruz, no hay otra por la que pueda subirse al cielo».

[29] «Mucho nos engañamos con daño nuestro, observa el P. Weiss (*Apol.* conf. 6), si creemos que fué fácil a los Santos alejar de sus venas la sangre corrompida de Adán, apartarse del mundo interior y exterior y abrirse camino hasta la vida eterna. Nos imaginamos que los Santos fuéronlo desde su nacimiento, o que ganaron el puesto que en el cielo ocupan sin pasar trabajos... Mas no, el mismo San Pablo dice con tristeza: *¡Desgraciado de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo mortal?* (Rom. 7, 24). Y no se vió exento de esa lucha dura que *penetra hasta la sotura del alma y del espíritu, hasta las junturas y la medula* (Hebr. 4, 12)... A muy seria labor llama Dios a todos los hombres, lo mismo a los Santos que a nosotros: a todos nos envía al trabajo, diciéndonos: *Sabe distinguir lo precioso de lo vil* (Ier. 15, 19). *hasta que tu vida se torne de mayor precio que el oro purificado al fuego*» (1 Petr. 1, 7).

«Dios prefiere, según dice Santa Magdalena de Pazzis (5.ª p., c. 8)

espiritual que sea. De ahí esas dos terribles *noches*: la del *sentido* y la del *espíritu* [30]. Con la luz sensible deben perder también todos los consuelos sensibles, a fin de poder sentir luego los misteriosos toques del Espíritu Santo. Por eso el Señor dijo a sus discípulos que «sin quedar privados de su presencia visible, no podían recibir el divino Consolador» [31]. Era preciso que con la ausencia se purificara y espiritualizara aquel tierno y afectuoso amor que le tenían, para poder luego resistir sin desfallecer todas las pruebas y estar en condición de sentir directamente—o por lo menos como a través de la santa Humanidad ya invisible—los altísimos misterios de la Divinidad [32].

En esas tinieblas y aridez es donde las almas descubren y pueden corregir, con la tenue luz espiritual que sin notarlo re-

el alma que se transforma por el dolor a la que se transforma por amor; aunque es verdad que el dolor que el alma siente, a la vista de las ofensas divinas, no puede venir sino del amor, el cual, absolutamente hablando, es más perfecto. Por la vía del dolor, el alma se ejercita más en el amor del prójimo y resplandece más su celo por la salud de las almas, que le hace llorar por los pecados de los otros y consumirse en deseos de su salud. El Verbo prefiere también el ejercicio del dolor al del amor, porque el primero es una suerte de martirio por el cual las almas se hacen semejantes al Salvador crucificado. El amor es sin duda más agradable; pero, como estamos en este mundo para purificarnos, el tiempo no es tanto para gozar como para llorar por Dios».

[30] «La primera *noche o purgación* es amarga y terrible para el sentido. La segunda no tiene comparación, porque es muy espantable para el espíritu» (SAN JUAN DE LA CRUZ, *Noche* 1, c. 8).

[31] «Ego veritatem dico vobis: Expedit vobis ut ego vadam; si enim non abiero, Paraclitus non veniet ad vos; si autem abiero, mittam eum ad vos» (Io. 16, 7). «Nondum enim erat Spiritus datus, quia Iesus nondum erat glorificatus» (ib. 7, 39).

[32] «Si fué menester, decía el Señor al Beato Susón (*Eterna Sab.* 10), que Yo me separase de mis apóstoles, a fin de disponerlos mejor para recibir al Espíritu Santo, ¿cuánto más dañará el trato con los hombres?... Su amor frágil y sus conversaciones inútiles apagan el fervor de la vida religiosa». «Todos los esfuerzos, trabajos, preceptos y ejemplos de Jesucristo, se ordenaban, advierte el mismo Beato (*Disc. spir.* 3), a enseñar a sus discípulos a ser hombres interiores y conservar puras sus almas para que en ellas brillase la luz de la Verdad. Y como veía que los apóstoles, en su imperfección, se apegaban al hombre exterior, y se hacían así incapaces del soberano Bien, se vió obligado a dejarlos y privarlos de su presencia corporal. Esto debe quitarnos toda incertidumbre y hacernos comprender que, si la misma Eterna Sabiduría, con su presencia humana, era en cierto modo un obstáculo para la perfección de aquellos que se le mostraban apegados, con más razón las criaturas de este mundo impedirán a los siervos de Dios llegar a la perfección de la vida espiritual». «No vendrá el Espíritu Santo, dice el Beato Juan de Avila (tr. 1, *Del Espíritu Santo*), hasta que quites el amor demasiado a las criaturas... A solas quiere estar contigo».

ciben, innumerables imperfecciones que entre el fervor sensible no veían, y sólo así pueden adquirir la verdadera humildad y la deseada pureza [33]. Aparte del amor propio que aun muestran en el deseo de regalos y consuelos divinos, y que tanto les impide llegar a la verdadera unión, suelen conservar una oculta presunción, con cierto aprecio de sí mismas y de sus virtudes superficiales, y hasta un pernicioso apego al propio parecer y la propia voluntad, que no sólo les dificultarían el verdadero progreso, que consiste en abandonarse totalmente a la acción de Dios, sino que, haciéndoles resistir al Espíritu Santo, las llevaría a la ruina [34]. Así sucedió a tantos ilusos que, después de grandes penitencias, se llenaron de soberbia, desecharon el yugo de la obediencia y se perdieron miserablemente.

Mas cuando cesa el fervor sensible y sienten la mortal aridez, y no ven sino peligros, dificultades, defectos, tentaciones y malas inclinaciones; cuando se ven en tantos temores y llenos de obscuridad y sin valor para nada, entonces es cuando de veras aprenden a desconfiar de sí mismas, buscar quien las guíe, y pedir con verdadera humildad los divinos auxilios, sin apropiarse ya las luces y favores que del Señor reciban [35]. Por eso toda su esperanza está en perseverar en la oración, por mucho que les cueste. Si aflojan en ella, se distraen demasiado en cosas exteriores—por buenas que sean y por buena intención con que las hagan—, están muy expuestas a perderse, dejando extinguirse el invisible rayo de luz que las guiaba a la soledad, para sentir allí la moción del Espíritu Santo. Mas si se dejan llevar de

[33] «¡Oh pureza, pureza!, exclama Santa Magdalena de Pazzis (5.ª p. 12). La pureza no es otra cosa que la humildad en acción. Jamás hubo ni habrá humildad sin pureza, ni pureza sin humildad».

[34] A pesar de haber resucitado a la vida de la gracia, dice Santa Catalina de Génova (*Purgat.* c. 11), el alma permanece tan manchada y tan plegada sobre sí misma, que para volverla al estado primitivo en que Dios la crió no se necesita nada menos que todas esas operaciones divinas de que hemos hablado».

[35] «No tome las tentaciones, dice el P. La Figuera (*Suma espir*, tr. 1, c. 5), por castigos, que no siempre lo son, y, cuando lo son, las ha de tener por mercedes. Porque con ellas la obliga Nuestro Señor a irle a pedir socorro, y a conocer su peligro, y a hacer penitencia, y saber que vive entre enemigos, con otros mil bienes que sabe Nuestro Señor sacar de las tentaciones; por donde dice el Espíritu Santo: *El que no es tentado, ¿qué sabe?*»

«Nescimus saepe quid possumus; sed tentatio aperit quid sumus... In tentationibus et tribulationibus probatur homo, quantum profecit, et ibi maius meritum existit, et virtus melius patescit». «Unde coronabitur patientia tua, si nihil adversitatis occurrerit? (KEMPIS, l. 1, c. 13: l. 2, c. 1).

esa fuerza misteriosa que las mueve al recogimiento, luego serán confortadas de modo que no desfallezcan.

Pero ¿cómo pueden tolerar tantas pruebas sin desfallecer?... «Pudiéndolo todo en Aquel que las conforta» (Phil. 4, 13). «Mientras más débiles se reconocen, tanto más fuertes son» (2 Cor. 12, 10), pues con tanto más ardor acuden a pedir auxilio a quien puede prestárselo. Allí, en el profundo recogimiento, se llenan de valor y hasta de gozo, pues quien las llama a la soledad lo hace para confortarlas, consolarlas y aun regalarlas, hablándoles al corazón, ora muy ocultamente, ora de un modo notorio, palabras de vida y de aliento (Os. 2, 14). Así es como, a medida que crecen los trabajos, van creciendo los mismos consuelos (2 Cor. 1, 5), y en medio de las mayores tribulaciones permanecen serenas, confiadas, alegres, sobreabundando de gozo (ib. 7, 4), y con verdaderas ansias de padecer aun más por Dios [36].

Estas ansias nunca se sacian: con nuevo alimento se avivan, y cuando un alma así templada parece desfallecer bajo el peso abrumador de los trabajos, y el agua de la tribulación le llega ya a la garganta, entonces mismo exclamará animosa: *¿Quién nos separará de la caridad de Cristo?... ¡Todo lo soportaremos alegres por Aquel que nos amó*, y se entregó por nosotros y nos atrajo a Sí y nos fortalece! *En El todo lo podemos.* (Rom. 8, 35-37) [8].

En los grandes apuros y tentaciones, cuando ya se ven desfallecer y sin ninguna fuerza, acuden presurosas a saciarse y reanimarse en la fuente de agua viva, donde se bebe a torrentes la fortaleza; acuden a la Eucaristía, el sacramento de amor, centro de la vida mística, donde el dulcísimo Salvador se da a Sí mismo para sustento, vida y esfuerzo del alma, y con la fortaleza que reciben en tan divino alimento, caminan sin reposo noches y días hasta el monte santo de Dios (3 Reg. 19, 8). Entonces ven por experiencia, al hallarse tan reanimadas, que quien digna-

---

[36] «Por sus generosos esfuerzos para no negar a Dios ninguna suerte de sacrificios, el alma, dice Santa Catalina de Génova (*Diál.* 1, 15), sobreabundaba de gozo, a ejemplo de San Pablo, en medio de los sufrimientos, notando bien que con eso se purificaba de las manchas de la carne y del espíritu, y que, por la gloria de Dios, acababa de revestirse de los adornos de la Esposa». San Francisco Javier decía que, por el menor de sus consuelos, gustoso emprendería un nuevo viaje al Japón, sin que le importaran nada los increíbles trabajos que allí había sufrido». «Por más que el alma que quiera seguir al Señor, dice Santa Magdalena de Pazzis (1.ª p., c. 17), tenga que sufrir mucho, sus sufrimientos, sin embargo, por grandes que sean, le traen menos penas que consuelos».

mente come de este pan *vivirá para siempre*, pues vivirá en Jesús y por Jesús, como Jesús vive por el Padre (Io. 6, 58). Por eso en todas sus tribulaciones y necesidades acuden con tantas ansias a los sagrados tabernáculos, como a su refugio seguro, porque allí encuentran amparo contra los enemigos, alivio en todos sus males y penas, y valor y fuerzas para vencerse a sí mismas, despojarse totalmente del hombre viejo y vestirse del nuevo [37].

Así fortalecidas y llenas de confianza, esperan sin vacilación ni temor al único que puede salvarlas, y esperan si es menester un año, dos años, cinco años y, a veces, hasta veinte años... Y esta *esperanza dilatada*, con serles tan aflictiva y gravosa (Prov. 13, 12), no les impide decir: *Todavía después de las tinieblas espero la luz* (Iob 17, 12). Y la *luz de inteligencia* que, entre las obscuridades de la fe, las alienta y las dirige, va aumentando por grados su esplendor, y la que antes les parecía tan tenue, de puro delicada—a medida que la razón natural se purifica de estas groseras luces inferiores—, las llena de claridad inaudita. Entonces, visiblemente enriquecidas ya con los sublimes dones de sabiduría y de inteligencia, ven que las aparentes tinieblas divinas eran torrentes de luz verdadera, que deslumbra y ofusca a los ojos enfermos, pero que a los sanos les

[37] «La Iglesia, dice Bellamy (p. 356), sabe muy bien que sin la comunión es imposible conservar indefinidamente la vida sobrenatural, así como sin el alimento corporal no podemos conservar por largo tiempo la vida física. Toda vida supone un alimento regular, no sólo para su legítima expansión, sino también para su simple conservación. Si la del cuerpo necesita del pan material, la vida divina de nuestra alma exige también otro alimento proporcionado a su naturaleza, es decir, un alimento divino». Por eso, aunque el precepto grave de la Iglesia no ordene más que la comunión pascual, su ardiente deseo. formulado en el Concilio Tridentino (s. 22, c. 6), y últimamente por Pío X, es que todos los fieles procuren recibir diariamente el pan eucarístico. «Entre todos los ejercicios que se pueden tener, dice el V. Taulero (*Divinas Instituciones* c. 38), ninguno juzgo ser tan excelente, tan divino, tan cierto y seguro para conseguir el sumo Bien y alcanzar la íntima unión con Dios, como recibir con frecuencia y devoto corazón el Santísimo Sacramento... Ni se halla en otra parte gracia tan copiosa como aquí, donde los sentidos y potencias del alma se recogen y unen por virtud y eficacia de la presencia corporal de Nuestro Señor Jesucristo. Y especialmente aquellos que son más inclinados a lo exterior y más fáciles en caer, se levantan y reducen a las cosas interiores, se desembarazan de los impedimentos de las temporales, se inflaman en celestiales deseos y, por la divina morada que Dios en ellos hace, son fortalecidos para las celestiales, y, finalmente, su cuerpo es reparado y renovado por aquel sacratísimo Cuerpo. Añádase que por este sacramento somos transformados en Dios», etc.

parece más clara mil veces que la meridiana. Ven que aquel misterioso susurro que en *silencio* percibían era la dulcísima voz del Amado, que las convidaba a su trato más íntimo (Cant. 2, 10-14); aquel *sueño* confortador era una sublime realidad, que las llenaba de vida, era el descanso del alma en los divinos brazos. Ven que la «noche se ilumina como un día clarísimo, que las tinieblas de Dios son como su misma luz, y en ellas hay inefables delicias» (Ps. 138, 11-12). Pues con el auxilio de esos dones, a través de la oscura fe, van descubriendo el Foco de luz eterna.

Así, al amanecer el día y mostrarse a la inteligencia el ansiado Lucero por que suspiraba, se llena el alma de una vida, un ardor, una alegría y unas delicias tan celestiales que, aunque no duraran más que un momento, con esto sólo daría por bien empleados los trabajos sufridos, y ve que todos los placeres del mundo juntos no son ni sombra, sino vileza y miseria, ante los del cielo [38].

Con esto se reanima de nuevo a padecer y obrar, y obrará portentos de virtudes con energía divina.

APÉNDICE

[1] *Condiciones de la perfecta oración.*—«La ley de la oración, dice Santa A. de Foligno [39], es la unidad: exige la totalidad del hombre, y no parte de él. La oración reclama el corazón entero; y si se le da sólo parte de él no se consigue nada... Hay que darlo todo si se quiere gustar el fruto de este árbol; porque la tentación viene de una división del corazón. Orad, y orad asiduamente. Cuanto más oréis, más iluminados seréis; más profunda, más sublime y más evidente será vuestra contemplación del soberano Bien. Cuanto más profunda y sublime sea ésta, tanto más ardiente será el amor; y mientras más arda el amor, más delicioso será el gozo, y más inmensa la comprensión. Entonces sentiréis aumentar en vosotros la íntima capacidad de comprender, luego llegaréis a la plenitud de la luz, y recibiréis los conocimientos de que no era capaz vuestra naturaleza, los secretos que están por encima de vosotros... ¿Queréis recibir al Espíritu Santo? Pues orad. Los apóstoles hacían oración cuando El descendió... Ella es la que libra del ene-

[38] «Un alma en sus principios, cuando Dios le hace esta merced, ya casi le parece no hay más que desear, y se da por bien pagada de todo cuanto ha servido» (SANTA TERESA, *Vida*, c. 10). «Bienaventurados trabajos, que aun acá en la vida tan sobradamente se *pagan*» (ib. c. 11).

[39] C. 62.

migo, la que ilumina, la que purifica, la que une a Dios. La oración es la manifestación de Dios y del hombre. Esta manifestación es la humildad perfecta que reside en el conocimiento de Dios . Conocer el *todo* de Dios y la *nada* del hombre, tal es la perfección . Si se os quita la gracia del fervor sensible, sed tan asiduos a la oración y la acción como en los días de grandes fervores... El sacrificio más perfecto y más agradable a los divinos ojos es seguir el mismo camino, con su gracia, cuando ésta deja de abrasar... Si por vuestra culpa—que de eso proviene las más de las veces—o por algún designio de la misericordia eterna, que os dispone para cosas más sublimes, se os retira el fervor sensible, insistid en la oración, en la vigilancia y en la caridad; y si la tribulación o la tentación sobrevienen con su fuerza purificadora, continuad, continuad y no aflojéis, resistid, combatid, triunfad a fuerza de importunidad y de violencia. Dios os devolverá el ardor de su llama; haced vuestro negocio, que El hará el suyo. La oración violenta, que uno arranca de sus entrañas desgarrándolas, es poderosísima ante Dios. Perseverad en la oración; y si comenzáis a sentir a Dios más plenamente que nunca..., haced el vacío; dejadle todo el lugar; porque va a dárseos una gran luz para veros y para verle».

«No puede un alma, decía Santa Catalina de Siena [40], llegar a poseer verdaderamente a Dios si no le entrega todo su corazón, sin división de afectos. Y no lo entregará sin ayuda de una oración humilde, en que reconozca bien su propia nada. Debe entregarse a esta oración de todas veras, hasta contraer su hábito. Con la continua oración crecen y se fortalecen las virtudes: sin ella se debilitan y desaparecen.»

[2] *La oración y la mística.*—Tan necesaria es la continua oración en la vida mística que San Francisco de Sales [41] se atreve a decir que «la teología mística y la oración son una misma cosa.. La teología especulativa hace sabios y doctos: ésta ardientes enamorados, amantes de Dios... Llámase *mística*, porque toda su conversación es secreta, y no se habla en ella sino de corazón a corazón con cierta comunicación incomunicable a otros fuera de aquel que la tiene... La teología mística y la oración no son otra cosa que una conversación en la cual el alma se entretiene amorosamente con Dios, hablando de su amabilísima Bondad para unirse y juntarse con ella».

[3] *Las continuas luchas.*—La purificación de las almas, enseña San Francisco de Sales [42], «se hace poco a poco, progresivamente, pasando de un adelantamiento a otro a fuerza de trabajo y de tiempo... Compárase el alma que sube del pecado a la devoción al alba, la cual al levantarse no ahuyenta de una vez las tinieblas, sino que poco a poco las disipa... Por lo cual es preciso tener ánimo y paciencia en esta empresa. ¡Oh cuán dignas de lástima son aquellas almas que, después de haber practicado algún tiempo la devoción, viéndose aún con muchas imperfecciones, se inquietan, turban y desaniman, deján-

[40] *Vida* 3.ª p., 4.
[41] *Amor de Dios* 6, 1.
[42] *Vida devota* 3.ª p., c. 5.

dose casi llevar de la tentación de abandonarlo todo!... No puede acabarse este ejercicio de la purificación sino con la vida. No debemos, pues, turbarnos por nuestras imperfecciones; porque la perfección consiste en combatirlas, y no las podemos combatir sin verlas, ni vencerlas sin encontrarlas: nuestra victoria no consiste en no sentirlas, sino en no consentir en ellas. Pero no es consentir el ver que nos incomodan: antes bien, para ejercicio de la humildad nos conviene que recibamos algunas heridas en esta espiritual batalla; mas nunca somos vencidos si no perdemos la vida ni el ánimo... Por eso decía David (Ps. 54, 9): *Libradme, Señor, de la cobardía y pusilanimidad.* Gran ventaja es para nosotros el saber que en esta lucha nos basta pelear para salir siempre vencedores» .

[4] *El deseo de consuelos.*—«Podemos ciertamente, dice Blosio [43], pedir a Dios consuelos y fervor sensible, sobre todo a los principios de la vida espiritual, para que, gustando las dulzuras de la divina gracia, renunciemos más pronto y mejor a todos los vicios, y nos aficionemos a El como sumo Bien. En ello, sin embargo, se oculta cierta imperfección, que cede en perjuicio de la abnegación legítima». Por eso debemos a toda costa dejar que Dios obre en nosotros, y nos dé lo que quiera, cuando quiera y como quiera».

«Los gustos espirituales, observa el P. Rodríguez [44], son muy buenos y de mucho provecho, si sabemos usar bien de ellos; y así, cuando el Señor los diere, se han de recibir con hacimiento de gracias; pero si uno parase en estas consolaciones, y si las desease para sólo su contentamiento por el gusto y deleite que el alma siente en ellas, eso ya sería vicio y amor propio desordenado .. sería vicio de gula espiritual».

«Me dió a entender el Señor, refiere el P. Hoyos [45], que no le desagradaba que buscase en mis aflicciones algún consuelo de mis padres espirituales; que El lo buscó también en sus discípulos, aunque no le halló; pero que le encontraría yo cuando fuese su voluntad; y que, si ésta era que padeciese, me sabría poner en el mayor alivio el mayor dolor». «En el tiempo de la aflicción, decía al B. Susón la *Eterna Sabiduría* (15), acuérdate de mis consuelos, y cuando Yo te consuele, no olvides las pruebas que te he hecho sufrir. Este es el medio de no engreirte cuando goces de mi gracia y de no dejarte abatir cuando estés en la aflicción».

[5] *La simple advertencia amorosa y el reposo inconsciente.*—«Aprenda el espiritual, enseña San Juan de la Cruz [46], a estarse con advertencia amorosa en Dios, con sosiego del entendimiento cuando no puede meditar, aunque le parezca que no hace nada. Porque así poco a poco y muy presto se infundirá en su alma el divino sosiego y paz con admirables noticias de Dios envueltas en divino amor. Y

---

[43] *Inst.* c. 7.

[44] *Ejerc. de perf.* 1.ª p., tr. 8, c. 24.

[45] *Vida* p. 329.

[46] *Subida* 2, c. 15.

no se entremeta en formas, imaginaciones, o algún discurso, porque no desasosiegue el alma... Advierta que no hace poco en pacificarla y ponerla en sosiego... que es lo que Nuestro Señor nos pide (Ps. 45, 11), diciendo: Aprended a estar *vacíos* de todas las cosas, y sabrosamente veréis cómo yo soy Dios».

«Cuando estés con esta sencilla y pura confianza filial ante Nuestro Señor, dice San Francisco de Sales [47], permanece en ella sin procurar de ningún modo hacer actos sensibles del entendimiento ni de la voluntad. Porque este amor sencillo y confiado, este *sueño amoroso del espíritu* en los brazos del Salvador, comprende por excelencia todo cuanto trataras de buscar. Y mejor es dormir sobre este pecho sagrado que no velar en cualquier otra parte».—Allí, en efecto, encuentra el alma fiel descanso en sus trabajos y alivio en sus penas; y, si se ve incapacitada para obrar, es para que con su pobre acción no impida ni perturbe la del Espíritu Santo, que ocultamente está produciendo una renovación prodigiosa.—Este místico *sueño* es mucho más saludable y reparador cuando sobreviene a personas muy adelantadas, intercalándose en las muchas y dolorosas pruebas, oscuridades y arideces que suele haber después de la oración de *quietud*, y de la *unión* sobre todo.

«Aunque esté sufriendo mucho, decía—hallándose ya en ese feliz estado—la sierva de Dios María Busto (13 En. 01), en yendo a la oración me quedo sin sentir nada... Yo no sé si lo que hago es perder el tiempo y desagradar a Nuestro Señor. Mas, por otra parte, no veo remedio; pues todo lo que quiero poner de mi parte—además de encontrar como una valla que me impide el poderme ocupar de nada—noto que lo único que adelanto es llenarme de turbación... Lo único que me consuela es sentir que Nuestro Señor sigue haciendo su obra y llenándome cada vez de gracias más especiales; y, al ver los efectos, me hace creer que no pierdo el tiempo, aunque a mí me lo parezca, y que esto de convertirme en *tronco* es para hacerme sentir claramente mi *nada*, y hacer resplandecer más su misericordia y bondad, poniendo El todo en quien no es capaz de hacer otra cosa más que ofenderle; pues cada día me veo más indigna de sus gracias por mis muchas y contínuas infidelidades».

«Hay tres señales, dice el P. Surín [48], para conocer que ese reposo, en que no hay conocimientos distintos, no es ociosidad. La primera es que durante él goza el alma de mucha paz sin ningún tedio. La segunda, que sale de allí con gran resolución de obrar bien. La tercera, que durante el día tiene muchas luces para ver cómo ha de conducirse, y muchas fuerzas para practicar la virtud... Cuando este reposo va acompañado de mucha aridez, sin más conocimientos que una idea general de Dios, no por eso deja de ser verdadera contemplación, y muy útil al alma». «Los directores que tratan de obligar a las almas a que dejen este reposo, y se ejerciten en afectos y consideraciones para no estar

[47] *Amor de Dios* 6, c. 8.
[48] *Catech. spir.* p. 1, c. 3.

oclosas, son como los que las obligaran a descender de un navío que marcha a vela llena, para hacerlas ir a pie».

Así como en el orden natural hacemos voluntariamente muchas cosas, como andar, pararnos, mirar, etc., sin advertir lo que hacemos: así sucede también y con más razón, observa el P. Grou [49], en el orden sobrenatural. «Se ora sin pensar que se ora: está el corazón unido con Dios, sin advertir esta unión. No se debe, pues, decir que no se hace nada y se pierde el tiempo en la *oración de reposo*; pues se obra de una manera muy real, aunque muy secreta; donde el amor propio no tiene ningún pábulo, ni nada en qué apoyarse. Y en esto consiste el mérito de esta oración: aquí muere el amor propio, y el alma comienza a perderse en Dios. Mientras ella cree conocer su estado, no está perdida y aun tiene apoyos. Empieza a perderse cuando le faltan las luces sensibles, y no pudiendo ver nada, no mirando ya ni reflexionando sobre sí misma, se abandona a la dirección de Dios. Y El la va haciendo avanzar gradualmente por este camino, hasta que ella, no encontrando ya ningún apoyo ni seguridad en sí misma ni en los hombres, pone en Dios toda su confianza y dice con Jesucristo abandonado en la cruz: *Padre, en tus manos pongo mi espíritu...* A este sublime acto, tan glorioso para Dios y tan útil para el alma, conduce la oración de reposo. Por sí mismo, nadie puede entrar en ella ni adelantar; pero, cuando Dios introduce, hay que tener ánimo para perseverar hasta el fin».

[6] *Avisos importantes.*—El P. La Figuera en su devota *Suma espiritual* [50], da, entre otros, los siguientes: «Rodéase mucho en este camino de oración, cuando no entra el alma desinteresada... El estilo y condición de Dios es darse sin medida a quien no pretende consuelos ni regalos en servirle... Entre bien resuelta en no mirar, para servir a Dios, ni en ganas ni desganas de la naturaleza..., porque no perseverarán las ganas y los fervores primeros... No se anda sino cuando se hace fuerza a la sensualidad... Guárdese de... desear arrancar en dos días las raíces amargas y hondas de sus apetitos... Esta disimulada pretensión hace dejar a muchos lo comenzado. No se ha de volar este camino cuando no haya alas, sino andarse paso a paso, según la fuerza de cada uno... Ha de aprender a andar con faltas y no pararse por ellas; porque si no sabe esta arte, la más dificultosa de este camino, lleva conocido riesgo... Lo que hay que aprender en ellas es a... pedir luego perdón sin admirarse, ni amargarse, ni desmayar, sino humillarse, compungirse y levantarse más alentado si puede... Váyase al paso de Dios; ni se apresure ni detenga más en ningún ejercicio, por santo que sea, de lo que Dios quiere... Sea firme en sus ejercicios espirituales, preciándolos mucho... Préciese de cuantas devociones tiernas le ayudaren para amar más a Dios y guárdese de aquel espíritu presuntuoso que dice no estar en eso la virtud sólida... En resolviéndose de servir a Dios con perfección, no se ha de

[49] *Man.* p. 96-97.
[50] Tr. 1, c. 6.

afrentar de parecerlo... y de que se lo digan sus iguales... Búrlense ellos, y sirva él de veras a Dios».

[7] *La perseverancia y el fruto de los trabajos.*—«Aquí es de notar *por qué son tan pocos los que llegan a este alto estado.* La razón es porque, en esta tan alta y subida obra que Dios comienza, hay muchos flacos, que luego huyen de la labor..., no queriendo sujetarse al menor desconsuelo ni mortificación, ni obrar con maciza paciencia. De aquí es que, no hallándolos fuertes en la merced que les había comenzado a labrarlos, no vaya adelante en purificarlos y levantarlos del polvo de la tierra, para lo cual era menester mayor fortaleza y constancia... ¡Oh almas que os queréis andar seguras y consoladas! Si supiésedes cuánto os conviene padecer sufriendo para venir a eso y de cuánto provecho es el padecer y la mortificación para venir a altos bienes, en ninguna manera buscaríades consuelo en cosa alguna, mas antes llevaríades la cruz en hiel y vinagre pura, y lo habríades a gran dicha, viendo que muriendo así al mundo y a vosotras mismas, viviríades a Dios en deleites de espíritu: en vosotras para limpiaros y purgaros más adentro con trabajos espirituales. Porque muchos servicios han de haber hecho a Dios. y tenido mucha paciencia y constancia, y muy aceptos ante El en la vida, a los que El ha de hacer semejante merced... Los deja tentar, afligir, atormentar y apurar interior y exteriormente—como a Tobías y Job—hasta donde se puede llegar, para *endiosarlos,* dándoles la unión en su Sabiduría, que es el más alto estado, y purgándolos primero en esta misma Sabiduría... Como fué participante de las tribulaciones, lo es ahora de las consolaciones (2 Cor. 1, 7); y a todos los trabajos le han muy bien respondido con bienes divinos... Los de este estado todo lo que quieren alcanzan y toda la deuda queda bien pagada, muertos ya los enemigos de sus apetitos, que les querían quitar la vida, y ya viviendo en Dios» [61].

«En sus muchas cruces y pruebas, decía Nuestro Señor al B. Susón [62], mis amigos viven alegres con la esperanza de la gloria; gozan de la paz del corazón y de la tranquilidad del espíritu, y en medio de sus aflicciones son más dichosos que los mundanos con su falsa paz y todos sus placeres». «Oye por qué los pruebo de tantas maneras... Yo moro y habito en un alma como en un paraíso de delicias, y no puedo permitirle que se complazca fuera de mí y se aficione a las criaturas; y porque quiero poseerla casta y pura, la cerco de espinas y la encierro entre adversidades, a fin de que no pueda escaparse de mis manos. Siembro su camino de angustias y dolores, para que no pueda descansar en las cosas bajas y creadas y ponga toda su ventura en lo profundo de mi Divinidad. La recompensa que a estas almas doy por la menor de sus aflicciones es tan grande, que todos los corazones mundanos reunidos no podrían con ella».

---

[61] SAN JUAN DE LA CRUZ, *Llama de amor* canc. 2, v. 5.
[62] *Et. Sabiduría* c. 18-19.

[8] *Cómo el amor hace ligeras las cruces, y éstas son prendas de amor.*—Quejábase una vez el mismo B. Susón [53], diciendo: «Reconozco, Señor, que vuestras cruces son los medios de vuestra sabiduría y las prendas de vuestra eternidad; pero que al menos no sean demasiado pesadas y superiores a nuestras fuerzas... No creo que haya en el mundo nadie tan probado como yo: ¿cómo queréis que resista? Si fueran cruces ordinarias, yo las llevaría con paciencia; pero son tan nuevas y tan extraordinarias, que me dejan aplastado». Y el Señor le respondió: «Un enfermo, en medio de sus dolores, piensa siempre que no hay otros como los suyos; y cada pobre se figura que no hay otra miseria igual. Si te enviara otras cruces, emplearías el mismo lenguaje. Ten, pues, valor, y sé firme y generoso. Resígnate por completo en mi voluntad; acepta con paciencia todas las cruces que yo tenga a bien enviarte, y no rechaces ninguna; pues sabes que quiero tu bien y conozco perfectamente qué es lo que más te conviene. La experiencia te ha hecho ver que todas las cruces que yo te envío, sean las que fueren, te elevan y te unen más íntima y firmemente a mi Divinidad, que cuantas puedas tú voluntariamente escoger... Si la aflicción no fuera molesta, ¿sería aflicción?... ¿Qué extraño es que te pese la cruz, si no la amas? Amala, y la llevarás fácilmente... Si inundado de consuelos espirituales te abrasases en amor, no ganarías tanto como sufriendo las sequedades y pruebas que te envío... Vive, pues, en paz, seguro de que no has de perecer bajo la cruz. Más fácil es que caigan en pecado diez almas que gozan las delicias de la gracia que no una sola que está en aflicción: el enemigo no tiene ningún poder contra las que amorosamente gimen bajo la cruz. Aunque fueras el primer doctor del mundo y el más sabio teólogo de mi Iglesia, y aunque hablaras de Dios con la lengua de los ángeles, serías menos santo y menos amable a mis ojos que un alma que vive sujeta a mis cruces. Concedo mis gracias a buenos y malos; pero reservo mis cruces para los escogidos... La aflicción aleja al hombre del mundo y lo acerca al cielo. Mientras más lo abandonan los amigos de la tierra, más aumenta en él mi gracia, y lo eleva y lo hace divino. De la cruz proceden la humildad, la pureza de conciencia, el fervor de espíritu, la paz, la tranquilidad del alma, la discreción, el recogimiento, la caridad y todos los bienes que ésta produce».

A los que Dios más ama, dice Santa Teresa [54], da estos dones, que son los trabajos que dió a su Hijo; «a los que menos, menos, y..., conforme al ánimo que ve en cada uno, y el amor que tiene a su Majestad. Quien le amare mucho, verá que puede padecer mucho por El: al que amare poco dará poco. Tengo para mí que la medida de poder llevarla cruz grande o pequeña, es la del amor». «No hay, advierte Blosio [55], señal más cierta de la elección divina, que el sufrir humilde y pacientemente por amor de Dios la tribulación. Esta es

[53] *Ib.*. c. 19.
[54] *Camino* c. 32.
[55] *Inst.* c. 8, § 3.

el anillo precioso con que El desposa consigo al alma. El sufrir por Dios es cosa tan grande, que el hombre debería juzgarse indigno de tanto honor. Aun la menor molestia sufrida por El con buen ánimo, le agrada incomparablemente más que muchos y grandes ejercicios de buenas obras». «No puede sucederle a un cristiano cosa más gloriosa, decía San Felipe Neri, que el padecer por Cristo. La mayor tribulación que puede tener, es no padecer tribulaciones. Pues no hay argumento más cierto del amor de Dios que las adversidades». «¡Oh, si conociesen los mortales qué gran cosa es la gracia, qué hermosa, qué noble, qué preciosa, cuántas riquezas esconde en sí, cuántos tesoros, cuántos júbilos y delicias, exclamaba Santa Rosa de Lima [56], emplearían sin duda toda su diligencia y desvelo en buscar aflicciones y penas, andarían por todo el mundo en busca de molestias, enfermedades y tormentos, en vez de aventuras, sólo por conseguir el logro admirable de la gracia. Esta es la mercancía y el logro utilísimo de la paciencia. Nadie se quejaría de la cruz ni de los trabajos que le caen en suerte, si conociera las balanzas donde pesan para repartirlos entre los hombres».

[56] Hansen, 1, 13.

CAPITULO IV

Progresos de la iluminación y de la unión

§ I.—La contemplación y sus fases; oración de recogimiento; alternativas de luz y de oscuridad.—Purificación y unión de la voluntad: oración de quietud: efectos y afectos: ligadura de las potencias: embriaguez de amor.

Aquellos primeros rayos de luz divina que con un nuevo y no conocido esplendor alumbran y deslumbran, inundan por dentro y por fuera, cautivan y alegran y vivifican e ilustran el entendimiento—*recogiéndole* aun sin que él lo procure—suelen durar muy poco: vienen de repente cuando menos se esperan, y, a lo mejor, en medio de la incomparable alegría, desaparecen como por encanto y vuelven a dejar el alma en sus tristes tinieblas... Pero la dejan tan animada, tan cambiada, tan rica y tan llena de vida y energía que, a poco que se repitan o se prolonguen estas ilustraciones, producen como una renovación prodigiosa.

Esto es lo que suele llamarse *oración de recogimiento*, el cual es *infuso* y muy superior al *adquirido* con nuestros esfuerzos y diligencias. La industria humana es nada para alcanzarlo: Dios lo da cuando quiere y como quiere. Mas no por eso debemos dejar de disponernos para recibirlo sin resistencia, y no endurecer nuestros corazones cuando se deje oír la invitación divina. Pues en esta oración el alma aprovecha y se ilustra más en un solo momento, que con años enteros de serias y penosas consideraciones. Tal es el *primer grado de la contemplación* clara y distinta que suele venir después de la obscura, confusa e imperceptible del *silencio* y del primer *sueño espiritual*, en que la luz recibida apenas se advierte más que por los saludables efectos que en el alma produce; aquí se producen de un modo notorio—advirtiendo bien el alma que le vienen de Dios—otros efectos aun mucho mejores.

Mientras que la *meditación* se emplea en el discurso, en la *contemplación* no se discurre, ni se compara o raciocina; de una simple y tranquila mirada se ve y se admira todo de un golpe, y con una claridad y unos efectos tales, que exceden incomparablemente a cuanto se pudiera lograr a fuerza de discursos [1]. Verdad es que también llevan a cierta manera de contemplación *adquirida*, cuando, después de mucho considerar por partes un asunto y penetrarlo bien, se queda uno mirándolo todo a la vez, con paz y serenidad, apreciándolo así mejor que si con trabajo se fueran examinando los detalles. Pero esta contemplación, tras de ser poco duradera, es muy inferior a la notoriamente *infusa*, en que sin esfuerzo ninguno, sin previa preparación, y aun cuando menos se piensa y se procura, de repente queda el alma llena de luces y de santos afectos [2]. Aquí las potencias,, que antes estaban inquietas, divagando, sin ser posible recogerlas, se recogen ellas mismas suavemente, porque

[1] «Mediatio, dice San Bernardo, o quien sea el autor de la *Scala claustralium*, est studiosa mentis actio occultae veritatis notitiam ductu propriae rationis investigans. *Contemplatio* est *mentis in Deum suspensae elevatio, aeternae dulcedinis gaudia degustans*. Lectio inquirit, meditatio invenit, *contemplatio degustat*, oratio postulat. Dominus dicit: *Quaerite et invenietis*; *pulsate et aperietur vobis*: hoc est quaerite lectione: pulsate oratione,, et *aperietur contemplatione*...—Lectio tam bonis quam malis communis est; contemplatio non, nisi *desuper immitatur*».—Pero así y todo se concede a los que debidamente la buscan, y perseveran en la oración. Exponiendo dicho Santo el *In meditatione mea exardescet ignis* (Ps. 38, 4), dice que esto se entiende *de igne desiderii perveniendi ad contemplationem*.

«El simple pensamiento, observa Ricardo de San Víctor (*Beni. maior*, l. 3, c. 1), es sin trabajo y sin fruto; la meditación trabaja con fruto; la contemplación *fructifica sin trabajo*. El pensamiento divaga, la meditación investiga, la contemplación admira. El pensamiento se alimenta de la imaginación, la meditación del discurso, la contemplación de la inteligencia».

[2] «La meditación, dice Fr. Juan de Jesús María (*Escuela de oración* tr. 8, 7), es un discurso del entendimiento que va buscando la verdad. La contemplación es una vista quieta de la verdad hallada. De manera que la meditación es como el camino, la contemplación es como el término del mismo camino. Y nótese que lo que se ha dicho de la meditación, que es camino para la contemplación, se entiende de todas las partes de la oración, que ordinariamente se usan; porque por todas ellas se camina y se busca el término de la contemplación. Lo cual entenderá bien el que, ejercitando las sobredichas partes de la oración, fuese levantado del Señor a la verdadera contemplación: la cual no viene por nuestras diligencias..., sino... por singular gracia del Señor, que suspende el alma cuando quiere».

«Esta es, añade (*ib.* n. 8), la divina contemplación celebrada de los santos, a la cual aspiran los que ejercitan la vida contemplativa.

oyen el dulce silbo del amoroso Pastor que las llama y las atrae para confortarlas e ilustrarlas [3].

«El alma que en un principio acostumbra a ocuparse en la *consideración* de los misterios, dice la V. María de la Encarnación [4], es elevada por una atracción de la gracia, de tal suerte, que se maravilla de ver que, sin ningún trabajo, su entendimiento queda engolfado e iluminado en los divinos atributos, donde permanece tan fuertemente adherido, que nada hay que lo separe [5]. Está el alma en estas ilustraciones sin poder obrar por sí misma; pero recibe y experimenta las operaciones de Dios, mientras place a su bondad obrar en ella. Después queda como una esponja metida en ese gran Océano [6].

«Cuando algún hombre bueno dado a la vida interior, advertía Rusbroquio [7], se recoge interiormente en sí mismo, desocupado, libre y expedito de todas las cosas terrenas, y teniendo el corazón reverentemente manifiesto por la parte superior a la bondad eterna de Dios, aquí se manifiesta ya el cielo oculto, y del semblante de la divina caridad nace o irradia a este corazón patente una luz repentina, a manera de relámpago, y en la misma luz habla el Espíritu del Señor a este corazón amante, y le dice así: *Yo soy tuyo, oh hombre, y tú eres mío*; *yo habito en ti, y tú vives en mí.* En este encuentro, pues, de luz y contacto ocupa cuerpo y alma en este corazón elevado tan grande alegría y gusto casto, que no sabe el hombre lo que le sucede o cómo puede durar. Y esto se llama *júbilo,* que nadie puede explicarlo con palabras, y ninguno sino el experimentado lo conoce. Obrase esto en el corazón que ama a Dios, de un modo patente solamente a su Majestad y encubierto a todas las cria-

---

[3] «Aquí, dice Santa Teresa (*Mor.* 4, c. 2), no están las potencias *unidas*, a mi parecer, sino *embebidas*, y mirando espantadas qué es aquello».

[4] Cf. *Vie* de íd., por CHAPOT, 4.ᵉ p., ch. 4.

[5] «Elevationem hanc sequitur in contemplatione mentis *suspensio*: quae nihil aliud est quam quaedam perfectissima ad id quod contemplatur attentio, et rerum omnium inferiorum oblivio» (ALVAREZ DE PAZ, 5, 2, 7).

[6] Cf. SAN FRANCISCO DE SALES, *Tr. del Amor de Dios* l. 6, c. 7.—El P. Tomás de Jesús, en un opúsculo recientemente—en 1886—publicado en Bruselas, titulado *La Meilleure Partie, ou la Vie contempl.*, dice que el conocimiento adquirido en la meditación es obscuro y poco eficaz, pareciendo como el de cosa *pintada*, que impresiona poco; mientras que el de la contemplación «es *verdad y vida*, y atrae y cautiva todos nuestros afectos. El cambio producido en nuestra conducta por la meditación se hace lentamente y paso a paso, mientras la contemplación nos hace correr y volar hacia la perfección» (p. 24).

[7] *La contempl. divina* c. 10.

turas. Y de aquí nace la alegría o júbilo, que es cordial amor y llama ardiente de devoción con alabanza y acción de gracias, y con perpetua reverencia y veneración a Dios... Y en esto consiste el primer modo e ínfimo de la vida contemplativa en que Dios se manifiesta».

Esta luz infusa no es ocasión de vanidad; el alma advierte que no le es propia, que no es parte ninguna para lograrla, y con ella ve a fondo su propia nada y miserias, al mismo tiempo que descubre la infinita grandeza, sabiduría, potencia y bondad de Dios. Esto es lo que tanto la cautiva, la embelesa, la enamora y la hace desfallecer, y a la vez la confunde y anonada, la anima y la alienta. —¡Contradicciones!, dirá el incrédulo. —¡Portentosas realidades!, dice el alma experimentada [8].

Así prosigue ella alternando, ora con esas vivísimas ilustraciones de la mente, en que Dios *cautiva* cada vez más y atrae a Sí la *inteligencia*, ora con nuevas desolaciones, tinieblas y tempestades, a través de las cuales marcha valerosa, confortada ya con palabras de vida que la animan a llegar cuanto antes a la cumbre de la santidad.

Tanto la luz como la obscuridad contribuyen a purificarla y acrisolarla: esta última, consolidándola en la virtud, a la vez que la desnuda de todo afecto terreno; aquélla, uniéndola a Dios, descubriéndole sus maravillas y encendiéndola en su purísimo amor. A medida que aumentan la desnudez, pureza, sencillez y rectitud de intención, van haciéndose más frecuentes y duraderas las ilustraciones con que Dios amorosamente se une *al entendimiento*, y, como dueño absoluto, lo cautiva y atrae por dentro y por fuera: por dentro, con esa misma luz que le infunde, confortándolo y moviéndolo para que vea la suma Verdad, cosa que no pueden hacer las criaturas; por fuera, mostrándosele como único objeto capaz de satisfacerle [9] [1].

* * *

2.º GRADO: *Oración de quietud.*—Cautivo así el entendimiento, va quedando cautiva también la voluntad, y con ella, poco

[8] Aquí es donde, después de mucho suspirar por el celestial Esposo y de correr tras de su divina fragancia, empieza el alma fiel a exclamar (Cant. 1, 3): *Introdújome el Rey en sus moradas*; *saltaremos de alegría y nos regocijaremos con El, acordándonos de sus dulzuras y consuelos, que son mejores que el vino. ¡Señor, todos los buenos te aman!...*

[9] «Homo suo discipulo repraesentat aliquas res per signa locutionum: non autem potest *interius illuminare, sicut facit Deus*» (SANTO THOM., 2-2, q. 173, a. 2).

a poco, todas las demás potencias. No importa que algunas de éstas anden a veces divagando, a pesar de uno, como inquietas mariposillas asustadas con tanta luz, que pronto vuelven hacia la flor de toda hermosura y único centro donde hallan cumplido reposo [10].

La voluntad en particular allí se fija como de asiento, allí *descansa* y encuentra todas sus delicias; porque *reposa* en el Sumo Bien, que es el único que puede saciarla [11]. Cada vez que el entendimiento se ilustra, ella se enciende con nuevo fue-

---

[10] «Esto es, dice Santa Teresa (*Vida* c. 14), un recogerse de las potencias dentro de sí para gozar de aquel contento con más gusto; mas no se pierden ni se duermen; sola la voluntad se ocupa de manera que, sin saber cómo, se cautiva, sólo da consentimiento para que la encarcele Dios, como quien bien sabe ser cautivo de quien ama. ¡Oh, Jesús y Señor mío, qué nos vale aquí vuestro amor; porque éste tiene al nuestro tan atado, que no deja libertad para amar en aquel punto otra cosa sino a Vos!» Esta oración, añade, «hace crecer las virtudes muy más sin comparación que en la pasada; porque se va ya esta alma subiendo de su miseria, y dásele ya un poco de noticia de los gustos de la gloria... Comienza su Majestad a comunicarse a esta alma, y *quiere que sienta ella cómo se le comunica.* Comienza luego en llegando aquí a perder la codicia de lo de acá, y pocas gracias; porque ve claro que... ni hay riquezas, ni señoríos, ni honras ni deleites que basten a dar un cierra ojo y abre deste contentamiento... que parece hinche el vacío que teníamos en el alma. Es en lo muy íntimo de ella esa satisfacción, y no sabe por dónde ni cómo le vino, ni muchas veces sabe qué hacer, ni qué querer, ni qué pedir. Todo parece lo halla junto, y no sabe lo que ha hallado, ni aun yo sé cómo darlo a entender».

«Dióme un modo de oración—decía la V. Mariana de San José (1568-1638), fundadora de las Agustinas Recoletas (cf. *Vida*, por Muñoz, 1645, l. 1, c. 11)—más superior, a mi parecer; porque antes hacía algo de mi parte, mas en lo que ahora diré no podía yo nada; porque, en poniéndome delante de Cristo Nuestro Señor, le hallaba a mi lado, y de allí me levantaba a un agradecimiento y amor a la bondad de Dios Nuestro Señor, que, sin poder salir de allí, estaba algunas horas sin cansarme.

Este modo me descubría el camino tan ancho, que partiendo el alma deste bien se hallaba tan dilatada y con gran consuelo. Esto me hacía entender el demonio que era gastar tiempo sin provecho; mas como ya el alma había hecho aprecio deste bien, aunque no se aseguraba, no podía huir de las manos del Señor que con fuerza la llevaba.—Con todo, como yo era tan ignorante en estas cosas, hacía harta resistencia, no sabiendo el bien que por aquí perdía».

[11] «Quien no me posee a Mí, que soy la verdadera paz, decía el Señor a Santa Magdalena de Pazzis (4.ª p., c. 11), por bienes que posea, no podrá encontrar reposo: Yo solo puedo llenar el corazón del hombre, porque soy Aquel *que es*, y colmo el vacío de lo que *no es*, y tanto más lo colmo, cuanto mayor es este vacío, y mejor reconoce la criatura su *nada*».

«Hicístenos, Señor, para Ti, exclamaba San Agustín (*Conf.* l. 1, c. 1), e inquieto está nuestro corazón hasta que *descanse en Ti*».

go que dulcemente la abrasa y la consume; pero dejándola con más fuerzas y ansias para amar con todas veras a su único Amor, pues ya no ve otro objeto digno. Y amándole más y más, allí reposa y descansa, y se derrite y deshace en amorosos deliquios, y se enciende en nuevas ansias de amar cada vez más y hacer que todos amen a quien tanto nos amó y tanto merece ser amado. Y amando así al Sumo Bien, y adhiriéndose tan de veras, se hace verdaderamente buena, capaz de obrar todo bien y refractaria al mal. El mismo fuego divino que la purifica, la llena de una energía, de un valor, de un celo, de una entereza a que nada se resiste, y que le permitirán luego realizar las mayores empresas [12].

Si con la luz del entendimiento crece el fuego de la voluntad, al adherirse ésta al Foco divino, hace que el entendimiento se llene a su vez de nuevas ilustraciones, las cuales nacen muy singularmente del mismo fuego del amor [13]. Pero ésas, aunque grandísimas, apenas se advierten; porque toda la conciencia y todas las fuerzas del alma quedan absortas en ese amor prodigioso que todo lo puede y todo lo domina y avasalla [14]. Puesta en contacto y posesión de su único y pleno Bien, la voluntad ahonda y va mucho más allá que el entendimiento; porque éste atrae los objetos a sí y trata de asimilárselos, mientras ella se adhiere al objeto en sí mismo, y así se engolfa más y más en el piélago de la infinita Bondad. De ahí que algunos místicos

---

[12] «No sé cómo disimular la vehemencia del amor que siento hacia mi Dios, decía la V. Sor Bárbara (16 abr. 72; *Vida* p. 297); yo me siento abrasar, y siento mi alma y mi corazón tan llenos de este amor, que, si no me sujetara, saldría dando gritos y buscando corazones que amen a mi Dios; pero que le amen a El sólo, sin mezcla de ningún otro amor; que le den todo su corazón y alma, sin reserva ninguna... No puedo yo explicar la fuerza de este amor: es una cosa tan vehemente, que me siento como *loca de amor*. Para disimularlo me hago mucha violencia, pues algunas veces paréceme quiere reventar el corazón». Y estando ella desahogándose con Dios, diciéndole «muchas cosas que el alma sabe decir, pero que la lengua no sabe expresar», El la respondió: «*Sí, hija mía; tu corazón es mío, y en él encuentro descanso*».

[13] *Sin otra luz ni guía—sino la que en el corazón ardía* (SAN JUAN DE LA CRUZ, *Noche* canc. 3).

[14] «El amor, dice San Agustín (*Manual* c. 18), trueca en sí todos los afectos y los avasalla y cautiva. El amor basta por sí solo, por sí solo agrada y por sí solo, sin otro fin, se busca. El es el mérito y el premio... Por el amor nos unimos con Dios... Por el amor, al principio, se hacen y tratan bien las cosas buenas y honestas de este siglo; después, estas mismas cosas se vienen a despreciar, y, últimamente, por el amor se llegan a ver los secretos del mismo Dios».

afirmen que «se puede amar sin conocer» (lo que otros creen imposible); pero, en realidad, a veces se ama tanto que no se puede *advertir* cómo, porque toda la conciencia está absorta en el amor. Y a veces también se ama por un divino *instinto*; porque el mismo Espíritu Santo nos mueve a amar, sin que apenas sepamos por qué ni de qué manera, impeliéndonos El y dirigiéndonos, *orando* en nosotros y *por nosotros con gemidos inenarrables* (Rom. 8, 26). *Y el que escudriña los corazones sabe qué es lo que desea el Espíritu* (ib. 27). Mas ¿qué hombre lo podrá explicar?... ¡Quién podrá describir las inefables delicias que allí goza el alma, los *deliquios,* la dulce *embriaguez,* los *sueños* deliciosos, los suaves *toques* divinos, los vivos *transportes,* las mortales *ansias,* las dulces *heridas de amor,* los suavísimos *coloquios* y las sabias *locuras* de la caridad vivina... cuando el mismo entendimiento que lo presencia, tan absorto y embebido y asombrado está, que apenas se da cuenta de ello ni puede explicarlo! Allí es donde permanece la voluntad *quieta, inmóvil,* con un reposo casi completo, unido a la actividad más portentosa; pues, descansando, ama con el amor más encendido, y amando se deshace, y deshaciéndose clama porque todos la ayuden a amar a su Dios [15]. Allí empieza de veras a decir con la Esposa (Cant. 3, 4): *Hallé al amado de mi alma; téngole, no le dejaré* [16].

---

[15] «Todo era decir: ¡Amor, Dios mío, amor; abrásame y dame que te ame! En esta llama me deshacía... Me hallo perdida, como desvalida, porque no sosiego si no es en su Majestad. Las saetas me quemaban, mas al mimo tiempo me eran tan dulces y de tanto consuelo, que me deshacía en júbilos y gozo... Tenía que salir de la celda como fuera de mí y andar por el convento para refrescarme, pues me abrasaba. decía al Señor dulces afectos, y deseaba dar voces que amaran a Dios... No puedo vivir así: todo se me va en deseos, clamo a los ángeles que me den el amor que les abrasa. Ando como un pajarillo inquieto, llena de afectos dulces y amorosos, sin saber qué hacerme... estoy como el que con una calentura ardiente se abrasa, sin que vea el fuego que le consume... ¿Cuándo me veré contigo, Hermosura increada?... Así me quedo gozando lo que no comprendo, y esto es lo que me da fuerzas para poder padecer... Me parece que aquí es Dios quien obra en el alma...; y aunque es gustoso, es tormento, y la esperanza que se dilata, aflige» (SOR MARIANA DE SANTO DOMINGO, *Vida interior,* por el P. CASTAÑO, p. 267-8). Véanse otros efectos análogos en la *Vida de la V. M. Sacramento,* por el P. CÁMARA, l. 2, c. 10, 11, 29.

[16] «¡Oh Dios eterno!, exclama San Francisco de Sales (*Amor de Dios* l. 6, c. 9): cuando con vuestra dulce presencia llenáis nuestro corazón de olorosos perfumes... entonces todas las potencias del alma entran en un agradable reposo... Y la voluntad, como olfato espiritual, está dulcemente embebida en sentir sin saber cómo el bien incomparable de tener a su Dios presente».

En esta deliciosa *quietud* permanece largas horas, que le parecen muy cortas, y quisiera permanecer siempre diciendo con San Pedro (Mt. 17, 4): *¡Señor, bueno es estarnos aquí!* No quisiera ni moverse, para no perder tal tesoro y gozar eternamente tan divinas delicias. Las potencias sensibles andan entre tanto no pocas veces inquietas, en busca de sus particulares objetos; porque no aciertan a descubrir ese tan espiritual y tan oculto que así absorbe y cautiva a la voluntad. Mas, aunque algo la molesten, no son parte para turbarla en su reposo, porque luego se recogen suavemente, de modo que hasta ellas también alcance el fuego divino [17]. El mismo amado, repetidas veces, también las *conjura para que no despierten a la amada hasta que ella quiera* (Cant. 2, 7; 3, 5; 8, 4).

Y ella querrá cuando quiera El, porque ya empieza a no tener otro querer que el suyo. Así, gustosa se violentará dejando esta deliciosa quietud de la contemplación, por la solicitud de la acción—que es «dejar a Dios por Dios»—cuando la caridad o la obediencia lo exigen [18]. Mas de tal modo procurará ir a la

[17] «Esta quietud del alma, dice Santa Teresa (*Vida* c. 15), es cosa que se siente mucho en la satisfacción y paz, con grandísimo contento y sosiego de las potencias, y muy suave deleite. Parécele que no le queda que desear... No osa bullirse ni menearse, que de entre las manos le parece se le ha de ir aquel bien... No entiende la pobrecita, que pues ella por sí no pudo nada para traer a sí aquel bien, que menos podrá detenerle más de lo que el Señor quisiere... Como la voluntad está unida con Dios, no se pierde la quietud y el sosiego, antes ella poco a poco torna a recoger el entendimiento y memoria... Va mucho en que el alma que llega aquí conozca la dignidad grande en que está y la gran merced que le hace el Señor, y cómo de buena razón no había de ser de la tierra; porque ya parece la hace su bondad vecina del cielo, si no queda por su culpa. Y desventurada será si torna a atrás... Esta llamo yo verdadera caída, la que aborrece el camino por donde ganó tanto bien... Lo que aviso mucho es que no deje la oración, que allí entenderá lo que hace, y ganará arrepentimiento del Señor, y fortaleza para levantarse, y crea que si désta se aparta, que lleva a mi parecer peligro».

[18] «Noli nimis insistere osculo contemplationis, quia meliora sunt ubera praedicationis» (SAN BERNARDO, *Serm.* 9 *in Cant.* n. 8; cf. SANTA TERESA, *Fundaciones* c. 5-6).

Conforme a esto, solía decir San Felipe Neri, que «era mejor obedecer al sacristán, que estarse en su aposento en oración». Cuando hay apego a los consuelos divinos, advertía el Beato Susón (*Unión* c. 3), se dejan de muy mala gana, aunque la voluntad de Dios nos llame a otra cosa. Pero quien no sabe dejar a Dios por Dios, será dejado de El. «Una vez—prosigue—me negué a confesar a un pobre afligido que se dirigía a mí. Mas apenas respondí al portero que me llamaba: «Dígale que vaya con otro, que yo ahora no puedo oírle», desapareció de repente la dulzura de la gracia divina de que estaba gozando, y quedó

obra exterior con las manos, que quede a la vez el corazón en su centro, donde está su único tesoro (Mt. 6, 21; Lc. 12, 34), teniendo en *paciencia* los ejercicios de la vida activa, y en *deseo* los de la contemplativa [19].

Aunque, con ciertas intermitencias, la *quietud* puede durar días enteros, la cautividad o *ligadura de las potencias* suele ser bastante corta. Pero estos cortos momentos son de tanto valor que, como dice Sauvé [20], «pueden transformar el resto de la vida». Así, cuando llegue la hora de despertar de este dulcísimo *sueño,* de estos celestiales *delirios*—que será cuando el deber o la caridad la llamen a otras ocupaciones—, la que exteriormente (y a veces también interiormente) parecía quizá que estaba dormida o perdiendo el tiempo, sale tan fortalecida y tan llena de los ardores divinos que allí la abrasaron, que no hay dificultad ni trabajo que la acobarde; parece capaz de abrasar un mundo con el incendio que en sí lleva.

Así se maravilla y se lamenta de que haya quienes se ocupen en otra cosa que en amar al sumo Bien, y busquen fuera de El una felicidad engañosa, mientras ella, tan indigna como se cree, sólo puede pensar en complacerle. Con esto se enciende en más vivos deseos de la gloria divina y en celo de la salud de las almas, y en especial de aquellas a quienes más allegada está [21].

Tal es el *segundo grado de unión*; tal la *oración* llamada de *quietud,* durante la cual *une Dios consigo la voluntad,* cautivándola no sólo por fuera, como la cautivan a veces los objetos creados, sino también por dentro, como Señor y Criador que la vivifica, la mueve, la fortalece y la enciende en santos deseos.

---

mi corazón duro como una piedra. Maravillado, pregunté a Dios por la causa, e interiormente me respondió: «Así como tú abandonas y mandas sin consuelo a ese pobre afligido, así te abandoné a ti en este instante, quitándote la dulzura de mi gracia y el gozo de mi consolación». Púseme en seguida a llorar y a golpearme el pecho, y fuí corriendo a la portería para llamar a la persona que se marchaba. Después de haberla confesado y consolado, volví a mi celda a meditar, y Dios, que es la bondad misma, quiso devolverme el gozo que yo, por mi falta de complacencia y abnegación, había perdido. Verdad es que este gozo se compra con muchas cruces; pero éstas, cuando Dios es servido, se acaban, y el gozo queda profunda y casi inalterablemente».

[19] Vide LA FIGUERA, *Suma espiritual* tr. 3, diál. 4, n. 13.

[20] *Etâts myst.* p. 73.

[21] «¡Qué pena me da, exclamaba la M. María de la Reina de los Apóstoles (febr. 03), de que haya tanta gente que busque su felicidad fuera de Dios! Aquí resalta el *gusto raro que tiene El a veces en escoger...*» «El unirse a Nuestro Señor, añadía (abr. 03), lejos de separar, une aún más a los que se quieren de veras».

Pues la voluntad no sólo es atraída y como encadenada por el objeto que ahora se le propone—y que, como infinito en bondad y hermosura, la enamora, embelesa y cautiva—, sino que es movida también por dentro, quedando llena e inflamada de la caridad que allí difunde el Espíritu Santo, que en ella mora como principio vivificador.

Así es como se deshace toda en amor, y reposa en el sumo Bien con placer inefable [22].

«Estando el alma así unida a Dios, como al centro de su reposo y de su felicidad, dice la V. M. María de la Encarnación [23], atrae fácilmente todas sus potencias para hacerlas descansar en la unión de su Amado. De aquí pasa muy pronto a un *silencio,* en que ya no habla ni aun a quien la tiene cautiva, porque El no le da permiso ni poder. Luego, con mucha suavidad y dulzura, se *duerme* en su seno. Mas sus aspiraciones no por esto se calman, antes bien, mientras todo lo demás reposa, ellas se fortifican y encienden en el corazón un fuego que parece va a consumirla. En seguida entra en la inacción y queda como desfallecida en Aquel que la posee. El conjunto de estos estados de la oración de *quietud* no es a los principios tan permanente, que el alma no cambie a veces para volver sobre los misterios del Hijo de Dios, o sobre los atributos divinos. Pero, por más que retorne, sus operaciones son ya mucho más elevadas que antes, pues las comunicaciones divinas que ha experimentado en su quietud, la han puesto en una gran privanza con Dios, sin trabajo, sin esfuerzos, sin estudio, bajo el impulso de su divino Espíritu. Si ella es fiel en la práctica de las virtudes que Dios le exige, pasará adelante y entrará en más íntimo comercio con el divino Esposo».

Esta manera de oración dura ya mucho más y se repite con menores intervalos que la de simple *recogimiento.* Pues aunque en su más alto grado sea relativamente breve, continúa con menor intensidad aun en medio de las ocupaciones, permaneciendo así el alma unida a Dios y como engolfada en El—viviendo como ajena a lo que pasa en torno suyo—durante varios días. Mas no por eso llega a ser del todo continua: aun son menester muchas alternativas de luz y de obscuridad, de tempestad y de

[22] Santa Rosa de Lima (*Vida*, por HANSEN, l. 1, c. 15) decía que ya desde la niñez todas sus potencias, espontáneamente y con mucha suavidad, se iban a Dios como a su centro; y que era tan inmensa la bondad que hallaban, que una sola gota de aquella dulzura le parecía bastante para quitar toda la amargura del Océano.

[23] L. c.

calma. Al cesar ésta, viendo el alma lo que ha perdido, que tan por experiencia lo conoce ya, lo busca de nuevo con mortales ansias por todas partes y con todos los medios posibles, y muy en particular con el más fiel cumplimiento de todos sus deberes, y registrando los más íntimos rincones de su conciencia para ver si encuentra allí algo que desagrade a su Amor y haya sido causa de este desamparo [24]. Clama sin cesar por el que es su único Bien, y pregunta a todas sus potencias si tienen de El noticia [25]. Y sale por las «calles y plazas», es decir, a ejercitarse en las devotas prácticas, en las obras de piedad y caridad, o en las consideraciones y santos afectos, donde solía encontrarlo, y pide a todos sus amigos y a los «guardas de la ciudad», al ángel custodio, a los santos de su devoción y al director, confidente de sus secretos, que le ayuden a buscarlo. «¿Por ventura visteis, les dice, al Amado de mi alma?... Lo busco y no lo encuentro... Si por fortuna lo hallareis, decidle que desfallezco de amor» (Cant. 3, 2-3; 5, 8). Entonces es el exclamar: ¡Quién me diera,

---

[24] «Recedente sponso, id est, dulcissimae contemplationis gratia cessante, sponsa revocat abeuntem, et post eum magnis ardentissimorum desideriorum vocibus reditum postulare non cessat...: *Revertere, revertere, dilecte mi*» (Cant. 2). «Haec vox continua esse non desinit, cum affectus desiderii continuus semper existat... Ideo Sponsus se subtrahit, ut recedens avidius vocetur, et rediens fortius teneatur: ideo aliquando simulat se longius ire, non ut habeat, sed ut audiat: *Mane nobiscum, Domine*» (SAN BERNARDO, *Serm.* 74 *in Cant.*).

[25] «Cuando te veas, hija mía, en estos desamparos, decía Nuestro Señor a sor Mariana de S. D. (*Vida* p. 305), mira en tu voluntad si ama o se complace en otra cosa que no sea Yo y, en hallando que no, ten por cierto que estoy en ella... Soy Padre amoroso, y así, en viéndote afligida, me manifiesto, como hace un padre que tiene un hijo muy querido, que se esconde a ver si le busca, para experimentar su amor, y en viendo el ansia con que le busca, se le manifiesta y lo consuela. Y así hago Yo contigo: eres mi hija querida, a quien amo tiernamente: mía eres, y para tener en ti descanso te escogí. Corresponde a mis finezas apartándote del amor de las criaturas».

«La pena de verte apartada de Mí es el mejor camino para llegar a Mí, si te mortificas y resignas haciendo dejación de tu voluntad en la mía para sufrir aquella ausencia... Algunas veces me ausento de tu alma sin culpa de ella, para probar tu humildad, paciencia y resignación... Otras veces me ausento de ti por algunos descuidos y faltas, que no es posible menos a vuestra flaqueza, que la conozco cuán quebradiza es y de barro, y así no me espanto, y en tal caso has de advertir por una parte, a dolerte de tal culpa, y por otra parte aceptar y sufrir la pena de ella, que es mi ausencia; la cual en sufrirla y quererla no mereces menos en su manera que en aborrecer la culpa. De manera que a la culpa has de acudir con un acto de dolor, y a la pena con un acto de amor. ¡Oh si cumplieses esto, cómo crecerías en perfección y cómo gozarías de una paz continua!» (*Espinas del alma*

Amado mío, que te encontrara yo a solas y te entregara mi corazón, y te estrechara con toda mi alma! ¡Oh quién pudiera descansar en tu seno! ¿Cuándo tendré la dicha de verte en mi corazón, embriagándolo con tu dulzura, para olvidarme de todos mis males y sólo pensar en Ti, y abrazarte como a único Bien mío? [26]

Pero en seguida, cuando menos lo piensa, vuelve a hallarlo más amoroso que nunca, prodigándole mil caricias de exquisita fineza [27]. Lo ve al fin no ya junto a ella—como de ordinario sucede en esta manera de oración—, sino dentro de ella misma, sentado en su corazón como en trono florido, pues allí entró sin llamar ni ser notado, como Señor absoluto de ella [28]. Sin embargo, aunque lo ve *presente*, no suele aún *sentirlo* tan *unido* que se haya hecho como una sola cosa con ella. Otras veces se le muestra un solo instante, en un rayo de luz de recogimiento, para infundirle nuevas ansias y nuevos deseos de agradarle: se le muestra haciéndole sentir su dulce presencia y, sin dejarse ver, en seguida se le esconde para quedar observándola como a través de celosías y ver cómo le busca y con qué fidelidad le sirve [29]. A veces le hace *sentir* su divino *contacto*,

---

[26] «Quis mihi dabit ut venias in cor meum, et inebries illud, ut obliviscar mala, et unum bonum ampleetar te» (S. Aug., *Conf.* 1, c. 5).

[27] «O quam bonus et suavis est. Domine, spiritus tuus» (Sap. 12, 1).

[28] Sor Bárbara vió un día (cf. carta de 21 ag. 71; *Vida* p. 240), que el Señor le mostraba su divino eorazón ardiendo como un incendio de amor, y que la unía y estrechaba fuertemente con El. «Al mismo tiempo, dice ella, sentía yo un *descanso* muy *grande* en mi alma y una unión tan íntima, que pareeia una misma eosa con Dios. Parece que no tengo más que querer ni no querer que el de mi Dios. No puedo explicar el descanso que sentía en mi alma mientras duraba esto. No se puede comparar con nada; baste decir que *sentía a mi Dios en mi alma*, y que parecía que mi alma estaba *descansando en su divino corazón*, y que el mismo Dios la estrechaba, unía e introducía en su corazón divino... Cuando se me manifiesta así mi Dios, es en lo interior de mi alma, lo que *veo* es con los *ojos del alma*, y lo que me dice es de un modo tan cierto, que, aunque quisiera, no puedo desentenderme.» Por entonces esta sierva de Dios se hallaba ya *habitualmente* en otro grado de oración mucho más elevado; y así es como habla de esa *unión tan íntima*. «Un día de éstos, escribe (25 nov. 71; *Vida* p. 265-6), me decía mi Dios en lo interior de mi alma: *Hija, descansa en mi corazón, y Yo descansaré en el tuyo*». Otra vez le añadió: «Aquí tienes todo tu descanso; entra en esta fuente dulcisima y piérdete alli dentro, para que jamás vuelvas a salir: goza, descansa, recréate en este abismo de dulzura, que en esto tengo mis delicias».

[29] «En ipse stat post parietem nostrum, respiciens per fenestrae, prospiciens pes cancellos» (Cant. 2, 9). «No me les acabo de mostrar, porque ellos anden en mi busca y no se sepan apartar de mí. Por eso me llamo en Job *Palabra escondida*; palabra, porque me les declaro·

y ella entonces desfallece de amor y de gozo; «sus entrañas se estremecen» de pura alegría (Cant. 5, 4), mas al punto se encuentra de nuevo a solas... Entonces es el buscarle por todos los medios posibles; entonces el cantar la sublime canción [30]:

¿Adónde te escondiste,
Amado, y me dejaste con gemido?
Como el ciervo huíste,
Habiéndome herido;
Salí tras Ti clamando, y ya eras ido...
¡Oh!, bosques y espesuras,
Plantadas por la mano del Amado.
¡Oh!, prado de verduras,
De flores esmaltado,
Decid si por vosotros ha pasado.

Recurre a la lectura, a la meditación, a la oración de *afectos* y *súplicas* o a la contemplación de las maravillas; a todas las criaturas pregunta por su Amado, y de todas le parece oír esta dolorosa respuesta: *¿Dónde está tu Dios?...* Mas cada vez que oye su nombre melifluo, o lo ve resplandecer en sus obras, siéntese irresistiblemente atraída de El, y corre en pos de su fragancia. Sabe que se apacienta entre lirios y azucenas [31], y que es como un «manojito de mirra», y quiere encontrarlo así en su propio corazón, realzando con grandes privaciones y mortificaciones su candor y pureza [32]. Pero a veces las comunica-

y escondida, porque no me les acabo de mostrar... A mi esposa la miro por resquicios y cancelas, porque en parte me le muestro y en parte no, a fin de que persevere más conmigo y crezca su sed y hambre de mí, y yo le dé más hartura..., que siempre queda infinito manjar e infinito ser y majestad que entender» (*Espinas del alma* diál. 4, n. 31).

[30] SAN JUAN DE LA CRUZ, *Cánt. espir.* 1-4.

[31] San Juan de la Cruz. explicando en su *Cántico espiritual* (17), aquel verso: *Y pacerá el Amado entre las flores,* advierte «que lo que pace es la misma alma transformándola en Sí, estando ya ella..., sazonada con las flores de virtudes y dones y perfecciones».

[32] «Apenas habrá virtud, dice el P. Weiss (*Apol.* 9, conf. 8), más desinteresada que la pureza. Despréciala el mundo, y Dios no le reserva aparentemente sino pruebas. Exteriormente parece que no se atrae más que luchas, e interiormente esle necesario aceptar todo género de sequedades. No conocen los caminos de la vida interior quienes piensan que las vírgenes siguen al Esposo únicamente a causa de la miel que sus divinos labios destilan. A todas las demás almas reunidas no hace sentir tantas amarguras como a ellas. Vigila celosamente sus más leves infidelidades, y trata de borrar sus más ligeras manchas con un cuidado, que deja de ver a qué altura de perfección quiere elevarlas. Y no obstante, persisten en seguir las huellas de Aquel que se les oculta casi siempre. Saben que ama esa virtud sobre todo,

ciones son tales que ya no puede el alma resistir tanto gozo, y teniéndose por indigna, se ve precisada a decir con San Pedro: *Apártate, Señor, de mí, que soy un pobre pecador.* Haz estas mercedes a otros en quienes fructifiquen más tus gracias; o si no, agranda y purifica mi corazón para que pueda recibirlas y aprovecharme de ellas. Entretanto retírate de mí, y déjame sufrir a solas por tu amor: *Fuge, Dilecte mi...* (Cant. 8, 14). Y entonces es cuando El más de lleno se le comunica y la enriquece, para volver de nuevo a abandonarla cuando ella menos lo piensa. De este modo la fiel esposa languidece y desfallece de puro amor; y procura sostenerse con flores de virtudes y frutos de buenas obras, para complacer al Esposo divino y poder reposar en sus amorosos brazos (Cant. 2, 5-6) [2].

Así juega Nuestro Señor con las almas amantes para más encenderlas en su santo amor y acabar de purificarlas de todas sus imperfecciones [33]. Para el mundo será esto un desatino; mas los experimentados conocen muy bien el provecho que de ello se saca [34]. Unas veces, como enfermos, son radicalmente

---

y eso les basta..., aunque cuando quieren estrecharle entre sus brazos, las aparta diciendo: *No me toquéis*» (Io. 20, 17). «Muchos se acercan a Nuestro Señor, observa San Francisco de Sales (*Amor de Dios* l. 7, c. 3): unos para oírle, como Magdalena; otros para ser curados, como la que padecía flujo de sangre; otros para adorarle, como los Magos; otros para servirle, como Marta; otros para vencer su incredulidad, como Santo Tomás; otros para ungirle, como Magdalena, José y Nicodemus; pero su divina Sulamitis lo busca para hallarle, y en hallándole no quiere otra cosa que tenerle bien apretado, y teniéndolo así, no soltarlo jamás: *Lo tengo*, dice (Cant. 3, 4), *y no lo dejaré*. Jacob, dice San Bernardo (*Serm.* 79 *in Cant.* 4), teniendo a Dios bien apretado, gustoso le dejaba con tal que le bendijese (Gen. 32, 25): Pero la Sulamita, por más bendiciones que de El reciba, no lo dejará; pues no quiere las bendiciones de Dios, sino al Dios de las bendiciones, diciendo con David (Ps. 72, 25): *¿Qué hay para mí en el cielo, y qué deseo de Vos sobre la tierra, sino a Vos mismo, que sois el Dios de mi corazón?*»

[33] «Hay un juego que Dios tiene a veces en el alma y con el alma, dice Santa A. de Foligno (c. 56); y es el de retirarse cuando ella quiere retenerlo. Mas el gozo y la seguridad que deja al retirarse, le dicen al alma: *El era ciertamente.* ¡Oh qué vista y qué sentimiento! No me pidáis explicación ni analogía, que no las hay».

[34] «La divina Sabiduría, dice Santa Magdalena de Pazzis (4.ª p., c. 2), no puede ser comprendida sino de aquellos que se han vuelto insensatos a los ojos del mundo..., ni puede ser gustada sino de los que no conocen o rechazan esa sabiduría terrestre, esa prudencia de la carne, enemiga de Dios... ¡Oh Sabiduría, qué efectos obráis en nosotros, que tan contradictorios a primera vista nos parecen! ¿No se creería que jugáis aún con las almas que os son muy amadas, como lo hacíais al principio del mundo, *ludes in orbe terrarum? Eleváis el*

curados en estas consoladoras visitas del Médico celestial; otras, como enamorados de la divina Sabiduría, reciben su luz y regalo con todos los frutos que consigo trae su Espíritu buenísimo y suavísimo (Sap. 12, 1). Y en las mismas reiteradas ausencias, muestran su fidelidad, consolidan su firmeza y se encienden en nuevo amor y en más vivos deseos [35].

Cuando en estas visitas el divino Consolador influye con intensidad, el alma no puede menos de reconocerle en seguida. Pero a veces las comunicaciones de estos dos primeros grados de oración sobrenatural suelen ser muy remisas, y dan origen a serias dudas, sobre todo en personas aún poco experimentadas o no muy bien dispuestas. Y como, por otra parte, hay algunas que, aun viviendo inmortificadas, llenas de amor propio y de apegos mundanos, por cualquier afectillo o consuelo interior que en su oración sientan, se creen elevadas ya a la de *quietud*, conviene distinguir bien los afectos y efectos *ordinarios*—que suelen tener aún mucho de *naturales*—de los *extraordinarios*, que llamamos «sobrenaturales» o *místicos*; a fin de nunca resistir con nuestras iniciativas, ocupaciones u oraciones voluntarias a las mociones verdaderamente divinas, sino secundarlas y dejarnos hacer llevar de ellas; y de rechazar en seguida todos aquellos sentimientos regalados que tienen trazas de ser ilusorios y que sólo nos servirían para perder el tiempo —y acaso quebrantar la salud—en un «abobamiento» vano, o para llenarnos de necia presunción [36]. Las almas fieles, cuando reciben la visita del Señor, procuran muy de veras atenderle, seguir sus insinuaciones y agradecerle la merced sin apego a ella; y al ver que se les retira, se resignan a buscarle con más cuidado y por todos los medios posibles, y a servirle en su

alma, y la precipitáis en el abismo Edificáis con una mano y destruís con otra. Hacéis a la vez gemir y cantar, velar y dormir, andar y reposar. ¡Oh Sabiduría, que encerráis todos los tesoros!, sólo pueden poseeros los que no os tienen por locura».

[35] «Recedit, dice el autor de la *Scala Claustralium*, ut absens vehementius desideretur, desideratur avidius quaeratur, sic quaesitus gratius inveniatur: recedit etiam ne exilium pro patria reputemus. Attende tamen, quaeso, sponsa, Sponsum tuum esse nimis delicatum ac zelotypum, qui si te ad alium amatorem, idest, ad aliud praesentis vitae solatium inclinari senserit, recedens a te, aliam quaeret sponsam».

[36] Entre las muchas personas respetables y espirituales que acudían en Valladolid a consultar a la V. M. Micaela Aguirre, O. P., se le presentó una señora tan mundana como devota, luciendo unos ricos guantes y diciendo que su oración le parecía ser de *unión o quietud*... La Venerable, llena como estaba del Espíritu de discreción, le dió esta breve respuesta: *¿Oración de quietud y guantes de ámbar ? ¡Quita, quita!...*

ausencia con mayor desinterés y fidelidad [37]. La verdad de las comunicaciones divinas se muestra en el amor desinteresado, y en abrazar la cruz tan de veras, que se sientan muy al vivo sus saludables y deliciosos influjos [3].

San Lorenzo Justiniano [38] da las siguientes señales para distinguir la verdadera contemplación y la quietud divina: «Ser prudentes en la conducta y guardar con gran vigilancia el espíritu, saber recoger el pensamiento, proponerse en todas las acciones una intención recta, aplicarse a los estudios espirituales, desear la presencia de Dios, amarle con un amor pleno y humilde, complacerse más que en nada en su trato, andar inflamados en el amor de los bienes celestiales, y gozar de una paz profunda» [39].

---

[37] «Cuando Dios no habla, dice San Ligorio (*Hom. apost.* app. 1, n. 7)—de acuerdo con el P. Segneri—, debe el alma apelar a todos los medios posibles de unirse con El: a las meditaciones, cuando son necesarias, o, a los afectos, súplicas y resoluciones, con tal que estos actos se produzcan sin violencia; pues debe contentarse con aquellos a que se siente suavemente inclinada». En cambio, cuando El se digna hablar, debe ser escuchado con toda atención y en profundo silencio: *Oiré*, decía el Salmista (84, 9), *lo que habla en mí el Señor mi Dios*; *porque hablará palabras de paz.* Sin embargo, hay personas, advierte Santa Teresa (*Camino* c. 31), que está el Señor enterneciéndolas y dándolas inspiraciones santas..., y poniéndolas en oración de quietud, y ellas haciéndose sordas; porque son tan amigas de hablar y de decir muchas oraciones vocales muy apriesa, como quien quiere acabar su tarea..., que, aunque las ponga el Señor su reino en las manos, no lo admiten, sino que ellas con su rezar piensan que hacen mejor y se divierten. Esto no hagáis, hermanas, sino estad sobre aviso, cuando el Señor os hiciere esta merced: mirad que perdéis un gran tesoro... Si ve que poniéndole el reino del cielo en su casa se torna a la tierra, no sólo no la mostrará los secretos que hay en su reino, mas serán pocas veces las que le haga ese favor, y por breve espacio».

De estas almas el mismo Señor se quejaba amorosamente a Santa Catalina de Siena (*Diál.* tr. 2, c. 66), diciéndole: «Cuando se ponen a rezar sus devociones no las quieren abandonar ni suspender aunque Yo las visite con mi gracia. Pero deben evitar este engaño del enemigo, y así, tan pronto como la sientan, procuren seguirla y no impedirla con oraciones voluntarias. Estas ya las terminarán después, si tienen tiempo, y si no, no se inquieten; pues los que sólo pretenden proferir muchas palabras, poco fruto sacan» (cf. MOLINA, *De la oración* tr. 2, c. 6, §).

[38] *Vita solit.* c. 1.

[39] «Esta condición tienen los beneficios que descienden del Padre de las lumbres, decía la Virgen a la V. Agreda (*Mist. Ciud.* 1.ª p., l. 1, c. 20), que aseguran humillando, y humillan sin desconfianza; dan confianza con solicitud y desvelo, y solicitud con sosiego y paz, para que estos efectos no se impidan en el cumplimiento de la voluntad divina... Procura deponer... el temor excesivo; y deja tu causa al Señor, y la suya toma por tuya propia. Teme hasta que seas puri-

«La naturaleza, observa Taulero [40], es inestable en las buenas obras; la gracia, así en la adversidad como en la prosperidad, persevera constante. La naturaleza se deleita en sí misma en las novedades del siglo, en pasatiempos y en las criaturas perecederas; la gracia no se complace ni en uno mismo ni en las criaturas, sino sólo en Dios y en la santidad de la vida. La gracia hace al hombre humilde, sufrido y justo, sin que él lo sepa y entienda; la naturaleza desea enterarse curiosamente de todo, y querría estar siempre en gusto interior y consuelos... La naturaleza en todas las cosas dice: *Yo, a mí, para mí, mío,* voluntaria o forzosamente búscase a sí misma y persevera en la inmortificación; pero Dios y su gracia siempre excluye este *yo, a mí, para mí,* y *mío* [41]; de donde nace que el hombre en todas las cosas esté firme, en humilde resignación y mortificación... Así, toda la vida espiritual consiste en saber distinguir las obras de la naturaleza de las de la gracia».

Sólo así podremos *renovarnos en el Espíritu de nuestra mente, despojándonos del hombre viejo, con todos sus actos, para vestirnos del nuevo, creado en verdadera santidad y justicia.*

«Por poco que Dios se apodere de un alma, dice Santa Catalina de Génova [42], la tiene tan absorta en la contemplación de su Majestad, que todo lo demás ya no es nada a sus ojos. En este estado el alma pierde toda propiedad; ya no ve ni habla de sí misma; ya no conoce ni las pérdidas que ha tenido ni las penas que está sufriendo en cuanto le son *propias*».

ficada y limpia de tus culpas e ignorancia, y ama al Señor hasta que seas transformada en El, y en todo le hagas dueño y árbitro de tus acciones, sin que tú lo seas de ninguna».

[40] *Instit.* c. 4.

[41] Este sutilísimo *egoísmo* se oculta además muchas veces en el enfático *nuestro o nosotros*; ya que no se atreva uno a alabarse expresamente y preferirse a los demás, alaba y prefiere sus cosas por lo que tienen de *suyas.* Pondera a su patria, o a su misma familia, a su clase, su corporación o congregación religiosa; en apariencia por lo mucho que les debe y lo que ellos se merecen, y *en realidad*, porque *en ese grupo está uno mismo incluído*, y en ese modesto *nosotros* se esconde y disfraza cómodamente el pícaro YO, que trata de asomar la cabeza de un modo o de otro. Los verdaderos religiosos *santos*, por mucho que amaran, como debían, a sus respectivas órdenes, nunca trataron de preferirlas a otras que, mereciendo igual aprobación de la Iglesia, son también *jardines de delicias del Señor.*

[42] *Purgatorio* c. 17.

APÉNDICE

[1] *La oración de recogimiento.*—Antes del que dejamos escrito, hay, dice Santa Teresa [43], otra manera de «*recogimiento* que también me parece sobrenatural..., puesto que sin quererlo se hace esto de cerrar los ojos y desear soledad; y sin artificio, parece que se va labrando el edificio para la oración que queda dicha, porque estos sentidos y cosas exteriores parece que van perdiendo de su derecho, por que el alma vaya cobrando el suyo ..

»Visto ya el gran Rey, que está en la morada de este castillo, su buena voluntad, por su gran misericordia quiérelos tornar a El; y, como buen pastor, con un silbo tan suave que casi ellos mismos no lo entienden, hace que conozcan su voz y que no anden tan perdidos, sino que se tornen a su morada; y tiene tanta fuerza este silbo del pastor, que desamparan las cosas exteriores, en que estaban enajenados, y métense en el castillo... Algunas veces antes que se comience a pensar en Dios, ya está esta gente en el castillo, que no sé por dónde ni cómo oyó el silbo de su pastor, que no fué por los oídos..., mas siéntese un encogimiento suave a lo interior... Y es disposición para poder escuchar..., que procure *no discurrir, sino estarse atentos a ver qué obra Dios en el alma*; que si su Majestad no ha comenzado a embebernos, no puedo acabar de entender cómo se puede detener el pensamiento de manera que no haga más daño que provecho... Cuando su Majestad quiere que el entendimiento cese, ocúpale de otra manera y da una luz en el conocimiento tan sobre la que podemos alcanzar, que le hace quedar absorto, y entonces sin saber cómo, queda muy mejor enseñado, que no con todas nuestras diligencias para echarlo a perder» [44].

«Aliud est animam propria industria, quam gratia adiuvat, dice Alvarez de Paz [45], ad seipsam intrare, et ad hunc ingressum utcumque niti, quod in statu etiam mediationis possumus; aliud vero a Deo subito vocari et colligi, et in intimo cordis coram illo, apparere, et ibi tanquam detentam manere, quod nisi faciat, exequi, non valemus... Solet ergo Dominus animam contemplatricem exterioribus vacantem, aut vocaliter orantem, vel aliquid útile considerantem in momento vocare, et intellectum et affectum, et cogitationem, ipsa quasi nihil faciente, ad interiora colligere, et ante ipsam mensam lucis et amoris, quibus abunde reficiatur, apponere. Tunc ipsa non gravate, ser lubenter, imo quasi tracta ab alio (et vere tracta est), exteriora deserit, et

[43] *Moradas* 4, c. 3.

[44] Véanse otros muy interesantes pasajes del *Camino de perfección* c. 28, supra, p. 106.

[45] L. 5., *De Grad. Contempl.* p. 3.ª, c. 2.

quasi naturaliter... sensus ad interiora convertit... Hic ingressus animae ad intimum cordis suis opus est Dei... Ecce ego, inquit (Os. 2, 14), *lactabo eam, et ducam eam in solitudinem, et loquar ad cor ejus.*— Lactat, id est, instinctibus et vocibus internis, et tanquam sibilo dulcissimo alicit. Ducit in solitudinem, cum omnes vires eius ad interiora colligit. Loquitur ad cor, num blande et amanter de opportunis ad puritatis augmentum erudit».

[2] *La verdadera quietud mística.*—En la oración de *quietud*, advierte la misma Santa Teresa [46], el Señor «comienza ya a darnos su reino aquí, para que de veras le alabemos y santifiquemos, y procuremos lo hagan todos... Es un ponerse el alma en paz... Entiende por una manera muy fuera de entender los sentidos exteriores, que está ya junta cabe su Dios, que con poquito más llegará a estar hecha una cosa con El por unión... Parece que la mesma alma está con acatamiento, aun para no osar pedir... Como quien ha llegado casi al fin del camino, descansa (el hombre exterior) para poder mejor tornar a caminar, que allí se le doblan las fuerzas para ello. Siéntese grandísimo deleite en el cuerpo y gran satisfacción en el alma. Está tan contenta de sólo verse cabe la fuente, que aun sin beber está ya harta: no le parece hay más que desear, las potencias sosegadas, que no querrían bullirse, todo parece que le estorba a amar. Aunque no están perdidas, porque pueden pensar en cabe quien están, que las dos están libres, la voluntad es aquí la cautiva, y si alguna pena puede tener estando ansí, es de ver que ha de tornar a tener libertad. El entendimiento no querría entender más de una cosa, ni la memoria ocuparse en más: aquí ven que ésta sola es necesaria, todas las demás las turban... Dales pena el hablar; en decir *Padre nuestro* una vez se les pasa una hora. Están tan cerca, que ven que se entienden por señas. Están en el palacio cabe su Rey, y ven que les comienza ya a dar aquí su reino. Aquí vienen unas lágrimas... con mucha suavidad. Parecen no están en el mundo, ni le querrían ver ni oír, sino a su Dios. No les da pena nada, ni parece se la ha de dar. En fin, lo que dura, con la satisfacción y deleite que en sí tiene, están tan embebidas y absortas, que no se acuerdan que hay más que desear, sino que de buena gana dirían con San Pedro: *Señor, hagamos aquí tres moradas*... Cuando es grande y por mucho tiempo esta quietud..., los que la tienen ven que no están enteros en lo que hacen, sino que les falta lo mejor, que es la *voluntad*; que a mi parecer *está unida con Dios, y deja las otras potencias libres*, para que entiendan en cosas de su servicio. Y para esto tienen entonces mucha más habilidad; mas para tratar cosas del mundo, están torpes y como embobadas a veces. Es gran merced ésta...; vida activa y contemplativa está aquí junta. De todo se sirve entonces el Señor; porque la voluntad estáse en su obra, sin saber cómo obra... las otras dos potencias sirven en lo que Marta: así que ella y María andas juntas... Sin trabajo del entendimiento está amando la

[46] *Camino* c. 31.

voluntad, y quiere el Señor que sin pensar lo entienda que está con El, y sólo trague la leche que Su Majestad le pone en la boca, y goce de aquella suavidad... Mas no quiera entender cómo lo goza, y qué es lo que goza, sino descuídese entonces de sí, que quien está cabe ella no se descuidará de ver lo que le conviene».

«In isto secundo adventu, dice San Lorenzo Justiniano [47], quis sermo, quae facundia, quodve humanum ingenium capere valet, quanta exuberent dilectionis solatia? Ibi intellectus excluditur, sopitur cogitatio, et solus amor mutuarum deliciarum testis efficitur. Amor loquitur, amor discurrit, amor castissimo contubernio in uno ambos copulat vinculo caritatis, et arcana dilectionis proferunt verba, quae non licet homini loqui, eo dulciora quo affectus est vehementior, et amor purior. Tota in hac spirituali et singulari unione resolvitur anima dilectione, tota inebriatur et deficit in se, transiens in dilectum. Nil est in quo exterius delectetur, quum intus immensis pascatur bonis. Hoc solo afficitur desiderio, ut magis magisque accendatur amore. Et quamvis tota ardeat caritate, tamen omne quod sentit parum putat pro concupiscentia dilectionis... Semper cupit (si liceat) sic esse, quia quem quaesivit invenit; quem diligit, dulciter amplectitur; illique copulata est corde, quem totis visceribus concupivit.»

«Siento en mi corazón, decía sor Bárbara (jul. 71) [48], un ardor, o más claro, un fuego que me abrasa: se me extiende por todo el interior, en particular por el pecho, y me coge hasta las manos... En medio de esto siento unas ansias vehementísimas de amar a mi Dios mucho ...Cuando estoy así no me puedo ocupar en nada más que en pensar en mi Dios... Algunas me dicen que cada día estoy más tonta... Leo con la boca, pero mi corazón y mi alma y toda yo no puedo ocuparme en otra cosa, que en lo que amo, en Dios. Ese es todo mi centro, todo mi descanso, toda mi gloria, mi todo.. y, fuera de Dios, como si nada hubiera; todo me es aborrecible. El trato de las criaturas y todo este mundo es un martirio para mí.»

[3] *La prenda segura del divino Espíritu.*—El desear sinceramente sufrir trabajos por Dios, la perfecta conformidad en las cruces que El nos envía, la constante abnegación, el aniquilamiento y olvido de sí mismos, con un total abandono en las manos divinas; he ahí lo que nos indica estar animados de los sentimientos de Jesucristo y nos permite recibir sus luces y abrasarnos en un amor fuerte, puro y desinteresado; he ahí la señal inequívoca de la presencia del divino Espíritu. «Dadme una señal de que sois Vos», decía a Nuestro Señor Santa Foligno [49]; y El respondió: «Yo te daré una señal no sujeta a ilusión, que vivirá eternamente en tu alma, y tú la sentirás eternamente. Hela aquí: Serás iluminada y abrasada, ahora y siempre, ardiendo de amor... He ahí la señal segura, la señal de mi presencia, señal

[47] *De Disc. Monast.* c. 8.
[48] *Vida* p. 233-4.
[49] C. 29.

auténtica que nadie puede contrahacer... Llevarás por mi amor todas las tribulaciones. Si alguien te ofende con palabras u obras, exclamarás diciendo que eres indigna de tal gracia. Este amor que te doy para conmigo, es el que Yo os mostré cuando por vosotros llevé hasta la cruz la paciencia y la humildad. Sabrás que estoy en ti, si toda palabra y toda acción contraria provocan en ti, no ya la paciencia, sino el agradecimiento y el deseo».—«Sentí la unción, añade ello; la sentí, con una dulzura tan inenarrable, que deseaba morir, pero morir en medio de todas las torturas posibles. Ya no tenía en nada los tormentos de los mártires; deseaba otros más terribles. Hubiera querido que el mundo entero me favoreciera con todas las injurias posibles, con todas las torturas de que dispone. ¡Cuán dulce hubiera sido rogar por aquellos que me hubieran hecho esa merced!... Todos los tormentos posibles, reunidos, eran poca cosa a los ojos de mi deseo. Mi alma comprendía su pequeñez en presencia de los bienes prometidos para la vida eterna. Y comprendía esto con certeza: y si todos los sabios me dijeran lo contrario, no les creería. Y juraría la salud eterna de cuantos van por este camino... La misma señal es el camino de la salud, el amor de Dios y del sufrimiento deseado por su nombre».

§ III.—La oración de unión. — Sus condiciones; fenómenos que la acompañan; afectos y efectos; el vivir en Cristo y el obrar divino; amor fuerte, eficaz y desinteresado; la verdad divina y los engaños humanos,—La posesión de Dios y las ansias de padecer o morir: preciosidad de esta muerte.—La unción incompleta y la extática: frutos de ésta.—Asociación de la vida activa y la contemplativa: seguridades en la verdadera unión.

Empleando el alma todas sus potencias en buscar al Amado, no queriendo ya descansar sino en El—sin ningún apego a nada, ni aun a sus mismos dones—las purifica y vacía cuanto puede de todos los otros objetos, para que, no buscando otro descanso, vayan sólo tras El, y puedan descubrir sus huellas, sentir su fragancia y ser capaces de hallarle. Por experiencia conoce ya que *su bien consiste en adherirse a Dios y poner en El toda esperanza*; y fuera de El nada quiere y nada pide; pues *nada halla ni en el cielo ni en la tierra* que le pueda satisfacer y llenar (Ps. 72, 25-28). Y alentada con la esperanza, y segura de las divinas promesas, suspirando incesantemente por El, de todo corazón le dice y le repite (Cant. 1, 3): *Atráeme hacia ti, para que pueda correr al olor de tus aromas.* Mientras más tarde en encontrarle, tanto más se enciende en deseos de verle, y con tanto más ardor y amor, pureza y rectitud lo

busca, hasta que por fin con *todas las potencias* a una lo encuentra, y todas ellas quedan así *cautivas* de su hermosura, de su bondad y su amor, y logra ser *introducida en su cámara regia*, o en la mística *bodega*, que es el *tercer grado de la contemplación* Aquí el alma en todas sus potencias y aun en el mismo cuerpo se siente *desfallecer* y como derretirse ante el *Dios de su corazón, que es su única herencia* para siempre (Ps. 72, 26). La voluntad se adhiere a El con más energía que nunca; y a ella se asocian ya firmemente todas sus compañeras, o sea las demás facultades. Y El *se apodera ya de todas ellas*, como único dueño, las invade y cautiva por dentro aún más que por fuera, e inundándolas en sus divinas delicias, las *une* para siempre a Sí con los fortísimos lazos de la caridad.—El alma *posee* ya plenamente a su Dios, por lo mismo que es de El así *poseída*; y con gran verdad puede decir: *Mi Amado es para mí, y yo para mi Amado, que se apacienta entre azucenas* (Cant. 2, 16)[50] [1].

Esta es ya una *unión* casi *plena* y perfecta de las potencias con Dios; es el grado que se llama sencillamente de *unión*; porque *todas las energías* del alma parecen quedar ya firmemente *unidas* a El, desprendidas de todo lo demás, y por El *poseídas* de modo que no se empleen en otra cosa que en dar gusto a su único Dueño, con el cual, por amor, se han hecho ya una misma cosa[51]. Las delicias que ahí siente el alma ante el

---

[50] «El alma cuyo bien está en adherirse a Dios, no se gloríe de estarle perfectamente unida, dice San Bernardo, mientras no *sienta* que El permanece en ella, y ella en El. No por eso será una cosa con El, como el Padre y el Hijo lo son; por más que el adherirse a Dios es ser un espíritu con El (1 Cor. 6, 17). Yo, polvo y ceniza, me atreveré a decir que soy un espíritu con Dios, si por señales ciertas conozco que estoy adherido a El... Y ¿quién es el que perfectamente se adhiere a Dios sino el que, permaneciendo en Dios, porque de El es amado, lo atrae a su vez con un amor recíproco? Si tan íntimamente adheridos están con los lazos de un mutuo amor entrañable, no hay duda que Dios permanece en el hombre, y el hombre en Dios: *Quis est perfecte adhaerent Deo, nisi qui in Deo manens, tanquam dilectus a Deo, Deum nihilominus in se traxit vicissim diligendo? Ergo cum undique inhaerent sibi homo et Deus, inhaerent autem undique intima mutuaque dilectione, inviscerati alterutrum sibi, per hoc Deum in homine, et hominem in Deo esse haud dubie dixerim*» (SAN BERNARDO, *Serm.* 71 *in Cant.* n. 6-10).

[51] «En los grados precedentes, escribe Santo Tomás—o quien sea el autor de un opúsculo a él atribuído—el alma ama y es recíprocamente amada: busca, y es buscada; llama, y es llamada. Mas aquí, por un modo admirable e indecible, arrebata y es arrebatada; posee, y es poseída; abraza, y es fuertemente abrazada, y con el lazo del amor

toque divino; sus deliquios, sus éxtasis, sus ansias por una unión cada vez más íntima, sus fogosos ímpetus, sus raptos, los vuelos de su espíritu, con las grandes heridas de amor que se le producen, sus amorosos coloquios, y las exquisitas finezas con que el Amado le corresponde y—por ser tan excesivas—la confunde; todo esto son cosas para sentirse y desearse, y no para ser pregonadas [52]. El amor divino tiene divinos secretos que no puede decir aunque quisiera: son ya *arcana verba, quae non licet homini loqui* (2 Cor. 12, 4).

---

queda unida a solas con Dios» (SANTO TOMÁS, *Opúsc.* 61, 1.ª p., c. 27: *De 10 grad. amoris sec. Bern.* 8.º).

«A la palabra interior (del recogimiento y la quietud), decía Sor Benigna Consolata (salesa muerta en olor de santidad, en Como, en 1916), ha sucedido un estado de *unión* más íntima con Dios. Antes yo estaba como un niño a quien su madre habla teniéndole en los brazos, mientras que ahora me siento estrechada al Corazón de Jesús, y en este abrazo el amor dice mucho Veo que el alma... se alimenta de Dios...»

«La *unión mística*, advierte Sandeo (l. 2 *Comm.* 6, exer. 15, disq. 3), es una *percepción experimental* e inmediata de Dios, por un *abrazo* secreto y un *beso* mutuo entre Dios, que es el Esposo, y el alma, su esposa».

«Aquel Dios que antes por la gracia estaba en el alma justa como un *tesoro escondido*, se le presenta ahora, dice el P. Nouet (*Conduite* l. 5, entr. 14), como un *tesoro hallado*. La ilustra, la *toca*, la *abraza*, la *penetra*, se le *infiltra en todas sus potencias*, se le entrega y la llena de la plenitud de su ser. Y el alma, recíprocamente, arrebatada con sus atractivos y la vista de su hermosura, lo tiene, lo abraza, y lo estrecha fuertemente, y del todo abrasada en amor, se derrite, se engolfa, se abisma y dulcemente se pierde en su Dios con unos sentimientos de gozo inconcebibles. De ahí viene esa diversidad de nombres que se dan a la *unión mística*, como el de *beso, perfume, lluvia celestial, unión, ilapso divino, transformación, amor gozoso, amor deificante*, y otros muchos parecidos, que indican las diferentes impresiones del amor unitivo de que hablamos».

[52] «Cuanto más unido está uno a Dios, notaba la M. Teresa Couderc, fundadora de la Congregación de N. D. du Cenacle (cf. LONGHAYE, *Hist. de la Congr.* p. 178), tanto más se desea esta unión... Este gusto de Dios es más difícil describirlo que sentirlo, cuando la gracia lo da. Puede sin embargo decirse que es un *sentimiento dulcísimo* de la presencia de Dios y de su amor, que hace experimentar al alma una gran dicha y la recoge hasta el punto que le cuesta trabajo distraerse u ocuparse en otras cosas... Cualquier otro placer fuera de éste, se le hace insípido».

«Todas las mañanas cuando me despierto, decía Santa Margarita María, me parece encontrar presente a mi Dios, al cual mi corazón se une como a su principio y su única plenitud; esto me da una sed tan ardiente de ir a la oración, que me parecen horas los momentos que empleo en vestirme... Durante aquélla empleo todas mis fuerzas en abrazar al Amado de mi alma, no con los brazos del cuerpo, sino con los interiores, que son las potencias» (nota escrita a la edad de veintiséis

«¡Qué gozo!, exclama Santa Catalina de Génova [53], encontrarse el alma en un completo despojo de todo lo criado, y ver cómo entre ella y el Amor increado se establece la intimidad más consoladora! Atraída por su Salvador, quedaba regenerada y transformada en El; y bajo el peso del santo amor, daba gritos con otro muy ardor y vehemencia que los que antes le arrancaban las pasiones».

Así es como, uniéndose el alma a Dios con ese purísimo, ardentísimo e impetuosísimo amor que en ella derrama el Espíritu Santo, viene a hacerse verdaderamente *un espíritu con El,* y así empieza a resplandecer con las vivas llamas de esa encendida caridad que consume y destierra todo temor servil [54].

Después de haber embriagado Dios al alma en las dulzuras de la oración de *quietud,* en la de unión la encierra, observa la V. M.ª de la Encarnación [55], en las *bodegas de sus vinos,* para introducir en ella la perfecta caridad. Aquí la voluntad impera sobre el entendimiento, que está del todo asombrado y fuera de sí viendo las riquezas que hay en ella; y también hay diversos grados que hacen al alma un mismo espíritu con Dios. Y son toques, palabras interiores y caricias, de donde nacen los éxtasis, los raptos, las visiones intelectuales y otras muy excelentes gracias que mejor se experimentan que se dicen;

---

años). Cf. *Vie,* por la Visit. de Paray.—La V. Mariana de Jesús (cf. *Vida,* por SALVADOR, l. 1, c. 9), habla de «una gran suspensión y enajenamiento que le duró algunos años, aunque en diferentes modos». Entonces, añade, «era mi alma algunas veces unida a Nuestro Señor con tan gran deleite y regalo interior, que no hay palabras que lo puedan significar. Aquella suavidad y unción del Espíritu Santo era derramada en mi alma en tanta manera, que aun mi cuerpo participaba también con efectos maravillosos».

[53] *Diál.* 1, c. 14.

[54] «El amor, dice San Agustín (*Manual* c. 19-20), no sabe qué es dignidad, ni le detiene el respeto. El que ama se llega a Dios con mucha confianza, y le habla familiarmente sin dudas ni temores». «El alma que ama a Dios, ninguna otra cosa puede pensar, ni de ninguna otra puede hablar: todas le causan fastidio... Dios ama para ser amado. Cuando nos ama, ninguna otra cosa quiere sino que le amemos; porque sabe que los que le aman son por esto mismo dichosos... Con la vehemencia del amor, se enajena el alma de tal modo, que no se siente a sí misma, sino sólo a Dios... y sale fuera de sí para gozar de El con inefable dulzura... El amor da familiaridad con Dios, la familiaridad atrevimiento, el atrevimiento gusto, y el gusto hambre y apetito. Una alma que está tocada del amor de Dios, ninguna otra cosa puede pensar ni apetecer; sino que frecuentemente suspira diciendo: *Como desea el ciervo la fuente de las aguas, así mi alma desea a Vos, Dios mío».*

[55] L. c.

porque en ellas no toman parte los sentidos, y el alma no hace más que recibir y experimentar lo que el Espíritu Santo obra en ella».

Aquí el alma se ve y no se conoce; le parece que ya no es la misma; se encuentra toda tan cambiada, tan fortalecida, tan llena de luces y ardores, tan *endiosada*, respirando por doquier tal ambiente de virtud, de pureza y santidad, que nota y *siente* muy a las claras que ya no es ella la que obra, sino Jesucristo en ella; y por eso ni aun acierta a pensar en sí misma, sino sólo en El [56]. Ve que todas las facultades tienen una energía divina y una eficacia como infalible para todo lo bueno: la carne apenas se atreve ya a codiciar contra el espíritu; las pasiones están sujetas a la voluntad, y ésta no tiene otro querer ni no querer que el divino; pues está del todo unida con la voluntad de Dios. Puede, pues, decir ya con San Pablo (2 Cor. 2, 15): *¡Somos buen olor de Cristo!...* [57]

---

[56] «Quien ama a Dios, dice el Beato Susón (*Dis.* 3), muere a sí mismo y se abandona a El, que no tiene fondo ni fin, y en El se engolfa tan profundamente, que ni se ve ni se siente ya, ni se turba con los acontecimientos extraordinarios que puedan ocurrirle; porque descansa y duerme tranquilo en el abismo de la voluntad divina. ¿Quién mejor que Dios puede merecer nuestro corazón, nuestra intención pura y sincera, de todo interés, gusto, seducción y recompensa? Obrando así podremos decir con Jesucristo (Io. 8, 50): *No busco mi gloria, sino la de mi Padre*».

«¿Pudiera yo, exclama un alma así endiosada (J.), tener algún querer? No, Dios mío, toda vuestra o, más bien, Vos todo mío; yo no existo, sino Vos en mí... Vos sabéis que jamás me pedisteis un sacrificio que no estuviese pronto mi corazón... Mi alma no vive su vida, sino la de su Dios amorosísimo, en el fondo del corazón. Sólo el cuerpo está en la tierra, porque es tierra; el alma en Vos, Dios mío, porque sois mi cielo... ¡Qué hermosa vida es esta del alma amante en la íntima unión con el Amado! ¡Qué paz tan deliciosa! Se recogen las palabras... de amor y confianza para presentárselas y ofrecerlas al Dueño divino; resbalan las de temor casi sin entenderlas. ¡A tanto llega la caridad de este dulce Amado! Nada quiere que turbe el sueño del alma esposa, sino el susurro dulcísimo de su voz celestial!

[57] Entonces el alma, dice Santa Catalina de Génova (*Diál.* 1, 23), «dando el golpe mortal al amor propio, entra en posesión creciente del puro amor divino... Este fuego celestial la abrasa y la consume. Para aliviar estos ardores, se entregaba con una actividad portentosa a los trabajos cuotidianos. Pero el incendio interior no se amortiguaba. Para colmo de su pena, a nadie podía hablar del efecto misterioso de este inefable amor... Pero al menos pudo comunicar a su cuerpo algunos de estos vivificantes ardores y decirle transportada: En adelante ya no te llamaré criatura humana, porque ya estás conmigo perdido en el Señor. Ya no veo en ti nada que recuerde la separación que entre Dios y el hombre había introducido el pecado».

Por eso no es posible, conforme advierte Blosio (*Inst.* c. 12, § 3),

Y, sin embargo, no se envanece: sabe bien que esta celestial fragancia que aspira y respira toda proviene del Espíritu de amor que la posee y nada de ella misma: bien por experiencia conoce su propia fragilidad [58] [2].

Y para que no se le olvide, suele El retirarse, o hacer como que se retira, dejándola en triste abandono; y la que en medio de la abundancia podía decir con el Salmista (29, 7): *No me conmoveré jamás*, vese luego precisada a añadir también: *Mas apartaste tu cara de mí, y quedé toda conturbada.* Y si la ausencia se prolonga, y con ella arrecia la tempestad, luego exclamará (Iob 13, 24; Ps. 43, 24): ¿Por qué me escondes tu rostro? ¿Por qué lo apartas de mí, y te olvidas de mi escasez y de mi tribulación? Y así prorrumpe en amorosas quejas, con una desconfianza y osadía que parecen traspasar los límites de la cordura, y donde sólo el ímpetu de su amor doloroso y contrariado puede disculpar el atrevimiento [59]. Pero el Señor se com-

---

que el alma llegue a esta mística unión, si antes no queda del todo limpia y sencilla para hacerse semejante a Dios. El más pequeño afecto a las cosas creadas, una palabra ociosa, un bocado tomado indebidamente o cualquier otra ligera falta basta para impedir, mientras no se expíe, la unión con quien es la suma pureza.

[58] «Somos el buen olor de Cristo, dice San Atanasio (*Ad Serap.* 3, 3), cuando estamos ungidos de su Espíritu». Porque «así como el delicioso olor de los perfumes revela su naturaleza, así, añade San Cirilo (*In Ioan.* 11, 2), el Espíritu es el buen olor vivo de la esencia divina, el que transmite a la criatura la divina naturaleza y la hace partícipe de Dios».

«Tengo para mí, dice Santa Teresa (*Vida* c. 20), que un alma que llega a esta estado, que ya ella no habla ni hace cosa por sí, sino que de todo lo que ha de hacer tiene cuidado este soberano Rey. ¡Oh, válame Dios... y cómo se entiende tenía razón, y *la ternán todos de pedir alas de paloma!* Entiéndese claro, es vuelo el que da el espíritu para levantarse de todo lo criado y de sí mesmo el primero; mas es vuelo suave, es vuelo deleitoso, vuelo sin ruido... Aquí se gana la verdadera humildad, para no se le dar nada decir bienes de sí, ni que lo digan otros. Reparte el Señor del huerto la fruta, y no ella; y ansí no se pega nada a las manos, todo el bien que tiene va guiado a Dios; si algo dice de sí es para su gloria. Sabe que no tiene nada ella allí, y aunque quiera, ni puede ignorarlo; porque lo ve por vista de ojos, que, mal que le pese, se los hace cerrar a las cosas del mundo, y que los tenga abiertos para entender verdades».

[59] «Sois, Jesús mío, decía el Beato Susón (*Eterna Sabiduría* c. 13), un amigo tan dulce, tan hermoso, tan divino, tan incomprensible, que aunque todos los ángeles me hablaran de Vos, no calmarían mi corazón ni le impedirían suspirar por vuestra presencia... ¿Dónde está la fidelidad de vuestro amor? La esposa, cuyo corazón cautivasteis, os espera y os desea, gime, suspira y se muere por vuestra presencia, y desde el fondo de su corazón está clamando: *Volved, volved* (Cant. 2,

place, como advierte Santa Teresa, en estos nobles arranques, y estas *locuras de amor*; y aunque parezca abàndonarla, no la abandona: ocultamente la sostiene con su gracia, y gusta de ver cuán valerosamente pelea, a fin de premiarla en seguida con nuevos e imponderables favores, y hacerla sentir más al vivo las inefables dulzuras de su trato amoroso, que nunca puede cansar y siempre parece del todo nuevo [60]. Entonces es el exclamar ella (Cant. 7-10): *Yo toda para mi amado, y para mí su correspondencia.*

Al verse tan íntimamente unida con *El*, tan firme con su virtud, tan hermosa con su gracia, tan inflamada con su caridad y dan *divinizada*, en una palabra, con las luces, virtudes y gracias con que El la enriquece, se pierde a sí misma de vista, y ya no acierta a ver sino a El obrando en ella y por ella. Invadida como está del fuego del divino amor, va sucediéndole lo que al hierro metido en el horno, que acaba por parecer puro fuego y no hierro [61]. Entonces empezará ya a exclamar con San Pablo (Phil. 1, 21): *Mi vivir es Cristo, y en morir está mi ganancia* [62]. Pero, *que sea por la vida o por la muerte,* lo

---

17). Dice a sus compañeras: ¿Por ventura le habéis visto? ¿Vendrá o no querrá venir? ¿Lo poseeré por fin en mi corazón, o moriré en su ausencia? ¡Señor! Vos oís los gemidos y clamores del alma que os ama, y guardáis silencio...»

«¡Cómo es posible, Señor, exclamaba Santa Catalina de Génova (*Diál.* 2, 10), que no sienta vuestra consoladora presencia en medio de este inaudito martirio...! No me quejaré, sin embargo, puesto que así lo disponéis. . Pero mientras ordenáis estos tormentos, que exceden a cuanto el hombre puede sufrir aquí abajo, permanezco interiormente resignada, lo cual es una gracia que de Vos sólo puede venir... Noto que aniquiláis en mí lo que había sembrado la corrupción, el hombre mortal y todos los lazos que me ataban a la tierra».

[60] «Non habet amaritudinem conversatio illius, nec taedium convictus illius, sed laetitiam et gaudium» (Sap. 8, 16). «El trato con Nuestro Señor, decía la M. María R. de los Apóstoles (jul. 02), «cuanto más continuo, más nuevo resulta».

[61] «Quomodo stilla aquae modica, multo infusa vino, deficere a se tota videtur, dum saporem vini induit et colorem, et quomodo ferrum ignitum et candens ignis simillimum fit... et quomodo solis luce perfusus aër in eandem transformatur luminis claritatem...: sic omnem hanc in sanctis humanam affectionem necesse erit a semetipsa liquescere atque in Dei penitus transfundi voluntatem. Alioquin quomodo omnia in omnibus erit Deus, si in homine de homine quidquam supererit? Manebit quidem substantia, sed in alia forma, alia gloria, alia potentia» (SAN BERNARDO, *De dilig. Deo* c. 10).

[62] «Quien con el sentimiento de una fe pura pudiese ver los efectos de un solo rayo del amor divino en las almas que me complazo en bendecir, decía el Señor a Santa Catalina de Génova (*Diál.* 3, 1), ése ya no podría vivir en el mundo, de abrasado y consumido que se

que verdaderamente le importa y le preocupa es que *Jesucristo sea en ella engrandecido* (*ib.* 20), y que su divino Espíritu la anime y dirija en todo [63].

Así oye la divina voz del Esposo que la llama a su seguimiento (Io. 10, 27); y *al oírle desfallece* (Cant. 5, 6), y siente unos transportes de amor tan puro y desinteresado que la abrasan en los más vivos deseos de consumirse como en holocausto y de sufrir cuantas penas sean menester para procurar la mayor gloria de Dios y el bien de las almas; viéndose ya con luces y fuerzas para realizar tan nobles y tan heroicos deseos.

De ahí que se ocupe en sus deberes exteriores con una habilidad y un acierto tales, que causa maravilla; pues en pocas horas hace a veces perfectamente lo que otros muy hábiles no pueden en días enteros. Y esto sin distraerse ni menos disiparse, sin perder nunca al Señor de vista y sin que el corazón se aparte un momento de quien tan robado lo tiene.

Unida así a Dios, posee la luz de su Verdad y la fortaleza de su divina virtud y al paso que percibe la «verdad verdadera» que preserva de todos los errores y extravíos del mundo, quisiera desengañar, si fuera posible, a todos los mortales y sacarlos de entre las tinieblas o sombras de muerte, donde viven sepultados.

«Llegada un alma aquí, dice Santa Teresa [64], no es sólo

---

sentiría... Los corazones amorosamente guiados por el divino Espíritu, que *inspira donde quiere*, abandonan el mundo y sus seducciones... y cobran odio y desprecio a los honores y placeres... Al resplandor de su luz el hombre percibe las cosas de Dios y se convierte en ángel, y de ángel viene a hacerse como un *dios* por participación. Así el hombre desde este mundo queda en realidad transformado por el amor. De sensual se hace espiritual en su alma y aun en su cuerpo. Si habla, no habla ya sino por la virtud de Dios... Son como discursos celestiales que caen de sus labios... Si ejerce un ministerio, lo hace con la inteligencia y la unción que Dios le da». (1 Petr. 4, 10).

[63] «Este soberano Espíritu que obraba en mí independientemente de mí misma, dice Santa Margarita María (*Autobiog.* 5), había adquirido un imperio tan absoluto sobre todo mi ser espiritual y aun corporal, que ya no dependía de mí excitar en mi corazón afecto alguno de gozo o de tristeza, sino como a El le agradaba, ni dar a mi espíritu otra ocupación que la que El le proponía». Así, en cierta ocasión, oyó esta voz: «Quiero que vivas como si no vivieses, dejándome vivir en ti, porque soy tu vida, y no vivirás sino en Mí y por Mí. Quiero que obres como si no obrases, dejándome obrar en ti y por ti, abandonándome el cuidado de todo. No debes tener voluntad, o debes conducirte como si no la tuvieras, dejándome querer por ti en todas las ocasiones».

[64] *Vida* c. 21.

deseos lo que tiene por Dios; su Majestad le da fuerza para ponerlos por obra: no se le pone cosa delante en que piense le sirve, a que no se abalance; y no hace nada porque, como digo, ve claro que no es todo nada sino contentar a Dios. El trabajo es que no hay que se ofrezca a las que son de tan poco provecho como yo... Fortaleced Vos mi alma... Jesús mío, y ordenad luego modos como haga algo por Vos, que no hay ya quien sufra recibir tanto y no pagar nada... ¡Oh, qué es un alma que se ve aquí haber de tornar a tratar con todos, a mirar y ver esta farsa desta vida tan mal concertada!... Todo la cansa, no sabe cómo huir... Anda como vendida en tierra ajena, y lo que más la cansa es no hallar muchos que se quejen como ella y pidan esto... Tiene el pensamiento tan habituado a entender lo que es *verdadera verdad*, que todo lo demás le parece juego de niños: ríese entre sí algunas veces cuando ve a personas graves hacer mucho caso de puntos de honra... Dicen que es discreción y autoridad de estado para más aprovechar: sabe ella muy bien que aprovecharían más en un día que pospusiesen aquella autoridad por amor de Dios, que con ella en diez años... Dios es alma suya, es el que la tiene a su cargo, y ansí le luce; porque parece asistentemente la está siempre guardando para que no le ofenda, y favoreciendo y despertando para que le sirva».

En esta prodigiosa unión se admira y queda pasmada de la dignación divina, viendo cómo un Dios tan grande no se desdeña de unirse a una pobre alma y hacerse como cautivo de ella; que así viene a convertirse en señora. Porque al ponerse un alma por completo en manos de Dios, se encuentra con que, en ver de perder, ganó toda su libertad; porque ya no hay pasiones que la avasallen, y porque el mismo Dios—a quien ella realmente *posee*—se complace en darle gusto, cumpliéndole sus santos deseos, sin negarle ya nada de cuanto le pide y atendiéndola con un amor tan *singular*, como si fuera la única amada suya [65]. Así, fuera de sí, exclamaba ella con Santa Teresa:

[65] «Estoy confundida, decía la V. sor Bárbara (16 sept. 872; *Vida* p. 357), en el abismo de mi vilísima *nada*; pues parece que mi Dios no tiene en este mundo más a mí, y no tiene a menos el comunicarse tan de lleno a una criatura tan vil y miserable como yo... Me sentía (después de comulgar) cada vez más unida con su divina Majestad... Vi que mi alma se estrechaba y abrazaba íntimamente con mi Dios... y después se iba introduciendo y ocultando toda en El, hasta que desapareció del todo y quedó toda oculta y perdida en Dios. Entonces me dijo: *Esta es la unión que tu alma tiene conmigo*».

Aquesta divina unión
del amor en que yo vivo
hace a Dios ser mi cautivo
y libre mi corazón...
Mas causa en mí tal pasión
ver a mi Dios prisionero,
que muero porque no muero...
....

¡Oh, cuán sublime verdad!, aunque el profano la tenga por paradoja [66]. Verdaderamente, en medio de aquellas delicias, padece mortales ansias por no poder corresponder dignamente a tales finezas del amor divino. Ve que los lazos del cuerpo le estorban para amar cuanto desea y quedar eternamente unida con el Amado; y así, entre indecibles angustias, como forzada en un duro cautiverio, exclama con el Apóstol (Phil. 1, 23): *¡Cuándo podré ir a gozar de mi único bien: desiderium habens dissolvi, et esse cum Christo!* Con El está unida ya; pero esta unión puede aún romperse: puede el hierro salir del horno divino y quedar así privado del fuego. Y este temor, junto con el peso del cuerpo que agrava al alma y deprime el sentido tan lleno de divinos pensamientos (Sap. 9, 15), es lo que la obliga a exclamar: *¿Quién me librará de este cuerpo mortal?* (Rom. 7, 24).

¡Ay qué larga es esta vida!
¡Qué duros estos destierros,
esta cárcel y estos hierros
en que está el alma metida! [67]

Sólo esperar la salida
me causa dolor tan fiero,
que *muero porque no muero* [68].

[66] «Da amantem, et sentit quod dico... Si autem frigido loquor, nescit quod loquor» (SAN AGUSTÍN, *In Ioan.* tr. 26).

[67] «La prisión en que me parece estar, decía Santa Catalina de Génova (*Purg.* c. 17), es el mundo; mis cadenas, los lazos de mi cuerpo, Mi alma, iluminada por la gracia, comprende lo que es quedar cautiva lejos de Dios, y encontrar en sí un obstáculo que le retarda su felicidad soberana y le impide lograr su fin, y como ella es sumamente delicada y sensible, este retraso le causa una pena inefable. En medio de esta cautividad, mi alma recibe de Dios una nueva gracia que no sólo la hace semejante a El, sino que la convierte en una misma cosa con El, por una real participación de su bondad».

[68] SANTA TERESA.—«Entonces vino el deseo de la muerte; porque esta dulzura, esta paz, esta delectación superior a toda palabra me hacían cruel la vida de este mundo... ¡Ah!, ¡la muerte, la muerte! La vida me era un dolor superior a todo dolor... Caía en tierra des-

Entre estas ansias tan mortales, estos vuelos y estos ímpetus ardorosos que dejan el corazón traspasado; entre estas heridas de amor, tan dulces como insoportables, que mientras más duelen más deleitan, y no quiere el alma curarlas sino enconando la llaga: en esta tensión continua, triunfa a veces el exceso de amor; y aquella preciosa alma, tan pura, tan fogosa y endiosada—después de embalsamar la tierra con la celestial fragancia de sus virtudes, y de desplegar en favor de los mortales una actividad portentosa que dejará eterna huella—en un soberano esfuerzo, en uno de aquellos enérgicos *vuelos del espíritu,* logra por fin romper las cadenas de esta prisión y, sin más enfermedad quizá que la del amor, vese libre de los lazos del cuerpo, y vuela a engolfarse para siempre en el piélago de la Bondad infinita, para gozarla a su gusto, sin más sobresaltos ni temores de perderla.

Este féliz tránsito no es como esa muerte triste, cuyo espectro aterra; no es la disolución espantosa, cuya memoria tan amarga es para el pecador (Eccli. 41, 1); es más bien una alegre despedida y como un viaje de bodas [69]; es una renovación

---

fallecida y quedaba allí ocho días clamando: ¡Ah, Señor. Señor. tened piedad de mí! ¡Llevadme, llevadme!» (B.ª FOLIGNO, [illegible]

Que desee la muerte,
no es maravilla:
que a quien ama a mi Esposo,
la muerte es vida.

V. SOR MARTINA DE LOS ÁNGELES, O. P.
(cf. *Vida,* por MAYA, c. 13).

«Este es, advierte San Juan de la Cruz (*Noche* 2, 13), el amor impaciente, en que no puede durar mucho el sujeto sin recibir o morir»

«Para quien ama verdaderamente a Dios, solía decir San Felipe Neri, no hay cosa más pesada que la vida. Los verdaderos siervos de Dios pasan la vida con paciencia y llevan la muerte en el deseo».

[69] «La muerte de semejantes almas—dice San Juan de la Cruz (*Llama* canc. 1, v. 6), hablando de las que han llegado a unión plena y estable—es muy suave y dulce, más que le fué la vida espiritual, porque mueren con ímpetus y encuentros sabrosos de amor... Por eso dijo David (Ps. 115, 15) que *la muerte de los justos es preciosa,* porque allí van a entrar los ríos del amor del alma en el mar del amor, y están allí tan anchos y represados que parecen ya mares..., sintiéndose el alma en esta sazón, con estos gloriosos encuentros, muy a punto de salir en abundancias a poseer el reino perfectamente. Porque se ve pura y rica, cuanto se compadece con la fe y el estado de esta vida, y dispuesta para ello. Que ya en este estado déjalas Dios ver su hermosura, y fíales los dones y virtudes que les ha dado; porque todo se les vuelve en amor y alabanzas, sin toque de presunción ni de va-

gloriosa y gozosísima, es la *transfiguración* deseada, o mejor dicho, la *manifestación de la gloria de los hijos de Dios,* que con tanto ardor el alma estaba esperando (Rom. 8). Y si esos vivos deseos de ir a ver al Señor no se le satisfacen, y se ve precisada a peregrinar por más tiempo para prestarle mayores servicios y acrecentar los méritos y la futura gloria, no se inquieta ya, se resigna alegre con la voluntad de Dios [70], y templa sus ansias, empleándose en obras heroicas con una actividad inaudita y con increíble provecho de los demás fieles y de toda la Iglesia [71].

Pero ya que no logra morir según el cuerpo, morirá según el espíritu: tendrá que ir sufriendo lentamente la prodigiosa *muerte mística,* que entraña como una total renovación realizada ya en la misma tierra, y una resurrección inconcebiblemente gloriosa...

Tal es el extremo de esta *unión conformativa,* en que el alma, no teniendo ya otro querer ni no querer que el de Dios, empieza a vivir como digna esposa del Verbo [72]. Mientras ese dichoso *cautiverio* de la voluntad deja de algún modo libres las otras potencias, o por lo menos los sentidos, para que perciban sus objetos particulares (permitiendo así que el alma se ocupe, si es menester, en otros diversos ejercicios, y aun en obras exteriores, sin apartar en nada el corazón de su centro), constituye la *unión habitual,* o la oración que se dice de *simple*

---

nidad, no habiendo ya levadura de imperfección que corrompa la masa».

[70] «Es tanto el gozo, dice Santa Teresa (*Vida* c. 17), que parece algunas veces no queda un punto para acabar el ánima de salir de este cuerpo: ¡y qué venturosa muerte sería! Aquí me parece viene bien dejarse del todo en los brazos de Dios: si quiere llevarle al cielo, vaya; si al infierno, no tiene pena como vaya con su bien; si acabar del todo la vida, eso quiere; si que viva mil años, también; haga su Majestad como cosa propia, ya no es suya el alma de sí mesma: dada está del todo al Señor... descuídese del todo».

[71] «La unión del alma con Dios no puede menos de ser fecunda, y tanto más fecunda, cuanto más perfecta sea. Así no hay almas que sean más fecundas, que más eficazmente irradien, por la oración, la reversibilidad de la vida, que las unidas a Dios con la intimidad incomparable de los estados místicos. Estas son los más seguros pararrayos de la justicia divina, y los más poderosos centros de santificación, después de los sacramentos» (SAUVÉ, *Le Culte du C. de Jesus* élév. 26).

«El corazón divino, decía Santa Margarita, quiere que amemos con obras más que con palabras. El amor pide obras, pues nunca está ocioso. El puro amor no da descanso al alma: la hace obrar, sufrir y callar».

[72] «Talis conformitas maritat animam Verbo... Parum dixi, contractus: complexus est, ubi idem velle et nolle idem, unum facit spiritum de duobus» (SAN BERNARDO, *Serm.* 83 *in Cant.* n. 3).

unión, que es una *unión* todavía algo *incompleta* de nuestra actividad con la divina. Mas cuando se pierde total o parcialmente el uso de los sentidos, que vienen a quedar como muertos o embotados y las potencias interiores quedan del todo absortas en Dios, sin poder atender a otra cosa, entonces se verifica la dulcísima *unión completa o extática*, donde todas las energías del alma permanecen engolfadas en la Divinidad para salir verdaderamente *endiosadas* y rejuvenecidas con nuevo vigor y habilidad para todo. Pues mientras la voluntad se penetra de aquel amor prodigioso que en ella derrama, como una unción divina, el Espíritu Santo, la inteligencia se esclarece con la inefable luz del Verbo, y percibe aquellos secretos maravillosos, que raras veces y difícilmente pueden proferir nuestros labios, y así la misma memoria queda tal que ya no podrá ocuparse sino en recordar las maravillas divinas [73].

A veces no se pierde por completo el uso de los sentidos exteriores; éstos, sobre todo en un principio, funcionan algo, aunque con dificultad, haciendo que se oiga como de lejos lo que se está hablando o cantando muy de cerca, y que se perciban muy en confuso todos los objetos. Las potencias interiores tampoco se encuentran perdidas, sino sólo como adormecidas a todo lo de afuera; porque, estando el alma así, absorta toda en Dios, aun no tiene fuerzas bastantes para ocuparse a la vez en cosas exteriores. Y si la caridad o la obediencia obligan a ello, mientras dure esa dulce cautividad, es menester hacerse una violencia tan extremada—que a muchos les hace derramar sangre por la boca—causándoles no poco daño; y así y todo, los más, para atender a lo de afuera, tienen que aflojar en la atención interior que les tiene embebidos. Todo cuanto entonces vean les causará hastío y repugnancia, y les parecerá todo extraño y

[73] «En llegando mi alma a que Dios la hiciese esta gran merced, dice Santa Teresa (*Vida* c. 21), cesaron mis males y me dió el Señor fortaleza para salir dellos, y no me hacía estar en ocasiones, y con gente que me solía distraer... antes me ayudaba lo que me solía dañar: todo me era medios para conocer más a Dios y amarle, y ver lo que le debía... Entiendo claro, *el Señor es el que obra*, y por eso me parece que a alma que el Señor hace estas mercedes (raptos), yendo con humildad y temor... se podrá poner entre cualquiera gente; aunque sea más distraída y viciosa, no le hará al caso, ni moverá en nada: antes, como he dicho, le ayudará, y serle ha modo para sacarle mayor aprovechamiento. Son ya almas fuertes que escoge el Señor para aprovechar a otras... Aquí son las verdaderas revelaciones en éxtasis, y las grandes mercedes y visiones, y todo aprovecha para humillar y fortalecer el alma, y que tenga en menos las cosas de esta vida, y conozca más claro las grandezas del premio».

como nunca visto. Son ya moradores del cielo y conciudadanos de los Santos y, viendo las celestiales hermosuras, tienen por vileza todo lo de este mundo, no pudiendo menos de lamentarse al ver cómo se les prolonga su destierro, donde se creen extranjeros y peregrinos [74]. Y verdaderamente que tales almas se encuentran como desterradas entre gentes feroces, que les obligan a velar sobre sí mismas para no caer en sus lazos y no perderse ni exponerse a perder sus ricos tesoros.

Si no fuera que comprenden que deben dejar a Dios por Dios—pues El mismo les mueve a ello—, nunca más querrían ya tratar con los hombres. Pero cuando así, movidas del mismo amor divino, con santa abnegación y ardiente celo vienen a tratarlos, llenas como están del don de ciencia y de consejo para saber cómo han de conducirse con todos, ninguna cosa les daña; antes todo les aprovecha y las enciende en nuevo celo. Pero, a veces, si la unión no es aún muy intensa, pueden dejarse llevar de su espíritu privado y de ciertas miras humanas, y ponerse en peligro. Pues, abandonando demasiado lo interior por lo exterior, acabarán por salir por completo de sí, es decir, de aquel centro en que está el reino de Dios y donde hallaban toda su luz y su fuerza, y entonces, creyendo hacerse *todo para todos*, llegan hasta acomodarse a ciertos gustos mundanos; así se vician con ese ambiente nocivo que debían perfumar y sanear, y se mundanizan hasta perder el espíritu, en vez de cristianizar y santificar a los otros. Por eso las almas prudentes, llenas de este saludable temor, no salen de su encerramiento sino movidas de la caridad o el deber, y aun en medio de los más penosos quehaceres prosiguen en esa unión inefable que las preserva de

[74] Ps. 119, 5. «La vista tan clara que goza mi alma de Dios, decía sor Bárbara (9 oct. 1872; *Vida* p. 378), me impide en ciertas ocasiones que vea como las demás la luz del día; pues la veo tan rara, que más bien la puedo llamar tinieblas que no luz. Todo es extraño para mí; estoy como una persona que viene de tierras remotas, a la cual todo se le hace raro... Como de continuo veo a mi Dios junto a mí, todo lo demás me martiriza». «Querría ya esta alma, dice Santa Teresa (*Vida* c. 16), verse libre: el comer la mata; el dormir congoja: ve que se le pasa el tiempo de la vida, pasar en regalo, y que nada ya la puede regalar fuera de Vos. ¡Oh verdadero Señor y gloria mía, qué delgada y pesadísima cruz tenéis aparejada a los que llegan a este estado! Delgada, porque es suave; pesada, porque vienen veces que no hay sufrimiento que la sufra, y no se querría jamás ver libre della, si no fuera para verse ya con Vos. Cuando se acuerda de que no os ha servido en nada y que viviendo os puede servir, querría carga muy pesada, y nunca, hasta el fin del mundo, morirse: no tiene en nada su descanso a trueque de haceros un pequeño servicio: no sabe qué desee, más bien entiende que no desea otra cosa sino a Vos».

los peligros a que estarían expuestas si se derramaran en las cosas exteriores [75].

El alma que vive en unión habitual está siempre tirando hacia Dios, y una vez acabados sus quehaceres y cumplidos todos los deberes (que sin saber cómo, y sin atender apenas, los cumple con una habilidad y una actividad pasmosas), luego vuelve a ocuparse tan sólo en amar y contemplar a quien tan robada la tiene. Así, a veces, entre la misma actividad y el trajín exterior, permanecen muchas de estas personas absortas, obrando sin darse cuenta; pero, por lo común, para que no se violenten tanto y puedan obrar con más desahogo, suele el Señor moderar un poco sus comunicaciones [76] [3].

Las almas así unidas se consumen de celo por la gloria de Dios y la salvación de sus prójimos, y a trueque de que éstos se convirtieran, se salvaran y alabaran eternamente a quien todas las lenguas unidas no pueden suficientemente alabar, gustosas se ofrecerían a todos los sacrificios y aun a los más rigurosos tormentos. Y al ver perecer miserablemente a infinidad de pecadores, sin poder remediar tanto mal, sufren angustias into-

[75] «Evite, dice Blosio (*Inst.* c. 2, § 3), las ocasiones y peligros, ame mucho la soledad, viva retirado, para aprovechar en las verdaderas virtudes. Mas, cuando la caridad u otra causa razonable lo pida, converse humilde y afablemente con los hombres. Y huya del ocio como del veneno más pestilencial».

[76] «Si Dios no se retirara a intervalos o no atenuara los ardores del amor, dice Santa Catalina de Génova (*Diál.* 3, 7), el cuerpo estallaría y se despedazaría... Y el alma, libre de sus lazos, no tendría más que subir a los cielos... Pero aun no es llegada esta feliz hora. Que el alma acabe de purificarse en el dolor y en la prueba, que dé cada vez mejores ejemplos de oración, de unión con Dios, de abandono y de sacrificio. A veces parecerá inútil al mundo, porque, a consecuencia de sus raptos, no puede ocuparse de seguido en sus negocios y quehaceres domésticos... Mas esta aparente ociosidad no será perjudicial ni a ella ni a los suyos, pues de la bondad divina alcanzará una secreta compensación por todo lo que no pudo hacer, desde luego..., y su confianza nunca quedará frustrada».

«Muchas veces, observa Santa Teresa (*Vida* c. 17), estando unida la voluntad... están por otra parte el entendimiento y memoria tan libres, que pueden tratar en negocios y entender en obras de caridad. Esto, aunque parece todo uno, es diferente de la oración de *quietud* que dije, porque allí está el alma que no se quería bullir ni menear, gozando en aquel ocio santo de María; en esta ocasión puede también ser Marta. Ansí que está casi obrando juntamente en vida activa y contemplativa, y puede entender en obras de caridad y negocios que convengan a su estado y leer, aunque no del todo están señores de sí y entienden bien que está la mejor parte del alma en otro cabo».

lerables y a sí mismas se echan la culpa de no poder desengañarlos ni trocar sus voluntades perversas [77]. Aman con un amor intenso, puro y desinteresado, sólo porque Dios merece todo su amor, y así el vivo deseo que tienen de complacerle les hace abandonar el reposo y las delicias que gozan en su presencia, tan pronto como es hora de ocuparse en cosas de su divino servicio. Esto les cuesta un acto verdaderamente heroico de fortaleza [78]. Mas sin este heroísmo no podrían proseguir en estado de unión ni gozar de las íntimas comunicaciones divinas; pues, buscándose a sí mismas y a su propio regalo, romperían o aflojarían los lazos de esa unión. Así es como las almas apegadizas, dejándose llevar de su gusto y del propio espíritu, van siendo abandonadas de Dios y vienen a padecer no pocas ilusiones. De éstas son muy responsables ciertos directores indiscretos o *milagreros*, como vulgarmente se dice, los cuales, por no estar lo versados que debían en las cosas de Dios, vienen a medir el aprovechamiento de un alma por los favores que recibe o cree recibir, y no por los sacrificios que hace; con lo cual, dando importancia a lo que no deben, sin darse cuenta la llenan de ciertos humos de vanidad con que la ponen en sumo peligro [79].

---

[77] «Soy un abismo de miserias y la causa de todos los males, exclama la inocentísima Magdalena de Pazzis (4.ª p., c. 3), porque mis pecados me impiden colocarme como un muro entre Vos y los pecadores, para atraer sobre mí sola los golpes de vuestra justicia... ¡Que no pueda cambiarme en agua para bañar todas las almas, y apagar en ella los ardores del maldito amor propio! Morir de hambre, viendo el alimento sin poder tomarlo, ¡qué suplicio! Me aflige mi impotencia, que me impide remediar el mal que Vos, oh Verbo divino, me mostráis. Quisiera estar en todas partes, sin estar en ninguna; quisiera llegar a Vos, unirme a Vos, permanecer en Vos para ser útil al prójimo».

[78] «Muchas veces me afirmó, escribe de Santa Catalina de Siena el B. Raimundo (*Vida* 2.ª p., 1), que siempre que el Señor le ordenaba dejar su retiro y conversar con los hombres, sentía un dolor tan vivo, que le parecía que su corazón se iba a despedazar. Sólo Dios era capaz de hacerla obedecer». Así, cuando ella estaba más consternada, creyéndose privada de su dulce Amor, El le decía para rendirla y consolarla: «Cálmate, amadísima hija mía: es preciso cumplir toda justicia, y hacer fructificar mi gracia en ti y en otros... Bien lejos de separarme de ti, quiero unirme aún más por el amor al prójimo». «Señor, replicaba ella, que se haga vuestra voluntad y no la mía. Yo no soy más que tinieblas, y Vos la Luz; yo soy nada, y Vos el Ser; yo soy ignorancia, y Vos la Sabiduría del Padre... ¿Cómo podré, pues, ser útil a las almas? Y El le respondió: «En estos tiempos en que tan grande es el orgullo de los hombres..., les enviaré mujeres ignorantes y ruines por naturaleza, pero sabias y poderosas con mi gracia, para que confundan su orgullo».

[79] «Si el padre espiritual, dice San Juan de la Cruz (*Subida* l. 2, c. 18), es inclinado a revelaciones, de manera que le hagan mucho

Mas estas comunicaciones íntimas de la verdadera *unión* se sienten tan al vivo y tan *divinamente* ya, que a quien una vez las haya experimentado no le cabe la menor duda de que son de Dios, y así podrá distinguir muy bien esta realidad divina de cualquier falsificación, que los no experimentados podrían candorosamente tomar por unión verdadera [80]. Esta podrá siempre discernirse por las fervientes ansias de morir, si es la voluntad de Dios, y, entre tanto, de sufrir, trabajar y padecer afrentas por El, sin atender a miras humanas.

Hasta ciertos grados o *modos* de esta *unión de conformidad* quizá se pudiera de alguna manera llegar por los «*caminos ordinarios*» de la *ascética*, mas el pasar adelante y subir más arriba es del todo imposible: eso ya trasciende completamente sobre el proceder ordinario y el *modo* de obrar *humano*, y tiene que ser obra casi exclusiva del Espíritu director y renovador, que conduce a la tierra prometida y produce la completa *transformación* de las almas que del todo se le abandonan [4].

APÉNDICE

[1] *La verdadera unión con Cristo y las locuras de amor.*—La unión, dice el Venerable P. Gracián [81], «es una junta del alma con Cristo, así como cuando en una nube entran los rayos del sol, que se pone arrebolada, y parece el mismo sol, o como cuando el sol entra en un espejo... y causa como otro sol pequeño que está dentro; o como

---

peso, no podrá dejar, aunque él no lo entienda, de imprimir en el espíritu del discípulo aquel mismo gusto y estimación, si el discípulo no está más adelantado que él; y aunque lo esté, le podrá hacer harto daño si persevera con él». Por eso, añade (c. 30), «las almas no las ha de tratar cualquiera, pues es cosa de tanta importancia acertar o errar en tan grave negocio».

[80] «Osaré afirmar, escribe Santa Teresa (*Mor.* 5, c. 1), que si verdaderamente es unión de Dios, que no puede entrar el demonio ni hacer nigún daño; porque está su Majestad tan junto y unido con la esencia del alma, que no osará llegar, ni aun debe entender este secreto... Fija Dios a Sí mesmo en lo interior de aquel alma de manera que, cuando torne en sí, en ninguna manera puede dudar que estuvo en Dios y Dios en ella: con tanta firmeza le queda esta verdad, que aunque pasen años sin tornarle Dios a hacer aquella merced, ni se le olvida, ni puede dudar... Quien no quedare con esta certidumbre, no diría yo que es unión de toda el alma con Dios, sino de alguna potencia, u otras muchas maneras de mercedes que hace Dios al alma».

[81] *Itin.* c. 11, § 2.

cuando el hierro ardiendo tiene dentro de sí al fuego, que está hecho fuego sin la dureza, frialdad y obscuridad que antes tenía. Y así como el arco de Joás, que tomaba Eliseo en su mano para tirar las saetas (4 Reg. 4), hacía un solo tiro de Eliseo y Joás, así el alma unida con Cristo, hace un deseo y un pensamiento que nacen de Cristo en el alma. Esta unión se divide lo primero, en *unión* que viene *con arrobamiento* y enajenación de potencias, y en *unión despierta* y sin rapto, que es cuando la misma alma ejercita con Cristo los pensamientos y deseos».

La oración de *unión*, escribe Santa Teresa [82], hablando de los albores de ella, cuando todavía se confunde algo con la *quietud*, «es un sueño de las potencias, que ni del todo se pierden, ni entienden cómo obran. El gusto y suavidad y deleite es más sin comparación que lo pasado... Está (el alma) gozando con el mayor deleite que se puede decir: no me parece que es otra cosa sino un morir casi del todo a todas las cosas del mundo, y estar gozando de Dios. Yo no sé otros términos como lo decir... ni entonces sabe el alma qué hacer; porque no sabe si hable, ni si calle, ni si ría, ni si llore. Es un glorioso desatino, una *celestial locura*, adonde se deprende la verdadera sabiduría... Muchas veces estaba ansí como desatinada, y embriagada en este amor, y jamás había podido entender cómo era .. Sólo tienen habilidad las potencias para ocuparse todas en Dios; no parece osa bullir ninguna, ni la podemos hacer menear, si con mucho estudio no quisiésemos divertirnos; y aun no me parece que del todo se podía entonces hacer. Háblanse aquí muchas palabras en alabanza de Dios, sin concierto, si el mesmo Señor no las concierta: al menos el entendimiento no vale aquí nada. Querría dar voces en alabanzas el alma, y está que no cabe en sí, un desasosiego sabroso: ya, ya se abren las flores, ya comienzan a dar olor. Aquí querría el alma que todos la viesen y entendiesen su gloria para alabanzas de Dios, y ayudasen a ello, y darles parte de su gozo, porque no puede tanto gozar... ¡Oh, válame Dios! Cuál está un alma cuando está ansí, toda ella querría fuese lenguas para alabar al Señor. Dice mil desatinos, atinando siempre a contentar a quien la tiene ansí... ¿Qué se le pondrá entonces delante de tormentos, que no le fuese sabroso pasarlo por su Señor? Ve claro que no hacían casi nada los mártires de su parte en pasar tormentos; porque conoce bien el alma viene de otra parte la fortaleza. ¿Mas qué sentirá de tornar a tener seso para vivir en el mundo, y haber de tornar a los cuidados y cumplimiento dél?... ¡Oh gran libertad, tener por cautiverio haber de vivir y tratar conforme a las leyes del mundo!»

«Lo que la pobre alma, prosigue [83], con trabajo por ventura de veinte años de cansar el entendimiento, no había podido acaudalar, hácelo este hortelano celestial en un punto... Las virtudes quedan ahora más fuertes que en la oración de quietud pasada; porque se ve

[82] *Vida* c. 16.
[83] C. 17.

otra el alma, y no sabe cómo comienza a obrar grandes cosas con el olor que dan de sí las flores, que quiere el Señor que se abran... Aquí es muy mayor la humildad y más profunda, que al alma queda, que en lo pasado; porque ve más claro que poco ni mucho hizo, sino consentir que le hiciese el Señor mercedes y abrazarlas la voluntad. Paréceme este modo de oración *unión* muy conocida *de toda el alma con Dios*; sino que parece quiere Su Majestad dar licencia a las potencias para que atiendan y gocen de lo mucho que obra allí».

«Cuando es *unión de todas las potencias* (*unión extática*), advierte en su segunda *Relación* el P. Rodrigo, es muy diferente; porque ninguna cosa pueden obrar. Porque el entendimiento está como espantado; la voluntad ama más que entiende; mas ni entiende si ama, ni qué hace, de manera que lo pueda decir. La memoria, a mi parecer, que no hay ninguna, ni pensamiento, ni aun por entonces son los sentidos despiertos, sino como quien los perdió, para más emplear el alma en lo que goza...»

Parece imposible—escribía cierta alma (J.) que vivía en ese feliz estado e iba entrando en otro muy superior—«parece imposible, un contrasentido, que el Dios de amor y de infinitas perfecciones tenga complacencia en morar en un corazón tan pobre e impotente como el de esta *nada* .. Pero .. ¿dónde puede brillar más la caridad de nuestro Dios amorosísimo sino en esta infinita caridad? ¿En dónde puede el divino Esposo hacer más patentes sus adorables palabras: «He venido a buscar pecadores y no justos», sino en este exceso de misericordia con esta miserable? Y aquellas otras llenas de dulzura y amor, de aliento y esperanza: «Venid a Mí todos», sin excluir a los *cojos* y *tullidos*. Así estaba mi pobre alma... Pero El se llegó a ella, y le dió alas; no se contentó con eso, y la adornó e hizo subir más: la vió débil y la sostuvo, y ya confortada, la probó en la soledad, en el más completo abandono de criatura, para que se acostumbrase a desasir y despojar por completo, y verse cómo *es miseria, nada,* y esperarlo todo del que es *todo*, porque no se le posee no haciendo una verdadera renuncia. Y no hay que hacerse ilusiones: un cabello solo que tenga el alma de propiedad en el afecto, que sea en lo temporal como en lo *espiritual*, si no lo sacrifica, no puede gozar en unión al que es muy celoso y no admite mezcla de otros amores en la comunicación íntima del espíritu. Sobre esto del *puro amor* ¡habría tanto que decir!... Quiera el Señor tenernos siempre en el estado de ver nuestro corazón *suelto*, desprendido de todo. ¡Oh qué bien se vive y se está así! ¡Qué paz y dulce consuelo se experimenta aun en medio de las más amargas tribulaciones de la vida! Ahí, en ese gran *vacío* del alma desprendida, deja El sentir las dulcísimas emanaciones de amor y gloria con que se siente ella regalada por el Amado... En esta felicidad se hace la tierra un cielo, y no se sienten ni las alabanzas ni vituperios del mundo: suenan igual ¡va tan perdida y engolfada, y de tal manera la trae absorta la suma bondad de aquel Corazón que se complace y recrea en tan baja compañía! Y cuando: «Soy tuyo, y tú mía»,

¡qué alientos, Padre mío! Otras veces, después de inundarse de gracias y favores: «¿estás contenta?» ¡Oh sí, Dios mío!... ¡Cómo enloquece aquí el alma! ¡Cómo se aniquila y disuelve en esta inmensidad de amor infinito! Nada me distrae de amarle, ni me impide gozar este bien infinito que poseo... A cada nueva gracia, más seguridad imprime al alma y más la une a Sí; y esta *unión* y *comunicación* se tiene igual en la soledad que en visita, en el descanso que en el trabajo». La oración, «para mí no tiene tiempo limitado, porque ella es mi vida: despierto y es mi Dios el que ocupa mi pensamiento y corazón, y me duermo sin haberme separado de esta adorable compañía un momento, en el suyo amorosísimo... Por hábito busco lo más desagradable en todo... No pierdo por nada la paz del alma: ¡es tan adorable!... Mi espíritu es muy independiente y enérgico, y lo sujeto con gran cuidado a la obediencia, para que se humille y corrija, y procuro regular todos mis actos por la pureza de intención. En cuanto a las criaturas, soy por natural complaciente; pero ninguna, por gracia especialísima, tiene dominio en mi corazón: no hay amigos ni enemigos, todas me son queridas en el corazón de nuestro adorable Salvador. Pero es una tortura horrible cuando veo en algunas que se descuidan en el servicio de Nuestro Señor y le ofenden, y todos los tormentos y trabajos me parecerían poco, si con sufrirlos pudiera cambiar estas almas: en esto paso un verdadero martirio, y un gran consuelo y recreo...» en ver sacerdotes celosos y fervorosos.

«Est ergo unio, dice Alvarez de Paz [84], illud pretiosum donum quo Deus in ipso fundo atque intimo animae clarissima luce se illi praesentem, et eam irruentem, ac tenerrime diligentem ostendit. Quo memoria... Deo sic sibi manifestato tenacissime adhaeret...: intellectus eum clarissima luce sapientiae inspicit... ita ut ab eo in aliquid aliud diverti nequeat; voluntas ardentissimo amore constringit qui instar ignis erumpens omnia videtur absumere, ita ut anima iam in se non vivat, neque actionibus naturalibus intendat, sed in eum dulcissimum sponsum totu affectu transeat, a quo arctissimo apprehensa est complexu. In hoc gradu... anima non tan agit, quam recipit; non progreditur, sed abriptur, et non exspectato consensu eius (et tamenet consentit) in thalamum incredibilis suavitatis ducitur. In eo non tam inspicit et amat, quam ipsum intuitum splendidissimum, et amorem ardentissimum Dei intra semetipsam reperit... In eo anima quidem suum esse non amittit, sed aliud esse recipit, quod naturale esse prorsus absorbet... In hac unione duo sunt: alterum praecipuum, nempe amor, quo Deus sponsam suam diligit, et ab ea ardentissime amari se facit, adeo ut prae amore deficiat...; alterum minus praecipuum, nimirum interna suavitas: quae vires omnes complet, et omnem attentionem, omne desiderium absorbet... Sic anima sentit se a Deo suscipi, et ab illo gratiae auxilia, et amorem perfectissimum accipere, quibus illi in vitae puritate valde similis reddatur. Hic intelligit quid illud sit: *Ego sum*

[84] *De grad. contempl.* 5, p. 3.ª, c. 5.

vitis, vos palmites: et quid est: *Qui manet in me, et ego in eo, hic fert fructum multum*...

... Omne igitur quod in homine reperitur spirituale vel divinum, segregatur quodammodo per amorem vivificum ab omni eo, quod terrestre est, atque corporeum; sic fit ibi divisio spiritus et animae, id est, spiritualitatis, et animalitatis, et sensualitatis, et separatur pretiosum a vili; et quia Deus spiritus est, et similitudo est causa unionis, perspicuum est, cur spiritus sic depuratus, unitur Spiritui divino».

[2] *Efectos de la unión extática.*—Después de esta oración, añade Santa Teresa [85], «queda el ánima animosa, que si en aquel punto le hiciesen pedazos por amor de Dios, le sería gran consuelo. Allí son las promesas y determinaciones heroicas, la viveza de los deseos, el comenzar a aborrecer el mundo, el ver muy claro su vanidad; está muy más aprovechada, y altamente, que en las oraciones pasadas, y la humildad más crecida; porque ve claro que para aquella excesiva merced, y grandiosa, ni hubo diligencia suya, ni fué parte para traerla ni para tenerla. Vese claro indignísima (porque en pieza donde entra mucho sol, no hay telaraña escondida), ve su miseria; va tan fuera de vanagloria que no le parece la podría tener; porque ya es por vista de ojos lo poco o ninguna cosa que puede... De ahí se ve que merece el infierno, y que la castigan con gloria: deshácese en alabanzas de Dios... Comienza a dar muestras de alma que guarda tesoros del cielo, y a tener deseos de repartirlos con otros y suplicar a Dios no sea ella sola la rica. Comienza a aprovechar a los prójimos casi sin entenderlo ni hacer nada de sí: ellos lo entienden, porque ya las flores tienen tan crecido el olor, que les hace desear llegarse a ellas. Entienden que tienen virtudes y ven la fruta que es codiciosa».

El alma, observa Santa Angela de Foligno [86], recibe el don de querer a Dios y las cosas divinas con una voluntad parecida al amor absolutamente verdadero con que Dios nos ha amado, y siente que el Dios inmenso está en ella haciéndole compañía... Lo percibe en el fondo de ella misma, sin forma corporal, pero más claramente que un hombre ve a otro. Los ojos del alma ven una plenitud espiritual, sin cuerpo, de la cual le es imposible decir nada; porque faltan las palabras y la imaginación... En esta inefable unión—que renueva súbitamente al alma y hace al cuerpo dócil—recibe ella la *certeza* de que verdaderamente está el Señor allí; pues no hay santo ni ángel que pueda obrar lo que en ella se obra. Tan inefables son estas operaciones, que siento verdadero dolor de no poder decir nada que sea digno de ellas... Dios abraza al alma como jamás padre alguno ni madre abrazó a un hijo... Indecible es el abrazo con que Jesucristo estrecha al alma... No hay hombre alguno en el mundo que pueda decir este secreto ni aun creerlo... Jesús trae al alma un amor suavísimo, con que ella se abrasa enteramente en El; le trae una luz inmensa, que el

[85] *Vida* c. 19.
[86] C. 52.

hombre, aunque siente en sí la plenitud de la bondad del Dios todopoderoso, concibe aún infinitamente más de lo que siente. Entonces el alma tiene la prueba y la *certeza de que Jesucristo habita en ella*».

[3] *Excelencias de este estado.*—«Gran cosa es, dice Blosio [87], llegar en este destierro a la *mística unión* con Dios. Hácese esto cuando limpia, humilde y resignada el alma, abrasada en ardiente caridad, se eleva sobre sí misma y, ante la inmensa claridad de la luz divina que en su mente resplandece, pierde toda consideración y distinción de cosas, y deshecha toda en amor y, como aniquilada, viene a perderse en Dios. Pues entonces sin medio alguno se le junta y se hace un espíritu con El, viniendo a quedar en El transformada y mudada, como el hierro puesto en el fuego se hace fuego sin dejar de ser hierro. Hácese una cosa con Dios, pero no de modo que sea de la misma substancia y naturaleza. Aquí descansa el alma, cesando la propia operación para recibir dulcemente la divina con abundancia de paz y de gozo inefables. Y tanto es el gusto que recibe, que con la grandeza del consuelo parécele que el cielo y la tierra y cuanto en ellos hay se liquidan y desvanecen... Allí está la unidad y simplicidad donde Dios habita, y hallada la eterna Verdad, posee sus tesoros inagotables. Dichosa, ciertamente, el alma que, elevada sobre todo lo creado y aun sobre la propia acción, en la memoria queda desnuda de toda suerte de imágenes y siente la simple pureza; en el entendimiento percibe las brillantísimas irradiaciones del Sol de justicia, y conoce la verdad divina, y en la voluntad siente el fuego de un amor tranquilo, o sea el contacto del Espíritu Santo, como fuente viva que mana arroyos de eterna suavidad, y de este modo es introducida en una excelente unión con Dios... Mas los que allí son admitidos, una vez que cese aquella sublime operación divina, deben volver a la propia, a las santas representaciones, a las buenas obras y ordinarios ejercicios, procurando mantenerse humildes, persistir en el deseo de aprovechar, y conducirse en todo como si entonces empezaran a vivir mejor».

«Cuando el espíritu humano llega a esta mística sabiduría de la *unión divina,* añade [88], ilustrado con la luz de la verdad eterna, su fe se certifica, se corrobora su esperanza y se inflama su caridad. Por lo cual si todos los sabios del mundo dijeran a uno que haya experimentado esta unión: Te engañas, infeliz, tu fe no es verdadera; él, impávido, les respondería: Vosotros todos sois los engañados: *yo tengo plena certeza de la verdad de mi fe...* Este *conoce mejor a la Divinidad de lo que pueden conocerla los grandes maestros* que no han sido aún admitidos en el *Sancta Sanctorum* y en la secreta cámara del Rey eterno. Dios le descubre la verdad de las Escrituras y le da el gusto de los Evangelios. Y teniendo así la verdadera sabiduría, más por la influencia del Espíritu Santo que por la lección de muchos libros, ve claro y entiende lo que se debe hacer y omitir».

---

[87] *Speculum spir.* c. 11, § 1.

[88] *Inst. spir.* c. 1.

[4] *La perfecta unión y el amor desinteresado.*—«¡Qué distinto se ve todo, exclamaba la V. sor Bárbara (jul. 71) [89], cuando Dios viene al alma! Digo esto, porque me parece que siento a mi Dios dentro de mi alma: tan *unido con ella y ella con El, que ya no tiene mi alma más querer que el de Dios.* Que me digan o no me digan, que me traten bien o mal: ya me tenga Dios en desolación o en consuelos, para mí no hay voluntad en nada; pues no tengo otra que la de mi Dios. Yo no sé explicarme; pero siento a Dios tan *cerca* de *mí*... Lo siento somo si estuviera *en mi alma*; así es que mi corazón se deshace en deseos de amarle... Estos deseos no son por el interés de la gloria, son puramente por Dios: así es que si no hubiese cielo, le amaría lo mismo, pues *le amo sin interés alguno*... Si yo supiera que le podía servir de gloria padeciendo las penas del infierno por una eternidad, le ama mi alma tanto, que las padecería muy contenta, con tal de que mi Dios esa mayor gloria tuviera. Bien sé yo que mi Dios no quiere eso; pero lo digo porque tengo unos deseos de padecer mucho por Dios, y son tan grandes, que todo me parece poco».

Este es el amor desinteresado que busca el bien sin miras egoístas; no el tan ponderado como invención kantiana, y pregonado ya por Séneca, sin que los mismos que así proponían en vano esta *moral sin sanción*, supieran cumplirla con sanciones y todo, ni practicaran el bien aun por interés. No poseyendo la Verdad, mal podrían saber cuál es el verdadero Bien, plenitud del ser apetecible. Los que son perfectos, iluminados los ojos de su corazón con esa caridad ardentísima que destierra el temor servil, conocen al único Bien pleno y verdadero, y ven que por sí mismo, y sin otras miras, merece y debe ser amado y preferido a todo, aunque no hubiera sanciones. Mas éstas son indispensables para los imperfectos, que son siempre en gran mayoría [90], a los cuales, gracias que se les pueda hacer practicar el bien con la ayuda de la ley del temor, que no rige ya en los perfectos: *Lex iusto non est posita, sed iniustis* (1 Tim. 1, 9). *Si Spiritu ducimini, non estis sub lege* (Gal. 5, 18).

Sin embargo, el mayor bien va siempre acompañado de la mayor utilidad; puesto que es la misma plenitud de la perfección a que cada uno tiende por naturaleza o por gracia, y que por sí misma se le hace amable y deseable. El desorden está en preferir ciertos bienes ilusorios o superficiales—cuales son los sensibles—a los verdaderos y estables que siempre permanecen.

«Pide Dios, dice San Bernardo [91], ser *temido* como Señor, *honrado* como Padre y *amado como Esposo*... El amor es cosa grande, pero tiene varios grados, y el supremo es el de la *esposa*. Este amor se basta a sí mismo, en sí mismo tiene el mérito y el premio. Los hijos aman también, pero piensan en la herencia, y temen perderla. Sospechoso me es un amor que necesita apoyarse con la esperanza de

[89] *Vida* p. 235.
[90] «Sicut meliores sunt quos dirigit amor, ita plures sunt quos corrigit timor» (S. Agustín, *Epist.* 185, n. 21).
[91] *Serm.* 83 *in Cant.* n. 4-5.

otros bienes. El amor puro no desea nada más, no es amor mercenario... Tal es el amor de la esposa; pues sólo por amor es ella todo lo que es: toda su esperanza y todo su bien es su amor». Y así después de describir el Santo el amor de un hijo que en la edad madura no se alimenta ya sino de los alimentos sólidos (que son los grandes trabajos) ni se entretiene en las diversiones de los niños (que son los consuelos de las almas imperfectas), sino que está siempre suspirando por la herencia celestial, y en ella tiene de continuo su pensamiento, añade [92]: «Aun hay un amor más sublime que éste, en el cual no se desea ni se busca otra cosa más que a sólo Dios, estando ya el corazón enteramente purificado. Entonces el alma no busca ya nada suyo, ni su felicidad, ni su gloria, ni nada con el especial amor de sí misma: sino que toda se dirige a Dios para adherirse a El y poseerlo y gozarlo.»

[92] *Ib.* n. 8-9.

CAPITULO V

La deífica unión transformativa

§ I.—El místico desposorio: preparaciones, entrevistas y celebración: cambio de intereses y transformación del alma.—Inestabilidad.— Tránsito de la unión conformativa a la transformativa; oculta y prodigiosa renovación del alma.

A pesar de las ansias del alma, que «muere porque no muere», quiere el divino Esposo que por más o menos tiempo continúe esta su muy amada sufriendo y amando y progresando en la caridad, hasta hacerla como una viva imagen y fiel reproducción suya, a fin de que, en su nombre y con su propia virtud, prosiga la misma misión que El tuvo en la tierra. Para esto, después de purificarla, hermosearla y disponerla, según luego veremos, celebra con ella el *místico desposorio*, con pacto formal y solemne de reciprocidad de intereses, entregándole el simbólico anillo [1] o haciendo como un cambio de corazones,

[1] El Dr. Imbert (*Stigmat.* t. 2, c. 8), traza una lista de 77 personas admitidas a celebrar las místicas bodas, aunque las circunstancias no determinan si se trataba de verdadero *matrimonio* estable, o del simple *desposorio*. En estas ceremonias, la entrega del *anillo* figura 55 veces, siendo en las 43 concedido a personas estigmatizadas.

«¡Cuán significativo es, dice Sauvé (*Etats* p. 85), el símbolo de ese anillo enviado por Dios a una Santa Catalina de Siena, o a una Santa Rosa de Lima! ¡Qué maravillas no se encierran en ese círculo estrecho! Pero esto no son más que signos exteriores, preludios de la perfecta fusión del alma con la de Jesús y con su Divinidad». El anillo de Santa Catalina de Siena (*Vida* 1.ª p., 12)—y lo mismo el de la B. Osana de Mantua (cf. BAGOLINI Y FERRETI, 5, p. 83)—permaneció siempre visible para ella sola; mas el de Santa Catalina de Riccis (*Vida*, por MARCHESI, c. 20), fué visto muchas veces por otras personas; sólo que a ella le parecía de oro con un diamante y a los demás como un círculo sanguíneo con carne saliente que correspondía al guardapiedra. A veces se le vió despedir gran resplandor; y con él obró la Santa muchos prodigios (*ib*, c. 28). Se lo vieron

y diciéndole como a Santa Catalina de Siena: *Cuida de mí, que Yo cuidaré de ti*, o como a Santa Teresa: *En adelante, como verdadera esposa, velarás por mi honor*, o bien como a Santa Rosa de Lima: *Rosa de mi corazón, sé tú mi esposa*[2], y mandándoles que le traten ya con el amor y confianza de tales, llamándole siempre con ese dulcísimo nombre de *Esposo*[3].

---

aun después de muerta—a la edad de más de sesenta y siete años—habiéndole sido dado a la de diecinueve. A la V. Micaela Aguirre, siendo aún de cinco años, le mostró el Señor un anillo que no le ajustaba, encargándole labrarlo con sus obras y padecimientos de modo que pudiera venirle a El a la medida (cf. *Vida*, por el V. P. Pozo, l. 1, c. 6).

[2] A lo cual ella respondió (HANSEN, 1, 12): «Tuya soy, ¡oh Rey de eterna Majestad!, y tuya seré eternamente».

[3] La V. Sor Bárbara, habiendo oído ya de boca del Salvador: *Tú eres toda mía y yo soy todo tuyo*, vió pocos días después que con una cadena le prendía el corazón, atándoselo al suyo divino y diciéndole: *Esto hago para que estés tan unida con mi voluntad en todo, que no tengas más querer que el mío, y seas una cosa conmigo.* «Desde este momento, añade ella, me encuentro tan encadenada y estrechamente unida con mi Dios, que puedo decir que entre Dios y yo no hay más que una voluntad... No tiene comparación—la unión de antes—con la tan íntima que tengo desde ese día». Luego vió que le ponían un velo blanco y una corona, y que la Virgen la presentó a su divino Hijo, el cual quitándose un anillo se lo puso a ella diciéndole que en adelante le llamara siempre con el nombre de Esposo, y que «tuviera mucho cuidado en conservar intacto aquel velo, pues lo tenía que entregar sin lesión alguna» (*Cartas* de 25 y 29 de dicbre. 1871; *Vida* p. 275-6).

El V. P. Bernardo Hoyos (*Vida* p. 170-1), después de comulgar el día de la Asunción (1730), oyó a los ángeles cantar: *Ea, que viene el Esposo: salid a recibirle* (Mt. 25, 6). Se encontró vestido de un traje nupcial, que simbolizaba su pureza y demás virtudes; con visión imaginaria vió al Salvador hermosísimo, acompañado de su santísima Madre y de muchos santos, y con visión intelectual contemplaba toda la Santísima Trinidad. Aniquilada su alma, oyó que el Señor le decía: *Yo te desposo, ¡oh alma querida!, eternamente en desposorio de amor. Ya eres mía, y Yo soy tuyo... Tú eres* BERNARDO DE JESÚS, *y Yo soy* JESÚS DE BERNARDO: *mi honra es tuya, y la tuya mía: mira ya mi gloria como de tu Esposo, pues Yo miraré la tuya como de mi esposa. Todo lo mío es tuyo, y todo lo tuyo es mío: lo que Yo soy por naturaleza, participas tú por gracia: tú y Yo somos una misma cosa.* «Yo sentía, añade él, hacerse y obrarse en el alma todo lo que estas visibles ceremonias significaban. Al vestir aquella ropa, sentí como aniquilarse el hombre viejo; y al tiempo de tomarme el Señor la mano, parece me vestía del hombre nuevo, recibiendo el alma grandes aumentos de gracia... Al decirme: *Jesús de Bernardo*, parecía hacerse, en cierto modo, de los dos uno».

A Santa Catalina de Bolonia se le apareció la Santísima Virgen la noche de Navidad (1435), presentándole el divino Niño envuelto en pañales... Arrebatada ella con la dicha de poseer a quien reconocía por su Dios, lo abraza con gozo inefable, lo estrecha contra su cora-

Antes de celebrar con un alma este pacto, suele mostrársele muchas veces con los encantos de su Humanidad gloriosa, para dejarla prendada de su bondad y divina hermosura, y para que, conociendo el bien que se le promete, se encienda en vivísimos deseos de poseerle cuanto antes, y así se disponga como conviene con todas las virtudes dignas de una esposa suya. Y estas *entrevistas* pueden repetirse por mucho tiempo, hasta que ella esté bien preparada; así se conforta entre las terribles pruebas a que debe ser sometida su fidelidad en esa penosísima preparación que es menester para entrar de lleno en este grado de oración tan eminente, que es ya el comienzo de una vida del todo divina [4] [1].

Las palabras del *desposorio* suelen ser de suyo eficaces, o, como dice San Juan de la Cruz, *substanciales,* pues, a semejanza del *fiat* creador, *obran* lo que expresan. Con ellas el alma se encuentra como *transformada*: ya no es la que era, han cambiado todas sus miras; éstas son ya tan divinas, que en ella no quedan más intereses propios: todo su interés está en la gloria de Dios, la prosperidad de su Iglesia y el bien de las almas. Los propios intereses la tienen sin cuidado, pues los ha echado todos en manos de su dulce Dueño, y El se encarga de cuidarla y de que no zozobre mientras esté embebida en su divino servicio [5] (Ps. 54, 23; 1 Petr. 5, 7).

---

zón, y junta su cara con aquella boca divina... Así quedó llena de tanta suavidad, que con sólo este recuerdo se estremecía de júbilo; y sus labios y mejillas quedaron con un hermoso color que ni con la muerte misma desapareció... Desde entonces empezó a exhalar un perfume tan penetrante y suave, que llenaba de admiración a cuantos la trataban. Cuando entraba en el coro a cantar maitines, su corazón se quedaba de repente embalsamado con celestiales aromas (cf. *Vida,* por GRASSET, c. 5).

[4] «Las almas que a este alto estado y reino del *desposorio espiritual* llegan, advierte San Juan de la Cruz (*Llama canc.* 2, v. 5), comúnmente han pasado por muchos trabajos y tribulaciones; porque *por muchas tribulaciones conviene entrar en el reino de los cielos* (Act. 14-21). Y porque los trabajos y penitencias purifican y adelgazan el sentido, y las tribulaciones, tentaciones, tinieblas y aprietos adelgazan y disponen el espíritu; por ellos conviene pasar para transformarse en Dios como los que allá lo han de ver por el purgatorio, unos más intensamente, otros menos..., según los grados de unión a que Dios los quiere levantar, y lo que ellos tuvieren que purgar... De esa manera dice Jeremías (Tren. 1, 13) que le enseñó Dios: *Envió fuego en mis huesos, y enseñóme*».

[5] Santa Teresa (*Vida* c. 39) vió que el Señor le prometía *no abandonarla jamás,* y que con gran amor le decía muchas veces: *Ya eres mía y yo soy tuyo.* Esto la llenaba de confusión, al recordar su indignidad; y por eso cree que «más ánimo es menester para recibir

Así cesa en ella todo cuidado *propio,* por santo y sagrado que sea, y sólo cuida de amar, agradar y servir cuanto pueda a su divino Esposo; cesa hasta el ardiente deseo que antes tenía de morir para ir a gozarle, sin más peligro de ofenderle, y, ebria de amor, sólo quiere trabajar y sufrir lo posible para gloria de Dios y bien de las almas, aunque para esto le fuera menester quedar privada de todo consuelo [6]. El sufrir, que antes la desalentaba, se le ha convertido como en una nueva necesidad vital: ya no quiere ni puede vivir sin estar de continuo padeciendo por la gloria de su Amado. Según el amor que le tiene, una vida que no sea como la de El, llena de privaciones y penas, le parece insípida e intolerable, pues no ignora que, a semejanza de El, debe vivir como una víctima expiatoria y propiciatoria [7].

Si le preocupa su propia salvación, no es tanto por interés cuanto por puro amor divino, que le fuerza a estar unida con su Dios [8]. Si fuese del divino agrado que ella padeciera las mis-

---

estas mercedes que para pasar grandísimos trabajos». Sin embargo, tenía costumbre de decir: *¿Qué se me da, Señor, a mí de mí, sino de Vos?*»

[6] «Cuando veáis, pues, dice San Bernardo (*In Cant.* serm. 85), un alma abandonar todas las cosas para unirse al Verbo con todos sus deseos, no vivir nada más que para el Verbo, conducirse por el Verbo, concebir por el Verbo lo que debe criar para el Verbo, y que puede decir: *Jesucristo es mi vida, el morir es mi ganancia,* saludad a la esposa, la esposa del Verbo».

[7] «Para llegar a nna vida tan elevada, dice Sauvé (*Etats myst.* p. 96), tuvieron que pasar por terribles purificaciones; y de esta experiencia de lo divino sacaron ese aprecio y amor extremado a la cruz; y mortificando todo lo imperfecto es como viven del modo más intenso que concebirse puede. Si el amor de Dios y de la cruz, que los tiene arrebatados, os asombra, si los acentos con que lo expresan os parecen locuras, echaos a vosotros mismos la culpa, y creed que no sabéis qué cosa es tratar con la infinita bondad, el infinito amor y la santidad infinita. En realidad, sólo estas almas están en posesión de la verdad completa: ellas solas son lógicas, y los que nos asombramos de su amor ardiente y de su celo devorador, somos unos pobres atrasados, más o menos ciegos, cobardes, perezosos y toscos en el camino del amor de Dios».

«Yo no vivo ya sin penas, decía la V. M. Sacramento (dcbre. 59, cf. CÁMARA, l. 3, c. 15), y son como espuelas que me llevan a amar a Dios. Sí, para mí no hay ya más vida que mi amado Jesús: por El y para El quiero la vida: ¡qué dicha es estar escudada por El, vivir con El, y llevarle en el corazón grabado! Las penas son flores para el que ama mucho a su Jesús amado. El mundo las huye, y yo las busco en cada fundación que se hace por Jesús...»

[8] «Nuestro Señor me ha hecho a su gusto. Con ser la que soy, triunfó de mis resistencias. Ahora ni resistirle sé. Hace El de mí lo que quiere, y sé que se complace en mi pequeñez... Todo me es indi

mas penas del infierno para bien de alguna alma, con tal de seguir allí mismo amando y sirviendo a Dios, a todo se ofrecería gustosa, como lo hacían San Pablo y Santa Catalina de Siena al desear «ser anatema de Cristo por bien de sus hermanos».

El valor que con eso muestran sobrepuja a todo heroísmo: estando una vez la misma Santa en inminente peligro de un naufragio, al ver que su confesor, el Beato Raimundo, se consternaba como toda la tripulación, ella, con serenidad sobrehumana, le dice: «Padre, ¿por qué se turba? ¿A usted *qué le importa eso?* Nosotros no tenemos más intereses que cuidar que los de Dios y su Iglesia: de los nuestros, El cuidará». Y cuidó fielmente, sacándolos del peligro [9].

El despego de estas generosas almas llega hasta la misma oración y trato divino, que tanto amaban y tanto les costaba abandonar, por los inefables consuelos espirituales que allí sen-

---

ferente—la vida o la muerte—excepto la unión con Dios». Así me hablaba la M. María de la Reina de los Apóstoles uno o dos meses antes de la celebración de su místico desposorio, y ocho antes de ser llevada a la gloria. El trato de las criaturas—que le había sido molestísimo—le era ya gustoso por cumplir en ello la voluntad de Dios, ganándole almas; y porque, a pesar de la facilidad y llaneza que todos admiraban en su conversación, ésta «en nada le impedía seguir tan absorta en Dios como si estuviera orando ante el Sagrario». De vivir, quería vivir sufriendo siempre y cada vez más: «Que crezcan, que sigan creciendo siempre los dolores, que no puedo vivir sin ellos. Pero que crezca también la fortaleza, que ya no puedo más...»—me dijo a última hora.

[9] Otras veces le decía (*Vida* 1.ª p., 10): «¿Por qué cuida V. de sí? Deje obrar a la Providencia. En medio de los más grandes peligros tiene Dios los ojos puestos en V. El le guardará siempre». Cuando más adelante se hallaba él muy satisfecho por no haber caído en manos de los enemigos de la Iglesia, que le buscaban para matarle, ella le escribió de este modo (*Ep.* 106): «Habéis tenido gran alegría en que Dios condescendiese con vuestra flaqueza. ¡Oh pobrecillo y acobardado Padre mío! ¡Cuán dichosa hubiera sido vuestra alma, y la mía, si con vuestra sangre hubieseis pegado una piedra en el muro de la santa Iglesia! Verdaderamente tenemos materia de llanto en ver que vuestra poca virtud no ha merecido tanto bien... Como hombres ya crecidos, corramos al campo de batalla, y estemos firmes con una cruz atrás y otra delante, para no poder huir... Anegaos en la sangre de Cristo crucificado, bañaos en la sangre, embriagaos con sangre, vestíos de sangre, doleos de vos en la sangre, alegraos mucho en la sangre, perded la flaqueza y ceguedad en la sangre del Cordero sin mancilla, y con luz corred como esforzado caballero a buscar la honra de Dios, el bien de la santa Iglesia y la salud de las almas en la sangre». «En esto se conocerá, advertía en otra ocasión (*Epist.* 69), quiénes son los verdaderos siervos de Dios, en abandonar todos sus consuelos y las comodidades de su dulce retiro, para ir a donde el bien de la Iglesia y la salud de las almas los reclama».

tían y los grandes progresos que notaban. Ahora, cuando el Esposo las llame a sacrificarse por El, ya no responden (Cant. 5. 3): «Estoy acostada; mis pies están lavados y temo mancharme». Tan pronto como el bien de algún alma lo pide, sin la menor dificultad, abandonan el lecho de la oración y los divinos consuelos y dejan presurosas el dulce reposo de María por la oficiosa diligencia de Marta. Si bien ya no se turban como ésta, pues en medio de una prodigiosa actividad exterior, siguen tranquilas, recogidas, conversando con Dios en sus corazones como si estuviesen a solas. Por eso entonces no hay peligro de que se manchen los pies con el contacto terreno, ni se contagien con la viciada atmósfera mundana; antes ellas purifican y santifican el suelo que pisan y embalsaman y sanean el ambiente con la virtud que exhalan. Tal sucedió a la misma Santa, a San Felipe Neri, Santa Teresa y otros grandes Santos que, al fin de su vida, se vieron precisados a sacrificar largas horas de la contemplación por la acción, sin perder por eso nada, antes progresando mucho en caridad, a la vez que ganaban innumerables almas [10]. Nada extraño que, para poder llegar de la simple unión a tan sublime estado, hayan tenido que pasar por grandes pruebas y tribulaciones, muriendo una y muchas veces a sí mismos, para lograr vivir con Jesucristo en Dios.

Pero con ser esta unión del místico desposorio tan admirable y tan continua, todavía no es del todo estable, ni menos indisoluble: aun caben en ella grandes ausencias, obscuridades y desolaciones, tanto más penosas, cuanto más ardiente es el amor y más vivas las ansias de llegar a una transformación completa. Y, lo que peor es, todavía podrían caber serios peligros que obligan al alma a velar sobre sí y andar muy alerta, si no quiere exponerse a perder tanto bien y sufrir un abandono definitivo. El Beato Susón vió cómo de estas alturas des-

---

[10] A Santa Catalina de Siena, después de haber sido elevada a ver la misma esencia divina, la gloria de los santos y el suplicio de los réprobos, como se horrorizase de tener que volver a este mundo, le dijo el Señor (*Vida* 2.ª p., 6): «La salvación de muchas almas lo pide: no vivirás ya como antes: abandonarás tu retiro y correrás por los pueblos salvando almas. Yo estaré siempre contigo: te llevaré y te traeré: te encomendaré la honra de mi nombre, y enseñarás mi doctrina a los grandes como a los pequeños, a los sacerdotes y a los religiosos como a los seglares. . Te daré una palabra y una sabiduría a que nadie podrá resistir: te pondré en presencia de los pontífices y de los que gobiernan la Iglesia y los pueblos, a fin de confundir por este medio, como hago siempre, el orgullo de los grandes... Ya ves qué gloria pierden y qué suplicios sufren los que me ofenden».

cendían dos almas al abismo, donde se agitaban los mundanos: una, llena de luces para desengañarlos y salvarlos; mas la otra, negra como un carbón, la cual, desvanecida, presumiendo de sí, bajaba a pervertirlos aún más con erróneas doctrinas [11].

Para que esa unión se consolide y llegue a ser tan íntima e indisoluble, que el alma alcance ya una seguridad plena de no conmoverse jamás, necesita dar pruebas de fidelidad y de amor, sometiéndose a otras lejías y purgaciones, sin comparación más dolorosas que las pasadas, que la limpien hasta del último vestigio del hombre terreno y la conviertan en ángel en carne humana. Por pura, sencilla y santa que parecía ya en su dulce *unión de conformidad* con Dios, aun dista increíblemente de la pureza, rectitud, simplicidad y santidad que son menester para esa otra unión tan íntima, perfecta y estable en que Dios ha de ser *ya todo en todos*, y en que el alma quede tan completamente perdida y *transformada* en El, que pueda decirse de verdad que los dos son *un solo Espíritu* [12]. Aun sin darse cuenta, estaba llena de imperfecciones ocultas—que la llenarían de confusión y desaliento si las viera [13]—y de un sutilísimo amor propio, tanto más nocivo, cuanto más espiritual y disimulado, que se vendía por santo. Entre los más abrasados deseos y suspiros por Dios, y hasta en las embriagueces del amor divino, aun se buscaba algo a sí misma, y atendía a sus particulares miras y conveniencias; aun conserva cierto apego a los consuelos espirituales, replegándose algo en sí y fijándose demasiado en los mismos dones divinos con cierto olvido del Dador. Y para que esa unión sea del todo perfecta, exige Dios que se le busque sólo por ser quien es y no por ninguna otra mira, y a este fin quiere que el alma, en el momento supremo, se olvide de todo lo creado, por santo que sea, y por necesario que le haya sido para llegar a ese feliz término, y se adhiera puramente a la sim-

---

11 *Diálogo de las nueve peñas* 13, 9.º. Conviene advertir que el P. Denifle y otros críticos creen que este *Diálogo*, que venía figurando entre las obras del B. Susón, no es de él, sino de su discípulo o admirador R. Merswin. Por nuestra parte, como lo creemos muy digno del mismo Beato, hecha esta salvedad, no reparamos en citarlo como suyo.

12 «La purgación del sentido, dice San Juan de la Cruz (*Noche* 2, 2), sólo es puerta y principio de contemplación para el espíritu, y más sirve de acomodar el sentido al espíritu, que de unir el espíritu con Dios. Mas todavía se quedan en el espíritu las manchas del hombre viejo aunque a él no se lo parezcan ni las echa de ver: las cuales, si no salen con el jabón y fuerte lejía de la purgación de esta noche, no podrá el espíritu venir a pureza de unión divina.»

13 *Delicta quis intelligit? ab occultis meis munda me* (Ps. 18, 13).

plicísima Esencia increada: sólo así podrá desposarse con el Verbo de la Sabiduría de Dios [14] [2].

A este fin la embiste con una luz vivísima y penetrante, que alumbre hasta los últimos repliegues del corazón y le vaya descubriendo todas sus múltiples imperfecciones, y con que ella aprenda de veras a conocerse a sí misma, y lo conozca ya a El, y sepa lo que debe apreciar y lo que necesita despreciar, purificar o rectificar. Y esa luz, de puro viva que es, la ofusca y la anonada, la hiere como un rayo y la deja sepultada en las más espantosas *tinieblas*... Y allí es donde ocultamente debe experimentar su total renovación. Allí se configura con Jesucristo, recibiendo con gran dolor la impresión de su divino *Sello* viviente; allí tiene que acompañarle muy de veras en la pasión, muerte y sepultura, para resucitar al fin con El del todo transfigurada, con una vida verdaderamente *nueva*, en que no sólo viva *unida* a El, sino *transformada* y hecha una sola cosa con El. Pues cuando esta unión se haya consumado y ratificado en el *matrimonio espiritual*, verá el alma claramente que Dios se apoderó ya de todo su ser, como un nuevo principio vital que la renueva y diviniza, y que El es quien en ella *obra* y *vive*. A esto es a lo que se ordenan todas las terribles purgaciones y las místicas operaciones de la obscurísima y prolongada *noche del espíritu*, de que luego hablaremos más por extenso, ya que suele arreciar después del *desposorio* [3], por más que empiece a sentirse mucho antes, entre la misma *oración de unión*.

Para que ésta, en efecto, de *conformativa* se haga *transformativa*, es preciso que el mismo Dios obre en el alma de una manera más oculta, misteriosa y dolorosa. Le quita las delicias sensibles que experimentaba en su unión, donde la felicidad del espíritu redundaba en los sentidos. Y así parece que se le oculta y se le esconde mientras se le está uniendo de un modo mucho más íntimo. Ella se extraña del profundo cambio que en todo experimenta; se cree abandonada y, sin embargo, se encuentra muy mejorada en todo, y muy provechosamente troca-

[14] Cuando ya están del todo sosegadas, purificadas y fortalecidas todas las potencias del alma, «poniéndolas en sueño y silencio acerca de todas las cosas de arriba y de abajo, inmediatamente, dice San Juan de la Cruz (*Noche* 2, 24), esta divina Sabiduría se une en el alma con un nuevo modo de posesión de amor, y se cumple lo que de ella dice (Sap. 18, 14): *Cum enim quietum silentium contineret omnia, et nox in suo cursu medium iter haberet, omnipotens Sermo tuus de caelo a regalibus sedibus prosilivit*... No se puede venir a esta unión sin gran pureza: y esta pureza no se alcanza sin gran desnudez de *toda cosa creada* y viva mortificación».

da, sin saber cómo. Nota a veces el delicado *toque* o sutilísimo *contacto* divino que, al renovarla, le produce grandes *ímpetus* de amor, pero éstos, con ser ardentísimos y causar un dolor muy intenso, no se traducen en nada sensible ni causan siquiera la menor inmutación en el rostro. Es una suma violencia interior que hiere como de muerte para destruir todas las imperfecciones humanas y, sin embargo, va unida exteriormente con una paz inalterable. Así estos *ímpetus del espíritu* no se parecen casi en nada y exceden en eficacia incomparablemente a los que antes se sentían en la unión, haciendo prorrumpir en gemidos y otras muchas muestras exteriores [15].

En esta pavorosa obscuridad espiritual, encerrada el alma en su místico capullo e incapacitada para obrar por sí misma y tomar ninguna iniciativa, mientras se cree encarcelada, o sepultada en el mismo infierno, va paulatinamente experimentando el misterioso cambio de la *unión conformativa* en la *transformativa*, sin que ella apenas lo advierta. Sólo nota que desaparecieron las comunicaciones sensibles y todo aquel júbilo de la unión que antes tenía. Esta se le hace tanto más imperceptible cuanto más íntima va siendo, y así, apenas puede reconocerse hasta que está ya realizada toda la obra. Al echar de menos los atractivos de la otra unión, y recibir esta luz espiritual que, ofuscando, parece puras tinieblas, y ese fuego abrasador que no toca en lo sensible, el alma no cree sentir otra cosa sino terribles martirios; pero, como obras del purísimo amor, le son tan amables que, si ella es bastante animosa y fiel, no querrá que desaparezcan, sino que aumenten y se prolonguen, porque con ellos, sin saber cómo, ve que recibe nueva vida, nuevos alientos

---

[15] El P. Hoyos (cf. *Vida* p. 134), expone la diferencia entre los ímpetus sensibles y los espiritualísimos, diciendo: «Allí siente el alma muy bien que su dolor es de amor, y que está con el Señor, que es quien la hiere; aquí nada hay de esto, pues piensa que no ama, que está ausente de su Dios, e ignora qué es lo que causa su pena... Allí se estremece el cuerpo y participa bastante de la herida: aquí no sabe lo que pasa en lo interior hasta que ha pasado, ni participa sino de una redundancia muy moderada, pues ni pudiera sufrirla igual a la interior. Allí... para dar en el corazón, hieren antes el pecho: aquí parece que hieren el corazón sin tocar lo que está antes de él; esto es, hieren el fondo del alma sin que tenga parte el cuerpo. Allí parece que, aunque la *herida es con fuerza*, no es de muerte: aquí parece que reduce a polvo cuanto halla, y es herida mortal de amor, y, sin duda, uno de estos ímpetus solo bastaba para quitarme la vida. Espero que, en siendo la voluntad de Dios, he de rendirla a mano de tan amorosos matadores». Sobre estas diversas clases de *ímpetus*, véase a Santa Teresa (*Vida* c. 20, 21, 29, 39; *Moradas* 6, c. 2, 11; *Conceptos de amor* c. 4).

y deseos que no tienen ya nada de terrenos y egoístas [16]. Y así se maravilla de sí misma al verse tan cambiada, tan espiritualizada, tan renovada y gananciosa con lo mismo que aparentaba ser una lastimosa pérdida. En esa muerte halló la vida, y en cada uno de sus variadísimos sufrimientos va viendo un amoroso toque del divino Artífice que la está modelando a su gusto. para hacerlo El todo en ella. Con esto acaba de abandonarse a ciegas en sus divinas manos, y gustosa se resigna a dejar a Dios obrar y *dejarse hacer* por El, mientras tan dolorosamente se ve despojar de sí misma y de todos sus gustos, afectos, deseos, intereses, modos, procederes y miramientos humanos.

A medida que así se va purificando y renovando puede ir distinguiendo mejor aquellos sutilísimos rayos de la luz celestial que le da a conocer los divinos misterios. Pero esta misma luz le hace penar grandemente con unas ansias muy dolorosas [4], porque cuanto más la llena del conocimiento amoroso de Dios, tanto más vacía le parece a ella estar, pues ve que eso que conoce no es nada comparado con lo que le falta aún por conocer, y cree imposible poder penetrar jamás en aquel abismo adorable que tanto la embelesa, la atrae y la cautiva [5].

Mas, aunque estas almas no adviertan apenas la misteriosa obra que en ellas se realiza, o no acierten a darse razón de lo mismo que sienten, cuando Dios quiere que lo expliquen, como El mismo es quien lo hace todo en ellas, les va sugiriendo las palabras oportunas, con que logran hablar de estas cosas incomparablemente mejor de lo que pudiera hacerlo ningún teólogo especulativo. Otras veces, para que mejor comprendan o puedan explicar esta maravillosa renovación interior, que ellas perciben inefablemente en visión intelectual, se la simboliza a la vez con otra imaginaria, haciendo visiblemente en el corazón lo que invisible y místicamente se está obrando en lo íntimo del espíritu.

Así es como tantas almas ven que el Señor les arranca, les

[16] «El padecer—escribía cierta persona (T.) en ese estado—conozco que sienta tan bien a mi pobre alma, y es un alimento tan substancioso para ella, que pido a Dios que no me tenga un momento siquiera sin sufrir, sólo por El a *secas*, sin paga de ningún género, y hasta la muerte si así le place. Me da gran consuelo pensar que en sus manos está el cuchillo, y que El hará las heridas que mi alma necesita para ser curada... ¿Qué podré yo hacer para que se destruya pronto en mí todo lo terreno? Este gran deseo de mi alma no es por padecer menos o por gozar más; nada de eso: es únicamente por agradar a Aquel por quien mi alma se desvive en ver complacido, aunque para conseguirlo hubiese de padecer cuantos tormentos se puedan imaginar. Soy muy débil, lo confieso, pero apoyada en El espero poderlo todo».

cambia o les abrasa y purifica el corazón, y comprenden muy bien el misterio de esta operación tan dolorosa como sabrosa [6].

Y así es como se verifica esa obscurísima y prolongada elaboración interior, tan mal conocida aún, que renueva a las almas que ya gozaban de la unión con Dios, y las va disponiendo para el místico *desposorio*, y luego las lleva paulatinamente a la total transformación que se requiere en el *matrimonio espiritual*. Durante esa renovación preparatoria, en los grandes *raptos* y *vuelos* que sobrevienen al alma en medio de sus sufrimientos, es cuando se realizan las *entrevistas* que preceden a la celebración de aquél, y en las cuales ella cobra nuevos alientos para someterse animosa a cuantas operaciones quiera en ella realizar el divino Espíritu. La obscuridad penosísima va, pues, interpolada con indecibles luces y consolaciones. Mejor se diría que esta mística *noche* es una continua y maravillosa *iluminación*, en que la claridad, el ardor y el gozo crecen a proporción de las aparentes tinieblas, de la desolación y del intolerable dolor. Así se dispone el alma y se adorna con atavíos divinos para ser digna *esposa del Verbo*; así viene a hacerse una misma cosa con El en la plena comunicación de su Espíritu, y así se consolida luego esta feliz unión hasta que al fin se confirma con un pacto inquebrantable.

Pero como este pacto del *matrimonio espiritual* exige que la renovación sea ya plena, antes de pasar a hablar de él, veamos si con ayuda de las almas experimentadas podemos dar alguna idea, siquiera remotísima, de lo que es esa mística *noche*, donde se obran tales misterios, y de las penas acerbísimas y verdaderamente *inefables* que en ella por largo tiempo—que no suele bajar de tres años—tienen que sufrir los más privilegiados y valerosos siervos de Dios, si han de llegar en la tierra a una tan perfecta configuración con Cristo, que puedan ya de un modo estable gozar las primicias de su gloria.

APÉNDICE

[1] En las *entrevistas que preceden al desposorio*, a la vez que el Señor deja cautiva el alma según le va descubriendo su divina hermosura, la adorna con las galas que a una digna esposa corresponden. El P. Hoyos [17] vió por ese tiempo cómo cantaban los ángeles:

[17] *Vida* p. 85-87.

Ven del Líbano, esposa del Señor; ven del Líbano, ven a ser coronada. Al mismo tiempo sintió un impetuoso vuelo del espíritu que lo arrebató hacia el Santísimo Sacramento, donde oyó que su amor le decía: *Levántate, date prisa, amiga mía, paloma mía, hermosa mía, y ven; brotaron ya las flores en nuestra tierra, y llegó el tiempo de cortarlas; ya se oyó el canto de la tórtola en nuestros campos* (Cant. 2, 10-12). En estas palabras descubrió entre otros misterios, la representación de las tres vías por donde deben pasar las almas para llegar a la mística unión: la *purgativa*, en las voces *Levántate, amiga mía;* la *iluminativa*, en *Date prisa, paloma mía;* y la *unitiva*, en *Ven, hermosa mía.* En el *Brotaron las flores*, le dió el Señor a entender cuánto se complacía en sus santos deseos, por más que aun no produjeran el fruto de méritos que él deseaba. Y mientras el piadoso joven se derretía en amor divino, vió que su amantísimo Salvador mandaba que fuese coronado con la misma corona que El tenía... Entonces los Santos, que presenciaban la ceremonia, al verlo tan hermoso, exclamaban: *Vuélvete, oh alma feliz; vuélvete que te veamos con esa riquísima corona.* Y el Señor volvió a tomársela, diciendo: *Tus victorias son mías.* «Yo quedé, añade él, todo *aniquilado*, confuso y temeroso de la majestad del Señor en medio de ver que me trataba con tanta afabilidad». El día siguiente que era el de la Ascensión, se le presentó el Salvador triunfante y le decía: *Mírame, Yo soy el que te quiero tomar por esposa...* Y luego le hizo presenciar su entrada triunfante en el cielo. «Después acá—dice—ando como fuera de mí, y todo lo que veo me parece sueño, y que más converso en el cielo que en la tierra». Pocos días después, al comulgar, vió que descendía sobre él el Espíritu Santo, y oyó la misteriosa voz, que decía: *Este es mi siervo amado, en quien me he complacido.* Con lo cual quedó él tan renovado, que decía: «La mano me tiembla al escribir esto, las lágrimas se me saltan de los ojos, y el conocimiento de mi nada me abruma, aunque el amor eleva el corazón. ¡Oh, si todo mi cuerpo se hiciese menudas piezas, y cada uno mil lenguas de serafines para ponderar y ensalzar la bondad divina, y juntamente mi maldad, ingratitud e indignidad!»

«Allí, dice Santa Teresa [18], no hay más dar ni tomar, sino un ver el alma por una manera secreta, quién es este esposo que ha de tomar; porque por los sentidos y potencias en ninguna manera podrá entender en mil años lo que aquí entiende en brevísimo tiempo: mas como es tal el Esposo, de sola aquella vista la deja más digna de que se vengan a dar las manos, como dicen; porque queda el alma tan enamorada, que hace de su parte lo que puede para que no se desconcierte ese divino desposorio. Mas si esta alma se descuida en poner su afición en cosa que no sea El, piérdelo todo, y es tan grandísima pérdida..., que no se puede encarecer. Por eso, almas cristianas, a las que el Señor ha llegado a estos términos, por El os pido que no os descuidéis, sino que os apartéis de las ocasiones; que aun en este

[18] *Mor.* 5, 4.

estado no está el alma tan fuerte, que se pueda meter en ellas, como lo está después de hecho el desposorio, porque la comunicación no fué más que de una visita, como dicen, y el demonio andará con gran cuidado a combatirla y a desviar este desposorio; que después, como ya la ve del todo rendida al Esposo, no osa tanto, porque le ha miedo; y tiene experiencia que, si alguna vez lo hace, queda con gran pérdida, y ella con más ganancia».

[2] *Relación del desposorio al matrimonio.*—«En el desposorio, aunque algunas veces hay visitas del Esposo a la Esposa, no hay unión de las personas, que es el fin del desposorio. Así cuando el alma ha llegado a tanta pureza..., que esté la voluntad muy purgada de otros gustos y apetitos extraños..., ha llegado a tener a Dios por gracia en desposorio y conformidad de voluntad. En el cual estado de desposorio del alma con el Verbo, el Esposo le hace grandes mercedes, y la visita amorosísimamente muchas veces, en que ella recibe grandes favores y deleites. Pero no tienen que ver con los del matrimonio espiritual. Que aunque es verdad que esto pasa en el alma que está purgadísima de toda afición de criatura, todavía para la unión del matrimonio ha menester el alma otras disposiciones positivas de Dios, de sus visitas y mayores dones con que la va más purificando y hermoseando y adelgazando, para estar decentemente dispuesta para tan alta unión... En el tiempo, pues, de este desposorio y espera del matrimonio espiritual, en las unciones del Espíritu Santo cuando ya son más altos los ungüentos de disposiciones para la unión de Dios, suelen ser las ansias del alma extremadas y delicadas»[19].

[3] *Impetus y heridas.*—«El Esposo, dice Santa Teresa[20], antes que del todo lo sea, se lo hace muy bien desear por unos medios tan delicados, que el alma mesma no los entiende, ni yo creo acertaré a decir, para que lo entienda, si no fueren las que han pasado por ello. Porque son unos *impulsos* tan delicados y sutiles, que proceden de lo muy interior del alma, que no sé comparación qué poner que cuadre... Su Majestad la despierta a manera de una cometa que pasa de presto .. Aunque no se oye ruido, mas entiende muy bien el alma que fué *llamada* de Dios, y tan entendido, que algunas veces la hace estremecer, y aun quejar, sin ser cosa que le duele. Siente ser *herida* sabrosísimamente, mas no atina cómo, ni quién la hirió: más bien conoce ser cosa preciosa y jamás querría ser sana de aquella herida: quéjase con palabras de amor, aun exteriores, sin poder hacer otra cosa a su Esposo, porque entiende que está presente, mas no se quiere manifestar de manera que deje gozarse; y es harta pena, aunque sabrosa y dulce; y aunque quiera no tenerla, no puede: mas esto no querría jamás: mucho más le satisface que el embebecimiento sabroso, que carece de pena, de la oración de quietud... Hace en ella tan gran operación, que se está deshaciendo de deseo, y no sabe qué pedir, porque

---

19 SAN JUAN DE LA CRUZ, *Llama de amor* canc. 3, v. 3. Cf. SANTA TERESA, *Moradas* 7, 2.

20 *Mor*, 6, 2.

claramente le parece que está con ella su Dios... ¿Qué mayor bien quiere? No lo sé; sé que le parece le llega a las entrañas esta pena y que cuando dellas saca la saeta el que la hiere, verdaderamente parece que se las lleva tras sí, según el sentimiento de amor que siente... Aquí están todos los sentidos y potencias sin ningún embebecimiento, mirando qué podrá ser, sin estorbar nada, ni poder acrecentar aquella pena deleitosa, ni quitarla a mi parecer. A quien Nuestro Señor hiciere esta merced, déle muchas gracias que no tiene que temer si es engaño: tema mucho si ha de ser ingrato a tan gran merced... Jamás el demonio debe dar pena sabrosa como ésta: podrá él dar el saber y deleite que parezca espiritual; mas *juntar pena*, y tanta, *con quietud y gusto del alma, no es de su facultad... Sus penas no son jamás sabrosas...*: esta tempestad sabrosa viene de otra región...: por los grandes provechos que quedan en el alma, que es lo más ordinario determinarse a padecer por Dios, y desear tener muchos trabajos».

[4] *Ansias y locuras de amor.*—«¿Para qué, dulce Jesús, tanta dilación de palabras, cuando estoy muriendo por Vos? No pueden sufrir mis ansias amorosas tantas dudas y recelos de si me queréis, y veros siempre con velos y rebozos. Y así vengo a temer—¡ay, triste ventura!—de que alguno se mete a hacer algún papel disfrazado entre los dos... Parece veo y experimento finezas de amor; pero también veo mis dudas, ansias y temores más vivos que jamás; y no es posible vivir. Véome cauterizar con fuego, pero no veo llama que me consuma..., para renacer en Vos, caridad infinita... ¡Cuántas veces me despertáis diciendo: Levántate apriesa, que amor no sufre dilación de sueño! Pues, Legislador sapientísimo, quien pone leyes—y más de amor—hámelas de guardar. Y en tratando dos de amistad y conformidad de voluntades, viene a participar el uno de la condición del otro. Así, Señor, que yo he aprendido de la vuestra a no sufrir dilaciones... No puede sufrir mi corazón..., que os hagáis del dormido. ¿Qué he dicho, vital Vida de esta alma? ¿Y tengo yo corazón? No, Vos sabéis, Señor, quién lo tiene. ¡Señor y vida mía!, ¿pues cómo gustáis de un imposible y que viva? Ya lo entiendo: es hacerme salir de lo posible de acá, y hallarme deseando, amando y entendiendo los imposibles... Me dejásteis solas las alas para que éstas, con sus golpes y latidos, me enseñen que en esta vida no hay parar ni descansar, sino un continuo movimiento, que es el corazón, y ése sois Vos, pues le tenéis: Sois mi Vida vital, que aun a ese cuerpo humano, sólo con acordarse de Vos, le restituís vida y prestáis el huelgo... Dejaos amar y vencer de mí... Esperad, Señor, no me volváis las espaldas, sino abrid vuestros brazos..., que mi paciencia desfallece... ¿Por qué, dulce Amado mío, disimuláis, y os olvidáis de mi necesidad?... ¡Ah, Amor, y qué duro eres para mí!... Si vos me volvéis el rostro y vuestro amor no trata de llevarme siempre a Vos, cuénteme ya por difunta... Miradme con esos amorosos ojos..., y quedará remediada mi necesidad. Bien sé, Esposo mío, que tanto deseáis Vos lo que os pido, como yo que lo pido. Dadme lo que me falta para que se cumpla vuestro deseo y el mío... Acabad ya, Señor, aventur os; decid un *Fiat*, y seré buena...

Tenga yo una sed insaciable, una hambre irremediable de transformarme en vuestro divino Ser. ¿Siquiera, Señor, de hambre y sed no me hartaréis en la tierra? Si me fuera posible ya sabéis las veces que deseo tener otro ser de Dios, comprender y amar como Dios, con capacidad y voluntad de Dios, para amaros... ¡Ah, si me escondiera en esos altos montes de tu divino Ser! Ahí te adoro, ahí te reconozco por mi Dios y Señor. ¡Ay, si yo pudiera tener un Ser, una Majestad y Poder de Dios para postrarlo y rendirlo a Vos! Pues todo se me hace poco para Vos» [21].

[5] *Entrada en la noche del espíritu, y principio de la unión transformativa.*—Poco antes de tomar el hábito religioso, a la edad de veinte años, la angelical María Busto—después M. María de la Reina de los Apóstoles—escribiendo a su director (13 enero 901), le decía: «La unión de mi alma con Dios me parece se ha vuelto muchísimo más intensa e íntima, aunque más impalpable y espiritual que la de antes. Me siento como en lo más interior de mi alma como abrasada por ese fuego de que tantas veces le he hablado, aunque ahora lo siento de una manera distinta. Es así como si las llamas que me consumen salieran del mismo Dios y me uniesen a El de un modo imposible de explicar y completamente diferente al que otras veces le he explicado. Lo que siento ahora es mucho más interior, más hondo, más secreto y oculto a mí misma; es un sufrir en esta unión sin mezcla del consuelo sensible que antes sentía. Pero bien lejos estoy de echar de menos este consuelo, pues sin él esta unión me parece mucho más pura. Lo que me hace también padecer mucho es, que cuanto más siento de Dios, más descubro lo infinito que me falta por sentir, y sintiendo mi alma llena, me encuentro vacía por la gran ansia que tengo de sentir aún mucho más [22].

»Así como aumenta la unión, también aumentan y son cada vez más horrorosos los desamparos y abandonos; y muchas veces me siento interiormente consumida por esa *pena de daño* de la separación de Dios, de tal manera, que me encuentro como sin fuerzas para sufrir tanto, y hasta en el cuerpo siento un decaimiento notable; en fin, lo que puedo decir es que, siendo innumerables los cambios que en mi interior experimento, todos consisten en padecer, aunque de modos

---

[21] V. MICAELA AGUIRRE, O. P., en su *Vida*, por el V. Pozo, l. 2, c. 10.

[22] Aquí verdaderamente, como observaba Taulero (*Inst.* c. 12), se ve un juego de Dios feliz y estupendo, en preparar y disponer la capacidad del espíritu al gozo de sus soberanos pastos; porque cuanto más y más puramente en esta sublime resplandeciente luz se manifiesta su Divina Majestad, tanto más el espíritu, sabiéndolo e ignorándolo, apetece a la Divinidad; cuanto más desea a la Divinidad, tanto más Dios gusta y desea llenar el vacío de su capacidad. Y en esta forma se compone aquí un círculo infinito, mientras la capacidad del espíritu de la hartura saca hambre y, cuanta más hambre tiene, más se llena; y así por todas partes halla pasto que le harte y hartura que le hambriente».

bien diferentes; y yo, gracias a Dios, no deseo otra cosa, porque creo que en esto consiste mi verdadera y única vida. Y ahora, Padre mío, noto, más que nunca, que cuando mejor me encuentro es cuando sufro más; y aun la manera de sufrir que tanto me horrorizaba (y a la que llamaba infierno) he llegado casi a desearla; yo no sé si es ella o yo la que hemos cambiado... En cuanto al deseo y necesidad que antes sentía de comunicar mis cosas con X..., ha cesado por completo. Nuestro Señor me ha pedido el sacrificio de renunciar a este consuelo (que es el mayor que en las cosas de fuera podía tener); y resulta que es mayor todavía el que tengo en no tenerlo. Hace tiempo que me parecía sentir que Nuestro Señor me quería sola, es decir. sin ninguna clase de apoyo interior ni exterior; a mí esto me imponía mucho (aunque me encontraba dispuesta); y ahora, ¡me encuentro tan bien en esta soledad! Antes me daba Nuestro Señor deseos de olvidarme de todo y de todos; y ahora que, gracias a El, esto está hecho, me los da de que todos me olviden (y esto nunca creí lo llegara yo a desear). ¡Bendito sea el Hortelano por todo! Su obra en mi alma es *cada vez mayor*, aunque *más secreta*, pues *sin darme yo cuenta de cómo ni de cuándo, me encuentro con todo hecho*... Me sucede cuando le doy cuenta de mi interior, que en la oración siento como una voz que me dice claramente todo lo que he de decirle; y luego al escribirle parece que me lo van dictando, sin yo casi saber lo que voy poniendo».

Poco después, sus comunicaciones llegaban a lo *inefable*, que obliga a enmudecer. Así tuvo que contentarse con decir (mayo 901): «Mucho. mucho, mucho; y nada, nada, nada: aunque lo uno y lo otro de una manera bien distinta a la de antes: ahora las cosas creo han progresado en calidad y en cantidad».

[6] *El cambio de corazones.*—«Esta especie de cambio de corazones, dice el P. Weis [23], es una de las cosas más corrientes en las vidas de los Santos. Con frecuencia se ha manifestado exteriormente por modo maravilloso, como lo leemos en la vida de Santa Catalina de Siena [24], en la de Santa Catalina de Riccis [25], de Santa Lutgarda [26], de la B. Osana [27], de Inés de Jesús [28] y de Dorotea [29]. En realidad se verificó interiormente más o menos en todos los Santos. Por el mismo hecho dejan de ser incomprensibles muchas cosas de sus vidas. Lo exterior es la expresión de lo interior». En Santa Matilde [30] vivía Jesucristo tan verdaderamente, que pudo El decirle: «Mi corazón es tuyo, y el tuyo mío». «Yo soy tu prenda, y tú eres la mía». Y así El mismo era la voz que se glorificaba en ella.

[23] *Apol.* 10, cf. 21.
[24] B. RAIM., 2, 6, 179, 180.
[25] BAYONNE, 1, 147.
[26] THOM. CATIPR., l. 1, 12.
[27] FR. SILVESTR., 3, 1, 98.
[28] LANTAGES, 1, 99; 2, 132.
[29] J. MARIENW., 1, 2, 10; 2, 3, 45.
[30] *Lip. sp. gratiae* 3, 29, 37; 5, 21.

Cosa parecida sucedía últimamente a la V. Sor Bárbara de Santo Domingo [31]. Cierto día, escribe (18 enero 72) [32], «después de haber recibido a mi dulcísimo Esposo (con quien en el mes anterior había celebrado el desposorio), se me presentó hermosísimo, con su dulcísimo corazón manifiesto en su pecho. Estaba ardiendo en amorosas llamas y muy gozoso: Mi Dios tomaba con sus divinas manos el fuego que tenía en su corazón y lo arrojaba en el mío, y me dijo: *Quiero que se consuma tu corazón a fuerza de divino amor.* Observé que mi corazón era pequeño, y cuando Dios arrojaba fuego del suyo en el mío se iba poniendo grande y hermoso».

«Me pareció tomaba el Señor mi corazón, y presentándolo al Padre Eterno le decía: Este es el corazón de mi esposa que me lo ha dado; quiero que le echéis vuestra bendición, para que esté adornado y sellado como alhaja mía para mi recreo y descansar en él de los agravios con que soy ofendido. Y volviéndome el Señor el corazón muy resplandeciente, me decía: Esposa mía, este corazón es ya mío: mira no me dejes entrar en él nada terreno. Está *sellado* con mi cruz, no desmayes, que te resta mucho que padecer» [33].

§ II.—La noche del espíritu.—Necesidad del purgatorio en vida o en muerte: Las purgaciones del alma iluminada: condiciones y fases de esta noche; el exceso de luz divina y la ofuscación que produce; angustias de muerte y dolores de infierno.—La gran tiniebla; los dos abismos; el total aniquilamiento y la renovación; la purificación y la visión de Dios; la manifestación de los divinos misterios en la unión transformativa.

Para que Dios llegue a vivir establemente en el alma, hechos los dos una sola cosa, y haciéndosele sentir hasta en lo más íntimo de su ser, es preciso que no sólo estén del todo purificadas las potencias, de suerte que no ofrezcan el menor obstáculo a la *actividad divina*—o a la *manifestación* que de ella se hace mediante las virtudes infusas y los dones—, sino que esta purificación alcance a la misma substancia del alma, que debe rectificarse del estado en que quedó por la caída, para que así se armonice sin la menor disonancia con el *Espíritu* recto que la vivifica, y que «a los dos es una vida» [34]—siendo «alma de su vida y vida de su alma»—, a fin de poder así vivir más de El que de su vida propia, puesto que ha de *adherirse a Dios* ya de modo que venga a ser *un espíritu con El.*

---

[31] Cf. *Vida* del P. ALVAREZ, p. 272, 380, etc.
[32] *Vida* p. 279.
[33] SOR MARIANA DE SANTO DOMINGO, *Vida* p. 294.
[34] B. N. Factor.

Esto exige, como queda dicho, nuevas purgaciones enérgicas y terribles, sin comparación más dolorosas y terribles que las pasadas; mucho más intensas, delicadas, sutiles y penetrantes, que lleguen hasta lo más hondo, más vivo y más sensible de la naturaleza y del alma misma, de modo que «como un fuego abrasador, o como una lejía divina» (Mal. 3, 2), la dejen toda pura, blanca y rutilante, sin la menor mancha. Y éstas se verifican en la llamada *noche del espíritu.*

San Juan de la Cruz, que al describir las penas de la *noche del sentido*, con ser tales y tan grandes como vimos, las da por muy llevaderas, al llegar a estas del *espíritu*, se estremece y apenas acierta a describirlas: dice que son no ya terribles, sino intolerables, y que no tienen comparación sino con las del purgatorio o las del mismo infierno (*Noche* 2, c. 6-8).

Por eso en aquél es donde la mayoría de los justos tienen que pasarlas, ya que no las pasaron en esta vida; pues nadie puede ver cara a cara a Dios, que es la misma rectitud, santidad y pureza, «sin *morir*» al viejo Adán; es decir, sin rectificarse del todo, sin purgarse por completo del menor vestigio de manchas, de la menor sombra u opacidad, sin adquirir en grado, podemos decir, absoluto la pureza, la transparencia y la santidad verdaderas [35]. Por aquí se comprenderá, por una parte, la necesidad de las acerbísimas penas que allí padecen las benditas ánimas, sobre todo cuando apenas se hayan purgado nada en esta vida, y por otra, el amor y agrado con que, al comprender entonces esa necesidad, las aceptan y el sumo ardor con que las desean, a fin de comparecer dignamente, y no manchadas y llenas de confusión, ante la Majestad de Dios. Pues no podrán tolerar su eterno resplandor, si no están ya del todo puras y transparentes, ni pueden menos de desearle con las más vivas ansias una vez que se les manifiesta y de algún modo les descubre sus infinitos encantos. Así buscan el purgatorio como su único remedio y como una maravillosa invención del amor divino, que no quiere privar para siempre de su gloria a los muchos que mueren en su gracia sin estar del todo purificados [36].

---

[35] Aun cuando tratemos seriamente de purificarnos de nuestras culpas, si a pesar de eso no nos cuidamos lo bastante de gustar aquí en la tierra las dulzuras de la amistad de Dios, «muy de temer es, dice el P. Monsabré (*Orac.* 5, § 3), que El nos haga expiar nuestra indolencia y nuestros descuidos en una larga espera, con muy doloroso aprendizaje de aspiraciones, deseos y amarguras».

[36] El alma en gracia que, al separarse del cuerpo, no se encuentra c

Por aquí se ve cuán baja idea tienen de la infinita Santidad y Pureza divina los desgraciados herejes que atribuyen toda nuestra justificación a la simple imputación de los méritos de Jesucristo, sin que desaparezcan del alma las manchas y fealdades del pecado, y, tras de este gravísimo error, niegan la necesidad del purgatorio. Es ciertísimo que nada manchado puede entrar en el cielo (Apoc. 21, 27). Y según haya de ser el definitivo grado de la unión y posesión de Dios y, por tanto, el de la visión y gloria, así tiene que ser el de la renovación y purificación. Si ésta se hace en vida, aumenta los méritos y la unión de gracia, y, como voluntaria, es mucho más benigna y suave. Mas si se deja para después de la muerte, como carece ya de mérito, en nada aumenta el grado de unión y perfección esencial ni, por lo mismo, el de gloria; y como forzosa, tiene cierto aspecto mecánico que la hace mucho más rigurosa, prolongada e intolerable: conviértese en un verdadero infierno,

---

su perfecta pureza, ve en sí, dice Santa Catalina de Génova (*Purg.* c 7), un obstáculo que la impide unirse a Dios, y, viendo al mismo tiempo que ese obstáculo no puede quitarse sino en el purgatorio, se arroja en él de repente con todo el ímpetu de su voluntad. Y si no encontrara esta invención de Dios, tan excelentemente acomodada para destruir el obstáculo que la detiene, sentiría al momento, aun dentro de sí misma, una suerte de infierno mucho más terrible que el purgatorio, viendo en sí algo que la impide unirse a Dios, que es su fin. Esta incapacidad, aunque pasajera, de echarse en los brazos de Dios, crea en ella un suplicio inefable, en presencia del cual el purgatorio, en cierto modo, no es nada, con ser semejante al infierno».

Por grandes que sean sus penas, añade (c. 9), el ardor de su amor a Dios no le permite tenerlas en cuenta. El sufrimiento de los sufrimientos de estas almas y su único martirio, en cierto modo, es la oposición que en sí mismas encuentran a la voluntad de Dios, a quien ven claramente abrasado en el más tierno y perfecto amor hacia ellas... Esto es lo que las enciende en fuego de amor recíproco, tan vivo y tan violento, que gozosas se precipitarían en un purgatorio y un fuego mucho más terribles, si de ese modo pudieran quitar antes el obstáculo que las impide seguir sus ímpetus hacia Dios y unirse con El». «Si por imposible, una de estas almas, a quien ya no faltase más que un poco de purgatorio por sufrir, fuera presentada a la clara visión de Dios, ella misma consideraría eso como una gran injuria, y compareeer ante El en ese estado sería para ella un tormento más terrible que diez purgatorios... Viendo que Dios no estaba aún plenamente satisfecho, no podría resolverse a frustrar los derechos de su justicia. Aunque no le faltara ya más que un abrir y cerrar de ojos del penar, sería para ella intolerable el comparecer ante Dios con esa mancha» (c. 14).

«Estas almas sufren, pues, su pena con tanto gozo, que por nada querrían que se les quitase el menor átomo de ella; demasiado conocen cuán justamente la tienen merecida y cuán santamente se la ordena Dios» (c. 16).

donde se padece incomparablemente más de lo que podemos figurarnos [37].

Cuando, para colmo de la contradicción, nos acusan esos mismos sectarios de poner nuestra religión y justicia en vanas exterioridades—y no en adorar y servir a Dios *en espíritu y en verdad*, descuidando lo interior por lo exterior—, poco se fijan en esta renovación prodigiosa que experimentan las almas católicas que a este grado llegan, ni menos en su vivir verdaderamente divino. Mas esta maravilla es tal, que se les impone como por fuerza, y así es hoy bastante frecuente, en los protestantes más sinceros, el reconocer, a pesar de todo, la alta santidad y el sublime espíritu cristiano que en la Iglesia católica ofrecen los *grandes místicos*, a quienes no pueden menos de admirar.

Pero toda nuestra admiración es poca para la que se merecen esos generosos siervos de Dios que, resueltos a seguir a Jesucristo en las agonías de la cruz, logran por fin configurarse con El tan perfectamente, de modo que salgan como *del todo renovados*, sin quedarles ya nada que purgar en el otro mundo.

A estas rarísimas almas a quienes, por haber sabido corres-

---

[37] «Vi, dice Santa Catalina de Siena (*Vida* 2.ª p., 6), los tormentos del infierno y los del purgatorio: no hay palabra que pueda ponderarlos. Si los pobres hombres tuviesen de ellos la más pequeña idea, preferirían sufrir mil veces la muerte antes que soportar la más ligera de esas penas durante un solo día». En las maravillosas revelaciones de la V. M. Francisca del Santísimo Sacramento, C. D., acerca del purgatorio (cf. *Vida*, por LANUZA, l. 2, c. 2 s.), puede verse cuán terriblemente se purifican allí aun las faltas que nos parecen más pequeñas, y, sobre todo, las cometidas por los que están encargados de corregir y edificar: se ve cómo grandes prelados, religiosos observantísimos y seglares pasan cuarenta y sesenta años purificándose, con indecible rigor, de cosas que aquí se reputan por nada. Un religioso de su Orden, que había dado grandes muestras de observancia y auteridad, le dijo que llevaba veinticinco años sufriendo por haber sido muy apegado a su propio dictamen; otro, por la misma razón, aunque había sido muy penitente, llevaba treinta y tres años, y le añadió que *apenas había podido salvarse*... Muchos eran obligados a purgar sus faltas en el mismo lugar en que las hicieron, y uno en su propio cadáver. La terribilidad de aquellas penas es tal, que una alma le dijo: «Se padece más en un instante, que allá en mil años». Y otra: «Más es acá un momento de penas, que allá hasta el fin del mundo» (ib. c. 8 y 9). Sin embargo, todas se mostraban muy contentas, sobreabundando de gozo, por hallarse a salvo y ver cómo en ellas se cumplía la divina Justicia. «No pedimos a Dios alivios, le dijo una (c. 8), sino que estamos contentas con lo que nos da y de que se haga su voluntad: porque para ir al cielo ha de estar más pura el alma que el cristal y que el sol». «No tengas pena de mí, le dijo otra (c. 5), que estoy contentísima pagando a la justicia de Dios lo que no entendí en el mundo».

ponder a la gracia, o como por singular favor, quiere Dios mostrárseles en esta vida, haciéndoles ya pregustar la venidera—infundiéndoles unas luces tan superiores a la de la fe, que casi participan del *lumen gloriae* [38]—, a éstas las hace pasar acá en la tierra, con gran mérito y ventajas, otro verdadero purgatorio [39].

En éste figuran en alto grado casi todas las ya referidas penas de *sentido*, tales como dolores, aflicciones, desgracias, enfermedades, persecuciones, calumnias—junto con la obscuridad, sequedad y desolación interior—, para acabar así de purificar por completo todas las potencias del cuerpo y del alma, y, ade-

[38] Cf. D. THOM., 2-2, q. 8, a. 5 ad 3; 3 *Sent.*, d. 34, q. 1, a. 1.

[39] «Este modo de purificación que veo en las almas del purgatorio, lo siento en la mía. Veo a mi alma habitar en mi cuerpo como en un purgatorio, y allí padece tantas penas, cuantas pueden soportarse sin morir: mis dolores se aumentan de día en día, y crecerán así hasta que la muerte me libre de ellos. Veo mi espíritu desprendido de todas las cosas, hasta de las espirituales, que pudieran servirle de alimento... No está en mi poder el tener gusto en nada... Dios forma en torno de mi interior como un cerco que me separa y me aísla de todo, de suerte que todas las cosas que antes me daban algún refrigerio en la vida espiritual o corporal, me han sido poco a poco substraídas... Mas como el espíritu las conoce ya a fondo, se le han convertido en objeto de aversión y de horror... Y es que el espíritu, por su instinto, procede con tanta energía, y aun con tal crueldad, a romper los obstáculos que se oponen a su perfección, que permitiría, por decirlo así, que la pusiesen en el infierno, si esto le hiciera alcanzar antes su fin. He ahí por qué va destruyendo todo lo que podía sostener al hombre interior: lo cerca y estrecha de tal modo, que no puede pasar el menor átomo de imperfección sin percibirlo y execrarlo. En cuanto al hombre exterior... no le queda otro refrigerio más que Dios, que obra todas esas cosas con amor y misericordia. Esta vista de la acción de Dios da a mi alma gran paz y gozo, mas éste en nada disminuye su pena ni el cerco en torno de ella formado. Por mucho que la hagan sufrir, ella no querría salir jamás de esta disposición divina, ni dejaría su prisión; por nada de este mundo trataría de salir de ella, hasta que Dios haya dado plena satisfacción a su justicia. En fin, todo mi gozo en este estado es que Dios quede satisfecho, y no podría hallar tormento más cruel que el verme fuera de las disposiciones divinas: tan misericordiosas y justas las veo (SANTA CATALINA DE GÉNOVA, *Purgatorio* c. 17).

Para que con estos dolores no desampare el alma a su cuerpo, dice San Juan de la Cruz (*Noche* 2, 6), «son interpolados los ratos en que se siente su íntima viveza. La cual algunas veces se siente tan a lo vivo, que le parece al alma que ve abierto el infierno y la perdición. Porque déstos son los que de veras descienden al infierno viviendo, y a modo del purgatorio se purgan aquí, porque esta purgación es la que se había de hacer allí... Y así el alma que por aquí pasa y queda bien purgada, o no entra en aquel lugar o se detiene allí poco, porque aprovecha más aquí una hora que muchas allí».

más, otras sin comparación más terribles, cuales son las de *daño*, del todo espirituales, para que alcancen no ya a las potencias superiores, sino a todo el ser, hasta el fondo del alma misma. Así, los sufrimientos de esta feliz *noche* vienen a ser tan intolerables, que parece que no caben ya otros mayores [40]. Y, sin embargo, de día en día se renuevan y refuerzan de modo que los últimos hacen olvidar o tener en muy poco todos los ya pasados [41], y con este penar tan atroz se agranda la capacidad y la misma voluntad de sufrir.

Para que mejor se comprendan estas dolorosísimas *purgaciones espirituales*, y la resignación amorosa con que se aceptan, adviértase que, al mismo tiempo que el alma va desechando de sí los últimos restos de las *obras de las tinieblas*, aun sin darse cuenta, *se reviste de las armas de la luz* para luchar con todos sus enemigos (Rom. 13, 12); y, como se siente muy a las claras en *estado de transición*, en que la renovación aún es incompleta, cuanto más va teniendo de Dios y mayores prendas de su amor recibe, tanto más desea tener y recibir, pues el alimento de la divina Sabiduría produce siempre más hambre deleitosa (Eccli. 24, 29). Así, cada progreso de esta iluminación encien

[40] «Cuando el Dios Todopoderoso, dice Taulero (*Inst.* c. 11), quiere renovar completamente un alma, se vale de las más duras y penetrantes aflicciones, a fin de purificarla y hacerla así experimentar una dichosa y divina transformación. El Padre celestial no acostumbra a lavar ligeramente al alma que quiere enriquecer con sus más preciosos dones, y en que determinó producir un tan sublime cambio, sino que la baña, la sumerge y la precipita en un mar de amarguras... No, la prueba de los escogidos no es una prueba ordinaria; los sufrimientos que Dios muchas veces les envía cuando menos lo piensan son tan inauditos y tan superiores a los ordinarios, que no se podrían imaginar otros comparables».

Por eso Santa Teresa (*Camino* c. 18, y *Mor.* 6, 1) los llama *intolerables*, que no pueden compararse sino con los del infierno.

[41] «Cuando un alma está sufriendo un trabajo grande, dice la Venerable Sor Bárbara (22 sept. 72; *Vida* p. 358-9), le parece que no puede tomar aquello más aumento, pues cree ha llenado todo el colmo del sufrir; pero no es así, por experiencia lo digo..., pues cada día se aumenta más. Yo estoy en un lago de sufrimientos; me da mi Dios a beber hasta las heces de este cáliz amarguísimo, y al mismo tiempo oculta en sí y comunica una dulzura, que si no se experimentara no se creería. Es dulce y amargo al mismo tiempo... Mi Dios se me ha ocultado y me ha dejado en el mayor desamparo, y si le busco parece que huye de mí, como si estuviera muy enojado conmigo. No tengo adonde volver los ojos, pues por todas partes no descubro más que tinieblas. Parece que todo está contra mí. No veo más que demonios que parece están siempre a mi alrededor tentándome fuertemente para que deje a mi Dios».

de al alma en más vivos deseos de revestirse por completo de Jesucristo, verdadero Sol de justicia, y engolfarse cuanto antes en el mismo piélago de la luz eterna. El estado habitual de los siervos de Dios, que han llegado ya al *desposorio*, es como un estado de violencia continua: gimen entre sí con el Apóstol (Rom. 8), suspirando por la adopción perfecta, la redención de las muchas esclavitudes del cuerpo y la manifestación de la oculta gloria de los hijos de Dios [42].

Ansían, pues, incesantemente por una unión más estable y por una renovación y transformación más profundas, y al ver en sí mismos numerosos obstáculos, que les impiden absolutamente lo que tanto desean, sufren verdaderas angustias de muerte y dolores de infierno [43], a la vez que de algún modo están ya gozando de la gloria con la unión tan íntima y oculta que, según van *endiosándose*, ya tienen [44]. Así se junta con ellos un insoportable sufrir con un inefable gozar, sin que lo uno impida ni pueda impedir lo otro, puesto que el gozo acompaña ocultamente a la posesión que ya existe, y el sufrir a la lucha por romper los *lazos de la muerte*, que son los obstáculos de la plena unión que se desea [45].

---

[42] «Los amigos del Padre llevan una señal, y es que siguen a su Hijo único. Los ojos de su alma están siempre puestos en el muy Amado; andan buscando su transformación: completa y totalmente quieren quedar fundidos en la voluntad de Aquel a quien aman, que es el Hijo único del Padre... El amor de Dios nunca está ocioso: impele siempre a seguir de veras el camino de la cruz» (B.ª A. DE FOLIGNO, c. 64).

A estas almas esforzadas, que así avanzan generosamente por las gloriosas sendas de la iluminación y la unión deifica, no ya las *hijas de Sión*—o sea las personas piadosas—, sino los mismos ángeles las admiran y celebran, diciéndose (Cant. 6, 9): ¿Quién es esta que—saliendo de entre la noche—así progresa como la naciente aurora, bella como la luna, pura como el sol y terrible—para el infierno—como un ejército ordenado?»

[43] *Dolores inferni circumdederunt me: praeoccupaverunt me laquei mortis* (Ps. 17, 6).

[44] «Aunque siente el alma gran gana de que se le acabe la vida, advierte San Juan de la Cruz (*Llama* canc. 1, v. 6), como no ha llegado el tiempo, no se hace, y así Dios, para consumarla y elevarla más de la carne, hace en ella unos embestimientos divinos y *gloriosos*, a manera de encuentros, que verdaderamente son encuentros, con que siempre penetra *endiosando la sustancia del alma* y haciéndola como *divina*. En lo cual *absorbe el alma el ser de Dios*, porque la encontró y traspasó vivamente en el Espíritu Santo... cuyas comunicaciones son impetuosas cuando son afervoradas, como ésta lo es».

[45] «Cuando un alma se encuentra en camino para tornar al estado de su primera creación, y conoce que para llegar debe *transformarse enteramente en Dios*, se enciende en tales deseos de quedar transfor-

Los sufrimientos de estas almas son de toda especie [1]; pero el que más les duele, y el único que las obliga a lamentarse, es el del apartamiento de Dios, el ver cómo se les esconde, en apariencia, según se allegan a El, y el temer si vendrán a quedar para siempre privadas de su vista amorosa. Sedientas como están de amor, suspiran con ardientes ansias por quien es la eterna *fuente de agua viva*, y así no cesan de exclamar: *¡Cuándo llegaré y compareceré dignamente ante mi Señor!* Y sus lágrimas corren sin cesar, y les son un continuo refrigerio, mientras las criaturas—con muchas contradicciones—a todas horas les dicen: *¿Dónde está tu Dios?...* (Ps. 41, 3-4). Con estos pensamientos se llenan de unas amarguras de muerte, al mismo tiempo que, en lo más íntimo del espíritu, gozan con una paz y un placer inefables, sin que nadie se lo pueda ya impedir, del mismo Bien por que tanto suspiran [46].

Para acabar su renovación tendrán que entrar en el abismo sin fondo de la gran *tiniebla divina* donde Dios se les esconde, y allí, perdiéndose a sí mismas y perdiendo todos los apoyos de

---

nada, que la consumen como un purgatorio. Las penas de éste, en cuanto tales, le parecen nada; mas sentir en sí unas ansias encendidas y no poder saciarlas, he ahí lo que es para ella el sufrimiento de los sufrimientos y el verdadero purgatorio». «El encontrar en sí misma la causa del retraso de su unión con Dios, hácele sufrir una pena intolerable. Esta pena y ese retraso le provienen de estar aún lejos de las cualidades que su naturaleza debe alcanzar. Esas se les muestran a la luz de la gracia, y, no pudiendo lograrlas, siendo capaz de poseerlas, queda entregada a una indecible pena, que sólo es comparable con la estima que hace de Dios. Este aprecio crece con el conocimiento, el cual aumenta a medida que ella se despoja de los restos del pecado. Pero también la pena del retraso de su unión con Dios se le hace cada vez más intolerable, porque el alma está toda recogida en El, y nada le impide ya conocerlo tal como es y sin sombra de error» (SANTA CATALINA DE GÉNOVA, *Purgatorio* c. 11 y 17).

[46] «Cuando hay en el alma, dice San Juan de la Cruz (*Noche* 2, 23), estas comunicaciones espirituales muy interiores y secretas, aunque el demonio no alcanza cuáles y cómo sean... hace cuanto puede por alborotar y turbar la parte sensitiva, que es donde alcanza, ya con dolores, ya con horrores y miedos... Pero cuando la comunicación tiene su puro embestimiento en el espíritu... no le aprovecha al demonio su diligencia para inquietarle, antes entonces el alma recibe nuevo provecho y amor y más segura paz; porque en sintiendo la turbadora presencia del enemigo, ¡cosa admirable! que, sin saber cómo es aquello, se entra más adentro en el fondo interior, sintiendo muy bien que se pone en cierto refugio donde se ve estar más alejada y escondida del enemigo, y así auméntasele la paz y el gozo que el demonio le pretende quitar... Sintiendo allí el alma la verdad de lo que la Esposa dice en los Cantares (3, 7-8): «Mirad que al lecho de Salomón cercan sesenta fuertes, por los temores de la noche».

sus potencias naturales, y aun todos los *conocimientos positivos* que de El tenían—porque la inefable realidad trasciende infinito sobre todos ellos—y, viendo así cómo se les destruyen todas las aprehensiones y apreciaciones que antes las consolaban, sufren los horrores de un despojo absoluto y de un total aniquilamiento. Todo lo creen perdido y del todo a ciegas creen estar, y así entran en aquella *sapientísima ignorancia* que sobrepuja a todo saber, y con una simplicísima idea, en apariencia *negativa* —porque es negación de todas nuestras ignorancias y limitaciones—empiezan a poseer verdaderamente y de veras la divina Verdad, y a quedar *selladas* con el místico «Sello» de luz y de amor [47]. Purificados así los ojos de la inteligencia, en aquella tiniebla obscurísima, comienzan a percibir el resplandor de la cara de Dios y a ver su Ser inefable que a NADA se parece, y con nada se puede comparar. Pero ésa es la eterna luz que alumbra y desvanece todas nuestras tinieblas [48]. *Orietur in tènebris lux tua* (Is. 48, 10).

Y puestos allí frente a frente el abismo de la propia NADA con el del TODO infinito, que también parece un *Nada* de lo que antes se conocía, el *nada* humano muere totalmente a sí mismo

---

[47] «Tú serás ante Mí, decía el Señor, el año 55, a la baronesa de Hooghvorst, después M. María de Jesús (*Vie*, por el P. SUAU, p. 94), como cera blanda, para que yo haga de ti lo que quiera, sin que te preocupes de lo que has de llegar a ser. Para que Yo ponga en ti lo que quiero ver, es preciso que desaparezca todo lo que es tuyo». «En este despojo total, añade ella, es tan grande el sufrimiento, que no se podrá comprender sin haberlo sentido. La naturaleza que así se ve despojar, se desespera, y su impotencia para conservar nada redobla su suplicio».

«Te parece, decía poco ha el Salvador a Sor Benigna Consolata, que no ves nada y que tu alma va de precipicios en precipicios; pero no es así. ¿Qué necesidad tiene de ver el que es llevado? Estos momentos son dolorosos, pero necesarios; son las horas de Dios, y el alma no puede hacer cosa mejor que resignarse, creer, adorar y amar... Cree al amor, y me comprenderás».

[48] «Entrando, pues, en el vastísimo desierto de la Divinidad, se pierde felizmente, y alumbrada con la claridad de la *lucidísima tiniebla*, de tanto como conoce, le parece no conocer, y se queda en esa *sabia ignorancia*. Mas aunque no sepa qué es Dios, a quien en pura caridad está unida, y aunque no lo vea como es en su gloria, sabe, sin embargo, *por experiencia*, que trasciende infinitamente sobre todo lo sensible y sobre todo cuanto de El puede decirse, escribirse y aun concebirse con el humano entendimiento. Siente que es muy otra cosa sin representación alguna perderse en Dios, que el percibirlo a través de imágenes y semejanzas, por nobles y divinas que sean. Finalmente, por el íntimo abrazo y contacto del amor, conoce a Dios mejor de lo que puede ser conocido el sol visible de nuestros mismos ojos» (BLOSIO, *Speculum spirituale* c. 11, § 1).

y vive sólo para *su Dios y su Todo*. Destruídos, con ese *morir viviendo*, todos los elementos de muerte y tinieblas que había infiltrado el pecado, ese *nada*, que ya no sabe oponer resistencias, queda totalmente invadido, inundado y compenetrado del *Todo* divino que le *deifica*...

Esta noche no consiste, pues, propiamente, como la del sentido, en una *privación de luces*, sino más bien, al contrario, en un *exceso de luz divina* que, a la vez que descubre, abrasa y consume la menor imperfección, deslumbra, ofusca, ciega, confunde y anonada por completo al alma, liga todas sus facultades, y la deja en las más espantosas tinieblas, como suspendida en un caos, donde, entre el cúmulo de horrores y calamidades que por fuera la suelen rodear, no ve en sí más que el abismo de su *nada* y de sus miserias en un completo *vacío* de todo bien. Esa portentosa luz, que así la obscurece para lo demás, le descubre hasta los últimos senos de su corazón, y la hace ver y palpar hasta dónde llega la humana vileza; le muestra los más ocultos repliegues de ese astuto amor propio que vicia aun las mejores obras, y le hace sentir muy al vivo los innumerables defectos y vicios ocultos que aun no había logrado conocer ni menos desarraigar. Y al verse con tal cúmulo de manchas e imperfecciones, reconoce que, ante la infinita santidad de Dios, se encuentra del todo impura, y que las mismas virtudes con que se adornaba son como un paño lleno de inmundicias (Is. 64, 6). Y al ver y sentir esto tan al vivo, créese metida para siempre en el mismo infierno, sin la menor esperanza, como un reo ya condenado e indigno de perdón y misericordia. De ahí las violentas tentaciones de desesperación que entonces le asedian y que acaban de consternarla, mientras con tal rigor la acrisolan y la purifican [49].

---

[49] Este divino fuego de amor, a semejanza del natural, observa San Juan de la Cruz (*Noche* 2, 10), «antes que una y transforme al alma en sí, primero la purga de todos sus accidentes contrarios. Hácela salir a fuera de sus fealdades, y pónela negra y obscura, y así parece peor que antes... Aunque no es peor para sí ni para Dios. Como vió en sí lo que antes no veía, parécela que está mal, que no sólo no está para que Dios la vea, sino para que la aborrezca, y que ya la tiene aborrecida... Cuando deja de embestir tan fuertemente... entonces tiene lugar el alma de ver y aun de gozar la labor que se va haciendo, porque se la descubren, pareciendo que alzan mano de la obra y sacan el hierro de la hornaza, para que parezca en alguna manera la labor que se va haciendo, y entonces hay lugar para que el alma eche de ver en sí el bien que no veía cuando andaba la obra... Después de aquella muestra que se hace... vuelve el fuego de amor a herir en lo que está por purificar, y consumir más adentro». La materia o sujeto de esta purifica-

Siéntese incapacitada para todo lo que Dios le pide, y se cree sin remedio perdida [50]; aunque, sin advertirlo, arde en un amor tan puro y desinteresado que, en medio de sus desgracias, lo que verdaderamente la aflige es el temor de volver a ofender a quien merece un amor infinito y la pena de no poder desagraviarlo cuanto El se merece. Ese oculto amor se le convierte en el más cruel verdugo, pues le muestra y le hace sentir vivamente toda la fealdad de sus culpas, imperfecciones y malas inclinaciones, su incapacidad para lo bueno y propensión a lo malo, su poca correspondencia a los beneficios divinos, el mal empleo de la gracia, lo mucho que resistió o contristó al Espíritu Santo y lo débil o remisa que fué en seguir sus inspiraciones, y todo esto en extremo la aflige [2]. Pues, aunque no pueda ver en sí con certeza ningún pecado grave, y esté firmísimamente resuelta a no cometer jamás con deliberación ni el más leve, piensa que el mayor pecador, con esas gracias, hubiera hecho mejor uso de ellas, y que un árbol estéril no sirve sino para el fuego. Le

---

ción pasiva del espíritu, dice Vallgornera (*Theol. myst.* q. 3, disp. 6, a. 1), «es la parte superior del alma en que están las dos potencias, entendimiento y voluntad, porque a éstas se refiere la purgación del espíritu. La causa formal es una deslumbradora luz que penetra hasta el centro del alma, aclara sus más ocultos repliegues, le manifiesta sus más disimulados defectos, y mostrándole por una parte la bondad y grandeza de Aquel a quien ha ofendido, y por otra su propia bajeza y malicia, la llena de confusión y dolor y la reduce a un estado vecino a la desesperación. La causa eficiente es Dios, cuya misericordia dispone así al alma para la unión con El. La causa final es esta unión con Dios».

[50] «Siento, decía en 1608 la V. Mariana de San José (*Vida* l. 3, c. 6), un desamparo grande de Nuestro Señor y de todo sentimiento de virtudes, cercada de tentaciones delgadísimas, y el entendimiento sin fuerzas para hacer reflexión en ningún examen, sin ser posible hallar razones para declarar este estado y lo que por mí pasa... A cualquier parte que vuelva el alma los ojos, halla quien le lastime y hiera, y toda traspasada en esta afligida vida, está como tullida, o como un niño recién nacido, que sólo siente y llora, sin saber decir de qué, porque... ni sabe distinguir lo bueno de lo malo. Parece disparate decir que está el entendimiento tan entorpecido, que no puede esto; pues no lo es, sino que pasa como he dicho. Pensar que se puede ayudar el alma, es imposible, ni hacer más de lo que hace un corderito que se deja atar y llevar al matadero sin decir ¡ay!, porque aun el quejarse le han quitado, que ni aun a esto acierta. Parece la han entregado a una gran multitud de enemigos que la atormenten; mas ni teme, ni espera, ni sé qué obscuridad es la que tiene.. Acude a lo que siempre, como un ciego que va por donde le guían, mas es sin saber quién es la guía... Padece una tormenta tan a ciegas, que no puede valerse, más de hacer lo que he dicho, de dejarse entregar bañándose en la misma tribulación a donde se ve anegada».

parece, pues, que está ya como sentenciada. No puede aquietarse ni con los más prudentes consejos de sus directores, figurándose que no la entienden ni pueden entenderla: por ser tan complicado este laberinto, o porque ella misma, en la obscuridad en que está, no sabe explicarse, o, en fin, porque a veces teme estarles engañando de propósito... a pesar de su sinceridad a toda prueba. Tampoco se consuela oyendo o leyendo ejemplos de santos que se vieron en otros aprietos muy parecidos; porque, aunque esto le da cierta seguridad íntima, luego empieza a suponer que el caso de ella es *muy distinto*. Y, en efecto, no es ni puede ser *del todo igual*, porque cada alma debe ser probada a su manera, y el Espíritu Santo—que inspira y obra *según le place*—nunca se repite al realizar estas portentosas maravillas de amor [51].

Para colmo de su dolor y mayor prueba de su fidelidad, permite Dios entonces que se olvide de todos los favores recibidos y aun de los que pocos momentos antes habrá acabado de recibir, o que los tenga por una ilusión y un sueño hasta que El de nuevo la desengañe y la aliente con otros favores más señalados, que a su vez la confunden y anonadan. Pero, entretanto, se encuentra en la ansiedad más dolorosa y cruel [52]. Al verse tan violentamente *arrancada de la paz*, parécele, como al profeta de los lamentos (Thren. 3, 17), que está completamente *olvidada de todos los bienes*, y que nunca más podrá lograr-

---

[51] «Se añade a esto, dice San Juan de la Cruz (*Noche* 2, 7), no hallar consuelo ni arrimo en ninguna doctrina ni maestro espiritual. Porque aunque le testifique las causas de consuelo que puede tener por los bienes que hay en estas penas, no lo puede creer... Parécele que como ellos no ven lo que ella ve y siente, no la entendiendo, dicen aquello, y en vez de consuelo antes recibe dolor, pareciéndole que no es aquél el remedio de su mal, y la verdad es así. Porque hasta que el Señor acabe de purgarla a la manera que El lo quiere hacer, ningún medio ni remedio le sirve... Mas si ha de ser algo de veras, por fuerte que sea, dura algunos años, puesto que en estos medios hay interpolaciones y alivios en que, por disposición de Dios, dejando esta contemplación escura de embestir en forma y modo purgativo, embiste iluminativa y amorosamente, en que el alma... siente y gusta gran suavidad de paz...»

[52] «Parece que se contradice, observa Sor Bárbara (16 sept. 72; *Vida* p. 357), que estando yo en desolación y con tantas tentaciones, reciba de Dios estos favores. No me quita los trabajos: lo que hace mi Dios es serenar la tormenta de tribulaciones en que está mi espíritu, mientras dura la comunicación con mi Dios, que, por lo regular, dura poco, y después vienen los trabajos con mayor fuerza. Se retira mi Dios dejando a mi alma en un desamparo tan grande, que parece que no hay Dios para mí».

los [53]. Y la impotencia en que se halla de realizar sus ardientes deseos de mejorar de vida, le hace tenerse por un cúmulo de contradicciones: quiere ser santa, y está llena de una malicia infinita: ¡tan propensa al mal y tan incapacitada para el bien se encuentra! [54]

Y no es éste su mayor tormento. Pues, como sin advertirlo —y aun suponiendo ella todo lo contrario—realmente ama a

[53] «Cuando yo estaba en la espera interior de mi divino Esposo, dice la V. M.ª de la Encarnación (*Vie* 1.ª p., c. 4), me vi de repente como bajada a un abismo. Quedé privada de todo consuelo, y el mismo recuerdo de las gracias recibidas aumentaba mis penas; parecíame que había sido hasta entonces juguete de una ilusión... Los mismos consejos del confesor me causaban un verdadero martirio... Lo que más aumentaba mis penas era el parecerme que ya no amaba a Dios. Veíame toda llena de miserias e imperfecciones..., y a la vista del cambio que en mí se había obrado, experimentaba mi corazón los más extraños dolores... Mi voluntad, sin embargo, estaba sumisa... Veía como de muy lejos la paz retirada al fondo de mi alma, que consentía a todas las disposiciones de Dios; pero apenas si podía darme cuenta de este consentimiento de mi voluntad».

«Lo que esta doliente alma aquí más siente, observa San Juan de la Cruz (*Noche* 2, 6), es parecerle claro que Dios le ha desechado y arrojado en las tinieblas... Cuando esta contemplación purgativa aprieta, sombra de muerte y gemidos y dolores de infierno siente el alma muy a lo vivo, que consiste en sentirse sin Dios, y castigada y arrojada, e indignado El, y que está enojado, que todo esto se siente aquí, y más, que le parece, en una temerosa aprehensión que es para siempre. Y el mismo desamparo siente de todas las criaturas, y... particularmente de sus amigos, los cuales, alejándose de ella, la tienen por abominación» (Ps. 87, 9).

[54] «Dios es el que anda aquí haciendo la obra del alma, añade el Santo (*ib.* 8-9), y por eso ella no puede nada. De donde ni rezar ni asistir con mucha advertencia a las cosas divinas puede: en las demás... tiene muchas veces tales enajenamientos, tan profundos olvidos, que se le pasan muchos ratos sin saber lo que se hizo ni pensó, ni qué es lo que hace... ni puede estar muy advertida, aunque quiera... para que se cumpla lo que de sí dice David (Ps. 72, 22): *Fuí aniquilado, y no supe*... Parece increíble decir que la luz divina tanto más escura es al alma, cuanto ella tiene más claridad y pureza... Y dejándola así vacía y a escuras, la purga e ilumina con divina luz espiritual, sin pensar el alma que la tiene, sino que está en tinieblas». «Esta dichosa noche, aunque escurece al espíritu, no lo hace sino para darle luz de todas las cosas, y aunque le humilla y pone miserable, no es sino para ensalzarle y libertarle, y aunque le empobrece y vacía de toda posesión y afición natural, no es sino para que divinamente pueda extenderse a gozar y gustar de todas las cosas». *¡Oh Sabiduría Eterna!*, exclama el Beato Susón (c. 13). Puesto que sois tan dulce y tan amable, ¿cómo podéis ser tan severa y terrible? ¿De dónde proviene esta luz que agrada y asusta? Cuando veo los rigores de vuestra justicia, tiemblo con todos mis miembros, puesto que en secreto la ejercéis aun con vuestros más caros amigos».

Dios tan de veras y tan sin comparación más que a sí misma, su mayor tormento es haberle disgustado y creer que aún le disgusta y ofende, por más que resiste, en las terribles tentaciones con que los enemigos la asedian, y el no haberle amado cuanto podía, y creer que ya no le ama ni podrá amarle y reparar sus descuidos. Por eso, aunque le parezca verlo justamente indignado contra ella, en medio de su aflicción y mortal agonía, exclama con un amor purísimo y más que heroico: «¡Señor, bien merezco el infierno; pero haced que allí mismo os ame como merecéis...; que no blasfeme yo vuestro santo nombre y que mis penas satisfagan de algún modo por mi falta de amor!»

Y si siempre pudiese prorrumpir en tales afectos, no sería para ella de poco alivio. Pero tan oprimida se halla, con todas sus facultades ligadas y reducidas como a una impotencia absoluta, que no encuentra ni el menor desahogo ni el menor apoyo ni consuelo. Pues, como dice San Juan de la Cruz [55], están «las aficiones del alma oprimidas y apretadas, sin hallar arrimo; la imaginación atada sin poder hacer algún discurso de bien; la memoria acabada; el entendimiento entenebrecido, la voluntad seca y apretada y todas las potencias vacías, y, sobre todo esto, una espesa y pesada nube sobre el alma, que la tiene angustiada y como ajenada de Dios». El alma, añade, padece con el horor de este vacío y con la substracción del apoyo de todos sus connaturales conocimientos unas congojas y agonías mortales, como uno que estuviera suspendido en el aire y sin poder respirar; de tal suerte que, si Dios mismo no la confortara, abandonaría el cuerpo [56]. Tiene, pues, que resignarse con la voluntad del Padre en medio de tan terrible abandono, pro-

---

[55] *Noche* II, 16.

[56] «Estos hombres espiritualísimos, dice Taulero (*Inst.* c. 12), experimentan algunas veces tanta pobreza interior, que no hay muerte temporal tan terrible que no recibieran en lugar de ella, si fuera a Dios agradable. Porque verdaderamente aquella íntima aflicción consume hasta la misma substancia de los huesos. Grande es por cierto su trabajo, mientras que suspensos, o como pendientes del patíbulo, se van secando, y vivos padecen angustias de muerte. Ninguna criatura en tiempo o eternidad los puede consolar; antes, en medio del tiempo y de la eternidad, es necesario que sean como ahogados y oprimidos, hasta que el piadosísimo Dios los saque de esta suspensión. El dolor de éstos no lo pueden aliviar las criaturas; antes éstas les son de grave peso... Aquí se conoce quién es siervo y quién és hijo; porque, cuando la adversidad aprieta, retrocede el esclavo; pero el hijo, en lo próspero y en lo adverso, persevera con su padre..., aunque éste se le enoje».

curando serle fiel, confiando en El y amoldándose a vivir de este modo nuevo, con una intuición simple, tranquila y sin variedad, tan intensa como imperceptible, y con un amor análogo [57]. No advierte la pobre, como no lo advertía Santa Teresa, que lo que tiene por ociosidad es el colmo de la actividad, y que ahora está más atenta a Dios y más deseosa de agradarle que nunca. ¡Con cuánta razón podría decirle con el profeta Isaías: *Mi alma ha estado toda la noche deseándote, y con mi espíritu, en lo íntimo de mi corazón, me levantaré muy de mañana para volar hacia Ti!* Pero no se da cuenta de estas ansias tan amorosas, y por eso con tanto dolor se lamenta de sus desgracias, de su incapacidad, de su abandono y del estado lastimoso en que se supone. Cree que ha perdido a su Dios para siempre, y le busca con ayes lastimeros que desgarran su corazón. Ardiendo del todo en su amor se cree fría y vacía, y así anda como mendigando una centellita del fuego celestial [58].

---

[57] «El que estas pruebas experimente, dice Blosio (*Inst. sp.* apéndice, c. 1)—de acuerdo con Taulero—, no busque vanos consuelos, sino sea fiel al Esposo: obre varonilmente, condúzcase con rectitud, y esté seguro de que Dios le asiste y de que todo le sucederá prósperamente. Esta resignación excede con mucho a todas las otras, y el dejar mil mundos no es nada comparado con ella. El mismo hecho de dar los santos mártires su vida por Dios, en comparación de este abandono, era poca cosa. Pues ellos, inundados de consuelos divinos, miraban como un juego las mayores penas, y así alegres recibían la muerte. Mas el carecer interiormente de Dios, excede incomparablemente a todos los martirios». No podría sufrirse esta pena sino uniéndose el alma totalmente con Jesucristo abandonado en la cruz, y abandonándose con El en manos del Padre, para ser de El confortada. Lo ví allí, dice Emmerich (*Pas.* 44), «solo y sin consuelo. Sufría todo lo que sufre un hombre afligido, lleno de angustias, abandonado de todo amparo divino y humano... Este dolor no se puede expresar. Entonces fué cuando Jesús nos alcanzó la fuerza de resistir a los mayores terrores del abandono: cuando todas las aficiones que nos unen a este mundo y a esta vida terrestre se rompen, y el sentimiento de la otra vida se obscurece y se apaga, nosotros no podemos salir victoriosos de està prueba sino uniendo nuestro abandono a los méritos del suyo sobre la cruz... Ya no tenemos que bajar solos y sin protección en este desierto de la noche interior».

[58] «Desde que el Señor me tiene en este paso, dice el P. Hoyos (*Vida* p. 129-130), anda mi alma de continuo en un ¡ay! lastimeramente amoroso... Cuanto más ama, más desea amar. Y es este deseo tal, que la aniquila... mientras resuena en sus oídos: *¿Dónde está tu Dios? ¡Oh infeliz de mí!, y ¿quién me librará de este cuerpo mortal?* (Ps. 41, 4; Rom. 7, 24), y otras quejas tan suavemente amorosas y tan excesivamente dolorosas, que muchas veces muriera al día si el Señor no me asistiera... De aquí nace un desamparo y una soledad espantosa; pues está el alma como en el aire, sin hallar socorro ni de

Si supiese que sus pruebas le venían de manos de Dios, le sería de gran consuelo aceptarlas resignada; pero cree que está del todo olvidada de El y abandonada en manos del enemigo, que cruelmente la persigue y atormenta. Mas como sufre y languidece de puro amor, sin advertirlo, experimenta los saludables efectos del oculto fuego divino que la renueva y de la terrible lejía que la limpia y purifica. Al fin viene a reconocer que en esas medicinas tan amargas encuentra la plena salud y la vista espiritual, que no puede hallarse sino en la verdadera humildad y pureza que así adquiere; y en ese morirse de amor, un principio de vida perdurable.

Así es como se hace hábil para remontarse a lo más sublime de la contemplación y ver a Dios en las portentosas alturas de la *gran tiniebla divina*, donde se deja ver la misma Luz increada y se oye la escondida Palabra Eterna [3]. Mas esta viva Palabra de Dios, más aguda y penetrante que espada de dos filos, produce como una división entre el cuerpo y el alma—o sea entre lo sensible y lo racional—causando así la terrible *muerte mística*, y luego (en la *mística sepultura*) produce otra división aún más honda entre el *alma* y el *espíritu*, el cual puede desde entonces engolfarse en la Divinidad para gozar de una paz perpetua, mientras ella queda penando horriblemente, como si estuviera para siempre privada de su Dios [4], y sufriendo como una total destrucción en una podredumbre espantosa.

Mas, a veces, para que en tan atroces suplicios no se acabe la vida, el Señor se complace en confortar el cuerpo cuando hiere y aflige al alma, y en refrigerar a ésta con dulces consuelos cuando el cuerpo se ve oprimido de dolores y enfermedades [5]. Pero el mayor sufrimiento está en no poder ella advertir que quien así la hiere es el mismo Dios; que si no, ese sufrir de su mano lo tendría por suma gloria [59].

Y en esta penosa ansiedad, entre los horrores de este aparente abandono, se va consumando la mística obra de su renovación y transformación [60].

---

arriba, de lo que ama, ni de abajo, de lo que aborrece. Excede esta aflicción a lo más extraordinario del desamparo más horroroso».

[59] Pero esto solía repetir muchas veces la fervorosísima M. M.ª R. de los Apóstoles: «Enviadme, Señor, los trabajos sin que yo advierta que sois Vos quien me los envía; porque, si lo advierto, ya no son trabajos».

[60] «Si Dios hubiera dado a entender que El mismo era el autor de estas asombrosas pruebas, no hay duda, observa Santa Catalina de Génova (*Diál*, 2, 10), que el alma, señora del cuerpo, se habría sometido

Después de haberle mostrado así todas sus vilezas e imperfecciones, esa *admirable luz divina,* a que tan felizmente hemos sido llamados (1 Petr. 2, 9), le descubre, allá en la misteriosa *tiniebla*—que es como trono del Eterno—el Bien infinito, sobrepujando infinitamente a todo lo cognoscible y deseable, y desconcertando y destruyendo todo lo que ella pudiera desear y pensar. Aquella vista *negativa,* que excede a cuantas ideas positivas pudieran formarse, la deja atónita, abismada y anonadada, a la vez que deshecha en mortales ansias de poseer tal Bien. Mas éste le parece muy demasiadamente encumbrado para poder ella alcanzarle... Viendo a la vez su propia bajeza, exclama con Santa Catalina de Siena: Vos, el Ser absoluto; yo, la nada; Vos, la pura bondad; yo, la misma malicia; Vos, toda perfección; yo, el cúmulo de todas las imperfecciones y miserias!... Y en esta contraposición tan absoluta cree imposible que lleguen jamás a unirse y asociarse dos tan contrarios extremos. Halla en sí misma una horrorosa contradicción con la suma Bondad, y el no poder desechar de sí todo cuanto a Ella se opone, le causa angustias más que de muerte y le obligan a exclamar: *Quare posuisti me contrarium tibi?* (Iob 7, 20). Pero así y todo, la atracción de tal Bondad la cautiva, la derrite y la deshace en inefables delicias, mientras la aparente separación le hace sufrir los horrores del mismo infierno. Con lo cual, disipándose en cierto modo aquella horrible contradicción, se le alumbran los ojos para ver más a las claras, y como de cerca, la gloria divina.

dócilmente. Pero Dios permanecía oculto, y así se consumaba su santa obra. El cuerpo, débil y jadeante, era presa de sucesivos dolores que no cesaban de aumentar... No habría podido soportarlos si la opresión del alma se hubiese añadido a la suya. Por suerte, ella era refrigerada con místicos éxtasis... Mas los dolores interiores se manifestaban aún con una intensidad asombrosa. En estas difíciles ocasiones, el mismo Dios se encargaba de comunicar a la *humanidad* aquella paz que sobrepuja todo sentido (Phil. 4). La humanidad volvía de cuando en cuando a su vida ordinaria, aunque llevando siempre una *llaga* viva y sangrienta y como un agudísimo dolor de corazón que nadie hubiera podido imaginar. Circulaba por casa abrasada de un fuego latente que día y noche la purificaba más y más... ¡Oh prodigio que no debo olvidar! Si Dios afligía rigurosamente el cuerpo, fortificaba con consuelos el alma, y si martirizaba el alma como Dios vengador, refrigeraba el cuerpo. Este estado duró *diez años* (¡!), en los cuales tuve que soportar, sin poder conocerlas, las operaciones sobrenaturales de que era objeto... El alma y el cuerpo permanecían abismados en el majestuoso y temible resplandor de las divinas grandezas... no para gozar, sino para purificarse aún... La santidad de Dios encuentra manchas en sus ángeles (Iob 4)».

Y a medida que el Señor, allí, *in caligine*, se le empieza a mostrar con sus infinitos encantos, arrojándole como unos rayos cada vez más deslumbradores de aquel eterno e incomprensible esplendor de su infinita gloria, va ella renovándose y transformándose en medio de los afectos más encontrados. A la vista de tal Majestad, tal grandeza, tal hermosura y bondad, a la vez que se extasía, se deshace, se derrite y se consume entre inefables delicias; estas mismas le son tan dolorosas, que no hay otro dolor comparable. Sus ardientes ímpetus de amor la abrasan y desmenuzan, mientras destruyen todas sus impurezas e imperfecciones: cáusanle un placer inefable que mata y una pena insufrible que vivifica [6]. Esta pena tan sabrosa no puede aguantarla, y no querría quedar jamás privada de ella. ¡Ve que aquel Bien tan amable, por quien no puede dejar de suspirar extasiada a la vista de El, se le muestra tan elevado como si del todo y para siempre le fuera *inaccesible* e *inasequible!*... Así cree la pobrecita que nunca jamás lo podrá lograr. Esta *pena deliciosa* es la mayor que puede caber en un alma. Elevada sobre sí misma y sobre todo lo criado, no puede hallar ningún apoyo en nada: se encuentra como suspendida en un vacío absoluto y en continuas angustias de muerte. Las criaturas le causan horror, y se siente como repelida del Bien increado, por quien suspira con las más vivas ansias. Hállase en una *soledad* espantosa y en el más terrible y cruel desamparo, ¡y, sin embargo, en tan duros martirios goza de una paz inefable! [7].

Al propio tiempo, añade San Juan de la Cruz, el abismo de la majestad y de la grandeza divina le hace descubrir otro abismo, que es el de su pobreza y miserias, y éste es uno de los mayores tormentos de esta purgación, pues lo mismo los sentidos que el espíritu quedan oprimidos y anonadados bajo un peso inmenso e invisible, y sufren tan cruel agonía que, si cupiera elección, se preferiría la muerte, y aun la muerte más dolorosa se aceptaría como alivio [61]. Y este penar dura a veces no ya muchos días, sino meses y años, hasta que el alma, pura ya por completo, es confortada con la virtud de lo alto para recibir sin pena los torrentes de la divina Luz, y ve, con indecible sorpresa, que aquel soberano Bien, que tenía por imposible de lograr, se le acerca, la llena y la sacia del todo, la vivifica y... la *diviniza*, uniéndosele tan íntimamente, que ya queda segura de no perderlo jamás. Entonces sí que es el exclamar entre ce-

[61] Cf *Vida de Santa Rosa de Lima*, por HANSEN, l. 1, c. 14.

lestiales delicias: *¡Hallé,* por fin, *al Amado de mi alma: téngale, y no lo dejaré ya nunca!* (Cant. 3, 4).

Pero antes tiene que engolfarse en la misteriosa *tiniebla,* donde El está como escondido. Tiene que remontarse en alas del Espíritu sobre todo lo imaginable, sobre todo lo cognoscible, sobre todo lo creado, sobre todo lo condicionado; elevándose, en contemplación audacísima, sobre las vicisitudes del tiempo y sobre las mismas sucesiones del *evo*; tiene que quedarse del todo a ciegas, del todo privada de las luces connaturales que antes poseía, sin otra más que la de una obscura y sutilísima fe para poder penetrar en las serenas regiones de la eternidad, recibir los destellos de la Luz increada, descubrir lo incognoscible, lo eterno, lo absoluto, y ver de una simplicísima mirada, en el Ser Necesario e Infinito, la eterna razón de todas las contingencias, mudanzas y limitaciones... Tiene, en suma, que olvidarse por completo de todas las criaturas para poder ver al Creador de todo en aquel prodigioso abismo de la *gran tiniebla,* donde se ocultan los sacrosantos misterios que desde la eternidad tiene El en su seno encerrados. Y, al ser allí introducida por la poderosa virtud de aquel Espíritu que lo escudriña todo hasta lo más profundo de Dios, engolfándose en aquel piélago sin fondo de luz y hermosuras no conocidas ni soñadas por ningún mortal, desfallece, se abisma y se anonada, olvídase de todo y piérdese a sí misma, y, perdiéndose tan felizmente, encuentra reunidos en uno todos los bienes, todos los deleites y todos los conocimientos que puede desear. Encuentra a su Dios y su Todo, al *Dios de su corazón, que será para siempre su herencia,* y, con la sabia ignorancia que tal vista produce, de un golpe solo aprende toda la ciencia de la salud.

En aquella divina tiniebla, cuyo deslumbramiento crece a medida de la aparente obscuridad, se le van manifestando por grados las portentosas grandezas del *Dios escondido,* recibiendo de continuo las más gratas y más indecibles sorpresas... Allí el mismo Dios le va descubriendo por orden sus inefables atributos, haciéndole ver en cada momento nuevos e inconcebibles encantos, y allí, por fin, le descubre el abismo sin fondo de su *Esencia* incomprensible, donde parece que no se ve nada y se ve todo junto al mismo tiempo. Allí, entre los dos abismos de su *nada* y del *Todo* que la inunda, tiene el alma su gloria y sus delicias. Y reducida a la impotencia para amar y conocer cuanto desea, luchando, por decirlo así, con aquel piélago de luz y de fuego en que está abismada, acaba por descubrir, en un supremo deslumbramiento, el encanto de los encantos divinos, el

augusto misterio de la Trinidad de Personas en la absoluta unidad de Naturaleza [62]. ¡Entonces es cuando se consuma la *transformación* del alma en Dios; entonces es cuando puede ya celebrarse aquel inefable *matrimonio eterno*, en que la creatura queda para siempre hecha *una sola* con su Creador mismo!...

En toda esta serie de operaciones que el divino Espíritu, a lo largo de esta venturosa *noche*, va realizando en el alma para obrar el cambio de la *unión conformativa* en la *transformativa*, se juntan en uno los dos extremos en apariencia más opuestos: el sufrir de un infierno con el gozar de un cielo anticipado. No sólo se intercalan entre las más rudas pruebas unos consuelos dulcísimos que alegran y *refrigeran el alma según las amarguras y dolores de su corazón* (Ps. 93, 19), sino que en las mismas penas y tribulaciones está ocultamente *sobreabundando de gozo* (2 Cor. 7, 4). Y este gozar prepondera tanto, que al fin hace que, aun sintiéndose la pena con más vivo dolor, se viva como si no se sintiese, o más bien, hace que se sienta una insaciable hambre de penar para configurarse más y más con Cristo, morir con El y con El resucitar todos los días a un nuevo grado de vida gloriosa [63]. Pues, como estas almas saben ya muy bien lo que vale un grado más de gracia, por el menor crecimiento en Dios darían por bien empleados todos los trabajos del mundo.

De este modo, lentamente y casi sin advertirlo el alma, van realizándose en ella una renovación y una transformación tan maravillosas, que son verdaderos portentos de la divina Sabiduría. Lo que nadie hubiera podido soñar, lo que a cualquier inteligencia creada parecería del todo imposible, cual es esa íntima asociación familiar y vital, esa inefable *unión transformativa* de lo finito con lo Infinito, hácelo nuestro buen Dios

---

[62] «Cuando ve los atributos divinos de la omnipotencia, misericordia y justicia, dice Godínez (*Míst.* l. 6, c. 12), va creciendo en amor admirativo; pero en llegando al camarín real de la Divina Esencia, donde ve la distinción de las Personas en la unidad de naturaleza, aquí sube de punto la admiración: el alma se enmudece y, estando muda, habla con cifras y afectos simbólicos; habla con un lenguaje de fuego que solos los serafines entienden».

[63] «En el momento en que el alma recibe la visión, obra y se recoge en un inmenso deseo de completar su unión. Mas, en seguida, el Amor increado es el que obra en ella; El es quien la mueve a retirarse de toda creatura para aumentar la unión íntima. El mismo Amor increado es quien hace las operaciones del amor... De él viene todo bien. La verdadera humildad consiste en ver en verdad quién es el operador del bien: quien tiene esta vista, posee al Espíritu de verdad. El amor de Dios nunca está ocioso: impele a seguir realmente el camino de la cruz» (B.ª FOLIGNO, c. 64).

posible y muy real: cuando el alma menos lo piensa, ¡se encuentra ya toda renovada, rectificada, renovada, revivificada, transformada, divinizada!... Las manchas e imperfecciones desaparecieron como pajas o como gotitas de agua en un horno encendido. Y al desaparecer los obstáculos, el Ser divino, que tan inaccesible le parecía, la invade, la absorbe y la asimila, haciéndola una misma cosa con El... Ya reconoce ella que no es la misma, pues toda se ha vuelto luz y fuego, llena como está de verdad y fortaleza divinas: ya no es ella la que vive, sino Dios en ella. Perdida y absorta en aquel piélago de la Divinidad, le parece que ha perdido su propio ser, su naturaleza y aun su personalidad; pues ya está del todo renovada y despojada del «hombre viejo», y aquel antiguo *yo*, con que siempre se encontraba en todo, aquel *yo egoísta*, que tanto le dió que hacer y a tantas violencias la obligó, ya no parece por ninguna parte: *Quaesivi eum, et non est inventus locus eius... Quaeres locum eius, et non invenies* (Ps. 36, 36, 10). No hay en ella otro interés que el divino...

Sin embargo, bien reconoce que conserva su personalidad responsable y su propio ser natural, aunque *renovado y transformado*; pues, lejos de desvanecerse con esa grandeza y esas luces divinas, entonces es cuando de verdad comprende la nada que de suyo es y cómo todo el bien que tiene lo debe a la infinita largueza y misericordia de Dios, que así se ha dignado deificarla, haciéndola una misma cosa con El. Bien reconoce que *ella no es Dios*, porque era no ha mucho hija de ira; pero así y todo, al recibir tan plenamente al Espíritu de adopción, ve ya que *está con Dios endiosada...* ¡Tal es el ideal realizable de esta portentosa *evolución* que en esta misma vida experimentan las almas del todo cristianas! ¡Oh progreso verdaderamente divino, que así tiende a la *deificación!*

Con esto la misma naturaleza tan *mortificada*, lejos de quedar *destruída* en medio de tantas violencias como ha tenido que hacerse y padecer, queda rectificada, reintegrada, restablecida, renovada y revivificada. No ha perdido ninguna de sus propias perfecciones, y todas ellas resplandecen con primores divinos. No hay hombre tan hombre como aquel que ha llegado a esta unión con Dios; porque, según la sentencia de San Agustín, «no hay más hombres perfectos que los verdaderos hijos de Dios». La actividad que estos generosos imitadores de Cristo despliegan, vale por la de millares de fieles ordinarios: con parecer inútiles al mundo, ejercen una tan prodigiosa como saludable in-

fluencia: un solo santo basta a veces para reformar una religión y aun toda una gran nación.

La noble delicadeza de sus sentimientos no conoce semejante. Y su naturaleza—tras de quedar renovada y perfeccionada hasta el punto de recobrar una energía prodigiosa—queda realzada y transfigurada con ciertas transparencias de aquella oculta gloria que, cuando se muestre plenamente, aparecerá ya del todo semejante a la del mismo Dios, como propia de hijos suyos, configurados a imagen de su Unigénito, de cuya plenitud en tal abundancia reciben, que resultan, con El, *llenos de gracia y de verdad.*

APÉNDICE

[1] *Diversos trabajos que preceden al desposorio.*—«Ya el alma bien determinada queda, observa Santa Teresa [64]. Mas el Esposo no mira a los grandes deseos que tiene de que se haga ya el desposorio; que aun quiere que lo desee más, y que le cueste algo, bien que es el mayor de los bienes. Y aunque todo es poco para tan grandísima ganancia..., no deja de ser menester la muestra y señal que ya se tiene de ella, para poderse llevar. ¡Oh, válame Dios, y qué son los trabajos interiores y exteriores que se padecen!... Quiero comenzar por los más pequeños, que es una grita de las personas con quien se trata (y aun con los que no se trata, sino que en su vida le pareció se podían acordar de ella), que se hace santa, que hace extremos para engañar al mundo, y hacer a los otros ruines, que son mejores cristianos sin esas ceremonias; y hase de notar que no hay ninguna, sino procurar guardar bien su estado. Los que tenía por amigos se apartan de ella, y son los que le dan mejor bocado, y es de los que mucho se sienten; que va perdida..., y notablemente engañada, que son cosas del demonio, que ha de ser como aquella y la otra persona que se perdió, y ocasión de que caiga la virtud, que trae engañados los confesores, y ir a ellos y decírselo...: mil maneras de mofas y dichos de éstos..., y el avisarse unos a otros que se guarden de tratar personas semejantes... ¡Y qué pocos hay que crean ese bien, en comparación de los muchos que abominan! Cuanto más que ése es otro trabajo mayor que los dichos; porque, como el alma ve claro que si tiene algún bien es de Dios..., esle un tormento intolerable: al menos a los principios, que después no tanto..., porque le ha dado el Señor mayor luz de que ninguna cosa buena es suya, sino de su Majestad...; como si la viese en tercera persona, olvidada que tiene allí ninguna parte, se vuelve a alabar a Dios... También suele dar el Señor enfermedades

[64] *Mor.* 6, c. 1.

grandísimas... Conozco una persona que, desde..., ha cuarenta años, no puede decir con verdad que ha estado un día sin tener dolores... Pues, si tratamos de los interiores, estotros parecerían pequeños, si éstos acertasen a decir... Comencemos por el tormento que da topar con un confesor tan *cuerdo* y poco experimentado, que no hay cosa que tenga por segura...: en especial si en el alma ve algunas imperfecciones, que les parece han de ser ángeles a quien Dios hiciere estas mercedes—y es imposible mientras estuvieren en este cuerpo—luego es todo condenado a demonio o melancolía... La pobre alma anda con el mesmo temor, y va al confesor como juez, y ése la condena... Cuando el confesor la asegura, aplácase, aunque torna: mas, cuando él ayuda con más temor, es cosa casi insufrible, en especial cuando tras eso vienen unas sequedades, que no parece que jamás se ha acordado de Dios, ni se ha de acordar... Sobre esto venga el parecer que no sabe informar a los confesores y que los trae engañados..., y los desatinos que el demonio le quiere representar, a quien debe Nuestro Señor dar licencia para que la pruebe, y aun para que la haga entender que está reprobada de Dios, porque son muchas las cosas que la combaten con apretamiento interior: de manera tan sensible e *intolerable*, que yo no sé a qué se pueda comparar, sino a los que padecen en el *infierno*; porque ningún consuelo se admite... Si le quieren tomar con el confesor, parece han acudido los demonios a él, para que la atormente más... En fin, que ningún remedio hay en esta tempestad, sino aguardar a la misericordia de Dios que, a deshora con una palabra suya..., lo quita todo tan de presto, que parece no hubo nublado en aquel alma...»

[2] *Terribles sufrimientos y tentaciones que se acumulan.*—Oigamos lo que dice Santa Angela de Foligno [65]: «Innumerables tormentos despedazan mi cuerpo: vienen de los demonios que de mil maneras los causan... No me queda ni un solo miembro que no sufra horriblemente... Los tormentos del alma son aún sin comparación más terribles... No puedo compararme sino a un hombre colgado por el cuello, que, con las manos atadas a la espalda y los ojos vendados, quedase pendiente de la horca, y allí viviera sin amparo, sin remedio, sin apoyo. Lo que sufro de parte de los demonios es todavía más cruel y desesperado... Cuando mi alma ve este trastorno y este abandono de mis potencias, sin poder remediarlo, tal es el sufrimiento, que apenas puedo llorar, por el exceso de dolor y de la desesperación... A veces se produce una horrorosa e infernal oscuridad en que no se ve ninguna esperanza: esta *noche* es horrible... Estoy en poder de una multitud de demonios que resucitan en mí los vicios que tenía, y producen otros que nunca tuve... Y los que siento muertos en mi alma reviven en mi cuerpo... Grito, llamo a la muerte, cualquier muerte que sea... El alma se ve privada de sus potencias, y, aunque no consienta en los vicios, se ve sin fuerzas contra ellos: ve entre Dios y ella una espantosa contradicción... En mi alma y cuerpo no veo más que defectos:

[65] *Libro de las Visiones* c. 19.

Dios me está cerrado; su poder y su gracia, todo está escondido... Viéndome condenada, no me inquieto por mi condenación: sólo me inquieto por mis crímenes... Estoy cierta de que en todo el mundo nadie tiene mejor merecido el infierno: todas las gracias de Dios y todos sus favores exacerban mi desesperación y mi martirio... Los bienes que Dios me ha hecho se cambian en mi alma en una amargura infinita... ¿Por qué ha de haber siempre en mí este vacío de virtudes?... Aunque todos los sabios del mundo y todos los santos del paraíso me colmaran de consuelos y promesas, y el mismo Dios de sus dones, si no me llegase a ver trocada y reformada, en vez de aliviarme, los sabios, los santos y Dios mismo exasperarían hasta lo indecible mi desesperación, mi furor, mi tristeza, mi dolor y mi obcecación! ¡Ah si yo pudiera cambiar estas torturas por todos los males del mundo!... Los creería más ligeros y llevaderos... He pedido muchas veces que mis tormentos se trocasen por cualquier suerte de martirios... Me duraron dos años, y sus accesos eran frecuentes... Ahora comprendo que el alma, aplastada entre la falsa humildad y el orgullo, sufre una inmensa purgación, por la cual adquiere la humildad verdadera, sin la cual no hay salud... Por el conocimiento de esos vacíos y faltas, adquirido por esa humildad, queda el alma purgada del orgullo y de los demonios. Mientras más afligida, despojada y profundamente humillada es, tanto más logra, con la pureza, la aptitud para el encumbramiento. La elevación de que se hace capaz se mide por la profundidad del abismo en que ha echado su fundamento y sus raíces».

«¡Ay qué cruel, exclama Santa Catalina de Génova [66], es esta operación del divino Espíritu! Paréceme estar abandonada en un horno encendido, donde no puedo vivir ni morir... ¡Dios mío!... Me cerráis la boca, y no puedo quejarme. Mi interior, sufriendo tan terrible prueba, está en mano de vuestro consejo (Tob. 3), a merced de vuestra voluntad, que no es de mi alma comprendida ni conocida, pero cuyos efectos se muestran en el cumplimiento de vuestros designios... Por mi parte debo sufrir en silencio los tormentos que me enviéis. ¡Ah, si pudiera dar un grito de desolación! Esto me sería un precioso refrigerio. Pero no me lo concedéis; ¡Señor, que una vez más se cumpla vuestro beneplácito y no el mío! (Mt. 24).

«Este purgatorio que padecía en la tierra era a la vez horrible y dulce. Era dulce en comparación del de la otra vida; pero así y todo tan riguroso, que causaba al cuerpo y al alma casi intolerables martirios. Mas lo que nos parecería crueldad, en medio de nuestra ceguera, es en realidad una gran misericordia de Dios, que aflige para libertar y castiga para coronar..., y después de los gemidos y lágrimas derrama su gozo (Tob. 3). Por eso el hombre ilustrado reconoce que todas las obras divinas tienen por principio y fin el amor.—¡Oh, cuánto más vale pasar aquí el purgatorio que no en la otra vida!... Mas es necesario aceptar generosamente esta misteriosa purificación en este mundo, porque Dios no nos la impone sino cuando, correspondiendo a la

[66] *Diál.* 2, 2.

gracia, libremente la aceptamos. ¡Cuán admirables son las industrias del Señor! Muestra a la voluntad lo que de ella desea... Y una vez dado el pleno consentimiento, el divino beneplácito ata el alma, encadenándola con un *lazo que no se ha de romper.*»

[3] *La contemplación caliginosa.*—Al ser elevada el alma a esta altísima contemplación que se hace en la tiniebla de la luz divina, debe prescindir por completo de toda imagen o forma, sea sensible o intelectual, y de todo recuerdo de creaturas, por bueno que sea: aun de la misma sacratísima Humanidad de Nuestro Señor—que es la puerta para entrar en los secretos del Padre—hay que prescindir entonces; porque, teniéndola a la vista, «no vendrá el Consolador». Mientras el alma se fije en algo creado, no podrá percibir la luz increada. Mas, acabada esa contemplación, debe volver de nuevo—como recomienda Santa Teresa—a los misterios de esa santa Humanidad, que es el único camino para llegar a la luz y a la vida [67].

»Quien desea alcanzar mi pureza—decía el Padre Eterno a Santa Magdalena de Pazzis [68]—no debe pararse en nada creado..., ni aun en la misma sagrada Humanidad de mi Verbo. No debe apegarse más que a mi Esencia divina, rechazando todo pensamiento, todo afecto, por ligero que sea, que a ella no se refiera; porque el menor apego a la creatura sería un obstáculo para la adquisición de esta pureza, o la mancharía si ya se poseyese... El único medio de adquirirla es la absoluta renuncia a todo lo creado..., para no querer sino lo que yo quiero y porque yo lo quiero. Mas, para haceros comprender mejor estas grandes verdades, es menester que os ciegue, pues la pureza nada ve, nada conoce, nada sabe... Y así no podéis adquirirla sino por la total renuncia al ser, a la ciencia y a la voluntad; mas no por eso deja de obrar en conformidad con todas las virtudes, siguiendo el interior atractivo de mi gracia que la dirige en todo; pero obra sin conocer de una manera distinta sus operaciones».

«Quedó arrebatada mi alma, dice otra santa, y vi a Dios en una claridad superior a toda plenitud... Entonces vi a Dios en una *tiniebla*..., porque todo cuanto pueda pensarse es desproporcionado a El. Y me fué dada una confianza perfecta, una esperanza cierta, una seguridad sin sombra, sin oscurecimiento, continua y *garantizada.* En el bien infinito que me apareció en la tiniebla, me recogí enteramente, y en el fondo encontré la paz, la certeza de Dios conmigo, encontré al *Emmanuel.* Con frecuencia veo a Dios así, según el modo inefable y en la plenitud absoluta que no puede ser ni expresada por la boca

[67] No sólo cualquier representación sensible, por santa que sea, sino cualquier pensamiento espiritual, dice Blosio (*Inst.* c. 12, § 3), impediría la obra de Dios en la mística unión: Por tanto, tan pronto como uno sienta la acción divina, debe prescindir de toda representación y de cualquier pensamiento especial—por santo y útil que otras veces le sea—para quedarse en aquel interno silencio donde Dios obra y habla... Pero tan pronto como deje de sentir la acción de Dios, debe volver a la propia y reemprender sus acostumbrados ejercicios.

[68] 1.ª p., c. 24.

ni concebida con el corazón... En el bien cierto y secreto que percibo con una inmensa tiniebla se sepulta mi esperanza; en El sé y poseo todo cuanto quiero ver y poseer, en El está todo bien. No puedo temer ni su partida ni la mía, ni ninguna separación. Es un placer inefable en el bien que lo contiene todo, y nada hay allí que pueda caber en palabras ni en conceptos. *No veo nada y lo veo todo;* y tengo la certeza absoluta del Bien que poseo. Cuanto más en tinieblas se ve a este sumo Bien, tanto mejor se conoce que excede a todos los bienes: es el misterio reservado... Todo lo demás es tinieblas, y lo que se puede pensar es nada al lado de El. La divina potencia, sabiduría y voluntad, que he visto otras veces maravillosamente, parecen menos que esto. Esto es todo; lo demás se diría que son partes; éstas, aunque inenarrables, dan gozo que redunda al cuerpo. Mas cuando Dios se muestra en la tiniebla, ni risa, ni ardor, ni devoción, ni amor, nada hay en la cara, nada en el corazón, ni un temblor, ni un movimiento... Todas las caricias que Dios me ha hecho, tan numerosas e inenarrables, sus dulzuras, sus dones..., todo es pequeño al lado de Aquel que veo en la inmensa tiniebla; y si todo me engañase, me quedaría la paz suprema, a causa de la inmensa tiniebla donde reposa el sumo Bien... Le he visto mil veces con *tiniebla,* pero tres solamente en la *suprema oscuridad*...

»En la inmensa tiniebla veo a la Trinidad santa, y en la Trinidad percibida en la noche, me veo a mí misma en el centro. He aquí el atractivo supremo, junto al cual todo es nada; he ahí lo incomparable. Pero, ¡ay!, mis palabras me producen el efecto de un nada: ¿qué digo?, mis palabras me causan horror, ¡oh, suprema oscuridad!, mis palabras son maldiciones, mis palabras son blasfemias: ¡silencio!, ¡silencio!... Cuando habito en la sombra oscurísima, ya no me acuerdo de la Humanidad de Jesucristo ni de nada que tenga alguna forma. Lo veo todo y no veo nada. Saliendo de la obscuridad vuelvo a ver al Hombre-Dios; atrae a mi alma con dulzura, y le dice a veces: *Tú eres yo y yo soy tú*... Lo que de sus ojos y de su cara procede es el bien que se ve en la noche oscura... En el Hombre-Dios mi alma bebe la vida... Mas el atractivo de la inmensa tiniebla es incomparablemente superior. Ya habito en el Hombre-Dios casi continuamente. Un día me dió la seguridad de que entre El y yo no hay nada que se parezca a un intermedio; desde entonces de su Humanidad a mí el gozo fluye noche y día» [69].

«El alma que contempla aquella *luminosa tiniebla, o luz caliginosa,* dice Blosio—resumiendo la doctrina de otros maestros [70]—desfallece en sí misma y, refluyendo en Dios, hácese en su fondo íntimo un espíritu con El; y con el eterno Verbo de Dios—que allí el Padre profiere—engendrada, noblemente se renueva y se hace apta para cualquier obra buena. Por donde el mismo Dios Padre dice ya de ella misma: *Esta es mi hija muy amada, en la que me he complacido*..

[69] B.ª Angela de Foligno, *Visiones* c. 26.

[70] *Inst.* c. 12, § 4.

»Verdaderamente que el alma sumergida y absorta en Dios, nada por todas partes en la Divinidad con un inefable gozo que redunda copiosamente al mismo cuerpo, y así en este destierro empieza la vida eterna. Sus pensamientos los tiene fijos y firmes en Dios; posee cierta unidad sobrenatural de espíritu, donde mora como en su propia mansión; y se inclina hacia la divina esencia, hasta aquella suprema unidad donde el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo son una misma cosa. Tiene su conversación en los cielos, es decir, con las tres divinas Personas. Y cuando se une a Dios excelentemente, ya no hay para ella pasado ni futuro, sino un eterno AHORA; y en aquella inconmutable eternidad—que es Dios—lo posee todo, y libre de representaciones, conoce el supremo orden y distinción de las cosas. Así traspasando todo entendimiento, vuela a su principio, que es Dios, donde se hace luz con la luz. Y ante ésta se ofuscan todas las luces naturales y aun las infusas, al modo que la de las estrellas desfallece ante la del sol. Pues cuando nace la luz increada, se desvanece la creada... Estos tales, domadas ya sus pasiones, no se dejan conmover de ellas y, en lo adverso como en lo próspero, gozan siempre de una paz esencial... Y aunque tan copiosamente son ilustrados de la luz divina, en la cual ven a las claras lo que deben hacer u omitir, con todo, gustosos, por amor de Dios, se someten a lo demás, obedecen a todos según Dios, y ocupan el último puesto. Por los dones y excelencias que reciben no se envanecen, estando profundamente sumergidos en su propia *nada*. No presumen de sí, sabiendo que es Dios quien obra todo lo bueno que hacen. Y, permaneciendo en la verdadera humildad y en filial temor, se reconocen por siervos inútiles. Evitan hasta las menores faltas, y las negligencias en que por su fragilidad incurren las lavan y expían en la sangre de Cristo. Dejan muchas costumbres y prácticas que antes tenían, porque ya no tienen apego a nada, no siendo suyos, sino de Jesucristo. Por lo demás, permanecen desconocidos al mundo; ni es fácil que en su conversación, sencilla y verdaderamente cristiana, levantada a las cosas celestiales, sea advertida sino de quien goza de la misma gracia; pues no suelen mostrar exteriormente ningún modo singular e inusitado. Aparecen dulces y benignos en el trato, y sociables con todos, con tal que no haya pecado. No son muy severos, sino clementes y compasivos. Por lo que es muy verosímil que ya no puedan separarse de Dios... Pero como hablan humildemente y en todo se tienen en poco, estos ocultos hijos de Dios son con frecuencia menospreciados de los que exteriormente ofrecen apariencias de santidad, y sobre todo de aquellos que, por propio capricho, llevan una vida más áspera».

[4] *La mística división del alma y el espíritu.*—Aquí la viva Palabra divina produce esa misteriosa separación entre el alma y el espíritu de que habla el Apóstol (Hebr. 4, 12); de tal modo que, mientras aquél está anegado en Dios, ella tiene que seguir penando a solas para acabar de purificarse. En una iluminación especial, dice Santa Catalina de Génova [71], «el alma vió al espíritu atraído y fijo siempre en

[71] *Diál.* 2, 11.

Dios, sin poderse apartar un instante de aquel maravilloso arrobo. Aún más, no cesaba de abismarse en el océano de la felicidad y bondad increada, donde no pensaba sino en anonadarse y transformarse más y más en Dios. Pero el mismo Dios dijo al alma: Ves mis operaciones en el espíritu, y las envidias; pero aun no te haré participar de ellas... Podrías apropiarte algo... Preciso es que continúes afianzándote en el bien que de tu abnegación espero... Entre tanto, *estarás separada del espíritu,* al cual tendré escondido en las profundidades de mi Ser .. A ti no he dejado que apareciese más que una centellita de mi gloria, que se apagó en seguida .. Estas palabras terminantes de Dios hirieron como un rayo a la *humanidad*... El alma, consternada, apenas pudo articular la respuesta que le dictaba su asombro doloroso. ¡Oh Dios, aún me reserváis tormentos! ¿No acabará este purgatorio?... Me mostráis de lejos el contento del espíritu. El tiene la vida, y yo ni vivo ni puedo morir... Cuando se me mostró el espíritu en posesión de aquella felicidad, tenía yo el presentimiento de que no habría de poder lograrla; me estremecía, y todo era en vano... Estoy siempre afligida y sufriendo con horribles ansias... ¡Ah!, *esta división del alma y del espíritu excede a mi entendimiento* más de lo que el cielo se eleva sobre la tierra... Pero es una obra divina, y con esto está dicho todo. Prosigo adorándola, a pesar de la desolación; y quiero repetirme que a lo menos amaré de este modo, ¡porque sufrir es amor!... [72]

»Y de nuevo se dijo a la *humanidad* que quien quiera entrar en la vida eterna sin pasar por el purgatorio, debe morir por completo al mundo, destruir en sí toda imperfección, toda sensualidad, toda negligencia..., ¡y perderse en Dios!...»

»El alma, observa San Francisco de Sales [73], se halla a veces tan apretada de aflicciones interiores, que todas sus facultades y potencias quedan oprimidas por la privación de todo lo que la puede aliviar, y por la aprensión e impresión de todo lo que la puede contristar: comienza, a imitación de su Salvador, a congojarse, a temer y espantarse; pasa, pues, a entristecerse con una tristeza semejante a la agonía de la muerte, con que puede decir: *Mi alma está triste hasta la muerte*; y de corazón pide y suplica que, *si es posible, se aparte de ella este cáliz,* no quedándole más que la fina y suprema punta del espíritu que, colgado del beneplácito de Dios, dice con un simplicísimo rendimiento: ¡Oh Padre Eterno!, *no se haga mi voluntad, sino la vuestra.* Mas el alma hace esta resignación entre tantas turbaciones, contradicciones y repugnancias, que apenas reconoce ella que la hace; a lo menos le parece que es tan descaecidamente que no le sale de buen corazón, como debía, pues lo que entonces se padece por el beneplácito divino no sólo es sin placer ni contento, sino contra todo contento y placer de lo restante del corazón, a quien el amor permite el quejarse a lo menos de que no se puede quejar, y

[72] Cf. SANTA TERESA, *Morada* 7, c. 1.
[73] *Amor de Dios* 1. 9, c. 3.

repetir todas las lamentaciones de Job y de Jeremías; pero de tal suerte que el sagrado rendimiento permanezca siempre en lo profundo del alma... Este rendimiento no es tierno, suave ni casi sensible, aunque sea verdadero, fuerte, insuperable y amorosísimo... Y cuanto más desnudo de todo socorro y destituído de toda la asistencia de las virtudes y facultades del alma se halla el amor en este estado, tanto más estimable se hace en la constante guarda de su fidelidad».

[5] *Maravillosa mezcla de dolores y consuelos, alientos y sentimientos del alma.*—Dios se esconde para que sólo se sienta el peso de su mano, con que cura nuestras llagas mientras nos hace prorrumpir en lamentos [74]. Pero misericordiosamente modera su acción de modo que, cuando más aflige al alma, refrigera algún tanto al cuerpo, y cuando éste queda oprimido de dolores, se inunda el alma de gozos inefables [75].

Un alma (J.) que parece hallarse en ese feliz estado, escribía no ha mucho a su director: «Pesaron sobre mí tan terribles tribulaciones, que creí morir... El espíritu, por la misericordia del Señor, estuvo fuerte, y en el interior, a medida del sufrimiento, crecía la alegría. Sentía dentro de mí dos contrarios: el cuerpo, débil y pesado, y el ánimo, sereno y satisfecho, con ansias de más y más sufrir por el Amado, haciendo entregas y actos de amor continuos o aquel Amor que, en medio de tantos dolores y aflicciones, me regalaba deliciosamenet, y me inundaba de tantos consuelos, que creo imposible explicar. Vea, pues, cuán feliz soy en medio de estos dos *mundos* en que parece habito: en el exterior, múltiples quehaceres, horribles luchas..., y en el interior, amorosas comunicaciones con mi Dios, que me aniquilan y consumen, con estos dos contrarios que se disputan mi atención: mi Dios, mi vida y mi Esposo, con violencias de amor, y el deber ordenado por su sabiduría infinita, obrando como voluntad suya para que se forme así un verdadero martirio. ¿Qué extraño viva sin vivir en mí, y a veces sin poder darme cuenta de mis acciones? Yo quisiera explicarle este estado de mi alma; pero no encuentro frases, ni puede darse una idea. Porque decir, para dar algo a entender, que el más horrible sufrimiento produce y concluye en el más adorable consuelo y felicidad, parece locura; pero es tan cierto, Padre mío, que duda uno si hubo sentimiento, por la delicia que se experimenta al saborearlo, y desea uno padecer no aquel tormento, sino todos los tormentos y los más terribles, porque esto produce una sed abrasadora de amor y sufrimiento

[74] *Compadeceos de mí, compadeceos de mí, a lo menos vosotros, mis amigos,* exclamaba Job (19, 21), *porque la mano del Señor me ha tocado.* Sobre lo cual advierte San Juan de la Cruz (*Noche* 2, 5): «Cosa de grande maravilla y lástima, que sea aquí tanta la flaqueza e impureza del ánima, que siendo la mano de Dios de suyo tan blanda y suave, la sienta el alma aquí tan grave y contraria, con no cargar ni asentarla, sino solamente tocar, y eso misericordiosamente, pues lo hace a fin de hacer mercedes al alma, y no de castigarla».

[75] Cf. Santa Catalina de Génova, ib. c. 10; *Diál.* 2, 10.

insaciable. ¡Pero todo tan dulce, tan adorable, y con tanta paz y con tanto abandono!...

«¡Qué gran perfección me inspira el Señor a emprender, y qué confundida me hallo a vista de mis miserias! Creo desfallecería si ese sentimiento que tengo de mi ruindad no viniera interpolado con seguridades interiores del *Inefable*, en estos momentos en que el alma se pierde en su *gran caridad de amor*. Pero así como me detengo, para purificación de mi alma, en los de mi desprecio y humillación, no quiero mirarme después que pasa ese *sueño del cielo*.—Creo que lo que más une a Dios es el abrazar la cruz en el puro amor del sufrimiento, sin saborear los consuelos. El *verdadero amor no quiere retorno*. Es menester no encontrarse en nada, y vivir para El solo, haciendo de todas las cosas *sustancia* de más y más adoración: y éste es, a mi modo, el gran secreto para estar el alma en los más grandes sufrimientos y horribles penas llena de un ardiente gozo y deseos de más y más sufrir, si en ello el Señor es más agradado; de tal modo que no cesa de dar infinitas gracias y de renovar la entrega hecha a Dios. Aquí es el ofrecerse y pedirle por todo, y sobre todo por las criaturas que nos son contrarias... Llegar aquí el alma, y no estar *muerta*, ¡imposible! Pide aquí Nuestro Señor un desprendimiento tan grande, que al principio se siente pavor; pero luego... ¡ay! luego ¡qué gran libertad de espíritu se siente!... Es necesario sacrificarse de veras, y abnegarse profundamente y, en una palabra, odiarse santamente; pero todo esto se recorre con tanta paz, lleva el Señor al alma tan dulcemente, que apenas se da cuenta. Tanto es el valor de la gracia, que todo lo hace fácil si el alma es generosa y fiel: sin estas dos alas, no se da un paso...

»Según esto, ¿no debo sufrir por nada? Sí, Padre mío, ya sabe Vuestra Reverencia cuál es el sufrimiento de amor, que el alma no puede explicar; sufrimiento dulce y suave, lleno de delicias; pero que a veces es horrible el padecer, como *martirio* que es, que deshace el corazón... Ya ve cómo la *nada* de las *nadas* camina por la caridad de ese Dios amorosísimo como la más *dichosa* de las criaturas, sin salirse de su *nada* que hace su gloria, y en la mina riquísima del Sagrado Corazón que es todo su tesoro.»

[6] *Cómo el contacto divino destruye las impurezas del alma; y ésta, sin ver nada distintamente, abraza todo el abismo infinito de la Divinidad, que la hace morir de amor.*—El contacto divino, dice el V. Hoyos [76], «parece un rayo que convierte en polvo cuanto se le opone; parece que reduce a la nada el espíritu, consumiéndole y resucitándole en seguida, para que sienta la muerte otra vez... Y cuando Dios permite que—este ímpetu que nace de lo más hondo del espíritu—se comunique al cuerpo, le deja como sin sentido y con unos acerbísimos dolores encajados entre los huesos; pero rara vez lo permite el Señor en mí, porque pueda asistir a mis obligaciones. Con aquel *tacto* que dije de la Esencia divina se comunica al

[76] P. 131-133.

alma nueva luz y amor, pues es éste el modo de comunicarse el Señor... Ve el alma, mediante esta soberana luz, la infinita bondad de Dios, sin ver cosa particular en El; y así, lánzase a amarlo todo, y este lanzamiento, que es un deseo sutilísimo y muy penetrante, parece no tiene cumplimiento; y ya se ve que no lo puede tener. Cada uno puede considerar qué tormento será para la pobre alma este deseo, mirando imposible su consecución, pues a veces ha bastado uno terreno para quitar la vida. Ama mucho aquí, gózase, embriágase y abrásase con la infinidad del centro de su deseo: pero *el que me come, tendrá más hambre,* dice el Amor, *y más sed el que me bebe* (Eccli. 24, 29). Echase a pechos con todo un Dios, que es amor infinito: e infinito amor comido y bebido, ¿qué puede engendrar sin hambre de amor?... Mira y registra con la luz que se le infunde, todo lo criado: en un instánte ve que nada le sirve para su deseo, antes le impide mucho; y aquí es el martirio terribilísimo ver que de la tierra no haya socorro: y así cáusale un tedioso fastidio todo lo criado... Y al prorrumpir en gritos: *Me saciaré cuando apareciere la gloria de Dios* (Ps. 15-15), exclama como reventando en tan estrecho conflicto: *Yo quiero salir de esta prisión e irme con Cristo* (Phil. 1, 25). Bien sabe que su vida es Cristo, pero ve que la carne no puede menos de estorbarle que goce a sus anchuras de esta vida; y así la suerte a que ella aspira, es a desatarse de esta mortalidad... Gime esta tortolilla: *¿Cuándo iré y me veré en la presencia de Dios?* (Ps. 41, 3). Me horrorizo y tiemblo de verme en este estado, pues es un retrato de la muerte más lastimera, es una semejanza del infierno... Ve esta pobre alma que está como expirando en una cruz, levantada de todo lo criado y apartada, a su parecer, del Criador... De aquí nace un desamparo, un espanto, una soledad y un martirio estupendo, en el cual me veo muchas veces al día; y, si Dios no obrara milagrosamente, muriera cuantas veces me vienen estos ímpetus. Pero, ¡oh, sabiduría divina! Con lo que llevo dicho, ¿quién no dirá que está el alma violenta en tanto tormento? Y, sin embargo, no es así. Antes de empezar me horroriza; en estando en él, siento sólo que se acabe y me deje con vida: le ama el alma más que otros favores muy regalados: siente un gozo, un consuelo y júbilo no sé cómo, al mismo tiempo que padece tanto; si le dieran a escoger no escogiera otra cosa: es un prodigio esta junta de extremos tan opuestos... Sin embargo de que la expresión de mis cláusulas indica violencia, inquietud o cosa parecida, no hay nada de esto: ni el cuerpo o sentidos externos lo perciben, ni causa inmutación corpórea, ni prorrumpe en suspiros, lágrimas ni demás desahogos: todo sucede tan suave y dulcemente, como si pasara en un sueño muy sosegado. Parece contradictorio...

»De todo lo insinuado se saca que este paso equivale y excede a muchos trabajos, y que en él se purifica el alma como en un crisol; que es una gran merced, y de esfera superior, y que no se mezcla en él la imperfección de los otros ímpetus que indican, en su misma violencia, ser en parte materiales; descúbrese la bondad y sabiduría de Dios que tales artificios divinos traza, y su misericordia..., en este

paso de los perfectos. Mi Madre, María Santísima, me aseguró era un estado que si los serafines pudieran ser viadores, no escogieran otro, por padecer tanto y padecer de amor».

[7] *Doloroso y dulce desamparo del alma elevada sobre sí misma.*— «Muchas veces a deshora, dice Santa Teresa [77], viene un deseo que no sé cómo se mueve; y deste deseo, que penetra toda el alma en un punto, se comienza tanto a fatigar, que sube muy sobre sí y de todo lo criado, y pónela Dios tan desierta de todas las cosas, que por mucho que ella trabaje, ninguna que le acompañe le parece hay en la tierra, ni ella la querría, sino morir en aquella soledad... Y con parecerme que está entonces lejísimos Dios, a veces comunica sus grandezas por un modo el más extraño que se puede pensar...; porque no es la comunicación para consolar, sino para mostrar la razón que tiene de fatigarse, de estar ausente de bien que en sí tiene todos los bienes. Con esta comunicación crece el deseo, y el extremo de soledad en que se ve con una pena tan delgada y penetrativa..., que al pie de la letra me parece se puede entonces decir...: *Vigilavi, et factus sum sicut passer solitarius in tecto*... Ansí parece está el alma, no en sí, sino en el tejado de sí mesma, y de todo lo criado, porque aun encima de lo muy superior del alma me parece que está. Otras veces parece anda el alma como necesitadísima, diciendo y preguntando a sí mesma: *¿Dónde está tu Dios?*... Otras me acordaba de lo que dice San Pablo, que está crucificado al mundo... Parece que está ansí el alma, que ni del cielo le viene consuelo, ni está en él; ni de la tierra le quiere, ni está en ella, sino como crucificada entre el cielo y la tierra, padeciendo sin venirle socorro de ningún cabo. Porque el que le viene del cielo..., es para mayor tormento, porque acrecienta el deseo de manera que, a mi parecer, la gran pena algunas veces quita el sentido... Parecen unos tránsitos de la muerte; salvo que trae consigo un tan gran contento este padecer, que no sé yo a qué lo comparar. Ello es un recio martirio sabroso... El alma, de la tierra ninguna cosa admite: luego parece lo lanza de sí; bien entiende que no quiere sino a su Dios; mas no ama cosa particular dél, sino todo junto lo quiere, y no sabe lo que quiere... Es en lo que ahora anda siempre mi alma: lo más ordinario, en viéndose desocupada, es puesta en estas ansias de muerte; y teme cuando ve que comienzan..., mas llegada a estar en ello, lo que hubiese de vivir querría en éste padecer. Aunque es tan excesivo, que el sujeto lo puede mal llevar... Toda el ansia es morirme entonces..., y aquel desierto y soledad le parece mejor que toda la compañía del mundo. Si algo le podría dar consuelo, es tratar con quien hubiese pasado por este tormento, y ver que, aunque se queje dél, nadie le parece la ha de creer... Esta pena es tan crecida, que no querría soledad como otras, ni compañía, sino con quien se pueda quejar...

»Mire V. M. qué descanso puede tener en esta vida; pues el que había, que era la oración y soledad, es ya lo más ordinario de este

[77] *Vida* c. 20.

tormento; y es tan sabroso, y ve el alma que es de tanto precio, que ya lo quiere más que todos los regalos que solía tener. Parécele más seguro, porque es camino de cruz...: y el alma es la que padece y goza sola del gozo y contento que da este parecer... Me dijo el Señor que no temiese, y que tuviese en más esta merced que todas las que me había hecho: que en esta pena se purificaba el alma..., para poder poner mejor los esmaltes de sus dones, y que se purgaba allí lo que había de estar en el purgatorio)[78].

§ III.—El matrimonio espiritual.—Unión perfecta y estable: transformación total y vida divina.—Progresos de la deificación y de su conocimiento: la vida en Dios.—Excelencia y privilegios de esta unión: actividad prodigiosa, influencias, poder y gracias singulares.—Restauración de la misma naturaleza.

Ahora se comprenderá ya cómo las promesas del *desposorio,* con ser tan substanciales, necesitan a veces reiterarse con otra suerte de ceremonias, y deben por fin ratificarse más solemnemente en el *matrimonio espiritual,* que es la *unión perfectísima* y *estable,* donde apenas caben ya ausencias, ni menos sequedades y desolaciones. Se celebra y contrae ante toda la augusta Trinidad, para gozar ya como habitualmente de la vista y conversación familiar de las tres adorables Personas.

Esta prodigiosa unión, a que poquísimas almas, aun de las tenidas por muy privilegiadas, suelen llegar en este mundo—y que, por lo mismo, parece como propia de la gloria—no se concreta ya a las potencias, ni tiene, por tanto, un carácter de accidental o movible: se verifica y manifiesta en el fondo mismo, en la mismísima *esencia del alma,* la cual no sólo *obra,* como poco antes, más con la actividad divina que el Espíritu Santo le infunde, que con la suya propia, sino que realmente *vive* y *siente que está viviendo,* a la vez que *obrando,* más con esa *vida divina* que El le comunica, que con la humana que le da su propia alma. Así es como pueden llamar y llaman a este amoroso Espíritu: *Alma de mi vida, y Vida de mi alma,* o mejor, «alma de mi alma y vida de mi vida». Aquí hay ya mucho más que una perfecta conformidad en el querer y el obrar; hay una profundísima *transformación,* que lleva a cierta conformidad en el mismo *vivir* en la mística unidad del Espíritu[79].

[78] Cf. San Juan de la Cruz, *Cántico Espiritual*, 15.

[79] «Es falso, dice San Cirilo Alejandrino (*In Ioan.* l. 11), que no podamos tener otra unión con Dios más que la de *conformidad de voluntades.* Pues sobre ésta hay otra mucho más excelente, en que de tal

«El *matrimonio espiritual* entre el alma y el Hijo de Dios, dice San Juan de la Cruz [80], es mucho más sin comparación que el *desposorio espiritual*, porque es una *transformación total en el Amado*, en que se entregan ambas partes por total posesión de la una a la otra con cierta consumación de unión de amor, en que está el alma hecha *divina* y *Dios por participación*, cuanto se puede en esta vida. Y así pienso que *este estado nunca acaece sin que esté el alma en él confirmada en gracia*, porque se confirma la fe de ambas partes, confirmándose aquí la de Dios en el alma: de donde éste es *el más alto estado a que en esta vida se puede llegar*... Consumado este matrimonio espiritual entre Dios y el alma, son dos naturalezas en un espíritu y amor» [1].

Esto, aunque parezca absurdo, no es ya para extrañarnos, sino para dejarnos llenos de admiración y cautivos del amor prodigioso que Dios nos muestra. Sabemos que la gracia y comunicación del Espíritu Santo se recibe, no en las potencias, sino en la misma esencia o substancia del alma, pues nos comunica, no cierta manera de perfección *accidental*, sino un nuevo *ser substancial*, una *participación de la misma divina naturaleza*, una vida verdaderamente divina que nos hace hijos de Dios y capaces, por tanto, de hacer obras meritorias de vida eterna [81]. Viviendo en gracia, vivimos en realidad esa vida,

---

modo se asimila el hombre a Dios, por una íntima comunicación de la Divinidad, que, sin perder la propia naturaleza, queda en El *transformado*, a manera del hierro metido en el fuego... Y con esta unión quiere Nuestro Señor que sus discípulos sean una cosa con Dios, de modo que, engolfados en El, le queden injertados e íntimamente unidos por la comunicación de la Deidad... La unión con Dios no puede verificarse sino por la participación del Espíritu Santo, que nos comunica la propia santidad... Y así, transformando en Sí mismo de algún modo las almas, les imprime la semejanza divina». «Puesto que hemos de tener, añade (*Thesaur.* l. 2, c. 2), una misma operación con Dios, preciso es que participemos de su misma naturaleza: *Eandem operationem connaturaliter habentes, necesse, est eiusdem esse naturae*».

[80] *Cánt. esp.* 22.

[81] «La gracia santificante, dice Froget (p. 283), es un don estable y permanente que, recibido en la misma esencia del alma, se hace en ella como una *segunda naturaleza* de un *orden trascendente*, un principio de vida sobrenatural, raíz fija de actos meritorios». «Ipsam *essentiam animae* in quoddam *divinum* esse elevans, ut idonea sit ad divinas operationes» (S. Th., *Sent.* 2, dist. 24, q. 1, a. 3). «Non potest aliquis habere spiritualem operationem, nisi prius *esse spirituale* accipiat: sicut nec operationem aliquam naturae nisi prius habeat esse in natura illa» (*De verit.* q. 27, a. 2). Así las gracias actuales y la habitual, «tienden, como dice Bacuez (p. 223), a *asociarnos a la vida íntima*

pero, por lo común, apenas nos damos cuenta de ella; somos grandes, divinos, y no lo sabemos, y vivimos únicamente a lo humano, ahogando quizá ese germen de vida eterna, o impidiéndole con nuestras tibiezas desarrollarse, si es que no llegamos a perderle del todo.

Los santos, abnegándose para seguir con docilidad las mociones divinas, lo fomentan cuanto pueden y hacen que libremente se desarrolle. Pero, mientras vayan aún por las *vías ordinarias,* por bien que se les traduzca en santas obras, y a pesar de los piadosos afectos y del testimonio de la buena conciencia, no suelen tenerla bastante clara ni de esa vida ni aun de esas *energías divinas.*

Esto es propio del *estado* de *contemplación,* o *místico,* el cual, según algunos, se caracteriza—y en sus más claras manifestaciones, bien podría caracterizarse—precisamente por la *íntima experiencia* de los toques divinos: por hacerse sentir más o menos la presencia del Espíritu vivificante. El cual, a medida que se purifican las potencias del alma, las va invadiendo cada vez más perfectamente, y uniéndosele de un modo tan manifiesto, que la misma alma nota y advierte los progresos de tal unión. Aunque ésta existía desde un principio, era muy imperfecta, como incipiente, y según vaya perfeccionándose y consolidándose, irá resaltando cada vez más en el campo de la *conciencia* [82]. Empieza, como hemos dicho, haciéndose sentir en la *inteligencia* con las ilustraciones de la oración de *recogimiento*; luego invade la *voluntad* con la *quietud,* y, por fin, se nota cada vez mejor en *todas las potencias juntas,* como sucede en la *unión* [2]. Para llegar al *desposorio* tiene ya que hacerse más íntima y duradera: los toques del Amado no sólo se sienten mejor en las potencias, según las va cautivando y acabando de unir íntimamente, sino que—como *substanciales* que son ya—penetran más adentro, dejándose *sentir* allá como en el mismo *fondo del alma.* Pues, conforme va ésta purificándose con esos delicadísimos *toques,* va haciéndose más íntima la conciencia o experiencia de lo divino. Sienten ya a veces las almas no sólo que *obran divinamente* con todas sus potencias, sino que *viven*

---

de Dios, presente en nosotros por su Espíritu, a fin de producir en nosotros y por nosotros obras de salud eterna». Por eso todo el mérito depende, como advierte Santo Tomás, de la virtud del divino Espíritu (1-2, q. 114, a. 3).

[82] «El alma no sólo *creerá* en la comunicación divina que le trae la gracia, sino que *verá, sentirá* y *saboreará* la inefable unión que entre ella y Dios se realiza» (Ribet, *Myst.* t. 1, p. 257).

con *vida divina*, aunque este modo de vivir no les parezca continuo [83] [3].

En el *matrimonio espiritual* esta unión se completa y consolida, haciéndose *estable*. Dios toma ya plena posesión de *toda el alma*, uniéndola a Sí de la manera más íntima, y la vida divina se despliega ya sin ningún obstáculo [84]. El alma nota entonces que Dios *obra* y *vive* en toda ella, o, mepor dicho, que toda ella se encuentra hasta en lo más hondo *transformada en Dios* y *deificada* [85]. Tanto, que se pierde a sí misma de vista, pareciéndole no ser ya ella, sino Dios en ella quien obra y quien *vive* esa nueva vida: es ya verdaderamente, como canta San Juan de la Cruz, la *Amada en el Amado transformada* [86].

«El más sublime estado, dice la V. M.ª de la Encarnación [87], es el divino matrimonio, en que Dios de tal suerte se apodera del alma, que viene a ser como el fondo de su substancia. Lo que allí pasa es tan sutil y tan divino, que no es posible hablar de ello como conviene: es un *estado permanente* en que el alma de continuo vive sosegada y tranquila en una perfecta unión con Dios. Sus suspiros y sus respiraciones son para su Ama-

---

[83] Cf. V. SOR BÁRBARA DE SANTO DOMINGO, *Vida* p. 375.

[84] Cf. SANTA TERESA, *Morada* 7, c. 2.

[85] «Por la *unión* y *transformación* de Vos en el alma y del alma en Vos, aquí abajo por la gracia y en el cielo por la gloria, la *deificáis*, exclama Santa Magdalena de Pazzis (4.ª p., c. 16). ¡Oh deificación! El alma que tiene la dicha de llegar a ella *hácese un Dios*, como una esfera herida de los rayos del sol se hace luminosa y resplandeciente como el sol. *Nos transformamos en la misma imagen, de claridad en claridad*».

[86] «Que nuestra transformación sea total, porque el Hombre-Dios es todo amor... Y quiere que El y nosotros, por el amor, nos hagamos *uno*. Llamo hijos del Espíritu a aquellos que, por la gracia y la caridad, viven en Dios, en la perfección del amor transformado... Sólo son vasos de elección e hijos del Espíritu aquellos en quienes Dios ha puesto su amor, y reposa en ellos atraído por su propia semejanza. Su gracia y su amor es lo que formó su imagen en el alma. Llamo yo perfecto a aquel que ha transformado su vida en la imagen del Hombre-Dios. Y Dios nos pide todo el corazón y no la mitad de él... Nuestro Dios es un Dios celoso... La primera propiedad del amor es transformar al uno en el otro en cuanto a la *voluntad*... La segunda es transformar a uno en otro en cuanto a las *propiedades*... La tercera es la *perfecta transformación del alma en Dios*. Entonces ella es inaccesible a las tentaciones; porque ya no reside en sí misma, sino en El... Además, el amor lleva en sí una fuerza revelatriz de los secretos, que obliga a mostrar el fondo de sí mismo. *Este signo me parece capital*; es el complemento necesario de los actos del amor... El amor no es sólo una fuerza de asimilación, sino una fuerza de unidad que en todo hace semejantes» (B.ª FOLIGNO, c. 65).

[87] L. c.

dísimo, en un estado libre ya de toda mezcla, en cuanto es posible ya en esta vida. Y con estas mismas respiraciones le habla sin trabajo de sus misterios y de todo lo que ella quiere» [88].

Aquí, como dice el V. Blosio, el alma santa se derrite y desfallece: muerta ya a sí misma, vive sólo para Dios. Perdiéndose por completo, ha logrado encontrarse y, despojada de lo terreno y lo humano, se ha revestido de lo celestial y divino, hasta el punto de quedar transformada en Dios. Así, la que antes era fría, ya arde; la que era tenebrosa, luce, y la endurecida, está blanda. Toda es ya de color de cielo, toda está endiosada y deificada, pues su misma esencia está como fundida con la de Dios [89]. Verdaderamente vive una vida del todo divina: vive ya casi como si estuviera en la gloria: allí tiene toda su conversación, y su amantísimo Dueño, el Verbo del Padre, con tal intimidad la trata, que se complace en manifestarle, como a fiel esposa, sus más augustos secretos [90].

---

[88] «El matrimonio espiritual, escribe Sauvé (*Etats* p. 90), es aquí abajo una tan *perfecta evolución* del bautismo, de la gracia, de las virtudes divinas, de los dones del Espíritu Santo, y en particular del de sabiduría, que muchos autores ven en él una especial *misión* de las divinas Personas, que vienen a coronar y consumar las anteriores». Dios, añade (*Le culte du C. de J.* élév. 26), «se une a la voluntad por la *quietud*, a todas nuestras facultades, por la *unión*, y a toda la vida y todo el ser, por el *matrimonio espiritual*. La *quietud* y la *unión* no duran mucho, pero pueden renovarse muchas veces: la unión del matrimonio espiritual es *habitual* y *permanente*: es la perfección de la unión y la perfección de la libertad. Entonces el alma está habitualmente unida a Dios, y tan unida, que puede fácilmente vacar a las cosas exteriores: Preludio del cielo, en que el alma estará eternamente arrebatada por la vista de Dios, y al mismo tiempo podrá atender con perfecta libertad a sus relaciones con los Santos y con los Angeles y a contemplar la Creación transfigurada».

[89] «Defluit amans anima, deficitque a seipsa... Sibi mortua, vivit in Deo, nihil sciens, nihil sentiens praeter amorem quem gustat. Perdit enim se in vastissima divinitatis solitudine, atque caligine: sed sic se perdere, potius se invenire est. Ibi sane quidquid est humanum exuens, et quod est divinum induens, *transformatur mutaturque in Deum*... Manet tamen essentia animae sic Deificatae, quemadmodum ferrum ignitum non desinit esse ferrum. Igitur ipsa anima, quae prius erat frigida, iam ardet; quae prius erat tenebrosa, iam lucet; quae prius dura, iam mollis est. Plane tota *Deicolor* est quia *essentia eius Essentia Dei perfusa est*. Tota divini amoris igne concremata, totaque liquefacta, transiit in Deum, et ei sine medio unita, unusque spiritus cum eo effecta est» (BLOSIO, *Inst. spir.*, c. 12 § 2).

[90] «Viviendo el alma aquí vida tan feliz y gloriosa, como es vida de Dios, considere cada uno, si pudiere, advierte San Juan de la Cruz (*Cánt. esp.* canc. 22), qué vida será esta tan sabrosa que vive; en la cual así como Dios no puede sentir algún sinsabor, así ella tampoco le siente; mas goza y siente deleite y gloria de Dios en la *substan-*

Las expresiones de los grandes místicos, para describir lo menos mal que puedan esta soberana unión, son tan atrevidas, que exceden a todo encarecimiento: hasta parecen confundirse con las del panteísmo, o identificar esta unión casi con la hipostática. Los ejemplos de la esponja toda empapada y abismada en el agua, o del hierro transformado en el fuego, les parecen muy deficientes, porque todavía puede sacarse la esponja del mar, y el hierro del horno. El de dos velas que se compenetrasen tanto que ya apenas hubiera medio de separarlas ni aun de distanciarlas, y que así juntas diesen una sola luz, tampoco es un símbolo que acabe de satisfacerles: representaría sólo el estado de *desposorio*. El menos impropio sería el de una gotita de agua derramada en un piélago de vino, y allí difundida y compenetrada de tal suerte que ya nunca pueda separarse ni aun distinguirse [91]; o bien el de una partícula de hierro en un abismo de fuego, de donde nunca pueda salir, o de los rayos de luz de una bujía que se funden y armonizan con los del sol que entra por una ventana. Así viene, pues, a suceder que,

«Transformada y absorbida
El alma unida con Dios,
En fuego de amor candida
Y derritida,
Una cosa son los dos...
Que en su Dios se ha transformado [92].

Pero en estos símiles hay que salvar siempre, no sólo la distinción de naturalezas, que ni aun en Jesucristo se confunden, sino también la de personas. Por muy engolfada que esté en

cia del alma transformada en El... En este alto estado de matrimonio espiritual, con gran facilidad y frecuencia descubre el Esposo al alma sus maravillosos secretos como a su fiel consorte, porque el verdadero y entero amor no sabe tener nada encubierto al que ama; y así le comunica principalmente dulces misterios de su encarnación, y los modos y maneras de la redención humana, que es una de las más altas obras de Dios, y así es más sabrosa para el alma».

[91] La misma liturgia emplea esta fórmula: «¡Oh Dios, que habéis elevado maravillosamente la naturaleza humana, y la habéis reparado de una manera aún más maravillosa: concedednos por esta misteriosa mezcla del agua y del vino, *participar de la Divinidad* de Aquel que se dignó tomar nuestra humanidad, Jesucristo vuestro Hijo». Esta oración es tanto más significativa, cuanto que va acompañada del simbólico rito—la mezcla del agua y del vino—que significa la unión de los fieles con Jesús.

[92] B. NICOLÁS FACTOR, *Opúsculos* (Valencia 1796), p. 70-71.

Dios un alma, siempre conserva su propia naturaleza, aunque tan sublimada y divinizada, y siempre le queda viva la conciencia de su *yo*, siquiera para reconocer la *nada* que de suyo es y las riquezas divinas que la inundan: siempre es una persona humana la que vive a la vez con esas dos vidas, natural y divina. La sublime expresión del Apóstol: «Vivo, mas ya *no yo*, sino Cristo es quien en *mí* vive», es la que nos da más fielmente a entender el misterio de esta imcomparable unión. Así, bien puede decir el alma enamorada de «su Dios, en quien se abisma», que

Ella no es Dios; pero ella
Está con Dios endiosada...
Y ella y Dios
Una cosa son los dos» [93] [4].

«El hombre que está en Dios de esta manera tan superior e inefable, escribe el Beato Susón [94], hácese una misma cosa con El, conservando, sin embargo, su ser particular y natural. No lo pierde, pero lo posee y disfruta *divinamente*; vive de una manera perfecta, puesto que no pierde lo que tiene y adquiere lo que no tiene, es decir, una *existencia divina*. La *esencia del alma se une a la esencia de Dios*; *las potencias y energías del alma, a la acción de Dios*, y entonces ella comprende que está unida con El en su ser infinito, del cual le es dado gozar».

Esta unión, pues, como advierte Sauvé [95], «es tan perfecta, Dios se apodera ya tan a fondo del alma y de la vida, que parece que la vida de Dios y la del hombre se funden moralmente, y que la del alma se transforma en la de Dios». «La sobrenatural hermosura de su fisonomía y la gloria de que Dios y el alma irradian, dice el V. Juan de Saint Samson, parecen identificarlos tan perfectamente que se diría que hay una transfiguración de Dios en el alma y del alma en Dios; parece que Dios vive, obra y padece en el alma». «Nuestro espíritu, enseña a su vez Rusbrockio, recibe incesantemente, en lo más íntimo y profundo de su naturaleza desnuda, la *impresión* y la *divina luz* de su ejemplar eterno. Es habitación perpetua de Dios..., y Dios lo visita en cada instante con la irradiación de nuevos esplendores... Así el espíritu posee a Dios en la desnudez de su substancia, y Dios al espíritu: vive en Dios y Dios en él» [5] .

[93] Ib. p. 74-84.
[94] *La Eterna Sabiduría* 32.
[95] *Etats* p. 91.

Aquí es, pues, donde está ya verdaderamente *ordenada la caridad*, y se vive del amor perfecto, de ese invencible amor divino que *no ha podido extinguirse en las aguas* de tantas tribulaciones, y ha triunfado de una y mil muertes. Sus *ardores* son fuego del *Espíritu de amor* que la anima, y sus *resplandores, llamas de Yahvé* (Cant. 8, 6-7) [96]. Como tiene ya al Esposo divino—al Verbo de la virtud de Dios (Hebr. 1, 3)—puesto por *sello de su corazón y de sus brazos*, ama y obra según le conviene y de la manera que Dios quiere; y así en todo logra servirle y agradarle. La caridad que el Espíritu Santo derrama a torrentes en su corazón, no encontrando ya resistencias, trabas ni dificultades, sino, el contrario, las mejores disposiciones, en todo obra *divinamente* [6]. Aquí, perdida por completo el alma en Dios, y transformada por amor en las tres divinas Personas, Dios mismo es quien en ella obra y vive, complaciéndose en la perfección de estas sus divinas operaciones [7]. Y así ella devuelve y ofrece a Dios, como cosas dignas de El, las virtudes y excelencias que El le comunica, los preciosos frutos de su Espíritu, y aun este mismo Espíritu que, como prenda de su adopción amorosa y arras de la vida eterna, de El lo recibió y lo tiene [8]. Como a fiel copia del Hijo, puede ya el Eterno Padre decirle: *Esta es mi hija muy amada, en quien tengo mis delicias* [97]. Y como a hija predilecta le revela sus más portentosos secretos: *Pater filiis notam faciet veritatem* (Is. 38, 19).

[96] «Esta llama de amor, dice San Juan de la Cruz (*Llama* c. 1, v. 1), es el Espíritu Santo, *al cual siente ya el alma en sí*, no sólo como fuego que la tiene consumida y transformada en suave amor, sino como fuego que ardiendo en ella echa llama; y aquella llama baña al alma en gloria y la refresca con temple de vida eterna».

[97] «Anima, quae lucidam illam caliginem caliginosamque lucem contemplatur, escribe Blosio (*Inst.* c. 12, § 4), a seipsa deficiens atque in Deum profluens; unus cum eo spiritus in intimo fundo suo efficitur: et cum aeterno Dei Verbo, quod ibi Pater caelestis profert, generata, nobiliter renovatur, atque ad omne bonum opus seu exercitium redditur. Unde, et ipse Deus Pater de illa iam dicit: *Haec est filia mea dilecta, in qua mihi complacui...* Conversatur in caelis, nempe in unius Divinitatis tribus Personis».

«Mi alma, decía la B.ª A. de Foligno poco antes de morir (c. 70), ha sido lavada y purificada en la sangre de Cristo...—Jesucristo, Hijo de Dios, me presentó al Padre; y oí estas palabras: «Oh esposa mía y amor mío, a quien he amado en verdad; no quiero que vengas a mí cargada de dolores, sino adornada con el gozo inenarrable. ¡Que la Reina vista el manto real, porque ha llegado el día de las bodas!»... Y entonces Dios me mostró su Verbo, de suerte que ahora *sé lo que es el Verbo*, sé qué es proferir el Verbo, el Verbo que quiso encarnarse por mí. Y el Verbo pasó por mí; me *tocó*, me *abrazó* y me

Desde aquí se ven muy a las claras los ocultos misterios de la vida espiritual: se reconoce muy bien la necesidad de tantas pruebas y purificaciones, y se bendice una y mil veces al divino Médico que tan maravillosamente supo y pudo curar todas las llagas del alma. Se ven las innumerables imperfecciones que antes se mezclaban en el ejercicio de las virtudes, y aun en aquellas mismas obras que nos parecen del todo perfectas, porque ahora no se miran ya a través del engañoso amor propio, se contempla la pura verdad en el espejo sin mancha de la Esencia divina [98]. Por eso nunca puede cansarse de admirar y celebrar los gloriosísimos triunfos del Amor hermoso.

Oigamos ahora a Santa Angela de Foligno describir desde esas alturas las fases del amor unitivo y los consiguientes progresos, evoluciones y transformaciones del alma: «La transformación del alma en Dios, dice [99], puede ser de tres maneras. La primera une el alma a la voluntad de Dios (*unión de conformidad*); la segunda la une con Dios (*unión mística y desposorio*); la tercera, en Dios y Dios en ella (*matrim. espir.*). La primera transformación es una *imitación* de JESÚS crucificado, pues la cruz es una manifestación de la voluntad divina. La se-

---

dijo: «Ven, amadísima mía, que Yo no he amado con amor engañoso. Ven, porque en el gozo todos los Santos te esperan... Yo mismo vendré por ti. Estás ya tal como conviene para comparecer ante la Majestad».

[98] «El último acto de amor por el cual el alma queda purificada, lo hace en ella la operación divina, sin ella tomar parte. Porque se encuentra tan llena de imperfecciones ocultas, que si las viese caería en desesperación. Pero le permanecen ocultas hasta que el fuego del amor las haya consumido por completo. Entonces solamente es cuando Dios se las muestra como en un espejo, para darle a conocer que de El sólo tiene ese fuego de amor que le destruyó tantas manchas como la afeaban, y le quitó tantos obstáculos que la alejaban de su misma felicidad.» «Para comprender bien esto, hay que saber que lo que de ordinario pasa por perfección a los ojos del hombre es defecto a los de Dios; pues todas las cosas que el hombre hace y que, según su manera de ver, de sentir, de entender, de querer o de recordarse, le parecen perfectas, imprimen sin embargo en él ciertas manchas e impurezas, cuando no reconoce que la perfección en lo que hace es un puro don de Dios. La verdad es que todas nuestras acciones, para ser perfectas, deben estar producidas en nosotros sin nosotros: es decir, sin que podamos llamarnos sus causas principales... Y tales son precisamente las operaciones de Dios en el alma, cuando produce en ella por Sí solo, sin ningún mérito de parte de ella, ese último amor tan puro y tan libre de imperfección de que hemos hablado. Y estas operaciones penetran y abrasan el alma de un modo inefable» (SANTA CATALINA DE GÉNOVA, *Purgatorio* c. 11-12).

[99] *Vis.* c. 64.

gunda une al alma con Dios: su amor entonces no es ya sólo un acto de su voluntad, pues está abierta la fuente, la fuente de los sentimientos inmensos, la fuente de las inmensas delicias; sin embargo, aquí aun queda lugar a la palabra y al pensamiento. La tercera de tal modo *funde al alma en Dios* y a *Dios en ella*, que a la inmensa altura en que el misterio se realiza, las palabras perecen junto con los pensamientos: *sólo sabe estas cosas quien las siente...*

»Al empezar el amor, el alma sufre un enternecimiento, luego cierta debilidad, y, por fin, la fortaleza... Dios trae al alma un amor que se parece al amor creado; le prodiga, con sus caricias, asombrosos e inefables consuelos, que ella no debe pedir con importunidad. Mas no los despreciéis si Dios os los da, pues son vuestro alimento, os excitan a buscarle y os preservan del tedio. Por ellos es el alma llevada a la transformación, a la busca incesante del Amado. Pero también a veces el amor crece con la ausencia y comienza a buscar al Amado por Sí mismo. Si no lo tiene, siente su flaqueza, y, no contentándose ya con las consolaciones, busca la substancia de Aquel que las da, y, cuanto más se abisma en los gozos que vienen de El, tanto más languidece y gime en su amor creciente, porque lo que ha menester es la presencia de Dios mismo. Mas cuando el alma, unida a Dios, se ha afianzado en la verdad, que es su asiento, no se oyen ya ni llantos, ni quejas, ni enternecimientos, ni *desfallecimientos*. Sintiéndose indigna de todo bien y de todo don. y digna de un infierno aún más horroroso que el que existe, el alma queda establecida en una madurez y una sabiduría admirable, en el orden, en la solidez y en una fortaleza que desafiaría la muerte por la virtud del amor, y posee en toda la plenitud de que es capaz. Entonces el mismo Dios la agranda para hacerla capaz de lo que quiere poner en ella. Y ella ve que sólo Dios ES, y lo demás no es nada sino en El y por El... Entonces ve tan profundamente en la luz divina la majestad del orden, que nada la turba ya, ni *aun la misma ausencia de Dios*. Y a fuerza de ser conforme a El, no lo busca ya si está ausente, sino que, contenta con El, pone en sus manos el orden universal... Del fondo del alma surge un ardiente deseo que la impele a hacer sin trabajo las obras de penitencia... Este amor ígneo es perfecto, y la mueve a la imitación perfecta de JESÚS crucificado, que es la perfección de la perfección... Hay que continuar siempre, porque el Hombre-Dios nunca dejó la cruz de la penitencia... La transformación del alma en la voluntad divina no se prueba con palabras, sino con actos y semejanzas.

»Cuando el alma, transformada en Dios mismo, habita en su seno, cuando ha alcanzado la *unión perfecta* y la *plenitud de la visión*, entonces descansa en la paz que excede a todo sentimiento... Ahí *ve el Ser* de Dios, y cómo todas las creaturas reciben el suyo de Aquel que es el SER. Y ve que nada existe que no tenga de El su existencia. Introducida en la visión, el alma bebe en la fuente viva una sabiduría admirable, una ciencia superior a las palabras, una gravedad fuerte; arranca a la visión su secreto, ve la perfección de todo lo que viene de Dios, y pierde la facultad de contradecir, porque ve en el espejo sin mentira la sabiduría que crea. Ve que el mal viene de la creatura que destruye lo que era bien. Esta *visión de la Esencia altísima* excita en el alma un amor de correspondencia..., y la misma Esencia nos induce a amar todo lo que Ella ama.»

Las privilegiadísimas almas que a tan sublime y feliz estado llegan, suelen gozar casi habitualmente de cierta manera de visión o presencia bastante clara de la Beatísima Trinidad, y ante este inefable misterio, al ver los atributos de las tres divinas Personas y sus títulos de amor, desfallecen en transporte de caridad. Y, sin embargo, apenas tienen ya éxtasis ni raptos, apenas padecen deliquios, porque todo su ser ha quedado tan confortado, tan regenerado, tan vivificado, que el exceso de luz interior, lejos de privar de los sentidos, se extiende a vivificarlo y fortalecerlo todo, como sucede en la gloria [100]. De ahí que hasta cesen no pocas veces las mismas enfermedades habituales. Ya hemos visto cómo—según San Juan de la Cruz [101]—ese estado casi glorioso lleva consigo la confirmación en gracia [102],

[100] «In Deum immersa atque absorta, ultro citroque in Divinitate natat, et abundant ineffabili gaudio; quod etiam copiose redundant in corpus; iamque ipsa anima in hoc exsilio vitam aeternam inchoat» (BLOSIO, *Inst.* c. 2, § 4).

[101] *Canc.* 22.

[102] Así lo sostiene también Scaramelli (tr. 2, n. 221-6), fundándose en la autoridad del mismo Santo, de San Bernardo, San Lorenzo Justiniano y, podría decir, de todos los místicos, que por eso simbolizan esta unión por la del matrimonio, de suyo indisoluble, como el del Salvador con su Iglesia. La misma Santa Teresa, a pesar de las timideces, vacilaciones y restricciones habituales—con que tantas veces encubre su pensamiento a los que no saben leerla—lo da bien claro a entender (*Mor.* 7, c. 2), diciendo que está el alma con Nuestro Señor en la condición de los casados, *que no se pueden ya separar.* Blosio se contenta con dar esto por verosímil: *Unde verosimile est, eos nunquam posse a Deo separari* (*Inst.* c. 12, § 4, n. 2). Mas Santa Angela de Foligno lo afirma repetidas veces y del modo más enérgico. Bástenos citar ahora estos dos pasajes (*Vis.* c. 25-27): «Pedía a Dios que me diera algo de Sí mismo ...; y vi que el amor venía a mí...; lo vi

y aun podemos añadir, la exención completa de las penas del purgatorio, pues estas almas se encuentran aquí ya tan puras, que al desprenderse de los lazos de la materia pueden volar derechas a ver a Dios cara a cara, y, por otra parte, la luz continua de que gozan y la *estabilidad* del pacto del *matrimonio espiritual* constituyen en alto grado esa «especial revelación» de que habla el Concilio Tridentino [103]. A éstos el mismo divi-

con los ojos del alma mucho más claramente que cuanto había visto jamás con los del cuerpo... Dios me dió la *evidencia* y quedé satisfecha. Fuí llena de un amor al cual no temo prometerle la *eternidad*; y si una criatura me predijese la muerte de mi amor, yo le diría: «Mientes»; y si fuera un ángel, le diría: «Te conozco; tú eres quien cayó del cielo».—Mi alma se presentó ante la cara de Dios con una *inmensa seguridad*, sin sombras y sin nubes; se presentó con un gozo desconocido, superior a toda inteligencia... Sentí lo inefable, el deslumbramiento divino... Cuando después de esto el alma vuelve en sí misma, se encuentra dispuesta a regocijarse de cualquier pena e injuria llevada por Dios; *siente la imposibilidad de una separación*. Así, exclamaba yo: ¡Oh dulce Señor!, ¿qué cosa habrá que pueda separarme de Ti? Y oí esta respuesta: *Nada, con mi gracia*».—«Este matrimonio, escribía el B. Raimundo hablando del de Santa Catalina de Siena (*Vida* 1.ª p., 12), me parece ser una *confirmación en la gracia divina*; y el anillo, su prenda... Dios *revela frecuentemente* a sus predestinados que perseverarán en su amor y gracia. Y es porque quiere enviarlos a pelear en medio de un mundo corrompido... Catalina, aunque mujer, había de ser un apóstol». «En el supremo conocimiento de Dios, dice Taulero (*Inst.* c. 39), en su dilección y unión perfecta, se da esta *certeza* de la eterna felicidad. Los que llegan a alcanzarla, confiadamente podrán decir con el Apóstol (Rom. 8, 38): *Cierto estoy que ni la muerte, ni la vida, ni alguna otra cosa me podrá apartar de la caridad de Dios*». Según Santo Tomás (*Opus.* 61, c. 13), esta plena seguridad la pueden tener ya las almas *arrebatadas y unidas*: *Rapto et unito congruit*. Cf. *supra*, p. 150; B. SUSÓN, *Eterna Sab.* c. 30; *supra*, p. 136. «El conocimiento y amor de mi divina Esencia, dijo el Eterno Padre a Santa Magdalena de Pazzis (4.ª p., c. 19), unen al alma conmigo de una manera tan *inseparable*, que puede ella decir con San Pablo: *¿Quién me separará de la caridad de Cristo?*» Santa Rosa de Lima (HANSEN, 1, c., 15 y 26) afirmó solemnemente a los jueces encargados de examinar su espíritu, que le parecía estar «confirmada en gracia y segura de no perder a Dios». Y en otras ocasiones no sólo se mostró *cierta* de su salvación, sino también de que no había de penar ni un solo momento en el purgatorio. Estas son «las almas grandes a quienes, como dice San Francisco de Sales (*Amor* 4, 1), Dios con una especialísima gracia mantiene y confirma en su Amor, que están fuera del riesgo de perderle jamás». Cf. TOMÁS DE JESÚS, *De Orat.* l. 4, c. 18, ad 8; RUSBROCKIO, tr. 13: *De la Contemplación divina* c. 77; ALVAREZ DE PAZ, t. 3, *De grad. contempl.*, l. 5, p. 3, c. 14.

[103] Ses. 6, c. 9.

no Espíritu, con toda evidencia, viene a darles *testimonio de que son hijos de Dios. Y, si hijos, también herederos* [104].

La actividad que despliegan es infinita, como verdaderamente divina: uno de ellos, en pocos años, basta a veces para producir una reforma general. Díganlo, si no, un San Bernardo, un Santo Domingo, un San Francisco, un San Jacinto, un San Antonio de Padua, un San Vicente Ferrer o una Santa Catalina de Siena, que vive llena de enfermedades, muere a los treinta y tres años y, sin embargo, tan pronto está en Aviñón como en Roma, en Luca, en Pisa, en Florencia, o dondequiera que el bien de la Iglesia y la salud de las almas o cualquier necesidad privada o pública la reclaman; que pasa las noches en la oración y el día visitando hospitales, consolando afligidos, convirtiendo pecadores y hallando remedio para toda suerte de males y desgracias; que escribe libros divinos y dicta a la vez hasta a cuatro secretarios sobre asuntos tan graves como diversos, dirigiéndose a papas y reyes, a príncipes, a prelados, a religiosos, a casados, y todo en un estilo elegante y correcto, a pesar de no haber aprendido siquiera a leer. Dígalo una Santa Teresa que, en pocos años, pobre y desvalida, edifica numerosos monasterios y escribe sus admirables tratados de Mística; o el bendito P. Hoyos que, de simple estudiante, y en cosa de dos años, logra desde su retiro conmover a toda España, encendiéndola en el amor al divino Corazón de Jesús [105]. Dígalo el Beato Diego de Cádiz...

Los que creen que la vida contemplativa fomenta la ociosidad, podían fijarse en estos ejemplos [106]. Hoy se abomina de

---

[104] Cf. Santa Rosa de Lima, l. c.—«¿Cómo dudar, escribe el autor de *Las Nueve Peñas* (13, 9.ª), que estos tales están seguros de su eterna felicidad? Puesto que han llegado a ser una sola cosa con Dios, ¿quién podrá de El separarlos? No permitirá Dios que caigan en manos del enemigo, puesto que son sus íntimos y sus muy amados. Cuando la muerte los deja en libertad, vuelan derechos al cielo... Salen de esta vida ya *purificados,* y *nada les queda que expiar...* No peligran en su trato con el mundo; porque están ya libres de todo temor servil. No temen los tormentos, la muerte ni las persecuciones; sólo sienten un temor filial de no agradar bastante a Dios, sirviéndole según desean... Deploran la ceguedad de los hombres y los males de la Iglesia; y este dolor es la mayor de sus cruces, pues despedaza su corazón y los pone a punto de morir».

[105] Casi lo mismo sucedió en pleno siglo XIX con la V. A. M. Taigi, pobre costurera, casada y con mucha familia que educar y mantener; y sin embargo fué tanto lo que trabajó en bien de las almas, que de ella pudo decir Pío IX, que había sido puesta por Dios contra todos los males de la Iglesia.

[106] «Hay cosas, dice el P. Weiss (*Apol.* 9, conf. 11), que ocurren

esta manera de vida, ora por ciega ignorancia, ora por refinada malicia. Se muestra algún aprecio a las Ordenes religiosas de vida activa, cuyos oficios humanitarios se palpan; pero se quiere agotar la fuente de donde manan todos estos beneficios, que es la odiada *contemplación*. Sin ésta, la acción sería vana, estéril o muerta; cesaría en breve o degeneraría. ¿Por qué no nacen instituciones benéficas, de esas que exigen una abnegación heroica fuera del catolicismo? ¿Y de dónde viene ese heroísmo, sino de la energía divina que el Padre celestial infunde a las almas recogidas a contemplar y copiar en sí sus infinitas perfecciones? [107]

No, la vida contemplativa no cesará ni podrá cesar mientras dure la Iglesia [108]. Si la arrojan de los monasterios, se re-

---

a los Santos, y a nadie más: cosas en que ellos triunfan y en que todos los otros fracasan. Llenos de confianza en Dios y de celo por su honor, emprenden lo imposible por obediencia, y en ello triunfan. Dicen la verdad a las personas más susceptibles, y todas las aceptan. Oran de tal modo que parecen no hacen otra cosa, y, no obstante, escriben obras y realizan acciones tales, que se siente uno tentado a creer que no les queda un momento para orar».

Pero «ni el trato de los hombres, ni las ocupaciones exteriores les impide estar siempre en presencia de Dios; porque en toda multiplicidad, han aprendido a conservar la unidad del espíritu; y así gozan de la estable y esencial introversión» (BLOSIO, *Inst.* c. 1).—«Gracias a las ilustraciones superiores, la acción viene a ser extremadamente fácil. Todo lo que es pequeño, estrecho y humano desaparece. Concentrada en Dios, apoyada en El, y llevada de El, encuentra el alma facilidad para todo y una aptitud habitual como su unión» (ANÓNIMO, citado por SAUVÉ, *Etats* p. 90).

[107] «No hay actividad comparable a la del espíritu que contempla, ni condensación de energía como la suya. La historia tampoco puede mostrar seres de actividad tan prodigiosa como esas almas que, encerradas por largo tiempo en la quietud de la contemplación, salen de ella a *contagiar* al mundo, luchando solas contra todo, e imponiéndose a sociedades y costumbres. Pedro el Ermitaño, Vicente Ferrer, Catalina de Siena, Teresa de Jesús, Vicente de Paúl..., ¿conoce el mundo almas de temple parecido, que no hayan salido del horno de la contemplación?» (P. GETINO, *Vida y procesos de Fr. Luis de León* p. 30).

«Un hombre de oración hará más en un año que otro en toda su vida» (LALLEMANT, *Doctr.* pr. 2, sect. 2, c. 6, a. 2). «No cabe hondura de sentimiento—decía no ha mucho un anticatólico—sin intensidad de acción».

[108] «Cum prophetia defecerit, dissipabitur populus» (Prov. 29, 18). «Siempre hemos de ver en la Iglesia, dice el abate E. Meric (Carta a Lejeune, *Man. Myst.*), criaturas privilegiadas que apenas tocan en el suelo con la punta del pie; con el cuerpo levantado por la fuerza del espíritu, viven ya en esas altas y misteriosas regiones donde sus ojos contemplan espectáculos que no conocemos, y su pecho respira un aire que da extrañas embriagueces, y su alma, transfigurada, deja pa-

tirará de nuevo—a semejanza de la gloriosa mujer apocalíptica, perseguida por el dragón (Apoc. 12, 6-14)—a los desiertos o las catacumbas y, por de pronto, al íntimo retiro de los corazones, donde verdaderamente está el reino de Dios, y adonde ningún profano puede penetrar.

No hay ni una de estas almas grandes, por encerrada que esté, que no deje trascender muy lejos el fruto de su actividad y, hasta muy a pesar suyo, el buen olor de sus virtudes. En medio de la refinada impiedad de a principios del siglo pasado, una obscura monja alemana, sor A. C. Emmerich, tendida en un rincón en el lecho del dolor, entre indecibles padecimientos—a pesar de sus vivas ansias de sufrir por Dios ignorada del mundo—ejercía no ya en torno suyo, sino muy lejos, hasta en Berlín y en París, una prodigiosa influencia. Arrojada de su convento, enferma y desvalida, hallaba remedio para los males del prójimo, sanaba a muchos contritos de corazón, consolaba a los afligidos y edificaba la Iglesia «arrancando espinas de las viñas del Señor y supliendo así las negligencias de muchos ministros».

Mas aun cuando mueran del todo ignorados, con la misma muerte empieza a sentirse la saludable influencia ejercida por los Santos. Por de pronto, ¿quién, sino estas almas elevadas, verdaderos «pararrayos del cielo», contiene el brazo de la divina Justicia y trueca en bendiciones los merecidos castigos? Ellas aplacan a Dios y traen sobre su país, y aun sobre el universo todo, beneficios innumerables. Su puro y encendido amor pesa más en la balanza divina que la perfidia de millones de impíos. Ellas bastan para que Dios mire al mundo con complacencia: sin ellas, la tierra perecería por su propia iniquidad. Quienes las odian, a sí mismos se odian [109].

---

sar a través del cuerpo unas irradiaciones que parten del mismo Dios... ¡Con su austeridad asombrosa confunden al mismo sacerdote encargado de dirigirlas! Nada hay que nos haga sentir a la vez la incomparable grandeza de nuestro ministerio y la repugnante fealdad de las flaquezas que nos oprimen, como la radiante visión de estas criaturas ideales que nos piden, en su ascensión difícil, el apoyo de nuestra mano, y que dejan en pos de sí, en los ojos que las han contemplado, el imperecedero reflejo de las cosas eternas».

Por nuestra parte, nunca podremos olvidar la indeleble impresión que nos causó ver ya como transfigurada en el lecho mortal a la bendita sierva de Dios M. María de la Reina de los Apóstoles, fallecida con gran olor de santidad el 13 de agosto de 1905, a los veinticinco años de su edad. Se hallaba como en lo más denso de la *gran tiniebla* divina, juntando con una gloria anticipada horribles padecimientos; los cuales soportaba, con suma paz y alegría, por el bien de sus prójimos.

[109] «Cuando Dios eleva a un alma al último grado de la contempla-

Tal es el poder de estas almas generosas que, renunciando por completo a todo lo terreno y a sí mismas, han logrado remontarse en alas del amor divino hasta las más sublimes cumbres de la contemplación, que una de ellas sola agrada más a Dios y alcanza de El más, que miles y aun millones de justos ordinarios que, por mucho que se ocupen en buenas obras, no hayan logrado aún desnudarse por completo de sí mismos [110]

---

ción, dice Lallemant (*Doctr.* pr. 7, c. 4, a. 9), ya no le niega nada de cuanto le pida... Si se pone ella a orar por algo que la hayan recomendado, nota que el Espíritu de Dios la lleva a descubrir admirables secretos, donde se pierde y se olvida de lo que iba a pedir, y, sin embargo, Dios se lo concede; sin ella pensarlo, se logran sus deseos. Un alma así puede, con sus oraciones y su crédito ante Dios, sostener a toda una religión y a todo un reino.» «Si estas almas, dice el diálogo de *Las nueve peñas* (l. c.), son pocas en número, son grandes en mérito; sobre ellas, como sobre sólidas columnas, sostiene Dios su Iglesia. Sin ellas perecería el Cristianismo, y el demonio cogería en sus redes al mundo entero... Uno solo de los que viven en estas alturas es más amado de Dios y más útil a la sociedad cristiana, que otros mil que le sirvan siguiendo su propia inclinación... Tan caros son a Dios y de tanto favor gozan ante El, que si uno de ellos solo pidiera una cosa y todos los demás cristianos lo contrario, sería oído con preferencia... ¡Oh cuánto mejor andaría todo en la Iglesia, si los hombres en sus dificultades tomaran consejo de estos siervos de Dios, a quienes El llena de tanto amor y tanta luz! Pero el mundo es tan ciego y tan indiferente para con la Verdad, que estos santos en quienes reside el Espíritu divino son oprimidos, burlados y menospreciados como el desecho del mundo».

«Deus autem plus delectationis in quolibet eorum invenit, quam in multis aliis hominibus, qui sibi intime uniti non sunt» (BLOSIO, *Instit. spiritualis* c. 12, § 4, n. 2).

[110] «La verdadera vida del alma es morir a sí misma y renunciarse en Dios... Si queréis ser útiles a todo el mundo, desprendeos de las criaturas y entregaos a Dios... Cuando las potencias del alma pierden su propia actividad y los elementos del cuerpo se purifican, nuestras facultades adquieren toda su nobleza, porque vuelven a su principio. que es Dios» (B. SUSÓN, *La unión divina* 2). «Ciertamente que los que sin medio alguno se unen con Dios y le dejan obrar, le son muy amados, y en una breve hora prestan más utilidad a la Iglesia que la que en muchos años pueden prestarle los que no han llegado a esa unión» (BLOSIO, *Inst. spir.* c. 1). En estos estados superiores en que el alma parece estar ociosa, dice Sauvé (*Etats* p. 60-63), «es incomparablemente más activa y más influyente en la Iglesia. Cuando Dios obra en ella, no es para disminuir su actividad, sino para perfeccionarla. Estas almas son el apoyo del mundo: una de ellas alcanza más bienes y da más gloria a Dios que multitud de almas vulgares. Si no tratan con el prójimo, interceden por él. De ellas se vale Dios como de medios de edificación de su Iglesia». «Después de los apóstoles y los mártires, escribe Lejeune (*Man. myst.* p. 27), los contemplativos son quienes constituyen la fuerza y fecundidad de la Iglesia. La maravillosa eflorescencia cristiana del siglo IV coincide con la época de los Padres del

En estas almas privilegiadas, desde que han traspasado la esfera del místico desposorio, tal perfección resplandece, tan bien copiada se ve la imagen del Hombre-Dios, que en ellas suelen traducirse aun exteriormente ciertos atributos gloriosos, cuando no divinos [111]. Como Dios es la misma actividad por esencia, les da fuerzas misteriosas con que suplen a la propia debilidad natural y aun a la falta de alimentos o de sueño. Así vemos en Santa Catalina de Siena que, cuando el deber o la caridad la llamaban, cedía de repente la fiebre y se levantaba para emprender largos viajes o penosos trabajos. Pasaba meses y meses con una actividad prodigiosa, sin apenas comer ni dormir; pues no tomaba otro alimento que la Eucaristía, ni otro reposo que el de unos quince minutos, y ésos de rodillas [112]. En otra multitud de santos sucedieron cosas análogas y aun más admirables: lo que Santa Luduina durmió en treinta y tres años no equivalía a una sola noche [113].

---

desierto... El alejamiento del teatro de la lucha activa, lejos de ser causa de debilidad, es un principio de acrecentamiento de esa fuerza vital de que vive la Iglesia. Por haber olvidado esta ley histórica y no haber dado a la contemplación la debida importancia, es por lo que en nuestro siglo se consumen en vano y se esterilizan tantos esfuerzos y sacrificios».

[111] «Ut corpora illustria perlucidaque, contacta radio solis fiunt et ipsa supra modum splendida..., sic et animae Spiritu afflatae et illustratae *fiunt et ipsae spiritales et in alios gratiam emittunt*... Hinc *cum Deo similitudo*, et, quo nihil sublimius expeti potest, *ut deus fias*» (S. Basilio, *De Spiritu Sancto* 9).

«Por estar ya (el alma) muy espiritualizada, ilustrada y adelgazada... se deja traslucir la Divinidad en ella» (S. Juan de la Cruz, *Llama* canc. 1 y 6).

«Así como el resplandor del cuerpo de Nuestro Señor en su transfiguración salía de adentro, como una revelación de la Divinidad, latente bajo las apariencias de nuestra miseria, así, dice Terrien (1, página 344), las excepcionales prerrogativas que en los Santos admiramos son la expansión e irradiación exterior del misterio que se obra en el fondo de todas las almas santificadas. Y así, con no ser el estado normal de nuestra presente unión con Jesucristo, contribuyen mucho a declararla».

[112] *Vida* 1.ª p., 4.

[113] El Beato Nicolás de Flue, escribe el P. Butiña (*Luz del menestral* t. 1, p. 277-9), «durante veinte años seguidos no comió ni bebió, ni probó otra cosa que la sagrada Eucaristía. Este milagro, sometido en vida del Beato a un escrupuloso examen, es considerado como incontestable aun por historiadores protestantes como Müller... Recibía—según él mismo declaró—de la comunión, o deseos de recibirla, una fuerza tan grande, que se le renovaban los bríos sin sentir necesidad de alimento ni bebida». Sin embargo, emprendía largos viajes para calmar los ánimos de sus compatriotas, y diariamente tenía que responder a los muchos que iban a consultarle en su retiro, donde era

Frecuentemente irradian luz celestial; penetran lo íntimo de los corazones; por cierto olfato espiritual distinguen al pecador y aun los pecados que le afean [114]; por el tacto, o la simple vista, o por cierta atracción misteriosa, distinguen los objetos sagrados o benditos [115]; gozan a veces de la visión a distancia, del discernimiento de espíritus y de la agilidad o levitación con que, en sus raptos, sube el cuerpo a los aires, sobre todo hacia donde está el Santísimo Sacramento que les atrae, y allí permanecen entre las luces sin quemar sus vestidos y, cuan-

---

mirado como el oráculo de Suiza. Una vez que por obediencia tuvo que tomar un bocado de pan, le vinieron unos vómitos tan violentos, que le pusieron en peligro la vida. Y así no volvió a ser sometido tan dura prueba. Del mismo modo, Santa Catalina de Siena sufría terribles dolores cada vez que la obligaban a tomar algo, que se reducía a un poco de pan o unas hierbas cocidas. Así pasaba largas temporadas sin otro alimento que la Eucaristía, con la cual recibía grandes fuerzas. A veces la simple vista del Santísimo—y aun de un sacerdote que acabase de celebrar—le producía los efectos de nuestro alimento (*Vida* 2.ª p., 5). Santa Angela de Foligno pasó también hasta doce años sin comer otra cosa más que el verdadero Pan de vida; el cual para ella tenía un sabor especial y tan delicioso, que no hay nada con qué compararlo. En fin, para no multiplicar los ejemplos que se pueden ver en varios autores, sólo añadiremos que Santa Rosa de Lima pasó a veces semanas enteras con sólo ese divino alimento. Enflaquecida como estaba, al ir a la iglesia apenas podía tenerse en pie; mas al comulgar venía a quedar resplandeciente y tener la figura de un ángel, y luego quedaba tan confortada, que podía volver para casa con una agilidad pasmosa.—Cf. HANSEN, 1, 23; GÖRRES, *Myst. div.* l. 2, c. 5.

[114] «Te doy, dijo Nuestro Señor a Santa Catalina de Siena (*Vida* 2.ª p., 4), mi luz sobrenatural, que te hará ver la belleza o fealdad de todas las almas con quien trates. Tus sentidos interiores percibirán el estado de los espíritus, como los exteriores perciben el de los cuerpos. Y esto no sólo con las personas presentes, sino con todas aquellas cuya salvación sea objeto de tu solicitud y oraciones, aun cuando estén ausentes y nunca las hayas visto». «La eficacia de este favor, añade el Beato Raimundo, fué tal, que desde aquel momento veía realmente mucho mejor las almas que los cuerpos».

[115] «Las vidas de los santos, dice Weiss (*Apol.* 5, p. 466), están llenas de hechos semejantes. Todo lo que era santo—todo lugar u objeto que había estado en contacto con la santidad—les parecía brillar con luz tan esplendorosa, que, en su comparación, la del sol era obscuridad... Al entrar en un templo *sentían* inmediatamente el punto donde el Señor estaba oculto en el Sagrario... Distinguían el agua bendita de la que no lo era, como nosotros distinguimos el agua del vino. Reconocían la hostia consagrada y la que no lo estaba, las reliquias verdaderas y las falsas, y conocían si los restos de los que yacían en sus tumbas pertenecían a elegidos o a quienes Dios no había acogido en su seno; reconocían si un alma estaba en estado de gracia o no, si existían todavía en ella pecados ocultos o si sus faltas habían sido borradas por el sacramento de la Penitencia. (Vide muchos ejemplos en Görres, *Mística* 2, 83-105; Santa Brígi-

do suavemente descienden a donde estaban, siéntese como un ligero ruido de alas angélicas [116]. Por cuanto han restablecido en sí el orden y vuelto como al estado original, recobran el dominio sobre la naturaleza: así calman los elementos, amansan las fieras y hasta las traen a su servicio, para que les acompañen a alabar a Dios, y, en fin, ejercen sobre los corazones una influencia sin límites [117].

Tan enriquecidas están con el poder de su amado Salvador y tan copiada llevan su divina imagen, que ésta se les descubre a veces hasta en el rostro y en todo su aspecto: los contemporáneos de Santo Domingo, y aun los de San Francisco de Sales, se maravillaban de ver en ellos el vivo retrato de Nuestro Señor. De Santa Catalina de Siena se llegó a decir: «¿Es

---

da, *Revel.* 6, 87; Santa Catalina de Siena, *Vida*, 2.ª p., 4; Emmerich, *Vida* etc.) A consecuencia de su continuo comercio con Dios, de tal modo estaban penetrados de El, que la gracia se movía en ellos como el águila que con todas sus fuerzas sacude sus alas poderosas, que su contacto quemaba como el fuego, que la plenitud de los dones divinos de que estaban penetrados, y que de ellos brotaban sobre el mundo entero, hacía distinguir como lámparas luminosas la extremidad de sus dedos cuando juntaban sus manos para orar».

[116] En este estado de arrobamientos en el aire, se les puede mover de un soplo, como plumas ligerísimas; basta soplarles desde lejos, como se comprobó repetidas veces en la V. Agreda (cf. *Vida*, por J. SAMANIEGO, § 9), y entre otros muchos místicos (vide GÖRRES, *Myst. divin.* l. 4, c. 21-22). Otras veces son llevados a lugares inaccesibles. «Cuando estaba encargada de las funciones de sacristana, dice Emmerich (*Vida*, por BRENTANO, 6.ª ed. cast., p. 12), me sentía de pronto como transportada: subía a los sitios más elevados de la iglesia, sobre las cornisas, los frontones y molduras de albañilería; adonde parecía imposible humananıente subir. Entonces lo limpiaba y componía todo. Me parecía siempre que había sobre mí espíritus bienhechores que me elevaban y me sostenían». Lo mismo sucedía a Santa Magdalena de Pazzis. «No tenemos por qué extrañarnos, observa el P. Weiss (*Apol.* 10, conf. 25), de que Cristina Mirábilis (*Vida*, por THOM. CANLIP., 2, 15) y San José de Cupertino (PASTROW. *Vida* 3, 32) puedan sostenerse como pájaros en la flexible cima de un árbol o caminar sobre las aguas; que San Raimundo de Peñafort atraviese el mar en su capa (*Vida* 5, 26); que Santa Catalina de Siena apenas toque los escalones cuando sube o baja (B. RAIM., *Vida* l. 1, 32; 2, 2, 139) y que durante sus éxtasis permanezca echada sobre un saquito de huevos sin romperlos; que el B. Amadeo pase como de un vuelo sobre la nieve sin dejar rastro alguno (*Vita* 8, 87). No, no hay que asombrarse de esto, si se tiene en cuenta que en ellos vivía el Espíritu de Aquel que no sólo caminaba sobre las olas, sino que eximía a San Pedro de las leyes de la gravedad y le mantenía sobre las aguas» (Mt. 14, 25-29).

[117] Vide GÖRRES, l. c. y l. 3, c. 29; SAUVÉ, *Etats myst.* p. 101-112; HANSEN, *Vida de Santa Rosa de Lima* 1, c. 13.

ella misma o es Jesucristo?» ¡Tanto se le parecía!—¡Tal era el poder, serenidad y majestad de esta prodigiosa Santa!—Nada extraño que, cuando, en Florencia, la buscan para matarla aquellas amotinadas turbas, al verla pierdan su fiereza: deponen las armas, se echan a sus pies... y le ruegan se esconda. Mas ella sale a través del tumulto, y su presencia lo calma todo: al odio sucede el respeto y veneración. La misma naturaleza, lejos de perder con las duras pruebas en que es acrisolada, sale, por fin, ganando; pues queda purificada y regenerada, a semejanza de lo que era en los felices días de la inocencia.

Por eso mismo, con parecerse tanto todos los grandes amigos de Dios, como vivas copias del mismo divino Modelo, no por eso dejan de ofrecer cada cual su carácter singularísimo; pues, en vez de perder las buenas dotes personales o étnicas, las realzan santificándolas [118]. ¿Quién no admira la delicadeza de sentimientos y fineza, verdaderamente italiana, de la referida virgen? Tenía suma afición a los niños y a las flores; no se cansaba de abrazar y acariciar a aquéllos al encontrarlos en las calles, por sucios que los viera, ni de cultivar ella misma su jardín. Y en medio de los grandes trabajos y gravísimos negocios, hallaba tiempo para regalar a sus muchos amigos e imitadores algún hermoso ramillete, diciéndoles que se lo había hecho ella misma... En cierta ocasión, un noble joven iba a ser ajusticiado, sin que nadie pudiera convencerle para que preparara su alma. Se presenta entonces esta admirable virgen: reclina en su casto seno aquella cabeza dura, para que allí mismo descanse y pueda dormir y ablandarse. Y el criminal se encuentra cambiado y tan lleno de valor, que al fin se presenta alegre en el patíbulo; donde le espera su bienhechora para tenerle otra vez la cabeza al ser cortada y luego recogerla con tan tierno cariño, que ni aun quiere quitar de sus vestidos las gotas de sangre que ella misma había hecho preciosa [119].

De la delicadeza de sentimientos de una Santa Teresa no hay que hablar: todos la reconocen y la admiran. ¿Quién hay que no vea en esta gloriosa heroína un modelo acabado de la per-

---

[118] «En la vida de cada santo vemos brillar, como en un espejo, el carácter del pueblo a que pertenece, del mismo modo que vemos reflejarse en la superficie de los lagos de un país el color de su cielo y la forma de sus montañas» (WEISS, *Apol.* 10, conf. 24). Pero «sólo la gracia puede comunicar ese aire sobrenatural que se particulariza adaptándose maravillosamente al carácter de cada persona. Esto no se aprende en los libros, es efecto de una íntima revelación» (CAUSSADE, *Aband.* l. 3, c. 5).

[119] Cf. *Epíst.* 101.

fecta mujer española? ¿Y quién puede menos de verla transfigurada por la gracia? Solamente los Santos pueden ser hombres perfectos, hombres verdaderamente grandes [120], porque en sólo ellos se restaura la naturaleza en su integridad primitiva, realizándose plenamente la idea creatriz, a la vez que se configuran a imagen del mismo Verbo.

APÉNDICE

[1] *Comparación del matrimonio espiritual con el desposorio.*—«Hay grandísima diferencia, dice Santa Teresa [121], del desposorio al matrimonio espiritual, como la hay entre dos desposados a los que *ya no se pueden apartar.* Ya he dicho que aunque se ponen estas comparaciones—porque no hay otras más a propósito—que se entienda que aquí no hay memoria de cuerpo, más que si el alma no estuviese en él, sino sólo espíritu: y en el matrimonio espiritual muy menos, porque pasa esta secreta unión en el centro muy interior del alma, que debe ser adonde está el mesmo Dios... Es un secreto tan grande y una merced tan subida la que comunica Dios allí al alma en un instante, y el grandísimo deleite que siente el alma, que no sé a qué lo comparar, sino a que quiere el Señor manifestarle por aquel momento la gloria que hay en el cielo por más subida manera que por ninguna visión ni gusto espiritual. No se puede decir más de que, a cuanto se puede entender, queda el alma, digo el espíritu de esta alma, *hecho una cosa con Dios...* Porque de tal manera ha querido —su Majestad—juntarse con la criatura, que ansí como los que ya no se pueden apartar, *no se quiere apartar El della.* El desposorio espiritual es diferente, que muchas veces se apartan: y la unión también lo es, porque aunque unión es juntarse dos cosas en una, en fin se pueden apartar, y quedar cada cosa por sí, como vemos ordinariamente; que pasa de presto esta merced del Señor, y después se queda el alma sin aquella compañía; digo, de manera que lo entiendan.

---

[120] Hay una diferencia muy notable entre la grandeza de los santos y la de los hombres que pasan por grandes. Estos lo son tan sólo mirados de lejos: aquéllos de lejos y de cerca. «El hombre grande, dice H. Joly (*Psychol. des Saints* c. 1, p. 28), por muy grande que sea para las turbas y para todos aquellos que no ven más que los resultados exteriores, suele ser pequeño para los que de cerca le tratan, y conocen las flaquezas... Por el contrario, un santo parecerá tanto mayor cuanto más de cerca—o sea, más íntimamente—se le trate. Los que así vienen a ser testigos de sus ocultas virtudes, de su cariño ignorado, de su valimiento ante Dios y de la invisible influencia que ejerce en las almas, son los encargados de confundir la ignorancia y disipar los prejuicios de los que los menosprecian».

[121] *Morada* 7, c. 2.

En estotra merced del Señor, no, porque *siempre queda el alma con su Dios* en aquel centro. Digamos que sea la unión como si dos velas de cera se juntasen tan en extremo, que toda la luz fuese una...: mas después bien se puede apartar la una vela de la otra. Acá es como si cayendo agua del cielo en un río... no podrán ya dividir y apartar cuál es el agua del río o la que cayó del cielo...; o como si en una pieza estuviesen dos ventanas por donde entrase gran luz, aunque entra dividida, se hace toda una luz... Ansí me parece puede decir aquí el alma: *Mihi vivere Christus est, et mori lucrum,* porque es donde la mariposilla que hemos dicho muere, y con grandísimo gozo, porque su vida es ya Cristo... *Se entiende claro* por unas secretas aspiraciones, *ser Dios el que da vida a nuestra alma*... Es tanto este sentimiento, que produce algunas veces unas palabras regaladas que parece no se puede excusar de decir: *¡Oh vida de mi vida!* ¡Y sustento que me sustentas! Y otras de esta manera... Se entiende claro que hay en lo interior quien arroje estas saetas, y dé vida a esta vida, y que hay sol de donde procede una gran luz que se envía a las potencias o interior del alma. Ella no se muda de aquel centro, ni se le pierde la paz».

San Juan de la Cruz, explicando su divina canción 22: *Entrádose ha la Esposa—En el ameno huerto deseado,—Y a su sabor reposa,—El cuello reclinado—Sobre los dulces brazos del Amado*—dice entre otras cosas notables: «A este huerto de llena *transformación,* el cual es ya gozo, deleite y gloria de *matrimonio espiritual,* no se viene sin pasar primero por el *desposorio espiritual,* y por el amor leal y común de desposados: porque después de haber sido el alma algún tiempo Esposa en entero y suave amor con el Hijo de Dios, después la llama Dios y la mete en este huerto suyo florido, a consumar este estado felicísimo del matrimonio consigo; en el cual se hace tal junta de las dos naturalezas, y tal comunicación de la divina a la humana, que no mudando alguna de ellas su ser, cada una *parece Dios... Todo el deseo y fin del alma y de Dios en todas las obras de ella, es la consumación y perfección de este estado;* por lo cual *nunca descansa el alma hasta llegar a él,* porque halla en él mucha más abundancia y henchimiento de Dios, y más segura y estable paz, y más perfecta suavidad sin comparación que en el desposorio espiritual. Bien así como ya colocada en los brazos de tal Esposo, con el cual ordinariamente siente el alma tener un estrecho abrazo espiritual, que verdaderamente es abrazo por medio del cual vive el alma *vida de Dios*».

[2] *Estado muy vecino al precedente, pero que todavía no es de verdadera y plena transformación.*—«¡Cómo se regocija mi alma!—exclamaba una (J.) en ese estado de transición—, mi alma que, a pesar de rodearla un cúmulo de tribulaciones inmensas, nada es capaz de alterar su paz. En el interior, en el fondo del corazón, nada llega: sólo el amor tiene allí entrada: es el oasis de mi vida, y creo imposible poder ser más dichosa. Allí se siente y gusta a sólo Dios, allí se contemplan sus atributos divinos sin figuras, sin consideraciones, perdida toda

en aquella inmensidad de perfecciones, liquidándose en Dios sólo, sustancia purísima que no se parece a nada, ni puede parecerse, porque es único. ¡Cómo enseña e ilustra al alma, y cómo la deja! Yo no creo pueda haber más gloria que ésta, sino verle cara a cara; porque lo que es *gustar* y *sentir* en una criatura tan miserable, no creo pueda darse más. ¡Y en cuanto a amar! Nada es, claro está, mi pobre amor para tan gran Señor; pero imposible extenderse a más amor la pequeñez. El, como quien es, ama con amor infinito; la pequeñez, también como quien es, ama hasta el límite, si se tiene en cuenta la desproporción de estos dos amores. ¿Qué más va a hacer la *nada?* El lo hace todo por ella, porque al unirla a Sí... le transmite su amor para amarle. No se contenta con menos esta criatura tan ruin, sino amar con el mismo amor del Esposo divino por quien vive muriendo de amor. ¿Cómo respirar que no sea por El? ¿Cómo estar contenta de todo lo que dispone y ordena?...

»No hay camino más holgado que éste: es llano y se recorre sin fatiga: el peso de la cruz no oprime. Si fuese yo a *fijarme* en lo que la mía pesa, según el mundo suele hacerlo, me creería sin fuerzas para llevarla... No reparo; me he crucificado en ella, y ella es la que me sostiene: no agobia, es ligera, porque los clavos son el amor de quien la ha santificado. ¡Bendito amor!, ¡qué fácil lo hace todo!...

»Mi vida se desliza... dulcemente entregada por amor al Amado, sin otro deseo que el de agradarle... Cosiendo o trabajando en otras cosas, sostengo mi *conversación* amorosa, dulce y filial con quien lo es *todo*, y no pierdo de vista esta *compañía* deliciosa. Si momentáneamente me distraigo con las criaturas, ella tira hacia sí el alma con una llamada suave y eficaz, y se hace sentir como quien es Rey y Señor del alma: no hay quien pueda resistir. Y como amante finísimo y adorable, el alma le corresponde con amor y locura. Su presencia es tan sensible, que se *ve* sin *ver*, oye y entiende sin voz ni palabras, y vive tan *en* UNA *este* UNO, *que una duda si vive.* ¿Será esto ilusión? No trato de averiguarlo; es más, la bendigo si así es. Ella es la que me hace más solícita en el cumplimiento de mis deberes, tanto espirituales como temporales, ella imprime esa fuerza interior por la cual la voluntad obra sin vacilación y con verdadera fortaleza en todo lo que sea abatir esta naturaleza rebelde y egoísta, y, cueste lo que costare, renunciarse en todo y rechazarse sin cesar con el único objeto de complacer y agradar al Esposo dulcísimo del alma. Todo lo que me rodea hace que aprecie más sus perfecciones; lo que oigo, bendecir sus misericordias; lo que veo, contemplarle, amparándome y guiándome con su bondad y caridad infinitas. Esto no puede hacerlo... sino el Espíritu del Señor: este respirar del alma continuo y amoroso, este olvidarse de todo, no recordando sino en El, y encontrarse tan perdida que apenas siente si tiene cuerpo; porque generalmente, parece que le abandona, y ella se va y se engolfa en aquel divino Corazón que no ha dejado abierta la llaga dulcísima de amor sólo para que se la contemple, sino como puerta por la cual nos entramos a conversar y sentir de amores celestiales, y percibir los acordes de aquella harmonía ce-

lestial donde se dan cita el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, para ilustrar y santificar y unir a Sí el alma fiel y dócil a las inspiraciones y toques de la gracia... Algunas veces permite el Señor que descienda a la tierra y palpe las miserias de la vida, que son deberes sociales y particulares. ¡Ay cómo sufre aquí este *amor solitario!* Se siente entonces todo el peso de la cruz y del destierro, y aunque esto sea breve (y cada vez más), se saborea toda la amargura de la muerte; pero de muerte aceptada por amor. ¡Si te es agradable, Dios mío, esta amargura eternamente, sea; yo no puedo querer más que tu querer...»

Como es muy difícil distinguir el estado habitual del *matrimonio*, de algunas de las fases que le preceden desde el *desposorio*, y a veces, repitiéndose éste, podría creerse que la segunda celebración era ya del contrato estable, creemos no estará de más el consignar las siguientes indicaciones, hechas por una persona sin instrucción, pero muy experimentada (V.), que llevaba ya (en 1907) tres años en tan venturoso estado—sin sufrir alternativas—después de haber pasado otros tres, con indecibles angustias, en las más terribles desolaciones y tinieblas.

[3] *Comunicaciones íntimas.*—«Aquí, dice Santa Teresa [122], quiere ya nuestro buen Dios quitar las escamas de los ojos, y que vea y entienda algo de la merced que le hace, aunque es por una manera extraña... Se le muestra la Santísima Trinidad..., y por una noticia admirable que se da al alma, entiende con grandísima verdad ser todas tres Personas una substancia y un poder y un saber, y un solo Dios: de manera que *lo que tenemos por fe, allí lo entiende por vista...* Aquí se le comunican todas tres Personas, y le hablan, y le dan a entender aquellas palabras que dijo el Señor, que vernía El y el Padre y el Espíritu Santo a morar en el alma que le ama... ¡Oh válame Dios! ¡Cuán diferente es oír estas palabras, y creerlas, a entender por esta manera cuán verdaderas son! Y cada día se espanta más esta alma, porque nunca más le parece se fueron de con ella, sino que notoriamente ve que están en lo interior...

»Pareceros ha que, según esto, no andará en sí, sino tan embebida que no pueda entender en nada: mucho más que antes, en todo lo que es servicio de Dios; y en faltando las ocupaciones se queda con aquella agradable compañía. Y si no falta a Dios, jamás El la faltará, a mi parecer, de darse a conocer... *Y tiene gran confianza de que no la dejará Dios..., y ansí se puede pensar...* En todo se hallaba mejorada, y le parecía que, por trabajos y negocios que tuviese, lo esencial de su alma jamás se movía de aquel aposento, de manera que, en alguna manera, le parecía había división en su alma; y andando con grandes trabajos, se quejaba della.., que se estaba allá gozando de aquella quietud a su placer, y la dejaba en tantos trabajos y ocupaciones... Parecerá desatino, mas verdaderamente pasa ansí, que..., cierto, se entiende hay diferencia en alguna manera, y muy conocida, del *alma* al *espíritu*, aunque más sea todo uno. Conócese una división tan delicada, que algunas veces parece obra de diferente manera lo uno de lo otro».

[122] *Mor.* 7, c. 1.

[4] *Estado habitual de las almas perfectas.*—«¿Cómo vive entre los hombres el justo que se ha abandonado en Dios?», preguntaba el B. E. Susón a la *Eterna Sabiduría* [123]. Y le fué dicho: «Está muerto a sí mismo, a sus defectos y a todas las cosas creadas: es humilde con todos, y gustoso se pospone a todos sus semejantes. En el abismo de la Divinidad comprende cuanto debe hacer, y lo recibe todo como en sí es y como Dios lo quiere. Es *libre en la ley, porque cumple mi voluntad por amor,* sin temor y sin miedo... Su acción es vivir en un total abandono de sí mismo en Dios... Obrando así, descansa en El, y de este modo obra maravillosamente, pues ese abandono es un acto perfecto de amor y de virtud. Vive familiarmente con todos, sin conservar la imagen ni el recuerdo de nadie: sin apego, los ama; y sin ansiedad ni quietud los compadece en sus penas... Su oración es eficacísima, porque está hecha en espíritu. Examina cuidadosamente su interior para ver si allí hay algún obstáculo de imágenes, apegos o intereses propios que lo alejen de Dios; y desapropiándose de todo, despojando sus sentidos de toda imagen y afición humana, ofrece oraciones puras, olvidado de sí mismo y no pensando sino en la gloria de Dios y la salud de las almas. Todas sus potencias superiores están llenas de una luz divina que le *certifican de que Dios es su vida,* su ser y todo su bien; de que Dios obra en él, y de que él es tan sólo su instrumento, su adorador y su cooperador. En lo exterior, come, duerme y satisface como los demás a las necesidades de la vida; mas en lo interior, ni come ni duerme, ni hace ningún caso de las necesidades de su cuerpo... Habla poco y con sencillez: su conversación siempre es benévola, todo cuanto dice le sale sin esfuerzos, y sus sentidos permanecen en calma y en paz... Cuando aflojan, estos justos tienen opiniones como los otros; mas cuando se elevan sobre sí mismos a Dios, que es la suma Verdad, *viven en la plenitud de la ciencia, sin engañarse nunca;* pues nada se apropian, ni se atribuyen lo que viene de Dios... Mientras no se despojan totalmente de sí mismos, experimentan el tormento de su posesión...; mas quien no vuelve sobre sí, y permanece enteramente abandonado a Dios, goza de una vida tranquila e inalterable. No se llega a estas verdades ocultas estudiando ni preguntando, sino abandonándose a sí mismos humildemente en Dios».

«El hombre fervoroso, dice Santa Magdalena de Pazzis [124], nada quiere, nada conoce y nada desea; pero no queriendo nada, lo quiere todo, y no conociendo nada, todo lo conoce. Todo es para él la tierra, y todo el cielo; encuentra a Dios en todo, y en todo halla un medio de unirse con El. Todos los hombres le parecen buenos y santos, y los tiene a todos por más justos y perfectos que él; compadece sus errores; evita cuerdamente sus defectos; ama la soledad, se complace en la muchedumbre cuando está reunida para los santos ejercicios; sufre con paciencia las injurias y suaviza la amargura de ellas con su mansedumbre y bondad».

[123] C. 33.

[124] 2.ª p., c. 19.

«Si alguno, escribía ya el V. Juan Taulero [125], tuviera tanta sabiduría que pudiera conocer a estos amigos de Dios, y ser muy familiar suyo, y cumplir perfectamente cualquier cosa que ellos le pidiesen o mandasen, ¡cuán recta y santamente viviría! Porque cuanto ellos piden a Dios lo alcanzan sin mucho trabajo. Pero ninguno los conoce bien, sino por ventura el que es su semejante... Por lo cual de ningún modo son conocidos de aquellos cuyos corazones están agravados con las cosas terrenas. Y como cuanto son y tienen se esconde dentro en el fondo del alma, por esta razón no puede el hombre exterior penetrarlos... Su santidad se levanta sobre toda forma e imagen; de donde los que todavía miran las cosas por medio de ellas no los pueden conocer... No tienen ningún modo ni ejercicio singular, y por eso los que siguen modos especiales no conocen a estos que los ignoran: de donde sucede que estos nobilísimos hombres son reputados por indignísimos. Finalmente, sus ejercicios exceden toda explicación de palabras, por lo cual los que quieren medir su vida por sus dichos se engañan muy de ordinario... Mas aunque semejantes amigos de Dios son desconocidos y despreciados del mundo, ellos empero le tienen muy bien visto y conocido, y saben bastante a cuántos vicios y pecados está sujeto, y qué horrendo juicio le amenaza si no se convierte y aparta de sus maldades. Y esto les da materia de grandísima compasión: ni hay cosa que más los aflija. Siempre están en un presente momento, y no atienden con desordenada solicitud a lo pasado ni se ocupan en lo por venir. Miran a Dios en las cosas pequeñas como en las grandes, y, finalmente, ya no viven debajo de la ley por temor servil, porque lo que hacen los demás hombres como forzados de la obediencia, eso ejecutan ellos por puro amor de Dios y espontánea resignación, mucho más humilde y seguramente... Su acción es una continua resignación, y su obrar, perseverar interiormente desocupados y libres para atender perpetuamente a Dios. Júntanse con los demás hombres sin impresión de imágenes, ámanlos sin desordenada afición o asimiento y se complacen sin inquietud...

»Entonces se infunde una cierta luz en las potencias supremas, por la cual son enseñadas que Dios es en ellos *esencia, vida* y *operación*, y que ellos de tanta Majestad solamente son adoradores. Comen ciertamente, beben y duermen en lo exterior, pero según las inspiraciones interiores no comen, sino para gloria de Dios usan la comida y sueño, y el mismo fin tienen en las demás cosas. Aplícanse a pocos modos o ejercicios exteriores, y no usan de muchas palabras y ésas son mesuradas y sencillas; en su conversación siguen la honestidad, de suerte que cada cosa salga de ellos sin ellos, y son muy quietos en sus sentidos. Pero estos amigos de Dios no todos tienen un mismo modo de vida; mas unos con éste, otros con aquél, viven conforme la diversidad de accidentes. Todos empero permanecen en un igual centro esencial y fondo interior, y si verdaderamente, mientras están en sí mismos, tienen opiniones y conceptos propios, cuando ya se han pasado a Dios, allí

[125] *Inst.* c. 37.

acabó toda opinión; porque saben ya de cierto la verdad, y no toman ya para sí con propiedad cosa alguna de sí mismos».

[5] *Vida del alma en el matrimonio espiritual.*—«Decimos, escribe Santa Teresa [126], que esta mariposita ya murió con grandísima alegría de haber hallado reposo, y que *vive en ella Cristo.* Veamos qué vida hace o qué diferencia hay de cuando *ella vivía,* porque en los efectos veremos si es verdadero lo que queda dicho... El primero, un olvido de sí, que verdaderamente parece que ya no es...; porque toda está de tal manera que no se conoce, ni se acuerda que para ella ha de haber cielo, ni vida, ni honra, porque toda está empleada en procurar la de Dios; que parece que las palabras que le dijo su Majestad hicieron efecto de obra, que fué que mirase por sus cosas, que El miraría por las suyas. Y ansí de todo lo que pueda suceder no tiene cuidado, sino un extraño olvido, que, como digo, parece que ya no es, ni querría ser nada, nada; si no es para cuando entiende que puede haber de su parte algo en que se acreciente un punto la gloria y honra de Dios; que por esto ponía muy de buena gana su vida... Lo segundo, un deseo de padecer grande, mas no de manera que la inquiete como solía; porque es en tanto extremo el deseo que queda en estas almas de que se haga la voluntad de Dios en ellas, que todo lo que su Majestad hace tienen por bueno: si quisiere que padezca, enhorabuena, y si no, no se mata, como solía. Tienen también estas almas un gran gozo interior cuando son perseguidas... sin ninguna enemistad con los que les hacen mal, o desean hacer, antes les cobran amor particular... Lo que más me espanta es, que ya habéis visto los trabajos y aflicciones que tenían por morirse, por gozar de Nuestro Señor; ahora es tan grande el deseo que tienen de servirle, y que por ellas sea alabado, y de aprovechar algún alma si pudiesen, que no sólo no desean morirse, mas vivir muchos años padeciendo grandísimos trabajos... Verdad es que algunas veces... tornan los deseos de gozar de Dios...; mas luego... ofrece a su Majestad el querer vivir, como una ofrenda la más costosa para ella... *Temor ninguno tiene de la muerte,* más que ternía de un *suave arrobamiento.* El caso es que el que daba aquellos deseos con tormento tan excesivo, da ahora estotros... No sequedades ni trabajos interiores, sino con una memoria y ternura con Nuestro Señor, que nunca querría sino estar dándole alabanzas, y cuando se descuida, el mesmo Señor la despierta... con gran suavidad... La diferencia que hay aquí es... que casi nunca hay sequedad ni alborotos interiores de los que había antes a tiempos, sino que está el alma en quietud casi siempre; y el no temer que esta merced tan subida pueda contrahacer el demonio, sino estar en un ser *con seguridad que es de Dios...* Pasa con tanta quietud y tan sin ruido todo lo que el Señor aprovecha aquí al alma, y la enseña, que me parece que es como la edificación del templo de Salomón, adonde no se había de oír ningún ruido: ansí en este templo de Dios... sólo El y el alma se gozan con grandísimo silencio... En llegando aquí el alma, todos *los arrobamientos se le qui-*

---

[126] *Mor.* 7, c. 3.

tan, si no es alguna vez...: ni le hacen al caso grandes ocasiones de devoción que vea, como antes, que... como la pobre mariposilla andaba tan ansiosa, todo la espantaba y hacía volar. Ahora, o es que halló su reposo, o que el alma ha visto tanto en esta morada, que no se espanta de nada, o que no se halla con aquella soledad que solía, pues goza de tal compañía».

[6] *Condiciones y señales del matrimonio espiritual.*—Para que un alma pueda celebrar su matrimonio con el Verbo divino, es necesario: 1.º «Que sea por Dios llamada. 2.º Que trabaje sin descanso, por todos los medios que estén a su alcance, para conseguir cuanto antes la muerte a todos sus apetitos... y a todas sus pasiones. Conseguido esto, arranque como de raíz el juicio propio y la propia voluntad, hasta lograr el morir a sí misma en todo; porque si no muere en todo, no podrá lograr por ningún otro camino el entrar en íntima amistad con el más fino de todos los amantes... Aquel Dueño tan enamorado y apasionado de las almas, con ninguna, en esta vida mortal, llega a celebrar sus bodas, si antes el alma no muere a todo: a cosas y a criaturas, tanto del cielo como de la tierra, y a todos los apetitos... hasta al de mayor perfección... Porque este celoso Dueño no sufre hallar en el corazón de su amada afecto alguno a cosas ni a criaturas. Tanto, tanto quiere que esto sea así, que ni a la misma santidad quiere que tenga afecto (*apego*), y lo prohibe expresamente... [127] No pasa a celebrar su Matrimonio con criatura alguna, mientras no la vea con hábito ya adquirido de todo cuanto anteriormente dejo dicho; porque, en punto de amor, ni el más pequeño afectillo tolera. Es como su pasión dominante el ser el único que se lleve los afectos todos y enteros del corazón y alma de la que El eligió por esposa suya. Conseguido todo esto, y con hábito adquirido ya por algún tiempo, las bodas son celebradas.

»*Señales de la celebración del matrimonio*: 1.ª Que toda la Santísima Trinidad mora como de asiento en el alma.—2.ª Que siente aquí el alma una *transformación* como *divina*, que la deja toda *endiosada*, y siente... que esta purificación y transformación que aquí le hacen, la dejan *como impecable*, y con un conocimiento secreto que le dan, entiende con claridad que lo que está experimentando, gustando y sintiendo es gozo ya anticipado de la bienaventuranza del cielo, y es la señal más segura de la realización del matrimonio.—3.ª Que siente continuamente que es como alimentada y embriagada con sabiduría y

[127] «El mismo Señor que nos hace desear las virtudes, observa San Francisco de Sales (*Amor de Dios* 9, 16), nos quita los afectos de ellas y de todos los ejercicios espirituales, para que con más tranquilidad, pureza y simplicidad nos aficionemos tan sólo a su divino beneplácito... La esposa del Salvador, por amor de El, se ha despojado de la antigua afición a las consolaciones espirituales, a los ejercicios de la devoción y práctica de virtudes, y *aun a la del propio adelanto en la perfección*..., no amando ya todo esto... sino porque el nombre del Señor es por ello santificado, su reino enriquecido y su beneplácito glorificado».

amor; que siente cómo allá... en lo más íntimo..., le infunden unos secretos conocimientos de los misterios de nuestra religión santa y de la divinidad y esencia de Dios. Aquí ya no es *herida* ni *llagada* el alma como en el *desposorio*..., aquí son *toques divinos que no hieren ni llagan, sino que endiosan*...

En el matrimonio espiritual bien claro ve el alma que quien le da esos conocimientos que de Dios recibe es el Espíritu Santo... su único Maestro... Por eso ella nunca le da otro nombre... En el secreto y soledad del corazón donde ella habita y mora, siempre le llama, deshecha en lágrimas de ternura: *¡Maestro mío! ¡Maestro mío!*... Esos conocimientos son a manera de una granada: siendo como uno solo, éste encierra en sí inmensos conocimientos. Y con ellos queda el alma (en las cosas de Dios) más instruída que si todas las ciencias estudiara».

En efecto, esa intuición simplicísima entraña una idea muy clara de los atributos divinos, y de lo que es propio de cada una de las tres Personas; de la creación y caída del ángel y del hombre, y de todo el maravilloso proceso de nuestra restauración, justificación, adopción y deificación mediante la Sangre del Verbo humanado...

[7] *Transformación de las tres divinas Personas*.—El Espíritu Santo, observa San Juan de la Cruz [128], «a manera de aspirar, con aquella su aspiración divina muy subidamente levanta al alma, y la informa y habilita para que ella aspire en Dios la misma aspiración de amor que el Padre aspira con el Hijo..., que es el Espíritu Santo que a ella le aspira en el Padre y en el Hijo en la dicha transformación, para unirla consigo; porque no sería verdadera y total transformación si no se transformara el alma en las tres Personas de la Santísima Trinidad en revelado y manifiesto grado. Y esta tal aspiración del Espíritu Santo en el alma, con que Dios la transforma en Sí, le es a ella de tan subido, delicado y profundo deleite, que no hay decirlo lengua mortal, ni el entendimiento humano en cuanto tal puede alcanzar algo de ello...; porque el alma unida y transformada en Dios, aspira en Dios a Dios la misma aspiración divína que Dios, estando ella en El transformada, aspira en Sí mismo a ella... Y no hay que tener por imposible... que el alma aspire en Dios como Dios aspira en ella por modo participado. Porque dado que Dios le haga merced de unirla en la Santísima Trinidad en que el alma se hace deiforme, y Dios por participación, ¿qué increible cosa es que obre ella también su obra de entendimiento, noticia y amor y, por mejor decir, la tenga obrada en la Trinidad juntamente con ella, como la misma Trinidad?... Esto es *estar transformada en las tres Personas* en potencia y sabiduría y amor... El Hijo de Dios nos alcanzó este alto estado... y así lo pidió al Padre... diciendo (Io. 17, 24): «Quiero que los que me has dado, que donde yo estoy ellos también estén conmigo, para que vean la claridad que me diste»: es a saber, que hagan por participación en nosotros la misma obra que yo por naturaleza, que es aspirar el Es-

[128] *Cánt. espir.* 39.

píritu Santo. Y dice más...: «Que todos ellos sean una misma cosa, de la manera que tú, Padre, estás en mí y yo en ti, así ellos en nosotros sean una misma cosa. Y yo la claridad que me has dado, he dado a ellos para que sean una misma cosa, como nosotros... Yo en ellos y tú en mí, para que sean perfectos en uno: porque conozca el mundo que tú me enviaste, y los amaste como me amaste a mí»; que es comunicándoles el mismo amor que al Hijo, aunque no naturalmente como al Hijo... De donde las almas estos mismos bienes poseen por participación que El por naturaleza: por lo cual verdaderamente son dioses por participación, semejantes y compañeros suyos de Dios... San Pedro... claramente da a entender que el alma participará al mismo Dios, que será obrando en El acompañadamente con El la obra de la Santísima Trinidad, de la manera que habemos dicho, por causa de la unión substancial entre el alma y Dios... ¡Oh almas criadas para estas grandezas y para ellas llamadas!, ¿qué hacéis?, ¿en qué os entretenéis?»

[8] *Cómo glorifican a Dios estas almas.*—Estando ya clarificadas y encendidas en Dios las potencias del alma, añade el mismo San Juan de la Cruz [129], «demás de la entrega que de sí hacen a El, están enviando ellas a Dios en Dios esos mismos resplandores que tienen recibidos con amorosa gloria..., hechas ellas también lámparas encendidas en los resplandores de las lámparas divinas, volviendo a su Amado la misma luz y calor de amor que reciben... Porque aquí de la misma manera que lo reciben lo están dando al que lo da, con los mismos primores que El se lo da... Conforme al primor con que la voluntad está unida con la voluntad divina es el primor con que ella da a Dios en Dios la misma bondad, porque no la recibe sino para darla... Y según los primores de los demás atributos divinos que comunica allí el alma de fortaleza, hermosura, justicia, etc., son los primores con que el sentido espiritual, gozando, está dando a su Querido en su Querido esa misma luz y calor que está recibiendo de El. Porque estando ella aquí hecha una misma cosa con El, es ella *Dios por participación*, y aunque no tan perfectamente como en la otra vida, es, como dijimos, como en sombra Dios. Y a este talle, siendo ella por medio de esta transformación sombra de Dios, hace ella en Dios por Dios lo que El hace en ella por sí mismo. Porque la voluntad de los dos es una. Y así como Dios se la está dando con libre y graciosa voluntad, así ella también, teniendo la voluntad tanto más libre y generosa cuanto más unida con Dios en Dios, está como dando a Dios el mismo Dios por amorosa complacencia que del divino Ser y perfecciones tiene. Y es una mística y afectiva dádiva del alma a Dios; porque allí verdaderamente al alma le parece que Dios es suyo y que ella le posee... con propiedad de derecho... por la gracia que Dios de Sí mismo le hizo. Dale, pues, a su Querido, que es el mismo Dios, que se le dió a ella, y en esto paga lo que debe, porque de voluntad le da otro tanto como deleite y gozo inestimable, dando al Espíritu Santo *como cosa suya* con

[129] *Llama* canc. 3, v. 5-6.

entrega voluntaria, para que se ame como El merece. Y en esto está el inestimable deleite del alma, en ver que ella da a Dios cosa que le cuadre según su infinito Ser... El alma perfecta y cuerdamente lo hace, dando todo lo que le había dado para pagar el amor, que es dar tanto como le dan, y Dios se paga con aquella dádiva del alma..., y la toma con agradecimiento..., y en esta misma dádiva la ama de nuevo y de nuevo libremente se entrega al alma, y en eso ama el alma también como de nuevo, y así está actualmente entre Dios y el alma formando un amor recíproco en la conformidad de la unión y entrega matrimonial, en que los bienes de entrambos, que son la divina Esencia, los poseen entrambos juntos, en la entrega voluntaria del uno al otro, diciendo el uno al otro lo que el Hijo de Dios dijo al Padre (Io. 17, 10): *Todas mis cosas son tuyas, y tus cosas son mías, y clarificado estoy en ellas...* De esta manera, *las profundas cavernas del sentido—con extraños primores—calor y luz dan junto a su querido...* Aquí ama el alma a Dios por el mismo Dios, lo cual es admirable primor, porque ama inflamada por el Espíritu Santo, y teniendo en sí misma al Espíritu Santo, como el Padre ama al Hijo, según se dice por San Juan (17, 26): *La dilección con que me amaste esté en ellos, y yo en ellos».*

CAPITULO VI

Observaciones generales

§ I.—Diversidades en las vías del Espíritu.—Variedad en las purgaciones y su orden normal.—Numerosos grados de contemplación y dificultad de distinguirlos: orden constante en los principales.—Las grandes crisis: los pocos escogidos; causas del desaliento y engaño. Necesidad de las purgaciones ordenadas.—El ocio santo y la verdadera actividad.—La obra y dirección del Espíritu.

No todos los místicos pasan por las mismas pruebas, ni las sufren con igual orden y rigor. Esto varía por de pronto con el estado y destino de las almas, con lo que tengan que purgar y con el grado de santidad a que asciendan.

En las de vida puramente contemplativa preponderan las penas interiores, las sequedades, obscuridad, desolación, etc. En las que a la vez se dedican a la vida activa, y en particular al sagrado ministerio, a fin de no impedirlo, sino hacerlo más fructuoso, preponderan las exteriores, las molestias y trabajos que aquél lleva consigo, las persecuciones, calumnias y otras mil dificultades que ocurren y que Dios sabe convertirlas en facilidades [1]. Cuando no, el Señor modera el fuego interior de los grandes ímpetus y ardores del espíritu, para que, por fuertes que sean, no se traduzcan al exterior ni impidan cumplir los deberes.

Además, no necesita las mismas purgaciones el niño que el adulto; el inocente, sin deudas que satisfacer ni vicios que desarraigar, y el penitente cargado de deudas y aprisionado en sus malos hábitos. Ni tampoco se requiere la misma pureza para llegar a la simple *unión* que para el *místico desposorio,* etc.

Por otra parte, como Dios es dueño absoluto de sus dones, los distribuye gratuitamente según le place: de ahí que no haya

[1] Cf. Godínez, *Teología Mística* l. 3, c. 6-8.

siquiera dos místicos que vayan exactamente por el mismo camino y en todo con el mismo orden. Ciertas almas inocentes, en quienes se adelantó el uso de la razón, fueron elevadas desde la niñez o la infancia hasta el mismo desposorio: la V. Micaela Aguirre, admirable dominica que floreció en Valladolid en el siglo XVII, lo fué a la edad de cinco años, y sus pruebas se intercalaron con prodigiosos favores a lo largo de toda su vida [2]. Casi lo mismo sucedió a la Beata Catalina de Racconigi [3]. Algunos pecadores, como la Magdalena, San Pablo y San Agustín, fueron elevados casi como de un golpe a un alto grado de contemplación; pero al mismo tiempo sufrían enérgicas purgaciones y se preparaban para otras mayores. Así, aquélla las sufrió terribles durante la Pasión, y el Apóstol, antes de

---

[2] Se le adelantó el uso de la razón de modo que ya comprendió bien el compromiso que contraía, diciendo al Salvador: *Toda vuestra,* y repitiéndole muchas veces: *A bien o mal tratar, siempre vuestra.* El Señor le mostró, como queda dicho, un anillo a fin de que ella con sus obras y tribulaciones se lo labrara para El (cf. *Vida,* por el V. Pozo, l. 1, c. 6). A la B.ª Osana de Mantua desde la misma edad de cinco años se le apareció el Niño Jesús pidiéndola por esposa; mas no celebró el místico desposorio, a pesar de vivir como en continuo éxtasis, hasta los diez y nueve. A este desposorio y al cambio de corazón que en él experimentó, siguiéronse siete años de tribulaciones, sin otro refrigerio que la cruz, según decía ella. Cf. BAGOLINI y FERRETI, c. 2 y 5.

Lo más de maravillar es lo acaecido con Ana Catalina Emmerich, que recibió estos favores ya desde el bautismo. «Tenía yo, dice ella misma (cf. introduc. a la *Vida de Nuestro Señor,* 3, y *Vie,* por WEGENER, l. 1, c. 2), el uso de mis facultades, y me daba cuenta de todo. Ví cómo se celebraban en mí las ceremonias; y en este momento mis ojos y mi corazón se abrieron de un modo extraordinario. Apenas bautizada vi a mi ángel custodio y a mis patronas Santa Ana y Santa Catalina que habían asistido a la ceremonia. Vi también a la Madre de Dios con el Niño Jesús, y *me desposó con El, presentándome el anillo nupcial.* Desde entonces todo lo que es santo y bendito, todo cuanto pertenece a la Iglesia, lo distingo en seguida; vi profundas y misteriosas imágenes que me hicieron comprender la naturaleza misma de la Iglesia; y sentí a Dios presente en el Sacramento del Altar; vi las reliquias de los Santos radiantes de luz celestial...; y en fin, descubrí los peligros a que había de estar expuesta durante toda mi vida». Lo mismo refiere de sí la admirable M. Dominica Clara de la Cruz (1832-95), fundadora del convento de Dominicas de Limpertsverg (Luxemburgo).

[3] Siendo aún de cinco años se le presentó la Virgen con el Niño Jesús diciéndola: «Te uno desde ahora con mi Hijo en la fe, la esperanza y la caridad». Y el Niño añadió: «La desposo gozoso, porque es una perla preciosa que adquirí con mi sangre».—Y en prueba de su amor, le dió un anillo.—A la edad de trece años le dijo a su vez el Espíritu Santo: «Vengo a morar en ti, para purificarte, iluminarte, abrasar tu corazón y darte la vida».

bautizarse y recibir el Espíritu Santo, pasó tres días *ciego*, por el exceso de luz con que el Señor se le mostró, y, aterrado, estuvo todo ese tiempo orando, sin comer ni beber (Act. 22, 11-16). Luego supo lo mucho que por su santo nombre tendría que padecer toda la vida, y se retiró por tres años a la Arabia a prepararse para el ministerio (Gal. 1, 17-18).

De las poquísimas almas que logran llegar al sublime grado del matrimonio espiritual, las más pasan la terrible *noche del espíritu* mucho después de la del *sentido*; pero algunas sufren casi del todo simultáneamente ambas suertes de purgaciones [4]. Cada una de éstas puede ser más o menos continua, y durar así hasta que sucede un largo período de relativa calma, lleno de luz y consuelos, con pocas ausencias, desolaciones y sequedades, aunque haya trabajos y penas exteriores, junto con los dolorosos y sabrosos ímpetus, las vivas ansias y las heridas de amor; pero lo más frecuente es que sean interrumpidas, intercalándose con grandes favores y consuelos que confortan y animan para volver a las pruebas y hacerlas más llevaderas; de modo que, a cada progreso de luz y de amor, y a cada grado parcial de oración, preceda una nueva crisis de penas, ausencias y obscuridades, donde se prueba el amor y la fidelidad [5].

Santa Rosa de Lima, después de experimentar los más señalados favores, aun seguía pasando diariamente por espacio de quince años, en medio de la contemplación más sublime, una o dos horas metida en lo más obscuro de la noche del espíritu, en que, olvidada de todo, sufría un verdadero infierno, creyéndose para siempre perdida, dejada de la mano de Dios, sin que nadie oyera sus gemidos y sin poder gemir siquiera entre tales angustias. Pero así y todo se resignaba a decir: *Hágase, Señor, tu santa voluntad* [6].

---

[4] Ya vimos cómo Santa Teresa (*Mor.* 6, c. 1) las pone reunidas.

[5] Según el cardenal BONA—que procuró señalar el tiempo que duraron las desolaciones, obscuridades y demás purgaciones pasivas de algunos grandes contemplativos—San Francisco de Asís pasó en ellas dos años, Santa Catalina de Bolonia cinco, Santa Clara de Montefalcón quince, el P. Baltasar Alvarez dieciséis, Santa Teresa dieciocho, Santa Magdalena de Pazzis primero cinco y luego dieciséis más. Pero estos cálculos son poco seguros; pues, como advierte Santa Teresa, las pruebas y purificaciones siguen intercalándose más o menos con los consuelos, hasta llegar al matrimonio espiritual.

[6] Sobre lo terrible e intolerable de sus penas, véase a HANSEN, 1, 14. Santa Catalina de Génova se encontraba como de continuo—por lo menos durante diez años—en un verdadero purgatorio, tan terrible como deleitoso a la vez, juntándosele «un inefable placer con un insufrible dolor, sin que lo uno impidiese lo otro». Cosa análoga sucedió recien-

La primera fase de la *noche del espíritu*—o sea el penoso *anonadamiento* producido por un exceso de luz divina—puede empezar ya antes de la *oración de unión*, o entre ésta misma, para hacerla más íntima y espiritual, y va arreciando cada vez más después de la plena *unión conformativa*, disponiendo así el alma para la *transformación* que se requiere ya en el *desposorio*. La segunda fase—que es la contemplación *in caligine*—suele empezar algo después de este último, y se prolonga y refuerza cuanto sea menester para producir la definitiva *muerte mística* y la plena renovación que se necesita para el *matrimonio espiritual*.

Los diversos grados de contemplación son en realidad muchos y muy difíciles de distinguir, por lo mismo que de unos a otros se va pasando insensiblemente [7], y que no se presentan lo mismo ni con el mismo orden en todas las almas, ni una misma permanece estable en cada uno de ellos hasta subir a otro superior, pues una vez que llegaron a un grado, suelen recibir indistintamente cualquiera de los inferiores, según las condiciones y circunstancias en que se hallen [8]. Así Santa Teresa,

---

temente—según le oímos, casi en idénticos términos, en el último trance de su preciosa vida—a la sierva de Dios María de la Reina de los Apóstoles.

[7] «La experiencia muestra, dice Ribet (*Myst.* t. 1, p. 149), que la contemplación, como las operaciones naturales, aparece en estado de germen, se desarrolla a través de diversas peripecias y se consuma en una suprema unión de la divina caridad. Quienes hayan visto de cerca las almas bajo este misterioso trabajo de la gracia, han podido comprobar estas múltiples y variadas elevaciones, tan difíciles de caracterizar como de desconocer. Por eso todos los místicos admiten en la contemplación diversos estados sucesivos o grados crecientes, que son como otras tantas etapas hacia la consumación del amor».

[8] Estos diversos grados pueden a veces empezar de un modo muy remiso; y entonces el tránsito de unos a otros es tan insensible, que muchas almas apenas sabrán distinguirlos hasta que el nuevo género de oración se les presente en toda su intensidad característica. Verán que su oración no es ya como la de antes; pero no acertarán a darse razón de lo que les pasa hasta que la comunicación de Dios sea más plena. Al subir a un grado superior es cuando suelen distinguir bien los inferiores. Así es como Santa Teresa pudo al fin reconocer que ya de joven—hacia los veinte años—había tenido por breves instantes, sin ella advertirlo, verdadera oración de *recogimiento* y aun de *quietud* (*Vida* c. 4). Mas por haber aflojado en su fervor, tardó aún otros veinte años en llegar a tener habitualmente estas suertes de oración. Hacia los cuarenta y tres gozaba ya de la *unión extática*; y por entonces comenzó también a tener locuciones (ib. c. 24).

En cambio, la V. sor Bárbara de Santo Domingo, O. P., en cosa de dos años, pasó como insensiblemente de la *noche del sentido* a la del *espíritu*, recorriendo entre tanto rapidísimamente todos los grados

al ser obligada a describirlos, iba siendo puesta de nuevo sucesivamente en todos ellos, según lo que necesitaba escribir. De este modo fué como pudo precisarlos con esa fidelidad tan portentosa, puesto que no hacía más que declarar lo que ella misma acababa de sentir, y aun lo que muchas veces seguía sintiendo con la pluma en la mano, y con gracia especial para poderlo declarar [9].

Scaramelli distingue hasta 11 grados; otros autores aun admiten más: Santa Angela de Foligno cuenta los 18 *pasos* que anduvo hasta llegar al verdadero conocimiento de sí misma [10], y en cierto manuscrito, en que un alma sin instrucción daba cuenta de la oración que ella tenía, hemos podido ver unos 15 grados hasta las *heridas de amor* y las vivas *ansias* que suceden al *desposorio*.

Pero ya se cuenten más o menos, todos ellos pueden reducirse a los cinco fundamentales que dejamos indicados: *reco-*

---

de la escala mística. En julio de 1868 muestra estar en lo más terrible de las *purgaciones del sentido*; éstas se le prolongaron excesivamente haciéndola sufrir lo indecible. Pero entre las tentaciones más violentas, en diciembre del mismo año tenía ya verdadera oración de *recogimiento* con algo de *quietud*. La describe ella en esta forma (*Vida* p. 229-230): «Empecé a sentir una paz muy grande en mi alma y a fijarse *mucho mi mente en mi Dios*, tanto que *parecía le estaba viendo*. Mi corazón parecía que quería salirse del pecho. Sentía un ardor muy grande... Es una cosa rara; pues estaba yo en mi sentido y no podía moverme: parecía que estaba fija en mi Dios. Pero ¡qué hermoso era y qué cariñoso se mostraba!... Me ponía sus brazos para que me reclinara en su amante pecho, y parece que le oía decir: *Ven y descansa en mi corazón*. No puedo yo explicar lo que mi alma gozaba... Todas esas angustias que tengo... desaparecieron, y me quedé en una paz inalterable». Pero luego le sobrevinieron las pruebas con más violencia. Entre ellas, en noviembre del 69, describe una oración de *quietud*. En julio del 71, la de *unión*. El 4 de diciembre dice cómo le *purificó* el corazón Jesucristo; y el 29 ya describe el *desposorio*... Desde entonces, teniendo a intervalos todos los sobredichos grados de oración y gozando en ella de inefables consuelos, vivió habitualmente sufriendo los horrores de la *noche del espíritu*, y padeciendo todas las semanas la serie de tormentos de la pasión del Salvador, hasta quedar como crucificada con El, y exhalar así su último aliento el 18 de noviembre del 72, a los treinta de su edad.

[9] «Una merced es dar el Señor la merced, y otra entender qué merced es y qué gracia; y otra es saber decirla y dar a entender cómo es» (STA. TERESA, *Vida* c. 17, 4).

[10] Aunque algunos de ellos, a partir de su conversión, podrían parecer de simple *ascética*, en realidad ya desde el primero se descubre cierta moción del Espíritu Santo que le da un aire *místico*. Empieza, en efecto, por el santo *temor*; luego viene la confianza filial (don de piedad); luego sigue la *moción* del dolor, las lágrimas, las *ilustraciones*...

gimiento, quietud, unión, desposorio y *matrimonio espiritual,* perteneciendo los tres primeros a la simple *unión conformativa,* y los dos últimos a la *transformativa* [11]. Entre estos dos bien podría considerarse como verdadero grado intermedio la *contemplación caliginosa,* que implica ya una unión más íntima —aunque también más *oculta*—que la del *desposorio,* y durante la cual se realiza *lentamente* el misterio de la *transformación* del alma [12]. Así habría también tres grados fundamentales en esta unión, como en la otra. Los cinco o seis que así resultan en conjunto, si se exceptúa a lo sumo alguna alma privilegiadísima, los van pasando todas la primera vez por orden, deteniéndose más o menos en cada uno de ellos, y atravesando luego ciertas crisis con que, laboriosamente y con grandes sacrificios, se disponen para subir al inmediato; si es que en ellas—por falta de dirección y sobre todo de generosidad, resolución, abnegación y constancia en la obscuridad prolongada—no desmerecen y descienden como, por desgracia, sucede con frecuencia. Pues la conquista del reino de Dios pertenece a los esforzados, y lo

---

[11] La V. M. María de la Encarnación, a quien Bossuet llamaba la Santa Teresa americana (cf. *Vie*, por CHAPOT, 4.ª p., ch. 4), juntando el *recogimiento* con la *quietud*, y el *desposorio* con el *matrimonio*, considera tres *estados místicos*, que describe, según hemos visto ya, con mucha precisión. Pero «en cada uno de ellos, dice, hay *diversos grados u operaciones*, adonde el Espíritu Santo eleva las almas *según su voluntad*».

Antes de Santa Teresa, que con tanta sagacidad supo distinguir estos sucesivos *estados* de la contemplación, solían señalarse otras suertes de *grados* muy distintos, que más bien son *fenómenos* que gradualmente pueden producirse en un mismo *estado*, por ejemplo, en el de *unión*: «*Septem contemplationis gradus*—dice el V. Bart. de los Mártires (*Comp. myst.* c. 26), de acuerdo con el autor *De septem gradibus contempl.—hi sunt*: *Ignis, unctio, extasis, speculatio, gustus, quies, gloria.* Nam primo anima ignescit, ignita inungitur, inuncta rapitur, rapta speculatur vel contemplatur contemplans gustat, gustans quiescit. Hi gradus *gradatim ascenduntur ab his qui diligenter se in spiritualibus exercent*, qui tamen non nisi experientia percipi possunt... Diu laborandum est, ut ad huius felicitatis conditionem pervenias... *Tu ergo persevera et sustine Dominum, spe enim tua non frustraberis*».

[12] La *visión* o *contemplación caliginosa*, escribe el P. Juan Sanz López (*Comp. de la doctr. míst.* 3.ª p., n. 663), «sucede cuando Dios infunde una luz tan grande que no la puede mirar el alma, porque se ciega; pero sabe que en aquella inaccesible luz está Dios, y de aquí se le origina una impaciencia amorosa, porque no puede ver lo que allí se oculta, un deseo ardiente de ver la cara de su Amado y una esperanza segura de que algún día le verá descubierto. Esta contemplación se dice *in caligine*, o en tinieblas, porque la superior abundancia de luz ciega el alma». Después de esta obscuridad, añade, viene la *manifestación de Dios*, que se deja gustar experimentalmente.

ordinario, dada la humana flaqueza, es no hacer todos los crecientes esfuerzos que Dios exige para cada ascenso [13]. De ahí que el P. Godínez no repare en afirmar [14] que en cada una de las principales crisis vacilan, desmayan y retroceden el 99 por 100, y sólo uno entre cien llamados merece ser escogido para ascender al nuevo grado que se le ofrecía. Casi otro tanto viene a indicar el *Diálogo de las nueve peñas*, atribuído al Beato Susón. Y Santa Teresa afirma que son relativamente muchos los que llegan a la oración de *quietud*, y muy pocos los que pasan adelante [15].

Por aquí se comprenderá que sean tan escasos los verdaderos contemplativos; porque si es verdad que Dios no lleva desde luego por ahí a todas las almas pías, son con todo muchísimas las que cuando podrían ya ir, por su culpa no van; por no aceptar gustosas las primeras pruebas, o por desvanecerse o desmayar después. La causa principal está, según queda dicho, en la escasez de directores hábiles que sepan desengañarlas y alentarlas para que acaben de resolverse a renunciar por completo a sí mismas y desprenderse hasta del apego a los favores divinos y de todo lo que no es el mismo Dios, echándose de una vez en sus brazos con un abandono absoluto, para no pensar más que en servirle y agradarle, en purificarse y seguir con toda docilidad las mociones de su Espíritu. Y sin un buen director, muy difícil es evitar los escollos de un amor propio cada vez más sutil, que a tantas les hace naufragar o perder gran parte del fruto de sus trabajos [16]. Así vemos que cuando un alma ha renunciado generosamente a todos los gustos mundanos y crucificado su cuerpo con ásperas penitencias, todavía tiene apego a su honor y propia voluntad, o a los gustos sensibles que Dios le comunica, y cuando empieza a des-

---

[13] «Todas las otras suertes de oración que los místicos señalan—como la de *silencio, sueño espiritual, embriaguez, jubilación, heridas de amor*, etc.—dice el P. Poulain (*Grâces d'oraison* 3.ª ed., p. 45-46), no son sino maneras de ser de éstas principales, y no constituyen grados sucesivos... Pero éstas, según Santa Teresa, son verdaderas etapas, que constituyen como *edades espirituales*... No se suele pasar a una de ellas sin haber permanecido por algún tiempo en la precedente; y el tránsito es difícil. Así es como muchas almas se quedan en el camino.

[14] *Míst.* l. 7, c. 1

[15] Cf. *Vida* c. 15; *Mor.* 5, c. 1.

[16] «El que solo quiere estar, dice San Juan de la Cruz (*Avisos* § 6, n. 178), sin arrimo de maestro o guía, será como el árbol que está solo y sin dueño en el campo, que por más fruta que tenga, los viadores se la cogerán y no llegará a sazón».

nudarse de todos estos afectos, aun conserva otros sutilísimos a los favores espirituales, a las luces y comunicaciones divinas: pues aunque se crea del todo indiferente para cumplir la pura voluntad de Dios, todavía se inquieta en las desolaciones y, con especiosos pretextos, codicia los divinos regalos, mostrando así que no busca a Dios puramente por Sí mismo, prescindiendo de sus dones. Si además tiene la indiscreción de pegarse de tal modo a esos favores, que se cebe en ellos con cierta *gula espiritual* [17], como si ahí consistiera su progreso, está ya en gravísimo peligro de retroceder en vez de adelantar, y aun de desvanecerse, presumiendo de sí, y caer miserablemente. Pues por esa culpa, Dios retira las luces y gracias que, tras de permanecer estériles, querría el alma apropiárselas; y sin ellas, la infeliz, lejos de permanecer firme en las pruebas—conforme presumía—queda expuesta a toda suerte de ilusiones y de engaños [18].

De ahí tantos falsos «*místicos*» y tantos ilusos, cuyas imprudencias sirven de pretexto a los flojos para cohonestar su dejadez y tibieza y aun para denigrar a los fidelísimos siervos de Dios, cuyo fervor los confunde. Desde los más altos grados veía el Beato Susón que algunas almas no sólo no ascendían ya, por conservar algunos sutiles apegos a los favores divinos, sino que, apropiándose las dádivas, se desvanecían y caían, y hasta, llenas de soberbia, se hacían dogmatizadoras [19].

Tal sucedió después a Molinos y a otros *quietistas*. Santa Teresa [20] dice que vió caer a almas muy encumbradas en la *unión*. Pero esto no justifica a los perezosos, que si no caen de esas alturas es porque nunca subieron ni hicieron esfuerzos por subir a ellas, y ni quizá dejaron aún de arrastrarse por el suelo. La peor caída, como advierte la misma Santa [21], sería la de apartarnos del camino de la oración, que es el de la salud.

Por aquí se comprenderá cuán necesarias sean las distintas maneras de purgaciones pasivas a que Dios misericordiosamente va sometiendo a sus escogidos, para refinarlos como el oro en el crisol y volverles la pureza y simplicidad de niños y poder así recibirlos en grato holocausto (Sap. 3, 9; Prov. 17, 3; Eccl. 2, 5). Pues, siendo El la misma simplicidad y pureza, no

---

[17] Cf. S. JUAN DE LA CRUZ, *Noche obscura* l. 1, c. 6.

[18] Santa Catalina de Génova tiene aún por más peligrosos los apegos *espirituales* que los *sensibles*.

[19] *Diálogo* 13.

[20] *Mor.* 5, c. 4.

[21] *Vida* c. 19.

puede unirse perfectamente con las almas que no sean del todo puras y sencillas. De este modo vemos cómo lo que parecía excesiva severidad resulta ser un exceso de bondad y misericordia. Y se comprenderá también la necesidad de ese orden con que va realizándose la unión según que se hacen sentir los divinos toques, primero en el *entendimiento*, luego en la *voluntad*, después en *todas las potencias*, y, por último, hasta en *lo más hondo del alma*; de donde resulta el progreso constantemente ordenado por los respectivos grados principales de oración, sin que eso obste para que el modo y detalles varíen en cada persona, y que una misma, después de ascender a un grado, necesite volver a ejercitarse en los inferiores y aun apelar a la meditación cuando no se encuentre favorecida con ninguna manera de contemplación infusa [22]. Porque lo esencial para el aprovechamiento es conformarse cada cual con lo que le dan y emplearlo bien, no permaneciendo el alma *nunca ociosa*—contra lo que enseñaban los *quietistas*—, sino procurando que en ella fructifiquen siempre lo mejor posible los dones divinos: la ociosidad, como dicen Taulero y Blosio, es el vicio más pestilencial.

Así el *ocio santo* que parece sentirse en la oración de *quietud* y siempre que Dios obra enérgicamente en el alma y la deja como absorta, va acompañado de una prodigiosa *actividad* que, sin darse cuenta, despliega la misma, atendiendo a recibir bien, seguir y secundar el divino impulso. Le parece estar ociosa de puro ocupada, absorta y llena de luz y energía que se encuentra; pues los transportes del amor que siente no le permiten reflexionar y notar su acción y trabajo. Esta manera de orar se llama *pasiva*, por carecer de iniciativas, de discurso y aun a veces de *reflexión*, pero esa pasividad con que el alma acepta, sigue y secunda la acción divina, dejándose llevar de ella lo mejor posible, entraña la actividad más portentosa [23].

---

[22] S. Ligorio, *Homo apost.* app. 1, n. 7; Blosio, *Specul, spir.* 11, 1.—«No hay estado de oración tan subido, dice Santa Teresa (*Vida* c. 13), que muchas veces no sea necesario tornar al principio».—Si bien siempre suele quedar algo de lo infuso, que hace proceder de otro modo muy superior al de antes.

[23] El reposo místico, decía Bossuet, no sólo «es un acto, sino que es el más perfecto de los actos: lejos de ser la inacción, nos pone totalmente en acción con la actividad divina».—«La contemplación pasiva, añade Gratry (*Conaiss. de Dieu* t. 2, c. 7), es un acto vigoroso del espíritu, un pensamiento simple en que se resumen, cuanto es posible a la humana flaqueza, las infinitas perfecciones de Dios».—«En

Por tanto, como advierte el B. Nicolás Factor [24]:

No piense ningún mortal
Que allí pierde tiempo el alma,
Que *su obra es divinal.*

Allí, en efecto, hace Dios su obra, dando el último remate a la purificación y renovación, cuyo coronamiento, según Santa Catalina de Génova y Santa Angela de Foligno, es semejante a la incoación, que se hace *en nosotros sin nosotros*: ya que ahi apenas podemos contribuir sino con la plena aquiescencia y el confiado abandono en manos del divino Artista.

Pero aquí se comprenderá cuán inferior tiene que ser la simple *unión de conformidad con la voluntad divina*, que se pueda conseguir por las *vías ordinarias*, de la que *divinamente* se produce mediante la *contemplación infusa*. Si es cierto, como enseña—o aparenta enseñar—Santa Teresa [25], que aquélla es la que debemos procurar a todo trance—por ser la que está en nuestra mano con la gracia ordinaria—dejando a Dios que nos conceda la infusa cuando sea de su divino agrado; no lo es menos que toda esa unión que nosotros con nuestros esfuerzos podamos adquirir, no equivale siquiera a esa mística *quietud del alma*, con que Jesucristo convida a cuantos valerosamente acepten su yugo suave. (Mt. 11, 29). Menos equivaldrá a la *plena unión* infusa, en que el divino Consolador cautiva y llena de su unción incomparable todas las potencias. Pues de ahí para arriba mucho menos se podrá llegar por las *vías ordinarias*. Se entra ya de lleno en *regiones desconocidas*, donde el único director y regulador ha de ser el mismo Espíritu Santo (Is. 63, 14). Y sin *sentir* de algún modo sus dulces toques y suavísimas mociones, mal podrá el alma sometérsele como es menester para obrar de ese modo *divinamente heroico*, en que tanto tienen que intervenir los místicos *dones*, supliendo y completando la obra de las virtudes. Así, quien por medio de éstas haya hecho lo posible por configurarse con Jesucristo, no tardará en hallar el ansiado *reposo*. Algún día le será dado beber en la misteriosa *fuente de agua viva* (Io. 7, 37; Apoc.

cualquier género de oración, aunque sea con éxtasis o arrobamientos, escribe Molina (*De la orac.* c. 7, § 1), siempre obran las potencias del alma, conociendo y amando a Dios».

[24] L. c.

[25] *Mor.* 5, c. 3. En realidad, según la Santa, esa manera de *unión* no es puramente *ascética*, sino *ascetico-mística*, aunque no *tan sobrenatural* como la del todo *pasiva* y acompañada de especiales favores.

22, 17), donde se renovará para empezar una manera de vida nueva (Ps. 102, 5), en que le nazcan alas para volar sin desfallecer, y encumbrarse a las altas regiones donde se realiza la mística *transformación* (Is. 40, 31). A los que han sido fieles en lo poco, se les darán nuevos talentos con que logren ser grandes y heroicos en lo mucho (Mt. 25, 21-23).—Y si hasta a la misma unión de conformidad se llegaba mucho más aprisa y muchísimo mejor *místicamente* con el auxilio de los dones que *ascéticamente* con el simple ejercicio de las virtudes practicadas de un *modo humano*, para llegar más arriba, donde todo es «*extraordinario*» o *sobrehumano*, todo tiene que ser a impulsos del Espíritu *renovador* [26].

§ II.—Fenómenos concomitantes de la contemplación.—Admiración, silencio, sueño espiritual y embriaguez de amor; éxtasis, raptos, vuelos del espíritu; toques divinos, ansias, heridas y llagas de amor.—Condiciones de la unión, del desposorio y del matrimonio espiritual: la experiencia de lo divino; los dogmas vividos y sentidos.

Los fenómenos concomitantes de los referidos grados de oración suelen ser los siguientes: con el *recogimiento* se junta a las veces una *admiración* deleitosa que ensancha el alma y la llena de gozo y alegría, al descubrir en Dios tantas maravillas de amor, de bondad y hermosura; otras veces el *silencio espiritual*, en que ella se queda atónita, absorta, abismada y como anonadada ante tanta grandeza [27]. Cuando la voluntad

[26] Cf. *Cuestiones místicas* 4.ª.

[27] Antes de la oración de recogimiento—y entre ella—suele haber una muy viva y casi habitual *presencia amorosa de Dios*, a quien el alma parece como que lo está *sintiendo* en realidad, aunque de un modo confuso, viniendo así a conocerlo ya no sólo por la luz de la fe, sino también por la de esta manera de *experiencia* sobrehumana. De este vivo sentimiento de Dios habla Santa Teresa en su 2.ª relación al P. Rodrigo Alvarez, donde lo considera como *sobrenatural* y principio de la verdadera contemplación.—El P. Gracián (*Itiner.* c. 9, § 1) lo llama «*atención interior*, que es cuando mira el alma de hito en hito sin apartarse ni dividirse de algún concepto sobrenatural, que la va inflamando en el amor de Dios. Porque esta asistencia sosegada y quieta, sin andar vacilando en diversos conceptos, suele ser principio de todo el bien espiritual. Algunos la llaman... morar dentro de sí; otros, centro del corazón».

«Confiesan, observa el P. Gárate (*Razón y Fe* mayo 07, p. 63), los que de este divino sentimiento gozan, que les es sumamente fácil tratar con el Señor: que pasan sabrosamente buenos ratos en una misma petición, en una jaculatoria, a poca violencia que se hagan; que prestan una como media atención al Señor hallándose en conversación con

misma es tocada y cautivada, y empieza la oración de *quietud*, entonces la alegría y el gozo de la admiración se traducen por las dos formas de la *embriaguez de amor*, una más *sensible* y otra más *espiritual*, en que el alma, transportada de entusiasmo, sintiendo el inefable *gusto de la dulzura de Dios*, ora se derrite, ora salta de gozo y hace lo que suelen llamarse *locuras de amor*, prorrumpiendo, con San Francisco y Santa Magdalena de Pazzis, en cánticos de alabanza, invitando a todas las criaturas a que alaben tanta bondad [28]; o bien, conteniéndose

---

otros; y que, en dejando las ocupaciones, como si les estuviera El esperando, se lo encuentran delante».—Esto, añade, «es más que luz de fe; es *sentir* misteriosamente algo divino»; por lo cual el alma puede decir: ahora ya no sólo creo, sino que «con esta nueva luz como que *siento* que existe Dios». Este *sentimiento* a alguno les sobreviene súbitamente y les causa sorpresa, como una *novedad* de que no tenían noticia.

[28] «Hanc internae dulcedinis degustationem, dice Ricardo (*Beniam. minor* c. 37), Scriptura sacra nunc *gustum*, nunc *ebrietatem* vocat: ut quam sit parva vel magna ostendat: parva quidem ad comparationem futurae plenitudinis, magna autem in comparatione cuiuslibet mundanae iucundidatis... O dulcedo miranda, dulcedo tam magna, dulcedo tam parva! Quomodo non magna que mundanam omnem excedis? Quomodo non parva, quae de plenitudine illa vix stillam modicam decerpis? Modicum quidem de tanta felicitatis pelago mentibus instillas, mentem, tamen quam infundis plene inebrias. Merito tantillum de tanto *gustus* quidem dicitur, merito nihilominus, quae mentem a seipsa alienat, *ebrietas* nominatur».

Hablando de estos gustos interiores, el P. Fr. Juan de Jesús María (*Escuela de oración* tr. 2.º, d. 53), dice así: «Algunas veces se siente una fragancia de un olor suavísimo que conforta el alma y el cuerpo. Otras veces un sabor, aun en la lengua corporal, que causa grande refrigerio; otras veces se siente una alegría en la parte inferior, que sobrepuja todas las alegrías del mundo, con la cual suelen los nuevos en el servicio del Señor prorrumpir en actos exteriores con júbilos, de tal manera que no se pueden contener: ésta suele llamarse embriaguez espiritual, y es algunas veces tan grande su ímpetu, que hace escupir sangre, por la mucha fuerza; otras veces suele venir un contento espiritual grande, en el discurso de la meditación, con lágrimas y suspiros en el corazón. Otras veces, sin trabajo de meditar, parece que nace en lo íntimo del alma una fuente de consolación suavísima, que con gran paz y quietud, se va extendiendo y discurriendo por todas las partes del hombre, y esta especie parece mejor que las otras que se sienten en la parte inferior... Finalmente hay otros gozos más levantados en la parte superior, que comunica el Señor de diferentes maneras, que son cosas delicadísimas e inexplicables, y cuanto son más puramente de la parte intelectual, se llegan más a lo seguro: éstos son propios de la contemplación».

«O quam bene et optime est tunc animae amorosae, dice Dionisio Cartujo (*De fonte lucis* a. 17), quam serena, quam iucunda, quam caeliformia, ac tranquilla sunt omnia tunc in ea! Ubi tunc nebulae vi-

exteriormente, aunque no sin gran violencia, pero en el interior deshaciéndose en celo por la gloria de Dios y bien de las almas [29]. El silencio se convierte en aquel apacible *sueño* en que el corazón, sin notarlo, vela como nunca—*Ego dormio, et cor meum vigilat*—abrasándose en amor y llenándose de fortaleza (Cant. 5, 2), y donde el Divino Amante quiere que sus esposas permanezcan tranquilas sin que nadie las despierte (Cant. 2, 7; 3, 5; 8, 4).

Cuando empiece la *unión* y se vayan cautivando todas las potencias de modo que ya no turben la quietud de la voluntad, este sueño irá convirtiéndose por grados en los amorosos *deliquios, embriagueces espirituales, desfallecimientos y arrobamientos extáticos*, en que el alma, perdida en el piélago de la divina Bondad, de tal modo se deshace, se derrite y queda absorta en el amor del Sumo Bien, que a veces, con las ansias e ímpetus que le sobrevienen, parece quiere abandonar el cuerpo para que no pueda estorbarla: así al llegar a la plena unión del *éxtasis*, lo deja como muerto, frío, inmóvil e insensible, hasta que ella vuelva poco a poco en sí y puede irlo reanimando. — La admiración, a su vez, irá convirtiéndose en *raptos y vuelos del espíritu*, con otros maravillosos efectos.—Y todo ello conduce a la *muerte mística* y a la total *renovación y transformación* [30]. Las tres suertes de *arrobamientos* que suele ha-

---

tiorum? turbines passionum? involutiones phantasmatum? varietates distractionum? inquietudo tentationum? Nonne a praesentia Solis iustitiae, a conspectu et ardore atque fulgore sapientiae fugiunt omnia illa?»

[29] «En estos sobresaltos de amor, dice San Bernardo (*Serm.* 67 *in Cant.*), el alma abrasada no puede contenerse y prorrumpe en afectos sin orden, sin regla y sin retórica humana, con tal de desahogar su corazón; no pocas veces, entorpecida la lengua, sólo pueden hablar los suspiros».

Sobre la prudente moderación de estos afectos sensibles, y en general de todas las exterioridades, véase la preciosa *Suma espiritual* del P. La Figuera, tr. 3, diál. 5; y sobre la dificultad o imposibilidad que a veces hay que reprimir los gemidos, , a Santa Catalina de Siena, *Vida* 2.ª p., 6.

[30] «Son efectos del divino amor, dice el P. Gracián (*Itiner.* c. 10), los afectos del alma enamorada de Dios, que se llaman *júbilo, gozo, paz, embriaguez, desmayo, muerte y fuego de amor, celo, devoción, éxtasis y rapto, entrañamiento en Dios*, y la divina *unión*».

«El amor divino, enseña San Dionisio (*De div. nom.* c. 4, § 13-15), produce *éxtasis*: donde él domina, el amante ya no es suyo, sino del amado». «El amor es una fuerza *unitiva*».

El amor que acompaña siempre a la contemplación, advierte a su vez el V. Bartolomé de los Mártires (*Comp. Myst.* annot. final.) «*enciende, suspende, arrebata, transforma y deifica*».

ber, exteriormente parecen casi idénticos, y a veces se designan todos con el mismo nombre; pero en sí ellos son muy distintos. El *éxtasis* es un exceso de amor: se produce gradualmente y con suavidad; y así muchas veces puede el alma impedirlo, procurando distraerse al sentir que se acerca; o al menos tiene tiempo de esconderse y buscar una postura disimulada para que nadie lo note.—El *rapto* lo causa un exceso de luz y de admiración: se produce de repente y con gran violencia, sin que haya medio de resistirle o impedirlo. El *éxtasis* hace desfallecer y caer en tierra, como muertos al mundo; el *rapto* eleva, fortalece o transfigura y tiende a levantar en el aire [31]. El *vuelo* es un rapto en que el alma parece ser, con irresistible *ímpetu,* llevada a regiones desconocidas, unas veces como si de repente se viera arrancada del cuerpo, y otras llevándolo también consigo; de donde resulta la *elevación o levitación,* y a veces tam-

[31] En la embriaguez mística, dice un *Anónimo* citado por Sauvé (*Etats* p. 75-78), «no tienen las almas conciencia de lo que dicen o hacen: dicen cosas sublimes y cosas que no podemos comprender, y por eso son ora admiradas, ora menospreciadas y objeto de escándalo. Otras veces el amor obra de modo muy distinto, dejándolas *dormidas.* Si en la embriaguez sienten como una necesidad de obrar y hablar, aquí, por el contrario, el amor les produce un desfallecimiento, en que tienen repugnancia a obrar. Pierden el conocimiento, como en el *sueño*; y necesitan que las despierten: lo cual no siempre es fácil. Y así se encuentran unas veces sentadas, otras arrodilladas. La causa es que Dios las ha *embriagado* hasta dejarlas *dormidas.* La acción de Dios se traducirá, pues, unas veces por esa *embriaguez* en que se elevan sobre sí mismas, y otras por este *sueño*... Como el cuerpo, aunque purificado por la penitencia, es aún muy pesado para el alma, al ser ésta atraída por Dios viene a quedar aquél muchas veces no ya como dormido, sino como *muerto,* con las extremidades frías y una insensibilidad comprobada con las más dolorosas experiencias. Esto proviene de la intensa aplicación del alma: no pudiendo el cuerpo seguirla, quédase sin acción ni sentimiento, como si no estuviera animado. Al cabo de una hora o menos, cuando esto cesa, tienen estas almas que arrastrar su cuerpo de una manera muy dolorosa, hasta que poco a poco se restablecen las relaciones normales y se recobra el calor natural: de ahí el que este estado se llame *éxtasis*—enajenamiento—salir de sí mismos... Se reconoce por la inmovilidad e insensibilidad, o sea por el abandono de la acción del alma sobre el cuerpo. En el *rapto,* el atractivo de la celestial hermosura arrebata el alma de un modo que, más que a la *muerte,* se asemeja a lo que habremos de sentir en el *cielo* cuando a los mismos cuerpos redunde la felicidad del alma. En este estado, los rasgos de la fisonomía suelen adquirir una hermosura particular, a diferencia del *éxtasis,* en que el cuerpo parece quedar abandonado como un vestido inútil».

«*Extasis* importat simpliciter excessum a seipso, secundum quem sc. aliquis extra suam ordinationem ponitur. Sed *raptus* supra hoc addit violentiam quandam» (SANTO TOMÁS, 2-2, q. 175, a. 2.

bién la *bilocación o telepatía* espiritual [32].—En estos casos a ciertas personas les parece tener un cuerpo ligero como una pluma (y realmente es así cuando puede ser movido de un soplo), y que, aun andando, van como si no tocaran en el suelo; y hasta sienten debajo de los pies como una fuerza que las está levantando y que las obliga a hacerse violencia para quedar donde están.—Al empezar este rapto suelen sentir un gran pavor y terror de ver que las llevan sin saber adónde. Pero luego se tranquilizan, al descubrir un mundo de maravillas y gozar de Dios como nunca [33].—En el rapto y el vuelo también pueden perderse los sentidos como en el éxtasis; pero muchas veces queda el cuerpo en la misma postura y la fisonomía muy animada y hasta radiante de luz y hermosura sobrenatural; y con no poca frecuencia deja de tocar y apoyarse

---

[32] Sobre la bilocación cf. RIBET, *Mystique div.* 2, p. 202; SÉRAPHIN, *Principes de Théol. myst.*; MERIC, *Revue du Monde invis.* n. 6, 15 nov. 1898; SAN AGUSTÍN, *De Civitate Dei* l. 18, c. 23.

[33] En el *vuelo del espíritu*, dice Santa Teresa (*Mor.* 6, c. 5), «se siente un movimiento tan acelerado, que parece es arrebatado el espíritu con una velocidad que pone harto temor, en especial a los principios; que por eso..., es menester ánimo grande para quien Dios ha de hacer estas mercedes, y aun fe y confianza y resignación grande de que haga Nuestro Señor del alma lo que quisiere. ¿Pensáis que es poca turbación estar una persona muy en sentido y verse arrebatar el alma, sin saber adónde va, o quién la lleva y cómo? Que al principio de este momentáneo movimiento no hay tanta certidumbre de que es de Dios. ¿Pues hay algún remedio de poder resistir? En ninguna manera: antes es peor... Parece quiere Dios dar a entender al alma que, pues tantas veces con tan grandes veras se ha puesto en sus manos..., ya no tiene parte en sí..., y tomada ya por sí, no hacer más que una paja cuando la levanta el ámbar..., que ve es lo más acertado hacer de la necesidad virtud... Tengo para mí que si los que andan muy perdidos por el mundo, se les descubriese su Majestad, como hace a estas almas, que aunque no fuese por amor, por miedo no le osarían ofender... Este apresurado arrebatar al espíritu es de tal manera, que verdaderamente parece sale del cuerpo... Parécele que toda junta ha estado en otra región muy diferente desta que vivimos, adonde se le muestra otra luz... En un instante le enseñan tantas cosas juntas, que en muchos años que trabajara en ordenarlas con su imaginación y pensamiento, no pudiera de mil partes la una. Esto no es visión intelectual, sino imaginaria, que se ve con los ojos del alma muy mejor que acá vemos con los ojos del cuerpo... Si ve algunos santos, los conoce como si los hubiera tratado mucho... Y cuando torna a sentirse en sí es con tan grandes ganancias, y teniendo en tan poco todas las cosas de la tierra, para en comparación de las que ha visto, que le parecen basura; y desde ahí adelante vive en ella con harta pena, y no ve cosa de las que solían parecer bien, que no le haga dársela nada della. Parece que ha querido el Señor mostrar algo de la tierra adonde ha de ir».

en el suelo, o se remonta por el aire, como atraído de un imán sagrado [34] [1].

De este modo es como va el alma purificándose, a la par que iluminándose, a medida que se allega a Dios y progresa en la unión. Así va sintiendo cada vez mejor los divinos *toques* que la vivifican y la imprimen el místico *sello*, las ardientes *ansias* en que se ve inflamada al recibir las saetas del amor divino, los fogosos *ímpetus* que con ellas se le provocan, y las dulcísimas y penetrantes *heridas de amor* que le producen, hasta dejarla toda convertida en una amorosa *llaga*, en que está su plena salud y vida [2].

Estos delicadísimos, purísimos, deleitosos e inefables *toques* del Amado siéntense primero en las potencias y luego en la misma substancia del alma; y acaban de purificarla de la escoria terrena, encendiéndola de tal modo en el amor divino y embriagándola en tales delicias, que no cabe en sí ni puede contenerse [35]; y, a semejanza del hierro metido en la fragua,

---

[34] Cf. *Vida* de la V. Agreda, § 9; GÖRRES, *Myst. div.* l. 4, c. 6-8.

[35] «Andándose ansí esta alma abrasándose en sí mesma, añade Santa Teresa (*Mor.* 6, c. 11), acaece muchas veces por un pensamiento muy ligero..., venir de otra parte un golpe, o como una saeta de fuego..., que no podía proceder del natural... Mas agudamente hiere y no es adonde se sienten acá las penas, a mi parecer, sino en lo muy hondo e íntimo del alma, adonde este rayo, que de presto pasa, todo cuanto halla desta tierra de nuestro natural, lo deja hecho polvos, que por el tiempo que dura es imposible tener memoria de cosa de nuestro ser, porque en un punto ata las potencias de manera que no quedan con ninguna libertad para cosa, sino para las que han de hacer acrecentar este dolor... El entendimiento está muy vivo para entender la razón que hay que sentir de estar aquel alma ausente de Dios; y ayuda su Majestad con una tan viva noticia de Sí en aquel tiempo, de manera, que hace crecer la pena en tanto grado, que procede quien la tiene en dar grandes gritos: con ser persona sufrida y mostrada a padecer grandes dolores, no puede hacer entonces más; porque ese sentimiento no es en el cuerpo, como queda dicho, sino en el interior del alma... Siente una soledad extraña, porque criatura de toda la tierra no la hace compañía, ni creo se la harían los del cielo, como no fuese el que ama» (cf. *Vida* c. 29).

«Como su Majestad, observa San Juan de la Cruz (*Noche* l. 2, c. 23), mora sustancialmente en el alma, donde ni el ángel ni demonio puede llegar a entender lo que pasa..., estas secretas comunicaciones, por cuanto las hace el Señor por Sí mismo, totalmente son divinas y soberanas, y unos como *toques sustanciales* de divina unión entre el alma y Dios... Estos son los que ella le entró pidiendo en los Cantares (1, 1), diciendo: *Osculetur me osculo oris sui.* Que por ser cosa que tan junto pasa con Dios, donde el alma con tantas ansias codicia llegar, estima y codicia un toque de esta Divinidad más que todas las demás mercedes que Dios le hace».

lanzará deslumbradoras chispas de ese fuego celestial [36]. Cada *toque* del Amado le va imprimiendo más vivamente el *Sello* de su amoroso Espíritu, la reviste de su fortaleza y la inflama en nuevas ansias [37], dejándola con un hambre y sed de amor, que siempre se acrecientan y nunca pueden saciarse sino con la plena y estable unión en que se transforme totalmente en El [38]. Y según la va tocando con mayor violencia, prodúcele los irresistibles *ímpetus* y las inexplicables *heridas* de ese amor

[36] Cf. SAN BASILIO, *De Spiritu Sancto* 9.

[37] «Pone me ut signaculum super cor tuum, signaculum super brachium tuum; quia fortis est ut mors dilectio, dura sicut infernus aemulatio: lampades eius, lampades ignis atque flammarum» (Cant. 8, 6).

[38] «Cuando el alma ha sentido el *contacto* divino, decía Rusbrockio (*Ornato de las bodas* l. 2, c. 55), nace en ella un *hambre* continua que con nada se sacia. Tal es el amor ávido y ansioso, la aspiración del espíritu creado hacia el Bien increado. Dios invita al alma y le excita un deseo vehemente de gozar de El; y ella quiere lograrlo. De ahí esa avidez, esa hambre, esa necesidad de obtenerlo que nunca pueden quedar satisfechas... Dios ofrece al alma platos exquisitos que sólo son conocidos de quien tiene experiencia... Pero el hambre va siempre en aumento, a pesar de las inconcebibles delicias que el contacto divino hace experimentar... Aun cuando Dios concediera todos los dones de los santos, si no se diese a Sí mismo, nunca nos hartaría. Esta hambre y sed el mismo contacto divino que las produce, las excita y exaspera; y cuanto más intenso es el contacto, tanto más terrible es el hambre. Tal es la vida del amor, cuando se eleva a ese grado perfecto que sobrepuja a la razón y la inteligencia. La razón no puede calmar esta fiebre, como tampoco puede producirla; pues este amor tiene su origen en el del mismo Dios».

«Cuando un alma vuelve a la pureza y candor de su primera creación, advierte Santa Catalina de Génova (*Purgatorio* c. 3), se despierta en ella en seguida el instinto que la lleva a Dios como a su término beatífico; y creciendo en cada instante, obra en ella con *ímpetu* asombroso; y el fuego de la caridad que la abrasa le imprime tan irresistible tendencia hacia el fin último, que ella mira como un suplicio intolerable el sentir en sí un obstáculo que la detenga en su *vuelo* hacia Dios; y mientras más luz recibe, más extremado es su tormento». Y Dios, añade (c. 9 y 10), «le corresponde arrojándole unos *rayos de amor* que la *abrasan*, y atrayéndola a sí con una fuerza capaz de aniquilarla, con ser inmortal. El alma con eso queda tan *transformada en Dios*, que se ve hecha una sola cosa con El. Y este Dios de amor continúa siempre atrayéndola y abrasándola, sin dejarla un momento hasta que la vea vuelta a la pureza en que la creó». «Entonces el alma entra en un estado de pureza tan absoluta, que, no teniendo ya de qué purificarse, queda toda en Dios, sin tener, por decirlo así, ningún ser que le sea propio, sino sólo el de Dios... Cuando Dios, de grado en grado, al fin eleva hasta Sí al alma purificada, ésta permanece ya impasible, porque en ella ya no queda nada que pueda consumirlo el fuego: y suponiendo que en ese estado de perfecta pureza fuera retenida en el purgatorio, éste, lejos de serle penoso, sería más bien para ella

que mata y vivifica [39]. Estas provienen, pues, de un toque divino tan agudo y penetrante, que el alma queda como traspasada con una flecha amorosa que la hiere con un inmenso placer; y así no puede ni quiere ser curada sino por el mismo que tan dulcemente la hirió [40]. Y renovándose estas heridas con nuevos toques y nuevas saetas de amor cada vez más encendido, queda al fin toda ella hecha una *llaga amorosa*, que la deja del todo sana, del todo pura y divina, sin mezcla terrena [41]. «Porque añadiéndole llaga a llaga, dice Scaramelli [42], el Espíritu Santo va despojándola poco a poco de su ser terreno y vistiéndola del divino. Por eso cuando la haya convertido toda en una llaga de amor es cuando la deja completamente sana. Después torna a llagarla de nuevo; pero no es ya para sanarla, sino para favorecerla, recrearla y sublimarla: y esto es quizá el más alto grado a que llega un alma unida con perpetua amistad al Verbo divino» [3].

Estas *llagas* del alma se traducen a veces en el mismo cuerpo: el alma configurada con Jesús puede ofrecer visiblemente las sangrientas y gloriosas señales de su pasión dolorosa [43].

---

un fuego de divino amor, y, como la vida eterna, sin sombra de sufrimiento».

[39] Vide SAN AGUSTÍN, *Meditaciones* c. 37, n. 12-13.

[40] «¡Cuán de veras ha aceptado Nuestro Señor la entrega total de mis votos!, exclamaba la M. María de la Reina de los Apóstoles (jun. 03). Soy feliz así, aniquilada dentro de Dios, y no sintiendo la vida más que para sufrir; pero esto tan íntima y vivamente como no lo había probado hasta ahora. Sólo el que hace las heridas sabe hasta qué punto las profundiza; y éstas no tienen otra cura más que la posesión *completa* de Dios».

[41] «*¡Oh regalada llaga!*—exclama San Juan de la Cruz (*Llama* canc. 2, v. 2)—. La cual llaga, el mismo que la hace, la cura, y haciéndola, la sana..., y cada vez que asienta (este cautiverio divino), la hace mayor. Que la cura del amor es llagar y herir sobre lo llagado y herido, hasta tanto que venga el alma a resolverse toda en llaga de amor. Y de esta manera, ya hecha toda una llaga de amor, está toda sana, transformada en amor... Porque, en este caso, el que está más llagado está más sano; y el que está todo llagado está todo sano... Y no porque esté esta alma ya toda llagada y toda sana, deja el cauterio de hacer su oficio, que es herir de amor. Pero entonces ya es regalar la llaga sana... ¡Oh dichosa llaga, hecha por quien no sabe sino sanar!..., tanto más subidamente regalada, cuanto más en el centro íntimo del alma toca el cauterio de amor, abrasando todo lo que se pudo abrasar, para regalar todo lo que se pudo regalar. Este cauterio y esta llaga es, a mi ver, el más alto grado que en este estado puede ser... Porque esto es de toque de Divinidad en el alma».

[42] Tr. 3, n. 259.

[43] En cuanto al número de las personas que han recibido ese favor singular de la impresión de las llagas, el Dr. Imbert, que hizo sobre

«Lo exterior, observa el P. Weis [44], es la expresión de lo interior. El que interiormente se halla en realidad crucificado con Jesucristo, ¿por qué no ha de mostrar también exteriormente los estigmas del Salvador? (Gal. 2, 19; 6, 17). Para quien comprende lo que son los Santos, es decir, imitadores fieles de la vida, sufrimientos y santidad de Jesucristo, nada tiene de asombrosa la *impresión de sus llagas*» [45] [4].

Si durante los *éxtasis* es cuando más plenamente se realiza

---

esta materia profundos estudios (*La Stigmatization et l'extase divine* [1894] 2 t.), enumera hosta 321 casos, auténticos; y cree que aun se podrán encontrar más registrando mejor las bibliotecas.—Conocemos, en efecto, unos cuantos más, y algunos pocos actuales.—De esos 321 estigmatizados que él conoce, los 109, añade, son dominicos, 102 franciscanos, 14 carmelitas, 14 ursulinas, 12 visitandinas, 8 agustinos, 5 cistercienses, 4 benedictinos, 3 jesuítas, 3 teatinos, 2 trinitarios, 2 jerónimos, 2 concepcionistas y 13 de otras diversas congregaciones, uno de cada una. No se conoce ninguno anterior al siglo XIII, en que recibió este favor San Francisco. De entonces acá vienen en aumento: en el mismo siglo XIX, a pesar de la indiferencia religiosa, hubo 29 estigmatizados. Lo que prueba en cierto modo el progreso en la santificación. Aunque la mayoría de las personas así favorecidas eran mujeres, el autor encuentra hasta 41 hombres. Los estigmatizados de ambos sexos que figuran ya en los altares son 62. (IMBERT, ibid., préf., p. XII-XXI).

[44] *Apol.* 10, conf. 21.

[45] «Lo mismo puede decirse, añade, de otros incidentes de su vida. Santa Catalina de Siena mostró al escéptico B. Raimundo (*Vida* 1, 5, 90) su rostro del todo semejante al de Jesucristo. Una religiosa incrédula comprobó el mismo fenómeno en Santa Catalina de Ricci (BAYONNE, 1, 161). A fuerza de meditar los sufrimientos del Salvador, Santa Coleta quedó del todo desconocida; pues su rostro se asemejaba al de El en su Pasión (*Vida*, por ST. JULIÁN, 11, 96)... ¡Quiera Dios conceder al mundo la gracia de hallar a menudo verdaderos santos!»

Quien tiene la suerte de verlos y conocerlos de cerca no podrá menos de sentir la sublime e inefable, pero indeleble emoción que yo mismo pude experimentar cuando la sierva de Dios M. María de la Reina de los Apóstoles, del todo transfigurada ya, ocho meses antes de morir me decía: «A pesar de mis resistencias, Nuestro Señor ha triunfado por completo de mí: ahora ya *me hizo a su gusto*, obra en mí como quiere, pues ya ni resistirle sé.—Lo que sé es que El se complace en mi nada». Y esto lo decía con un candor y una expresión de humildad que llevaba el sello de la divina evidencia.

De la V. Sor Martina de los Angeles—que floreció en el siglo XVII en el convento de dominicas de Santa Fe, de Zaragoza, y después en el de Benabarre—refiere su misma superiora (cf. *Vida*, por el P. MAYA. c. 8, n. 5), que «algunas veces la veía tan resplandeciente, que parecía un cristal purísimo, y que por lo transparente de su cuerpo se le podían contar todos los huesos». Esta sierva de Dios vivió con el corazón físicamente traspasado con los dardos del amor divino. Y así se le encontró después de muerta, y se le conservó con una grande llaga.

la unión de todas las actividades del alma con Dios, en los *raptos* y *vuelos* es donde ella mejor se dispone para el místico *desposorio* y aun para el *matrimonio*; los cuales siempre suelen celebrarse durante alguno de esos grandes arrobamientos, para que así pueda la misma alma soportar mejor el exceso de luz y gracias que entonces recibe [46]. El desposorio va siempre acompañado de alguna *visión*, por lo menos *imaginaria*, de la sagrada Humanidad de nuestro Salvador; y el matrimonio, de otra *visión intelectualísima* del mismo Verbo divino, y aun de toda la augusta Trinidad, en cuya presencia ha de celebrarse este irrevocable pacto [5].

En la oración de *recogimiento* es ya el alma ilustrada acerca de algunos atributos divinos o de los misterios de nuestra redención: nota ella que Dios está presente, pero aun no lo ve dentro de sí misma, sino más bien como a su lado, o cercándola con su inmensidad o grandeza; y casi siempre se le muestra bajo los velos de la Humanidad de Nuestro Señor. En la oración de *quietud* puede ya en ocasiones ir viendo cómo, una vez que le ha cautivado la voluntad, empieza el mismo Dios a apoderársele de todas las demás potencias, y les comunica una energía y suavidad verdaderamente divinas. Lo *siente* como muy *cercano*, y se estremece ante tal majestad y gloria, a la vez que se deshace admirándole y amándole. Pero algunas veces puede ya ver al Salvador como descansando en su propio corazón o a sí misma en el de El, mientras le parece quedar como abrasada en su amor y embriagada de sus dulzuras [47]. En la verdadera *unión*, ve ya de algún modo a Dios *dentro de sí misma*, cautivándola por completo, saciando sus ansias y un-

---

[46] Para celebrar el desposorio, advierte Santa Teresa (*Mor.* 6, c. 4), envía Dios al alma un arrobamiento «que la saca de sus sentidos; porque si estando en ellos se viese tan cerca de esta gran Majestad, no era posible por ventura quedar con vida».—Es de notar que los excesos de luz hieren más vivamente, son más dolorosos y dejan al cuerpo más abatido, que los transportes de caridad y violencias de amor.

[47] «Esta *quietud*, dice la misma Santa (*Vida* c. 15), a quien tiene experiencia es imposible no entender luego que no es cosa que se pueda adquirir, sino que este natural nuestro es tan ganoso de cosas sabrosas, que todo lo prueba: más quédase muy frío bien en breve, porque por mucho que quiera comenzar a arder el fuego, para alcanzar este gusto, no parece sino que le echa agua para matarle. Pues esta centellita puesta por Dios, por pequeñita que sea, hace mucho ruido; y si no la matan por su culpa, ésta es la que comienza a encender el gran fuego que echa llamas de sí del grandísimo amor de Dios, que hace su Majestad tengan las almas perfectas»

giendo todas sus facultades con inefables delicias [48]. Pero aunque lo reconoce en lo íntimo de su propio ser, y no puede dudar que es El, aun no lo ve, hasta cierto punto, más bien que como Padre y Esposo, como soberano Autor del orden natural, que está allí, y en todas partes, por *potencia*, por *presencia* y por *esencia* [49]. *In ipso enim vivimus, et movemur, et sumus* (Act. 17, 28) [50].

Así en los mayores raptos que durante la unión se padecen, puede llegar a ver en cierto modo su inefable *inmensidad* y su *unidad* absoluta; y en el resplandor de esta gloria, a sí misma se ve ya como *divinizada* y sin mancha; cosa que la llena de confusión, acordándose de su antigua vileza, miserias y malicia.—Pero aunque le parezca imposible que quepa mayor gloria que ésta, aun no le es dado contemplar a Dios sino como por la *espalda...*: aun no distingue ni puede ver su *cara,* que es el Verbo de su virtud y sabiduría, ni al Espíritu de amor que exhala su *boca*: ve tan sólo la *unidad de naturaleza,* pero aún no puede ver la distinción de *Personas* divinas, en que están los principales encantos de la gloria del Padre. Lo ve, en fin, como *criatura y sierva,* más bien que como *hija* y *esposa* que conoce los íntimos secretos de familia y sabe lo que hay en la *casa de Dios* [6].

Para gozar de esos privilegios le será menester pasar por la gran *tiniebla* donde mora el *Dios escondido,* y recibir allí otras invasiones de luz divina, tan superiores, tan sobrenaturales y tan puras, que ante ellas aparezca aún del todo manchado lo que con la otra luz inferior parecía ya transparente y sin mancilla... Y bajo la acción de esa luz del Verbo—que es

[48] Mientras en la oración de *quietud*, observa el P. Vallgornera, el alma siente y gusta a Dios presente *junto* a ella, en la de *unión* lo siente y lo gusta presente *dentro* de ella misma. En la oración de unión todas las potencias del alma quedan las más de las veces suspendidas en sus operaciones naturales; en la de quietud la suspensión de ordinario sólo alcanza a la voluntad. En esta oración el alma conserva algunas dudas acerca de la verdad de lo que experimenta; teme las ilusiones de la imaginación y los ardides del demonio, que a veces se transforma en ángel de luz; en la de unión, ni la imaginación, ni la memoria, ni el entendimiento pueden servir de obstáculo, y el demonio tampoco puede contrahacerla.

[49] «Soy más íntimo a tu alma, decía Nuestro Señor a Santa Foligno, que ella misma». Pero ella añade: «Cuanto más íntimo a mí veía a Dios, tanto más alejada de El me sentía».—Después de ver el alma a Dios dentro de sí misma, empieza a verse como dentro de El y perdida en su divina inmensidad; lo cual es mucho más elevado y regalado, y por lo mismo suele causar más viva pena en su cesación.

[50] Cf. SANTA TERESA, *Morada* 5, c. 1.

la luz verdadera que alumbra todas nuestras tinieblas—y del fuego abrasador de su Espíritu, que destruye todas las impurezas de la criatura, acabará de purificarse y transformarse de modo que pueda penetrar en el santuario de los íntimos secretos divinos y gozar del trato familiar con las divinas Personas.

En la *unión* ya *transformativa* del *desposorio*—y aun en las visitas o entrevistas que lo preparan, mostrando al alma el gran Bien que se le ofrece para que mejor lo desee y se disponga a merecerlo—se le presenta ya propiamente como Autor del orden sobrenatural; y, si no se le muestra la adorable Trinidad, por lo menos se le aparece llena de amabilidad y hermosura la sacratísima persona del Verbo humanado, que es la que directamente se desposa—o suele desposarse en primer lugar—con las almas santas, como en su admirable encarnación se desposó con la naturaleza humana y luego con la Iglesia. Y a través de la Humanidad ve ya intelectualmente la Divinidad del Verbo, según va muriendo a sí misma y transformándose en El por amor [7].

Mas esta unión contraída en el *desposorio*, con ser tan íntima y realizarse en el fondo mismo del alma, es aún transitoria; para hacerse permanente con el *matrimonio espiritual*, se necesita que la misma alma acabe de recibir, en la *contemplación caliginosa*, las últimas purificaciones de la *noche del espíritu*. Celebrado ya el matrimonio, con la renovación y transformación que implica esta unión estable, queda el alma confortada y con todo el vigor necesario para recibir impunemente y sin ninguna inmutación exterior los excesos de luz divina. Ya apenas padece éxtasis, ni raptos, con gozar casi habitualmente de una presencia más o menos clara de la Beatísima Trinidad y ver en ella con frecuencia los más adorables misterios y más recónditos secretos [51]. Así es como puede hablar

[51] «Dos cosas solamente, dice Scaramelli (trat. 3, c. 24), parecen esenciales a esta unión perfecta: la primera es la manifestación intelectual de la Santísima Trinidad, y la *conciencia* de su cohabitación en el centro del alma; la segunda, la revelación del Verbo, también por visión intelectual, con palabras y testimonios que declaran al alma que es elevada a la dignidad de esposa. Importa poco que estas dos apariciones sean simultáneas o sucesivas, con tal que esta alianza del alma con el Verbo se contraiga en presencia de la augusta Trinidad. Al menos en el orden lógico, la Trinidad es quien primero aparece para preparar esta santa unión y ser testigo de ella».—La presencia habitual de toda la Santísima Trinidad en el alma es lo que mejor puede distinguir el estado de matrimonio espiritual del simple desposorio, sobre todo cuando se reiteran algunas veces las ceremo-

y habla de ellos, no como cosa oída, sino como de un *hecho*, de una *realidad vista y sentida*, que, por misteriosa o incomprensible que parezca, es así, porque así debe ser necesariamente [52].

Aquí cesan todas las «antinomias» de la ciega razón, como cesan las de nuestras sensaciones cuando logran funcionar normalmente todos los sentidos. Por eso, para las almas llenas del Espíritu Santo, los dogmas son, más bien que verdades abstractas, portentosas *realidades vividas y sentidas*. De ahí que, como dice Blondel, la santa Iglesia, que tanta experiencia tiene de ellos, no tema ni pueda temer incurrir jamás en contradicción, ni ser cogida en error, a pesar de toda la astucia de sus enemigos y de las terribles objeciones que de continuo le suscitan; porque ella tiene plena conciencia de la verdad de que vive y de que no enseña sino la pura *verdad vital*, bien *sentida y experimentada* [53]: «Quod audivimus, quod vidimus oculis nostris, quod perspeximus, et manus nostrae contrectaverunt de *Verbo vitae*: et vita *manifestata* est, et *vidimus*, et *testamur et annuntiamus..., vitan aeternam*» (1 Io. 1, 1-2).

APÉNDICE

[1] *Extasis siempre nuevos e inefables.—Embriagueces de amor.*—«Cuando el alma es elevada sobre sí misma e ilustrada con la presencia de Dios, entra en íntima comunicación con El, entonces conoce

nias simbólicas de estas dos uniones. Y aunque ambas suelen contraerse directamente con el Verbo, según alguno de sus atributos, ciertas almas contraen otra suerte de matrimonio con el divino Consolador. El P. Tanner, en el *Prefacio* a las *Obras* de la V. Marina de Escobar, dice que «cuando Dios quiere desposarse con un hombre, toma el atributo femenino de la Misericordia o de la Sabiduría, como sucedió con San Juan el Limosnero, San Lorenzo Justiniano, el B. Enrique Susón y otros». Y esta misma Venerable fué varias veces favorecida con la celebración de su desposorio o matrimonio espiritual (que no es fácil distinguir lo que era), primero con el Verbo (t. 1, l. 1, c. 1, § 1), en 1598, a la edad de cuarenta y cuatro años: (§ 2) en 1611, a los cincuenta y siete (l. 2, c. 22, § 4, en 1617; y después (en 1622, t. 1, l. 2, c. 23), con el Espíritu Santo. En una de estas revelaciones se le dió a entender que este último matrimonio era el principal (cf. POULAIN, p. 276).—Santa Angela de Foligno fué también desposada con el Espíritu Santo.

[52] Cf. SANTA TERESA, *Morada* 7, c. 1; BLOSIO, *Inst.* c. 12, § 2-4.

[53] Con razón dice Joly (*Psychol. des Saints* c. 1), que lo enseñado por Benedicto XIV acerca de la beatificación y canonización de los

goza y descansa en las divinas felicidades que no puede contar, pues aplastan toda palabra y todo concepto. Allí es donde el alma nada en el gozo y la ciencia: iluminada en la fuente de la luz, penetra las palabras obscuras y dificultosas de Jesucristo... Cada éxtasis es un éxtasis nuevo, y todos los éxtasis son una cosa sola inenarrable. Las revelaciones y las visiones se suceden sin parecerse. Delectación, placer, gozo, todo se sucede sin parecerse. ¡Oh!, no me hagáis hablar. Yo no hablo, blasfemo; si abro la boca, en vez de manifestar a Dios, le voy a hacer traición» [54].

«El éxtasis, advierte Santa Catalina de Génova [55], no puede ser continuo. El alma, el espíritu y el cuerpo que, por la abundancia de estos dones maravillosos, acaban de recibir un aumento de santidad, vuelven a las obras habituales de su destierro... Pero el Señor vela sobre ellos desde lo alto... y llama de nuevo y eleva incesantemente hacia Sí el espíritu, hasta adornarlo de una perfecta pureza y hacer que el alma y el cuerpo queden igualmente libres de todas las debilidades de la naturaleza caída. En este feliz momento, la división entre el cuerpo y el alma, denunciada por San Pablo, ya no existe. El alma adquiere la cualidad de puro espíritu, y el cuerpo, que por sí mismo no tiene mancha ni flaqueza, puede libremente y sin obstáculo asociársele en una santa y deliciosa unidad... He ahí hasta dónde llega el amor que el Señor se digna darnos. Su caridad es tan admirable que, aun sin exigir el concurso del alma, derrama en ella los frutos del Espíritu Santo; porque la mira en el Corazón de su Hijo sacrificado por nosotros. Así, con la ternura que nuestro dulce Salvador le hace sentir, la llama *su hija, su única y muy amada.* Y los tesoros de bendiciones que le comunica y que encierran todos los bienes, conviértense en un océano de amor donde ella se abisma con delicias espirituales que exceden a todo entendimiento, y le hace perder todo vestigio de su primera existencia en Adán. El menor recuerdo que de este primer estado se le ofreciera, le sería tan horroroso como un infierno. ¡Cuán inefable es esta *transformación!* El alma posee ya en esta vida una participación de la gloria...» «¿Quién podrá dignamente apreciar, añade [56], estas maravillosas correspondencias del alma con Dios?... ¿Quién podrá embriagarse en esta felicidad del santo amor, que es un preludio de la gloria?... ¡Ah, estos gozos y estos bienes son ignorados del mundo; no pueden ser conocidos sino de los privilegiados amantes del Salvador, que desde aquí abajo comienzan a abismarse en el océano de las claridades y de las delicias que no tendrán fin!... ¡Oh amor!, el corazón que tú posees es tan grande, tan generoso, tan

---

santos no son reglas exteriores, impuestas autoritariamente a la santidad de los fieles, sino como un resumen experimental de cuanto con la vida secular del cristianismo y espontáneo desarrollo de la santidad se fué revelando progresivamente a los doctores y pastores de la Iglesia».

[54] B.ª Foligno, *Visiones e instrucciones* c. 56.

[55] *Diál,* 2, 1.

[56] *Diál.* 3, 8.

magnánimo, que antes aceptaría todos los martirios que perder un átomo de esa paz tan dulce y tan pura con que lo favorece. Mas esta paz no puede ser debidamente estimada sino de quienes se hacen dignos de ella».

«De la contemplación, dice el B. Susón [57], nacerá un gozo íntimo que produce una felicidad inefable... Esta felicidad la he tenido diez años enteros, los cuales me parecieron una hora. Mi corazón era tan dichoso, que no puedo expresarlo con palabras. Estaba yo absorto en Dios y en la eterna Sabiduría: tenía con mi Criador unas conversaciones encantadoras, en que sólo hablaba mi espíritu: gemía y suspiraba, lloraba y reía; parecíame estar elevado sobre el espacio a través de los tiempos y de la eternidad, y que nadaba en un océano de verdades admirables y divinas. Mi corazón rebosaba en un gozo tal, que se deshacía en mi pecho, y tenía que llevar allí las manos para contenerle, diciendo: ¡Oh corazón mío, qué sacudidas experimentas hoy! Y una vez vi espiritualmente que el corazón de mi Padre celestial se juntaba con el mío de un modo inefable. Sí, sentí el corazón de Dios, a la divina Sabiduría sin forma ni imagen, que me hablaba en lo íntimo de mi corazón, y en la embriaguez de mi gozo exclamé: ¡Oh mi dulce Amado y mi único amor!, ¡ved cómo abrazo, corazón a corazón, a vuestra misma Divinidad! ¡Oh mi Dios, más amable que todo lo amable! El que ama sigue siendo distinto del amado; mas Vos, Dulzura infinita del verdadero amor, os derramáis como un perfume en los corazones de vuestros amantes, y penetráis todo entero en la esencia de sus almas: nada hay en Vos que quede fuera de ellos: los abrazáis divinamente y les quedáis unidos con los lazos de un infinito amor».

[2] *Divinos incendios y ansias del amor vulnerante y transformante.* La V. Sor Bárbara [58] vió al Salvador ardiendo en vivas llamas y que le decía: *Ven, hija mía, que quiero te consumas conmigo y seas una cosa en Mí.* «Entonces, añade ella, sentí que este divino fuego me consumía y unía tan estrechamente a mi Dios, que al poco tiempo de estar allí ya no me veía a mí, sino solamente a mi Dios; y no sólo no me veía, sino que me encuentro tan completamente *perdida toda en Dios,* y como *transformada en El,* que puedo decir con toda verdad que no sé si vivo: creo estoy *muerta,* pues *no vivo más que en Dios...* ¡Qué afectos de amor tan vehementes produce todo esto en mi alma! Parece que toda soy amor. Pero sufro mucho por no poder amar tanto como desea mi alma... Siempre me parece que amo poco, o nada, para las ansias tan grandes que siento... Dios sabe recrear el alma, y al mismo tiempo dejar el cuerpo capaz de actuar en todo lo que tiene de obligación...»

¡Oh Amor divino!, exclamaba Santa Catalina de Génova [59], «me habéis combatido y habéis vencido: ¡gracias, Dios mío!... ¿Mas

[57] *Unión del alma* c. 3.
[58] *Carta* de 9 oct. 72; *Vida* 375-6.
[59] *Diál.* 3, 2.

cómo? ¡Me siento morir de amor, y no siento el amor; me encuentro abismada en el amor, y no conozco el amor; siento el amor obrar en mí, y no comprendo la operación del amor; mi corazón se abrasa de amor, y este fuego de amor yo no lo puedo explicar!»

«El soberano Bien, dice Santa Foligno [60], viene al alma, y ella lo siente y... participa de El. Herida del Amor soberano, herida y abrasada, desea tener a Dios. Lo abraza, lo estrecha contra sí, y se estrecha con El; y Dios la atrae con su inmensa dulzura, y la virtud del amor los transforma a uno en otro, al amante y al amado, al amado y al amante. El alma, abrasada por la virtud del amor, se transforma en Dios, su amor. Como el hierro encendido recibe en sí el calor y la virtud y el poder y la forma del fuego, y se hace semejante al fuego, y se entrega todo al fuego, y se desprende de sus propias cualidades, dando asilo al fuego en lo íntimo de su substancia; así el alma, unida a Dios por la gracia perfecta del amor, se transforma en Dios sin cambiar su propia substancia, mas por la virtud del movimiento que transporta en Dios su vida divinizada. ¡Conocimiento de Dios! ¡Oh gozo de los gozos! Quien conoce en la verdad, ése ama en el incendio».

«El Espíritu Santo, advierte Santa Magdalena de Pazzis [61], siempre inmóvil y siempre en movimiento, toma en cierto modo de la gloria del Padre un rayo purísimo y luminosísimo, y del Verbo encarnado una flecha de amor ardentísima y agudísima, para alumbrar y obscurecer, para herir y curar, para abrasar y refrescar, para humillar y glorificar a las criaturas que en sus corazones le reciben, y hacerlas marchar por las sendas del amor. Del lazo con que este divino Espíritu une eternamente a las divinas Personas con la unión más íntima que el amor y la identidad pueden producir, toma por vía de aspiración otro lazo de amor con que el alma se une a Dios con una unión semejante a la de la Santísima Trinidad, y le entrega con perfecta resignación todas sus potencias, ya unidas entre sí, la memoria, el entendimiento y la voluntad, de suerte que ella no quiere, y hasta cierto punto no puede, gracias a esta unión tan íntima con Dios, recordar, conocer ni querer otra cosa que su único y perfecto amor, fuente de todo bien, la caridad divina: *He sido herida*, dice, *por la caridad*. ¡Oh cuán dichoso sería quien, a semejanza de los bienaventurados, ya no pudiera romper este dichoso lazo!... De la sobreabundancia de gloria de los Santos recoge este divino Espíritu, como las migajas que caen de su mesa, y las distribuye a sus esposas, que quedan a la vez ricas y pobres: ricas, por recibir tan grandes bienes; pobres, porque siempre quedan hambrientas, al mismo tiempo que se reconocen del todo indignas. Y gracias a este celestial alimento, Dios, a quien el amor las une, *crece en ellas y se engrandece* en cierta manera en sus corazones: *Magnificat ánima mea Dominum*. Además, participan de algún modo de las perfecciones que atribuímos a cada una de las divinas

[60] *Visiones* c. 57.
[61] 1.ª p., c. 29.

Personas... Sin embargo, el crecimiento del Padre en las almas es incomprensible; el del Verbo de su amor, inescrutable, y el del Espíritu Santo, inefable».

[3] *Toques divinos: heridas y llagas de amor.*—«¡Oh mano blanda!, exclama San Juan de la Cruz [62]... Nunca matas sino para dar vida... Llagásteme para sanarme (Deut. 32, 39), ¡oh divina mano! Mataste en mí lo que me tenía muerta sin la vida de Dios, en que ahora me veo vivir. Y esto hiciste... en el toque... del resplandor de tu gloria: que es tu Unigénito: en el cual tocas fuertemente desde un fin hasta otro fin (Sap. 8, 1). ¡Oh, pues, toque delicado, Verbo Hijo de Dios, que por la delicadeza de tu ser divino penetra sutilmente en la substancia de mi alma, y tocándola... la absorbes toda en divinos modos de suavidades nunca oídas en la tierra de Canaán! (Bar. 3, 22)..., ¡oh dichosa y muy dichosa el alma a quien tocares delgadamente siendo tan terrible y poderoso! Dilo al mundo, alma. Mas no lo digas... porque no puede recibir estas altezas. ¡Oh Dios mío y vida mía!, aquellos te sentirán y verán en tu toque (Io. 14, 17) que enajenándose del mundo se pusieren en delgado...: tanto más delgadamente tocas, cuando estando tú escondido en la adelgazada alma..., los escondes en lo escondido de tu rostro de la conturbación de los hombres (Ps. 30, 21)... ¡Oh, pues, toque delicado, que con tu delicadeza deshaces el alma y la apartas de los demás toques..., *trocándola de humana en divina!*... Aunque no en perfecto grado, es, en efecto, cierto sabor de vida eterna, que se gusta en este toque de Dios... Este toque es substancialísimo: toca la *substancia de Dios en la substancia del alma*... De donde la delicadeza del deleite que en este toque se siente es imposible decirse: ni yo querría hablar de ello, porque no se entienda no es más de lo que se dice, que no hay vocablos para declarar cosas tan subidas de Dios... Echa de ver el alma aquí ser estas cosas como... el *nomen novum scriptum, quod nemo scit, nisi qui accipit* (Apoc. 2, 17). Y así sólo puede decir, y con verdad: *Que a vida eterna sabe*... Y de este bien del alma a veces redunda en el cuerpo algo de la unción del espíritu, que parece penetra hasta los huesos, y en su manera engrandece a Dios conforme a aquello de David (Ps. 34, 10): *Todos mis huesos dirán: Señor, ¿quién habrá semejante a ti?*».

«Acaecerá que estando el alma inflamada en este amor, aunque no tan cauterizada como aquí habemos dicho..., que siente embestir en ella un serafín con un dardo enarbolado de amor encendidísimo..., y entonces, al herir de este encendido dardo, siente esta llaga el alma en deleite sobre todo encarecimiento... Y si alguna vez se da licencia para que salga algún afecto afuera al sentido corporal, al modo que hirió dentro, sale fuera la herida y la llaga: como acaeció cuando el serafín llagó al santo Francisco... Porque Dios ninguna merced hace al cuerpo que principalmente no la haga primero en el alma. Y entonces, cuanto mayor es el deleite y fuerza de amor que causa la llaga de adentro, tanto mayor es el dolor de la llaga de afuera... Y así es cosa

[62] *Llama* canc. 2, v. 3-4.

maravillosa sentir crecer el dolor con el sabor. La cual maravilla echó bien de ver Job (10, 16) en sus llagas, cuando dijo a Dios: *Volviéndote a mí, maravillosamente me atormentas.* Porque maravilla grande es, y cosa digna de la abundancia de Dios y de la dulzura que tiene escondida para los que le temen (Ps. 30, 20), hacer tanto más sabor y deleite, cuanto más dolor y tormento se siente. ¡Oh grandeza inmensa!... ¡Quién pudiera, Señor, hacer dulzura en medio de lo amargo, y en el tormento sabor!» (ib. v. 2).

«No se puede encarecer ni decir, advierte Santa Teresa [63], el modo con que llaga Dios al alma, y la grandísima pena que da, que la hace no saber de sí: mas es pena tan sabrosa, que no hay deleite en la vida que más contento dé. Siempre querría el alma estar muriendo de este mal. Esta pena y gloria junta me traía desatinada, que no podía yo entender cómo podía ser aquello... ¡Oh, qué es ver un alma herida!... ¡Cuántas veces me acuerdo, cuando ansí estoy, de aquel verso de David: *Quemadmodum desiderat cervus ad fontes aquarum!*, que me parece lo veo al pie de la letra en mí. Cuando no da esto muy recio, parece se aplaca algo—al menos busca el alma algún remedio, porque no sabe qué hacer—con algunas penitencias, y no se sienten más, ni hace más pena derramar sangre, que si estuviese el cuerpo muerto. Mas es tan grande el primer dolor, que no sé yo qué tormento corporal lo quitase». Otras veces, añade, veía a un serafín con un dardo de oro encendido. «Este me parecía meter por el corazón y que me llegaba a las entrañas; al sacarle me parecía las llevaba consigo y me dejaba toda abrasada en amor grandísimo de Dios. Era tan grande el dolor, que me hacía dar aquellos quejidos, y tan excesiva la suavidad..., que no hay desear que se quite, ni se contenta el alma con menos que con Dios. No es dolor corporal, sino espiritual, aunque no deja de participar el cuerpo».

Santa Gertrudis [64] vió una vez al Salvador con una flecha de oro, y que le decía: «Quiero traspasarte el corazón de un lado a otro, de tal suerte que no pueda curarse la llaga». Y ella notó que esta flecha de amor divino le producía tres suertes de heridas. La primera hace como enfermar y languidecer de manera que todos los placeres sensibles resulten insípidos, y no haya en la tierra cosa que pueda consolar. La segunda produce como un acceso de fiebre violenta, que hace desear con ardor el remedio del mal: un alma en ese estado desea con indecibles ansias unirse con Dios, sabiendo que sólo en su posesión encontrará la salud. «En fin, la tercera herida produce unos afectos tan extraordinarios, que sólo se puede decir que es como si separase el alma del cuerpo, para hacerla gustar desde esta vida unos gozos tan grandes, que la dejan del todo embriagada».

«¡Qué dulce es esta amorosa saeta que, hiriéndonos con esta llaga incurable del amor divino, nos deja para siempre enfermos de un abatimiento de corazón tan apretante, que en fin para en la muerte!» [65]

[63] *Vida* c. 29.
[64] *Revel.* l. 5, c. 29.
[65] SAN FRANCISCO DE SALES, *Amor de Dios* l. 7, c. 10.

[4] *Diversidad de ímpetus y heridas.*—El P. Hoyos [88] describe varias clases de *ímpetus* y *heridas de amor.* Los primeros eran muy sensibles y exteriores: en ellos, dice, «el rostro se enciende, el cuerpo parece que está entre fuego, el corazón da saltos violentos: ya prorrumpe el afecto en suspiros o en lágrimas, ya quisiera estar en un desierto para dar voces y desfogar su pecho. Veníanme a veces con tanta abundancia estos movimientos y con tanta fuerza, que me solían quitar la respiración, y padecía el cuerpo tanta violencia que quedaba molido, y del fuego material que ardía en el corazón, se me originó en él por la parte exterior una ampolla, que se aumentaba al paso de los afectos, y se me quitó cuando el Señor me quitó esta devoción sensible».

Más tarde, cuando ya se hallaba muy adelantado, empezó a sentir otros tanto más dolorosos y penetrantes cuanto más espirituales. «Sucedíame muchas veces, añade, ya en oración ya fuera de ella..., venírseme de improviso un ímpetu de éstos, que traspasaba el alma de parte a parte, causando un *escozor sabroso*, una pena regalada, un regalo penoso y un injerto de gozo y de placer. Gustaba mucho el alma de este dolor, aunque le escocía, y no querría que jamás cesase, y, por otra parte, no se puede sufrir cuando aumenta. Consiste este *ímpetu vulnerante* en un acto amoroso que el Señor infunde en el alma, y hiere de muy varios modos. Viene unas veces un deseo grande de desatarse del cuerpo; y, como se ve atada la pobre alma, siente una dulce pena. Otras la siente al dividir el amor la parte inferior de la superior... Otras, ilustraba mi entendimiento una clara luz: iba luego la voluntad a arrebatarse tras el objeto conocido, y, como esta luz se lo muestra infinitamente amable, cáusala un suave dolor ver que no se dilata a tanto su pequeñez. Otras veces, dejando muchos modos más de heridas que cada día experimentaba, hería el Señor *inmediatamente la substancia del alma* por un *toque substancial* tan divino y suave, que sólo quien lo ha experimentado lo entenderá.

»La tercera especie de ímpetus... son como los instrumentos de los raptos... Consisten en una luz repentina que ofusca la potencia intelectual... Viene la luz, y al punto, como por un cabello, me arrebatan (como a Habacuc desde Judea a Babilonia)... y quedaba yo como entre el cielo y la tierra... ¿Dónde sube y es arrebatada esta alma? A Jerusalén, esto es, a la visión de la paz; porque luego queda en una paz suma... Los otros ímpetus causan *éxtasis*; éstos, *raptos*...»

La cuarta especie de ímpetus «pertenecen a lo más subido de la contemplación», y cree imposible describirlos, contentándose con decir: «He padecido grandes desamparos, tristezas, tedios, congojas, tentaciones, penas causadas de los demonios en el alma, y dolores del infierno; pero todo es nada comparado con lo que aquí padezco; y lo que gozo es más que todas las dulzuras y favores de antes... La experiencia me dificulta más el hablar, por hallar tantos prodigios en este paso, que muestran bien la infinita sabiduría de Dios, que tal inven-

[88] *Vida* p. 125-129.

ción trazó para probar a sus amigos y favorecerlos a un mismo tiempo, *juntando un sumo padecer con un sumo gozar*. A veces, estando bien descuidado, siento en un punto ponerse el alma sobre todo lo criado y aun sobre sí misma..., en una soledad inmensa, como si todo el mundo fuera un desierto... Ama a su Dios todo, todo: ni se para en su bondad, en su misericordia ni en su omnipotencia, sino se echa a pechos con todo Dios, sin amar cosa particular en El; y, lo que más es, le parece sin embargo que no le ama, sino que está muy lejos de amarle, y anda como mendigando un poco de amor. ¡Oh traza del Omnipotente! ¡Pónela el amor en agonías de muerte...; y ella se consuela en deseos de amar, pensando que no ama! Muere de una pena que, como cuchillo de dos filos, penetra en lo más interior y escondido del espíritu. Contempla la amabilidad infinita del objeto infinito, y arrebátase con tan vehemente lanzamiento hacia él, que esto sólo basta para arrancarla del cuerpo en lo natural. Pero ¡ay Dios!, que va dando de una saeta en otra; porque... detenida de la carne mortal, que le impide abrazarse con la infinidad de su Dios, recibe un dolor que la consume dulcemente. Muéstrasele el amor de los Santos..., y ella, como si pudiese amar más, a más amor aspira. No se satisface con cuanto ve que es amado Dios, sino que, divinamente hidrópica, intenta lo imposible».

«¡Oh abismo de caridad!, exclama Santa Catalina de Siena [67]. Tú eres fuego que siempre ardes, y no consumes, lleno de alegría, de gozo y suavidad. Al corazón que de esta *saeta* es *llagado* toda amargura le parece dulce, y todo peso se le torna ligero. ¡Oh dulce amor, que hartas y engruesas nuestra ánima! Y pues dije que ardía y no consumía; ahora digo que arde, consume, destruye y disuelve todo defecto, toda ignorancia y toda negligencia que haya en el alma; porque la caridad nunca está ociosa». «Estas *flechas*, decía el Señor a Santa Catalina de Génova [68], son *dardos centelleantes de amor*..., de un amor irresistible. Cuando, a semejanza de las lenguas de fuego que el día de Pentecostés cayeron sobre los Apóstoles, penetran en *las junturas y medulas* (Hebr. 4) del corazón, éste a su contacto se derrite como la cera en un horno... Todo cuanto tenía *de mortal queda absorbido* y consumido en estos ardores de *vida* sobrenatural (2 Cor. 5) y ya no se siente otro atractivo que el de derramarse en Mí y de referirlo todo a mi amor!... ¿Sabes que está escrito que *un río de fuego sale de mi boca?*... (Dan. 7). Estos *dardos centelleantes* son como olas encendidas que se desprenden de esa corriente abrasadora... Caen de mi seno y comunican tanto ardor y fuerza interior al hombre, que ya no puede hacer otra cosa que amar, manteniéndose *inseparablemente* unido a su Dios».

Así es como se *purifican, iluminan y deifican las almas*. «Nacen de allá dentro, dice el P. Gracián [69], como tres ríos: uno de cris-

[67] *Ep.* 123.
[68] *Diál.* 3, 13.
[69] *Itin.* c. 11, § 3.

tal, con que se llega a la pureza levantada: otro de luz, con que el alma alcanza la luz que llaman *inaccesible*, y otro de fuego, donde llega el amor seráfico. Y esta morada de las tres divinas Personas en el alma es la primera parte de la vida en Cristo. La segunda es la transfiguración, transmutación o transformación del alma en Cristo. Cuando levantada sobre sí, como sobre un divino monte Tabor, mucho más de lo que ella puede alcanzar a entender... el rostro de su entendimiento se pone más resplandeciente que el sol, porque no sólo recibe rayos de luz para quedar resplandeciente en sí, sino también para alumbrar a otros, las potencias se ponen blancas como la nieve... Porque todas ellas cesan de mal obrar, y se emplean en buenos actos, y se halla el alma como si viviese entre los Santos del cielo... Es esta bienaventurada vida y conversación celestial una imitación de la vida eterna y lo más supremo a que el alma puede llegar en esta vida».

[5] *Impresión del místico Sello y configuración perfecta con Cristo.*—Santa Matilde [70] refiere de este modo cómo recibió la impresión del Sello divino: La llamó el Salvador a Sí, y puso sus divinas manos en las de ella, y la donó todas las obras que había realizado en su santa Humanidad. Fijó sus ojos en los de ella, de tal suerte, que pudo ella ver por los mismos divinos ojos. Imprimió su boca en la suya, y le dió, en compensación de sus negligencias, todas las alabanzas, acciones de gracias, oraciones y exhortaciones que habían brotado de sus santísimos labios. Finalmente, unió su Corazón al de ella, y le comunicó su devoción y amor y la plenitud de sus gracias. Al contacto del fuego de su amor fundíase su alma toda como la cera puesta al fuego. Así pudo El imprimírsele totalmente, de modo que ella quedó ya convertida en fiel imagen de su perfección divina y hecha una misma cosa con El.

El Espíritu Santo, dice a su vez Santa Gertrudis [71], con el fuego de su amor abrasa los corazones y los deja blandos como la cera, y entonces el Salvador estampa en ellos su imagen, como un *sello divino*. Este favor—que recibió un día de la Purificación—le parecía el mayor de todos.

«Jamás hará Dios esta merced, advierte Santa Teresa [72], sino a alma que ya toma por muy suya: quiere que, sin que ella entienda cómo, salga de allí sellada con su sello; porque verdaderamente el alma allí no hace más que la cera cuando imprime otro el sello, y que la cera no se lo imprime a sí: sólo está dispuesta, digo blanda, y aun para esta disposición tampoco se ablanda ella, sino que se está queda y lo consiente». Y, en efecto, el P. Hoyos [73], al recibir un día la sagrada forma, notó que se le volvía el corazón como blanda cera, donde el Señor iba imprimiendo su divina imagen. «Pero es de admirar,

[70] *Lib. spec. gratiae*, 1, 1.
[71] *Leg. div. piet.* 2, 7.
[72] *Mor.* 5, c. 2.
[73] *Vida* p. 79.

dice él mismo, que esa imagen no sólo quedó impresa en un lado del corazón, sino por todos sus lados y por el medio, como la esponja henchida de agua. La misma impresión que la Humanidad en el corazón, vi, por visión más alta, que hacía la Divinidad en el alma, y se me dijeron estas palabras con un amor inexplicable: *Desde ahora quedas transformado en Mí, y Yo en ti en cierto modo*; pero mira que también quedas obligado a evitar las más mínimas imperfecciones y aspirar a amarme sin cesar».

De esta suerte, configurada ya el alma con el Verbo humanado, puede reproducir en sí los misterios de aquella vida santísima y realizar sus divinas operaciones.

[6] *Operaciones del Verbo en el alma ya sellada y configurada.*— «El Verbo, dice Santa Magdalena de Pazzis [74], ama al alma con tal amor, que se le da en alimento, la une a su Humanidad de la manera más íntima, le comunica los ardientes deseos, los puros afectos, las palabras y las obras santísimas de esta misma Humanidad y, en una palabra, la *transforma en Sí*, y esta transformación eleva al alma a un grado de perfección tal, que cada una de sus aspiraciones hacia Dios atrae en cierto modo al Verbo del seno del Padre al suyo y, poseyendo en sí misma al Verbo, por su íntima y amorosa unión con El hácese como *otro Verbo*. Y así como El deseaba con gran deseo darse a sus criaturas, así también ella experimenta un gran deseo de comunicarse a los demás; es decir, de comunicarles el Verbo que ella posee con todas sus gracias y dones, de suerte que puede con verdad decir: *Deseé ardientemente comer esta Pascua con vosotros*. El Verbo va en seguida al lavatorio de los pies, donde se abaja y humilla hasta lavar los del mismo Judas. Así abaja y humilla la operación del alma, lavando y purificando, por la aspersión de su sangre, todos los afectos y deseos, y dándole una bajísima opinión de sí misma. Pero ¿qué quiere hacer ahora el Verbo? Va al sermón de la Cena, adonde lleva al alma para glorificarla ya aquí abajo: es decir, la introduce en su Corazón sacratísimo, donde le habla cara a cara en dulce conversación. Dícele que El es el *camino, la verdad y la vida*; hácele saber que El es la *verdadera Vid y su Padre el Agricultor*; en fin, le declara que será perseguida con regocijo del mundo...

»La prisión del Verbo, con todas sus circunstancias, se reproduce en el pequeño mundo del alma... El es expuesto a las burlas, y el alma pasa por la misma prueba cuando al comunicar a otros sus aflicciones, en vez de recibir consuelo, oye decir que son castigos de tales faltas... El fué pospuesto a Barrabás, y ella lo es a otras personas menos perfectas, que son colmadas de honores mientras ella es despreciada... El Verbo recibe la cruz sobre sus espaldas, y el alma perfecta recibe una cruz pesadísima cuando otras almas perfectas rehusan creerla... El muere en su cruz, y ella muere también por el perfecto abandono de sí misma en las manos de Dios... El Verbo aparece a su Madre; el alma aparece también a la suya, cuando se ve forzada a

[74] P. 1.ª, c. 3-4.

comunicar su operación a la santa Iglesia. El no se deja tocar de Magdalena, y el alma lo imita... cuando no tolera que sus obras espirituales se mezclen con las perecederas y terrestres... Imita las otras apariciones de su Esposo cuando, para mayor gloria de Dios, manifiesta sus operaciones a ciertas personas ilustradas de luz celestial, a fin de consolarlas... El Verbo envía al Espíritu Santo. Y el alma también lo envía hasta cierto punto con el Verbo, cuando, después de atraerlo con fervientes suspiros, lo derrama, con sus comunicaciones y exhortaciones espirituales, en las otras almas que son aptas para recibirlo... Tales son las operaciones que el Verbo encarnado hace en este pequeño mundo del alma... Le envía profetas para anunciarle su venida: desciende El mismo a ella, donde obra espiritualmente todo lo que realmente había hecho en su Humanidad, desde la encarnación hasta la muerte; en fin, el alma *muere, resucita y sube con El al cielo,* aun permaneciendo en la tierra».

Muy conforme a esto, manifestó Nuestro Señor a Santa Margarita María (*Autobiogr.* 3), que debía estar ante El como un lienzo ante el pintor, para trazar en su alma todos los rasgos de su vida dolorosa; y que los iría trazando todos, después de purificarla de todas las manchas, del amor propio y de toda afición a las criaturas. «Me despojó—añade ella—en un momento de todo; y después de haber dejado mi corazón vacío y desnuda por completo mi alma, encendió en ella un deseo tan ardiente de amar y sufrir, que no me dejaba un punto de reposo»...

Pero en medio de tantos padecimientos, se multiplicaron de tal modo los favores, consuelos y gracias que, inundada de delicias, se veía forzada muchas veces a decir: «Suspended, Dios mío, este torrente que me anega o dilatad mi corazón para recibirlo».

«Estando contemplando a mi Dios, refiere la V. Sor Bárbara [75], me dijo este divino Señor: *Hija mía, dame tu corazón. Quiero grabar en él mi imagen.*—Entonces vi con gran consuelo de mi alma que se iba esculpiendo en mi corazón la imagen de mi Dios... Mientras me concedía tan singular favor, estaba como complaciéndose en lo que hacía, y su divino Corazón lleno de amor y gozo, comunicándole a mi alma tan singulares gracias, que no las sé yo comparar más que con las que este Señor comunica en el cielo».

«Nuestro Señor se complace, decía la fundadora de las Reparadoras, V. M. María de Jesús [76], en apoderarse de mí e imprimirse en todo mi ser: hace que todo éste vaya quedando no sólo *marcado* como cosa suya, sino también *transformado* en El. Con esto parece *extinguirse mi propia vida,* para que nada haya en mí que pueda oponerse a su acción... Cuanto más se apodera de mí esta vida de Dios, más me atrae; cuanto más la amo, más hambre y sed de ella tengo... Lo que puedo decir es que El me posee y yo le poseo; y esta mutua

[75] 6 oct. 72; *Vida* p. 370.
[76] *Vida* por el P. SUAU, p. 408.

posesión hace que El me busque, porque se encuentra en mí, y yo le busque, porque se manifiesta» [77].

[7] *Muerte mística.—Sepultura y resurrección.*—«Dió la última mano el Señor a mi espíritu, dice el P. Hoyos [78], el Viernes Santo, con la *muerte mística* que se celebró espiritualmente en mi alma de un modo maravilloso y escondido que no sé explicar. Porque súbitamente sentí y vi y entendí cómo, llegándose, uniéndose y estrechándose más íntimamente la divina Esencia con lo supremo del alma, parecía que la arrancaba, abstraía, purificaba, enajenaba, dividía, elevaba y, para mayor expresión, así como la *mataba* a todo lo caduco y visible, haciendo místicamente el amor en ella, lo que la muerte en el cuerpo; viendo yo al pie de la letra cumplida en mí aquella sentencia que dice (Cant. 8, 6): *Fuerte es el amor como la muerte*... Inmediatamente vi cómo era el alma recibida, o, para seguir la metáfora, *sepulta*da en la misma inmensidad y divinidad del mismo Dios, quedando muerta y escondida en El su vida... Es este paso inexplicable... Pero más claramente se ve en esta visión imaginaria... Vi cómo, atrayendo a sí—Jesús—mi corazón, lo ocultaba y *sepultaba* en el suyo con indecible amor, lavándole con la sangre de su sagrado costado; viendo practicado por vista clara aquello de San Pablo (Col. 3, 3): *Muertos sois, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios*... El Domingo de Resurrección, luego de comulgar, vi al divino Jesús resucitado y revestido de gloria, y en su corazón el mío, también ya elevado a nuevo estado, dando el último complemento a las palabras del Apóstol (Col. 3, 4): *Cuando apareciere Cristo, que es vuestra vida, entonces vosotros también apareceréis con El en gloria*. A esta vista y *resurrección* material, por decirlo así, se siguió inmediatamente otra vista y resurrección del alma, intelectual».

La V. Sor Bárbara [79] oyendo la santa Misa, vió que el Señor le decía: «*Hija, quiero formar en ti un corazón digno de Mí; y esto ha de ser por medio de sacrificios*.—Dicho esto, parecía tomaba mi Dios mi corazón con sus santas manos y, uniéndolo con el suyo muy estrechamente, hacía de los dos uno, dándome a entender con esto la unión tan íntima que quiere tenga con su divina Majestad en todo... Otro día, derramando los afectos de mi corazón con mi Dios, vi que se acercaba a mí, y me empezó a arrancar todas las malezas de mi corazón, dejándolo sumamente limpio. Lo que yo sentí de dolor y de amor, no lo puedo explicar como quisiera: es un dolor lleno de un gozo del cielo; no es como los que se experimentan con los padecimientos naturales. Duele el cuerpo, y mientras tanto está el alma en una dilatación, un gozo, una dulzura...» «Se me manifestó mi Dios, añade [80], llenando mi alma de su amor, de una paz muy profunda y de grande humildad. No puedo explicar cuáles son los afectos de

[77] Cf. SAN BUENAVENTURA, *Vita S. Francisci* c. 13.
[78] *Vida* p. 189.
[79] 4 dicbre. 71; *Vida* p. 271.
[80] 4 sept. 72; *Vida* p. 351.

mi corazón en estas ocasiones: baste decir que me encuentro toda llena de Dios, y tan íntimamente unida con El, que ya *en nada soy yo:* estoy como *perdida toda en Dios.* Cada día se aumenta esta divina unión: estoy *muerta para todo.*—Después de esto se aumenta la desolación y angustias de mi espíritu».

«La *humanidad* reducida a este extremo parece ya herida por mano de la *muerte.* Podría compararse a un desdichado, suspendido, para ser privado de la vida, de las ramas de un árbol violentamente agitado por la tempestad, y que mientras sus miembros eran dislocados y rotos, pudiera conservar la presencia de espíritu... ¿No es verdad que, aunque su corazón permaneciera tranquilo, sus angustias serían inexplicables?... Y no es esto sólo; pues el Señor parece complacerse en aumentarle las penas. La tiene como enclavada en la cruz, y dispara sobre ella con tanta viveza sus abrasadas flechas de amor que la disolución del cuerpo parece inevitable... Por otra parte, el ímpetu de las llamas, que interiormente la abrasan, se apodera a su vez del alma para colmarla—¡oh prodigio inenarrable!—no de sufrimientos, sino de satisfacciones secretas, llenas de delicias, a las cuales no osa entregarse, porque van acompañadas de los temores que le deja el sentimiento de su indignidad» [81].

«Sufre las persecuciones con amor y humildad, sin pensar en defenderte, decía el Señor al B. Susón [82], ruega con amor por tus enemigos, excusándoles ante tu Padre celestial. Así morirás por amor en la cruz; mi muerte se repetirá en la tuya, y tu paciencia será una nueva flor de mi Pasión». «El alma que por imitación se encuentra con Jesucristo *muriendo* en la cruz, añade el mismo Beato [83], puede volverse a encontrar con El en lo profundo de su Divinidad; pues El mismo le ha hecho esta promesa: *Donde yo esté, estará también mi siervo* (Io. 12, 26).—El primer encuentro es rudo y austero, en él hay sangre y cruces; mas el segundo está lleno de gozo y de ventura. Allí pierde su actividad el espíritu desapareciendo en el océano de la divina Esencia; y en eso está precisamente su salud y su felicidad... El espíritu de los hombres perfectos puede elevarse a este abismo de la Divinidad...; puede engolfarse y nadar en las profundidades incomprensibles de la divina Esencia; y allí, desprendido de todos los pensamientos vulgares, permanecer inmóvil en los secretos divinos. Entonces, despojado de la obscuridad de su luz natural, se reviste de una luz superior. Es de Dios atraído a la simplicidad de su Unidad, donde se pierde a sí mismo para transformarse en El, no por naturaleza, sino por gracia. Y en este mar infinito de luz que le rodea goza de un silencio que es perfecta paz y felicidad. Comprende aquel NADA eterno y existente que es la incomprensible Esencia divina: el NADA que se llama así porque no es nada de las cosas creadas, y el espíritu humano no puede hallar ninguna creatura que pueda contenerlo; ve

[81] SANTA CATALINA DE GÉNOVA, *Diálogos* 3, 10.
[82] *Et. Sab.* 21.
[83] *Unión* c. 6.

que este *Nada* sobrepuja a toda inteligencia y es incomprensible para todas.—Cuando el espíritu comienza a fijarse en las *tinieblas* de la luz, pierde toda propiedad de sí mismo, y ya no se conoce, porque está absorto y sepultado en Dios. Y como a estas alturas recibe en su pura substancia una luz que irradia de la Unidad de la divina Esencia y de la trinidad de las Personas, se pierde su espíritu en estos resplandores; *muere* a sí mismo y al empleo de sus fuerzas y facultades; y quédase arrebatado y como perdido en una ignorancia divina, y absorto en el silencio inefable de la luz infinita y de la unidad suprema. Tal es el punto más elevado a que puede el hombre llegar».

La V. Agreda experimentó repetidas veces la *muerte mística*, muriendo progresivamente a sí misma y a todo lo terreno y humano, para vivir más íntimamente en Dios. De cada una de estas *muertes* salía más renovada y transformada [84].

San Juan de la Cruz resume toda esa maravillosa serie de operaciones divinas en esta magnífica estrofa [85]:

¡Oh *cauterio* suave!
¡Oh regalada *llaga!*
¡Oh mano blanda! ¡Oh *toque* delicado
que a vida eterna sabe
y toda deuda paga!
Matando, *muerte* en *vida* la has trocado.

Y la M. María de la Reina de los Apóstoles, poco antes de morir, las reunió en esta otra:

Muerte y *vida* a un mismo tiempo
diéronme, por dicha mía:
¡Nada y *Todo!* ¡Qué contraste!
Explicarlo no sabría.

Aquí está, en efecto, lo *inefable* de la vida espiritual.

§ III.—Diferencia entre los referidos fenómenos y los naturales.—Los éxtasis divinos, la estigmatización y la bilocación.—Negaciones, desdenes y confusiones de los racionalistas y escepticismo de los mundanos y contagiados.—¿Por qué son más favorecidas de Dios las mujeres?—La ciencia de los Santos y la pureza de corazón.—El juzgar de los espirituales y el sentido crítico de los «insensatos».

Antes de pasar adelante, conviene desvanecer aquí algunas confusiones con que ese funesto *naturalismo*, que por todas partes se respira, está inficionando el ánimo de muchos creyentes,

[84] Vease la descripción de ellas en su *Vida*, por SAMANIEGO, § 33, y en su *Mística Ciudad de Dios*, introd. a la 3.ª p.
[85] *Llama de amor viva* canc. 2.

hasta el punto de desvanecer en ellos el concepto de lo sobrenatural y hacerlos descender a veces del sublime ideal de los cristianos, al rastrero proceder de los simples *deístas*.—Como estos maravillosos fenómenos de la vida sobrenatural son un reflejo de la luz con que Jesucristo nos alumbra, y hacen que los hombres de buena voluntad reciban la paz del cielo y glorifiquen al Padre de las luces, no pudiendo los racionalistas soportar esos resplandores divinos, procuran cerrar los ojos como con desdén; y cuando comprenden que eso no les basta, se esfuerzan por identificar las maravillas de los grandes Santos, con las perturbaciones de los desgraciados neurópatas, y sobre todo los éxtasis divinos con los enajenamientos, llamados también «éxtasis», que naturalmente padecen ciertas personas, y principalmente las histéricas, al fijar demasiado la atención en algún objeto: y así es cómo se los procuran y logran tenerlos a su arbitrio muchos fanáticos mahometanos.

Mas, aunque exteriormente esos fenómenos se parezcan y lleven el mismo nombre, en el fondo difieren totalmente.

Es cierto que en ambas maneras de «éxtasis» suele quedar el cuerpo rígido, frío y como muerto, y que la sensibilidad y el movimiento se van recobrando por grados hasta que, restablecida la circulación regular, se entra en calor y se reanima todo.—Pero difieren: 1.°, en que en los naturales el alma queda como en profundo letargo, sin pensar en nada, o al menos sin poder recordar nada, si es que algo pensó; mientras en los divinos está más llena de luz que nunca, y al volver en sí, lejos de olvidarse, lo recuerda todo tan fielmente que jamás se le podrá borrar de la memoria; y así es como queda tan absorta y poseída de las verdades que entonces se le comunicaron, y con un júbilo tan celestial, que no puede hallar sino hastío en todo lo terreno [1].—2.° Mientras en los naturales queda más abatida, y con ellos se agravan las enfermedades, en los divinos queda confortada, llena de salud y de fuerzas, aun cuando antes se hallara enferma [86].—3.° Los divinos, con las mismas

[86] «Esta oración—de unión extática—dice Santa Teresa (*Vida* c. 18), no hace daño por larga que sea; al menos a mí nunca me le hizo, ni me acuerdo hacerme el Señor ninguna vez esta merced, por mala que estuviese, que sintiese mal, antes quedaba con gran mejoría. Mas ¿qué mal puede hacer tan gran bien? Es cosa tan conocida de las operaciones exteriores, que no se puede dudar que hubo gran ocasión, pues ansí quitó las fuerzas con tanto deleite para dejarlas mayores».

«Los mismos transportes más o menos naturales de un alma inocentemente exaltada con las dulzuras espirituales, dice Sauvé (*Etats* p. 82), debilitan si uno se abandona a ellos: al paso que cuando Dios

heridas y llagas de amor que le producen, van dejándola del todo transformada, vivificada, regenerada y... *deificada*; mientras los naturales acaban por dejarla trastornada, degenerada y *embrutecida*.

Estos efectos, tan radicalmente diversos, bastarían para mostrar que en las respectivas causas media una diferencia absoluta. Pero aun hay otros muchos contrastes visibles:

1.º En los éxtasis naturales, los movimientos convulsivos que suele haber son desordenados o indecorosos y exponen a grandes riesgos; mientras en los divinos se guarda una modestia y compostura admirables, y no hay peligro de ningún daño, aunque la persona acierte a caer en el fuego. Santa Catalina de Siena fué sacada de entre las brasas sin la menor quemadura y sin que el mismo vestido se le manchara.

2.º En aquéllos, la crisis sigue en todo su propio curso hasta resolverse espontáneamente, no siendo que sea provocada y dirigida por la hipnosis, al paso que en los divinos, a pesar de no funcionar los sentidos, el alma, sin oír nada, vuelve en sí cuando se lo mande quienquiera que tenga sobre ella legítima autoridad espiritual; pero no si falta ésta, como sucede cuando, siendo delegada, quien la delegó retracte, aunque sea de lejos, su intención. A veces basta la simple orden *mental,* sin proferirla verbalmente, para lograr el mismo resultado. Sin embargo, no es prudente repetir sin gran motivo estos mandatos; por la excesiva violencia que tiene que hacerse el alma para volver de repente en sí y poder mover su cuerpo, aún rígido y frío. De ahí que con esto sientan después gran cansancio, dolores y hasta daños de salud, llegando a veces a echar sangre por la boca con el esfuerzo que hacen [87]. Es de notar también que, aun en el mismo *sueño espiritual,* acaece volver espontáneamente en sí en el momento en que urge cualquier obligación, aunque antes no se hubiera pensado en ella. Así hay almas que teniendo a su cargo importantes negocios, y sintiéndose del todo inhábiles y olvidadizas para desempeñarlos, con todo logran recordarlos en el momento oportuno y, llenas entonces de habilidad y prudencia, en breve cumplen su deber con maravilloso acierto [88].

---

mismo exalta y arrebata, respeta nuestras facultades y más bien las fortalece».

[87] Véase a GÖRRES, *Mystique divine* l. 4, c. 2.

[88] A pesar de la rigidez e inmovilidad habituales, en algunos *raptos* hay quienes hablan y se mueven, trasluciendo así algo de la luz que reciben. Santa Catalina de Siena y Santa Magdalena de Pazzis habla-

Otra diferencia notable es que los éxtasis naturales pueden sei procurados y provocados; así hay personas que los tienen cuando quieren, mientras los divinos se producen siempre cuando menos se piensa, de tal modo que bastaría desearlos para no tenerlos [89]. Pero lo más notable es lo sensatas y equilibradas que se muestran estas almas a quienes Dios así favorece, y sobre todo la luz, fervor y cambios benéficos que, a consecuencia de estos favores, conservan toda la vida. Así reciben y os-

---

ban durante ellos; y así es como se pudo escribir el relato de sus divinas comunicaciones. La última, con tal rapidez y volubilidad se expresaba, que eran menester cinco o seis secretarios para escribir todo lo que ella decía. Solía también en este estado andar, y una vez subió por una columna de la iglesia sin necesidad de escalera; cosa que pasó también muchas veces a Emmerich, según queda dicho. San José de Cupertino, San Pedro de Alcántara y otros varios santos volaban con vehemencia hacia el altar o las sagradas imágenes que los atraían. Son muchas las personas que durante estos favores aparecen eomo transfiguradas, con una hermosura sobrehumana, o resplandeciendo con luz eelcstial. Pueden verse bastantes ejemplos de todo esto en GÖRRES (l. c., c. 7-8, 21-22).

Santa Catalina de Riccis (cf. MARCHESI, c. 5, 15 y 19), no sólo quedaba muchas veces resplandeciente en sus raptos, sino que con frecuencia era de ellos sorprendida en cualquier postura, por violenta que fuese. Cuando le sobrevenían en las procesiones, en que solía llevar un crucifijo, proseguía en ellas, parándose en los sitios acostumbrados; pero iba como en el aire. A veces acompañó en ese estado a ciertas personas que entraron en su monasterio. Muchas veces hablaba y explicaba lo que veía, o lo daba a entender con sus gestos y movimientos. Por doce años, del 19 al 31 de su edad (1542-1554), tenía uno semanal de 28 horas—del jueves a las doce al viernes a las cuatro de la tarde—durante el cual experimentaba en sí la serie de los misterios de la Pasión. Durante los azotes, se retorcía con los duros golpes que misteriosamente sentía; y a veces le quedaba el cuerpo acardenalado (*ib.* c. 17).—Otros santos tuvieron también ciertos éxtasis muy prolongados y reiterados: San José de Cupertino los tenía casi continuamente; Santo Tomás de Villanueva, al rezar una vez el oficio de la Ascensión, quedó suspendido en el aire durante doce horas; Santa Angela de Foligno los tuvo de tres días; la Beata Columba de Rieti, de cineo; la V. Marina de Escobar, de seis; San Ignacio, de ocho; Santa Coleta, de quince; Santa Magdalena de Pazzis, de cuarenta (cf. GÖRRES, l. c., c. 2-4). A la B. Osana de Mantua se le interrumpían a veces los éxtasis al llegar la hora de eomulgar, alcanzando ella de Dios que para eso le permitiera el uso de los sentidos y movimientos (cf. *Vida*, por BAGOLINI y FERRETI, e. 4, p. 77).

«Quamvis Bernardus dicat, *morulam* esse brevem, id—observa de acuerdo con Dionisio Cartujo el P. Tomás de Jesús (*Contempl. div.* l. 1, c. 6), intelligendum est respective ad imbecillitatem humanae mentis, et ad id quo frecuentius evenire solet, non autem respective ad divinam clementiam, quae aliquando detinet Sanctos in *raptu* longo temporis spatio».

[89] Así es como algunas almas recibieron ya desde la niñez estos fa-

tentan el *sello* del Salvador, que es la luz del mundo [90], al paso que las otras llevan siempre algún *estigma* de desequilibrio mental o degeneración.

Los que visiblemente han sido favorecidos con la impresión de las *llagas* de Jesucristo, ésos, en toda su manera extraordinaria de vivir, desconciertan a la ciencia imparcial. Esas llagas en nada se parecen a las que natural o artificialmente puedan producirse: duelen más sin comparación; y, sin embargo, aunque puedan causar momentáneamente un gran abatimiento, en realidad confortan y revivifican, siendo fuentes de energías sobrehumanas [91]. No obedecen a ningún remedio y, por grandes que sean, pueden a veces aparecer o desaparecer periódicamente como por sí mismas, según la serie de los misterios del año litúrgico [92]. Sangran en abundancia y, con ser profundas y a veces perpetuas, nunca gangrenan; están siempre frescas, sin dar señales de supuración ni menos de putrefacción, antes suelen exhalar olores suavísimos. Con suma frecuencia, sin traducirse al exterior, se concentran en el corazón, que es el órgano directamente vulnerado con los dardos divinos; por eso tantas almas contemplativas padecen en él muy agudos dolores, y com-

---

vores, mientras otras tardaron mucho en recibirlos.—Según el doctor Imbert (*La stigmat.* t. 2, c. 17), «Santa Ildegarda, la B.ª Catalina de Raccognini, Dominica de Paradis y Santa Catalina de Siena empezaron a tener éxtasis a los cuatro años; San Pedro de Alcántara, la B.ª Osana de Mantua, Santa Angela de Brescia, la M. Inés de Jesús, a los seis; Blasa de Clatanisetta, a los siete; Cristina de Stumbele, a los once; Santa Inés de Montepulciano, a los catorce; María de Agreda, a los dieciocho; Verónica de Binasco, a los cuarenta, y Santa Teresa a los cuarenta y tres».—La V. Micaela Aguirre empezó a tenerlos hacia los cinco de su edad, en que ya fué elevada a cierta manera de desposorio.

Pero es de advertir que algunos de estos éxtasis tan prematuros, como verificados en almas aún no elevadas a la mística unión, pertenecían en rigor a las gracias *gratis datas*, y así eran más bien *proféticos* que no *místicos*».

[90] Sor Mariana de Santo Domingo (cf. *Vida int.* p. 177), favorecida con el dolor de las *llagas* de Nuestro Señor, viendo una vez que se le empezaban ya a formar visiblemente, se quejó a El, rogándole que la dejara tan sólo sentir los dolores sin que se manifestase nada al exterior.—Y El respondió: «Hija mía, quiero señalarte con mis armas, para que sepan que eres mi esposa, en quien me miro y tengo mi recreo».

[91] «Mis llagas, dijo Santa Catalina de Siena a su confesor (*Vida* 2.ª p. 6), no sólo no atormentan mi cuerpo, sino que lo sostienen y fortalecen. Siento que aquello mismo que antes me abatía, ahora me alivia».

[92] A la V. Micaela Aguirre le desaparecieron una vez al simple mandato de su Provincial.

prenden que lo tienen materialmente *llagado.* Y así se ha visto en aquellas que, como la V. Martina de los Angeles, fueron después de muertas objeto de esta curiosa observación. Se les encontraron allí profundas llagas que, si fueran naturales, mil veces les hubieran quitado la vida. Y, sin embargo, vivieron años y años con ellas, y aunque les causaban dolorosas crisis, de estas mismas sacaron unas fuerzas maravillosas para ocuparse con más actividad y celo en todo lo que era del divino servicio.

Nada diremos de tantas otras maravillas como se refieren en las vidas de los Santos, y que no tienen nada con qué compararse. Pero queremos añadir dos palabras siquiera sobre lo relativo a los *raptos* con *bilocación*, por lo mismo que la ciencia moderna puede presentar cosas algo parecidas, aunque no en el modo ni en el fruto, ni menos en las causas. Aparte de los tan conocidos casos de San Nicolás de Mira, de San Antonio de Padua, de San Francisco Javier, de San Ligorio, del Beato Pedro Telmo, del Beato Martín de Porres, etc.—cuya presencia tan útil fué en otros lugares muy distantes de donde estaban físicamente sus cuerpos—, son notables los hechos que se refieren de la citada V. Martina [93], la cual—a semejanza de Emmerich—se presentaba muchas noches a grandes distancias, para remediar las necesidades del prójimo o de la cristiandad. En esos viajes misteriosos recorría tierras y mares, dando después perfecta razón de objetos y sucesos lejanos, y hablando con mucha propiedad de las cosas de navegación, sin haber visto nunca la mar ni tener instrucción ninguna. Solía ir como acompañada de otra religiosa de gran virtud, que vivía lejos de ella. La Beata Catalina de Racognini aparecía también así muchas veces, y se dejaba ver con toda claridad, cuando las necesidades del prójimo o de la Iglesia lo pedían: una vez se presentó amenazando de parte de Dios a un príncipe, y dejándole consternado [94]. Pero uno de los casos más notables y me-

[93] Cf. *Vida* por el P. MAYA (Madrid 1735), cc. 24, 25 y 27, n. 11, donde se refieren hechos notabilísimos y de trascendencia histórica.

[94] Cf. *Année Dominic.* sept. 5.—También Santa Catalina de Riccis aparecía con mucha frecuencia a los que la invocaban, y así los consolaba y defendía y hasta los acompañaba en viajes peligrosos. De este modo se comunicó íntimamente con Santa María Magdalena de Pazzis y más aún con San Felipe Neri. Este, después de muerta, la describía con toda exactitud como si la hubiera tratado, y advirtió cómo un retrato de ella no se le parecía, aunque jamás se habían visto corporalmente.—Cosa análoga pasó con la B. Osana de Mantua (*Vida* c. 7, p. 112), que conocía perfectamente la Palestina como si

jor comprobados es el de la V. Agreda: en sus grandes raptos, con el celo que la consumía por la salud de las almas, apareció repetidas veces en Nuevo Méjico predicando y logrando convertir y catequizar a millares de indios, que luego fueron a buscar a los misioneros para ser bautizados. Y el hecho es que pudieron recibir el bautismo en seguida, sin más instrucción; pues resultó que estaban ya bien dispuestos... Dijeron que cierta mujer venía de cuando en cuando a enseñarlos y aconsejarlos, y luego desaparecía sin saber ellos a dónde iba a parar.

La extrañeza del caso obligó a hacer grandes averiguaciones, y por ellas se vino a sospechar si sería la Venerable. Obligada ella por la obediencia, manifestó la verdad del suceso: dió perfecta razón de todas aquellas remotas regiones y de los parajes intermedios, como si muchas veces lo hubiese recorrido todo, y pudo indicar a alguno de los misioneros lo que él mismo, tal día y a tal hora, estaba haciendo entre los indios. No acertaba ella a decir si iba *in córpore, vel extra corpus*; pero, aunque iba como de un vuelo, se *sentía* allí en realidad, y *percibía* como físicamente la impresión de los cambios de clima, etcétera... Y cuando en esa forma distribuía a los catecúmenos algunos rosarios, éstos le desaparecían ya para siempre de la celda... como si el viaje y la entrega hubieran sido muy *físicamente reales* [95].

La ciencia puede hoy presentarnos algunos casos de *telepatía* que ofrecen no poca semejanza con esto [96]; pero aun dado que el fenómeno sea del todo *natural*—que algunas veces sus sospechas ofrece de ser *diabólico*—aparece casi siempre en neurópatas o desequilibrados, y no vemos que produzca ningún fruto. A quien tenga ojos para ver, ¡cuán diferentes se muestran las obras de la naturaleza de las del Espíritu, por mucho

hubiera estado en ella.—Del mismo San Felipe dice el *Breviario*: «Aparecía a los ausentes y los protegía en los peligros». Véase su *Vida* por BACHI, l. 3, c. 11.

[95] Véase su *Vida* por SAMANIEGO, § 12; y sobre este y otros casos parecidos, a GÖRRES, l. c., c. 26; MÉRIC, *L'Imagination et les prod.* l. 4, c. 5-6. Sobre los hechos maravillosos acaecidos a Emmerich, cf. intr. a la *Vida de Nuestro Señor* 12; WEGENER, l. 4, c. 8; y sobre los de Santa Luduina, ASS. 11 april., c. 5.

[96] Lo cual debe obligar a los directores a andar con cautela, para no dar así como quiera por *divinas* ciertas apariciones o visiones a distancia, que suelen ser muy frecuentes en algunas personas espirituales, y que a veces podrían ser simple consecuencia del estado psicológico en que se hallan, reduciéndose a un caso extraño de telepatía: aténganse, como manda el Salvador, a los *frutos* de santidad; y por ellos distinguirán si el árbol es divino o humano (cf. MÉRIC, l. c.).

que se confundan ante los profanos!... Estos raptos de los siervos de Dios ofrecen gran analogía, si no identidad, con el del diácono San Felipe (Act. 8, 26-40).

Los que viven según la carne, todo lo juzgan según la prudencia humana, carnal o mundana, incapacitados como están para *sentir* y *entender* las cosas del Espíritu (Rom. 8, 5-7; 1 Cor. 2, 14). Y así es como, ante ese mundo de maravillas en que respiran las almas que viven *escondidas con Cristo en Dios*, el *animalis homo* viene a quedar tantas veces desconcertado, teniendo que apelar a explicaciones pueriles, cuando ve que no le basta la negación ni el desdén [97].

Pero lo más lastimoso es que, a las objeciones de la incredu-

[97] Al notar los profundos contrastes que hay entre lo divino y lo humano, aun los más furibundos racionalistas empiezan a plegar velas y, temiendo ponerse en ridículo, ya no se atreven a identificar de una manera tan cruda como antes los fenómenos místicos con los histéricos. El mismo Delacroix (*Dévelop. des états myst. chez Ste. Terèse*, en *Bull. de la Soc. fr. de phil.* janv. 06) tuvo que advertir que «no era su ánimo explicar por el histerismo toda una vida tan grande, tan amplia y tan hermosa como la de la Santa. «A decir verdad, añade, eso no sería una explicación, pues habría que mostrar cómo y por qué procedimientos produjo aquí tales efectos el histerismo, que tan de otra manera obra». Montmorand (*Hysterie et myst.* en *Rev. Philos.* mars, 06, p. 301-8), hace ver los contrastes que ofrece la vida de la Santa con las de los neurópatas. Estos son volubles, caprichosos, inconstantes y faltos de sentido y de penetración; mientras en ella la delicadeza del buen sentido, la agudeza de ingenio, la energía y la constancia eran cualidades salientes. Por lo que hace a los éxtasis de los místicos—escribía otra vez en la misma revista (jul. 05)—, produciendo como producen unos resultados tan benéficos, no hay ningún derecho a confundirlos con otros estados del mismo nombre, que tan opuestos resultados producen.

En cuanto las *llagas* de los *santos*—impresas como están místicamente durante una altísima contemplación—no encuentran en la ciencia nada que remotamente se les parezca. Los estigmas producidos por sugestión se reducen casi a un enrojecimiento pasajero, que difícilmente llega a trasudar algunas gotas de sangre, mientran aquéllas ofrecen heridas profundas y muy duraderas, que a veces afectan al mismo corazón. Aquéllos desaparecen al poco tiempo, y no sabemos que causen ninguna molestia notable; las de los santos no desaparecen, sino cuando son periódicos, para renovarse espontáneamente a su tiempo, y les causan agudísimos, pero a la vez deliciosos dolores, en que encuentran como una fuente de fortaleza. Por otra parte, a diferencia de las llagas *patológicas*, que siguen el curso de su evolución, las *místicas* (si se exceptúa la de la espina de Santa Rita), por profundas y duraderas que sean, no supuran, ni dan mal olor, ni ofrecen ninguna alteración mórbida, y a veces exhalan suaves perfumes. La ciencia humana es incapaz de dar razón de estos misterios, como puede verse en los concienzudos estudios del Dr. Imbert (*Stigmatis*, t. 2, c. 6, 14) y de Gombault (*L'imaginat.* 4.ª p., c. 2).

lidad, se añade hoy con suma frecuencia el escepticismo sistemático de muchos que se creen buenos católicos, y aun de no pocos religiosos y eclesiásticos. Los cuales, por mucho que invoquen la *ciencia* y la *crítica* y se precien de un «*juicio recto y sereno*, que no se deja *ilusionar*», no evitan la seducción, ni aun la disimulan: ¡muy contagiados están del naturalismo de moda o muy llenos del espíritu mundano, cuando tan obtuso y estragado tienen el *sentido cristiano!* Si lo tuvieran en toda su pureza, a buen seguro que reconocerían algo mejor los dones de Dios (1 Cor. 2, 12-16), y nunca supondrían, como implícita o explícitamente suponen, que está ya acortado el brazo divino, y no se realizan ahora aquellas maravillas, tan frecuentes en los primeros santos. A lo sumo, dicen, se repiten tan sólo en ciertas mujercillas piadosas que, por buenas que sean, no ofrecen bastantes garantías a una *crítica sana*... Pero si estas gracias estuvieran como reservadas a las mujeres, el hecho no probaría otra cosa sino que, en la conquista del reino de Dios, el «sexo débil» es más animoso que el «fuerte», y que, mientras tantísimos hombres se han *afeminado* y degradado, no pocas mujeres marchan *varonilmente* por las huellas del Salvador y le siguen muy de cerca para sentir sus divinos perfumes [98].

En realidad, Dios no es aceptador de personas, y se complace igualmente en los que igualmente le sirven y le aman (Act. 10, 34-35). Por eso en la Iglesia siempre hubo santas y santos de toda suerte de condiciones, y siempre seguirá habiéndolos, y de seguro en tanta mayor abundancia cuanto más necesarios son para contrarrestar la onda creciente del mal. Nunca se agotaron ni podrán jamás agotarse las gracias de aquel soberano Espíritu que *se traslada por todas las naciones a las almas santas y constituye amigos de Dios y profetas* (Sap. 7, 27). Así es como siempre ha de haber grandes almas *contemplativas* que sepan disponer en su corazón la mística escala por donde suben de virtud en virtud... hasta ver a su Dios y tratarle con esa «familiaridad estupenda»: *Familiaritas stupenda nimis*... Y siempre habrá otras que, aparte de las gracias que *ordinariamente* acompañan a la *vida mística*, reciban también los carismas y dones *extraordinarios* (profecías, milagros, don de lenguas, etc.), que ante todo se ordenan al bien de otros y al general de la Iglesia. Y esos favores más portentosos los concede el Señor cuando menos se piensa para confundir con ellos

[98] «Proh dolor!, exclamaba ya San Jerónimo (*Epíst.* 46 *ad Rufinum*), fragilior sexus vincit saeculum, et robustior superatur a saeculo».

la incredulidad: *Signa sunt non fidelibus, sed infidelibus.* Los grandes Santos gozaron de ellos con suma frecuencia, aun sin advertirlo [99]. El mismo Jesucristo prometió que sus imitadores habrían de realizar prodigios iguales y aun mayores que los suyos (Io. 14, 12). ¡Mucho olvidan esto los flamantes *críticos de lo maravilloso!*

Y si las gracias *gratis datas*—y en general los favores verdaderamente *extraordinarios*—los da Dios a quien quiere y los distribuye según le place (1 Cor. 12, 11), los que ordinariamente acompañan a ese místico *reposo* con que a *todos* invita (Mt. 11, 29; Hebr. 4, 11), ésos seguramente los da, más tarde o más temprano, a los que fielmente perseveran en buscarle —con la continua abnegación, el recogimiento y la guarda de los sentidos—en aquella *soledad* donde se lo tiene reservado. En esto no hay distinción entre hombres y mujeres: a *todos* les impone su yugo, a *todos* les manda seguirle, llevando cada cual su propia cruz, so pena de hacerse indignos de El (Mt. 10, 38); a *todos* ofrece la fuente de agua viva (Is. 55, 1; Io. 7, 37-39), y en todos, en fin, se complace en derramar en abundancia los dones de su Espíritu (Iac. 1, 5; Ioel 2, 28-39).

Bien recientes están aún los ejemplos del Venerable Hoyos, San Benito Labro, el Beato Diego de Cádiz, Dom Bosco, el Venerable Claret, el P. Coll, el admirable Cura de Ars... y de tantísimos otros siervos de Dios, cuyas causas de beatificación están terminadas o muy adelantadas [100]. Si, a pesar de eso, los

[99] «En la historia de los santos, observa Chauvin (*Qu'est-se qu'un Saint*, p. 37, 44, 53), se presenta de *ordinario* toda una serie de fenómenos, tales como visiones, éxtasis, profecías, milagros que, con no ser esenciales a la santidad, parecen como *necesarios* en esas biografías, puesto que apenas habrá una donde no se encuentren... Aun entre los mismos santos de quienes no se refieren raptos ni visiones, pocos (¡ninguno...!) habrá en quienes no se pueda comprobar la *contemplación infusa*... Las vidas de los antiguos santos son como una serie continua de *milagros*... Y hoy mismo la Iglesia exige la comprobación de algunos para reconocer oficialmente la santidad de una persona y elevarla a los altares». Ciertos favores gratuitos, añade (p. 44), son tan elevados, que no se conciben sino en los santos y vienen a ser como un privilegio suyo».

[100] Han sido ya canonizados Dom Bosco, el Cura de Ars y el P. Claret.—*Nota de los editores.*

Los que suponen que ya no hay santos como antes, deben recordar que son ya muchos (y entre ellos cuatro dominicos españoles) los que, habiendo vivido en el siglo XIX, figuran en los altares. Además hay ahora (1908) pendientes unos 287 procesos de beatificación o canonización, la mitad de los cuales se refieren a personas del mismo siglo. Y quien se figure que la piedad es propia de las mujeres o que ha desaparecido de los institutos religiosos, advierta que de esos 287 pro-

favores de la *contemplación*—como notó ya la misma Santa Teresa [101], y le reconoció San Pedro de Alcántara—abundan o resplandecen notablemente más en humildes mujeres, la causa de ello está, en parte, precisamente en que Dios acostumbra a escoger lo que según el mundo parece más débil, para confundir a los que presumen de *fuertes*, y sobre todo de «espíritus fuertes», careciendo de espíritu (1 Cor. 1, 27-29); en parte depende también de que muchos hombres muy piadosos, teniendo que emplearse de continuo en penosas tareas apostólicas, no disponen, como desearían, de bastante tiempo para gozar y experimentar las dulzuras del íntimo trato con Dios, que, sin embargo, se les reservan en mucha abundancia para el fin de su vida [102], y en gran parte, o muy principalmente, proviene de que, en realidad, son ellas mucho más devotas; que por algo la Iglesia dice, no el *débil*, sino el «*devoto* sexo femenino». Suelen ser, en efecto, más dadas a la oración, más constantes en las desolaciones, más perseverantes en el recogimiento, más vigilantes en la guarda de los sentidos, más dóciles a la dirección del padre espiritual, y más solícitas en procurar la perfecta pureza de corazón, con que se disponen para oír y seguir mejor las mociones e inspiraciones del Espíritu Santo. Cierto que, contra estas ventajas—de que cualquier confesor o director experimentado puede dar buen testimonio—suelen también tener muchas de ellas la desventaja de ser menos sencillas y sinceras y más apegadizas a los consuelos: con lo cual estarán sumamente propensas a caer en ilusión. De ahí que, en igualdad de virtud aparente, suela inspirar más confianza la de un hombre. Es, en efecto, en ellas proverbial esa *doblez* disimulada, de que tanto huye el divino Espíritu (Sap. 1, 5; Prov. 3, 20; Os. 10, 2; Iac. 1, 8) y tanto provecho saca el maligno, y ese oculto deseo de pasar por muy favorecidas de Dios y de que el mismo director las tenga por santas y las prefiera a otras almas que en realidad lo son. Estos vanos deseos, apegos y fingimientos—fuen-

---

cesos, nada menos que 207 se refieren a *hombres*, y 239 a corporaciones religiosas.

[101] *Vida* c. 40, n. 6.

[102] «La contemplación que Dios da como premio a los muy retirados, después de algún paso de desamparo, dice el P. Godínez (*Teol. Míst.* l. 3, c. 6), la suele comunicar como confortante... a estos valerosos capitanes de la vida mixta». «Conocí, añade (c. 7), algunos misioneros de éstos, a quienes comunicó Dios altísimos grados de contemplación infusa, y recogían en su rincón lo que habían sembrado con tanta fatiga en aquellas misiones. A uno de ellos conocí que estuvo tres días y tres noches en un éxtasis...»

te continua de envidias y aun de rencillas—son causa del menosprecio que siempre se han merecido las verdaderas «visionarias» y las falsas devotas, y que cede en tan gran desprestigio de la virtud y de las muchas almas fidelísimas que han sabido triunfar valerosamente de todas sus flaquezas.

A veces quizá la misma debilidad natural requiera ser confortada con mayores consuelos. Pero, en realidad, procurando ser fieles y proceder con toda sencillez y sinceridad, los reciben en más abundancia, porque en cierto modo los merecen más o están mejor dispuestas para recibirlos y aprovecharlos. Suelen tener un corazón más amante, más sensible y delicado, y esto les ayuda a sentir y estimar mejor los quilates del amor divino que tan *humanamente* se muestran en los trabajos de toda la vida y pasión de nuestro dulcísimo Redentor. De ahí que, sintiendo la fragancia de su santo Nombre, corran en pos de El, amándole con tan maravillosos excesos (Cant. 1, 2). De todos modos, ciertos carismas *extraordinarios* y ciertos favores singularísimos, bien podría Nuestro Señor reservárselos del todo para ellas o dárselos con gran preferencia, ya que les negó el sacerdocio, con las imponderables ventajas que trae el poder celebrar los sacrosantos misterios a los que dignamente lo hacen [103].

Y como muchísimas santas han sobresalido realmente en la pureza de corazón y en la perseverancia en la oración, de ahí que hayan llegado a penetrar y sentir las verdades divinas acaso mejor que nadie. ¿Quién habló, en efecto, de los atributos de Dios, de la unción del Espíritu Santo y de la contemplación caliginosa, etc., como la Beata Foligno? ¿Quién del misterio de la encarnación como Santa Magdalena de Pazzis o de las dulzuras y encantos de la santa Humanidad de Jesús como Santa Gertrudis? ¿Quién de las purificaciones del alma como Santa Catalina de Génova, o del poder del amor divino como la de Siena? ¿Quién desentrañó la psicología sobrenatural como Santa Teresa?... ¿Quién habló de los ocultos misterios de la vida de Nuestro Señor y de la Virgen como Agreda y Emmerich? [104]

---

[103] «No se admiren los hombres sabios, dige Agreda(*ib.* c. 14, n. 618), de que las mujeres hayan sido tan favorecidas con estos dones, porque, a más de ser fervientes en el amor, escoge Dios lo más flaco por testigo más abonado de su poder, y tampoco no tienen la ciencia de la teología adquirida, como los varones doctos, si no se la infunde el Altísimo para iluminar su flaco e ignorante juicio».

[104] «Los escritos místicos, observa San Francisco de Sales (*Tr. amor de Dios* pref.), los hace más felizmente la devoción de los amantes que

Los que menosprecian las maravillas de lo sobrenatural por verlas con preferencia en mujeres, confúndanse con esos ejemplos [2]. Cierto que debemos estar muy en guardia para no ser víctimas de ilusiones, supercherías y engaños; pero esto no se consigue con la prudencia de la carne, sino sólo con la del espíritu [105]. Se consigue invocando de veras al Padre de todas las luces, deseando y pidiendo el *sentido místico* (Sap. 7, 7), y procurando, al efecto, purificar los ojos del corazón para que puedan ser iluminados y no permanezcan en las tinieblas de muerte (Iac. 1, 5-17; Eph. 1, 17-18; Ps. 12, 4; 17, 29; 18, 9; Apoc. 3, 18). Los que con simples ojos humanos se atrevan a juzgar de estas maravillas, no podrán menos de errar lastimosamente, teniendo en poco o en nada esas *margaritas preciosas* que no están para ellos (Mt. 7, 6). Y si, presumiendo de su *ciencia* o su refinado *sentido crítico*, se figuran que pueden juzgar de las cosas de Dios mejor que los mismos Santos, llenos del *sentido de Cristo*, entonces, por menospreciar las maravillosas vidas de los justos, tendrán al fin que reconocer, mal que les pese, que fueron unos INSENSATOS (Sap. 5, 4). ¡Cuán cierto

no la doctrina de los sabios. Así es como el Espíritu Santo quiso que algunas mujeres hicieran en eso maravillas. ¿Quién expresó mejor los celestiales misterios del amor sagrado que una Santa Catalina de Génova, Santa Angela de Foligno, Santa Catalina de Siena o Santa Matilde?»

«Quanto aliquis ardentius Deum amat, tanto plenius dilectus *revelatur*: et quanto dilectio est ardentior, tanto divinorum cognitio est *profundior*, et magis *perspicua*: quae namque nobis propinqua sunt, facilius prospiciuntur, et amore Deus nobis fit propinquissimus, cum nos ipsos in Deum transformare possit. Cum igitur ardens dilectio perveniat, quo intellectio accedere nequit, ideo *ardenter Deum amantes, plenius Deum cognoscunt, quam acutissimo intellectu pollentes*... Ipsemet ardens amor—ait S. Bonav.—est formaliter quaedam notitia affectiva seu *experimentalis*... Inde Bernardus (*super Cant.*): Quidquid de *occultis* tuis, o Domine Iesu, novimus, hoc aut Scriptura docente, aut *te revelante*, aut certe—quod perfectorum est—*gustu*, idest, *experientia didicimus*».—V. FR. BART. DE LOS MÁRTIRES, *Comp. myst. doctr.* c. 24, § 4. Cf. SANTA CATALINA DE SIENA, *Diálogos* c. 85.

[105] Los directores incapaces de conocer las cosas del espíritu—que tanto desprecian y contradicen a las almas contemplativas, porque no las entienden viéndolas proceder con toda sencillez y humildad—suelen ser los primeros que dan crédito a las ilusas, las cuales, aunque lo estén de buena fe, proceden con doblez y astucia para buscarse cualquier apoyo, aunque sea el de un necio. Por de pronto, según hace notar San Juan de la Cruz (*Llama* canc. 3, v. 4), los poco espirituales suelen tener en mucho aprecio las cosas más bajas del espíritu, que son las que más se allegan al sentido en que ellos viven, y en poco las más altas, porque son incapaces de conocerlas y estimarlas como conviene.

es que el *espiritual juzga de todo y no puede ser* comprendido ni menos *juzgado de ningún «psychico»!* (1 Cor. 2, 15; cf. S. THOM. *in h. l.*).

APÉNDICE

[1] *Los éxtasis divinos.*—El *éxtasis,* dice Santa Teresa [106], «no es como a quien toma un desmayo o paroxismo, que ninguna cosa interior o exterior entiende... El alma *nunca estuvo tan despierta para las cosas de Dios, ni con tan gran luz y conocimiento de su Majestad*... Cuando en esta suspensión el Señor tiene a bien demostrarle algunos secretos, como de cosas del cielo y visiones imaginarias, esto sábelo después decir, y de tal manera queda imprimido en la memoria, que *nunca jamás se olvida;* mas cuando son visiones intelectuales..., debe haber algunas tan subidas, que no las conviene entender los que viven en la tierra para poderlas decir, aunque... se pueden decir muchas... Es tan grande—el provecho—que no se puede encarecer; porque aunque no las saben decir, en lo muy interior del alma *quedan bien escritas,* y jamás se olvidan... Acaece aunque se quita el éxtasis quedarse la voluntad tan embebida y el entendimiento tan enajenado (y durar ansí día, y aun días) que parece que no es capaz para entender en cosa que no sea para despertar la voluntad a amar, y ella se está harto despierta para esto y dormida para arrostrar y asirse a ninguna criatura. ¡Oh, cuando el alma torna ya del todo en sí, qué es la confusión que le da y los deseos tan grandísimos de emplearse en Dios de todas cuantas maneras se quisiere servir della! Querría tener mil vidas para emplearlas todas en Dios y que todas cuantas cosas hay en la tierra fuesen lenguas para alabarle por ella. Los deseos de hacer penitencia, grandísimos; y no hace mucho en hacerla; porque con la fuerza del amor siente poco cuanto hace, y ve claro que no hacían mucho los mártires en los tormentos que padecían, porque con esta ayuda de parte de Nuestro Señor es fácil; y así se quejan estas almas a su Majestad cuando no se les ofrece qué padecer... Parece que quiere Nuestro Señor que todos entiendan que aquel alma es ya suya, que no ha de tocar nadie en ella: en el cuerpo, en la honra, en la hacienda enhorabuena, que de todo sacará honra para su Majestad: mas en el alma, eso no...; que El la amparará de todo el mundo y aun de todo el infierno».

[2] *Las maravillas de Dios en el sexo «débil».*—Aunque se debe andar con cierta cautela con lo maravilloso en nosotros, observa el P. Weiss [107], no podemos aprobar a los que acortan el brazo de Dios, y creen que estas cosas ya no se realizan en estos tiempos, y que por eso no suelen referirse sino de sencillas mujeres... «¿Cómo? ¿Mujeres?

[106] *Morada* 6, c. 4.
[107] *Apol.* 10, cf.ª 23.

¿Son acaso seres débiles esas mujeres que doman con energía sus pasiones, que hacen mortificaciones heroicas y sirven a Dios con toda fidelidad? [108]—No es, ciertamente, dirigirles un reproche el decir que sólo ellas marchan por el camino de la perfección con seriedad viril. Ni es ninguna vergüenza para el cristianismo el llenar con mujeres y vírgenes heroicas los vacíos producidos por hombres desertores. ¿No deberían ellos, por el contrario, avergonzarse de su debilidad, antes que insultarlas a ellas y menospreciar la enseñanza que Dios les da, mostrándose grande en los pequeños y haciendo fuerte lo que es débil? [109]... «Que nadie se atribuya un don de Dios, que da a quien le place» (Hebr. 5, 4; Rom. 9, 18), sin que nadie tenga derecho a preguntarle por qué obra así.—Ha dado a los hombres el sacerdocio, la misión de predicar, la actividad pública, etc.—Bastantes honores, deberes y responsabilidades tienen. ¿En qué les perjudica si confía a las mujeres el cuidado de ornar a la Iglesia, dándoles a este efecto algunas joyas extraordinarias?... Unos tiempos en que tantos hombres huyen de la Iglesia, y sólo algunos Nicodemus acuden *de noche* a tratar con Jesús; en que los mismos servidores del santuario se ven corroídos por el miedo, y no saben sino callarse y seguir las inspiraciones de la prudencia carnal; en que la fe es despreciada, en que la adhesión a la Iglesia se ha convertido en objeto de mofa, y la mortificación y la piedad seria en cuentos de viejas; esos tiempos nos parecen precisamente los más a propósito para que Dios venga en auxilio de la Iglesia con dones extraordinarios... Cada año que nos acerca al fin de los tiempos nos hace ver más claramente que tenemos necesidad de grandes santos y de milagros... Ocurre con éstos lo que con el honor, que es sombra de la virtud: el *milagro es la sombra de la santidad*.—La sombra huye delante de quien la persigue y se aferra a los pasos de quien huye de ella. Lo milagroso persigue a los santos, como para recompensarlos de la solicitud con que lo evitan».

«¿Señor, por qué no das estas luces a tus ministros?», preguntaba la V. Micaela Aguirre [110] al verse llena de ellas y no poder emplearlas como desearía.—Y el Señor le respondió: *¡No me dan entrada!...*

---

[108] RIBERA, *Vita S. Ther.* 1, 2, 37.
[109] B. RAIM., *Vita S. Cathar. Sen.* 2, 11, 22.
[110] *Vida* l. 2, c. 11.

CAPITULO VII

Las visiones y locuciones

§ I.—Epifenómenos de la contemplación.—Relación con las gracias «gratis datas»; las visiones y locuciones: su utilidad e inconvenientes: aprecio y desapego necesarios.— División de estas gracias.—Distinción entre lo divino y lo natural o diabólico.—Vana pretensión racionalista.

Aparte de los referidos fenómenos que *ordinariamente* se muestran en los progresos de la contemplación, hay otros menos indispensables que no del todo parecen ser parte del mismo progreso; pues, si de suyo contribuyen a fomentarlo, también pueden ser ocasión de impedirlo: y así faltan muchas veces o varían notablemente. Por eso les llamamos *epifenómenos.* Se relacionan de algún modo con la serie de las gracias *gratis datas,* las cuales no siempre suponen santidad ni santifican necesariamente a quien las posee, ya que a veces son compatibles con pecados graves, cuando directamente se ordenan al bien común [1]. Estas gracias así, como no necesarias, aunque útiles, y como peligrosas en cierto sentido, aunque muy buenas, según doctrina hoy muy corriente no deben desearse, y por eso las almas sencillas y rectas las temen y evitan en cuanto pueden, para que no les sean ocasión de vanidad y de ruina.

Sin embargo, recibidas con humildad y temor, no deseadas con presunción o vanidad, y bien empleadas, son medios poderosos para estimular al alma y moverla a amor y agradecimiento, y así, al que primero suelen favorecer es al que las posee. Por eso, aunque a veces algunas de ellas se concedan a los malos—como se concede también el sacerdocio—, de ordinario no las reciben sino almas muy buenas [2]. Entre estas gra-

---

[1] Cf. St. Th., *In 3 Sent.* d. 13, q. 2, a. 2; *In 1 Cor.* 12, lec. 2.
[2] Cf. Chauvin, l. c.; B. Diego de Cádiz, *Vida inter.* 3.ª p., c. 11.

cias, propiamente *gratis datas*, figuran la de obrar portentos y curaciones, el don de lenguas, de profecía, de discreción de espíritus, etc.; las cuales, por lo mismo que tan directamente se ordenan al bien de otros, son relativamente raras. Las que son muy frecuentes, y casi o sin casi *ordinarias* en la generalidad de los *místicos*, son ciertas *visiones* y *locuciones* directamente ordenadas a animarlos, consolarlos, dirigirlos, ilustrarlos o desengañarlos a ellos mismos, aunque a veces se refieran también a personas extrañas [3] [1].

Estas así, aunque de algún modo se relacionan, o parecen relacionarse, con el don de profecía, no pueden llamarse en rigor *gratis datas*, como las anteriores, porque en realidad vienen a ser simples formas de la *iluminación*, acomodadas, como advierte el mismo San Juan de la Cruz [4], al estado y condición de ciertas almas contemplativas, y como tales nunca se deben menospreciar ni desechar, por más que a veces convenga mirarlos con cierto recelo y precaución, y siempre con todo desprendimiento. Con esas ilustraciones divinas empiezan a iluminarse de un modo más claro y distinto los *ojos del corazón*, como desea el Apóstol que los tengan todos los fieles, cuando para todos ellos pide el *Espíritu de revelación*, a fin de que así puedan corresponder mejor al llamamiento divino, ver cuán rica es la gloriosa herencia de Jesucristo en sus santos, reconocer sus soberanas grandezas y admirar los tesoros de ciencia y sabiduría que están encerrados en El y los prodigios de su caridad que sobrepuja a toda ciencia, para que de este modo vengan a quedar llenos de toda la plenitud de Dios (Eph. 1, 17-19; 3, 18-19) [2].

---

[3] «Allende de estas gracias *gratis datas* (1 Cor. 12, 8), advierte San Juan de la Cruz (*Subida Carm.* 2, c. 24), las personas perfectas, o las que ya van aprovechando en perfección, *muy ordinariamente suelen* tener ilustración y noticia de las cosas presentes o ausentes, lo cual conocen por la luz que reciben en el espíritu ya ilustrado y purgado... *De la manera que en las aguas parecen los rostros de los que en ellas se miran, así los corazones de los hombres son manifiestos a los prudentes* (Prov. 27, 19), que se entiende de aquellos que tienen ya sabiduría de santos, de la cual dice la divina Escritura que es *prudencia*... Estos, que tienen el espíritu purgado, con más facilidad pueden conocer, y unos más que otros, lo que hay en el corazón... y las inclinaciones y talentos de las personas..., según el dicho del Apóstol (1 Cor. 2, 15): *El espiritual juzga todas las cosas*... Acaecerá que, estando la persona harto descuidada, se le pondrá en el espíritu la inteligencia viva de lo que oye o lee, mucho más clara que la palabra suena: y a veces, aunque no entienda las palabras, si son de latín y no lo sabe, se le representa la noticia de ellas».

[4] *Subida del monte Carmelo* l. 2, c. 11 y 17.

Cierto que esta iluminación suele hacerse más frecuentemente, conforme dice el V. Palafox [5], por *inspiraciones, mociones* o *ilustraciones* secretas, que no por *visiones* o *locuciones* claras y distintas. Pero éstas, por lo mismo que «hacen *maravillosos efectos*» [6], al menos alguna que otra vez parecen ser convenientísimas y aun casi necesarias para que aquéllas se aclaren y se perfeccionen, y a la vez se certifique el alma de que esa luz le viene toda de Dios, pues, como enseña el Doctor Angélico, no suele haber esta seguridad sino cuando la ilustración es *distinta* [7] [3].

Verdad es que algunos autores respetabilísimos—con el fin de apartar las almas de vanas curiosidades y mantenerlas firmes en la humildad—suelen decir que nunca se deben desear ni pedir, sino más bien desechar estas luces; pero en esto creemos que hay cierta exageración o confusión peligrosa que conviene desvanecer. Será ilícito desearlas—como lo es muchas veces—cuando se hace por vanidad, curiosidad o apegamiento, mas no cuando únicamente se aprecian, se desean o se piden como *medios* de conocer, amar y servir mejor a Dios y cobrar más horror a los gustos del mundo. Siendo como son ayudas tan excelentes y tan provechosas, como repetidas veces y con tanto encarecimiento lo afirma Santa Teresa [8], no pueden menos de ser *de suyo deseables,* aunque no las deban desear los que no estén en condición de utilizarlas, y en general todos aquellos que fácilmente abusarían de ellas o se les aficionarían demasiado, como si ahí mismo estuviera el fruto de santificación. Mas el Apóstol (1 Cor. 14, 1-5. 12. 39, etc.) recomienda mucho no sólo estimar, sino procurar estas luces. Y el Salmista las pide diciendo: *Envía, Señor, tu luz y tu verdad*; *porque ellas me atraen y me llevan a tu monte santo* [9]. En esa *luz* y esa *ver-*

---

[5] *Varón de deseos* 3.ª p., sentim. 5.

[6] *Ibíd.*

[7] Hay dos modos, dice Santo Tomás (2-2, q. 171, a. 5), de conocer una verdad divina: por una *revelación manifiesta* o por un *instinto oculto* o inconsciente: *per quemdam instinctum occultissimum quem nescientes humanae mentes patiuntur,* ut Aug. dicit (*Gen. ad litt.* 2, c. 17). En este caso no siempre se puede discernir si la luz es divina o natural, pues a veces el alma «sic se habet, ut non plene discernere possit utrum haec cogitaverit aliquo divino instinctu, vel per spiritum proprium». Pero en lo que expresamente conoce por una ilustración especial, tiene plena certeza de lo que es de Dios: *Maximam certitudinem habet, et pro certo habet quod haec sunt divinitus sibi revelata.*

[8] *Vida* c. 28-29; *Moradas* 6, c. 9, etc.

[9] «La repulsión que se debe tener a las visiones, reconoce el P. Poulain (p. 333), no debe extenderse a las que son *indeicas,* es decir, de

dad bien podemos comprender las *visiones* y *locuciones* divinas que, según dice San Juan de la Cruz [10], son la *vía ordinaria* por donde Nuestro Señor suele ir levantando las almas de lo sensible a lo espiritual; si bien a las más generosas y desprendidas luego se les comunica en puro espíritu, dejando esos medios que podrían ya embarazarlas [11].

Con las *visiones*, en una u otra de sus formas, es como empieza de veras a *resplandecer* el Señor sobre sus siervos, y con las *locuciones*, los *dirige* El mismo en todas sus obras, para que así sean más perfectas y de su agrado (Ps. 89, 17) [12]. A escuchar

---

la Divinidad. Porque éstas son una suerte de *unión mística*». Y las otras, bien recibidas, disponen para éstas, y a ellas de suyo se ordenan. Cayetano enseña (*In 2-2* q. 95, a. 4) que las mismas apariciones de los ángeles y santos constituyen como un principio de bienaventuranza: *Ad initium caelestis felicitatis, et Patriae spectat conversatio in hac vita cum angelis, aut sanctis apparentibus quandoque nobis*». Por eso cuando se reciben con humildad y no se les tiene apego, resultan provechosísimas, como todos reconocen. Y Santa Teresa advierte (*Fundac.* c. 8) que, cuando un alma es humilde, ninguna visión, aunque sea del enemigo, le puede dañar; al paso que, si no lo es, de todo abusa para su propio daño.

[10] L. c.

[11] Por esta razón el Santo con tanto rigor y justicia censura (*ibíd.* c. 18) a esos doctores, como suele decirse, «milagreros», tan aficionados a *revelaciones sensibles*, que casi vienen a medir por ellas la santidad. Estos, por más que disimulen, están siempre dando a las almas ocasión de vanidad y soberbia y comunicándoles cierto apego o aprecio muy excesivo a tales favores, con que las incapacitan para aprovechar.

[12] «Anima in unione, advierte Alvarez de Paz (*De grad. contempl.* 5, p. 3.ª, c. 6), imo et in aliis gradibus... Deum sibi in speciali loquentem solet audire: quae *locutio magnam illi utilitatem affert*... Deum suis multoties singulariter loqui ex Scripturis sanctis, atque ex Patribus satis manifeste colligitur».

«Sonans in auribus animae vox divina, dice San Bernardo (*Serm. de mult. utilit. verbi Dei*), conturbat, terret, diiudicatque; sed continuo, si bene adverterit, vivificat, liquefacit, calefacit, illuminat, mundat... Audiat et illud peccator, et conturbabitur venter eius, a voce illa carnalis anima contremiscet. Omnia namque cordis secreta rimatur atque diiudicat, sermo vivus et efficax cordium atque cogitationum perscrutator. Unde et licet mortuus in peccato: *Si audieris vocem Filii Dei, vives*... Si cor tuum induratum est, memento Scripturae dicentis: *Emittet verbum suum, et liquefaciet ea* (Ps. 147, 18)... si tepidus es, et evomi iam formidas, non discedas ab eloquio Domini, et inflammabit te; quia *eloquium eius ignitum* valde. Quod si tenebras ignorantiae plangis, diligenter *audi quid loquatur in te Dominus Deus,* et erit *lucerna pedibus tuis verbum Domini, et lumen semitis tuis.* At fortassis tanto amplius doles, quanto clarius peccata etiam minima illuminatus agnoscis: sed *sanctificabit te Pater in veritate,* quae est utique sermo eius, ut inter Apostolos audire merearis: *Iam vos mundi estis propter*

esa voz misteriosa con que tantas veces se digna El hablar al corazón, lleva las almas a la mística soledad (Os. 2, 14), donde ellas deben estar muy atentas para oír, entender y seguir lo que les dice el Espíritu; no endureciendo los corazones, porque de otro modo no lograrán entrar en el divino *descanso* (Ps. 94, 11; Hebr. 3, 11; 4, 1-11). El alma enamorada no puede menos de suspirar por el celestial Esposo y de extasiarse al oír su dulcísima voz (Cant. 1, 1; 2, 8-10; 5, 6). Y cuando se le ausenta, con grandes ansias marcha a buscarle, y pregunta dónde mora, dónde se apacienta y reposa (Ib. 1, 6; 3, 2).

Así *manifiesta* el Señor su *cara* y su *misericordia* para luz y salud de sus fieles, como con tanta insistencia le pide el Salmista (Ps. 79, 4-20; 84, 7-8), y así debemos nosotros, no sólo pedirle muy de veras *que nos enseñe a hacer su santa voluntad* (Ps. 142, 10), sino también estar muy atentos para *oír* lo que se digne *hablar en nosotros,* puesto que habla palabras de paz a sus santos y a todos los que se convierten al corazón (Ps. 84, 9), para vivir recogidos atendiendo a procurar una perfecta pureza [13]. Estas ilustraciones y locuciones interiores—aunque a veces se traducen exteriormente—se ordenan ante todo a la *propia santificación* [14], a diferencia de la *profecía*—que consiste en manifestar los divinos misterios, lo futuro o lo que hay en otros corazones—y se ordena de suyo a la edificación general de la Iglesia (1 Cor. 12, 7; 14, 4-5).

---

sermonem quem locutus sum vobis. Iam vero cum laveris manus tuas, ecce *paravit in conspectu tuo mensam,* ut *non in solo pane vivas, sed ex omni verbo quod procedit de ore Dei,* et ut in fortitudine cibi illius curras viam mandatorum eius... In his autem, atque huiusmodi persevera, in talibus iugiter exercere, donec iam dicat spiritus ut requiescas a laboribus tuis. In hoc verbo quiesces dulciter, ac suaviter soporaveris donec veniat hora, *cum omnes qui in monumentis sunt, audient vocem eius*».

[13] Los Salmos no cesan de recomendar que busquemos la *cara* del Señor: *Quaerite faciem eius semper* (104, 4), y de pedirle a El mismo que se digne mostrarla y no apartarla de nosotros: *Tibi dixit cor meum exquisivit te facies mea*: *faciem tuam Domine requiram. Ne avertas faciem tuam a me* (26, 8-9; cf. 101, 3; 142, 7). *Quare faciem tuam avertis?* (43, 24). *Usquequo avertis faciem tuam a me?* (12, 1).—*Deprecatus sum faciem tuam in corde meo.—Faciem tuam illumina super servum tuum* (118, 58-135).—*Notas mihi fecisti vias vitae*; *adimplebis me laetitia cum vultu tuo* (Ps. 15, 11).

[14] «En la vida espiritual, dice Palafox (*Varón de deseos* 3.ª p., sent. 5), hay tres maneras de seguir el trato interior de Dios. La primera, en que el alma *habla de Dios.* La segunda, en que el alma *habla a Dios.* La tercera, en que el alma *oye a Dios*». *Y esto,* según dice, corresponde principalmente a la *vía unitiva,* en que «*oye, entiende,* obedece, ama, arde...»; así como en la *purgativa* habla de Dios,

Algunas de las mismas gracias *gratis datas* y no *gratum facientes* no suelen faltar en los verdaderos santos, por más que estén muy divididas, mostrándose unas en unos y otras en otros, ya que el Señor las distribuye a *cada uno* según le place (Ib. 12, 7-11) [15]. Pero, sin participar algo de ellas, ningún siervo de Dios, según la actual disciplina, será oficialmente declarado *santo*.

Lo que importa, pues, es no apegar el corazón a estos *medios*, sobre todo en cuanto tienen de consuelos y de favores; porque eso sería buscarse uno a sí mismo y olvidar al Dador por la dádiva, siendo así que ésta tanto vale, cuanto es lo que induce al servicio de Nuestro Señor. Cuando falten esas luces debe uno tenerse por indigno de ellas y a la vez purificar el corazón para recibirlas con provecho cuando Dios se sirva otorgarlas, y entonces agradézcale de veras la merced y procure sacar de ella el debido fruto, sin apegarse a los consuelos. Mas quien con apego o vanidad las desee y las procure, ése, en vez de ser favorecido de Dios, estará muy expuesto, como tan sabiamente advierte San Juan de la Cruz [16], a ser juguete de las ilusiones de su propia imaginación y de todas las asechanzas del enemigo.

Para que mejor se vea cuáles son las mercedes que son siempre deseables y provechosas, y que como tales se pueden y deben pedir a Dios, y cuáles son a veces peligrosas y deben mirarse con algún temor, a la vez que con un total desapego (como simples medios que sólo valen en cuanto ayudan), veamos cuántas sean estas formas de la iluminación.

Tanto las *visiones* como las *locuciones* pueden ser de tres clases: 1.ª, *sensibles* o *externas*, es decir, percibidas por la vis-

---

porque el corazón «no puede dejar de enviar a los labios el poco amor que tiene»; y en la *iluminativa* habla con El, llevando una vida más interior y silenciosa.—«Las hablas de Dios, añade, *hacen maravillosos efectos*».

Por eso exclama el Kempis (l. 3, c. 1-2): «Beata anima quae Dominum in se loquentem audit; et de ore eius, consolationis verbum accipit. Beatae aures quae venas divini susurri suscipiunt... Loquere Domine, quia audit servus tuus... Inclina cor meum in verba oris tui; fluat ut ros eloquium tuum... Non loquatur mihi Moyses, aut aliquis ex Prophetis: sed tu potius loquere, inspirator et illuminator omnium Prophetarum... Verba enim vitae aeternae habes. Loquere mihi ad qualemcunque animae meae consolationem, et ad totius vitae meae emendationem».—Cf. SAN AGUSTÍN, *Soliloq.* c. 1; *Confes.* l. 4, c. 11; l. 7, c. 10, etc.

[15] S. THOM., *in h. loc.*

[16] L. c., c. 11.

ta o por el oído; 2.ª, *imaginarias*, no percibidas por los sentidos externos, sino sólo por la imaginación; 3.ª, *puramente intelectuales*, no percibidas por ningún sentido externo ni interno, sino recibidas directamente en la inteligencia, como noticias espirituales, desnudas de toda suerte de imágenes o símbolos sensibles [17].

Las primeras de suyo son propias de los principiantes, que todavía no aciertan a prescindir de los sentidos externos, ni del todo han logrado desnudarse del afecto a los consuelos sensibles; las segundas, de los adelantados, que ya tienen muy purgadas sus potencias sensitivas, pero que todavía necesitan el apoyo o atractivo de esta suerte de luces y consolaciones; las terceras, de los perfectos, que tienen muy purgadas las mismas potencias del alma y son ya capaces de ilustraciones puramente espirituales. A éstas se ordenan todas las otras, que sólo son convenientes o necesarias en cuanto sirvan, como medios más acomodados a nuestra condición, para que entre tanto se reciba con más fruto la misma luz espiritual de la inteligencia [18].

Por aquí se comprenderá cuán inocentes son las personas

[17] Cf. San Juan de la Cruz, *ib.* c. 10; Agreda, *Mist. Ciud.* 1.ª p., l. 2, c. 14.

[18] De todo lo dicho se colige que esa regla tan autorizada de algunos siglos a esta parte—según la cual tanto las visiones como las locuciones no deben desearse, sino más bien temerse y aun despreciarse—no tiene valor *per se*, aunque *per accidens* puede tenerlo a veces, a causa de la oculta presunción, vanidad o curiosidad que con frecuencia se mezclan en tales deseos. Pero siendo de suyo cosas tan buenas y tan útiles, no pueden menos de ser *per se* muy *deseables*. Así es como San Pablo repetidas veces aconseja desearlas y apreciarlas mucho: a los fieles de Corinto (1, 14, 1-5) les dice: *Aemulamini spiritualia, magis autem ut prophetetis.. Qui loquitur lingua* (locuciones?), *semetipsum aedificat*; *qui autem prophetat, Ecclesiam Dei aedificat. Volo autem* omnes vos *loqui linguis*; *magis autem prophetare.* Y poco después añade (v. 39): *Itaque, fratres, aemulamini prophetare*; *et loqui linguis nolite prohibere.* A los Tesalonicenses (1, 5. 19-20) les hace estas recomendaciones: *Spiritum nolite extinguere. Prophetias nolite spernere.* No puede, pues, menos de ser deseable lo que tan recomendado está por el Apóstol: sólo será temible cuando no se busca o utiliza debidamente. Y si se trata de las ilustraciones *intelectuales*, que, tras de no ofrecer el menor peligro, tan directamente contribuyen a la iluminación y la unión, no hay por qué no desearlas y pedirlas y apreciarlas como se merecen, según da a entender el mismo San Juan de la Cruz. Las otras comunicaciones sensibles son simples formas especiales de la *iluminación*, que, como más acomodadas a la capacidad y condición humanas, suelen ser más provechosas a los principiantes que van de buena fe, animados de grandes deseos y con todo desprendimiento, y, por lo mismo, sin el riesgo en que están los apegadizos. Cuando con esos medios se hayan espiritualizado lo bastante, ya reci-

que dicen: «Fulano es un santo: ha visto a la Virgen o al Niño Jesús, etc.» Si el favor es cierto—que no tiene trazas de serlo cuando así se hace público—, de suyo más bien indica que el favorecido es un principiante, pues si fuera perfecto, la visión, por regla ordinaria, sería *intelectual* [19]. En ésta, sin que intervenga muchas veces ninguna forma ni imagen sensible, se ven todos los objetos, aun los materiales, sin comparación más claros que si se vieran con los ojos. Y por lo mismo que es tanta la claridad, y que es una ilustración elevadísima y propia de las almas perfectas, no cabe aquí ilusión ni fraude, ni hay tampoco el menor peligro de vanidad [20].

Esta excelente manera de visiones y locuciones, o noticias espirituales, por ser la más elevada y pura forma de *iluminación clara y distinta,* apenas puede faltar en ninguna alma que haya llegado a la verdadera y plena *unión*, puesto que las tales ilustraciones, según Santa Teresa, caracterizan y en cierto modo constituyen la *unión extática*; así es como deben figurar en el grupo de los *fenómenos ordinarios* de la contemplación. Por lo mismo, aunque pudiera haber cierta presunción en desear estas gracias—si no está uno aún en condiciones de recibirlas—cuando Dios misericordiosamente las hace, son utilísimas y no ofrecen el menor peligro ni motivo por qué temer. Pues ni la naturaleza puede de ningún modo producir tales visiones o locuciones, ya que todos nuestros conocimientos naturales van acompañados siempre de imágenes sensibles, ni el enemigo imitarlas fielmente, porque él también, para influir sobre nuestra inteligencia, tiene que acomodarse a la natural condición de ella, que necesita el concurso de la fantasía. Por otra parte, contribuyen eficacísimamente al progreso, pues en un instante llenan el alma de una luz y unos afectos muy superiores a cuanto ella con gran esfuerzo hubiera podido de otro modo lograr en muchos años, y, lejos de prestarse a vanidad, la dejan humilde y con·

---

birán otras luces superiores, propias de los varones perfectos. Así se ve que en algunas almas muy generosas, puras y magnánimas, no siendo menester estos apoyos, la iluminación suele hacerse casi desde un principio de un modo más espiritual, en que apenas figuran elementos sensibles a que puedan nunca apegarse.

[19] En esto, sin embargo, hay excepciones: Santa Teresa empezó teniendo por bastante tiempo visiones intelectuales, y cree haber ganado mucho cuando después fué favorecida con las imaginarias, mediante las cuales se le hacían ya más accesibles las verdades divinas.

[20] «Cuando esta manifestación se hace inmediatamente a la inteligencia, no está sujeta a error; mas cuando se hace por la imaginación o los sentidos, pueden caber a veces ciertas ilusiones» (LALLEMANT, *Doctr.* pr. 7, c. 4, a. 5).

fusa, haciéndole conocer su propia nada y ver que tan excelentes frutos no provienen de su cosecha [21].

Las *imaginarias*, con resultar a veces—a juicio de Santa Teresa—más provechosas, por estar más conformes con nuestra condición, de suyo tienen mucha menor eficacia [22]. Además están siempre muy expuestas a engaños; pues, por una parte, pueden imitarlas—y con frecuencia las imitan—la naturaleza y el demonio; y por otra, aun siendo legítimas, suelen no pocas veces, sobre todo a los principios, ser mal entendidas o interpretadas.

Las *sensibles*, en cambio, aunque naturalmente menos eficaces de suyo, con todo son más seguras; pues si bien el enemigo puede contrahacerlas, transformándose en ángel de luz, no es tan difícil distinguir el fraude; y por de pronto no hay peligro de que una cabeza sana y bien equilibrada se alucine hasta el punto de fabricárselas ella misma, y luego aceptarlas. Pero, por ser las más *raras y extraordinarias*, y las que más podrían prestarse a vanidad y apegos, son también las que menos deben desearse y las que más precauciones requieren.

Sin embargo, los místicos tienen reglas segurísimas para

[21] «Acaece, escribe Santa Teresa (*Mor.* 6, c. 10), estando el alma en oración y muy en sus sentidos, venirle de presto una suspensión, adonde le da el Señor a entender grandes secretos, que parece los *ve en el mesmo Dios*... Aunque dije que *ve*, no ve nada; porque no es visión imaginaria, sino muy *intelectual*, adonde se le descubre cómo en Dios se ven todas las cosas y las tiene todas en sí mesmo. Y es de gran provecho, porque aunque pasa en un momento, quédase muy esculpida y hace grandísima confusión».

[22] «En alguna manera, dice la Santa (*ib.* c. 9), me parecen más provechosas, porque son más conformes a nuestro natural... Cuando Nuestro Señor es servido de regalar más a esta alma, muéstrale claramente su sacratísima Humanidad de la manera que quiere..., y aunque es con tanta presteza, que lo podríamos comparar a la de un relámpago, queda tan esculpida en la imaginación esta imagen gloriosísima, que tengo por imposible quitarse della hasta que la vea adonde para siempre la pueda gozar. Aunque digo *imagen*, entiéndase que no es pintada, al parecer de quien la ve, sino verdaderamente *viva*, y algunas veces está *hablando* con el alma, y aun mostrándole grandes secretos... Cuando pueda el alma estar con mucho espacio mirando este Señor, yo no creo que será visión, sino alguna vehemente consideración, fabricada en la imaginación alguna figura; será como cosa muerta esto en comparación de estotra».

«Estas visiones imaginarias, advierte a su vez San Juan de la Cruz (*l. c.* 16), suceden a los aprovechados más frecuentemente que las exteriores corporales...; porque son más sutiles y hacen más efecto en el alma... Aunque no se quita por eso que algunas corporales hagan más efecto, que en fin es como Dios quiere que sea la comunicación».

distinguir lo *divino* de lo *natural* y de lo *diabólico* [23].—Se reconoce sobre todo por los frutos: por los efectos y afectos que en el alma se producen a consecuencia de las diferentes visiones o locuciones.

Las *divinas* siempre muestran la marca de su origen en los buenos efectos de humildad, mansedumbre, modestia, docilidad, paz, caridad, etc., y estímulo para el bien, que de suyo producen o tienden a producir; por más que el alma puede abusar, complaciéndose en ellas, y dejando así el fruto por la hoja vana que le adorna, o apegándose a los dones con cierto olvido del Dador, o no empleándolas únicamente para los santos fines que El desea. Además permanecen fijas e indelebles, inclinando siempre al bien [24]. Al cabo de muchos años, por desmemoriada que sea la persona, repetirá fielmente, sin alterar un ápice, todas las locuciones y visiones divinas que haya tenido. Estas, el alma humilde las recibe con temor, pero luego la dejan llena de dulce paz, de consuelo y de una seguridad acompañada de la más perfecta docilidad. Apenas podrá dudar de ellas, aunque todos le digan lo contrario; y sin embargo, como humilde y obediente, obrará en contra de ellas, si su director se lo manda; porque sabe que tal es la voluntad de Dios, que se obedezca a sus representantes, a los cuales El mismo se encargará de ilustrarles y aun de hacerles cambiar de parecer a su debido tiempo [25].

---

[23] Cf. BENEDICTO XIV, *De serv. Dei beatific.* l. 3, c. 51-53, y nuestro libro *Grados de oración* (1918), a. 4, p. 95-104.

[24] La virtud divina que obra en las verdaderas revelaciones, adververtía la Virgen a la V. Agreda (*Míst. Ciud.* 1.ª p., l. 2, c. 14), «te inducirá, moverá, inflamará en amor casto y reverencia del Altísimo, al conocimiento de tu bajeza, a aborrecer la vanidad terrena, a desear el desprecio de las criaturas, a padecer con alegría, a amar la cruz y llevarla con esforzado y dilatado corazón, a desear el último lugar, a amar a quien te persiguiere, a temer el pecado y aborrecerle, aunque sea muy leve, a aspirar a lo más puro, perfecto y acendrado de la virtud, a negar tus inclinaciones, a unirte con el sumo y verdadero Bien. Esta será la señal infalible de la verdad con que te visita el Altísimo por medio de sus revelaciones, enseñándote lo más santo y perfecto».

«Como Yo soy la Verdad, decía el Señor a Santa Catalina de Siena (*Vida* 1.ª p., 9), mis visiones la comunican al alma, haciéndola conocerse y conocerme, y llevándola a despreciarse a sí y honrarme a Mí. De este modo la humillan haciéndole comprender la verdad de su nada. Lo contrario sucede con las del maligno; como padre de la mentira y príncipe del orgullo, no puede dar sino lo que tiene».

[25] Cf. SANTA TERESA (*Vida* c. 26, n. 5).—«Es Dios tan amigo que el gobierno del hombre sea por otro hombre, que totalmente quiere no demos entero crédito a las cosas que sobrenaturalmente comunica,

Las *naturales* tienen efectos indiferentes, mudables y pasajeros; con el tiempo se olvidan y se confunden; y mientras duran, aunque sus efectos parezcan muy buenos, se reconoce que no son obra de Dios, por la terquedad, veleidad, flojedad, frialdad o vanidad de la persona, pues siempre tienden de suyo a buscar el propio regalo y conveniencia o a complacer al amor propio.

Las *diabólicas*, junto con la terquedad, frialdad y soberbia, dejan siempre cierta turbación, un humor desabrido y una disimulada tendencia al mal, aunque al principio se reciban con gusto y con aparentes señales de buenos efectos [26].

En sí mismas, las *divinas* suelen ser más rápidas y a la vez clarísimas; con pasar como un relámpago, ilustran, confortan y se graban de tal modo que no dejan lugar a dudas; pues jamás la imaginación ni el mismo demonio podrían representar cosas de tanta hermosura y nobleza. Además son repentinas y sin la menor preparación; antes, si con cierto apego se procuran, no vienen, y al desear que continúen, o al fijarse en ellas, desaparecen; mientras las falsas son más o menos provocadas, duran mucho, se pueden prolongar y examinar con

---

hasta que pasen por este arcaduz humano de la boca del hombre». Y así pone inclinación «a que se diga a quien conviene decirse, y hasta esto no suele dar entera satisfacción» (SAN JUAN DE LA CRUZ, *Aviso* 186; *Subida* l. 2, c. 22). Y es porque aun cuando el alma tenga, por medio de los dones y carismas, una certeza superior que la impide dudar, por mucho que los hombres la contradigan, no por eso queda del todo satisfecha hasta certificarse también *humanamente* por medio de las virtudes de la fe y obediencia, etc. Por eso debe proceder con madurez y consejo.

«Deténgase mucho, dice Agreda (*l. c.*), en creer y en ejecutar lo que le pide la visión, porque será muy mala señal y propia del demonio, querer luego, sin acuerdo ni consejo, que se le dé crédito y obedezca».

[26] Santa Catalina de Bolonia fué por mucho tiempo engañada con apariciones del enemigo, que se le presentaba en figura del Salvador o de la Virgen, como alentándola en sus santos deseos y aconsejándole virtudes sobrehumanas, o exigiéndole sacrificios imposibles, para inducirla luego a la desesperación o incapacitarla con una tristeza mortal. Pero como, a pesar de todo, procuró mantenerse fiel y dócil, luego fué divinamente desengañada y confortada. Cf. *Vida*, por CRASSET, c. 2-3.

«Cuando el demonio se presenta en forma de luz, decía el Señor a Santa Catalina de Siena (*Diál.* c. 71; *Tr. de la Oración* c. 7), el alma recibe primero cierta alegría, que luego se desvanece y le suceden tinieblas, tedio y confusión en lo interior. Mas cuando la visito Yo, que soy Verdad eterna, siente al principio un santo temor, y luego confianza y alegría, con suave prudencia; de modo que, dudando, no duda, y creyéndose indigna de tal favor, a la vez reconoce mi abundante benignidad, y se humilla y da gracias».

curiosidad, son incomparablemente menos claras y nobles y, a pesar de la terquedad característica, dejan al alma turbada y dudosa, inquieta, voluble, soberbia y malhumorada.—En suma, las *divinas* pueden muy bien distinguirse por dejar siempre al alma llena de luz, prudencia, mansedumbre, bondad, paciencia, paz, gozo, caridad, pureza y demás frutos del Espíritu Santo [27].

Por aquí se comprenderá la diferencia inmensa que hay entre las verdaderas y las falsas. De ahí que un alma experimentada, sobre todo si se halla ya en el grado de *unión*—y aun en el de *quietud*—, habiendo recibido una sola vez las divinas, notará muy bien, como observa Santa Teresa [4], cuán diversas son las otras; y si es dócil y humilde, nunca se dejará engañar [28].

---

[27] Las visiones que son obra de nuestra imaginación, observa Santa Teresa (*Vida* c. 29), las podemos considerar a nuestro gusto; mas en la que es divina, «ningún remedio hay desto, sino que la hemos de mirar cuando el Señor la quiere representar, y como quiere, y lo que quiere, y no hay quitar ni poner; ni modo para ello, aunque más hagamos, ni para verlo cuando queremos, ni para dejarlo de ver: en queriendo mirar alguna cosa particular, luego se pierde...; Ninguna cosa se puede: ni para ver menos ni más hace ni deshace nuestra diligencia. Quiere el Señor que veamos muy claro que no es obra nuestra, sino de su Majestad... *Jamás me podía pesar de haber visto estas visiones celestiales, y por todos los bienes y deleites del mundo sola una vez no lo trocara: siempre lo tenía por gran merced del Señor y me parece un grandísimo tesoro*».

[28] El P. Hoyos (*Vida* p. 94-96) indica, entre otras, estas señales, por donde se puede reconocer si la visión es divina o diabólica. En la divina se muestra como la misma realidad viviente de un cuerpo glorioso; en la diabólica parece cosa pintada, según notaba también Santa Teresa. «La del Señor dejó al alma sin poder dudar que era Jesucristo; y no creería otra cosa si me despedazasen», pues mientras la imaginación percibe la Humanidad, por visión intelectual se reconoce la Divinidad; mas en las otras no cabe esta visión y quedan serias dudas. La del Señor se muestra como en lo íntimo del alma; la otra en lo exterior. Aquélla «traía todos los bienes a mi alma. La del demonio parece que los quitaba». Por aquí se ve, añade, «cuán contrapuestas son. Así que dudo que el demonio pueda engañar a quien tiene experiencia, y si a algunos los engañó, juzgo que es porque se han engreído».

«El espíritu maligno, dice San Francisco de Sales (*Amor de Dios* l. 8, c. 12), es turbulento, áspero, inquieto, y los que siguen sus sugestiones infernales, creyendo son inspiraciones del cielo, se pueden ordinariamente conocer en que son inquietos, cabezudos, fieros, acometedores y revoltosos; bajo pretextos de celo trastornan, censuran, riñen y murmuran de todo, como gente sin freno, sin resignación y abnegación, que se dejan llevar del amor propio bajo el nombre de celo de la honra de Dios».

Sin embargo, los racionalistas, con carecer de toda experiencia, se creen en el derecho de reducir todas esas maravillas del amor divino a puros fenómenos naturales; y en nombre del *positivismo* luchan contra tantísimas experiencias y observaciones de los grandes místicos, todas tan *positivas*, tan seguras y tan ciertas como la que más.—Así Ribot, con reconocer noblemente en Santa Teresa una «fidelidad indiscutible» y una «habilidad y delicadeza de espíritu» que le permiten ofrecer «el más exacto modelo de autoobservación», con todo pretende explicar *naturalmente* todas sus visiones, contemplaciones y éxtasis. Pero lo hace con el acierto con que un ciego podría juzgar sobre los matices de los colores. Baste citar esta muestra: «En la oración de *recogimiento* (infuso), escribe [29], apenas puedo ver más que una forma superior (de la simple *meditación*), separada por un *matiz sutil* (!) y sólo apreciable para el místico».— Que es como si dijera: el rojo y el verde—o mejor, el blanco y el negro, o la luz y las tineblas—no difieren sino por un *matiz imperceptible*..., para quien no tiene vista. Pues no es menor la diferencia que realmente media entre la *meditación laboriosa* y la *contemplación infusa*.

§ II.—Continuación.—Locuciones sucesivas, formales y substanciales.—Trascendencia de éstas: contraposición con los fenómenos naturales.—Las locuciones y visiones intelectuales y las nociones espiritualísimas: la monoideación y la ciencia infusa: advertencias.

Para evitar lastimosos equívocos, bueno será recordar las tres maneras de locuciones, que San Juan de la Cruz [30] llama *sucesivas, formales y substanciales*. Las primeras—que son siempre *imaginarias*—se producen en forma de diálogo, más o menos prolongado, en ciertas ocasiones en que el alma está muy embebida en la contemplación de un asunto. En este diálogo le parece oír interiormente como una voz que responde a sus dudas; y por la claridad y alteza de las respuestas se figura que no provienen de ella misma—pues nunca se le había ocurrido tal doctrina—, y que, por tanto, es el mismo Dios quien le habla. Sin embargo, aun cuando sienta una pía moción del Espíritu Santo, que la *ilumina* y consuela [31], no por

[29] *Psychol. de l'attention* p. 145.
[30] *L. c.*, c. 28-31.
[31] «Esta es, dice el mismo San Juan de la Cruz (*ib.* c. 29), una manera de aquellas en que enseña el Espíritu Santo».

eso es El quien la *dirige*; aun está la propia razón como al frente de esa psicología sobrenatural; y así ella misma es quien, con esa luz que recibe, se fabrica todo el diálogo. De ahí que, aunque ordenado para su bien, puedan caber en él graves errores, aun en las mismas palabras que atribuye a Dios, porque al cabo son suyas propias.

Semejantes locuciones es cierto que se parecen de algún modo a muchos fenómenos de simple *dualismo cerebral*...— Pero el mismo Santo fué también el primero en reconocerlo; y por eso les quita toda importancia y quiere que a toda costa se tengan por *formaliter* humanas, aunque obedezcan a esa pía moción; por ser el alma quien las provoca y se las fabrica [32]. De ahí que versen siempre sobre el objeto que ella contemplaba, y que le sea fácil prolongar ese diálogo, o bien, interrumpirlo distrayéndose; por eso mismo no dejan tanta claridad y seguridad, y con el tiempo se olvidan o se desfiguran.

Las *formales* no son provocadas: hieren al alma como saetas, sin que ella en nada contribuya a dispararlas. Se refieren: ora a verdades que de ningún modo conocía ni hubiera logrado conocer por su propia industria; ora a asuntos del todo extraños a los que medita; y con frecuencia le vienen de repente cuando está más distraída u ocupada en obras exteriores. Y siempre vienen con gran eficacia y suma claridad; las oye distintamente sin perder ni una sola sílaba, ni poder dejar de oírlas por más que quiera distraerse. Así nota y *siente* claro que es Dios quien le habla, y no puede tener en ello la menor duda, puesto que El se deja *sentir* con plena evidencia [33]. Por

[32] Así reprende con tanta gracia (*ib.*) las presuntuosas «bachillerías» de los que «con cuatro maravedís de consideración», si sienten algunas locuciones de éstas, luego lo venden todo por divino, afirmando solemnemente: «Díjome Dios», «Respondióme Dios». Y no es así, «sino que ellos las más veces se lo dicen».

[33] «En esta plática que hace Dios al alma, observa Santa Teresa (*Vida* c. 25), no hay remedio ninguno, sino aunque me pese, me hacen escuchar y estar en entendimiento tan entero para entender lo que Dios quiere entendamos, que no basta querer, ni no querer. Porque el que todo lo puede quiere que entendamos se ha de hacer lo que El quiere, y se muestra Señor verdadero de nosotros. Si es cosa que el entendimiento fabrica, por delgado que vaya, entiende que ordena él algo y que habla..., y las palabras que él fabrica son como cosa sorda, fantaseada, y no con la claridad que estotras... Aunque las palabras no sean de devoción, sino de reprensión, a la primera dispone un alma y la habilita, y enternece y da luz, y regala y quieta... Es voz tan clara, que no se pierde una sílaba».

Cuando Dios quiere de mí una cosa, decía un alma experimentada (J.), «no sirve el rechazar, ni mis múltiples quehaceres, ni el reti-

eso no se le olvidan ni se le confunden jamás; y siempre resultan verdaderas en sí mismas, aunque a veces quepa algún error en *entenderlas* o *interpretarlas*. Cuando se refieren a asuntos futuros, se verán fielmente cumplidas, aunque no siempre del modo que se espera. Así, por más que todo parezca ir en contra de ellas, el alma no pierde la seguridad de que han de cumplirse, aunque sea por los medios más inesperados y de un modo mucho más excelente del que ella se figura.—Estas, pues, en sí mismas son del todo seguras; y, sin embargo, el Santo aconseja prescindir de ellas, no sólo por evitar los errores de la interpretación, sino también porque mientras más se prescinda—es decir, menos *apego* se les tenga—, tanto mejor hacen sentir la eficacia de sus efectos.

Las *substanciales* son parecidas a las formales; pero tienen una realización inmediata y una eficacia absoluta: a semejanza de la palabra creatriz: «*Haya luz*», o de las sacramentales, obran lo que enuncian. Si Dios dice de este modo a un alma: «Amame, y olvídate de las criaturas», ella al punto se sentirá abrasada en un amor divino, eficaz, que se traducirá por obras heroicas, y al mismo tiempo llena de hastío para todo lo terreno. Así dijo a Santa Teresa [34]: *Ya no quiero que tengas conversación con hombres, sino con ángeles.* Y ella quedó al punto transformada y tan libre de una aficioncilla que por muchos años había llorado sin poderla desarraigar, que desde entonces le horrorizaba.

De éstas reconoce el Santo que son de un valor inapreciable y que en ellas no cabe el menor engaño [35].

rarme y querer ignorar: todo inútil. El se muestra al alma cuando quiere, y hace callar todo, como soberano que es, y se hace escuchar, y después ordena y dispone de modo que lo que se ha de saber se diga, aunque el alma encuentre repugnancia o trate de no darle importancia: así va manejando sus instrumentos, y así maneja este tan miserable».

[34] *Vida* c. 24.

[35] «Son de tanto momento y precio, escribe (*Subida* 2, c. 31), que son al alma vida y virtud, y bien imcomparable; porque tal vez *le hace más bien una palabra de éstas que cuanto el alma ha hecho toda su vida.* Acerca de estas palabras, no tiene el alma qué hacer... ni qué desechar, ni qué temer. No tiene que trabajar en obrar lo que ellas dicen. Porque... lo obra Dios en ella y con ella; lo cual es diferente en las formales y sucesivas. No tiene qué desechar, porque el efecto de ellas queda substanciado en el alma y lleno de bien de Dios... Ni tiene que temer algún engaño, porque ni el entendimiento ni el demonio pueden entrometerse en esto... Así estas palabras substanciales *sirven mucho para la unión del alma con Dios*, y cuanto más interiores, más substanciales son y más aprovechan. *¡Dichosa el alma a quien Dios le hablare! Habla, Señor, que tu siervo oye*» (1 Reg. 3, 10).

El efecto que producen no es variable o pasajero, ni menos incierto o inconstante, como el de las intimaciones hechas a los hipnotizados; las cuales a veces no se cumplen o se reciben con resistencia, y en todo caso necesitan repetirse muchas veces para lograr la corrección de algún vicio, sin que ésta llegue nunca, a pesar de todo, a ser firme y estable. Aquéllas son siempre seguras y eficaces, y nunca se borran de la memoria; ni por lo mismo se realizan automáticamente, como las hipnóticas, sino que el alma tiene plena conciencia de la luz y energía que con ellas recibe para cumplirlas [36].

Por aquí se comprenderá cuán inmensamente exceden estos fenómenos a los naturales. Pero aun se comprende mejor si nos fijamos en las *locuciones* y *visiones puramente intelectuales*, o en las demás *sensaciones*, *impresiones* o *noticias* espiritualísimas, en que no intervienen palabras, ni símbolos, ni imágenes, ni formas, ni figuras, ni ninguna otra manera de representación *sensible*, sin la cual jamás se verifica ningún conocimiento *natural* [37]. Consisten en la repentina infusión de una *idea* mental simplicísima, tan fecunda y luminosa como compendiosa, en un *verbum mentis abreviatum*, en que el alma descubre a veces toda una larga serie de misterios tan superiores al alcance humano, que ni siquiera después de conocerlos encuentra las más de las veces ninguna suerte de palabras o símbolos con que expresarlos o representarlos [38]. El lenguaje más

---

[36] «Paréceme a mí, dice Santa Teresa (*Vida* c. 25), que eran menester muchas horas para persuadirme a que me sosegase, y que no bastara nadie: heme aquí con solas estas palabras (*Yo soy, y no te desampararé*; *no temas*) sosegada, con fortaleza, con ánimo, con seguridad, con una quietud y luz, que en un punto vi mi alma hecha otra, y me parece que contra todo el mundo disputara que era Dios... ¡Oh qué buen Señor y qué poderoso! No sólo da el consejo, sino el remedio: sus palabras son obras... ¿Quién es éste que ansí le obedecen todas mis potencias, y da luz en tan gran obscuridad en un momento y hace blando un corazón que parecía de piedra?»

[37] «Fatentur omnes theologi, dice Suárez (*De Religione* l. 2, c. 14, n. 4), non implicare contradictionem elevari mentem hominis in hac vita ad *hoc genus contemplationis*, in quo intelligibile contempletur *sine ullius sensus cooperatione*». Y esto puede hacerlo Dios, «*imprimendo*, como dice Santo Tomás (2-2, q. 173, a. 2; cf. q. 175, a. 4), *species intelligibiles ipsi menti*; sicut patet de his qui accipiunt scientiam, vel sapientiam infusam... Apostolis Dominus *aperuit sensum, ut intelligerent Scripturas*» (Lc. 24, 45).

[38] «Quae verbis utcumque explicantur potissima non sunt: sed id, quod ipsi perfecti *sentiunt*, quando revera in Deum excedunt, eique intime uniuntur, neque verbis exprimi, neque intellectu comprehendi potest. Qui tamen perfecti viri in nullis Dei donis quiescunt (BLOSIO, *Institut. spirit.*, c. 8, § 5).

elevado y los símbolos más nobles, muy lejos de satisfacer —como capaces de dar una idea aproximada—, más bien parecen blasfemias que aproximaciones de la verdad; y así en la imposibilidad de traducirla en lenguaje humano, prefieren todos los místicos admirarla en silencio para aprovecharse de ella y no profanarla; porque verdaderamente lo que así se les comunica—sobre todo cuando es mediante cierta *sensación espiritual* que proviene de un *toque* divino—son *arcana verba quae non licet homini loqui* [39].

El bien que estas *palabras de vida* producen excede a toda ponderación y es verdaderamente inefable. Sólo puede ser conocido y apreciado de quien lo recibe (Apoc. 2, 17) [40].

Por eso cuando los grandes contemplativos se encuentran obligados a indicar de algún modo—o lo menos mal que puedan—eso que *ven* o *sienten*, necesitan apelar a circunloquios y

---

[39] «Me es imposible, afirmaba Santa Catalina de Siena (*Vida* 2.ª p., 6), decir otra cosa sino que *he visto los arcanos de Dios.*» «Creería pecar si con vanas palabras intentara decir lo que he visto: me parecería que blasfemaba... Tanto dista lo que mi alma ha contemplado de cuanto pudiera deciros, que creería mentir hablándoos de ello». Cf. Santa Foligno, c. 27.

[40] «Aunque a veces en las tales noticias se dicen palabras, advierte San Juan de la Cruz (*Subida*, 2, 26), bien ve el alma que no ha dicho nada de lo que sintió, porque no hay nombre acomodado para poder nombrar aquello... Estas altas noticias amorosas *no las puede tener sino el alma que llega a unión de Dios*, porque ellas *son la misma unión*; porque consiste el tenerlas en cierto toque que se hace del alma en la Divinidad; y así el *mismo Dios es el que allí es sentido y gustado*, y aunque no manifiesta y claramente, como en la Gloria, pero es tan subido y alto toque de noticia y sabor, que penetra lo más íntimo del alma, y el demonio no se puede entremeter ni hacer otro semejante, porque no le hay ni cosa que se compare, ni infundir sabor ni deleite semejante. Porque aquellas noticias saben algo a divino ser y vida eterna, y el demonio no puede fingir cosa tan alta.

»Hay algunas noticias y toques de éstos que hace Dios en la substancia del alma, que de tal manera la enriquecen, que no sólo basta una de ellas para quitar al alma de una vez algunas imperfecciones que ella no había podido quitar en toda la vida, mas la deja llena de virtudes y bienes de Dios. Y le son al alma tan sabrosos y de tan íntimo deleite esos toques, que con uno de ellos se dará por bien pagada de todos los trabajos que en su vida hubiese padecido, aunque fuesen innumerables, y queda tan animada y con tanto brio para padecer muchas cosas por Dios, que le es particular pasión ver que no padece mucho... Estas mercedes no se hacen al alma propietaria, por cuanto son hechas con muy particular amor... *Aquel que me ama*—dijo Nuestro Señor (Io. 14, 21)—*será amado de mi Padre, y yo le amaré y me manifestaré a mí mismo.* En lo cual se incluyen las noticias y toques que venimos diciendo, que manifiesta Dios al alma que de veras le ama».

comparaciones, pero haciendo a la vez constar que todo esto no se acerca ni remotamente a lo que quieren decir, y que no se puede expresar *positiva*, sino sólo *negativamente*, con aquel sublime lenguaje de San Dionisio [41]: No es verdad, ni sabiduría, ni bondad, ni belleza, ni luz, ni tinieblas, ni espíritu, ni substancia, ni nada de lo que se puede decir o pensar; porque trasciende sobre todas nuestras nociones y es infinitamente más y mejor que todas ellas.

En esta inefable forma les muestra Dios sus atributos incomunicables, tales como la *aseidad*, la eternidad, la inmensidad, la omnipotencia, etc., los cuales los dejan llenos de estupor y de asombro; y en particular el adorable misterio de la Trinidad, que, a la vez que así los arrebata en la más portentosa admiración, los cautiva y embelesa y los deja abrasados en el amor de las tres divinas Personas.—Aquí está el deslumbramiento supremo de la *gran tiniebla*, que con incomprensible luz los alumbra a la vez que los deslumbra, en que pareciéndoles que no pueden ver nada, lo penetran todo incomparablemente mejor que con una *visión distinta* que les diese como ciertas *nociones positivas*. Aquí es donde más se llenan de luces y más alta y a la vez más clara idea se forman de los divinos misterios [42].

Por eso, aunque no pueden expresar las sublimes verdades que así se les comunican, con todo aprenden en ellas en un momento mucho más y mejor de lo que en largos años pudieran aprender en una clase de Teología. De ahí que, cuando se ponen a escribir, *more humano*, sobre los más altos misterios de la fe, aunque no tengan el menor estudio, hablen con una facilidad y desembarazo, y a la vez con una precisión, exacti-

---

[41] *Myst. Theol.* 5.

[42] Santa Angela de Foligno se expresa en esta forma (*Vis.* c. 26): «Lo que mi alma ve no puede ser concebido con el pensamiento ni menos expresado con palabras. No veo nada y lo veo todo: cuanto más en la *tiniebla* se ve este Bien infinito, tanto más cierto es y más lo excede a todo. Veo que lo demás es tinieblas al lado de El, sin que haya nada que pueda compararsele. Cuando el alma ve el divino poder, la divina sabiduría y la divina voluntad, como me ha sucedido a mí misma de un modo maravilloso, no me parece tanto. Lo que ahora veo es *todo*; lo demás es como por partes».

«Ellos mismos—los que padecen esos raptos—no saben entender qué tanto ni cómo entienden; pero saben que, si aquello que han empezado a entender no se acabase, sería *vida eterna y gloriosa*, y esles la vida este entender sin entenderme; porque en aquella clara y resplandeciente ignorancia y tiniebla se pone el alma en una celestial admiración que hace desear más aquella luz mía y majestad infinita» (LA FIGUERA, *Suma espiritual* diál. 4).

tud y seguridad que asombran a los mejores teólogos.—Y es porque en una de esas compendiosas ideas que así reciben, y en esas *noticias* inefables, aprenden de un golpe toda una ciencia.—Con razón declara el mismo Ribot [43] «que sólo los grandes místicos en sus altas contemplaciones traspasan la región de las *imágenes* y llegan a la de las *ideas puras*, logrando a veces un completo *monoideismo*» [44].—Pero debía también reconocer que no pueden llegar por sus propias fuerzas; pues nunca ni el mayor y más ilustrado ingenio humano logró concentrar toda una vasta ciencia en una sola idea simplícisima y en ella ver distintamente todo su contenido y virtualidad [45] [5].

Las *visiones intelectuales* en general son la simple *intuición mental*, o del todo *espiritual*, de una verdad cualquiera o de un misterio, que parece como que se está *viendo*; pero no con

---

[43] *Psychol. de l'attent.* c. 3; *Maladies de la volonté* c. 5.

[44] «Clavaba yo mi mirada con inmenso gozo en la voluntad de Dios, en sn poder, en su justicia y, sobre todas mis esperanzas, bebía con transporte la inteligencia de los misterios; pero su manifestación está vedada a las palabras... Después fuí arrebatada a mayor altura, donde ya no vi nada de todo eso... Vi una *Unidad eterna, indecible*, de que sólo puedo decir que es todo bien... Entraba en lo *inenarrable*... Todos los estados que había conocido eran inferiores a éste. Esta visión dejó en mí la *muerte de los vicios y la seguridad de las virtudes*» (Beata Foligno, c. 24).

«En este estado, dice el B. Susón (*La unión divina* 7), el alma no conoce ya ni formas ni imágenes, ni multiplicidad; se encuentra en el olvido e ignorancia de sí misma y de todas las criaturas, porque no ve, ni conoce, ni siente más que a Dios, y allí sin ningún esfuerzo, sin ninguna aplicación, atraída por Dios solo, y confundida con El por su gracia, se eleva por encima de sí misma y se encuentra absorta y sepultada en el abismo de la divinidad, donde gusta todas las delicias de la bienaventuranza. Pero, ¡ay!, todas mis palabras no son más que figuras e imágenes tan desproporcionadas con esta sublime unión misteriosa y sobre toda comparación, como el sol difiere de la obscuridad de la noche».

Como lo que allí ven trasciende infinitamente sobre todas nuestras nociones y sobre todo lo creado, no puede parecerse a ninguno de los objetos conocidos, y, no pareciéndose a *nada*, en su unicidad absoluta, no es posible representarlo adecuadamente por ningún símbolo.

[45] «Quando Deo excellenter unitur (anima), iam nihil ei praeteritum, nihil futurum est; sed ipsa aeternum NUNC tenet, atque in illa incommutabili aeternitate (quae Deus est) habet omnia, et supremum ordinem distinctionemque imaginum seu formarum expertem cognoscit. Sic anima, intellectu transcenso, revolat in *ideam suam*, et principium snum Deum, ibique efficitur *lumen in lumine*. Tunc sane restinguuntur, et offuscantur lumina omnia naturalia atque infusa, quae infra hoc lumen unquam emicuerunt... Nam quando lux increata exoritur, lux creata evanescit. Ergo lux animae creata, in aeternitatis lucem commutatur» (BLOSIO, *Inst. spirit.* c. 12, § 4).

los ojos ni con la imaginación, sino sólo con la pura inteligencia, sin que intervenga forma ni imagen ninguna, como en las respectivas *locuciones* en que la verdad parece *oírse espiritualmente*: y esto aun cuando se refieran a cosas sensibles o materiales.—Tal visión tuvo por mucho tiempo Santa Teresa de la sagrada Humanidad de Nuestro Señor, a quien estaba certísima de tenerlo siempre presente a su derecha, acompañándola en todas partes, animándola y consolándola, sin verlo con ningún sentido; pero con una certeza muy superior a la sensible, por lo cual la Santa andaba tan maravillada [46]. Estas visiones pueden durar, como por aquí se ve, hasta días y años; y son eficacísimas, sin dar lugar a ninguna ilusión [47].

En la serie de los fenómenos naturales no hay nada que ni remotamente pueda parecérseles.

Conviene advertir que, si las locuciones *sucesivas* son siem-

---

[46] «Sentía, dice (*Mor.* 6, c. 8), que andaba (Nuestro Señor) al lado derecho; mas no con estos sentidos que podemos sentir que está cabe nosotros una persona, porque es por otra vía más delicada..., y con tanta certidumbre, y aun mucho más, porque acá ya se podría antojar; en esto no; que viene con grandes ganancias y efectos interiores, que ni los podía haber si fuese melancolía, ni tampoco el demonio haría tanto bien, ni andaría el alma con tanta paz y con tan continuos deseos de contentar a Dios, y con tanto desprecio de todo lo que no llega a El... En fin, en la ganancia del alma se ve ser grandísima merced, y *muy mucho de apreciar y agradecer* al Señor..., y por ningún tesoro ni deleite de la tierra la trocaría».

[47] «In visionibus intellectualibus rerum corporearum, dice Alvarez de Paz (*De grad. contempl.* 5, p. 3.ª, c. 12), distinguenda est triplex visio: una obscura, alia omnino clara et intuitiva repraesentans rem prout in se est, et alia media... Potest Christus Dominus et Virgo Beata, et aliqui ex Sanctis, ab anima contemplante videri, licet nulla sit in imaginatione personae apparentis imago... Ad hunc modum datur animae alicuius viri spiritualis visio intellectualis Christi, et Sanctorum, qua absque praevia imaginatione Dominum, et cives eius caelestes videant, ut ardentius et spiritualius, sanctis affectibus incalescant.

Datur ergo ad hoc quaedam lux, quae aut est, aut reducitur ad lumen propheticum, qua mens sublevata ita perfecte res divinas inspicit, ut videatur statum huius mortalitatis excedere. Et vere *secundum sublimitatem cognitionis, est et vitae sanctitudo.* Accipit enim anima tunc efficacissima auxilia ad sancte vivendum, et sine querela inter homines conversandum. Mirum est quam lynceos oculos habeat, ut vel minimas, et quasi invisibiles imperfectiones fugiat. Nam ille sol iustitiae tam prope eam positus minima etiam revelare non praetermittit. In hoc statu bona opera sic exeunt omnibus numeris absoluta, ut nihil in eis inveniat humanum iudicium, quod possit desiderari.

... In hac visione si mere intellectualis est, nulla potest illusio daemonis intercedere... Solus enim Deus potest memoriam intellectivam in bono figere... Solus ille potest sine concursu sensuum inclinare voluntatem ad bonum».

pre *imaginarias*, las *formales* y *substanciales* pueden no serlo. y percibirse con el oído o sólo con la inteligencia. Ordinariamente suelen reducirse a breves pero enérgicas y nobles frases. tales como: «Yo soy: no temas»; con que queda el alma consolada y libre de todas sus dudas; o bien: «Amame»—«Sírveme de veras»—«Toma tu cruz y sigue mis huellas ensangrentadas»—«Ora y sufre por tantos extraviados»—«Purifica tu corazón y déjame morar en él: ya ves cuántos me cierran el suyo». O, si ella se queja, se le muestra con su pesada cruz, diciéndole: «¿Y qué hice Yo para que así me trataran?»—Cuando estas palabras son *formales*, ayudan y enseñan a cumplir lo que en ellas se dice, aunque hagan sentir cierta dificultad o repugnancia [48]; mas cuando son *substanciales*, ellas mismas se ejecutan de modo que el alma se lo encuentra todo hecho: las unas enseñan, las otras obran; las unas dirigen e iluminan, y las otras renuevan. Así, con semejantes frases—que no son raras, sino mucho más frecuentes de lo que vulgarmente se piensa—se confortan y alientan las almas para seguir animosas las huellas del Esposo; o bien, se reforman de modo que vengan a configurarse con El.—Y no se crea que tales palabras son *contagiosas*, porque varias personas, en idénticas circunstancias, oigan expresiones casi idénticas; pues las oyen sin saber que se hayan dicho a nadie, y por eso, cuando son de excesivo cariño, les causan tanta confusión y extrañeza.

Además, cuando Dios se les muestra y les habla del todo *intelectualmente*, infundiéndoles esa luz celestial que tanto las ilustra a la vez que las confunde y deja atónitas, como esta manera de comunicación de repente las instruye en todo y es para ellas tan nueva, tan extraña y tan inesperada, no cabe en ella ninguna suerte de contagio; así como, por ser tan notoriamente superior a la naturaleza, no caben engaños ni ilusiones [49].

Y precisamente estas locuciones del todo espirituales son las

---

[48] Esta repugnancia, observa San Juan de la Cruz (*ib.* c. 30), se la deja Dios ordinariamente cuando manda cosas en que puede haber alguna excelencia para la misma alma; mientras que «en las cosas de humildad y bajeza le pone más facilidad y prontitud».

[49] Por eso son tan deseables: y San Ambrosio en la preciosa oración preparatoria para la misa—repetida por todos los sacerdotes—las pide con tanto fervor diciendo: *Intret Spiritus tuus bonus in cor meum, qui sonet ibi sono, et sine strepitu verborum loquatur omnem veritatem.*

«Dadme, Señor, dice a su vez San Agustín (*Medit.* c. 40, n. 5), un entendimiento que os conozca y una capacidad que os entienda: dadme *oídos que os oigan y ojos que os vean*...; y deshaced las tinieblas de mi corazón con los clarísimos rayos de vuestra luz».—«Callen en

frecuentes y aun casi las únicas en muchas almas muy adelantadas en la contemplación; porque estas purísimas comunicaciones de luz sobrenatural nunca pueden faltar en el *proceso ordinario* de la *vida mística,* mientras las locuciones o visiones *imaginarias* y *exteriores,* por lo mismo que no son tan necesarias ni están exentas de peligros y engaños, faltan muchas veces.

Lo hasta aquí dicho podría bastar para dar cierta idea de los fenómenos más salientes de la divina contemplación. Pero como vivimos en una época de tan crudo naturalismo, en que a los mismos católicos se les hace difícil creer, o les parece vergonzoso admitir estas comunicaciones del alma con Dios, creemos oportuno insistir sobre los fundamentos de la *iluminación* de las almas mediante esa participación de la misma *luz y verdad* eternas que resplandecen en la cara de Nuestro Señor Jesucristo (2 Cor. 4, 6).

APÉNDICE

[1] *Las visiones y locuciones por vía ordinaria.*—«Nuestro Señor de tal manera va probando al alma y levantándola, dice San Juan de la Cruz [50], que primero la visita más según el sentido, conforme a su poca capacidad; para que, habiéndose ella como debe, tomando aquellos primeros bocados con sobriedad para fuerza y substancia, la lleve a más y mejor manjar..., hasta meterla en la cela vinaria».—«Para hacerlo suavemente, prosigue [51], ha de comenzar desde el bajo extremo de los sentidos, para así irla levantando al modo de ella hasta el otro fin de su sabiduría espiritual, que no cae en sentido. Por lo cual la lleva primero instruyendo por formas, imágenes y vías sensibles a su modo de entender... Y ésta es la causa por que El le da las visiones y formas imaginarias y las demás noticias sensitivas e inteligibles. No porque no quisiera Dios darle luego en el primer acto la substan-

---

tu presencia, Señor, todas las criaturas, añade KEMPIS (l. 1, c. 3, n. 2), y *háblame tú solo*».

«Estas *inteligencias,* dice Agreda (*l. c.*), son de admirable utilidad y provecho, porque iluminan altamente el entendimiento, inflaman con increíble ardor la voluntad, desengañan, desvían, levantan y espiritualizan a la criatura; y tal vez parece que hasta el mismo cuerpo terreno y pesado se aligera y sutiliza en emulación santa de la misma alma... Fuera del conocimiento de la Divinidad, es el más noble y seguro; porque ni los demonios ni los mismos ángeles pueden infundir esta luz sobrenatural en el entendimiento».

[50] *Subida* 2, 11.

[51] C. 17.

cia del espíritu, si los dos extremos..., sentido y espíritu, *de vía ordinaria pudieran convenir* y juntarse en un solo acto... Cuando ya están estos sentidos algo dispuestos, les *suele* perfeccionar..., ofreciéndoles algunas comunicaciones sobrenaturales, como visiones de santos..., olores suavísimos y locuciones con pura y particular suavidad, con que *se confirma mucho el sentido en la virtud* y se enajena del apetito de los malos objetos... De esta manera va Dios llevando al alma de grado en grado hasta lo más interior, no porque sea necesario guardar este orden..., tan puntualmente; porque a veces hace Dios uno sin otro... Pero *la vía ordinaria es conforme a lo dicho. De esta manera, pues, va Dios ordinariamente instruyéndola y haciéndola espiritual...*, para que, mediante la corteza de aquellas cosas sensibles que de suyo son buenas, vaya el espíritu haciendo actos particulares y recibiendo tantos bocados de comunicación espiritual que... llegue a lo más substancial del espíritu, que es ajeno de todo sentido, al cual no puede llegar sino poco a poco a su modo... A la medida que se va más allegando al espíritu..., se va más desnudando y vaciando de las vías del sentido... De donde, cuando llegare perfectamente al trato con Dios de espíritu, necesariamente ha de haber evacuado todo lo que acerca de Dios podía caer en sentido... Si el alma quisiese siempre asirse a ellas, nunca dejaría de ser pequeñuelo niño, y siempre hablaría de Dios como pequeñuelo, y sabría de Dios como pequeñuelo y pensaría de Dios como pequeñuelo (1 Cor. 13, 11): porque asiéndose a la corteza del sentido, que es el pequeñuelo, nunca vendrá a la substancia del espíritu, que es el varón perfecto».

[2] *Son prendas de amor y medios de santificación.*—Cuando las visiones y revelaciones se ordenan ante todo al beneficio público, dice la V. Agreda [52], «no es necesario que se junten con la santidad».—Mas cuando «no se enderezan al bien común inmediatamente, sino al beneficio particular del que las recibe..., tienen por causa el amor especial con que ama Dios al alma, que se las comunica para enseñarla y levantarla a más alto grado de amor y perfección. Y en este modo de revelaciones se transfiere el espíritu de la sabiduría por diferentes generaciones en las almas santas para hacer profetas y amigos de Dios (Sap. 7, 27). Y como la causa eficiente es el amor divino particularizado con algunas almas, así la causa final y el efecto es la santidad, pureza y amor de las mismas almas; y el beneficio de las revelaciones y visiones es el medio por donde se consigue esto».—Aunque «sólo pende de la divina voluntad» el concederlas o negarlas, «hay razones de congruencia para que las comunique tan frecuentemente... De parte de la criatura ignorante, el modo más proporcionado y conveniente para que se levante a las cosas eternas y se espiritualice para llegar a la perfecta unión del sumo Bien es la luz sobrenatural que se le comunica de los misterios y secretos del Altísimo por las particulares revelaciones... El amor es impaciente para no comunicar sus bienes al amado y al amigo: *No quiero ya*—dijo el Se-

[52] *Míst. Ciud.* 1.ª p., l. 2, c. 14.

ñor—*trataros como a siervos, sino como a amigos, porque os he manifestado los secretos de mi Padre* (Io. 15, 15)... Esto mismo dicen los títulos que da el Altísimo a las almas escogidas, llamándolas (Cant. 1, 14; 2, 10; 4, 8-9) *esposa, amiga, paloma, hermana, perfecta, dilecta, hermosa,* etc. Y todos estos títulos, aunque declaran mucho de la fuerza del divino amor y sus efectos, pero todos significan menos de lo que hace el Rey supremo con los que así quiere honrar...; sabe querer como esposo, como amigo, como padre y como infinito y sumo Bien, sin tasa ni medida...»

[3] *Eficacia de las visiones divinas.*—«Tan imprimida queda aquella majestad y hermosura, dice Santa Teresa [53], que no hay poderla olvidar, si no es cuando quiere el Señor que padezca el alma una sequedad y soledad grande, que diré adelante, que aun entonces de Dios parece se olvida. Queda el alma otra, siempre embebida; parécele comienza de nuevo amor vivo de Dios en muy alto grado, a mi parecer; que aunque la visión pasada, que dije que representa a Dios sin imagen, es más subida, que para durar la memoria conforme a nuestra flaqueza, para traer bien ocupado el pensamiento, *es gran cosa el quedar representada y puesta en la imaginación* tan divina presencia. Y casi vienen juntas estas dos maneras de visión siempre...; porque con los ojos del alma vese la excelencia y hermosura y gloria de la santísima Humanidad; y por estotra manera que queda dicha, se nos da a entender cómo es Dios..., y todo lo hinche con su amor.—*Es muy mucho de estimar esta visión, y sin peligro,* a mi parecer; porque en los efectos se conoce no tiene fuerza aquí el demonio».—El cual «toma la forma de carne, mas no puede contrahacerla con la gloria que cuando es de Dios... Es cosa tan diferentísima, que aun *quien hubiere tenido sola oración de quietud, creo lo entenderá* por los efectos... Y si no se quiere engañar un alma, no me parece la engañará si anda con humildad y simplicidad. A quien hubiere tenido verdadera visión de Dios, desde luego casi *se siente* (cuando es el demonio); porque el alma lo lanza de sí...»

Las comunicaciones que son de Dios, observa San Juan de la Cruz [54], «penetran íntimamente el alma y dejan su efecto de excitación y deleite vencedor que la facilita y dispone para el libre y amoroso consentimiento del bien». Aunque la imagen, añade [55], «no hace después tanto efecto como la primera vez que se comunica, todavía cuando se acuerda se renueva el amor... Y así *es gran merced a quien Dios la hace,* porque es tener en sí un minero de bienes... Cuando acaeciere a un alma tener en sí las dichas figuras formalmente, bien podrá acordarse de ellas para el efecto de amor que dije, porque no le estorbarán para la unión de amor en fe, como no quiera embeberse en la figura... Las que son naturales o del demonio, aunque más se acuerden de ellas, ningún efecto hacen bueno ni renovación espiritual en el alma, sino

---

[53] *Vida* c. 28.
[54] *L. c.* c. 11.
[55] *L. c.* c. 12.

secamente la miran... Pero las *formales*, que se imprimen en el alma, casi siempre que advierte la hacen algún efecto. El que hubiere tenido éstas, conocerá fácilmente las unas y las otras, porque es muy clara la diferencia».

Los efectos de la visión *abstractiva* o intelectual de la Divinidad, dice Agreda [56], «son admirables, porque a más del estado que supone en el alma, hallándola así sobre sí (Thren. 3, 28), la embriaga (Ps. 35, 9) de una inefable e inexplicable suavidad y dulzura, con que la inflama en el amor divino, y se transforma en él, y la causa un olvido y enajenamiento de todo lo terreno y de sí misma, que ya no vive ella en sí, sino en Cristo, y Cristo en ella (Gal. 2, 20). Fuera de esto, le queda de esta visión al alma una luz que, si no la perdiese por su negligencia y tibieza o por alguna culpa, siempre la encaminaría a lo más alto de la perfección, enseñándola los más seguros caminos de la eternidad, y sería como el fuego perpetuo del santuario (Lev. 6, 12), y como una lucerna de la ciudad de Dios» (Apoc. 22, 5).

[4] *Variedad de gozos y frutos.*—«En estas mercedes que hace Dios al alma, advierte Santa Teresa [57], hay más y menos gloria, porque en algunas visiones excede tanto la gloria y gusto y consuelo al que dan en otras, que yo me espanto de tanta diferencia de gozar, aun en esta vida; porque acaece ser tanta la diferencia que hay de un gusto y regalo que da Dios en una visión, o un arrobamiento, que parece no es posible poder haber más acá que desear, y ansí el alma no lo desea, ni pediría más contento. Aunque después que el Señor me ha dado a entender la diferencia que hay en el cielo de lo que gozan unos a lo que gozan otros, cuán grande es, bien veo que también acá no hay tasa en el dar, cuando el Señor es servido; y ansí querría yo no la hubiese en servir a su Majestad. En *cada merced* que el Señor me hacía de visión o revelación, *quedaba mi alma con alguna gran ganancia*, y con algunas visiones quedaba con muchas. De ver a Cristo me quedó imprimida su grandísima hermosura, y la tengo hoy día... Después acá todo lo que veo me parece hace asco en comparación de las excelencias y gracias que en este Señor veía: ni hay saber ni manera de regalo que yo estime en nada en comparación del que es oír una sola palabra dicha de aquella divina boca, cuanto más tantas. Y *tengo yo por imposible*, si el Señor por mis pecados no permite se me quite esta memoria, *podérmela nadie ocupar* de suerte que, con un poquito de tornarme a acordar deste Señor, no quede libre... Comenzóme mucho mayor amor y confianza... en viéndole, como quien tenía conversación tan continua. Veía que, aunque era Dios, era hombre que no se espanta de las flaquezas de los hombres, que entiende nuestra miserable compostura... Puedo tratar como a un amigo, aunque es Señor, porque entiendo no es como los que acá tenemos por señores, que todo el señorío ponen en autoridades postizas... ¡Oh Señor mío! ¿Quién supiera ahora representar la majestad que tenéis?... Mas es-

[56] *L. c.*
[57] *Vida*, c. 37.

panta mirar con ella el amor que mostráis... En todo se puede tratar y hablar con Vos como quisiéramos, perdido el primer espanto y temor de vuestra Majestad, con quedar mayor para ofenderos; mas no por miedo del castigo, Señor mío, porque éste no se tiene en nada, en comparación de no perderos a Vos. *He aquí los provechos desta visión, sin otros grandes que deja en el alma*».

[5] *La contemplación de lo inefable.*—«Dios me *hablaba* en la paz y en el amor. *Miré* y lo *vi*. Me preguntaréis qué vi. Era El mismo, y no puedo decir otra cosa. Era una plenitud, una luz interior que llena, para la cual no hay palabras ni comparaciones... Era en la tierra, como en el cielo, la hermosura que obliga a cerrar los labios, la soberana belleza que contiene el soberano bien». «Las operaciones divinas que se verificaban en mi alma, eran demasiado inefables para que ni un santo ni un ángel pudiera explicarlas ni entenderlas... Esto mismo que estoy diciendo me parece que es como blasfemar... Cuando vuelvo en mí de los secretos divinos, llevándolos conmigo, puedo pronunciar con seguridad algunas breves palabras. Mas si se trata de las operaciones inefables, del deslumbramiento de la gloria, no te acerques, palabra humana; lo que articulo en este momento me causa el horror de una blasfemia... Esta manifestación de Dios contiene toda verdad, en ella comprendo y poseo toda verdad. Toda verdad que haya en el cielo, en la tierra o en el infierno, o escondida en cualquier creatura, yo la poseo con tal certeza, con tal evidencia, que si el mundo entero me dijese lo contrario, moveríame a compasión en vez de convencerme. Ahí es donde veo el Ser de Jehová. Y veo también cómo agrandó mi capacidad para conocerle mejor que en la misma tiniebla... Ahora me veo sola en Dios, del todo pura, del todo santificada, del todo verdadera, del todo recta, del todo cierta, del todo celeste en El, y entonces no me acuerdo de ninguna cosa creada. A veces el Hijo de Dios me decía entonces: «¡Oh hija de la divina Sabiduría, templo del Muy-Amado, su templo y delicias; oh hija de la paz!, en ti descansa la Trinidad, en ti está toda verdad; tú me posees y Yo te poseo» [58].

«Fué mi alma anegada, dice la V. Marina de Escobar [59], y perdida en aquel mar inmenso de divina obscuridad y ser de aquel Dios no conocido ni comprendido. Cómo sea este secreto admirable que pasa entre Dios y el alma, y esta grandeza de Dios que allí se conoce, no hay palabras ni entendimiento criado que baste para declararlo... Fué mi alma rodeada toda del mismo Dios, con una luz y conocimiento particular de su infinita grandeza y de la plenitud de su omnipotencia y ser divino, con el cual todo lo abraza e hinche; juntamente fué arrebatada en este divino ser de Dios con una unión muy fuerte y poderosa, y llevada de este Señor a la celestial Jerusalén, adonde por un breve espacio de tiempo, a mi parecer, le fueron mostrados y descubiertos misteriosamente los tesoros del archivo de la Sabiduría, Grandeza, Omnipotencia, Inmensidad, Misericordia y Bondad de nuestro

---

[58] B.ª FOLIGNO, c. 21-27.

[59] *Vida y obras* t. I, l. 3, c. 1.

gran Dios y Señor, y, en viendo estas cosas tan grandes, fué llevada a aquel mar inmenso del ser de Dios, y allí fué arrojada en aquel piélago hondo e infinito, adonde se anegó, sumió, perdió totalmente sin saber de sí, y sin saber ni entender de este mar inmenso del Ser divino otra cosa sino: *Más es que esto, más hay que esto,* sin alcanzarlo. Anegada en esta divina obscuridad y perdiendo de vista tales grandezas, y quedando engolfada en ellas, no se sabe decir qué es esto, sino sólo decir: Vi secretos de Dios, grandes, terribles y admirables, que no hay entendimiento que esto pueda alcanzar, ni lengua que lo pueda explicar...»

«Mi alma, añade otra vez [60], con nueva luz de lo poco que conocía de aquella inmensidad de Dios, respecto de lo infinito que había que conocer, con lo cual se anegaba, y perdía de vista lo mucho que había conocido, respondió: *Más es que esto..., muchísimo más es que esto.* Finalmente la levantaron más a una grandeza infinita incomprensible de luz y claridad e inmensidad de bienes, que no hay lengua que lo pueda explicar, ni decir, y allí descubrió el Señor de la Majestad a mi alma, como en un relámpago, o como quien corriese una cortina y descubriese unos muy grandes tesoros y luego la volviese a cerrar, una infinita inmensidad incomprehensible de aquel ser divino... de tal manera que, no pudiendo la pobre capacidad de mi alma con tan grandes bienes como en aquel punto vió y conoció, desfallecía y causó en mi cuerpo un grande temblor».

«*Sentí,* dice la V. Micaela Aguirre [61], con grande eficacia, era Dios. Pero si me preguntan qué *vi,* no sé decir sino: *Al mismo.* Porque veía una luz, una llanura, una claridad y toda hermosura y abundancia, lleno y satisfacción. No sé poner comparación... A todos los santos y todo lo veía como en El... Me hacía postrar el peso de la Grandeza que sentía... Ibame deshaciendo con esto que entendía y sintiendo suma pobreza y miseria. Veía que los ojos suyos me miraban y deshacían, como fuego, mis culpas. No sé cómo se atrevió mi alma—pero hácelo a veces que se levanta y pide entrarse en El—y decía: ¡Oh Dios, amor y bien infinito!... Llévame y transfórmame, vida mía y todo mi Bien. Haz y pon fuerzas para que pueda yo llevar tu Amor».

---

[60] *Ib.* § 3.
[61] *Vida* l. 3, c. 7.

CAPITULO VIII

El espíritu de revelación

§ I.—Los sentidos sobrenaturales.—El «sentido de Cristo» y sus variadas manifestaciones: tacto, olfato, gusto, oído y vista espirituales: la memoria y representación, y las emociones correspondientes; condición sobrenatural: sensaciones pasivas y activas de lo divino.

Para mejor comprender en qué consiste la experiencia sobrenatural—o sea de los misterios de la vida de la gracia—y formarse una idea más adecuada de la contemplación y de la mística unión, conviene recordar que, con esa vida, recibimos, como en germen, todas las facultades necesarias para ejercitarla, desarrollarla y llevarla a su plena realización; así como, junto con la vida humana, recibimos las potencias corporales y mentales con que poco a poco habrá de manifestarse y desplegarse. En un principio, se vive del todo inconscientemente; pero luego, excitados y desarrollados los sentidos exteriores, despiertan los interiores, con cuyo ejercicio viene a despertar la misma conciencia.

Cosa análoga pasa en lo sobrenatural. Se recibe esta vida en la regeneración del bautismo y se corrobora luego con la virtud del Espíritu Santo, que nos hace órganos activos del cuerpo místico del Salvador, y capaces de dar testimonio de El en nombre de su Iglesia. Y todo *testimonio* se funda en una *experiencia* proporcionada. Para eso se nos comunica el *sentido* de lo divino, *sentido de la fe*, o *sentido de Cristo*, para percibir de algún modo los misterios de la vida que de nuestro Salvador recibimos, y saber apreciar los dones que se nos han comunicado, y no proceder como *insensatos* ante las cosas de Dios: *Nos autem sensum Christi habemus* (1 Cor. 2, 16): *ut sciamus quae a Deo donata sunt nobis* (ib. 12). *Dedit nobis sensum, ut cognoscamus verum Deum* (1 Io. 5, 20). *Sensum autem tuum quis sciet, nisi Tu dederis sapientiam, et miseris Spiritum S.*

tuum de altissimis: et sic correctae sint semitae eorum qui sunt in terris? (Sap. 9, 17-18). *Propter hoc optavi, et datus est mihi sensus* (ib. 7, 7).

Este sentido se despierta, desarrolla y diversifica con el recto ejercicio, con las excitaciones de la gracia del Espíritu Santo y con nuestra libre y fiel cooperación. Así refiere San Lucas (24, 25) que les *abrió* el Señor a los apóstoles *el sentido,* para que entendiesen las Escrituras. Este sentido ya lo tenían, pero estaba como adormecido. Y por eso ellos aun no acertaban a percibir los misterios encerrados en las divinas lecciones que oían, o no se daban razón de ellos. Mas con ese despertamiento, comenzaron a ver, en todas las cosas del Salvador, el fiel cumplimiento de las profecías—y aun el presagio de la vida de la Iglesia—y a maravillarse de haber estado hasta entonces tan ciegos (Ib. 31-32; Act. 11, 16, etc.).

Como destinado a percibir cosas sobrenaturales, el *sensus Christi* es completamente *espiritual y divino*; pero así y todo, a medida que se perfecciona y diversifica, va ofreciendo ciertas analogías con los diversos sentidos corporales, externos e internos [1]. Preséntase a veces como una manera de *tacto orgánico,* pasivo y confuso, que nos permite *sentir* cierta vaga impresión—grata o dolorosa—de lo sobrenatural, con la cual, aun sin darnos cuenta, nos cercioramos de las realidades místicas; sentimos las divinas mociones e inspiraciones, y notamos la solidaridad del organismo de la santa Iglesia y la comunicación de influencias entre los diversos miembros, haciendo que «nos alegremos con los que se alegran, y lloremos con los que lloran» (Rom. 12, 15).

Este *tacto,* después de muy desarrollado y aquilatado, se hace tan sutil y tan fino, que siente aun los menores males del prójimo; tan delicado, que sufre dolores insoportables ante la ruina de los pecadores y los daños de la Iglesia, y, volviéndose *activo* y *consciente,* permite a las almas muy adelantadas distinguir los suavísimos e inefables *toques* del Espíritu de amor y los efluvios de vida y de gracia que hace circular por todo el Cuerpo místico. Entonces ésas tendrán ya plena y absoluta certeza de quién es el que así las acaricia y regala [2].

---

[1] Cf. San Juan de la Cruz, *Subida del monte Carmelo* l. 2, c. 23.

[2] «*Tactus* active sumptus important actionem Dei *intime tangentis animam*. Tactus passive sumptus importat immediatum huius intimae actionis effectum in anima, qui proprie dicit sensum suavissimum animae tali causatum actione» (Philip. a SS. Trinit., p. 2.ª, tr. 3, d. 4, a. 6. Cf. Santo Tomás, *De verit.* q. 28, a. 3, c.).

Esto es lo que tan ardientemente les hace desear los tiernos «abrazos y ósculos» del Amador divino, pues tan acostumbradas están ya a nutrirse a sus pechos [3]. Y tan por experiencia saben que sus dulzuras superan a las de todos los gustos y consuelos terrenos: *Dulciora super mel et favum* (Ps. 18, 11; 118, 103), y que su celestial fragancia cautiva y atrae más que todos los aromas, que no podrán menos de exclamar: *Osculetur me osculo oris sui; quia meliora sunt ubera tua vino, fragantia unguentis optimis* (Cant. 1, 1-2).

Por eso, aunque se les oculta tras del muro de este cuerpo mortal, notan que las está mirando y observando como a través de celosías: *En ipse stat post parietem nostrum... prospiciens per cancellos* (Cant. 2, 9), y, cautivas de su amor, se sientan a su sombra, como junto al verdadero árbol de vida, cuyos frutos son tan sabrosos al paladar sano (Cant. 2, 2) [4].

---

[3] *Ad ubera lactabimini* (Os. 2, 14).—Esos *pechos* son su misma Divinidad y su santa humanidad. — «Con el pecho de vuestra Divinidad, decía Santa María Magdalena de Pazzis (1.ª p. c. 8), dais al alma una leche tan dulce y suave, que cuando ella ha gustado esas delicias hace como los niños que gritan al ser destetados, y sólo derramando lágrimas aceptan, para no morir de hambre, el pan que se les da.—Así tratáis, oh Verbo, al alma que conducís al pecho de vuestra Humanidad, es decir, a la imitación de vuestros sufrimientos. ¡Qué dolor experimenta ella al verse arraneada del suave pecho de vuestra Divinidad y privada de las dulzuras que comunicáis a los contempladores de vuestras grandezas!—Preciso es haber pasado por esta prueba para comprenderla.—Cuando el alma sale de esta luz inaccesible, parécele entrar en un bosque sombrío, donde no ve más que tinieblas, y donde teme de continuo venir a ser presa de bestias feroces».

[4] «Son tales las finezas de amor que este amorosísimo Señor hace a las almas, decía el V. Hoyos (cf. *Vida*, por el P. URIARTE, p. 44), que no son creibles sino al que por experiencia las conociese. Es un destello de la gloria, es una cosa divina, es una celestial locura, es un santo desatino..., en fin, es estar el alma gozando de aquellos divinos pechos, recreándose en los brazos de su Amado como uno que, abochornado de gran calor, se echa a la sombra de un árbol; es deshacerse suavemente, un derretirse, abrasarse y consumirse, sin acabar, en llamas de amor».

«*He recibido de su boca leche y miel*, decía Santa Inés.—«Esa boca, observa Santa Magdalena de Pazzis (3.ª p., c. 16), es la Humanidad del Verbo; la miel es su caridad; la leche, cierto *gusto* de la suavidad divina, un *sentimiento* de la Divinidad que el alma experimenta según su disposición. Ahora bien, cuando Dios comunica al alma la menor partecilla de esta suavidad, recibe una fortaleza y una audacia tales, que por amor de El arrostra los braseros ardientes, las agudas espadas y los más horribles martirios. Este sentimiento de la Divinidad, por ligero que sea, basta para hacerle perder en parte el sentimiento del dolor, como se vió, no sólo en Santa Inés, sino en otra multitud de mártires, cuyos corazones sobreabundaban de gozo en me-

Tenemos, pues, aquí ya una manera de *tacto*, de *gusto* y de *olfato* espirituales que permiten sentir y apreciar estas maravillas del amor divino, que es incapaz de percibir el *animalis homo*, y de reconocer y estimar las *margaritas preciosas*, que no son para los seres inmundos. Y no sólo se perciben, sino que, como *el espiritual juzga de todo*, puede *sentirlas* y *apreciarlas* de muy variadas maneras, pero a veces por cierta analogía con los distintos modos de percibir las cosas naturales. De ahí que, a falta de otras palabras con que expresar mejor estos sentimientos, todas las almas experimentadas se valgan, como por instinto, de esas voces ordinarias de *contacto*, *gusto*, *olor*, etcétera [5]. Este olor se siente en un principio como de lejos, emitido por algo misterioso que nos atrae y cautiva sin que sepamos cómo ni por qué, pero que así y todo nos aficiona y se nos hace desear, aunque todavía no podamos *gustarle*: así atraía a San Agustín [6], *quasi olfacta desiderantem quae comedere nondum posset* [7].

Mas el alma que ha logrado ya *gustar* la verdad divina, luego reconoce su *olor*, y sabe de Quién proviene; por eso excla-

---

dio de los suplicios... Este sentimiento, como la leche, tiene su origen en lo interior de la Divinidad; y es como una emanación de la substancia divina que el alma recibe por medio del Verbo encarnado».

[5] «Amantes, dice el V. Bartolomé de los Mártires (*Comp. myst.* c. 13, § 3), spirituali quodam *tactu, gustu, olfactu, tangunt, gustant, olfaciunt Deum* (quod tamen non licet speculantibus), ac proinde dicuntur certo modo *videre Deum*.. Similes namque sunt parvulo matrem amplexanti, ubera sugenti, qui plerumque nil videt, aut audit, aut saltem se videre et audire non iudicat, experimentali solum delectatione et notitia occupatus».

«Por los *sentidos espirituales*, dice el B. Alberto Magno (*Compend. theol. verit.* l. 5, c. 56), *percibe* el alma los espirituales encantos del Esposo, *gusta* su dulzura y siente el buen olor que El exhala, y le *oye*..., y le *toca*».—«Sensus spirituales dicunt *perceptiones mentales* circa veritatem *contemplandam*» (SAN BUENAVENTURA, *Breviloquii* p. 5.ª, c. 6; cf. *De 7 donis S. S.*, 1.ª p., c. 3).

[6] *Conf.* l. 7, c. 17.

[7] «El alma justa, advierte San Ambrosio (*In Ps.* 118, serm. 6), es esposa del Verbo. Y si arde en deseos y ora incesantemente, tendiendo de veras hacia El, suele notar de repente como que *oye* su voz sin verlo, y que siente de un modo Intimo el *olor* de su Divinidad: cosa que *sucede con frecuencia* a los que tienen mucha fe. El *olfato* del alma queda en un instante lleno de una gracia espiritual, y sintiendo un dulce soplo, que le indica la presencia de Aquel a quien ella busca: ¡he aquí, exclama, a quien yo busco y deseo!».—«Con frecuencia sucede en las visitas divinas, añade Casiano (*Confer.* 4, c. 5), el quedar llenos de *perfumes* de una suavidad no conocida de la industria humana; de suerte que el alma, deshecha en gozo, se arrebata y olvida su cuerpo».

ma: *¡Oleo derramado es tu nombre! Atráeme: en pos de Ti correremos al olor de tus ungüentos* (Cant. 1, 2-3)[8]. Este sagrado perfume lo emite el Salvador por Sí mismo y por todos sus miembros santificados, los cuales pueden ya en verdad decir con el Apóstol (2 Cor. 2, 15): *¡Somos buen olor de Cristo!* Y este aroma de divina fragancia que exhalan los perfectos cristianos purifica y sana el ambiente, preserva el mundo de la corrupción, y, penetrando los corazones sinceros, los va ganando para Dios: tal es la viviente predicación del buen ejemplo.

Tras del *olfato* viene el *gusto* de las cosas divinas, y tras del gusto el *contacto* misterioso de la misma Realidad (Cant. 1. 1-2; 11, 2-3), y tras de todo esto la percepción como auditiva de las *harmonías* divinas, con que se hacen ya en este destierro *cantables* las justificaciones de Dios (Ps. 118, 54), y se abren los ojos de la inteligencia para ver la Verdad: «*Gustad y ved* cuán suave es el Señor» (Ps. 33, 9). «Señor, *oí* tu voz, y *temí*» (Hab. 3, 2). «Por tus mandamientos (que oí) entendí y aborrecí la maldad» (Ps. 118)[9]. Y así, una vez *ordenada la caridad* con embriagueces de amor, que dejen el corazón bien purificado, podrá ya *oír* claramente el alma *la voz del Amado, y ver* cómo viene, saltando montes y collados, á visitarla y consolarla y *hablarle al corazón* con íntima familiaridad (Cant. 2, 6-8-10; Os. 2, 14).

Vemos, pues, que estas diversas maneras de sensaciones espirituales conducen gradualmente a la *audición y visión conscientes* y aun a la plena *inteligencia*[10]. A la vez, cada una de estas percepciones da origen a las correspondientes *afecciones*

[8] «Descienda, Señor, a mi corazón el suavísimo *olor* vuestro y entre en él vuestro dulcísimo amor. Venga a mí el *sabor* admirable de vuestra dulzura y el regalo indecible de vuestra fragancia, que despierte y avive en mi alma los deseos de las cosas celestiales y saque de mi corazón venas de agua corrientes hacia la vida eterna... Yo tengo *sed, hambre* y deseos de Vos; por Vos suspiro y anhelo, y como el tierno niño, privado de la presencia de su cariñosísimo padre, llorando y gimiendo sin cesar, cuando vuelve a ver su rostro le abraza con todo el afecto de su corazón» (San Agustín, *Meditaciones*, c. 35 y 41).

[9] Cf. Rmo. P. Cormier, *Lettre à un étudiant en Ecr. S.* p. 9.

[10] «Dantur animae oculi, dice Alvarez de Paz (V. 3, 14), quibus Deum videat, id est, lumen supernaturale et divinum, quod ad tantam ac tam mirabilem visionem sufficiat. Hoc non est lumen fidei, nec lumen sapientiae tantum: quod ad sic videndum parum est... Sed..., quod fidem et sapientiam roboret, atque perficiat... Sic animae immittitur quaedam perfectissima, et supra omnem captum nostrum pulcherrima notitia, et veluti imago Dei, non quidem ab ipsa..., elaborata, sed subito Dei ipsius virtute et miseratione infusa. Qua supernaturali modo in intimis recessibus suis clarissime cognoscit, et quasi videt

y apeticiones sobrenaturales: *temor* de Dios, *aborrecimiento* del mal, *amor*, *reverencia*, *admiración*, *gozo*, *quietud*, *adhesión*, etcétera: *Defecit caro mea, et cor meum: Deus cordis mei... Mihi adhaerere Deo bonum est* (Ps. 72).

Del mismo modo, a esos sentidos divinos, representados por los cinco externos, se añaden otros análogos a los internos, *imaginación* y *memoria*, que reproducen, representan o recuerdan esas impresiones divinas, y aun una suerte de *estimativa*, que *presiente* y *aprecia* de un modo *espontáneo*, sin reflexionar, y se adelanta a la *inteligencia* para hacer amar y obrar santamente como por un divino *instinto* [11]; porque estos sentidos también suscitan los correspondientes afectos: *Memoria memor ero, et tabescet in me anima mea.—Memor fui Dei, et delectatus sum.—Quid oremus, sicut oportet, nescimus: sed ipse Spiritus postulat pro nobis gemitibus...* (Thren. 3, 20; Ps. 76, 4; Rom. 8, 26).

Por ahí se ve que los *sentidos espirituales* no son *imagina-*

perspicatius quam si oculis corporeis lucem corpoream videret. Videt, inquam, Deum ut unum, et ut Trinum, et quomodo Pater generat aeternaliter et invariabiliter Filium: et Pater et Filius spirant, ut unum idemque principium Spiritum Sanctum, et quod hae tres Personae sunt una natura unaque substantia... Et quomodo omnia creata ab illis tamquam ab uno Creatore procedant, et quomodo ipsam animam inhabitent, et quam verum sit..., illud...: *Ad eum veniemus et mansionem apud eum faciemus.* Haec igitur omnia, et multa alia simul et uno intuitu in Deo videt: videndo autem igne ardentissimi amoris incalescit».

[11] Este *instinto*, acompañado del *sentido* de lo divino, suple muchas veces con gran ventaja al mejor conocimiento especulativo. Así «un moralista podrá saber que la castidad no puede hacer ni tolerar esto o aquello; pero una virgen cristiana lo *siente*: le basta consultarse para obrar bien» (BAINVEL, *Surnat.* p. 321).—«Por el corazón, escribe el P. Gardeil (*Dons* p. 150), diviniza Dios toda nuestra actividad, incluso la mental.—El Espíritu Santo hace irradiar sus dones desde el corazón donde mora... Y si el mismo amor natural tiene tan seguros instintos y tan penetrantes adivinaciones..., ¿qué no sucederá con un corazón que late bajo la influencia especialísima de Dios y cuyo regulador, director y guía es el Espíritu Santo? ¡Oh, cuán infalibles serán esos impulsos divinos! ¡Cuán seguros sus *instintos!* ¡Cuán ciertas sus adivinaciones! ¡Y cuán eficaz, en medio de su dulzura, es la luz que de este modo derrama el Espíritu Santo!»

«Desde mis primeros años, decía conforme a esto el B. Susón (*Eterna Sabiduría* c. 1), mi alma sintió un deseo, una sed de amor, cuya causa ignoraba. Desde hace mucho suspiraba mi corazón por un bien que no le es dado ver ni alcanzar; y en este mismo instante siento que deseo y amo, y no sé qué es lo que deseo y amo. Pero gran cosa debe ser cuando con tal fuerza atrae mi corazón; y mientras no la posea no podré vivir tranquilo».

tivos. Trascienden sobre la imaginación orgánica y aun sobre la misma inteligencia racional, y así es como dan origen a esa suerte de *imaginación y memoria* también *espirituales*, y llevan a una *inteligencia sobrenatural* y divina. No es con ellos con los que se perciben las visiones o locuciones corporales o imaginarias: éstas se reciben en los mismos sentidos corpóreos, externos o internos, porque son en realidad *sensibles*, y tienen su figura, color o «forma». Pero las de todos los dichos *sentidos espirituales*, aunque ofrezcan con las ordinarias cierta *analogía* que autoriza el mismo nombre, trascienden sobre toda forma y figura. Y por eso en un principio desconciertan, por ser impresiones tan nuevas, tan superiores y tan delicadas, siendo un maravilloso *sentir no sintiendo, sentir* a veces *un no sé qué*, pero lleno de realidad divina [12]. Si los místicos acostumbran a apelar a esos nombres, es a falta de otros. San Agustín [13] nos lo advierte bien claro cuando exclama: «¿Qué es eso, Dios mío, que yo amo cuando te amo? No es una hermosura sensible... ni las melodías de un cántico variado, ni el suave olor de las flores, ni el gusto del maná, ni caricias corporales. No, no es nada de eso lo que yo amo en mi Dios. Y sin embargo, lo que yo amo en El es cierta luz, cierta voz, cierto olor, cierto alimento, cierto abrazo, que sólo pueden sentirse en lo más interior. Mi alma ve brillar una luz que no está en el espacio, oye un sonido que no se extingue con el tiempo, siente un perfume que no lleva el aire, gusta un alimento que no disminuye ni cansa...»

Las santas Escrituras están llenas de estas *sensaciones* de lo divino, que con tanta diligencia han procurado describir los autores espirituales, reduciéndolas a cierto orden de *sentidos*. Y éstos, apoyados en los dones del Espíritu Santo—de los cuales se derivan—, conducen, en las almas que los ejercitan bien, a la clara inteligencia y plena conciencia espiritual, que se hallan cuando el don de sabiduría y el de entendimiento llegan a un alto grado de desarrollo. Por eso, aunque el ejercicio normal de estos dones lo da Dios a unos más pronto y a otros —quizá más perfectos—más tarde, lo cierto es que todos los santos que han llegado al grado de *unión de conformidad*, em-

[12] Es *sentir* un *no sé qué*,
Mas no como antes solía:
Este *sentir no sintiendo*,
¿Qué lengua lo explicaría?

M.ª R. A.

[13] *Conf.* l. 10, c. 6.

piezan ya a sentir claramente los *toques divinos* y *gustar* su suavidad—cuando no también a *oír* su voz interior y *verle* en cierto modo—, y, por lo mismo, a tener conciencia de los misterios de la gracia que en ellos obra [14].

Que existen esos diversos sentidos espirituales, y que todas las almas justas los poseen en mayor o menor grado, es doctrina corriente [15]. Así como en el cuerpo, decía San Buenaventura [16], hay cinco sentidos con que percibimos de diversos modos las cosas materiales, así también el alma tiene su manera de vista, oído, olfato, gusto y tacto, con que siente y experimenta de un modo espiritual las cosas incorpóreas y divinas [17].

La existencia de esa *vista* y de ese *oído* es innegable: los ángeles y los bienaventurados *ven* a Dios y se ven unos a otros, sin tener cuerpo ni ojos materiales, y, por tanto, con *visión* del

---

[14] «Dios hace *sentir* en el alma, decía Santa Gertrudis (*Recr.* 6), unos toques tan delicados, que ésta experimenta en su interior, y hasta en su cuerpo. un bienestar extraordinario».—«*Siento* a mi Dios en mi alma tan unido como si fuera una cosa con Dios. Yo no sé explicarme: pero *siento una cosa* en mi alma, que solamente Dios la puede comunicar» (V. Sor Bárbara, 15 ag. 72; *Vida* p. 342).—«En la unión mística, dice Felipe de la Santísima Trinidad (*Disc. prelim.* a. 8), es Dios percibido por un *tacto interior* y un *abrazo*. Es *palpado* en cierta manera por el alma... Esta lo nota manifiestamente, porque entonces Dios la certifica de que se halla en realidad presente».—Honorato de Santa María (*Tradic.* t. 1, p. 2.ª, dist. 10) dice que «los más ilustres maestros de la vida espiritual están persuadidos de que la *unión mística* consiste principalmente en la *experiencia de los dos sentidos íntimos* del *tacto* y del *olfato*».

[15] «¿Se dirá, pregunta nuestro Rmo. P. Cormier (*l. c.*), que tales *sentimientos* son producto de un misticismo arbitrario y poético, o que, por lo menos, constituyen favores reservados solamente para almas privilegiadas?—Habría que tener unas miras muy pobres y haber descendido mucho, para negar así al Espíritu Santo la difusión de sus favores, reduciendo su acción a un sentimentalismo piadoso, o excluyendo implacablemente de su influencia saludable a casi toda la masa del pueblo de Dios.—No, no sucede así. Cada discípulo de la fe, caminando por las vías más ordinarias, y con más razón cada ministro del santuario, puede llegar a los estados que acabamos de indicar, y *debe aspirar a ellos*».

[16] *Itiner. aetern.* 6, dist. 2.

[17] En vista del sentimiento de tantos Padres tan ilustres, sería una temeridad, dice el P. Nouet (*Conduite* l. 6, entr. 14), poner en duda lo que, de acuerdo con ellos, todos los teólogos místicos enseñan acerca de los cinco sentidos espirituales... Todos los maestros convienen en que la más perfecta unión con Dios que en esta vida pueden tener las almas consiste en esa admirable *experiencia* de los sentidos interiores».

La perfección, dice Santo Tomás (*In Hebr.* 5, 14), consiste precisamente en tener *bien ejercitados esos sentidos*.

todo *espiritual*; del mismo modo, se *hablan* y se *entienden*, y esto no es con ruido de voces, sino por comunicación directa de pensamientos. Así, y de un modo más elevado, habla el Espíritu Santo en el fondo mismo de los corazones: *Loquar ad cor eius* (Os. 2, 14). *Quien tiene oídos*, dice el Apocalipsis (3, 22), *oiga lo que el Espíritu habla a las iglesias*. Y el mismo Salvador clamaba diciendo (Lc. 8, 8): *Quien tenga oídos para oír, oiga*. Oídos materiales no faltaban a sus oyentes; pero entre ellos había muchos *sordos espirituales*, y así eran tan pocos los que sentían la voz interior que enseña los divinos misterios. El pecador pierde. embota o pervierte el sentido cristiano, y es como, al oír la voz de la Verdad, no la entiende o la entiende al revés (Ib. 10; Mt. 13, 11-17; Is. 6, 9). Por eso debemos disponernos, purificar nuestros corazones, entrar en nosotros mismos y tratar de acercarnos a Dios para percibir su voz pacífica que se dirige a los santos y a las almas interiores: *Audiam quid loquatur in me Dominus Deus*; *quoniam loquetur pacem... super sanctos suos, et in eos qui convertuntur ad cor* (Ps. 84, 9). *Loquere, Domine, quia audit servus tuus* (I Reg. 3, 10). *Servus tuus sum ego, da mihi intellectum, Domine* (Ps. 118, 125). Y el alma santa desfallece al oír y entender la voz de su amado (Cant. 5, 6).

En Job (42, 5) se nos da testimonio, a la vez que de ese *oído*, de la *vista* espiritual: *Auditu auris audivi Te, nunc autem oculus meus videt Te*. Mas para llegar a esta *gozosa visión* de la *cara de Dios* (ib. 33, 26), es menester mucha experiencia de las cosas divinas, vacar por largo tiempo a la contemplación, purificarnos bien y morir por completo al mundo: *Vacate et videte* (Ps. 45, 11). *Non videbit me homo, et vivet* (Ex. 33, 20) [18].

A esta *vista* precede el *gusto* espiritual que llega hasta *embriagar* de las dulzuras divinas que el mundo no puede conocer, porque están escondidas para los que temen a Dios (Ps. 30, 20). Estos «se *embriagarán* con la abundancia de la casa del Padre», que los sacia en un torrente de delicias, porque en El está la fuente de la vida. Y de ese modo «en su luz llegarán a ver la luz» (Ps. 35, 9-10). Por eso la Sabiduría invita a sus amantes diciéndoles (Cant. 5, 1): *Comed, amigos, y bebed y embriagaos, mis muy amados*. De este dulce vino de la celestial Sabiduría—y no de mosto, como los mundanos murmuraban—estaban santamente *embriagados* los apóstoles cuando al salir lle-

[18] En una antigua prosa del Misal Romano, se decía: «Tu, purificator omnium — flagitiorum, Spiritus: — Purifica nostri oculum — interioris hominis — *ut videri supremus — Genitor possit a nobis*».

nos del Espíritu Santo hablaban diversas lenguas, abrasaban los corazones sinceros y ganaban millares de almas para Jesucristo [19]. En esta bodega de los vinos ordena el Amado la caridad, que se sustenta con flores de virtudes y frutos de buenas obras, y de obras heroicas, y sobre todo con el celo por la salud de las almas.

Del *olfato* nos da, como ya hemos visto, muchos testimonios el libro de los Cantares. Y por lo que hace al *tacto*, que, como dice Santo Tomás, es el fundamento de todos los otros sentidos naturales, lo es también en esta vida sobrenatural. Todos los estados místicos empiezan en cierto modo con él, y con él se completan y se perfeccionan. La Esposa de los Cantares aspira ante todo al místico *beso* de su Amado, y al sentir el contacto suavísimo de su mano delicada, que muy a escondidas la toca, su corazón y sus entrañas se estremecen (Cant. 1, 1; 5, 4), y sólo puede saciarse cuando definitivamente logre descansar en sus divinos brazos: *Laeva eius sub capite meo, et dextera Illius amplexabitur me* (Cant. 2, 6) [20]. Estos misteriosos *toques*, cuando llegan a ser *substanciales*, aunque a veces *hieran y llaguen*, son verdaderamente toques de vida eterna y presagios de la gloria, que hacen a un San Juan de la Cruz exclamar (*Llama de amor*):

¡Oh regalada llaga!
¡Oh mano blanda!, ¡oh toque delicado
que a vida eterna sabe...! [21]

---

[19] «Ciertamente, dice San Cirilo de Jerusalén (*Catech.* 17-19), estaban ebrios, pero era de la plenitud del Espíritu Santo.—No es, pues, de admirar que su entusiasmo rebosara las medidas de la prudencia humana. Estaban ebrios, pero era de la plenitud de la casa de Dios; pues bebían del torrente de sus delicias. Estaban ebrios, pero de la plenitud de la gracia que da muerte al pecado, vivifica el corazón y hace conocer cosas hasta entonces ignoradas».

[20] «Cuando el alma, escribe Dionisio Cartujo (Opúsc. *de Discr. spirit.* a. 18), se ha purificado y de tal modo arde en el fuego de la caridad, que ya brilla con el esplendor de sus virtudes, tiene Dios en ella tales complacencias, que la trata familiarmente, como a dulce esposa, *estrechándola, acariciándola, abrazándola* y comunicándola liberalmente sus bienes». Hay almas, dice Blosio (*Inst. spir.* app. 1, c. 1, n. 2), a quienes Dios colma de dulzuras, que le están unidas de una manera evidente por un *abrazo*, y reciben de El los besos más suaves».

[21] Felipe de la Santísima Trinidad (p. 3.ª, tr. 1, d. 1, a. 5) admite un modo de unión por *contacto substancial* con Dios: «Per quemdam *contactum substancialem* Dei ad animam quo praesens et unitus *sentitur*. Et perficitur haec unio, quando etiam potentiae spirituales animae, quantum patitur vitae praesentis status, Deo *adhaerent* intellec-

Las almas sinceras y fervorosas buscan a Dios deseando sentir su amorosa presencia y vivir en contacto suyo: *Quaerere Deum, si forte attrectent eum, aut inveniant*, decía el Apóstol (Act. 17, 27). En un principio, al hallarlo, siéntenlo sin reconocerlo o distinguirlo bien: lo perciben por pura fe, al *modo humano*, más que por el don de sabiduría—*supra modum humanum*—. Pero, desde que empiezan de veras a retirarse a la *soledad*, adonde el Espíritu las llama para hablarlas al corazón, sienten en ciertos fervores sensibles los suaves efluvios de su gracia, que cautiva y embriaga los sentidos y los sana para que se aficionen a Dios y cobren aversión al ruido mundanal. Y cuando después, durante la gran *aridez* que les sobreviene en medio de la *obscuridad* consiguiente a la privación de las luces y caricias sensibles, lamentan esta pérdida así *experimentada*, empiezan a sentir con pavor la presencia misteriosa de algo sobrenatural y divino que suavemente las atrae, a la vez que les causa espanto: sienten un *no sé qué*, que no saben explicarse, por lo mucho que trasciende sobre lo sensible; pero que así y todo las cautiva, como si les estuviera diciendo al oído: *Mirad, que soy vuestro Dios* [22]. Así, al amanecer luego la aurora de la

---

tus per cognitionem pene continuam ac veluti *evidentem*, voluntas vero per amorem, non tantum desiderii, sed quodammodo satietatis et *fruitionis*».

[22] El P. Nouet (*Introd. à la vie d'oraison* l. 3, entr. 6) advierte que además de la *presencia activa* de Dios—que todos debemos procurar—hay otra *pasiva*, ora habitual, ora pasajera, que se le comunica al alma a veces cuando está más descuidada: «En ocasiones, después de mucho sufrir con sequedades y tedios, nota de repente que está en presencia del Esposo: lo advierte con toda certeza, y esto le causa un amoroso y respetuoso temblor... Esta vista la deja tal vez suspensa en sabrosa admiración, y a veces le cautiva las potencias como en un dulce sueño, donde gusta unas delicias increíbles Por ahí se ve *cuán deseable es esta visita* del Esposo, aunque no durase más que un cuarto de hora. Pero más preciosa es cuando se hace estable y como habitual... Esta presencia se ejercita *notando y sintiendo, y conociendo con certeza* que Dios está en el alma y que el alma está en Dios».

«Acaecíame, dice conforme a esto Santa Teresa (*Vida* c. 10), venirme a deshora un sentimiento de la presencia de Dios que en ninguna manera podía dudar que estaba dentro de mí, y yo toda engolfada en El».

«Haec praesentia Dei intra nosipsos, dice Alvarez de Paz (*De inquis. pacis* l. 5, p. 1.ª, ap. 2, c. 9), tribus modis, ut experti docent, solet concedi perfectis: 1.º ita ut anima Deum intra se inveniat, et veluti iuxta illam immensam maiestatem assideat, non tamen in aliquam distinctam cognitionem alicuius divinae perfectionis ingredi sciat Deum intra se praesentem animadverti... , at Deum ingredi nescit, sed est iuxta illum... 2.º Anima non solum Deum intra se invenit, sed

luz del *recogimiento* infuso, notan ya de un modo claro la amorosa presencia del Pastor divino y que con su dulce silbo las despierta y por su nombre las llama y se les da a conocer (Io. 10, 14-27-28) para que le sigan y reciban de El vida eterna. Y luego, en la *quietud* y la *unión*, hallan el verdadero *reposo*, descansando dulcemente como en los brazos del Amado y sintiéndole a El mismo descansar en sus corazones como en su florido jardín (Cant. 6, 1). Pero aun no pueden sentir *activa* y *directamente* al Verbo de Dios, *oyéndolo. viéndolo* y *palpándolo* en sí mismo; lo perciben tan sólo como a través de la santa Humanidad. Y si advierten la presencia o ausencia de algo misterioso e inefable, aun no aciertan a darse razón de lo que sienten o presienten [23]. Estas sensaciones espiritualísimas y tan elevadas, para

secundum aliquam perfectionem vel proprietatem altissima quadam notitia illum intelligit. Quae non semper una est, sed iuxta multiplicem Dei perfectionem multiplex est et varia. Nunc enim Deus apparet ut sapientia, nunc ut bonitas, nunc ut potentia, nunc ut iustitia, nunc ut misericordia, et sic de aliis perfectionibus. Modo apparet ut Pater, modo ut Filius, modo ut Spiritus Sancti. Et ille qui est impartibilis, quasi per partes se donat. et secundum varias perfectiones se animae manifestat .. 3.º Deus quasi se totum revelat animae, et non confuso tantum sicut in primo modo, sed quas distincte omnes suas perfectiones illi videndas proponit. Nam..., tam mirabili modo animae obiicitur, ut uno aspectu *quasi totus distincte videatur*.—Primus ille modus est veluti primum caelum in quo non pauci ex perfectis admittuntur. Secundus ut secundum caelum, ad quod pauci perveniunt. Tertius ut tertium caelum, ad cuius sublimitatem paucioribus datur accessus ..»

[23] «Scio, dice San Bernardo (*Serm.* 73), quod spiritualis vir me non despiciat, reliqui vero me non intelligent. Igitur quando Verbum ad me venit, unde veniat aut quo vadat, qua ingrediatur, aut qua exeat plane nescio. Licet ingressum eius, aut exitum nunquam *sensi*, *praesensisse* tamen fateor. *Sentio* quando adest. eum abest adfuisse recordor».

«¿Qué es eso tan dulce que, al acordarme de Dios, viene a *tocarme* a veces? Me impresiona con tal vehemencia y suavidad, que comienzo a enajenarme y ser elevada no sé dónde. Súbitamente me encuentro renovada y cambiada y con un bienestar inefable. Mi conciencia se regocija. pierdo el recuerdo de mis pasadas pruebas, mi corazón se inflama. mi inteligencia se ilumina y mis deseos quedan satisfechos. Me siento transportada a no sé qué lugar nuevo. Percibo interiormente como unos *abrazos* amorosos. Yo no sé qué es esto. y, sin embargo, hago cuanto puedo por retenerlo y no perderlo. Deseo abrazarlo incesantemente, y me lleno de un júbilo inefable. como si al fin hubiera logrado el objeto de mis deseos .. ¿Por ventura será mi Amado? —Sí, alma mía, verdaderamente es tu Amado quien te visita; pero viene escondido y de un modo incomprensible. Viene para *tocarte*. no para dejársete *ver*; para avisarte, no para ser comprendido: para dejarse *gustar*, no para comunicarse de lleno; para llamar tu atención, no para saciar tus ansias; para darte las primicias de su amor, no para colmarte de su plenitud. He ahí la prenda más

aclararse lo bastante, exigen una completa *purgación* de todos los afectos terrenos y una *muerte* total a todo lo que no sea Dios o cosa de su divino servicio. Por eso no suelen experimentarse hasta después de lograda la perfecta *unión de conformidad*, cuando empieza ya de veras la *transformativa*, es decir, hasta pasar por los éxtasis y raptos, y aun por la terrible *noche del espíritu*, donde el alma *muere místicamente* con su Salvador, para resucitar con El a nueva vida. Entonces es cuando notan ya a las claras, pero inefablemente, que viven escondidas en el mismo Dios [24].

Hasta entonces lo sienten como de un modo *pasivo* y *confuso*; ora exteriormente, por una impresión vaga como en la obscuridad, por una suerte de tacto a distancia, se nota la presencia de otras personas [25], o bien como por un *contacto* de *inmersión*, sintiéndose como *sumergidas* y *engolfadas* en su inmensidad, y bañadas en la fuente de agua viva de sus divinas gracias—como sentimos el aire que nos rodea o el agua en que nos bañamos—; ora interiormente, dentro de los corazones, donde derraman sus inefables dulzuras, que se perciben por un *tacto interior*, como *orgánico*, de *imbibición* o *compenetración* [26], en que podrá el alma decir: *Defecit caro mea et cor meum: Deus cordis mei* (Ps. 72, 26).

---

segura de tu futuro matrimonio: estás destinada a verlo y poseerlo eternamente, puesto que ya se te da a gustar con la dulzura que sabes. Así podrás consolarte en sus ausencias, y durante sus visitas reanimarás tu valor» (HUGO DE SAN VÍCTOR, *De arrha animae*, al fin, ed. MIGNE, t. 2, col. 970).

[24] «Estaba en oración, dice la V. Sor Bárbara (16 abr. 72; *Vida* p. 298), sintiendo en mi alma las ansias de amar a mi Dios con más fuerzas, y parecía me quedaba *toda en Dios anegada*, o *llena toda de Dios*, pues *en realidad yo siento a mi Dios en mí*. Y cuando se deja sentir este buen Dios en el alma, y ella comprende está con ella, no se puede expresar con palabras lo que pasa entonces... Se queda como fuera de sí; parece que no vive, pues está como insensible a todo. Nada quiere, ni desea, ni está capaz de entender en nada de este mundo. Sólo lo que ansía es padecer mucho por Dios y darle gusto en todo».

[25] Cf. SANTA TERESA, *Morada* 6, c. 8.

[26] «La vida interior, decía el bienaventurado Cura de Ars (*Vie*, por MONNIN, l. 5, c. 4), es un baño de amor en que se sumerge el alma y queda como anegada. Dios tiene al hombre interior como una madre tiene entre sus manos la cabeza de su niño para cubrirla de besos y caricias». «Habiendo recibido al Señor, decía Sor Mariana de Santo Domingo (*Vida*, p. 291-3), me parecía me hallaba toda cercada de Dios... Parece que me *anego* en un abismo y, perdiéndome de vista, sólo sé que cuando salgo es enriquecida de infinitos bienes... Parece que además de tenerle *dentro de mi corazón*, siento el alma unida a su Majestad como con un *abrazo* estrechísimo... Otras veces he *sentido*

En estos diversos *contactos* se le siente, pues, más que en Sí mismo, en las obras que produce, en los torrentes de gracia que derrama sobre las almas queridas, para bañarlas y purificarlas, inundándolas y embriagándolas con celestiales delicias, con que sus corazones se deshacen en transportes de divina caridad: *Charitas Dei difusa est in cordibus nostris per Spiritum Sanctum* (Rom. 5, 5). Pero cuando el ardor de esa caridad las tiene ya *transformadas*, se las deja sentir en Sí mismo, con esos *toques substanciales* que saben a vida eterna...

El alma, en efecto, puede *sentir* realmente el *contacto* de otras almas en la comunión de los santos, el de otros espíritus y aun el del mismo Dios [27]. Así como un cuerpo, dice Scaramelli [28], toca a otro o es por él tocado con suavidad o aspereza. así también el alma toca a otras substancias espirituales y es por ellas tocada, sintiéndolas con una sensación acomodada al espíritu, y con gran placer si quien la toca es Dios. Este tocamiento, añade [29], es «una sensación real y verdadera, pero *puramente espiritual*, por lo cual el alma *siente* a Dios en lo íntimo de su espíritu, y le *gusta* con gran deleite». Y, sintiéndole y gustándole, va quedando más purificada y deificada, y reconociéndole con tanta más claridad, cuanto más semejante a El sea [30]. Y, al quedar transformada y hecha como una sola cosa con El. puede llegar a veces a *verlo* en cierto modo *tal como es*, a des-

la presencia del Señor y como ofreciéndome sus brazos; mas viéndome indigna de arrojarme en ellos..., su Majestad *se abrazó a mi alma* y estrechó tiernísimamente entre sus brazos, y con tal intimidad, que parece quedó penetrada, y sin entender cómo, me sentía toda en el Señor, como *alma de mi vida y vida de mi alma* . Quedando *deshecha* e *incorporada* con el Señor, como si echara una gota de agua en un mar, halléme enriquecida de bienes eternos... Deseaba, si me fuera permitido, salir por todas las plazas del mundo a buscar quien amara a Dios: y así clamaba a su Majestad que me diera almas, aunque fuera a costa de muchos trabajos, dolores y fatigas, y que pronta estaba a derramar toda mi sangre por que no se perdiesen».

[27] Cf. SANTA TERESA, *Vida* c. 25 y 27; y *Relación 8.ª* (2.ª al P. Rodríguez).

[28] Tr. 3. n. 24.

[29] N. 122.

[30] «Sin pensarlo el alma, dice el P. Hoyos (*Vida* p. 131), déjase *sentir* Dios, que habita en ella por la unión del esposo, y acércase tanto a la substancia del alma, que le *palpa* el sentido interior espiritual del *tacto*, al modo que con las manos se toca un cuerpo, pero guarda da proporción, y de este toque, Dios, que es fuego de amor, enciende el espíritu al modo que, si de repente se llegase a las carnes una brasa encendida, las quemaría .. Prepara el Señor aquel toque de modo que sea un fuego voraz o como una saeta penetrante que divide el espíritu».

cubrir su *cara* y oír la *voz* de su *Verbo* y percibir claramente la virtud de su Espíritu, que a los santos da pleno testimonio de que son ya verdaderos hijos de Dios [31]. Antes lo sentían presente, y se lamentaban con Job (13, 24) de ver que les escondía su divino rostro. Ahora ya lo ven de frente, como a soberano Maestro que les está *enseñando toda la verdad* (Io. 14, 16-26; 16, 13; 17, 24), y lo gozan con júbilo inefable [32].

Mas para esto debieron morir totalmente a sí mismos, ser purificados de los últimos vestigios terrenos, confortados con los ardores y destellos divinos, y proceder como por grados para no desfallecer, incapaces de resistir el peso de tanta gloria [33].

[31] «Una propiedad del Verbo, dice Santa Magdalena de Pazzis (4.ª p., c. 5), es la *comunicación*. ¡Oh comunicación admirable! ¡Oh Verbo!... Lo que sé es que os comunicáis a Vos mismo para trocar la muerte en vida, las tinieblas en luz, la cautividad en libertad, a los siervos en señores, y a los esclavos en hijos. Lo que sé es que os comunicáis al alma que os contempla y que viene a ser para Vos—¡oh dicha!—como un santuario misterioso. Sé también por qué fin os comunicáis, que es para que todo sea común entre Vos y el alma que ya no es sino una cosa con Vos, y a la cual reveláis los secretos que le conviene conocer, según estas palabras de vuestro Evangelio: *Todo cuanto aprendí de mi Padre os lo he comunicado*. ¿Y cómo lo habéis comunicado? No sólo por las palabras que salieron de vuestra sagrada boca, ni por medio de las santas Escrituras y de vuestros sacerdotes, sino por una voz secreta e interior, oída sólo de aquel a quien hacéis esa gracia».

[32] «Con los ojos del espíritu vi.. ¿Cómo diré?... Para emplear un lenguaje cualquiera, diré que entre los transportes de un gozo inefable vi con los ojos de mi espíritu, los ojos del Espíritu divino... Mas ¿qué son mis miserables palabras? Me repugnan, me avergüenzan, me parecen juegos indignos... Vi que toda creatura estaba llena de Dios... El no me decía nada de esto en lenguaje humano, pero mi alma lo comprendía todo: comprendía esto y muchas cosas mayores, y *sentía la verdad de las cosas* (BEATA FOLIGNO, *Visiones* c. 29).

«Per *experientiam*, per *gustum* et *tactum spiritualem*, dice Alvarez de Paz (*De grad. contempl.* 5, 3, 14), Deum agnoscit, atque vim illius verbi Domini intelligit, quod de Spiritu Sancto dixerat (Io. 14, 17): *Vos autem cognoscetis eum, quia apud vos manebit, et in vobis erit*. Neque enim tam perspique homo hospitem apud se divertise cognoscit, quam haec divinum Spiritum esse suum hospitem deprehendit. Tam magna enim et tam manifesta et admiranda in ea facit ut licet hac perfectissima visione Dei careret, eius tamen amabilem praesentiam ex manifestis effectis ignorare non posset».

[33] Después que el hombre, dice Taulero (*Inst.* c. 26), queda perfectamente libre de todo asimiento interior y exterior, y aprende a estribar sólo en su nada, «entonces halla patente la conversión y entrada a aquel puro y simplicísimo Bien que es Dios. Esta conversión se hace en cierto modo esencial, porque aquí el espíritu todo, y sin división alguna, se recoge en Dios, y de su parte nunca se substrae, y el mismo Dios siempre le responde esencialmente. Aquí el hombre

De ahí aquellas densas tinieblas que los ofuscan y anonadan, a la vez que los confortan, abrasan e iluminan.

Y cuando, a través de ellas, van descubriendo los atributos divinos, y percibiendo con indecible placer las harmonías eternas, ven que nunca pueden agotar aquella inmensidad, y, mientras más van viendo en ella, tanto más sienten los infinitos encantos que aun les quedan por ver y sentir, lo cual, en medio de aquel gozar, les causa terribles martirios [34].

Y después que ya creen percibir con maravillosa claridad algunas perfecciones divinas, aunque cada día de un modo nuevo, entran en aquella *gran tiniebla* que excede en claridad a la más radiante luz: *Sicut tenebrae eius, ita et lumen eius* (Ps. 138, 12). «Et post illud, decía Santa Foligno [35], vidi Deum in tenebra una, et ideo in *tenebra*, quia est maius bonum, quod possit cogitari, vel intelligi: et omne quod potest cogitari, vel intelligi, non attingit ad illud». Por eso esta *noche*, aunque tan dolorosa, es su *iluminación más deliciosa*: *Et nox illuminatio mea in deliciis meis* (Ps. 138, 11). Y cuando, así iluminadas, se encuentran las almas ya como del todo diáfanas, recibiendo sin obstáculo las vivísimas emanaciones de la luz eterna, cuando así se miran *endiosadas*, envueltas en aquella inmensidad divina donde, como en un espejo clarísimo, ven reflejadas todas las cosas... resulta que, con haber visto en realidad al *Inefable*, no pudieron aún ver su rostro; solamente lo veían, según ya dijimos, como de espalda, en el resplandor de la gloria, que pasa como un relámpago (Ex. 33, 23). Lo *vieron*, en suma, como a su Creador y Señor todopoderoso, en la absoluta *unidad* de naturaleza, pero sin descubrir todavía el secreto íntimo de la trinidad de Personas, que es el misterio de los misterios, la maravilla de las maravillas divinas y el encanto ante el cual se obscurecen todos los otros encantos. Para verle no ya como a *Creador*, sino como a *Padre y Esposo*, y saber los más íntimos secretos de su casa, y tratarle como en familia, viendo su *cara* amorosísima, que es el Verbo de su Sabiduría, con quien han de

no se transforma en Dios por vía de imágenes, o de un modo intelectual, ni ya como sabroso o resplandeciente, sino que al mismo Dios en sí mismo recibe, donde sobrepuja infinitamente a todo sabor y a toda cualquier otra luz».

[34] «Lo que me hace padecer mucho, decía la M. María de la Reina de los Apóstoles (13 en. 01), es que cuanto más siento de Dios, más descubro lo infinito que me falta por sentir, y sintiendo mi alma llena, me encuentro vacía, por la gran ansia que tengo de sentir aún mucho más». Cf. V. MARINA DE ESCOBAR, *Obras* t. 1, l. 3, c. 1.

[35] *Vis.* c. 25.

desposarse [36], y sentir al vivo los inefables ardores de la caridad del Espíritu de Amor, que las diviniza, y entrar así en comunicación familiar con cada una de las tres adorables Personas, necesitan purificarse y transformarse aún mucho más, siendo para eso embestidas de una nueva luz más delicada, pura y penetrante, que brota del mismo rostro divino y descubre imperfecciones aun en los grandes santos y mil átomos obscuros en lo que a las otras luces inferiores parecía transparente. Esas almas que, al sentirse *endiosadas*, se deshacían y anonadaban entre afectos de amor, confusión y agradecimiento—viendo cómo, a pesar de sus antiguos pecados, por la divina misericordia habían llegado a quedar tan purificadas y santificadas—, vuelven ahora a *ver* en sus más íntimos repliegues otras innumerables imperfecciones sutiles que antes no advertían, y que les impiden ver el divino rostro... De ahí la insaciable *ansia* de nuevos purgatorios para limpiarse de ellas, y poder comparecer del todo puras ante la divina Majestad y resistir su vista deslumbradora. Y a fuerza de ser embestidas de la luz inaccesible, se purifican totalmente en aquella misteriosa *noche del espíritu*, donde acaban por transformarse en Dios y hacerse una cosa con El, quedando no ya *endiosadas*, sino del todo *deificadas*...

Entonces pueden *ver* ya las divinas Personas, y, extasiadas, cautivarse totalmente de la eterna hermosura del Verbo de la Verdad, que las quiere desposar para siempre consigo [37]. Y cuando están ya bien preparadas, como vírgenes prudentes, entran desde la tierra en las eternas bodas del *matrimonio espiritual*. Entonces es el participar como sin reserva de los divinos secretos, y el *sentir* y *ver claramente*—en cuanto es posible a viadores—y *palpar* y *gustar* la Realidad misma de lo que an-

---

[36] Cf. B. ENRIQUE SUSÓN, *Eterna Sabiduría* c. 1.

[37] «Fuí llevada, dice la V. Marina de Escobar (*Vida* l. 3, c. 2), a un monte alto, donde se descubría todo el mundo, y vino una celestial luz a modo de un relámpago momentáneo, con la cual vi la inmensidad del divino Ser, quedando grandemente admirada de tan inmensa grandeza .. Luego fuí llevada a otro monte más alto..., y viniendo otra luz como relámpago, mucho mayor, vi el mismo divino Ser y perfecciones divinas y los secretísimos juicios de Dios, quedando pasmada de tanta inmensidad, y, uniéndome el Señor consigo, me descubrió el misterio de la Santísima Trinidad. Pero siempre estaba entre mí diciendo: ¡Oh Señor, cuán incomprensibles son tus juicios! ¿Quién podrá conocerlos? Respondió el Señor: Los pequeñuelos y humildes de corazón, que dejan por Mí todas las cosas y ponen la mira sólo en darme gusto».

«De estas visiones, añade ella (*ib.* § 3), queda el alma tan trocada, que parece tiene otro nuevo ser».

tes se hallaba encubierto con los obscuros velos de la *fe*. Entonces *oyen* a las claras la voz del Amado, y lo conocen al modo como El conoce al Padre, y le siguen fielmente (Io. 10, 14-15. 27-28), y sienten su amoroso *abrazo*, que da vida eterna, y reciben su *beso* pacífico, por que tanto ansiaban, para devolvérselo eternamente con indecibles transportes de amor [38]. Entonces la misma tierra, que huellan sin mancharse, aunque les cause mil penalidades, con que satisfacen por las maldades del mundo, en realidad, se les convierte en un cielo anticipado... Por lo que de él saben decirnos, podemos colegir cuál será la gloria que nos espera [39].

---

[38] «¡Oh Esposo querido!, exclama Santa Magdalena de Pazzis (2.ª p., c. 6): Vos sois nuestro Padre, nuestro Esposo, nuestro Señor y nuestro Hermano . Pero viéndoos tan hermoso, tan amable, tan bueno, tan dulce y tan gracioso... me atrevo a llamaros mi Esposo y consideraros como tal, a abrazaros, teneros y amaros como a mi tierno y casto Esposo; pues sin Vos, oh mi Esposo querido. no puedo gozar de ninguna paz. Sin Vos no puedo vivir; sin Vos nada soy; sin Vos nada puedo, ni quiero ser ni querer. Aunque me dierais la naturaleza de los ángeles, de los arcángeles, de los querubines y de los serafines, sin Vos yo la miraría como vanidad y nada. Si me dierais todas las facilidades y todos los placeres que se pueden gozar en la tierra. la fuerza de todos los fuertes, la sabiduría de todos los sabios, las gracias y las virtudes de todas las criaturas, todo eso, sin Vos, me parecería un infierno. Y si me dierais el infierno con sus tormentos horrorosos, lo miraría, si allí os pudiese encontrar, como un paraíso».

«Quedó el alma sola con su Amado y hospedada en su Corazón, dice el V. Hoyos (p. 261). Bien quisiera dar a entender una sombra siquiera de lo que aquí, dentro de este cielo animado de la Divinidad, *sentí*, *vi*, *oí*, *palpé*, *gusté*; pero no puede el hombre expresarlo. Sólo la memoria me confunde y anega en un piélago de dulzura y confusión juntamente... Aquel sagrado fuego . consumió y deshizo entre sus ardores todas las frialdades, todas las tibiezas, todas las mezclas de otras cosas hasta dejar puramente alma y no más, como el crisol separa y consume toda escoria, dejando oro y no más. Aquí me pareció que se *desnudaba* el alma *del hombre viejo*... para recibir las *impresiones* del divino Corazón».

«*Veía* y *sentía* a Cristo abrazar a mi alma con ese brazo que fué crucificado... Desde este momento me quedó un gozo y una luz sublime, en la cual mi alma ve el secreto de nuestra carne en comunión con Dios. Esta delectación del alma es inefable, este gozo es continuo, esta ilustración es deslumbradora sobre todos mis deslumbramientos. Desde ese instante me queda tal certeza, tal seguridad de las operaciones divinas que en mí se verifican, que me asombro de haber antes conocido la duda, y si todos los mundos creados trataran a una voz de hacerla renacer, hablarían en vano» (B.ª FOLIGNO, *Visiones* c. 36).

[39] Muchos cristianos, dice el P. Poulain (*o. c.* p. 83), tienen una idea muy incompleta de la gloria, representándose a los bienaventura

§ II.—Revelaciones progresivas.—Manifestación gradual de Dios: los atributos divinos comunicables; los incomunicables y la ciencia negativa.—La ceguera del «animalis homo); la razón infatuada y la ciencia infusa.—La visión por imágenes y la intuitiva.—Los éxtasis dolorosos: la configuración con Cristo.

Hemos visto que, en los grados anteriores a la *unión extática*, reposan en Dios las almas, y se sumergen cada vez más profundamente en el piélago de su caridad, sintiéndole con más viveza a medida que se purifican y se encienden en nuevo amor, pero sin lograr todavía *palparlo*, ni *verlo*, ni *oírlo* en Sí mismo. Por más que lo desean, un *Noli me tangere* les impide abrazarlo y poseerlo a su gusto, dándoles a entender que aun no están suficientemente preparadas para tan altas comunicaciones [40]. Si algo *ven*, *oyen* y *tocan*, son representaciones sensibles —imaginarias o exteriores—de la sagrada Humanidad del Salvador, aunque a través de ella sientan *pasivamente*—y como tamizado—el espiritual contacto de su Divinidad. Y a esto se ordenan las *visiones* y *locuciones sensibles*, a disponer el alma que aun no está suficientemente purificada, a fin de que con estas luces inferiores, acomodadas a su condición, vaya habilitándose para sentir directamente los misteriosos *toques divinos*, donde se aprende la *verdadera verdad* y se halla la luz, la salud, la libertad y la vida (cf. Io. 6, 45-46. 64; 8, 31-32; 14, 6).

En el *éxtasis*, en aquel desfallecimiento de los sentidos—que no pueden aún resistir los ardores espirituales—, ya se comunican intelectualmente ciertas noticias más claras que permiten a

---

dos como simples espectadores de la hermosura de un Dios majestuosamente sentado en su trono. «Dios hará mucho más. Quiere ser el ambiente embalsamado que respiramos, la bebida que nos embriaga, la vida de nuestra vida y nuestro apasionado Amante. Nos dará el «beso de su boca» y recibirá el nuestro. Y no se contentará hasta fundirse y como identificarse con el alma querida que se le entregó. Quiere la íntima y mutua compenetración. El cielo no es tan sólo la vista de Dios, es la fusión con El, en el amor y el gozo. Si no hubiera esta fusión, el alma experimentaria una sed insaciable».

[40] «El Señor, dice Ricardo de San Víctor (*De grad. viol. charit.*) hace *sentir* su presencia sin mostrar su cara, derrama en nosotros su dulzura sin manifestar su hermosura, esparce su suavidad sin dejarnos ver su claridad; por eso se siente su dulce presencia y no se ve su rostro, porque aun está rodeado de nubes y obscuridades... Lo que se siente es muy dulce y está lleno de ternura; mas lo que se ve es aún obscuro, porque todavía no se muestra en la luz. Y aunque aparezca en el fuego, éste calienta más de lo que alumbra... Esto hace decir al alma: *Descúbreme el resplandor de tu rostro*».

las almas, desprendidas de lo terreno, no sólo hallar, sino poseer y abrazar en cierto modo al mismo Dios por quien suspiran, «teniéndolo con gran deseo de no soltarlo jamás, y de introducirlo en su casa para ser allí por El mismo instruídas en todo» (Cant. 3, 4; 8, 1-2).

Y cuando así empiezan a sentir claramente al Amado, a *estrecharlo* entre sus brazos y a recibir su inefable *ósculo*, también empiezan a *verlo* y *oírlo* (Cant. 2, 10; 5, 2-6): a percibis los destellos de su misma luz, en que se les manifiestan algunos de los atributos divinos, y escuchar intelectual o espiritualmente las palabras del Verbo de verdad y de vida que, sin ruido de voces ni aparato de formas, les da a conocer los divinos arcanos. Esta primera manifestación espiritualísima de la divina Hermosura, cuya realidad excede infinitamente a cuanto pudiéramos pensar, es la que las deja *arrebatadas* y fuera de sí mismas: tal es la causa de esos *raptos* violentos e impetuosos que, sin poderlos evitar, las sorprenden. En ellos reciben maravillosas noticias acerca de las cosas de Dios, y conocen la razón de ser del mundo espiritual y material. Ven allí intelectualmente no sólo los objetos incorpóreos, sino también los corpóreos, con más claridad y certeza que si los vieran con los ojos materiales, penetrándolos a fondo y comprendiéndolos, y todo esto sin que intervenga ninguna forma sensitiva ni imaginaria [41]. Así pueden ver espiritualmente la Humanidad del Señor junto con su Divinidad. Pero a veces esta vista espiritual de la Divinidad se completa con una visión imaginaria de la santa Humanidad, que se les representa al vivo en algún misterio de su vida santísima, con una hermosura y majestad incomparablemente superior a lo que nosotros pudiéramos figurarnos, y de este modo se les hace más accesible, adaptándoseles a la presente condición humana [42]. Del mismo modo, las ilustraciones intelectuales y noticias

---

[41] Cuando en un profundo éxtasis, dice la V. Marina de Escobar (*Obras* t. 2, l. 2, c. 34), une Dios el alma súbitamente a su Esencia y la llena de su luz, le muestra en un instante los misterios más elevados y el conjunto de sus secretos. Se ve una inmensidad y una majestad infinita... Se conoce cómo todas las criaturas dependen de la providencia de Dios y son por El conservadas; de qué manera es El la bienaventuranza de los ángeles y de los escogidos; cómo es el único principio y fin de todas las cosas, no habiendo fuera de El ni principio ni fin, y que El es la Causa primera y tiene el soberano dominio de todas las cosas. Entonces el alma queda sumergida en un vasto océano, que es Dios y siempre Dios, donde ella no puede asentar el pie ni encontrar el fondo.—Los divinos atributos le parecen como reunidos de modo que no puede distinguir ninguno en particular.

[42] Cf. SANTA TERESA, *Vida* c. 28.

espirituales se precisan a veces y se hacen más fáciles de expresar, completándose con locuciones imaginarias, que tanto papel ejercen en las vidas de muchísimos santos y, sobre todo, en las *revelaciones*, que, por resultar así más al alcance de todos, gozan de más universal aprecio.

En cuanto a los atributos divinos comunicables, de los cuales podemos formarnos analógicamente alguna idea, ven, con luz deslumbradora, cuánto exceden realmente a nuestra pobre comprensión y a todas nuestras mezquinas apreciaciones. Y esta hermosura las deja *cautivas* y a la vez *heridas* con indecible *dolor*, por no poder aún sufrir todos sus resplandores y hasta por el mismo hecho de verse tan elevadas y sentir su capacidad agrandada para percibirlos. Pero aunque ven que son incomprensibles, todavía pueden en algún modo declarar esas maravillas por medio de ciertas analogías, sobre todo cuando el mismo Dios les sugiera a la vez ciertos símbolos más a propósito para representarlas. Así es como pueden celebrar con lenguaje inspirado y hacer admirar la infinita bondad, justicia, potencia y sabiduría de Dios.

Mas cuando El se les manifiesta en su íntimo esplendor, descubriéndoles algunos de los atributos *incomunicables*, entonces el exceso infinito de esa luz, tan superior y tan extraña a cuanto pudiéramos sospechar, las deja ofuscadas y enmudecidas, envueltas en el abismo insondable de la *gran tiniebla*. Esta es la misteriosa obscuridad que sobrepuja a toda luz, donde, de tanto como ven, les parece que no ven *nada*, porque lo que más al vivo sienten y perciben, es la absoluta *incomprensibilidad* que las abruma y las aplasta y las deja como del todo ciegas [43]. Así, mientras más luces reciben, más a obscuras les parece estar en su total anonadamiento, en medio de los eternos resplandores de las *tinieblas divinas*.

Mas por éstas es menester pasar a todo trance para llegar a la plena visión y posesión de Aquel que «habita en la luz inaccesible» (1 Tim. 6, 16), y está rodeado de nubes y obscuridades, y escondido en las tinieblas que pone debajo de sus

[43] «Si alguno, viendo a Dios, entiende lo que ve, dice San Dionisio (*Epíst. ad Caium*), no ve realmente a Dios, sino algo de lo que es cercano a El, esto es, algo de los efectos divinos».

«Quidquid (mens) perfecte percipere valet, observa San Gregorio (*Moral.* l. 5, c. 26), Deus non est... Tunc ergo verum est quod de Deo cognoscimus, cum plane nos aliquid de illo cognoscere non posse sentimus».

«Quidquid enim, añade (*In* 1 *Reg.* c. 20), de omnipotenti Deo humana mens potest cogitare, Deus non est».

pies [44]. Porque verdaderamente es un *Dios escondido* (Is. 45, 15; cf. 3 Reg. 8, 12; Par. 6, 1).

Y, sin embargo, *Dios es todo luz, y en El no hay tiniebla alguna* (Io. 1, 5). Pues *El es la luz verdadera que ilumina a todo hombre* (Io. 1, 9). Pero su mismo exceso de luz, dejando ofuscados los entendimientos, les hace aparentar rodeado de las más densas tinieblas [45]. Y éstas llegan a su colmo al descubrir El los más excelsos atributos, que, por su condición singularísima, de ningún modo pueden ser participados de las creaturas; pues no cabiendo en éstas nada que ni analógicamente pueda representarlos, ni dar de ellos la más remota idea, al aparecer ante un alma tales como son, la hacen quedar en sumo grado deslumbrada y atónita, y como sumergida en lo más denso de la *gran tiniebla*, de que tan sublimemente se esfuerza en vano por hablar, luchando con lo imposible, la Beata Foligno.

Entre estos atributos figuran, como queda dicho, la eternidad, la inmensidad, la *aseidad*—o sea el existir Dios necesariamente y por Sí mismo—, la inmutabilidad y la identidad real de todas sus perfecciones, que nosotros miramos como distintas, etcétera. Y sobre todas esas maravillas adorables, está el misterio de los misterios: la trinidad de Personas con sus mutuas relaciones, dentro de la absoluta unidad de naturaleza. Al descubrirse estos más que portentosos arcanos, es el *gran deslumbramiento* divino, en aquella obscuridad que sobrepuja a toda ciencia y que, aparentando ser pura *ignorancia*, deja ver la plena VERDAD. Mas al ver aquella *Realidad* soberana, tan distinta y tan infinitamente superior a cuanto pudiera decirse y pensarse, el alma no puede menos de quedar *muda y ciega*, como dice Santa Teresa. Pero en esa ceguera lo ve todo, y en ese mutismo que reduce a adorar en silencio, teniendo por blasfemias las más sublimes palabras, está la más elocuente predicación del *Inefable* [46].

---

[44] *Caligo sub pedibus eius... Posuit tenebras latibulum suum* (Ps. 17, 10-12).—*Nubes, et caligo in circuitu eius* (Ps. 96, 2).

[45] «Et ipsa visio animae, dice Alvarez de Paz (*De grad. contempl.* 5, p. 3.ª, c. 13), vocatur divina caligo, quoniam est notitia quaedam Dei obscura quidem, si ad sequentes conferatur, sed ita lucida, perfecta, et admiranda, ut in ea animus abundantissime illustrationibus et affectibus satietur... Est ergo visio intellectualis Dei in caligine, cognitio illa qua, transcursis omnibus creaturis, et relictis omnibus similitudinibus mysteriorum etiam supernaturalium, in Deum, ut in comprehensibilem et nobis incogitabilem et inintelligibilem ferimur, et eo quasi pelago infinitae essentiae, quam ignoramus, penitus absorbemur».

[46] «Si trato de hablar de la *vida eterna*, dice la B. Foligno (c. 27),

Esta *ciencia*, aunque se llama y aparenta ser *negativa*—porque sólo puede enunciarse por negación de las ideas ordinarias—, es el sumo grado del conocimiento *positivo* que en esta vida puede caber. e implica la más solemne *afirmación*: la absoluta Realidad. que contempla y trata de expresar, excluye limitaciones y, trascendiendo infinitamente sobre las realidades creadas, en su singular eminencia, *a nada se parece* y con nada puede compararse para que se pueda expresar. Sólo el *Verbo* de la Sabiduría eterna la expresa adecuadamente. Así, la *negación* está en la *forma* de las expresiones humanas, pero no en la *intuición* espiritual: aunque ésta misma, por razón de la *incomprensibilidad*, parezca ser tenebrosa [47].

Por eso el alma queda aplastada y anonadada a la vista de tanta luz, grandeza y hermosura, que, si por una parte la cautiva, embelesa y regala con gozo imponderable, por otra, no pudiendo aún soportar tanto peso de gloria, le hace sufrir lo insufrible, un verdadero infierno: de suerte que, sin saber cómo se compaginan esos extremos. inefablemente «goza y sufre a la vez, sin que lo uno impida lo otro». Así le sucedió largos años a Santa Catalina de Génova, y así vi yo mismo que le sucedía a la angelical M. María de la Reina de los Apóstoles. que con ansia me preguntó a última hora sobre un modo de vivir tan extraño, aunque no podía dudar que todo era de Dios [48].

Por eso, con ser tan estupenda y tan intolerable esa pena, no quieren que cese, sino que aumente, porque con ella ven que se configuran con Cristo y se deifican [49].

---

paréceme que, en vez de alabar, blasfemo .. Pero Dios agranda mi capacidad para percibirlo».

[47] «En esta obscuridad, dice Taulero (*Inst.* c. 22), se halla más claramente la misma luz divina, y cuanto más tenebrosa es aquélla, tanto más verdadero es el conocimiento; si ya no es que quiera el mismo Dios manifestarse a *Sí mismo*, lo cual, cuando Su Divina Majestad quiere, ¿quién habrá que lo pueda negar?» En esta *calígine* o niebla añade (c. 26), «alumbra Dios *esencialmente*, y de un modo inefable excede cuantos nombres se le quieren poner. subsistiendo pura y simplemente en su propia substancia; porque la Esencia de Dios, en sí misma, no admite nombre alguno, y los que se le han puesto, tomaron los vocablos respecto de las criaturas». «¡Oh obscuridad luminosísima!, exclama San Dionisio (*Mist. Theol.* 1), obscuridad maravillosa que irradia en espléndidos relámpagos, y que, no pudiendo ser vista ni percibida, inunda con la hermosura de sus resplandores a los espíritus santamente cegados, revelándoles los divinos misterios».

[48] «Dentro de Dios pasa todo. Mas ¡pasa tan a escondidas!...», exclamaba ella.

[49] Tales eran también las ardientes ansias de esa bendita religiosa: «¡Que aumenten los padecimientos, que aumenten siempre!... No pue

Pero, a medida que así aumenta la purificación y transformación, aumenta la capacidad. y. por ser menores los obstáculos, van viendo más claramente y con menos dolor y más gozo la *Realidad* divina, y reconociendo mejor lo inefable de sus atributos y perfecciones. donde en silencio gustan ya de la vida eterna. Y. conforme los ojos del alma van quedando más puros y confortados, aquella gran obscuridad va siendo surcada con más frecuencia por súbitos *relámpagos*, que parecen ser la luz de la gloria. como si permitieran ver por un momento al mismo Dios tal como es... [50] Estos relámpagos aumentan en claridad y continuidad. y el alma viene a quedar anegada en aquel piélago de luz y a verse toda luminosa, transparente y... *deificada*, como llena que está de la misma claridad, ciencia, virtud. fortaleza y caridad de Dios... (Io. 17, 17-26) [51].

De este modo se dispone. según queda dicho, para ver la *Cara divina* y descubrir en el abismo de la unidad de naturaleza el inaccesible misterio de la trinidad de Personas, y ver las relaciones especiales que con cada una de ellas la ligan, y también la misteriosa obra que cada cual realiza en ella misma y en las demás almas para adornarlas con la hermosura de Dios y deificarlas [52]. Ve las inefables ternuras del Padre, que la adopta por hija; los encantos del Verbo, que de El procede, y la toma por esposa, y la caridad del espíritu de adopción, que la vivifica, santifica y deifica, procediendo del Padre y del Hijo [53], y

do vivir sin ellos... Pero que el Señor me dé fuerzas para llevarlos, que son ya irresistibles», me decía, con una expresión de paz inefable, como quien ya está gozando de Dios...

[50] «Dios aumenta la capacidad del alma para *percibirle y poseerlo*... Cuando se le *descubre*, la dilata y derrama en esa capacidad súbitamente agrandada unos gozos y tesoros desconocidos» (B.ª FOLIGNO. *Visiones* c. 27).

[51] Cf. SAN JUAN DE LA CRUZ, *Llama de amor viva*, canc. 3, ver. 4 y 5.

[52] «Vi, dice la B.ª Angela de Foligno (c. 47), a la Trinidad gloriosa, y ví cómo habitaba en el alma de mis hijos espirituales y los transformaba en Ella misma de diversas maneras, según la purificación respectiva de cada cual... Vi que esta purificación tenía tres grados: El 1.º, es una austeridad y fortaleza con que fácilmente se evita el pecado. El 2.º, una gracia que hace deleitosa la práctica de la virtud. El 3.º, establece al alma en la plenitud de su perfección y la transforma en Jesús crucificado. Con todas estas gracias recibían una hermosura singular y cada vez mayor... La del tercer grado es más de todo lo que se puede pensar, y me reduce al silencio. Sólo diré que en esa transformación de mis hijos en Dios los veía desaparecer en cierto modo, quedando abismados y como transubstanciados en El mismo, de suerte que en ellos no veía ya sino al mismo Jesús, ora sufriendo, ora glorificado».

[53] Cf. SAN AGUSTÍN. *Meditaciones* c. 9. etc.

ve, en suma, conforme advierte Taulero, cómo el admirable misterio de la Trinidad repercute y se reproduce en ella misma [54]. Este es el encanto de los encantos... Y todo esto lo ve y lo *siente* con una evidencia muy superior a la que pudiera tener acerca de las cosas percibidas por los sentidos corporales; de tal suerte que, aun cuando nunca hubiera oído hablar de ello, lo sabría mejor que el más excelente teólogo especulativo [55], y, aunque todos los sabios del mundo se juntaran para contradecirla, contra todos ellos lo defendería inalterable y segura de triunfar, y, lejos de vacilar ante sus argumentos, le causarían la misma lástima que las sinrazones de un demente, si es que no le excitaban la risa [56].

Por aquí se comprenderá la necedad de los racionalistas, que, sin el menor sentido de lo sobrenatural, se ponen hoy con gran empeño a filosofar sobre la *psicologia de los misticos*, queriendo corregir la plana a los más experimentados maestros y afirmando con mucho aplomo que todas esas altísimas contempla-

[54] «Por una bondad del todo gratuita, dice Santa Magdalena de Pazzis (2.ª p., c. 2), Dios nos da una vista muy clara de las adorables y sublimes comunicaciones que tienen lugar en las tres divinas Personas, comunicaciones que el alma puede saborear contemplándolas complacidamente en silencio... Mas éstas son cosas que no pueden expresarse, y más vale callarse y admirar que no querer hablar. Cuando el alma ha gozado por algún tiempo de esta comunicación, su amor le hace engendrar en ella millares de veces, en cierto modo, al Verbo divino. ¡Qué favor inenarrable!»

«Cuando, quitados todos los impedimentos y olvidándote de todas las criaturas perecederas, te levantas con todas tus fuerzas y, remontándote sobre el tiempo, te excedes y eres arrebatado en mí, decía el Señor a un siervo suyo (TAULERO, *Inst.* c. 28), me haces olvidar tanto de mi excelencia, que soy forzado a bajar a tu alma para ser en ella engendrado de mi Padre celestial con modo inefable, con el cual también te adoptó en hijo; y dentro de ti dispongo, mando y gobierno el cielo y la tierra».

[55] «Aun cuando no se supiera por la Iglesia cuántas Personas hay en Dios y cómo proceden unas de otras, observa Poulain (p. 239), se llegaría entonces a saberlo de una manera *experimental, viéndolo*».—A veces, sin embargo, se manifiesta una sola de las divinas Personas, sin que se vean las otras. Así le sucedía a la V. Marina de Escobar, la cual refiere que unas veces veía solamente al Verbo (*Obr.* t. 2, l. 2, c. 31), y otras, que eran las más, sólo al Espíritu Santo (t. 1, l. 2, c. 21, 23, 24; t. 2, l. 1, c. 48; l. 2, c. 30). A Santa Angela de Foligno le sucedía cosa análoga.—Y sabemos que son muchísimas las almas que sienten de un modo especial la íntima presencia del divino Espíritu como Santificador, Consolador y Maestro, aunque nunca hayan oído hablar nada acerca de estos misterios de la vida en Dios.

[56] Cf. FOLIGNO, *Vis.* c. 27; BLOSIO, *Spec. spir.* c. 11, § 1; *Inst.* c. 12, § 2-4; SANTA TERESA, *Vida* c. 27; *Moradas* 7, c. 1.

ciones—de que ellos no aciertan a formarse ninguna idea—deben ser puras ilusiones y carecer de toda realidad objetiva. A esto tienden todas sus especulaciones, y así, aunque presuman de exponer los hechos imparcialmente, aun sin darse cuenta, como les advertía no ha mucho Blondel, totalmente los desfiguran por presentarlos bajo el supuesto de que admiten una explicación natural. ¡Pobres ciegos, que tienen por ilusión la luz que alumbra a los que tienen vista! Alguno llegó a la insensata puerilidad de afirmar que, cuando los santos dicen que vieron el misterio de la Trinidad, es que se representaron vivamente en la *imaginación* como «un bloque de mármol con tres personas allí grabadas» (¡!). ¡Y por eso se atreven a discutir con el mejor teólogo y hablan acerca de las más intrincadas cuestiones relativas a este misterio con esa propiedad y exactitud asombrosas!...

Verdaderamente que el *animalis homo non percipit ea quae sunt Spiritus Dei*... Esos sabios que tanta competencia—y aun tanta probidad—muestran en sus investigaciones científicas, son aquí nulidades en absoluto; se ponen a examinar estas *margaritas preciosas*, como podría un irracional *mirar y olfatear* una página de psicología, de metafísica o de álgebra. Por algo está escrito: *Nolite dare sanctum canibus, neque mittatis margaritas vestras ante porcos*. Querrán apreciar carnalmente estas espiritualísimas maravillas del amor divino, y así las pisan y profanan (Mt. 7, 6). No están para ellos, si antes no purifican bien sus corazones [57].

Sin embargo, ese interés que la mística hoy excita en los mismos incrédulos—que no pudiendo negar la realidad de estos hechos maravillosos tratan de explicarlos «naturalmente» y de cualquier manera—no pueden menos de avergonzar y confun-

[57] Muchos médicos y psicólogos racionalistas, como incapaces de apreciar estas finezas del amor divino, fundándose en las mismas expresiones con que los grandes místicos se ven forzados a expresarlas por analogía con el amor humano, se atreven a interpretarlas como una «perversión» de este amor y de los instintos más groseros. ¡Su corazón no les permite ver otra cosa!—Pero el mismo W. James (*Expér. relig.* c. 1) se ha encargado de estigmatizar este «materialismo medical», diciendo que «pocas apreciaciones podía haber más vacías de sentido que ésa». Ya que «el lenguaje humano necesita valerse de imágenes tomadas de nuestra pobre vida».—«El amor divino, advierte G. Dumas (*Comment aiment les myst.*, en «Rev. Deux-Mondes» 15 sept. 06), es infinitamente más rico que todos los sentimientos humanos... Para poder formarse alguna idea de su poder, no hay que olvidar que se refiere a las realidades eternas, que, en el ánimo de los místicos, no toleran comparación con ninguna terrestre».

dir a tantos católicos, y aun a no pocos religiosos y eclesiásticos, que debiendo conocerla a fondo para dirigir con acierto las almas, y para orientar la suya propia, la miran, sin embargo, con la más vergonzosa—por no decir criminal—indiferencia: ¡como si nada les importara el conocer los misterios del reino de Dios, dentro de nosotros mismos! [58]

Mas los incrédulos, teniendo sus corazones endurecidos, por mucho que presuman de imparcialidad, no pueden ver ni entender el misterio que se encierra en esos fenómenos (Mt. 13, 9-16; Mc. 4, 9-12). Ven la uniformidad con que, en medio de la increíble variedad de expresiones, hablan en el fondo todos los místicos, aunque muchos de ellos jamás hayan leído ni oído nada de lo que pasa en los demás; no pueden negar su sinceridad, penetración, delicadeza de sentimientos y perfecto equilibrio, y, sin embargo, ¡desechan unos tan unánimes y tan imponentes testimonios! ¿Qué les puede faltar a éstos para ser creíbles?... Nada: *Credibilia facta sunt nimis...* Lo que falta es *disposición* para recibir estas cosas y *sentido* para apreciarlas. Pero ellas subsisten y, sin la única explicación verdadera de la íntima comunicación con Dios, los hechos resultarán siempre *enigmáticos*. ¿Cómo se explicará, en efecto, ese hecho innegable de que tantas almas sencillas e iletradas, en un momento de su altísima contemplación, adquieran una ciencia tan prodigiosa con que luego vienen a superar a los mayores teólogos? Y esas almas existen en abundancia, y se llaman Ildegarda, Angela de Foligno, Catalina de Siena, de Génova o de Bolonia; Rusbrock, José de Cupertino, Nicolás Factor, Teresa de Jesús, Rosa de Lima, Marina de Escobar, Agreda, Emmerich, Taïgi, sor Bárbara, Gema Galgani, Benigna Consolata, etc., etc.: pues aun en nuestros días hay muchas. Hemos tenido ocasión de tratar con algunas que, sin leer más libros que a Jesús crucificado, verdadero libro de vida, nos dejaron atónitos, viendo cuán sublimes y maravillosas noticias *experimentales* tenían del

[58] «Ay, Señor!, exclamaba Santa Matilde (*Lux divinit.* 5, 11): preciso es que me queje al ver en tantas personas tan grande ceguera. Son eclesiásticos, y no obstante temen la gracia de la devoción interior. En ese número veo también religiosos, y entre éstos a muchos que pasan por prudentes y sabios. Cuando la divina misericordia derrama tantos rayos de luz, que debiera el alma arder y derretirse, el sentido humano, obcecándose, quiere trocar lo celestial por lo terreno. Necesario es, dice, que me haga útil al mundo por medio de obras exteriores. ¡Ay Señor!, cuidar del cuerpo y vivir de tal suerte que el propio ejemplo enseñe el amor y la imitación del espíritu mundano, he ahí lo que esos «prudentes» llaman *cordura*»

adorable misterio de la Trinidad y de la misteriosa obra del Espíritu de amor en los corazones justos.[59].

«Se ve el alma, dice Santa Teresa [60], en un punto sabia, y tan declarado el misterio de la Santísima Trinidad, y de otras cosas muy subidas, que no hay teólogo con quien no se atreviese a disputar la verdad de estas grandezas». Así, aunque no puede expresar lo que es inefable, al hablar de aquellos atributos divinos para los cuales—por ser de algún modo comunicables—puede hallar ciertas analogías, y aun el tener que indicar en *lenguaje humano,* del modo que pueda, los más altos misterios de la fe—si bien hará constar las deficiencias de la palabra, advirtiendo que la realidad trasciende sobre ella infinitamente—, con todo eso, a nuestro modo de entender y apreciar, hablará con una nobleza y propiedad que asombran y confunden a los más ejercitados maestros [1] [61]. Y es porque en una sola idea simplicísima que Dios le infunde en un instante, recibe la plenitud de toda una vastísima ciencia. «Todo lo halla guisado, añade la Santa, como uno que sin aprender ni haber trabajado nada para saber leer..., hállase toda la ciencia sabida ya en sí, sin saber cómo ni donde». Esta ciencia que así reciben y de un modo permanente conservan tantas personas iletradas, la poseen mediante alguna *idea infusa* que lograron asimilar de modo que luego puedan usarla como cosa propia [62].

[59] Cf. *supra,* p. 166, 243, 505, etc. «En nuestra época, observa el Dr. Goix (*Annales de phil. chrét.* mars 97), se olvida demasiado que el método propio de la Teología mística es el *conocimiento experimental*.. El orden de la gracia, como el de la naturaleza, tiene sus leyes, las cuales se descubren por la observación y la experiencia. El místico no es, como se supone, un hombre que se eleva a verdades superiores a la experiencia; sino, al contrario, un hombre que por experiencia comprueba verdades superiores a la razón... Hoy, en nombre de la experiencia misma, se afirma ya la existencia de un mundo invisible; y la necesidad de lo invisible lleva a muchos contemporáneos al espiritismo y al ocultismo. Este movimiento hacia la superstición pagana, hace más necesario y de más actualidad que nunca el estudio de la Teología mística».

[60] *Vida* c. 27.

[61] Por eso nuestros gravísimos teólogos de San Pablo de Valladolid, como verdaderamente doctos, no se desdeñaron de figurar como humildes discípulos de la V. Marina de Escobar; la cual, a ruego de ellos, venía a ponerles clase y darles maravillosas explicaciones de otra Teología más alta que la aprendida en las Escuelas.

[62] «Es cosa maravillosa de ver, escribe el V. P. Gracián (*Itiner.* c. 9), cómo en un abrir y cerrar de ojos descubre Dios tantos conceptos y luces soberanas, que no se pueden contar... También con esta luz parece que se entienden muchas cosas de los negocios del mundo, y sucesos y el estado de muchas almas...; y suele acaecer de una

Pero de otras más altas y substanciales noticias no pueden conservar ideas tan claras: sólo recuerdan haberlas tenido, con la plena conciencia que conservan de haber visto lo Inefable en medio de aquel gran *deslumbramiento* que tan maravillosamente experimentaron [63]. Mas esta visión pasa pronto, y después no sólo no pueden referirla, por ser *inenarrable*, sino que tampoco pueden reproducirla interiormente, como *inconcebible*; por donde se ve que esa luz no fué la de una idea infusa, *creada*, sino la *impresión inmediata* de la misma Realidad divina, que luego se les oculta y las deja a obscuras... [64]

Esto puede esclarecer mucho, y aun quizá resolver la tan debatida cuestión, de si ven a Dios algunas veces *intuitivamente* —como los bienaventurados— o si sólo pueden verlo mediante «especies infusas». Muchos de esos *teólogos especulativistas*, que, faltos de experiencia, de devoción y aun de verdadero *sentido cristiano*, tan fácilmente propenden a querer encerrar todas las operaciones sobrenaturales en los estrechos moldes de su propia psicología (y aun a formularlas *adecuadamente* con un silogismo), todo lo tratan de reducir a «especies y formas» y, por tanto, a «nociones abstractivas», y así creen que en esta vida *nunca*—o sólo rarísima vez y como por el más portentoso milagro—puede la misma Esencia divina comunicarse inmediatamente al alma, de modo que le sirva de «especie inteligible» [2].

Mas los verdaderos *teólogos experimentados*, y sobre todo los grandes místicos, que tan vivo sentimiento tienen de estas altísimas verdades, no se contentan con hablar de esas «nociones abstractivas» y noticias *especulativas*, sino que nos hablan

---

luz de éstas, en alguna materia poderse escribir un gran libro y libros, y que dure todo un año el discurrir sobre ello».

[63] Cf. FOLIGNO, *Vis.* c. 27.

[64] Cf. SANTO TOMÁS, 2-2, q. 175, a. 4, ad 3.—«En el espíritu de Dios, dice Taulero (*Inst.* c. 22), resplandece algunas veces un sobrenatural deseo, el cual se manifiesta tan claro, que no se puede dudar que es *el mismo Dios*, que se deja *ver* como a la luz de un relámpago; porque esta visión es tan súbita y veloz que no queda imagen alguna de su vista, y totalmente no se puede saber ni entender lo que ha sido; conociendo por cierto sólo que ha sido algo, aunque no se puede definir... La sutileza de esa luz es tal, que el entendimiento no la puede comprender; por lo cual no quedó imagen alguna suya. Y si quedara algo en el hombre, o el entendimiento lo hubiera aprendido, sin duda no hubiera sido Dios, aunque pudiera ser alguno cosa divina.—En el mismo fondo del alma no puede entrar el ángel, ni el demonio, ni criatura alguna, sino aquel sumo Espíritu que la crió».

también de verdaderas percepciones concretas e inmediatas de la misma Realidad divina [65]. Aunque reconocen muchas veces la infusión de esas ideas *permanentes*, las grandes visiones pasajeras de la Divinidad no las tienen en rigor por *abstractivas*, sino por *intuitivas*, como obras de aquel Espíritu *qui omnia scrutatur, etiam profunda Dei*. y con el cual están como *identificados*: *Qui adhaeret Domino, unus Spiritus est*. Las noticias que así reciben no son abstractas, sino concretas, vivientes y palpitantes, y esa ciencia que el Espíritu de inteligencia y de sabiduría les comunica, no es *especulativa*, sino *experimental* y muy *sabrosa*: verdaderamente *sienten, gustan, ven y oyen* al mismo Dios Inefable, al Dios Uno y Trino. *sin intermedio* alguno, al modo de los bienaventurados. aunque más imperfectamente y por brevísimo tiempo, según que el grado de purificación y la condición de esta vida mortal lo permitan [66]. *Sienten* a Dios como *realmente unido* a sus almas e inteligencias; *oyen* la voz de su Verbo, lo *ven* y conocen con esa misma *claridad que El recibe del Padre*, se encuentran hechos una cosa con Dios, y en la misma luz divina ven la Luz verdadera y eterna: en suma, están ciertos—y con certeza absoluta—de *ver, sentir y tocar* por momentos al mismo Dios *immediate*, y no por intermedio de ninguna imagen, representación o *abstracción*, por elevadas que éstas sean [67].

[65] Cf. AGREDA, *Mística Ciudad de Dios* 1.ª p., l. 2, c. 14.—«Mens humana divinitus rapitur ad contemplandam veritatem divinam *tripliciter*: Uno modo, ut comtempletur eam per *similitudines* quasdam *imaginarias*:... Alio modo per *intelligibiles effectus*... Tertio modo *ut contempletur eam in sua Essentia*».—«Oportet autem, cum intellectus hominis elevatur ad altissimam *Dei Essentiae visionem*, ut tota mentis intentione illuc advocetur» (SANTO TOMÁS, 2-2, q. 175, a. 3 ad 1; a. 4, c.).

«Sciamus, advierte Alvarez de Paz (l. 5, p. 3.ª, c. 1), dona quibus Dominus animas ad gratiam contemplationis evectas exornat, non esse naturae limitibus coarctanda: solereque etiam cum in se sunt, et usu exteriorum sensuum non privantur, tam splendidissima luce perfundi, ad tam altam cognitionem sublimari, ut pene adiumentum cogitationis deserant, et *more Angelorum*, quorum puritatem in sua conversatione aemulantur, *intelligant*».

[66] S. Agustín (*De Genes. ad litt.* l. 12, c. 28) afirma que San Pablo *vió a Dios con aquella visión con que lo ven los santos en la patria.*

[67] *Cognoscunt Me... Sicut novit Me Pater, et Ego agnosco Patrem... Vocem meam audiunt.—Cognoscetis quia Ego sum in Patre... Manifestabo ei meipsum.—Claritatem, quam dedisti Mihi, dedi eis* (Io. 10, 14-27; 14, 20-21; 17, 22).—Cf. SAN JUAN DE LA CRUZ, *Subida* l. 2, c. 26; *Cánt. espirit.* 14, 15 y 39; BLOSIO, *Inst. spir.* c. 12, § 2-4; SAN BERNARDO, *In Cant.* serm. 21; y nuestra *Exposición mística del Cant.* 2, 9.

Por eso dicen que en esos momentos gozan un presagio de la gloria, o una gloria anticipada, y que mora Dios en el alma como en «otro cielo», de modo que «lo que entendemos por fe, lo entiende ella como *por vista*» [68], y así la luz que entonces reciben participa ya más de la gloriosa que no de la fe ordinaria. que es *per speculum et in aenigmate* [69]. Porque aunque sea con cierta obscuridad—por no poder resistir aún el resplandor—lo que ven o perciben inefablemente es a veces la misma *Esencia divina*, en que están como transformados, en virtud de esa unión tan íntima que los hace ya *una cosa con Dios* [70]. Así decía el Padre Eterno a Santa Magdalena de Pazzis [71]: «Un fruto de la *comunicación de mi Esencia* es una suerte de *desaparición de la fe*... Por esa comunicación derramo en vosotros un conocimiento mío tan profundo, tan claro y tan íntimo..., que parece pertenecer, más que a la fe, a la *visión*». La V. Marina de Escobar [72] aseguraba a su confesor—el V. Luis de la Puente—haber visto la misma Esencia divina, contemplando a Dios *cara a cara*, y haber notado que lo veía como los santos en el cielo [73]. Lo mismo afirmaba de sí San Alfonso Rodríguez, y lo

[68] SANTA TERESA, *Morada* 7, c. 1-2; cf. *Vida*, c. 27.

[69] «Supremus gradus contemplationis est..., medio modo se habens inter statum praesentis vitae et futurae» (SANTO TOMÁS, 2-2, q. 180. a. 5).

[70] SANTA TERESA, *ib.*—Percibir los misterios inefables, *quae non licet homini loqui*, según Santo Tomás (2-2, q. 175, a. 3), *pertinet ad visionem beatorum .. Et ideo convenienter dicitur quod Deum per Essentiam vidit* (quien tales cosas vió). De la misma opinión es el famoso arzobispo Peraldo, O. P. (*Summa virtutum* 4.ª p. tr. *De Donis*, 10): «Et secundum hoc, advierte, illud Ex. 33: *Non videbit me homo, et vivet*, exponendum erit de homine *humano more vivente*, secundum illud Aug. in lib. *De Trin.*: Videri, inquit, Divinitas humano visu nullo modo potest, sed *eo visu videtur quo iam, qui vident, non homines, sed ultra homines sunt*».

«Las operaciones misteriosas de la vida mística, dice a su vez el P. Monsabré (*Oración* c. 5, § 3), arrancan las almas de la tierra y las transportan a las playas de la *visión beatífica*». Cf. *Cuest. místicas*. preámb. 4; VALLGORNERA. *Myst. D. Thom.* q. 3, d. 3, a. 10.

[71] P. 4.ª, c. 17.

[72] *Obras* t. 1, l. 3, c. 2, § 4.

[73] «Las alturas de mi vida pasada son muy bajas comparadas con ésta, exclamaba a su vez la B. Foligno (c. 27).—¡Oh plenitud, plenitud! ¡Oh luz inundadora, certeza, majestad y dilatación, nada hay que se parezca a tu gloria! Y este deslumbramiento de Dios lo he tenido más de mil veces, y nunca me parecía el mismo, eternamente variado y siempre nuevo... Esto que llamo *deslumbramiento de Dios*, *es lo que tienen los santos en la vida eterna*».

Ya en la noche del espíritu, dice San Juan de la Cruz (*Noche* 2, 12), «ilumina la divina Sabiduría a los hombres en el suelo *con la*

había asegurado mucho antes la incomparable virgen de Siena; todo lo cual está muy conforme con la doctrina del Doctor Angélico [74].

Pero, aunque vean directa e inmediatamente la Realidad divina, es por muy breve tiempo, a veces como un relámpago, y sólo en la medida en que son capaces de recibir la luz que Dios se sirve comunicar a sus inteligencias [75]. Así les descubre cuándo un atributo, cuándo otro, y sólo después del matrimonio es-

misma iluminación que a los ángeles en el cielo... Almas hay que en esta vida recibieron *más perfecta iluminación que los ángeles*».

[74] Santa Catalina (cf. *Vida*, 2.ª p., 6, y Supl. del B. Caffarini, 2) afirmaba enérgicamente haber visto la mismo *divina Esencia*, la *cara de Dios*: del cual sólo podía decir: *Es el sumo Bien, la suma Verdad.*—«Esté usted seguro, decía a su confesor, de que *vi la divina Esencia*; y por esto sufro tanto de hallarme encadenada a mi cuerpo». El mismo Santo Tomás (1.ª p., q. 12, a. 11, ad 2; 2-2 q. 175, a., 3) declara que no sólo es posible, sino que de hecho fué concedido a algunos el ser elevados en vida a esa portentosa visión.—Además, sabemos ya que son muchos los místicos que deponen haber visto en la misma Esencia divina las razones de todas las cosas. Y esto, según él (2-2, q. 163, a. 1), es imposible sin verla: *Non est autem possibile quod aliquis videat rationes creaturarum in ipsa divina Essentia, ita quod eam non videat.*

«Secundum ergo omnes scholasticos Doctores, qui res istas pressius et exquisitius tractant, dice Alvarez de Paz (*De grad. contempl.* V, 3, 15), aut verum, aut probabile est, quod nonnulli in carne viventes Deum clare et intuitive viderint... Tamen doctrina haec..., magis apud mysticos Doctores protractata est. Aliqui enim illorum indicare videntur in omni aetate viris dono contemplationis eximie cumulatis hanc gratiam a Domino fuisse concessam, ut aliquoties ipsum clare et intuitive conspexerint».

«Quidam demum Sanctorum sic loqui et sentire videntur, escribe Dionisio Cartujo (l. 3 *De Contempl.* a. 24), quasi aliquando ineffabiliter, raptim, quibusdam amantissimis Dei, ad punctum, huiuscemodi contemplatio in vita hac concedatur».

«Rapti, dice San Buenaventura (*De lumin. Eccles.* serm. 3), non habent habitum gloriae, sed *actum*. Et sicut raptus est in confinio viae et patriae, ita est in confinio unionis et separationis a corpore».

[75] Se lee en el libro de Job (36, 32) que Dios «esconde la luz en sus manos y de nuevo le manda que se manifieste».—Conforme a lo cual advierte la famosa *Epistola ad Fratres de Monte Dei*—atribuída a San Bernardo—que «al elegido y amado de Dios se manifiesta a veces cierta luz de la *faz divina,* como la que estuviera encerrada entre las manos, que aparece y se oculta a voluntad de quien la tiene; para que por esto que se permite ver como de paso y por un momento, se inflame el espíritu hacia la plena posesión de la eterna luz.—Y para que de algún modo aparezca a este tal lo que le falta por conocer, algunas veces la gracia estrecha el sentido del amante y se lo quita, arrebatándolo al día que es sin tumulto, a los goces del silencio; y según su capacidad, por un instante, *le muestra al mismo Dios, para que lo vea tal como es.* Entre tanto, va convir

piritual—en que ya están confortados—se les manifiesta de un modo más claro y estable, permitiéndoles cierta vista casi habitual del mismo misterio de la Trinidad, de tal suerte que, siempre que se recojan, adviertan la clara presencia de las tres Personas divinas [76]. A veces ni el sueño ni las mayores ocupaciones les impiden gozar de esa amorosa vista, viviendo de algún modo entre los hombres a manera de los ángeles encargados de nuestra custodia.

Esa visión los haría del todo bienaventurados—y hasta cierto punto lo son en medio de los mayores padecimientos (Mt. 5, 11-12; Lc. 6, 22-23)—. Pero, como muchas veces va acompañada de cierta obscuridad que les da grandes ansias e ímpetus dolorosos, y otras muchas se ordena a purificarlos más y más, o hacerles servir como víctimas expiatorias y propiciatorias para bien de toda la Iglesia, de ahí que ese inefable placer—por lo menos hasta el matrimonio espiritual—vaya ordinariamente asociado a intolerables martirios de amor.

Esta participación de los dolores de Cristo—lo mismo que de su gloria—es característica de todos sus fieles imitadores que han llegado a configurarse con El. Santa Teresa, en medio de los más delicados y casi continuos favores que llegó a merecer, afirmaba no haber pasado ni un solo día sin grandes sufrimientos. Así, el mismo *éxtasis* producido por el suave contacto divino, y sobre todo el *rapto*, que absorbe las almas en la luz inaccesible, aunque siempre deliciosos y saludables, son a veces, al mismo tiempo, dolorosísimos. Esto proviene no sólo de la condición en que se hallen las mismas almas, sino también de los especiales atributos que Dios les manifieste, y de otros conocimientos accesorios que añada. Si, por una parte, les descubre su santidad y justicia infinitas, con la suma aversión que tiene al pecado, y por otra les hace ver y palpar la propia nada y miserias, mientras por lo uno desfallecen de amor, por lo otro se deshacen en el más intenso dolor, que les penetra a veces hasta en los huesos y las deja por varios días postradas y sin fuerzas. Y cuanto más grande va siendo la luz que reciben y el aprecio que a Dios tienen, tanto mayor resulta la postración, el abatimiento y, sobre todo, el desprecio de sí mismas, pareciéndoles poco todo el infierno para satisfacer como desean por sus ingratitudes.

---

tiéndole en El mismo, para que sea, en cuanto es posible, como Aquel que *Es*» (b).

[76] SANTA TERESA, *Moradas* 7, 1.

Así se comprende su profundo aniquilamiento y esa humildad portentosa, tan *sentida* como sincera, que las hace tenerse por *nada* en medio de los mayores engrandecimientos, que muy bien conocen. Se ven *santificadas* y *deificadas,* se sienten irradiando con la ciencia y virtud divinas, y, sin embargo, se aniquilan totalmente, porque nada se apropian: y con los grandes favores divinos se confunden y se llenan de mayores deseos de publicar su propia nada y las infinitas misericordias de Quien así las ha engrandecido. De ahí que la verdadera humildad no esté, como advierte Santa Teresa, en ignorar la excelencia de los beneficios recibidos de Dios, sino en reconocerlos para darle las debidas gracias, y no apropiarse la gloria: *Quia fecit mihi magna qui potens est...*

Del mismo modo, cuando les muestra los grandes males de la Iglesia [77], y la necesidad de expiaciones, los crímenes de tantísimos cristianos, los sacrilegios de los sacerdotes indignos el horror de los cismas y disensiones que tratan de dislocar los miembros del Cuerpo místico, y el rigor con que todo este peso de culpas abrumaba al mismo Salvador en el Huerto..., participan verdaderamente de su agonía y sudor de sangre, le acompañan en toda su sagrada Pasión, le ayudan a llevar la cruz y prolongan, a través de los siglos, el sacrificio del Calvario [3].

Pero si «llevan siempre la mortificación de Jesús», también «la misma vida de Jesús se manifiesta claramente en sus cuerpos mortales», y, si encuentran todo su camino sembrado de cruces, en ellas reciben para sí y aun para los demás la salud y la vida, que les permiten gozar, a pesar de todo, de una anticipada gloria... Con el Espíritu de revelación que poseen, son la luz del mundo, y, con sus continuos padecimientos, la sal de la tierra. ¡Ay de ésta, el día que le faltaren tales almas!... [78]

Pero ¡no faltarán nunca...! Y, a pesar de toda la malicia del mundo, irán apareciendo según sean menester, y cada vez en

[77] «Est contemplatio de statu militantis Ecclesiae. Proponitur enim animae, insolita quadam luce, sanctae huius matris dignitas et sanctitas. Quam ardenter a Deo sponso eius diligatur, quam potenter ab omni falsitate defendatur; et columna veritatis efficiatur, quam fideliter a tentationibus et persecutionibus tyrannorum et haereticorum liberetur, quam affluenter sanctis et perfectis viris impleatur, quam misericorditer in filiis rebellibus, scilicet in peccatoribus sustineatur quam infallibiliter in praedestinatis ad praemium vocetur... Alia est enim facies Ecclesiae cum inadvertenter aspicitur, aut cum per lucem contemplationis videtur» (ALVAREZ DE PAZ, *De nat. contempl.* l. 5 p. 2.ª, c. 2).

[78] *Cum prophetia defecerit, dissipabitur populus* (Prov. 29. 18).

más abundancia... ¡Que el Señor nos dé su *Espíritu de revelación* para conocerle y amarle, y saber apreciar debidamente las grandezas y magnificencias que se digna depositar en sus fieles siervos! (Eph. 1, 17-19) [79].

Los santos continúan la misión del Salvador, y puestos, como El, en señal de contradicción, a un mismo tiempo salvan y juzgan al mundo [4]. Quien los oye y recibe, oye y recibe al mismo Jesucristo, y encuentra así la luz, la salud y la vida. Quien los desprecia, a Jesucristo desprecia (Lc. 10, 16; Mt. 10, 14-40), y no moviéndose con tan heroicos ejemplos incurre en el juicio más terrible; por sí mismo se juzga: *Iam iudicatus est* [80].

APÉNDICE

[1] *La sabia «ignorancia» y la presuntuosa «ciencia».*—«Los sabios presuntuosos, decía el Señor a Santa Catalina de Siena [81], obcecados con su soberbia y amor propio, se privan de la luz con que fueron formadas y declaradas las Escrituras, y así, revolviéndolas, no gustan más que la letra, y no el meollo de la doctrina. Por eso se maravillan, y aun murmuran, viendo que personas sin letras les aventajan en el conocimiento de la verdad, poseyéndola como si por largo tiempo la hubieran estudiado. Y no es de maravillar, puesto que poseen la principal fuente de la luz, de donde mana la ciencia... Por lo cual mejor es pedir saludables consejos a estas personas humildes y rectas, que no a soberbios letrados... Dígote esto, dulcísima hija mía, para darte a conocer la perfección del *estado unitivo*, en que el ojo de la inteli-

---

[79] «Estos, aunque ocultos, dice Taulero (*Inst.* c. 38), son los verdaderos amigos de Dios, que con sus devotísimas oraciones sustentan la Cristiandad; porque es tanta la compasión que les causan los pecadores, que de buena gana murieran por ellos, si con su muerte los pudieran reducir al Señor.—¿Por qué causa pensamos que aquel justo Juez sufre tanto tiempo a los pecadores, y no ejecuta luego el castigo, sino principalmente porque estos hombres, estrechándose en espíritu con las llagas del Salvador, sacan de ellas copiosísimas gracias?» (cf. SANTA CATALINA DE SIENA, *Diálogos* c. 143).

[80] «El Dios todopoderoso, oyó decir una vez la B.ª Foligno (c. 29), te ha elegido y ha puesto su amor en ti. En ti tiene sus delicias, en ti y en tu compañera. Que vuestra vida sea, pues, luz y misericordia para quienes la consideren; y que sea justicia y juicio para los que no la miren».—«Y mi alma—añade ella—vió en cierta luz que este juicio sería más terrible para los sacerdotes que para los laicos; porque el desprecio que hacen de las cosas divinas resulta más horrible con el conocimiento que tienen de las Escrituras...»

[81] *Diálogos* c. 85.

gencia es arrebatado por el fuego de mi caridad, donde recibe esplendores sobrenaturales. Con esa luz me aman las almas iluminadas, porque el amor sigue a la inteligencia, y cuanto más conocen más aman, y cuanto más aman más conocen; que lo uno se nutre con lo otro. *Con esta luz llegan a la eterna visión*, donde me gustan de verdad... Este es aquel estado excelentísimo en que, siendo aún mortales, *gozan con los inmortales*. Muchas veces es tanta la unión, que no saben si están en el cuerpo o fuera de él, y, *unidas así conmigo, disfrutan ya de las arras de la vida eterna*». De este modo, *per contemplationem*, como dice Santo Tomás [82], *fit nobis quaedam inchoatio beatitudinis. quae hic incipit ut in futuro continuetur.*

[2] *La palabra escondida y la sensación del Inefable.*—«Dichosa el alma, dice Blosio [83], que, dedicada a cultivar la pureza de corazón y ejercitarse en la santa introversión, renuncia al amor propio, a la propia voluntad y a buscarse en nada a sí misma. Esta merece acercarse a Dios más y más, hasta que, elevadas, ilustradas y adornadas con la divina gracia sus potencias superiores, logra la unidad y desnudez del espíritu y el puro amor y el conocimiento simplicísimo y sin imágenes... Sus facultades resplandecen ya como estrellas, y se hace apta para contemplar con mirada serena, sencilla y gozosa el abismo de la Divinidad Ofuscada con tanta claridad la luz natural del entendimiento, nada percibe como temporal y, remontada sobre tiempos y lugares, toma cierto carácter de lo eterno... Ve por experiencia que Dios trasciende infinitamente sobre todas las representaciones corpóreas y espirituales, y sobre todo lo que se puede decir y pensar. Y claramente percibe que todo eso dista infinitamente de la verdad de la divina Esencia, la cual, por eso mismo, es *innominable... Descansa* en aquel amable *Dios desconocido*, a quien *siente*, pues la luz divina, por su excesiva claridad, es inaccesible; por lo cual se llama *tiniebla*. Allí recibe el alma la *palabra escondida* que Dios en el interno silencio y secreto de la mente le habla, allí experimenta el estrecho abrazo de la mística unión..., y, desfalleciendo, se derrama en Dios, que es su paz y su gozo. Se derrite, digo, y desfallece el alma enamorada y, como aniquilada, piérdese en el abismo del eterno Amor, donde, *muerta a sí misma, vive en Dios*, no sabiendo ni *sintiendo* otra cosa sinó el Amor que *gusta*. Mas el perderse así en la divinidad es más bien no encontrarse; porque, desnudándose de todo lo que es humano, y revistiéndose de lo divino, se transforma y queda trocada en Dios, como el hierro puesto en el fuego queda hecho fuego. Permanece, sin embargo, la esencia del alma así *deificada*, como el hierro candente no deja de ser hierro. Mas la que antes era fría, ya arde; la que era tenebrosa, ya luce; la que era dura, ya está blanda. Ciertamente que es de *color divino*, pues su esencia está empapada en la de Dios. Toda abrasada en el fuego del divino amor, toda derretida, pasa a Dios, se le une sin intermedio alguno y se hace espíritu con El, como el oro y el cobre se funden en una misma masa metálica...

[82] 2-2, q. 180, a. 4.

[83] *Inst.* c. 12, § 2.

«¡Oh cuán feliz es aquella hora en que el alma, experimentando la divina unión, goza de un preludio de la eterna felicidad! Entonces *siente* lo que ni la lengua puede expresar ni la razón alcanzar... De tal modo se establece uno en Dios, que lo siente más cercano que a sí mismo. De ahí que lleve ya una vida *deiforme* y *sobreesencial,* hecho conforme a Cristo según el espíritu, el alma y el cuerpo. Ya coma, ya beba, ya vele, ya duerma, siempre obra en él Dios, que en él vive sobreesencialmente. A éste, *Dios se lo enseña todo,* y le abre los sentidos espirituales y místicos. Con suma frecuencia y aun incesantemente lo visita, lo estrecha, lo acaricia, lo ilustra, lo enciende lo penetra y lo llena. Pues como su alma es ya un espejo claro y sin mancha, en ella se reflejan los rayos de sabiduría y caridad del Sol de justicia».

«Quumque hanc lucem Omnipotens menti ostenderit, dice Dionisio Cartujo [84], mox mole magnitudinis suae, actualitate excellentia maiestatis, perfectionis, ac luciditatis suae immensae, mentem in momento, in ictu oculi, in puncto sic dulciter, non violenter vincit, et opprimit, ut ipsa defluat atque deficiat a seipsa, et victa amore, ac stupens prae admiratione eius, quam contemplatur, maiestatis ac claritatis inmensae, prae deitatis, quam cernit, deliciosissima serenitate, nesciat de seipsa. Siquidem repente tam valide illustratur, ac inflammatur, ut prorsus succumbens, vires et sensus corporales amittat. Tunc mens in increatae lucis secretum inducta, in infinitae lucis abysso demergitur, in aeternae felicitatis oceano rapta deperditur, in amoris igne immensi revoluta comburitur, atque in supervastissimae ac superplanissimae solitudinis impertransibilia et immensa amplitudine securissime errat, feliciter deviat, perdens se ipsam nesciens ubi, vel quando... Tuncque Deus amoenitatis immensae annuntiat de ea (sc. luce) electo ac dilecto quod possessio eius sit: eo quod ipse cuncta carnalia et caduca aspernans, nihil praeter Deum et extra eum concupivit: ideoque Deo suffragante, ad eam possit ascendere, ita ut in ea crescens quotidie tandem luci fontali suavissimo Deo beatifice stet intentus, fruatur unitus, amorose aeternaliterque immersus».

[3] *Sentimientos y compadecimientos de los siervos de Jesucristo.* «Vi, dice Emmerich [85], un enorme cuerpo mutilado horriblemente y elevado hacia el cielo. No tenía dedos en los pies ni en las manos: el tronco estaba cubierto de horribles heridas: algunas estaban frescas y echaban sangre; otras, cubiertas de carne muerta. Un lado estaba negro, gangrenado y carcomido. Yo sentía en mí todos estos padecimientos, y entonces mi conductor me dijo: *Este es el cuerpo de la Iglesia...* Después, mostrándome cada herida, me indicaba con el dedo una parte del mundo; vi una infinidad de hombres y de pueblos separados de la Iglesia, cada uno de su manera: y yo sentí esta separación tan dolorosamente como si se hubieran separado de mi cuerpo. Entonces mi conductor me dijo: «Aprende la significación de tus pa-

[84] *De fonte lucis* a. 15.
[85] *Vida,* por Brent., p. 4.

decimientos y ofréceselos a Dios con los de Jesucristo por los que se han separado. Un miembro debe llamar al otro y sufrir para curarlo y unirlo al cuerpo. Cuando son los más próximos los que se separan. es la carne que se arranca del pecho al lado del corazón...» Me enseñó que el lado negro y gangrenoso se curaría pronto; la carne corrompida que había crecido alrededor de las heridas representa a los herejes, que se dividen conforme crecen; la carne muerta es la imagen de los que están muertos espiritualmente y ya no sienten nada; las partes transformadas en hueso representan a los herejes obstinados y endurecidos. Yo vi y sentí así cada llaga y su significación. El cuerpo llegaba hasta el cielo. ¡Era el cuerpo de la esposa de Jesucristo!...»

Es un dolor, escribe la V. Sor Bárbara [86], ver las almas que no corren, sino vuelan, para precipitarse en el infierno... Esto me martiriza, pues veo la sangre de mi Dios despreciada... Con esta pena le decía yo a mi Dios: ¿Es posible que se hayan de perder tantas almas, las cuales os costaron tanto? Dadme a mí el castigo que ellas merecen, y sean salvas. Ponedme a la puerta del infierno para que no entren ya más; que mi corazón no puede con la pena de ver más almas perdidas... ¡Ay Padre! qué grande es mi dolor cuando veo a mi Dios tan ofendido y sin poderlo remediar; pues, si yo pudiera, mil vidas daría por ganar siquiera un alma para Dios... Quisiera hacer grandes sacrificios para que fuera amado, adorado y glorificado de todo el mundo. Quisiera tener en mi mano los corazones de todo el mundo, para consagrarlos todos a Dios».

«No, no hay privación mayor para un alma que os ama, decía Santa Magdalena de Pazzis [87], que la de no ver la conversión de los pecadores, es decir, de no veros a Vos, soberano Bien, morando por gracia en vuestra criatura, por la cual tanto habéis sufrido, y de ver así vuestra sangre derramada en vano . ¡Que no sea así, Amor mío! ¡Hacedme morir antes! Aquí está mi cuerpo, mi sangre, mi alma: todo os lo ofrezco. ¡Vengan sobre mí a la vez todas las cruces, todos los suplicios, todos los tormentos del infierno .. con tal que las almas, a vuestra semejanza creadas, se salven, y que las ovejas descarriadas vuelvan al redil del divino Pastor! [88]

[4] *Cómo los santos salvan y juzgan al mundo.*—«En su misericordiosa providencia, dice el P. Weiss [89], envía Dios a cada santo para recordar al mundo su deber y sacarlo de su vida corrompida. Los santos cuyo vivir está en flagrante contradicción con el espíritu mundano en general. y con el de su época en particular, son escogidos como medios de salvación por el compasivo Médico de las naciones». Pero quien no los acepta por mediadores, tendrá que aceptarlos por jueces; lo mismo que a Jesucristo, que no vino al mundo para juzgarlo, sino para salvarlo (Io. 3, 17). «¿No sabéis que los santos han de juzgar al

[86] 22 ag. 72; *Vida* p. 444.
[87] P. 4.ª, c. 5.
[88] Cf. Fáber, *Todo por Jesús* c. 3.
[89] *Apol.* 10, conf. 24.

mundo?» (1 Cor. 6, 2). Este debe ser convencido de tres cosas: del pecado, de la justicia y del juicio (Io. 16, 8). «Que se convenza del pecado, y ese juicio se realizará por sí solo». Mas del pecado convence la propia conciencia, así como del juicio convencen los castigos de Dios. «Preciso es que el mundo se convenza también de la justicia, para que no pueda acusar a Dios de exigir cosas imposibles. Y este juicio está reservado a los santos. Su vida, con sus defectos, su conversión, sus castigos, sus luchas grandiosas, sus obras de supererogación, constituyen el libro por el cual seremos juzgados [90]. Pero los santos realizan ya aquí abajo esta empresa, y de un modo evidente, por más que los pueblos cierren los ojos». Sin embargo, para quienes los reciben son grandes medios de salvación. Jamás caerá un pueblo irremisiblemente en la corrupción, mientras tenga un solo santo. Y, gracias a Dios, los santos son inmortales, y aun hoy día no han desaparecido. Dios conoce a los suyos (2 Tim. 2, 19). No se crea que ejercen escasa influencia porque no meten ruido. Al contrario, cuanto más ocultos, tanto más tiempo tienen para obrar. Precisamente ejercen tan gran influencia porque no pierden tiempo en llamar la atención del mundo. No hay ni un solo santo, ni aun el más silencioso y humilde, que no haya poseído la virtud de la sal. Por lo menos ha impedido que la corrupción se difundiese».

§ III.—Importancia de las revelaciones privadas.—Precauciones que exigen: la verdad del fondo y los errores de interpretación y de apreciación.—Influencia saludable y perenne.—Alteza de ideas, sabiduría portentosa y admirable nobleza de lenguaje.—El magisterio divino y el progreso infinito: la razón autónoma y la degradación.

Por lo hasta aquí dicho podrá comprenderse la suma importancia que en la vida cristiana ejerce el magisterio interior del Espíritu Santo, manifestado no sólo en las continuas *ilustraciones* que reciben todos los justos y en la maravillosa *asistencia* con que preserva del error a los concilios y al pontífice, sino también en las frecuentes *revelaciones*—sensibles o intelectuales—y en el don de *profecía* o de *discreción de espíritus* con que favorece y seguirá siempre favoreciendo a tantísimas almas, puesto que siempre ha de estar *constituyendo amigos de Dios y profetas* (Sap. 7, 27), y *derramándose* copiosamente sobre jóvenes y ancianos (Io. 2, 28-29).

También se comprenderán las precauciones con que, a pesar de eso, la misma Iglesia y todas las almas prudentes miran estas *revelaciones privadas*, a fin de discernir los espíritus y ver qué cosas son de Dios, para no menospreciarlas ni confundir-

[90] SAN GREG. M., *Mor.* 24, 16 18.

las con los errores humanos que entre ellas puedan infiltrarse, ni menos con las sugestiones diabólicas que tratan de imitarlas.

Estas podrán siempre distinguirse por atentar disimulada e insidiosamente contra la pureza de nuestra santa fe o contra las sanas costumbres, y aquéllos por la vaciedad e inutilidad.

Ya hemos indicado cómo las visiones y locuciones sensibles con que Dios favorece a muchas almas piadosas para ilustrarlas de un modo más claro y distinto, acomodado a su capacidad. con ser de suyo fidelísimas, pueden dar ocasión a errores y engaños. Esto proviene de los detalles que cada sujeto puede a veces añadir inadvertidamente, o de tomar por realidad lo que es simbólico, o bien, de dar un sentido material a las palabras que Dios dice en muy otro sentido [91]. En las locuciones que se llaman *sucesivas*, el error y engaño pueden penetrar hasta en el fondo, por habérselo fabricado todo la misma alma por su cuenta. Ahora, en las *formales en general*—y mucho más en las comunicaciones del todo *intelectuales*, sean *locuciones* o *visiones*—en *sí mismas* no cabe el menor engaño, puesto que el alma las recibe de Dios sin poner ella nada de su parte. Sin embargo, caben no pocos errores en el modo de *expresarlas*, de *interpretarlas* y aun de *representárselas* uno mismo mentalmente; porque al *asimilárselas*, aunque sea con el fin de poder comprenderlas o expresarlas mejor, ya introduce, sin darse cuenta, ciertos *elementos humanos*, capaces de entrañar inexactitudes. Pues, aunque se figure que no hace más que *entender* sencillamente lo que Dios le dice o le manifiesta, en realidad a veces lo *considera* y lo *interpreta a su propio modo*. De ahí que al *traducir* en lenguaje humano algunas de las mismas comunicaciones intelectuales traducibles, a pesar de lo luminosas y elevadas que son, pueda el alma viciarlas de alguna manera.

Muy otra cosa sucede con las *noticias* espiritualísimas que provienen de un misterioso *toque divino* que hace como palpable la verdad, porque allí el alma no interpreta ni asimila al

---

[91] «Las revelaciones o locuciones de Dios, dice San Juan de la Cruz (*Subida* 2, 18-19), no siempre salen como los hombres las entienden, o como ellas suenan en sí... Aunque sean ciertas y verdaderas, no es menester que lo sean siempre en nuestra manera de entender.—«Acaece engañarse las almas..., por tomar la inteligencia de ellas a la letra y corteza; porque el principal intento de Dios, es darles el espíritu que está allí encerrado... Y éste es muy más abundante que la letra, y muy extraordinario y fuera de los límites de ella. Y así el que se atare a la letra de la locución o forma o figura aprehensible de la visión, no podrá dejar de errar mucho... Porque, como dice San Pablo (2 Cor. 3, 6): *La letra mata. pero el espíritu vivifica*».

modo humano, sino que, dominada por completo del Espíritu de sabiduría y de inteligencia, *penetra*, *siente*, *gusta* y *palpa* divina y *no humanamente* las mismas realidades inefables. Y si algún error viene a deslizarse al fin, no es en esa purísima *sensación espiritual* de la verdad, sino sólo en la *comunicación* que se trate de hacer a otros, dada la imposibilidad de traducirla fielmente en lenguaje humano, por la necesaria desproporción e inexactitud de todos los términos y símbolos, que, por nobles que sean, siempre han de distar infinitamente de esa inefable impresión de lo divino [92]. Y por eso todas las almas así favorecidas sienten suma repugnancia a hablar, sea con el motivo que fuere, de esas cosas *inefables*, porque ven claramente la inexactitud y bajeza de las palabras, que más que expresiones de la verdad les parecen como blasfemias, y por eso repetirán con el Apóstol: *Son secretos de que no es lícito hablar*.

Por lo que hace a las *locuciones* más frecuentes, cuando son muy largas y reiteradas, a no ser puramente *intelectuales*, es de suponer que de ordinario pertenezcan al grupo de las *sucesivas*, en que tanto intervienen las injerencias humanas, sospechosas de error. De éste pueden viciarse hasta cierto punto aun algunas de las *revelaciones* más acreditadas, en lo que hayan podido hacerse en esa forma, y también cuando se hacen como de un golpe, en virtud de una idea simplicísima que luego el alma va desentrañando, interpretando y traduciendo *a su modo*, y a veces teniendo que reflexionar y comparar, e introduciendo así muchas apreciaciones y maneras propias. Estas caben, aunque la redacción se haga, como tantas veces sucede, sin ningún esfuerzo, viniéndose por sí mismas a la boca o a la pluma las

[92] «Al querer *traducir* estas comunicaciones profundas, íntimas y solitarias—observa un alma (J.) acostumbrada a ellas—puede mezclarse algo natural; mas al comprenderlas y gustarlas, no: es toque divino de amor, de gloria, que queda impreso en el alma para más y más unirla y encadenarla con cadenas de oro purísimo y firmísimo del más encendido amor; y por esto se conoce quién es el que obra, y que el toque es divino, por los efectos que se sienten, que son consumirse y anonadarse, sin saber ya *nada*: Dios de tal manera la posee, que ella nada tiene, puede ni quiere sino sólo a su Dios».

En otras comunicaciones muy inferiores, como son las sensibles, advierte la B.ª A. de Foligno (c. 54), «permite Dios que el alma se engañe; y lo permite para guardarla, para que no se le marche, pues la ama con amor celoso. Por eso la sumerge en un abismo donde ella encuentra dos ciencias, la de sí misma y la de Dios: aquí ya no cabe error; el alma ve la verdad pura... Ve simultáneamente los dos abismos, y el modo de su visión es un secreto entre ella y Dios».

palabras más gráficas y las frases más expresivas. Porque también éstas, al fin y al cabo, suelen formar parte del caudal que la misma alma tenía, y por eso en cada redacción se refleja el carácter natural de cada persona.

De ahí que, a pesar del merecido crédito de que gozan esos escritos, y aun del sumo aprecio en que la misma Iglesia tiene a algunos de ellos, como debió intervenir en la interpretación o en la redacción el elemento humano (sobre todo si fueron redactados, o atrevidamente *retocados*, por manos extrañas), disten mucho de ser infalibles, y que puedan entrañar ciertas inexactitudes y aun falsas apreciaciones: por lo cual no siempre concuerdan del todo entre sí, aun los más auténticos y autorizados [93]. Por eso, aunque tan preciosas, no pueden de suyo estas *revelaciones privadas* compararse con las *públicas* o *canónicas*, cuya infalibilidad de *interpretación* y *redacción* están garantizadas por la *inspiración* misma.

[93] Emmerich (*Pasión*, § 28), advierte que muchas de las cosas narradas por las diversas personas favorecidas con visiones, son intuiciones simbólicas que varían según el estado del alma; y que ésta puede a lo mejor tomarlas por realidades.—«De ahí nacen numerosas contradicciones».—Se me aseguró divinamente, decía el P. Hoyos (p. 263), «que, aunque en algunas cosas *accidentales* se meta el espíritu propio—como sucede cuando se revela una cosa y la imaginación añade alguna circunstancia—, sin embargo, el Señor *no permite este error en cosa substancial*, ni aquí hay ofensa suya en afirmar como revelada de Dios alguna circunstancia que añadió la imaginación, porque el alma así se lo persuadió; que por esto convenía que todo pasase por los Padres espirituales a quienes El asiste para que sepan discernir lo precioso de lo vil. Pues aunque vulgarmente los hombres piensan que lo mismo es decir alguna cosa una persona a quien Dios favorece, que ser ella profecía o revelación, no es así; que no todo lo que los profetas decían, lo decía Dios».—Y por esto, aunque el Padre espiritual esté cierto de que es Dios el autor de una revelación, ha de examinar sus circunstancias, y no aprobar sino lo que la prudencia, experiencia, etc., dictaren: que Dios gusta se someta todo a sus ministros visibles».

Por eso encarga San Pablo (1 Thes. 5, 20-31), a la vez que *no menospreciar* las luces proféticas, *examinar* todas esas comunicaciones para sólo *retener lo bueno*. Cf. SANTO TOMÁS, 2-2, q. 163, a. 4; q. 171, a. 2.—El mismo santo Doctor advirtió (*ib.* q. 8, a. 4; q. 9, a. 3; q. 45, a. 5), que, aunque nunca les falte a los santos la luz de inteligencia en lo necesario para la salud, les falta a veces en otras cosas, para que así se mantengan humildes.

«Dios nuestro Señor, decia un alma llena de luces (V.), alguna vez se retira y nos deja solos; y solos, disparatamos... El lo consiente..., para que nos conservemos en humildad, y nos rindamos en todo al juicio de la santa Iglesia, para con esto adquirir mayores merecimientos».

Mas no por eso dejan de ser utilísimas para la edificación de los fieles, y aun de toda la santa Iglesia (1 Cor. 14, 4); no sólo fomentando la piedad, excitando el fervor y levantando el espíritu, sino también contribuyendo eficacísimamente a promover el progreso disciplinar y litúrgico, y aun el teológico —dogmático—. De ahí que el *Espíritu de revelación*, que tanto desea el Apóstol para todos los seguidores de Cristo, no pueda faltar jamás de la Iglesia católica (Prov. 29, 18; Am. 3, 7)[94].

Así tiene sus delicias en conversar con los hijos de los hombres aquel soberano Espíritu de la Sabiduría, que «se traslada por las naciones a las almas santas, constituyendo amigos de Dios y profetas», «haciendo elocuentes las lenguas de los mismos niños» (Sap. 7, 27; 10, 21), y manifestando a los pequeñuelos estos prodigiosos tesoros de gracia y de verdad que se ocultan a los sabios presuntuosos (Mt. 11, 25).

¿A quién no causará admiración ver las maravillosas luces y la sublimidad de conceptos de las almas así enriquecidas del divino Espíritu, y aun la misma nobleza del lenguaje que tan espontáneamente emplean siempre que ponen la palabra en boca de Dios o de la Virgen, mientras todo es sencillez y candor en lo dicho por su propia cuenta? ¿De dónde puede proceder esa elevación de ideas y esa elegancia y pureza de estilo, cuando carecen de toda cultura humana; y qué *sugestión* pudo infundirles de un golpe toda esa ciencia portentosa que nunca estudiaron y esos conocimientos sublimes que de ningún hombre aprendieron? [95]—Este es un *hecho positivo* contra el cual se

---

[94] «Mi divino esposo, añadía la V. Emmerich (*Vie de N. S.* introd. XV), me da estas visiones, y las dió en todos los tiempos, para probar que quiere estar siempre con su Iglesia hasta el fin de los siglos... Es una lástima que muchas de ellas se hayan perdido: los culpables de eso, especialmente los clérigos que por falta de fe no las recogieron, tendrán que dar a Dios una cuenta severa».—Le fué dicho también que «los buenos efectos que esas visiones debían producir, se comprometen en parte con las supresiones y modificaciones que ciertos sacerdotes instruídos, pero sin la suficiente sencillez para apreciarlas, hicieron. Muchas veces rechazaron cosas preciosísimas, por no haber sabido distinguir en una visión la parte histórica de la simbólica y personal que allí se mezclaba... Vió también cuántos preciosos tesoros quedaron viciados con la preocupación que llevaba a ciertos confesores a acomodar las visiones de sus penitentes a su propia manera de entender el Evangelio» (*Ibid.*).

[95] Se refiere de Santa Brígida (*Prólogo* de Alfonso, c. 4) que en un solo instante veía a todos los moradores del cielo, de la tierra y del infierno, y lo que unos a otros se decían. Y en el mismo lugar se asegura que recibió de un modo instantáneo todo el 5.º libro de sus

estrellan todas las interpretaciones humanas, por mucho que apelen a la *sugestión*, al *contagio* y aun a la *telepatía*, o a cualquier otra influencia que no sea *sobrenatural* [96].

Santa Rosa de Lima, afligida de tener que restar a la oración el tiempo que necesitaba para aprender a leer y escribir, pide a Dios que la instruya; y de repente, con admiración de todos, se encuentra plenamente instruída [97].—Santa Catalina de Siena nunca había aprendido a escribir ni aun a leer: así en su numerosa correspondencia tenía que buscar quien le leyera y escribiera las cartas. Y con todo sabía dictar dos y aun cuatro a la vez, sobre los asuntos más graves y más variados; sin perder jamás el hilo, y con una rapidez y seguridad pasmosas [98]; y eso que estaba tan débil, que pasaba años enteros sin tomar una onza diaria de alimento, y largas temporadas sin otro que la Eucaristía. Mas, con la energía que este pan celestial le daba, podía, a pesar de sus enfermedades, acometer las mayores empresas y, con la luz que le comunicaba, lograba entender las cartas con sólo hojearlas, cuando no tenía quien se las leyera, aunque luego no acertara a deletrearlas. Y en cierta ocasión, en que no encontró amanuense, logró escribir ella misma, según lo refiere a su confesor [99]. Pidió a Dios que le diera inteligencia del latín para aprovecharse mejor de las oraciones de la Iglesia, y de re-

---

Revelaciones y la *Regla* de su Orden, la cual llena 40 columnas en folio.—San Alfonso Rodríguez afirma por su parte (*Vida*, según las memorias, ap. al n. 275), que, habiendo sido transportado al cielo, «vió y conoció a todos los bienaventurados juntos y a cada uno de ellos distintamente, como si hubiera pasado toda su vida con ellos».—Cosa análoga dice Santa Teresa.

La V. Ana María Taigi, en pleno siglo XIX, podía ver constantemente en una manera de sol misterioso, todos los acontecimientos, las tramas y conspiraciones ocultas de los enemigos de la Iglesia y el estado de las almas. Pero aunque podía ver allí, como en un espejo, todo lo que quería, no solía fijarse en ello sino cuando la necesidad o la obediencia la obligaban.—Cf. BUTIÑÁ, o. c., 2, p. 100.

[96] *Dabo vobis os est sapientiam, cui non poterunt resistere et contradicere omnes adversarii vestre* (Lc. 21, 15).

[97] Cf. HANSEN, *Vida* l. 1, c. 28.—Casi con igual facilidad, advierte el mismo biógrafo (c. 3), aprendió perfectísimamente a hacer las labores más delicadas y «se halló impuesta en la música, la poesía y el canto. De repente se la vió y oyó tocar el arpa, la cítara y vihuela, sin que nadie la hubiese instruído».—Su ciencia prodigiosa llenaba de admiración a los mayores teólogos (*ib.* c. 15).

[98] Ninguno de los amanuenses, dice su biógrafo, necesitaba esperar; y lo más notable es que ninguno de ellos oía lo dictado a los otros.

[99] *Epist.* 93.

pente quedó instruída en esa lengua [100]. ¿Qué puede hacer aquí la *sugestión* o la *telepatía?* Pues esto no se crea que es cosa rara: en parte al menos, es muy frecuente [101]. Son no pocas las almas que, al oír ciertos versículos de los Salmos o del misterioso libro de los Cantares—que les interesen en el estado en que se hallan—sin conocer palabra del latín, los entienden claramente; y no sólo en el sentido literal, sino a la vez en los místicos que se ocultan detrás de la letra; o si al oírlos no entienden el latín, buscando quien se lo traduzca, en seguida penetran a fondo el sentido espiritual [102].

Pero no es de extrañar que los grandes místicos recibieran tales luces, cuando tenían por Maestro al que es Sabiduría por esencia. No es de maravillar que tan iluminados se hallaran,

---

[100] *Vida* 1.ª p., 11.

[101] La Beata Osana de Mantua (cf. BAGOLINI y FARRETI, 2, p. 49) aprendió milagrosamente a leer y escribir, enseñada por la Santísima Virgen, que a la vez la instruyó en el latín; del cual hizo ella mucho uso en sus preciosas cartas.—La V. Micaela Aguirre fué instruída también de un modo milagroso en la lectura y la escritura: de la cual prometió no usar sino en servicio de Dios (cf. *Vida* l. 1, c. 8).—Santa Ildegarda tampoco aprendió el latín—ni aun siquiera a leer y escribir—y, sin embargo, lo llegó a conocer todo maravillosamente. Leía en globo, percibiendo el sentido de las frases, aunque sin poder distinguir los vocablos; y dictaba en latín, por más que necesitaba que le corrigiesen el estilo.—Tomaba toda su doctrina de una luz que sin interrupción—en el estado de vigilia—recibió desde la edad de tres años; a la cual llamaba *sombra de la luz viviente*, reservando este nombre de *luz viviente* para un conocimiento más elevado que de cuando en cuando se le comunicaba acerca del mismo Dios.—Todo cuanto sabía acerca de las cosas humanas se le comunicaba, dice ella, «como en un instante». Cf. *Opera*, ed. Migne, col. 18, A; 13, D; 103, A; 104, A; 384, A.—La V. Hipólita Rocaberti, O. P., a pesar de conocer muy a fondo el latín y manejarlo con gran facilidad, declara no haberlo estudiado nunca; sino que «oyendo de todo corazón a la Iglesia, y reposando en el seno del Señor, soplando el Paráclito, le enseñan no sólo eso», sino cosas mayores, como son los misterios contenidos en las palabras de la Iglesia.

[102] «Se viene dentro del alma, dice el P. Gracián (*Itiner.* c. 9, § 2), alguna figura viva y eficaz que en un punto se pasa algunas veces como un relámpago; mas siempre deja rastro de mucha doctrina y entendimiento y mucha moción a la voluntad... Y unas veces le hablan allá dentro palabras interiores formadas y claras con tal delicadeza y sutileza, que parece las va escribiendo Dios con su divino dedo en la tabla de nuestro corazón... Y acaece a las veces ser palabras latinas, que el que no sabe la lengua no las entiende; mas declarándoselas quien las sabe, halla en ellas avisos de mucha importancia».—Cf. SAN JUAN DE LA CRUZ, *Subida del Monte Carmelo* 2, c. 26; SANTA TERESA, *Vida* c. 15, n. 5.

cuando casi parecían ya dotados del *lumen gloriae*; ni que en medio de sus padecimientos tuvieran tales energías, cuando, más bien que en la tierra donde peregrinaban, vivían ya en el cielo, donde conversaban gozando de continuo de tan inefables delicias, que la menor de ellas excedía sin comparación a todas las humanas juntas y les parecía sobrado premio de todos sus muchos trabajos; puesto que en ellas veían ya un preludio o un goce anticipado de la gloria eterna, cuyo ejercicio consiste «en conocer al Dios verdadero». Y ya lo conocían y lo poseían tan en el fondo del alma, que en El solo vivían y en El estaban ya *transformados* [103].

¡Oh maravilloso progreso cuyo límite es Dios mismo! ¡Oh evolución verdaderamente portentosa, que así nos *deifica, transformándonos en Dios!*

¿Y aun nos llamarán «retrógrados, obscurantistas, reaccionarios..., enemigos de la luz y del progreso»?... ¡Pobres miopes que no ven que su *evolución* es *revolución* y *degradación*, y su progreso retroceso; que la ponderada «evolución» los precipita en el abismo que tienen bajo sus plantas, y el cacareado «progreso» los embrutece y los sepulta en el fango y en las tinieblas! ¡Pobre «razón autónoma», que pretende divinizarse por sí misma y ser norma absoluta de todo, siendo incapaz de conocer el *todo* de *nada*, y de corregir o modificar en un ápice la obra divina! ¡Pobre razón insensata que, no comprendiendo ni aun el negro de una uña, ni un solo átomo siquiera, presume de ser quién para fallar sobre los más altos misterios! ¡Pobre razón infatuada y ciega que, ofuscada con los destellos de la Luz infinita, antes que confortar sus ojos con la virtud de la fe, de la esperanza y de la caridad, prefiere, pronunciando su propia sentencia, cerrarlos y vivir en tinieblas como ave nocturna! [104] ¡Pobre razón extraviada que, huyendo de lo grande, de lo noble, de lo divino, que es lo único que podría realzarla y perfeccionarla, no puede menos de degenerar, estra-

[103] «Per *sapientem ignorantiam*, et per intimum amoris *contactum*, melius Deum cognoscit, quam exteriores oculi visibilem solem cognoscant. Usque adeo stabilitur in Deo, ut Deum sibi viciniorem esse *sentiat*, quam ipse est sibi. Unde et deiformem superessentialemque vitam iam ducit: Talem ipse Deus *docet de omnibus*, et spirituales mysticosque sensus ei aperit. Creberrime vel indisinenter eum visitat, adstringit, osculatur, illustrat, accendit, penetrat, et implet... Valde quidem sublimiter... Deus se nonnunquam animae perfectae se *revelat*» (Blosio, *Institutio spiritualis* c. 12, § 2, n. 3).

[104] «Hoc est autem iudicium: quia Lux venit in mundum, et dilexerunt homines magis tenebras, quam lucem» (Io. 3, 19).

garse y degradarse, al querer bastarse a sí misma y abandonarse a sus propias fuerzas, ocupada en simplezas o bagatelas, cuando no sepultada en inmundicias que acaban de obscurecerla y pervertirla! Todo cuanto, apartada de Dios logres descubrir, mientras más te deslumbre, tanto más te ilusiona y engaña; y, al cabo, de poco podrá servirte cuando, huyendo así del Centro de la luz y de la vida, no puedes parar sino en las «tinieblas exteriores».

Y si por seguir la orgullosa bandera cuyo lema es *Non serviam*, renegaste del Padre amoroso que te redimió y regeneró con su sangre, y perdiste la antorcha de la fe divina recibida en el bautismo, bien podemos lamentar sobre ti, como sobre el cruel príncipe a que te entregas: *Quomodo cecidisti, Lucifer, qui mane oriebaris?... Ad infernum detraheris in profundum laci!...* (Is. 14, 12-15).

«Mas nosotros, contemplando a cara descubierta la gloria de Nuestro Señor, en su misma imagen vamos transformándonos de claridad en claridad, como animados y movidos de su mismo Espíritu (2 Cor. 18, 3).

CAPITULO IX

Cuestiones de actualidad

§ I.—El deseo de la contemplación y de la mística unión.—Licitud y deber: testimonios de la Escritura y de la Tradición: Condiciones.—¿Por qué la alcanzan tan pocos?

Es muy frecuente decir que la contemplación infusa es un don tan *extraordinario*, que se reserva a sólo contadísimas almas; y que a la generalidad de las mismas que se llaman *espirituales*, sería presuntuoso e *inútil* desearla o pedirla y mucho más disponerse para llegar a ella. De ahí esa funesta persuasión de que, para ser buen director, no se necesita ningún conocimiento especial de Mística; como si fuera la mayor casualidad encontrarse con una sola alma metida en esas «peligrosas *vías extraordinarias*».—Así, cuando encuentran alguna que tome en serio su aprovechamiento, y llevada del divino Espíritu, aspire a tener una oración algo superior a la común, ¡pobre de ella!, la tacharán de temeraria o de ilusa; y de este modo, como advierte el P. Lallemant [1], «le cierran para siempre la puerta de estos dones: lo cual es un *gran abuso*».

Este *abuso* muchos son, por desgracia, los que hoy lo cometen, imitando a aquellos escribas y fariseos, de quienes el Señor tanto se lamentaba, porque «ni entraban en el reino de Dios, ni dejaban entrar a los demás» [2]. Si el rigorismo jansenista empleaba sus sutilezas en apartar a las almas de la frecuente comunión; y, con pretexto de indignidad, las privaba del pan de la vida—principalísimo remedio de la propia flaqueza—, otros rigoristas, con no menos vanos pretextos de falsa humildad—con que encubren su propia flojedad y bajeza de mi-

---

[1] *Doctrine spirituelle* pr. 7, c. 4, a. 3.

[2] «Tulistis clavem scientiae: ipsi non introistis, et eos qui introibant prohibuistis» (Lc. 11, 52).—«Vae autem vobis ..: quia clauditis regnum caelorum ante hominis» (Mt. 23, 13).

ras—las apartan cuando pueden de estas otras comunicaciones a que quizá el Señor las está ya invitando; y con ese procedimiento «seguro», lo que hacen es trabajar cuanto pueden por impedir las delicias que en morar con los hijos de los hombres tiene la divina Sabiduría.

Todo lo que sea un verdadero bien positivo, es de suyo deseable y, como tal, podemos pedirlo a Dios. Y si nos es lícito pedir, desear y poner todos los medios para adquirir la salud, la ciencia y la agudeza de ingenio, también lo debe ser, como advierte Sandeo [3], pedir, desear y procurar, en cuanto esté de nosotros, un bien tan superior como es el de esta salud, ciencia y penetración que el divino Espíritu comunica (1 Cor. 14, 1)).

No hay en esto la menor presunción, deseándolo rectamente; como no la hay en el deseo de comulgar por dar gusto a Dios y alimentar y fortalecer nuestra pobre alma. La presunción estaría en desear esos dones por vanagloria; mas no cuando se desean precisamente para apoyo de nuestra flaqueza, para fundarnos en la humildad y en todas las demás virtudes, y poder *crecer en gracia y conocimiento de Dios, y en todo según Jesucristo,* hasta llegar a la madurez de *varones perfectos* y verdaderamente «espirituales». Y ya sabemos que nadie lo podrá ser sin estar *animado, dirigido y gobernado* del divino Espíritu, y por tanto enriquecido de sus preciosísimos dones [4]. Si el sentimiento de la propia indignidad contiene, el de la ca-

---

[3] *Theol. myst.* p. 198.

[4] Según Sauvé (*Le culte du C. de J.* élév. 26), «no debemos desear en los estados místicos sino el aumento de luz en la inteligencia, de amor en el corazón, y de unión del alma con Dios, y no los favores extraordinarios; y ese deseo debe ser humilde e inspirado por el de nuestra santificación».

Pero aun los mismos favores del todo *extraordinarios* podrían a veces desearse lícitamente, con tal que fuera por puro celo de la gloria de Dios y de nuestro aprovechamiento y del prójimo. La portentosa humildad del B. Diego de Cádiz no le impedia desear a ese fin el mismo *don de hacer milagros.* «Ad aedificationem Ecclesiae, nos dice San Pablo (I Cor. 14, 12), *quaeti ut abundetis*».

Mas por de pronto, «la contemplación, como advierte Lallemant (l. c.), es la verdadera sabiduría tan recomendada en los libros sapienciales. Los que la disuaden cometen una gran falta. *Nunca es peligrosa,* yendo acompañada de las debidas disposiciones... El Apóstol exhorta a los fieles a desear estos dones espirituales, y particularmente el de *profecía,* que no consiste sólo en anunciar lo futuro, sino también en entender las Escrituras y saber explicarlas e instruir al pueblo... Cierto es que nadie debe tratar de meterse por sí mismo en estas maneras de oración; pero también lo es que no se debe resistir cuando Dios las ofrece, ni hacer cosa que pueda impedir el que nos las infunda cuando sea de su agrado».

ridad alienta: y el alma fervorosa, dice San Bernardo [5], desde un principio desea y pide con ansia *el beso de la boca de su Amado*, aunque entre tanto se contenta con el de sus pies, ejercitándose en obras de humildad, con que más tarde o más temprano logrará oír la voz que le dice: *Ascende superius*; o bien: *Surge, propera, amica mea..., et veni...*

La *unión mística*, en sí misma. es un grandioso bien, exento de peligros, que no tiene motivos para no ser en sumo grado estimable. Si los favores sensibles, o realmente *extraordinarios*. que se traducen en *exterioridades* a veces chocantes, y las revelaciones *exdeicas*—o sea relativas a las criaturas—, aunque cosas buenas y provechosas de suyo, pueden ofrecer peligros y prestarse a vanidad—y, por lo mismo, *per accidens*, ser temibles, aunque no *per se*—la *íntima unión* y *comunicación con Dios*, en que está nuestra verdadera felicidad y santidad, y todas las revelaciones *indeicas*—que de suyo producen grandes aumentos de virtud, de gracia y del propio conocimiento, así como del divino—nada tienen por qué sernos recelosas; en todo y por todo son buenas y provechosas, y. por lo mismo. amables y deseables en sumo grado.

Es cierto que son *dones* en cierto modo *gratuitos*, y que Dios los da—como observaba Santa Teresa—a quien quiere y como quiere, sin que todas nuestras industrias sean bastantes para alcanzarlos; pero también lo es que no son, como se supone, *gracias gratis datas*, sino favores que El no hace sino a los justos; pues mal puede unirse y comunicarse tan íntima y amistosamente con quien aún no está en su gracia [6]. Y esos favores—que en el fondo son diversas maneras de *toques divinos*—, por lo mismo que son consecuencias del *sentido de Cristo* y de los dones del Espíritu Santo, que crecen con la caridad. no los ha de negar para siempre a las almas que con tanta humildad y perseverancia se lo piden, que, aunque tarden en recibirlos, persisten pidiéndolos a la vez que sirviéndole y amándole con desinterés [7]. Al llegar, aunque sea por las vías que pasan por más *ordinarias*, a cierta *unión de conformidad*, por

[5] *In Cant.* serm. 9.

[6] San Juan de la Cruz, *Subida* l. 2, c. 26; Santa Teresa, *Vida* c. 34.

[7] «Quien *desea ser visitado* por Vos, Señor, dice Santa Magdalena de Pazzis (1.ª p., c. 20), debe ante todo, como María, concebiros por un *deseo ardiente* y cuidadoso, y criaros luego por la perseverancia en el bien. Quien desea elevarse a la cumbre de vuestra unión debe tener una fe tan grande que deje en cierto modo de ser fe para convertirse en *certeza*.—Cuando el alma llega a olvidarse completa-

poco que se recojan en sí mismas, luego empiezan a *sentir* claramente el tesoro que ya poseen y la misteriosa transformación que en ellas está produciendo el Espíritu vivificante [8]. Conocen ya por *experiencia* que aquel Dios por quien suspiraban descansa y reina en sus mismos corazones; pues como fieles ovejas de Cristo oyen su voz, y le siguen, y con luz superior le reconocen y notan cómo les da vida eterna (Io. 10, 14-28). Y lo primero que esas almas, que mucho aguardaron, le oyen, suele reducirse a estas regaladas palabras: «Levántate y date prisa, amiga mía, paloma mía..., ven. Que ya pasó el invierno..., y aparecieron las flores... Dulce es tu voz y hermosa tu cara: *En Dilectus meus loquitur mihi: Surge, propera, amica mea...*» (Cant. 2, 10-14).

Aunque nadie de por sí debe meterse donde aun no le llamaron, ni menos echarse a volar sin alas, todos, sin embargo, pueden y *deben llamar* para conseguir que les *abran*, y *pedir* «alas como de paloma»—que son los preciosos dones de sabiduría e inteligencia—«para *volar* y *descansar*», estando ciertos de que serán colmados tan santos deseos y de que «*todo aquel* que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá» (Mt. 7, 8) [9]. Y cuando ya empiecen a sentir el suave

---

mente a sí misma, luego es *admitida a la unión divina y confirmada en la fe*».—Cf. SAN BERNARDO, *Serm.* 32 *in Cant.*; B.ª FOLIGNO, c. 33; B. SUSÓN, *Disc. spir.* 2; KEMPIS, 1, c. 11; 2, c. 1; BLOSIO, *Inst. spir.* c. 5 y 12, § 1; BART. DE LOS MÁRTIRES, *Comp. myst.* c. 26-27; SANTA TERESA, *Camino* c. 17, 19-21; *Mor.* 2, c. 1; 3, c. 1; 5, c. 1-2; 7, c. 2, etc.; SAN JUAN DE LA CRUZ, *Subida* 2, c. 15; *Noche*, 1, c. 1; *Llama* canc. 3, v. 3, § 5; GRACIÁN, *Itiner.* c. 1, 9; SURÍN, *Catéch. sp.* p. 1.ª, c. 1; p. 2.ª, c. 2; CAUSSADE, *Aband.* 2, c. 11; MOLINA, *De la oración* tr. 2, c. 6; etc., y nuestro libro *Cuestiones místicas* 1.ª-4.ª

[8] «No se gloríe el alma, dice San Bernardo (*Serm.* 71 *in Cant.* n. 6), de estar perfectamente *unida a Dios*, mientras no *sienta* que El permanece en ella, y ella en El».—Para que el hombre bueno pueda hacerse mejor, esto es, interior y espiritual, necesita, dice Taulero (*Inst.* c. 27), tres cosas: 1.ª, pureza de corazón, que lo deje libre de toda imagen o representación terrena; 2.ª, libertad de espíritu, y 3.ª, *sentir la unión con Dios*.—Esto mismo repite Fr. Juan de los Angeles (*Diál.* 9, § 7).

[9] ¡Oh cuán cortos somos, exclamaba un alma experimentada (la V. Rocaberti), en desear las cosas celestiales, de las cuales dice el Espíritu Santo (Ps. 80, 11): *Dilata os tuum, et implebo illud*; esto es: alma fiel, abre la boca del santo deseo; que Yo, tu Dios, la llenaré de gracia y de gloria!—En otro lugar (Ps. 102, 5) añade el Salmista que, deseando de veras los bienes espirituales, quedaremos *renovados* como el águila: *Qui replet in bonis desiderium tuum; renovabitur ut aquilae iuventus tua.*

soplo del Espíritu, la agitación de esas místicas *alas* y el esplendor de cierta luz más sutil que da nuevo lustre y primor a las cosas de fe, se hallan ya, aunque no lo adviertan, en pleno *estado místico* [10].

Por lo mismo que tanto vale y que no podemos lograrlo con nuestros esfuerzos, debemos pedirlo con gran insistencia, diciendo con la Samaritana: «¡Señor, dadme a beber de esta *agua!* [11]. Santa Teresa, a pesar de ciertas reticencias y frases ambiguas (sin duda por no chocar con la contraria opinión, que entonces empezaba a estar en boga), nunca se cansa de insinuar y ponderar cuán deseable es este bien, y cómo, a fuerza de humildad y perseverancia, al fin se consigue, como lo conseguían, con gran consuelo suyo, casi *todas* sus religiosas [12]. Ella misma, aun inconscientemente, desde sus primeros años, no cesaba de pedir esa misteriosa *agua viva,* de que tan sedienta se hallaba [13]; y que no es otra cosa que la vida del Espíritu (Io. 7, 39). Si no se pide con ardor es sólo porque no se conoce ni se sabe apreciar. «¡Si conocieras el don de Dios!...,

---

[10] Cf. SAUDREAU, *L'Etat Mystique* p. 218.

[11] Si enim *sapientiam* invocaveris, et inclinaveris cor tuum *prudentiae*: si quaesieris eam quasi pecuniam, et sicut thesauros effoderis eam; tunc *intelliges timorem Domini*, et *scientiam Dei invenies*; quia Dominus *dat sapientiam*: et ex ore eius *prudentia*, et *scientia*» (Prov. 2, 3-6).—«Qui mane vigilant ad me, *invenient me*» (Ib. 8, 47).

«Fili, a iuventute tua excipe doctrinam, et usque ad canos *invenies sapientiam*... Sapientia enim doctrinae secundum nomen est eius, et non est multis manifesta quibus autem cognita est permanet usque ad conspectum Dei... Investiga illam, et *manifestabitur tibi*... Cogitatum tuum habe in praeceptis Dei...: et ipse dabit tibi *cor*, et *concupiscentia sapientiae dabitur tibi*» (Eccli. 6, 18, 23, 28, 37).

«*Sentite* de Domino in bonitate, et in simplicitate cordis quaerite illum; quoniam *invenitur* ab his qui non tentant illum: *apparet* autem eis, qui fidem habent in illum» (Sap. 1, 1-2).

[12] «Bien pocas hay, dice (*Mor.* 5, c. 1), que no entren en esta morada... Hay más y menos, y a esta causa digo que son las más las que entran en ellas... *Todas* las que traemos este hábito... *somos llamadas* a la oración y *contemplación*... Alto a pedir al Señor que, pues en alguna manera *podemos gozar del cielo en la tierra*, que nos dé su favor para que no quede por nuestra culpa, y nos muestre el camino, y nos dé fuerzas en el alma, para *cavar hasta llegar a este tesoro escondido*». «Aunque en esta obra que hace el Señor—prosigue (c. 2)—no podemos hacer nada, mas para que su Majestad nos haga esta merced podemos hacer mucho *disponiéndonos*... Veis lo que podemos con el favor de Dios hacer, que su Majestad mesma sea nuestra morada, como lo es en esta oración de unión, *labrándola nosotras*».

[13] *Vida* c. 30.

a buen seguro que se lo pedirías, y El *te daría el agua viva...*, que salta a la vida eterna» (Io. 4, 10-14).

A todos los que tienen sed de justicia los convida con esta agua, y se la ofrece gratuitamente junto con la *leche* de sus consuelos [14]: a todos nos dice: «Pedid, y recibiréis; buscad y encontraréis; llamad y se os abrirá... Si vosotros siendo malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¿cuánto mejor dará vuestro Padre celestial el Espíritu bueno a los que se lo piden?» (Mt. 7, 11; Lc. 11, 9-13). «Pedid en mi nombre, y recibiréis de manera que vuestro *gozo* sea *pleno*» (Io. 4, 16-25). ¿Qué es esto sino alentarnos a todos, como a los apóstoles, a pedir incesantemente ser llenos del Espíritu Consolador, para enriquecernos con sus más preciosos dones? [15] ¿Por ventura no

---

[14] *Todos los sedientos, venid a las aguas, y los que no tenéis plata, acercaos presto, y comed*: *Venid y comprad sin dineros y sin ningún trueco, vino y leche* (Is. 55, 1). Primero dice *agua*, y luego *vino* y *leche*. *Agua*, porque mata y refrigera la sed y ardor del cuerpo y refresca los miembros cansados, y alimpia todo lo sucio. *Vino*, porque te hace salir de tu seso y tomar el seso de Cristo: quítate tu parecer y voluntad, y date el parecer y voluntad y querer de Jesucristo, Nuestro Señor y Redentor. ¿Quién lo quiere recibir, que de balde se da?... Es también *leche*, porque así trata el Espíritu Santo al ánima del que lo tiene, como a niño que está a los pechos de su madre, y rígelo, gobiérnalo y regálalo como a niño: así es el ayo nuestro, defendedor nuestro, pedagogo de nuestra niñez .. ¿Quién lo desea y está metido en pecado? ¿Quién lo pide con corazón ocupado en otras cosas?... ¡Ah, Señor! ¿Qué es esto?... Que os dais de balde, y que no os aprecian» (B. JUAN DE AVILA, *Tratado 4 del Espíritu Santo*).

«La *leche*, que es una vianda de amor, observa San Francisco de Sales (*Amor de Dios*, 5, 2), representa la *ciencia mística*; quiero decir, el dulce regalo que proviene de la complacencia amorosa en las perfecciones de la bondad divina; tiene su origen en el Amor celestial que la prepara a sus hijos antes que ellos mismos lo hayan pensado; tiene un gusto amigable y suave..., confiere una alegría sin desorden, embriaga sin embotar, y no priva del sentido, sino que lo levanta».

[15] «Descubríos a mí, Consolador mío, exclama San Agustín (*Solil.* c. 1); dejad que os vea yo, luz de mis ojos. Venid, gozo de mi espíritu; véaos yo, alegría de mi corazón; ámeos yo, vida de mi alma... Abráceos yo, celestial Esposo, y mi alegría suma .. Dadme una vista que os vea, ¡oh luz invisible! Cread en mí un nuevo olfato, ¡oh olor de vida!, que me haga correr tras de Vos, llevado de la fragancia de vuestros aromas. Dadme un gusto sano, con que yo sepa, conozca y discierna cuán grande es, Señor, la muchedumbre de vuestra dulzura que tenéis reservada para los que están llenos de vuestra caridad... ¡Oh vida que a mí me da vida. ., vida vital, dulce y amable y digna de estar siempre en la memoria! ¿Dónde estás? ¿En dónde te hallaré para que en mí desfallezca y en ti viva?... Mi alma te desea con ansia... Percibo tu olor, y con esto vivo y me gozo; pero todavía no te

se dirige a todos al decir (Io. 7, 37): *Si alguno tiene sed, venga a Mí y beba?* [16] A cuantos se animen a llevar su yugo, les ofrece su *descanso* (Mt. 11, 28-29). A todos los corazones está incesantemente llamando el Esposo divino, que viene deseoso de celebrar el banquete de las místicas bodas (Apoc. 3, 20). Si no le abrimos, o nos hacemos sordos a sus llamamientos, culpa nuestra es [17] [1].

Mas la divina Sabiduría no cesa de llamar a los pequeñuelos y decir a los que no entienden: «Venid, comed mi pan, y bebed el vino que os preparé: dejad la infancia, vivid y entrad por las *vías de la prudencia* (Prov. 9, 4-6) [18]. Esta es aquella mística *Sabiduría* tan *amable* y *deseable*, que «se deja hallar de quienes la buscan y se adelanta a los que la desean, y que debe ser preferida a todos los tesoros; pues con ella se reciben todos los bienes» (Sap. 6, 13, 14; 7, 8-11). A ésta debemos «amar y buscar siempre para tenerla por esposa y comunicar así íntimamente con Dios» (Ib. 8, 2-3) [2].

Si, pues, de veras «lo deseamos, nos será dado el *sentido* de lo divino; y, si con fervor lo invocamos, a nosotros vendrá el Espíritu de sabiduría» (Ib. 7, 7).

---

veo. Oigo tu voz y recobro la vida. ¿Por qué me ocultas tu presencia?... Por tanto, deja un alma de amaros, porque no os conoce; y no os conoce, porque no os contempla... Quien os conoce, os ama, se olvida de sí y se entrega del todo a Vos para gozaros».

[16] «No os congojéis del trabajo y contradicción que hay en el camino... Mirad que convida El a *todos*... Si no fuera general este convite..., aunque nos llamara no nos dijera: *Yo os daré de beber.* Pudiera decir: «Venid todos, que, en fin, no perderéis nada, y a los que a mí me pareciere yo les daré de beber». Mas como dijo, sin esa condición, *a todos*, tengo por *cierto* que a todos los que no se quedaren en el camino no les faltará esta *agua viva*». «A nadie quitó que procurase venir a esta fuente de vida a beber« (SANTA TERESA, *Camino de perf.*, c. 19-20).

[17] «Todos, dice San Bernardo (*Serm. 2 dom. I post. oct. Epiph.* n. 2), todos nosotros hemos sido llamados a estas bodas espirituales, en que Jesucristo es el Esposo y la esposa nosotros mismos». Pero como advierte el mismo Santo (*Serm. 32 in Cant.*): *Osculis et amplexibus Sponsi sola illa anima fruetur, quae multis vigiliis et precibus, multo labore et lacrymarum imbre Sponsum quaesierit . Tu tamen fletibus insta, reditum eius certissime expectans.*

[18] ¿Cómo se puede mostrar más claro el cordial deseo que uno tiene de que su amigo coma bien, que previniéndole un convite espléndido, como hizo aquel rey de la parábola del Evangelio, y después llamarle, instarle y casi forzarle con ruegos, exhortaciones y porfías a que se venga a sentar a la mesa y coma?... Mas esta especie de beneficio quiere ser ofrecido por llamamientos, proposiciones y solicitudes, sin fuerza ni violencia» (SAN FRANCISCO DE SALES, *Amor de Dios* l. 8, c. 3).

La misma Sabiduría dice que tiene sus delicias en morar con los hijos de los hombres; que ama a los que la aman y se dejará encontrar de cuantos madruguen a buscarla; y que todos los que la hallaren hallarán la vida, y con ella salud y justicia, gloria, riquezas y felicidad. Así es como se dirige aun a los mismos que no entienden o se le hacen sordos, para que todos vengan a ella y la oigan y se dejen embriagar de sus dulzuras (Prov. 8, 17-21, 31-36; 9, 3-6; Cant. 5, 1). Todos pueden criarse a sus pechos (Os. 2, 14), y ser enseñados por el mismo Dios (Is. 54, 13; Io. 6, 45); pues a cuantos son fieles a la gracia, se lo enseña todo la *unción* del Espíritu (1 Io. 2, 20-27).

Para todos los fieles, y no sólo para algunos más privilegiados, pide el Apóstol (Eph. 1, 17) «el *Espíritu de sabiduría y de revelación*, para conocer a Dios y saber apreciar la riqueza de su vida y herencia en los santos». Y en poseer ese amoroso Espíritu y estar poseídos de El consiste la verdadera *contemplación*, a la cual llegan cuantos logren beber en la fuente del *agua viva.*

Si son muchos los que tardan excesivamente en llegar, o no llegan nunca, es porque presumen de sí mismos y no corren en busca de tanto bien; porque no lo piden con bastante humildad y perseverancia, porque no abren a tiempo la puerta cuando les llama el Amado, porque no van en pos de sus aromas, ni le ruegan que los atraiga; y, en fin, porque, en vez de invocarle para que les envíe su Espíritu, ni aun siquiera se paran a escuchar su voz, y se hacen sordos a sus reiterados llamamientos [19]. Si hoy mismo oyereis su voz, nos dice el Salmista (94, 8-11), no endurezcáis vuestros corazones; para que no os suceda como a aquellos que no pudieron entrar en el *descanso divino*». Todos los días, observa el mismo Apóstol (Hebr. 3, 13-14; 4, 1,12), se nos invita a entrar en este *descanso*; para nosotros ha quedado este *sabatismo*; «apresurémonos, pues, a entrar en él, y no seamos incrédulos. Porque viva y eficaz y más penetrante que una espada de dos filos es la palabra de Dios, que penetra hasta la división del alma y del espíritu».

Mas para oír bien la voz divina—y sobre todo para gozar de la vista y conversación amorosa del Dios de todo consuelo (cf. Io. 14, 17-21)—es menester mucho recogimiento y muchí-

---

[19] «Ego, inquit Dominus, docui Prophetas ab initio, et usque nunc *non cesso omnibus loqui*: sed multi ad vocem meam surdi sunt, et duri» (KEMPIS, l. 3, c. 3).

sima pureza de corazón (Mt. 5, 8)[20]. Por eso los disipados, los enemigos de la soledad, los que se derraman excesivamente en obras exteriores, por santas que sean, no cuidándose lo bastante de andar en la presencia divina y purificar sus almas; y, en fin, todos los que son más amigos de especular y hablar con gran aparato, o de trabajar entre el bullicio del mundo, que de sentir y experimentar en silencio las cosas de Dios, suelen ser tan refractarios a la vida mística[21]. Esta es una sabiduría secre-

[20] «El alma, dice Casiano (*Collat.* 10, c. 6), se eleva en la oración según el grado de su pureza. Cuanto más se aleja de las cosas materiales y terrestres, tanto más se purifica y ve interiormente a Jesucristo en los abajamientos de su vida o en la majestad de su gloria. Sólo es dado contemplar la Divinidad con vista purísima a los que se alejan de las obras y pensamientos bajos y terrenos, para subir con El a la alta montaña de la soledad, donde, libres del tumulto de las pasiones y de la esclavitud de los vicios, contemplan a la luz de su fe, en la cumbre de su virtud, la gloria y belleza de su divino rostro, que no merecen verlo sino los limpios de corazón».

[21] «La principal causa de que tan pocos lleguen a este estado es, según advierte Taulero (*Inst.* c. 25), el no perseverar en solicitarle, y poner tan poco cuidado en la extirpación de los vicios, en alcanzar la pureza de corazón y allegarse a Dios de continuo». «Nos derramamos—decía en el c. 5.º—por los sentidos, somos perezosos y tibios en la oración, no dirigimos a Dios ardientes suspiros y deseos, no observamos nuestro fondo interior, ni procuramos, mediante la abnegación, corresponder a las divinas inspiraciones; no insistimos con atención y viveza en la presencia de Dios y, apartando nuestra mente de aquella simplicísima luz que está dentro de nosotros, nos derramamos en muchas otras cosas, y por eso no somos iluminados ni acabamos de conocernos, permanecemos en lo interior varios e inconstantes, y fuera, en los sentidos, insaciables».

«Cuando el alma desea alguna cosa exterior, dice San Agustín (*Soliloq.* c. 30), es señal de que no os tiene a Vos en su interior; pues teniéndoos, nada hay más que desear... Mas cuando desea alguna criatura, padece continua hambre, porque aunque logre lo que desea, se queda vacía, pues nada hay que pueda llenarla, sino Vos».

«No basta, afirma el B. Susón (*Disc. espir.* 2, *la Perfec.*), estudiar, discurrir y escribir sobre las sublimes virtudes... Los que se contentan con saber esto son como los soldados fanfarrones. Pasen de las palabras a las obras, conculquen bajo sus pies toda vana curiosidad, no se derramen en las cosas exteriores, sino vivan recogidos en Dios, combatiendo por su amor todos los propios deseos... A una persona piadosa que ardientemente deseaba conocer el beneplácito de Dios, y con fervientes oraciones le pedía que le manifestase su divina voluntad, le apareció el Señor y le dijo: Cautiva tus sentidos, amordaza tu boca, ata tu lengua, doma tu corazón y sufre por mi amor todas las cosas molestas, y harás perfectamente mi voluntad. Renuncia a las imágenes de las cosas visibles y fija tu mirada dentro de ti misma para ver tu interior, y comprenderás cuán verdadera es esta sentencia del Profeta (Ps. 4, 7): ***Fijada está sobre nosotros, Señor, la luz de vuestra cara***».

ta que se revela a los pequeñuelos—que viven en la obscuridad—y se oculta a los prudentes y sabios según el mundo (Mt. 11, 25) [22].

Pero los que por deber viven continuamente ocupados en trabajar por Dios y, abrumados de quehaceres, apenas hallan tiempo para recogerse; si con la práctica de tantas buenas obras, el ejercicio de las virtudes que su profesión reclama, la indispensable oración—aunque sea vocal—y la presencia de Dios, van adelantando de veras en la perfección cristiana y llegan a cierta *unión de conformidad*; tan pronto como, suspendiendo esa excesiva actividad exterior que les absorbía, empiecen a recogerse de veras para reparar las fuerzas del alma, se hallarán, casi de repente, levantados a muy alto grado de contemplación; queriendo así el Señor que en esta misma vida recojan de algún modo el fruto de los trabajos que por su nombre sufrieron, y empiecen a gustar los preludios de la gloria que les espera [23]. Así confiesa el P. Godínez [24] que sucedió a muchos piadosos misioneros, cuando, ya fatigados y envejecidos, tuvieron que suspender las tareas de su vida apostólica, como había

[22] «Si rationi tuae magis inniteris quam virtute subiectiva I. Christi, raro aut tarde eris homo illuminatus». Cui ego loquor, ait Dominus, cito sapiens erit, et multum in spiritu proficiet. Vae eis qui multa curiosa ab hominibus inquirunt, et de via mihi serviendi parum curant... Ego sum qui humilem in puncto elevo mentem, ut plures aeternae veritatis capiat rationes, quam si quis decem annis studuisset in scholis» (KEMPIS, l. 1, c. 14: l. 3, 43).

«Si quis quaerat de Theologis, advierte el V. Bartolomé de los Mártires (*Comp. myst.* c. 15), cur non degustent contemplationis dulcedinem, uno verbo dicam: non ingrediuntur ad eam per ostium a Paulo ostensum, dicente: *Si quis inter vos videtur sapiens esse stultus fiat ut sit sapiens*; id est, humiliet se, stultum se reputans respectu divinae sapientiae mysticae .. Simplex melius Deum cognoscit contemplatione et amore, quam doctissimus theologus subtili dumtaxat speculatione».

Esto no quiere decir que la verdadera teología sea un impedimento para la contemplación, como daba a entender Molinos (64.ª propos. cond.; cf. DENZINGER, *Enchirid.* 10.ª ed., n. 1.284); antes, estudiada con humildad, es gran ayuda, como advierten Santo Tomás y San Francisco de Sales.

[23] «A las veces, dice Santa Teresa (*Camino* c. 17), viene el Señor muy tarde, y paga tan bien y tan por junto, como en muchos años ha ido dando a otros. Yo estuve más de catorce que nunca podía tener aun meditación, sino junto con lección. Habrá muchas personas de esta arte... *Estad seguras* que haciendo lo que es en nosotras, y *aparejándonos para contemplación* con la perfección que queda dicha..., a lo que creo, *no dejará* (el Señor) *de dar*, si es de veras el desasimiento y humildad».

[24] *Teol. mist.* 3, 6-8.

sucedido, según refiere Santa Teresa [25], a «un santo varón y gran letrado dominico» [26]. Si, pues, estos siervos fieles no percibieron hasta entonces *claramente* la dulce voz de su Señor, fué porque no pudieron o no supieron recogerse lo bastante para escucharla y conversar con El a solas [27]. Para reconocerle bien, hay que frecuentar su trato amoroso; *Vacate et videte*. Como *ciencia experimental* que es, la Mística exige mucho ejercicio de oración. Los que se dedican a ésta muy poco, o no se cuidan de andar siempre en la divina presencia, no se quejen de no ser llamados a la contemplación. Por eso los grandes maestros de la vida espiritual encargan con tanto empeño el recogimiento, la introversión, la perseverancia en la oración y las frecuentes y ardientes aspiraciones, para lograr remontarnos al trato íntimo con Dios, y gustar las dulzuras de la *vida mística* [28].

---

[25] *Vida* c. 33.

[26] Algo así acaeció al Beato Diego de Cádiz (cf. su *Vida interior*, por ALCOBER, 1.ª p., c. 2, 13; 2.ª p., c. 23, 25; 3.ª p., c. 8), que, en medio de sus continuas tareas apostólicas, de sus gloriosos triunfos y de los honores y aplausos con que era recibido, y a pesar de tener siempre a lo menos dos o tres horas de oración, no solía sentir otros afectos íntimos más que los de aridez, anonadamiento, confusión y temor filial. En realidad era contemplativo sin él notarlo. Aunque abrasado en el celo de la gloria de Dios y la salud de las almas, rarísimas veces pudo sentir y *saborear* hasta última hora las dulzuras de aquella divina caridad que tanto le *urgía*. En público resplandecía con el don de *consejo*, *ciencia* y *fortaleza*, sintiéndose con suma frecuencia *inspirado de Dios* (ib. 2.ª p., c. 5), para decir o hacer en sus predicaciones cosas muy distintas de las que tenía pensadas; mas en privado casi no se le traslucían más que los de *temor* y *piedad*. En él se cumplía, como en todos los varones apostólicos, el *foris pugnae, intus timores*, con que se mantenía humilde y *anonadado* ante Dios, poniendo a todas horas, como él decía, *su corazón a los pies de los pecadores*, mientras con *fortaleza* invencible reprendía y amenazaba, luchando por el triunfo del bien y de la verdad. —Cf. *Ib.*, 1.ª p., c. 3. 9-11, 16; 2.ª p., c. 5, 12, 16, 22; 3.ª p., c. 3.

[27] «Iam non mihi per prophetas loquatur, sed per semetipsum veniat, et osculetur me osculo oris sui» (ORÍGENES, *Homil. 1 in Cant.*)—*Beatus homo quem tu erudieris, Domine, et de lege tua docueris eum: ut mitiges ei a diebus malis!* (Ps. 93, 12-13).

[28] «Assidua adspirationum sive orationum iaculatoriarum et ferventium desideriorum ad Deum emissio, verae mortificationi atque abnegationi coniuncta, *certissimum est compendium*, quo cito facileque pervenitur ad perfectionem, et *mysticae Theologiae* sapientiam, unionemque divinam. Nam huiusmodi adspirationes efficaciter penetrant ac superant omnia media quae sunt inter Deum et animam. Sane quoties quis ab omnibus rebus caducis abstractus, cor suum cum humilitate et amore ad Deum integre convertit, toties illi deus occurrens, novam gratiam infundit» (BLOSIO, *Inst. spiritualis* c. 5).

«Por lo demás, conviene advertir, con San Francisco de Sales (*Amor*

San Agustín [29] quiere que busquemos a Dios dentro de nosotros mismos, seguros de hallarle; y en todas sus *Meditaciones*, así como en los *Soliloquios* [30], no cesa de pedir las *alas* del Espíritu Santo para volar con la contemplación y poder hallar el místico reposo [31].

Dionisio el místico—mal llamado el *Areopagita*—encarga singularmente despojarse de todas las formas sensibles para llegar a la más alta contemplación [32]. Porque Dios concede esta ciencia mística a las almas ya bien dispuestas que, deseosas de más perfección, la buscan humildemente; y así «el hombre se eleva por la *oración* a la *contemplación* de las grandezas divinas» [33].

Casi del mismo modo se expresa San Gregorio Magno [34], advirtiendo que «no es por imágenes y formas visibles por donde puede obtenerse la luz invisible. Quien aspire a recibir esta

---

de Dios 12, 4), que «las necias, vanas y superfluas ocupaciones de que nos cargamos, son las que nos divierten del amor de Dios, y no los verdaderos y legítimos ejercicios de nuestra vocación... San Bernardo no perdía un punto en el aumento que deseaba hacer en este santo amor, aunque estuviese en las cortes y ejércitos de grandes príncipes».

[29] *Confes.* 1, c. 2; 10, c. 24-27.

[30] C. 1.

[31] «¡Oh fuente de la vida!, llenad mi alma con la avenida de vuestros deleites, y embriagad mi corazón con la santa embriaguez de vuestro amor... Elevad mi alma, que está sedienta de Vos, que sois fuente viva inagotable... Vos mismo dijisteis: *Si alguno tiene sed, venga a mí, y beba*... Dadme vuestro Espíritu Santo, a quien simbolizan esas aguas que prometisteis a los sedientos... *Dadme alas* como de águila, para que mi espíritu vuele a Vos, y nunca desfallezca jamás .. *Descanse en Vos mi corazón*... para que todas mis cosas logren serenidad y *quietud*, y yo me abrace con Vos, que sois mi único Bien, y desvanecida la obscuridad de mis inquietos pensamientos, *os contemple claramente* a Vos, dulce luz de mis ojos. Acójase mi alma, Señor, debajo de la sombra de vuestras alas... y *en esta perpetua paz dormiré y descansaré*... Concededme, pues, como os lo suplico, las alas de la *contemplación*, para que con ellas pueda volar a lo alto y llegarme a Vos» (SAN AGUSTÍN, *Meditaciones* c. 37).

[32] Bien conocidas son las palabras que dirige a su discípulo (*Myst. Theol.* 1, 1): «Ejercítate sin descanso en las contemplaciones místicas; deja a un lado los sentidos y las operaciones del entendimiento, olvida todas las cosas sensibles e inteligibles, las que son y las que no son: y, remontándote sobre todas ellas, ve a unirte lo más íntimamente que puedas con Aquel que está por encima de toda esencia y de toda noción. Pues por este sincero, espontáneo y total abandono de ti mismo y de todas las cosas, libre y sin obstáculos, serás introducido en aquel resplandor misterioso de la divina obscuridad».

[33] *Div. nom.* 1, 2; 3, 1.

[34] *Hom.* 5, n. 5, in *Ez.* 2.

luz contemplativa, debe velar con sumo cuidado por conservarse en la humildad y no apropiarse las gracias que recibe».

«Quien busca a Dios, observa San Pedro Damiano [35], va con el objeto de encontrar un día u otro el descanso y sumergirse en el gozo de la alta contemplación».

Ricardo de San Víctor [36] compara las almas deseosas de Dios con los querubines del propiciatorio, y dice que «debemos, con el deseo, extender las alas de nuestro corazón, esperando la hora o el momento en que llegue la revelación divina, para que, tan pronto como el soplo de la inspiración celeste disipe las nubes de nuestro espíritu, podamos romper a volar, contemplando, y remontarnos a las alturas de donde procede ese eterno resplandor».

«No descansaré, dice San Bernardo [37]—personificando al alma enamorada de Dios—hasta que me haya concedido el *beso de su boca*, que es la dulzura de la contemplación del Verbo. Doile gracias por haberme concedido el beso de sus pies, y luego el de sus manos; pero, si se acuerda de mí, que también me conceda el de su boca. Lo que a esto me mueve no es presunción: es afecto. La reverencia, me detiene; pero el amor, triunfa. Bien sé que a El le toca invitarme, mas los ímpetus del amor impiden aguardar por la invitación». Y en el sermón 32 añade que el alma que con ardientes deseos, suspiros y lágrimas vela llamando al divino Esposo, no dejará de gozar de El en esta misma vida [38].

El Beato Alberto Magno dedica su precioso tratado *De adhaerendo Deo* a excitar los más vivos deseos de la contemplación, diciendo que no debemos descansar hasta lograrla y gustar los preludios de la gloria; para que, aficionados a la divina bondad, siempre vayamos en pos de ella: *Cor nostrum*, escribe [39], *colligamus et ad interiora gaudia revocemus, ut aliquando in divinae contemplationis lumine hoc figere valeamus...*

[35] *De perfect. monast.* c. 8.
[36] *De contempl.* l. 6, c. 10.
[37] *Super Cánt.* serm. 9.
[38] Interpretando en otro lugar los deseos de la Esposa, pide a Dios que le muestre su cara, y se le manifieste de lleno en la *contemplación*: «Ehu!, exclama, nec clara lux, nec plena refectio, nec mansio tuta: et ideo *indica mihi ubi pascas, ubi cubes in meridie... Vultus* tuus *meridies est...* O vere meridies, plenitudo fervoris et lucis, solis statio, umbrarum exterminatio!... Hunc locum, inquit, tantae claritatis et pacis et plenitudinis indica mihi ut... *ego quoque te in lumine tuo et in decore tuo per mentis excessum merear contemplari*» (SAN BERNARDO, *In Cant.* serm. 33, n. 6-7).
[39] C. 7.

Necesse est ut cum humilitatis reverentia, ac fiducia nimia, mens elevet se supra se et omne creatum per abnegationem omnium... Tunc fertur in mentis caliginem, et altius intra se elevatur, et profundius ingreditur. Et hic modus ascendit usque ad aenigmaticum contuitum Smae. Trinitatis. Quapropter nunquam desistas, nunquam quiescas, donec futurae illius plenitudinis aliquas—ut ita dicam—arrhas, seu experientias degustes; et donec divinae suavitatis dulcedinem per quantulascumque primitias obtineas: et in odorem ipsius, post eam currere non desinas.

«Este debe ser, añade [40], el intento, el esfuerzo y el fin del hombre espiritual; el lograr poseer, en este cuerpo corruptible. esa imagen de la futura bienaventuranza, y gustar en este mundo esa prenda de la gloria y conversación celeste. Tal es, digo, el fin de toda la perfección... Por lo tanto, si perseveras en tu introversión y recogimiento, te llegará a ser fácil y expedito el *contemplar y gozar*».

Santo Tomás admite la perfecta *unidad* y *continuidad* en la vida devota y verdaderamente cristiana, y así considera siempre la *contemplación* como un *estado* a que todos los fieles amigos de Dios deben aspirar [41], *disponiéndose* a ello con todos los ejercicios ascéticos, y remontándose gradualmente de la *consideración* de las maravillas divinas, a la *vista amorosa* del mismo Dios y a la *contemplación de la divina Verdad* [42].

---

[40] C. 13.

[41] «Hos videtur esse amicitiae *maxime proprium*, simul *conversari* ad amicum, conversatio autem hominis ad Deum est per *contemplationem* ipsius, sicut et Apostolus dicebat: *Nostra conversatio in caelis est* (Phil. 3, 20). Quia igitur Spiritus S. nos amatores Dei facit, *consequens est quod per Spiritum Sanctum Dei contemplatores constituamur*» (SANTO TOMÁS, *Contra Gent.* 4, c. 22).

[42] «Homo, escribe (2-2, q. 180, a. 3), *quodam processu.* ex multi· *pertingit ad intuitum simplicis veritatis.* Sic ergo *contemplativa vita unum quidem actum habet* in quo finaliter *perficitur*, sc. contemplationem veritatis; a quo habet *unitatem*. Habet autem *multos actus, quibus pervenit ad hunc actum finalem*»... A esos actos preparatorios con que el alma se dispone para llegar a la contemplación, pertenecen la *meditación*, la *consideración*, la *lección*, etc. (*Ibid.* ad 2, et 4). Cf. a. 4 ad 2, et 3, donde señala diversos *grados* por los cuales, de la consideración de las creaturas, se llega a la «sublime contemplación de la divina verdad». De ahí, añade (q. 182, a. 4 ad 3), que hasta los más inclinados a la vida activa, puedan, mediante el ejercicio de las virtudes, disponerse para la contemplación: *Unde et illi qui sunt magis apti ad activam vitam possunt per exercitium activae ad contemplativam praeparari.*

Lo cual está muy conforme con lo que dice Isaías (58, 10): «Cum effuderis esurienti animam tuam, et animam aflictam repleveris, *orie·*

San Buenaventura, en su famoso *Itinerarium mentis ad Deum*, enseña el modo de poder alcanzar la ciencia mística y llegar «al descanso de la contemplación», advirtiendo expresamente que Dios a todos convida: *Omnes viros vere spirituales Deus invitat ad huiusmodi transitum et mentis excessum.* Y por lo mismo, «todos los fieles deberían aspirar a este conocimiento de Dios» [43]. Y en el opúsculo *De perfectione vitae ad Sororem*, dice: «Olvídate por completo de todo lo exterior, procurando, con todo el afecto de tu alma, remontarte sobre ti misma, sin aflojar nunca, sino subiendo con tan ardiente devoción, que logres entrar en el *tabernáculo admirable*, donde, a fuerza de *contemplar* al Amado y gozarle, puedas quedar en El *arrebatada* y *transformada*». Así vemos que «la oración mental, conforme decía Santa Angela de Foligno [44], lleva a la *sobrenatural*». Y que cuantos procuran orar y meditar como conviene, acabarán por ser *contemplativos.*

A todos invita Dios, observa también Santa Catalina de Siena [45]. Y por eso ella no se cansa de exhortar a toda suerte de almas, para que no se hagan sordas, ni sean perezosas ni cobardes, sino que procuren recibir «el baño de fuego y de sangre», y sumergirse y embriagarse en la sangre de Cristo [46].

El Beato Enrique Susón consagra su precioso libro de *La Eterna Sabiduría* a excitar en los corazones el amor y deseos de Ella, y el de la *Unión divina*, a procurarla con todo interés [47].

---

tur in tenebris lux tua, et tenebrae tuae erunt sicut meridies. Et *requiem* tibi dabit Dominus semper, et *implebit splendoribus animam tuam*». Si bien este pasaje se aplica más propiamente a las obras de caridad en que deben a veces las almas contemplativas, en medio de sus prolongadas obscuridades, ejercitarse para de nuevo recobrar su luz.

[43] 2 *Sent.* d. 73, a. 2. q. 3 ad 6.

[44] C. 62.

[45] *Diál.* c. 53; cf. c. 59, 85, 101.

[46] *Epís.* 52, 57, 58, 60, 106, etc.; cf. *Diál.* c. 60-63, 66, 73-79, 85-86, etcétera.

[47] «Deja las cosas corpóreas, decía (*Unión* 1-2), lánzate con tus potencias superiores hasta las alturas de la contemplación, donde toda nuestra perfección se encuentra. ¿No ves que la vida activa es un desierto que conduce a esta tierra de promisión..., a esta pureza, a esta paz, que es un preludio de la gloria?... Aplícate al estudio de la vida interior, que consiste en un abandono y un aniquilamiento perfecto de sí mismos en Dios, y en una muy íntima unión del alma con la divina Esencia». «Persevera con valor en ese abandono, y no descanses hasta llegar, según lo permite la flaqueza humana, a esa perfecta unión de los santos, que es siempre presente, actual y divina». «Esta sublime unión con Dios, añade (7), es para ti un deber, a causa del principio de que dependes. El Espíritu supremo eleva al hombre

El V. Juan Taulero, en su famoso sermón sobre el tema: *Ecce Sponsus venit, exite obviam Ei* (Mt. 25, 6), hace ver cómo a todos los fieles se dirige esta voz, por más que sean tan pocos los que se dignan oírla y disponerse debidamente para ir a esperar al Esposo. Por el ejercicio de la vida interior, advierte en sus *Divinas Instituciones* [48], «se viene a *sentir* la unión del espíritu con Dios... De esta unión es el alma nuevamente impelida al deseo, y excitada al trato interior, y ya amando, ya obrando, sube a nueva unión con El. Así la obra, la unión y el aprovechamiento en Dios se renuevan, y esta renovación es la vida espiritual». «Si alguien preguntare, añade (c. 28), cómo podrá más fácil y compendiosamente conseguir esa vida deiforme, y llegar a ser hecho un espíritu con Dios, le diré que aprendiendo a ser diligente morador de sí mismo, recogiéndose dentro de sí con una perpetua *introversión*. Porque allí verdaderamente se *siente* resplandecer la luz; allí se *oyen* las inspiraciones, los movimientos y los instintos del Espíritu Santo, los cuales debe con diligencia el hombre seguir, porque este divino Espíritu sin cesar tira, insta y atrae a los suyos. Esto el hombre exterior no lo entiende... Pero el interior debe advertirlo, porque sintiendo a Dios dentro de sí, y viviendo continuamente con El, le dará lugar para que El disponga y lleve su obra a perfección. No es otro el lugar de Dios sino el interior, pues *el reino de Dios está dentro de nosotros* (Lc. 17, 21). El que rehuse ir a donde está el tesoro, no tendrá razón para quejarse de ser pobre... Quien desea hallar toda verdad, conviene que dentro de sí la busque, abriendo siempre a Dios el fondo interior de su alma, por amorosas aspiraciones y afectuosos suspiros con humilde resignación».

Rusbrockio [49] afirma, por su parte, que cuando un alma siente vivos deseos de ver a Cristo, su Esposo, y conocerlo tal como es, subiendo—como Zaqueo—a lo más alto del árbol de la fe, logrará *verle* pasar con todos sus dones, y *oír* de su boca los más adorables secretos, y sentirle descansar en su corazón.

«Jesucristo, observa J. Lanspergio [50], está diciendo al alma:

---

y lo ilustra con una luz divina, para que vuelva a su Dios. Mas la mayor parte de los hombres, despreciando esta luz, envilecen la dignidad de su alma y obscurecen la semejanza divina, entregándose a los culpables placeres del mundo... Por el contrario, los cuerdos y prudentes, siguiendo esa brillante y divina estrella, se aficionan a lo que es ésta y, renunciando a los placeres de los sentidos y a todas las cosas perecederas, se unen con ardor a la eterna Verdad».

[48] C. 27.

[49] *Ornato de las bodas* l. 1. c. 26.

[50] *Alloquiorum* l. 1, c. 16.

escucha, hija mía, en todo tiempo y lugar mi voz; la cual te repite que entres en ti misma. Ahí está esta *teología mística* que mi Padre escondió a los sabios del siglo para revelarla a los pequeñuelos. Yo, como supremo doctor, la hago penetrar en los corazones cuando están desprendidos del mundo, de sí mismos y de todas las criaturas. Clama sin cesar, hija mía, suspirando por conseguirla, deséala con una humildad profunda, y en la paz y en el silencio espérala con longanimidad y confianza».

El V. Blosio empieza su *Institución espiritual* diciendo que «todos deben aspirar a la perfección y a la *mística unión*... Quien ésta lograse, encontraría y sentiría dentro de sí mismo a Aquel cuya dulce presencia lo colmaría de bienes y lo llenaría de gozos inefables; con lo cual evitaría el derramarse exteriormente para buscar engañosos consuelos en las criaturas. y tendría por insípido y amargo todo lo que no fuese Dios... Quien a eso anhela, deseando llegar a ser perfecto y experimentar el íntimo abrazo de la unión divina, debe insistir en la mortificación y abnegación de sí mismo, y ejercitarse en la santa introversión, suspirando por Dios con jaculatorias y piadosos deseos, y haciendo por El todo cuanto hace, no deseando sino complacerle en todo. Este y no otro es el camino por donde *puede llegar a la perfección y a la mística unión*» [51].

El V. Bartolomé de los Mártires insiste repetidas veces en esta misma doctrina y, con gran abundancia de testimonio de los antiguos doctores, procura inducir a todos a disponerse con frecuentes *introversiones*, para llegar a la contemplación [52]. Declara cómo podrían todos lograrla, si en la *soledad*, con *amargo dolor* y *firme perseverancia*, la buscasen, pues por estos grados *certísimamente* se puede alcanzar [53]: «Assignat (Guilhel-

[51] Para pedirla, él mismo propuso varias devotísimas oraciones. He aquí una (*Inst.* c. 11): «Per dignissima Vulnera tua introduc me in nudum animae meae fundum, et transfer in te Deum meum, originem meam, ut venam aquarum viventium in me *sentiam*, te clare cognoscam, te ardenter diligam, tibi sine medio uniar, et in te per tranquillam fruitionem quiescam, ad laudem nominis tui... Te solum quaerere debeo: te solum quaero et concupisco. Eia, trahe me post te... Aperi mihi pulsanti: aperi orphano te inclamanti. Immerge me in abyssum Divinitatis tuae, totumque absorbe, et unum spiritum tecum effice, ut delicias tuas in me habere possis».

[52] En el c. 10 de su *Comp. Myst. doctr.* dice que sus documentos se ordenan ya a inflamar las almas en el deseo de la verdadera contemplación y mostrar cómo se ha de caminar hacia ella». Y el c. 13 (o 14) se titula *Quaedam media perveniendi ad hanc mysticam Theologiam.*

[53] «Diu laborandum est, advierte (c. 26), ut ad huius felicitatem con-

mus) tres gradus quibus ad contemplationem *certissime possis ascendere*: Primus, *amara contritio*. Secundus, *otium* seu *solitudo*. Tertius, *fortis et constans perseverantia*» [54].

Muy conforme a esto, la prudentísima Santa Teresa no se cansa de excitar y recomendar los deseos de la contemplación, procurando que sus hijas se dispongan para conseguirla [55].

San Ignacio escribía en 1548 a San Francisco de Borja. aconsejándole también aspirar a los dones de la contemplación, no para complacerse en ellos, sino para que con ellos puedan ser más perfectas todas nuestras acciones.

«Las almas ejercitadas en la virtud, observa el P. Alvarez de Paz [56], pueden desear ardientemente la contemplación y pedirla con humildad; por lo mismo que les es útil, como medio eficacísimo de llegar a la perfección... Si, pues, te sientes impulsado del amor divino y has procurado disponerte según lo permite la humana fragilidad, derrama día y noche torrentes de lágrimas para alcanzar ese don... No te detengas por tu pequeñez... Sé animoso, y dile al Señor: «Si he hallado gracia ante Vos, mostradme vuestra cara»...

Sin la contemplación, observa Lallemant [57], nunca se adelantará gran cosa en la virtud, ni se estará en condición de hacer adelantar a los otros. No acabará uno de librarse de sus flaquezas e imperfecciones, y permanecerá atado a la tierra. Y, no pudiendo remontarse sobre sí mismo, tampoco podrá ofrecer a Dios un servicio perfecto. Mas con ella podrá hacer más para sí y para los otros en un mes, de lo que sin ella podría hacer en diez años».

El P. Surín [58] afirma rotundamente que la contemplación es el modo de oración propio de las almas perfectas, aunque a veces, por gracia singular, se concede a algunas todavía imperfectas. De ahí la necesidad de que todos la deseen y se dispon-

---

ditionem pervenias... Tu ergo *persevera, et sustine Dominum, spe enim tua non frustraberis*».

[54] *Ib.* c. 15.—«Perambulemus ergo hanc viam, añade (c. 27); purus animus pura Deum devotione frequentet, frequentando *gustet*, gustando probet, *quam suavis est Dominus*, quo tandem inebriatus amore, totam in Deum considerationem inflectat, toto in ipsum desiderio pergat, nihil dulcius, nihil iucundius in vita habeat, quam *vacare et videre quoniam ipse est Deus*. Affecta sic anima Sponsus arctissime complectitur, stringit, et tenet dicens: *Tenui eum, neque dimittam*» (Cant. 3).

[55] *Camino de perfección* c. 17, 19-21, etc.

[56] T. 3. *De natura contemplationis* l. 5, p. 2.ª, c. 13.

[57] *Doctr. Spirit.* princ. 7, c. 4, a. 4.

[58] *Catech. spir.* p. 1.ª, c. 1.

gan para recibirla; ya que sin ella no podrán conocerse bien a sí mismos ni menos conocer a Dios y amarle y servirle perfectamente [59].

Por eso el V. Palafox publicó su *Varón de deseos*, procurando infundirlos a todos los fieles de su diócesis para que se esforzasen en marchar por las sendas del bien y recorrer con valor las *tres vías* de la perfección cristiana, subiendo de virtud en virtud hasta ver a Dios en las cumbres de la contemplación [60].

La cual, como asegura el P. Molina [61], «*no se niega a ninguno* que persevere en hacer todo lo que es de su parte».

Así, pues, «la santa contemplación, conforme dice San Francisco de Sales [62], es el fin y blanco a que se encaminan todos los demás ejercicios—lección, meditación, oraciones y devociones—y todos se reducen a ella».

Por tanto, según advierte Sandreau [63], «ella es el *término normal* a que llegan las almas verdaderamente fieles». Pues, como decía muy bien el P. Surín [64], cuantos hacen las diligencias que son menester para mortificarse y purificarse, tienen en

[59] «Mientras que un alma no llegue al estado de contemplación, advierte (*ib.* 2.ª p., c. 2), no estará bastante humillada ante Dios ni iluminada en la vida espiritual. Por eso, luego que una persona está ya más ejercitada en santas meditaciones y lecciones y ha adquirido suficiente instrucción en las cosas de Dios, *debería* irse disponiendo para esta venturosa contemplación, que aunque no puede ser enseñada con preceptos ni adquirida por nuestra industria, puede, sin embargo, ser bastante fácilmente lograda por quienes saben quitar los muchos obstáculos que desde un principio encuentra; entre los cuales está el de aferrarse al discurso y confiar mucho en este trabajo del entendimiento... A quien persevere, Nuestro Señor le irá introduciendo en esa dulce contemplación que es la bodega de sus vinos: bodega obscura, en apariencia, por causa de la universalidad e indistinción del objeto—que es aquella nube en que entró Moisés—, pero en realidad luminosa, puesto que es la entrada en los secretos de Dios Mas esta luz no se percibe mientras está aún nuestra razón ofuscada»

[60] «Los deseos, dice (*ib.* introd.), hacen de los pecadores, buenos; de los buenos, perfectos, y de los perfectos, santos .. En la primera vía se considera el alma penitente; en la segunda, devota; en la tercera, enamorada. En la primera, gime; en la segunda, desea; en l tercera, suspira... contempla lo que halló... La primera es de los principiantes; la segunda, de los aprovechados; la tercera, de los perfectos... Son los tres grados de San Buenaventura...: el primero, alma que sigue el Espíritu divino; el segundo, alma que vive con el Espíritu divino; el tercero, alma en quien sólo vive ya el Espíritu divino»

[61] *De la orac.* tr. 2, c. 6.

[62] *Amor de Dios* l. 6, c. 6.

[63] *Etat. myst.* p. 185.

[64] *Fondements de la vie spir.* l. 5, c. 14.

sí a Dios llenando todas sus potencias..., y se encuentran colmados de sus inefables dones para llevar una vida divina».

Por aquí se ve, pues, cómo esa maravillosa contemplación, con ser un don sobrenatural que nunca podríamos lograr con nuestras propias industrias, no sólo *es deseable*, sino *asequible*, y no sólo podemos, sino que *debemos* pedirla y procurarla, *disponiéndonos*, en lo que está de nuestra parte, para recibirla y no impedirla. Pues ella es como el complemento de la vida espiritual, y un medio indispensable para llegar a la verdadera perfección, y así Dios no la niega, sino que—más tarde o más temprano—la concede gustoso a cuantos con buenas disposiciones se la piden. Como argüía ya muy bien el P. José del Espíritu Santo [65], la contemplación es un *acto* de los dones del divino Espíritu, los cuales, en estado de *hábitos*, nos son infundidos con la gracia; ahora bien, podemos y debemos desear el *acto* de un *hábito* que se nos ha dado para nuestro aprovechamiento espiritual, y que permaneciendo en ese estado de puro *hábito*, sin llegar a traducirse en *actos*, sería un don ocioso, que de nada nos aprovecharía. Debemos, pues, disponernos para hacer que fructifique con *actos*, que serán verdaderos ejercicios de contemplación infusa.

Mas los dones que Dios deposita en nosotros tienden de suyo a fructificar: si no lo hacen, y ni aun siquiera se desarrollan, es porque, en vez de cultivarlos y fomentarlos, más bien los ahogamos. Si, pues, son tantísimas las personas «devotas» que nunca llegan al *estado místico*, es porque no se violentan lo bastante para dejar de resistir y contristar al Espíritu Santo. Si no le resistieran, y le fueran dóciles, a buen seguro que encontrarían el descanso para sus almas. Pues «este *don de oración*, conforme enseña San Francisco de Sales [66], *es liberalmente concedido a todos* los que de corazón consienten en las inspiraciones divinas».

Así apenas se debería hablar de *vías ordinarias* y *extraordinarias*, sino tan sólo de lo que habla el Apóstol, de hombres *carnales*, o *pequeñuelos en Cristo*—que aun no saben sentir y aprecir las cosas de arriba—y *espirituales*, *adultos* o *perfectos*, que, llenos de Dios, sienten las obras de su Espíritu, los cuales aunque sean *pocos*, no son devotos *extraordinarios*, sino los únicos verdaderamente devotos cristianos, y los *ordinarios* seguidores fieles de Cristo (Rom. 8, 5; 1 Cor. 2, 14-15; 3, 1-3; Hebr. 5, 11-14).

---

[65] *Cursus Theol. myst.-schol.* t. 2, disp. 11, n. 28.
[66] *O. c.* l. 3, c. 4.

«Si el *don de oración* es tan raro, observa el P. Grou [67], no nos debe extrañar, pues se reserva para las almas que son enteramente de Dios. Cierto es que a algunas las previene El con esta gracia; pero es para que mejor se le entreguen. Y si no lo hacen, no tardará en retirársela. Puede establecerse, pues, como regla segura, que *toda alma completamente entregada a Dios es favorecida con el don de oración*, aunque, por su bien. disponga El a veces que lo ignore, y que, al contrario, el alma que no es toda de Dios, no tiene ese don o no gozará de él por mucho tiempo o su oración será una ilusión. Así es como la entrega total viene a ser la piedra de toque de la verdadera oración».

§ II.—La Ascética y la Mística.—Compenetración y no distinción esencial.—Importancia respectiva: mutuo apoyo: el proceso de la vida espiritual: transición o decaimiento y resistencia al Espíritu Santo.—Daños de la separación completa de estas vía: la ignorancia de los caminos de Dios y la escasez de almas contemplativas: reacción consoladora: conclusiones importantes.

Despréndese de lo dicho que la vida ascética debe siempre ordenarse, y de suyo se ordena como a su término, complemento y coronamiento, a la plenitud y esplendor de la mística. Esta. aun en su más estricta acepción, o en su estado más característico, no es indudablemente otra cosa sino la misma vida cristiana llevada a su plena manifestación, o sea al debido desarrollo de las gracias recibidas en el bautismo. Y, tomada en la acepción más amplia, abarca en cierta manera toda la vida sobrenatural, y así apenas puede distinguirse de la ascética sino por razón del modo imperfecto y limitado de ésta, como propia que es de las primeras fases de esa misma divina vida de la gracia: Tan relacionadas están, pues, tan compenetradas y aun tan identificadas la vida *ascética* y la *mística*, que de una a otra se va pasando por grados insensibles, de suerte que a veces apenas podemos saber lo que pertenece a la una y lo que es propio de la otra. De ahí que hasta las respectivas ciencias—aun dado que en absoluto pudieran distinguirse—en realidad anden siempre más o menos confundidas, invadiendo sobre todo la *Teología ascética* el dominio de la *Mística*, por lo mismo que no estudian objetos distintos, sino uno mismo, que es la vida verdaderamente cristiana, por más que la estudien de distinto modo

[67] *Le don de soi-même a Dieu* 23.

y en distintas fases. Y así sólo pueden distinguirse, a lo sumo. como las diversas ramas de una misma ciencia [68].

La *Ascética*—tal como hoy suele entenderse—viene a ser. pues, una simple preparación para la *Mística* propiamente dicha. El buen *asceta*, en efecto. debe considerarse a lo menos en estado de gracia y con sincero deseo de dominar sus malas inclinaciones y adquirir las virtudes cristianas para caminar de veras por las sendas de la perfección. Y estando en gracia, y aspirando a la perfección, posee ya seguramente, por lo menos como en germen, todos los dones del Espíritu Santo; el cual no se los comunicó para tenerlos ociosos, sino para ejercitarlos, perfeccionarlos, desplegarlos o hacer que se manifiesten en sus propios y legítimos frutos, que son actos de virtud cristianamente *heroicos* o de algún modo *sobrehumanos.* Mas todos los actos que así logre producir, aunque sea principiante, son verdaderos *actos místicos,* pues «el *acto místico* no es otro sino el *realizado por alguno de los dones del Espíritu Santo.* Y si estos actos se multiplican y hacen frecuentes, podemos decir que el alma se encuentra ya en el *estado místico*» [69].

Por tanto, no podrá resultar completo ningún tratado de *Ascética,* sin tener muy en cuenta ese elemento místico, y de ahí que realmente vengan a compenetrarse y resulten inseparables esas dos ciencias, casi lo mismo que las respectivas *vías* o maneras de *vida* [70].

Así, pues, todas las almas que estén en gracia, poseyendo como poseen en cierto modo los dones del Espíritu Santo—por más que deban *ejercitarse* quizá largos años, y cada vez con más fervor, en las prácticas ordinarias de la *ascética*—tienen ya en

[68] Según Ribet (*Myst.* 1, 15), la *Mística* trata los grados más elevados de la vida espiritual, mientras que la *Ascética* trata exclusivamente los ejercicios de la primera y segunda vía. «En este sentido, observa el padre Weis (*Apol.* 9, conf. 4, 4, en nota), la diferencia está bien justificada». Pero «no hay motivo, añade, para apartarse de los grandes teólogos antiguos, según los cuales la *Mística* es la enseñanza en general de todos los ejercicios que constituyen la vida espiritual, y la *Ascética*, aquella parte de la Mística cuyos ejercicios están principalmente destinados al principiante y al proficiente (cf. ANTON. A SPIR. S., *Direct. myst.* 1, n. 31; PHILIP. A S. TRINIT. *Theol. myst. prolegom.*; SCHRAM, *Theol. myst.* § 2; SAUDREAU, *Les degrés de la vie spir.* 26). Según este principio está ordenada la gran obra de Alvarez de Paz, la más completa acerca de la vida espiritual que jamás se ha publicado».

[69] BOULESTEIX, *La définition de la mystique*, en *Revue Agustinienne*, 15 nov. 1906.

[70] SANTO TOMÁS (1.ª p., q. 1, a. 3) demuestra cómo *toda la doctrina sagrada* constituye específicamente *una sola ciencia.*

sí realmente, y para irlos poco a poco manifestando y desarrollando, los verdaderos gérmenes y rudimentos de la *vida mística.* Y si es propio de ésta, como todos reconocen, el tener un modo de oración que no podemos procurarnos con nuestras propias fuerzas, aunque ayudadas de la gracia ordinaria (porque la produce el Espíritu, que inspira donde quiere y cuando quiere, y por lo mismo se deja sentir muchas veces cuando el alma menos lo piensa o lo procura); también es innegable que esa oración puede existir, y existe a veces, desde los mismos albores de la vida ascética, y se experimenta de algún modo en los *fervores sensibles,* que tanto suelen abundar en los principiantes, y que se tienen cuando se *reciben* y no cuando se *procuran* o se desean. Pues en ellos hay que reconocer cierta moción especial del Espíritu *Consolador,* que así viene a renovar la faz de nuestros corazones [71]. Y si esa moción o singular presencia del amoroso Paráclito no se siente en sí misma, puede sentirse y reconocerse muy bien por sus especiales frutos y buenos efectos [72].

---

[71] Casi todas las almas fervorosas suelen sentir a veces de repente, y cuando menos lo piensan, ora una *viva presencia de Dios,* ora como un *llamamiento* amoroso y enérgico a la soledad; y esto con tal viveza, que no pueden dudar que es el mismo Dios quien así las llama, y que serían muy culpables si se le hiciesen sordas. Del mismo modo pueden sentir un vivo impulso a pedir ciertos favores, con plena seguridad de lograrlos; y en efecto consiguen entonces cuanto bajo esa moción pidan, llenas de fervor y de filial confianza.—Todo esto son insinuaciones del espíritu de piedad o de temor, de consejo, de ciencia o de sabiduría, que pueden notarse, aun en medio de la vida más activa y más *ordinaria,* desde el mismo principio de la conversión.

[72] «¿No os ha acontecido, pregunta el B. Juan de Avila (*Tr.* 4.º *del E. S.*), tener vuestra ánima seca, sin jugos, llena de desmayos, atribulada, desganada, y que no le parece bien cosa ninguna buena? Y estando así en este descontento, y algunas veces bien descuidado, viene un airecito santo..., que te da vida, te esfuerza, te anima, y te hace volver en ti, y te da nuevos deseos, amor vivo, muy grandes y santos contentos, y te hace hablar palabras y hacer obras que tú mismo te espantas. Eso es el Espíritu Santo, eso es el Consolador, que en soplando que sopla, en viniendo que viene, os hallaréis tocado como de piedra imán, y con alientos nuevos, y obras y palabras y deseos nuevos que antes no hallábades como en cosa ninguna: todo os estorbaba, todo os enojaba; ahora en todo hallaréis sabor y mucho contento, en todo os alegraréis, todo os enseña... Si tuviésedes licencia para hablar, diríades maravillas y grandezas de lo que el Señor de todo lo criado da a conocer».

«Así como cuando ponemos un imán entre muchas agujas, observa San Francisco de Sales (*Amor de Dios* 6, 7), todas vuelven sus puntas y tienden hacia él, así, luego que Nuestro Señor hace sentir su

Por tanto, el verdadero *asceta*, el ínfimo cristiano que toma en serio la *única cosa necesaria*—que es la obra de su santificación—, procurando como debe despojarse de sí mismo para vestirse de Jesucristo, y mortificarse para no resistir al Espíritu de adopción que le vivifica y le inspira, obrará repetidas veces bajo los divinos impulsos, aunque no los advierta claramente, y, a fuerza de seguirlos, más tarde o más temprano logrará *sentirlos* bien y *distinguirlos* y tener cada vez más clara *conciencia* de ellos, hasta que, por fin, casi *habitualmente* se deje mover sin resistencia por ese dulce Consolador, cuyo soplo divino irá produciendo en él maravillosos conciertos. Y siempre que así se mueva, en virtud de tales impulsos, obrará *místicamente*, ejercitará un *acto místico*, aun cuando no lo suponga ni se dé cuenta de ello. Y cuando ya *sienta* y tenga *conciencia de sentir*—aunque sea de un modo muy vago y obscuro—el influjo especialísimo del Espíritu vivificante, que le incapacita para proceder en su oración en la forma acostumbrada y le hace tenerla de otra manera *nueva*, entonces bien podemos decir que ya vive en el *estado místico*, por más que no se figure ni desee andar por *vías extraordinarias*.

La *Ascética* se ordena principalmente a la purificación del alma y a la adquisición y práctica de las virtudes más indispensables; el asceta se ejercita en evitar el mal y obrar el bien, llevando por divisa el *Recede a malo, et fac bonum*. Mas, permaneciendo de veras en este ejercicio, «busca la *paz* y, hallándola, sigue en pos de ella» (Ps. 33, 15). De este modo, insensiblemente viene a penetrar en la vida mística; en la cual, cuando menos lo piensa, se halla ya engolfado.

Esta nueva manera de vida suele empezar marcadamente en la *vía iluminativa*, para completarse en la *unitiva*; pero se hace presagiar con repetidos *actos* ya en la *purgativa*, a la que deberá servir de complemento.

Así estas tres mal llamadas *vías* no están separadas, como algunos se figuran, engañados quizá con la impropiedad de ese nombre: se compenetran, como simples *fases* que son del desarrollo de la vida espiritual. Y los calificativos que las designan no son tan *característicos* que indiquen algo *propio* y *exclusivo* de cada uno de ellas: indican tan sólo el predominio que en los tres sucesivos estados van teniendo cada una de esas

---

alma su regalada presencia, todas nuestras facultades vuelven sus ápices hacia ella, por juntarse con esta incomparable dulzura».

tres cosas, *purgación, iluminación* y *unión*, que son siempre indispensables para el verdadero aprovechamiento [73].

Al principio hay que insistir con preferencia en la purificación de todo lo malo, que aún es mucho; luego, sin abandonar nunca esa purificación, hay que atender principalmente a la adquisición y consolidación de las virtudes; y ésta es la verdadera fase del *crecimiento espiritual*, que se manifiesta ya a las claras una vez que están removidos los principales obstáculos; y por eso con gran razón es llamada *fase progresiva* o de los *proficientes* [74]. Pero, al mismo tiempo que se crece en virtud y santidad y se va llegando a la *edad adulta*, se *desarrollan* y *esclarecen* todos nuestros *sentidos* y *potencias espirituales*, con que, dejando de ser como niños volubles y amigos de consuelos, se adquiere la fortaleza viril y el gusto de las verdades sólidas y de las virtudes heroicas de los grandes y esforzados; y practicando entonces la verdad con toda caridad, en la medida de *varones perfectos*, quedaremos ya plenamente *unidos* con Jesucristo, y de este modo podremos crecer en todo según El, y contribuir eficacísimamente a la edificación de su Iglesia (Eph. 4, 13-16; Hebr. 5, 12-14) [75]. Así en la fase *purgativa* tiende el alma a unirse con Dios, huyendo del mal y procurando el bien; en la *progresiva*, a la vez que con el recto ejercicio de las virtudes se llena de luz y se inflama en el amor divino, que es lazo de *unión*, se purifica de miles de imperfecciones que antes no veía o no lograba arrancar; y por fin, al *unirse* de lleno con Dios, queda plenamente iluminada y purificada [76].

[73] Es la vida mística de tal calidad, dice Palafox (*l. c.* introd.), que «el que se halla en la primera jornada ha de tener presente la segunda y tercera, y el que se halla en la última no se ha de olvidar de la segunda... Es necesario que esté el alma siempre llorando como penitente, aunque le parezca que goza como enamorada, y que procure amar como enamorada, aunque esté llorando como penitente, y que cuando desea a Dios, tema a Dios, y que cuando le parezca que tiene más altos conocimientos de su divina Majestad, los procure mayores, para penetrar su propia miseria».

[74] Cf. SANTO TOMÁS, 2-2, q. 24, a. 9; SANTA TERESA, *Vida* c. 22.—«El tiempo que has empleado en llorar y expiar tus faltas, decía el Señor a Santa Catalina de Génova (*Diál.* 2, 8), no ha sido ciertamente inútil, puesto que en él se realizó tu conversión. Pero, fuera de eso, nada te aprovechó... Fué un tiempo perdido que, si no hubieras cometido tantas ofensas, habrías podido emplear en *crecer* en amor, en gracia y en gloria».

[75] SANTA CATALINA DE SIENA, *Epíst.* 106.

[76] «Cuando el alma, dice el V. P. Gracián (*Itinerario de los caminos de la perfección* c. 1), se ha limpiado muy bien por la vía pur-

En la fase *purgativa*, la manera de oración con que más ordinariamente se *iluminan* las almas y se *encienden en amor* de Dios—a la par que se animan a purificarse, negarse y vencerse a sí mismas—es la *discursiva*, o sea la *meditación*: allí se cumple exactamente lo que dice el Salmista (38, 4): *In meditatione mea exardescet ignis.*—En la *iluminativa* suelen ya con frecuencia *sobrar*—y hasta muchas veces *estorbar*—los discursos; el alma se ilumina, se enciende y a la vez se purifica mucho mejor dejándose dulcemente llevar de las mociones y encender en las llamas de amor que, sin saber cómo, van naciendo ellas solas en su corazón, porque el Espíritu Santo ocultamente se las comunica. Esa oración es ya casi toda *afectiva* —o, como suele llamarse, *de afectos y súplicas*, que paran en cierta *vista amorosa*—, viniendo a ser en realidad como una mezcla de *meditación* y *contemplación* [77]; pues allí el alma apenas hace más que *arder* en los afectos que ella misma se

gativa, y llegado al Sol divino por la via iluminativa, recibe en si misma la figura de Cristo, por la unitiva: de *esta unión* le viene aquel *divino resplandor* que se llama *Teología mística*».—Lo ordinario, añade (c. 2), «es haber andado buen espacio en la via purgativa, antes de entrar en lo *bueno* de la *iluminativa*. Mas Dios no guarda muchas veces el orden en hacer mercedes».

[77] «A los que han caminado por la meditación, observa el mismo P. Gracián (*ib.* c. 9, § 1), lleva Dios a más alta y soberana luz, que es el *fin* y *remate* de la vía *iluminativa*. A ésta podemos llamar *espíritu* o *contemplación*... Al que *persevera nunca le faltan* de estas soberanas luces».

«Después que uno ha progresado notablemente en la *meditación*, dice el P. Nouet (*Introd. a la vie d'oraison* l. 3, entr. 1), va pasando insensiblemente a la *oración afectiva*, que es un *intermedio entre la meditación y la contemplación*, como la aurora lo es entre la noche y el día; y así participa de ambas... De ahí que, a medida que se perfecciona, vaya dejando los discursos y contentándose con una *simple vista*, un *dulce recuerdo* de Dios y de Nuestro Señor Jesucristo, prorrumpiendo en muchos afectos amorosos según los movimientos que le *imprime el Espíritu Santo*.—Y cuando ha llegado a toda su perfección, *simplifica los afectos* lo mismo que las luces, de suerte que el alma permanece a veces una hora, y a veces un día o más en un mismo sentimiento de amor, de contrición, de reverencia, o cualquier otro que se le haya comunicado».

«La santa meditación, escribe conforme a esto San Francisco de Sales (*Amor de Dios* l. 6, c. 2), *da principio a la Teología mística*». «La oración, añade (*ib.* c. 3), se llama *meditación* hasta que produce la miel de la *devoción*, y desde allí se convierte en *contemplación*... El deseo de alcanzar el amor de Dios nos hace meditar, y este amor conseguido nos hace contemplar, dándonos *experiencia* de una suavidad tan agradable en lo que amamos, que no se harta nuestro espíritu de verla y considerarla».

había provocado, o que el Espíritu Santo le sugiere y le excita [78].

Por fin, en la *unitiva* preponderan tanto esas divinas mociones e ilustraciones, que la oración se convierte como en una *contemplación* habitual [79].

La *Mística*, pues, sin ejercicios *ascéticos* es vanidad e ilusión, y la *Ascética*, sin las místicas introversiones, los *piadosos* afectos y las vivas aspiraciones por la verdadera unión con Dios,

---

[78] De ahí la suma importancia de esta manera de oración, donde se cumple lo que dice el Eclesiástico (2, 10): *Los que teméis al Señor, amadle, y serán iluminados vuestros corazones.*—Así, conforme advierte el P. Le Mason (*Introd. a la vie intér.* t. 2, c. 6), «las almas que se sientan movidas de afectos, déjense llevar, sin recurrir al discurso sino cuando se vean secas y áridas... El secreto de la oración está en seguir con sencillez los atractivos de la gracia..., sin andar con reparos o sutilezas que embarazan, ocupan e inquietan . Dispónganse a comenzar la meditación con toda humildad y desasimiento; y, en sintiendo atractivo a ciertos afectos y actos, no resistan . No temáis ilusión ni engaño, mientras veáis vuestro corazón humilde y vuestro espíritu en santa indiferencia».

«Esta oración, afirma el P. Massoulié (*Tr. de la véritable oraison* p. 2.ª, c. 10-11), es de gran mérito; porque, excitando todos los afectos de la voluntad, excita el amor; el cual produce todos los demás movimientos, y es raíz de todos los méritos que podemos adquirir... La *oración afectiva* puede llamarse un continuo y actual ejercicio de amor de Dios... Y cuantas veces una alma hace actos fervorosos de amor de Dios, consigue un aumento de gracia y recibe de un modo especial al Espíritu Santo. De donde todo el tiempo de la oración empleado en santos efectos, verdaderos y eficaces, se está verificando en el alma una continua *efusión del divino Espíritu*».

[79] «Hay tres clases de oración mental, advierte el P. Surín (*Catéch. spir.* 1.ª p., c. 2): la discursiva, la afectiva, y la contemplación.—La *discursiva* es propia de los *principiantes*; la *afectiva*, de los *aprovechados*; y la *contemplación*, según el curso ordinario, lo es de los *perfectos*, pero algunas veces, en su misericordia, quiere Dios comunicarla a algunos que comienzan».

«El estado de *principiantes*, enseña San Juan de la Cruz (*Llama de amor viva* canc. 3, v. 3, § 5), es *meditar* y hacer actos *discursivos*... Así le conviene—al alma—para habituar los sentidos y apetitos a cosas buenas, y cebándolos con este sabor se desarraigan del siglo. Mas cuando esto en alguna manera ya está hecho, *luego los comienza Dios a poner en estado de contemplación*, lo cual *suele ser muy en breve*: mayormente en gente religiosa, porque más en breve, negadas las cosas del siglo, acomodan a Dios el sentido y el apetito, y *luego no hay sino pasar de meditación a contemplación*».

«De este modo vemos que la *oración mental*, como decía la Beata Foligno (*Visiones e instruc.* c. 62), lleva a la *sobrenatural*. Hay oración sobrenatural cuando el alma, arrebatada sobre sí misma por el pensamiento y la plenitud divina, es transportada por encima de su naturaleza, entra en la comprensión divina más profundamente de lo permitido por la naturaleza de las cosas, y en esta comprensión en-

es casi tiempo perdido: trabajo sin fruto, navegación sin puerto, cuerpo sin alma, letra sin espíritu; reduciéndose como a una serie de ejercicios *rutinarios* que entretienen y no vivifican. La verdadera Mística siempre marcha apoyada en la Ascética, en la continua abnegación, en llevar la cruz con Cristo y por Cristo, que es para las almas enamoradas, a la vez que un hermoso y fragante *racimo de cipro*, un *hacecillo de mirra* muy amarga (Cant. 1, 12-13). Y la Ascética se subordina toda a la Mística, a encontrar por medio de las privaciones y santos ejercicios, hechos *en espíritu y en verdad*, el don secreto de Dios y la preciosa margarita de su reino en el fondo de nuestros corazones. El alma contemplativa «es aquella que sube por el desierto como columna de humo formada de mirra y de incienso y de todos los perfumes» (Ib. 3, 6); y el asceta pide a su dulcísimo Salvador que lo *atraiga*, para poder *correr en pos de El al olor de sus aromas* (Cant. 1, 3).

Jesucristo es a la vez *camino, verdad y vida*. Siguiendo sus *huellas* ensangrentadas, luego quedaremos *iluminados* con la luz de su *verdad*, pues «los que *obran* la verdad, vienen a la luz»; y «los que le siguen no andan en tinieblas, sino que tienen *luz de vida*» (Io. 3, 21; 8, 12). Y con esa *luz vital*, por íntima experiencia vemos que Jesús es nuestra *vida*: *Mihi vivere, Christus*.

La fiel imitación conduce, pues, infaliblemente a la plena iluminación y a la *mística unión*.

No está Jesucristo dividido: si va por grados manifestándose—primero como *camino y modelo*, luego como *verdad* absoluta y *luz de revelación*, y al fin como plenitud de *vida*—siempre es a la vez nuestro todo: *via, veritas et vita*, modelo de los hombres, como ejemplar divino, y *esplendor de la gloria del Padre; luz para revelación de las gentes, virtud y sabiduría de Dios*, y *Verbo de la vida* que apareció entre nosotros *lleno de gracia y de verdad*, para que *de su plenitud todos recibamos*. Así *en El estaba la vida que es luz de los hombres*. Si, pues, *cercamos nuestro cuerpo de la mortificación de Jesús*,

cuentra la luz. Mas los conocimientos que adquiere en las fuentes, el alma no puede explicarlos; porque todo cuanto ve y siente es superior a su naturaleza. En estos tres géneros de oración (*vocal, mental y sobrenatural*), el alma consigue cierto conocimento de sí misma y de Dios: ama en la medida que conoce, desea en la medida que ama; y la señal del amor no es una transformación parcial, sino la total.—Mas como esa transformación no es completa, el alma se aplica toda a buscar una nueva transformación y a entrar más íntimamente en la unión divina.

es para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal; y si *morimos* al mundo y a nosotros mismos, es para que *nuestra vida esté escondida con Cristo en Dios* (2 Cor. 4, 10; Col. 3, 3)[80].

«No podemos tener fuego sin sangre, dice Santa Catalina de Siena, ni sangre sin fuego»[81]. Es decir, no hay perfecta caridad, sin sacrificios y mortificaciones; ni espíritu de *sacrificio*, sin verdadera caridad, que es fuego divino que *ilumina* y *vivifica* y *une* con Dios.

Quien es hijo de la verdad, oye la voz de Jesús (Io. 18, 37). Y esta voz clama a todos: «Si alguien tiene sed, venga a Mí y beba: y de su corazón brotarán ríos de *agua viva*» (Io. 7, 37-38). «Venid a Mí todos los que trabajáis y estáis oprimidos, que Yo os *saciaré*. Tomad mi *yugo y aprended de Mí*..., y encontraréis *descanso* para vuestras almas» (Mt. 11, 28-29). A todos los *pequeñuelos* sabemos que invita la divina Sabiduría. Pero si no nos *convertimos* de veras y nos hacemos como *niños* en la sencillez e inocencia, para ser dóciles a la voz de la verdad; si no tenemos verdadera hambre y sed de justicia, «deseando como infantes esta leche razonable, para crecer en salud en Jesucristo» (I Petr. 2, 2), y crecer «hasta la medida del varón perfecto», si, en fin, no tomamos la cruz de Jesús, ni aprendemos de El mansedumbre y humildad, no acertaremos a entrar nunca por la *estrecha puerta* de ese místico reino de Dios, que está *dentro de nosotros*, ni podremos hallar des-

---

[80] Cf. SANTA CATALINA DE SIENA, *Diálogos* c. 96.—«Fili, quantum a te vales exire tantum in me poteris transire.—Sicut nihil foris concupiscere, internam pacem facit: sic se interius relinquere Deo *coniungit*... Sequere me: Ego sum *via, veritas et vita*. Sine via non itur, sine veritate non cognoscitur, sine vita non vivitur» (KEMPIS, l. 3, c. 56).

[81] «Nuestro divino Médico, advierte ella (*Ep.* 52), nos dió una medicina contra todas nuestras enfermedades; y es un bautismo de sangre y de fuego, en el cual lava, purifica y consume toda escoria e imperfección del alma.—Esta debe pasar por fuego y por sangre; la cual no falta donde arde el amor del Espíritu Santo, que es el mismo fuego. Porque el amor fué aquella mano que hirió al Hijo de Dios y le hizo derramar su sangre; y desde entonces quedaron juntamente unidos y en tan perfecta unión, que *no podemos tener fuego sin sangre, ni sangre sin fuego*.—Cada día podemos recibir este bautismo que se nos ha dado por gracia y no por deuda. Y cuando el alma comprende la excelencia de este bien que posee, y se ve arder en el fuego del Espíritu Santo, así se embriaga en el amor de su Criador, que del todo se pierde a sí misma, y, viviendo, vive muerta, y no siente en sí amor ni gusto de criatura alguna, sino sólo de la divina bondad, con lo cual su amor se hace perfecto en Dios».

canso para nuestras almas. *Quien no abraza su cruz, y sigue de veras al Salvador, no es digno de El* (Mt. 10, 38).

Si, pues, no hemos tenido aún la suerte de encontrar ese «tesoro escondido», no echemos la culpa a nadie, sino a nuestra flojedad en buscarlo. No tratemos de cohonestar nuestro decaimiento espiritual, nuestras negligencias y tibiezas con el especioso pretexto de no sentir vocación; metamos la mano en nuestro seno, sondeemos sus llagas..., y daremos con las verdaderas causas de no oír la voz divina. Esas son el endurecimiento de nuestros corazones, el apego a nuestro propio dictamen, a nuestra rebelde voluntad y a nuestros gustos y conveniencias; nuestra empedernida aversión a la cruz y humillaciones de Jesucristo, nuestras continuas resistencias a las suaves solicitaciones de su amoroso Espíritu, y el huir de esa mística *soledad* adonde El quiere llevarnos para hablarnos al corazón [82]. Confesemos francamente estas tristes verdades; y reformemos nuestra vida, para seguir de veras a Jesús siendo dóciles a su Espíritu, y encontrar el descanso y las inefables dulzuras de su reino, tan mal conocido y, por lo mismo, tan poco apreciado y buscado de los que andan perdidos en pos de vanidades y sombras pasajeras [83]. Y, por de pronto, no agrave-

[82] A muchísimos podría hoy repetir San Esteban (Act. 8, 51): *¡Oh hombres de cerviz dura y de corazones y oídos incircuncisos! ¡Siempre estáis resistiendo al Espíritu Santo!...* Por algo la Iglesia pide en las Letanías: *A caecitate cordis, libera nos Domine.*

[83] «Disce exteriora contemnere, et ad interiora te dare: et videbis regnum Dei in te venire... Veniet ad te Christus, ostendens tibi consolationem suam, si dignam illi ad intus paraveris mansionem.—Frequens illi visitatio cum homine interno, dulcis sermocinatio, grata consolatio, multa pax, familiaritas stupenda nimis.—Eia, anima fidelis, praepara huic Sponso cor tuum, quatenus ad te venire, et in te habitare dignetur... Si renuis consolari exterius, poteris speculari caelestia, et frequenter iubilare interius» (KEMPIS, l. 2, c. 1).

«Si alguno quisiera sentirme dentro de su alma, decía el Señor a la B.ª Foligno (c. 33), no me retiraría de él; si alguien quisiera verme, Yo le daría con transporte la *visión de mi cara*; y si quisiera hablarme, conversaríamos juntos con inmensos gozos... Los que me aman y siguen el camino que Yo seguí, el camino de mis dolores, ésos son mis hijos legítimos. Los que tienen el ojo interior fijo en mi pasión y muerte, en mi muerte, vida y salud del mundo; en mi muerte y no en otra cosa, esos son mis hijos legítimos, que los otros no lo son». Quiso Dios mostrarme, dice la V. Marina de Escobar (*Obras* t. 2, l. 2, c. 30), las almas contemplativas que ponen todos sus cuidados en agradarle, y a quienes El mantiene con un alimento celestial. Sienten una hambre sola, que es la de conocer a la Majestad divina; y para los bienes y satisfacciones terrestres sólo tienen hastío. Aquel Dios misericordiosísimo, que *se deja hallar de cuantos le buscan* con tanta perse-

mos nuestro mal y el de otros muchos con tan dañosos paliativos: no convirtamos nuestras excusas en falsas doctrinas y perniciosos consejos, cerrando, con lamentable ligereza e imprudencia, la puerta de esos dones a las almas fervorosas que van en pos de los suaves aromas de Jesucristo, que tan dulcemente cautivan a cuantos tienen el corazón limpio y los sentidos sanos. Nuestro deber, como ministros suyos, es no sólo invitarlas y alentarlas, sino *obligarles* a entrar en la gran cena de las bodas del Cordero: *Compellite intrare!*... De otro modo le seríamos traidores, o por lo menos siervos desleales, privándole de las delicias que tiene en morar con los hijos de los hombres; mientras El mismo está incesantemente llamando a sus puertas para entrar y celebrar ese místico banquete: *Sto ad ostium, et pulso; si quis audierit vocem meam, et aperuerit mihi, intrabo ad illum, et coenabo cum illo, et ipse mecum* (Apoc. 3, 20) [84].

«Quien tenga oídos oiga, pues, lo que el Espíritu dice... Y el Espíritu y la Esposa dicen: *¡Ven!* Y quien oye, diga: *¡Ven!* Y quien tiene sed, *venga; y quien quiere, reciba gratis*

severancia, les concede en esta vida algunas migajas de los consuelos y delicias de los bienaventurados.—«Si las criaturas desocupasen su corazón de los afectos y amor terreno, decía la Santísima Virgen a la V. Agreda (*Míst. Ciud.* 1.ª p., l. 2, c. 13), participarían sin tasa el torrente de la Divinidad infinita por medio de los inestimables dones del Espíritu Santo».

[84] «Mi amor infinito, decía el Señor a Santa Catalina de Génova (*Diál.* 2, 3), está siempre buscando almas para librarlas de la condenación... Las ilustro, llamo a su libre albedrío con continuas solicitaciones, más vivas y más variadas que las radiaciones del sol del mediodía; y cuando el alma se abre a la *claridad* de mi amor, muy pronto queda *inundada de su fuego*».—«La *humanidad* pudo entonces considerar llena de asombro, añade la Santa, la triste situación a que la redujo la soberbia. En medio de las tinieblas de su obscura prisión, ignoraba su miseria; y en esta ignorancia no sospechaba el número ni la gravedad de sus llagas. Mas ahora que el Señor se dignaba iluminarla, ¡ay!, ¡cómo descubría los peligros a que la había expuesto la sensualidad!»

Si son tan pocos los que llegan a merecer esos favores, también es sobrada verdad lo que dice el Apóstol (Phil. 3, 18-20): «Muchos son los que andan—como os dije tantas veces y ahora os lo repito llorando—con aversión a la cruz de Cristo; cuyo fin será la perdición; pues tienen por Dios a su vientre, y por gloria su propia ignominia; no gustando más que las cosas de la tierra.—Pero nuestra conversación está en los cielos, y por eso esperamos a nuestro Salvador...»

El P. Hoyos entendió en cierta ocasión que el infinito amor de Dios para con los hombres le inclina a comunicar sus especiales favores a muchos, aunque desgraciadamente son muy pocos los que se preparan para recibirlos» (*Vida* p. 84).

el agua de la vida». ¡Venid, Señor Jesús, y dadnos a beber esa agua! [85] *Veni, Domine Jesu!...* (Apoc. 3, 22; 22, 17-20).

Por no atender a esa dulce voz, por no entrar en sí mismos y pararse a escucharla, diciendo con el Salmista: *Oiré lo que dice en mí el Señor, mi Dios, porque hablará palabras de paz* (Ps. 84, 9) [86]: por no tener el pensamiento fijo en sus santos mandatos, y los ojos en sus caminos; y por no excitarse siquiera en deseos de beber la mística *agua viva*; por eso, y no por otras vanas razones, como observa Blosio [87], son tan pocos los contemplativos, y tantos los que ni siquiera conocen ese fondo íntimo del alma donde el Señor tiene su reino y adonde nos invita a conversar con El y saciarnos en la fuente de vida eterna [88]. Temen esa sabiduría, porque les parece dura y dificultosa; acobardados, se figuran que no está para ellos; y así vienen a perder la felicidad y descanso reservados para los que perseveran [89].

Si autores muy prudentes y respetables, a fin de precaver los excesos del falso misticismo y de las almas ilusas o presuntuosas—que quieren volar sin alas y subir a la más alta con-

---

[85] «Purifica, laetifica, clarifica, et vivifica spiritum meum cum suis potentiis, ad inhaerendum tibi iubilosis excessibus.—O quando veniet haec beata et desiderabilis hora, ut tua me saties praesentia, et sis mihi omnia in omnibus?» (KEMPIS, l. 3, c. 34).

[86] «¡Dichosa el alma, exclama el mismo Kempis (l. 3, c. 1), que escucha a Dios que le está adentro hablando, y de su divina boca recibe palabras de consuelo».

[87] *Inst.* c. 12, § 4.

[88] «Si el varón espiritual, añade Blosio (*l. c.* § 1), se ejercita de continuo en tender a Dios con fervientes aspiraciones; si con internos coloquios y amorosos deseos trata incesantemente de unirse con El; y persevera constante en la mortificación y negación de sí mismo, de suerte que, ni por los muchos trabajos, ni por las innumerables distracciones abandone su santo propósito, no hay duda que llegara a la mística unión, si no en vida, a lo menos cerca de la muerte... Persevere, pues, el asceta pidiendo, buscando, llamando y *esperando con longanimidad*».—Conforme a esto nos dice San Pablo: *Sic currite, ut comprehendatis.—Omnis autem qui in agone contendit, ab omnibus se abstinet*» (1 Cor. 9, 24-25).

[89] «Fili, a iuventute tua excipe doctrinam, et usque ad canos *invenies sapientiam*... *Exiguum* laborabis, et *cito edes* de generationibus illius. Quam aspera est nimium sapientia *indoctis* hominibus!, et non permanebit in illa *excors*... In omni animo tuo accede ad illam, et in omni virtute tua conserva vias eius.—Investiga illam *et manifestabitur tibi*, et continens factus ne derelinquas eam: in *novissimis* enim *invenies requiem* in ea, et convertetur tibi in *oblectationem*...—Cogitatum tuum habe in praeceptis Dei, et in mandatis illius maxime assiduus esto: et *ipse dabit tibi cor*, et *concupiscentia* sapientiae dabitur tibi» (Eccli. 6, 18-37).

templación sin pasar por los costosos esfuerzos de la meditación y demás ejercicios y trabajos de la vida ascética—creyeron oportuno insistir sobre la importancia de ésta, y prescindir muchas veces de las altas cuestiones de Mística, que sólo convenían a los muy *aprovechados*, esa reacción, como tantas otras, pasó más allá de lo justo: vino a establecer una completa separación entre la Ascética y la Mística, con grave perjuicio de ambas, que necesitan completarse mutuamente; y llegó, por último, a hacer que cayeran en descrédito los libros que más habían contribuído y podían contribuir a la santificación de las almas. De ahí los daños que con tanta razón lamenta el P. Caussade [90], y que son el natural resultado de los prejuicios que ya había en tiempo de Santa Teresa, con mucha pena de la Santa [91].

Se abandonó el estudio de la *Mística*, como si fuera peligroso; se quitaron los libros que de ella tratan de las manos de personas espirituales, muy necesitadas de ellos; y aun hubo quienes difícilmente los dejaban leer a los mismos que estaban llamados a ser directores de almas, convirtiéndolos sistemáticamente en..., «ciegos conductores de ciegos...» (Mt. 15, 14). El resultado fué un olvido muy general de la «ciencia de los santos» (Sap. 10, 10; Prov. 30, 3), cuando no un positivo desprecio de la misma «ciencia de los caminos del Señor», a quien implícitamente se le decía: *Recede a nobis: scientiam viarum tuarum nolumus* (Iob 21, 14). Y los que esto hicieron—como reprobados (Os. 4, 6)—no podían menos de convertirse en destructores, en vez de edificadores. Por no hallar en la boca de tantos sacerdotes de Dios la ciencia que tenían derecho a buscar (Mal. 2, 7), se extraviaron, se estacionaron o retrocedieron muchísimas almas que de otro modo quizá hubieran llegado a grandes alturas [92]. La culpa estuvo también

[90] «Desde que por miserables prevenciones, decía este devoto jesuíta (*Diál.* prelim.), se ha ido abandonando la lectura de los místicos, no se ven ya en los claustros tantas almas interiores, desprendidas de todo, muertas al mundo y a sí mismas; al paso que donde se conserva el amor a esas lecturas vemos reinar en la misma proporción el recogimiento, la abnegación, la humildad y la sencillez evangélica».

[91] Cf. *Camino de perfección* c. 21.

[92] «¡Cuántas almas serían buenas, exclama el V. P. Pozo (*Vida de la V. Micaela Aguirre* l. 2, c. 11), si hubiera quien les repartiera el pan de la doctrina! ¡Cuántas aprovecharían en la perfección, si hubiera quien por Dios y sin interés se aplicara a dirigirlas!... Los más huyen del trabajo; y de los pocos que se aplican, muchos de ellos no llevan pura la intención... *¡Ah, Señor, y qué ministros tie-*

en ellas, que no supieron perseverar, y no acudieron al Padre de todas las luces a pedirle con fervor el Espíritu de consejo. de fortaleza y de sabiduría, que las conduciría suavemente, librándolas de ser engañadas (Iac. 1, 5. 17) [93]. Pero las más, si hubieran tenido la suerte de hallar un buen director, habrían evitado ese engaño. encontrando la luz y el aliento que necesitaban [94].

Donde hay una buena dirección y el estímulo de los santos ejemplos y de los buenos libros de Mística, abundan las almas contemplativas; y donde no, escasean en extremo; y sólo algunas más esforzadas, que navegan contra viento y marea, logran por fin remontarse a las grandes alturas. De ahí que el 99 por 100, según dice el P. Godínez, vayan quedando en las sucesivas fases de prueba. Bien sabido es cuánto perjudicaron a Santa Teresa los muchos malos directores; en cambio, sus discípulas—así como las de Santa Juana Chantal—entraban muy pronto casi todas en la contemplación [95]. ¿Por qué no habían de entrar lo mismo otras muchas, llenas de santos deseos, sino porque les falta la luz, la dirección, el ejemplo o el estímulo y apoyo que por ley ordinaria se requieren?

No en vano desea y con tanto empeño nos encarga el Apóstol que *no ignoremos las cosas espirituales*, que las apreciemos bien, y aun que las *deseeemos y procuremos*, aspirando, para nuestro aprovechamiento y edificación de la Iglesia, a los mejores carismas [96].

El resultado de esa total separación de la Mística y la Ascética es el creer que sólo ésta puede importarnos y que no

---

nes!, dijo la Venerable, en ocasión que uno pretendía ser su confesor, con tal que ella le compusiese el pucherito

[93] Cf. SAN VICENTE FERRER. *Tr. vitae spiritualis* c. 4.

[94] GODÍNEZ (*Teol. mist.* 7, 1).

[95] «El atractivo *casi general* de las hijas de la Visitación, decia Santa J. Chantal (*Vie* por BOUGAUD, c. 18), es hacia una *simplicísima presencia de Dios*... He notado que *todas* las que se dedican a la oración como conviene, *sienten luego ese atractivo*».

[96] *De spiritualibus nolo vos ignorare*... Aemulamini *autem charismata meliora*... *Aemulamini spiritualia: magis autem ut prophetetis*... *Qui loquitur lingua semetipsum aedificat: qui autem prophetat, Ecclesiam Dei aedificat.*—*Volo autem omnes vos loqui linguis: magis autem prophetare* (1 Cor. 12, 1. 31; 14, 1. 4-5).—«*De spiritualibus*—expone Santo Tomás (*In 1 Cor.* 12, lec. 1)—id est, de donis gratiarum quae sunt a Spiritus S., o fratres, *nolo vos ignorare*. Est enim *maximum genus ingratitudinis* ignorare beneficia accepta: ut Seneca dicit in libro *De Beneficiis*. Et ideo ut homo non sit Deo ingratus, non debet spirituales gratias ignorare. *Spiritum accepimus qui ex Deo est, ut sciamus quae a Deo donata sunt nobis* (1 Cor. 2, 12).—*Propterea cap-*

tenemos por qué aspirar a las virtudes heroicas de los grandes contemplativos, no sintiéndonos con vocación para subir a tales alturas. Pero ¿qué santo hay que, al menos al fin de su vida, no fuera a su modo *contemplativo?*... ¿Y qué cristiano que no esté obligado a imitar la perfección. no ya de los mayores santos, sino del mismo Padre celestial? [97]

Hemos visto que la *contemplación es deseable y asequible.* Todos somos invitados a ella, y a ella debemos aspirar todos. Y, por lo mismo que tanto se nos recomienda y que se nos ofrece como coronamiento de la oración ordinaria y de la vida ascética, no puede haber una completa separación entre la *Ascética* y la *Mística.*

Mas hoy vemos a muchos que las separan obstinadamente en la teoría, para luego confundirlas tan excesiva y lastimosamente en la práctica, que llaman «Mística» a los mismos rudimentos de *Ascética,* así como suelen llamar «místicos» a cuantos procuren no andar disipados, flojos y tibios. Y desentendiéndose de aquélla. como de cosa «superior y *extraordinaria*»

---

tivus ductus est populus meus, quia non habuit scientiam. sc. spiritualium (Is. 5, 13).

Sobre los increíbles daños que causa esta *ignorancia de los caminos de Dios,* puede verse el P. MEYNARD, *La vida espirit.* (1, n. 167), donde declara el desconcierto que por ahí vienen a sentir las almas ante la novedad de los primeros actos de contemplación; y cómo, creyendo perder el tiempo *ociosas,* se esfuerzan en vano por meditar, fatigándose en resistir al Espíritu Santo. Entonces los directores, en vez de ilustrarlas y animarlas, acaban de obscurecerlas y llenarlas de desaliento, hasta el punto de que muchas de ellas vengan a cobrar hastío a la oración y por fin la abandonen ..

[97] «El Salvador impone a cuantos oyen su palabra la obligación de tratar de ser perfectos como su Padre celestial (Mt. 5, 48). Nótese bien que no impuso esta obligación solamente a los apóstoles y a algunas personas escogidas, ni dió simplemente un consejo: no, es una orden que se aplica a todos aquellos a quienes El se dirige, a quienes oyen su palabra. Lo verdaderamente serio de la virtud sobrenatural es la santidad.—No hay más hombre cabal que el hombre perfecto, ni se da otro cristiano cabal más que el santo. En la escasez de hombres perfectos, está la razón de que sea tan corto el número de los verdaderos cristianos» (WEISS, *Apología* 9, conf. 4).

«Toda alma que quiere generosamente llegar hasta donde su fe la lleva, dice Sauvé (*Etats* p. 115), es una *santa.* El Espíritu Santo puso en ella, en el bautismo, todo lo que es menester para llegar a serlo; y siempre le está presente para hacerla vivir, si ella quiere, con una perfección *más que ordinaria.* Basta para ello abandonarse a sus direcciones e impulsos.—*Todos* podríamos *sentir* estos toques *especiales,* estas direcciones, estos impulsos del Espíritu de sabiduría, de inteligencia, de temor..., si quisiéramos, todos los días, a cada hora, sin cesar».

a que no se creen llamados, vienen a quedarse del todo *sin la una y sin la otra*—sin mística y sin ascética—; queriendo pasar por muy buenos cristianos, por sacerdotes edificantes o por religiosos modelo, siendo totalmente *mundanos*. Y no podía suceder de otro modo al separar lo que es esencialmente uno, y dividir la unidad de Cristo, *camino, verdad* y *vida*. Quien de veras no procura *vivir unido* con Jesucristo, no lo *imita* como debe, no llega a conocerlo, y menosprecia su *verdad*; y quien no aspira a la verdadera santificación, que se cifra en la *mística unión* con Cristo—esto es, en vivir del todo animado y movido de su Santo Espíritu—nunca llegará a ser en rigor *un buen cristiano* [98]. Así vemos que esa «ascética» de nueva invención, con que se contentan los perezosos y en general *todos* los menospreciadores de la *mística* y de «los místicos», no es otra cosa, según dice muy bien el P. Weiss [99], más que una suerte de «*filosofía de la vida cómoda*».

Los grandes maestros antiguos no distinguían apenas entre *ascética* y *mística*; por lo mismo que aquélla no la miraban sino como el fundamento de ésta; y así empleaban los dos nombres casi indistintamente. Por eso aconsejaban al *asceta*—principiante—ejercitarse en santas «introversiones» con que se prepare a entrar en el secreto de la contemplación; y mandan al contemplativo proceder como *perfecto asceta*.

«*Todos*, dice el V. Blosio [100], *deberían aspirar* a la perfección y a la *mística unión*». Y por eso, añade [101], «son muy de lamentar aquellos que, derramados en las cosas sensibles, pasan toda su vida contentos con los ejercicios exteriores, olvidados del fondo de su alma y de aquella venturosa unión con Dios..., diciendo con el corazón, si no con las palabras: «Unase a El quien quiera; que nosotros no nos cuidamos de eso; pues no

[98] «Así como, en cuanto hombres, observa el P. Grou (*Le don de soi même* 10), debemos seguir en todo la razón, sin permitirnos jamás cosa alguna que ella repruebe, así, en cuanto cristianos, debemos en todo seguir al Espíritu de Dios, sin separarnos de El jamás. Cualquier disposición interior, o acción exterior, que el divino Espíritu no reconozca por suya, es censurable en un cristiano, o por lo menos no le merece ninguna alabanza y le es del todo inútil para su salud. Según esta regla, que es indiscutible, ¡cuántas obras resultarán perdidas para el cielo!, ¡cuántas horas vacías en la vida de la mayor parte de los cristianos!—¿Y de dónde les viene esta inmensa pérdida, sino de no haberse entregado a Dios para ser en todo gobernados de su Espíritu?»

[99] *Apol.* 9, conf. 6, 3.

[100] *Inst. spir.* c. 1.

[101] C. 5, 2-4.

nos sentimos inclinados»... Buenos son y gratos a Dios los ejercicios exteriores... Pero sin comparación valen más los interiores, los fervientes deseos con que el alma se dirige a El, no por los sentidos e imágenes, sino de un modo *sobrenatural*. para unírsele íntimamente... Los que descuidan esta unión, *mucho tendrán que penar en el purgatorio...* Dios desea obrar en ellos, y espera a ver si los halla preparados y libres de obstáculos. Pero entre tanto, los deja en sus ejercicios y pareceres; pues no quiere forzar a nadie. El querría traerlos a todos a su conocimiento y unirlos consigo, si ellos no lo estorbasen. Lleva muy a mal que nos contentemos con tan poco, siendo tanto lo que quiere darnos; pues *desea dársenos El mismo, y del modo más excelente...* ¡Cuánta es, pues, nuestra ceguera y desidia, habiendo sido hechos para gozar de Dios, conocer el abismo de su bondad y unirnos con El en este mismo destierro de modo que empecemos ya a gustar la futura bienaventuranza!»

No disculpemos, pues, nuestra flojedad y nuestra tibieza con los vanos pretextos de no ser llamados a esas «*vías* extraordinarias»; que Dios a todos nos llama a su dulce *reposo* [102]. Y. por de pronto, no imitemos a los fariseos en cerrar a los otros. con nuestras doctrinas *pseudo-ascéticas*, las puertas del reino, tras de no resolvernos a entrar. No hay más que una Ascética sola, que es la que enseña a *abnegarnos* y abrazar la cruz de Cristo, para despojarnos de nuestras vilezas y *configurarnos* y *unirnos con El*. El que esto haga de veras, en esta misma vida recibirá el centuplicado premio, y más tarde o más temprano entrará en la íntima unión y comunicación con Dios [103].

[102] En realidad, las divinas Escrituras no hablan de *vías extraordinarias*, sino sólo de las *vías de la paz, de la justicia, de la prudencia. de la sabiduría...*, o bien, de la *estrecha senda* de la abnegación y aceptación de las cuotidianas cruces con que el alma se dispone para seguir de veras a Jesucristo, siendo dócil a las *mociones* e *inspiraciones* divinas que a *todos* se ofrecen, y sin las cuales nadie puede santificarse. Todos debemos *esforzarnos por entrar por la* única *puerta angosta que conduce a la* verdadera *vida*. o sea al *reposo divino* de las almas en su unión con el Salvador. Quien no se esfuerce por entrar, por más que se crea seguro en las *vías ordinarias*, figurará entre los *muchos* que van por el *camino ancho*, que lleva a la perdición.

[103] «Si el alma, dice el B. Susón (*Disc. Spir.* 2), se aplica a grabar en sí misma la imagen de Jesucristo, es para acercarse al Verbo divino y por El unirse a las Personas de la Santísima Trinidad.—Quien no consiga esta gracia en vida, la alcanzará antes de la muerte o en la muerte misma. Y aun cuando no se logre, debe desearse con ardor una unión tan alta, y dirigir a este fin todos los arranques del corazón;

Por suerte hoy, conocido el yerro que de algunos siglos a esta parte—con mucha satisfacción de los tibios, comodones y perezosos—venía cometiéndose, se trata ya de veras de remediarlo. De ahí ese hermoso renacimiento que presenciamos de los estudios místicos, juzgados ya como indispensables para la buena dirección de *todas* las almas piadosas, y aun para el propio aprovechamiento.

«La vida mística, observa muy bien la *Revue Thomiste* [104], es el *coronamiento normal de la vida cristiana.* Todo cristiano debe tender aquí abajo a vivir en perfecta unión con Dios; y la *vida unitiva* es *vida mística.* Esta se les ofrece a *todos,* aunque pocos la alcancen. Pero debe creerse que muchos cristianos fervorosos llegan a los grados inferiores... El *estado místico* es, pues, una gracia eminente y *en gran manera deseable.* Sus comienzos se manifiestan antes de lo que comúnmente se piensa. El estado místico no suele ser habitual sino en las almas que han llegado a la perfección de la vía unitiva; pero ya desde la iluminativa, y aun desde la purgativa, el alma fiel a la gracia obra de cuando en cuando místicamente... ¿Cómo es posible, en efecto, que los dones del Espíritu Santo permanezcan en ella ociosos—como simples *hábitos,* sin producir ningún *acto*—hasta el estado unitivo?»

«La contemplación, dice a su vez el P. Schwalm [105], entra en el *desarrollo normal* de la virtud y de la *perfección cristiana*... No es, ciertamente, el estado general de las almas en gracia; pero es la cumbre a que tienden con el buen ejercicio de las virtudes... Es efecto del amor divino triunfante... Los mís-

porque Dios nunca deja de recompensar los ardientes deseos de las almas santas. «Empieza a andar, corre y no te detengas, dice San Hilario. Aunque sepa que no he de llegar, me alegraré de haber andado. Pues quien aspira a lo infinito, aunque no llegue al término, aprovechará andando: *Incipe, preecurre, persiste; et si non perventurum sciam, tamen gratulabor prefecturum. Qui enim pie infinita persequitur, etsi non contingat aliquando, tamen proficiet prodeundo*» (San Hilario, *De Trinit.* l. 2, 10). San Felipe Neri solía animar a la perseverancia, diciendo que «el Señor no suele enviar la muerte a ninguna persona espiritual sin dársela a conocer, o sin comunicarle un *espíritu extraordinario*» (cf. *Vida,* por BacHI, «Dichos», 1950).

«Ayudáranos mucho para alcanzar la perfección, reconoce el mismo P. Rodríguez (*Ejerc. de perf.* 1.ª p., tr. 1, c. 8), poner siempre los ojos en las cosas altas..., conforme a aquello que nos aconseja el Apóstol (1 Cor. 12, 31): Disponeos para cosas mayores; acometed y emprended cosas grandes y excelentes. Este medio es de mucha importancia».

[104] Mars 07, p. 81-82.

[105] Pref. a *La Vie avec Dieu,* por el P. Faucillon, p. 33-36.

ticos dominicos están unánimes en excitar el deseo de esta gracia. Y no es esto una simple tradición de Escuela; es una doctrina que comparten, con San Buenaventura, San Bernardo, Ricardo y Hugo de San Víctor, Casiano y San Gregorio Magno. Los Padres de la Iglesia les habían indicado el camino... Taulero, Susón y Santa Catalina de Siena desarrollan las consecuencias prácticas y encaminan a sus lectores a disponerse para recibir el don de la contemplación..., mirando gustosos como un deber el atraer a ella las almas fervorosas».

Así, pues, bien podemos terminar, afirmando categóricamente con el P. Weiss [106]: «La Mística es verdaderamente la flor y el término de la vida cristiana». Es «el Cristianismo en su entero desenvolvimiento. Por eso concierne a todos cuantos quieren aceptar el Cristianismo entero». «La Mística es para todos... Substraerse a los deberes de ella, es descuidar la propia *salvación*... No se da, pues, condición, estado u ocupación que autorice a nadie para decir que no le concierne la Mística» [3].

§ III.—La cuestión mística.—Unidad y continuidad en la vida espiritual.—Caracteres del estado y del acto místico.—Apreciaciones; transición y contrastes.—Los dones y los frutos del Espíritu Santo: Advertencias.—El instinto sobrenatural y el amor ciego: El sentido de lo divino y su trascendencia en la psicología de la Iglesia.

Tan compenetradas están la *Ascética* y la *Mística* y tan difícil es distinguirlas con precisión y caracterizarlas, que el señalar el verdadero carácter diferencial ha venido a ser objeto de vivísimas discusiones; las cuales es de esperar que sean fecundas en consecuencias prácticas. Hay ahora (1908), podemos decir, una «cuestión mística», así como hay una cuestión bíblica y una cuestión apologética. Y lo que en ella se discute es el verdadero concepto que debemos formarnos del *estado místico* y la definición que más propiamente le conviene; para que, una vez conocidos bien sus elementos constitutivos, se pueda mejor reconocer si es frecuente, asequible y deseable, y cómo debemos disponernos para lograrlo; que es lo que prácticamente ofrece mayor interés [107].

Los *estados plenos*, místico y ascético, se distinguen bastan-

---

[106] *Apología del Cristianismo* t. 9. Cf. 5, t. 8-9.

[107] Véase nuestro libro *Cuestiones místicas*, donde tratamos por extenso esta materia, procurando esclarecerla en lo posible, examinando antes estos capitales problemas en todos sus aspectos.

te bien según las definiciones provisionales que al principio, para irnos entendiendo, dimos a la *Mística* y a la *Ascética*. Esta dijimos que era la ciencia teórico-práctica de las vías ordinarias de la perfección cristiana, en que aun se vive inconscientemente y al *modo humano* la vida sobrenatural; mientras la *Mística* es la ciencia experimental de las vías «extraordinarias»—o *sobrenaturales*—en que esa vida se vive ya más o menos conscientemente, o sea, *supra modum humanum*. Mas aunque, según estas definiciones, la diferencia aparenta ser muy grande y no permite que se confundan los *estados plenis* y característicos, sin embargo, cuando se estudia un poco más a fondo la realidad de estas cosas, se advierte luego que no hay en ella discontinuidad, ni diversidad, sino perfecta unidad, mediando toda una larga serie de transiciones graduales e insensibles entre esos dos estados que, a primera vista, parecían del todo inconexos. Si en la vida humana hay perfecta continuidad desde el estado inconsciente de la primera infancia hasta la plena conciencia de la edad adulta, no menor suele haberla en los correspondientes estados sucesivos de la vida sobrenatural; de tal modo, que no es posible señalar con precisión el momento en que el uno empieza o en que termina el otro, porque en realidad la vida de la gracia es *una misma*, desde su comunicación en las aguas bautismales hasta su plena expansión en las playas eternas.

Nadie, en efecto, se atreverá cuerdamente a decir cuándo cesa el *estado ascético*, ni cuando comienza en rigor el *místico*, porque en realidad aquél nunca debe ni puede cesar del todo, ni el segundo se inicia al terminar él, sino con él mismo. Lo que hay es sólo preponderancia del uno y remisión en el otro. En la *purgación* prepondera grandemente la *actividad* de la *iniciativa ascética*, y en la *unión*, la *pasividad* del confiado *abandono*, o la suavidad del dulce *reposo* místico; mas en la *iluminación* o *aprovechamiento* hay compenetración—o interpolación a veces—de los dos estados. Y por eso cuando falta o cesa el soplo del divino Espíritu, debe el alma—contra lo que enseñaban los *quietistas*—apelar, en cuanto esté en su mano, a todos los recursos ordinarios, empleándose en la meditación, la lección, el examen, los santos afectos y en todos los diversos ejercicios de la *vida activa*, hasta volver a sentir la moción divina y encontrar el reposo de la contemplación [108].

---

[108] Cf. SANTA TERESA, *Vida*, c. 13, etc.; V. BART. DE LOS MÁRTIRES, *Comp. Myst.* c. 18, § 5; MOLINA, *De la oración* tr. 2, c. 6, § 1,

El abate Saudreau, que muy justamente considera la *Ascética* como preparación al *estado místico* (y por lo mismo defiende con ardor que éste es *asequible* y muy *deseable*), trata de caracterizarlo en todas sus fases por estos dos elementos: un conocimiento *superior*, pero *confuso*, y un amor intenso, pero semiinconsciente, o *alogo*, como dirían los antiguos. Estas dos cosas son las únicas que tiene por esenciales en todo el proceso de la vida mística: lo demás lo juzga todo accesorio: «Hay, dice [109], en *cualquier* estado místico estos dos elementos: conocimiento superior de Dios, que, con ser general y confuso, da una altísima idea de sus incomparables grandezas, y amor no razonado—*irraisonné*—, pero intenso, comunicado por el mismo Dios y al cual nunca podría llegar el alma con todos sus esfuerzos».

Mas estos dos caracteres sólo podrán ser constitutivos en lo que tienen de perfección, no en esa *forma imperfecta* de lo *confuso* o *alogo*. En estas condiciones sólo caracterizan los comienzos de la vida mística y las fases de aridez y obscuridad. Mas cuando después se muestren en muy alto grado los dones de sabiduría e inteligencia, y el alma, con *clara* visión intelectual, perciba los atributos divinos, y, amando con todas sus fuerzas, se lamente de no poder amar a Dios tanto como *ve* que El merece, su amor no es ya *alogo*, ni su conocimiento *confuso*, y, sin embargo, el mismo fondo de ese *estado místico* es incomparablemente superior. No puede, pues, considerarse como *accesorio* lo que se manifiesta y afianza cada vez más con el desarrollo progresivo, aunque a veces—en las fases de prueba o desolación—aparente ocultarse. Sólo pueden merecer esa calificación los fenómenos particulares de cada una de las fases, que luego vayan desapareciendo en otras nuevas. Mas lo que en unas se muestre en *acto*, iniciándose *virtualiter* en las anteriores para persistir después *eminenter*, eso pertenece al mismo *fondo*.

Con más acierto Boulesteix [110], reconociendo que la Mística puede definirse *la ciencia experimental de Dios*, quiere que esta ciencia consista en «un conocimiento y un amor *misteriosos*, que nos hacen percibir a Dios de una manera verdaderamente *inefable*», como efecto que es de los dones del Espíritu Santo [111]. Así, mientras más inefables sean ese conocimiento

---

[109] *L'Etat myst.* p. 111.
[110] L. c.
[111] En unos artículos que acaba de publicar en *Razón y Fe* el P. Gárate, sostiene también que la *esencia* del *estado místico* consiste

y ese amor, tanto más *positivos* y elevados son; pues suponen una más alta comunicación de esos dones; la cual, cuanto mejor se hace sentir, tanto peor se puede expresar, por no caber en palabras humanas.

El P. Poulain—que sigue admitiendo la distinción esencial de la Mística y la Ascética, y cree que ésta puede llegar hasta la «oración de simplicidad»—caracteriza el *estado místico*, o sea «el fondo común de todos los grados de la unión mística», por cierta *sensación espiritual*, como de *tacto interior*, de la presencia de Dios [112]. Pero en esto sólo figura el elemento cognoscitivo, mas no el afectivo, que es tanto o más importante. Además, como replica Saudreau, esa presencia no se percibe en la *noche del sentido*, que según el mismo Poulain—de acuerdo en esto con San Juan de la Cruz y el P. Surín—pertenece ya al estado místico. Y, en fin, si la oración de simplicidad lleva —según él mismo confiesa [113]—«como por una suave pendiente al estado místico», es porque no hay tal discontinuidad entre los dos estados, y esa oración es en parte adquirida y en parte infusa, pues no ofrecería la suavidad que tiene en esa dulce y amorosa presencia de Dios, sin cierta influencia superior del Espíritu de piedad y de sabiduría.

Así, pues, ya en la oración de «simplicidad»—o sea de *simple atención* o *vista amorosa*—debe de haber cierto *contacto*, *sabor* y *olor* divinos, aunque inconscientes, y que luego, cuando en la *noche del sentido* cambien de aspecto y de intensidad, empiezan a notarse como *privaciones*; por la *aridez*, *disgusto*, *aversión*, *molestia*, etc., que resultan de una acción divina más acentuada, la cual se hace dolorosa al alma aun no bien purificada y dispuesta para recibirla con placer.

En realidad, lo que constituye el *estado místico* es el predominio de los dones—y sus consecuencias, los frutos del Espíritu Santo—sobre la simple fe viva ordinaria, con las obras de caridad y esperanza correspondientes, mientras que el de éstas sobre aquéllos constituye, y de algún modo caracteriza, el *estado ascético*.

Pero a veces el asceta, movido del divino Espíritu, puede *obrar*, aunque él no lo advierta, del todo *místicamente*; así como, por el contrario, los místicos, por muy elevados que se hallen, cuando por algún tiempo se les retira el Espíritu—aun-

---

en «el *conocimiento inefable de Dios*, producido por cierta luz sobrenatural que se comunica de una manera estable».

[112] *Des grâces* p. 78.

[113] P. 12.

que los deja ricos de grandes efectos y frutos que dan a todos sus actos más intensidad y valor—deben hasta cierto punto proceder, y proceden, *a manera de ascetas.*

Mas los dones, en menor o mayor grado, son infundidos —según hemos visto—con la misma gracia santificante y crecen a proporción de la caridad, y, como observa el P. Weiss [114], no sólo son necesarios para llegar a la santidad verdadera y poder ejecutar ciertas acciones dificultosas, sino también para practicar con la debida perfección las virtudes cristianas, y aun para conseguir la salvación [115]. Y, mediante ellos, todos los fieles que viven en gracia pueden obrar a veces heroica y místicamente [116]. Así. aunque en estado muy remiso, en los mismos albores de la *vida espiritual* se inicia la *mística*, y ésta en realidad comprende todo el desarrollo de la vida cristiana, y todo el camino de la perfección evangélica, por más que sus manifestaciones principalísimas se reserven para la *vía unitiva*, en que el alma tiene ya como el *hábito del heroísmo* y de *lo divino*, y en que, ejercitándose con perfección en las más dificultosas prácticas de la virtud, obra ya claramente *supra modum humanum*, mientras que en la *vía purgativa* y aun en parte de la *iluminativa*, luchando con dificultades, superando obstáculos y quitando impedimentos, tiene que esforzarse a la luz de la fe a obrar como *por propia iniciativa* y al *modo humano*, sin *sentir claro* (o al menos sin *notar* que *siente*) la oculta *moción* del Consolador y el *gusto*, sabroso o amargo, que con el don de sabiduría le infunde [117]. Pues como este *gusto, o fervor*, es todavía tan

[114] *Apol.* 9, conf. 3, ap. 2, n. 5.

[115] Cf. Santo Tomás 1-2, q. 68, a. 2; q. 69, a. 1; 2-2, q. 139, a. 1; *In III Sent.* d. 36, q. 1, a. 3.

[116] «Nadie puede decir, advierte el citado apologista (*ib.* n. 6), que no necesita de los dones del Espíritu Santo, ni que estos dones no se le ofrecen con la gracia, ni que sin ellos sería capaz de practicar los diversos grados de la virtud cristiana, conforme su propia situación lo exija. No está cada uno obligado a llegar de pronto a la cumbre de la perfección, pero todos deben conformarse con los impulsos del divino Espíritu, esforzándose por alcanzar un grado más alto. Todos poseen esos dones, aunque en diferente plenitud, si se hallan en estado de gracia. Así todos podrían resultar mejores, si quisieran dejarlos obrar y proceder de concierto con ellos: todos podrían ejecutar acciones heroicas, y hacerse perfectos y santos, si no pusieran óbice a los dones del Espíritu».

Estos dones, según San Francisco de Sales (*Amor de Dios* 11, 15), «no solamente son inseparables de la caridad, sino que, bien considerados, son las principales virtudes, propiedades y calidades de la caridad... La *sabiduría* no es otra cosa, en cuanto al efecto, que el amor que saborea, gusta y experimento cuán suave y dulce es Dios...»

[117] «El don de sabiduría en su primer grado, advierte Dionisio Car-

sensible—por mostrarse en lo inferior del alma más que en lo superior—, aunque a veces se perciba muy claramente, aun no se conoce bien si es *divino o natural*.

Pero de cuando en cuando, en medio de sus esfuerzos, el alma nota ciertos *impulsos*, o *atractivos* delicados, y ciertos *gustos* o *disgustos* en que ya distingue, reconoce, o al menos sospecha como un misterioso *olor o sabor* divinos. Y cuando haya adelantado en estas vías interiores, en los mismos frutos de vida que esa moción le deje no podrá menos de reconocer ya un muy especial influjo del Espíritu Santo [118].

Así el alma que marcha todavía por las sendas más *ordinarias* produce a veces verdaderos *actos místicos*, como un místico, en muchas ocasiones, los produce ascéticos, y esos actos se le acrecientan hasta que, poco a poco, purificada e iluminada ella, vienen a convertírsele como en habituales.

Y cuando esto le suceda, cuando *habitualmente* produzca actos heroicos de virtud, y, negada ya a sí misma, casi de ordinario se deje mover sin resistencia de los impulsos, toques y soplos del Espíritu que, como a instrumento músico muy afinado, a su gusto la maneja, arrancando de ella divinas melodías (S. Gregorio Nacianceno), entonces podremos decir que se halla ya en pleno *estado místico*, aunque a ratos o a temporadas tenga aún que descender al ascético.

El *estado místico habitual* viene a empezar de lleno con la oración de *unión*, aunque todavía siga con grandes intermitencias hasta que se llegue a la *unión plena y estable*, pero se *inicia* ya de algún modo en la *oración afectiva*, y luego, en la *noche del sentido*, por más que el alma no acierte a reconocerlo, se *acentúa* cada vez más, por una parte, en la creciente dificultad o imposibilidad de meditar como de *ordinario*, y por otra,

---

lujo (*De contempl.* l. 1, a. 41), constituye el *primer grado de la contemplación*». Y como los dones son necesarios para la contemplación misma, síguese que aun para ésta se necesita por lo menos algún *acto místico*.

[118] «¡Doctrina consoladora!, exclama el P. Gardeil (*Dons* p. 154-6), puesto que en todas las almas justas mora el Espíritu Santo con sus dones, de nosotros depende usar de ellos bajo el influjo de la gracia. Mas ¿quién os dará esa gracia?, me diréis. Tenéisla ya, si con sinceridad la deseáis... Volved luego los ojos al Huésped interior..., y cuando el movimiento de vuestras almas *se torne en contemplación*, descubriréis unos horizontes tan dilatados, unas alturas, anchuras y profundidades que no sospechabais, que la fe sola no os descubría, y que habéis llegado a conocer mediante los *ojos del corazón*, de ese corazón vuestro donde piadosamente debéis esperar que habita el Espíritu Santo».

en la casi continua *vista* o presencia, ora amorosa, ora dolorosa de Dios [119]. Y luego se mostrará muy a las claras, aunque por breve tiempo y con largos intervalos, en el *recogimiento infuso*, y mucho más y mejor en la *quietud*. Estos son ya estados místicos, pero breves e interrumpidos, y por eso muchos autores suelen identificar la *vida mística* con la *unión*, considerando las otras fases como simples preparaciones.

Mas desde Santa Teresa suelen considerarse como pertenecientes a la *Mística* todas las progresivas fases que sucedan desde que empiece a notarse claramente alguna manera de *oración* «sobrenatural», o *infusa*, cual es la que nunca uno hubiera podido alcanzar por los medios ordinarios, por mucho que la procurara, y donde el alma necesita ya regirse por otras leyes muy superiores a la de la ascética habitual. Y esa nueva manera de oración la vió la Santa ya muy caracterizada en el *recogimiento* que llaman, por esa razón, *infuso* [120], a diferencia del procurado por nuestros esfuerzos, que cuesta mucho trabajo, y con todo es muy inferior y muchísimo menos fructuoso, mientras que aquél, como obra propia del Espíritu Santo, se produce sin ningún esfuerzo, y a veces cuando menos se piensa, y siempre es provechosísimo.

Pero como «el Espíritu inspira donde quiere, sin que sepamos de dónde viene ni adónde va» (Io. 3, 8), de ahí que a unos les inspire esa oración muy pronto y con gran frecuencia, y a otros—quizá más adelantados—muy tarde o con mayores intervalos, y que a ciertas personas—sobre todo cuando no corresponden bien—después de dársela ya habitualmente, se la retire por algún tiempo y aun quizá para siempre o por largos años. En todas estas ausencias el alma enamorada,, que tan por experiencia conoce ya las finezas del Amado, procura incesantemente buscarle *per vicos et plateas*, es decir, por las obras ordinarias de la vida activa, por toda suerte de ejercicios ascé-

---

[119] «En esta noche escura, observa San Juan de la Cruz (*Noche* 1, c. 1), comienzan a entrar las almas cuando Dios las va sacando del estado de *principiantes*, que es de los que *meditan* en el camino espiritual, y las comienza a poner en el de los *aprovechados*, que es ya el de los *contemplativos*, para que, pasando por aquí, lleguen al estado de los perfectos, que es el de la *divina unión*. Por tanto, convendrá tocar aquí algunas propiedades de los principiantes, para que entiendan la flaqueza del estado que llevan y *se animen y deseen* que les ponga Dios en esta noche, donde se fortalece y confirma el alma en las virtudes y para los inestimables deleites del amor de Dios».

[120] En su *Carta al P. Rodrigo* declara, según hemos visto, que esa oración «sobrenatural» empieza con la *presencia habitual de Dios*.

ticos, pero muy especialmente por la oración y las frecuentes aspiraciones e introversiones [121].

Preguntando entonces por El a «los guardias de la ciudad», que son sus directores—aunque a veces, cuando sea ya muy perfecta, permitirá Dios que, en vez de consolarla y orientarla, la atormenten, la dañen y la «despojen del manto» de la buena fama, desconcertándola y aun desacreditándola [122]—, si ella permanece fiel en buscarle, desfalleciendo de amor y celebrando su hermosura, no tardará en verlo bajar al florido jardín de su corazón, para comunicársele más que nunca (Cant. 1, 6-12). Y cuando aun no es tan perfecta que pueda soportar esas pruebas, no le faltarán quienes la enseñen a encontrarlo. *Paululum cum pertransissem eos, inveni quem diligit anima mea* (Cant. 3, 4).

Estas ausencias y tardanzas—a veces definitivas, por falta de fidelidad y diligencia en buscarle—han hecho creer que no se comunica así místicamente sino a ciertas almas privilegiadas. y no a las demás, por buenas que sean. Pero las que se encuentren en este número, que examinen bien su conciencia y ponderen sus tibiezas e infidelidades, su sordera a las divinas inspiraciones, su flojedad y su poca perseverancia en buscarle durante las «obscuridades» en el lecho de la oración, y, cuando allí de ningún modo lo puedan hallar, apelando a la vez a las obras de caridad y misericordia (Cant. 3, 1-2). Haciendo esto comprenderán que, si no figuran en el «corto número de los escogidos», no es porque no pertenezcan al de los «muchísimos llamados», que son *todos los sedientos* (Is. 55, 1-9; Io. 7, 37; Apoc. 22, 17).

Así, pues, la verdadera *vida ascética* tiende de suyo, como

[121] «Cuando nos vemos obligados a ocuparnos exteriormente, dice Taulero (*Inst.* c. 23), con la mayor presteza que nos sea posible hemos de volver a lo interior .. Esta introversión se debe hacer con todas las supremas e ínfimas fuerzas, con la naturaleza y sin la naturaleza, y, finalmente, con toda el alma; lo cual de cuánta excelencia sea y cuánto provecho traiga, ¿quién lo podrá explicar? Porque si fuese posible renovarla mil veces al día, siempre en cualquiera vez naciera nueva luz, nueva pureza, nueva gracia y nueva virtud».

[122] *Percusserunt me, et vulneraverunt me: tulerunt pallium meum* (Cant. 5, 7). «El Verbo, dice Sta. Madgalena de Pazzis (1.ª p., c. 4). fué despojado de sus vestiduras, y el alma lo es igualmente cuando se le impide marchar en el camino de Dios según la inspiración interior y las luces que El le comunica, y se le obliga a seguir otra dirección. Y se despoja ella misma, a ejemplo del Verbo, cuando se mantiene en la humildad y obra en contra de su particular opinión». Cf. S. Th. *In Cant.* hom. 1; Scio. *ib.*

a su flor y coronamiento, a la *mística*. De una a otra hay una *transición gradual*. El fiel asceta, a impulsos inadvertidos o inesperados del divino Consolador, va ejercitando cada vez más *actos místicos*, hasta que, bien purificado «a la sombra de Aquel a quien desea», quiere esa divina Sabiduría—que «no entra en almas malévolas, ni habita en corazones cautivos del pecado» (Sap. 1, 4)—mostrársele ya a las claras, y «le introduce en sus íntimos *camarines*, o primeras moradas secretas, cuando ya no en la mística bodega de los vinos, para ordenar en él la caridad» (Cant. 1, 3; 2, 4).

Y luego, al empezar ya esa oración francamente infusa, irán intercalándose, o a veces compenetrándose en cierto modo, el *estado místico* y el *ascético*. hasta que en la *unión* predomine aquél, y en el *desposorio* se haga del todo como habitual y, después, casi permanente.

Pero lo que de un modo *claro* y *positivo* se nota bien en el *recogimiento*, eso mismo se indicaba. entre afectos contrarios, en la *noche* que le precede y lo prepara; así como volverá a notarse en las obscuridades, sequedades, desolaciones. amarguras, temores, penas y demás *sensaciones dolorosas*, a la vez que *extraordinarias* o «sobrenaturales», que le siguen. Y en ellas precisamente es donde el alma suele hacer actos más heroicos que, como verdaderos frutos que son del divino Espíritu, atestiguan la presencia de sus dones. Ahí ejercita los de fortaleza, piedad, consejo y temor, y recoge de ellos frutos de paciencia, longanimidad, fe, continencia, bondad, mansedumbre, etc., que la llevan luego al gozo en las tribulaciones, a la paz en las contrariedades y luchas, y a la verdadera castidad, modestia y benignidad, y, por último, a la *perfecta caridad*, que *echa fuera todo temor servil*. Con esto logra poseer en más alto grado el don de ciencia, aprendiendo en las pruebas a conocer mejor a Dios, viendo su mano paternal aun en medio de la más refinada malicia de las criaturas, y adquiriendo nueva hambre y sed de justicia; el de inteligencia. con que, a través de las tinieblas, descubre y penetra los divinos arcanos, y, en fin, el de sabiduría, que antes la saturaba de saludables *amarguras*, para purificarla y hacerle saborear luego las inefables *dulzuras* del Dios de toda consolación.

Así, pues, lo verdaderamente característico de la vida mística—en acto o en hábito—es el *modo sobrehumano*, que se traducirá y se podrá reconocer: en el *orar*, por cualquier manifestación especial de las luces o afectos producidos por los divinos *dones del Espíritu Santo*; en el *obrar*, por cualquier

adquisición notable de sus doce *frutos*, y en el *conocer* y *apetecer*, por cualquier función positiva o negativa, grata o ingrata de los *sentidos* y *sentimientos espirituales*, o sea de las distintas formas conscientes del *sensus Christi*, que nos hace percibir, apreciar, amar y desear a Dios *inefablemente* [123]. Y son otras tantas manifestaciones especiales de los dones de inteligencia, ciencia y sabiduría, etc. En todo esto se muestra el alma como dirigida y movida del mismo Espíritu Santo, procediendo así de un *modo sobrehumano*, bajo *iniciativas* y *normas divinas*; mientras que en el *estado ascético* se procede *humanamente*, bajo el gobierno de la propia razón (aunque más o menos cristianizada) y como por *propia iniciativa* [124].

A veces el alma cree no sentir a Dios, ni apreciarle ni amarle, ni seguir sus impulsos, por causa de la aridez, obscuridad, amarguras y dificultades; pero *siente* en extremo el *vacío penoso* de su ausencia, la ardiente sed de su amor y la dolorosa impresión de las propias fealdades y flaquezas, ante la oculta luz divina que se las descubre. Lo esencial es alguna especial *moción* o *ilustración* del Paráclito, aunque sean tan disimuladas que apenas se adviertan, pero que así y todo no dejan de aceptarse y de *sentirse* como por una suerte de *tacto interior*, espiritualísimo; por más que no crea uno sentirlas, obrando bajo ellas como inconscientemente.

De este modo—bajo el toque secreto de Dios—se encuentra el alma tantas veces impulsada, movida, orientada, sin saber cómo ni adónde, e inclinada a amar o temer intensísimamente, sin saber apenas por qué [125].

[123] La *Teología mística*, dice según esto el V. Juan de Saint-Samson (*Maximes* c. 21), es la *percepción inefable de Dios*.

[124] Cf. *supra*, 1.ª p., c. 3, § 3-5.

[125] «La santa inspiración, decía el Señor a Santa Catalina de Génova (diál. 3, 13), nunca deja de acompañar al *rayo de amor* con que excito los corazones a amar. Tan delicado es el místico efecto de esta luz, que el corazón que lo recibe no puede menos de amar, aunque todavía *no sabe precisamente lo que ama*. Pero, si da muestras de esa *buena voluntad* que los ángeles ensalzaban en mi portal de Belén, su creciente fidelidad descubrirá poco a poco mis secretos... Si los hombres siguen la impresión que los aficiona a mi luz increada, se vuelven ciegos para lo de la tierra y pierden de vista todas las cosas mundanas... Esos rayos de amor no solamente los hago llegar al corazón del hombre, sino que los arrojo como flechas encendidas que lo traspasan y lo abrasan y lo hacen suspirar ardientemente por Mí... El hombre aun no comprende lo que Yo quiero; pero la herida de amor que en sí lleva le pone en un piadoso asombro, el cual se convierte en un vivo fervor de deseos que le hacen subir de grado en grado hasta *la llama en que estoy sentado*, hasta el *trono* de fuego *de donde sale*

De ahí que tantos místicos digan con toda convicción que a veces *aman* sin *entender*, y todos en general sostengan que, por lo menos, el amor va más allá del conocimiento, y le excede sin comparación [126], mientras los teólogos puramente especulativos, no entendiendo de esos misterios, replican invocando el axioma: *Nihil volitum, quin praecognitum*; Nada se ama que no sea antes conocido. Pero aquí quien antes conoce es el Espíritu, que *inspira donde quiere, sin que sepamos adónde va*; que *derrama su divina caridad en nuestros corazones*, para abrasarnos en sus dulces llamas, sin que apenas lo advirtamos, y que *pide por nosotros*, y *con gemidos inenarrables, lo que nosotros no sabríamos pedir* [127].

---

esta gran voz: He aquí la morada de Dios con los hombres (Dan. 7; Apoc. 21)».

Este ardor y esta misteriosa atracción se sienten de un modo especial ante Nuestro Señor sacramentado; pues allí mora con nosotros «para poner fuego divino en nuestros corazones». «Mi corazón, ya fuertemente *atraído* hacia la Sagrada Escritura, quedó como *atado* al tabernáculo... Mis oraciones consistían en *dejarme abrasar en silencio*. M. María Teresa Debouché, fundadora de la Congregación de la Adoración reparatriz, *Vie* por HULST, c. 4, p. 98.

[126] Cf. S. FR. DE SALES, *Amor de Dios* 4, 4.—«Más común es, advierte San Juan de la Cruz (*Noche* 2, 13), sentirse en la voluntad el toque de la inflamación, que en el entendimiento el toque de la perfecta inteligencia». Por eso, como dice en la 3.ª canción de la *Noche escura*, camina tanto tiempo el alma «sin otra luz ni guía,—sino la que *en el corazón ardía*».

[127] «Lo que algunos dicen que no puede amar la voluntad sino lo que primero entiende el entendimiento, observa el mismo Santo (*Cant. spir.* 26), se ha de entender naturalmente...: mas *por vía sobrenatural bien puede Dios infundir amor* y aumentarlo, *sin infundir* ni aumentar *distinta inteligencia*...; y está asi experimentado de muchos espirituales, los cuales muchas veces se ven arder en amor de Dios sin tener distinta más inteligencia que antes; porque pueden entender poco y amar mucho, y pueden entender mucho y amar poco. Antes ordinariamente, aquellos espirituales que no tienen muy aventajado entendimiento acerca de Dios, suelen aventajarse en la voluntad... Les infunde Dios caridad y se la aumenta, y el acto de ella que es amar más, aunque no se les aumente la noticia, como habemos dicho, y así puede la voluntad beber amor sin que el entendimiento beba de nuevo inteligencia».—Cf. ALVAREZ DE PAZ, *De inquis. pacis* (l. 4, p. 3.ª, c. 8), donde, entre otras cosas muy importantes, dice: «Multi eorum qui se experiri amorem sine cognitione affirmant, sunt viri sapientissimi... Tanta hi assequuntur experimento de natura et qualitate interiorum actuum, quanta nullus philosophus, tametsi in scholis nimis exercitatus, adipiscitur. Et in se vident fieri admiranda, et quasi manibus contrectant, quae inexperti deliramenta putant... Illi ergo spirituales viri tam indagatores, seu inspectores actuum interiorum absque ulla trepidatione asserunt se per experientiam scire, quia Deum interdum diligunt sine ulla cognitione, quae amorem praecedat, aut comitetur, Deo vo-

La mayor parte de sus inspiraciones ordinarias las realizamos *inconscientemente*, obrando como por instinto, es decir, por un verdadero «instinto divino»—como Santo Tomás le llama—, sintiéndonos agitados de un vivo deseo sin saber por qué, y obrando muchísimas veces sin tener nada más que una idea vaga del objeto propuesto [128]. Así, todo nuestro bien obrar se reduce entonces a dejarnos llevar de aquel dulce soplo, cooperando fielmente y sin la menor resistencia al misterioso impulso que sentimos hacia el sumo Bien.

Esta *sensación de lo divino* es la que nos hace reconocernos por solidarios de todos los fieles, dolernos verdaderamente de sus pérdidas espirituales y gozarnos de su ganancia; notando, aun inconcientemente, que modifican de algún modo a todo el conjunto del Cuerpo místico, en el cual constituye un real progreso el que experimenta cualquiera de sus miembros [129]. De ahí las mutuas y misteriosas influencias de unos en otros, y el que, a medida que crece la unión de caridad y santa solidaridad entre muchos, crezca en ellos, como nota Moehler [130], la iluminación, pudiendo así juntos conocer a su divina Cabeza mucho mejor que separados. De ahí también que los grandes santos, aun sin haberse visto nunca, se reconozcan tan

luntatis apicem immediate tengente, et sibi per amorem ardentissimum copulante... Et quidem S. Thomas tantum de communi et naturali modo diligendi loquitur, et fortassis de hoc supernaturali amore interrogatus illum non inficiaretur».

[128] «La vida sobrenatural del hombre aquí abajo, observa el P. Al. Mercier (*Les actes surn.* en «Rev. Thom.» mars 1907, p. 56), es en mucho instintiva y subconsciente... En particular los dones del Espíritu Santo son como puros *instintos*, análogos a los de la naturaleza, pero que obran con una certeza y energía muy superiores a la percepción consciente de los motivos de orden divino a que responden. Estos motivos son conocidos y queridos de Dios, que es quien mueve oportunamente al alma; y los actos por su moción suscitados son tanto más sobrenaturales cuanto más exclusivamente divinos sean los motivos... Los verdaderos motivos de las acciones humanas quedan muchas veces ocultos, substrayéndose a la misma conciencia de quien obra. Así es como puede ocurrir que, bajo ciertos hechos de apariencia natural, que motivan nuestras determinaciones, se oculte una especial moción de Dios; como, por el contrario, puede suceder—y con sobrada frecuencia sucede—que, creyendo obrar por razones sobrenaturales, obremos en realidad por otros motivos muy extraños». «Puede admitirse, reconoce W. James (*L'expérience relig.* p. 205-206), que la conciencia subliminal constituye un campo más propicio a las impresiones espirituales, que no la conciencia ordinaria, del todo absorbida, en el estado de vigilia, por las vivas y abundantes impresiones que le vienen de los sentidos».

[129] Cf. WEISS, *Apología del Cristianismo*, 9. conf. 3, ap. 1.

[130] *L'unité dans l'Eglise*, p. 129: *supra*, l. 1, *Evol. org.* c. 1, § 6.

fácilmente y contraigan esas amistades espirituales tan íntimas, puesto que ellos son como los órganos que forman parte del mismo *corazón* purísimo de la santa Iglesia, donde el Espíritu Santo mora de un modo singular, teniendo allí sus delicias y derramando a torrentes sus gracias, para luego, por medio de ellos—como por una mística red cuyas mallas se extienden por todo el mundo—, prender y cautivar otra multitud de almas. De ahí, en fin, el que, a medida que crece la perfección de un cristiano, así crezca su caridad y solidaridad con todos, así se sienta más ligado a ellos como miembro de Cristo, así se interese más vivamente por cada uno de sus prójimos [131], y así influya con mayor energía en provecho común, contribuyendo extraordinariamente a la «edificación del Cuerpo de Cristo en la caridad», o sea la evolución de la santa Iglesia en todas las formas de su progresivo desenvolvimiento.

APÉNDICE

[1] *Las inspiraciones divinas y nuestra sordera espiritual.*—«Es cierto, dice Fenelón [132], que el Espíritu de Dios habita dentro de nosotros, que obra, que ruega sin cesar, que gime, y desea, y pide lo que nosotros no sabríamos pedir, que nos mueve, nos anima, nos habla en el silencio, nos sugiere toda verdad y nos une a Sí de tal suerte que venimos a ser *un mismo espíritu con Dios.* He aquí lo que nos enseña la fe y lo que no pueden menos de reconocer aun los doctores más alejados de la vida interior... Estamos, pues, siempre *inspirados*; pero ahogamos de continuo esta inspiración. Dios no cesa de hablar; pero el ruido de las criaturas por de fuera, y de nuestras pasiones por dentro, nos atolondra y nos impide oírle. Hay que hacer callar a las criaturas y callarse a sí mismos, para escuchar, en este silencio de toda el alma, esa voz inefable de Dios. Hay que prestarle oído atento, porque es una voz suave y delicada que no se deja oír sino de aquellos que ya no oyen lo demás. ¡Oh cuán raro es callarse el alma lo bastante para dejar que hable Dios! El menor murmullo de nuestros vanos deseos y del amor propio confunde todas las palabras del divino Espíritu. Se nota que habla y pide algo, pero no sabemos lo que dice, ni a veces lo que deseamos adivinar. La menor reserva, el menor temor de que Dios nos pida claramente más de lo que estamos prontos a darle, basta par perturbar esta palabra interior. ¿Qué

[131] «Así como el Verbo es por naturaleza tan comunicativo, que nos da cuanto tiene, asi la gracia, observa Sta. María Magdalena de Pazzis (3.ª p., c. 5), hace al alma tan comunicativa, que reparte con los demás cuanto del Cielo recibe, y hasta querría darse a sí misma por la salud del prójimo».

[132] *Sentiments de piété. - La Parole intérieure.*

extraño es, pues, que tantas personas piadosas, pero llenas de apegos, de vanos deseos y confianza en sí mismas, no puedan oírla, y aun la miren como una quimera?... Lo cierto es que no vivimos la vida de la gracia sino en la medida de esa inspiración interior. Pero, ¡Dios mío!, pocos cristianos la sienten; porque son muy pocos los que, con su disipación voluntaria o con sus resistencias, no la ahoguen».

«Se pregunta, dice el P. Lallemant [133], cómo es que tantos religiosos y personas tibias, poseyendo los dones—puesto que viven en estado de gracia—, los ejercitan tan raras veces. Mas eso proviene de que los tienen ligados con hábitos y afectos contrarios, y con los muchos pecados veniales que diariamente cometen excluyen las gracias necesarias para producir los actos de los dones... El medio de salir de ese estado de tibieza es procurar de veras la pureza de corazón... Apliquémonos sin descanso a este santo ejercicio con una voluntad resuelta a no negar a Dios nada de cuanto nos pida para llegar a mayor perfección, y por este medio nos veremos pronto libres de esos lazos con que se inutilizan los dones, y nos llenaremos de la plenitud del Espíritu. Nos causa extrañeza ver que tantos religiosos, después de vivir en estado de gracia, diciendo misa todos los días y practicando todos los santos ejercicios de su profesión..., no dejan traslucir en sus acciones y en su conducta los dones del Espíritu Santo, dejándose mover casi siempre de miras humanas... Pero no hay que extrañarse. Teniendo esos dones como atados con los pecados veniales que de continuo cometen, no es de maravillar que no se vean sus efectos. Verdad es que estos dones crecen, lo mismo que la caridad, habitualmente en su ser físico; pero no actualmente en esa perfección que corresponde al fervor de la caridad, porque los pecados veniales impiden este fervor y, por lo mismo, la operación de los dones. Si estos religiosos se ejercitaran en la pureza de corazón, luego iría aumentando en ellos el fervor de la caridad, y en toda su conducta resplandecerían los dones del Espíritu Santo. Como todos los que están en gracia poseen estos dones, los ejercitan a veces; pero es como de paso y súbitamente, *sin que apenas lo adviertan.* Así permanecen siempre en el mismo estado, sin participar de las larguezas del divino Espíritu por la resistencia que le oponen».

«Como el sol material a nadie niega su calor y luz, si hay capacidad y disposición para recibir la fuerza de sus rayos; tampoco la divina Sabiduría, que dando voces en los altos montes, sobre los caminos reales (Prov. 8, 1) y en las sendas más ocultas, en las puertas y plazas de las ciudades, convida y llama a *todos,* a ninguno se ocultaría ni negaría. Pero la estulticia de los mortales los hace sordos, o la malicia impía los hace irrisores, y la incrédula perversidad los aparta de Dios, cuya sabiduría no halla lugar en el corazón malévolo» [134].

«¡Oh Verbo eterno!, exclamaba Santa Magdalena de Pazzis [135], dadme a conocer los obstáculos que impiden a vuestro Espíritu tan

[133] *Doctr.* pr. 4, c. 3, a. 3.
[134] AGREDA, *Mística Ciudad de Dios* 1.ª p., l. 2, c. 13, n. 110.
[135] 1.ª p., c. 30.

fecundo y activo realizar cumplidamente su obra en las almas! ¡Es El tan dulce y amable! ¿Cómo son, pues, tan poco conocidas sus suaves operaciones?...—Esos obstáculos, esposa mía carísima, son tan variados como graves, a causa de los diversos estados en que las criaturas se encuentran... Unas están alejadas de Mí: la malicia de que está su corazón lleno es un obstáculo que impide a mi Espíritu descansar en ellas. En algunas el obstáculo es la propia voluntad; en otras no es sólo la propia voluntad, sino también sus miras, su prudencia y la pretensión que tienen de servirme a su modo. Otros quieren mi Espíritu; pero lo quieren como les agrada y cuando les conviene, y se hacen así inhábiles para recibirlo. Otros, que me tocan más de cerca, oponen un obstáculo que no me desagrada menos que los precedentes: y es esa maldita tibieza que les hace creer que me sirven, mientras que, sin darse cuenta, no viven sino para sí mismos».

En cierta ocasión, refiere Taulero [136], reveló el Señor, en tono de queja, a un hombre religioso, seis faltas con que sus amigos suelen disgustarle: «La primera es, dijo, que, no buscando en cosa alguna fuera de Mí, consuelo, no se quejan conmigo solo de todas sus adversidades y trabajos, para que Yo, que quiero ser su único apoyo, les consuele por Mí mismo. La segunda, que cuando tienen sus reuniones hablan vanísimamente de cosas vanas, sin acordarse apenas de mi nombre. La tercera, que cuando vengo a ellos para llenar su corazón, su alma y sentidos de Mí mismo, con toda delectación y amor, los hallo tan ocupados y distraídos, enredados en tantas cosas y de tantas imágenes pintados, que soy compelido a irme presto. La cuarta, que, debajo del hábito religioso, me sirven muy delicada, fingida y tibiamente, siendo poquísimos los que con pura intención y amor me siguen: cada cual, aunque disimuladamente, busca en Mí su propio provecho, y pretende su propia honra más bien que la mía. La quinta es que no me quieren servir a su costa, sino que es necesario comprar sus obsequios, o consolándolos o concediéndoles algo, y, cuando cesan estas remuneraciones, todos sus cuidados y diligencias se entibian. La sexta, que, ofreciéndome yo sin cesar a su corazón con todo amor y consuelo y con todos mis dones y bienes, y exhortándoles a que quieran recibirme pobre y mendigo, pero consejero fiel, apenas me hacen caso: no a Mí, sino a mis cosas aman y buscan, y por no considerar el ardentísimo amor que les tengo, se hacen un daño indecible».

[2] *¿Por qué prefiere Dios a los pequeñuelos?...*—«De poco nos sirve, advierte el P. Weis [137], que Dios nos dé su Espíritu con sus dones, si humilde y piadosamente no los aceptamos.. Y como nuestro orgullo y nuestra frialdad son obstáculos para recibirlos, réstale al Señor comunicarlos a los pequeñuelos... Entonces la vanidad de los sabios, herida en lo vivo, suele decir que siempre son buenas mujeres y sencillas religiosas quienes poseen tales luces. Estas recriminaciones no son nuevas [138]; pero tampoco lo es la respuesta: *«La sabiduría no*

---

[136] *Inst.* 28.
[137] Apol. 9, conf. 3, ap. 2.
[138] Cf. GODEFRID, *Vita. S. Hildegardis*, 2, 2, 22.

entra en el alma maligna, ni habita en un cuerpo cautivo del pecado (Sap. 1, 4). Porque los pequeñuelos, las mujeres, las almas virginales tienen un corazón más puro, o hacen más generosamente violencia a sus pasiones [139]. El Espíritu Santo puede hacer que en ellos brille su luz. Las palabras de la sexta bienaventuranza: *Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios* (Mt. 5, 8), encuentran ya su aplicación en esta vida. Los hombres y los grandes talentos no tienen, pues, razón alguna para acusar por eso a las mujeres, antes la tienen muy grande para acusarse a sí mismos. No es privilegio de los pequeños y de las mujeres el ver mejor las cosas sobrenaturales, sino que es un castigo para los hombres y para los sabios, a fin de que se humillen. Y si no lo hacen, aun les aguarda mayor confusión conforme lo declaró el Salvador a Santa Catalina de Siena [140]. Santa Teresa [141] rogaba a nuestro Señor que, en vez de colmarla a ella de tantos favores, los dispensase a hombres sabios, a los sacerdotes, a los religiosos y a los teólogos. Y El le contestó: «Estos ni tienen tiempo ni ganas de trabar relaciones de confianza conmigo. Y, pues siempre me desdeñan, tengo que dirigirme a sencillas mujeres si he de tener el consuelo de tratar de mis intereses con los hombres».

[3] *Todos podrían llegar a contemplar los secretos del reino de Dios si de veras renunciasen a sí mismos y a los consuelos terrenos, para atender en todo a la imitación de Jesucristo y a la moción de su Espíritu; y llegan pocos, por ser pocos los que eso hacen.*—«En verdad, no hay otro camino abierto a los hijos de Dios, observa la Beata Foligno [142]; no hay otro medio para hallarle y tenerle, que la vida y la muerte de Jesucristo crucificado: esto es lo que yo llamo el *libro de vida*. Su lectura no puede hacerse sino con la *oración continua*, la cual *ilumina* al alma, la *eleva* y la *transforma*. El alma iluminada con la luz de la oración ve claramente el camino de JESÚS preparado y hollado por los pies del Crucificado .. Conocer a Dios y conocerse a sí mismos, he ahí toda santidad, toda perfección y todo bien... Mas esta manifestación no se hace más que a los hijos legítimos de Dios, a los hijos de la oración, a los fervientes lectores del libro de la vida .. Allí es donde se bebe la ciencia que no hincha y toda verdad necesaria para sí y para los otros».

Aprende a menospreciar las cosas exteriores y dedicarte a las interiores, advierte el Kempis [143]; y verás cómo viene a ti el reino de Dios». Mas «por eso hay tan pocos contemplativos, porque son muy pocos los que están desprendidos de las criaturas».

Si Dios no se comunica abundantemente a las almas, decía la V. Marina de Escobar [144], es únicamente por la imperfección de sus virtudes... Dios quiere comunicarse a los que ardientemente le aman;

---

139 GODEF., *ib.* 24; RIBERA, *Vita S. Theresiae* 1, 2, 37, 38.
140 Cf. *Vida*, por el B. RAIMUNDO, 2, 1, 122.
141 Cf. RIBERA, 4, 3, 50.
142 C. 57.
143 L. 2, c. 1; l. 3, c. 31.
144 *Obras* t. 1, l. 5, c. 23, § 4-6.

así como un gran rey descubre a sus familiares su corazón y sus secretos.

«El ser tan pocos los que llegan a la contemplación y la unión divina, proviene, según dice el P. Surín [145], de que también son pocos los que huyen de los consuelos terrenos y se entregan a la mortificación y al ejercicio de las virtudes cristianas».

«Por no saber aprovechar la acción divina, advierte a su vez el P. Caussade [146], se pasa en vano la vida corriendo con ansiedad tras una multitud de medios que podrían ser útiles, si esta acción los exigiese, pero que resultan inútiles y dañosos cuando se le oponen. Toda esa multiplicidad no puede darnos lo que se encuentra reunido en Quien es principio de toda vida y nos está siempre presente, imprimiendo a cada cosa un movimiento original que la hace obrar de un modo incomparable. Jesús nos envía un Maestro a quien apenas escuchamos; habla a todos los corazones, y dice a cada cual una palabra sola, que es la palabra de vida; pero no la percibimos. Queremos saber lo que dice a los demás, y no atendemos a lo que nos dice a nosotros; pues no consideramos las cosas en el *sentido sobrenatural*. que la acción divina les imprime... ¡Oh Amor divino! Ciertamente que *todas las almas llegarían a estados sobrenaturales*. sublimes, admirables e inconcebibles, si todas atendiesen a cooperar a vuestra acción. Se llegaría, sí, a la *perfección más encumbrada*, si se supiera dejar hacer a esta mano divina. *Todas las almas llegarían a ella,* porque a todas se ofrece esta acción. Todas, si fuesen fieles, vivirían, obrarian y hablarían divinamente, sin necesidad de copiarse unas a otras; pues la misma acción divina las singularizaría aun en las cosas más comunes».

«¡Qué hermosa vida es ésta!.. Las almas de buena voluntad pidan al Señor las lleve por ella. El está deseosísimo de que le busquen por este camino, y de guiarlas por estas *tinieblas de luz*; pues tiniebla es esta luz para el mundo (J.).

«Pocos son los que así se remontan sobre sus fuerzas y llegan a conocer la simple inteligencia, el ápice del Espíritu y el oculto fondo del alma. Antes, a los más, difícil es convencerles de que existe... ese fondo simplicísimo y uniforme, donde está el reino de Dios *dentro de nosotros*. Mas cuando se le descubre a uno, irradiando como está siempre con luz increada, mucho es lo que le impresiona y le encanta. ¡Oh fondo preclarísimo, donde la Santa Trinidad habita y donde se gusta la misma eternidad! *Una sola conversión perfecta hacia Dios en este fondo vale más que muchos piadosos ejercicios y buenas obras. y hasta puede reparar el tiempo perdido en diez o más años*. Porque alli mana la fuente de agua que salta a la vida eterna; la cual es de tanta suavidad y eficacia, que fácilmente quita el amargor de todos los vicios y abate las rebeldías de la naturaleza. Tan pronto como se bebe. se difunde por toda el alma y el cuerpo, dándoles una maravillosa pureza y lozanía. *No debemos*, pues, *cesar en la oración, hasta que me-*

[145] *Catech*. p. 1.ª, c. 3.

[146] *Aband*. l. 2, c. 11.

rezcamos beber de esa fuente. Pues, cuando hayamos bebido una sola gota, ya no tendremos más sed de cosas vanas y caducas, sino de sólo Dios y su amor. En el cual, cuanto más creciéremos, tanto progresaremos en la unión divina, y, cuanto más perfectamente unidos a Dios y más sumergidos en El estemos, tanto más claramente en El y por El lo conoceremos, y a su vez, cuanto mejor lo conozcamos, tanto con más amor le amaremos. Unos después y otros antes, llegando a aquella vena de agua viva, quedan excelentemente ilustrados con la luz sobrenatural. A algunos los lleva Dios muy aprisa a la perfección, y adelantándoseles, los atrae a Sí con tanta fuerza, que no sepan resistirle. Pero dichoso el que, aun después de muchos años de trabajo y esfuerzo por excavar, al fin merece encontrar en el fondo de su alma la misma vena de las aguas vivas... Aquí se logra el *objeto y fin de todos los ejercicios*, de todas las Escrituras y de todos los mandatos»[147].

«Confíen en la misericordia de Dios y nada en sí, dice Santa Teresa[148], y verán cómo su Majestad les lleva de unas moradas a otras». A los que viven cristianamente, prosigue[149], «no hay por qué se les niegue la entrada *hasta la postrera morada, ni se la negará el Señor, si ellos quieren*... No hay duda, sino que si persevera en esta desnudez y dejamiento de todo, que alcanzará lo que pretende». «*Queréis*, mis hijas, añade[150], tener esta oración (de quietud), y tenéis razón... Que cierto está desear saber cómo alcanzaremos esta merced... Después de hacer lo que los de las moradas pasadas: humildad, humildad; por ésta se deja vencer el Señor a cuanto dél queremos... Quien de verdad se humillare y desasiere... no dejará el Señor de hacerle esta merced, y otras muchas que no sabremos desear»[151]. «Es muy cierto, advierte por fin la Santa[152], que, en vaciando nosotros todo lo que es criatura, y desasiéndonos de ella por amor de Dios, el mismo Señor la ha de henchir de Sí (al alma). Y ansí, orando una vez Jesucristo Nuestro Señor por sus apóstoles, dijo que fuesen una cosa con el Padre, y con El, como Jesucristo Nuestro Señor está en el Padre y el Padre en El. ¡No sé qué mayor amor puede ser que éste! Y no dejamos de entrar aquí *todos*, porque ansí dijo su Majestad: *No sólo ruego por ellos, sino por todos aquellos que han de creer en mí también*, y dice: *Yo estoy con ellos*. ¡Oh válame Dios, qué palabras tan verdaderas! ¡Y cómo las entiende el alma, que en esta oración lo ve por sí! ¡Y cómo *lo entenderíamos todos, si no fuese por nuestra culpa!* Pues las palabras de Jesucristo, nuestro Rey y Señor, no pueden faltar; mas como faltamos en *disponernos*, y desviarnos de todo lo que puede embarazar esta luz, no nos vemos en este espejo que contemplamos, adonde nuestra imagen está esculpida».

---

[147] BLOSIO, *Instituto spiritualis* c. 12, § 4.
[148] *Moradas* 2, c. 1.
[149] *Moradas* 3, c. 1.
[150] *Moradas* 4, c. 2.
[151] Cf. *Moradas* 5, c. 1; *Camino* c. 10.
[152] *Moradas* 7, c. 2.

Luego, según la Santa, *todos*, si nos dispusiéramos como conviene, podríamos llegar hasta ese altísimo grado de oración a que se refiere, que es nada menos que la del *matrimonio espiritual* [153].

«¡Oh almas criadas para estas grandezas, y *para ellas llamadas*, exclama San Juan de la Cruz [154], ¿qué hacéis?, ¿en qué os entretenéis?»

«El *fin y término de la oración mental*, escribe Molina [155], es la *contemplación .. Todos la deben procurar* en cuanto en sí fuere... Lo *muy ordinario* es darse después de haber el hombre perseverado mucho tiempo con fidelidad en la oración mental y mortificación... Esta gracia es tan grande y excelente, y de tan grande estimación, que no se puede encarecer ni ponderar...; ni será posible estimarla como merece quien no la hubiere gustado. Esta es aquella sabiduría que dice Salomón (Sap. 7): que se ha de preferir a los reinos y a las riquezas y estimarse más que la salud, la hermosura, la honra y el mando, y que todo el oro, plata y piedras preciosas y todas las riquezas del mundo, en su comparación son como un poco de lodo, y que con ella vienen al alma todos los bienes juntos. La suavidad y deleite que con ella recibe el alma, dice Santo Tomás [156] que excede a todos los deleites con tantas ventajas, como excede el espíritu al cuerpo; en efecto, es vivir en carne mortal una vida de ángeles, muy semejante a la de los bienaventurados... De lo dicho se sigue que cualquiera que tiene oración debe concebir un ánimo y deseo generoso y una determinación grande de hacer cuanto en sí fuere, y no cansarse hasta alcanzar esta merced de Dios; el cual está aparejado a darla a *todos los que se dispusieren*, y no es aceptador de personas, ni está abreviada su mano, para que las mercedes que hizo a sus santos, y hace ahora a muchos siervos suyos, no las haga a todos los que hicieren lo que es de su parte... Nunca pierda la esperanza y deseo de alcanzarla, ni el ánimo de ha-

[153] Cf. *supra*, pp. 169-70, 243-246.—Con mucho gusto vemos, al imprimir estas páginas, que el P. Gárate, últimamente en *Razón y Fe* (julio 1908, p. 235), después de confrontar muchos pasajes de la Santa y de explicar y desvanecer las aparentes contradicciones, saca de ellos esta importante conclusión: «Cuantos se dan al ejercicio santo del trato con el Señor tienen gracias congruas para llegar a la *perfección del estado místico*». Si aconteciere que alguien, haciendo lo que es de su parte, no lo consigue, eso sería «por Providencia extraordinaria», que la Santa llama secretísimos juicios de Dios: sería «una como derogación de las leyes místicas» (*ib.* p. 323-4). Y de esta hipotética derogación (aunque sin admitirla) se vale ella para alentar a las religiosas que aun no lo consiguieron. «Por tanto, añade (p. 327), parece ser doctrina de Santa Teresa que el *modo ordinario de conducir el Señor a la santidad* es mediante las gracias del *estado místico*, o, en otros términos, que *la contemplación es moralmente necesaria* para adquirir la santidad». Cf. POULAIN, *Revue du monde invisible* n. 3, 15 ag. 1898, p. 144. El P. Villada (*Razón y Fe* feb. 1919) reconoció también esta *necesidad moral*.

[154] *Cánt. esp.* 39.

[155] *De la orac.* tr. 2, c. 6.

[156] 2-2, q. 180, a. 7.

cer todo lo que fuere en sí; que muchas veces tarda Dios en darla por lo que El solo sabe, y, por tarde que llegue, paga tan abundantemente que suple todo lo que se ha trabajado en esperarla. Y... debe concebir deseo de pasar muy adelante...; que por muy alto que sea el grado en que Dios le ha puesto... quedan otros grados tanto más altos donde subir y otras virtudes tanto más excelentes que recibir, que, cuando las recibiere, le parecerá que las recibidas hasta entonces eran casi nada en su comparación, sin que en esto haya límite ni tasa mientras se vive en esta vida. Porque, como Dios es bien infinito, tiene infinitos modos de comunicarse a sus criaturas, unos más altos y excelentes que otros; y *para estos deseos es de provecho la lección de los libros que tratan de estos modos de oración sobrenatural*... Tengo por *cierto* que *no se niega a ninguno* que persevere en hacer todo lo que es de su parte».

[4] *Breves instrucciones sobre los grados de oración.—Orar* es *conversar con Dios*, entrando en trato con El mediante la fe, la esperanza, la caridad y los dones del Espíritu Santo. La *oración vocal*, en que esa conversación se mantiene con los signos habituales de nuestro lenguaje, está al alcance de todos, y constituye el *primer grado de oración*. Hay personas que, para exponer al Señor sus sentimientos, apenas pueden prescindir de las palabras; pero otras van orando mejor con sólo el corazón, cuyos deseos y afectos oye Dios muy bien, sin necesidad de que se le expresen verbalmente, y esta *conversación* u *oración mental*, que suele hacerse ya más *en espíritu y en verdad*, constituye el *segundo grado*. Aquí, empero, se exigen ordinariamente ciertos actos preparatorios de *composición de lugar, lección, meditación, reflexión*, etc., que son como instrucciones para luego saber *conversar* con afectos, súplicas, resoluciones y acciones de gracias, etc., en que está lo esencial de la oración. Mas cuando el alma sepa ya bien hacer esto, y lo haga expeditamente sin necesidad de aprendizajes, huelgan ya aquellos actos, y debe atenerse a lo esencial. Así el Espíritu Santo, como maestro de toda verdad, la incapacita para que no pierda en vano el tiempo en preparativos ya inútiles, como serían los del que quisiera andar en busca de la fuente, cuando ya está en ella, y sólo le resta coger agua. Esto es ya un principio de *vida mística*, como lo es también el *fervor* que viene cuando el Espíritu sopla y enciende en amor, o mueve a orar u obrar según le place. Siendo estos afectos y súplicas lo esencial, si faltan, no hay verdadera oración; y uno de ellos bien mantenido, aunque no se haga otra cosa, constituye una oración muy buena. Esta *oración afectiva*—o de *actos de virtud*, como algunos la llaman—en que ya es muy difícil o imposible el meditar, es la que constituye el *tercer grado*. Cuando en ella se sienta gran sequedad, en que no se ocurre ningún afecto ni resolución, hay que volver de nuevo a excitarlo con reflexiones, meditaciones o breves lecciones. Pero si éstas se olvidan, y no hay medio de reflexionar, hay que atenerse a repetir un mismo afecto que más nos convenga, el cual podrá llevarse preparado, o se tomará del *Pater noster*, etcétera. Y si esto mismo disipa, y hay como incapacidad para decir

la menor cosa explícitamente, y a la vez cierto oculto deseo de estarse *en silencio* ante Dios, entonces quédese el alma en esa dulce presencia *amorosa*, sin excitar las potencias para que no le turben la paz; deje que el corazón sólo hable en aquel su *lenguaje mudo*, y escuche lo que allí dentro le habla el Dios de su corazón, que está en secreto sugiriéndole toda verdad y enseñándola a estarse en esa calma de los sentidos y pasiones, para que así pueda atender tan sólo a lo que El quiere de ella, y aprender a hacer en todo lo que es más de su divino agrado. Tal es el *cuarto grado de oración*, que algunos llaman de *simplicidad y otros de simple vista amorosa*, y que realmente es ya más *contemplación infusa* que no oración ordinaria. Puesto que entonces el divino Espíritu está obrando, moviendo e inspirando en silencio, mediante sus dones de *temor*, *piedad*, *ciencia*, *fortaleza* o *consejo*. Mas para que estos dones se desarrollen y obren libremente, y con ellos logren mostrarse a las claras los dos más elevados, de *inteligencia* y *sabiduría*, es menester toda la purgación de la *noche del sentido*, y aun parte de la del *espíritu*; pues hay que apagar las luces inferiores, para que brillen, o puedan percibirse, las superiores y aguardar a que se oculte el sol para poder ver las estrellas, que están en lo alto del cielo. Y esa iluminación que, mediante los divinos dones. de tal modo purifica, enciende, eleva y conforta las potencias, que les permite conversar con Dios de un *modo* verdaderamente celestial y *divino*, es la que empieza a tenerse manifiestamente en la oración de *recogimiento*, y mucho más en la de *quietud* y *unión de conformidad*, y, por fin, aun sin comparación mejor y como de continuo, en la *unión transformativa*. Aquí está el *místico reposo* con que se nos convida a todos, y donde únicamente nos es dado encontrar el verdadero *descanso para nuestras almas*.

* * *

Desde que se entra de lleno en los *estados místicos*, habiendo perfecta docilidad, huelgan ya casi las instrucciones humanas; pues allí el mismo Espíritu Santo se constituye en perpetuo director, gobernador y maestro; y con su *unción* ilustra y da vigor y acierto y facilidad para todo, llenando los corazones de luz y de alegría santa, y a la vez de fortaleza y de vida.

Lo que importa es que el alma se le entregue totalmente y sin ninguna reserva; que confiadamente se abandone en sus divinas manos, y que, con toda fidelidad y constancia, persevere siempre en ese abandono y aniquilamiento, procurando corresponder con generosa magnanimidad a las donaciones divinas, dejándose llevar sin resistencia de las santas mociones e ilustraciones y moldear de la secreta acción del divino Renovador y Vivificador; que, cuanto más a ciegas se le entregue y menos le resista, tanto mejor, más pronto y con menos trabajo y molestias quedará reformada, acrisolada, iluminada y vivificada, y, por fin, *transfigurada de claridad en claridad en la misma divina imagen del Verbo humanado*, llegando hasta hacerse un *Espíritu con El*...

TERCERA PARTE

Evolución mística de toda la Iglesia

CAPITULO I

Vida integral y evolución colectiva

§ I.—Solidaridad vital de todos los fieles cristianos. La vida del Espíritu: Jesucristo creciendo en su Cuerpo místico, renovándolo y obrando y sufriendo en sus miembros: tesoros y poderes de la Iglesia: necesidad de la unión con ella para vivir en Cristo: cómo cuida el Salvador de todos sus miembros.—Deberes recíprocos de éstos: unión y concordia: abnegación y colaboración.

Vimos ya en el libro I [1] cómo la Iglesia es el más vasto y más complejo y en todo el más admirable de los organismos vivientes; pues esta mística sociedad de los fieles cristianos, teniendo como tiene por Cabeza a Jesucristo y por alma a su divino Espíritu, goza de una verdadera *vida real* y no puramente *moral,* como el de las sociedades humanas. Vimos también cuán prodigiosamente evoluciona, así en la doctrina como en la organización—según crece, con Jesús, «en sabiduría y en edad»—y cómo todos sus maravillosos progresos doctrinales, disciplinares y orgánicos se ordenan al místico, es decir, al incremento de la *gracia* y de la *santificación,* o sea al acrecentamiento de la vida sobrenatural que el divino Paráclito le está comunicando: *Ut vitam habeant et abundantius habeant* (Io. 10, 10).

La pura doctrina, por noble que sea, sin espíritu que la anime, es palabra huera, o letra muerta, y a veces mortífera: *occidit* (2 Cor. 3, 6). Todas las ciencias, aunque sean las divinas y humanas juntas, si no están inspiradas o informadas de la caridad, son como vanos fantasmas o viento sin consistencia: *hinchan,* pero no edifican, ni menos vivifican (1 Cor. 8, 1) [2].

---

[1] C. 2, § 6.

[2] Cf. S. AGUSTÍN, *Confes.* l. 5, c. 2-3; KEMPIS, l. 1, c. 1-3.—«No hay que buscar el progreso en la vana ciencia, dice el P. Weiss

Mas *el Espíritu vivifica* y *la caridad edifica.* Sin el Espíritu que difunde la caridad de Dios en el organismo, de nada serviría la misma organización: *Spiritus est qui vivificat; caro non prodest quidquam* (Io. 6, 64). Por eso *si el Señor no edifica la casa, en vano trabajan los obreros* (Ps. 126, 1).

Vivificados, animados e impulsados del Espíritu de Jesús, desarrollados, edificados, adaptados, correlacionados, subordinados y consolidados por la caridad los diversos miembros del Cuerpo místico de la Iglesia, toda ella se acrecienta y desarrolla y así *evoluciona* y progresa *místicamente.*

Y con la Iglesia podemos decir que evoluciona y crece el mismo Jesucristo, como Cabeza invisible que va extendiendo su virtud a todos los miembros e incorporándoselos y «formándose en ellos», y que evoluciona también en cierto modo y se desarrolla o expansiona el mismo Espíritu Santo en ella, como alma que la vivifica, al ir mostrando y desplegando mejor su divina energía, haciendo más rica y abundante la efusión de sus dones a medida que los distintos miembros van siendo más numerosos y robustos, diversificándose, especializándose y haciéndose más aptos y dignos [3]. Al ver, pues, la Iglesia crecer, progresar y desarrollarse lozana, podemos decir que el mismo Jesucristo progresa de nuevo en ella «en sabiduría y en edad y en gracia ante Dios y los hombres». Y al verla adulta, desarrollada, llena de vigor y vida, y de variedad y hermosura, podemos decir que es el mismo Jesucristo ya del todo desarrollado y *completo* (Eph. 1, 23), extendiendo hasta nosotros su benéfica ac-

(*Apol.* 10, conf. 18). Un progreso que consiste únicamente en conocer mejor lo que es bueno y justo, sin hacer a uno más fiel en el cumplimiento del deber, antes merece el nombre de retroceso que el de progreso. Porque la ciencia sola no hace al hombre mejor; no hace más que agravar su pecado, aumentar su responsabilidad y su castigo» (Lc. 12, 47).

«La ciencia, como todo lo que engrandece al hombre, observa Santo Tomás (2-2, q. 82, a. 3 ad 3), puede serle ocasión de confiar en sí mismo, y no entregarse totalmente a Dios... Pero si uno somete perfectamente a Dios la ciencia y demás perfecciones, entonces todo esto cederá en aumento de su devoción». Así, conforme añade San Francisco de Sales (*Amor de Dios* 6, 4), «la ciencia no es contraria por sí misma a la devoción, antes le es muy útil y, si llegan a juntarse, admirablemente se ayudan la una a la otra. Pero muchas veces por nuestra miseria sucede que la ciencia impide el nacimiento de la devoción, llenando a los hombres de soberbia y orgullo».

[3] «Dilatando mucho nuestro corazón, dice Santa María Magdalena de Pazzis (1.ª p., c. 33), Vos, Señor, habéis dado al Espíritu Santo la facilidad de dilatarse en nosotros; porque encuentra un vaso más amplio y más capaz de recibir sus dones y favores». Cf. FR. J. DE LOS ANGELES, *Conquista* diál. 10, § 11; *supra*, p. 232.

ción, prolongando su estancia en la tierra y desempeñando por sus ministros y por todos sus fieles, como por otros tantos órganos, todas las funciones y obras de su misión redentora. Tal es la doctrina del mismo apóstol [4].

Pero así como el alma está a la vez toda en todo el cuerpo, y toda en cada una de sus partes, así también el Espíritu de Jesús, que anima a la Iglesia, está todo en cada miembro vivo de ella, y a cuantos no le resisten, los renueva y reforma a imagen del divino Modelo, haciendo que todos y cada uno se revistan de Jesucristo y que «en todos se vaya formando Jesucristo» (Gal. 4, 19), para que cada cual a su modo continúe la misión del Salvador y complete su obra, obrando y sufriendo de nuevo el mismo Cristo por medio de todos y cada uno de ellos; pues cuanto hacen y padecen en el orden sobrenatural es por la virtud y gracia del Redentor, y por eso merecen vida eterna [5].

---

[4] Bacuez (*Man. Bibl.* t. 4, 8.ª ed., p. 212-214, n. 587) hace de la eclesiología de San Pablo este interesante resumen: «Representa la Iglesia como un gran cuerpo, que tiene por cabeza a Jesucristo y por alma su Espíritu, πνευμα ζωοποιουν.—Entre ella y su fundador no hay sólo una relación moral, como la que existe entre un príncipe y sus vasallos; hay un lazo *real*, una conexión íntima, una influencia activa, una comunicación incesante, como la que existe entre el cuerpo y el alma, κοινωνια πνευματος (2 Cor. 13, 13; Phil. 2, 1). De ahí que le dé habitualmente el nombre de *cuerpo místico* del Salvador, το σωμα ρριστου (Eph. 1, 23), y a los cristianos de miembros de ella o de El, τα μελη του χριστου (1 Cor. 6, 15; Eph. 1, 22; 4, 12. 16; Rom. 12, 4-5; 1 Cor. 6, 15; 12, 12). Así considerada en su totalidad, la Iglesia cristiana es Jesucristo crecido, desarrollado, completo, extendiendo y perpetuando su vida en la tierra (Eph. 1, 23; 4, 12)... San Pablo dice muchas veces que Cristo se multiplica, que reside y obra en todos los fieles (Gal. 2, 19. 20; 3, 27; Eph. 3, 17; Col. 3, 11); y que cada uno de ellos le sirve para continuar su misión. Verdad es que no estamos unidos al Verbo como su humanidad lo estaba, hipostáticamente; pero, con todo, el bautismo nos une a su persona y nos pone bajo su dependencia. Los cristianos están, por decirlo así, *injertados* en Jesucristo e incorporados con El, *complantati* συμφυτοι (Rom. 6, 5; Gal. 3, 28), de suerte que participan de su vida y de su Espíritu (Rom. 8, 9-14; 1 Cor. 1, 5. 30; 12, 4-14; Eph. 3, 17; Phil. 4, 13). Así el Espíritu divino, cuya plenitud recibe el alma del Salvador, viene a ser el Espíritu de la santa Iglesia (Io. 1, 16), y derramándonos su luz, penetrándonos de sus sentimientos y haciendo reinar en nosotros sus virtudes (1 Cor. 3, 16-17; 6, 11; Gal. 3, 26; Eph. 2, 4-7; 3, 18; Phil. 1, 5), tiende a llegar a ser el alma del género humano, su *alma superior* y universal, siendo la vida sobrenatural de todos sus miembros (1 Cor. 2, 12-16; Eph. 1, 16-21; Col. 3, 10-12). Puede muy justamente decirse en este sentido que Jesucristo vive y ora y habita en nosotros (Eph. 3, 17).

[5] Así como la historia de los hijos de Adán, escribe Hettinger (*Apol. conf.* 32), es «la continuación de la historia del pecado, así la historia

Toda obra agradable a Dios y todo medio de realizarla, decía Santa Gertrudis [6], provienen únicamente de Jesucristo y de su gracia. Con su virtud hacemos cuanto podemos hacer, como si fueran sus propias obras, y Dios las acepta como tales. Ciertas acciones del hombre pueden ser muy buenas y honrosas; pero sólo realizándose en íntima unión con las de Jesucristo es como pueden tener un valor infinito a los ojos de Dios.

Cuando un miembro vivo del Cuerpo místico de Jesucristo, observa el P. Weiss [7], hace una obra buena con la virtud que de la Cabeza recibe, ésa es una obra de la Cabeza, hecha por tal miembro, y, como obra del Redentor, va a aumentar el tesoro de los méritos que para nosotros adquirió en su vida santísima. Así como los efectos de la redención no cesaron con la vida de Jesucristo en la tierra, así tampoco el tesoro de sus méritos se nutre únicamente con lo que El realizó mientras vivía en la carne, sino que se acrecienta siempre con lo que El continúa sufriendo en sus miembros. La cabeza hizo lo que debía, y los miembros deben realizar lo que esté de su parte [8]. A la verdad. Jesucristo es quien lo hace todo; pero no todo lo hace personalmente, sino que tal cosa la hizo cuando vivía en la tierra, y las otras las realiza ahora por sus miembros de aquí abajo. Mas para El no hay diferencia: de tal modo lo ha unido el amor a su Cuerpo. Así pone los méritos de los suyos en el mismo tesoro de los propios, como si todo ello no formara más que una sola cosa».

De este cúmulo de méritos viene la condescendencia maravillosa con que la santa madre Iglesia trata hoy a los pecadores, reconciliándolos en virtud de la Sangre de Jesucristo por la Penitencia cuantas veces de veras lo solicitan, y aun condo

del reinado de Jesucristo es la historia del mismo Jesucristo continuando en encarnarse particularmente en cada hombre». Pero, por desgracia, no en todos logra crecer y desarrollarse lo bastante, ni menos conforme El desea; pues tantos hay que, resistiendo al Espíritu, se detienen en las primeras fases de su espiritual formación. «Sunt. dice San Bernardo (*Serm.* 44), in quibus nondum natus et Christus, sunt quibus nondum est passus, quibus non resurrexit usque adhuc; aliis nondum misit Spiritum Sanctum». Pero, sin reproducir en sí todos estos misterios, nadie podrá gloriarse de ser *perfecto cristiano*. Pues como dice San Agustín: «Quidquid gestum est in cruce Christi, in sepultura, in resurrectione tertia die, in ascensione in caelum et in sedere ad dexteram Patris, ita gestum est ut his rebus non mystice tantum dictis, sed etiam gestis, *configuraretur vita christiana quae hic geritur*» (S. AGUST., *Enchirid.* 14). Cf. OLIER, *Catéch. chrét.* p. 1.ª, c. 20-25.

[6] *Legatus divinae piet.* 4, 9, 13, 31, 41.

[7] *Apologia* 10, conf. 16.

[8] S. AGUSTÍN, *In Ps.* 86, 5; 100, 3; 122, 1; *Serm.* 261, 14.

nándoles la misma satisfacción (ya que la usual no es casi nada en comparación de la pública de los primeros siglos), en virtud y en vista de las *indulgencias* que tan fácilmente pueden ganar: las cuales consisten precisamente en la aplicación de los sobrenaturales méritos satisfactorios de los santos—juntos con los del Salvador y de la Virgen—hecha a los fieles más necesitados, puesto que todos son miembros de un mismo Cuerpo, y así unos pueden en gran parte suplir y satisfacer por otros [9].

De ahí que El tenga por hecho a Sí mismo lo hecho al menor de sus siervos, que todas las obras y padecimientos de ellos los tenga por suyos y que se queje de ser en ellos perseguido (Act. 9, 5) [10]. La sangre de sus mártires es su misma sangre de nuevo derramada, pues «en ella lavaron y blanquearon sus vestidos» (Apoc. 7, 14), y El mismo volvió a ser crucificado en su vicario San Pedro: *Vado Romam iterum crucifigi.* Por eso *quien* oye a sus ministros, encargados de hablar en su nombre —a sus mártires que dan testimonio de su verdad y virtud, o a sus confesores y vírgenes, que lo dan de su santidad y pureza, para gloria del Padre—*a El mismo oye*, y *quien los desprecie, a El desprecia* (Lc. 10, 16; Io. 15, 8. 16-27) [11]. Y con más razón, quien oye a la Iglesia y se une a ella, oye y se une a Jesucristo; y quien no, de El reniega y se separa [12].

---

[9] Santa Catalina de Riccis (*Vida*, por MARCHESI, c. 10) sufrió durante cuarenta días un terrible purgatorio para sacar de él un alma, aparte de lo que continuamente estaba sufriendo para expiar las faltas de otros y alcanzar el perdón para los pecadores. En la vida de Santa Catalina de Siena (3.ª p., c. 2) pueden verse los increíbles martirios que padeció en sus últimos días para remediar en lo posible los males del Cisma, y lo que padeció siempre por expiar pecados ajenos (2.ª p., c. 7-8).

[10] «Non ait: quid sanctos meos, quid servos meos; sed: *Quid me persequeris*, hoc est, quid membra mea? Caput pro membris clamat. Quando forte in turba contritus pes dolet, clamat lingua: Calcas me; non ait: Calcas pedem meum, sed se dixit calcari» (S. AGUSTÍN, *In Ps.* 30, serm. 2).

[11] «Al ofenderte a ti, decía Nuestro Señor a la B. M. Sacramento (*Vida*, por el P. CÁMARA, l. 3, c. 26), me faltan a Mí y sufres por Mí».

[12] «En virtud de esta unión del Salvador con la Iglesia, añade Bacuez (*l. c.*), se establece entre ambos una suerte de solidaridad o de comunicación de idiomas. Escuchar a la Iglesia es escuchar a Jesucristo, y entregarse a Jesucristo es unirse a la Iglesia (1 Thess. 4, 8. Cf. Lc. 10, 18). Y lo mismo entre Jesucristo y sus miembros; quien asiste a un cristiano le asiste a El mismo, y quien persigue a un cristiano, a El persigue (Act. 9, 5; 1 Cor. 8, 12). Nada sobrenatural se hace en ellos, por ellos o para ellos, sin que Jesucristo lo haga, es decir, sin que su Espíritu concurra a ello como agente principal (Rom. 8, 14-26; 1 Cor. 12, 3-4; Phil. 2, 13). Por eso todas las obras de los fieles,

Por eso los herejes y cismáticos, como desoyen a la Iglesia, quedan necesariamente separados de Jesucristo.

Querer estar unidos directamente con El, sin formar parte subordinada de su Cuerpo místico, es una locura; pues el miembro amputado ya no comunica con la cabeza, ni recibe vida del alma, ni puede—normalmente—ser por ella reanimado y reformado mientras de nuevo no se adhiera al cuerpo.

Así los protestantes, al negar la autoridad de la Iglesia, fueron lógicos—con la lógica del error—en negar también la necesidad de las buenas obras, o sea de *imitar* al divino Modelo. No quieren «crucificarse con Jesucristo», no aspiran a «despojarse del hombre viejo y vestirse del nuevo»; porque realmente es imposible que en ellos «se forme Cristo», estando como están voluntariamente separados de la que es «su Cuerpo y su plenitud» [13].

Mas si permanecemos unidos en la misma fe y arraigados y fundados en la caridad, entonces Jesucristo estará con nosotros, y nosotros en El, como vivos miembros suyos, y así El nos corroborará con la virtud de su Espíritu (Eph. 3, 16-17), y no nos mirará como a extraños, sino que «nos nutre y regala como a su propia carne», nos alimenta y conforta con sus sacramentos, y en especial con el de la Eucaristía [14], y nos conforta con sus dones y gracias y con todos los cuidados con que vela por nosotros, «como miembros que somos de su cuerpo y porción de su carne y de sus huesos» (Eph. 5, 29-30). Bajo la acción de su Espíritu vendremos a ser como sus pies, sus manos, su lengua, y, si llegamos a *separar lo precioso de lo vil*, seremos como sus *propios ojos* (Ier. 15, 19) [15].

---

si están hechas cristianamente, tienen una dignidad sobrehumana, y merecen una parte en las recompensas del Hombre-Dios».

[13] *Los que son de Cristo, crucificaron su propia carne con sus vicios y concupiscencias* (Gal. 5, 24), para configurarse con El. Mas «el protestante no dice: *Sufro lo que aun falta por sufrir de la pasión del Salvador*; sino que dice a Jesucristo crucificado: Sufrid Vos solo, Señor. Tal es su dogma, si no su práctica. El protestantismo es, por esencia y en todo, la abolición del sacrificio» (GRATRY, *Sources*).

[14] Cf. STA. CATALINA DE SIENA, *Diál.* c. 112.

[15] «El Espíritu Santo toma las almas que le han recibido y las lleva a la presencia del Verbo para colocarlas... ¿Dónde? ¡Oh amor divino!, ¡de qué no serás capaz!, las coloca en su sagrada cabeza; otras, en su boca venerable. Hay otras tan puras y transparentes, que se complace en colocarlas en sus radiantes ojos: ¿qué digo?, estas almas vienen a ser los mismos ojos del Verbo y, lo que es más, las niñas de sus ojos, de suerte que ven todo lo que ve el mismo Verbo, en la medida que a una criatura conviene. A ésas en particular aplica estas palabras: *El que os toca, me toca en la niña de los ojos* (Zach. 2, 8). Los deseos de

De este modo «se engrandecerá en nosotros Jesucristo, por la vida y por la muerte; porque El es nuestra vida» (Phil. 1, 20. 21); y la Iglesia *es su cuerpo y la plenitud de El mismo, que es quien todo lo completa en todos* (Eph. 1, 23)., y en todos a la vez viene a resultar *completo.* «Sin la cabeza, observa a este propósito Bacuez (p. 405-406), los miembros no podrían tener movimiento ni vida, y, sin los miembros, la cabeza no podría realizar todas sus funciones. Ellos son, pues, su complemento al mismo tiempo que sus órganos: *Omnia in omnibus adimpletur.* San Pablo dice que Dios quiso reunirlo y resumirlo—*restaurarlo* o *recapitularlo*—todo en Cristo [16], y que lo hizo cabeza no sólo de los hombres, sino también de los ángeles». De ahí que toda la virtud con que obramos para la vida eterna provenga de El y que sólo en El podamos vivir para Dios.

Por eso debemos pedirle «que nos llene del conocimiento de su santa voluntad, para proceder dignamente agradando a Dios en todo, fructificando en toda suerte de obras buenas, a medida que crecemos en la ciencia divina» (Col. 1, 9. 10). Y por eso tenemos también que mortificar nuestro amor propio y propia voluntad, y soportar alegres, o al menos resignados, todos los padecimientos necesarios para purificarnos y adaptarnos perfectamente al oficio o ministerio que nos esté confiado, pues sólo así «completamos en nuestra carne lo que aun falta en los padecimientos de Cristo para la prosperidad de su Cuerpo, que es la Iglesia» (Col. 1, 24) [17].

---

una de estas almas son tan inflamados, que estaría pronta a dar mil veces su vida, si fuera menester, por cada uno de sus prójimos... Los cría en su corazón con ardientes suspiros, como aquel que deseaba *ser anatema* por la salud de sus hermanos (Rom. 9, 3), y decía: *Hijitos míos, a quienes de nuevo doy a luz hasta que se forme Cristo en vosotros* (Gal. 4, 19). Mas ¿cuáles eran los agudísimos dolores de este alumbramiento? Los indicados por estas palabras: *¿Quién es el que sufre sin que yo participe de sus penas? ¿Quién es escandalizado sin que yo me consuma?* (2 Cor. 2, 29). Y estos dolores no duran poco, pues apenas se ha criado un alma, cuando ya se conciben, por el ardor de los deseos, no ya millares, sino millones de otras. El celo de las almas es tan grande, que no se contenta con una, dos o tres ciudades, sino que codicia a todo el mundo, y no le bastan las criaturas presentes, pues se extiende a todas las que han de existir: tanto es lo que el amor dilata el seno del corazón donde las engendra» (STA. MAGDALENA DE PAZZIS, *Obras* 1.ª p., c. 29).

[16] «In Christo omnes crucifixi, omnes mortui, omnes sepulti, omnes etiam sunt suscitati» (S. LEO MAG., *Serm.* 64, 7).

[17] «La corona de espinas que hizo sufrir al Esposo, es para la esposa, dice a este propósito Santa Magdalena de Pazzis (1.ª p., c. 17) un dulce refrigerio... Aquella augusta cabeza no fué traspasada de todas las espinas de su corona; quedaron algunas para afuera; y éstas,

Es éste un misterio escondido que se revela tan sólo a los santos; los cuales vienen así a reconocer las portentosas riquezas y la oculta gloria de esta vida de Jesucristo en las almas pías y justas. La misión de sus ministros es emplear la virtud que de El recibieron en «corregir y enseñar *en toda sabiduría a todo hombre*, para que *todos*—y en todo—lleguen a ser *perfectos* en Jesucristo (Col. 1. 26-28). Y por eso «nadie debe presumir de su espíritu privado, no ateniéndose a la Cabeza de que proviene toda la dirección, administración. solidaridad y construcción del Cuerpo para crecer en Dios (Col. 2, 18. 19).

De ahí que nadie deba salirse de su respectivo puesto, ni asumirse las funciones de otros miembros que parecen más nobles. La perfección de cada cual está en adaptarse fielmente a su destino según la divina voluntad; en harmonizarse con los demás miembros para no impedirlos, sino secundar en lo posible su acción, como ellos la de él [18]. Así reinarán la harmonía, la salud y prosperidad, si todos nos «conducimos dignamente, según nuestra vocación, con toda humildad, mansedumbre y paciencia, sufriéndonos con caridad unos a otros, solícitos de conservar con el vínculo de la paz la unidad del Espíritu. Pues un mismo cuerpo formamos, un mismo Espíritu tenemos y una misma esperanza nos alienta en nuestra vocación. Uno es el Señor, una la fe, uno el bautismo. Un mismo Dios es nuestro Padre, que distribuye a cada uno las gracias según la medida de la donación de Cristo; el cual descendió a la tierra—y a los

¡oh Esposo amadísimo!, las habéis reservado para los escogidos, a fin de que puedan participar de vuestros sufrimientos, y alcanzar para sus penas mérito y valor uniéndolas con las vuestras. Si las hubiera guardado todas para Vos, no podrían ellos tomar parte en vuestras penas y quedarían privados de los inmensos tesoros encerrados en vuestra cabeza divina. Mas las espinas que en ella entraron hicieron aberturas por donde las almas piadosas pueden ver los tesoros de vuestra sabiduría».

[18] Por eso San Ignacio Mártir decía (Eph. 4) que el colegio presbiteral debía estar en conformidad con su obispo como las cuerdas con la lira.—El Señor prometió (Mt. 18, 20) estar en medio de aquellos que se congregan en su nombre. De ahí que las oraciones hechas en común sean más eficaces que las privadas. En virtud de esta solidaridad, cuando un alma procura encomendarse a las oraciones de otras, aun cuando éstas se olviden de cumplir el encargo, ella va realmente apoyada en las demás; y así camina mucho más segura, conforme reveló Nuestro Señor a Santa Gertrudis.

«He visto, añade Emmerich (*Vida de Nuestro Señor* introd., 10), que las pobres almas que, no sabiendo a quién dirigirse, imploran sin embargo las oraciones de sus hermanos, son más pronto escuchadas que los que hablan o escriben a una persona conocida para encomendarse a ella».

mismos infiernos—y luego subió a los cielos para hacer *perfectas todas las cosas* [19]; y a unos los hizo apóstoles, a otros profetas, a otros evangelistas y a otros pastores y doctores, para que sea *consumada la perfección de los santos* en las obras del respectivo ministerio, y así *crezca prósperamente todo el Cuerpo de Jesucristo*, hasta que, unidos por la fe y conocimiento del Hijo de Dios, ofrezcamos *todos* la imagen del *Varón perfecto*, y no seamos ya como niños volubles que se dejen llevar de cualquier viento de falsas doctrinas» (Eph. 4, 2-14).

De este modo vemos que, como advierte Scio [20], «en el Cuerpo místico de Jesucristo y en cada uno de sus miembros debe suceder lo mismo que sucedió en su cuerpo natural. *Es necesario que los fieles vayan creciendo* en fe y en caridad, hasta llegar a ser *perfectos cristianos*... Y este aumento de fuerzas en cada uno de los miembros hará que el cuerpo de la Iglesia llegue a su última medida y perfección» [21].

Puesto que hemos sido bautizados *en Cristo* para regenerarnos, observa Terrien [22], en El hemos nacido a la vida divina, y sólo en El podemos vivirla. Si, pues, queremos hallar al nuevo hijo de Dios, que sale vivo y puro de las aguas bautismales, no lo busquemos fuera de Cristo; porque en El está, vivificado por su Espíritu como carne de su carne, hueso de sus huesos y parte integrante de su cuerpo místico. Si en este cuerpo hay tantas suertes de órganos como enumera el Apóstol es «para que todos contribuyan a la perfección de los santos, desempeñando bien las funciones de su respectivo ministerio, para edificación del Cuerpo de Cristo». Y ¿cuándo terminará este trabajo? Cuando «todos hayamos llegado, en la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, al estado de hom-

---

[19] «El descendimiento de Jesús a los infiernos, dice Emmerich (*Pasión* 60), es la plantación de un árbol de gracia destinado a comunicar sus méritos a las almas que padecen. La redención continua de estas almas es el fruto que da ese árbol en el jardín espiritual de la Iglesia. La Iglesia militante debe cuidar este árbol y recoger sus frutos para comunicarlos a la purgante, que no puede hacer nada por sí misma. Lo propio sucede con todos los méritos de Cristo; para participar de ellos hay que trabajar para El». Cf. FÁBER, *Todo por Jesús* c. 5.

[20] *In h. l.*

[21] «La Iglesia en general, dice Moehler (*L'unité dans l'Eglise* p. 73), es el tipo de cada uno de sus miembros en particular; y así cada uno de éstos debe ir teniendo conciencia de su propio carácter, que consiste en reproducir en sí mismo el conjunto. Así como una necesidad interior—el amor en Jesucristo por el Espíritu Santo—une a cada fiel con la comunidad de sus contemporáneos, así le une también con los fieles que le precedieron y le obliga a mantener la identidad con ellos».

[22] 1, p. 316-7.

bres perfectos, a la medida de la edad de la plenitud de Cristo». Es decir, «cuando su cuerpo, por la reunión y desarrollo de todos sus miembros, haya llegado a la plenitud de su perfección prefijada. Entretanto, este cuerpo de Cristo está aún incompleto, se halla en vía de formación... Su cuerpo natural ya alcanzó todo su desarrollo, y ya no puede cambiar, crecer ni perfeccionarse más desde que salió glorioso del sepulcro. Pero... este otro Cuerpo más grandioso, en vista del cual se dignó vestirse del primero, debe formarse a través de los siglos. Así Jesucristo se forma y crece en nosotros, y nosotros crecemos en Cristo (1 Petr. 2, 2); y puede decirse con mucha verdad que el sobrenatural crecimiento de los miembros en unión con su Cabeza es como un incremento de Dios, de Dios encarnado: *Incrementum Dei* (Col. 2, 19)... Si andamos por los caminos de Dios y estamos firmes en la fe, viviendo de la caridad, en Cristo vivimos (Ib. 6, 7); y recíprocamente, El es quien padece y es perseguido en nosotros».

Por eso debemos ofrecer a Dios nuestros cuerpos como una hostia viva, santa y agradable, que es el culto racional; no conformándonos con este siglo, sino reformándonos en la novedad del Espíritu, para poder *experimentar* cuál sea la voluntad de Dios, buena, agradable y perfecta»; no aspirando a lo que no nos toca, sino contentándonos con la gracia que El nos dió; «porque así como en un solo cuerpo tenemos muchos miembros, y éstos no tienen la misma función, así todos somos un solo cuerpo en Cristo, y cada uno es miembro de los demás, teniendo destinos diferentes según la gracia que se nos ha dado» (Rom. 12, 1-6). Así obrará siempre Jesucristo en nosotros y por nosotros, si fielmente procuramos seguir la moción de su Espíritu en todos nuestros respectivos ministerios, y de este modo se completará en cada uno su obra, y en todo el organismo irá siendo su acción cada vez más plena y perfecta. El mismo San Pablo nos declara expresamente que «las funciones sagradas y los dones espirituales están repartidos entre los ministros del Salvador de tal modo, que todos contribuyan a la edificación de la Iglesia y a la formación de los santos; y que ese ministerio tiene por objeto unir las almas en una misma fe, dar a conocer por todas partes al Hijo de Dios hecho hombre, comunicar su Espíritu a todos sus miembros y hacer de cada uno de ellos y de toda la Iglesia un *Cristo completo, Virum perfectum*, en plena posesión de su vida, de su fuerza y de sus virtudes» [23].

[23] BACUEZ, p. 410.

§ II.—La organización y la diversidad de funciones.—Subordinación, dependencias recíprocas y mutuos servicios.—El espíritu de sacrificio: el premio y el mérito: importancia de las víctimas expiatorias: la compasión cristiana.

Puesto que la organización presupone desigualdad, diversidad de elementos y subordinación, la perfección de un organismo no consiste en un solo miembro, por noble que éste sea, ni en varios equivalentes, sino en la combinación harmónica de muchos desigualmente nobles y con muy diversos oficios. En la Iglesia, los miembros que sirven al movimiento están representados por los fieles consagrados a la vida activa, y entre ellos debe haber inferiores y superiores, así como hay en nuestro cuerpo pies y manos. Los órganos sensitivos que sirven a la percepción, representan a los fieles de vida contemplativa: los *ojos* son los grandes doctores, los sabios verdaderamente iluminados, que ven y contemplan la verdad; los maestros ordinarios encargados de enseñarla, son como la *lengua*; y *oídos* son los discípulos que la escuchan, y también los que oyen la voz del Espíritu (Apoc. 2-3). En la Iglesia debe haber maestros y discípulos; de otro modo sería un organismo incompleto, como aquel que todo fuera ojos, sin lugar para el oído. Y si todo se redujera a estos dos órganos, ¿dónde estarían los demás sentidos necesarios, es decir, el olfato, el tacto y el gusto? En la Iglesia hay muchos que son incapaces aún de comprender las palabras de la divina Sabiduría, y, sin embargo, las perciben como de lejos y se sienten atraídos por la suavidad de su fragancia (Cant. 1, 3); como le pasó por algún tiempo al mismo San Agustín [24], cuando *non secum ferebat nisi amantem memoriam, et quasi olfacta desiderantem, quae comedere nondum posset*. Pero otros no sólo *huelen*, sino que *gustan* y *saborean* en silencio la suavidad y dulzuras de Dios, sintiéndose incapaces para expresar tales maravillas; y, *gustando* por experiencia, es como llegan a adquirir una inteligencia prodigiosa: *gustate et videte*. Otros, por fin, *mudos* y *ciegos* en presencia de lo inefable, ofuscados con tanta luz, aplastados de tanta grandeza, aterrados con tanto poder y *desabridos* con toda la amargura de sus propias miserias, ni *ven*, ni *oyen*, ni *gustan*, ni aun siquiera pueden *oler* la verdad divina; pero la *palpan* como una infinita realidad cuyo peso les anonada, y cuya bondad y verdad así y todo les cautivan y se les imponen con evidencia *tangible*...

[24] *Confes*. l. 7, c. 17.

Y Dios dispuso que en el Cuerpo místico de su Iglesia hubiera toda la diversidad prodigiosa de miembros que son menester para desempeñar debidamente sus complejísimas y variadísimas funciones: quiso que hubiera una hermosa variedad de sentidos internos y externos, con sus respectivos centros cerebrales y cardíacos—que son muy particularmente las almas ocultas a los ojos del mundo, pero muy activas y muy llenas de vida ante los divinos—; y los hizo tan múltiples y diversos, no para que estuviesen ociosos ni separados, sino unidos y correlacionados en acción harmónica, de modo que unos a otros se completen y ninguno se baste a sí mismo, para que todos se miren mutuamente como solidarios, y todos contribuyan más eficazmente a la común edificación. El mérito y el premio serán proporcionados a la vitalidad y actividad e influencia real de cada uno. Así «los contemplativos, dice Santa Magdalena de Pazzis [25], vendrán a descansar en los ojos del Verbo; los doctores, en su boca; los misericordiosos, en su seno; los justos, en sus manos; lo activos, en sus pies; los pacientes, en sus espaldas; las vírgenes, sus esposas del todo abrasadas de amor y perfectamente resignadas con su voluntad, en su corazón siempre abierto, a fin de que puedan entrar allí de continuo a reposarse».

Para que sea perfecto un organismo, debe constar de muchísimos y variadísimos miembros, y así la Iglesia debe tenerlos de muy distinto orden y de toda suerte de estados y condiciones, a fin de poder manifestar mejor toda suerte de virtudes y gracias. De este modo, con la diversidad de carismas, aparece *vestida de variedad* (Ps. 44, 15); y con la subordinación jerárquica y la perfecta disposición del conjunto, *terrible como un ejército bien ordenado* (Cant. 6, 3). Todos los miembros son, pues, necesarios, aunque algunos sean o parezcan menos nobles, y éstos precisamente suelen ser los más insustituibles, como sucede con las vísceras. Ninguno, por noble que sea, puede decir a otro: *No te necesito.* Ni el ojo puede decírselo a las manos, ni el oído a los pies, ni la misma cabeza a los miembros; pues los contemplativos, simbolizados por el oído y la vista, necesitan de los pies y manos de los activos, que les procuren el necesario alimento (Lc. 10, 39 ss.), y los activos necesitan del calor, luz y dirección de los contemplativos. Del mismo modo, la cabeza está obligada a valerse de los miembros para obrar, y en la multitud y diversidad de ellos está su propia gloria (Prov. 14, 28).

[25] 3.ª p., c. 5.

Si en nuestro cuerpo, observa el Apóstol, tratamos con mas honor y cuidado los miembros que parecen menos decorosos, adornándolos o cubriéndolos por decencia, lo mismo sucede en la Iglesia de Dios. Tenemos por menos nobles las orejas que los ojos, y aquéllas se adornan con pendientes, mientras los ojos no permiten ningún adorno. Se cubran los pies con ricos calzados, cubiertos a veces de piedras preciosas (Cant. 7, 1), y las manos se llevan al descubierto. Así también en la Iglesia es necesario dar a los miembros imperfectos mayores consuelos y regalos que a los muy perfectos. que ya no los necesitan (Is. 40. 11; 1 Petr. 3, 7). Y si los miembros menos decorosos exigen cuidados y disimulos que los decorosos no han menester, del mismo modo en la Iglesia, los que han cometido alguna culpa necesitan ser amonestados y guardados, mientras los inocentes no lo requieren [26].

Todos son miembros de Cristo, y por más que no sean igualmente dignos, no por eso dejan de ser solidarios. La caridad nos enseña a tratar a todos nuestros prójimos, sean buenos o malos, estén sanos o enfermos, del modo que cada cual requiere o necesita. De ahí que muchas veces haya que tratar con más consideración a los pecadores que a los justos, y aun a los indignos ministros del santuario—que con su conducta lo deshonran—que a los sacerdotes dignísimos cuyas virtudes cautivan los corazones. Pero al fin todos son miembros, órganos o ministros de Jesucristo, y sólo en cuanto tales—por lo que en orden a El tienen o pueden tener—merecen o reclaman de nosotros el amor de caridad. Y claro está que exigen más cuidados los miembros enfermos, débiles o moribundos, que no los sanos, robustos y llenos de vida. Verdad es que cuanto más unidos estén actualmente con Cristo, tanto mejor obrará El por ellos, y tanto más plenamente redundará en El lo que a ellos hagamos; y por eso los justos y santos nos merecen tanta veneración, por lo que en ellos resplandece el mismo Jesucristo. Pero también es verdad que muchos de esos miembros u órganos que están dañados, enfermos o acaso del todo muertos y aun corrompidos, con la virtud ministerial—que obra con cierta independencia de la *vida* [27]—desempeñan a veces funciones muy interesantes para el bien común, y, apoyados en los que están sanos y robustos, podrán llenarlas suficientemente, mientras que, sin esa ayuda, obrarán tan mal, que si no hay quien

[26] Cf. COMMER, *L'Essenza della Chiesa* p. 34.
[27] Cf. S. TH., *In 3 Sent.* d. 13, q. 2, a. 2.

los supla o los compense, se producirá un desequilibrio, por falta de una función más o menos necesaria [2].

Si, pues, en el cuerpo humano hay ya tan numerosos órganos y tan innumerables elementos orgánicos o anatómicos, con funciones tan variadas, ¿qué deberá suceder en el vastísimo Cuerpo de la Iglesia?—En sólo el cerebro tenemos muchos millones de *células* o *neuronas*, sin que ninguna sobre, ni deje de tener su manera de función especial; pues cada ínfimo elemento tiene su peculiar oficio, con algún matiz que le distingue de los otros; y todos son necesarios para que la vida natural pueda mostrarse plenamente y para que de esa variedad resulte la solidaridad y harmonía.—Luego con más razón en el portentoso organismo de la Iglesia, para que la vida divina se manifieste plenamente, es preciso que cada elemento, cada simple fiel, tenga su manera de misión especial a que en todo debe atenerse para ser perfecto en su orden, o según su medida, y contribuir así por su parte a que lo sea *todo el Cuerpo místico* [28].

---

[28] «Contentémonos, dice, de acuerdo con Taulero, el P. Denifle (*La Vida espir.* c. 3), con examinar a qué empleo nos destina Dios y qué gracia se digna otorgarnos; pues cualquier ministerio o cualquier talento, por humildes que sean, son otras tantas gracias que el Espíritu Santo distribuye para bien de las almas Debe cada cual aplicarse a aquel oficio para que Dios le dió aptitud .. El pie y la mano no deben reemplazar al ojo. Trabajemos cada uno en la obra que El nos ha señalado; pues, por ínfima que sea, podrá ser que seamos los únicos aptos para hacerla».

«La Iglesia, advierte San Francisco de Sales (*Amor de Dios* 2, 7), canta en la fiesta de cualquier confesor pontífice: *Ninguno se halló semejante a él.* Y como en el cielo ninguno sabe el *nombre nuevo,* si no es quien lo recibe, porque cada uno de los bienaventurados tiene el suyo particular, según el ser nuevo de la gloria que adquiere; de la misma suerte en la tierra cada uno recibe una gracia particular, que no tiene semejanza con otra alguna . Como una estrella es diferente de otra en claridad, así serán diferentes los hombres unos de otros en la gloria: señal cierta de que lo fueron en la gracia... La Iglesia es un jardín plantado de diferentes flores, en cuyo número infinito hay varios tamaños, colores y olores, y en suma, de diferentes perfecciones; que todas tienen su precio, su gracia, su esmalte, y todas, en la unión de sus diferencias, son una agradabilísima perfección de la hermosura».

«Sicut nullum membrum est in corpore quod non participet aliquo modo sensum vel motum a capite; ita, advierte Santo Tomás (*In 1 Cor.* 12, lect. 2), *nullus est in Ecclesia qui non aliquid de gratiis Spiritus Sancti participet*, secundum illud (Mt. 25): *Dedit unicuique secundum propriam virtutem*. Et Eph. 4: *Unicuique nostrum data est gratia*». Esta distribución de gracias alcanza aun a los pecadores, con carecer de la santificante, que es la que nos hace *gratos a Dios*. «Pertinet ad gratiam *gratum facientem*, añade, quod per eam S. S. *inhabitet*; quod quidem non pertinet ad gratiam *gratis datam*, sed solum ut per

Cada miembro, por el mero hecho de serlo, debe contribuir cuanto pueda a la harmonía y bien del conjunto, adaptándose y especializándose más y más para el propio oficio o ministerio particular que—por la confirmación, o el orden, o por un *carisma* oculto—le está confiado, a fin de ser todo lo perfecto y útil posible (1 Cor. 12, 4-30; 1 Petr. 4, 10); subordinándose y, si es menester, *sacrificándose* por el bien común, que al fin redundará en provecho de todos en particular; porque hasta los órganos que parecen sacrificados salen ganando con la nueva solidaridad, vigor y aumento de vida; mientras que, si uno sirve mal, pronto se resentirá él mismo, como los demás, del desequilibrio causado. Y los que han recibido mayores talentos. dones, gracias, carismas o dignidades, son los más obligados a trabajar y sacrificarse por los otros; so pena de pasar por *siervos infieles* que se apropian lo que no es suyo, o que no procuran cuidar bien de la hacienda del Señor.

Aquí está la razón de ser y el fundamento de esa heroica abnegación cristiana, de ese espíritu de sacrificio y de las excesivas torturas y aflicciones de toda especie, que con tanta preferencia suelen sufrir—y al parecer sin fruto—muchas almas inocentes; mientras otras, menos perfectas y aun tibias o débiles, con pocos trabajos aparentan producir frutos copiosos. Esas almas tan puras son las verdaderas «hostias vivas, santas y gratas a Dios»: sus padecimientos, más que *purgaciones*, son *propiciaciones*, o más bien son como una suerte de *sinapismos* que las hacen sufrir para que otros miembros se alivien, sanen u obren con más desahogo. Si el fruto parecen producirlo éstos, a aquéllas, por ocultas y abatidas que se vean, se reservará casi todo, o quizá todo el premio; pues «cada cual lo recibirá proporcionado a su trabajo» (I Cor. 3, 8).

La misión principal, aunque oculta, de todas esas víctimas, es continuar la obra expiatoria, propiciatoria y reparatriz del Calvario; aplacar la ira de Dios y merecer perdones y gracias; hacer lo que hacía María al pie de la cruz: cooperar a la obra

---

eam S. S. *manifestetur*, sicut interius motus cordis per vocem... Manifestatur autem per huiusmodi gratias S. S., dupliciter: Uno modo ut *inhabitans* Ecclesiam, et *docens*, et *sanctificans eam*: puta cum aliquis peccator, quem inhabitat S. S., faciat miracula ad ostendendum quod fides Ecclesiae quam ipse praedicat, sit vera... Alio modo manifestatur per huiusmodi gratias S. S., ut inhabitans eum cui tales gratiae conceduntur. Unde dicitur (Act. 5), quod *Stephanus, plenus gratia, faciebat prodigia et signa multa*... Sic autem non conceduntur huiusmodi gratiae nisi sanctis. Unde et infra (14, 12): *Ad aedificationem Ecclesiae quaerite ut abundetis...*»

de nuestra redención, regeneración, vivificación y santificación. Pues consuelan y alivian místicamente a Jesús, asociándose a sus penas; reparan los agravios, olvidos, desdenes y blasfemias de los mundanos; impiden los castigos y los truecan en bendiciones; alcanzan el perdón para los pecadores, la constancia para los justos, la salud para los enfermos, el consuelo para los afligidos y el oportuno remedio para todas las necesidades [29]. Estas almas son la bendición de la tierra, porque en sus puros y abatidos corazones tiene sus delicias Aquel que es como «un hacecillo de mirra» y «se apacienta entre azucenas». Una sola de estas víctimas inocentes alcanza del cielo más bienes que millares y aun millones de justos ordinarios que no hacen más que purgar sus propias inperfecciones y culpas [30].

---

[29] Emmerich las sentía y remediaba aun durante el sueño. Y muchas veces se vió invadida de muy diversas enfermedades para alivio de quienes las padecían; quedando luego libre de ellas como por encanto. Y la bendita M. María de la Reina de los Apóstoles me declaró que los terribles sufrimientos de su última enfermedad se los exigía Nuestro Señor para bien de ciertas almas que se le resistían mucho. A la V. Francisca del Santísimo Sacramento (*Vida* l. 3, c. 12) se le presentó el Salvador cubierto de llagas y derramando sangre, y le dijo «que los pecados de los cristianos le paraban así; y que no asolaba el mundo, por las buenas almas que tenía en su Iglesia, las cuales le tenían como atadas las manos para no destruirlo».

«Las oraciones de mis siervos y amigos que, con la gracia del Espíritu Santo, que es mi Clemencia, procurando mi gloria y la salvación de sus prójimos, piden con inestimable caridad su salvación, me contienen, aplacan mi enojo y atan las manos de mi justicia, bajo las cuales debía sucumbir el pecador. Con sus lágrimas y rendidas súplicas continuas, con que se ingenian por desagraviarme, me obligan a contenerme». Así hablaba el Eterna Padre a Santa Catalina de Siena (*Diálogos* c. 143).

[30] «Es indudable, dice a Santa Catalina de Génova (*Diál.* 3, 11), que, si los hombres supieran apreciar el valor de estas intercesiones, todo el aprecio y agradecimiento que pudieran mostrar a estos siervos de Dios, les parecerían pocos. Les tributarían un culto de honor, de alabanza e invocación, que sería consecuencia de las adoraciones que al Señor dirigen. Mas estos santos privilegiados, que encierran en sí como un paraíso de paz y de bendición (Eccli. 40), permanecen casi siempre ignorados... Dios les oculta a ellos mismos la virtud de que les colmó; y mientras los quiere embriagar de su santo amor, no les escatima ninguna suerte de contradicciones. Los aplasta sin compasión en la prensa de su justicia, para que no les quede ninguna huella de las manchas del pecado». –«Verdaderamente, observa Taulero (*Inst.* 26), los que tales se hallan son los hombres más nobles: en una breve hora causan más provecho a la Iglesia santa que todos los demás justos en muchos años; porque en este fondo del alma y Dios mismo, una sola introversión es más ventajosa y excelente que fuera de él muchos y grandes ejercicios y obras. Sólo en este fondo y centro del alma se halla la paz segura y la verdadera vida deiforme»

Tales fueron una Santa Catalina de Siena, siempre penando, orando y obrando maravillas; una Santa Liduina, que postrada en un lecho de dolor, cubierta de llagas, sin poder comer ni dormir, pasa alegre la vida, siendo el consuelo de todos; una angelical Rosa de Lima, o Margarita María Alacoque, o también podremos añadir a C. Emmerich, cuyas vidas son continuos holocaustos pacíficos. Aquéllas, aunque tantos martirios sufrieron, inocentes, con todo veían de algún modo el fruto de sus trabajos; éstas apenas lo comenzaron a ver sino al fin de su vida. Otras lo recogen después de la muerte: tal podemos piadosamente suponer de la V. Sor Bárbara que, cándida e inocente, pasa una vida de angustias y prolongados martirios, que le parecían siempre pequeños con las ansias que tenía de padecer por el Amado. Y padece horriblemente en lo exterior y mucho más en lo interior, hasta el último suspiro exhalado en la florida edad de treinta años.—«¿No estás ya satisfecha de tanto sufrir?», le dicen en aquel momento. «¡No!, responde, ¡más!, ¡aún más!»—Y así expira.

Entonces toda Sevilla, como impulsada por un misterioso resorte, acude a venerar el cadáver de la «monja santa», que en vida era ignorada de todos; y al pie de él permanecen las muchedumbres día y noche una semana entera, sin permitir darle sepultura.—Y aquel cuerpo tan mortificado parecía vivo: estaba fresco, hermoso y lleno de celestial fragancia; la cual se propagó a... muchas almas, que desde entonces se esmeraron por imitar tales virtudes.—No hay que olvidar que, cuando mayores eran sus sufrimientos, se celebraba allá lejos, pero con gran fruto, el Concilio Vaticano [31] [3].

(cf. *ib.* c. 38).—Así es cómo la vida *mística*, según escribe el V. Bartolomé de los Mártires (*Comp. Mysticae* c. 13), «purgat, illuminat, ac perficit animam, delectat, satiat, stabilem reddit, iuvat proximum, non unum aut alterum, sed *mysticum totius Ecclesiae corpus vivifico quodam nutrit influxu*, et capacissimo maternae benevolentiae sinu *omnia Ecclesiae membra*, suaque opera complectitur, ea Deo offerens et pro his supplicans ac postulans tanquam sequestra gratissima pro indigentiis inopum spiritualium sublevandis».

[31] Casi otro tanto nos atrevemos a decir de la referida sierva de Dios M. María de la Reina de los Apóstoles, fallecida a la edad de veinticinco, después de ofrecerse como víctima expiatoria de las ofensas de Nuestro Señor y sufrir con este motivo terribles desolaciones y angustias internas, junto con unos rigores voluntarios y unos martirios que asombran.—Aunque con ellos encontraba alivio y desahogo su alma, y sin ellos desfallecía.—Murió sufriendo atrozmente por los pecadores —como ella misma me confesó—habiendo anunciado quince días antes que el de la Asunción (1905) lo celebraría en la gloria.—Un niño de cuatro años vió como era llevada al cielo.

«¿Qué almas son esas —preguntan los racionalistas— que se deshacen en lágrimas ante un crucifijo y oyen impasibles una gran calamidad pública?»—¡Impasibles... las que de veras viven crucificadas con Cristo! ¡Las que ante el crucifijo lloran y claman por el remedio de todos los males del mundo! ¡Las que, amando a Dios con todo su corazón, sienten como propios todos los males del prójimo y pueden con el Apóstol decir: *Quis infirmatur et ego non infirmor?* [32]... ¿Quién busca y encuentra remedio oportuno para todas las calamidades públicas y privadas, sino la santa Iglesia, en cuyo Cuerpo místico aquellas almas forman los órganos más sensibles, más vivos y delicados? [33] ¿Las remedian acaso esos «librepensadores sesudos», con su frialdad, su orgullo y refinado amor propio?— Sí, comentándolas como una noticia sensacional y agravándolas y fomentándolas; celebrando a quien triunfa y censurando y escarneciendo al oprimido. Su espíritu de sacrificio y aun su gratitud en nada se conocen. Lloran acaso ante un héroe de teatro o de novela; pero no se inmutan ante la virtud perseguida, ni menos ante la sangrienta imagen de Aquel que por nuestro amor cargó con el peso de nuestros pecados, y con sus llagas nos dió la vida, regeneró a la humanidad e hizo cambiar la faz de la tierra...

---

[32] «El alma transformada, advierte Santa Foligno (c. 63), ama todas las creaturas como Dios las ama; pues en toda creatura sólo ve a Dios y sólo lee su nombre. Así comparte los gozos y los dolores del prójimo. Las faltas de los hombres no la envanecen ni la inclinan al menosprecio ...; lejos de eso, la ayudan a entrar en su propio abismo... Siente también los males que el prójimo sufre en su cuerpo, y se compadece como el Apóstol».

«¡Ay, Señor!, exclamaba Santa Catalina de Siena (*Vida* pról. 15). ¿Cómo podría yo descansar, mientras una sola alma, criada a tu imagen, esté expuesta a perecer? ¿No valdría más que todos los hombres se salvasen y que yo sola me condenase, a condición de seguir amándole?»

[33] «Como el amor del prójimo, traducido en obras, observa Chauvin (*Qu'est-ce qu'un Saint* p. 34), es el mejor criterio de la perfección todos los santos fueron en cierta manera grandes bienhechores de la humanidad. Ninguna necesidad física o moral se ha ocultado a su celo: la protección de la infancia, la enseñanza en todas sus formas, la cultura intelectual y moral, la agricultura, la industria, el cuidado de los enfermos, viejos, huérfanos y oprimidos, la asistencia a los pobres y obreros, los montes de piedad y cajas populares; todo esto lo previeron y lo fundaron. La mayor parte de las instituciones filantrópicas han sido organizadas por santos; y ahora no hacemos más que continuar su obra, y a veces con menos amplitud y éxito».

APÉNDICE

[1] *La incorporación con Cristo.*—«Si quieres llegar a la verdadera santidad, dice Santa Matilde [34], adhiérete a Aquel que es la Verdad misma y que todo lo santifica: únete a El, y el océano de su pureza lavará tus faltas y curará tus debilidades. Sí, únete estrechamente con El, y su poder divino pasará a tu interior, porque su amor nada reserva para El solo, sino que todo lo comunica a los que le aman y aceptan sus dones... Estos sienten circular dentro de sí mismos la Divinidad, y sus almas se derraman a la vez en Jesucristo como un canal cuando se le abren las esclusas. El amor a su Maestro de tal modo les abrasa los corazones, que todas las obras que hacen son como leña que alimenta esa llama, hasta que se eleva al Corazón divino».

«Santa Gertrudis, observa el P. Weiss [35], se consideraba como un árbol que había crecido en la llaga del costado de Jesús, y cuyas hojas y ramas estaban todas tan penetradas de la virtud de su divinidad y de su humanidad, que resplandecían como el oro a través del cristal. Tan dulce perfume de Jesucristo difundían sus frutos, que a las mismas almas del purgatorio llevaban cierta dulcificación en sus penas, a los justos, aumento de gracia y a los pecadores el saludable remedio de la penitencia. A causa de esta unión, sus obras eran acogidas de la Santísima Trinidad con tanta complacencia, como si fueran propias de la omnipotencia del Padre, de la sabiduría del Hijo y de la bondad del Espíritu Santo» [36].

«Deseo veros unidos y transformados, dice Santa Catalina de Siena [37], en la inestimable caridad de Cristo; de modo que nosotros, que somos árboles estériles e infructuosos, seamos injeridos en el árbol de la vida, y así llevaremos un sabroso y dulce fruto, no por nosotros, sino por el Autor de la gracia, que vive en nosotros; pues así como el cuerpo vive por el alma, así el alma vive por Dios... ¡Oh abismo de caridad! Por que no fuésemos apartados de Ti, quisiste hacer un injerto de Ti en mí. Esto fué cuando sembraste la Palabra tuya en el campo de la dulce Virgen María, por lo cual es mucha verdad que el alma vive por Ti. El precio de la abundantísima sangre derramada por mí valió por el amor de la divina Esencia».

Así veremos cómo «por virtud de la gracia, según observa el P. Surín [38], llega el hombre a sentir a Jesucristo tan presente en sí mismo, que le parece que su cuerpo y todos sus miembros son verdaderamente de El; de suerte que en su imaginación y sus sentimientos ya no se ve a sí mismo, sino únicamente a Jesucristo. Esto parece que sentía

[34] *Liber spec. gratiae* 1, 24-37.
[35] *Apol.* 10, conf. 21.
[36] *Legatus divinae pietatis,* 3, 18.
[37] *Ep.* 137.
[38] *Catéch.* p. 7.ª, c. 8.

el Apóstol al decir: *Vivo, mas no yo, sino Jesucristo en mí*». Y esto es lo que les permite a los santos obrar muchas veces en nombre de Jesucristo con la confianza del mismo Apóstol cuando añadía: *An experimentum quaeritis eius, qui in me loquitur Christus?* (2 Cor. 13, 3).

[2] *La solidaridad cristiana.*—Santa Gertrudis [39] vió una vez a Nuestro Señor que, bajo la figura de su cuerpo natural, le mostraba el místico de su Iglesia. Aparecía con todo el lado derecho muy adornado y el izquierdo desnudo y cubierto de úlceras: representando uno a los justos, llenos de virtud, y el otro a los imperfectos, viciosos o corrompidos. Y notó que los que honran a los buenos y reprenden con aspereza a los malos—de modo que, en vez de corregirlos, los exasperan—adornan un lado del cuerpo del Señor, mientras golpean de tal modo las úlceras del otro, que le hacen saltar la podredumbre a la cara. Del mismo modo, los que miran con gran veneración a los prelados virtuosos y menosprecian a los imperfectos o malos, adornan con piedras preciosas la mitad de la cabeza del Salvador, mientras abofetean implacablemente la otra mitad. La Santa comprendió que, siendo tanta la unión de los miembros con la divina Cabeza, estamos obligados a tratarlos a todos, estén sanos o enfermos, con los cuidados correspondientes a cada uno. Los que no se cuidan de corregir las faltas de sus prójimos, dejándolas crecer con su silencio, agravan las llagas del Salvador. Los que corrigen con poca paciencia y caridad, producen hondas heridas, mientras parecen curar las de afuera. Y los que ni aun se cuidan de dar buen ejemplo, abrasan con su aliento ponzoñoso las carnes del Salvador. Mas El iba limpiando las manchas del lado izquierdo con los vestidos que llevaba en el derecho; aplicando así a los enfermos los méritos de los santos y justos.

«Te prometí y te prometo, decía el mismo Salvador a Santa Catalina de Siena [40], reformar a mi Esposa con las penas de mis siervos, a quienes invito a expiar contigo, mediante el dolor y las lágrimas, la iniquidad de mis ministros. Te mostré la dignidad de que he investido a éstos y el respeto que los seglares les deben: y te dije que sus faltas no deben ser motivo para que se les respete menos».

[3] *El ministerio expiatorio.*—De la V. Emmerich se lee [41]: «Destinada a ejercer sin descanso el ministerio de la expiación y de la satisfacción, pudo abarcar todos los siglos y todas las partes de la Iglesia en su desarrollo a través del espacio, penetrar con cierta presencia real en todo, ver hasta a los más humildes y desventurados de sus miembros, acercárseles y ponerse en relación con ellos... Visita (en espíritu) a los pobres y enfermos en las cárceles, en los hospitales, en las chozas donde se esconde la miseria y la desesperación, en las casas de corrección, en las galeras y hasta en los navíos de corsarios

[39] *Revel.* l. 3, c. 76.
[40] *Diál.* c. 166; cf. *ib.* c. 86; *Vida* 3.ª p., 3.
[41] *Vie de N. S.* introd., 11.

Consuela a los afligidos, olvidados o desamparados, ya vivan cerca de ella, ya en el fondo de Rusia, de la China o de las islas perdidas en el océano Pacífico.. : los instruye, los hace entrar en el seno de la Iglesia y les abre las puertas del cielo. Asiste a los moribundos en su agonía, preserva de peligros, impide crímenes y reduce al pecador al camino del bien... Pero el objeto principal de sus visiones, como de sus innumerables trabajos y sufrimientos, son los peligros que amenazan a la Iglesia: la violencia brutal, los ataques de la impiedad, la infidelidad y el espíritu mundano de sacerdotes y obispos, la indiferencia y corrupción de los cristianos, y, en fin, el abuso de las más preciosas gracias. Lucha sin cesar contra los misteriosos esfuerzos de las logias masónicas, de esta iglesia diabólica cuya historia y ramificaciones conoce, y que forma una horrible tela de araña que envuelve al mundo, y al mismo tiempo se ofrece como víctima por las faltas cometidas en la celebración de la misa, o contra las reglas santas y por todas las profanaciones de los misterios eucarísticos. Impide robos sacrílegos e interviene en las asambleas eclesiásticas para oponerse a los progresos de una exégesis absurda y de sistemas de educación ridículos e impíos... Ve todas las bajezas con que ciertos sacerdotes, esclavos del mundo, venden sus almas...; y ve las gracias que, por culpa de ellos, se pierden. Sufre por los seminarios y por las comunidades religiosas; y, durante los últimos años de Pío VII, va todos los días a Roma a consolar al Santo Padre, a ilustrarle y a descubrirle los planes de la incredulidad... Desde su infancia tenía un tan vivo sentimiento de los lazos que unen entre sí los diferentes miembros del sagrado cuerpo de la Iglesia y una inteligencia tan clara de lo que un miembro puede por otro hacer con la oración, el sufrimiento y las diferentes obras de penitencia, que las calamidades públicas, las miserias de los pecadores y de los necesitados desgarraban su corazón, y así se sentía invenciblemente llevada a orar sin descanso por los desgraciados y a ofrecerse como víctima de expiación». En cierta ocasión le dijo la Santísima Virgen [42]: «Todo cuanto se desea realmente y de todo corazón hacer por Dios y por el prójimo, realmente se hace en la oración: tú haces lo que hacer deseas, y ves lo que haces». «No pudiendo realizar físicamente mis piadosos deseos, añade ella, debo realizarlos en espíritu».

---

[42] *Ib.* 12.

CAPITULO II

Proceso de esta evolución

§ I.—Las causas de progreso y las de retroceso.—La perfección individual y las funciones colectivas.—Los miembros dañados, corrompidos, paralizados o mal adaptados.—La reacción vital renovadora; los dolores de la Iglesia y de sus fieles hijos.

El proceso integral de la evolución colectiva de la Iglesia es sumamente complejo, y depende de los múltiples factores que en el libro siguiente tratamos de explicar. Por ahora bástenos saber que esa evolución resulta del perfeccionamiento individual de cada uno de los fieles, de su especialización y adaptación como elementos u órganos del Cuerpo místico de Cristo, y de las funciones colectivas que por todos ellos se desempeñan: o sea, de la recta administración de los sacramentos—que son como los canales por donde circula a través de todo el organismo la Sangre vivificadora del Salvador—y del buen empleo de los talentos divinos y de los carismas y gracias que se ordenan ante todo al bien del conjunto.—Estas funciones de la vida colectiva, sean visibles o invisibles, *ministeriales* o *carismáticas* —supuesta la *consumada perfección de los santos en las obras de su respectivo ministerio*—, son lo que más directamente influye en la *edificación del Cuerpo de Cristo*; así como de ser mal desempeñadas, por falta de dicha perfección o de las necesarias disposiciones en los órganos o ministros, provienen graves trastornos o una *desedificación* muy general.

La progresiva adaptación, diferenciación y especialización de todos los miembros bajo las acompasadas mociones del Espíritu Santo, que por todos ellos va distribuyendo sus gracias, dones y carismas, produce la solidaridad y harmonía, acrecentando cada vez más el vigor y la hermosura y afianzándolo todo con los dulces vínculos de perfección, que son la paz y la caridad. Cuando éstas reinan, hay crecimiento sano, prosperidad,

expansión y propagación, con una fructificación copiosa: todo contribuye entonces a la *formación de muchos santos*, que son los legítimos frutos de la Esposa del Cordero. Uno solo que produjese en perfecta conformidad con el Modelo divino, bastaría para honrarla y aun para justificar la obra de la creación y de la redención [1]. Y en todos los siglos, a pesar de los males que lamentamos, logra enviar al cielo gran multitud de ellos, que son la alegría del mundo, la salud de la tierra y la incomparable gloria de la verdadera Iglesia de Cristo [2].

Como planteles de santos y medios de reformación, produce o germina de cuando en cuando, bajo el influjo del divino Espíritu, ciertas *organizaciones* que parecen *novedades* y que en realidad son simples expansiones de alguna palabra de vida que brotó de los labios del Salvador; y así vienen como a llenar un hueco en el plan orgánico de la misma Iglesia, y a desempeñar una *función nueva*, o de muy nueva importancia para bien de todos. Los órganos o elementos que constituyen cada una de esas organizaciones, están unidos entre sí con los lazos de una solidaridad más íntima y singular; y todos ellos, siendo fieles a su vocación, participan de cierta comunicación especialísima del Espíritu que suscitó y anima a su corporación. Pero así y todo, el objeto de ellas es contribuir de un modo nuevo y especial a la *edificación de la Iglesia*, sin lo cual carecerían de razón de ser y se extinguirían. Tales son las Congregaciones religiosas que, no por voluntad humana, sino por disposición divina, vayan apareciendo progresivamente según sean menester. Estas son las flores de la divina Sabiduría, de donde salen los frutos de honor y honestidad (Eccli. 24, 23). De aquí el que la Iglesia pueda juzgar infaliblemente en la solemne aprobación de las Ordenes religiosas—como en la canonización de los santos—; porque esto es juzgar cuáles son las legítimas expansiones del árbol de vida y las verdaderas fructificaciones del sagrado *depósito* que ella debe custodiar y cultivar.

[1] «Un santo solo basta para ilustrar un siglo. Y si de haber hecho Dios el mundo tan admirable fábrica, con la multitud de hombres que en él han nacido y nacerán, no se sacase otro fruto más que criarse en él un solo Santo, era todo muy bien empleado. Y aun si de la vida y muerte de Jesucristo Nuestro Señor, no se ganara más que un Santo, fuera obra digna de su grandeza, morir por hacerle tal» (M. Fr. Hernando del Castillo, *Historia de Santo Domingo y de su Orden*, l. 2, c. 22).

[2] Ya hemos visto cómo entre las actuales causas de canonización o beatificación, que son unas 287, la mitad de ellas pertenecen a siervos de Dios que vivieron en el mismo siglo XIX.

Pero así y todo, a pesar de tales y tantos frutos de bendición como está produciendo, esta Santa Madre anda siempre triste y llorosa; y sus tristezas, lamentos, dolores y amarguras le vienen no tanto de las persecuciones de afuera cuanto del malestar y desorden que adentro le causan, por una parte, tantos hijos infieles, ingratos o indignos, que viven en todo según la carne, o se rigen según la prudencia mundana, con horror a la cruz de Cristo y a la prudencia del Espíritu; y por otra, tantos ministros y servidores perezosos y negligentes, que no se cuidan tampoco de desprenderse del hombre viejo ni de expurgar los vanos o venenosos elementos del mundo, para desempeñar dignamente sus respectivas funciones. Así unos y otros son causa de miles de enfermedades, trastornos, desequilibrios orgánicos, malestares y tiranteces, que suelen ser la oculta ocasión de las mismas persecuciones que Dios envía, precisamente para purificarlo todo, excitando las actividades muertas y provocando saludables y enérgicas reacciones [3]. Los siervos infieles que no emplean bien las gracias recibidas, teniendo ociosos los divinos talentos, o empleándolos sólo como en provecho propio, según las miras egoístas y terrenas, son como órganos parasitarios que consumen en vano la vital energía, causando así en todos los órganos vecinos como un estado de anemia o debilidad. Esos, cuanto mayores dones hayan recibido de Dios y más beneficios sigan recibiendo de los demás miembros, tanto más responsables resultan de los males de la Iglesia, que por causa de su desidia no se han podido remediar; aparte de los que directamente producen debilitando o contagiando con su mal ejemplo. Y los que, sin vivir ociosos ni observar mala conducta, por dejarse llevar de su *espíritu privado* no se subordinan lo bastante ni procuran adaptarse bien al respectivo ministerio, ésos, cuanto más activos, tanto más suelen perturbar y dañar. Por otra parte, todos los hijos infieles y desleales que no hacen más que resistir y contristar al Espíritu de adopción, tras de no despojarse del hombre viejo con sus malas tendencias, luego se inficionan con los vicios mentales y morales del mundo; y así vienen a debilitarse y *enfermar gravemente* con esos pecados que se dicen *leves*, sólo porque de suyo no *matan*, pero que así y todo son

[3] «Cuanto más abunda la Iglesia en tribulaciones y amarguras, tanto más promete la divina Verdad—dice Santa Catalina de Siena (*Ep.* 93)—hacerla abundar en dulzuras y consuelos. Y ésta será su dulzura: la reformación de santos y buenos pastores. Pero no tiene necesidad el fruto de esta Esposa de ser reformado, porque no se disminuye ni cae ni se destruye jamás por sus malos ministros».

enfermedades que disponen para la muerte, u obstáculos que impiden las vitales influencias del divino Consolador. De ahí que en breve lleguen a perder la inapreciable vida de la gracia, *muriendo* con el pecado mortal. Y acumulando luego pecados a pecados, se *corrompen* de modo que todo lo *contagian* y gangrenan.

La Iglesia, como piadosa Madre, procurando imitar a su Esposo—el Buen Pastor que marcha en busca de la oveja descarriada, y alegre la trae sobre sus hombros, aunque por causa de ella haya tenido que dejar a 99 en el *desierto* (es decir, a muchas almas fieles, en el *desamparo*)—procura no desechar, sino más bien atraer por todos los medios posibles y estrechar contra su seno a todos esos hijos pródigos, esperando sanarlos o revivificarlos... Sólo en casos extremados, cuando ve que ya no la oyen ni la reconocen—y así pierde toda esperanza de reducirlos al buen camino—. o cuando el daño que causan es tal que produce graves contagios, es cuando se ve forzada a arrojar de su seno a estos hijos de perdición; y entonces, con la espada del *anatema*, con gran dolor de sus entrañas, corta y arroja de sí a estos miembros podridos.

Entretanto—oprimida con el peso de los innumerables que en sus brazos lleva enfermos, dañados, agonizantes o muertos..., agobiada con el cuidado que todos éstos y los muchos *pequeñuelos* exigen, y embarazada con la parálisis o perturbación de todos los órganos perezosos o mal adaptados—avanza lentamente, desfigurada su divina hermosura, con la cara manchada, el cuerpo salpicado del lodo que sus enemigos le arrojan, y el corazón desgarrado de dolor al ver cómo, entre las burlas, escarnios y persecuciones, le dicen: *¿Dónde está tu Esposo?*—Mas ella, aunque triste, se mantiene serena; pues, por *ennegrecida* que se halle, siempre es *hermosa* (Cant. 1, 4); y con las continuas lágrimas de sus hijos fieles, con la sangre misma de los que tiene dentro de su corazón—todo lleno de la caridad del Espíritu Santo—, y en fin, con la que tantas veces le hacen derramar a torrentes sus perseguidores, lava sus manchas y se purifica, o se renueva del todo, viniendo como a renacer—cual verdadero fénix—de sus mismas cenizas, para reemprender su carrera a pasos de gigante o remontarse en un vuelo glorioso.—Pero por mucho que se encumbre en este lugar de nuestra peregrinación, siempre tiene que llevar como arrastrando todos aquellos miembros que, con estar vivos y saber *andar*, no se resuelven a negarse a sí mismos lo bastante para dejarse llevar del soplo del divino Espíritu y poder *volar*

con sus místicas *alas*; y por mucho que se alegre con sus prosperidades y triunfos, mientras su lengua entona himnos de júbilo y alabanza, sus ojos se llenan de lágrimas por la pérdida de tantos hijos desventurados, como son todos los desertores y los que con refinada malicia se le tornan en crueles perseguidores. Su corazón se despedaza y «un desfallecimiento se apodera de toda ella, por causa de los pecadores que abandonan la ley del Señor» [4].

Estos dolores los sufre principalmente en los miembros más sanos, llenos de vida y sentido, que constituyen como sus maternales entrañas o están dentro de su mismo corazón. Esos tienen que padecer como víctimas expiatorias de la malicia o tibieza de los demás; sufren incesantemente para que todos sanen y la Iglesia se purifique [5]; y pierden a veces de su vigor para comunicárselo a otros, a fin de que todos mejoren, se restablezcan y alegren en el Señor [6]. Y por cuanto así alimentan a los demás con el pan de palabras santas y los confortan con el *buen olor de Cristo*, son comparados a «un montón de trigo cercado de azucenas» (Cant. 7, 2).

La perfección de la Iglesia y su verdadero progreso mídense por los frutos de vida, bendición y santificación que produce; es decir, por el número, grandeza y excelencias singulares de los santos y de las santas instituciones que en su seno encie

[4] Cf. BOUGAUD, *L'Eglise* p. 262, 266; *infra*, l. 4, c. 2, § 5; c. 4, § 6.—«Mira, hija mía—decía el Señor a una sierva suya (SANTA CATALINA DE SIENA, *Ep.* 93)—cómo tiene la Iglesia su cara manchada con soberbia y avaricia de aquellos que a su pecho se apacientan.—Mas toma tus lágrimas y sudores haciendo que salgan de la fuente de la caridad, y lávale la cara; porque Yo te prometo que no le será devuelta su hermosura con cuchillo, ni con crueldad ni con guerra, sino con la paz y humildes oraciones, con sudores y lágrimas de mis siervos; que yo cumpliré sus angustiosos deseos, y en ninguna cosa les faltará mi providencia» (cf. *Diálogos* c. 86).

[5] «Mi alma, dice Santa Foligno (c. 70), fué más favorecida de Dios cuando por los pecados de otros lloraba y sufría más que por los míos. El mundo se reiría si me oyera decir que lloré más los pecados ajenos que los propios, porque esto no es natural. Mas la caridad no es hija del mundo».

«¡Oh eterno Dios!, recibe el sacrificio de mi vida en este cuerpo místico de la santa Iglesia. Yo, Señor, no tengo otra cosa que dar, sino lo que Tú me has dado; y así sácame el corazón y apriétamelo sobre la faz de aquesta Esposa tuya» (SANTA CATALINA DE SIENA, *Epist.* 105).

[6] «Si alguien quiere saber hasta qué punto es agradable a Dios, podrá reconocerlo por el gusto que encuentra en comunicar a otros sus bienes, tanto espirituales como temporales, los que posee lo mismo que los que desea» (SANTA M.ª MAGDALENA DE PAZZIS, 1.ª p., c. 6).

rra. Estos son los que, con su sobreabundancia de vida y energías divinas, más contrarrestan el mal y promueven el bien; y los que de un modo misterioso, oculto—como oculto y misterioso es todo lo que es más fundamental en la vida—provocan esas grandes reacciones vitales en que no sólo se restablece el equilibrio y se recobra la salud perdida, sino que se renueva el vigor y se acrecientan el bienestar, la energía, la hermosura y la prosperidad.

Esos santos miembros, órganos u organismos tan influyentes en la común edificación, pueden tener visiblemente un puesto y un oficio cualquiera; y cuanto más humilde, mejor; pues lo que tan grandes y tan vigorosos los hace, es el estar como muertos al mundo y configurados con Cristo para vivir con El escondidos en Dios y obrar en todo con la invisible e insuperable virtud del divino Espíritu, que es el sello viviente de su fortaleza.

Según vayan siendo purificados, iluminados, corroborados, sellados, transformados y especializados para la obra divina todos los más principales miembros y órganos de la santa Iglesia, así irá todo este Cuerpo místico arraigándose, fundándose y edificándose en la caridad (Eph. 1, 18; 3, 16-19; 4, 15-16): desarrollándose sano, robusto, hermoso y radiante de gracias, purgándose más y más de las manchas, imperfecciones, flaquezas y enfermedades que afean o inutilizan a los miembros débiles o mal adaptados; hasta que al fin, renovándose por completo, pueda ya ella presentarse al Esposo divino del todo pura e inmaculada, sin la menor tacha ni arruga, ofreciendo en todo el conjunto y en cada uno de sus miembros la viva imagen del Varón perfecto, que es el mismo Verbo de Dios humanado (*Ib.* 4, 12-13; 5, 26-27).

San Pablo, según hemos visto, enseña (1 Cor. 12-14), que el divino Espíritu distribuye muy diversamente sus dones a los fieles, según la medida de la donación de Cristo, para que todos ellos se adapten al respectivo ministerio, y, especializados, se necesiten y se ayuden mutuamente, formando un organismo solidario, perfecto y harmónico, donde todos puedan ser consumados en la santidad, logrando plenamente sus propios destinos y contribuyendo, según las leyes vitales de la divina gracia, a la edificación del Cuerpo del Salvador.

Y como esta edificación se hace sobre todo mediante la gracia y la caridad, de ahí que el fin principal de la Iglesia sea la *santificación* de todos sus miembros.

Este sagrado Cuerpo, como complemento y plenitud que es

del mismo Jesucristo, debe progresar, con más razón que El, en sabiduría y en gracia a la par que en edad; pues todo él debe ir creciendo siempre *en todo y por todo*, según dice San Pablo; y muy particularmente *en gracia* y *conocimiento* experimental del Hijo de Dios, como manda San Pedro. Debe, pues, crecer en paz, solidaridad, caridad, harmonía y belleza divina; y por tanto, en *justicia* y *santidad*, según se purifica de todas sus manchas, rectifica y ordena los miembros defectuosos, reanima o restablece los que estaban muertos o enfermos y elimina o reemplaza los dañados y regenera los amputados; de modo que, viniendo a estar ya todos limpios, sanos, robustos y bien adaptados, en todos ellos pueda manifestar plenamente los tesoros de dones y gracias del *Espíritu de renovación y santificación*, que en ella mora *animándola, enseñándola, gobernándola y santificándola.*

§ II.—Correlación y solidaridad.—Los misterios de la vida: la adaptación, especialización y diversificación; la propia ley interna.—La resistencia al Espíritu Santo y la mala adaptación; los mutuos servicios, la actividad exterior y la interior; los órganos parasitarios: inercia y compensación.—La sumisión a la Iglesia y el aprecio de sus prácticas; la buena dirección y la autonomía espiritual.—El crimen de rebeldía: los frutos de la Sangre del Redentor: la comunión de los santos.—Responsabilidades de los ministros de Dios, y amor que todos debemos tener a la Iglesia.

Dada la perfecta solidaridad orgánico-fisiológica de todo el Cuerpo místico de la Iglesia, veremos que en él, lo mismo que en un cuerpo humano, no tienen por qué envidiarse, sino mucho por qué ayudarse y aliviarse mutuamente, unos miembros a otros. Unos tienen un puesto noble, otros lo tienen oculto y humilde; pero ninguno puede decir al compañero que no le hace falta: el ojo tiene necesidad de las manos, y la cabeza de los pies. Si unos son principales, ninguno es despreciable, pues todos son útiles o necesarios; y precisamente los más necesarios suelen ser los más ocultos y en apariencia más humildes [7]. Los

[7] «Los grandes, dice San Clemente (*Ep. 1 Cor.* c. 37-38), no pueden nada sin los pequeños, ni éstos sin los grandes. Todos los miembros están enlazados para ayudarse mutuamente. La cabeza nada es sin los pies, ni éstos sin ella. Hasta los miembros más humildes son necesarios al organismo; y todos conspiran a su bien y obran concertadamente para mantenerlo sano.—De este modo, por la mutua dependencia de los fieles, se conserva el Cuerpo místico de Cristo: cada uno, según el *don* que de El recibió, debe estar sometido a su prójimo. El fuerte no desprecie al débil, pero el débil respete al fuerte...»

que trabajan siempre en silencio, y cuyo fruto apenas se nota, son los más vivos y activos que siempre están influyendo en el bien común. Todos los grandes misterios de la vida se realizan en silencio y obscuridad; lo muy visible es consunción de trabajo y energía; es, como dice Claudio Bernard, «un fenómeno de muerte», y no «una síntesis vital»; una disolución, y no una evolución verdadera. Y «la vida consiste en la evolución, en la silenciosa creación o constitución orgánica».

Preciso es que todos los miembros se ayuden y se compadezcan mutuamente, y que se especialicen para trabajar cada uno en provecho de los otros; porque, si uno enferma, se resentirán todos los demás; y si uno prospera, esto redunda en provecho de todos; y mientras más se especialicen—dejándose moldear por el *sello* del Espíritu Santo—mejor se sirven y menos se estorban, más se necesitan y más solidarios se hacen. No importa que uno lleve el trabajo y otro la gloria; porque, «si todos quisieran ser ojos, no habría oídos», ni olfato, ni gusto, ni tacto, ni organización, ni vida, ni frutos de vida; y toda nuestra gloria está en ser miembros de Cristo y formar juntos su Cuerpo». Así, «los miembros deben ser muchos» y muy variados, para que ese Cuerpo místico forme un todo perfecto y armónico; y en él «puso Dios cada miembro donde quiso», que es donde más convenía; «para que no haya entre ellos disensión, sino que todos conspiren al bien común, ayudándose los unos a los otros. De modo que, si uno padece, los demás sufran con él; y si uno es honrado, los demás se congratulen» (1 Cor. 12, 12-27)[8].

De esta suerte, perfeccionándose, adaptándose, diversificándose y especializándose más y más todos los miembros, es cómo progresa el Cuerpo místico de la Iglesia; y cuando se manifieste la oculta gloria de los hijos de Dios se verá que los más gloriosos son los que, con sus sufrimientos, trabajos y privaciones, más hayan contribuído a ese común progreso, aunque muchos de ellos sólo pensaran en mejorarse a sí mismos, cumpliendo en todo el deber de su propia misión.

[8] Los diversos miembros de un cuerpo no sólo influyen unos en otros, sino que tienen natural tendencia a ayudarse para conservar la unidad y harmonía; así vemos que las manos espontáneamente van a proteger la cabeza y aliviar los demás miembros. Del mismo modo deben hacer los de la Iglesia (Gal. 6, 2; Eccl. 17, 12), y lo hacen cuando están llenos del Espíritu de Jesucristo: si uno sufre, los otros tratan de aliviarle y sufren con él, compadeciéndose de los males del prójimo (Iob 30, 25). Pues, cuando un miembro está muy enfermo, todo el organismo se debilita y las fuerzas vitales se concentran para sanar el punto lesionado.

Que cada uno procure ser perfecto en su orden y en el fiel desempeño de todas sus funciones, y con esto llegará al grado y forma de santidad a que está destinado y contribuirá lo posible a la edificación común. El verdadero progreso individual siempre influye muy eficazmente en el colectivo; y es una vana quimera el intentar uno grandes reformas sociales, que de él no dependen, mientras descuida lo que está en su mano, que es la propia reformación; con lo cual, por de pronto, habría impedido no pocos males y dado algunos buenos ejemplos. Que se reformen y perfeccionen muchos miembros de una sociedad; y muy luego empezará ésta a sentir el beneficio de esa reforma. Cuando un alma aspira de veras a la perfección cristiana, siempre arrastra con su buen ejemplo y lleva en pos de sí a otras muchas; y tantas más, cuanto más eficaces sean esos ejemplos, cuanto mayor sea la configuración de esa alma con los padecimientos del Salvador [9]. Y mejorando con eso toda la Iglesia, este progreso colectivo redundará a su vez en el de todos sus miembros, y muy particularmente en el de quien lo provocó.

Déjense, pues, todos llevar de la acción e inspiración de Dios, que en cada momento les determina lo que entonces deben hacer o padecer para irse reformando y configurando a imagen del *Hombre nuevo*, y realizar así plenamente los adorables designios de la Providencia. Déjense penetrar de la unción del Espíritu Santo, que los ablandará y suavizará y fortalecerá, haciéndoles dóciles a la voz de la verdad y firmes en practicarla. Pónganse en manos de Dios diciéndole a todas horas con San Pablo: *Señor, ¿qué queréis que haga?* O con el Salmista: *Enséñame a hacer tu voluntad*. Y teniendo así *preparado el corazón* para entonar con todas las obras y pensamientos un perpetuo *himno de alabanza* (Ps. 56, 8; 107, 2), luego el soberano Artista—«el Espíritu del Señor que llena la faz de la tierra, y, conteniendo todas las cosas, tiene la ciencia de la voz» (Sap. 1, 7)—, empezará a herir todas sus fibras con divina delicadeza, arrancando de ellas, como de la más afinada lira, unas melodías tan inspiradas, tan originales y tan celestiales, que no son propias de este mundo. En cada corazón suscita El un *cántico nuevo*; y todos a una, dejándose afinar y pulsar de quien así lo maneja, producirán sin disonancias, como «coros de escuadro-

[9] «Si el que comienza se esfuerza con el favor de Dios a llegar a la cumbre de la perfección, dice Santa Teresa (*Vida* c. 11), creo jamás va solo al cielo: siempre lleva mucha gente tras sí; como a buen capitán le da Dios quien vaya en su compañía».

nes celestiales» (Cant. 7, 1), el maravilloso concierto de la gloria de Dios. Cada cual tiene que ir dando su propia nota en el momento en que es herido del *Dedo* divino: si resiste, producirá una disonancia. No tiene que ver para el caso con lo que Dios quiere y dispone de los demás, que no es él quien ha de dirigir el concierto; bástele saber lo que se le pide a él mismo y estar atento para no rehusarlo.

Así es como el eterno Maestro de la verdad está haciéndonos oír en cada momento la voz que nos ha de libertar de la esclavitud del error y del pecado, de tal suerte que, oyéndola, no andemos en tinieblas, sino que tengamos *luz vital*. Y «así ve y juzga el eterno Juez la profunda raíz, dulce o amarga, de la intención de que proceden nuestras obras que por de fuera parecen hermosas» [10] y por dentro pueden estar muy viciadas de amor propio y de miras terrenas. Así habla la eterna Verdad a cada uno y en cada momento la única palabra que necesita y le conviene, que es la *palabra de Vida*; y todos deben estar atentos para oír la suya, si quieren ser discípulos de la Verdad, enseñados por el mismo Dios: *Docibiles Dei* (Io. 6, 45. 64. 69; 8, 12. 31-36. 47; 10, 26-27). Y así, en fin, es cómo nuestro Señor graba su dulce ley en nuestros corazones (Hebr. 10, 16) con caracteres de amor, que son los toques de su Espíritu; y todos estamos obligados a ver lo que en cada caso se nos *pide* o se nos *exige*, para no seguir nuestro capricho, sino *nuestra ley interna*. No basta que una cosa sea en general de *consejo* y que no se imponga a los demás, para que nosotros podamos eximirnos de ella; si la voz interior nos la *impone* en un momento dado, estaremos *obligados* a cumplirla, so pena de resistir a la voluntad de Dios y hacernos indignos de entrar en su descanso, por tener así el corazón *endurecido*. Otros no tienen ese *deber*, porque la voluntad de Dios no se lo impone, o porque acaso les impone todo lo contrario; que no han de dar la misma nota todas las cuerdas de una lira; y a nosotros no nos importa saber lo que Dios exige a los demás, sino sólo estar prontos para ejecutar lo que de nosotros dispone: *Sic eum volo manere...; quid ad te? Tu me sequere* (Io. 21, 22). Así es como, siguiendo cada cual su *vocación*, o sea la divina moción e inspiración, vendremos a ser dignos miembros de Jesucristo, manteniéndonos en el puesto que nos está señalado y desempeñando fielmente la respectiva *misión* [11].

[10] S. AGUSTÍN, *Soliloquios* c. 14, n. 4.

[11] Así se explica que pueda ser en unos notable *falta* lo que en otros no pasa de *imperfección*, si es que llega a serla.—Lo que en

De este modo han procedido y procederán siempre los verdaderos santos: sin copiarse unos a otros, y ofreciendo cada cual su aspecto original y singularísimo, llegaron todos a ser dignos hijos de Dios; porque supieron dejarse hacer, llevar. mover, dirigir y animar en todo de su Espíritu: *Espiritu Dei aguntur*. He aquí el gran secreto de la santidad: el negarse a sí mismos para hacer en todo y por todo la voluntad divina. tal como a cada uno y en cada caso se le manifieste [12]. Y así es como todos ellos vienen a ser y a sentirse tan solidarios: porque realmente unos a otros se completan y se reclaman; y juntos forman un maravilloso todo harmónico, que es el Cuerpo ya casi transfigurado de la Esposa de Cristo [13]. Y de ahí que los muchos cristianos que no se entregan de veras a Dios, y

---

el niño o el adolescente *está bien*—o a lo sumo constituye «imperfecciones *propias de la edad*», que con ella desaparecen—sería en el adulto muy reprensible *falta*. Lo mismo sucede en las distintas edades y condiciones de la vida espiritual.

[12] «La acción divina, dice el P. Caussade (*Aband.* l. 2, c. 12), nos va modelando a imagen del Verbo, según lo que conviene a cada alma. La Escritura contiene algo de lo que debemos hacer, y la operación del Espíritu Santo en lo interior de las almas completa lo restante... La sabiduría de un alma sencilla consiste en contentarse con lo que le es propio, en seguir fielmente su camino, sin salirse de él. No tiene la curiosidad de saber los otros modos como Dios obra... Escucha la palabra del Verbo cuando se deja oír en el fondo de su corazón: no pregunta al Esposo lo que dice a las demás; y. contentándose con lo que se refiere a ella, todo, sin advertir cómo. la va divinizando por momentos. El Esposo le habla con el lenguaje real de su acción: la cual acepta ella con amor, en vez de investigarla con curiosidad... Hay que atenerse a lo que Dios nos manda sufrir y hacer; aquí está la substancia de la perfección. Pero solemos ocuparnos más en considerar las maravillas históricas de la obra de Dios, que en tratar de acrecentarlas con nuestra fidelidad... ¡Perdón, Amor mío!, lo que escribo son mis propios defectos; que aun no sé lo que es dejaros obrar... He recorrido todos vuestros talleres y admirado todas vuestras imágenes; pero aún no me abandoné a vuestras divinas manos para recibir los rasgos de vuestro pincel... Al fin aquí me tenéis... Quiero ocuparme en el único negocio que me incumbe en cada instante, para amaros, cumplir mis deberes y dejaros obrar en mí».

[13] «En la vida de la Iglesia, observa Joly (*Psychol. des saints* c. 2, p. 54), se ven linajes de santos que personifican, unos la acción afectuosa y tierna, y otros la acción enérgica y el vigoroso espíritu de propaganda. ¿Acaso no contraponemos a San Francisco de Asís y Santo Domingo, a San Buenaventura y Santo Tomás, a San Vicente de Paúl y San Ignacio, como contraponemos a Bossuet y Fenelón?... La diferencia está en que, en los santos, la diversidad no se traduce en luchas y controversias, sino más bien en la necesidad que sienten de contar unos con otros y de apoyarse mutuamente. Si Bossuet y Fenelón, además de ser grandes genios, hubieran sido verdaderos san-

por lo mismo resisten a la voz y a las mociones del Espíritu Santo, sean siempre un gravísimo peso para los demás y para toda la Iglesia; la cual, a semejanza de la mujer apocalíptica —que *clamabat parturiens, et cruciabatur ut pariat* (Apoc. 12, 2)—está siempre sufriendo los dolores de este alumbramiento en que de nuevo procura renazcan para Dios los innumerables hijos que, por resistir siempre al Espíritu vivificador, no acaban nunca de formarse espirtualmente, y permanecen siempre raquíticos o monstruosos, por no dejar que en ellos se forme *Jesucristo* (Gal. 4, 19).

El miembro mal adaptado que, falto de espíritu de caridad y de abnegación, no se amolda a los otros para contribuir con ellos al bien común, en todo tropieza: trabaja y sufre con escaso fruto, haciendo sufrir mucho a los demás; y, no ayudándolos como debe, no cesa de estorbarles. Por eso, cuando tan mal adaptado está que no vale para su destino, tiene que ser reemplazado por otros; y él, si está sano, podrá a veces, *reduciéndose*, utilizarse para un destino *inferior*; o, si no, tendrá que ser eliminado o amputado para que no dañe ni estorbe.

En cambio, entre los bien adaptados, unos sufren poco y obran mucho con la ayuda que de los demás reciben; mientras otros, perfectísimos en su género, sufren y trabajan continuamente, sin que en ellos se vea el fruto; porque su misión es padecer y obrar por los demás: son buenos órganos protectores, buenas «defensas orgánicas», tan necesarias como obscuras.— Unos presiden y ordenan con gloria, otros se subordinan y obedecen con docilidad y provecho. Unos están ocultos en el cerebro o en el corazón, velando por el bien común y desplegando invisiblemente una prodigiosa actividad vital; y otros, bajo su impulso, se agitan y hasta se consumen en trabajos exteriores. Pero todos estos oficios y ministerios son necesarios; y cada órgano tiene su mérito proporcionado a sus servicios. El que no sirva de nada—de nada ante los ojos divinos, que los humanos suelen juzgar de esto muy al revés—ése, como *siervo infiel*, será arrojado a las tinieblas exteriores, y como deudor a los beneficios de sus compañeros y sin entrañas de misericordia para compadecerse de ellos y corresponderles, tendrá que pagar en su obscura prisión hasta el último maravedí (Mt. 18, 32-34; 25, 24-30).

Cada órgano debe sacrificarse por su propia función, y vi-

---

tos, en vez de escribir uno contra otro, hubieran sentido la necesidad imperiosa de juntarse y tomar cada uno del otro lo que le faltaba,

vir sólo para ella, puesto que en ella tiene su razón de ser; y sólo para que, desempeñándola fielmente, contribuya al bien del conjunto, recibe tanta variedad de servicios de todos los demás miemros. Y si esto pasa ya en cierto modo con los simples fieles ordinarios, mucho más con los que expresamente están consagrados, de cualquier modo que sea, al divino servicio, y para esto reciben especiales *beneficios* o *limosnas*. Pero si en vez de identificarse con su *oficio*, para no pensar sino en llenar bien el ministerio que en la casa de Dios tienen, piensan en sí mismos y se toman por *fines*, en vez de medios, apropiándose para su incremento personal y humano los *servicios* que reciben, entonces cuantos más beneficios acumulen, tanto más se degradan, tanto más inhábiles se hacen para los respectivos *oficios*. Se *hipertrofian* como órganos humanos y se atrofian como divinos, convirtiendo el espíritu en carne y trocando la gracia de Dios *in luxuriam*. Cuanto más importante y central sea el órgano u organismo parcial que acumula *beneficios* con menoscabo de los *oficios*, tanto más se pervierte y tanto mayor es el desequilibrio, el trastorno y la debilitación que en el Cuerpo místico produce [14].

Por el contrario, el órgano identificado con su función, que sólo con ella y por ella crece, está rebosando energías: poseído de la vida del conjunto, funciona de una manera espontánea y como automática; porque ésa es su razón de ser, el estar pendiente de su función. Y así no tiene tiempo para reflexionar, replegándose o reinvirtiéndose sobre sí mismo: no piensa en sí, no conoce sus propios méritos: sólo está absorto en el fiel desempeño de su misión, en la cual está toda su gloria. Tal sucede en los organismos naturales con los órganos centrales, reguladores: funcionan *automáticamente*, para atender sólo a su objeto, olvidados de sí mismos. Tal viene a suceder de algún modo en los sociales, a medida que se asemejan a los naturales. Y tal debería suceder siempre en el místico organismo de la Iglesia, como verdaderamente real y *fisiológico* que es, a diferencia de estos últimos. En los sociales, como puramente *psicoló-*

---

[14] Tal vemos que sucede en las muchas sociedades humanas corroídas por el cáncer funesto de la *burocracia*, donde los que debían ser simples *medios* se erigen en *fines*; se acumula una enorme variedad de *empleos* inútiles y se consumen gruesas sumas, no en provecho del bien común, sino tan sólo para mantener y realzar el prestigio de ciertos órganos, antes acaso notables, pero hoy sin función.—Cuanto más esplendor ofrezcan en vano esos órganos y cuanto más importantes hayan podido ser, tanto más perniciosos resultan como *parasitarios*.

gicos, la excesiva especialización puede hacer a un individuo inhábil para otras funciones indispensables en la prosecución de su propio fin, del cual nunca puede abdicar, puesto que sólo se asocia para lograrlo mejor, y no para impedirlo. Mas en la Iglesia, donde la solidaridad iguala y supera aun a la de organismos naturales, tanto mejor logra cada miembro su propio fin—realizando toda su perfección individual—cuanto más solidario sea del conjunto orgánico, cuanto más íntimamente y mejor viva de la vida total y, por lo mismo, cuanto más identificado esté con el orden de la propia función, que es lo que le hace ser solidario de todos los otros miembros. Precisamente los mayores males que la Iglesia ha podido padecer provienen de que ciertos órganos muy importantes piensen demasiado en sí mismos, en su engrandecimiento *humano*, olvidándose con eso de los sacrificios que para honra de Dios y bien de la Cristiandad les impone su ministerio: en acumular beneficios y olvidar el recto desempeño de los oficios; en degradarse, en suma, como órganos o como miembros de la Iglesia, para figurar como *hombres grandes* según el siglo. Con lo cual, respecto a ella, se convierten en *parásitos* o en *falsos pastores*, que, en vez de dar la vida por sus ovejas, las esquilman para medrar y engrosar ellos solos, sin ningún provecho de la grey del Señor. A estos tales amenazaba El terriblemente por el profeta Ezequiel (34, 2-10), diciéndoles: *¡Ay de los pastores de Israel!... No apacentabais mi rebaño... y os alimentabais de su leche y os cubríais con su lana... ¡Ya os pediré estrecha cuenta de mi grey!*

Mas la inercia de estos órganos degradados por la *hipertrofia humana* la compensan otros, del todo llenos del espíritu de caridad y de sacrificio, supliendo con sus virtudes y gracias superabundantes mucho de lo que falta en sus prójimos. De este modo se restablece el equilibrio orgánico cuando haya llegado a perturbarse, y entretanto se mantiene todo el organismo en santa harmonía.

Los que tanto acusan a la Iglesia de «paralizar la piedad con las prácticas exteriores y con los intermedios humanos», y piensan que esto «impide la adoración *en espíritu y en verdad* y el trato directo del alma con Dios», ignoran no sólo esta admirable economía de la organización del Cuerpo místico de Jesucristo, tan ponderada por el Apóstol [15], sino las mismas exigencias de la condición humana. Dios obra inmediatamente

[15] Cf. FÁBER, *Todo por Jesús* c. 4, sec. 3.

en todos los fieles, como el alma en todo el cuerpo; pero a condición de que los miembros estén unidos y se subordinen a sus órganos directores y se ejerciten cada cual en su ministerio, en obras proporcionadas a la respectiva condición.

Prescindir de las prácticas exteriores que mantienen nuestra actividad, suscitan el fervor y estrechan visiblemente las relaciones que hay entre todos los fieles es apagar el fuego del espíritu y aflojar o romper los lazos de la paz y caridad; porque el hombre, normalmente, no puede obrar sin el cuerpo, y en todas sus operaciones mentales necesita valerse de la ayuda de los sentidos. Así, como decía Pascal, «el que quiere hacer de ángel viene a hacer de bestia». ¿Qué protestante, con todas sus pretensiones de espiritualismo puro, ha llegado a la libertad de espíritu y a la altísima contemplación de nuestros místicos, que tan aficionados eran a las prácticas de la Iglesia y tan sumisos a su autoridad? [16]

Los verdaderos santos vivieron íntimamente unidos y subordinados a la Iglesia, porque sabían muy bien que en ella encontraban la vida, y que sólo en ella está el Espíritu Santo con todas sus gracias [17].

---

[16] Los grandes contemplativos suelen seguir fielmente el curso del *año litúrgico*, poseídos de la contemplación de aquellos misterios que va celebrando la Iglesia; y, sin embargo, en ellos reconocen ya los mismos protestantes la más fiel expresión del espíritu cristiano. Y es porque, como nota Fonsegrive (*Le Catholicisme* p. 45), los ritos, las fórmulas y los sacramentos tienen por objeto aumentar la vida religiosa. Y los misticos, llegando a los más altos grados de la contemplación, están unidos a la vida de la Iglesia, que sus sacramentos y todo su formulario exterior no hacen más que introducir y reavivar su llama interior. Gozan de la suprema libertad y de la autonomía más admirable, porque su comunicación con Jesucristo y con la Iglesia es tan completa y plena, que su voluntad es la de la Iglesia misma; ven a la Hija en el Padre, y en su unión inmediata con el Padre celestial sienten la razón de estar unidos con la Iglesia. Así es fácil ver en los grandes místicos cuán amplia es su libertad en medio de su perfecta docilidad».

«No os fiéis de los que pretenden tener el espiritu de libertad, decía la B.ª Foligno (c. 62), siendo su vida la contradicción viviente del Cristianismo. Jesucristo, con ser fundador de la ley, se sometió a ella, y siendo libre se hizo siervo; sus discipulos no deben buscar la libertad en la licencia que quebranta la ley divina».

«Qui se substrahere nititur ab obedientia, ipse se substrahit a gratia: et qui quaerit habere privata, amittit communia» (Kempis, l. 3, c. 13).

[17] «Vivificada la Iglesia por el Espíritu Santo, dice San Ireneo (*Adv. Haer.* 3, 24), tiene la misión de vivificar a su vez todos sus miembros. Por ella se establece la continua comunicación entre Jesucristo y los hombres. Ella posee el Espíritu Santo, prenda de inmortalidad

Manifestábame Dios en su luz inaccesible, decía Santa Catalina de Siena al Beato Raimundo [18], «la necesidad de la santa Iglesia, y cómo ninguno puede llegar a gustar la hermosura divina en el abismo de la Trinidad sin el medio de esta su dulce Esposa. Porque todos debemos entrar por la puerta de Cristo crucificado, y esta puerta no se halla en otro lugar sino en la santa Iglesia. Veía yo que esta Esposa daba vida, porque tiene en sí tanta, que nadie hay que la pueda matar. Y veía que ella daba fortaleza y luz, y que nadie hay que la pueda enflaquecer ni obscurecerla en sí misma. Y veía, en fin, que sus frutos nunca jamás faltan, antes siempre crecen». «Los santos, observa el P. Weiss [19], han sido siempre los más fieles hijos de la Iglesia, los más celosos guardianes de sus derechos y los que han observado sus menores preceptos del modo más escrupuloso... Cuanto más unido está uno a la Iglesia, tanto más seguro está de la unión con su Fundador y Señor, autor de todas las gracias y modelo y fin de toda santidad. La virtud sobrenatural y la certeza de la salvación disminuyen en el mismo grado en que uno se aleja de la Iglesia. Cuanto más estrechamente ligado está uno con el Cuerpo místico de Jesucristo, más se adhiere a esta divina «cabeza, de la cual todo el cuerpo recibe la influencia por sus ligaduras y junturas para crecer según Dios» (Col. 2, 19).

Por otra parte, ni todos los miembros están dentro del cerebro, ni todas las almas pueden subir desde luego, ni a su arbitrio, a las alturas de la contemplación. Y aun las pocas que de hecho suben, cuando les faltan las luces que les permiten obrar como ángeles, tienen que descender a trabajar como hombres, valiéndose de los recursos que están a su alcance, so pena de

---

y de salvación; y ella fortifica nuestra fe y nos guía y ayuda en nuestra ascensión a Dios.

Dios, como dice San Pablo, ha establecido en su Iglesia en primer lugar a los apóstoles, en segundo a los profetas, en tercero a los doctores y demás órganos de la operación del Espíritu Santo, de que necesariamente están excluídos los que se separan de la Iglesia, y con su conducta pronuncian su propia condenación. Porque donde está la Iglesia, allí está el Espíritu de Dios, y donde el Espíritu de Dios, allí está la Iglesia y el manantial de todas las gracias... Los que no tienen parte en este Espíritu, no son admitidos a beber la leche de vida en los pechos de esa común madre, ni a probar las aguas de la fuente inefable de la inmortalidad».

«De Spiritu Christi, añade San Agustín (*In Ioan.* 24, 13), non vivit nisi Corpus Christi .. Qui vult vivere, habet ubi vivat, habet unde vivat. Accedat, credat, incorporetur ut vivificetur» (cf. *Epist.* 185).

[18] *Ep.* 105.

[19] *Apol.* 10, conf. 13.

no obrar nada y embrutecerse, dejando que se extinga el espíritu.

La subordinación cristiana no coarta, sino que dirige, estimula y fomenta: hace que cada órgano ayude y no impida a los otros, y que todos prosigan especializándose y perfeccionándose según el respectivo destino. Mientras así procedan, la buena dirección se contenta con observar y dejar que continúe el progreso, velando sólo para estimularlo cuando sea menester, o encauzarlo si se desorienta [20]. El buen director espiritual se guarda bien de coartar los legítimos impulsos de que se sienten animadas las almas, una vez probadas para convencerse de que se mueven del Espíritu Santo, cuya obra impediría, en lo que está de su parte, si anduviera con nuevos ensayos inútiles, *probando* y *resistiendo* [21]. Viéndolas así animadas y en buen camino, se contentará con alentarlas, sin entrometerse en nada que las pueda perturbar. Por lo mismo que sabe que no van todas por el mismo camino, a cada cual, mientras vaya bien, la debe dejar seguir el propio, no poniéndoles demasiadas trabas y reglas, aunque éstas fueran muy útiles a los principiantes. De otra suerte, se expondría a llevarlas a remolque contra el viento del Espíritu e impedirles progresar en vez de ayudarlas. Así, entrometiéndose en la obra del Espíritu Santo le obligarán a quejarse diciendo: *¡Destruyen mi viña!*... (Is. 3, 14; Ier. 12, 10). Por eso San Ignacio, con tanta prudencia, aconseja «dejar al alma con Dios», y en todo, como observa el P. Lallemant [22], «atendía más a la ley interior que el Espíritu Santo escribe en los corazones que a las constituciones y reglas externas». Los que tratan de someter a todas las almas, por aprovechadas que estén, a idénticos procedimientos, son pésimos directores: ignoran la especialización [23]. Las almas, ya especializadas, tienen,

[20] «En este estado (*Varón de deseos* 3.ª p., sent. 3), el alma tendrá tan buen Maestro, que, con dejarse gobernar de sus santos impulsos y divinas inspiraciones, le sobra cuanto le podemos advertir».

[21] Con razón decía ya la *Didaché* (*Doctrina Apostolorum*): No probéis al profeta ya bien probado, sino oídle con respeto y recibidle como al Señor una vez que imita sus obras.

[22] *Doctr.* pr. 2, c. 6, a. 5.

[23] «No condenamos, dice muy bien el P. Surín (*Catéch.* p. 2.ª, c. 2), los preceptos y métodos, que son muy útiles para formar las almas y acostumbrarlas a los santos ejercicios. Pero no los han de emplear con violencia ni aferrarse a ellos cuando el Espíritu Santo con su gracia las mueva a proceder más libremente. Así sucede cuando las llama a un dulce reposo, que es el verdadero fruto del espíritu de piedad, y hace que cese la acción propia para dejar que obre Dios. Entonces es menester que el alma acepte esta libertad que el divino

bajo una dirección o vigilancia prudente, admirables iniciativas, en que «no se debe contristar al Espíritu» y donde «el espiritual juzga de todo rectamente y no tiene por qué ser juzgado» (1 Cor. 2, 15). Sólo cuando advierten un desorden, es cuando los centros superiores tienen el deber de moderar o inhibir a los inferiores, así como les deben estimular e impulsar cuando en ellos noten flojedad o entorpecimiento.

Pero las almas espirituales muestran estar animadas del verdadero Espíritu en oír y obedecer a los legítimos representantes de Dios: *Qui novit Deum, audit nos* (1 Io. 4, 6). Aunque éstos a veces por descuido puedan equivocarse, todo cederá al fin en mayor provecho de quien de buena fe les sigue; porque el obediente siempre está cantando victorias (Prov. 21, 28), y la sumisión de la propia voluntad es el mejor de los sacrificios, al paso que la desobediencia viene a ser como un crimen de idolatría (1 Reg. 15, 22-23), puesto que prefiere el propio querer al divino, y con la insubordinación tiende a desgarrar el Cuerpo místico del Salvador, y derrama, inutiliza o menosprecia su Sangre; la cual se nos comunica por los órganos sacramentales a condición de estar en perfecta unión con ese Cuerpo, de cuya Cabeza invisible reciben toda la autoridad y poder con que mandan nuestros superiores jerárquicos. Quien no les está bien subordinado y adherido—y sobre todo quien no respeta siquiera al supremo Pontífice—, al mismo Jesucristo desprecia y resiste positivamente (Lc. 10, 16; 1 Petr. 4, 10-11; 1 Cor. 4, 1; 2 Cor. 3, 6; 5, 20; 13, 3)[24].

Espíritu le concede y entre en esa su familiaridad, tan recomendada de los santos... Esto les hará dulce y agradable el trato con Dios..., y fácil el adelantar más.—Así en poco tiempo vendrán a adquirir el *don de oración*; porque este proceder las hace dóciles a las mociones e inspiraciones del Espíritu Santo, el cual, no encontrando nada determinado más que una gran voluntad de agradar a Dios y tratar con El, sopla donde quiere y mueve conforme es de su agrado».

[24] «Si tú eres contra la Iglesia—decía Santa Catalina de Siena (*Carta* 210, a un florentino), ¿cómo podrás participar de la Sangre del Hijo de Dios? Pues la Iglesia no es otra cosa sino *el mismo Cristo*. El es quien nos da y administra los sacramentos, los cuales nos vivifican por la vida que recibieron de la Sangre de Cristo; pues, antes que ésta se nos diese, ni la virtud ni ninguna otra cosa era suficiente a darnos vida perdurable. ¿Cómo seremos, pues, tan rebeldes que menospreciemos aquella Sangre? Y si dijésemos: Yo no menosprecio la Sangre, digo que no es verdad; porque quien menosprecia a este Vicario (el Papa), menosprecia la Sangre, y quien hace contra lo uno hace contra lo otro, porque lo uno está unido e incorporado con lo otro. ¿Cómo podrás tú decir que, si ofendes a un cuerpo, no ofendes a la sangre que está en él? ¿No sabes que la

Por eso los grandes siervos de Dios, llenos del Espíritu de sabiduría y del sentido cristiano, saben sentir los males de la Iglesia, como los de la más tierna y santa de las madres; o los de todos sus prójimos, como si fueran propios, como de miembros de un mismo cuerpo, en que todos tienen que tomar parte. Y en ninguna cosa sufren tanto como en esas insubordinaciones que causan como una dislocación y disgregación de los miembros de Jesucristo [25]. Las más terribles penas y los más terribles desamparos que padecen les vienen de configurare con El en la serie de los misterios de su sacratísima pasión [26]. Ya en el huerto llegó nuestro amoroso Redentor hasta sudar sangre, viendo cómo se la habían de menospreciar y derramar, con sus disensiones y rebeldías, tantos hijos ingratos, y cómo habrían de profanar el Sacramento de su amor, que es como el centro de unión de las almas y el corazón de su santa Iglesia [1]. En cambio, allí mismo fué confortado por el ángel según le mostraba los copiosos frutos de bendición que esa preciosísima Sangre había de producir en todos los que con amor la reciben: y le hacían ver cómo saldrían de sus llagas, cual de otras tantas fuentes de vida, manantiales de gracias con que se llenarían para siempre de vigor y fortaleza y merecerían la eterna corona tantos miles y millones de mártires y confesores, vírgenes y piado

---

Iglesia—de quien él es la cabeza visible—es un cuerpo místico que tiene en sí la Sangre de Cristo?»— En cambio, si os reconciliáis con el Papa—añade—«habréis hecho de vosotros un injerto, plantándoos e injiriéndoos en el árbol de la vida».

[25] «Los santos, observa el P. Weiss (*Apol.* 9, conf. 3, ap. 1), sentían la gracia de una manera tan viva, que su alma parecíales transfigurada. Todos sus miembros se estremecían de emoción interior en presencia de Dios (GERTRUDIS, *Legat. div. piet.* 3, 12), y sentían en sí las pulsaciones del corazón de su Salvador (MECHTILDIS, *Liber sp. gratiae* 1, 5; 2, 20). Estaban de tal suerte unidos a Jesucristo, que el pecado, el gran destructor de esa unión, parecíales un acto que arrancaba un miembro al Salvador (BAPTISTA DE VERANIS, *De mental. dolor. Christi* 1, 4). Cualquier injusticia o violencia cometida contra un fiel era a sus ojos un crimen cometido contra el mismo Jesucristo».

[26] «Aquella soberana luz que me descubrió, dice el P. Hoyos (*Vida* p. 297), lo que padeció el Corazón sagrado, fué tan continua en mí. como imponderable el dolor que en mi corazón producía... Mi alma estuvo anegada en un mar de penas y sumergida en un abismo de amargura tal que muchas veces me hubiera quitado la vida, si el Señor no me hubiera fortalecido. Pero *todo era paz aquella amargura tan amarga* (Is. 38, 17); porque jamás tuve mayor consuelo que gustando las heces de este cáliz, que para mí eran la mayor dulzura. Al mismo tiempo que se estremecía la naturaleza, oprimida de un colmo inmenso de dolores, angustias y tristezas mortales, no quisiera por todo el mundo apartar los labios de este vaso de amargura».

sas viudas, y con que se refrigerarían y abreviarían su purificación las almas del purgatorio [2].

Las tres Iglesias, militante, purgante y triunfante, forman el Cuerpo total de Cristo; y recibiendo, en la forma que a esos diversos estados conviene, los influjos de su divina Cabeza y la vivificación de su Espíritu, resultan del todo solidarias—con esa solidaridad superior que se llama la *comunión de los santos*—; y así participan todas ellas de unos mismos bienes [27]. Lo que aquí ahora hacemos o sufrimos cristianamente, aprovecha a todos los hijos de Dios dondequiera que estén; nuestras buenas obras, oraciones y privaciones, por mínimas que sean, ayudan a nuestros prójimos, alegran a los moradores del cielo y alivian a las benditas ánimas [28]; y las oraciones de éstas, y sobre todo de las ya triunfantes, socorren a su vez a los que peligramos en nuestra peregrinación [29]. Y, en fin, los méritos de todos los justos se acumulan con los mismos de Jesucristo—con cuya virtud los hicieron—, y sirven juntamente para nuestro provecho. Por

---

[27] «Si nada hay más sublime, dice Sauvé (*Le culte* élév. 46), que ese flujo y reflujo de oraciones o de gracias que va del Corazón de Jesús a la Iglesia militante, a la triunfante y a la paciente; de las tres Iglesias al Sagrado Corazón de Jesús, y de una Iglesia a las otras; ciertamente que el aspecto del purgatorio no es el menos sublime de este misterio; y es el más conmovedor, puesto que allí se sufre aún más que en este valle de lágrimas. Pocas almas han sido tan inmoladas aquí abajo como Santa Margarita María; la cual decía, sin embargo, que las terribles impresiones en ella hechas por la Santidad infinita no eran más que «una pequeña muestra de lo que sufren aquellas pobrecitas almas».—Su dolor, maravillosamente profundo y resignado, nos conmoverá tanto más cuanto mejor participemos del *Corazón de Jesús*».

[28] Cf. SANTA GERTRUDIS, *Revelaciones* l. 4, c. 12.

[29] En la *Vida* de la V. M. Francisca del Santísimo Sacramento, tan favorecida con visiones de los santos, puede verse muy bien cuánto se interesan éstos por nosotros y en especial por la misión que en vida recibieron de Dios.—Así los apóstoles y doctores le encomendaban muchas veces pedir por las necesidades de la Iglesia.—La misma recomendación le hacía Santa Catalina de Siena, como apóstol y doctora, tan interesada siempre por una reforma general. Los santos fundadores le encargaban pedir por sus respectivas Ordenes; y Santo Tomás de Cantorbery, por la conversión de Inglaterra (LANUZA, l. 1, c. 3; l. 3, c. 1, etc.).—También se puede ver allí (libro 2) los muchos favores, consejos y alientos que recibía de las mismas ánimas del Purgatorio, y lo bien que le agradecían y pagaban los continuos sacrificios que por ellas hacía. «Tienen, dice ella (*ib.* c. 12), tan gran cuidado de mí, que no sé cómo encarecerlo. Cuando me ven que estoy triste..., me vienen a consolar y animar y me llaman *amiga y bienhechora nuestra*. **Mucho es lo que yo debo a las santas almas del purgatorio».**

eso el Romano Pontífice, como supremo dispensador de los tesoros divinos, puede decretar los honores que son debidos a los santos y aplicar indulgencias a las almas del purgatorio, puesto que, lo que él atare o desatare en la tierra, atado o desatado quedará en el cielo (Mt. 16, 19; 18, 18).

Por eso mismo, también pedirá el Señor a sus ministros y siervos infieles estrechísima cuenta de la mala administración de sus tesoros, de las gracias que pudieron aprovechar y hacer fructificar, y por sus descuidos resultaron vanas o poco fructuosas; y, en fin, de las almas que por su negligencia, imprudencia o culpable ignorancia se perdieron o no adelantaron lo que debían, reclamando de sus manos la sangre de cuantos por su culpa perezcan [3]. En cambio, recompensará con generosidad divina a los siervos diligentes y fieles que supieron hacer fructificar los talentos que tenían confiados. El menor servicio hecho a la Iglesia tendrá una recompensa gloriosa, así como el menor daño merecerá gravísimos castigos. No permite el Señor que a su santa Esposa la mire nadie con *indiferencia*; castigará terriblemente a cuantos no la amen; porque ésos le aborrecen a El mismo, Salvador de todos los hombres, que los salva por medio de ella. Lo que a la Iglesia se haga, hácesele a El, que es su cabeza, y hácese a todos los cristianos, que son sus miembros. Y el que a ella no ama, no puede amar como debe a sus prójimos, ni desear de veras su salvación, y así muestra carecer por completo de la caridad divina [4].

APENDICE

[1] *Dolores y daños de la disensión.*—«Yo veía, dice Emmerich [39], la Iglesia como el cuerpo de Jesús, y una multitud de hombres que se separaban de ella y que rasgaban y arrancaban grandes pedazos de su carne viva. Jesús los miraba con ternura, y gemía al verlos perderse. El, que se había dado a nosotros por alimento en el Santísimo Sacramento, a fin de juntar en un solo cuerpo, el de la Iglesia, su esposa, a los hombres, separados y divididos a lo infinito, se veía despedazado en ese mismo cuerpo; pues su principal obra de amor, la Eucaristía, donde todos los hombres debían consumarse en la unidad, se convirtiera, por malicia de los falsos doctores, en piedra de choque y de separación. Vi de este modo pueblos enteros arrancados de su seno y privados de participar en el tesoro de la gracia legado a la Iglesia. Por fin, vi todos los que estaban separados de ella sumergidos en la

[39] *Dolorosa pasión*, 1, pp. 114-118.

incredulidad, la superstición, la herejía, la falsa filosofía mundana; llenos de furor, reuníanse en grandes bandos para atacar a la Iglesia, agitados por la serpiente que se agitaba en medio de ellos: era lo mismo que si Jesús se hubiera sentido despedazar».

[2] *Los frutos de la Pasión.*—Los ángeles le presentaron a Jesús en el huerto, añade Emmerich [31], «todas las legiones de los bienaventurados que, juntando sus combates a los méritos de su Pasión, debían unirse por medio de El al Padre celestial. Era ésta una visión bella y consoladora. Vió la salvación y la santificación saliendo como un río inagotable del manantial de redención abierto después de su muerte. Los apóstoles, los discípulos, las vírgenes y las mujeres, todos los mártires, los confesores y los ermitaños, los papas y los obispos, una multitud de religiosos: en fin, todo el ejército de los bienaventurados se presentó a su vista. Todos llevaban una corona sobre la cabeza, y las flores de esa corona diferían de forma, de color, de olor y de virtud según la diferencia de los padecimientos, de los combates, de las victorias con que habían adquirido la gloria eterna. Toda su vida y todos sus actos, todos sus méritos y toda su fuerza, como toda la gloria de su triunfo, venían únicamente de su unión con los méritos de Jesucristo. La acción y la influencia recíproca que todos esos santos ejercían unos sobre otros; el modo como participaban de la única fuente, del Santísimo Sacramento y de la Pasión del Señor, ofrecían un espectáculo tierno y maravilloso. Nada en ellos parecía casual: sus obras, su martirio, sus victorias, su aspecto, sus vestidos, todo, aunque bien diverso, se confundía en una harmonía y unidad infinitas, y esta unidad en la diversidad era producida por rayos de un sol único, por la Pasión del Señor, del Verbo hecho hombre, en quien estaba la vida, luz de los hombres, que brilla en las tinieblas y que las tinieblas no han comprendido. Era la comunión de los santos futuros que pasaba ante el espíritu del Salvador...»

[3] *Las gracias perdidas o mal aprovechadas.*—«Diversos símbolos, dice Brentano [32], le representaron—a ésta—las negligencias de la Iglesia militante y de sus servidores; vió cuántas gracias no habían sido cultivadas o recogidas y cuántas se habían perdido. Le fué enseñado que el Redentor había puesto para cada año en su Iglesia un tesoro completo de méritos para suplir a todas las necesidades y a todas las expiaciones. Las gracias despreciadas, disipadas o perdidas (y había bastantes para levantar al hombre más decaído, para libertar al alma del purgatorio más olvidada) debían ser pedidas con el mayor rigor, y la Iglesia militante estaba castigada, por estas negligencias e infidelidades de sus servidores, con la opresión de sus enemigos y con humillaciones temporales».

[4] *El amor a la Iglesia.*—«No puedes tener deseo de la salud de las almas sin que lo tengas de la Santa Iglesia; porque ella es el

[31] *Ib.*
[32] *Vida de Emmerich* p. 44.
[33] SANTA CATALINA DE SIENA, *Epist.* 33.

Cuerpo universal de todas las criaturas que participan la lumbre de la santa fe... Siendo la Iglesia reformada, síguese el provecho de todo el mundo... Nadie habrá que con reverencia la sirva, que no sea bien galardonado aun por el más pequeño servicio»[33].

§ III.—La Iglesia como jardín y como templo vivo de Dios.—El riego y cultivo de las almas: beneficios que unas a otras se prestan.—Los operarios de la casa de Dios: la mística Torre de Hermas: las piedras bastas y las redondas y quebradizas: cómo se labran todas las de la celestial Jerusalén: los constructores, las decoraciones y el cemento.

Hemos podido ver repetidas veces a lo largo de esta obra cuánto se complace el Apóstol en el símbolo *orgánico-antropológico* y cómo se extiende en mostrar la gran diversidad de ministerios que debe haber en la Iglesia de Dios; de donde procura deducir los deberes de todos los fieles, y con ellos toda la moral cristiana y todo el progreso de la vida espiritual; pues todo puede reducirse a esta consideración: «Portaos como vivos miembros de Cristo, animados de su Espíritu». No tenemos por qué insistir ahora sobre el proceso visible de esa mística organización, habiéndola expuesto ya bastante a la larga en el libro I. Nos conviene, sin embargo, recordar aquí brevemente algunos de los otros símbolos de la Iglesia—ya que unos a otros se completan y se aclaran—para que mejor se vea cómo debe crecer ella en todo, y cuán necesarias le son la solidaridad, las mutuas dependencias y múltiples correlaciones y la perfecta subordinación jerárquica.

En el símbolo *sociológico* aparece como un *reino*—el *reino de los cielos* o el *reino de Dios* en la tierra—; donde debe haber un perfecto gobierno con los correspondientes ministros, y un representante visible del mismo Dios[34].

En el *agricológico* figura como un campo plantado por el celestial Padre de familias, que envía sus operarios a cultivarlo. En ese campo está la *viña escogida* y el *jardín de las delicias del Señor*. Y también está la mística *bodega de los vinos*, donde las almas del todo espirituales se embriagan con aquella divina caridad que allí se les ordena. Y en ese *campo*, ese *jardín* y esa *viña* hay plantas y flores que cuidar, y hay quien las cuide y

[34] *Sic nos existimet homo ut ministros Christi, et dispensatores mysteriorum Dei* (I Cor. 4, 1).—*Pro Christo ergo legatione fungimur, tamquam Deo exhortante per nos... An experimentum quaeritis eius, qui loquitur in me Christus?* (2 Cor. 5, 20; 13, 3).

las cultive. El verdadero agricultor y jardinero es el Padre celestial, que las hace *crecer*; pero así y todo envía operarios con poder de plantar y trasplantar, e injertar y podar y limpiar y regar y prodigar a todo otros muchos cuidados (Ier. 1, 10); aunque todo es, a pesar de eso, agricultura del Señor, de quien son también plantaciones sus cooperadores (1 Cor. 3, 6-9). El justo es siempre como un árbol plantado junto a las corrientes de las aguas (Ps. 1, 3; Ier. 17, 8).

Las almas que por las flores de su virtud más se distinguen suelen ser trasplantadas al jardín de las delicias, para que allí florezcan y fructifiquen con mayor lozanía y exhalen esa celestial fragancia (Eccli. 24, 17-23; 39, 17-19), que es el *buen olor de Cristo*, con que embalsaman el mundo y lo preservan de corrupciones.

Todas las plantas que crecen y fructifican en ese campo, y sobre todo en ese jardín, son copiosamente regadas con las místicas aguas que brotan de las fuentes del Salvador (Is. 12, 13); y ellas mismas, como *asociaciones orgánicas*, se protegen y fomentan unas a otras. Las más vigorosas ceden algo de su vigor en provecho de los demás, porque el soplo del Espíritu Santo, que a todos ellos da vida, así lo distribuye en común beneficio.

De ahí que algunas plantas del *jardín* sean llevadas al *campo*, no como desechadas, sino por ser miradas ya de Dios—por lo mucho que de El participan—como fuentes de salud para las demás. Ellas se creen alejadas de Aquel que se apacienta entre azucenas, y no advierten que están ya configuradas con quien es la *Flor de los campos y la Azucena de los valles*, que hacen su oficio salvador, yendo a vivir *entre espinas*... (Cant. 2, 1-2). El mismo, en fin, es la *verdadera Vid*, en que están injertadas todas las ramas o sarmientos que pueden producir fruto (Io. 15, 1-16). Así volvemos de lleno a la perfecta unión y solidaridad de unos fieles con otros y de todos ellos con el común tronco, que es nuestra divina Cabeza, Jesucristo, Hijo de Dios vivo. Los sarmientos secos o estériles son arrancados y echados al fuego. Y las plantas de jardín que no florecen en abundancia para embellecerlo y perfumarlo todo, como indignas de permanecer allí, son arrojadas al campo, donde, faltas de cuidados, están en gran peligro de secarse o ser pasto de las bestias... (cf. Is. 5, 1-6). Y, en cambio, otras muchas silvestres son trasladadas al jardín a ocupar mejor su lugar: *Qui habet auris audiendi, audiat* (Lc. 8, 8).

Con suma frecuencia es la Iglesia considerada también como

casa espiritual o templo vivo del Espíritu Santo, que lo va edificando poco a poco para morada de Dios (1 Petr. 2, 5; 1 Cor. 3, 16; Eph. 2, 20-22). El Arquitecto—que a sí mismo se constituye a la vez en *piedra fundamental*—es el Verbo humanado, y a El se asocian muchos obreros y otros arquitectos secundarios que, bajo su dirección e influencia, edifican tanto mejor, cuanto más se edifiquen a sí mismos, incorporando a otros con Cristo y adhiriéndose ellos más cada vez a esta *Piedra angular*. Todos deben edificar sólidamente sobre el único cimiento de los *apóstoles* y de los *profetas* del Señor, los cuales forman ya con El una misma cosa. Y esos apóstoles y profetas subsisten aún y subsistirán siempre; pues siempre habrá en la Iglesia quienes, por sucesión ministerial y virtud sacramental, hereden la potestad apostólica, y siempre habrá también muchas almas llenas de Dios que, por comunicación carismática, hereden, como Eliseo a Elías, el espíritu de aquellos profetas que tanto abundaron, tan copiosamente enriquecidos se hallaban y tanto influyeron en la común edificación en la primitiva Iglesia, donde tantas veces figuran al lado de los mismos Apóstoles (Eph. 2, 20; 3, 5; 4, 11; 1 Cor. 12, 28). Y estos mismos profetas de Jesucristo son hoy mismo el invisible sostén de su santa Iglesia, mientras los sucesores de los doce apóstoles y todos los demás ministros del santuario la apoyan visiblemente. Estos tienen la misión de gobernar; mas los que están llenos del Espíritu Santo—sean del estado y condición que fueren—son los que más verdaderamente *edifican* [35].

Para que el edificio crezca sólidamente según el plan divino. y no haya en él nada que desechar es preciso que las distintas piedras vayan ocupando el sitio que les pertenece, y que para eso se dejen tallar y pulir de modo que ajusten bien y no desdigan, y que a la vez se apoyen y se adhieran mutuamente, sufriéndose con toda paciencia y estrechándose con los lazos de la paz y el cemento de la caridad. Pues sólo así puede haber

[35] *Qui autem prophetat, Ecclesiam Dei aedificat* (1 Cor. 14, 4). Cf. TAULERO, *Inst.* c. 26 y 38; *Tr. de l'amour de Dieu* p. 3.ª, c. 7, § 5. Sobre estas almas, dice el B. Susón (*Diál.* 13, 9.ª), como sólidas columnas, sostiene Dios su Iglesia: sin ellas perecería el Cristianismo y el mundo entero caería en las redes del demonio.

Ese apoyo lo prestan principalmente aquellas que tan en alto grado poseen ciertos carismas del divino Espíritu, que pueden como transmitirlos a toda una progenie espiritual (Is. 59, 21), formando una Congregación religiosa que se perpetúa para bien de la Cristiandad y *edificación* de toda la Iglesia. Por algo los grandes fundadores van siendo colocados en las columnas del Vaticano, como verdaderos sostenes del templo de San Pedro.

solidez, unidad y hermosura [36]. Y sólo así también pueden ser «coedificadas las almas—como piedras vivas—para ser digna morada de Dios en el Espíritu Santo, firmemente apoyadas en el fundamento de los apóstoles y profetas, teniendo por piedra angular a Jesucristo, en quien toda la edificación *crece* para templo santo en el Señor» (Eph. 2, 20-22).

Hermas—discípulo de los apóstoles—desarrolla admirablemente este símil en la famosa visión de la *Torre*, que figuraba a la Iglesia. Esta torre iba levantándose sobre las aguas, edificándose poco a poco sobre Jesucristo y los apóstoles, que juntos forman un solo fundamento monolito. La construcción proseguirá mientras dure el mundo, porque éste debe acabar al terminarse ella [37]. Para esta obra manda el Señor a sus ministros a buscar nuevas piedras en canteras lejanas e inaccesibles, encargándoles de arrancarlas, escogerlas, acarrearlas, tallarlas y pulirlas bien. Y para todo esto hay operarios especiales que van desechando lo inútil y aprovechando lo bueno. Luego las *Virtudes* van dando a las piedras, ya preparadas, el brillo y color necesarios para que puedan figurar en la construcción y hacen que todas entren por la única *Puerta* de la misma Torre. Colocadas en sus respectivos puestos, todas estas piedras aparentan encajar tan bien, que así fundidas parecen ya una hermosa construcción monolítica, toda brillante y de un mismo color.

Mas de cuándo en cuándo viene el Señor a examinar la obra,

[36] «Para construir un hermoso edificio, decía Nuestro Señor a Santa Magdalena de Pazzis (4.ª p., c. 11), es menester que las piedras sean colocadas unas sobre otras, que se soporten mutuamente y que sean unidas entre sí por medio de un cemento. Así, para construir la mística Jerusalén, es necesario que las almas, que son sus piedras, estén unidas por medio de la paz, y que también se soporten aguantando unas los defectos de las otras.

[37] Vió Hermas (*Pastor* vis. 3, sim. 8-10) que esta misteriosa Torre se edificaba sobre las aguas, porque el agua del bautismo es la única fuente de la vida y de la salud. Estaba construída de piedras cuadradas, blancas y perfectamente unidas, que «representaban a los apóstoles, los obispos, los *didáscalos* (doctores) y los diáconos que desempeñaron con pureza su ministerio, y de los cuales unos habían fallecido y otros aun vivían». Luego, otras piedras figuraban a los mártires y los fieles santos. Al pie de la Torre se veían las piedras desechadas por inútiles, que son los falsos fieles, es decir, los que creyeron con hipocresía, sin abandonar sus malas obras, los que creyeron y no perseveraron, y los que, teniendo fe, renegaron del Señor en el momento de la tribulación. Para éstos, dice, no hay salud. Mas entre los santos y los reprobados están los creyentes que, habiendo pecado, desean convertirse: éstos, si se convierten pronto, serán aceptados en la Torre. Mas si ésta acaba de construirse antes de que se hayan convertido, no habrá ya lugar para ellos.

y con la vara de su virtud va tocando una a una todas las piedras. Algunas con esta prueba resultan aún más finas, más brillantes y mejor unidas, de modo que ya no queda entre ellas ninguna señal de junturas ni de contraste o diversidad de colores. Otras, por el contrario, se deshacen o ennegrecen tanto, que el Señor manda arrojarlas al abismo, como del todo inútiles. Otras, en fin, con ser más o menos finas, desdicen o no ajustan bien: aparecen descoloridas, deslustradas, redondeadas o con alguna pequeña fractura, y el Señor manda quitarlas de allí y ponerlas a un lado, para ver si después podrán utilizarse. Entre tanto, envía a buscar nuevas piedras muy lejos, por los montes y abismos, y donde menos se esperaba se encuentran muchas muy excelentes. Con todo, viendo los ministros que algunas de las allí cerca abandonadas parecen bastante buenas, piden al Señor que les permita pulirlas o labrarlas con cuidado, para ver si pueden hacerlas servir, sin necesidad de ir por otras a canteras lejanas. Logrado el permiso, ponen manos a la obra, y luego ven que las rotas o deslustradas no son finas: muchas estallan y se hacen inútiles; otras no son capaces de lustre; pero algunas se dejan labrar y pulir, y al fin acaban por valer para algún puesto menos importante del interior de la Torre.

En cambio, las redondeadas suelen ser muy finas, como probadas que están con el agua de muchas tribulaciones. Pero, como vivas, resultaron demasiado voluntariosas: no quieren perder nada de su naturaleza buena, y así es Imposible que ajusten bien y valgan para la construcción. Mas hallándolas tan finas, se esmeran los ministros por pulirlas con sumo cuidado, y de este modo, aunque con mucho trabajo, logran desgastarlas y amoldarlas de suerte que, al fin, las más de ellas vienen a figurar muy bien en la Torre, ya al exterior, ya al interior, y aunque muy reducidas de volumen y en puesto menos importante, resisten ya a la prueba de la vara divina. Pero algunas que ni así y todo se dejan pulir y amoldar, sino que estallan y se hacen inútiles, tienen que ser desechadas definitivamente y arrojadas al abismo.

He aquí, en este admirable símil, representado al vivo lo que pasa en las almas que han de formar esa mística Torre de la Iglesia, que resiste a todos los embates del siglo y del infierno; ese templo vivo del Señor, esa Jerusalén celestial, mansión y Esposa a la vez del Cordero divino, llena y radiante de su eterna claridad. Sólo a fuerza de golpes, torturas y presiones es como se preparan dignamente esas piedras vivas para poder

ocupar el lugar señalado [38]. Y las que no valgan para ese puesto, tendrán que desgastarse más para amoldarse a otro inferior, so pena de ser desechadas. Las que figuran en la parte exterior de la Torre, o sea en los muros de la nueva Jerusalén, son a la vez las más hermosas y resistentes (Apoc. 21, 10-24): sufren todas las pruebas y embestidas sin padecer el menor detrimento, sin deslustrarse ni aun empañarse siquiera. Sufren, porque su misión es sufrir y proteger; pero los sufrimientos aquilatan su preciosidad.

La unión de las piedras la establece la Sangre del Cordero divino mezclada con la caridad y sufrimientos de las almas encargadas de asociársele en su Pasión: las piedras son todos los fieles, que vendrán a ocupar un puesto tanto más importante cuanto más consagrados estén al divino servicio, o más adornados de virtudes y gracias se hallen; los constructores son los ministros del santuario. «Por cuanto Dios sabe bien edificar y poner aquello que habemos menester, escribía Santa Catalina de Siena [39], viendo que el agua no era buena para apretar y mezclar la cal y afianzar las piedras, diónos por agua la sangre de su Unigénito... Admiremos la inestimable caridad de Dios, que, viendo que el agua de los santos profetas no era viva ni nos daba vida, nos envió a su mismo Hijo con el poder y virtud de su amor, y púsole en nuestro edificio por piedra, sin la cual no podíamos vivir... E hízole juntamente Maestro y servidor y trabajador de este edificio, y mezcló con su Sangre la cal, de manera que nada falte para nuestra edificación. Por tanto, gocémonos y alegrémonos; pues tenemos tan dulce Maestro, piedra y trabajador, y nos ha hecho muro con su Sangre, e hizo este nuestro muro tan fuerte, que ni los demonios, ni las criaturas, ni el granizo, ni la tempestad, ni el viento podrán moverlo, si no queremos nosotros.

«Para reedificar la mística Jerusalén, dice a su vez Santa Magdalena de Pazzis [40], viene el Espíritu Santo y escoge industriosos maestros, obreros animosos y hábiles canteros... El arquitecto es el Verbo eterno. Los maestros de obras son los sacerdotes, sin los cuales ninguna piedra puede colocarse.

38
Tusionibus, pressuris
Expoliti lapides,
Suis coaptantur locis
Per manus Artificis...

(*Offic. Dedic. Eccles.*)

39 Ep. 34.
40 3.ª p., c. 4.

Los obreros que continuamente llevan los materiales son los confesores, y las piedras que deben servir de ornamentos son los religiosos contemplativos. El cemento que ha de unirlas se compone de cal de santas vírgenes, de arena de santos eremitas y de Sangre del Cordero inmolado. Mas ¡cuántos enemigos se levantan para derribar este edificio, cuya solidez desafía todos sus esfuerzos! Si en parte es conmovido, la culpa no se ha de echar tanto a las piedras como a los canteros y la cal. ¡Ay, ay!, que vuestros sacerdotes y vuestras esposas, Dios mío, creen honraros amándose a sí mismos y torpemente se engañan...»

APÉNDICE

Cultivo del jardín de la Iglesia.—«Veo al divino Espíritu, añade Santa Magdalena de Pazzis [41], partir del seno del Padre, entrar en el costado y corazón del Verbo y luego descender sobre nosotros. ¡Oh qué riquezas nos trae! ¡Dichosos los que lo reciben! Del seno del Padre tomó el poder y un tesoro de gracias más numerosas que las estrellas del cielo. Del costado del Verbo toma un amor más fecundo en frutos que la primavera en flores... Lo veo recorrer el cielo y la tierra. Lo veo cultivar el delicioso jardín de la Iglesia. Su aspiración poderosa atrae a este jardín ciertas plantas del suelo estéril y seco de los infieles. Allí son regadas por cinco arroyos, es decir, por las cinco llagas del Verbo, que las riega no con agua, sino con su propia sangre. El Espíritu Santo toma lo que sobreabunda de las gracias de sus escogidos y lo comunica a estas nuevas plantas; porque sin esta transmisión sucedería a veces que los escogidos, no pudiendo soportar el peso inmenso, aunque dulcísimo, de las gracias celestiales, quedarían oprimidos de ellas. Hay otras plantas en la tierra tan agradable y tan fértil de la Humanidad del Verbo. Y el divino Espíritu las trasplanta igualmente, unas a causa de su debilidad, las otras por su mismo vigor, que las haría fructificar demasiado aprisa. La vid que se desarrolla muy lozana viene a resultar estéril. Dios, como eterno, quiere que la creatura, a ejemplo suyo, trabaje incesantemente y con perseverancia: quiere que sus obras sean perfectas, sin ninguna mezcla de amor propio, y por eso a veces la retira de Sí sin retirarla, y la planta en el jardín de su Iglesia, donde participe más de la sequedad, es decir, de las tribulaciones y pruebas que la Iglesia ha sufrido y sufrirá siempre. Allí participa de la aridez de las otras plantas, y en cambio les comunica algo de su vigor, y este cambio cede en mayor gloria de Dios y bien de las almas. El Espíritu Santo retira también a otras de la Humanidad del Verbo para darlas al género humano. Un amigo que tiene en su jardín preciosos frutos, por mucho que los

[41] *Ibid.*

estime, no duda en privarse de ellos por complacer a su amigo. Y esto lo hace el divino Espíritu: cuando un alma le está unida por amor, la tiene gran afecto; pero quiere tanto al género humano, que retira en cierto modo a esa alma de Sí—por la substracción de la gracia sensible—para dársela a él. Esta alma se cree separada de Dios, porque ya no le gusta; pero entonces es cuando le está más estrechamente unida. ¿No hizo eso mismo el Espíritu Santo con el Verbo cuando lo sacó, por decirlo así, del seno del Padre para trasplantarlo a este miserable mundo, y entregarlo luego en manos de los perversos judíos? Mas éstos no supieron apreciar tan excelente fruto... Cuando el Espíritu Santo descendió por primera vez sobre los apóstoles, les dió el poder de trasplantar a todos los hombres al jardín de la Iglesia: ¡gracia inmensa de que tantísimos son privados por su ingratitud! Mas no se contenta con trasplantarlos a ese jardín; quiere que de ahí pasen al del paraíso, es decir, al estado religioso, y de aquí al *jardín del Amigo*, es decir, a la Humanidad del Verbo, y *no descansa hasta conducirlos allí*, donde viene a dar a conocer al alma sus divinos atributos y a enseñarle la verdad».

§ IV.—El crecimiento en santidad.—Progreso integral.—Una dificultad especiosa.—El embrión y el adulto; el fundamento y el edificio; la última perfección; la fermentación deífica; vitalidad creciente: presagios de grandes incrementos; la obra del amor divino; la purificación total y el cumplimiento de las profecías.—La edificación continua: la terminación de la Torre; los materiales desechados; los enemigos ayudando.—En qué para el falso progreso y en qué el verdadero.

El progreso mistico es el único y verdadero progreso integral, el único en que la naturaleza logra realmente adquirir la plenitud de sus perfecciones, a la vez que con esplendores divinos se realza. Es un continuo incremento de vida y de energías en que, creciendo en todo según el verdadero Ejemplar, podemos llegar a la medida del *Varón perfecto*. Con este progreso se explican todos los que puede haber en la Iglesia, sin peligro de incurrir en esas aberraciones modernas que tratan de reducirlos a otras tantas series de contradicciones y destrucciones, pues todo progreso real es la creciente manifestación de algún aspecto de la vida cristiana, que siempre crece y nunca se destruye o desmiente; y así en el mismo progreso vital o místico están encerrados todos. Este es el principio y fin y la suprema razón de todos los demás, y lo que no sea crecer de algún modo en gracia y conocimiento del Hijo de Dios, es huir de la luz y de la vida y avanzar camino de las *tinieblas* o de las *sombras de muerte*. Nuestro único progreso está en participar cada

vez más de la plenitud de Aquel en quien estaba desde un principio la vida que es luz de los hombres; de Aquel que vino a este mundo para ser el único *camino* que lleva a la perfección del progreso, la única *verdad* que desengaña y hace libres, y la única *vida* con que verdaderamente se vive sin andar en tinieblas sino procediendo como hijos de la luz, que huyen de las sombras de muerte (Rom. 13, 12; Eph. 5, 8-11).

Creciendo en vida divina, en todo se crece, y sin ese crecimiento, como no cabe aquí el estacionarse, todo es retroceso y degeneración.

Sin embargo, piensan algunos que, aunque todos los miembros de la Iglesia debamos crecer en vida—o lo que es lo mismo, en virtud y santidad—, ella no puede en este punto crecer, ni por lo mismo *evolucionar* místicamente, ya que desde un principio era *santa*, y que no es de suponer que tenga nunca mayores santos ni más abundancia de carismas de los que ya tuvo.

Pero entonces tampoco podría crecer en *unidad* y *catolicidad*, ya que siempre fué también—por lo menos *virtualiter*—*una* y *católica*. Y, sin embargo, crece en esto según se extiende y se propaga, y según que, con los grandes progresos orgánicos, afianza y estrecha los lazos de unión y solidaridad de todos los miembros entre sí y con la Cabeza.

Debe crecer *en todo*, porque siempre debe estar *edificándose* más y más. Y esta *edificación* se hace principalmente en la *caridad* y, por tanto, en la santidad y justicia. Este es su fin principal: la progresiva *santificación* de todos sus miembros. El mismo Salvador vino a darnos a todos—y por lo mismo al conjunto del Cuerpo místico—una vida cada vez más abundante, y puso en la tierra el fuego de su Espíritu, deseando que cundiese y se acrecentase cada vez más este divino incendio: así derramó su preciosa Sangre por amor de su Iglesia, para *santificarla* y *purificarla* más y más hasta dejarla del todo pura y hermosa. Por eso ella misma pide en sus oraciones oficiales—por ejemplo, en la del Beato Gregorio X—«recibir *siempre* nuevos *incrementos* de fe y de *santidad*». El que es ya santo debe aún santificarse, y el justo purificarse progresivamente (Apoc. 22, 21), sin desvanecerse nunca en su justicia (Eccl. 7, 17). El ideal cristiano no es ninguna perfección limitada, sino la verdadera DEIFICACIÓN, o sea la más plena asimilación y unión con Dios Padre. Para eso debemos tratar de identificarnos en cierto modo con su misma santidad infinita, dejándonos poseer plenamente de su Espíritu de santificación y configurándonos del todo con su Verbo humanado,

Según sea mayor el número de miembros que, realizando ese ideal grandioso, se santifican verdaderamente, claro está que se acrecienta la vida integral y, por tanto, la verdadera santidad de todo el Cuerpo místico. Por muy santos que fueran sus primeros órganos, que le habían de servir como de base firme para los desarrollos ulteriores, no por eso dejaba él de ser aún rudimentario como un *grano de mostaza,* y al desarrollarse va desplegando y manifestando cada vez mejor su *vitalidad,* que ante todo consiste en la *santidad* verdadera. Los primeros órganos de aquel cuerpecillo por necesidad eran como «embrionales», y éstos, por mucha vitalidad que tengan y mucha actividad que desplieguen, no pueden manifestar la plenitud de la vida que está allí latente o condensada, esperando a que los nuevos órganos aparezcan, se desarrollen y diversifiquen según el plan vital, para irse en todos ellos manifestando progresivamente. Así vemos cómo «crecía la palabra del Señor» con la creación de nuevos operarios, según refiere San Lucas (Act. 6, 7) [42].

Durante todo este desarrollo, siempre va «consumándose más y más la perfección de los santos en las obras de su ministerio», y siempre van apareciendo y madurando en este árbol de vida nuevos y preciosísimos frutos de santificación. Ya hemos visto cómo progresaron las devociones y todos los medios de fomentar el progreso místico [43] y vimos también cómo este íntimo progreso de la configuración de las almas con el Salvador se traduce al exterior en el creciente número de personas estigmatizadas. En cada nuevo santo bien podemos decir que aparece una nueva forma de Santidad, y en todos juntos va siendo cada vez más completa la manifestación de los tesoros de virtud y vida que están encerrados en Jesucristo [44].

Así es como el organismo total de la Iglesia va *creciendo en todo según Aquel que es su Cabeza, de quien todos los órganos*

[42] «La institución de los siete, advierte Rose (*Actes* ib.), es para la Iglesia una *nueva fase*: añadiéndose su actividad a la de los doce, *acrecienta el fervor de la misma Iglesia* y su propagación».

[43] L. 1.

[44] «La fiesta de Todos los Santos, decía conforme a esto el V. Olier (*Lettres* ed. Lecoffre, 2, p. 475), me parece en cierto modo más grande que la de la Pascua o de la Ascensión, porque ese misterio hace perfecto a Nuestro Señor: Jesús, como cabeza, no está perfecto y acabado sino en unión con todos sus miembros, que son los santos... Es muy gloriosa esta fiesta, porque manifiesta al exterior la vida oculta del interior de Jesucristo; pues toda la excelencia de la perfección de los santos no es más que una emanación de su Espíritu, derramado en ellos».

reciben la virtud con que crecen e influyen unos en otros, estrechando los lazos de unión para irse edificando todo en caridad (Eph. 4, 16).

Animado como está del Espíritu de renovación y santificación, prosigue siempre *renovándose y santificándose*, y, como va creciendo siempre en progresión geométrica, al desaparecer de él visiblemente algún órgano—alguna *célula* muy vital que se transfigura pasando al estado glorioso—, luego, por una misteriosa *germinación*, van apareciendo otros varios que ocupan el lugar vacío y se distribuyen los oficios y virtualidades del que desapareció (así como los poderes y carismas de los apóstoles fueron por ley vital quedando como repartidos entre los pastores, doctores y profetas), viniendo de este modo a manifestarse de una manera más plena, amplia y variada la virtualidad antes condensada en el primitivo órgano. Y de esta suerte, con cada renovación va el organismo adquiriendo un incremento de *vida actual* y, por tanto, de *santidad* verdadera: *Ut vitam habeant et abundantius habeant.* Por otra parte, esos órganos que desaparecen visiblemente, por haberse *transfigurado*. no por eso rompen sus lazos con el Cuerpo místico, ni dejan de influir en él; antes por el contrario, entonces es cuando, ya perfectos, influyen de un modo invisible con sus intercesiones y con todo el cúmulo de sus méritos, sin estorbar ya en nada, ni poder causar el menor desequilibrio.

No basta, pues, decir que «nunca habrá mayores santos que los primitivos, ni nadie que se pueda comparar con Jesucristo, la Virgen, los apóstoles y los primeros discípulos», para colegir que la Iglesia no progresa en santidad ni evoluciona místicamente. Porque esto sería como reducir todo el edificio a sus solidísimos cimientos; la celestial Jerusalén, a sus puertas y sus muros; el lozano árbol que con sus hojas y maduros frutos hermosea, alegra y deleita toda la tierra, a su primitivo germen, o a la simple semilla, tan pequeña como un «grano de mostaza»; el numeroso rebaño de Jesucristo, hermoseado con la sangre de tantos mártires y las virtudes de tantísimos confesores y vírgenes, al *pusillus grex* primitivo; en una palabra: es reducir todo el lucido Cuerpo místico de la Iglesia, adulto y robusto, con sus variadísimos órganos y toda su diversidad y preciosidad de funciones, a los simples miembros principales o embrionarios. ¿Cómo es posible que, según fué creciendo el número de miembros santos, con las prodigiosas y variadas formas de virtudes heroicas que ofrecen, no creciera realmente la santidad de todo el Cuerpo? ¿Y cómo es posible que no siga

creciendo aún a medida que aumente ese número y que vayan sanando y purificándose los miembros enfermos o manchados, y que todo el organismo quede sano y puro, «sin mancha ni arruga»?

Jesucristo, único Fundador de la Iglesia, fué y *es* siempre la Cabeza de todo este Cuerpo místico, que lo dirige y ordena y mantiene unido, y distribuye las energías y gracias, y vela por su prosperidad, y con su Espíritu lo anima y lo impele a desarrollarse y crecer en todo. Con nosotros está *hoy* como *ayer*, y permanecerá *siempre* (Hebr. 13, 8), según su promesa: *Vobiscum sum omnibus diebus, usque ad consummationem saeculi* (Mt. 28, 20). El dió solidez al firmísimo cimiento de los apóstoles; pero éstos no son toda la Torre o casa santa del Señor, ni aun todo el fundamento: con ellos están apoyándola—sobre la *Piedra angular*—todos los nuevos apóstoles y profetas en el Espíritu (Eph. 2, 20; 3, 5). El concentró en ellos y los primeros creyentes, como en órganos embrionarios, toda la energía vital o las *primicias* de la virtud de su Espíritu; mas las primicias, con ser tan estimables, no son toda la madurez, riqueza. variedad y preciosidad de los frutos, y esos primeros órganos, tan llenos de vida, por virtud condensada o potencial que tengan, distan mucho del *Organismo perfecto*, con toda esa virtud ya actualizada, desplegada, diversificada y manifestada en toda la prodigiosa variedad de funciones que ahora vemos, y que aun se verá mejor al fin de los siglos, cuando el frondoso árbol de vida haya acabado de dar todos sus frutos terrenales y sólo le reste florecer eternamente [45]. Nada hay en este árbol que no

[45] A pesar de que la presente economía ha de durar siempre, sentencia es de Santo Tomás «statum novae legis *diversificari secundum* diversa loca, et *tempora*, et personas, in quantum gratia Spiritus Sancti *perfectius habetur... Tanto est unumquodque perfectius, quanto est ultimo fini propinquius*» (q. 106, a. 4). De donde se deduce que, mientras más se acerque todo el Cuerpo de la Iglesia al último fin—*donec occurramus omnes in virum perfectum*—, tanto más perfecta irá siendo en todo, aunque dentro de la misma ley de gracia. Así es como, a pesar de haber recibido en tanta plenitud al *Espíritu de santificación* el día de Pentecostés, aun volvió a recibirlo nuevamente al dar un solemne testimonio del Salvador (Act. 4, 31); y siempre prosiguió recibiéndolo de un modo invisible. Y para eso mora y viene a morar en ella este soberano Espíritu; para *enseñarla* y *santificarla* (S. TH., *In 1 Cor.* 12, lec. 2), *dirigiéndola* de continuo por las sendas de la verdad y del bien y derramando nuevos raudales de gracias en toda la diversidad de sus miembros. Por eso ella pone esta oración en boca de sus ministros: «Deus, cuius Spiritu *totum Corpus* Ecclesiae *sanctificatur* et *regitur*: exaudi nos pro *universis Ordinibus supplicantes*... (*Orat pro omni gradu Eccl.*). Se replicará por ventura: «¿Quién amó

estuviera ya virtualmente contenido en el germen; más, para crecer y fructificar tanto, le fué menester asimilar muchas cosas, absorbiéndolas y vivificándolas.

El divino *fermento* va invadiendo poco a poco la masa de la humanidad, y transformándola en sí mismo; y esta deífica fermentación siempre debe proseguir en aumento. El que de piedras sabe hacer hijos de Abraham, va continuamente arrancándolas de la cantera humana, y labrándolas y haciéndolas vivas, pulidas y perfectas, para ajustarlas en la Torre del Reino, donde eternamente brillarán con perfecta santidad y justicia. Y hasta que esto suceda, la Iglesia irá siempre creciendo y progresando, aún más propiamente que Jesús, *sapientia et aetate, et gratia apud Deum et homines*; y, por tanto, *in sanctitate et iustitia coram Ipso, omnibus diebus*, dirigiendo El mismo nuestros pies por las sendas de la paz, o sea de la santidad y perfección (Lc. 1, 75-79). En estas sendas no tenemos otra norma, ni otra luz, ni otra energía que la del divino Maestro, que es *camino, verdad y vida*, ni otro límite prefijado a nuestros progresos, que la misma perfección del Padre celestial, encarnada en aquel *Ejemplar* que «es esplendor de su gloria y figura de su substancia», cuya gloria vimos que era como de verdadero Unigénito, lleno de gracia y de verdad» y «de cuya plenitud vamos recibiendo todos», «hasta que sea consumada la perfección de los santos en las obras de su ministerio y quede todo el Cuerpo bien organizado o edificado en la caridad».

Aun cuando la santidad de los apóstoles, como fundamentos de la Iglesia, no llegara de hecho a ser en nadie superada, no por eso dejaría de seguir creciendo continuamente la de todo el Cuerpo místico, según va desarrollándose y completándose *en todo*. Pues como hemos dicho, por una parte, en este progreso integral, la Iglesia militante forma cuerpo con la triunfante, y los nuevos santos se añaden a la comunión de los antiguos; y por otra, por cada miembro o cada «elemento anatómico» que

---

a Jesucristo como los doce apóstoles, como los primeros mártires y como las primeras vírgenes de la primitiva Iglesia? ¿Dónde se volverá a ver aquella aureola del Cristianismo primitivo, cuando los fieles no tenían más que un solo corazón y una sola alma y vivían en una suerte de éxtasis, el éxtasis del amor en su primera hora?» «Es verdad que este comienzo es inefable, como todos los del amor. Mas, sin embargo, oigo a Renán decir: «Jesucristo es mil veces más amado hoy que cuando vivía», y a Havet repetir: «Jamás se amó a Jesucristo tanto como hoy se le ama». «Hay, pues, cierto progreso en el amor de Jesucristo y de las almas, y ese progreso muy evidente debe de ser cuando así pudieron notarlo tales ciegos» (BOUGAD, *L'Eglise* p. 231).

se transfigura o se hace glorioso, vemos aparecer de nuevo dos o más que vienen a ocupar su puesto en el organismo aún pasible, y a desempeñar así con más variedad y perfección sus funciones, dividiéndose el trabajo fisiológico; y la *actividad vital*, que con esa continua y progresiva especialización y repartición de funciones entre todos ellos despliegan, es mucho mayor y más plena y perfecta de la que uno solo pudiera desplegar, por muy *concentrada* que la tuviese. Así, la *actualidad vital*, y por lo tanto, la verdadera *santidad actual*, no puede menos de ir siendo cada vez mayor en la Iglesia, según prosigan la diferenciación y especialización y el consiguiente progreso orgánico y fisiológico.

Por eso Santa Ildegarda [46] veía cómo ese maravilloso Cuerpo de la Iglesia debía aún acabar de desarrollarse, completarse, perfeccionarse, purificarse y santificarse hacia el fin de los tiempos. «Nondum—escribe—ad *fortitudinem constitutionis* suae neque ad *summum nitorem completionis* suae deducta est; quoniam circa tempus filii perditionis, qui mundo errorem inducet, ignitam et sanguinolentam crudelissimae perversitatis angustiam copiosissime in membris suis patietur, per quam calamitatem sanguineis vulneribus *ad perfectum deducta*, prope curret in caelestem Ierusalem». También el V. P. Hoyos [47] vió en espíritu aquellos felices tiempos en que, teniendo pleno cumplimiento las profecías, «todas las gentes sirvan al Señor». En otra ocasión le fué dado a entender cómo, con las nuevas devociones que van brotando en la Iglesia, nos descubre el Salvador nuevos tesoros de su bondad y nuevas perfecciones suyas, que debemos copiar en nosotros, para poder hacernos más semejantes a El y llegar a una perfección más parecida a la de los bienaventurados. Así refiere cómo le manifestó Nuestro Señor la gloria que éstos tendrían «conociendo y amando aquellas inestimables riquezas depositadas en los afectos y movimientos de este deífico Corazón: el cual descubría ahora a su Iglesia *para que los fieles formasen sus corazones a esta semejanza*, y por esto *más semejantes a la perfección de los bienaventurados*, por haber de aprender *muchas almas* de este divino Corazón *una perfección más alta* en el amar y padecer».

Conforme a esto, ya el mismo San Vicente Ferrer [48] anunció que vendrían tiempos en que gran multitud de cristianos

---

[46] *Scivias* l. 2, visio 3.ª
[47] *Vida* pp. 188 y 341.
[48] *Vitae Spirit*. c. 19.

no tendrían otras palabras ni otros gustos y afectos sino los de Jesucristo.—Y últimamente, la V. Ana María Taigi—a quien Pío IX declaró «mujer providencial»—profetizó para no muy lejos un maravilloso engrandecimiento de la santa Iglesia [49].

Así es como va la santidad siempre aumentando, por lo mismo que la caridad no puede estar ociosa.

«El amor, observa muy bien el abate Perreive, no puede vivir sino a condición de ir *creciendo*. Preciso es que crezca. que ascienda, que se robustezca por gozos o por sufrimientos, que se arraigue por su dicha, o más seguramente aún aquí abajo, por sus pruebas y sus sacrificios; en una palabra, que progrese *y avance siempre* y que aumente a cada paso en la grandeza de sus conquistas y de sus dones».

Así el amor de la Esposa de Jesucristo siempre va en aumento y siempre halla nuevas invenciones con que complacer al Amado. Siempre estará ofreciéndole nuevas flores de virtud y santidad que en nada desdigan de las antiguas. ¿Por qué no había de haber ahora santos tan grandes como los de cualquier tiempo—y si es caso, aun mayores—cuando el progreso general de la misma Iglesia (sobre todo el realizado en la disciplina y teología sacramentarias, y en el mayor conocimento de la Ascética y la Mística y de todo el proceso de la vida espiritual) ha facilitado y multiplicado los medios de santificación? Ahora, como siempre, está Dios convidando a las almas con su íntima amistad; y en la gran facilidad que les da de purificarse frecuentemente con la Penitencia y robustecerse y renovarse con la comunión diaria les ofrece unos medios eficacísimos para llegar pronto a muy altos grados de santidad, si quieren corresponder a las invenciones de su amor y no hacerse sordas a sus dulces llamamientos. Sepamos corresponderle con amor y generosidad, y en nosotros mismos sabrá El obrar maravillas inauditas; que sus tesoros nunca se agotan; y de ellos va haciendo salir nuevos prodigios con que de continuo renueva su santa Iglesia [50].

[49] «Después de esta época afeminada, escribía también Santa Ildegarda (*Epíst.* 94), llegarán tiempos varoniles. Entonces se librarán grandes combates. Los hombres no serán ya como niños, que no piensan más que en entretenimientos: habrá hombres vigorosos. Volverán a reinar el temor de Dios y la severa disciplina, y muchos seglares vivirán como santos. Esa aspiración a la santidad persistirá largo tiempo. El clero será modelo de todas las virtudes. La salud, el vigor y la fortaleza reinarán en el pueblo de Dios hasta tal punto que se verán numerosos mártires».

[50] «Viví en los apóstoles, decía el divino Paráclito a Santa Foligno (*Vis*, c, 20), y no me sentían como tú me sientes. Entra en ti, y sen-

«¡Oh Amor desconocido!, exclama el P. Caussade [51]. Se da a entender que están ya agotadas vuestras maravillas, y que no nos resta sino copiar las de los primeros tiempos. ¡Como si vuestra acción inagotable no fuera un perenne manantial de nuevos pensamientos, nuevos sufrimientos y nuevas acciones, de nuevos patriarcas, nuevos profetas, nuevos apóstoles y nuevos santos, que no necesitan copiar la vida ni los escritos de sus antecesores, sino vivir como ellos en un perpetuo abandono a vuestras operaciones secretas! A cada paso oímos decir: *Los primeros siglos: ¡el tiempo de los santos!...* Pero, ¿cómo? ¿Acaso no son todos los tiempos una continuación de efectos de la operación divina que se renueva en todos los instantes para santificarlos? ¿Había antiguamente algún modo de abandonarse a esta acción que no sea propio de ahora? ¿Tuvieron los primeros santos algún secreto especial para serlo, más que el de abandonarse en cada instante a lo que de ellos exigía la acción divina? ¿Y dejará esta acción de proseguir hasta el fin del mundo, derramando su gracia en cuantos a ella se abandonan sin reserva?... Si queréis, pues, *pensar, escribir* y *vivir* como los profetas, las apóstoles y los santos, abandonaos como ellos a la inspiración divina».

* * *

Así es como se edificaría grandemente la Casa espiritual de Dios, donde no cabe otro fundamento más que el establecido —que es Jesucristo con sus apóstoles y profetas—sobre el cual todos nosotros debemos ir edificando para completar y perfeccionar la construcción, en lo que está de nuestra parte. Pero tenemos que mirar bien cómo sobreedificamos; pues el fuego habrá de probar las obras de cada uno. Y sólo aquellos materiales tan nobles que resistan a todas las pruebas del fuego, podrán allí subsistir. El fuego de las tribulaciones de esta vida

tirás un gozo sin ejemplo: no será el sonido de mi voz en el alma, seré Yo mismo... Amo con un amor inmenso al alma que me ama sin mentira. Si encontrase en un alma un amor perfecto, le haría aún *mayores gracias que a los Santos de los siglos pasados*... Dios no pide al alma sino amor... y El mismo es el amor del alma». «Pesad estas últimas palabras, añade la Santa, pesadlas; son profundas... Mi alma comprendía con evidencia que en El no hay nada que no sea amor. Se quejaba de encontrar ahora pocas en quienes depositar su gracia, y prometía hacer a sus nuevos amigos, si los hallase, *mayores gracias que a los antiguos*».

[51] *Aband.* l. 2, c. 9.

irá purificando cada vez más esta obra; y sólo permanecerá eternamente en ella lo que con el mismo fuego del purgatorio no sufra ya detrimento, sino más bien adquiera nuevos realces (1 Cor. 3, 10-15). Así, pues, durante la existencia terrestre, el edificio espiritual irá continuamente creciendo, no sólo en grandeza y magnificencia, sino también en esplendores de virtud y santidad.

Ahí sólo está la razón de esta existencia pasajera: dura aún la Iglesia y resiste a todas las persecuciones, porque aun debe desarrollarse y progresar más en todo, y en santidad muy principalmente. Para eso la fundó Jesucristo, «para lavarla, purificarla y santificarla más y más, a fin de encontrarla algún día gloriosa, sin manchas ni arrugas ni tacha alguna, sino *santa* e *inmaculada*» (Eph. 5, 26-27). Verdad es que esto no se logrará plenamente hasta la gloria; mas para poder reunirse toda allí, es preciso que toda ella haya «consumado su curso progresivo» (2 Tim. 4, 7), que se haya completado el número y la perfección de todos sus miembros, que todos «vayan transformándose en la misma divina imagen, de claridad en claridad» (2 Cor. 3, 18); y que todos se santifiquen (1 Io. 3, 3), para que en todos ellos esté sana, purgada y santificada. Y vemos todavía cómo en este Cuerpo místico hay aún tantísimos miembros «enfermos, débiles o del todo muertos» (1 Cor. 11, 30).

Aun parece que falta bastante para el pleno cumplimiento de las profecías acerca de la general efusión de los dones del Espíritu, según anunció Joel y empezó a cumplirse en el cenáculo; y para que lleguen a su plenitud las comunicaciones del Espíritu Santo y reine la perfecta justicia: *ut impleatur visio et prophetia et stabiliatur iustitia sempiterna*, conforme nos dice Daniel; «adorando a Dios todos los reyes y naciones» (Ps. 71, 11) y reinando en todas partes la paz y la santidad, según los magníficos vaticinios de Isaías.

Pero antes tendrá que realizarse la «congregación de Israel», y luego todas las naciones se congregarán también para servir al Señor.

Hoy, en vez de esa adoración unánime, más bien presenciamos la «general apostasía» anunciada; y vemos la razón tan enorgullecida, que «se diviniza a sí misma y se levanta contra todo lo divino» (2 Thes. 2, 3-11).

Pero, no obstante las persecuciones y apostasías, el número de católicos sigue creciendo en progresión geométrica; y la frecuencia de sacramentos y el fervor de muchísimas almas no dejan de consolar en medio de tantas defecciones.

A pesar de todo, la mística *Torre* irá levantándose incesantemente; y el día en que termine su construcción, cesando con eso la razón de ser de este mundo, será la consumación general. Los siervos diligentes serán constituídos sobre los bienes del Señor; las vírgenes, preparadas con el óleo de la caridad, entrarán con el Esposo en las eternas bodas; los descuidados y las no preparadas se quedarán afuera y serán lanzados en las «tinieblas exteriores».

Nuestros enemigos nos persiguen con furia creciente; y, creyendo dañar, no hacen más que trabajar, sin darse cuenta en la construcción de la casa de Dios. Ellos contribuyen a labrar y pulir bien las piedras útiles y hacen que más pronto quiebren y sean desechadas las inútiles. Si inutilizan a las de una nación, excitan el celo de los operarios evangélicos para que vayan más lejos a buscar piedras mejores. Si algunas naciones se hacen indignas del reino de Dios, «se les quitará, y se dará a otras gentes que hagan frutos dignos de penitencia» (Mt. 21, 43): ¡Verdad terrible para muchos pueblos de Europa!

Pero también muchas veces castiga Dios a su pueblo por mano de los enemigos; y los castigados y corregidos serán hijos muy amados que entran en la gloria de Dios Padre; mientras los verdugos serán simples «varas de su indignación», que después no valen sino para el fuego (Is. 10, 5-27; Ier. 48, 17). La sangre de los mártires está pidiendo venganza; pero deben aguardar a que se complete el número de sus hermanos (Apoc. 6, 10-11).

Entonces aparecerá la señal del Hijo del hombre, que viene a renovar todas las cosas y dar a cada cual según su merecido...

* * *

Así parará el falso progreso, tan cacareado por la razón infatuada, que, por no reconocer a nadie por encima, cierra los ojos ante el foco de luz y de vida, Jesucristo, Salvador nuestro, en quien está la perfección y consumación de todas las cosas. Entonces, al ver reinando con El a los justos, será el clamar de los impíos: *Nosotros, insensatos, creíamos que su vida era una locura y su fin deshonroso. ¡Y he aquí cómo son contados entre los hijos de Dios!... Luego erramos del camino de la verdad y la luz de justicia no nos alumbró* (Sap. 5, 4-6).

Hoy, entretanto, los «insensatos» a los ojos del mundo van «creciendo en gracia y conocimiento de Nuestro Señor y Sal-

vador» (2 Petr. 3, 18); y «gustando y viendo cuán suave es», pueden ya decir confiados: «Tal caridad nos mostró el Padre, que nos llamamos hijos suyos y realmente lo somos. El mundo no nos conoce, porque tampoco lo conoce a El. Mas ya desde ahora somos hijos de Dios, aunque no apareció aún lo que seremos; cuando apareciere, le seremos semejantes, pues lo veremos tal como es. Y *todos* los que tienen en El esta esperanza, se *santifican* para ser, como El, *santos*» (1 Io. 1, 1-3).

* * *

Santifiquémonos, pues, *en la Verdad*, siguiendo fielmente las mociones e inspiraciones del amoroso *Espíritu de adopción y santificación.* Así contribuiremos eficazmente a la *edificación* de la santa Iglesia, *creciendo en toda suerte de perfecciones*, según Jesucristo, nuestra Cabeza, *de quien todo el cuerpo recibe, por sus ligaduras y junturas, las influencias necesarias para crecer en aumento de Dios* (Col. 2. 19).

ACABOSE DE REIMPRIMIR ESTE VOLUMEN DE «LA
EVOLUCION MISTICA», DE LA «BIBLIOTECA DE
AUTORES CRISTIANOS», EL DIA 16 DE
JULIO, FESTIVIDAD DE NUESTRA SE-
ÑORA DEL CARMEN, EN LA IM-
PRENTA SAEZ, BUEN SU-
CESO, 14, MADRID

LAUS DEO VIRGINIQUE MATRI

BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS

VOLUMENES PUBLICADOS

1 SAGRADA BIBLIA, de Nácar-Colunga (8.ª ed.).—110 tela, 155 piel; 200 especial.

2 SUMA POETICA, por Pemán y Herrero García (2.ª ed.). (Agotada.)

3 OBRAS COMPLETAS DE FRAY LUIS DE LEON (3.ª ed.). — 135 tela, 180 piel.

4 SAN FRANCISCO DE ASIS. *Escritos completos, Biografías y Florecillas* (3.ª ed.).—75 tela, 120 piel.

5 HISTORIAS DE LA CONTRARREFORMA, por Ribadeneyra. (Agotada.)

6 OBRAS DE SAN BUENAVENTURA (6 v.). Tomo I: *Introducción. Breviloquio. Itinerario de la mente a Dios. Reducción de las ciencias a la Teología. Cristo, maestro único de todos. Excelencia del magisterio de Cristo* (2.ª ed.).—80 tela, 125 piel.—Ver 9, 19, 28, 36 y 49.

7 CODIGO DE DERECHO CANONICO Y LEGISLACION COMPLEMENTARIA (6.ª ed.).—110 tela, 155 piel.

8 TRATADO DE LA VIRGEN SANTISIMA, de Alastruey (4.ª ed.).—80 tela, 125 piel.

9 OBRAS DE SAN BUENAVENTURA. T. II: *Jesucristo* (2.ª ed.).—85 tela, 130 piel.

10 OBRAS DE SAN AGUSTIN (17 v.). Ed. bilingüe dirigida por el P. Félix García, O.S.A. T. I: *Vida de San Agustín*, por Posidio. *Primeros escritos. Introducción general a San Agustín*, por V. Capánaga, O.R.S.A. (3.ª ed.). 85 tela, 130 piel.—Ver 11, 21, 30, 39, 50, 53, 69, 79, 95, 99, 121, 139, 165, 168 y 171-172.

11 OBRAS DE SAN AGUSTIN. T. II: *Confesiones* (3.ª ed.).—75 tela, 120 piel.

12-13 OBRAS COMPLETAS DE DONOSO CORTES. Cada tomo, 70 tela, 115 piel.

14 BIBLIA VULGATA LATINA.—80 tela, 135 piel.

15 VIDA Y OBRAS COMPLETAS DE SAN JUAN DE LA CRUZ (3.ª ed.).—90 tela, 135 piel.

16 TEOLOGIA DE SAN PABLO, por J. M. Bover, S.I. (Agotada.)

17-18 TEATRO TEOLOGICO ESPAÑOL. T. I: *Autos sacramentales*. T. II: *Comedias* (2.ª ed.).—Cada tomo, 60 tela, 105 piel.

19 OBRAS DE SAN BUENAVENTURA. T. III: *Camino de la sabiduría* (2.ª ed.).—85 tela, 130 piel.

20 OBRA SELECTA DE FRAY LUIS DE GRANADA.—70 tela, 115 piel.

21 OBRAS DE SAN AGUSTIN. T. III: *Obras filosóficas*.—65 tela, 110 piel.

22 SANTO DOMINGO DE GUZMAN. *Su vida. Su Orden. Sus escritos*. (Agotada.)

23 OBRAS DE SAN BERNARDO. (Agotada.) Ver 110.

24 OBRAS DE SAN IGNACIO DE LOYOLA. T. I: *Autobiografía y Diario espiritual*, por V. Larrañaga, S.I.—35 tela, 80 piel.

25-26 SAGRADA BIBLIA, de Bover-Cantera (4.ª ed.).—100 tela, 145 piel; 190 especial.

27 LA ASUNCION DE MARIA, por J. M. Bover, S.I. (2.ª ed.).—40 tela, 85 piel.

28 OBRAS DE SAN BUENAVENTURA. T. IV: *Teología mística*.—45 tela, 90 piel.

29 SUMA TEOLOGICA, de Santo Tomás de Aquino. Ed. bilingüe. T. I: *Introducción general*, por S. Ramírez, O.P., y *Tratado de Dios Uno* (2.ª ed.). 90 tela, 135 piel.—Ver 41, 56, 122, 126, 131, 134, 142, 145, 149, 152, 163, 164 y 177.

30 OBRAS DE SAN AGUSTIN. T. IV: *Obras apologéticas*.—70 tela, 115 piel.

31 OBRAS LITERARIAS DE RAMON LLULL.—55 tela, 100 piel.

32 VIDA DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO, por A. Fernández, S.I. (2.ª ed.).—75 tela, 120 piel.

33 OBRAS COMPLETAS DE JAIME BALMES (8 v.). T. I: *Biografía y Epistolario*.—50 tela, 95 piel.—Ver 37, 42, 48, 51, 52, 57 y 66.

34 LOS GRANDES TEMAS DEL ARTE CRISTIANO EN ESPAÑA. T. I: *Nacimiento e infancia de Cristo*, por F. J. SÁNCHEZ CANTÓN. 304 láminas.—Agotada en tela, 115 piel.—Ver 47 y 64.

35 MISTERIOS DE LA VIDA DE CRISTO, por FRANCISCO SUÁREZ, S.I. (2 v.). T. I.—45 tela, 90 piel.—Ver 55.

36 OBRAS DE SAN BUENAVENTURA. T. V: *Santísima Trinidad. Dones y preceptos*.—40 tela, 85 piel.

37 OBRAS COMPLETAS DE JAIME BALMES. T. II: *Filosofía fundamental*.—50 tela, 95 piel.

38 MISTICOS FRANCISCANOS ESPAÑOLES (3 v.). T. I: ALONSO DE MADRID: *Arte para servir a Dios y Espejo de ilustres personas*. FRANCISCO DE OSUNA: *Ley de amor santo*.—45 tela, 90 piel.—Ver 44 y 46.

39 OBRAS DE SAN AGUSTIN. T. V: *Tratado de la Santísima Trinidad* (2.ª ed.).—80 tela, 125 piel.

40 NUEVO TESTAMENTO, de NÁCAR-COLUNGA. (Agotada.)

41 y 56 SUMA TEOLOGICA. T. II-III: *De la Santísima Trinidad. De la creación en general. De los ángeles. De la creación corpórea* (3.ª ed.).—110 tela, 155 piel

42 OBRAS COMPLETAS DE JAIME BALMES. T. III: *Filosofía elemental* y *El Criterio*.—50 tela, 95 piel.

43 NUEVO TESTAMENTO, por J. M. BOVER, S.I. (Agotada.)

44 MISTICOS FRANCISCANOS ESPAÑOLES. T. II: BERNARDINO DE LAREDO: *Subida del monte Sión*. ANTONIO DE GUEVARA: *Oratorio de religiosos y ejercicio de virtuosos*. MIGUEL DE MEDINA: *Infancia espiritual*. BEATO NICOLÁS FACTOR: *Doctrina de las tres vías*.—50 tela, 95 piel.

45 LAS VIRGENES CRISTIANAS DE LA IGLESIA PRIMITIVA, por F. DE B. VIZMANOS, S.I.—Agotada en tela, 110 piel.

46 MISTICOS FRANCISCANOS ESPAÑOLES. T. III y último: DIEGO DE ESTELLA: *Meditaciones del amor de Dios*. JUAN DE PINEDA: *Declaración del «Pater noster»*. JUAN DE LOS ANGELES: *Manual de vida perfecta y Esclavitud mariana*. MELCHOR DE CETINA: *Exhortación a la verdadera devoción de la Virgen*. JUAN BAUTISTA DE MADRIGAL: *Homiliario evangélico*. 50 tela, 95 piel.

47 LOS GRANDES TEMAS DEL ARTE CRISTIANO EN ESPAÑA. T. III: *La Pasión de Cristo*, por J. CAMÓN AZNAR. 303 láms.—60 tela, 105 piel.

48 OBRAS COMPLETAS DE JAIME BALMES. T. IV: *El protestantismo comparado con el catolicismo*.—50 tela, 95 piel.

49 OBRAS DE SAN BUENAVENTURA. T. VI y último: *De la perfección evangélica*.—50 tela, 95 piel.

50 OBRAS DE SAN AGUSTIN. T. VI: *Tratados sobre la gracia* (2.ª ed.).—80 tela, 125 piel.

51 OBRAS COMPLETAS DE JAIME BALMES. T. V: *Estudios apologéticos. Cartas a un escéptico. Estudios sociales. Del clero católico. De Cataluña*. 50 tela, 95 piel.

52 OBRAS COMPLETAS DE JAIME BALMES. T. VI: *Escritos políticos*.—50 tela, 95 piel.

53 OBRAS DE SAN AGUSTIN. T. VII: *Sermones* (2.ª ed.).—95 tela, 140 piel.

54 HISTORIA DE LA IGLESIA CATOLICA (4 v.). T. I: *Edad Antigua*, por B. LLORCA, S.I. (2.ª ed.).—85 tela, 130 piel.—Ver 76 y 104.

55 MISTERIOS DE LA VIDA DE CRISTO, por F. SUÁREZ, S.I. T. II y último.—60 tela, 105 piel.

56 Ver 41.

57 OBRAS COMPLETAS DE JAIME BALMES. T. VII: *Escritos políticos* (2.º). 50 tela, 95 piel.

58 OBRAS COMPLETAS DE AURELIO PRUDENCIO, en latín y castellano. 50 tela, 95 piel.

59 COMENTARIOS A LOS CUATRO EVANGELIOS, por MALDONADO, S.I. (3 v.). T. I: *San Mateo*.—95 tela, 140 piel.—Ver 72 y 112.

60 CURSUS PHILOSOPHICUS. T. V: *Theologia naturalis*, por J. HELLÍN, S.I. 65 tela, 110 piel.

61 SACRAE THEOLOGIAE SUMMA (4 v.). T. I: *Introductio. De revelatione. De Ecclesia. De Scriptura*, por M. NICOLÁU y J. SALAVERRI, S.I. (4.ª ed.).—125 tela, 170 piel.—Ver 62, 73 y 90.

62 SACRAE THEOLOGIAE SUMMA. T. III: *De Verbo incarnato. Mariología. De gratia. De virtutibus*, por J. SOLANO, J. A. DE ALDAMA y S. GONZÁLEZ, S.I. (3.ª ed.).—90 tela, 135 piel.

63 SAN VICENTE DE PAUL. *Biografía. Escritos* (2.ª ed.).—85 tela, 130 piel.

64 LOS GRANDES TEMAS DEL ARTE CRISTIANO EN ESPAÑA. T. II: *Cristo en el Evangelio*, por F. J. SÁNCHEZ CANTÓN.—60 tela, 105 piel.

65 PADRES APOSTOLICOS, por D. RUIZ BUENO. (Agotada.)

66 OBRAS COMPLETAS DE JAIME BALMES. T. VIII y último: *Biografías. Misceláneas. Primeros escritos. Poesías. Indices.*—50 tela, 95 piel.

67 ETIMOLOGIAS, de SAN ISIDORO DE SEVILLA (Agotada.)

68 EL SACRIFICIO DE LA MISA, por JUNGMANN, S.I. (2.ª ed.). (Agotada.)

69 OBRAS DE SAN AGUSTIN. T. VIII: *Cartas.*—85 tela, 130 piel.

70 COMENTARIO AL SERMON DE LA CENA, por J. M. BOVER, S.I. (2.ª ed.). 60 tela, 105 piel.

71 TRATADO DE LA SMA. EUCARISTIA, de ALASTRUEY (2.ª ed.).—45 tela, 90 piel.

72 COMENTARIOS A LOS CUATRO EVANGELIOS, por MALDONADO, S.I. T. II: *San Marcos y San Lucas.*—65 tela, 110 piel.

73 SACRAE THEOLOGIAE SUMMA. T. IV: *De sacramentis, De novissimis*, por J. A. ALDAMA, F. DE P. SOLÁ, S. GONZÁLEZ y J. F. SAGÜÉS, S.I. (3.ª ed.). 90 tela, 135 piel.

74 OBRAS COMPLETAS DE SANTA TERESA DE JESUS (3 v.). T. I: *Bibliografía. Biografía. Libro de la Vida*, escrito por la SANTA. Edición por EFRÉN DE LA MADRE DE DIOS y OTILIO DEL NIÑO JESÚS. (Agotada.)—Ver 120.

75 ACTAS DE LOS MARTIRES, por D. RUIZ BUENO. (Agotada.)

76 HISTORIA DE LA IGLESIA CATOLICA. T. IV y último: *Edad Moderna* (2.ª ed.).—110 tela, 155 piel.

77 SUMMA THEOLOGICA S. THOMAE AQUINATIS, cura fratrum eiusdem Ordinis, in quinque volumina divisa. Vol. I: *Prima pars.*—75 tela, 120 piel. Ver 80, 81, 83 y 87.

78 OBRAS ASCETICAS DE SAN ALFONSO MARIA DE LIGORIO (2 v.). T. I: *Obras dedicadas al pueblo en general.*—70 tela, 115 piel.—Ver 113.

79 OBRAS DE SAN AGUSTIN. T. IX: *Tratados sobre la gracia* (2.º).—60 tela, 105 piel.

80 SUMMA THEOLOGICA S. THOMAE AQUINATIS. Vol. II: *Prima secundae.*—75 tela, 120 piel.

81 SUMMA THEOLOGICA S. THOMAE AQUINATIS. Vol. III: *Secunda secundae* (2.ª ed.).—90 tela, 135 piel.

82 OBRAS COMPLETAS DE SAN ANSELMO (2 v.). Ed. bilingüe. T. I.—70 tela, 115 piel.—Ver 100.

83 SUMMA THEOLOGICA S. THOMAE AQUINATIS. Vol. IV: *Tertia pars.*—90 tela, 135 piel.

84 LA EVOLUCION HOMOGENEA DEL DOGMA CATOLICO, por F. MARÍN-SOLA, O.P.—60 tela, 105 piel.

85 EL CUERPO MISTICO DE CRISTO, por E. SAURAS, O.P. (2.ª ed.).—80 tela, 125 piel.

86 OBRAS COMPLETAS DE SAN IGNACIO DE LOYOLA. Ed. crítica de C. DE DALMASES e I. IPARRAGUIRRE, S.I.—85 tela, 130 piel.

87 SUMMA THEOLOGICA S. THOMAE AQUINATIS. Vol. V y último: *Supplementum. Indices* (2.ª ed.).—110 tela, 155 piel.

88 TEXTOS EUCARISTICOS PRIMITIVOS (2 v.). Ed. bilingüe por J. SOLANO, S.I. T. I.—75 tela, 120 piel.—Ver 118.

89 OBRAS COMPLETAS DEL BEATO JUAN DE AVILA (3 v.). Ed. crítica. T. I: *Epistolario. Escritos menores*, por L. SALA BALUST.—75 tela, 120 piel. Ver 103.

90 SACRAE THEOLOGIAE SUMMA. T. II: *De Deo uno et trino. De Deo creante et elevante. De peccatis*, por J. M. DALMÁU y J. F. SAGÜÉS, S.I. (3.ª ed.).—120 tela, 165 piel.

91 LA EVOLUCION MISTICA, por J. G. ARINTERO, O.P.—100 tela, 145 piel.

92 PHILOSOPHIAE SCHOLASTICAE SUMMA. T. III y último: *Theodicea Ethica*, por J. HELLÍN e I. GONZÁLEZ, S.I. (2.ª ed.).—95 tela, 140 piel.—Ver 98 y 137

93 THEOLOGIAE MORALIS SUMMA, por M. ZALBA, S.I. (3 v.). T. I: *Theologia moralis fundamentalis. De virtutibus. De virtute religionis* (2.ª ed.). 120 tela, 165 piel.—Ver 106 y 117.

94 SUMA CONTRA LOS GENTILES, de SANTO TOMÁS DE AQUINO (2 v.). Edición bilingüe. T. I: *Libros I y II.*—70 tela, 115 piel.—Ver 102.

95 OBRAS DE SAN AGUSTIN. T. X: *Homilías.*—70 tela, 115 piel.

96 OBRAS DE SANTO TOMAS DE VILLANUEVA. *Sermones de la Virgen María* (primera versión al castellano) y *Obras castellanas.*—65 tela, 110 piel.

97 LA PALABRA DE CRISTO (10 v.). Repertorio orgánico de textos para el estudio de las homilías dominicales y festivas, por ANGEL HERRERA ORIA, obispo de Málaga. T. I: *Adviento y Navidad.*—80 tela, 125 piel.—Ver 107, 119, 123, 129, 133, 138, 140 y 167.

98 PHILOSOPHIAE SCHOLASTICAE SUMMA. T. I: *Introductio. Logica. Critica. Metaphysica,* por L. SALCEDO y J. ITURRIOZ, S.I. (2.ª ed.).—95 tela, 140 piel.

99 OBRAS DE SAN AGUSTIN. T. XI: *Cartas* (2.ª).—70 tela, 115 piel.

100 OBRAS COMPLETAS DE S. ANSELMO. T. II y último.—70 tela, 115 piel.

101 CARTAS Y ESCRITOS DE SAN FRANCISCO JAVIER.—60 tela, 105 piel.

102 SUMA CONTRA LOS GENTILES, de SANTO TOMÁS. T. II: *Libros III y IV.* 75 tela, 120 piel.

103 OBRAS COMPLETAS DEL BEATO JUAN DE AVILA. T. II: *Sermones. Pláticas espirituales,* por L. SALA BALUST.—85 tela, 130 piel.

104 HISTORIA DE LA IGLESIA CATOLICA. T. II: *Edad Media,* por R. GARCÍA VILLOSLADA, S.I. (2.ª ed.).—115 tela, 160 piel.

105 CIENCIA MODERNA Y FILOSOFIA, por J. M. RIAZA, S.I.—75 tela, 120 piel.

106 THEOLOGIAE MORALIS SUMMA, por M. ZALBA, S.I. T. II: *Theologia moralis specialis: De mandatis Dei et Ecclesiae. De statibus particularibus* (2.ª ed.).—120 tela, 165 piel.

107 LA PALABRA DE CRISTO. T. VIII: *Pentecostés (4.ª).*—100 tela, 145 piel.

108 TEOLOGIA DE SAN JOSE, por B. LLAMERA, O.P.—65 tela, 110 piel.

109 OBRAS SELECTAS DE SAN FRANCISCO DE SALES (2 v.). T. I: *Introducción a la vida devota. Sermones escogidos. Conversaciones espirituales. Alocución al Cabildo catedral de Ginebra.*—65 tela, 110 piel.—Ver 127.

110 OBRAS COMPLETAS DE S. BERNARDO (2 v.). T. I.—70 tela, 115 piel. Ver 130.

111 OBRAS DE SAN LUIS MARIA GRIGNION DE MONTFORT.—70 tela, 115 piel.

112 COMENTARIOS A LOS CUATRO EVANGELIOS, por MALDONADO, S.I. T. III y último: *San Juan.*—70 tela, 115 piel.

113 OBRAS ASCETICAS DE SAN ALFONSO MARIA DE LIGORIO. T. II y último: *Obras dedicadas al clero en particular.*—75 tela, 120 piel.

114 TEOLOGIA DE LA PERFECCION CRISTIANA, por ROYO MARÍN, O.P. (3.ª ed.).—100 tela, 145 piel.

115 SAN BENITO. *Su vida y su Regla.*—70 tela, 115 piel.

116 PADRES APOLOGISTAS GRIEGOS (s. II). Ed. bilingüe, por D. RUIZ BUENO.—80 tela, 125 piel.

117 THEOLOGIAE MORALIS SUMMA, por M. ZALBA, S.I. T. III y último: *Theologia moralis specialis. De sacramentis. De delictis et poenis* (2.ª ed.). 120 tela, 165 piel.

118 TEXTOS EUCARISTICOS PRIMITIVOS. Ed. bilingüe, por J. SOLANO, S.I. T. II y último.—85 tela, 130 piel.

119 LA PALABRA DE CRISTO. T. II: *Epifanía a Cuaresma* (2.ª ed.).—100 tela, 145 piel.

120 OBRAS COMPLETAS DE SANTA TERESA DE JESUS. T. II: *Camino de perfección Moradas del castillo interior. Cuentas de conciencia. Apuntaciones. Meditaciones sobre los Cantares. Exclamaciones. Libro de las Fundaciones. Constituciones. Visita de Descalzas. Avisos. Desafío espiritual. Vejamen. Poesías. Ordenanzas de una cofradía,* por EFRÉN DE LA MADRE DE DIOS, O.C.D.—80 tela, 125 piel.

121 OBRAS DE SAN AGUSTIN. T. XII: *Tratados morales.*—75 tela, 120 piel.

122 SUMA TEOLOGICA. T. V: *De los hábitos y virtudes en general. De los vicios y pecados.*—75 tela, 120 piel.

123 LA PALABRA DE CRISTO. T. III: *Cuaresma y tiempo de Pasión* (2.ª ed.). 100 tela, 145 piel

124 SINOPSIS CONCORDADA DE LOS CUATRO EVANGELIOS, por J. LEAL, S.I.—55 tela, 100 piel.

125 LA TUMBA DE SAN PEDRO Y LAS CATACUMBAS ROMANAS, por KIRSCHBAUM, JUNYENT y VIVES.—90 tela, 135 piel.

126 SUMA TEOLOGICA. T. IV: *De la bienaventuranza y los actos humanos. De las pasiones.*—80 tela, 125 piel.

127 OBRAS SELECTAS DE SAN FRANCISCO DE SALES. T. II y último: *Tratado del amor de Dios. Constituciones y Directorio espiritual. Fragmentos del epistolario. Ramillete de cartas enteras.*—75 tela, 120 piel.

128 DOCTRINA PONTIFICIA. T. IV: *Documentos marianos.*—80 tela, 125 piel. Ver 136, 174 y 178.

129 LA PALABRA DE CRISTO. T. IV: *Ciclo pascual* (2.ª ed.).—100 tela, 145 piel.

130 OBRAS COMPLETAS DE SAN BERNARDO. T. II y último.—85 tela, 130 piel.

131 SUMA TEOLOGICA. T. XII: *Tratado de la vida de Cristo.*—70 tela, 115 piel.

132 HISTORIA DE LA LITURGIA, por M. RIGHETTI (2 v.). T. I: *Introducción general. El año litúrgico. El breviario.*—95 tela, 140 piel.—Ver 144.

133 LA PALABRA DE CRISTO. T. V: *Pentecostés (1.º)* (2.ª ed.).—100 tela, 145 piel.

134 SUMA TEOLOGICA. T. X: *De la templanza. De la profecía. De los distintos géneros de vida y estados de perfección.*—75 tela, 120 piel.

135 BIOGRAFIA Y ESCRITOS DE SAN JUAN BOSCO.—75 tela, 120 piel.

136 DOCTRINA PONTIFICIA. T. I: *Documentos bíblicos.*—75 tela, 120 piel.

137 PHILOSOPHIAE SCHOLASTICAE SUMMA. T. II: *Cosmologia. Psychologia,* por J. HELLÍN y F. M. PALMÉS, S.I.—85 tela, 130 piel.

138 LA PALABRA DE CRISTO. T. VI: *Pentecostés (2.º).*—85 tela, 130 piel.

139 OBRAS DE SAN AGUSTIN. T. XIII: *Tratados sobre el Evangelio de San Juan* (1-35).—75 tela, 130 piel

140 LA PALABRA DE CRISTO. T VII: *Pentecostés (3.º).*—85 tela, 130 piel.

141 OBRAS DE SAN JUAN CRISOSTOMO (2 v.). T. I: *Homilías sobre San Mateo* (1-45).—80 tela, 125 piel.—Ver 146.

142 SUMA TEOLOGICA T. IX: *De la religión, de las virtudes sociales y de la fortaleza.*—80 tela, 125 piel.

143 OBRAS DE SANTA CATALINA DE SIENA. *El Diálogo,* por A. MORTA.—70 tela, 115 piel.

144 HISTORIA DE LA LITURGIA, por M. RIGHETTI. T. II y último: *La Eucaristía. Los sacramentos. Los sacramentales.*—95 tela, 140 piel.

145 SUMA TEOLOGICA. T. XV: *Del orden. Del matrimonio.*—70 tela, 115 piel.

146 OBRAS DE SAN JUAN CRISOSTOMO. T. II: *Homilías sobre San Mateo* (46-90).—75 tela, 120 piel.

147 TEOLOGIA DE LA SALVACION, por ROYO MARÍN, O.P. (2.ª ed.).—85 tela, 130 piel.

148 LOS EVANGELIOS APOCRIFOS, por A. SANTOS OTERO.—80 tela, 125 piel.

149 SUMA TEOLOGICA. T. VI: *De la ley en general. De la ley antigua. De la gracia.*—75 tela, 120 piel.

150 HISTORIA DE LOS HETERODOXOS ESPAÑOLES, de MENÉNDEZ PELAYO (2 v.). T. I.—80 tela, 125 piel.—Ver 151.

151 HISTORIA DE LOS HETERODOXOS. T. II y último.—80 tela, 125 piel.

152 SUMA TEOLOGICA. T. VIII: *La prudencia. La justicia.*—75 tela, 120 piel.

153 BIOGRAFIA Y ESCRITOS DE SAN VICENTE FERRER.—75 tela, 120 piel.

154 CUESTIONES MISTICAS, por ARINTERO, O.P.—75 tela, 120 piel.

155 ANTOLOGIA GENERAL DE MENENDEZ PELAYO (2 v.). T. I: *Biografía. Juicios doctrinales. Juicios de Historia de la filosofía. Historia general y cultural de España. Historia religiosa de España.*—90 tela, 135 piel Ver 156.

156 ANTOLOGIA GENERAL DE MENENDEZ PELAYO. T. II: *Historia de las ideas estéticas. Historia de la literatura española. Notas de Historia de la literatura universal. Selección de poesías. Indices.*—90 tela, 135 piel.

157 OBRAS COMPLETAS DE DANTE. Ed. bilingüe. Versión de N. GONZÁLEZ RUIZ.—85 tela, 130 piel.

158 CATECISMO ROMANO de SAN PÍO V. Texto bilingüe y comentario.—85 tela, 130 piel.

159 SAN JOSE DE CALASANZ. Estudio. Escritos.—85 tela, 130 piel.

160 HISTORIA DE LA FILOSOFIA. T. I: *Grecia y Roma*, por G. FRAILE, O.P.—90 tela, 135 piel.

161 SEÑORA NUESTRA, por J. M. CABODEVILLA (2.ª ed.).—65 tela, 110 piel.

162 JESUCRISTO SALVADOR, por T. CASTRILLO.—75 tela, 120 piel.

163 SUMA TEOLOGICA. T. XIV: *La penitencia. La extremaunción.*—80 tela, 125 piel.

164 SUMA TEOLOGICA. T. XIII: *De los sacramentos en general. Del bautismo y confirmación. De la Eucaristía.*—90 tela, 135 piel.

165 OBRAS DE SAN AGUSTIN. T. XIV: *Sobre el Evangelio de San Juan* (36-124).—95 tela, 140 piel.

166 TEOLOGIA MORAL PARA SEGLARES, por ROYO MARÍN, O.P. (2 v.). T. I: *Moral fundamental y especial.*—100 tela, 145 piel.—Ver 173.

167 LA PALABRA DE CRISTO. T. IX: *Fiestas* (1.º).—100 tela, 145 piel.

168 OBRAS DE SAN AGUSTIN. T. XV: *Tratados escriturarios.*—115 tela, 160 piel.

169 OBRAS DE SAN JUAN CRISOSTOMO. *Tratados ascéticos.* Ed. bilingüe, por D. RUIZ BUENO.—100 tela, 145 piel.

170 OBRAS DE SAN GREGORIO MAGNO. *Regla pastoral. Homilías sobre Ezequiel. Cuarenta homilías sobre los Evangelios.*—105 tela, 150 piel.

171-172 OBRAS DE SAN AGUSTIN. T. XVI-XVII: *La Ciudad de Dios.*—130 tela, 175 piel.

173 TEOLOGIA MORAL PARA SEGLARES, por ROYO MARÍN, O.P. T. II y último: *Los sacramentos.*—100 tela, 145 piel.

174 DOCTRINA PONTIFICIA. T. II: *Documentos políticos.*—125 tela, 170 piel.

175 THEOLOGIAE MORALIS COMPENDIUM, por M. ZALBA, S.I. (2 v.). T. I: *Theol. moralis fundamentalis. De virtutibus moralibus.*—125 tela, 170 piel. Ver 176.

176 THEOLOGIAE MORALIS COMPENDIUM, por M. ZALBA, S.I. T. II y último: *De virtutibus theologicis. De statibus. De sacramentis. De delictis et poenis.*—115 tela, 160 piel.

177 SUMA TEOLOGICA. T. III (2.º): *Tratado del hombre. Del gobierno del mundo.*—115 tela, 160 piel.

178 DOCTRINA PONTIFICIA. T. III: *Documentos sociales.*—120 tela, 165 piel

179 EL COMIENZO DEL MUNDO, por J. M.ª RIAZA.—105 tela, 150 piel.

180 SUMA TEOLOGICA. T. VII: *Tratados sobre la fe, esperanza y caridad.*—115 tela, 160 piel.

181 EL SENTIDO TEOLOGICO DE LA LITURGIA, por C. VAGAGGINI.—110 tela, 155 piel.

182 AÑO CRISTIANO (4 v.), por un copioso número de colaboradores bajo la dirección de L. ECHEVERRÍA, B. LLORCA, S.I.; L. SALA BALUST y C. SÁNCHEZ ALISEDA. T. I: *Enero-marzo.*—100 tela, 145 piel. Ver 184.

183 LA PALABRA DE CRISTO. T. X y último: *Fiestas* (2.º). *Indices generales.*—115 tela, 160 piel.

184 AÑO CRISTIANO. T. II: *Abril-junio.*—100 tela, 145 piel.

BIBLIA POLYGLOTTA

EN COLABORACION CON EL CONSEJO DE INVESTIGACIONES CIENTIFICAS

Aparecidos:

PROOEMIUM.

PSALTERIUM UISIGOTHICUM-MOZARABICUM. Editio critica a T. AYUSO MARAZUELA parata.

En prensa:

PSALTERIUM S. HIERONYMI EX HEBRAICA VERITATE. Editio critica a T. AYUSO MARAZUELA parata.

De próxima aparición:

TARGUM PALAESTINENSE IN PENTATEUCHUM. Editio critica ab A. DIEZ MACHO parata.

Este catálogo comprende la relación de obras publicadas hasta el mes de julio de 1959.

Al hacer su pedido haga siempre referencia al número que la obra solicitada tiene, según este catálogo, en la serie de la BAC

LA EDITORIAL CATOLICA, S. A. Alfonso XI, 4. Ap. 466. Madrid


Princeton Theological Seminary Libraries
1 1012 01347 2537
SICUT CERVUS AD FONTES
B.A.C.


SICUT CERVUS AD FONTES
B.A.C.


SICUT CERVUS AD FONTES
B.A.C.